

Henry Fielding

Tom Jones

Introducción de
Carlos Pujol



Lectulandia

Una de las novelas cumbre de la Literatura inglesa y la mejor obra de Henry Fielding (1707-1754). *La historia de Tom Jones, expósito* es una novela picaresca meticulosamente construida, planificada y ejecutada. El principal objetivo de su autor fue el de presentar la multiplicidad del mundo y de la naturaleza del hombre, describiendo una sociedad rica en contradicciones, hipócrita y llena de injusticias.

«Éste es el libro, risueño e itinerante, irónico y optimista, sin la acritud y la misantropía que distingue a otros grandes contemporáneos de Fielding, porque este satírico que tiene una pluma tan afilada en el fondo no sabe lo que es la hiel; y si lo sabe prefiere olvidarlo, lo suyo es reírse del mundo para quitarle importancia y limar sus aristas, mejorar a la humanidad no con el ceño fruncido, sino con un humor de comprensión».

Lectulandia

Henry Fielding

Tom Jones

La historia de Tom Jones, expósito

ePub r1.0

ultrarregistro 23.04.14

Título original: *Tom Jones or the history of a foundling*

Henry Fielding, 1749

Traducción: Enrique de Juan

Retoque de cubierta: ultrarregistro

Editor digital: ultrarregistro

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

Al evocar la vida de este hombre es difícil sustraerse a la impresión de que debió de ser lo que antes se llamaba un mercurial, un atolondrado, quizá con algo de pícaro y de vividor. El doctor Johnson, según nos cuenta su biógrafo Boswell, decía de él que era «un bribón», y juzgaba sus escritos profundamente inmorales, corruptores, pero tampoco hay que ser tan severos, dejémoslo en alguien muy batallador y con cierto desparpajo.

Inquieto y enamorado, probando todos los oficios y actividades, nunca desalentado por los reveses de fortuna, le vemos una y otra vez lanzándose por inesperados caminos, como si tuviera la íntima certidumbre de que alguno de ellos, todavía no sabe cuál, a la larga ha de proporcionarle riqueza, fama y felicidad. Aunque es posible que la felicidad fuese ya el premio de la misma búsqueda, que le bastara vivir espoleado por la inquietud para sentirse dichoso.

Abogado, poeta cómico, dramaturgo, director teatral y empresario, libelista político contra el gobierno, gacetero de combate, ensayista, está siempre propenso a ver la ridiculez de toda afectación, y no digamos si lo que se afecta aparatadamente es nada menos que la virtud, como en la Pamela de Richardson, un gran éxito de lágrimas que le mueve a escribir su parodia novelesca. Sin olvidar que en medio de tanto trajín se ha casado, eso sí, por amor, con una heredera cuya dote se le funde en las manos en pocos meses.

Al borde de los cuarenta años podemos suponer que está cansado y que empieza una etapa más sosegada y reflexiva. Acaba de enviudar, llora desconsoladamente a la pobre Charlotte, pero empieza ya a ser sensible a los encantos de la que fue doncella de su difunta esposa y aya de sus hijos, Mary, con la que no tardará en casarse (cuando ya estaba encinta) desafiando murmuraciones y prejuicios. Henry Fielding es todo un personaje, tal vez de esos de los que puede decirse que afortunadamente nunca sientan la cabeza.

Las dos parodias que ha escrito de la lacrimosa Pamela, sobre todo la segunda, el Joseph Andrews, donde inventa un supuesto hermano de la virtuosísima heroína de Richardson al estilo burlón de un casto José contemporáneo, le ha hecho tomar gusto a la novela. Éste es un género que a mediados del siglo XVIII casi no existe aún, o al menos no es reconocido como una modalidad literaria respetable, y por lo tanto es una forma cómoda de decir lo que se quiere y como se quiere sin ninguna traba. ¿Por qué no probar, ya sin la falsilla de otra novela digna de caricatura?

Así nace Tom Jones, como si recapitulara los azares de toda su existencia en un libro, mirándose en el espejo de la fantasía para verse, no tal cual es, sino como él se imagina y desea ser. Para empezar, mucho más joven y atractivo (Tom es «uno de los jóvenes más guapos de su época»), sin achaques de reuma y libre como el viento; de

este modo la presente historia surge como una exultación y una nostalgia, un incontenible estallido de vitalidad, como un sueño novelesco de aventura con el triunfo final que idea para sí mismo el escritor.

Eso no significa que su trepidante vivir se interrumpa, Míster Fielding aún hará muchas cosas más: más hijos, más periódicos, más sátiras y polémicas, otra novela (aunque muy inferior en tonalidad vital), y dedicará una serie de años a ser juez de paz de un modo indomable y apasionado, como él lo hacía todo, cumpliendo muy bien con sus deberes y escribiendo folletos para dar soluciones a problemas prácticos como la delincuencia, la mendicidad y la escasez de viviendas. Pero le queda poca vida por delante, y antes de los cincuenta años muere en Lisboa, donde había ido a reponer su quebrantada salud.

Por fin Henry Fielding descansa en el cementerio inglés de Lisboa, él que parecía no querer tomarse nunca el menor descanso ni aceptar treguas, y de las muchísimas cosas que hizo, en el recuerdo, para la posteridad quedará tan sólo como el autor de *Tom Jones*, aquella fantasía que concibió como un capricho y que justifica que un Walter Scott le considerase como «padre de la novela inglesa» y que Lord Byron dijese de él que era el «Homero en prosa de la naturaleza humana».

Éste es el libro, risueño e itinerante, irónico y optimista, un poco brutal en ciertos aspectos, pero sin la acritud y la misantropía que distingue a otros grandes contemporáneos de Fielding, porque este satírico que tiene una pluma tan afilada en el fondo no sabe lo que es la hiel; y si lo sabe prefiere olvidarlo, lo suyo es reírse del mundo para quitarle importancia y limar sus aristas, mejorar a la humanidad no con el ceño fruncido, sino con un humor de comprensión.

Tom Jones es risa y aventuras, enredos, peripecia y sátira, moral (también buena dosis de moral, no hay que olvidarlo) y picardía, caminos abiertos e imprevisibles jalonados por fondas y posadas donde todo puede suceder (como en el *Quijote*), idas y venidas, sorpresas, jocundos personajes, monigotes de los que uno se mofa muy a gusto. Todo en un revoltillo en el que podemos encontrar cualquier cosa, lo que se le ocurra al autor: ya desde el comienzo Fielding declara su firme propósito de «divagar cuantas veces se me presente la ocasión», y no deja de hacerlo.

Una novela, narrativamente hablando, en mangas de camisa, desenfadada y zumbona, improvisada, cordial y con descaro, sin reglas ni artificios, a la buena de Dios, dejándose llevar por el formidable y elemental placer de contarnos una historia divertida. Un vehículo para meter en él como a uno le da la gana lo que le apetece, donde todo vale y donde se trata de un modo amistoso y confianzudo al lector, y entre abundantes citas latinas en plan bufo, se le guiña el ojo, se le tiene en suspenso, se le sermonea y casi se le dan palmadas en el hombro.

Tom Jones empieza con una metáfora gastronómica —la novela como menú para sus lectores— que no puede ser más significativa: la vida es para Fielding un

banquete, un suculento festín, como una sucesión de espléndidos platos que esperan que les hinquemos el diente, y la literatura viene a ser la carta de ese restaurante de la imaginación. Vivir y escribir, dos cosas que no se excluyen sino que se complementan, se equiparan a comer, degustar, paladear, todo es aquí gustativo, masticable, placer de gourmet.

Los materiales que se manejan son bastante sencillos, ingredientes de una cocina sana y natural, enemiga de cualquier exceso en rebuscamiento y complicada exquisitez: un expósito alegre y arrebatador, personajes simpáticos unos y antipáticos otros, un gran amor perseverante y puesto a prueba, hipócritas que nos caen muy mal, jóvenes casquivanas, comparsas risibles, mudanzas imprevistas y reconocimiento final que todo lo soluciona; el hijo de nadie es en realidad hijo de..., con lo cual todos son felices.

La gama humana que se nos muestra en el relato puede sorprender al extranjero que haya permanecido fiel al mítico clisé de una Inglaterra circunspecta y grave, flemática y almidonadamente digna. La verdad es que estos ingleses son bastante alborotados, aquí todo es directo y robusto, franco y saludable, con una pizca de complaciente vulgaridad, por lo cual, ya en el siglo XVIII a Fielding se le acusó de ser «disgusting», es decir, «repugnante», y de carecer de «delicadeza».

No hay que exagerar, el realismo —tal como hoy lo entendemos— era algo que no quitaba el sueño al escritor, como tampoco lo que en nuestros tiempos podríamos etiquetar como denuncia social. Fielding orilla los aspectos más duros y agrios, más esquinados del mundo en que vive; en él hay injusticias y abusos, pero no nos lo tomamos muy en serio, hay maldad, pero nunca triunfa, hay cárceles (Tom va a parar a una de ellas), pero no dan pie a descripciones terribles, hay pobreza y condiciones de vida muy poco alentadoras, pero esto no es lo esencial.

No hay que insistir en las cosas feas, sino en las gratas, una novela no es espejo de la realidad, sino una imagen suya acomodada a fines de entretenimiento, diversión y moral, y en cuanto a la «delicadeza», por Dios, sobre todo que no se la confunda con los remilgos, la buena educación no es incompatible con el gracejo, la jovialidad y la franqueza cuando se habla de sucesos que al fin y al cabo son habituales en la vida. Nada de libertino, pero, desde luego, ni sombra de mojigato.

La visión de Fielding es expansiva y espontánea, pero mucho más amable y benigna que la de su gran amigo el pintor Hogarth —que aparece citado en la novela—, el protagonista tiene que pasar por una especie de carrera de obstáculos —zancadillas, persecuciones, huidas, disfraces, sustos—, en un momento dado se cierne sobre él la sombra del incesto, parece que le van a ahorcar, porque la justicia inglesa tiene la mano dura, pero no pasa nada irreparable ni demasiado escandaloso, y el escritor nos conduce a un happy end que ya hacía prever el tono de toda la novela.

La aventura misma, la búsqueda de la felicidad, es ya en sí, como decíamos, una forma de felicidad. La trayectoria de Tom está sembrada de alegres episodios, no faltan los gozosos revolcones, discretamente aludidos, con mozas de buen ver, señoritas que, como Mary, la hija del guardabosques, «distaban mucho de ser humildes y recatadas»; y hasta las penalidades se ven bajo un prisma regocijado y grotesco que nos tranquiliza. Ni tragedias ni episodios muy sombríos, la vida es complicada, pero también exaltante y divertida si uno se lo propone.

Fielding no pierde nunca de vista el modelo cervantino, lo que se propone quizá sea escribir otro Quijote tomado más a la ligera, sólo por el lado bufo; y además con un héroe juvenil que aún no sabe lo que son desengaños y frustraciones, que alimenta hermosos sueños de gloria y de amor, y que, por obra y gracia de la generosidad del novelista, los verá realizados. Lo cual ensancha el ánimo y se lo agradecemos, pero también inevitablemente debilita todo el planteamiento de la cuestión.

En este sentido Tom Jones carece de la hondura dramática que hizo inmortal la creación de Cervantes. Tom no es Don Quijote, sino alguien mucho más superficial, nos atrae, simpatizamos con él, le admiramos, tal vez nos identifiquemos con lo que representa, quizá quisiéramos ser él, pero juega con cartas marcadas, desde el principio está destinado al triunfo; como el barbero Partridge no es Sancho, a pesar de su comicidad de buena ley, y la comparación le perjudica, ni Sophia es Dulcinea. La historia permanece en un plano mucho menos exigente, y el propio autor no se la toma nunca a la tremenda.

No porque Fielding fuese un hombre frívolo, su vida y su obra le muestran como alguien decidido, sincero, tenaz y valiente, muy responsable cuando tenía entre manos algo que valía la pena (como sus funciones de juez de paz), con una competencia, una honradez y una entrega que merecen un enorme respeto. Pero cuando escribe Tom Jones está aún en plena efervescencia vital, sin la perspectiva necesaria para profundizar en su asunto, y cuando escribe Amelia se vence ya por el lado de la moralización un poco blanda.

O tal vez, simplemente, era un problema de optimismo incorregible, de sentido práctico. El talante de Fielding no acepta derrotas definitivas, la vida, si uno se lo propone —y con la indispensable complicidad del autor— tiene que acabar bien, y aunque no acabe bien, tanto da, hay que imaginar que puede ser así y transmitir al público, que no tiene ninguna culpa de nuestras congojas, una impresión favorable, placentera. No nos conformemos con no ser felices, si la vida no basta para ello recurramos a la literatura, cuyas posibilidades son infinitas.

El Paraíso terrenal más o menos existe (sobre todo en la memoria: el lugar plácido, armonioso y feliz donde todo comienza es Glastonbury Tor, cerca de donde nació Fielding), Allworthy es modélico, y su apellido dice ya toda la nobleza, todo el

mérito, toda la dignidad, Sophia hace honor a su nombre griego de Sabiduría, y en cuanto a sus encantos no hay más que pedir, y la suerte acabará ayudando a los buenos y desenmascarando a los villanos, seamos optimistas.

Claro que no todo lo que ocurre es ejemplar, pero la moralidad es tolerante con las flaquezas de la carne; pasan muchas cosas irregulares (empezando por el propio nacimiento del protagonista), Tom se verá metido en más de una cama en agradable compañía, y aunque el autor no puede aprobarlo sin más, tampoco exhibe una virtud catoniana. «¿Qué puede haber más inocente que la satisfacción de un apetito natural o más laudable que la propagación de nuestra especie?», se pregunta el joven.

A Fielding le indignan la vanidad, la envidia, la hipocresía, la dureza de corazón, se subleva ante la calumnia y la ruindad, pero las debilidades amorosas le parecen muy humanas y disculpables. Existen unas normas que hay que respetar, existe el amor, que está por encima de todo, pero hechas estas salvedades, en la novela el sexo tiene un aire bastante despreocupado, entre higiénico y deportivo, que iba a escandalizar un poco en la Inglaterra de años después.

Cuando en 1963 Tony Richardson puso en imágenes cinematográficas la historia de Tom Jones, los contemporáneos de los Beatles descubrieron con asombro y regocijo a aquel antepasado picarón, de peluca y casaca, con el que resultó que congeniaban en seguida. Había pasado mucho tiempo, y Fielding, a fuerza de ser antiguo, aportaba una sensibilidad que ahora parecía muy moderna, el último grito en materia de alegría de vivir y de saber contar.

En el curso del último siglo la novela se había puesto agobiadoramente seria, con las máximas pretensiones sobre Realidad, Arte, Historia, Ciencia, Sociedad, Filosofía y demás mayúsculas, todo de una manera un poco embarazosa, y volver a Fielding fue un respiro. Un novelista que sólo escribía para pasarlo bien y hacerlo pasar bien a sus lectores, con gracia, con humor y talento... una nueva Inglaterra y una nueva Europa supieron apreciar lo que valía una cosa así.

Volvemos, pues, a leer el Tom Jones, que fue el alborozado descubrimiento de la novela (desde Defoe y Swift a Sterne todos descubren la novela como por casualidad, buscando otras cosas) por un inglés que supo explotar muy bien la gran lección española, sobre todo de Cervantes, que los propios españoles ya en el siglo XVIII habíamos olvidado. Con lo mejor que España olvidó de sí misma un inglés hizo una literatura que hoy suena a nueva.

También se podría comentar que con la óptica del Quijote, mucho más melancólica y grave, se empezaba a perder un imperio, y con la de Fielding, un Cervantes debidamente adaptado a otros tiempos y a otra mentalidad, Inglaterra empezaba a forjar el suyo; pero éstas son disquisiciones demasiado teóricas y alambicadas que no son del caso.

Fielding es un Cervantes menos hondo, una versión quijotesca tomada sólo por

el lado festivo y juguetón, que no apunta a la inmortalidad, sino a una simple sonrisa epicúrea, bondadosa y un poco descarada; pero aquí está lo que nos dejó, esta novela lozana y eufórica que nos hace pensar que nos hubiera gustado conocer a su autor, ese hombre que, en palabras de su prima Lady Mary Wortley Montagu, «es una lástima que no sea inmortal, porque estaba hecho para ser muy feliz».

CARLOS PUJOL

CRONOLOGÍA

- 1707 El 22 de abril nace en Sharpham Park, cerca de Glastonbury, en el condado de Somerset, hijo de un militar, Edmund Fielding, y de Sarah Gould, hija de un juez. Su primera niñez transcurre en East Sour, en Dorset, donde su educación está a cargo de un tutor.
- 1718 Muere su madre.
- 1719 Empieza sus estudios en Eton. Nuevo matrimonio de Edmund Fielding con una viuda católica.
- 1728 Para romper sus relaciones con una joven heredera se le envía a estudiar Derecho en Leyden, pero poco después está en Londres, donde publica un poema satírico, *La mascarada*, y la comedia *Amor con varios disfraces*.
- 1730 Estrena *El petimetre del Temple y Pulgarcito el Grande*.
- 1732 *El marido moderno*.
- 1733 Gran éxito de su adaptación de Molière *El avaro*.
- 1734 *Don Quijote en Inglaterra*.
- 1735 Casa con una rica heredera, Charlotte Cradock.
- 1736 Agotada la dote de su mujer, se hace cargo de la dirección de una compañía teatral y del Little Theatre de Haymarket, donde se representa su obra *Pasquín*, sátira dramática del tiempo.
- 1737 Estreno de *Anales históricos de 1736*, sátira del político Robert Walpole, quien establece entonces la censura previa. Fielding renuncia al teatro y se dedica de nuevo a la carrera de Leyes.
- 1741 Publica el periódico «The Champion», que dura hasta 1741.
- 1742 Termina la carrera de Derecho.
- 1743 Publica *Shamela Andrews*, parodia de la *Pamela* de Richardson.
- 1744 Publica la novela *Joseph Andrews*.
- 1745 En sus *Misceláneas* figuran poemas, ensayos, el *Viaje al otro mundo* y otra sátira antiWalpole, *Jonathan Wild*.
- 1746 Muere su esposa.
- 1747 Después de la caída de Walpole, edita el semanario pro gubernamental y antijacobita «The true patriot» (hasta junio de 1746).
- 1748 En el curso del verano probablemente empieza a escribir *Tom Jones*.
- 1749 Casa con Mary Daniel, antigua doncella de su difunta esposa, y en diciembre empieza a publicar otro diario de orientación similar al anterior, *Jacobite's Journal* (hasta 1748).
- 1750 Es nombrado juez de paz en Westminster y probablemente a fines de año termina *Tom Jones*.
- 1751 Publica *Tom Jones* y cae gravemente enfermo. Su jurisdicción se amplía a todo

el Middlessex y empieza a publicar una serie de folletos sobre cuestiones sociales de candente actualidad.

1753 Publica su última novela, *Amelia*.

1754 Autor de la publicación satírica «The CoventGarden Journal».

1755 Su salud empeora considerablemente.

1756 En el mes de abril renuncia a su puesto y en junio emprende un viaje a Portugal para restablecer su salud. Muere en Lisboa el 8 de octubre y es enterrado en el cementerio inglés de esta ciudad. Al año siguiente, 1755, se publica su *Diario de un viaje a Lisboa*.

BIBLIOGRAFÍA

Tres grandes escritores ingleses del siglo XIX se ocuparon de Fielding:

William Hazlitt, *Lectures on the English comic writers*, 1819.

Walter Scott, *Lives of the novelists*, cuatro vols., 1821-1824.

William M. Thackeray, *The English humourists of the eighteenth century*, 1853.

Dos biografías modernas:

Wilbur L. Cross, *The history of Henry Fielding*, tres vols., New Haven, Yale University Press, 1918.

F. Homes Duddon, *Fielding, his life, works and times*, dos vols., Oxford, Clarendon Press, 1952.

Crítica contemporánea:

Aurélien Digeon, *Les romans de Fielding*, París, 1923; trad. ingl., Londres, Routledge and Kegan Paul, 1925.

Ronald S. Crane, «The concept of plot and the plot of Tom Jones», en *Critics and criticism*, Chicago, 1952.

Dorothy Van Ghent, *The English novel, form and function*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1953.

A. D. McKillop, *The early masters of English fiction*, Kansas, Lawrence, 1956; Londres, Constable, 1962.

Ian Watt, *The rise of the novel*, Londres, Chatto and Windus, 1957; reed. en Penguin Books, 1963.

John Butt, *Fielding*, Londres, Logmans, ed. revisada de 1959.

Maurice Johnson, *Fielding's art of fiction*, Filadelfia, University of Philadelphia Press, 1961.

Ronald Paulson (ed.), *Fielding: a collection of critical essays*, Nueva York, Prentice Hall, 1962.

Andrew Wright, *Henry Fielding, mask and feast*, Londres, Chatto and Windus, 1965.

Robert Alter, *Fielding and the nature of the novel*, Harvard University Press, 1968.

Ronald Paulson y Thomas Lockwood (ed.), *Henry Fielding: The critical heritage*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1969.

C. J. Rawson, *Henry Fielding and the augustan ideal under stress*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1972.

Simon Varey, *Henry Fielding*, Cambridge University Press, 1986.

C. P.

LA HISTORIA DE TOM JONES, EXPÓSITO

DEDICATORIA AL HONORABLE CABALLERO GEORGE LYTTLETON

UNO DE LOS LORES COMISARIOS DEL TESORO

Señor:

Pese a las constantes negativas que he recibido siempre que he solicitado su autorización para estampar su nombre en esta dedicatoria, debo insistir en que proteja esta obra.

A usted, señor, se debe el que esta historia tuviera alguna vez comienzo. Fue por expreso deseo suyo que pensé en escribirla. Pero han transcurrido tantos años desde entonces que es muy posible que usted haya olvidado por completo tal circunstancia. Sin embargo, sus deseos son siempre órdenes para mí, y el recuerdo de esa petición jamás se ha borrado de mi memoria.

Repito que sin su ayuda jamás hubiera dado fin a la presente historia. Pero no se asuste ante mi afirmación. No trato de atraer sobre usted la sospecha de que se dedica a escribir novelas. Tan sólo intento dar a entender que, en cierto modo, le debo a usted mi existencia durante la mayor parte del tiempo que empleé en escribirla, cuestión que es preciso recordarle, ya que existen ciertos hechos para los cuales parece que posee usted muy escasa memoria, aunque yo confío que tendré siempre para ellos mejor memoria que usted.

Por último, gracias a usted la historia se publica tal como ahora es. Si en esta obra hay, como algunos se han complacido en ver, una descripción más vigorosa de un espíritu realmente bondadoso que las que suelen encontrarse en otras, ¿quién que conozca a usted a fondo, y a un amigo particular de usted, pondrá en duda de dónde extraje este modelo de bondad? El mundo no me concederá el honor de suponer que lo extraje de mí. Pero esto no me preocupa en modo alguno. Tienen que reconocer que los dos personajes de donde la he tomado, que resultan por cierto dos de los hombres más dignos y mejores que se conocen, son verdaderos y decididos amigos míos. Debería contentarme con esto. Sin embargo, mi vanidad añadirá un tercero a los dos anteriores; uno de los más grandes y nobles, no sólo por su importancia, sino por todas las virtudes públicas y privadas que le adornan. Pero en la actual ocasión, mientras mi gratitud ante las muchas mercedes recibidas del duque de Bedford brota de lo más hondo de mi corazón, permítame que le recuerde que fue usted el primero en recomendarme a mi bienhechor.

¿Y cuáles son las objeciones que hace usted a la concesión del honor que he solicitado? Sencillamente, que ha elogiado usted tanto el libro que le avergonzaría ver su nombre estampado en la dedicatoria. Mas yo creo, señor, que el libro en sí no

le hace avergonzarse de sus elogios, nada de lo que yo pueda escribir puede dar origen a su vergüenza. No renuncio a mi derecho a su protección y amparo porque haya ensalzado mi libro, ya que aunque le debo infinitos favores, en modo alguno quiero renunciar a éste, un favor en el que tan poco papel desempeña la amistad, puesto que ésta no puede alterar su criterio ni pervertir su integridad. Un enemigo puede conseguir sus elogios con sólo merecerlos; y todo lo más que las faltas de sus amigos pueden esperar es su silencio, o tal vez, en caso de que tales faltas sean graves, una disculpa benévola.

En resumen, mucho sospecho, señor, que su deseo de no ser alabado en público sea la verdadera razón que tiene para no acceder a mi ruego. He podido observar que comparte usted con mis otros dos amigos la repugnancia a prestar oído a la menor mención de sus virtudes, pues como un gran poeta dice de uno de ustedes — con justicia habría podido decirlo de los tres—, usted

Hace el bien a escondidas,
Y se avergüenza de verlo pregonado.

Si hombres de su modo de pensar cuidan tanto de eludir los aplausos como otros la censura, justificado está su recelo a caer en mis manos. ¡Qué no temerá un hombre en el caso de que se vea atacado por un autor que ha recibido de él injurias iguales a mis obligaciones hacia usted!

¿Y no crecerá este temor a la censura en proporción a la cantidad de materia digna de censura aportada por el individuo? Si, por ejemplo, durante toda su vida ha sido un constante motivo de sátira, es natural que se eche a temblar cuando un espíritu satírico irritado se ocupe de él. Ahora bien, señor. Si aplicamos esto a su aversión hacia los panegíricos, ¡qué razonables serían los temores que usted siente de mí!

No obstante, le diré en secreto que siempre preferiré acceder a sus inclinaciones que satisfacer las mías. Un ejemplo de esto lo encontrará en esta dedicatoria, en la que seguiré el ejemplo de otros, pensando que mi protector no merece realmente que se escriba de él sino lo que a él le gustará leer.

Sin más preámbulo, le presento aquí a usted la labor de varios años de mi vida. El mérito que posee esta labor es ya conocido de usted. Si, como consecuencia de su benévolo juicio, he concebido algún aprecio hacia ella, no puede ser atribuido a vanidad, ya que de modo implícito yo me hubiera mostrado conforme con su opinión si ésta hubiese sido dada en favor de la obra de otro hombre. Al menos en un sentido negativo, se me debe permitir decir que si yo me hubiera percatado de alguna falta de mérito en mi trabajo, usted sería la última persona a quien hubiese osado recomendar mi esfuerzo.

Ante el nombre de mi protector, confío que el lector de esta novela estará convencido de que no hallará en ella, en todo su desarrollo, nada contrario a la causa de la religión y de la virtud, nada que sea incompatible con las normas más rígidas de la decencia ni que pueda ofender a los ojos más castos. Todo lo contrario, me atrevo a declarar que mi intención más sincera al escribir esta historia fue la de ensalzar la inocencia y la bondad. Usted se ha complacido en pensar que he logrado este honrado propósito, y, en realidad, es lo más probable de conseguir en libros de este género. Un ejemplo es una especie de retrato en el que la virtud se transforma, en cierto modo, en un objeto visible, sorprendiéndonos con ese ideal de belleza que Platón afirma que existe en sus encantos puestos al descubierto.

Aparte de descubrir esa belleza de la virtud que puede atraer la admiración de las gentes, he intentado con verdadero ahínco ofrecer un motivo más sólido para impulsar a la acción humana en favor suyo, convenciendo a los hombres de que su verdadero interés estriba en marchar en pos de ella. Con este objeto, he mostrado que ninguna de las adquisiciones de un pecado puede en modo alguno compensar de la pérdida de esa satisfacción interior del espíritu que es la compañera segura de la inocencia y de la virtud, ni tampoco puede compensar la ansiedad y angustia que la culpabilidad introduce en nuestro corazón. Asimismo, que como estas adquisiciones carecen en sí mismas de valor alguno, los medios para obtenerlas no son tan sólo viles e infames, sino también inciertos y peligrosos.

Igualmente he tratado de hacer notar que la virtud y la inocencia no pueden ser perjudicadas, en general, más que por la indiscreción, y que únicamente ésta es la que con frecuencia las expone a caer en las trampas que la falsedad y la villanía les tienden. Se trata de una moral que he defendido con el mayor entusiasmo, ya que la enseñanza de las otras se puede derivar de ella con mayor probabilidad, puesto que, a mi juicio, es más fácil hacer sensatos a los hombres buenos, que hacer buenos a los hombres malos.

Con este fin, he utilizado en la siguiente historia todo el genio y fantasía de que soy capaz, a la vez que he tratado de hacer burla de los vicios y extravagancias preferidos por la Humanidad. El lector dirá hasta dónde he logrado mis propósitos, debiéndole hacer dos súplicas: primera, que en modo alguno debe esperar encontrar perfecta mi obra; segunda, que perdone algunas partes de la misma si carecen del mérito, tal vez escaso, que confío reunirán otras.

Y ya no acapararé su atención por más tiempo. Veo que he escrito un prefacio cuando mi intención era escribir tan sólo una dedicatoria. Mas ¿cómo podía ser de otro modo? No oso elogiarle, y el único sistema que descubro para evitarlo es guardar silencio cuando ocupa usted mi pensamiento o bien desviar éstos hacia cualquier otro tema.

Perdón, pues, por cuanto he dicho en esta epístola, no sólo sin su autorización,

*sino en contra de ella. Y otórgueme cuando menos permiso para declarar en público que soy, señor, con el mayor respeto y gratitud,
Su más reconocido, obediente y humilde servidor,*

HENRY FIELDING

LIBRO PRIMERO

DONDE EL LECTOR SE ENTERA, CON TODA LA AMPLITUD REQUERIDA,
DEL NACIMIENTO DEL NIÑO EXPÓSITO.

CAPÍTULO PRIMERO

INTRODUCCIÓN A LA OBRA O LISTA DE PLATOS DEL BANQUETE.

UN autor debe ser tomado, no como un caballero que ofrece un banquete particular, sino más bien como un hombre que mantiene relación con el público y en cuya casa son muy bien recibidas todas las personas que acuden a ella con dinero en el bolsillo. En el primer caso, el anfitrión sirve el menú que considera oportuno, y aunque no sea ni con mucho del agrado de sus invitados, éstos no ponen el menor reparo al mismo, antes bien, la buena educación exige que elogien todos los manjares que les pongan en el plato. Lo contrario sucede con el dueño de una casa de comidas. Las personas que pagan lo que comen, intentan complacer a su paladar, por muy delicado y exigente que éste sea, y si les sirven algo que no sea de su gusto, tienen perfecto derecho para censurar y rechazar la comida.

Por lo tanto, con el fin de evitar estas ocasiones de disgusto a sus clientes, entre los posaderos honrados se ha generalizado la costumbre de presentar a los clientes una lista de platos, que todo cliente debe leer en cuanto entra en el establecimiento. Una vez advertido de este modo del trato que le espera, puede quedarse allí y regodearse con los manjares que le presenten o bien salir a la calle en busca de alguna otra fonda o casa de comidas más de acuerdo con sus preferencias.

Como nosotros no nos negamos a conceder ingenio o sabiduría a cualquier individuo que esté dispuesto a concedérselo a nosotros, hemos considerado oportuno tomar la imagen de estos honrados abastecedores del género humano, y a nuestro banquete antepondremos siempre no sólo una lista general de platos, sino que también notificaremos al lector cada entrante que se haya de servir en este volumen y en los que sigan.

La alimentación que ofrecemos aquí es a base de la «naturaleza humana». No me asusta que el lector, aunque de gusto decididamente sibarítico, se sorprenda, reflexione o se sienta ofendido porque he citado un solo artículo. La tortuga —como el regidor del Bristol, muy experto en cuestiones culinarias, sabe por experiencia— posee, además de la sustancia verdosa y amarillenta próxima a las conchas superior e inferior, otros varios bocados. El lector culto no puede ignorar que en la naturaleza humana, aunque aquí se compendie en un solo nombre genérico, se da una variedad tan prodigiosa que un cocinero agotaría todas las variadas especies de alimentos animales y vegetales del mundo antes de que un autor diera fin a un tema de tan enorme amplitud.

Tal vez los más delicados de paladar hagan alguna objeción, a saber: que este plato es demasiado común y vulgar, ya que ¿cuál es el tema de todas las historias

fantásticas, novelas, piezas cómicas y poesías que llenan las tiendas donde se venden libros? Pero quizá muchos platos exquisitos sean despreciados por los gastrónomos, condenándolos como vulgares y comunes, porque se sirven en apartadas callejuelas. En realidad, la naturaleza humana resulta tan difícil de encontrar en los autores como en las tiendas el jamón de Bayona o la salsa de Bolonia.

Pero todo estriba, siguiendo con la misma metáfora, en el arte de cocinar del autor. El mismo animal que tiene el honor de ser presentado en la mesa de un duque, quizá sea despreciado en otra parte, como si procediera de la tienda más insignificante de la ciudad. ¿En dónde reside, pues, la diferencia entre el alimento del duque y del plebeyo, siendo así que ambos comen la misma ternera o buey? Sencillamente, en la preparación, en los adornos, en el guarnecido y en la presentación. En un sitio despierta y excita el apetito más exigente, en el otro revuelve el estómago del que dispone del apetito más voraz.

Del mismo modo, las excelencias del alimento espiritual no residen tanto en el asunto que haya elegido el autor como en la forma en que se presente. Por lo tanto, suponemos que el lector se sentirá por demás complacido al comprobar que en la presente obra hemos seguido al pie de la letra uno de los preceptos más importantes del mejor cocinero que la edad presente, o tal vez la de Heliogábalo, ha tenido. Este gran hombre, de sobras conocido por todos los amantes de la buena mesa, comienza sus banquetes presentando a sus hambrientos comensales las cosas más vulgares, para irse elevando, escalón tras escalón, a medida que los estómagos empiezan a sentirse hartos, hasta la cumbre de las salsas y de las especias.

Siguiendo este excelente ejemplo, al principio de esta novela ofreceremos la naturaleza humana al despierto apetito del lector de la forma sencilla y llana en que suele encontrársela en el campo, para más tarde adornarla con toda suerte de vicios y artificios de origen francés e italiano que proporcionan las cortes y las ciudades. Utilizando este procedimiento, estamos convencidos de que nuestros lectores no se cansarán de la lectura, del mismo modo que la persona a que antes nos hemos referido podía hacer comer a diversas personas.

Tras de haber sentado esta serie de premisas, creemos que ya no podemos contener más tiempo las ganas de comer de los que acepten nuestra lista de platos, e inmediatamente procedemos a servir, para su solaz, nuestro primer plato.

CAPÍTULO II

BREVE DESCRIPCIÓN DE MR. ALLWORTHY, JUNTO CON UNA INFORMACIÓN MÁS DETALLADA SOBRE MISS BRIDGET ALLWORTHY, SU HERMANA.

En la región occidental de nuestro reino conocida con el nombre de Somersetshire, vivía no hace mucho, y quizá viva aún, un caballero llamado Allworthy que con justicia podía ser considerado un hombre favorecido a la par por la naturaleza y la fortuna, ya que ambas parecían haber entrado en competencia para ver cuál de las dos le concedía mayor abundancia de dones. En este duelo parecía llevar ventaja la naturaleza, pues había otorgado al caballero diversas mercedes, en tanto que la fortuna le había concedido sólo una. Mas fue tan pródiga en ello, que quizá algunos consideran este don igual, si no superior, a todas las bendiciones proporcionadas por la naturaleza. El caballero era deudor a ésta de una constitución fuerte y sólida, de un aspecto por demás agradable, de una inteligencia despejada y de un corazón bondadoso por demás. A la fortuna, la herencia de una de las posesiones mayores de la región.

El tal caballero había contraído matrimonio en su juventud con una mujer bella y honorable por la que había sentido un verdadero amor. De ella tuvo tres hijos que murieron en la niñez. Asimismo había tenido la desgracia de enterrar a su amada esposa unos cinco años poco más o menos antes del comienzo de esta historia. Esta desgracia, terrible para él, supo soportarla como el hombre firme que era, aunque es preciso hacer constar que en ocasiones hablaba de este hecho de un modo un tanto singular, pues solía afirmar que aún se consideraba casado, y que lo sucedido sólo significaba que su esposa había iniciado un poco antes que él un viaje que, con toda seguridad, él emprendería más tarde o más temprano, para reunirse con ella; y añadía que no dudaba de que la encontraría otra vez en un lugar donde jamás volverían a separarse, sentimientos que obligaron a una parte de sus convecinos a poner en entredicho su juicio, en tanto que una segunda parte dudaba de su religiosidad y una tercera desconfiaba de la sinceridad de sus palabras.

Ahora pasaba la mayor parte del tiempo en el campo, en compañía de su hermana, por la cual sentía un tierno afecto. Esta dama había ya franqueado la frontera de los treinta, límite que, según los maliciosos, permite que pueda ostentarse con propiedad el título de solterona. Se trataba de ese tipo de mujer que se recomienda mejor por sus excelentes cualidades que por su belleza, y que por los otros componentes de su sexo son tenidas por una clase excelente de mujeres: «Una mujer tan excelente, señora, que sin duda le hubiera gustado conocerla y tratarla». Y

en verdad que estaba tan lejos de pensar en la falta de belleza, que jamás mencionaba esta perfección física, si es que merece tal nombre, sin que en el tono de su voz se insinuara acusado desprecio. Y a menudo daba gracias a Dios por no ser tan guapa como Fulanita o Zutanita, a las que la belleza tal vez había empujado a cometer errores que acaso hubieran podido evitarse. Miss Bridget Allworthy, pues éste era el nombre de la dama en cuestión, admitía con facilidad que los encantos personales de una mujer eran lazos tendidos a ella tanto como a los demás. No obstante, se mostraba tan discreta en su conducta que su presencia se mantenía tan vigilante como si tuviera que defenderse de todos los lazos tendidos por todas las de su sexo. Por mi parte he podido observar que esta prudencia en la vigilancia, como las partidas organizadas, está siempre dispuesta á prestar servicio allí donde quiera que se corra el menor peligro. Con harta frecuencia deserta de un modo ruin y cobarde de esos ejemplares de mujer por los que todos los hombres suspiran, luchan y agotan todos los recursos de su poder, mientras que siempre está al alcance de ese tipo de mujer superior por el que el otro sexo siente un lejano y temeroso respeto, y al que — supongo que por miedo a no conseguir triunfar— jamás se atreve a atacar.

Ahora, lector, considero necesario decirte, antes de que juntos vayamos más lejos, que mi intención es divagar, a lo largo de esta historia, tantas cuantas veces se me presente la ocasión, de lo cual soy mejor juez que cualquier despreciable crítico. Y ahora creo necesario afirmar que lo que todos esos críticos deben hacer es ocuparse de sus propios asuntos y no inmiscuirse en temas y tareas que no les importan en absoluto, ya que mientras no demuestren la autoridad que les convierte en jueces, yo no reconoceré su jurisdicción.

CAPÍTULO III

EL EXTRAÑO ACCIDENTE QUE LE SUCEDIÓ A MR. ALLWORTHY A SU REGRESO A CASA. LA DECENTE CONDUCTA DE MRS. DEBORAH WILKINS, JUNTO CON ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LOS BASTARDOS.

En el capítulo anterior he dicho que Mr. Allworthy heredó una gran fortuna, que poseía un excelente corazón y que carecía de sucesores. De esto muchos sacarán la consecuencia de que vivía como un perfecto hombre honrado, que no debía un cuarto a nadie, que mantenía una excelente casa, que invitaba a sus vecinos de buen grado a su mesa, que, Caritativo con los pobres, es decir, con las gentes que prefieren mendigar a trabajar, les entregaba las sobras de aquella, y que al cabo murió inmensamente rico y, además, construyó un hospital.

Sin duda hizo muchas de estas cosas. Pero si no hubiera realizado nada más, el recuerdo de sus méritos hubiera quedado reducido a alguna bella lápida colocada sobre la puerta del hospital. El tema de esta historia son sucesos mucho más extraordinarios, pues, de lo contrario, yo perdería el tiempo lamentablemente, escribiendo una obra tan voluminosa.

Mr. Allworthy había permanecido en Londres durante todo un trimestre, obligado por un asunto en extremo particular, aunque ignoro en absoluto de qué se trataba. Pero su gran importancia podía deducirse del tiempo que permaneció fuera de casa, siendo así que desde hacía muchos años no había permanecido fuera de su hogar más de un mes seguido. Mr. Allworthy llegó a su casa a hora avanzada de la tarde, y luego de una frugal cena tomada en compañía de su hermana, se retiró a su cuarto, pues se sentía de veras cansado. Luego de haber permanecido unos minutos arrodillado, hábito que por nada del mundo quebrantaba, se disponía a meterse en el lecho cuando al levantar las sábanas se encontró, con la sorpresa que es de suponer, ante una criatura envuelta en ropas muy bastas, pero sumida en un suave y profundo sueño. Mr. Allworthy permaneció algunos minutos contemplando, perplejo y asombrado, lo que tenía ante sus ojos. Mas como su natural bondad ejercía siempre un gran ascendiente sobre su espíritu, no tardó en comenzar a experimentar una serie de sentimientos compasivos hacia el desgraciado ser que ocupaba su lecho. Inmediatamente tiró de la campanilla, ordenando que una criada de edad madura saltara inmediatamente de la cama y acudiera a su cuarto. Pero mientras Mr. Allworthy contemplaba arrobado la belleza de la inocencia, representada por los vivos colores que la infancia y el sueño realzaban, no cayó en la cuenta de que se encontraba en camisa cuando su ama de llaves entró en la habitación, y esto que la

mujer había concedido a su amo más del tiempo necesario para que pudiera vestirse, pues aparte de la cuestión de la decencia, la mujer había perdido bastantes minutos peinándose ante el espejo, pesé a la prisa con que había sido requerida por el criado y al temor de que su amo podía encontrarse en aquellos instantes bajo los efectos de un ataque de apoplejía o de otra clase cualquiera.

No debe sorprender, por tanto, a nadie que una persona tan severa en las cuestiones de decencia en lo que a ella se refería, se sintiera profundamente sorprendida a la menor alteración que descubría en los demás. Por esta razón, en cuanto abrió la puerta y vio a su amo de pie junto a la cama, en camisa y con una vela en la mano, retrocedió poseída por un terrible espanto, y sin duda se hubiera desmayado de no haber caído su amo en la cuenta de que se encontraba en paños menores, ordenándole entonces que permaneciera en el otro lado de la puerta hasta que él se hubiera puesto alguna ropa y estuviera en condiciones de no ofender los pudibundos ojos de Deborah Wilkins, que aunque ya se encontraba en sus cincuenta y dos años, solía decir que jamás había visto a un hombre sin su casaca. Los ingenios que gustan de escarnecer ciertas cosas quizá se burlen de su susto. Sin embargo, mi grave lector, si tenemos presente la hora de la noche en que fue arrancada del lecho y la situación en que encontró a su amo, aplaudirás y considerarás más que justificado su proceder, a no ser que la prudencia que debe suponerse propia de las doncellas de la edad que había alcanzado Mrs. Deborah, haga que disminuya tu admiración.

Cuando Mrs. Deborah penetró de nuevo en el dormitorio y su amo le contó lo del encuentro del niño, la consternación que sintió el ama de llaves superó en mucho a la sentida por él, a tal punto que no pudo contenerse y gritó con profunda expresión de horror, tanto en su voz como en su mirada:

—Señor... ¿qué hacemos?

Mr. Allworthy contestó a su ama de llaves que debía cuidar de la criatura aquella noche, y que a la mañana siguiente él daría órdenes para que le procuraran un ama.

—Sí, señor —repuso Mrs. Deborah—, y confío que el señor tomará sus medidas para que detengan a la madre, que sin duda será una vecina. ¡Cuánto me gustaría que la dieran una buena paliza! Esas asquerosas mujeres deben ser castigadas con dura severidad. Por el descaró que demuestra al dejarlo aquí, apostarí a que éste no es su primer hijo.

—¡Dejemos eso, Deborah! —contestó el dueño de la casa—. No puedo creer que lo haya hecho con intención. Supongo que ha obrado de este modo para que cuidemos del niño, y me alegro infinito de que no haya actuado de peor forma.

—No sé de qué peor forma podía actuar esa ramera —repuso el ama de llaves—, tras de haber arrojado sus pecados a la puerta de un hombre honrado, pues aunque nadie como una misma conoce su propia inocencia, la gente es muy aficionada a criticar, y ha habido muchos hombres que pasaron a los ojos del vulgo por padres de

hijos que no tuvieron jamás, y si el señor se decide a proteger a la criatura, con mayor fundamento lo creerán. Además... ¿por qué ha de cargar el señor con lo que la parroquia tiene la obligación de mantener? Por lo que a mí respecta, no tengo el menor deseo de tocar a estos hijos ilegítimos, a quienes no considero seres como yo. ¡Oh! ¡Cómo huele! No huele como un cristiano, se lo aseguro. Si osara dar mi opinión, aconsejaría al señor que lo metiera en una cesta y ordenase que lo dejaran en la puerta de la sacristía de la iglesia. Hace una buena noche, salvo que llueve y sopla un poco el viento. Pero si se le abrigara bien y le meten en una cesta bien acondicionada, creo que hay dos probabilidades contra una de que mañana por la mañana aún le encontraran con vida. Pero aunque así no fuera, nosotros habríamos cumplido nuestro deber cuidándolo como es debido. Y quizá sea mejor para esos seres que mueran en perfecto estado de inocencia, que no que al crecer acaben imitando a sus madres, pues nada bueno puede esperarse de ellos.

En la larga perorata del ama de llaves hubo algunas salidas de tono que quizá hubieran molestado a Mr. Allworthy, si el caballero las hubiera escuchado. Pero acababa de colocar uno de sus dedos en la mano del infante, que con aquella suave presión parecía implorar auxilio, y esto sin duda sobrepujó a la elocuencia de Mrs. Deborah, aunque hubiese sido diez veces más poderosa de lo que era. Entonces el caballero dio órdenes concretas a su ama de llaves para que se llevase al niño a su cama y llamase a una criada que le preparase un biberón y todo lo que fuera necesario. Al propio tiempo ordenó que le procuraran las ropitas adecuadas a primera hora de la mañana y que lo llevaran a su presencia en cuanto se despertase.

Tal era la inteligencia de Mrs. Wilkins y el respeto que le infundía su amo, gracias al cual disponía de un excelente empleo, que todos sus escrúpulos se esfumaron ante las órdenes perentorias que acababa de recibir, y cogiendo al niño entre sus brazos, sin el menor disgusto aparente ante la ilegalidad de su nacimiento, se lo llevó a su propia alcoba, no sin antes afirmar que era una criatura muy linda.

Allworthy se sumió entonces en uno de esos sueños ligeros y apacibles que todo corazón bondadoso y puro es capaz de gozar cuando se siente de veras satisfecho consigo mismo. Como éste es posiblemente más dulce que el producido por cualquier otro alimento del corazón, con gusto me tomaría la molestia de describírselo al lector. Pero ignoro si tal manjar le resultaría apetitoso.

CAPÍTULO IV

DONDE LA CABEZA DEL LECTOR CORRE PELIGRO POR EFECTO DE UNA DESCRIPCIÓN. SU SALVACIÓN Y LA GRAN CONDESCENDENCIA DE MISS BRIDGET ALLWORTHY.

El estilo gótico en la construcción no pudo producir nada más noble que la mansión de Mr. Allworthy. Poseía un tal aire de grandeza que sorprendía y producía verdadero pavor, rivalizando al propio tiempo con la mejor arquitectura griega, y era tan cómoda en su interior como venerable en su exterior.

Se alzaba en la ladera sudeste de una colina, aunque más próxima de la base que de la cumbre, lo que hacía que permaneciera resguardada de los vientos del noroeste con ayuda de un bosquecillo de viejos robles que trepaban por una pendiente de cerca de media milla. Pese a todo, se encontraba lo suficientemente alta para poderse disfrutar desde ella de la más deliciosa vista del valle que se extendía abajo.

En medio del bosquecillo había un prado que descendía en suave pendiente hacia la casa, cerca de cuyo extremo superior podía admirarse un gran surtidor. Este surtidor brotaba de una roca cubierta de abetos, formando una cascada permanente de unos treinta pies de altura, y caía naturalmente sobre unas piedras irregulares cubiertas de musgo, hasta que llegaba a la base de la roca. A continuación se deslizaba por un canal hecho con guijarros, formando una serie de cascadas algo más reducidas que la primera, para al fin verter en un lago al pie de la colina, a cosa de un cuarto de milla debajo de la casa, en el lado sur, pudiéndose contemplar desde todas las habitaciones que daban a la fachada principal. De este lago, que ocupaba el centro de una deliciosa llanura adornada con grupos de hayas y olmos y donde pastaban ovejas, nacía un río que transcurría con sus meandros a través de una sorprendente variedad de praderas y bosques hasta que desembocaba en el mar. Y un ancho brazo de éste, con una isla al fondo, cerraba la perspectiva.

A la derecha del valle descrito se abría otro más pequeño, salpicado aquí y allá por algún pueblecito, y en sus límites se alcanzaba a ver una de las torres de una antigua abadía destruida, toda cubierta de yedra, así como parte de la fachada, que aún se mantenía intacta.

A la izquierda, el escenario estaba formado por un bello parque, que se extendía sobre un terreno desigual y variado, tal era la diversidad de colinas, prados, bosques y arroyos y riachuelos que lo cruzaban. Todo parecía dispuesto con hábil gusto, aunque esto se debía menos al arte que a la naturaleza.

Más lejos, el terreno se iba elevando gradualmente hasta una serie de salvajes montañas, cuyas cumbres aparecían a veces cubiertas por las nubes.

Era a mediados de mayo, y en el sereno amanecer, Mr. Allworthy se paseaba por la terraza, contemplando cómo la suave aurora iba descubriendo una tras otra todas las bellezas que antes hemos descrito, hasta que de súbito, enviando por delante sus luminosos rayos, que ascendían por el azul cielo como heraldos que precedieran a su majestuosa pompa, el sol surgió con todo su esplendor. Mr. Allworthy se lo representaba como un ser humano rebotante de benevolencia, meditando sobre la forma en que podría ser más útil a su Creador, haciendo el mayor bien a sus criaturas.

Lector, ahora mucho cuidado. Te he conducido imprudentemente a lo alto de una colina tan alta como la de Mr. Allworthy, y no sé bien cómo bajar sin que corra peligro tu cabeza. No obstante, corramos ese riesgo y deslicémonos ladera abajo juntos, ya que miss Bridget está tocando la campana, pues llama a Mr. Allworthy para el desayuno, donde yo debo estar presente, y me sentiré muy contento si tú me acompañas.

Efectuados los cumplidos habituales entre Allworthy y su hermana, y luego de servido el té, el dueño de la casa llamó a Mrs. Wilkins y dijo a Bridget que iba a hacerle un regalo, lo que la hermana se apresuró a agradecer, imaginando, creo yo, que sería una blusa o algún adorno para su persona. Su hermano le hacía regalos con frecuencia, y ella, para complacerle, perdía mucho tiempo en ataviarse. He dicho para complacerle, y está bien dicho, puesto que, por lo general, denotaba el mayor desprecio hacia el vestir y hacia aquellas mujeres que perdían en ello su tiempo.

¿Cuál no sería, pues, su desengaño cuando Mrs. Wilkins, obedeciendo la orden de su amo, se presentó con el niño? Las grandes sorpresas, como ha podido comprobarse, suelen producir un profundo silencio, y tal fue lo que sucedió con Bridget, que se mantuvo callada hasta que su hermano contó toda la historia, pero que nosotros no repetiremos por ser ya conocida del lector.

Miss Bridget tenía en tan alta estima lo que las damas llaman virtud, y poseía un carácter tan severo, que era de esperar, al menos por el ama de llaves, que en aquel instante expresara toda su amargura y que votara por el envío inmediato del niño, cual si se tratase de un animal dañino, fuera de la casa. Pero contra todo lo esperado, se decantó hacia el lado bueno del asunto, dejó entrever cierta compasión hacia la indefensa criaturita y alabó la caridad de su hermano por lo que había hecho.

El lector se explicará esta condescendencia de miss Bridget con su hermano cuando le digamos que el excelente caballero había dado fin a su historia con la resolución de hacerse cargo del niño y criarle como si fuera suyo. A decir verdad, miss Allworthy siempre estaba dispuesta a complacer a su hermano y muy rara vez, si llegó a acontecer algunas, se opuso a sus sentimientos. De cuando en cuando hacía observaciones, tales como la de que los hombres son testarudos y les gusta salirse siempre con la suya, así como que le hubiera gustado poder disponer de su fortuna propia. Pero todo esto era dicho en voz tan baja que no pasaba de la categoría de una

frase mascullada entre dientes.

Sin embargo, aquello que no aplicó al niño se lo dedicó en gran abundancia a la infeliz madre desconocida, a quien llamó perra impúdica, mujer disoluta, ramera, mala pécora, prostituta envilecida, y todos los otros calificativos que la lengua de la virtud acostumbra a emplear para fustigar a las mujeres que han tenido la desgracia de cometer una falta contra el honor de su sexo.

Acto seguido se celebró una consulta para ver cuál era la mejor manera de descubrir a la desgraciada madre. Primero se hizo un examen de la índole moral de las criadas de la casa. Pero todas fueron absueltas por Mrs. Wilkins, y con muchos puntos a favor de ellas. Las había buscado ella misma, y sería difícil dar con otra serie igual de esperpentos.

La siguiente medida que se tomó fue la de hacer una investigación a fondo entre los habitantes de la parroquia, y la encargada de llevarla a cabo fue Mrs. Wilkins, que tenía que actuar con la mayor diligencia y dar cuenta del resultado de sus averiguaciones por la tarde.

Una vez decidido todo, Mr. Allworthy se retiró a su estudio, como tenía por costumbre, y dejó al niño al cuidado de su hermana, la cual, visto el «deseo» de su hermano, se hizo cargo de él.

CAPÍTULO V

DONDE SE REFIEREN DIVERSOS ASUNTOS CORRIENTES, CON ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LOS MISMOS MUY POCO CORRIENTES.

Cuando su amo estuvo fuera, Deborah guardó silencio en espera de alguna sugestión por parte de miss Bridget, ya que la cauta y prudente ama de llaves no se sentía segura de lo que había sucedido en presencia del dueño de la casa, dado que a menudo había podido observar que los sentimientos de su señora, en ausencia del hermano, diferían notablemente de los manifestados cuando él se encontraba presente. Miss Bridget, sin embargo, no permitió que permaneciera mucho tiempo en tal situación de duda o titubeo, ya que tras de haber contemplado con atención a la criatura, que dormía sobre el regazo del ama de llaves, no pudo contenerse y le dio un amoroso beso, a la vez que expresaba la gran complacencia que sentía ante su inocencia y belleza. Apenas observó esto, Mrs. Deborah se apresuró a estrechar entre sus brazos al niño y a besarle con tan arrebatado entusiasmo como el que a veces manifiesta una prudente dama de cuarenta y cinco años ante un novio más joven que ella.

—¡Oh, qué linda criatura! ¡Qué bella, querida y dulce criatura! —exclamó—. ¡Apuesto que es el niño más guapo que jamás ha existido!

Estas exclamaciones se repitieron hasta que la hermana del dueño de la casa las interrumpió. Acto seguido la dama procedió a cumplimentar la misión que le había encomendado su hermano, dando órdenes para que se procurase al niño todo lo necesario y eligiendo para él una de las mejores habitaciones de la casa. Sus órdenes fueron tan liberales que sin duda no habrían sido más generosas si el niño hubiera sido hijo suyo. Mas ante el temor de que el lector pueda sentirse con deseos de injuriarla por demostrar excesiva consideración hacia un niño cuyo origen estaba tan oscuro, creemos oportuno indicar que ella razonaba del siguiente modo: «Puesto que ha sido capricho de mi hermano adoptar al niño, éste debe de ser tratado con suma ternura y delicadeza». De todos modos, no podía dejar de pensar que al obrar así se alentaba al vicio. Pero conocía demasiado bien la obstinación del género humano para oponerse a ninguna de sus ridículas manifestaciones.

Con reflexiones como las indicadas solía acompañar por lo general su asentimiento a los deseos de su hermano. Y no cabe duda que nada contribuía más a realzar los méritos de su proceder que la afirmación de que siempre se daba clara cuenta de lo insensato de aquellos deseos, a los que ella se sometía sin rechistar. La obediencia tácita no supone violencia sobre la voluntad y, por tanto, puede ser mantenida con facilidad y sin esfuerzo. Pero cuando una esposa, un hijo, un pariente

o un amigo lleva a efecto lo que deseamos quejándose y de mala gana, haciendo manifestaciones de desagrado y de disgusto, la contrariedad que sienten sirve para realzar la obligación que se les impone.

Como ésta es una de esas observaciones profundas que suponemos que muy escasos lectores podrán hacer por sí, he creído oportuno prestarles mi ayuda. Sin embargo, éste es un favor que no prodigaré a lo largo de mi obra. En realidad, muy escasas veces lo haré, de no encontrarme en casos como éste, en los que tan sólo la inspiración con que estamos dotados los escritores nos capacita para tales descubrimientos.

CAPÍTULO VI

MRS. DEBORAH ES PRESENTADA EN LA PARROQUIA CON UN SÍMIL.
BREVE DESCRIPCIÓN DE JANE JONES, SEGUIDA DE LAS
DIFICULTADES Y SINSABORES QUE SUELEN EXPERIMENTAR LAS
JÓVENES QUE ANSÍAN INSTRUIRSE.

Una vez acomodado el niño, Mrs. Deborah, cumpliendo las órdenes de su amo, se dispuso a visitar las casas en que se suponía que podría ocultarse la madre.

Siempre que el temido milano es descubierto volando sobre las demás aves, suspendido sobre sus cabezas, tanto la amorosa paloma como los inocentes pajarillos siembran la alarma y todos vuelan temblorosos hacia sus habituales escondites. El milano, lleno de orgullo, bate el aire con sus alas, consciente de su dignidad, mientras medita sobre su próxima proeza. Del mismo modo, cuando la llegada de Mrs. Deborah fue anunciada en el pueblo, todos sus habitantes corrieron temblando a sus hogares, cada mujer temiendo que la visita fuera para ella. El ama de llaves avanzó con pasos majestuosos a través del campo. Mantenía la cabeza erguida, convencida de su propia importancia, en tanto maduraba los planes necesarios para realizar el descubrimiento que la llevaba al pueblo.

Supongo que el sagaz lector no deducirá del símil precedente que la pobre gente del lugar sintiera el menor recelo sobre las intenciones que abrigaba Mrs. Wilkins. Pero como temo que la gran belleza del símil pueda dormir durante los próximos cien años, hasta que algún futuro comentador tome sobre sí la tarea de desempolvarlo, creo necesario prestar cierta ayuda al lector en la presente ocasión.

Mi propósito es hacer notar que así como la inclinación del milano es la de devorar a los tiernos pajarillos, la naturaleza de las personas como Mrs. Wilkins es la de insultar y tiranizar a la gente humilde. De este modo se resarcan del extremo servilismo y condescendencia con sus superiores, pues no hay nada más lógico que los esclavos y aduladores impongan los mismos tributos que ellos pagan a sus superiores a todos cuantos se encuentran debajo de ellos.

En cada ocasión que Mrs. Deborah se veía precisada a hacer una concesión extraordinaria a miss Bridget, con lo que inevitablemente amargaba un tanto su natural disposición, solía ir al encuentro de esa gente al objeto de aplacar su temperamento, dando salida y purgándose, en cierto modo, de sus malos humores. Por esta causa, jamás era bien recibida. Para decirlo con todas las letras, era universalmente temida y odiada.

Una vez en la aldea, encaminó sus pasos a casa de una mujer de cierta edad con la que por lo común se mostraba más amable que con el resto, debido a que la suerte

había hecho que se pareciera a ella tanto en la gentileza de su persona como en la edad. Contó a la buena mujer lo que había sucedido en casa de su amo y los designios que la llevaban a la aldea. Ambas mujeres pasaron inmediatamente revista a las condiciones morales de cierto número de jóvenes que vivían en los alrededores, hasta que al fin sus sospechas recayeron sobre una tal Jane Jones, que según convinieron era la que más probabilidades tenía de haber cometido el horroroso acto.

La tal Jane Jones no era una muchacha excesivamente agraciada ni por sus facciones ni por su cuerpo. Pero la naturaleza había cuidado de compensar en parte la carencia de belleza con lo que, por lo común, es más apreciado entre las mujeres que han alcanzado cierta edad, es decir, la había dotado de una inteligencia poco corriente. Jane había perfeccionado este talento natural mediante el estudio. Durante varios años había sido criada de un maestro de escuela, quien al descubrir las grandes dotes que poseía la muchacha y su extraordinario deseo de aprender —en sus ratos libres solía sorprenderse leyendo los libros de sus discípulos—, tuvo el buen humor o la tontería —como al lector mejor le plazca—, de enseñarla tan a conciencia que consiguió que la joven acabara poseyendo un gran dominio de la lengua latina, siendo tan buena alumna como la mayor parte de los jóvenes distinguidos de su edad. Esta positiva ventaja, como buena parte de otras pertenecientes al género de las extraordinarias, iba acompañada por algunos pequeños inconvenientes. Nada tiene de extraño que una muchacha tan cabal sintiera muy escasa afición hacia la sociedad de aquellas personas a quienes la fortuna había hecho sus iguales, pero a quien la educación mantenía muy por debajo de ella. Así que no debe sorprender en demasía que la superioridad de Jane Jones, unida a su conducta, que es su natural consecuencia, produjera entre las demás mujeres un tanto de envidia, que había ido creciendo secretamente en los corazones de sus vecinas desde que había regresado de servir al maestro.

Pero esta envidia no se puso de manifiesto de un modo abierto hasta que la infeliz de Jane, para sorpresa de todos y vejación de los jóvenes de los alrededores, apareció un domingo en público luciendo una blusa nueva de seda, un gorro de lazos y los demás adornos adecuados a tales prendas.

La llama que hasta entonces había permanecido en estado embrionario brotó de improviso. Pero Jane, al percatarse de ello, acreció en su orgullo, orgullo que ninguna de sus vecinas era lo bastante amable para alimentar con las lisonjas que ella parecía exigir. Y en lugar de respeto y admiración, la muchacha cosechó odios por su elegancia y distinción. Todos a una afirmaron que era imposible que pudiera obtener aquellas cosas de un modo honrado, y los padres, en vez de desear aquello para sus hijas, se felicitaron porque sus hijas no las tenían.

La buena mujer mencionó el nombre de la pobre muchacha ante Mrs. Wilkins. Pero existía otra circunstancia que confirmó las sospechas de la última. Jane había

visitado en los últimos tiempos muy a menudo la casa de Mr. Allworthy. Había sido enfermera de miss Bridget durante una grave enfermedad, velándola durante noches enteras. Aparte de esto, fue vista en la casa el mismo día del regreso de Mr. Allworthy por la misma Mrs. Wilkins, aunque esta sagaz mujer no concibió la menor sospecha, ya que, como solía decir, apreciaba mucho a Jane, pues la tenía por una muchacha en extremo sensata. «Aunque sé muy poco de ella, y hasta ahora he sospechado más de las coquetuelas que presumen porque se consideran guapas», terminó diciendo.

En vista del caso, Jane fue citada inmediatamente para que compareciera ante Mrs. Deborah, lo que la joven se apresuró a cumplir en el acto. Cuando la tuvo ante su vista, Mrs. Deborah, con la gravedad de un juez y bastante más de su severidad, inició su perorata con las siguientes palabras:

—¡Ramera descarada!

Como puede verse, lo que hizo fue más dictar sentencia contra la muchacha que acusarla.

Aunque Mrs. Deborah estaba plenamente convencida de la culpabilidad de Jane por las razones antes mencionadas, tal vez Mr. Allworthy hubiera exigido pruebas más convincentes antes de darse por convencido del desliz de la muchacha. Pero ésta ahorró toda molestia a sus acusadores confesando de pleno el delito de que se la acusaba.

Pero la confesión, aunque fue hecha con evidentes muestras de arrepentimiento, no por ello ablandó el corazón de Mrs. Deborah, que acto seguido pronunció su segundo juicio sobre Jane, y en un lenguaje mucho más insultante que el primero. Tampoco Jane obtuvo el menor éxito con los asistentes al juicio, que aumentaban por momentos. Muchos de ellos se limitaron a exclamar:

—Ya suponíamos en lo que acabaría lo de la blusa de seda.

Otros hablaron en tono sarcástico del saber de la muchacha. Ni una sola de las mujeres presentes se olvidó de manifestar la aversión que les inspiraba Jane, la cual soportó todo con la mayor resignación, salvo el comentario malicioso de una mujer, a quien se le ocurrió manifestar:

—¡Menudo estómago debe de tener el hombre para dar blusas de seda a un tipo así!

Jane contestó a estas palabras con marcado desdén, y sin duda hubiera sorprendido a cualquier persona juiciosa que la joven soportara con tanta tranquilidad todas las injurias que llovían sobre su castidad. Pero tal vez se le había agotado la paciencia, ya que se trata de una virtud que suele fatigarse con el ejercicio.

Tras de haber logrado tan enorme triunfo en sus investigaciones, que sobrepasaban sus más grandes esperanzas, Mrs. Deborah regresó a casa de sus amos en pleno triunfo, y a la hora señalada hizo un completo informe a Mr. Allworthy, que

se mostró muy sorprendido al oír el relato, pues con frecuencia había tenido noticias de las extraordinarias dotes y cultura de aquella muchacha, a la que se proponía dar en matrimonio, junto con una modesta renta, a un párroco de la vecindad. Por este motivo, su interés era cuando menos igual a la satisfacción que resplandecía en el rostro de Mrs. Deborah, y quizá a muchos lectores esto les parezca del todo razonable.

Por su parte, miss Bridget se hizo cruces y aseguró que «en el futuro jamás formaría buena opinión de ninguna mujer», puesto que Jane era una muchacha que le había caído en gracia.

La prudente ama de llaves fue enviada de nuevo al pueblo con el encargo de conducir a la desgraciada ante Mr. Allworthy, no para ser enviada a una casa de corrección, como algunos pretendían y todos esperaban, sino para recibir una amonestación y un reproche, todo lo cual podrán leer en el siguiente capítulo aquellos que gusten de esta clase de instructivas lecciones.

CAPÍTULO VII

DONDE SE HABLA DE UN ASUNTO TAN GRAVE QUE EL LECTOR NO DISPONE DE UNA SOLA OCASIÓN PARA REÍR, A NO SER QUE QUIERA REÍRSE DEL AUTOR.

Cuando Jane llegó a la casa de los Allworthy, el dueño de la casa la hizo pasar a su despacho y la habló del siguiente modo:

—Sabe usted muy bien, joven, que como juez tengo poder para castigarla con toda severidad por lo que ha hecho, aunque es posible que no tema usted el castigo, pues puede decirse que, en cierto modo, ha arrojado usted sus pecados ante mi puerta. Pero es muy posible que sea ésta la razón que me ha impulsado a proceder con usted de una manera mucho más suave, ya que un resentimiento particular jamás debe influir en la conciencia de un juez, por lo que daré de lado la circunstancia de que haya depositado usted al niño en mi casa y no lo consideraré como una agravante de su ofensa, suponiendo, por el contrario, que esto ha sido fruto de un natural afecto por la criatura. Cabe que haya usted pensado que así había alguna esperanza de que fuera mejor atendido que si quedaba en poder de usted o de su desalmado padre. De veras le digo que me hubiera sentido profundamente ofendido si hubiera usted puesto en peligro al desgraciado niño, como suelen hacer algunas madres inhumanas que, no satisfechas con haber perdido su castidad, abandonan el fruto de sus entrañas. Será, pues, el otro aspecto de su culpa sobre el que recaerá mi amonestación: me refiero a la pérdida de su castidad, crimen que es tratado a la ligera por personas de moral relajada, pero que es odioso por sí mismo y temible por sus consecuencias.

»La naturaleza de esa terrible ofensa debe de resultar evidente a todo cristiano, pues fue cometida desafiando las leyes de nuestra religión y contra los mandatos de Aquel que creó esa religión. Con razón se puede decir que sus consecuencias son desastrosas, pues ¿puede haber algo más horrible que incurrir en el desagrado divino, quebrantando sus divinos mandamientos y, precisamente en su caso, contra el que está particularmente señalada la máxima venganza? Mas estas cosas, aunque por lo general se tienen poco presentes, son tan diáfanas, que el género humano no necesita que se le informe sobre el particular, aunque a veces precisa que se le haga memoria de ellas. Por lo tanto, bastará una insinuación para despertar el juicio de usted en el presente caso, ya que provocará en usted el arrepentimiento sin conducirla a la desesperación.

»Existen otras consecuencias, no tan temibles o llenas de consecuencias como ésa. Sin embargo, si las examinamos atentamente, deben disuadir, a mi juicio, a todas las mujeres de cometer semejante crimen.

»Con él se ha envilecido usted, y se ha colocado como los leprosos de la Antigüedad, al margen de la sociedad. Al menos, de la sociedad honorable.

»Ahora sólo podrá usted relacionarse con personas de pésima conducta, pues ninguna otra se mostrará dispuesta a mantener amistad con usted.

»Si posee bienes, desde este mismo momento queda incapacitada para disponer de ellos; si carece de ellos, se halla imposibilitada para adquirir ninguno, e incluso para procurarse el sustento, puesto que ninguna persona honrada la querrá admitir en su casa. En consecuencia, a menudo se verá impulsada por la necesidad a sumirse en un estado de vergüenza y de miseria, circunstancia que al final acaba con la destrucción del cuerpo y del alma. Mas ¿puede ningún placer compensar estos peligros? ¿Existe alguna tentación que posea el suficiente atractivo para que obligue a un ser humano a establecer semejante contacto? ¿Puede algún apetito carnal dominar hasta tal punto su razón o mantenerla tan dormida como para impedir que huya, aterrorizada, de un crimen que trae consigo castigo tan terrible?

»¡Qué ruin y despreciable debe ser la mujer, qué vacía de inteligencia, de dignidad y de decencia, sin las cuales no merecemos el nombre de seres humanos, para colocarse al nivel del animal más bajo, sacrificando todo lo grande y noble que hay en ella, toda su parte de ángel, a un apetito que tiene en común con el lado más vil de la creación! Con toda seguridad, ninguna mujer presentará la pasión amorosa como una excusa. Esto sería considerarse como un simple instrumento del hombre. El amor, por mucho que corrompamos y pervirtamos su significado, es siempre una pasión racional, y jamás puede ser violento más que cuando es recíproco, pues aunque la Biblia nos suplica que amemos a nuestros enemigos, no nos obliga a que lo hagamos con ese amor fervoroso que sentimos por nuestros amigos, y mucho menos que le sacrifiquemos nuestras vidas y que le entreguemos lo más precioso que existe en nosotros: nuestra inocencia. Pues bien, ¿cómo puede considerar una mujer razonable al hombre que la solicita para hacerla víctima de las desgracias que acabo de describir a usted, y que le proporcionaría un breve, trivial y despreciable placer a costa de tan grande sacrificio? Las leyes sociales hacen que toda la vergüenza recaiga sobre usted. ¿Puede el amor, que siempre anhela el bien del ser amado, intentar engañar a una mujer con algo en lo que ella lleva siempre las de perder? Si semejante corruptor tuviera la desfachatez de pretender de la mujer un afecto auténtico, ¿no debería ella no tan sólo considerarle como un enemigo, como el peor de sus enemigos, como un hombre hipócrita, taimado, traidor, que intentaba mancillar no sólo su cuerpo, sino también su alma?

Como al llegar a este punto de su discurso denotara Jane una gran inquietud, Mr. Allworthy guardó silencio unos instantes, hasta que al fin prosiguió:

—Le he hablado de esta forma, joven, no con ánimo de insultarla por lo que ha sucedido y es ya inevitable, sino para advertirla y fortalecerla en el futuro. Y quizá no

me hubiera tomado este trabajo de no ser por cierta buena opinión que tengo de su juicio, pese al grave resbalón que ha dado usted, y por la esperanza de un arrepentimiento cordial que creo percibir en la franqueza con que lo ha confesado todo. Si no me engaño, yo mismo cuidaré de apartarla del lugar de su vergüenza y conducirla a un sitio en el que, al no ser conocida, podrá eludir el castigo que corresponde en este mundo a su delito. Y confío en que con su arrepentimiento y su conducta futura conseguirá eludir la sentencia, mucho más severa, que será pronunciada contra usted en el otro. Sea usted una buena muchacha el resto de sus días, y haga que la necesidad no la impida andar por el camino recto. Créame, en este mundo se goza de mayor placer llevando una vida inocente y virtuosa que no entregándose al vicio y al libertinaje.

»Por lo que respecta a su hijo, no se preocupe. Velaré por él de forma que sobrepasarán sus mayores esperanzas. Y ahora sólo resta que me diga quién es el hombre malvado que la sedujo, pues le prometo que mi cólera contra él será mucho mayor que la que ha podido usted ver en la presente ocasión.

Jane levantó los ojos del suelo, donde los había mantenido clavados todo el rato, y con mirada humilde y voz apagada, dijo:

—Conocerle, señor, y no estimarle, sería una demostración de falta de juicio o de bondad. Pero, además, en mí sería la mayor ingratitud no apreciar como es debido toda la bondad que se ha permitido mostrarme en la presente ocasión. En lo que hace al pasado, sé que me ahorrará usted el sonrojo de repetirlo. Mi conducta de ahora en adelante expresará mejor mis sentimientos que cualquier manifestación que pudiera hacer en estos momentos. Ahora me permito asegurarle, señor, que acepto su consejo con más reconocimiento que la generosa oferta con que lo ha acompañado, ya que, como se ha dignado afirmar, es una muestra de su opinión sobre mi inteligencia. — Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos lentamente y guardó silencio unos instantes, hasta que a poco continuó—: En realidad, su gran amabilidad hace que me sienta abrumada. Sin embargo, procuraré merecer su buena opinión, ya que si poseo la inteligencia que me concede, su consejo no puede resultar baldío. Señor, le agradezco de todo corazón sus buenas intenciones respecto a mi desamparado hijo. Es una criatura inocente, y confío que vivirá para poder agradecer en el futuro todos los favores que usted le prodigue. Pero ahora, señor, tengo que suplicarle de rodillas que no insista en que le diga el nombre del padre del niño. Le prometo que algún día llegará a saberlo. Pero estoy ligada por solemnes promesas de honor, así como por promesas de índole religiosa, que me impiden pronunciar su nombre en la presente ocasión. Y conozco a usted demasiado bien para que quiera que falte a mi honor y a mi religión.

La simple mención de estas sagradas palabras era suficiente para que Mr. Allworthy vacilase, así que dudó un momento antes de responder, diciendo al fin a

Jane que había obrado mal al establecer tales compromisos con un villano. Mas como existían, en modo alguno podía insistir él en que los quebrantara. No obstante, añadió que no había sido por simple curiosidad que había preguntado, sino con intención de castigar como era debido al culpable. Cuando menos, para no conceder, por ignorancia, favores a quien no los merecía en modo alguno.

Pero Jane le tranquilizó a este respecto, asegurando solemnemente que el hombre se encontraba fuera de su alcance, que no se hallaba bajo su jurisdicción ni existía tampoco la menor posibilidad de que pudiera ser objeto de sus bondades.

Con este ingenuo proceder, Jane ganó tanto crédito a los ojos de aquel digno caballero, que éste creyó sin dificultad todo cuanto ella tuvo a bien contarle. Como la joven rehuía excusarse haciendo uso de la mentira, no pensó que pudiera engañarle.

Despidió, pues, a Jane Jones asegurándole que muy pronto le pondría fuera del alcance de las gentes que conocían su deshonra, y concluyó con algunas frases a guisa de colofón, recomendándola que se arrepintiera.

—Tenga presente que existe uno con el que tiene que reconciliarse y cuyo favor es de mucha mayor importancia para usted que para mí.

CAPÍTULO VIII

DIÁLOGO ENTRE MISS BRIDGET Y MRS. DEBORAH, EN EL QUE HAY MÁS DIVERSIÓN, PERO MENOS INSTRUCCIÓN, QUE EN EL ANTERIOR.

Cuando Mr. Allworthy penetró en su despacho acompañado por Jane Jones, miss Bridget, junto con la buena ama de llaves, entraron en una habitación inmediata al despacho, desde la cual, a través del agujero de la cerradura, pudieran escuchar el instructivo y edificante sermón de Allworthy, así como las respuestas de Jane.

Aquel observatorio del despacho de su hermano era tan bien conocido por miss Bridget y había sido utilizado por ella con tanta frecuencia como el famoso agujero abierto en la pared que antaño utilizara Tisbe. El de ahora servía para muchos fines. A través de él, miss Bridget obtenía conocimiento a menudo de las inclinaciones de su hermano, sin tener que tomarse la molestia de inquirirlas. Ciertamente que este sistema ofrecía algún que otro inconveniente, y en ocasiones tenía motivos sobrados para exclamar como Tisbe en la obra de Shakespeare: «¡Oh, maldita pared!», pues como su hermano era juez de paz, se representaban ciertas escenas relacionadas con algunos casos de bastardía o cosas por el estilo muy a propósito para ofender los castos oídos de las vírgenes, en especial cuando éstas lindaban ya con los cuarenta, que era el caso de miss Bridget. No obstante en tales momentos disfrutaba de la ventaja de poder ocultar a los ojos de los hombres su rubor, y *De non appatentibus, et non existentibus eadem est ratio*, lo cual traducido quiere decir: «Cuando no se ve ruborizarse a una mujer, quiere decir que no se ruboriza».

Las dos mujeres mantuvieron completo silencio durante la escena que tuvo lugar entre Mr. Allworthy y la muchacha descarriada. Mas tan pronto como ésta concluyó, y una vez alejadas de la puerta, a Mrs. Deborah le fue imposible no protestar contra la clemencia de su amo, sobre todo, porque hubiera permitido a la joven ocultar el nombre del padre del niño, que la mujer juró que oiría de labios de la muchacha antes de la puesta del sol.

Al escuchar estas palabras, miss Bridget se permitió alterar sus facciones con ayuda de una sonrisa, cosa desacostumbrada en ella. En modo alguno quiero que el lector imagine que fue una de esas lascivas sonrisas que Homero parece atribuir a Venus, cuando la llama la diosa amante de la risa. Ni tampoco fue una de esas sonrisas que lady Serafina lanza desde el escenario, y por la que sin duda Venus renunciaría a la inmortalidad a cambio de igualarla. Ni mucho menos fue una de esas sonrisas que proceden de los mofletudos carrillos de la augusta Tisífona o de alguna de sus hermanas.

Con aquella sonrisa y una voz tan dulce y suave como la brisa del norte en un

atardecer del delicioso mes de noviembre, miss Bridget reprobó suavemente la curiosidad de Deborah, vicio, al parecer, en extremo desarrollado en esta última, y que obligó a la primera a lanzar algunas amargas invectivas, añadiendo:

—Entre todas mis muchas faltas, doy gracias a Dios porque mis enemigos no puedan acusarme de meter las narices en los asuntos de los demás.

Acto seguido procedió a ensalzar el honor y el valeroso espíritu con que Jane había actuado. Aseguró que no podía por menos de mostrarse conforme con su hermano; que, indudablemente, existía cierto mérito en la sinceridad con que Jane había confesado y en la adhesión que mostraba a su amante; que siempre había tenido a Jane por una muchacha buena y juiciosa, y que no la sorprendería que hubiera sido seducida por algún truhán, el cual seguramente tendría mucho más de qué avergonzarse que ella, y que con toda probabilidad debería de haber logrado sus favores con promesa de matrimonio u otro procedimiento traicionero.

La conducta de miss Bridget sorprendió de veras al ama de llaves, ya que esta mujer, de suyo bien educada, rara vez abría la boca para dirigirse a su amo ni a su hermana sin antes haber sondeado a fondo sus pensamientos, con los que siempre se mostraba de acuerdo. En el momento presente pensó que podría lanzarse hacia delante con toda seguridad, y supongo que el sagaz lector no la acusará de falta de previsión por obrar así, sino que reconocerá la sorprendente celeridad con que solía virar cuando descubría que se había deslizado por un sendero equivocado.

—Señora —empezó a decir aquella hábil y consumada política—, debo reconocer sinceramente que no puedo por menos de admirar el ánimo de que ha dado pruebas esa joven, así como el que también ha demostrado la señora. Y como ha dicho muy bien, si fue engañada por un hombre vil, la desgraciada es digna de toda nuestra compasión. Sin duda, la joven debe de haber sido siempre una muchacha buena, honrada y humilde, sin que jamás se le ocurriera mostrarse orgullosa de su rostro, como ocurre en la vecindad con algunas descocadas jóvenes.

—Nada más cierto, Deborah —repuso miss Bridget—. Si la joven hubiera sido una de esas sinvergüenzas que tanto abundan en la parroquia, yo hubiera sido la primera en censurar a mi hermano por su lenidad con ella. El otro día, sin ir más lejos, vi en la iglesia a dos hijas de labradores que llevaban el cuello descubierto. Su vista hizo que me sintiera ofendida. Si hay casquivanas que emplean añagazas para atraer a los hombres, que se atengan a las consecuencias de su inmoral proceder. Odio a semejantes criaturas, y no titubeo en decir que hubiera sido cien veces mejor para ellas que su cara estuviera marcada por la viruela. Pero tengo que reconocer que jamás he descubierto tal conducta licenciosa en la desgraciada Jane. Estoy segura de que algún villano la ha traicionado, tal vez la forzó, y siento una sincera lástima de ella.

Ni que decir tiene que Mrs. Deborah aprobó todas estas manifestaciones, y la

charla entre las dos mujeres concluyó con una general e iracunda invectiva contra la belleza y grandes demostraciones de compasión hacia todas las jóvenes sencillas y honradas que son engañadas por las malignas artes de hombres viles y taimados.

CAPÍTULO IX

DONDE SE HABLA DE CUESTIONES QUE SORPRENDERÁN AL LECTOR.

Jane regresó a su casa muy satisfecha de la recepción que le había dispensado Mr. Allworthy, y la joven hizo pública la indulgencia que el caballero había tenido con ella, en parte quizá como un sacrificio de su propio orgullo, en parte quizá con la prudente intención de reconciliar a sus vecinos con ella y poner así fin a sus protestas y clamores.

Mas aunque esta última posibilidad, si es que en realidad le importaba, podía parecer bastante razonable, los hechos distaron mucho de responder a sus esperanzas. Al saber que era citada ante la justicia, muchos pensaron que la casa de corrección sería su destino, y entonces algunas de las mujeres más jóvenes del lugar exclamaron: «Ése será un buen fin para ella», regocijándose por anticipado con la idea de que sería encerrada vestida con blusa de seda y todo. Pero otras muchas, en cambio, comenzaron a sentir piedad de su suerte. Sin embargo, en cuanto se supo la línea de conducta adoptada por Mr. Allworthy, todas se volvieron contra ella. Una dijo: «Le aseguro a usted que esa joven ha tenido mucha suerte», en tanto que otra gritó: «¡Ved para lo que sirve ser favorita!», y una tercera añadió: «¡Oh, eso es consecuencia de su gran sabiduría!». Quien más, quien menos, todos hicieron algún comentario malicioso, no pudiendo por menos de reflexionar amargamente sobre la parcialidad de la justicia.

Acaso la conducta de aquella gente pueda parecerle impolítica y desagradecida al lector que piense en el poder y en la benevolencia de Mr. Allworthy. Pero nosotros debemos agregar que, en lo que respecta a su poder, jamás se le ocurrió hacer uso de él. Y en cuanto a su benevolencia, la ejercitaba tanto, que con su uso no complacía a nadie, ya que es un secreto de sobra conocido de todos que el desempeño de una función no siempre granjea amigos, sino que, por el contrario, crea muchos enemigos.

No obstante, Jane fue pronto colocada, debido al cuidado y la bondad de Mr. Allworthy, lejos del alcance de los reproches y recriminaciones, y cuando la malicia y la crueldad de las gentes no pudo seguir descargando su rabia sobre ella, se lanzó presurosa en busca de otro objeto en qué ensañarse. Y éste fue nada menos que el mismo Mr. Allworthy, no tardando en empezar a circular el rumor de que era el padre del niño.

Semejante suposición reconciliaba tan por completo su conducta con la opinión general, que obtuvo el asentimiento universal, y muy pronto las protestas contra su pasividad comenzaron a tomar nuevo rumbo, trocándose en una agria censura contra

la crueldad que había mostrado con la infeliz muchacha. Mujeres honorables y graves protestaron contra los hombres que engendraban hijos para luego repudiarlos. No faltó tampoco quien, tras de la marcha de Jane del lugar, se atrevió a insinuar que había sido expulsada del pueblo con un propósito demasiado oscuro para que pudiera mencionarse. Incluso no faltó quien propuso que se llevara a cabo un informe legal sobre todo el asunto.

Tales calumnias podían haber producido desagradables consecuencias. Cuando menos, pudieron ocasionar ciertas molestias a personas de carácter más titubeante y sospechoso que el que, por suerte para todos, poseía Mr. Allworthy. Pero en el presente caso no surtieron el menor efecto, y fueron despreciados por el caballero con el mayor desdén, sirviendo tan sólo para procurar un inocente tema de diversión al chismorreo de los vecinos.

Mas como ocurre que adivino el carácter del lector y ha de transcurrir algún tiempo antes de que vuelva a hablarse de Jane, considero muy conveniente adelantar una ligera insinuación de que Mr. Allworthy era, y más adelante parecerá lo mismo, totalmente inocente de cualquier intención criminal. Tan sólo había cometido un error, el de administrar justicia con templanza, negándose a complacer las naturales disposiciones del populacho^[1], a fin de despertar su compasión hacia Jane, a la que anhelaban ver reducida a la mayor miseria y vergüenza mediante una vergonzosa corrección carcelaria.

Pero muy lejos de conformarse con esta inclinación del populacho, de resulta de la cual hubieran desaparecido todas las esperanzas de reforma, e incluso le hubiera cerrado todas las puertas, si sus propias inclinaciones la impulsaban alguna vez a elegir el camino de la virtud, Mr. Allworthy más bien trató de alentar a la joven para que volviera a él por el solo camino posible, pues mucho temo que sea cierto el que muchas mujeres abandonadas se han hundido en el último grado del vicio por no haber tenido la energía necesaria para recuperarse de los efectos del primer mal paso. Creo que esto sucederá siempre, en tanto permanezca entre sus antiguos conocidos. Por esta razón, demostrando una gran sabiduría, Mr. Allworthy dispuso que Jane se trasladara a un lugar en el que podría gozar de la reputación de un buen nombre, tras de haber experimentado todas y cada una de las consecuencias de la pérdida del mismo.

Vaya al lugar que vaya, le deseamos un buen viaje, y de momento nos despedimos de ella y del pequeño expósito de su hijo, pues tenemos asuntos de la mayor importancia que comunicar al lector.

CAPÍTULO X

SOBRE LA HOSPITALIDAD DE ALLWORTHY, CON UN BREVE BOSQUEJO DE LOS CARACTERES DE DOS HERMANOS, UNO MÉDICO Y OTRO CAPITÁN, QUE ERAN HUÉSPEDES DEL MENCIONADO CABALLERO.

Ni el hogar de Mr. Allworthy ni su corazón permanecían cerrados a nadie. Sin embargo, ambos estaban especialmente abiertos para los hombres de mérito y valía. A decir verdad, aquella casa era la única del reino donde un hombre podía obtener comida si de veras la merecía.

Entre otros, recibían principalmente sus favores los hombres de talento y los eruditos, para lo cual Mr. Allworthy poseía un gran discernimiento, pues si bien carecía de las ventajas de una educación erudita, estaba, sin embargo, dotado de amplias facultades naturales, lo que le había permitido sacar un gran provecho de una intensa aunque tardía aplicación a las letras, así como de sus conversaciones con hombres eminentes en la materia, por lo que en la actualidad era también un juez en extremo competente en la mayoría de los géneros literarios.

No es, pues, de extrañar que en una época en que tan poco se estima esta clase de méritos y se conceden tan a la ligera, las personas que lo poseían acudieran a un lugar donde estaban seguras de ser recibidas con suma complacencia, como si lo merecieran por propio derecho, ya que Mr. Allworthy no era, ni mucho menos, una de esas personas que se muestran dispuestas a conceder con liberalidad comida, bebida y alojamiento a hombres de talento y estudios, a cambio de obtener de ellos entretenimiento, instrucción, halagos y servilismo, en suma, que clasificara a tales hombres entre los criados, sin ser vestidos como tales por sus amos ni recibir soldada alguna.

Por el contrario, en el caso de Mr. Allworthy, toda persona que se encontraba en su casa era dueña absoluta de su tiempo, y del mismo modo que podía satisfacer a voluntad su apetito con sólo las restricciones impuestas por la ley, la virtud y la religión, del mismo modo, si su salud lo exigía o si su inclinación le impulsaba a la temperancia o incluso a la abstinencia, podía no tomar parte en las comidas siempre que le viniera en gana, sin que por ello tuviera que hacer la menor indicación, ya que semejantes solicitudes, realizadas por superiores, tienen siempre un acusado sabor de mandato. En casa de Mr. Allworthy todos eran libres, no sólo aquellos cuya compañía se estima en todas partes como un favor, tomada en cuenta la igualdad de fortuna, sino incluso aquellos cuya indigencia hacían de casa tan hospitalaria un lugar a propósito para ellos, y que, por consiguiente, son peor acogidos en las mesas de los ricos.

Entre otros de esta clase, se encontraba el doctor Blifil, un caballero que había

visto malogradas las posibilidades de su gran talento a consecuencia de la obstinada terquedad de su padre, que se empeñó que aprendiera una profesión que no era de su agrado. Para cumplir con aquella terquedad, el doctor se había visto obligado en su juventud a estudiar Física, o mejor dicho, a decir que la estudiaba, ya que los libros de esta materia eran los únicos que no conocía en realidad. Por desgracia para él, el doctor dominaba casi todas las otras ciencias, menos aquella que había estudiado para ganarse el pan de cada día, con la consecuencia inevitable de que a sus cuarenta años no dispusiera de pan que llevarse a la boca.

Una persona así estaba segura de ser bien recibida en la mesa de Mr. Allworthy, para quien la desgracia era siempre la mejor de las recomendaciones, si eran fruto de la locura o de la villanía de los demás, no de la misma persona desgraciada. Independientemente de este mérito negativo, el doctor contaba con una recomendación de carácter positivo, y ésta era una gran apariencia de religiosidad. Si esta religiosidad era aparente o auténtica, no me corresponde a mí dilucidarlo, pues no cuento con ninguna piedra de toque que me permita distinguir lo verdadero de lo falso.

Pues bien, si este rasgo del carácter del doctor era del agrado de Mr. Allworthy, entusiasmaba a miss Bridget. Ésta mantenía con el médico animadas controversias sobre temas religiosos, en el curso de las cuales ella tenía ocasión de expresar su gran admiración por los conocimientos del doctor, así como también la satisfacción que experimentaba ante los cumplimientos que éste le dedicaba con harta frecuencia. En el fondo, miss Bridget también estaba muy versada en cuestiones divinas, y más de una vez había dejado sorprendidos a los curas de los alrededores. Su charla era tan transparente, sus miradas tan humildes y recogidas y su aspecto tan grave y solemne, que bien merecía que se la llamara santa, al igual que aquella cuyo nombre llevaba o a cualquiera otra del calendario romano.

Así como se dan simpatías que son propicias a engendrar el amor, la experiencia nos enseña que ninguna es más apta para tomar este sendero que las de carácter religioso que se establecen entre personas de distinto sexo. El doctor resultaba tan agradable a miss Bridget, que el hombre comenzó a lamentar un desgraciado incidente que había tenido diez años antes, es decir, su matrimonio con otra mujer, la cual vivía aún: además, algo que era mucho peor, Mr. Allworthy estaba enterado de todo. Esto representaba una barrera fatal que se anteponía a su felicidad. Sin ello hubiera sido posible conseguir a aquella amable mujer, pues jamás se le ocurrió pensar en complacencias criminales. Eso se debió, bien a su religión que era lo más probable, o bien a la pureza de su amor, que respetaba aquellas cosas que sólo el matrimonio, y no una correspondencia criminal, podía hacer suyas o concederle título sobre ellas.

El doctor no llevaba mucho tiempo reflexionando sobre este problema cuando le

vino a las mientes que tenía un hermano que no se hallaba en tan desgraciada situación como él. No puso en duda que su hermano triunfaría, pues creía haber descubierto en la dama una marcada inclinación hacia el matrimonio, y es muy posible que el lector, una vez conozca las cualidades que adornaban al hermano, admitirá como buena la confianza que el doctor tenía en su plan.

El tal caballero contaba a la sazón treinta y cinco años. Era de estatura media y bien conformado. Tenía una cicatriz en plena frente, que si le afeaba, también proclamaba su valor, pues era oficial a medio sueldo. Poseía una admirable dentadura y una cierta afabilidad, cuando quería, en su sonrisa. Por contra, tanto en su rostro como su aspecto y en su voz había mucho de tosquedad. No era, sin embargo, desagradable, ni estaba falto por completo de ingenio, y en su juventud había demostrado poseer cierta viveza que, aunque andando el tiempo se había transformado en algo más serio, podía volver a mostrar cuando lo deseaba.

Poseía, al igual que el doctor, una educación académica, puesto que su padre, haciendo uso de la misma autoridad paternal que en el caso del hermano, le había destinado a las sagradas órdenes. Pero como el anciano caballero murió antes de que su vástago fuera ordenado, el joven se apresuró a elegir la religión militar, prefiriendo depender mejor del rey que del obispo.

Había conseguido el grado de teniente de dragones, siendo más tarde ascendido a capitán, pero tras de pelearse con el coronel, se vio obligado a solicitar el retiro, y desde entonces se había convertido en un perfecto campesino, entregado al estudio de la Biblia, sospechándose que era afecto a la secta metodista.

No parecía, pues, descabellado que semejante individuo triunfara con una dama de disposiciones tan santas y cuyas inclinaciones naturales sólo aspiraban al estado matrimonial. Pero por qué el doctor, que no profesaba gran cariño a su hermano, pensó en pagar de una manera tan cruel la hospitalidad que recibía de Allworthy, es cuestión que no está clara.

¿Fue tal vez porque algunas naturalezas gozan con el mal como otras se inclinan ostensiblemente hacia el bien? ¿O es que proporciona cierto placer ser encubridor de un robo cuando no osamos cometerlo nosotros? O, por último —y esto la práctica demuestra que es lo más probable—, ¿sentimos una gran satisfacción en aumentar nuestra familia, aunque no experimentemos el menor cariño o respeto hacia ella?

No aclararemos si alguno de estos motivos fue el que actuó sobre el doctor. Pero la realidad es ésta. Envió a buscar a su hermano y supo encontrar la forma de presentárselo a Allworthy como persona que se proponía hacerle una breve visita.

Apenas llevaba el capitán una semana en el hogar de los Allworthy y ya el doctor tuvo motivos más que sobrados para felicitarle por su perspicacia. El capitán resultó ser un maestro en el amor, tanto como lo había sido Ovidio en la Antigüedad. Además, había recibido de su hermano certeras indicaciones que no descuidó de

mejorar en provecho propio.

CAPÍTULO XI

CONTIENE NUMEROSAS REGLAS, JUNTO CON DIVERSOS EJEMPLOS SOBRE LOS ENAMORAMIENTOS, DESCRIPCIONES DE BELLEZA Y OTROS INCENTIVOS MÁS PRUDENTES PARA EL MATRIMONIO.

Algunos hombres y mujeres sabios —he olvidado sus nombres— han observado que todos los seres humanos están destinados a enamorarse una vez en su vida. Según mis recuerdos, no existe una época especial para ello. Sin embargo, la edad que había alcanzado ya miss Bridget me parece el período más indicado para ello. Con frecuencia se presenta mucho antes. Pero cuando no ha ocurrido así, he podido comprobar que jamás deja de aparecer en esta época. Por otra parte, es oportuno hacer notar que en esta época el amor es de una naturaleza mucho más seria y firme que cuando surge en edades más jóvenes de la vida. El amor de las muchachas es incierto, caprichoso e incluso tonto, al extremo de que no siempre nos es posible descubrir cuál es la intención de la joven, e incluso cabe dudar de si ella misma la conoce.

Por el contrario, jamás nos sentimos desorientados en este aspecto cuando se trata de una mujer que ronda los cuarenta, ya que como tales damas, por su experiencia, gravedad y buen juicio saben perfectamente lo que desean, resulta en extremo fácil para un caballero poseedor de cierta sagacidad descubrirlo sin que deje lugar a dudas.

Miss Bridget fue un ejemplo evidente de lo anteriormente dicho. A las pocas veces de ver al capitán prendió en ella la llama de la pasión amorosa. No se dedicó a pasear por la casa lanzando suspiros como una jovencita que ignora la causa de su irritación. Sentía, conocía y gozaba de la dulce sensación, de la cual no sentía el menor temor ni se avergonzaba, pues estaba convencida no sólo de que era pura e inocente, sino también elogiabile.

Es cierto que existe una notable diferencia entre la pasión razonable que las mujeres de la edad de miss Bridget conciben por los hombres y la inclinación infantil que siente una muchacha hacia un jovencuelo, el cual repara a menudo en las cosas más superficiales y en detalles de poca monta y escasa duración, tales como en sus mejillas sonrosadas, en sus manos, pequeñas y blancas como las lilas, en los ojos negros como el azabache, en los rizos elegantes, en el bozo aparente, en la gentil figura e, incluso, en ocasiones, en encantos mucho menos valiosos que éstos, tales como el ornato exterior de la persona, en lo cual el hombre depende por completo del sastre, del encajero, del maestro peluquero y del sombrerero, pero no de la naturaleza.

El amor de miss Bridget fue de naturaleza completamente distinta. El capitán no estaba en deuda con todos esos fabricantes de petimetres, ni tampoco su persona

física se debía excesivamente a la naturaleza. Tanto su vestimenta como su persona eran tales, que si se hubiera presentado ante una asamblea o en un salón, hubiera sido despreciado y ridiculizado por todas las damas presentes. Su traje aparecía limpio, eso sí, pero, por lo general, estaba mal cortado y era pasado de moda. En lo que respecta a su físico, ya nos hemos cuidado antes de él. Tan lejos estaba la piel de sus mejillas de ser sonrosada, que no lograba saberse cuál era su color natural, pues se hallaba completamente cubierto por una gran barba negra que le llegaba hasta los ojos. Tanto su cuerpo como sus miembros estaban bien proporcionados, pero eran tan enormes, que delataban más bien la robustez de un gañán. Sus hombros eran extraordinariamente anchos y sus pantorrillas mucho más grandes de lo normal. En resumen, carecía por completo de la elegancia y belleza que es el reverso de la vulgaridad, y que tan bien cuadra a nuestros caballeros más distinguidos, en parte debido a la sangre pura de sus antepasados, sangre formada por ricas salsas y vinos generosos, en parte por una educación esmeradísima.

Si bien miss Bridget poseía una gran delicadeza de gustos, el encanto de la conversación del capitán era tal, que la dama olvidó pronto sus defectos físicos. Suponía, quizá con buen acierto, que gozaba de minutos mucho más agradables con el capitán que con otro hombre mucho más guapo.

En lo que respecta al capitán, en cuanto advirtió la pasión de miss Bridget, cosa que le llevó muy escaso tiempo, se apresuró a corresponder a ella fielmente. La dama, al igual que su amante, no era notable por su belleza. Ahora intentaría hacer un retrato suyo. Pero éste ya está hecho por un maestro mucho más hábil que yo. Nada menos que por el propio Mr. Hogarth, para quien posó hace muchos años, y ha sido expuesta por aquel caballero en un grabado recién publicado, en el que se ve a la dama dirigiéndose a pie a la iglesia de Covent Garden seguida por un lacayo muerto de hambre que lleva un libro de rezos.

El capitán prefería igualmente, dando pruebas de gran sabiduría, los goces más sólidos que esperaba recibir de aquella dama, que los fugaces encantos físicos. Se trataba de uno de esos sabios hombres que consideran la belleza del sexo contrario como una cualidad de muy escaso valor, totalmente superficial o, para decirlo con breves palabras, que prefería disponer de todas las comodidades de la vida con una mujer fea, que disponer de una mujer guapa sin ninguna de ellas. Y como contaba con un excelente apetito y éste no era muy exigente, pensó que podría gozar del banquete matrimonial sin la salsa de la belleza.

Para ser sinceros con el lector, diremos que desde el mismo instante de su llegada, o cuando menos desde que su hermano le habló del posible matrimonio, y por supuesto mucho antes de que descubriera algún síntoma de flaqueza en miss Bridget, el capitán estaba ya profundamente enamorado de la casa y del jardín de Mr. Allworthy, de sus tierras, posesiones y heredades, tan apasionadamente enamorado,

que con toda seguridad se hubiera casado con ellas si le hubiesen dado a elegir.

Como por otra parte Mr. Allworthy había afirmado que no pensaba tomar segunda esposa, lo que hacía que su hermana fuera su más directo heredero, y como el doctor se había enterado de que las intenciones del caballero eran convertir en su heredero a cualquier hijo que ella pudiera tener, cosa que sin duda también haría la ley, llegado el caso, sin su intervención, el doctor y su hermano consideraron un acto de generosidad dar el ser a una criatura humana, que habría de disponer tan ampliamente de los medios más esenciales para la felicidad humana. En consecuencia, todos los pensamientos de ambos hermanos tendieron a lograr el afecto de aquella por demás amable dama.

Pero la fortuna, que es pariente compasivo y con frecuencia hace más por sus favoritos de lo que merecen o anhelan, se mostró tan generosa con el capitán, que mientras éste se dedicaba a imaginar planes y proyectos para lograr sus propósitos, la dama concibió idénticos deseos que él, esforzándose por su parte en alentar al capitán, aunque sin descubrirse demasiado, ya que era una celosa guardadora de todas y cada una de las reglas del decoro. En esto consiguió su anhelo, puesto que como el capitán andaba siempre al acecho, no se le escapaba mirada, gesto ni palabra de la dama.

Mas las satisfacciones que el capitán recibía con la amable conducta de miss Bridget se veían un tanto enturbiadas por las aprensiones que experimentaba en relación con Mr. Allworthy. No obstante el manifiesto desinterés del caballero, el capitán temía que cuando llegara el momento de actuar, Mr. Allworthy seguiría el ejemplo de todo el mundo y negaría su consentimiento a un matrimonio a todas luces tan desventajoso, en lo que hace referencia a intereses, para su hermana. Dejo al arbitrio del lector que decida de qué oráculo recibió esta advertencia. Sea lo que fuere, se sintió de veras perplejo en lo que tocaba a la conducta que debía seguir para lograr el afecto de la dama, y, además, ocultarlo a su hermano. Al cabo, resolvió aprovechar todas las ocasiones que se le ofrecieran para galantear a miss Bridget, en tanto que en presencia de Mr. Allworthy se mostraría tan reservado y en guardia como le fuera posible. Esta línea de conducta mereció la más completa aprobación del hermano.

Muy pronto encontró el capitán ocasión de declararse abiertamente a su dama, de la cual recibió la respuesta pertinente, es decir, la respuesta que fue dada por primera vez hace millares de años, y que desde entonces viene conservada por tradición de madres a hijas. Si yo hubiera de traducirla al latín, lo haría mediante sólo dos palabras, éstas: *Nolo Episcopari*, frase a su vez de usa inmemorial en otra ocasión.

El capitán, apenas oyó la respuesta, comprendió en el acto a la dama, y muy pronto manifestó sus deseos con mayor calor y seriedad que la primera vez, siendo de nuevo rechazado en forma debida. Pero como aumentó la ansiedad de sus deseos, la

dama, con la misma corrección de la primera vez, aminoró la violencia de su negativa.

No fatigaré al lector conduciéndole a lo largo de cada escena de este escarceo amoroso, que aunque en opinión de cierto autor es la escena más agradable de la vida, al actor de ella le resulta tal vez tan triste y aburrida como cualquiera otra para el auditorio. El capitán hizo sus avances en debida forma, la ciudadela fue defendida en forma adecuada y al cabo se rindió a discreción.

Durante todo este tiempo, que abarca el tiempo de un mes, el capitán tuvo buen cuidado de guardar las distancias en presencia del hermano, y cuanto más triunfaba de ella en privado, más reservado se mostraba en público. En lo que respecta a la dama, apenas tuvo asegurado al novio, empezó a comportarse con él ante la gente con la mayor indiferencia, cosa que nos obliga a manifestar que Mr. Allworthy debería de haber tenido la perspicacia de un demonio, o quizá estaría mejor decir algunas de sus peores cualidades, para concebir la más ligera sospecha sobre lo que estaba sucediendo a su alrededor.

CAPÍTULO XII

DONDE QUIZÁ EL LECTOR ENCUENTRE LO QUE ESTÁ ESPERANDO.

En todos los contratos, tanto en el matrimonial como de otra índole, se precisan muy pocas ceremonias para resolver la cuestión cuando ambas partes actúan en serio. Éste fue el caso presente. En cosa de un mes, o menos, miss Bridget y el capitán estuvieron casados.

Pero el gran problema era ahora comunicar la noticia a Mr. Allworthy, y de esto fue encargado el doctor.

Cierto día, mientras Allworthy se paseaba por su jardín, el doctor se aproximó a él con aspecto grave y preocupado y empezó a decir:

—Quiero, señor, comunicarle un asunto de la máxima importancia. Pero ¿cómo empezaré cuando sólo de pensarlo me horrorizo?

Acto seguido prorrumpió en las más crueles invectivas contra los hombres y las mujeres, acusando a los primeros de no sentir apego más que a sus intereses, y a las segundas de ser tan inclinadas al vicio que no podía fiarse uno de ellas.

—¿Cómo podía yo, señor, sospechar que una dama tan prudente, tan discreta y de tan claro discernimiento se dejaría arrastrar por una pasión avasalladora? —empezó—. ¿O podía imaginar que mi hermano...? Pero ¿por qué llamarle así? ¡Ya no le tengo por hermano mío!

—Pues lo es —repuso Allworthy— y también lo es mío.

—¡Dios me valga! —exclamó el doctor—. ¿Conoce usted ese vergonzoso asunto?

—Escúcheme usted —repuso Mr. Allworthy—, mi constante máxima en la vida ha sido la de extraer el mejor partido de las cosas. Mi hermana, aunque es bastante más joven que yo, cuenta con los suficientes años para haber alcanzado ya la edad de la discreción. Si su hermano hubiera conquistado a una muchacha, me hubiese sentido menos dispuesto a perdonarle. Pero una mujer que rebasa los treinta debe suponerse que sabe ya dónde se encuentra la felicidad para ella. Se ha casado con un caballero que quizá no sea igual a ella en fortuna, pero sí posee a los ojos de ella unas perfecciones que suplen ese inconveniente, no veo razón para oponerme a su felicidad, la cual yo considero, al igual que mi hermana, que no estriba tan sólo en poseer una gran fortuna. Quizá hubiera tenido que ser consultado en la presente ocasión, dadas las frecuentes declaraciones que he hecho de estar dispuesto a acceder a casi todas las propuestas de matrimonio recibidas por mi hermana. Sin embargo, reconozco que estas cuestiones son de naturaleza muy delicada y los escrúpulos morales son difíciles de vencer. En cuanto a su hermano, crea que no le guardo el menor rencor. No tiene la menor obligación conmigo, ni considero que necesitase

pedir mi consentimiento, puesto que, como he dicho antes, la mujer es *sui juris* y de edad suficiente para ser responsable de su conducta.

El doctor acusó a Mr. Allworthy de lenidad, tornó a repetir las acusaciones contra su hermano, y afirmó que jamás volvería a verle ni le consideraría como pariente. Inmediatamente inició un panegírico de la suprema bondad de los Allworthy, hizo los más encendidos elogios de su amistad, y terminó asegurando que jamás le sería posible perdonar a su hermano el que hubiera puesto en peligro la parte que le correspondía en tal amistad.

Pero Mr. Allworthy contestó:

—Aunque yo me hubiera disgustado con su hermano, jamás se me habría ocurrido incluir en mi disgusto a un inocente. Pero le aseguro que no me siento ni tanto así disgustado. Creo que su hermano es un hombre de criterio y honor. En modo alguno desapruero la elección de mi hermana ni dudo que ella es el objeto de sus anhelos. Siempre he creído que el amor es el único fundamento de la felicidad en el matrimonio, pues sólo él puede engendrar la profunda y tierna amistad que siempre será el lazo de tal unión. A mi parecer, todos los matrimonios que se efectúan por otros motivos son criminales, representan una profanación de la ceremonia más sagrada y acaban, por lo general, en disgustos y miserias, pues creo que debe considerarse una profanación convertir la más sagrada de las instituciones en un sacrificio a la lujuria o a la avaricia. ¿Y qué mejor podemos decir de los matrimonios a los que los hombres suelen sentirse inclinados por la atracción de la simple belleza o de una gran fortuna? Por supuesto, negar que la belleza es un objeto agradable a la vista e incluso digna de que se le otorgue cierta admiración, sería falso y estúpido. La belleza es un objetivo empleado con frecuencia en la Biblia y siempre en tono encomiástico. Yo tuve la fortuna de casarme con una mujer a la que la gente consideraba guapa, y puedo asegurar que me gustaba más por este motivo. Pero hacer de la belleza la única condición para el matrimonio, el desearla con tanto afán que por culpa de ella se pasen por alto todas las demás imperfecciones, o bien exigirla con tanto ahínco que se olvide o desdeñe el espíritu religioso, la virtud, el buen juicio, todas cualidades muy superiores y que suponen una mayor perfección, no se justifica en un hombre sabio y cristiano. Y tal vez no sea exagerado decir que tales individuos no buscan en el matrimonio más que complacer sus apetitos carnales, para lo cual, según se nos ha enseñado, no fue creado el matrimonio. Ahora me ocuparé de la fortuna. Las necesidades sociales exigen tal vez que no se desdeñe este particular, que no me atreveré a condenar de un modo absoluto. Dada la forma en que está constituido el mundo, las exigencias de la vida matrimonial y el cuidado de los hijos exige que se preste cierta atención a lo que llamamos circunstancias. Esta provisión resulta, no obstante, aumentada con exceso, mucho más allá de lo que realmente es necesario por la estupidez y vanidad, que crean muchas más necesidades de las

realmente naturales. Por tradición, se incluyen en la lista de las necesidades el equipo de la mujer y las grandes fortunas para los hijos, y a fin de conseguir esto, todo lo verdaderamente sólido, dulce, virtuoso y espiritual es desdeñado y olvidado. Y todo en distintos grados, al punto de que el último y más elevado apenas difiere de la locura. Me refiero a aquellas personas que poseyendo inmensas fortunas sé casan con otras que son y deben resultarles desagradables, tales como bribones e idiotas, al objeto de aumentar una riqueza que supera con mucho las exigencias de sus placeres. Sin duda tales personas, si no quieren que se las tome por locas, tienen que reconocer que o bien son incapaces de gozar de las dulzuras de la más tierna amistad, o bien están dispuestas a sacrificar la felicidad a las leyes vanas, inciertas y sin sentido de la opinión vulgar, que deben tanto su fuerza como su fundamento a la estupidez.

Al llegar a este punto, Mr. Allworthy dio por terminado su discurso, que el doctor Blifil había escuchado con la más profunda atención, aunque alguna que otra vez le costó cierto esfuerzo disimular alguna ligera alteración de su rostro. Luego alabó todas las palabras que acababa de escuchar, haciéndolo con el mismo entusiasmo que un cura que tiene el honor de comer con un obispo el mismo día en que éste ha predicado desde el púlpito.

CAPÍTULO XIII

DONDE TERMINA EL PRIMER LIBRO, POR CIERTO CON UN EJEMPLO DE INGRATITUD, QUE ESPERAMOS SEA CONSIDERADO CRUEL.

Sin duda el lector, deduciéndolo de lo que se ha dicho, imaginará que la reconciliación —si es que en el fondo se puede llamar así— fue tan sólo cuestión de pura fórmula. Pasaremos, pues, por alto esto y nos ocuparemos de temas de mayor enjundia.

El doctor comunicó a su hermano lo sucedido con el doctor Allworthy, y, por su parte, añadió:

—Prometí ayudarte, y tan sólo después de hacer una serie de declaraciones en tu favor me aventuré a relatar lo sucedido a persona de su temperamento, puesto que deseaba, tanto por tu bien como por el mío, evitar cualquier recelo o sospecha.

El capitán Blifil pareció no dar importancia de momento a esto, pero andando el tiempo hizo uso de ello de un modo harto notable. Una de las máximas que el diablo dio a sus discípulos, en una de sus últimas visitas a la tierra, fue que cuando uno está en lo alto se dé un puntapié a la silla que se tiene debajo. En otras palabras, que en cuanto se ha logrado hacer fortuna gracias a los buenos oficios de un amigo, debe prescindirse de él tan pronto como sea posible.

No me es posible determinar si el capitán obró inspirado por esta máxima. Todo lo más que puedo decir es que sus acciones parecían inspiradas en este diabólico principio, y, desde luego, resulta difícil encontrar otra explicación a las mismas, ya que tan pronto como fue suya miss Bridget y se reconcilió con Mr. Allworthy, comenzó a demostrar una ostensible frialdad hacia su hermano, frialdad que fue en aumento de día en día, hasta que al cabo se transformó en una descortesía visible para todos.

El doctor se quejó en privado a su hermano de tal conducta. Sin embargo, no consiguió otra declaración que estas francas palabras:

—Si hay algo que no te gusta en casa de mi hermano, tienes plena libertad para abandonarla cuando te parezca.

Esta manifiesta ingratitud, cruel e inexplicable por parte del capitán, hirió en lo más profundo del corazón al pobre doctor, puesto que la ingratitud es mucho más sentida cuando procede de aquellos por cuya causa hemos delinquido. Las reflexiones sobre acciones grandes y buenas, independientemente de como sean recibidas o agradecidas por aquellos en cuyo favor han sido realizadas, siempre nos proporcionan algún consuelo. Mas ¿qué alivio recibiremos ante calamidad tan enorme y cruel como la conducta desagradecida de nuestro amigo, cuando nuestra conciencia lastimada nos

echa en cara nuestra conducta y nos injuria por haberla mancillado poniéndola al servicio de persona tan indigna?

Incluso el propio Mr. Allworthy habló al capitán en favor de su hermano y quiso saber qué ofensa había recibido de él, a lo cual aquel vil ser de corazón endurecido tuvo la vileza de contestar que jamás le perdonaría la injuria que le había hecho al brindarle un favor.

Allworthy no ocultó su disgusto al oír tales palabras, tan impropias de un ser humano. Y se expresó tan rudamente contra las personas que no son capaces de perdonar, que al final el capitán fingió que se daba por convencido con los argumentos de su cuñado e hizo como que se reconciliaba con su hermano.

En cuanto a la esposa, se encontraba aún en plena luna de miel y tan enamorada de su marido que jamás le parecía que estuviera equivocado, y el desagrado que él pudiera sentir hacia cualquier cosa o persona era suficiente para que también a ella le desagradara.

El capitán, obligado por Mr. Allworthy, se había reconciliado en apariencia con su hermano, como ya hemos dicho. No obstante, en su corazón continuaba albergando el mismo rencor de antes, y en privado encontró tantas ocasiones de manifestarlo, que la mansión se hizo al final insoportable para el infeliz doctor, al extremo de que el hombre prefirió aceptar cuantos inconvenientes pudiera encontrar en el mundo, a seguir soportando más tiempo aquellos crueles insultos y las ingratitudes de un hermano por el que tanto había hecho.

En una ocasión intentó contárselo todo a Mr. Allworthy. Pero al final no se decidió a hacer una confesión en la que tanta parte de culpa hubiera tenido que atribuirse. Además, cuanto peor hiciera aparecer a su hermano, tanto mayor resultaría su ofensa a los ojos de Allworthy y tanto mayor sería la cólera e indignación del caballero.

Al cabo se le ocurrió la excusa de un negocio urgente y prometió regresar pronto. Se despidió de su hermano con expresión tan fingida y el capitán acertó a representar su papel con tan gran perfección, que a Mr. Allworthy no le cupo la menor duda de que los dos hermanos se habían reconciliado.

El doctor Blifil se dirigió a Londres, donde no tardó en morir con el corazón destrozado, enfermedad que mata a muchos más de lo que parece, y que podría figurar entre las causas de la mortalidad humana si no difiriera de las demás enfermedades, a saber, que ningún médico es capaz de curarla.

Tras de una investigación minuciosa de la vida anterior de los dos hermanos, he descubierto, aparte de la máxima infernal sobre política antes mencionada, otra razón de la conducta observada por el capitán. Éste, aparte de lo que ya se ha dicho de él, era un hombre de gran orgullo y fiereza, y siempre había tratado a su hermano, que era de muy distinta complexión que él y que carecía de estas dos cualidades, con

evidente superioridad. El médico, por el contrario, poseía una mayor cultura y gozaba fama de ser bastante más inteligente que él. El capitán lo sabía y no podía soportarlo, pues aunque la envidia es una pasión maligna, la amargura se acrecienta si se la mezcla con el desprecio hacia el mismo objeto, y tengo la impresión de que siempre que se una el agradecimiento a la envidia y al desprecio, el resultado de la mezcla será siempre el odio, no la gratitud.

LIBRO SEGUNDO

DONDE SE EXPONEN DIVERSAS ESCENAS SOBRE LA FELICIDAD
CONYUGAL Y OTROS HECHOS QUE ACONTECIERON DURANTE LOS
DOS PRIMEROS AÑOS DE MATRIMONIO ENTRE EL CAPITÁN BLIFIL Y
MISS BRIDGET ALLWORTHY.

CAPÍTULO PRIMERO

DEMOSTRACIÓN DE QUÉ CLASE DE HISTORIA ES ÉSTA, A LO QUE SE PARECE Y A LO QUE NO SE PARECE.

Si bien, con bastante propiedad, hemos titulado este trabajo una historia y no una vida, y mucho menos apología de una vida, como ahora está más de moda, intentamos seguir en ella el método de esos escritores que tratan de exponer las revoluciones de las naciones, y no al historiador laborioso y prolijo, quien para conservar la regularidad de sus capítulos se cree obligado a emborronar tanto papel con la descripción de los meses y años en los que nada ha sucedido, como el que utiliza para aquellos notables períodos en que han tenido lugar los más grandes hechos de la escena humana.

Historias de esta índole se parecen mucho, en realidad, a un periódico, que siempre contiene el mismo número de palabras, haya o no noticias que contar. Asimismo puede también compararse a una diligencia, que realiza siempre el mismo recorrido, vaya o no llena de viajeros. El escritor se considera obligado a marchar al compás del tiempo, cuyo secretario es él, y, al igual que su amo, lo mismo viaja despacio a través de centurias de aburrimiento, durante las cuales el mundo parece haber permanecido aletargado, como a través de aquella edad, brillante y llena de actividad, que tan notablemente definió el elegante poeta latino:

*Ad conflagrandum venientibus undique poenis,
Omnia cum belli trepido concussa tumultu
Hórrida contremuere sub altis aetheris auris;
In dubioque fuit sub utrorum regna cadendum
Omnibus humanis esset, terraque marique.*

De cuyo fragmento quisiera dar a mis lectores una traducción más acertada que la de Mr. Creech:

*Cuando la terrible Cartago asustó a Roma con sus armas
Y todo el mundo tembló de fiera alarma;
En tanto estaba indecisa sobre qué bando triunfaría
Y qué gloriosa nación dueña de todo sería.*

Pero nuestra intención es, en las páginas que siguen, emplear un método opuesto. Cuando aparezca una escena extraordinaria —cosa que confiamos suceda a menudo

—, no escatimaremos esfuerzo ni papel para describirla *in extenso*. Pero si hubieran de transcurrir años enteros sin que se produzca nada digno de mención, no nos dejaremos sorprender por el vacío de nuestro relato, sino que, todo lo contrario, nos apresuraremos a buscar temas de mayor enjundia, y no registraremos esos períodos de tiempo en nuestra historia.

Éstos deben de ser considerados iguales a cero en la gran lotería del tiempo. En consecuencia, nosotros, que somos los registradores de tal lotería, nos limitaremos a imitar a esas personas sagaces empleadas en la que se realiza en Guildhall, que nunca molestan al público cuando los números no salen premiados, pero que en cuanto sale un gran premio, los periódicos se apresuran a ocuparse de él y el mundo entero está seguro de que será informado de en qué tienda fue vendido. Por lo común, dos o tres expendedorías reclaman el honor de haberlo hecho, intentando insinuar a los jugadores que ciertos agentes comparten los secretos de la fortuna.

El lector, pues, no deberá sentirse sorprendido si en el curso de esta historia encuentra muy cortos algunos capítulos, y otros, por el contrario, excesivamente largos, unos que abarcan tan sólo el espacio de un solo día y otros un período de uno o varios años. En suma, si mi historia parece a veces estancarse y otras volar. Pero no por ello me consideraré responsable ante ningún tribunal de críticos, puesto que como en realidad soy creador de un nuevo género de literatura, gozo de plena libertad para dictar las leyes por las cuales debo regirme. Y estas leyes, mis lectores, a quienes considero algo así como mis súbditos, están obligados a aceptarlas y a obedecerlas de buen grado, puesto que como no busco más que su provecho, no imagino, cual otro tirano *jure divino*, que sean mis esclavos. Estoy situado sobre ellos sólo por su bien, y fui creado para servirles yo a ellos, no ellos a mí. Ni dudo, mientras establezco como norma única de mis escritos servir a su interés, que acudirán unánimemente a apoyar y sostener mi dignidad y a hacerme todos los honores que pueda merecer o desear.

CAPÍTULO II

PREVENCIONES RELIGIOSAS CONTRA LOS BASTARDOS, SEGUIDO DEL GRAN DESCUBRIMIENTO QUE HIZO MRS. DEBORAH WILKINS.

Ocho meses después de la boda del capitán Blifil con Bridget Allworthy, joven dama de cierta belleza, mérito y fortuna, ésta dio a luz un niño como consecuencia de un susto. El niño tenía todas las apariencias de ser perfecto, pero la comadrona descubrió que había nacido un mes antes de tiempo.

Aunque el nacimiento de un heredero de su hermana representó una gran alegría para Mr. Allworthy, esto no amenguó su afecto por el pequeño expósito, de quien había sido padrino y a quien dio incluso su propio nombre, Thomas, y a quien hasta el momento no había dejado de visitar por lo menos una vez al día en su habitación.

Mr. Allworthy preguntó a su hermana si le gustaría que el recién nacido se criara junto a Tom, a lo que ella accedió, no sin cierta repugnancia. Le gustaba más que nada complacer a su hermano, y por esta razón se había conducido con el expósito con mucha más amabilidad que la que otras mujeres de rígida virtud son capaces de mostrar con tales criaturas, quienes, aunque inocentes, pueden ser llamados, y con razón, monumentos vivos del pecado.

El capitán, por su parte, no acababa de aceptar lo que consideraba una falta de tacto de Mr. Allworthy. Siempre estaba disparando indirectas contra él, tales, por ejemplo, como la de que adoptar los frutos del pecado era defender a éste. El hombre citaba numerosos textos, ya que era muy versado en la Biblia, diciendo, por ejemplo: «Hizo recaer los pecados de los padres sobre los hijos; y los padres comieron uvas ácidas, y los niños tienen dentera», etc. De donde el capitán deducía la necesidad de castigar el crimen del padre en el bastardo. Decía:

—Aunque la ley no permite de un modo positivo la destrucción de los niños de origen tan ignominioso, acepta, sin embargo, el que se les considere como hijos de nadie; la Iglesia también los considera como hijos de nadie; en resumen, deberían ser obligados a realizar los oficios más bajos y viles.

Pero Mr. Allworthy replicaba:

—Por muy culpables que sean los padres, los hijos son sin duda inocentes. En lo que toca a los textos citados, el primero de ellos representaba una acusación contra los judíos, por culpa del pecado de idolatría en que habían incurrido al abandonar y odiar a su Rey celestial; en tanto que el segundo es una parábola y más bien trata de expresar las consecuencias ciertas y necesarias del pecado, que un juicio expreso sobre él. Imaginarse al Todopoderoso como un vengador de los pecados de los culpables en los inocentes, es indigno y casi una blasfemia, toda vez que al pensar así

se le representa actuando contra los primeros principios de la justicia natural y contra las nociones originales del bien y del mal que Él ha sembrado en nuestro espíritu, con el que hemos de juzgar no sólo los asuntos que nos fueron revelados, sino la verdad de la propia revelación.

Aseguró también que sabía de muchos que sostenían los mismos principios del capitán, pero que, sin embargo, él estaba firmemente convencido de lo contrario, y que, por tanto, protegería del mismo modo a aquella desgraciada criatura que si un niño legítimo hubiera sido hallado en el mismo lugar.

En tanto que el capitán se esforzaba en aprovechar todas las oportunidades que se le ofrecían para exponer argumentos con los que conseguir que el pequeño expósito fuera alejado del hogar de Mr. Allworthy, de cuya afición por el niño empezaba a sentirse celoso, miss Deborah hizo un descubrimiento que pareció más fatal para el pobre Tom que todos los razonamientos y argumentos del capitán.

No me es posible decir si la insaciable curiosidad de esta buena mujer fue la que le condujo a realizar aquel hallazgo, o si lo hizo para congraciarse con Mrs. Blifil, la cual, no obstante su conducta aparente con el pequeño expósito, injuriaba con frecuencia al niño en privado, lo mismo que al hermano de la dama, por la inclinación que sentía hacia Tom. Pero el caso es que acababa de descubrir, como era su propósito desde el principio, al padre del expósito.

Como se trataba de un descubrimiento de enorme importancia, será preciso ocuparse de él desde un principio. Por esta razón, hablaremos con gran minuciosidad de los asuntos previos que hicieron posible tal descubrimiento, y debido a esta circunstancia nos veremos precisados a revelar todos los secretos de una humilde familia desconocida hasta ahora por el lector, y cuya frugalidad era tan extraña y extraordinaria, que mucho me temo suscite la mayor incredulidad en muchas personas casadas.

CAPÍTULO III

DONDE SE DESCRIBE UN GOBIERNO DOMÉSTICO FUNDADO EN NORMAS OPUESTAS A LAS DE ARISTÓTELES.

El lector se servirá ahora recordar que Jane Jones había vivido un número de años con cierto maestro de escuela, el cual, complaciendo el ardiente deseo de la joven, le había enseñado latín. Ahora, haciendo justicia a su talento, debemos decir que Jane por su cuenta había perfeccionado las enseñanzas recibidas de tal modo, que al cabo llegó a ser más docta que su maestro.

Aunque aquel infeliz hombre había seguido una profesión en la que se precisa estudiar y saber, ésta era la menor de sus cualidades. Se trataba de un hombre poseedor del mejor carácter del mundo y, al propio tiempo, de un maestro de tanta agudeza y buen humor, que era tenido por el ingenio de la comarca, y todos los caballeros de los alrededores deseaban con tanto afán gozar de su compañía que, como él no sabía negarse, pasaba mucho tiempo en sus casas, el mismo que podía haber pasado en la escuela con mucho más provecho para todos.

Tal vez se piense que con un caballero tan calificado y bien dispuesto se corría peligro de hacer la competencia a los colegios de Eton y Westminster. Sus discípulos estaban divididos en dos clases.

En la superior se encontraba un joven, hijo de un caballero de la vecindad, que a los dieciséis años acababa de comenzar la sintaxis; en la inferior se hallaba el segundo hijo del mismo caballero que, junto con siete niños de la parroquia, aprendían a leer y a escribir.

Las ganancias que esto proporcionaba al maestro eran tan mezquinas que apenas si le bastaban para cubrir las necesidades más perentorias de la vida, si, al mismo tiempo que el cargo de maestro no hubiera desempeñado los de dependiente y barbero, y si, además, Mr. Allworthy no hubiese añadido al conjunto una anualidad de diez libras, que el infeliz recibía para Navidad, con lo que era posible alegrar su corazón en esta alegre fiesta.

Entre otros tesoros, el pedagogo contaba con el de su esposa. Se había casado con ella por su fortuna, compuesta de una veintena de libras, amasadas en la cocina de Mr. Allworthy, en la que la mujer había prestado sus servicios. Esta mujer distaba mucho de poseer un carácter amable. No me entretendré en averiguar si posó para mi amigo Hogarth o no. Pero lo cierto es que se parecía enormemente a la joven que sirve el té a su señora en la tercera pintura de *Harlot's Progress*. Por otra parte, era una seguidora profesa de la noble secta fundada en la antigüedad por Xantipa^[2], con lo que resultaba más formidable en la escuela de su marido, pues, para ser sinceros,

jamás fue éste maestro en ella, ni en ninguna otra parte, por supuesto, estando su mujer presente.

Aunque su rostro no denotaba una suavidad natural de carácter, éste se veía en buena parte amargado por una circunstancia que envenena por lo común la felicidad conyugal, ya que a los niños se les llama, y con razón, las prendas del amor, y su esposo, aunque llevaban ya nueve años de casados, no le había concedido aún semejante regalo, cosa para la que no tenía la menor excusa, tanto por su edad como por su salud, puesto que ninguno de los dos contaba treinta años y él era lo que se suele llamar un joven alegre y vivaracho.

De esto derivaba otro peligro, que producía no poco desasosiego al infeliz pedagogo. Eran tantos los celos que su mujer alimentaba, que apenas si el hombre se atrevía a hablar con una mujer de la parroquia, ya que a la más simple finura o relación con una mujer la paz conyugal quedaba hecha añicos.

A fin de protegerse contra posibles ofensas matrimoniales en su propio hogar, en el que tenía una criada, la mujer procuraba elegirlas entre las jóvenes cuyos rostros son tomados como una prueba de la seguridad de su virtud, y de cuya elección, Jane Jones, como el lector sabe bien, formaba parte. Como las facciones de esta joven podían considerarse una seguridad del tipo antes mencionado, y su conducta había sido siempre extraordinariamente humilde y modesta, que es la consecuencia natural de la inteligencia en las mujeres, la joven pasó cuatro años en casa de Mr. Partridge, que tal era el apellido del maestro, sin suscitar la menor sospecha de su ama. Todo lo contrario, fue tratada con amabilidad muy poco usual, y su ama permitió a su esposo que le diera las mencionadas lecciones de latín.

Pero tengo la impresión de que con los celos sucede como con la gota. Cuando ésta se introduce en la sangre, no se tiene nunca la seguridad de que no haga su aparición el día menos pensado, y en las ocasiones más imprevistas.

Tal sucedió con Mrs. Partridge, que durante cuatro años permitió a su esposo que enseñara a la joven, soportando benévolamente que la muchacha descuidase su trabajo doméstico para seguir aprendiendo. Pero al pasar un día ante la clase, en ocasión de que la joven estaba leyendo y su maestro se inclinaba sobre ella, la muchacha, no se sabe por qué motivo, se levantó de pronto de su silla, y ésta fue la primera vez que la sospecha penetró en el corazón de Mrs. Partridge.

Sin embargo, Mrs. Partridge no se dio por enterada, sino que se mantuvo como un enemigo al acecho que espera refuerzos antes de descubrirse y lanzarse a hostilizar al enemigo. Los refuerzos no tardaron en aparecer, para corroborar sus sospechas, pues algún tiempo después, encontrándose comiendo marido y mujer, le dijo el maestro a la criada: «*Da mihi aliquid potum*», a lo que la muchacha sonrió, tal vez impulsada por el pésimo latín de la frase. Pero cuando su ama la miró, ella se ruborizó, posiblemente por haberse dado cuenta de que acababa de burlarse de su maestro. Mrs.

Partridge se puso hecha un basilisco, y arrojó el plato que tenía ante ella a la cabeza de la pobre Jane, a la vez que gritaba:

—¡Insolente mujerzuela! ¿Es que te atreves a hacer señas a mi marido en mi misma cara?

En el mismo instante se levantó de la silla blandiendo un cuchillo, con el que sin duda hubiera llevado a cabo una trágica venganza, de no haber dispuesto la muchacha de la gran ventaja que suponía encontrarse más cerca de la puerta que su ama, pudiendo así hurtar su cuerpo a la desatada furia. En cuanto al pobre marido, ya fuera porque la sorpresa le dejase sin movimiento, o que el miedo le impidiera hacer la menor oposición a las intenciones de su esposa, permaneció sentado, mirando y temblando de miedo en su asiento, sin que, al parecer, mostrara la menor intención de moverse o decir algo, hasta que su esposa, cuando regresó de perseguir a Jane, le impulsó a tomar algunas medidas defensivas muy necesarias para su conservación. Entonces el maestro de escuela consideró que lo más conveniente era imitar el ejemplo de la criada.

Mrs. Partridge era de un temple que, como Otelo:

*hacía de los celos su vida,
y seguía hasta los cambios de la luna
con nuevas sospechas.*

*Con ella, lo mismo que con el moro,
estar en duda alguna vez
era resolverse a obrar.*

En consecuencia, Mrs. Partridge ordenó a Jane que recogiera inmediatamente todas sus cosas y saliera de su casa en el acto, ya que había decidido que no durmiera en su casa una noche más.

Mr. Partridge había aprendido demasiado por propia experiencia para osar interponerse en un asunto de tal naturaleza. Por ello recurrió a su acostumbrada fórmula de paciencia, ya que aunque no era un gran devoto del latín, recordaba perfectamente y comprendía bien el consejo contenido en las siguientes palabras:

Leve fit, quod bene fertur onus

lo cual, traducido, quiere decir: «Una carga se hace más ligera, cuando es bien llevada», palabras que tenía siempre en sus labios, y cuya verdad, si hemos de ser sinceros, había tenido infinitas ocasiones de experimentar sobre sí mismo.

Jane intentó hacer protestas de inocencia. Pero la tempestad que gravitaba sobre

ella era demasiado densa para que pudiera hacerse oír. En vista de ello, se dedicó a la tarea de empaquetar sus cosas, para lo que tuvo suficiente con una pequeña cantidad de papel de envolver y, cobrando el escasísimo importe de su salario, regresó a su casa.

En cuanto al maestro y su consorte, aquella noche la pasaron profundamente disgustados. Pero antes de que llegara la mañana siguiente ocurrió algo que abatió un tanto la furia de Mrs. Partridge, y al cabo consintió en que su marido le presentara sus excusas, a las que concedió completo crédito, pues el maestro, en lugar de abogar por que regresara Jane, experimentó una gran satisfacción al ver que era despedida, afirmando que la muchacha servía cada vez menos como criada, que se pasaba todo el tiempo leyendo y que, por ende, se había vuelto descarada y terca. En los últimos tiempos se habían producido algunas disputas entre discípula y maestro sobre cuestión de literatura, en la cual, como ya hemos dicho, ella era bastante superior a él. Y esto él no podía tolerarlo en modo alguno, y, en correspondencia a su obstinación, comenzó a odiarla con toda su alma.

CAPÍTULO IV

DONDE SE RELATA UNA DE LAS MÁS SANGRIENTAS BATALLAS, O MÁS BIEN DUELO, DE QUE SE TIENEN NOTICIAS EN LA HISTORIA DOMÉSTICA.

Por los motivos expuestos en el capítulo anterior, y por algunas otras concesiones matrimoniales, perfectamente conocidas por la mayor parte de los maridos, y que al igual que los secretos de la francmasonería, no deberían divulgarse entre personas que no sean miembros de tan venerable y sufrida Orden, Mrs. Partridge sentíase en extremo satisfecha por haber condenado a su esposo sin motivo, y ahora trató con grandes muestras de amabilidad de darle satisfacción por sus falsas sospechas. Sus pasiones, de cualquier lado que se decantaran, eran igualmente violentas, ya que lo mismo podía mostrarse furiosa a no poder más como aparecer rendidamente enamorada.

Mas aunque semejantes pasiones se suceden por lo común una a la otra, y muy raras veces transcurrían veinticuatro horas sin que el maestro fuera objeto de ambas, cuando surgían circunstancias extraordinarias, si la pasión de la ira se había remontado excesivamente alta, el período de descenso que seguía solía ser más largo de lo habitual, y esto fue lo que ocurrió precisamente en aquella ocasión. Mrs. Partridge continuó mostrándose afable después que se le pasó el acceso de celos, y lo hizo durante un plazo de tiempo mucho más largo de lo que su esposo recordaba. Y de no haber sido por algunos pequeños ejercicios que todas las devotas de Xantipa se ven obligadas a realizar a diario, Mrs. Partridge hubiera disfrutado de un período de calma de unos cuantos meses.

Pero las calmas completas del mar son siempre tenidas por el marino experto como anuncios de tempestad, y yo sé de algunas personas que, aunque no llegan a ser supersticiosas, piensan que una paz completa y no usual será seguida a no tardar de una tormenta. Por esta razón, los antiguos solían sacrificar en tales ocasiones a la diosa Némesis, diosa que ellos estaban convencidos que miraba con ojos de envidia la felicidad humana y sentía un placer especial en destruirla.

Pero como nosotros estamos muy lejos de creer en tal diosa pagana o bien de alimentar dentro de nosotros superstición alguna, deseamos a Mr. John F..., o a cualquier otro filósofo de la misma cuerda, que se preocupe un poco más por dar con la causa real de esa repentina transición de la buena a la mala suerte, observada por doquier en tantas y tantas ocasiones, y de la cual vamos a mostrar un ejemplo, pues nuestro objetivo es relatar los hechos, dejando las causas u origen de ellos a personas de más profundo talento.

Los seres humanos han sentido siempre una gran afición a conocer y comentar las acciones de los demás. Por ello han existido en todas las edades y naciones ciertos lugares preparados para las citas públicas, en los cuales los curiosos podían reunirse y satisfacer su mutua curiosidad. Entre éstos, las barberías han ocupado sin duda un lugar preferente. Entre los griegos, la frase «noticias de barberos» tenía categoría de proverbio, y Horacio, en una de sus epístolas, menciona a los barberos romanos en el mismo sentido.

Y sabemos bien que los de Inglaterra no son en modo alguno inferiores en sabiduría a sus colegas romanos y griegos. En sus establecimientos los asuntos públicos son discutidos en un grado ligeramente inferior a como lo son en los cafés, debiendo añadir que los sucesos domésticos son tratados con mucha mayor amplitud en los primeros que en los segundos. Pero esto sólo tiene validez para los hombres. En cuanto a las mujeres de nuestro país, sobre todo las de clase inferior, al estar asociadas entre sí mucho más que las de otros países, representaría una gran falta de cortesía por nuestra parte si no dispusieran de algún lugar en el que pudiesen satisfacer su curiosidad, a fin de que no se consideren inferiores a la otra mitad del género humano.

Al disfrutar de este sitio de reunión, las rubias inglesas deben de sentirse mucho más felices que cualquiera de sus hermanas del extranjero, puesto que no recuerdo haber leído en la historia ni haber observado en el curso de mis viajes nada que se le parezca ni muy remotamente.

Este lugar no es otro que la mercería, sitio de donde salen todas las noticias, o como vulgarmente se les llama, habladurías, en todas las parroquias de Inglaterra.

Encontrándose, pues, cierto día Mrs. Partridge en esta asamblea de mujeres, fue preguntada por una de sus vecinas si no había tenido noticias de Jane Jones en los últimos tiempos, a lo que la mujer respondió en sentido negativo. Entonces la otra añadió, subrayando sus palabras con una sonrisa, que la parroquia le estaba muy agradecida por haber despachado a Jane de su casa.

Mrs. Partridge, cuyos celos, como bien sabe el lector, permanecían tranquilos desde hacía un tiempo, y que desde entonces no había tenido la menor pelea ni discusión con su esposo, contestó en tono irritado que no sabía que la parroquia le debiera nada por haberse librado de Jane.

Pero a esto, la chismosa replicó:

—Entonces, ¿es que no ha oído usted hablar de que ha dado a luz dos bastardos? Pero como no han nacido aquí, mi marido y otros hombres del lugar dicen que no tenemos la obligación de criarlos.

—¡Dos bastardos! —exclamó Mrs. Partridge en tono brusco—. Me sorprende usted. No sé si debemos mantenerlos aquí o no. Pero, en cambio, estoy convencida de que han sido engendrados aquí, pues esa sinvergüenza no lleva nueve meses fuera de

mi casa.

No existe nada tan rápido y repentino como las operaciones del espíritu, sobre todo, cuando actúan en él la esperanza, el temor o los celos. Mrs. Partridge pensó que Jane apenas había salido de su casa mientras estuvo a su servicio. La inclinación sobre la silla, el levantarse de pronto, el latín, la sonrisa y una serie de otras cosas aparecieron en su imaginación. Ahora le pareció fingida la satisfacción de su marido ante la marcha de Jane; luego le pareció auténtica, si bien, confirmando sus celos, resultado de la saciedad y de otras cien cosas más. En resumen, quedó convencida de la culpabilidad de su esposo y, ardiendo por dentro, abandonó la reunión.

Lo mismo que la rubia gata Grimalkin, que aun siendo la más joven de la familia felina e inferior en fuerza, no se queda atrás en ferocidad respecto a los miembros mayores de la casa e iguala en fiereza al propio tigre cuando un ratoncillo, al que ha atormentado largo tiempo en plan de juego, escapa de sus garras y es causa de que se altere, se encolerice y gruña, y en cuanto el trozo de leña bajo el cual el ratón se ha escondido es levantado, se lanza como un rayo sobre su presa y con venenosa rabia muerde, araña y desgarrar al animalito, del mismo modo Mrs. Partridge voló más que corrió en busca de su esposo. Tres cosas, la lengua, los dientes y las manos cayeron a un tiempo sobre él. La peluca le fue arrancada en un segundo de la cabeza, su camisa desgarrada, mientras que de su rostro descendían cinco torrentes de sangre, que demostraban el número de garras con que la naturaleza había armado, para desgracia del infeliz marido, al enemigo.

Mr. Partridge se limitó a actuar durante cierto tiempo a la defensiva. En realidad, tan sólo trataba de proteger su rostro de las uñas de su mujer. Pero al notar que el adversario no cedía en su rabia, se dijo que cuando menos tenía que intentar desarmarla, o mejor dicho, sujetar sus brazos. Al hacerlo, el gorro de ella cayó, y sus cabellos, que eran excesivamente cortos para caer sobre los hombros, se alzaron erectos sobre su cabeza; su corpiño, sujeto tan sólo con un único lazo, reventó, y sus pechos, mucho más redundantes que sus cabellos, colgaron bajo su justillo abierto. El rostro se le manchó con la sangre que brotaba de las heridas que había producido a su marido; sus dientes crujieron de rabia, y de sus ojos brotaron más chispas que de la fragua de un herrero. A causa de todo esto, aquella heroína del Amazonas hubiera sido un motivo de terror para un hombre mucho más bragado que el maestro.

Éste, sin embargo, consiguió al fin apoderarse de sus brazos, inutilizando las armas que ella llevaba en los extremos de sus dedos. Pero cuando Mrs. Partridge se apercibió de lo que ocurría, la blandura de su sexo se impuso a su cólera, e inmediatamente quedó anegada en un mar de lágrimas, que a poco se transformaron en desmayo.

La pequeña dosis de juicio que Mr. Partridge había conservado durante la violenta escena, y cuyo origen aún ignoraba, le abandonó de súbito. El hombre corrió a la

calle, gritando que su mujer estaba agonizando y suplicó a los vecinos que acudieran a prestarle auxilio. Varias de las buenas mujeres de la parroquia acudieron presurosas a la casa, donde, tras de aplicar los remedios usuales en semejantes casos, Mrs. Partridge recobró el conocimiento, con gran alegría y satisfacción de su marido.

Pero tan pronto como Mrs. Partridge volvió en sí y se rehízo con ayuda de un cordial, comenzó a comunicar a toda la gente reunida en su casa las múltiples injurias que había recibido de su esposo, el cual, todo según ella, no se había contentado con injuriarla en el lecho, sino que al hacerle ella los debidos reproches, la había tratado de la manera más cruel e inhumana, desgarrándole la ropa y quitándole el gorro, dándole al propio tiempo varios golpes cuyas señales la seguirían a la tumba.

El infeliz maestro, que lucía en su rostro señales mucho más visibles de la indignación de su esposa, optó por permanecer callado, atónito ante aquella acusación. El lector es testigo de que sobrepasaba en mucho a la verdad, puesto que, en realidad, él no la había pegado una sola vez. Pero su mutismo fue interpretado como una confesión de culpabilidad por todos los presentes, y todos a una comenzaron a increparle e insultarle, repitiendo una y otra vez que sólo un cobarde era capaz de pegar a una mujer.

Mr. Partridge soportó todo esto con gran resignación. Mas cuando su media naranja apeló a la sangre que tenía en la cara como prueba de la crueldad de su esposo, el hombre no pudo contenerse más y gritó que se trataba de su propia sangre.

A esto replicaron las mujeres que era una lástima que no procediera de su corazón, en vez de su cabeza, afirmando todas que si sus maridos se atrevieran a levantarlas la mano como él había hecho con su pobre mujer, les sacarían la sangre del corazón.

Tras de muchas amonestaciones y reconvenciones por lo que había sucedido y muchos consejos a Mr. Partridge sobre la conducta que debería observar en el futuro, la reunión se disolvió, dejando al marido y a la mujer entregados a una conferencia personal, gracias a la que Mr. Partridge se enteró de la causa de la trifulca conyugal y de sus sufrimientos.

CAPÍTULO V

DONDE EL LECTOR ENCONTRARÁ TEMA SUFICIENTE PARA EJERCITAR SU JUICIO Y SU PODER DE REFLEXIÓN.

Considero una observación acertada la que afirma que pocos secretos son divulgados por una persona seria. Pero sin duda sería un milagro que un hecho como el que acabamos de relatar no fuera conocido por toda la parroquia y no trascendiese más allá.

Habían transcurrido muy pocos días del mismo y ya toda la comarca se ocupaba del maestro de escuela de Little Baddington, afirmándose de él que había apaleado a su mujer de la manera más cruel. En algunos lugares se llegó a sostener que la había asesinado; en otros, que tan sólo le había roto los brazos; en varios, las piernas. En suma, no existe injuria ni daño que pueda ser infligido a un ser humano que uno u otro no afirmara que habían sido recibidos por Mrs. Partridge de las manos de su esposo.

El origen de la pelea fue también propalado de formas muy diversas, ya que algunos llegaron a decir que Mrs. Partridge había sorprendido a su marido en la cama con la criada; otros sostuvieron que era todo lo contrario, es decir, que la culpa era de la mujer y los celos del marido.

Mrs. Wilkins había oído hablar de esta pelea hacía tiempo. Pero como hasta sus oídos llegó una causa distinta de la verdadera, consideró conveniente ocultarla. Sabía que la culpa era atribuida por todos a Mr. Partridge, pero su esposa, cuando estaba de criada en casa de Mr. Allworthy, había ofendido en algo a Mrs. Wilkins, que distaba mucho de ser una mujer de temperamento inclinado al perdón.

Sin embargo, como Mrs. Wilkins, cuyos ojos eran capaces de ver los objetos a distancia y podía prever los hechos futuros con varios años de antelación, había observado el gran parecido que el hijo del capitán Blifil tenía con su amo, y al propio tiempo percibía el escaso afecto que el capitán sentía por el expósito, creyó que le prestaría un gran servicio si conseguía hacer algún descubrimiento que disminuyera el afecto que Mr. Allworthy sentía hacia Tom. Esto precisamente proporcionaba un gran desasosiego al capitán, que en ocasiones no acertaba a disimular delante del mismo Mr. Allworthy, aunque su esposa, que representaba mucho mejor que él su papel en público, a menudo le recomendaba que imitase su propio ejemplo, es decir, que hiciera todo lo posible por sobrellevar con paciencia la chifladura de su hermano, de la cual ella era la primera en darse cuenta y lamentaba más que nadie.

Habiendo, pues, olfateado Mrs. Wilkins casualmente la verdad de lo ocurrido, aunque bastante tiempo después de que sucediera, muy pronto conoció todos los

detalles. Entonces se apresuró a comunicar al capitán que, al fin, había descubierto al verdadero padre del pequeño bastardo, y que sentía que su amo estuviera perdiendo su reputación en la comarca al conceder una decidida protección al niño.

El capitán la reprendió por la conclusión que había dado a sus palabras, puesto que ella no poseía el menor título para juzgar las acciones de su amo. Aunque su honor o su inteligencia hubieran tolerado que estableciera una alianza con Mrs. Wilkins, su orgullo no podía permitirlo. Y en verdad que no existe conducta más impolítica que aliarse con los criados en contra del amo. Por este sistema acaba uno por ser esclavo de sus propios servidores, estando expuesto a cada momento a verse traicionado. Debió de ser esta consideración la que impidió que el capitán Blifil fuera más explícito con Mrs. Wilkins o que alentase el ultraje que había infligido a Mr. Allworthy.

Mas aunque se cuidó muy mucho de demostrar la menor satisfacción ante Mrs. Wilkins por el descubrimiento que le había comunicado, disfrutó de él en su interior, resolviendo hacer el mejor uso posible de la noticia.

Mantuvo oculto el asunto bastante tiempo, siempre con la esperanza de que Mr. Allworthy llegara a enterarse de ello por otro conducto. Pero Mrs. Wilkins, bien porque se sintiera ofendida por la reservada conducta del capitán, bien porque el disimulo de que daba pruebas éste excediera al suyo y temiera que el descubrimiento le hubiera desagradado, el caso es que jamás volvió a hablar con él del tema.

Me parece un tanto extraño, luego de reflexionar largo y tendido sobre ello, que el ama de llaves no diera jamás esta noticia a Mrs. Blifil, pues como bien sabemos, las mujeres son más aficionadas a comunicar todas las novedades a las de su propio sexo que a nosotros. La única justificación posible de ello, a mi juicio, es la distancia cada vez mayor que existía entre ama y criada, que quizá fuera motivada por los celos que Mrs. Blifil sentía ante el afecto demasiado grande que Mrs. Wilkins demostraba por el expósito, pues mientras ella se esforzaba en arruinar al niño, el ama de llaves se complacía en encomiarle más y más ante Mr. Allworthy, cuyo afecto por Tom aumentaba de día en día. Y esto pese a todo el cuidado que se había tomado en otras ocasiones para demostrar lo contrario a Mrs. Blifil. Y aunque no la apartó de su cargo, quizá porque no le era posible, dio, sin embargo, con los medios para hacerle la vida imposible, lo que a la larga acabó ofendiendo a Mrs. Wilkins, que desde aquel punto y hora mostró abiertamente sus atenciones, cuidados y cariño hacia el pequeño Tom.

En vista del caso, el capitán, que temió que la historia se esfumase sin resultado, decidió revelarla por sí mismo.

Un día se encontraba enzarzado en una discusión con Mr. Allworthy a propósito de la caridad, discusión en la que el capitán, con gran erudición, demostraba a Allworthy que la palabra caridad en la Biblia significaba beneficencia o generosidad.

—La religión cristiana —dijo— fue instituida con propósitos mucho más nobles que los de corroborar una lección que muchos filósofos paganos nos habían enseñado mucho antes, y la que, aunque tal vez pueda llamársela una virtud moral, tiene muy poco del sublime y cristiano anhelo, de la elevación de pensamiento que se acerca en pureza a la perfección angelical, expresada y sentida no sólo mediante la gracia. Se aproximan más —prosiguió— al sentido de la Biblia aquellos que entienden por ella el candor o la formación de una opinión benévola de nuestros hermanos y forman un juicio favorable de sus acciones. Una virtud mucho más excelsa y de naturaleza mucho más amplia que la lastimera distribución de limosnas, que jamás alcanzan a muchos, en tanto que la caridad en el otro sentido, más verdadero, debe extenderse a todo el género humano.

»Considerando quiénes fueron los discípulos, sería absurdo pensar que la doctrina de la generosidad o la de dar limosnas fuera predicada a ellos. Y como no podemos concebir que esta doctrina fuera predicada por su Divino Autor a hombres que no podían practicarla, mucho menos suponemos que haya sido comprendida por aquellos que pueden practicarla y no lo hacen. Pero aunque me temo que haya poco mérito en estos beneficios —prosiguió—, habría mayor placer en ellos para una inteligencia sana, si no se viera rebajado por una consideración. Me refiero a que somos capaces de otorgar nuestros favores más importantes a los que no se lo merecen, como usted debe de reconocer que fue el caso de ese hombre indigno, Partridge. Dos o tres ejemplos de esta índole deben de reducir en grado sumo la íntima satisfacción que un hombre de bien experimentaría con la práctica del bien, e incluso pueden hacerle timorato en sus dádivas, temeroso de hacerse culpable de amparar al vicio y dar alientos a los malos, un crimen de aspecto por demás sombrío, y para el cual no sería suficiente excusa el que no lo hayamos deseado. Esta consideración, estoy seguro de ello, ha frenado la liberalidad de muchos hombres dignos y piadosos.

Mr. Allworthy repuso que no podía discutir con el capitán en lengua griega, y por este motivo le era imposible decir nada respecto al auténtico significado de la palabra que se traduce por caridad. Pero que, sin embargo, siempre había pensado que podía ser interpretada como acción, y que el dar limosnas representaba cuando menos, a su modo de ver, una de las ramas de tal virtud.

—En lo que hace a la parte meritoria —añadió—, estoy conforme con usted, capitán, ya que ¿cuál sería el mérito del simple cumplimiento de un deber? Tenga la palabra caridad el significado que tenga, parece estar en perfecta consonancia con el Nuevo Testamento. Y a la vez que pienso que es un deber indispensable, prescrito tanto por la ley cristiana como por la ley de la naturaleza, lo considero cosa tan agradable que si de algún deber puede afirmarse que llevaba en sí su propia recompensa, o que nos paga mientras lo realizábamos, éste es éste.

»A decir verdad —continuó—, existe un grado de generosidad, de caridad lo

llamaría yo, que parece constituir un cierto mérito, y éste es aquel en que, inspirándonos en un principio de amor cristiano, damos a los demás aquello que nosotros necesitamos, y de este modo, en el intento de aminorar las desgracias de nuestro prójimo, participar algo de ellas, dando incluso aquello de que nuestras propias necesidades no pueden prescindir. Esto es, a mi parecer, lo meritorio. Pero aliviar a nuestros hermanos con nuestras cosas superficiales, ser caritativos (debo emplear esta palabra), más bien a costa de nuestros ahorros que de nosotros mismos, salvar a diversas familias de la miseria en vez de colgar un cuadro de gran valor de las paredes de nuestras casas o concedernos alguna otra ridícula vanidad, esto es simplemente obrar como seres humanos. Incluso puedo aventurar más. Es ser en cierto modo un epicúreo, ya que ¿podría desear más el más excelso de los epicúreos que poder comer con muchas bocas a la vez en lugar de con una?

»En cuanto al temor a mostrarse bondadoso con quienes más tarde pueden ser indignos de ello, creo que no es suficiente para alejar a un hombre bueno del camino de la generosidad. No creo poco ni mucho que unos cuantos ejemplos de ingratitud justifiquen el que un hombre cierre su corazón a los dolores del prójimo, ni creo que sea capaz de ello un espíritu bueno de verdad. Tan sólo el convencimiento de la existencia de una depravación universal puede impedir la caridad del hombre bueno, y tal convencimiento tiene por fuerza que conducirle al ateísmo o al entusiasmo. Pero sin duda alguna no hay razón para pensar en la existencia de semejante depravación universal por el simple hecho de que existan algunos cuantos individuos viciosos.

Y puso fin a su discurso preguntando al capitán quién era aquel tal Partridge a quien había llamado hombre indigno.

—Me refiero —repuso el capitán— a Partridge el barbero y maestro de escuela. Partridge, el padre de la criatura que encontró usted en su lecho.

Mr. Allworthy denotó gran sorpresa al oír estas palabras, y el capitán ante su ignorancia del caso, pues afirmó que él lo sabía hacía más de un mes, hasta que al cabo recordó, tras de grandes esfuerzos, que se lo había contado Mrs. Wilkins.

Luego de esto, el ama de llaves fue convocada inmediatamente y, luego de confirmar lo dicho por el capitán, la enviaron, con la aprobación del capitán, a Little Baddington, a fin de que se informara por sí misma de la realidad de los hechos, ya que el capitán sentía muy poca afición a los procedimientos rápidos en asuntos criminales, y aseguró que en modo alguno permitía que Mr. Allworthy tomara resolución alguna, en perjuicio del niño o del padre, antes de convencerse plenamente de la culpabilidad del segundo, y aunque él se había convencido, mediante uno de los vecinos de Partridge, era demasiado generoso para presentar semejante prueba a Mr. Allworthy.

CAPÍTULO VI

PROCESO CONTRA PARTRIDGE, EL MAESTRO, POR INCONTINENCIA; LA PRUEBA DE SU MUJER; BREVE REFLEXIÓN SOBRE LA SABIDURÍA DE LA LEY, ASÍ COMO OTROS TEMAS SERIOS QUE SERÁN SIN DUDA MÁS APRECIADOS POR AQUELLOS QUE ENTIENDEN DE ELLOS.

Quizá sorprenda que una historia tan bien conocida de todos y que había proporcionado tantos temas de conversación, jamás hubiera sido mencionada ante Mr. Allworthy, la única persona de toda la región a cuyos oídos no había llegado.

Con el fin de explicar esto en parte, considero necesario informar al lector de que no existía en el reino nadie menos interesado en oponerse a la doctrina referente al significado de la palabra caridad, de la cual se ha hablado en el capítulo precedente, que nuestro hombre. Llevaba a cabo el ejercicio de esta virtud en todos los sentidos, puesto que como jamás existió un hombre más sensible a las necesidades del prójimo o más dispuesto a aliviar sus sufrimientos, tampoco hubo nadie más lleno de indulgencia con sus caracteres o más tardo en creer algo contra de ellos.

Por este noble motivo, jamás el escándalo tenía acceso a su mesa, pues así como se sabe desde hace luengos años que un hombre puede ser conocido por sus compañías —dime con quién andas y te diré quién eres—, diré también que, prestando oídos a la conversación en la mesa de un gran hombre, puede uno conocer su religión, sus ideas políticas, sus gustos y todo lo demás, ya que si algunos individuos extraños suelen manifestar sus sentimientos en todos los lugares, la mayor parte de los seres humanos son lo suficientemente corteses para acomodar su conversación al gusto y las inclinaciones de sus superiores.

Pero volvamos a Mrs. Wilkins, que realizó la misión que le habían encargado con suma celeridad, aunque tuvo que recorrer quince millas para ello. El ama de llaves trajo tales noticias y una confirmación tan completa de la culpabilidad del maestro de escuela, que Mr. Allworthy decidió enviar en busca del criminal para interrogarle de *viva voce*. Mr. Partridge fue citado para que compareciera y se defendiese —si esto le era posible— de la acusación que pesaba sobre él. A la hora indicada se presentaron el mencionado Partridge, Anne, su esposa, y Mrs. Wilkins, como acusadora.

Sentado Mr. Allworthy en su sillón de juez, ante él compareció Partridge. Éste escuchó de labios de Mrs. Wilkins una completa acusación contra él, pero no por ello confesó su culpa, antes bien hizo vehementes protestas de inocencia.

Luego le tocó el turno de declarar a Mrs. Partridge, quien, tras un breve exordio por verse obligada a declarar en contra de su marido, relató todas las circunstancias que el lector ya conoce y, por último, concluyó afirmando que su esposo se había

confesado culpable.

No osaré afirmar si le había perdonado o no. Pero lo cierto es que no fue un testigo voluntario en el juicio, y es muy probable que, por ciertas razones, no hubiese comparecido a declarar de no haberle Mrs. Wilkins, con gran habilidad, sonsacado todo en su propio hogar, prometiéndole que el castigo que recibiría su marido no afectaría a su familia.

Partridge todavía insistió en su inocencia, aunque reconoció haber hecho la confesión de que hablaba su esposa obligado por su incesante porfía. Anne le había prometido que, como estaba convencida de su culpabilidad, no cejaría de atormentarle hasta que lo confesara todo, prometiéndole, no obstante, que una vez se declarase culpable, nunca más volvería a hablar del asunto. Ésta era la única razón de que hubiera confesado, si bien era por completo inocente, y estaba convencido que lo mismo se hubiera confesado autor de un asesinato si así se lo hubiesen pedido.

Mrs. Partridge no pudo soportar esta acusación con ecuanimidad, y como en aquel lugar no tenía otro escape que las lágrimas, dejó escapar un buen chorro de ellas, y dirigiéndose a Mr. Allworthy exclamó, o más bien gritó:

—Crea usted, señor, que jamás hubo en el mundo una desgraciada mujer tan injuriada como yo lo soy por este vecino, pues sepa que éste no es el único caso de falsedad conmigo. Le aseguro, señor, que ha manchado mi lecho en muchas y frecuentes ocasiones. Quizá hubiera podido perdonarle sus borracheras y el abandono de sus negocios, de no haber faltado a uno de los sagrados mandamientos. Además, si eso hubiera ocurrido fuera de casa, no me hubiese importado gran cosa. ¡Pero con mi misma criada, bajo mi propio techo, profanar mi casto lecho con sus inmundas prostitutas, esto es imperdonable! Sí, vil hombre, has profanado mi lecho, lo has hecho infinitas veces, y luego te vuelves contra mí y dices que te he obligado a confesar una mentira. Tengo en mi cuerpo las suficientes señales que demuestran tu crueldad. Si fueras un hombre, villano, te avergonzarías de injuriar a una pobre mujer de esa manera. Pero tienes muy poco de hombre, y tú lo sabes. Tampoco has sido conmigo más que un marido a medias. Has necesitado correr tras de tus queridas, cuando yo estoy segura... Y puesto que me provocas, estoy dispuesta a jurar, si a Mr. Allworthy le place, que os encontré juntos en la cama, lo que al parecer has olvidado, cuando me pegaste hasta que me desmayé e hiciste que la sangre corriera por mi frente. ¡Y todo porque te reconvine por tu adulterio! Pero para probarlo puedo presentar a todas mis vecinas. ¡Has deshecho mi corazón, sí, lo has deshecho!

Mr. Allworthy la interrumpió en este punto, rogando a la mujer que se calmara y prometiéndole que se le haría justicia. Luego, volviéndose hacia Partridge, que parecía estupefacto, privado de una parte de sus facultades por la sorpresa y de la otra por el terror, le dijo que lamentaba de todo corazón que existiera un hombre tan cruel y perverso en el mundo. Aseguró al infeliz que su prevaricación agravaba en grado

sumo su delito, ya que los únicos atenuantes que podía ofrecer eran la confesión y el arrepentimiento. Exhortó a Partridge a que confesase inmediatamente su delito y no se empeñara en negar lo que había quedado demostrado tan por completo, incluso por su propia mujer.

Ahora ruego al lector que tenga paciencia unos instantes, mientras hago un justo elogio de la gran sabiduría y sagacidad de nuestra ley, que se niega a admitir la declaración de una esposa a favor o en contra del marido. Esta prueba, al decir de cierto erudito, que según creo jamás hasta ahora fue citado más que en los libros de leyes, sería el medio de crear una disensión eterna entre ellos, daría lugar a muchos perjurios, así como azotes, multas, prisiones y ahorcados.

Partridge guardó silencio un largo rato, y cuando Mr. Allworthy le rogó que dijera algo, él insistió en que ya había dicho la verdad y que apelaba al cielo como testigo de su inocencia, y, también a la muchacha, que suplicaba fuera mandada a llamar inmediatamente, pues ignoraba, o cuando menos lo fingía ignorar, que la joven había abandonado aquella parte de la región.

Mr. Allworthy, cuyo amor por la justicia, unido a su frío temperamento, le hacían el juez más paciente para escuchar a los testigos que un acusado pudiera presentar en su defensa, accedió a aplazar la resolución final hasta que llegara Jane, a la que inmediatamente envió un recado para que se presentara cuanto antes, y tras de recomendar al matrimonio que procurasen vivir en paz —aunque se dirigió principalmente a la persona agraviada—, ordenó que esperasen hasta dentro de tres días, pues había llevado a Jane a un día largo de camino de allí.

El día y hora señalados, reunidas de nuevo las partes interesadas, apareció el mensajero con la noticia de que no había encontrado a Jane, la cual, según sus informas, había abandonado su casa unos días antes en compañía de un oficial dedicado a la recluta de mozos para el ejército.

Mr. Allworthy se creyó entonces en el caso de afirmar que la circunstancia de aquel viaje en compañía de un militar no era suficiente prueba de su deshonestidad. Pero agregó que si la joven hubiera estado presente y hubiese declarado la verdad, habría confirmado lo que tantas circunstancias, unidas a la propia confesión de Partridge y a la afirmación de su mujer de que había sorprendido a su marido *in fraganti*, probaban hasta la saciedad. De nuevo volvió a requerir a Partridge para que confesara. Pero al insistir éste en su inocencia, Mr. Allworthy se declaró convencido de su culpabilidad, considerándole un hombre demasiado malo para que pudiera recibir ningún estímulo por parte de él. Le privó, por tanto, de su amabilidad y le exhortó a que se arrepintiera pensando en el otro mundo, a la vez que le aconsejó que procurase arreglárselas para mantener a él y a su mujer en éste.

Sin duda, en todo el ancho mundo no existía ahora una persona más desgraciada que el pobre Partridge. La prueba presentada por su mujer le había hecho perder una

parte de sus ingresos. Sin embargo, ella le echaba en cara todos los días, entre otras muchas cosas, que por culpa de él ella había perdido aquel beneficio. Pero tal era el sino de Partridge, y no tenía otro remedio que someterse.

Aunque en el anterior párrafo he llamado pobre a Partridge, tal vez el lector atribuya este adjetivo más bien a compasión mía que a una afirmación de su inocencia. Si era o no inocente, esto se verá más adelante. Pues si la musa histórica me ha confesado algunos secretos, no incurriré en el delito de descubrirlos antes de que me otorgue autorización para ello.

Por tanto, el lector habrá de refrenar su curiosidad. Ciertamente que, cualquiera que fuera la verdad, existían pruebas más que suficientes para que apareciera reo ante los ojos de Mr. Allworthy; mucho menos hubieran sido precisas ante los tribunales de justicia en un caso de bastardía. Pero, no obstante la terquedad de Mrs. Partridge, que estaba dispuesta a jurar lo que afirmaba ser cierto, existe una posibilidad de que el maestro fuera totalmente inocente, ya que aunque la cosa parecía clara y definitiva, visto el tiempo transcurrido entre la partida de Jane de Little Baddington y su parto, si el niño había sido engendrado allí, de esto no se colegía que Partridge tuviera que ser necesariamente su padre, pues, aparte de otros detalles, en la casa había un joven de unos dieciocho años, y entre él y Jane existía la suficiente intimidad para que pudieran concebirse ciertas sospechas. Pero tanto ciegan los celos, que la colérica esposa pasó por alto esta circunstancia.

Si Partridge se arrepintió o no, acatando el consejo de Mr. Allworthy, es algo que no pudo saberse. El caso es que su esposa se arrepintió de todo corazón de la prueba que había presentado contra su marido, sobre todo, cuando descubrió que Mrs. Deborah la había engañado y que se negaba a hacer a Mr. Allworthy ninguna súplica en favor suyo. No obstante, obtuvo mejor resultado con Mrs. Blifil, que era, como el lector sin duda habrá observado, mujer de carácter mucho más bondadoso, y de buen grado accedió a suplicar a su hermano para que volviera a abonar la anualidad, para lo cual, aunque también la bondad natural pudo haber intervenido, existía un motivo más poderoso y natural, como veremos en el siguiente capítulo.

Pero estas súplicas fueron vanas, pues aunque Mr. Allworthy distaba mucho de pensar, como algunos escritores modernos, que la compasión consiste en castigar sólo a los delincuentes, estaba lejos de creer que es digno de esta cualidad perdonar a los grandes criminales porque sí, sin que medie la menor razón para ello. No le quedaba la menor duda en cuanto a la verdad de los hechos, aunque había tenido presentes las circunstancias. Pero las súplicas de un delincuente o las intercesiones en su favor de otras personas no le afectaban en lo más mínimo. En resumen, jamás perdonaba porque el propio delincuente o sus amigos intentasen evitar el castigo que se le había impuesto.

Partridge y su esposa tuvieron, pues, que someterse a su suerte, que era bastante

cruel, pues en vez de tratar de aumentar sus ingresos en compensación a la anualidad perdida, Partridge se dejó llevar por la desesperación, y como poseía una naturaleza indolente, este defecto se exacerbó tanto, que acabó perdiendo la pequeña escuela que poseía. Su mujer y él no hubieran dispuesto de pan que llevarse a la boca de no haber intervenido la caridad de algún buen cristiano que les proporcionaba justo lo necesario para su sustento.

Como este socorro les llegaba de una mano desconocida, ellos pensaron, y creo que también el lector lo hará con ellos, que el misterioso bienhechor era el mismo Mr. Allworthy, el cual, aunque no podía alentar públicamente el vicio, podía en privado tratar de remediar las desgracias ocasionadas por los vicios, cuando aquéllas eran desproporcionadas. Al fin la Providencia se apiadó de la desgraciada pareja y mejoró el lamentable estado de Partridge, poniendo fin a la vida de su esposa, que murió de viruelas.

La justicia administrada por Mr. Allworthy en el caso Partridge recibió en un principio la aprobación general. Pero tan pronto como el ex maestro comenzó a tocar las consecuencias de la pena impuesta, sus vecinos empezaron a sentir piedad de él, para más tarde considerar excesivamente riguroso y severo lo que antes les había parecido de justicia.

Estos comentarios y murmuraciones se acrecieron a la muerte de Mrs. Partridge. A pesar del carácter de la enfermedad de que sucumbió, que jamás es consecuencia de la miseria o de la desgracia, esto no impidió que muchos atribuyeran la muerte de Mrs. Partridge a la severidad, o a la crueldad, como ahora la llamaban, de Mr. Allworthy.

Perdida su esposa, su escuela y su anualidad, y habiendo suprimido al propio tiempo la persona desconocida el socorro que enviaba, el hombre decidió cambiar de ambiente y abandonar el país, en donde corría peligro de morir de hambre, aun contando como contaba ahora con la compasión unánime de todos sus vecinos.

CAPÍTULO VII

DONDE SE TRAZA UN LIGERO ESBOZO DE LA FELICIDAD QUE LAS PAREJAS PRUDENTES PUEDEN EXTRAER DEL ODIO, JUNTO A UNA BREVE APOLOGÍA DE AQUELLAS PERSONAS QUE SUELEN PASAR POR ALTO LAS IMPERFECCIONES DE SUS AMIGOS.

Aunque el capitán había ocasionado la ruina del pobre Partridge, aún no había recogido la cosecha que esperaba, la cual no era otra que arrojar del hogar de Mr. Allworthy al niño expósito.

Por el contrario, el dueño de la casa sentía cada vez más afecto por el pequeño Tom, como si tratara de compensar su severidad con el padre mediante un profundo cariño por el hijo.

Esto sin duda contribuyó mucho a amargar el carácter del capitán, como lo hacían todos los otros ejemplos de la generosidad de Mr. Allworthy que presenciaba a diario, pues consideraba la generosidad de su cuñado como una disminución de su propia fortuna.

El capitán Blifil no estaba conforme en esto con su esposa. Por supuesto, tampoco lo estaba en ninguna otra cosa. Aunque el afecto basado en la inteligencia es considerado más duradero por personas sabias que el que se funda en la belleza, en el caso que nos ocupa ocurría todo lo contrario. La falta de armonía en aquel matrimonio era la principal causa de las disputas y peleas que de cuando en cuando surgían entre ellos y que al final terminaban, por parte de la esposa, en un decidido desprecio hacia su marido, y del marido, en un terrible odio hacia su esposa.

Como los dos esposos habían ejercitado principalmente su inteligencia en el estudio de la divinidad, éste era, desde el mismo día que se conocieron, el tema principal de sus conversaciones. El capitán, en plan de perfecto caballero, antes de su matrimonio había rendido siempre sus opiniones ante las de las mujeres. Pero no a la torpe manera de un hombre vanidoso que, al mismo tiempo que por cortesía se esfuerza en dar la razón a su superior, desea que se le reconozca que la razón la tiene él. El capitán, si bien era uno de los hombres más prudentes del mundo, concedía tan por completo la victoria a su antagonista, que miss Allworthy, que no abrigaba la menor duda sobre la sinceridad de su pretendiente, abandonaba siempre las discusiones sintiendo una verdadera admiración por su propia inteligencia y un gran afecto por la de su esposo.

Pero aunque esta complacencia hacia una persona que el capitán despreciaba en lo más profundo de su ser no le resultaba tan difícil de soportar como si hubiera tenido que demostrar la misma sumisión a Hoadley o algún otro individuo de gran

reputación científica, no obstante, le venía muy cuesta arriba tenerla que soportar sin motivo.

Pero cuando el matrimonio hizo desaparecer esta necesidad, se cansó de ser condescendiente y dio en tratar las ideas y opiniones de su esposa con la altanería e insolencia que sólo los que merecen cierto desprecio pueden alimentar, y únicamente aquellos que no merecen el menor desprecio pueden soportar.

Una vez pasado el primer aluvión de ternuras y arrumacos, en los períodos de calma entre los accesos de cariño, Mrs. Blifil empezó a abrir los ojos a la razón y observó el cambio de conducta que se había operado en el capitán, quien replicaba ahora a todas sus argumentaciones con un simple y desdeñoso «ya», se sintió muy lejos de poder soportar tamaño insulto con mansa sumisión. En los primeros momentos esto le molestó e indignó tanto, que muy bien pudiera haber sucedido algo grave de no haber tomado la cuestión un rumbo menos perjudicial, concibiendo ella entonces el más completo desprecio hacia la inteligencia de su marido, lo que hasta cierto punto vino a suavizar el odio que sentía hacia él, aunque disponía de una buena dosis de éste.

La inquina que el capitán sentía hacia su esposa era de una clase más pura. No la despreciaba más por cualquier imperfección de su inteligencia que por no tener seis pies de altura. La opinión del capitán sobre el sexo femenino sobrepasaba en brutalidad a la del propio Aristóteles. Consideraba a la mujer como un simple animal de uso doméstico, a quien debía concedérsele un poco más de consideración que a un gato, puesto que sus obligaciones eran un poco más importantes. Pero, a su parecer, la diferencia entre ambos era tan mínima, que en su matrimonio contraído con las tierras y propiedades de Mr. Allworthy, le hubiera sido por completo indiferente que una u otra figurara en el contrato matrimonial. Sin embargo, era tan susceptible, que pronto comenzó a experimentar los efectos del desprecio que su mujer sentía hacia él; y esto, unido al gran empacho que antes le había producido su amor, le hizo sentir tal desagrado y aborrecimiento, que apenas podía ser sobrepasado.

Tan sólo una situación matrimonial queda excluida del placer, y ésta es el estado de indiferencia. Mas como espero que muchos de mis lectores conozcan a fondo el exquisito deleite que se goza proporcionando alegría al ser amado, temo que muy pocos tengan noticias de la satisfacción que procura el atormentar a la persona a quien se odia. Es por gustar este último placer por lo que con harta frecuencia vemos que ambos sexos abandonan la paz del matrimonio, que de otro modo podrían disfrutar. Por esta causa la esposa finge arrebatos de amor y celos y se priva a sí misma de todo placer con objeto de poder alterar e impedir los de su esposo. Éste, a su vez, y en justa compensación, se mortifica a sí mismo y permanece en casa con una compañía que le desagrada, a fin de mantener encerrada en casa a su mujer, cosa que ella igualmente detesta. Por esta razón, también corren esas lágrimas que a veces

una viuda derrama abundantemente sobre la tumba de su esposo, con el que vivió una vida de constantes inquietudes y pependencias, y a quien ahora ya no podrá mortificar nunca más.

Si alguna vez una pareja gozó de semejante placer, ésta fue sin duda la formada por el capitán Blifil y su esposa. Siempre tenían motivos para sostener una opinión contraria a la del otro. Si a uno se le ocurría proponer una diversión, el otro se apresuraba a poner toda clase de reparos; jamás querían u odiaban a la misma persona, recomendaban u ofendían a la misma persona. Y por este motivo, y puesto que el capitán miraba cada vez con peores ojos al expósito, su esposa empezó a prodigarle las mismas caricias que a su propio hijo.

Creo que al lector no se le escapará que esta conducta entre marido y mujer no contribuyó mucho a la tranquilidad de Mr. Allworthy, ya que tendía muy poco a facilitar esa serena felicidad que la alianza matrimonial debería de haber proporcionado a los tres. Pero lo cierto es que si bien en parte sentía defraudadas sus esperanzas, se hallaba muy lejos de sospechar toda la gravedad de la cuestión.

El capitán, por razones que no se le ocultarán al lector, disimulaba cuanto podía delante de él, mientras que Mrs. Blifil se veía obligada, para no incurrir en el desagrado de su hermano, a hacer otro tanto. En resumen, que creemos posible que una tercera persona pueda vivir en la intimidad y durante mucho tiempo bajo el mismo techo con un matrimonio que demuestre una tolerable discreción, sin que llegue a sospechar los enconados sentimientos que les animan. Aunque el día entero pueda parecer en ocasiones corto tanto para el odio como para el amor, las muchas horas que se pasan juntos, alejados de todo observador, proporciona a las personas de espíritu moderado una amplia oportunidad para la práctica de una u otra pasión, de modo y manera que si aman, pueden soportar estar juntos durante varias horas sin tontear, y si es el odio lo que les mueve, sin escupirse al rostro.

Es muy posible que Mr. Allworthy observase lo bastante en el matrimonio como para sentirse inquieto. Jamás hay que suponer que un hombre sabio no sufre porque no se lamente a voz en grito, como suelen hacer los caracteres pusilánimes y afeminados. Cabe dentro de lo posible que hubiera reparado en algunas faltas del capitán sin sentir la menor inquietud, ya que muchos hombres que poseen una verdadera sabiduría y bondad se contentan a veces con tomar a las personas y a las cosas tal como son, sin lamentarse por sus manifiestas imperfecciones ni tratan tampoco de corregirlas. Tal vez descubren una falta en un amigo, un pariente o un conocido, pero no hacen mención de ello a los interesados ni a nadie, ni disminuye por ello el afecto que les profesan. En vista de lo cual, y a no ser que un gran discernimiento sea atemperado por tal disposición al disimulo, jamás debemos contraer una amistad que pueda resultar imperfecta. Espero que mis amigos me creerán si les digo que no sé de nadie que sea perfecto, y lamentaría de veras verme

obligado a creer que cuento con amigos que no son capaces de ver mis muchas faltas. Otorgamos y exigimos indulgencias de esta clase. Se trata de un hábito de la amistad, y quizá no de las menos agradables. Y este perdón debemos concederlo sin que haya propósito alguno de enmienda, puesto que a nosotros nos parece que no existe señal más evidente de locura que tratar de corregir las flaquezas naturales de los que queremos. La composición más exquisita de la naturaleza humana, al igual que la porcelana china más fina y delicada, puede tener una resquebrajadura, y mucho me temo que esto sea tan incurable en un caso como en el otro, aunque el ejemplar siga poseyendo un valor incalculable.

Resumiendo, a Mr. Allworthy no debieron pasarle inadvertidas algunas de las imperfecciones del capitán, pero como éste era un hombre por demás artero y se mantenía siempre sobre sí, las tales imperfecciones se le aparecieron como defectos de un carácter esencialmente bueno que su innata bondad pasaba por alto, y su prudencia impedía que pudiera hacérselas notar al capitán. Pero creemos que muy distintos hubieran sido sus sentimientos si hubiese estado enterado de todo, lo que con toda seguridad habría acabado por suceder si tanto el marido como la esposa hubieran continuado manteniendo idéntica línea de conducta. Pero la siempre amable fortuna tomó sus medidas para evitarlo, obligando al capitán a realizar algo que le devolvió todo el cariño y ternura de su esposa.

CAPÍTULO VIII

RECETA PARA RECONQUISTAR EL CARIÑO PERDIDO DE LA ESPOSA, Y QUE JAMÁS SE HA SABIDO QUE FRACASARA EN LOS CASOS MÁS DESESPERADOS.

El capitán Blifil acostumbraba a resarcirse de los desagradables minutos de conversación sostenida con su esposa, que procuraba fueran tan breves como posibles, mediante placenteras reflexiones, una vez estaba a solas.

Estas cavilaciones se referían exclusivamente a la fortuna de Mr. Allworthy. Primero obligaba a su pensamiento a calcular, con tanta exactitud como le era posible, el valor exacto de la totalidad de los bienes, cuyos cálculos creía con frecuencia poder modificar a su favor. En segundo lugar, y con sumo interés, se complacía en proyectar las modificaciones que andando el tiempo introduciría en la casa y en los jardines, imaginando otras muchas cosas, tanto para el acrecentamiento de la fortuna, como para el engrandecimiento de la casa. Con tal objeto, comenzó a estudiar arquitectura e ingeniería, leyendo una y otra vez muchos libros que trataban de y estos temas. Tales ciencias le absorbían todo su tiempo y constituían su única distracción. Al cabo consiguió rematar un soberbio plan, que lamentamos no estar autorizados para ofrecérselo al lector, pues ni el lujo de la edad presente podría competir con él. Poseía en grado superlativo los dos principales ingredientes que sirven para recomendar todos los proyectos nobles y vastos de este tipo, puesto que requería enormes gastos para su realización y gran cantidad de tiempo para llevarlo a efecto. Para la primera parte, la inmensa fortuna que el capitán suponía a Mr. Allworthy, y que él estaba convencido de que heredaría con el tiempo, proveería en abundancia. Para lo segundo, contaba con su complexión sana y su edad, que se encontraba ahora en su término medio, lo que alejaba toda preocupación de no vivir lo bastante para ver realizado su proyecto.

Para poder emprender la inmediata realización de tan ambiciosa idea, sólo faltaba una cosa: la muerte de Mr. Allworthy. Y para calcular cuándo se produciría había utilizado mucho el álgebra, aparte de que adquirió todos los libros que trataban de la valuación de la vida humana, de las reversiones, etc., de todo lo cual sacó la consecuencia de que la muerte de su cuñado lo mismo podría tener lugar al cabo de unos cuantos días que de varios años.

Pero mientras el capitán estaba entregado en cuerpo y alma a la profunda contemplación de este panorama, le sobrevino un accidente de lo más desgraciado, a la vez que inoportuno. La malicia de la fortuna no podía haber imaginado nada más cruel, tan poco conveniente, tan absurdamente destructivo de todos sus planes. En

una palabra, y deseando no mantener al lector demasiado tiempo con el ánimo en suspenso, en el preciso instante en que su corazón empezaba a rebosar de esperanzas ante la próxima muerte de Mr. Allworthy y lo que él prosperaría a consecuencia de ella, el capitán murió de un ataque de apoplejía.

Este desgraciado accidente le sobrevino al capitán mientras paseaba solo por la tarde, así que no tuvo a su lado a nadie que pudiera prestarle la menor ayuda, en el caso de que ésta hubiese podido servir de algo. Tomó, pues, el capitán medida del trozo de terreno que le serviría para todos sus proyectos futuros, y quedó tendido y muerto sobre el suelo, como ejemplo, aunque no viviente, de la gran verdad que encierra la observación de Horacio:

*Tu secanda marmora
Locas sub ipsum funus, et sepulchri
Immemor, struis domos.*

Pensamiento que traducido viene a decir: «Buscáis los más nobles sentimientos para construir, cuando tan sólo son necesarios un pico y una azada; y construís casas de quinientos pies por cien, olvidando las de seis por dos».

CAPÍTULO IX

UNA PRUEBA DE LA INFALIBILIDAD DE LA ANTERIOR RECETA, CON LAS LAMENTACIONES DE LA VIUDA, ASÍ COMO OTROS ORNATOS PROPIOS DE LA MUERTE, MÁS UN EPITAFIO EN ESTILO AUTÉNTICO.

Mr. Allworthy, su hermana y otra dama se encontraban reunidos a la hora de costumbre en el comedor. Después de haber permanecido allí mucho más tiempo del usual, Mr. Allworthy anunció que comenzaba a sentirse inquieto por la ausencia del capitán, ya que éste era muy puntual a la hora de las comidas. Entonces dio orden de que tocasen la campana del exterior, especialmente por los paseos que el capitán solía recorrer en sus caminatas.

Pero como resultaron inútiles las llamadas, ya que el capitán había, por nefasta coincidencia, echado aquella tarde por un camino nuevo, Mrs. Blifil declaró que se sentía muy asustada.

A esto la otra dama, que era una de sus más íntimas amigas y conocía a fondo el estado de sus sentimientos, contestó a Mrs. Blifil, tratando de tranquilizarla:

—Aunque no puedas evitar el sentirte inquieta, piensa sólo lo mejor. Tal vez la belleza de la tarde haya animado al capitán a alejarse más de lo acostumbrado, o quizá se haya detenido en casa de algún vecino.

Pero Mrs. Blifil respondió que no había nada de esto, que estaba segura de que había sucedido alguna desgracia, ya que el capitán acostumbraba a enviarle algún recado cuando se quedaba en alguna parte, pues sabía bien que, en caso contrario, ella se sentiría intranquila.

Entonces la amiga, no teniendo más argumentos que ofrecer, se dedicó a prodigar los consuelos usuales en tales casos, y suplicó a Mrs. Blifil que no se asustara, pues podría ser de terribles consecuencias para su propia salud, y llenando un vaso grande de vino, pidió a su amiga, y al fin lo consiguió, que se lo bebiera.

Mr. Allworthy se encontraba ahora en el recibimiento, pues él mismo había salido en busca del capitán. Sus facciones reflejaban el profundo trastorno que sentía, el cual le privó, en parte, del uso de la palabra. Pero como el dolor y el sufrimiento actúan de diverso modo en cada persona, la misma angustia que había disminuido su voz, aumentó la de Mrs. Blifil.

Ésta comenzó a quejarse con palabras amargas, acompañando sus lamentaciones con torrentes de lágrimas. La amiga afirmó que no podía oponerse a ellas. Pero al propio tiempo trató de convencer a Mrs. Blifil para que no se entregase tan abiertamente al dolor, intentando moderar la profunda pena de su amiga con máximas y observaciones filosóficas sobre los constantes desempeños a los que se ve expuesta

la vida humana, lo cual, a su juicio, era más que suficiente para fortalecer nuestro espíritu contra las adversidades, por repentinas y terribles que éstas pudieran ser.

Aseguró a Mrs. Blifil que el ejemplo de su hermano debía servirle de modelo, pues aunque era de suponer que no sentiría tanto interés como ella sentía, se mostraba, sin embargo, completamente tranquilo. Su aceptación de la divina voluntad mantenía su dolor dentro de los debidos límites.

—¡No mencione usted a mi hermano! —replicó Mrs. Blifil—. Yo sola debo ser objeto de su piedad. ¿Qué representa el dolor de un amigo comparado con el que una esposa siente en circunstancias como ésta? ¡Oh, ha muerto! ¡Alguien debe de haberle asesinado! ¡Ya no le veré jamás!

Ahora un río de lágrimas produjo el mismo efecto que su supresión había ocasionado en Mr. Allworthy, y la atribulada esposa se mantuvo silenciosa. Poco después apareció un criado corriendo, desalentado, y gritó:

—¡Ya se ha encontrado al capitán!

Y antes de que pudiera añadir nada más, aparecieron otros dos criados con el cuerpo del muerto.

Ahora el curioso lector podrá contemplar otra variante de la manifestación del dolor. Mientras Mr. Allworthy había permanecido en silencio por la misma razón que había hecho vociferar a su hermana, ahora, ante el espectáculo del muerto, que llenó de lágrimas los ojos del caballero, los de su hermana permanecieron secos, y dejando escapar un desgarrador chillido, cayó al suelo desmayada.

La estancia se llenó de criados, algunos de los cuales, como la dama visitante, se dedicaron a consolar a la viuda. Otros, junto con Mr. Allworthy, ayudaron a conducir el cuerpo del capitán a un lecho caliente, donde fueron puestos en práctica todos los recursos conocidos para hacerle volver a la vida.

Nos sentiríamos en extremo satisfechos si pudiéramos decir al lector que ambas compañías obtuvieron el mismo éxito. Los que quedaron al cuidado de Mrs. Blifil lograron, luego de un tiempo prudencial, que la dama volviera en sí, con gran contento de todos. Mas en lo que respecta al capitán, las sangrías y demás prácticas médicas fueron del todo inútiles. La muerte, ese juez inexorable, le había sentenciado ya y se negaba a conceder una suspensión temporal de la sentencia, aunque acudieron dos médicos llamados a toda prisa, para constituirse sus defensores.

Estos médicos, que para eludir cualquier interpretación maliciosa nosotros designaremos con los nombres de doctor Y. y doctor Z., luego de tomar el pulso al capitán, el doctor Y. el de su brazo derecho, y el doctor Z. el del izquierdo, se mostraron de acuerdo en que estaba completamente muerto. Mas en cuanto a la enfermedad que la había producido, no pudieron coincidir, pues el doctor Y. sostuvo que había muerto de apoplejía, y el doctor Z., de un ataque epiléptico.

Esta discrepancia dio lugar a una disputa entre los dos hombres de ciencia, en el

curso de la cual cada uno expuso las razones con que fundamentaban sus diversas opiniones. Éstas poseían una fuerza tan pareja, que ambas sirvieron para confirmar a cada médico en su propia manera de pensar, aunque no produjeron la menor impresión en su adversario.

Es el caso que cada médico contaba con su enfermedad favorita, a la que atribuía todas las victorias obtenidas sobre la naturaleza humana. La gota, el reumatismo, el mal de piedra, la tisis, tenían sus distintos defensores en la Facultad de Medicina, no menos que la fiebre nerviosa o la fiebre de los espíritus. Creemos necesario hacer constar aquí la diversidad de opiniones que surgen en relación con la muerte del enfermo, que a veces son expuestas por los más sabios doctores, y que por fuerza tienen que extrañar a aquellas personas que ignoran lo que acabamos de exponer.

Tal vez el lector se sorprenda al observar que los médicos, en vez de tratar de revivir al paciente, se enzarzaron en una disputa sobre el motivo de su muerte. En realidad, todos los recursos para devolverle a la vida estaban agotados, ya que el capitán había sido colocado en una cama caliente, le fueron sajas sus venas, se le frotó la cabeza, siéndole aplicadas, además, a sus labios y a sus narices toda suerte de gotas.

Por esta razón, los médicos, al ver que se habían anticipado a sus consejos, se sintieron perplejos y sin saber qué hacer durante todo el tiempo que es usual y decente que permanezcan en la casa mortuoria para justificar sus honorarios y necesitaban algún otro tema para su consulta. ¿Y cuál podría ser más natural que el descrito?

Nuestros doctores estaban ya a punto de marcharse cuando Mr. Allworthy, tras de abandonar al capitán, sometido por completo ya a la voluntad divina, preguntó por su hermana, a quien quería que los médicos visitaran antes de su partida.

Mrs. Blifil se había restablecido del desmayo mucho mejor de lo que cabía esperarse. Los doctores la tomaron cada uno de una mano, como habían hecho con el cadáver de su marido.

El caso de la viuda era por completo distinto al de su difunto marido, pues así como a éste le sobraba ya toda asistencia médica, ella, en realidad, no necesitaba ninguna.

No existe nada más injusto que la opinión vulgar que afirma que los médicos aparecen como amigos de la muerte. Todo lo contrario, creo que si el número de aquellos que recuperaban la salud gracias a los médicos pudiera compararse con el de los que sucumben con su ayuda, los primeros sobrepasarían en mucho a los segundos. Incluso algunos son tan comedidos sobre este particular que para eludir la posibilidad de matar a un paciente, se abstienen de utilizar el menor procedimiento curativo, limitándose a recetar aquello que no hace bien ni mal al enfermo. He oído a algunos de estos médicos decir con grave dignidad: «Debe permitirse a la naturaleza que

realice su propia obra, en tanto que el médico permanece a su lado por si tuviera que darle golpecitos en la espalda y animarla cuando actúa como es debido».

Tan poco satisfechos se sentían nuestros doctores con la muerte, que se desembarazaron del cadáver con sus simples honorarios. Por el contrario, se mostraron muy disgustados con la paciente viva, respecto a cuyo caso se pusieron inmediatamente de acuerdo, coincidiendo en recetarla con suma diligencia.

Si la viuda hizo creer a los médicos en su enfermedad, y éstos a su vez la convencieron para que se creyera enferma, es cosa que no aclararé. Pero lo cierto es que la dama continuó durante todo un mes con la apariencia de una enferma. Durante este período fue visitada por los médicos, atendida por enfermeras, a la vez que recibía sin cesar mensajes de sus amistades preguntando por el estado de su salud.

Al cabo, habiendo transcurrido el tiempo conveniente para una enfermedad, así como para un dolor profundo, los médicos fueron despedidos y la viuda empezó a verse acompañada. Tan sólo se diferenciaba de lo que había sido antes por el color de tristeza con que vestía su persona y su rostro.

El capitán fue enterrado, y posiblemente hubiera caído en el mayor olvido si la amistad que le profesaba Mr. Allworthy no hubiera querido conservar su recuerdo con el epitafio que reproducimos a continuación, el cual fue escrito por un hombre de tan gran talento como integridad que conocía a fondo al capitán:

AQUÍ YACE
EN ESPERA DE SU ASCENSIÓN AL CIELO
EL CUERPO DEL
CAPITÁN JOHN BLIFIL

LONDRES
TUVO LA HONRA DE SER SU CUNA,
OXFORD
LA DE SU EDUCACIÓN.
SUS PRENDAS PERSONALES
HICIERON HONOR A SU PROFESIÓN
Y A SU PATRIA.
SU VIDA, A SU RELIGIÓN
Y SU NATURALEZA HUMANA.

FUE UN HIJO SUMISO,
UN MARIDO AMANTE,
UN PADRE AFECTUOSO,
UN HERMANO BUENO,
UN AMIGO SINCERO,
UN CRISTIANO DEVOTO,
Y UN HOMBRE BUENO.

SU INCONSOLABLE VIUDA
HA ERIGIDO ESTA TUMBA
COMO MONUMENTO DE
SUS VIRTUDES
Y DE SU AFECTO HACIA ÉL.

LIBRO TERCERO

DONDE SE RELATAN LOS ACONTECIMIENTOS MÁS SOBRESALIENTES OCURRIDOS A LA FAMILIA DE MR. ALLWORTHY DESDE QUE TOM JONES CUMPLIÓ LOS CATORCE AÑOS HASTA QUE ALCANZÓ LOS DIECINUEVE. EN ESTE LIBRO EL LECTOR ENCONTRARÁ ALGUNAS INDICACIONES SOBRE LA EDUCACIÓN DE LOS NIÑOS.

CAPÍTULO PRIMERO

NO CONTIENE NADA O MUY POCO.

Suponemos que el lector recordará que al comienzo del segundo libro de esta historia le señalamos nuestro propósito de pasar por alto largos períodos de tiempo si durante los mismos no había sucedido nada digno de que se mencionara en una crónica de la naturaleza de la nuestra.

Al obrar de este modo, no sólo teníamos presente nuestra propia dignidad y seguridad, sino el bien y la comodidad de nuestro lector. Aparte de que con este remedio le evitamos que despilfarre su precioso tiempo, pues no tendrá que leer sin provecho ni ventaja cosas que no le interesan, le proporcionamos una soberbia oportunidad para que utilice la maravillosa sagacidad de que está provisto y rellene estos espacios de tiempo con sus propias suposiciones, para hacer lo cual ya le dimos autorización en las páginas precedentes.

Por ejemplo, ¿quién no creerá que Mr. Allworthy experimentó al principio por su amigo esa tristeza y pena que en semejantes ocasiones embargan el corazón de todo hombre que no lo tenga de pedernal o su cabeza no sea de una materia de solidez semejante? ¿Qué lector no sabe que la religión y la filosofía acaban con el tiempo por mitigar ese dolor? La primera de ellas, al subrayar la vanidad y estupidez del mismo, y la segunda, corrigiéndolo como ilegal, a la vez que mitigándolo, suscitando nuevas esperanzas y seguridades que capacitan a un espíritu fuerte de veras y religioso para despedirse de un amigo en trance de muerte casi con la misma indiferencia que si estuviera preparándose para un largo viaje y la casi segura esperanza de volverlo a ver de nuevo.

El lector juicioso tampoco debe sentirse preocupado por Bridget Blifil, que puede estar seguro de ello, durante todo el tiempo en que el duelo debe mantener su representación externa en el cuerpo, se comportó admirablemente, observando con exactitud perfecta todas las normas y costumbres, adaptando las expresiones de su rostro a las distintas alteraciones de su ropa, pues a medida que éstas fueron cambiando de velo a negro, de negro a gris, de gris a blanco, su rostro pasó de lúgubre a afligido, de afligido a triste, de triste a serio, hasta que al cabo llegó el día en que le fue posible volver a su antigua serenidad.

Nos hemos decidido a mencionar a estos dos, como ejemplo de la tarea que puede serle impuesta a los lectores de las clases más inferiores. Un juicio y penetración más elevados cabe esperarlos de los graduados superiores en crítica. Sin duda, éstos realizarán muchos descubrimientos por su cuenta en las transacciones que tuvieron lugar en la familia de nuestro digno caballero en el curso de los años que hemos

considerado conveniente pasar por alto. Aunque nada digno de recordar en la presente historia sucedió en ese período, se produjeron algunos incidentes de idéntica importancia a los relatados por los historiadores de la época, diaria y semanalmente, y en cuya lectura muchas personas derrochan buena parte de su tiempo, aunque muy poca, presumo, en provecho propio. En las conjeturas aquí propuestas, pueden ser empleadas con gran ventaja algunas de las más excelentes facultades del espíritu, puesto que representa una cualidad mucho más útil predecir las acciones de los hombres, en cualquier circunstancia que sea, por sus caracteres, que el juzgar sus caracteres por sus acciones. Lo primero, así lo reconozco, exige una gran penetración mental. Sin embargo, puede ser realizado con verdadera sagacidad y con no menos seguridad que lo segundo.

Como estamos convencidos de que buena parte de nuestros lectores, por no decir la mayoría, posee en grado sumo tan relevante cualidad, les hemos dejado un período de doce años para ejercitarla, y ahora sacaremos a relucir a nuestro héroe, cuando tiene catorce años, pues estamos convencidos de que muchos lectores sienten gran impaciencia por ser presentados a él.

CAPÍTULO II

DONDE EL HÉROE DE ESTA HISTORIA APARECE BAJO MUY MALOS PRESAGIOS. UNA HISTORIETA DE GÉNERO TAN ÍNFIMO QUE QUIZÁ ALGUNO LA CONSIDERE INDIGNA DE SU PUBLICACIÓN. UNA O DOS PALABRAS RELATIVAS A UN CABALLERO Y BASTANTES MÁS SOBRE UN GUARDABOSQUE Y UN MAESTRO.

Como la primera vez que nos sentamos para dar comienzo a esta historia decidimos no halagar por nada del mundo a ningún hombre, sino tan sólo conducir nuestra pluma por los senderos de la verdad, nos vemos obligados a presentar a nuestro héroe en una situación mucho más desventajosa de lo que desearíamos, y a exponer con toda sinceridad, ya desde su primera aparición, lo que constituía la opinión general de toda la familia Allworthy, es decir, que había nacido para ser ahorcado.

Lamento tener que decir que existían muchas razones para tal suposición. El muchacho demostró desde sus primeros años una marcada prudencia hacia la práctica de todos los vicios, en especial, uno que tiene relación tan directa como cualquier otro con el final trágico que le habían profetizado: era el autor de tres robos, todos comprobados: el robo de fruta en un huerto, el de un pato del corral de un granjero y el del portamonedas del joven Blifil en un baile.

Los vicios de este joven se veían, además, aumentados cuando se comparaba su conducta con las virtudes que adornaban a su compañero, el joven Blifil, muchacho de una casta tan distinta de la de Jones, que no sólo su familia, sino todo el vecindario, se hacía lenguas alabando su buena condición. En efecto, se trataba de un muchacho de una disposición notable, sobrio, discreto y piadoso con exceso para su edad, cualidades todas que le granjeaban la estimación de cuantos le conocían, mientras que Tom Jones era universalmente desgraciado. Muchos no dejaban de sentirse asombrados al ver que Mr. Allworthy permitía que semejante muchacho se educara al lado de su sobrino, sin el temor a que las buenas cualidades de éste se vieran contaminadas por el mal ejemplo del otro.

Un incidente que sucedió en esta época presentará los caracteres de ambos jóvenes con mucha mayor exactitud al lector con cierto discernimiento que una larga disertación.

Tom Jones, que, malo y todo como era, será el héroe de nuestra historia, sólo tenía un amigo entre todos los criados de la casa, ya que en lo que respecta a Mrs. Wilkins, hacía tiempo que ésta le había abandonado, reconciliándose por completo con su ama. El tal amigo era el guardabosque, un sujeto de carácter débil, del cual se afirmaba que no poseía nociones más claras sobre la diferencia que existía entre lo

mío y lo tuyo que el joven caballero héroe de la presente historia. De aquí que esta amistad diera lugar a muchas observaciones sarcásticas entre los criados, la mayor parte de las cuales eran ya proverbios conocidos o que han llegado a serlo en la actualidad. El ingenio de todos ellos está comprendido en este breve proverbio latino: *Noscitur a socio*, cuya traducción equivale al refrán: «Dime con quién andas y te diré quién eres».

Tal vez debamos admitir que algunas de las maldades de Jones, de las que acabamos de dar tres ejemplos, eran fruto del aliento que recibía de semejante individuo, que había sido su cómplice en dos o tres ocasiones, ya que tanto el pato como la mayor parte de las manzanas habían ido a parar al guardabosque y a su familia. Pero como tan sólo se descubrió a Jones, sobre el pobre muchacho recayó todo el peso del castigo, así como todos los reproches y censuras. Y ambos volvieron a llover sobre él en la siguiente oportunidad.

Lindante con la finca de Mr. Allworthy se hallaba la propiedad de uno de esos caballeros que podrían ser denominados conservadores de la caza. Este tipo de hombres, por la gran severidad con que castigan la muerte de una liebre o de una perdiz, podría creerse que cultivan la misma superstición que los *bannians* de la India, muchos de los cuales, según nos han referido, dedican su vida entera a la conservación y protección de ciertos animales. La única diferencia con nuestros *bannians* ingleses estriba en que los nuestros, mientras se esfuerzan en protegerlos de otros enemigos, los matan por sí mismos a bandadas o manadas, circunstancia que les libra de esta superstición pagana.

Yo tengo de este tipo de hombres mucha mejor opinión que algunos, pues creo que responden perfectamente al fin de la naturaleza y a los buenos propósitos para los que fueron creados de una manera mucho más amplia que otros. Del mismo modo que Horacio nos asegura que hay seres humanos

Fruges consumare nati

«nacidos para consumir los animales de la tierra», no tengo la menor duda de que hay otros

Feras consumere nati,

o como vulgarmente se llama, la caza, y no creo que nadie ponga en duda que tales caballeros cumplen este fin de la creación.

El pequeño Tom Jones fue cierto día de caza en compañía del guardabosque. De súbito, una bandada de perdices levantó el vuelo cerca del límite de una finca en que la fortuna, cumpliendo los sabios propósitos de la naturaleza, había colocado a uno de

los consumidores de caza. Las aves volaron sobre esta propiedad y fueron tiroteadas por los dos deportistas, situados detrás de unos arbustos, unos doscientos o trescientos pasos más allá de los dominios de Mr. Allworthy, y una de las perdices murió de un tiro que le disparó el guardabosque.

Mr. Allworthy había dado órdenes a este hombre, bajo pena de perder su empleo, de que jamás se adentrara en las propiedades vecinas, tanto en las pertenecientes a dueños menos severos en cuestiones de caza como en el caso del caballero que nos ocupa. En relación con los demás, estas órdenes no habían sido cumplidas al pie de la letra. Pero como era sobradamente conocido el carácter del caballero en cuyas tierras se refugiaron las perdices, el guardabosque jamás había intentado penetrar en sus terrenos, ni tampoco lo hubiera hecho en la presente circunstancia, si su joven acompañante, que sentía un acuciante deseo de perseguir la caza volandera, no se hubiese esforzado en convencerle, lo que Jones consiguió tras de mucho insistir.

Pero el dueño de la finca se encontraba montado a caballo a corta distancia de ellos, y al oír el ruido de los disparos, se dirigió en el acto al lugar de donde provenían, descubriendo entonces a Tom, pues el guardabosque había saltado por la parte más tupida de matorrales, donde permaneció oculto.

El caballero, al descubrir a Tom y ver que tenía junto a él una perdiz muerta, juró que se lo diría a Mr. Allworthy. Y el caballero se dispuso a cumplir su palabra, dirigiéndose inmediatamente a visitar a Mr. Allworthy, al que se quejó de la invasión de su propiedad en términos tan vivos y con palabras tan rebosantes de indignación, como si hubiera sido asaltado su hogar y robados los mejores de sus muebles. Añadió que alguna persona debía de encontrarse en compañía del ahijado de Mr. Allworthy, aunque no había logrado descubrirla, pues habían sido disparados dos tiros al mismo tiempo, y añadió:

—He encontrado sólo una perdiz. Pero sólo Dios sabe el daño que han hecho.

Cuando Tom regresó a su casa, fue llamado a capítulo por su protector. El muchacho confesó de pleno, alegando como excusa que las perdices habían remontado el vuelo en la finca de Mr. Allworthy.

Éste preguntó entonces al joven quién estaba con él, cosa que deseaba saber por encima de todo, pues sabía lo de los tiros, hecho comprobado por la declaración del caballero ofendido y de dos de sus criados. Pero Tom insistió en que estaba solo, aunque para ser verídicos diremos que titubeó un tanto al decirlo, lo que sin duda hubiera corroborado la creencia de Mr. Allworthy, de haber necesitado mayor comprobación lo dicho por el caballero y sus criados. Como el guardabosque era persona tenida por sospechosa, fue llamado a declarar. Pero el hombre, confiando en la promesa que Tom le había hecho de hacerse responsable de todo, negó rotundamente que hubiera acompañado al joven caballero ni que le hubiese visto en toda aquella tarde.

Mr. Allworthy se volvió entonces hacia Tom con el rostro alterado por el enojo y aconsejó al muchacho que dijera quién se encontraba con él, repitiéndole que estaba decidido a averiguarlo, costase lo que costase. El muchacho, sin embargo, se mantuvo en sus trece, siendo despedido con gran indignación por su protector, no sin antes anunciarle que le concedía un plazo hasta la mañana siguiente para que lo pensara, y que si al término del tiempo no decía quién le había acompañado en la ratería, sería interrogado por otra persona y de otra forma.

El pobre Jones pasó una noche muy triste, tanto más cuanto que se encontraba sin su compañero habitual, ya que el joven Blifil se había ido a visitar a su madre. Su mayor temor no era el castigo que le habían anunciado, sino que fallara en su tenacidad y traicionase al guardabosque, lo que supondría la ruina completa del hombre...

Ni que decir tiene que el guardabosque no pasó mucho mejor aquellas horas de espera. Sentía las mismas aprensiones respecto a Tom, por cuyo honor sentía mucho más interés que por el pellejo propio.

A la mañana siguiente, cuando Jones fue llamado para que compareciera ante el reverendo Thwackum, la persona a quien Mr. Allworthy había encargado la educación de los dos muchachos, este caballero hizo á Tom las mismas preguntas que le habían formulado la víspera, y a las cuales él dio las mismas respuestas. Consecuencia de ello fue una tal paliza, que es muy posible que, en comparación con ella, las torturas que en otros países se aplican a los criminales para hacerles confesar sus delitos, quedaban reducidas a nada.

Tom soportó el bárbaro castigo con la suficiente entereza, y aunque su profesor le preguntó, entre tanda y tanda de azotes, si estaba dispuesto a confesar lo que se le pedía, el muchacho prefirió mantener los labios sellados antes que traicionar a su amigo o quebrantar la promesa que le había hecho.

A la vista de esto, el guardabosque se sintió tranquilizado, en tanto que Mr. Allworthy comenzó a sentirse preocupado ante los sufrimientos que estaban infligiendo a Tom, pues aparte de que Mr. Thwackum encolerizado porque no conseguía arrancar al muchacho la declaración que deseaba, había llevado su severidad mucho más lejos de lo previsto. Mr. Allworthy comenzó a sospechar que el dueño de la finca estaba equivocado, cosa nada improbable, habida cuenta de su carácter violento, colérico. También empezó a perder crédito lo dicho por los criados en confirmación de la denuncia de su amo. Y como sea que la crueldad y la injusticia eran dos cosas que Mr. Allworthy no podía soportar ni un solo instante, envió en busca de Tom, y tras de muchas y amistosas exhortaciones, le dijo:

—Ahora estoy convencido, querido muchacho, de que mis sospechas era injustas, y lamento de todo corazón que por este motivo hayas sido castigado tan severamente.

Y, para compensarle, le dio una jaca, repitiendo de nuevo su pesar por lo

sucedido.

La culpabilidad de Tom se reflejó entonces en su rostro mucho más intensamente que cuando querían que confesara mediante los procedimientos del profesor. Le fue posible soportar mejor los zurriagazos de Mr. Thwackum que la extrema generosidad de Mr. Allworthy. Entonces los ojos se le llenaron de lágrimas y cayendo de rodillas ante su protector, exclamó:

—¡Oh, señor! Es usted demasiado bueno conmigo. ¡Sí, lo sé, y yo no lo merezco!

Y en aquel instante, con su corazón rebotando agradecimiento, estuvo a punto de confesar su secreto. Mas el ángel bueno del guardabosque le recordó cuáles serían las consecuencias para el pobre hombre si él hablara, y esto le hizo mantener la boca cerrada.

Thwackum hizo todo lo posible para convencer a Allworthy de que no debía mostrar ninguna compasión ni amabilidad con el muchacho, diciendo:

—Ha insistido en su mentira.

Y añadió algunas insinuaciones sobre una segunda paliza que, probablemente, aclararía el asunto definitivamente.

Pero Mr. Allworthy se negó a permitir la repetición del experimento. Afirmó que el muchacho había sufrido ya lo suficiente con la ocultación de la verdad, en el supuesto de que fuera culpable, comprendiendo que para obrar de este modo no tenía otro motivo que un concepto erróneo del honor.

—¡Honor! —exclamó Thwackum con cierto calor—. ¡Simple terquedad y obstinación! ¿Puede el honor enseñarnos a decir un embuste o puede existir el honor fuera de la religión?

Este discurso tuvo lugar durante la sobremesa, una vez terminada la comida, en la que estaban presentes Mr. Allworthy, Mr. Thwackum y un tercer caballero, que ahora intervino en el debate, y del cual, antes de proseguir con nuestro relato, haremos una breve presentación.

CAPÍTULO III

DONDE SE EXPLICA EL CARÁCTER DE MR. SQUARE, EL FILÓSOFO, Y EL DE MR. THWACKUM, EL TEÓLOGO, CON UNA DISCUSIÓN RELATIVA A...

El apellido del caballero citado, que llevaba residiendo hacía tiempo en casa de Mr. Allworthy, era Square. Sus dotes personales no eran muy sobresalientes, aunque las había mejorado bastante con ayuda de una esmerada educación. El hombre había leído muchos libros antiguos y conocía a fondo las obras de Platón y de Aristóteles, y se había formado a sí mismo copiando estos excelsos modelos, por lo que unas veces estaba de acuerdo con las opiniones del uno y otras con las del otro. En el terreno moral era un platónico decidido, en tanto que en el de la religión, se decantaba del lado aristotélico.

Pero aunque, como hemos escrito, había modelado su espíritu en la filosofía platónica, se mostraba, no obstante, conforme con la opinión de Aristóteles, considerando a este gran hombre como un filósofo especulador más bien que como un legislador. Esta idea le llevaba muy lejos, al extremo de considerar toda virtud como un asunto puramente teórico. Ciertamente que jamás confesó esto a nadie, aunque por poca atención que se prestara a su conducta no tardaba en sospecharse que ésta era su verdadera opinión, ya que de este modo se explicaban algunas contradicciones que, de lo contrario, resultaban evidentes en su carácter.

Muy raras veces se encontraban este caballero y Mr. Thwackum sin que comenzaran a disputar, ya que sus dogmas respectivos eran por completo opuestos. Square afirmaba que la naturaleza humana era la perfección de toda virtud, y que el vicio representaba el resultado de una desviación de nuestra naturaleza, del mismo modo que la deformidad lo es del cuerpo. Thwackum, por el contrario, sostenía que la mente humana, desde su caída, no era más que una sentina de iniquidades y maldades, aunque redimida por la gracia. Ambos, sin embargo, coincidían en un punto. Ninguno de los dos mencionaba la palabra bondad en todos sus discursos sobre la moralidad. La frase preferida del primero era la belleza natural de la virtud; la del segundo, el poder divino de la gracia. El primero medía todas las acciones humanas con la regla inalterable del derecho y la eterna conveniencia de las cosas. El segundo resolvía todas las cuestiones mediante la autoridad. Pero al actuar así utilizaba los textos y a sus comentaristas, lo mismo que hacen los abogados con su Coke y Lyttleton, en el que el comentario posee idéntico valor que el texto.

Luego de esta breve introducción, rogamos que el lector recuerde que, el sacerdote concluyó su discurso con una pregunta formulada en tono de reto, y a la

que no había recibido respuesta: «¿Puede existir el honor fuera de la religión?».

A esto replicó Square que era de todo punto imposible discursar filosóficamente sobre las palabras sin que antes se hubiera establecido su significado; que apenas había otras dos palabras de significado tan vago e impreciso como las mencionadas, desde el momento que existía tal diversidad de opiniones respecto al honor como a la religión.

—Mas —prosiguió— si con la palabra honor usted pretende significar la verdadera belleza natural de la virtud, entonces sostengo que puede existir con independencia de cualquier religión —y dicho esto, añadió—: Usted mismo me concederá que puede existir con absoluta independencia de todas. Es decir, que se podrá encontrar en un mahometano, en un judío y en todos los partidarios de las distintas sectas del mundo.

Thwackum replicó que esto era argüir con la malicia usual en todos los enemigos de la verdadera Iglesia. Afirmó también que no dudaba de que todos los infieles y heréticos del mundo concederían, si les fuera posible, su honor a sus absurdos errores e imposturas condenables.

—Pero el honor —prosiguió— no es por esto múltiple, aunque circulen tantas opiniones absurdas sobre él, ni tampoco la religión es múltiple, porque existan varias sectas y herejías en el mundo. Y cuando hablo de religión, me refiero a la religión cristiana, y no sólo a la religión cristiana, sino a la religión protestante, y no sólo a la religión protestante, sino a la Iglesia de Inglaterra. Y cuando menciono el honor, me refiero a esa modalidad de la gracia divina que no sólo es compatible, sino que depende de esa religión, y no es compatible ni depende de ninguna otra religión. Ahora bien, afirmar que el honor a que yo me refiero, y que es el único honor al que yo puedo referirme, defenderá, y mucho menos dictará una falsedad, es sostener un absurdo demasiado enorme para que ninguna inteligencia pueda admitirlo.

—Con toda intención —replicó Square— evité extraer una conclusión que consideraba evidente, luego de lo que he dicho. Pero si usted se ha dado cuenta de ella, estoy convencido de que no ha hecho usted nada para contestarla. Creo que salta a la vista, por lo que usted ha dicho, que ambos tenemos un diferente concepto del honor. De lo contrario, ¿por qué no coincidimos en los mismos términos de su explicación? He afirmado que el verdadero honor y la verdadera virtud son en casi todos los casos términos sinónimos, y ambos están fundados en las normas inalterables del derecho y de la eterna conveniencia de las cosas, por cuya razón, siendo toda falsedad absolutamente contraria y repugnar a esto, no hay duda de que el honor no verdadero puede soportar una falsedad. En esto creo que los dos estamos de acuerdo. Pero que se pretenda que el honor se fundamenta en la religión, de la que es un antecedente, si por religión queremos significar cualquier ley positiva...

—¡Estoy de acuerdo con un hombre que afirma que el honor es un antecedente de

la religión! —exclamó Thwackum con gran ardor—. Mr. Allworthy, ¿me he mostrado yo de acuerdo...?

Se disponía a continuar cuando Mr. Allworthy, con gran calma, dijo que ambos habían equivocado el significado. Él no se había referido al verdadero honor. Es muy posible que no hubiera logrado apaciguar con facilidad a los contendientes, ambos en extremo excitados, de no haber sucedido de súbito algo que puso fin a la discusión.

CAPÍTULO IV

UNA APOLOGÍA NECESARIA PARA EL AUTOR, MÁS UN INCIDENTE INFANTIL QUE QUIZÁ REQUIERA TAMBIÉN SU APOLOGÍA.

Antes de seguir adelante, pido autorización para evitar algunas erróneas interpretaciones a las que el celo de nuestros escasos lectores puede llevarles, ya que no deseo ofender a nadie voluntariamente, muy en especial a hombres que sientan gran entusiasmo por la virtud o la religión.

Confío, pues, que nadie, instigado por una torcida interpretación o adulteración del sentido de mis palabras, imagine que trato de ridiculizar las mayores perfecciones de la naturaleza humana, las que por sí solas purifican y ennoblecen el corazón del hombre y lo elevan sobre la creación animal. Sobre esta cuestión osaré decir —y cuanto mejor hombre seas tanto más inclinado te sentirás a creerme— que hubiera preferido enterrar en el olvido eterno los sentimientos de estas dos personas que herir de algún modo a cualquiera de estas gloriosas causas.

Todo lo contrario; ha sido con vistas a su utilización si he tomado sobre mí la tarea de relatar la vida y las acciones de dos de sus falsos y pretendidos campeones. Un amigo traidor es el enemigo más peligroso, y me atreveré a afirmar que tanto la religión como la virtud han recibido mucho mayor daño de los hipócritas que de los infieles más inteligentes. Por otra parte, lo mismo que la virtud y la religión, en su pureza, son llamadas con razón salvaguardia de la sociedad civilizada, y constituyen en realidad las mayores de las bendiciones, cuando son envenenadas por el fraude y la afectación se convierten en las peores de las maldiciones sociales, y han dado lugar a que los hombres cometieran las mayores maldades contra sus semejantes.

No dudo, pues, que está permitida esta ridiculización. Mi escrúpulo más importante proviene, puesto que muchos sentimientos verdaderos y justos proceden a menudo de esas personas, de que se tome todo en su conjunto, y de que se crea que lo ridiculizo todo. El lector me hará la merced de creer que, como ninguno de estos dos hombres era estúpido, no sostenían principios erróneos y ni habían dicho tan sólo cosas absurdas. ¡Qué enorme injusticia hubiera cometido con ellos si hubiera seleccionado únicamente lo malo de ellos! ¡Y qué deleznable y mutilado hubiesen aparecido sus argumentos!

En resumen, no ha sido la religión o la virtud, sino la completa carencia de ellas lo que se ha expuesto aquí. Si Thwackum no hubiese desdeñado tanto la virtud y Square la religión en la composición de sus respectivos sistemas, y si ambos no se hubiesen alejado tan por completo de la bondad natural del corazón humano, jamás hubiesen aparecido como sujetos dignos de risa en el transcurso de esta historia, que

inmediatamente proseguiremos.

El motivo que puso fin al debate descrito en el anterior capítulo no fue otro que una pelea entre el joven Blifil y Tom Jones, y cuya primera consecuencia fue que la nariz del primero sangrara abundantemente, pues aunque Blifil, pese a ser más joven, sobrepasaba a su compañero en estatura, Tom le aventajaba en el noble arte del boxeo.

Tom, sin embargo, procuraba evitar toda cuestión con aquel joven, pues aparte de que el primero era un muchacho inofensivo, pese a sus picardías, y quería de veras a Blifil, la presencia de Mr. Thwackum, siempre *adlátere* del último, bastaba para hacerle desistir de toda mala intención.

Pero como bien dice cierto autor: «Nadie es sabio en todo momento». En consecuencia, no debe sorprendernos que no lo fuera un niño de resultas de una diferencia surgida entre los dos muchachos como consecuencia del juego. El joven Blifil había llamado a Tom «bastardo miserable», a lo que el aludido, que era de carácter apasionado, replicó produciendo en las narices del primero el fenómeno que acabamos de mencionar.

El joven Blifil, con la sangre manando de su nariz y las lágrimas en los ojos, se presentó ante su tío y el terrible Mr. Thwackum, ante cuyo tribunal el muchacho hizo una acusación de asalto, ataque y herida contra Tom, quien sólo alegó como excusa la provocación, que precisamente fue la única cuestión que Blifil omitió en su exposición.

Tal vez escaparía a su memoria esta circunstancia, pues en su respuesta insistió tercamente que no había dicho nada a Tom, añadiendo:

—¡El cielo prohíbe que tan malvadas palabras broten de mis labios!

Tom, contraviniendo toda forma legal, insistió en que se le habían dirigido aquellas palabras, a lo cual Blifil replicó:

—No es de sorprender. Los que están habituados a mentir no se asustan de nada. Si yo le hubiera dicho a mi preceptor una mentira tan grande como tú le dijiste en cierta ocasión, me avergonzaría de mostrarme en público.

—¿Qué mentira, muchacho? —inquirió Thwackum, con súbita viveza.

—Dijo que no había nadie con él cuando mató a la perdiz. Pero él sabe bien —y aquí el muchacho dejó escapar un torrente de lágrimas—, sí, él lo sabe, pues me lo contó más tarde, que George *el Moreno*, el guardabosque, estaba allí —y prosiguió—: Sí, me lo dijiste. Anda, niégalo si te atreves. Pero no confesarías la verdad aunque te arrancaran la piel a tiras.

Cuando el muchacho dijo esto, los ojos de Thwackum empezaron a echar chispas y exclamó con aire de triunfo:

—¡Oh! ¡Oh! ¡He aquí una noción equivocada del honor! ¡Éste es el niño que no debía ser azotado!

Pero Mr. Allworthy, con apariencia mucho más suave que la del sacerdote, se volvió hacia Tom y le preguntó:

—¿Es cierto eso, muchacho? ¿Por qué te obstinaste tanto en mantener una falsedad?

Tom repuso que odiaba la mentira como el que más, pero que pensó que su honor le obligaba a obrar como lo hizo, ya que había prometido al pobre hombre ocultar lo sucedido.

—Y creí —añadió— que estaba aún más obligado a hacerlo, pues el guardabosque me suplicó que no penetrase en la propiedad de ese caballero, aunque al cabo accedió a entrar él también, a fuerza de insistirle.

Y continuó:

—Ésta es la verdad, y estoy dispuesto a jurarlo, si es necesario.

Luego dirigió un apasionado ruego a Mr. Allworthy para que tuviera compasión de la familia del pobre muchacho, puesto que sólo él era el responsable de todo y el guardabosque había obrado contra su voluntad.

—Señor —añadió Tom—, apenas podía considerarse mentira lo que conté, pues el infeliz guardabosque es inocente de todo. De todos modos hubiera ido tras de las perdices, y así lo hice, y él me siguió para evitar mayores males. Le suplico, señor, que me castigue a mí como merezco. Quíteme de nuevo la jaca, si quiere. Pero le imploro que perdone al pobre George.

Mr. Allworthy titubeó unos instantes. Luego despidió a los muchachos, aconsejándoles que vivieran en la mayor armonía, tranquila y amistosamente.

CAPÍTULO V

OPINIONES DEL CURA Y DEL FILÓSOFO SOBRE LOS DOS NIÑOS, CON ALGUNAS RAZONES QUE JUSTIFICAN SUS OPINIONES, Y OTRAS DIVERSAS MATERIAS.

Es muy posible que con la revelación de aquel secreto, que le había sido confiado por Tom, el joven Blifil librara a su compañero de una soberana paliza, puesto que la ofensa inferida a la nariz del muchacho era causa suficiente para que Thwackum le aplicase un severo correctivo. Pero todo fue olvidado ante la consideración del otro asunto, y con respecto a esto, Mr. Allworthy declaró que el niño merecía una recompensa más bien que un castigo, con lo que detuvo la mano justiciera de Thwackum.

Éste, cuyas meditaciones rebosaban de disciplinas, tuvo algo que decir contra semejante debilidad, que osó llamar lenidad perversa. Omitir el castigo de tales crímenes era, según él, alentarlos. Habló largo y tendido sobre la corrección de los niños, y citó numerosos textos de Salomón y otros autores, pero que como pueden ser leídos de tantos libros, no serán citados aquí. Habló luego del vicio de la mentira, en cuyo tema era tan sabio como en el otro.

Por su parte, Square afirmó que había estado tratando de reconciliar la conducta de Tom con su idea de la virtud perfecta, sin lograrlo empero. Concedió que, a primera vista, había algo que parecía como fortaleza en la acción. Pero dado que la fortaleza era una virtud y la falsedad un vicio, en modo alguno podía reconciliárselos. Añadió, además, que como esto era en cierto modo confundir la virtud con el vicio, podía merecer la consideración de Mr. Thwackum, si no podía dictarse un castigo mayor en el presente caso.

Del mismo modo que estos dos eruditos se mostraron de acuerdo en censurar a Tom Jones, no lo estuvieron menos en elogiar al joven Blifil. Según el religioso, poner de manifiesto la verdad era el deber de todo hombre religioso, y el filósofo declaró que esto estaba de acuerdo con la regla del derecho y la eterna e inalterable conveniencia de las cosas.

Mas todos estos razonamientos ejercían muy escasa influencia sobre Mr. Allworthy. En modo alguno podía firmar el acta de acusación contra Tom. En su corazón había algo que casaba mucho mejor con la insobornable fidelidad guardada por aquel joven que con la religión de Thwackum o la virtud de Square. Por esta razón, dijo al primero de los dos caballeros que se abstuviera en absoluto de castigar a Tom por lo que había sucedido. El pedagogo se vio obligado a acatar la orden, pero no sin que manifestara su contrariedad y murmurase que el niño no ganaría nada con

ello.

En cuanto al guardabosque, Mr. Allworthy procedió con gran severidad. Citó al infeliz para que compareciese ante él y, tras de serias y largas reconvenciones, le pagó los jornales que le debía y le despidió, pues Mr. Allworthy observó, y con razón, que existía una gran diferencia entre ser culpable de una falsedad como excusa y excusar a los otros. Y como razón principal de su severidad, adujo la de que aquel hombre había permitido que Tom Jones sufriera un fuerte castigo por su culpa, siendo así que debía de haberse esforzado en evitarlo confesando personalmente la verdad de lo ocurrido.

Cuando esta historia se hizo pública, mucha gente disintió de Thwackum y Square al juzgar la conducta de los muchachos en la presente ocasión. El joven Blifil fue calificado por la mayor parte de vil y bellaco, de desgraciado y algunas cosas más por el estilo, en tanto que Tom fue honrado con los epítetos de bravo muchacho y chico honrado. Su comportamiento con George el guardabosque sirvió para reconciliar a éste con todos los criados, pues aunque antes era despreciado, bastó que le pusieran de patitas en la calle para que todos se apiadasen de él. La prueba de amistad y de gallardía de que había dado ejemplo Tom Jones fue celebrada por los criados de la casa con grandes aplausos, mientras denostaban e injuriaban a Blifil tan abiertamente como les fue posible, sin incurrir, por supuesto, en el peligro de ofender a la madre. Con todo, al pobre Tom le temblaban las carnes, pues aunque Thwackum había recibido orden expresa de no dar gusto a su mano en la presente ocasión, no le costaría mucho dar con una nueva, y sólo el que hasta el momento no hubiera dado con ella, impedía a Thwackum castigar al infeliz Tom.

Si el único incentivo para practicar este deporte hubiera sido para el pedagogo el simple placer de pegar, es muy probable que hasta el joven Blifil hubiera recibido su ración correspondiente. Mas aunque Mr. Allworthy había hecho al preceptor frecuentes advertencias para que no estableciera diferencias entre los muchachos, Thwackum se mostraba tan amable y condescendiente con este joven como rudo y cruel con el otro. Blifil había sabido ganarse a fondo el afecto del maestro, en parte con el profundo respeto que siempre le demostraba, pero, sobre todo, por la plena aceptación con que recibía sus doctrinas, pues se había aprendido de memoria, y repetía con frecuencia, sus frases; cumplía los principios religiosos de su maestro con un celo que no dejaba de sorprender en persona tan joven, todo lo cual hacía que el digno preceptor sintiera un gran cariño hacia él.

Por el contrario, Tom Jones no sólo se mostraba un tanto indiferente ante las demostraciones externas de respeto, olvidando a menudo quitarse el sombrero o saludar a la llegada del maestro, sino que también echaba en olvido sus preceptos y su ejemplo. Era un joven por demás atolondrado e inconstante, muy poco sobrio en sus maneras y en su rostro, y con harta frecuencia se reía con todo descaro de su

compañero por la seriedad con que lo hacía todo.

Mr. Square tenía las mismas razones para preferir a Blifil, ya que Tom no mostraba mayor atención hacia los discursos eruditos que a veces pronunciaba este caballero, que a los de Thwackum. Una vez incluso se atrevió a hacer un chiste a costa de la regla del Derecho, y en otra ocasión afirmó que no existía regla en el amplio mundo capaz de hacer un hombre como su padre, pues Mr. Allworthy permitía que el muchacho le llamara por este nombre.

El joven Blifil, por su parte, poseía virtudes suficientes a los dieciséis años para saberse recomendar por sí mismo a cada uno por separado y a los dos adversarios a la vez. Ante uno era todo religión, ante el otro, todo virtud. Y siempre que los dos se hallaban presentes, se mantenía en profundo silencio, que cada uno interpretaba a su favor.

Pero Blifil no se contentaba con halagar a estos dos caballeros en sus mismas narices, sino que siempre andaba buscando la ocasión de alabarlos ante Mr. Allworthy. Cuando estaba en presencia de su tío, si éste le elogiaba algún sentimiento religioso o virtuoso, pues con frecuencia hablaba de ellos, rara vez dejaba de atribuirlos a las excelentes enseñanzas que recibía de Thwackum y de Square, ya que el muchacho sabía que su tío repetiría estos elogios a las personas a quienes se referían. Por propia experiencia conocía la gran impresión que producían, tanto en el filósofo como en el teólogo, pues no existe un halago tan irresistible como el procedente de segunda mano.

El joven caballero no tardó tampoco en descubrir lo mucho que gustaban a Mr. Allworthy todos los panegíricos de sus profesores, pues ponían en evidencia las enormes ventajas de aquel singular plan de educación establecido por él. Habiendo observado aquel dignísimo varón las imperfecciones de nuestras escuelas públicas y los muchos vicios que allí podían adquirir los muchachos, había decidido educar a su sobrino, así como a Tom Jones, al que en cierto modo había adoptado, en su propio hogar, donde pensó que sus almas se verían libres de los peligros de la corrupción, al que sin duda estarían expuestos en cualquier escuela pública o universidad.

Decidido, pues, a confiar los niños a un tutor particular, le fue recomendado para este objeto Mr. Thwackum, de cuya valía Mr. Allworthy tenía las mejores referencias y en cuya integridad confiaba plenamente. El tal Thwackum pertenecía a un colegio, en el cual casi siempre residía, y gozaba de gran reputación en la enseñanza general, en la religiosa y en la corrección de maneras. Éstas debieron de ser sin duda las cualidades que indujeron al amigo de Mr. Allworthy a recomendarle el tal profesor, si bien, todo hay que decirlo, este amigo tenía algunas obligaciones con la familia de Thwackum, que eran las personas más importantes en el distrito que él representaba en el Parlamento.

Desde el instante de su aparición, Mr. Thwackum fue simpático a Mr. Allworthy,

que vio que el profesor correspondía con exactitud al retrato que le habían hecho de él. Pero luego de tratarle más a fondo y de sostener con él conversaciones más íntimas, el dueño de la casa descubrió en el profesor ciertas flaquezas que hubiera sido mejor que no se pusieran de manifiesto. Pero como éstas eran equilibradas con exceso por sus excelentes cualidades, Mr. Allworthy no se sintió con ánimo para despedirle, ni hubieran justificado tal proceder, pues se engaña el lector si cree que lo hace ante él en la presente historia. También estará muy engañado si cree que un más íntimo conocimiento del teólogo le hubiera informado de aquellas cosas que nosotros, gracias a nuestra inspiración, somos capaces de penetrar y descubrir. A aquellos lectores que, por lo que antecede, se crean con derecho a condenar la sabiduría o penetración de Mr. Allworthy, no tendré el menor inconveniente en decirles que hacen un empleo pésimo y, además, desagradable, de los conocimientos que les hemos comunicado.

Estos aparentes errores en la doctrina de Thwackum sirvieron para mitigar los errores opuestos de Square, que Mr. Allworthy también veía y condenaba. Se dijo que las exuberancias de aquellos dos caballeros corregirían sus diversas imperfecciones, y que de ambos, y si contaban con su ayuda, los dos muchachos aprenderían los suficientes preceptos de auténtica religión y virtud. Pero si el experimento resultaba contrario a sus esperanzas, esto quizá debería atribuirse a alguna falta del plan, que el lector tiene permiso para descubrir, si le es posible, ya que en modo alguno es nuestra pretensión presentar ningún carácter infalible en esta historia, en lo que confiamos que no sea descubierto nada que no haya sido ya observado en la naturaleza humana.

Resumiendo, el lector no se asombrará si la distinta conducta de los dos muchachos producía efectos diferentes, y de los cuales ya ha podido observar algún ejemplo. Además de esto, había otra razón que inspiraba la conducta del filósofo y del pedagogo. Mas siendo esta cuestión de suma importancia, creemos conveniente revelarla en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VI

DONDE SE EXPONE UNA MÁS CONVINCENTE RAZÓN DE LAS OPINIONES ANTES MENCIONADAS.

Ahora debemos saber que los dos eruditos personajes que tan importante papel han desempeñado hace poco en esta historia, sintieron, desde el punto y hora que pisaron el umbral de la casa de Mr. Allworthy, tan grande afecto, el uno a su virtud, el otro a su religión, que decidieron establecer con él una más estrecha relación.

Con este objeto pusieron sus ojos en la rubia viuda, de la que creemos, aunque hace tiempo que no nos ocupamos de ella, que no se habrá olvidado el lector. En suma, ambos aspiraban a la viuda del capitán Blifil.

Quizá sorprenda que de cuatro personas que hemos mencionado, alojadas todas en casa de Mr. Allworthy, tres de ellas hubieran fijado su mirada en una mujer que nunca había llamado la atención de nadie por su belleza, y que, por ende, ahora era ya una mujer entrada en años. Pero es que los amigos íntimos sienten una especial propensión hacia las mujeres de la casa de un amigo, ya sea abuela, madre, hermana, hija, sobrina o prima, siempre que sean ricas; y por la esposa, hermana, sobrina, prima, aya o doncella cuando son guapas.

En modo alguno permitiremos que los lectores imaginen que personas de la moral de Thwackum y Square iniciaran un asunto de esta clase, que en diversas ocasiones ha sido censurado por algunos moralistas rígidos, no sin antes haberlo examinado a fondo y considerado si era un caso de conciencia o no. Thwackum se sintió alentado para emprender la empresa luego de reflexionar que desear la hermana de un vecino no está prohibido en ninguna parte, y sabía bien que era una regla en la elaboración de todas las leyes que *Expressum facia cessare tacitum*, lo cual significa: «Cuando un legislador establece con toda claridad lo que quiere decir, no nos está permitido dar a su texto la interpretación que nos convenga». Como en la ley divina se dan algunos ejemplos de mujeres cuyo acceso está prohibido y en ellos no se incluye el caso de la hermana, de éste deducía él que era una aspiración legal. Y respecto a Square, que era indudablemente lo que se entiende por un hombre jovial, reconcilió fácilmente su elección con la eterna conveniencia de las cosas.

Y como sea que ambos caballeros sabían imaginárselas para aprovechar todas cuantas oportunidades se les ofrecían de contraer méritos ante la viuda, ambos cayeron en la cuenta que un buen procedimiento para ello sería otorgar a su hijo una constante preferencia sobre el otro muchacho, y como al propio tiempo pensaron que la amabilidad y afecto con que Allworthy distinguía al último debía de producir una gran desazón a la viuda, no titubearon en aprovechar todas las ocasiones que se les

presentaban para humillarle y envilecerle, pensando que esto sería del agrado de la dama, puesto que si odiaba al niño, debía estimar a todos los que le hicieran daño de una manera u otra. En esto sin duda llevaba ventaja Thwackum, ya que mientras que Square sólo podía rozar la reputación del muchacho, él podía dejarle señales en la piel, considerando cada zurriagazo que le propinaba como un cumplimiento rendido a una dama, así que le era posible repetir con toda propiedad el antiguo dicho: *Castigo te non quod odio habeam, sed quod amem*. Lo que equivale a: «No te castigo por odio, sino por amor», palabras que el hombre tenía siempre bien presentes.

Ésta era la causa de que los dos sabios varones coincidieran en su opinión sobre ambos muchachos, caso que puede considerarse casi único, pues aparte de la diferencia de sus principios, hacía tiempo que ambos sospechaban sus mutuas intenciones y se odiaban de un modo furibundo.

Esta mutua animadversión aumentó no poco debido a sus éxitos parciales y alternativos. La viuda se dio cuenta de la maniobra de ambos antes de lo que ellos creían, no obstante la gran cautela con que actuaban por miedo a ofenderla o a que se enterase M. Allworthy. Pero no tenían motivo para alimentar tales temores. La viuda se sentía más que satisfecha con una pasión de la que sólo ella esperaba los frutos. Y estos frutos no eran más que la adulación y el galanteo, por lo que hacía caso a los dos hombres por turno y durante idéntico plazo de tiempo. Existía algo que le impulsaba a favorecer los principios del párroco, pero, en cambio, la persona de Square resultaba mucho más agradable a la vista, ya que se trataba de un hombre bien parecido, en tanto que el pedagogo estaba muy lejos de serlo.

No diré si la viuda del capitán Blifil había salido harta de las dulzuras del matrimonio o disgustada de sus luchas. Eso sí, jamás pudo conseguirse que prestara oídos a la posibilidad de una segunda boda. Al cabo llegó a mantener conversaciones con Square en un tal grado de intimidad que algunas lenguas maliciosas comenzaron a murmurar algunas cosas de ella. Pero tanto por la dama, como por ser contrarias a la regla del derecho y a la conveniencia de las cosas, nosotros no les concederemos el menor crédito y nos ahorraremos el trasladarlas al papel. El pedagogo, por su parte, insistía en castigar a Tom, sin que por ello consiguiera avanzar un paso hacia la meta trazada.

Lo cierto es que había cometido un craso error, que fue descubierto por Square mucho antes que por él. La viuda de Blifil, como sin duda el lector habrá adivinado, jamás se había sentido muy satisfecha con la conducta observada por su difunto esposo. Para ser verídicos, diremos que le odiaba con todo su corazón, hasta que la muerte vino a reconciliarla un poco con él. No debe, pues, extrañar que no sintiera gran cariño por el hijo que había tenido de él. En realidad, sentía muy escaso afecto por el muchacho, al extremo de que en su infancia apenas le vio o reparó en su existencia, y de ahí que asintiera, dominada la contrariedad de los primeros

momentos, a todos los favores que Mr. Allworthy prodigaba al muchacho expósito, a quien el digno caballero no tenía inconveniente en llamar hijo y que igualaba en todo a Blifil. Esta aceptación por parte de la viuda fue considerada por sus vecinos y por la familia en general como una condescendencia al carácter e intenciones de su hermano, y todos supusieron, incluso Thwackum y Square, que la mujer odiaba al expósito en el fondo de su corazón, y cuantas más atenciones le prodigaba, mayor creían que era su odio, y que no hacía otra cosa que imaginar el mejor medio de causar su desgracia. Como creían que le odiaba, resultaba harto difícil para ella convencerles de lo contrario.

Thwackum era el que más convencido estaba de ello, ya que la viuda le había inducido más de una vez a azotar a Tom cuando Mr. Allworthy se encontraba fuera de casa, mientras que jamás dio semejantes órdenes en relación con Blifil. Lo cierto es que, aunque sin duda odiaba a su propio hijo —caso que, por monstruoso que parezca, no creo que sea el último—, en lo más profundo de su corazón, pese a su complacencia exterior, veía con sumo desagrado los favores que su hermano prodigaba al expósito. Con frecuencia se lamentaba de esto a espaldas de su hermano, censurándole con gran vehemencia en presencia de Square y de Thwackum, e incluso hubiera sido capaz de decírselo a su mismo hermano en el calor de una disputa.

Pero cuando Tom fue creciendo y comenzó a dar señales de esa gallardía que tan recomendable hace a los hombres ante las mujeres, el escaso afecto que había profesado al niño fue transformándose poco a poco en un sentimiento de signo contrario, hasta que descubrió que su cariño por él era mucho más intenso que el que sentía por su propio hijo. Eran tales los deseos que sentía de ver a Tom y experimentaba un tal placer cuando le tenía en su compañía, que antes de que Tom llegara a los dieciocho años era ya rival de Square y de Thwackum. Y lo que fue aún peor, toda la comarca empezó a hablar de la debilidad que la viuda sentía por Tom, como lo había hecho con la demostrada a Square, por cuya razón, el filósofo concibió un odio mortal hacia nuestro desgraciado héroe.

CAPÍTULO VII

DONDE HACE SU APARICIÓN EN ESCENA EL PROPIO AUTOR.

Si bien Mr. Allworthy no era hombre que se precipitara a ver las cosas por el lado desagradable y desconocía lo que murmuraba la voz pública, que rara vez llega a los oídos de un marido o de un hermano, aunque mientras tanto retumbe en los oídos de todo el vecindario, el afecto que la viuda del capitán demostraba sentir por Tom, y la preferencia visible que sentía por él, en contraposición a su propio hijo, fue perjudicial para nuestro héroe.

Era tal la compasión que inundaba el espíritu de Mr. Allworthy, que sólo el acero de la justicia podía doblegarla. Para él ser desgraciado era más que suficiente, siempre que no hubiera alguna falta que contraponer. Esto bastaba para alterar la balanza de la piedad de aquel digno caballero y conseguir su amistad y sus beneficios.

Cuando se convenció de que su sobrino era detestado por su propia madre, comenzó a mirar al muchacho con ojos compasivos, y lo que representa los efectos de la compasión en los espíritus buenos y bondadosos, no es preciso que se lo explique a la mayor parte de mis lectores.

A partir de este momento, empezó a ver todo asomo o apariencia de virtud en el muchacho con lentes de aumento, y todas sus faltas con los cristales invertidos, así que apenas si eran perceptibles para él. Esto tal vez pueda explicarse por su decidida tendencia a la piedad, mas el siguiente paso tan sólo es posible explicarlo por la debilidad de la naturaleza humana, ya que tan pronto como descubrió la decidida preferencia que su hermana sentía por Tom, este infeliz muchacho aunque inocente de todo, comenzó a perder en el afecto de Mr. Allworthy lo que ganaba en el afecto de su hermana. Esto, sin embargo, no hubiera sido suficiente para borrar a Tom Jones del corazón del caballero, pero le produjo mucho daño y dispuso el espíritu de Mr. Allworthy para aquellas impresiones que más tarde produjeron en él los grandes acontecimientos que se narrarán más adelante, y a los que, todo hay que reconocerlo, el muchacho contribuyó no poco con sus mañas, picardías, salvajismo y carencia absoluta de prudencia.

Ahora, si exponemos algunos ejemplos de este proceder, proporcionaremos, siempre en el caso de que seamos bien comprendidos, una lección en extremo útil a los jóvenes bien dispuestos que han de ser más tarde nuestros lectores. En esto encontrarán la bondad de corazón y la franqueza de carácter que han de producirles un gran consuelo íntimo. Tanto la prudencia como la circunspección son muy necesarias incluso al mejor de los hombres, representan, en cierto modo, una

protección de la virtud, sin la cual jamás puede sentirse segura. No basta con que vuestros proyectos y vuestras acciones sean intrínsecamente buenos; también hay que esforzarse en que lo parezcan. Si vuestro interior no es tan bello, por lo menos debe conservarse un agradable aspecto exterior. Esto debe tenerse siempre presente, o bien la malicia y la envidia cuidarán de ennegrecer aquél, al punto de que ni la sagacidad ni la bondad de un Allworthy conseguirán ver a través de él y distinguir toda la belleza del interior. Que ésta sea, mis jóvenes lectores, vuestra máxima constante, pues no existe hombre lo suficientemente bueno que sea capaz de despreciar las reglas de la prudencia, y ni la misma virtud aparecerá con toda su belleza si no está cubierta con los ornamentos exteriores de la decencia y del decoro. Y esta norma, mis queridos y dignos discípulos, espero que la encontréis, si leéis con suficiente atención, convenientemente reforzada por los ejemplos de las páginas que seguirán.

Ahora debo solicitar perdón por esta breve aparición, a guisa de coro, en la escena. Pero en realidad es por mi propia causa que, mientras pongo al descubierto las rocas con que frecuentemente tropieza la inocencia y la bondad, ofrezco los medios para evitarlas. Y como me era imposible decir nada de esto a uno cualquiera de mis personajes, me he visto forzado a hacerlo de este modo.

CAPÍTULO VIII

UN INCIDENTE INFANTIL, EN EL QUE, SIN EMBARGO, SE REFLEJA LA BUENA ÍNDOLE DE TOM JONES.

Creo que el lector recordará que Mr. Allworthy había regalado a Tom Jones una jaca a modo de recompensa por el castigo que creía haberle infligido siendo inocente.

Este caballito lo conservó el muchacho durante medio año. Pero más tarde lo llevó a una feria y lo vendió.

Cuando regresó a casa, una vez realizada la venta, Thwackum le preguntó qué había hecho del dinero producto de la venta del caballo. Pero el muchacho le repuso con la mayor franqueza que por nada del mundo se lo diría.

—¡Oh! —exclamó Thwackum—. ¡No quieres! Ya me lo dirás después de la paliza que voy a propinarte.

Todo estaba ya dispuesto para la ejecución del castigo cuando en la estancia entró Mr. Allworthy, que inmediatamente ordenó que se suspendiera el cumplimiento de la sentencia. Luego se llevó al muchacho a otra habitación, donde a solas con Tom le hizo la misma pregunta que le había formulado Thwackum.

Tom Jones repuso que por deber no podía negarle nada, pero que a aquel tiránico truhán jamás le daría otra respuesta que un garrote, y que confiaba poderse cobrar muy pronto todos los atropellos de que había sido objeto por parte de él.

Mr. Allworthy reprendió al muchacho con gran severidad por aquellas descaradas e irrespetuosas palabras, aunque mucho más lo hizo por su confesada intención de vengarse en cuanto se le presentara ocasión. Llegó al extremo de amenazar a Tom con retirarle por completo su protección si volvía a oír otras palabras por el estilo salidas de sus labios, ya que no estaba dispuesto a amparar y proteger a un réprobo. Con éstas y otras palabras semejantes, Mr. Allworthy consiguió que, en parte, Tom se mostrara arrepentido, aunque no pecó ni mucho menos de sincero, pues de veras estaba cavilando sobre la devolución de los dolorosos favores que había recibido de manos del pedagogo. Sea lo que fuere, el caso es que Mr. Allworthy logró que el muchacho sintiera cierta preocupación por el resentimiento que profesaba a Thwackum. Luego el digno caballero, tras de una saludable amonestación, dejó que el muchacho prosiguiera, lo que Tom hizo del siguiente modo:

—Señor, le quiero a usted y le honro más que a nadie en el mundo; conozco bien las grandes obligaciones que tengo contraídas con usted, y le aseguro que renegaría de mí mismo si creyera a mi corazón capaz de sentir el menor asomo de ingratitud. Si el caballo pudiera hablar, no dudo que le diría cuánto estimaba yo su regalo, pues sentía mayor placer dándole de comer que montándolo. Créame, señor, si le digo que

me destrozó el corazón el tener que desprenderme de él. Por nada del mundo lo hubiera vendido, de no ser por el motivo que lo hice. Pero estoy convencido de que usted, señor, si se hubiera encontrado en mi caso, se hubiese apresurado a hacer lo mismo que yo he hecho, pues no sé de nadie más sensible que usted a las desgracias ajenas. ¿Qué sentiría usted, señor, si se creyera motivo de ellas? Jamás ha existido mayor miseria que la de ellos.

—¿Que la de quiénes? —inquirió Mr. Allworthy—. ¿A quién te refieres?

—¡Oh, señor! —repuso Tom—. A su desgraciado guardabosque, que tiene tan numerosa familia, y perece de hambre y de frío desde que usted le despidió de su casa. No podía soportar ver a esos desgraciados desnudos y sin un trozo de pan que llevarse a la boca, mientras pensaba que yo era el causante de todos sus sufrimientos. Le repito que no podía soportarlo, señor. Se lo digo con todo mi corazón, me era imposible verles sufrir. —En este instante las lágrimas acudieron a sus ojos, y continuó—: Fue sólo para salvarles de la destrucción completa por la que me he separado de un regalo para mí tan querido y apreciado, y pese al gran cariño que sentía por el caballo. Así que he vendido el caballo y les he entregado hasta el último penique que me dieron por él.

Mr. Allworthy permaneció en silencio durante unos instantes, y antes de que hablara las lágrimas asomaron a sus ojos. Luego despidió a Tom, dirigiéndole leves reproches y aconsejándole que en el futuro se dirigiera a él en caso de que tuviera que socorrer a alguna persona desgraciada.

Este incidente provocó más tarde violentas discusiones entre Thwackum y Square. El primero sostuvo que esto representaba ni más ni menos que burlarse de Mr. Allworthy, que había querido castigar al guardabosque por su manifiesta desobediencia. Afirmó que, en algunos casos, lo que el mundo llamaba caridad él se lo representaba como una oposición a la voluntad del Todopoderoso, que había señalado a determinados seres humanos para que fueran destruidos, a la vez que era obrar en contra de Mr. Allworthy, acabando su perorata, como de costumbre, con una calurosa recomendación de la vara de fresno.

Square expuso argumentos opuestos, quizá para llevar la contraria a Thwackum, o bien para complacer a Mr. Allworthy, que parecía haber aprobado lo hecho por Tom. En cuanto a los razonamientos que expuso en la presente ocasión, como estoy convencido de que mis lectores serán defensores mucho más hábiles del infeliz Tom Jones, creo conveniente no exponerlos. No resultaba muy difícil en el presente caso conciliar con la regla del derecho una acción que hubiese sido imposible deducir de la regla de la injusticia.

CAPÍTULO IX

DONDE SE NARRA UN INCIDENTE MUCHO MÁS GRAVE, SEGUIDO DE LOS COMENTARIOS QUE HICIERON SOBRE ÉL THWACKUM Y SQUARE.

Por hombres de mucha mayor sabiduría que yo se ha observado que, por lo general, las desgracias jamás vienen solas. Un ejemplo de esto lo tenemos, según creo, en esos caballeros que tienen la malhadada fatalidad de que se les descubra alguna de sus bellaquerías. Los descubrimientos de esta índole rara vez concluyen hasta que todo sale a relucir. Tal ocurrió con el pobre Tom. Apenas perdonado por la venta de su caballo, se vino a descubrir que algún tiempo antes había vendido una hermosa Biblia regalo de Mr. Allworthy, y que el producto de la transacción fue destinado a idéntico fin que el del caballo. La Biblia se la había comprado el joven Blifil, aunque el muchacho tenía otra igual de su propiedad, en parte por respeto al libro, en parte por amistad a Tom, deseoso de que el libro no saliera del seno de la familia y fuese malvendido. Por este motivo se apresuró a dar el dinero de su bolsillo, ya que se trataba de un muchacho en extremo prudente y tan cuidadoso de su peculio que tenía ahorrado todo o casi todo, lo que había ido recibiendo de Mr. Allworthy.

Ciertas personas se distinguen por no ser capaces de leer más libros que los suyos. Pero en este caso, en cuanto Blifil fue dueño de la Biblia de Tom, ya no usó otra. Incluso se le veía leyendo en ella con mucha mayor frecuencia que en la otra. Y como a menudo requería a Thwackum para que le explicara pasajes que él no comprendía, el caballero acabó descubriendo el nombre de Tom escrito en varias partes del libro. Esto dio lugar a una investigación que obligó a Blifil a confesar la verdad de lo ocurrido.

Thwackum decidió que un crimen de aquella clase, que él llamaba sacrilegio, no podía quedar sin el correspondiente castigo. En consecuencia, procedió a aplicarlo en el acto, y no contento con esto, relató a Mr. Allworthy, en su primera entrevista con el caballero, el monstruoso crimen, pues no otra cosa parecía, prorrumpiendo en invectivas contra Tom Jones, a quien no tuvo inconveniente en comparar con los vendedores arrojados del templo.

Square, sin embargo, vio las cosas de modo muy distinto. Afirmó que le era imposible ver la diferencia que existía entre vender un libro u otro. Que vender Biblias era un negocio legal para todas las leyes, tanto las divinas como las humanas y que, por tanto, no había la menor incorrección en ello. Y añadió, dirigiéndose a Thwackum, que la gran importancia que él concedía a aquella cuestión le recordaba la anécdota de una mujer muy devota que sólo por motivos religiosos había robado a

una señora conocida suya los sermones de Tillotson.

Esta anécdota fue causa de que a las mejillas del sacerdote afluyera una gran cantidad de sangre, que no eran muy pálidas de suyo, y se disponía a replicar con gran calor y cólera a Square, cuando intervino la viuda de Blifil, que estaba presente. La dama se puso por completo de parte de Square, razonando sabiamente en defensa de su opinión, para concluir que si Tom aparecía culpable de alguna falta, tenía que confesar que su hijo era igualmente culpable, ya que ella no veía la menor diferencia entre el comprador y el vendedor, siendo, pues, ambos dignos de que se les arrojara del templo.

Expuesta por Mrs. Blifil su opinión, se concluyó el debate. El triunfo evidente de Square hubiera casi contenido sus palabras si hubiese necesitado de ellas, en tanto que Thwackum, que por las razones ya expuestas no osaba en ningún momento contradecir a la viuda, se ahogaba, o poco menos, de indignación. En cuanto a Mr. Allworthy, afirmó que como Tom ya había sido castigado, no le diría nada en la presente ocasión. Si estaba o no furioso contra el joven, lo dejó al juicio del lector.

Algo después de esto se presentó una querrela contra el guardabosque por parte del caballero Western —el dueño de la finca donde había sido muerta la perdiz— y por una cuestión semejante a la anterior. Fue una verdadera desgracia para el pobre hombre, ya que no sólo podía ser causa de su ruina completa, sino que predispuso a Mr. Allworthy en contra suya. Una tarde en que este caballero paseaba en compañía de Blifil y de Jones, éste les condujo a la casa en que habitaba George el guardabosque, y en la que la familia del desgraciado, es decir, su esposa y sus hijos, se hallaban en un estado de completa miseria y medio muertos de frío. En cuanto al dinero recibido de Jones, deudas contraídas con anterioridad se lo habían llevado casi todo.

La escena no pudo por menos de impresionar a Mr. Allworthy, que se apresuró a entregar a la madre un par de guineas, a fin de que comprara ropa para los niños. La infeliz mujer rompió en lágrimas ante aquella prueba de generosidad, y mientras le daba las gracias a Mr. Allworthy no pudo contenerse y expresó también a Tom su gratitud, quien, según afirmó, desde hacía tiempo impedía que se murieran de hambre. «No hubiéramos tenido que llevarnos a la boca ni ropa que ponernos de no haber sido por usted». Aparte del caballo y de la Biblia, Tom había sacrificado por aquella desgraciada familia una camisa de noche y otras cosas más.

De regreso a casa, Tom Jones hizo uso de toda su elocuencia a fin de poner de manifiesto el gran infortunio de aquella pobre gente, así como el arrepentimiento de George, consiguiendo tal éxito en su defensa, que Mr. Allworthy afirmó que el hombre había sufrido ya bastante por lo ocurrido, que le perdonaba y que pensaría en algún remedio para que pudiera mantener a su familia.

Tom Jones se sintió tan contento con estas manifestaciones, que aunque era ya de

noche cerrada cuando llegaron a casa, le fue imposible contenerse y desanduvo el camino bajo un denso chubasco, para comunicar a la mujer las alegres noticias. Pero como otros divulgadores de noticias se le habían adelantado, sólo consiguió tener que contradecirse, ya que la mala suerte de George aprovechó la ausencia de su amigo para desbaratarlo todo de nuevo.

CAPÍTULO X

DONDE LOS JÓVENES BLIFIL Y JONES APARECEN DESDE ASPECTOS DISTINTOS.

Blifil casi igualaba a Tom en la excelente cualidad de la clemencia. Pero le aventajaba en otra de más alto rango: en la de la justicia, con lo cual no hacía más que seguir las enseñanzas de Thwackum y de Square, pues aunque ambos hombres hacían frecuente uso de la palabra misericordia, era evidente, sin embargo, que Square sostenía que en modo alguno era compatible con la regla del derecho, en tanto que Thwackum era partidario de la justicia y de dejar la clemencia para el cielo. Ambos caballeros diferían algo en la opinión relativa a los objetivos de esta sublime virtud, con la que sin duda Thwackum hubiera probablemente destruido la mitad del género humano y Square la otra mitad.

Blifil, aunque se mantuvo silencioso delante de Jones, una vez pensó mejor el asunto, no pudo soportar la idea de que su tío otorgara favores a una persona que no los merecía. En consecuencia, decidió comunicar a Mr. Allworthy el hecho a que antes hemos aludido por lo ligero. La verdad del mismo es la siguiente:

El guardabosque, un año después de que fuera despedido por Mr. Allworthy y antes de que Tom tuviera que vender su caballo, no teniendo ni un trozo de pan para él y los suyos, al atravesar un campo perteneciente a Mr. Western vio a una liebre agazapada en el suelo y la mató de un bárbaro golpe en la cabeza, contraviniendo las leyes del país y las leyes de los deportistas.

El vendedor a quien fue vendida la liebre, detenido algún tiempo después llevando cierta cantidad de caza encima, fue perdonado por Mr. Western a condición de que delatase a algún cazador furtivo, y entonces al hombre no se le ocurrió más que denunciar a George el guardabosque, pues era persona odiada por el propietario y la que gozaba de peor fama en los contornos.

Por otra parte, era el mejor sacrificio que el vendedor podía hacer, ya que el guardabosque no había vuelto a proporcionarle la menor caza. Además, de este modo lograba encubrir a sus mejores proveedores, puesto que el propietario de la finca, encantado de poder castigar a George, a quien una sola transgresión bastaba para conducirlo a la completa ruina, no quiso hacer más averiguaciones.

Si el hecho hubiera sido presentado a Mr. Allworthy tal como sucedió, sin duda hubiese ocasionado muy poco perjuicio al guardabosque. Pero creemos que no existe celo más ciego que el inspirado por el amor a la justicia contra los ofensores. Blifil había olvidado el tiempo transcurrido desde entonces. Alteró asimismo los hechos, y por la precipitada adición de una sola letra, una «s», modificó un tanto la historia, ya

que el muchacho afirmó que George había cogido «liebres» con cepos de alambre. Tales alteraciones habrían podido ser subsanadas probablemente si el muchacho no hubiera insistido, lamentablemente, en una promesa de secreto por parte de Mr. Allworthy. Por este motivo, el pobre guardabosque fue condenado sin que se le ofreciera la menor posibilidad de defensa, puesto que como el hecho de la muerte de la liebre y de la denuncia presentada contra él eran ciertas, Mr. Allworthy no concibió la menor duda en cuanto al resto de la cuestión.

Muy breve, pues, fue la alegría de aquella pobre gente. A la mañana siguiente, Mr. Allworthy afirmó que tenía nuevas y excelentes razones, las cuales no expuso, para sentirse indignado, y prohibió a Tom que jamás volviera a mencionar a George en su presencia. En cuanto a su familia, prometió hacer algo por ella para que no se muriera de hambre. En cuanto al padre, le sometería a la acción de las leyes que tanto se obstinaba en quebrantar.

Tom no pudo descubrir quién le había ido con el soplo a Mr. Allworthy, ya que no tenía la menor sospecha de Blifil. Sin embargo no perdió los ánimos y resolvió probar otro sistema para evitar la ruina del pobre guardabosque.

Jones había intimado mucho en los últimos tiempos con místico Western. Se había condecorado con el caballero por sus saltos sobre puertas de cinco barras y otros ejercicios de agilidad, al extremo de que el caballero afirmaba que Tom hubiera llegado a ser un gran hombre de haber recibido el necesario estímulo. Con frecuencia el caballero sentía deseos de tener un hijo que poseyera los dones de Tom Jones, y un día afirmó solemnemente en el círculo que Tom llegaría a manejar una jauría de perros como ningún otro cazador de la comarca.

Estos méritos hicieron que Tom se captara la simpatía del caballero, siendo desde entonces bien recibido a su mesa, y convirtiéndole en su compañero preferido de deportes. Todo lo que el caballero apreciaba más en la vida, sus escopetas, sus perros y sus caballos, estaban ahora a la completa disposición de Tom Jones, como si fueran suyos.

El muchacho, decidió, pues, aprovecharse de esta circunstancia en favor de su amigo el guardabosque, a quien tenía confianza de poder introducir en la familia Wester en el mismo empleo que había desempeñado cerca de Mr. Allworthy.

Si el lector piensa que el guardabosque se había comportado pésimamente con Mr. Western y, además, tiene presente el importante motivo por el que había incurrido en el desagrado de dicho caballero, es muy posible que considere el intento de Tom descabellado y condenado irremisiblemente al fracaso. Pero aunque censure a Jones por este intento desesperado, le aplaudirá sin la menor duda por su resolución de prestar todo su apoyo a una empresa tan difícil.

Para sus propósitos, Tom Jones recurrió a la hija de Western, muchacha de unos dieciséis años a quien su padre, luego de los objetos de deporte que antes hemos

mencionado, quería y estimaba sobre todas las cosas. Del mismo modo que ella ejercía una cierta influencia sobre su padre, Tom la tenía sobre ella. Pero como se trata de la heroína imaginada para esta historia, una joven por la que sentimos gran estima y de quien con toda seguridad muchos de nuestros lectores acabarán enamorándose, no es adecuado que haga su aparición al final de un libro.

LIBRO CUARTO

ABARCA EL ESPACIO DE UN AÑO.

CAPÍTULO PRIMERO

ESCRITO EN SEIS CUARTILLAS DE PAPEL.

Como sea que es la verdad lo que distingue nuestra historia de esos relatos fantásticos cuajados de monstruos, hijos, no de la naturaleza, sino de cerebros desequilibrados, del mismo modo evitaremos toda semejanza con ese género de libros que un poeta célebre afirma que han sido escritos para beneficio del cervecero, puesto que su lectura acostumbra a ir acompañada de un buen vaso de cerveza.

Si éste es el licor de los historiadores modernos, y quizá su musa, de creer a Butler, que atribuye la inspiración a la cerveza, por la misma razón debe de ser la bebida de sus lectores, puesto que cada libro debe de ser leído con el mismo espíritu y de la misma forma que fue escrito. Por analogía, el famoso autor de *Hurlotrumbo* dijo a un obispo erudito que la causa de que su señoría no gustara de las excelencias de su libro era debido a que no lo leía con un violín en la mano, instrumento que él siempre había tenido en la suya mientras lo componía.

Por tanto, para que nuestra labor no corra peligro de parecerse a los frutos de esos historiadores, hemos procurado aprovechar todas las ocasiones que se nos han presentado para introducir a través de ella distintos símiles, descripciones y otras suertes de embellecimientos poéticos. Éstos están destinados a reemplazar a la mencionada cerveza, así como a aligerar el cerebro de esos sueños que durante un trabajo largo tanto se apoderan del lector como del escritor.

Sin interrupciones de esta clase, la mejor narración de sencillos hechos puede resultar en extremo pesada al lector, pues precisamente la eterna vigilancia que Homero ha atribuido sólo a Júpiter puede ser una prueba en contrario de una obra de varios volúmenes.

Pero dejamos al cuidado del lector el encargo de resolver con qué acierto hemos aprovechado las diversas ocasiones que se nos han presentado de insertar esas partes ornamentales en nuestra tarea. Sin duda se reconocerá que no ha habido una más oportuna que la actual, en la que vamos a presentar en escena a un personaje de importancia singular, nada menos que a la heroína de este poema heroico, histórico y prosaico. Por esta razón, hemos considerado conveniente preparar el espíritu del lector para su recepción, cubriéndola con todas las imágenes agradables que podemos descubrir en la naturaleza. Y para seguir este método nos apoyamos en innumerables antecedentes que existen. En primer lugar, éste es un arte muy conocido y practicado por nuestros poetas trágicos, que en muy raras ocasiones se olvidan de preparar a su auditorio para la recepción de sus principales personajes.

Por ello, el héroe siempre es presentado mediante un prelude de trompetas y

tambores, al objeto de provocar un estado de ánimo marcial en el auditorio y acomodar sus oídos a lo ampuloso y altisonante, que el hombre ciego de Mr. Locke no cometió un excesivo error al compararlo con el sonido de una trompeta. Más tarde, cuando surgen los amantes, una música en extremo agradable los acompaña frecuentemente a escena, bien para apaciguar al auditorio con la blandura de la pasión más tierna, bien para prepararle y arrullarle para el suave sueño en que con toda probabilidad se sumirá en la escena siguiente.

Y no sólo los poetas, sino incluso los amos de tales poetas, los directores de los teatros, parecen conocer el secreto, pues aparte del conocido tamborileo, etc., que señala la proximidad del héroe, una nueva escena es anunciada por lo general con la aparición de un pelotón de media docena de tramoyistas, y lo necesarios que éstos son puede deducirse de la siguiente anécdota teatral:

El rey Pirro estaba comiendo en una taberna próxima al teatro cuando fue llamado a escena. Pero el héroe, que en modo alguno deseaba abandonar su pierna de carnero, pero que tampoco quería atraer sobre sí las iras de Mr. Wilks —hermano de su empresario— por hacer esperar a los espectadores, había sobornado a los heraldos para que no aparecieran. Mientras tanto, Mr. Wilks atronaba el espacio: «¿Dónde están los carpinteros que aparecen antes que el rey Pirro?». El monarca se estaba comiendo con toda tranquilidad una pierna de cordero, y por muy impacientes que estuvieran los espectadores, tuvieron que entretenerse con la música.

Muchas veces me he preguntado si el político, que suele ser hombre de gran olfato, no ha percibido lo ventajoso de esta costumbre. Estoy convencido de que ese terrible magistrado, el Lord Mayor, adquiere una buena dosis de la reverencia y acatamiento que se le prodiga en el curso del año gracias a las distintas procesiones cívicas que preceden a su ascensión. Tengo que confesar que incluso yo mismo, que no me siento nada dispuesto a dejarme conquistar por el exhibicionismo, me he rendido a veces a las impresiones de una pompa previa. Cuando he visto a un hombre pavonearse en una procesión detrás de otro cuyo papel era tan sólo el de pasear con él, he tenido una mejor noción de su dignidad que la que hubiese experimentado de haberle visto en las condiciones corrientes. Pero existe un ejemplo que viene como anillo al dedo a mi propósito. Éste es el de enviar a una florista, que ha de preceder a la ceremonia de una coronación, para que siembre la escena de flores antes de que los grandes personajes inicien su desfile. Los antiguos sin duda hubieran invocado a la diosa Flora para este menester, y sus sacerdotes y políticos no hubiesen encontrado dificultad en convencer al pueblo de la presencia real de la deidad, aunque hubiera sido personificado por un sencillo mortal que cumpliera su oficio. Pero no es nuestro deseo embaucar a los lectores que nos leen y, en consecuencia, aquellos que tengan intención de poner reparos a la teología de los idólatras, pueden muy bien, si así lo desean, cambiar nuestra diosa por la florista antes mencionada. En resumen, nuestro

propósito es presentar a nuestra heroína con la mayor solemnidad posible, con un estilo elevado y las demás circunstancias necesarias al caso, para aumentar la veneración de nuestro lector. Nosotros aconsejaríamos a nuestros lectores masculinos de corazón más sensible que no siguieran leyendo este libro, si no estuviéramos convencidos de que por agradable que resulte la pintura de nuestra heroína, como se trata de una copia de la naturaleza, muchas de nuestras bellas campesinas serán dignas de satisfacer cualquier pasión y de responder a cualquier idea de perfección femenina que nuestro lápiz sea capaz de trazar.

A continuación, sin más preámbulo, pasemos al capítulo siguiente.

CAPÍTULO II

UNA LIGERA INDICACIÓN DE LO QUE PODEMOS LOGRAR EN EL TERRENO DE LO SUBLIME Y UNA DESCRIPCIÓN DE MISS SOPHIA WESTERN.

Que el lector contenga el aliento. Que el pagano dominador de los vientos aprisione con fuertes cadenas de hierro las fornidas piernas del ruidoso Bóreas. Y tú, dulce Céfiro, levántate de tu fragante lecho, remonta el cielo occidental y gobierna esos deliciosos vientos frescos cuyos encantos obligan a salir a la deliciosa y adorable Flora de su alcoba perfumada con perlas de rocío, para que el primero de junio, día de su cumpleaños, la lozana doncella, con sus ropas sueltas, camine gentilmente por el verde prado, cada una de cuyas flores se yergue para rendirle homenaje, hasta que al cabo todo el campo aparece esmaltado y los colores rivalizan con los perfumes para ver quiénes la seducen más.

¡Qué bella y deliciosa aparece ahora! Y vosotros, coristas alados de la naturaleza, cuyas notas más suaves ni el mismo Händel puede imaginar, afinad vuestras melodiosas gargantas a fin de que celebréis su aparición. Vuestra música procede del amor y al amor vuelve. Despertad, pues, esa pasión en todos los muchachos, ya que adornada con todos los atractivos y prendas de la naturaleza, rebosante de belleza, juventud, desenvoltura, inocencia, modestia y ternura, exhalando dulzura de sus labios sonrosados y lanzando resplandores por sus brillantes ojos, se acerca ya la adorable Sophia.

Lector, tal vez hayas visto la estatua de la Venus de Médicis. Tal vez hayas visto asimismo la galería de bellezas de Hampton Court. Si de veras has contemplado todas esas beldades, entonces no temas la ruda respuesta que lord Rochester dio una vez a un hombre que había visto muchas cosas. No. Si has llegado a ver todo eso sin conocer lo que es la belleza, eso quiere decir que no tienes ojos, y si no has experimentado su poder, es que careces de corazón.

Sin embargo, es muy posible, amigo mío, que hayas visto a todas esas mujeres y no te sea posible formarte una idea clara de lo que es Sophia, puesto que la joven no se parecía a ninguna de ellas. Poseía un gran parecido con el retrato de lady Ranelagh, y mucho más con el de la duquesa Mazahino, pero el mayor de todos era con una que jamás se borrará de mi corazón y de la que si te acuerdas, lector, tendrás una idea muy aproximada de Sophia.

Para el caso de que no tengas esta señalada suerte, trataremos con la mayor habilidad de describirte a este raro ejemplar femenino, aunque mucho nos tememos que nuestra pluma fracase en la empresa.

Sophia, hija única de Mr. Western, era una muchacha de estatura media, más bien tendiendo a alta. Poseía una figura en extremo delicada y la adecuada proporción de sus brazos prometía la simetría más completa de sus piernas. Su cabellera, de color negro, era tan abundante y larga que antes de cortársela para cumplir con las exigencias de la moda le llegaba a la cintura, y en la actualidad se rizaba tan graciosamente sobre su cuello, que eran muy pocos los que creían que fuera suya. Si alguien encontraba que parte de su rostro era menos perfecta que el resto, es posible que pensara que la frente podía ser algo más alta sin perjuicio para ella. Sus cejas, amplias, estaban perfectamente arqueadas. Sus ojos, de color negro, tenían un brillo que toda su dulzura no conseguía disminuir. Su nariz era de una regularidad perfecta, y su boca, en la que resplandecían dos hileras de marfil, correspondía a la descripción de sir John Suckling en estas líneas:

*Sus labios eran rojos, y uno era delgado,
comparado con el más próximo a la barbilla.
Alguna abeja debía de haberlo picado hacía poco.*

Tenía las mejillas ovaladas y en la derecha surgía un hoyuelo cada vez que sonreía. Un mentón perfecto completaba la belleza de su rostro; aunque era difícil asegurar si era grande o pequeño, parecía pertenecer más bien a esta última clase. Su complexión tenía más de la lila que de la rosa. Mas cuando el ejercicio o el rubor acrecían su color natural, no había rojo que pudiera igualársele, y con el doctor Donne, podía exclamarse:

*Su sangre pura y elocuente hablaba en sus mejillas
y dejaba transparentar su modo de pensar.*

Tenía el cuello largo y finamente modelado, y si no fuera por miedo a ofender su delicadeza, podría asegurar que las mayores y más notables bellezas de la Venus de Médicis eran superadas por la joven. Su cuerpo era de una blancura con la que no podían competir las lilas, el marfil o el alabastro. La batista más fina debía de sentir sonrojo al cubrir aquel seno que era mucho más blanco que ella, y podía aplicársele muy bien la imagen:

Nitor splendens Pario marmore purius.

«Un brillo que resplandecía mucho más que el brillo más puro de un mármol de Paros».

Tal era el exterior de Sophia, y podemos asegurar que no era un marco precioso

afeado por un habitante indigno de él. Su espíritu correspondía a su persona física, y ésta tomaba algunos de sus encantos del primero, ya que cuando sonreía, la dulzura de su carácter difundía tal resplandeciente luz por su rostro como ninguna regularidad de facciones podría proporcionar. Pero como no existen perfecciones de espíritu que no se descubran por sí mismas en la perfecta intimidad que pretendemos establecer entre el lector y esta admirable criatura humana, no es preciso enumerarlas aquí. Consideramos que sería una especie de tácita ofensa a la inteligencia de nuestro lector, y le privaría del placer que recibirá cuando pueda formar su propio juicio sobre el carácter de la joven.

No obstante, se hace necesario decir que, a más de las dotes mentales debidas a la naturaleza, poseía algunas perfecciones debidas al arte, ya que había sido educada bajo el cuidado de una tía, una dama de gran distinción que estaba muy familiarizada con el mundo, puesto que en su juventud había vivido en la corte, de donde se había retirado al campo hacía bastantes años. Su conversación y enseñanzas habían servido para educar a Sophia admirablemente, aunque quizá a la muchacha le faltara un poco de esa naturalidad en el trato que sólo se adquiere con el hábito y viviendo en los medios sociales urbanos. Aunque, también hay que decirlo, a veces se adquiere a costa de otras cosas; y si bien poseen encantos tan inefables que los franceses intentan expresarlo diciendo que no saben en qué estriban, su ausencia es compensada por la inocencia, y jamás el buen sentido ni la gentileza natural tienen necesidad de semejante trato.

CAPÍTULO III

DONDE NUESTRA HISTORIA RETROCEDE PARA CONMEMORAR UN INSIGNIFICANTE INCIDENTE OCURRIDO HACÍA ALGUNOS AÑOS, PERO QUE, DENTRO DE SU INSIGNIFICANCIA, TUVO CIERTAS CONSECUENCIAS EN EL FUTURO.

La deliciosa Sophia contaba dieciocho años cuando aparece en nuestra historia. Su padre, como ya se ha dicho, la quería más que a nada en el mundo. Por tanto, a ella recurrió Tom Jones para despertar su interés en favor de su amigo el guardabosque.

Mas antes de lanzarnos a contar este asunto, es necesario que hagamos una breve recapitulación de algunas cuestiones previas. Aunque los opuestos caracteres de Mr. Allworthy y de Mr. Western no eran los más a propósito para que existiera una gran intimidad entre ellos, mantenían, sin embargo, lo que se suele llamar buenas relaciones, razón por la cual la gente joven de ambas familias se trataban desde la infancia, y como poco más o menos todos eran de la misma edad, muchas veces fueron compañeros de juegos.

La exuberante alegría de Tom gustaba a Sophia mucho más que el carácter grave y concentrado de Blifil, y la preferencia que sentía por el primero de los muchachos era tan manifiesta, que un joven con un carácter más apasionado que Blifil quizá se hubiese sentido irritado por ello.

Pero como jamás mostró señales externas de sentir disgusto, sería una mala jugada por nuestra parte recorrer los arcanos más recónditos de su alma, a semejanza de cierta clase de gente amiga del escándalo que revuelve los más íntimos asuntos de sus amigos registrando a veces sus cómodas y armarios, para al cabo descubrir tan sólo una vida de pobreza y de miseria.

Y del mismo modo que existen personas que al sospechar que han ofendido a otras se muestran asimismo ofendidas, de igual modo Sophia atribuyó una acción realizada por Blifil a su cólera, aunque la superior sagacidad de Thwackum y de Square descubrió que procedía de otra causa.

Siendo aún un chiquillo, Tom Jones había regalado a Sophia un pajarito recién cogido del nido, que crió y enseñó a cantar.

Sophia, que en aquel entonces contaba trece años, se aficionó tanto al pájaro, que su principal tarea diaria era alimentarlo y cuidarlo, y su mayor diversión, jugar con él. De este modo el pequeño *Tom*, pues así era llamado el pajarito, se hizo tan manso, que cogía la comida de la mano de su amita, se le subía al dedo y se refugiaba alegre en su regazo, en donde permanecía acurrucado, sensible, a lo que parece, a la felicidad de que disfrutaba, aunque, todo hay que decirlo, siempre tenía un cordoncito

atado a la pata, en previsión de que intentara escaparse.

Cierto día en que Mr. Allworthy y toda su familia estaban comiendo en casa de Mr. Western, Blifil, que se encontraba en el jardín con la pequeña Sophia, admirando el gran cariño que la muchacha sentía por el pajarito, pidió a la niña que se lo dejara unos instantes. Sophia no tuvo inconveniente en acceder al ruego del joven caballero, y le entregó el pájaro. Pero apenas lo tuvo en la mano, Blifil desató el cordón de la pata del animal y lo lanzó al aire.

Tan pronto como se vio libre, el estúpido pájaro se olvidó de todos los favores que había recibido de Sophia y echó a volar, posándose en una rama de árbol a cierta distancia del suelo.

Al ver que su pajarillo huía, Sophia empezó a chillar tan fuerte, que Tom Jones, que se encontraba a escasa distancia de los dos muchachos, corrió para prestarle auxilio.

Apenas supo lo sucedido, insultó a Blifil con algunos epítetos mal sonantes, y quitándose con rapidez su chaqueta, comenzó a gatear por el árbol en el que el pájaro se había refugiado.

Tom estaba ya a punto de alcanzar a su pequeño tocayo cuando la rama en que se apoyaba, que colgaba sobre un canal, se quebró y el pobre muchacho cayó de cabeza al agua.

El interés de Sophia cambió de objeto instantáneamente, y como creyó que la vida del joven corría peligro, lanzó un grito diez veces más desgarrador que el primero. El propio Blifil la secundó con toda la fuerza de sus pulmones.

Las personas que se encontraban sentadas en una habitación inmediata al jardín se alarmaron al oír los gritos y acudieron todas al jardín, pero cuando llegaron al borde del canal, ya Tom salía del agua, que tenía muy escasa profundidad.

Thwackum se apresuró a dirigirse al pobre Tom, que permanecía en pie chorreando y temblando ante él. Pero Mr. Allworthy suplicó al sacerdote que se contuviera y volviéndose a Blifil, preguntó:

—Dime, ¿cuál es el motivo de lo ocurrido?

Blifil repuso:

—Lamento sinceramente, tío, lo que he hecho. Yo soy la causa de todo. Tenía el pajarillo de Sophia entre mis manos y, creyendo que el animalito languidecía por falta de libertad, me fue imposible evitar el concederle lo que anhelaba, ya que siempre he pensado que es una terrible crueldad mantener prisionero a nadie. Esto parece ir contra la ley natural, pues todos tenemos derecho a la libertad. Es igualmente anticristiano, pues es hacer con los demás lo que no queremos que hagan con nosotros. Pero si hubiera podido imaginar el interés y cariño que Sophia sentía por él, jamás lo hubiera hecho, y mucho menos si hubiese imaginado lo que iba a ocurrirle al pájaro. Cuando Jones, que se subió al árbol detrás del pájaro, cayó al agua, el pájaro

inició un segundo vuelo y un halcón que le estaba acechando se apoderó de él.

La desgraciada Sophia, que ahora supo por primera vez la suerte corrida por el pobre animalito —su interés por Tom Jones le había impedido darse cuenta de nada más— empezó a derramar un río de lágrimas. Mr. Allworthy trató de consolarla prometiéndole un pájaro mucho más bonito que el desaparecido. Pero la muchacha repuso que jamás tendría ningún otro. Su padre la regañó por llorar tanto por un pajarillo insignificante. Pero no pudo contenerse y le dijo a Blifil que si fuera hijo suyo le daría una buena azotaina.

Sophia subió a su cuarto y los dos jóvenes caballeros fueron enviados a casa. Mientras tanto, el resto de los presentes volvieron a la tertulia, donde se suscitó una animada charla sobre el asunto del pájaro, que creo merece capítulo aparte.

CAPÍTULO IV

DONDE SE TRATA DE ALGUNOS TEMAS TAN GRAVES Y PROFUNDOS QUE POSIBLEMENTE NO SEAN DEL AGRADO DEL LECTOR.

Una vez encendida su pipa, Square, dirigiéndose a Mr. Allworthy comenzó a hablar:

—Señor, no puedo por menos de felicitarle por su sobrino, el cual, a una edad en la que muy pocos jóvenes poseen más ideas que las de los objetos sensibles, ha conseguido saber distinguir el bien del mal. Aprisionar a cualquier ser viviente me parece contrario por completo a la ley natural, de acuerdo con la cual todo el mundo tiene derecho a la libertad. Éstas fueron sus mismas palabras, y le aseguro que jamás olvidaré la impresión que me produjeron. ¿Puede un hombre tener una noción más diáfana de la regla del derecho y de la eterna conveniencia de las cosas? Por fuerza debo deducir de tal amanecer que el meridiano de este joven sea igual al de cualquiera de los Brutos, ya sea el mayor o el menor.

Al llegar a este punto, Thwackum le interrumpió con gran viveza, y derramando parte de su vaso de vino y tragándose el resto con gran ansiedad, replicó:

—Pues yo creo que por otra expresión de que hizo uso se parecerá a hombres mucho mejores. La ley de la naturaleza es una mezcolanza de palabras que no quieren decir nada. No conozco nada de dicha ley, ni tampoco ningún derecho que pueda derivarse de ella. Lo de tratar al prójimo como a nosotros mismos, eso sí que es un motivo cristiano, tal como el muchacho dijo, y me siento muy satisfecho de ver que mis enseñanzas han dado sus frutos.

—Si la vanidad fuera una pasión conveniente —repuso Square—, podría concedérsele a usted alguna en la presente ocasión. En cuanto adonde ha aprendido Blifil las nociones que tiene del bien y del mal, creo que es patente. Si no existiera ley de la naturaleza, no existirían ni el bien ni el mal.

—¡Cómo! —exclamó el sacerdote—. ¿Entonces no admite usted la revelación? ¿Estoy hablando con un deísta o con un ateísta?

—¡Beba usted! —contestó Western—. ¡Qué hartazgo de leyes de la naturaleza! Ignoro lo que entienden uno y otro por bien y mal. En mi opinión, quitar un pájaro a una niña estuvo mal hecho, y mi vecino Allworthy puede hacer lo que le plazca, pero alentar a los niños para que sigan con esas prácticas, es criarles para el patíbulo.

Allworthy repuso que lamentaba de veras lo que había hecho su sobrino, pero que, sin embargo, no podía permitir que le castigasen, puesto que había obrado impulsado por un motivo generoso, no indigno, y añadió:

—Si el niño hubiera robado el pájaro, nadie se hubiera mostrado más dispuesto que yo a aconsejar que se le aplicase un severo castigo. Pero está claro que no fue

éste su propósito, y no dudo de que su intención era la que él mismo ha confesado.

Respecto al propósito malicioso que sospechaba Sophia, jamás pasó por la mente de Mr. Allworthy, concluyendo por censurar la acción como irreflexiva, cosa muy disculpable en un niño.

Square había expuesto su opinión con tanta franqueza, que si ahora callaba se exponía a que su parecer fuera censurado. Por consiguiente, no tuvo reparo en decir que Mr. Allworthy sentía excesivo respeto por la idea de la propiedad; que al referir nuestros juicios a las acciones grandes y poderosas, todos los puntos de vista particulares debían ser dados de lado, puesto que de haberse sometido a reglas tan rígidas, el Bruto más joven hubiera sido condenado por ingratitud y el mayor por parricidio.

—Y si ambos hubieran sido ahorcados por esos crímenes —vociferó Thwackum—, se hubiesen encontrado con lo que merecían. ¡Vaya par de paganos! ¡Dios sea loado por no haber Brutos en nuestros días! Le agradecería, Mr. Square, que dejara usted de llenar la cabeza de mis discípulos con ideas anticristianas, pues la consecuencia será, mientras estén bajo mi férula, que las ahuyentaré de ellos por la tremenda. Su discípulo Tom está ya casi echado a perder del todo. El otro día le oí decir, mientras disputaba con el joven Blifil, que no había el menor mérito en una fe sin obras. Sé que es uno de sus dogmas, y supongo que lo habrá tomado de usted.

—No me acuse usted de echarle a perder —replicó Square—. ¿Quién le ha enseñado a reírse de todo lo que es virtuoso y decente, conveniente y apto en la naturaleza de las cosas? Es un alumno cortado a su medida, y yo le rechazo. No, no, de ningún modo le quiero. Blifil, en cambio, me pertenece. Joven como es, le desafío a usted a que borre de su espíritu esas nociones sobre la rectitud moral.

Thwackum le lanzó una mirada de profundo desprecio y replicó:

—¡Oh! Le arriesgaría con usted. Posee muy buenos cimientos para que sus filosofías le puedan dañar. No, yo he tenido buen cuidado de inculcar en él tales principios que...

—Y yo también le he inculcado principios —exclamó Square—. ¿Qué otra idea, salvo la de la sublime libertad, pudo inspirar a un espíritu humano el generoso pensamiento de conceder la libertad a un pajarito? Y de nuevo lo repito, si fuera cosa digna enorgullecerse de ello, reclamo el honor de haber infundido esa idea al muchacho.

—Y si el orgullo no estuviera condenado —dijo a su vez Thwackum—, yo podría vanagloriarme de haberle enseñado el deber que él mismo señaló como origen de su acción.

—Veo que, según ustedes afirman —dijo Mr. Western—, ese joven caballero ha sido enseñado a robar el pajarito de mi hija. Por tanto, a partir de ahora habré de tener cuidado con mis perdices enjauladas, puesto que, a lo que parece, algún virtuoso

religioso puede ponerlas en libertad. —Y golpeando la espalda de un abogado que también se encontraba presente, le preguntó—: ¿Qué dice usted a esto, señor Consejero? ¿No va eso contra la ley?

Con suma gravedad, el consejero pronunció las siguientes palabras:

—Si se tratara de una perdiz, no hay duda de que se podría entablar una demanda, pues aunque ésta sea *feroe naturae*, en caso de que fuese reclamada, el derecho de propiedad es válido. Pero, por el contrario, en el caso de un pájaro que canta, aunque fuese reclamado, como se trata de una cosa de naturaleza despreciable, debe ser considerado como *nullius in bonis*. En este segundo caso, creo que no procedería la demanda y yo no aconsejaría que se presentara.

—Bien —exclamó el dueño de la casa—, si es *nullus bonus* bebamos todos y charlemos un poco del estado de la nación o de cualquier otra cosa que entendamos todos, pues yo no comprendo una palabra de toda esa jerigonza. Quizá será que carezco de la erudición necesaria, pero jamás me convencerán para que ahonde en ello. ¡Caramba! Ahora me doy cuenta de que no han dicho ustedes una sola palabra a favor de ese muchacho que merece ser ensalzado. Correr el riesgo de romperse la cabeza para complacer a mi hija fue sin duda una acción muy generosa. He aprendido lo bastante para saber apreciar esto. ¡Bebamos, pues, a la salud de Tom Jones! Querré a ese muchacho hasta el último día de mi vida.

De este modo interrumpió el debate, aunque sin duda hubiera sido reanudado a poco, si Mr. Allworthy no hubiese pedido su coche para llevarse consigo a los dos contendientes.

Éste fue el final de la aventura del pájaro y de la discusión que le siguió, y que nosotros no hemos podido por menos de referir al lector, aunque había sucedido algunos años antes del período que abarca nuestra historia.

CAPÍTULO V

DONDE SE EXPONEN ASUNTOS PARA TODOS LOS GUSTOS.

Parva leves capiunt animos. «Las cosas pequeñas afectan a los espíritus volubles». Tal es el modo de pensar de un gran maestro de la pasión del amor. Y está en lo cierto. A partir de aquel día, Sophia comenzó a demostrar cierta amabilidad con Tom Jones, a la vez que concebía una no pequeña aversión hacia su compañero.

A menudo, ciertos incidentes venían a perfeccionar en la joven estas dos pasiones, por los cuales, sin necesidad de que nosotros los mencionemos, deducirá el lector lo que hemos indicado ya sobre la diversidad de temperamento de los dos muchachos, y que uno de ellos armonizaba mejor con las inclinaciones de Sophia que el otro. En realidad, siendo todavía una niña, Sophia había descubierto que Tom Jones, pese a mostrarse como un muchacho perezoso, frívolo y tunante, no era enemigo más que de sí mismo, en tanto que Blifil, aunque aparecía como un caballero prudente, discreto y reservado, vivía al propio tiempo muy apegado al interés de una sola persona. Quién era esta persona creo que el lector lo adivinará sin nuestro concurso.

Estos dos tipos de caracteres no son siempre recibidos en el mundo con la diversa consideración que merecen uno y otro, y que podría esperarse que el género humano, por interés propio, demostraría hacia ellos. Pero quizá exista una razón política para ello. Cuando se tropieza con un ser de corazón bondadoso, cabe que los hombres piensen que han descubierto un tesoro y que quieran conservarlo, como todas las cosas buenas, para ellos solos. De aquí que supongan que al proclamar a los cuatro vientos las excelencias de tal persona crean que esto supone atraer la atención de otros participantes en aquello que desean emplear sólo en su propio beneficio. Pero si esta explicación no satisface al lector, yo no conozco otro medio de justificar el escaso respeto que se concede a un carácter que realmente hace honor a la naturaleza humana y produce un gran bien a la sociedad. De todos modos esto no tenía nada que ver con Sophia. La joven honró a Tom Jones y despreció a Blifil en cuanto conoció el significado de las palabras honrar y despreciar.

Sophia había permanecido ausente de su casa tres años, tiempo que pasó al lado de su tía, y durante este período apenas si vio a uno u otro de los dos jóvenes caballeros. Una vez, sin embargo, comió, junto con su tía, en casa de Mr. Allworthy. Esto sucedió algunos días más tarde de la aventura de la perdiz, que ya hemos relatado. Sophia se enteró de toda la historia en la mesa. Pero no dijo nada, ni tampoco obtuvo su tía de ella muchas palabras al regreso a casa. Pero a su doncella, mientras la ayudaba a desnudarse, se le ocurrió decir:

—Señorita, supongo que hoy habrá usted visto al joven Blifil.

A lo que Sophia respondió con gran pasión:

—Odio el nombre de Blifil como todo lo que es vil y traidor, y me sorprende enormemente que Mr. Allworthy permita que ese viejo y bárbaro maestro castigue tan cruelmente a un muchacho por lo que no ha sido más que consecuencia de su naturaleza bondadosa.

Y a renglón seguido contó la historia a su doncella, terminando de este modo:

—¿No le parece a usted que Tom es un muchacho de nobles sentimientos?

La joven se había instalado de nuevo en su casa, y su padre le entregó el gobierno de ella, colocándola en la cabecera de la mesa, donde Tom, que en el entretanto se había hecho gran amigo de Mr. Western, comía muy a menudo. Los jóvenes de carácter abierto y generoso se inclinan por naturaleza a la galantería, la que, si cuentan con una inteligencia despejada, como ocurría en el caso de Tom, supone un gran atractivo para todas las mujeres en general. Esta cualidad distinguía a Tom por un lado de los restantes jóvenes campesinos, todos poseedores de una brutalidad declarada, y, por el otro, del comportamiento solemne y en cierto modo hosco de su compañero Blifil, y ahora, a los veinte años, comenzaba a gozar entre las mujeres de los alrededores fama de joven bien educado.

Tom no guardaba consideraciones especiales a Sophia, a no ser que consideremos como tales el que le demostraba un mayor y más profundo respeto que a las demás mujeres. Se diría que exigía esto su belleza, su fortuna, su inteligencia y su porte distinguido. Pero hay que reconocer que no había concebido la menor intención en cuanto a su persona, por lo cual no ponemos inconveniente en que el lector le acuse de estúpido. Aunque quizá más adelante podamos explicar el porqué.

Sophia unía una gran inocencia y modestia con una acusada viveza de espíritu. Y ésta se acrecentaba de modo tan palpable cuando se encontraba en presencia de Tom, que si el muchacho no hubiera sido tan joven y poco dado a entregarse a la meditación, no habría dejado de observarlo. Por otra parte, si los pensamientos de Mr. Western no hubieran permanecido siempre en el campo, las cuabras o la jauría, podía haber sentido un poco de celos. Pero tan distante se encontraba el caballero de concebir la menor sospecha, que proporcionaba a Tom todas las oportunidades de estar con su hija, cosa que sin duda le hubiera envidiado cualquier novio. De esto Tom no extraía mayor ventaja, siguiendo sólo los dictados de su natural galantería y de su bondadoso corazón.

Así que no puede sorprender que esto escapase a la observación de los demás, puesto que ni siquiera la pobre Sophia lo notó, y su corazón estuvo irremisiblemente perdido antes de que sospechara que se hallaba en peligro.

Tal era el estado de cosas cuando cierta tarde Tom, al encontrar sola a Sophia, comenzó, luego de un breve exordio y con cara muy seria, a decirle que tenía que solicitar de ella un favor que esperaba que podría concederle.

Aunque ni la conducta del joven ni su modo de plantear el asunto podían hacer concebir a Sophia la idea de que la intención del joven era hacerle el amor, bien fuera porque la naturaleza le habló al oído o por alguna otra cosa, lo cierto es que cierta idea de esta índole cruzó por su mente, pues el color se ausentó de sus mejillas, sus piernas empezaron a temblar y su lengua hubiera permanecido muda si Tom hubiese esperado una respuesta. Pero el joven la arrancó de su perplejidad, comunicándole su deseo, que no era otro que interesarse por el guardabosque, cuya ruina, así como la de su numerosa familia, sería inevitable si Mr. Western mantenía su demanda contra él.

Sophia se repuso en el acto de su azoramiento, y con sonrisa rebosante de bondad, repuso:

—¿Es éste el gran favor que me pedía usted con tanta gravedad? Lo haré de buena gana. Ese pobre hombre me da lástima, y ayer mismo envié un pequeño socorro a su mujer.

Este socorro fue uno de sus vestidos, alguna ropa blanca y diez chelines, cosa que Tom ya sabía.

Tom, animado por el éxito, decidió llevar su petición adelante, y osó pedir a la joven que suplicara a su padre que le tomase a su servicio, asegurando que le tenía por uno de los hombres más honrados de la comarca, muy capacitado para el empleo de guardabosque, que en aquellos momentos, y por fortuna, se hallaba vacante en casa de Mr. Western.

Sophia contestó:

—Muy bien, también cuidaré de eso. Pero no le prometo a usted el mismo éxito que en lo primero, para lo cual no dejaré a mi padre hasta conseguirlo, se lo prometo. De todas formas, haré por el infeliz cuanto esté en mi mano, puesto que siento mucha lástima tanto de él como de su familia. Ahora yo, a mi vez, tengo que pedirle a usted un favor, Tom.

—¿Un favor, Sophia? —exclamó Tom sorprendido—. Si supiera usted el placer que me proporciona la esperanza de que voy a recibir una orden de usted, comprendería que con la simple insinuación de ello ya me otorga un señalado favor. Por esta querida mano, por poder servir a usted, sería capaz de sacrificar mi vida.

Entonces cogió la mano de la joven y la besó con gran entusiasmo, siendo ésta la primera vez que sus labios la tocaban. La sangre, que momentos antes había huido de las mejillas de Sophia, afluyó ahora a su rostro y a su cuello con tal violencia que se tornó de color escarlata. Al mismo tiempo experimentó una sensación que hasta entonces no había sentido. Cuando más tarde tuvo tiempo de reflexionar sobre ello, empezó a explicarse ciertos secretos, que el lector, si no los ha adivinado ya, conocerá a su debido tiempo.

Tan pronto como le fue posible hablar —cosa que no ocurrió inmediatamente—, Sophia repuso que el favor que quería pedirle era que no alentase a su padre con

cacerías peligrosas. Por las muchas cosas que le habían contado, se sentía asustada cada vez que ambos salían juntos, y temía que el día menos pensado trajeran a su padre con las piernas rotas. Por esto tenía que suplicarle que, por cariño hacia ella, fuera más prudente, y como estaba segura de que su padre trataría de imitarle en todo, no cabalgase tan alocadamente como lo hacía, ni tampoco diera con el caballo aquellos saltos tan peligrosos que le gustaba dar.

Tom prometió solemnemente cumplir aquellas órdenes, y luego de dar a la joven las gracias por la amable acogida que había dispensado a su petición, se despidió de ella y salió de la estancia plenamente satisfecho de su triunfo.

Sophia también se sintió encantada, aunque de forma muy distinta. Sus sensaciones podrá representárselas el corazón del lector, si él o ella lo tienen, mucho mejor que yo.

Mr. Western acostumbraba cada tarde, una vez había bebido su botella de vino, escuchar a su hija tocar el clavicordio, pues le gustaba mucho la música, y es muy posible que si hubiera vivido en la ciudad hubiese pasado por un entendido de verdad, aunque no le gustaban las composiciones más inspiradas de Händel. Tan sólo le complacía la música ligera y alada, y sus melodías preferidas eran *Viejo señor Simón el rey*, *San Jorge por Inglaterra*, *Bobbin Joan* y otras.

Aunque Sophia era una gran ejecutante y nunca había tocado más que a Händel, le complacía tanto dar gusto a su padre, que se había tomado la molestia de aprenderse todas las melodías conocidas para podérselas tocar a su padre. De vez en cuando, sin embargo, trataba de que aceptase su gusto, y cuando él le pedía que tocara baladas, ella contestaba con un: «No, querido papá», a la vez que le suplicaba que oyera otra cosa.

Pero aquella tarde, cuando el caballero se despidió de su botella, la joven tocó las piezas preferidas por su padre y no sólo una vez, sino tres veces seguidas, sin que él se lo pidiera. Esto satisfizo tanto a Mr. Western, que el hombre se levantó de su asiento, dio un beso a su hija y aseguró que sus manos habían mejorado mucho. Entonces Sophia aprovechó la ocasión para cumplir la promesa que había hecho a Tom, obteniendo tal éxito, que su padre afirmó que si volvía a repetir *Viejo señor Simón*, a la mañana siguiente entregaría el nombramiento al guardabosque. *El señor Simón* fue tocado una y otra vez, hasta que Mr. Western se quedó dormido arrullado por la música.

A la mañana siguiente Sophia se dio prisa en recordar a su padre la promesa que le había hecho el día anterior. Mr. Western mandó a buscar a su apoderado, al que dio orden de que suspendiera las diligencias de la demanda contra George y extendiera un nombramiento de guardabosque a favor de él.

El éxito que Tom Jones había obtenido no tardó en propagarse por toda la región, comentándose de diversos modos. Unos lo celebraron como un acto de bondad

natural, otros lo tomaron a burla, a la par que decían: «No hay por qué extrañarse de que un joven perezoso ayude a otro».

El joven Blifil recibió un gran disgusto. Hacía tiempo que odiaba a George en el mismo grado que Tom le estimaba, y esto no era consecuencia de ninguna ofensa que hubiera recibido de él, sino impulsado por su amor a la religión y a la virtud, ya que George gozaba fama de ser un hombre disoluto.

Square y Thwackum coincidieron con este modo de pensar. En la actualidad se sentían, sobre todo el primero, muy celoso del joven Jones, pues el muchacho se acercaba a los veinte años, era guapo, y la viuda, por sus discreteos con él, daba pábulo a tales celos.

Mr. Allworthy, sin embargo, no se dejó contaminar por la malicia de aquellos dos hombres, declarándose plenamente satisfecho con lo hecho por Jones. Afirmó que la perseverancia y la integridad de su amistad era muy recomendable, y que deseaba presenciar con más frecuencia ejemplos de aquella clase.

Pero la fortuna quiso ahora dar un rumbo distinto a todas las acciones de Tom, haciéndole aparecer ante los ojos de Mr. Allworthy bajo un aspecto mucho más desagradable de como hasta la fecha las había contemplado la bondad de aquel dignísimo caballero.

CAPÍTULO VI

APOLOGÍA DE LA INSENSIBILIDAD DE TOM JONES ANTE LOS ENCANTOS DE LA ADORABLE SOPHIA, CON LO QUE ES MUY POSIBLE QUE REBAJEMOS SU CARÁCTER EN UN GRADO BASTANTE CONSIDERABLE EN EL APRECIO DE TODOS LOS HOMBRES PROVISTOS DE TALENTO Y GALANTES QUE APRUEBAN LA CONDUCTA DE LOS HÉROES EN LA MAYOR PARTE DE NUESTRAS COMEDIAS MODERNAS.

Existen dos tipos de gente que mucho me temo hayan concebido ya un cierto desprecio hacia mi héroe, inspirados en su conducta con Sophia. Los primeros censurarán abiertamente su desdén hacia la fortuna de Mr. Western. En cuanto a los segundos, no le despreciarán menos por su manifiesta torpeza con una linda joven que parecía dispuesta a volar hacia sus brazos, si él los hubiera abierto para recibirla.

Aunque quizá yo no sea capaz de absolverle de un modo total de ambas acusaciones, puesto que la falta de prudencia no admite excusas y lo que podría presentar contra la última de tales acusaciones sería muy poco satisfactorio, no obstante, como la prueba puede a veces servir de atenuante, me limitaré a publicar los hechos positivos y dejaré el resto en manos del lector.

Tom Jones poseía algo que, si bien los autores no se han puesto aún de acuerdo sobre su nombre, se da indudablemente en algunos seres humanos. Esto consiste no en hacerles distinguir el bien del mal, sino más en un impulso e incitación hacia el primero y en una contención y apartamiento del segundo.

Con el fin de dar una mejor idea del principio a que me refiero, puede imaginarse a éste sentado en su trono en la mente del mismo que el lord Gran Canciller del reino en su estrado, y desde el cual preside, gobierna, dirige, juzga, absuelve y condena de acuerdo con los méritos y la justicia, mostrando un conocimiento que lo abarca todo, una penetración que nada puede distraer y una integridad que nada es capaz de corromper.

Este principio activo representa la barrera más importante entre nosotros y nuestros inmediatos vecinos los brujos, ya que si existe algún ser con forma humana que no se halle bajo el dominio, yo preferiría considerarle como desertor que se ha pasado a las filas de nuestros vecinos, e incluso entre éstos seguirían manteniendo el carácter de desertores y no figurarían en primera línea. Nuestro héroe se hallaba bajo la indudable influencia y guía de este principio, ya procediera de Square o de Thwackum. Aunque no en todas las ocasiones obraba con rectitud, jamás lo hizo sin lamentarlo y sufrir por tal razón.

A esto se debía el que pensara que pagar las amabilidades y finezas de la hospitalidad robando en la casa en que se han recibido, era mostrarse más vil y miserable que los mismos ladrones. No consideraba disminuida la vileza de esta ofensa por la menor o mayor importancia de la injuria inferida. Por el contrario, si el robo de la vajilla de otro era merecedora de la muerte y la infamia, le parecía muy difícil encontrar el castigo adecuado para el que roba a un hombre toda su fortuna y, además, su hija.

Este principio fue, pues, el que le impidió incluso concebir la idea de mejorar su fortuna mediante tales medios, ya que, como he dicho antes, se trata de un principio activo y no se siente satisfecho con sólo el conocimiento o la creencia en él.

Es muy posible que si hubiera estado profundamente enamorado de Sophia hubiera pensado de manera muy distinta. Pero permítaseme decir que existe una gran diferencia entre huir con la hija de un caballero por causa del amor y hacer lo mismo como consecuencia del robo.

Aunque Tom estaba muy lejos de ser insensible a los encantos de Sophia, y admiraba de veras su singular belleza y apreciaba todas sus excelentes cualidades, nada de todo esto había producido gran impresión en su corazón, y como no puede atribuirse a estupidez o cuando menos a falta de gusto, trataremos de explicar ahora las razones de que así ocurriera.

Lo cierto es que su corazón estaba ocupado por otra mujer. Imagino ahora al lector sorprendido y perplejo ante nuestro total silencio sobre el asunto, a la vez que se esfuerza en adivinar quién sea tal mujer, ya que hasta el momento no hemos hecho la menor alusión a ninguna joven que pudiera ser la rival de Sophia. Respecto a la viuda del capitán Blifil, aunque en alguna ocasión nos hemos visto obligados a dejar entrever algunas sospechas sobre su afecto hacia Tom, no creo que hayamos dado el menor motivo para suponer que el joven sintiera alguno por ella. Ahora añadiré que la juventud de ambos sexos se muestra muy inclinada a mostrarse ingrata con las personas de más edad, en pago de la consideración con que a veces tienen la amabilidad de honrarla.

Para no mantener más tiempo en suspenso la curiosidad del lector, le ruego que recuerde que con frecuencia hemos mencionado a la familia de George Seagrim, llamado vulgarmente George el guardabosque, la cual se componía del matrimonio y cinco hijos.

El segundo de éstos era una muchacha llamada Mary, la cual gozaba fama de ser una de las más guapas de la comarca.

Congreve afirma, y creemos que con razón, que en la auténtica belleza hay algo que las almas vulgares son incapaces de admirar, en tanto que no existen harapos capaces de ocultar ese algo a los ojos de las almas que no son vulgares.

La belleza de Mary no produjo impresión en Tom hasta que la muchacha cumplió

los dieciséis años. Entonces Jones, que le llevaba tres años, empezó a mirarla con ojos encandilados. El afecto que sentía por ella brotó en él mucho antes de que pudiera intentar la posesión de la muchacha, ya que si bien su naturaleza le impulsaba a ello, sus principios morales le frenaban con no menos fuerza. Seducir a una muchacha, por humilde que fuera, le parecía un crimen horrendo, y la buena voluntad que sentía hacia el padre, junto con la compasión que le inspiraba su familia, no servían más que para apoyar sus reflexiones, hasta que al cabo decidió abstenerse de comparecer por casa de Seagrim y no ver a su hija durante tres meses.

Pero si bien Mary, como ya hemos dicho, era considerada una gran belleza, y lo era de veras, su belleza distaba mucho de ser del tipo suave y amable. En ella existía poco de femenino, y la belleza que poseía lo mismo hubiera podido aplicarse a un hombre que a una mujer. En su composición entraba, en suma, buena parte de juventud y de lozanía.

Su alma no era más femenina que su persona, y del mismo modo que era alta y robusta, su alma se mostraba osada y desenvuelta. Distaba tanto de ser humilde y recatada, que Tom guardaba más consideraciones a su virtud que ella misma. Y como sin duda Tom le gustaba tanto como ella gustaba a él, al aperebirse del retraimiento del joven supo insinuarse debidamente, y cuando observó que el joven desertaba de su casa, encontró el medio para interponerse en su camino, conduciéndose de una manera tan provocativa que Tom Jones hubiera tenido que ser un verdadero héroe para que los esfuerzos de ella resultaran baldíos. En resumen, no tardó en triunfar sobre las virtuosas intenciones del muchacho, pues aunque siempre supo guardar las apariencias, el triunfo debemos atribuírselo a Mary, que al fin consiguió sus designios.

Mary supo desempeñar tan bien su papel en todo el asunto, que Tom se atribuyó a sí mismo la conquista de la muchacha, considerando a la joven como una víctima de su pasión amorosa. Y el que ella hubiera accedido a sus requerimientos lo atribuyó al invencible poder del amor que sentía por él, y el lector convendrá conmigo que esto era una suposición muy natural y probable. Más de una vez hemos aludido al atractivo tan poco corriente de su persona. Se trataba de uno de los jóvenes más guapos de su época.

Del mismo modo que existen espíritus cuyos sentimientos, como los del joven Blifil, sólo se enfocan hacia una persona, cuyo interés y complacencia es lo único que les importa en todo instante, y contemplan el bien y el mal de los demás con absoluta indiferencia si no contribuye al placer o provecho de la expresada persona, asimismo se dan en la vida otros tipos de individuos a los que les sucede todo lo contrario. Éstos jamás pueden recibir ninguna satisfacción de otra persona sin quererla de veras y sin convertir su bienestar en elemento en cierto modo necesario para su tranquilidad.

Nuestro héroe pertenecía a esta última especie. Consideraba a la pobre muchacha que se le había entregado como una persona cuya felicidad o desamparo dependía sólo de él. Su belleza era aún deseable, aunque es posible que si se le hubiera antepuesto una belleza mayor, Tom se hubiese ido tras ella. Pero la ligera disminución del deseo primero era compensada por el afecto que ella indudablemente sentía por él, así como por la situación en que él le había colocado. La primera creó la gratitud, la última originó la compasión. Y ambas, al unirse con la atracción de la belleza de la joven, engendraron en Tom una pasión que podía, sin violentar demasiado la palabra, llamarse amor, aunque ésta no fuera la palabra más adecuada para designar sus comienzos.

Ésta era pues, la razón de la insensibilidad de Tom Jones ante los encantos de Sophia y de la conducta de la joven, que hasta cierto punto podría interpretarse como un estímulo a las galanterías de él. Del mismo modo que le era imposible concebir la sola idea de abandonar a Mary, pobre y desamparada como se encontraba, tampoco le era posible concebir el pensamiento de traicionar a una criatura como Sophia. Pero probablemente, si hubiera alentado en él una ligera pasión por esta última joven, hubiera resultado culpable de uno u otro de esos crímenes, cualquiera de los cuales, en mi opinión, le habría colocado a merced de ese hado que en su primera aparición en esta historia aseguré que le había sido anunciado como su destino inevitable.

CAPÍTULO VII

QUE ES EL MÁS CORTO DE ESTE LIBRO.

Su madre fue la primera en advertir la alteración que se estaba produciendo en el cuerpo de Mary, y para ocultarlo a los vecinos no se le ocurrió otra cosa que ponerle el vestido que Sophia le había enviado, aunque ésta había tenido sus dudas de que la infeliz mujer quisiera ver a una de sus hijas ataviada con un vestido como aquél.

Mary se sintió encantada ante la primera oportunidad que se le ofrecía en su vida de realzar su belleza, pues si bien no tenía el menor inconveniente en mirarse al espejo, aunque estuviera vestida de harapos, y aunque era así como había conquistado el corazón de Tom Jones, e incluso tal vez el de algún otro, la joven se dijo que un vestido fino y elegante realzaría sus encantos y aumentaría sus conquistas.

Ataviada, pues, de tal guisa, con una gorra de lazos y ciertos adornos regalados por Tom, la muchacha acudió a la iglesia como todos los domingos con un abanico en la mano. Los poderosos están en un error si creen que ellos solos poseen vanidad y ambición. Estas nobles cualidades florecen de la misma forma en una iglesia de pueblo que en un salón. Entre sus feligreses pueden existir complots y enredos, grupos y facciones, de idéntico modo que en los palacios.

Tampoco las mujeres son menos expertas en las artes femeninas que sus superiores en calidad y fortuna. Las hay mojigatas y coquetas. También hay adornos y aderezos, y miradas, falsedad, envidia, malicia, escándalo, en una palabra, todo lo que es usual en los salones más distinguidos o en las reuniones más elegantes. Por tanto, los de la aristocracia no deben seguir despreciando más tiempo a sus inferiores ni los vulgares hablar mal de los vicios de sus superiores.

Mary pasó un buen rato en la iglesia antes de que fuera reconocida por sus vecinas. Pero a poco un murmullo empezó a extenderse por toda la nave. «¿Quién es?». Y cuando al fin supieron de quién se trataba, le lanzaron tales miradas de desprecio y se oyeron risitas tan burlonas entre las mujeres, que Mr. Allworthy tuvo que ejercer toda su autoridad para mantener el orden.

CAPÍTULO VIII

DONDE SE CANTA UNA BATALLA EN ESTILO HOMÉRICO, QUE SÓLO EL LECTOR DE LOS CLÁSICOS PODRÁ SABOREAR.

Mr. Western poseía algunas propiedades en aquella parroquia, y como su casa quedaba más o menos a la misma distancia de esta iglesia que de la de su parroquia, con frecuencia acudía a ella para cumplir sus deberes religiosos. Tanto él como Sophia se encontraban presentes en la ocasión que nos ocupa.

A Sophia no dejó de gustarle la belleza de la muchacha, a quien, sin embargo, compadeció por atreverse a vestirse de aquella manera, pues no se le escapó la envidia que había suscitado entre sus convecinas.

En cuanto la joven llegó a su casa envió a buscar al guardabosque y le pidió que le llevara a su hija, diciéndole que la atendería en familia, y tal vez podría colocar en su casa cuando su doncella, que tenía intención de marcharse, lo hubiera hecho.

El pobre Seagrim quedó de una pieza al oír semejante proposición, pues no ignoraba la falta de su hija. El hombre balbuceó que temía mucho que su hija fuera demasiado zafia para servir a una señorita, ya que jamás había servido a nadie.

—No importa —contestó Sophia—. Pronto aprenderá. Me gusta su hija y estoy dispuesta a hacer una prueba con ella.

George, el guardabosque, decidió acudir a su mujer en demanda de consejo, pero cuando llegó a casa la encontró toda revuelta.

Tanta envidia había despertado el vestido de Mary, que cuando Mr. Allworthy y la demás gente de categoría salieron de la iglesia, la ira, hasta entonces contenida, estalló de súbito. Al principio se manifestó con palabras insultantes, risas, silbidos y actitudes, para más tarde acudir al empleo de ciertas armas arrojadas, que si bien por su índole no amenazaban la vida de nadie, ni siquiera la rotura de algún miembro, no dejaban de ser temibles para una dama bien vestida. Mary poseía un carácter demasiado vivo para soportar fríamente aquel trato desconsiderado. Por lo tanto... Pero hagamos alto, pues desconfiamos de nuestra habilidad y será mejor que invoquemos en nuestra ayuda a un poder superior.

¡Oh, musas; cualesquiera que seáis! ¡Vosotras que gustáis de cantar las batallas y, sobre todo, tú, que en otro tiempo narraste la carnicería que hubo en los campos donde lucharon Hudibras y Trulla, ayúdame en la presente ocasión! No a todo el mundo le es posible hacer lo que desea.

Del mismo modo que un hato de vacas en el establo, mientras son ordeñadas oyen a sus terneros a lo lejos, mugen y bufan quejándose del robo de sus hijos, así rugió la muchedumbre de Somersetshire, con tantos chillidos, gritos, berridos y otra clase

de sonidos como personas había o pasiones alentaban entre ellas. Unos eran inspirados por la ira, otros por el miedo, mientras que algunos sólo expresaban un deseo de burla. Pero, sobre todo, la Envidia, hermana de Satanás y eterna compañera suya, se precipitó entre la multitud y desató la furia de las mujeres, que tan pronto llegaron cerca de Mary empezaron a cubrirla de inmundicias.

Mary, que en vano trató de buscar una honrosa retirada, hizo frente a las atacantes, y cogiendo a la harapienta Elizabeth, que avanzaba al frente del enemigo, la arrojó al suelo. Entonces todo el ejército enemigo, alrededor de cien personas, al observar la suerte que había corrido su general, retrocedió unos cuantos pasos, parapetándose detrás de una tumba recién abierta, pues la batalla —cosa que no habíamos dicho aún— tuvo lugar en el camposanto de la iglesia, donde aquella tarde tenía que efectuarse un entierro. Mary continuó la lucha, y cogiendo una calavera que había junto a la tumba, la disparó con tal fuerza, que, al alcanzar a un sastre en la cabeza, los dos cráneos produjeron un sonido hueco al encontrarse, y el sastre cayó en tierra, donde los cráneos quedaron uno junto al otro, costando saber cuál de los dos era más apreciable. Mary cogió entonces un fémur y, lanzándose entre las filas de los que huían, empezó a repartir mandobles a derecha e izquierda con gran brío, arrojando al suelo a muchos héroes y heroínas.

Cantad, oh musas, los nombres de los que cayeron en aquel día fatal. El primero en sentir en su cogote el maldito hueso fue James Tweedle, aquel que se había criado en las suaves y agradables riberas del dulce y ondulante Stour, donde por vez primera aprendió el arte de cantar. Yendo de feria en feria y de mercado en mercado, alegraba a las ninfas y a los zagales del lugar cuando sobre los prados se enlazaban formando alegres parejas para bailar, mientras él tocaba su violín y saltaba al son de su propia música. ¡Pero de qué poco le sirvió ahora su violín! El pobre midió el suelo con su cuerpo. La siguiente víctima fue el viejo Echepole, el castrador de cerdos, el cual recibió un buen golpe en la frente, propinado por nuestra heroína del Amazonas, e inmediatamente se derrumbó en tierra. Era un individuo extremadamente grueso y al caer produjo tanto estruendo como una casa que se derrumbara. La tabaquera le saltó del bolsillo, y Mary la recogió como trofeo de guerra. Más tarde, Catherine, la del molino, cayó sobre una lápida, lo que fue causa que se invirtiera el orden de la naturaleza, pues sus talones quedaron más altos que su cabeza, al engancharse en aquella sus medias no sujetas por ligas. Elizabeth Pippin, junto con el joven Roger, su novio, cayeron ambos en tierra, en la cual, ¡oh destino perverso!, ella saludó a la tierra y él al cielo. Tom Freckle, el hijo del herrero, fue la siguiente víctima de la cólera de Mary. Era un hábil artesano y hacía excelentes zuecos. Ahora bien, el zueco que le tumbó boca abajo era obra de sus manos. Si en aquella ocasión hubiera estado cantando salmos en la iglesia habría evitado que le rompieran la cabeza. Miss Crow, la hija de un campesino, John Ciddish, campesino, Anne Slonch, Esther Codling,

William Spray, Thomas Bennet, las tres hermanas Potter, cuyo padre era el dueño del *León Rojo*, Elizabeth Chambermaid, James Ostler y muchos otros de inferior categoría yacían esparcidos entre las tumbas.

El vigoroso y rápido brazo de Mary no alcanzó a todos, sino que muchos se empujaron unos a otros en su huida.

Pero entonces la fortuna, quizá temerosa de no haber obrado conforme y haberse inclinado demasiado tiempo del mismo lado, se volvió rápidamente en contra suya, valiéndose para ello de los servicios de Gertrude Brown, la esposa de Ezequiel Brown, quien no era el único en estrecharla entre sus brazos, sino que también lo hacía media parroquia, tan famosa era en el campo de Venus como en el de Marte. Los trofeos obtenidos en ambos terrenos el marido los mostraba en la frente y en el rostro, pues jamás marido alguno superó a Ezequiel en mostrar mediante los cuernos de su frente las glorias amorosas de su mujer, ni su rostro completamente surcado de arañazos el denodado esfuerzo de ella.

Esta valerosa amazona no pudo soportar más tiempo la vergonzosa huida de sus partidarios. Deteniéndose de pronto, llamó a los que huían y les increpó del siguiente modo:

—Vosotros, hombres de Somersetshire, o mejor, vosotras, mujeres de Somersetshire, ¿no os avergonzáis de huir de este modo de una sola mujer? Si nadie está dispuesto a hacerle frente, yo misma y John Top, aquí presente, obtendremos el honor de la victoria.

Dicho esto se abalanzó sobre Mary Seagrim, a quien sin gran esfuerzo consiguió arrancarle de la mano el fémur, a la vez que la gorra de la cabeza. Luego cogió a Mary por los pelos con la mano izquierda, mientras que con la derecha comenzaba a golpearla tan fuerte en la cara, que pronto empezaron a sangrar las narices de la joven. Pero Mary no se mantuvo ociosa. No tardó en arrancar el pañuelo con que Gertrude Brown se cubría la cabeza, y sujetándole el pelo con una mano, provocó con la otra un chorro de sangre en las narices de su enemiga.

Cuando ambas contendientes se habían arrancado suficientes mechones de cabellos, su siguiente embestida fue contra las ropas. En este ataque ambas mostraron tal ímpetu que en escasos minutos quedaron desnudas de cintura para arriba.

Es una suerte para las mujeres que el lugar preferido para disparar los puñetazos no sea el mismo de los hombres. Esto lo atribuyen algunos a que las mujeres son más aficionadas a la sangre que los hombres. Por esta razón ellas prefieren las narices, pues es el órgano que con más facilidad sangra, aunque quizá todo sea una mera superstición. Sin embargo, cuando se lanzan a la lucha, no se olvidan de asaltar los senos de su contrincante, donde pocos golpes serían fatales para ellas.

Gertrude Brown poseía una gran ventaja sobre Mary en este terreno, pues carecía de senos, pudiéndose comparar su pecho, si así puede llamársele, tanto por su color

como por otras propiedades, a un viejo pergamino sobre el que cualquiera podría tamborilear durante un buen rato sin temor a hacerle el menor daño.

Mary poseía una configuración distinta en esta parte de su cuerpo, y quizá esto hubiera despertado el deseo en Gertrude Brown de darle un golpe fatal, si no hubiera puesto fin a aquella sangrienta trifulca femenina la inesperada llegada de Tom Jones.

Esto sucedió debido a Mr. Square, pues el caballero, Blifil y Jones habían montado a caballo, después de oír misa, para dar un paseo. Llevarían cabalgando cosa de un cuarto de hora cuando Square, cambiando de idea, por una razón que explicaremos a su debido tiempo, propuso seguir otro camino distinto del que habían tomado primero. Acordado esto, tuvieron que volver de nuevo a la iglesia.

Blifil, que iba delante, al ver tanta gente reunida en el cementerio y a dos mujeres en la posición en que hemos dejado a las dos adversarias, detuvo su caballo para inquirir lo que sucedía. Un campesino, rascándose la cabeza, contestó:

—No lo sé, señorito, aunque creo que Gertrude Brown y Mary Seagrim se están peleando.

—¿Quién? ¿Quién? —gritó Tom.

Pero no esperó la respuesta. Al descubrir a Mary entre el tropel de gente, saltó a tierra rápidamente, abandonó el caballo y, saltando el muro de piedra, corrió en ayuda de la joven. Ésta, llorando a lágrima viva, le refirió lo bárbaramente que había sido tratada, con lo que sin tener en cuenta el sexo de Gertrude, o no distinguiéndola quizá en su cólera, pues era lo cierto que de apariencia femenina no tenía más que las faldas, Tom le dio un latigazo o dos, y corriendo hacia la demás gente, acusados todos por Mary, distribuyó golpes en tal abundancia en todas direcciones, que a menos que de nuevo invocara a la musa, me sería imposible llevar la cuenta de los latigazos que se repartieron aquel día.

Una vez que despejó el campo de enemigos tan bien como podría haberlo hecho un héroe de Homero o Don Quijote o cualquier otro caballero andante, Tom volvió junto a Mary, encontrándola en tal estado que tanto a mí como al lector nos produciría pena tener que hablar de ello. Tom Jones se sentía furioso, se golpeaba el pecho, se mesaba el cabello, pateaba en el suelo, y juró vengarse de todos los culpables. Luego se quitó la chaqueta, que colocó alrededor de los hombros de la joven, le puso el sombrero en la cabeza y, limpiándole el rostro lo mejor que pudo con su pañuelo, ordenó al criado que fuera a caballo lo más rápidamente que pudiera en busca de una silla de montar de mujer o bien de una grupera, a fin de transportar a Mary a su casa.

Blifil puso reparos a lo del envío del criado, ya que sólo tenían uno, pero como Square repitió las órdenes de Jones, tuvo que acceder.

El criado no tardó en volver con la grupera, y luego de ordenar Mary los restos de su vestido lo mejor que pudo, Tom la colocó detrás de él. De esta manera fue

conducida a su casa, escoltada por Square, Blifil y Jones.

Tras de recoger su chaqueta, de darle un beso con disimulo y de decirle que volvería por la tarde, Jones dejó a Mary y siguió a sus compañeros.

CAPÍTULO IX

DONDE SE TRATAN ASUNTOS EN TONO NO MUY APACIBLE.

Tan pronto como Mary se hubo puesto su harapiento vestido de costumbre, todas sus hermanas arremetieron contra ella, en especial la mayor, quien le dijo que estaba bien servida.

—¿Cómo has tenido el valor de ponerte un vestido que miss Western regaló a nuestra madre? Si alguna de nosotras debía lucirlo, creo que yo tengo más derecho que tú. Pero apostarí a que crees que te pertenece por tu belleza, ya que te tienes por más guapa que todas nosotras.

—Dale el trozo de espejo que está en lo alto del ropero —añadió otra—. Yo me habría lavado la sangre de la cara antes de hablar de mi belleza.

—Deberías de haber tenido presente lo que dice el párroco —continuó la mayor—, y no haber intentado atraer la atención de los hombres.

—Es cierto —dijo la madre, lagrimeando— que nos has traído la desgracia a todos. Eres la deshonra de nuestra familia, en la que hasta ahora jamás hubo una perdida.

—No debía echarme usted eso en cara, madre —replicó Mary—. Usted fue llevada a la cama con dolores una semana después de estar casada.

—Sí, es cierto, descarada —contestó la madre montando en cólera—, así fue. Pero ¿qué tiene eso de particular? Entonces me hice una mujer honrada, y si tú siguieras mi ejemplo yo no me enfadaría. Pero has tenido que ver con un caballero, mala pécora. Tendrás un bastardo, pocavergüenza, y te desafío a que nadie diga eso de mí.

En tal estado encontró George el guardabosque a su familia cuando apareció en su casa con los propósitos antes mencionados. Como su mujer y sus tres hijas hablaban todas a la vez, y casi todas a gritos, transcurrió algún tiempo antes de que el hombre pudiera hacerse oír. Pero tan pronto como lo consiguió, comunicó a la familia lo que Sophia le había pedido.

Gertrude Seagrim comenzó entonces a injuriar de nuevo a su hija.

—¡En menuda situación nos has colocado! —exclamó—. ¿Qué dirá la señorita cuando vea tu vientre abultado? ¡Oh, que no viva yo para ver semejante cosa!

Pero Mary replicó con viveza:

—¿Y cuál es ese magnífico empleo que ha logrado usted para mí, padre? —Pues no había oído bien las palabras empleadas por Sophia para ponerla al servicio de su persona—. Supongo que será en la cocina. Pues sepa usted, padre, que yo no estoy dispuesta a fregar los platos de nadie. Mi caballero cuidará mucho mejor de mí. Ved

lo que me ha dado esta tarde, y me ha prometido que nunca más volverá a faltarme el dinero. Y a usted tampoco le faltará dinero, madre, si cierra el pico.

Y al decir esto sacó del bolsillo varias guineas, dándole una a su madre.

La buena mujer comenzó a apaciguarse tan pronto vio el dinero en su mano, tal es la eficacia de semejante panacea.

—Vamos, George —dijo ahora—, ¿habrá nadie más estúpido que tú? Mira que no ocurrírsele averiguar en qué sitio quieren colocar a nuestra hija antes de adquirir ningún compromiso. Tal vez sea, como ha dicho muy bien Mary, en la cocina. Pero a mí no me gustaría que fuera en la cocina, como pinche, pues pese a mi pobreza, soy una señora. Aunque tuve que rebajarme hasta contraer matrimonio con un hombre pobre, pues mi padre, que fue sacerdote, murió sin dejar un céntimo y no me legó nada, quisiera que supieses que tengo mi pundonor. Sería mucho mejor que miss Western se mirara a la cara y recordarle quién fue su abuelo. Por lo que sé, algunos de mi familia paseaban en coche cuando los abuelos de ciertas personas iban a patita. Apuesto a que creyó que nos prestaba un gran servicio cuando nos envió ese vestido usado, y sólo puedo decirte que algunos de mis parientes hubieran desdeñado recoger de la calle un vestido tan viejo como ése. Pero los pobres son siempre pisoteados e insultados. La gente de la parroquia no tenía por qué maltratar a Mary. Debías de haberles dicho que tu abuela usaba cosas mejores, compradas en la tienda.

—Está bien —contestó el guardabosque—. Pero ¿qué contestación le doy a miss Sophia?

—¡Allá tú! —replicó su esposa—. Siempre andas comprometiendo a tu familia de un modo u otro. ¿Recuerdas cuando mataste a la perdiz de un tiro, lo cual fue el origen de todas nuestras desgracias presentes? ¿No te pedí que no pusieras jamás el pie en la finca de Mr. Western? ¿No te anuncié hace años lo que sucedería? Pero tú, que eres un testarudo, te empeñaste en hacer tu santa voluntad. Eres un villano.

George el guardabosque era, por lo común, un hombre de temperamento apacible, nada irritable ni impulsivo. Sin embargo, guardaba en el fondo de sí mismo algo de lo que los antiguos llamaban carácter irascible, y que su esposa, de haber estado dotada de una mayor prudencia, hubiera tenido que temer. George había aprendido por experiencia que cuando la tormenta alcanzaba su cénit, todos los argumentos se metamorfoseaban en viento, que más bien servían para acrecentarla que para disminuirla. Por esta razón rara vez dejaba de tener al alcance de su mano una varita, remedio de poder maravilloso, como a menudo había podido constatar, y en la presente ocasión el epíteto «villano» fue la señal que requería para aplicar aquel infalible remedio.

Así es que tan pronto como apareció el síntoma, recurrió al expresado remedio, que aunque, como suele suceder con las medicinas más eficaces, al principio pareció aumentar y exacerbar la enfermedad, pronto produjo un apaciguamiento total, y el

paciente se sumió en una calma y tranquilidad perfectas.

Pero ésta es, sin embargo, una medicina más adecuada para caballos, la cual exige una constitución muy robusta para poderla digerir, y por esta razón sólo es a propósito para gente vulgar, excepto en casos en que las personas aun mejor educadas pierden el dominio de sí mismas. En los que no sucede esto, la consideramos impropia de ser aplicada por los maridos, si el remedio no fuera ya en sí tan vil que, como ciertos remedios físicos que no es preciso mencionar, degradan y contaminan de tal modo la mano de quien lo emplea que ningún caballero sería capaz de soportar la idea de cosa tan baja y aborrecible.

Toda la familia quedó reducida en poco tiempo a un estado de perfecta calma y quietud, puesto que la virtud de la medicina aplicada, como la de la electricidad, se transmite de una persona a otras aunque no estén en contacto con el instrumento generador de aquélla. Como ambas actúan mediante la fricción, entra la duda de si no existiría algo de común entre ellas, y por este motivo Mr. Freke haría bien en averiguarlo antes de emprender la próxima edición de su libro.

A poco todos se reunieron en consejo, y tras de larga discusión y de insistir mucho Mary en que por nada del mundo ocuparía el puesto que se le había ofrecido, al final se acordó que Gertrude Seagrim en persona visitaría a miss Western para tratar de conseguir la plaza para su hija mayor, que se declaró dispuesta a aceptarla inmediatamente. Mas la fortuna, que parecía ser enemiga irreconciliable de aquella familia, puso un impedimento al nombramiento.

CAPÍTULO X

DONDE MR. SUPPLE, EL CURA, CUENTA UNA HISTORIA. LA PERSPICACIA DEL CABALLERO WESTERN, SU GRAN CARIÑO POR SU HIJA Y EL PAGO QUE ÉSTA LE DIO.

Al día siguiente de todo lo relatado, Tom Jones fue de caza con Mr. Western, y cuando regresaron, el joven fue invitado a comer por el caballero.

La adorable Sophia se mostró más alegre y espiritual que de costumbre. Sus baterías apuntaban con seguridad hacia nuestro héroe, aunque tengo la impresión de que apenas se daba cuenta de sus intenciones y designios. Pero, desde luego, si alimentaba el propósito de hechizarle, lo consiguió por completo.

Mr. Supple, el cura de la parroquia de Mr. Allworthy, era uno de los invitados. Se trataba de un hombre lleno de dignidad, de natural bondadoso, que llamaba sobre todo la atención por el silencio que guardaba en la mesa, aunque su boca jamás permanecía quieta cuando estaba sentado ante ella. En resumen, poseía uno de los apetitos más voraces de la comarca. No obstante, en cuanto eran retirados los manteles, procuraba resarcir al auditorio de su silencio, pues era un hombre de verdadero corazón, y su charla entretenía casi siempre, sin que jamás resultara ofensiva para nadie.

A su entrada, que casi coincidió con la aparición del asado, insinuó que traía algunas noticias, y se disponía a relatarlas cuando la aparición del asado le dejó mudo, permitiéndose tan sólo decir que tenía que presentar sus respetos al barón, como él llamaba al solomillo.

Una vez concluida la comida, y como Sophia le recordase lo de las noticias que traía, el sacerdote empezó del siguiente modo:

—Creo, miss Sophia, que ayer en la iglesia repararía usted, durante el oficio, en una muchacha ataviada con uno de los vestidos que usted encarga fuera de aquí. Me parece haberla visto a usted con él. Pero en el país tales vestidos son

Rara avis, in terris, migroque simillina cygno,

lo que es lo mismo que decir: «Un pájaro raro sobre la tierra y muy parecido a un cisne negro». Este verso es de Juvenal. Mas volvamos a mi cuento. Dije que semejantes vestidos no suelen verse en el país, y mucho más raro pareció por la persona que lo lucía, que, según me dijeron, es hija de George el guardabosque, cuyas penas y sufrimientos, en mi opinión, deberían de haberle hecho más prudente y comedido, y no permitir que sus hijas aparezcan en público vestidas con tanta fastuosidad. Su aparición produjo tal conmoción entre mis feligreses, que si el caballero Allworthy no hubiera impuesto silencio, hubiese tenido que interrumpir el

servicio divino. A pesar de ello, cuando después de rezar las oraciones me fui a casa, el vestido originó una verdadera batalla en el patio de la iglesia, en la que, entre otras desgracias, rompieron la cabeza de un pobre violinista ambulante que se dedica a ir de feria en feria. Esta mañana el violinista se ha presentado ante el caballero Allworthy y ha denunciado el caso, por lo que la muchacha ha sido citada a declarar ante él. Allworthy estaba dispuesto a aclarar las cosas a fondo, cuando de pronto reparó en que la muchacha (le pido a usted perdón) estaba a punto de dar a luz un bastardo. El caballero preguntó a la muchacha quién era el padre de la criatura que iba a nacer, pero ella se negó resueltamente a dar respuesta alguna, así que Mr. Allworthy se quedó preparando la orden de prisión en Bridewall cuando yo salí de su casa.

—¿Todas las noticias que usted nos trae, doctor, se reducen a eso, a que una moza del pueblo va a dar a luz un bastardo? —exclamó Western—. Creía que se trataba de algún asunto público que afectaba de algún modo a toda la nación.

—Temo que mis noticias, en efecto, sean muy vulgares —contestó el cura—. Pero creía que valía la pena relatar toda la historia. En cuanto a los asuntos nacionales, usted los conoce mucho mejor que yo. Mis noticias no van más allá de los límites de mi parroquia.

—Bien —exclamó el caballero—. Creo que sé algo de esos asuntos, como usted dice. Pero ven, Tom, bebe, tienes la botella a tu lado.

Tom se excusó, diciendo que tenía que resolver un asunto particular, y, levantándose de la mesa, huyó del caballero, que se levantaba ya para detenerle, y abandonó la estancia sin el menor miramiento ni cortesía.

Western profirió entonces una maldición, y, volviéndose hacia el párroco, exclamó:

—Lo huelo, lo barrunto. Tom debe de ser el padre de ese bastardo. Recuerde usted con qué interés me recomendó al padre de la muchacha. Tan seguro como que mi apellido es Western, que Tom es el padre de la criatura.

—Lo sentiría de veras —repulso el párroco.

—¿Por qué? —preguntó el caballero—. ¿Qué importancia tiene? ¿Es que usted no ha tenido nunca un hijo natural? Pues ha sido muy afortunado. Por mi parte confieso que he tenido más de uno en diferentes ocasiones.

—Bromea usted —replicó el párroco—. Pero no me refiero tan sólo a la culpa que pueda tener, aunque sin duda en su conducta hay mucho que censurar, sino que temo que su mala acción le perjudique cerca de Mr. Allworthy. Por lo demás, tengo que convenir que aunque ese joven posee un carácter un tanto selvático, jamás le he visto hacer daño a nadie ni tampoco he oído decir que lo hubiera hecho, salvo en este caso que nos ocupa. Eso sí, me gustaría que fuera un poco más ordenado en sus respuestas en la iglesia, pero en conjunto me parece

Ingenui vultus puer ingenuique pudoris.

Se trata, señorita, de un verso clásico, que traducido quiere decir: «Un joven de rostro ingenuo y de modestia ingenua», ya que ésta fue una virtud muy estimada entre griegos y romanos. Trato de decir que ese joven caballero (pues así pienso llamarle, pese a su nacimiento) me parece un muchacho muy modesto y educado, que lamentaría mucho perdiera el favor de Mr. Allworthy.

—¡Bah! —exclamó Mr. Western—. ¡Perder el favor de Mr. Allworthy! A éste también le gustan las mozas. ¿Es que no sabe todo el mundo de quién es hijo Tom? No crea usted los cuentos de que hay otro padre. Recuerdo muy bien a Allworthy cuando éramos estudiantes.

—Creía que Allworthy no había estado jamás en la universidad —murmuró el párroco.

—Pues sí, estuvo —contestó el caballero Western—, y juntos disfrutamos de muchas mozas. No había mayor conquistador de mujeres en cinco leguas a la redonda. No, no. Lo ocurrido no indispondrá a Tom con nadie, se lo aseguro. Pregunte a Sophia. Tú, hija, ¿formas peor opinión de alguien por que haya tenido un hijo ilegítimo? No, no, todo lo contrario. Las mujeres le quieren a uno mucho más cuando ha habido algo de eso.

Era una pregunta difícil de contestar para Sophia. La joven había observado la alteración que se producía en el rostro de Tom mientras el párroco contaba su historia, y esto, unido a la repentina marcha del muchacho, le dio motivos sobrados para suponer que las sospechas de su padre no carecían de base.

Su corazón descubrió de pronto el gran secreto que poco a poco se había ido aclarando para ella, y se sintió profundamente interesada en el asunto. Dada esta situación, la franca pregunta de su padre, disparada a boca jarro, produjo en la muchacha algunas reacciones que quizá hubieran alarmado a un corazón suspicaz. Pero debemos hacer justicia al caballero y decir que esto no fue culpa suya. Cuando por esta causa Sophia se puso en pie y dijo a su padre que una indicación suya era siempre suficiente para que ella se retirara, Mr. Western accedió a que su hija abandonase la estancia y entonces, con rostro por demás severo, hizo la siguiente observación:

—Prefiero una hija que muestra una modestia excesiva que no que sea descarada.

Estas palabras fueron muy elogiadas por el sacerdote.

Acto seguido se inició entre el caballero y el cura una conversación de tonos políticos, cuyos temas procedían de los periódicos y folletos políticos, y en el curso de la *cual*, para bien del país, consumieron cuatro botellas de vino.

Luego, habiéndose dormido el caballero, el cura encendió su pipa, montó a caballo y se encaminó a su casa.

Cuando el caballero se despertó de su siesta de media hora, llamó a su hija para

que tocase el clavicordio. Pero Sophia le suplicó que la dispensara por aquella tarde, pues sufría una fuerte jaqueca. El padre aceptó la disculpa. En realidad, rara vez tenía Sophia necesidad de pedir a su padre dos veces la misma cosa, pues era tan tierno y profundo el cariño que sentía por ella, que experimentaba su mayor satisfacción en complacerla. Con frecuencia la llamaba «amorcito mío», y la muchacha correspondía a tal afecto con todo su cariño.

Sophia cumplía en todo momento sus deberes de hija, y esto lo hacía su cariño filial no sólo fácil, sino tan agradable, que cuando alguna de sus amigas osaba burlarse de ella, por enorgullecerse de mostrar tan escrupulosa obediencia, Sophia contestaba:

—Os equivocáis de medio a medio si creéis que por ello me tengo en más, pues aparte de que me limito a cumplir con mi deber, siento gran placer obrando así. Puedo asegurar que mi mayor placer es el de contribuir a la felicidad de mi padre.

Pero esta satisfacción le fue imposible a Sophia experimentarla aquella tarde. Por tal razón no sólo se excusó de no poder tocar el clavicordio, sino que asimismo le suplicó a su padre que la dispensara de asistir a la cena. También accedió a esto el caballero, aunque no sin experimentar cierta contrariedad, ya que apenas permitía a la muchacha que se alejara de su vista, salvo cuando estaba ocupado con sus caballos, sus perros, o su botella. Pese a ello, se sometió esta vez al ruego de su hija. Sin embargo, el pobre hombre se vio obligado a evitar su propia compañía —si cabe expresarse así—, invitando a sentarse a su mesa a un propietario de la vecindad.

CAPÍTULO XI

DONDE SE HABLA DE LA DIFÍCIL ESCAPATORIA DE MARY SEAGRIM,
CON ALGUNAS OBSERVACIONES PERTINENTES PARA LAS CUALES
NOS HEMOS VISTO OBLIGADOS A AHONDAR MUCHO EN LAS COSAS.

Tom Jones había montado aquella mañana para la partida de caza uno de los caballos de Mr. Western, y como no tenía ninguno propio en la cuadra del caballero, se vio obligado a regresar a su casa a pie.

Apenas el joven llegó a la puerta exterior de la casa de Mr. Allworthy, se encontró con un alguacil y su acompañamiento, que conducían a Mary a ese establecimiento público en el que la gente plebeya puede aprender una buena lección, es decir, respeto y consideración hacia sus superiores, pues hay que enseñarles la notable distinción que la fortuna establece entre aquellas personas que deben ser corregidas por sus faltas y las que no lo han de ser. En el caso de que no aprendan esta lección, mucho me temo que jamás aprendan ninguna otra, o que mejoren sus condiciones morales en la casa de corrección.

Tal vez un abogado pensara que Mr. Allworthy se había excedido un tanto en el presente caso. Y, a decir verdad, es discutible si su conducta fue del todo estrictamente regular, careciendo como carecía de una información establecida en debida forma. Sin embargo, como su intención en el fondo era buena, había que excusarse en *foro conscientiae*, ya que tantos actos arbitrarios se cometen a diario por los jueces que carecen de esta excusa en defensa propia.

En cuanto Tom supo por el alguacil hacia dónde se dirigían, aunque él ya lo había adivinado, cogió a Mary entre sus brazos y estrechándola tiernamente delante de todos, juró que mataría al primer hombre que se atreviera a tocarla. Luego suplicó a la muchacha que dejara de llorar y que se tranquilizase, pues allí donde ella fuera iría él. A continuación, volviéndose al alguacil, que permanecía en pie con el sombrero en la mano, le propuso en voz baja que le acompañara un momento a ver a su padre — así llamaba ahora el joven a Mr. Allworthy—, pues estaba seguro de que en cuanto dijera lo que tenía que decir en favor de la joven, ésta sería puesta en libertad inmediatamente.

El alguacil, que hubiera entregado a la detenida si Tom se lo hubiese pedido, accedió al ruego que le hacían. Todos, pues, entraron de nuevo en el vestíbulo de la casa de Mr. Allworthy, donde Tom les indicó que esperasen hasta que él regresara. Entonces se dirigió en busca del digno caballero que le había protegido toda su vida. Tan pronto como dio con él, Tom se arrojó a sus pies y le suplicó que le escuchara con la mayor paciencia, confesando a su padre que él era el padre de la criatura que

Mary llevaba en su seno. Imploró también que tuviera compasión de la infeliz joven, y que si creía que en aquello había un culpable, él era el principal.

—¡Si hay un culpable! —comentó Mr. Allworthy rebosante de indignación—. ¿Tan consumado libertino eres que ignoras que el quebrantar las leyes divinas y las de los hombres, la corrupción y la ruina de una muchacha desgraciada constituye un delito? Reconozco que tú eres el más culpable, y tan grande es tu culpa, que sin duda debes de temer que te aplaste como a un vil gusano.

—Sea cual fuere la suerte que me espera —murmuró Tom Jones—, le suplico que escuche mis súplicas en favor de la pobre muchacha. ¡Sí, confieso que la he pervertido! Pero sólo depende de usted el que se arruine del todo. Por el amor de Dios, señor, anule su sentencia y no la envíe a un lugar que inevitablemente servirá para que sea aniquilada del todo.

Allworthy ordenó a Tom que llamara inmediatamente a su auxiliar. El joven repuso que no era necesario, pues casualmente se lo había encontrado en la puerta y, confiando en su bondad, los había hecho entrar de nuevo a todos en la casa, donde estaban esperando su resolución final, que de rodillas suplicaba que fuera favorable a la joven, y le permitiese volver a casa de sus padres, sin exponerla a la vergüenza y al desprecio que sin duda caería sobre ella.

—Reconozco —dijo Tom— que es mucho pedir. Sé también que yo soy el culpable de todo. Trataré de enmendarme, y si su generoso corazón me perdona, espero merecerlo.

Allworthy titubeó unos instantes, hasta que al cabo dijo:

—Bien, revocaré mi sentencia. Manda a buscar al alguacil.

Éste entró al momento, y tras de recibir las órdenes oportunas, Mary fue puesta en libertad.

El lector supondrá, y con fundamento, que Tom no escapó en esta ocasión sin una severa reprimenda por parte de Mr. Allworthy. Pero no es preciso transcribirla, puesto que sería lo mismo que repetir lo que ya dijo a Jane Jones en el primer libro de esta historia, la mayor parte de la cual lo mismo puede aplicarse a las mujeres que a los hombres. Pero el efecto de la reprimenda hizo tanta mella en el muchacho, que estaba muy lejos de ser un pecador empedernido, que se retiró a su cuarto, donde pasó la tarde solo, entregado a una melancólica contemplación.

Mr. Allworthy se sentía profundamente indignado a causa de la falta cometida por Tom, pues, pese a las afirmaciones de Mr. Western, lo cierto era que él jamás se había permitido la menor licencia con las mujeres, reprobando en los demás el vicio de la incontinencia. Existen muchas razones para suponer que, en efecto, no había el menor asomo de verdad en lo dicho por Mr. Western, sobre todo, teniendo en cuenta que había colocado como escenario de su libertinaje la universidad, lugar en el que jamás penetró Mr. Allworthy.

Mas por mucho que Mr. Allworthy odiara este u otro vicio cualquiera, no era tan ciego que no le fuese posible encontrar alguna virtud en la persona culpable. Por ello mismo, si bien se disgustó con Tom por su incontinencia, no menos alegría experimentó ante la honradez que el joven había demostrado al acusarse a sí mismo. Entonces comenzó a formarse la misma opinión de este joven que la que espero que nuestros lectores se hayan ya formado de él, y al tratar de equilibrar sus faltas con sus perfecciones, éstas eran las que parecían predominar.

No tenía, pues, objeto alguno que Thwackum, que no tardó en enterarse de lo ocurrido por mediación de Blifil, descargase todo su rencor sobre el pobre Tom. Mr. Allworthy escuchó con suma paciencia las invectivas del preceptor, respondiendo luego fríamente que los jóvenes del temperamento de Tom eran, por lo común, muy dados a tal vicio, pero que creía que el muchacho se había sentido muy afectado por sus palabras, y que confiaba que en lo sucesivo no cometería el mismo desliz. De modo que como los días de los azotes estaban tocando a su fin, el preceptor no tuvo más desahogo para su hiel que la lengua, el pobre recurso de la rabia impotente.

Square, que era un hombre de temperamento mucho menos violento que su adversario, aunque mucho más ladino que él, pero que, en cambio, odiaba a Tom mucho más, se esforzó todo cuanto le fue posible para indisponerle con Mr. Allworthy.

Suponemos que el lector recordará todavía los diversos incidentes, todos sin importancia, de la perdiz, el caballo, y la Biblia, los cuales fueron mencionados en el segundo libro, y que más sirvieron para aumentar que disminuir el afecto que Mr. Allworthy profesaba a Tom Jones. Lo mismo le hubiera sucedido con cualquiera otra persona que tuviera idea de lo que es la amistad, generosidad y grandeza de espíritu, es decir, que alimentase el más ligero asomo de bondad en su alma.

El mismo Square conocía la profunda impresión que estos diversos actos de bondad habían producido en el ánimo del excelente Mr. Allworthy, pues el filósofo comprendía perfectamente de qué virtud se trataba, aunque no siempre se sintiera dispuesto a seguir tras ella. Thwackum, por el contrario, e ignoro por qué razón, no daba entrada en su cabeza a semejantes ideas. Contemplaba a Jones con aviesos ojos e imaginaba que Allworthy le veía de igual modo, pero que no estaba dispuesto, por orgullo y terquedad, a abandonar al muchacho que en otro tiempo había estimado, ya que hacerlo sería confesar que la opinión que tenía formada de él era errónea.

Square aprovechó, pues, la ocasión para injuriar a Jones en lo más vivo, presentando todos los incidentes antes mencionados desde un aspecto malévolo.

—Lamento, señor —empezó a decir—, tener que confesar que he sido engañado lo mismo que usted. Admito que me satisface todo aquello que pueda atribuirse a la amistad, aunque ésta pueda incurrir en excesos, y todo exceso sea perjudicial y defectuoso. Pero esto tiene la disculpa de la juventud. Poco sospechaba yo que el

sacrificio de la verdad, que ambos imaginábamos hecho en aras de la amistad, fuera en realidad una prostitución de él a apetitos depravados. Ahora puede usted comprobar los motivos de la generosidad de ese joven con la familia del guardabosque. Defendía al padre para así poder pervertir mejor a la hija, y evitaba que la familia muriera de hambre para llevar a uno de sus miembros a la vergüenza y la ruina. ¡He aquí la amistad! ¡He aquí la generosidad! Tal como sir Richard Stede dice, los glotones que pagan altos precios por exquisitos manjares son dignos de ser llamados generosos. En conclusión, no estoy dispuesto a olvidar más la debilidad humana en este caso ni a creer en la virtud de nada que no se amolde a la regla infalible del bien.

La extrema bondad de Mr. Allworthy había impedido que tales consideraciones se le ocurrieran a él, y sin duda eran demasiado plausibles para que pudieran ser rechazadas sin más ni más y de un modo absoluto. Lo dicho por Square le produjo una profunda impresión, y la inquietud que sintió fue visible para el filósofo, aunque el buen hombre hizo como que no se daba cuenta, contestando muy a la ligera y cambiando de tema de conversación. Tom Jones tuvo suerte de que tales sugerencias no le hubieran sido hechas a Mr. Allworthy antes de ser perdonado, ya que depositaron en el espíritu de Mr. Allworthy la primera mala impresión sobre el joven.

CAPÍTULO XII

DONDE SE EXPLICAN ASUNTOS MÁS CLAROS, AUNQUE DEL MISMO ORIGEN QUE LOS RELATADOS EN EL CAPÍTULO ANTERIOR.

Sin duda el lector se alegrará de volver conmigo al lado de Sophia, que pasó la noche de manera muy poco agradable. El sueño fue poco propicio con ella, y mucho menos los ensueños. A la mañana siguiente, cuando Mrs. Honour, su doncella, entró en la habitación a la hora acostumbrada, encontró a la joven ya levantada y vestida.

Las personas que habitan en el campo separadas entre sí por dos o tres millas se consideran vecinos, y lo que ocurre en una casa vuela con terrible celeridad a las demás. Mrs. Honour conocía ya la vergonzosa historia de Mary, y apenas penetró en el cuarto de su ama, y dado el carácter comunicativo con que le había dotado Dios, comenzó a explicarlo del siguiente modo:

—¿No sabe usted, señorita, lo que sucede? La muchacha que vio usted el domingo en la iglesia, y que le pareció tan guapa, aunque estoy segura de que no hubiera pensado lo mismo si la hubiese visto más de cerca, ha sido conducida ante la justicia por estar embarazada. A mí siempre me pareció una cualquiera, y estoy casi segura que ha dicho que el padre de la criatura es el joven Tom Jones. La gente de la parroquia afirma que Mr. Allworthy está tan furioso con él que ni siquiera quiere verle. No puedo remediarlo, pero ese joven me da verdadera lástima. Sin embargo, no merece que se le tenga la menor compasión, pues se ha comportado de una manera indecorosa. Es un muchacho tan guapo que sentiría que le arrojasen de casa. Pero juraría que esa moza tiene tanta culpa como él, pues siempre ha sido muy osada y provocativa. Cuando las mozas se muestran tan insinuantes, a los jóvenes no debe culpárseles de nada, pues ellos no hacen más que lo natural. Están muy por encima de esas puercas mujerzuelas, que al cabo no obtienen más que lo que se merecen. Me gustaría que como castigo fuesen azotadas, pues no hay derecho a que con sus provocaciones sean la ruina de un joven y guapo caballero, ya que nadie podrá negar que Tom Jones es uno de los jóvenes más guapos que...

Había llegado aquí en su perorata, cuando Sophia, con el acento más tímido que hasta ahora había empleado para hablar a su doncella, dijo:

—Prithee, ¿por qué me molestas con toda esa retahíla de palabras? ¿Qué me importa a mí lo que Tom Jones pueda hacer? Veo que todas sois iguales. Parece como si sintierais envidia por no encontraros en el caso de esa joven.

—¡Oh, señorita! —exclamó Honour—. Lamento de veras que tenga usted esa opinión de mí. Estoy convencida de que nadie puede decir eso de mí. Me tienen sin cuidado todos los jóvenes del mundo. ¿Ha sido porque se me ha ocurrido decir que es

un joven muy guapo? Todo el mundo lo dice. Pero jamás creí que fuera pecado repetir que es un hombre guapo. Descuide la señorita, nunca más lo volveré a decir ni pensar.

—Detén el torrente de tus impertinencias —contestó Sophia— y ve a ver si mi padre me necesita para el desayuno.

Si Mrs. Honour merecía realmente semejante sospecha, esto es algo que no nos incumbe a nosotros, y que dejamos por completo a la curiosidad del lector. En cambio, le diremos lo que en aquellos instantes pasaba por la mente de Sophia.

El lector debe recordar que un afecto íntimo por Tom se había deslizado insensiblemente en el corazón de la muchacha, desarrollándose mucho antes de que ella se diera plena cuenta de su existencia. Y cuando por primera vez comenzó a percibir sus efectos, las sensaciones que le procuraba eran tan dulces y agradables, que le fue imposible detenerlas o rechazarlas, y de este modo comenzó a sentir una pasión cuyas consecuencias jamás se detuvo a pensar.

El incidente de Mary le abrió por vez primera los ojos. Se dio cuenta de lo débil que se había mostrado, y aunque aquello causó una gran perturbación en su espíritu, le produjo el efecto de un enérgico revulsivo, hasta que al cabo desapareció de ella todo asomo de contrariedad. La operación fue tan rápida, que en el breve tiempo que la doncella permaneció fuera desaparecieron de Sophia todos los síntomas, y cuando Mrs. Honour regresó con el recado de su padre de que la esperaba para el desayuno, se sentía completamente tranquila y experimentaba la mayor indiferencia hacia Tom Jones.

Las enfermedades del alma imitan en casi todos los detalles a las del cuerpo. Pero no hay ocasión en que las destemplanzas del espíritu se parezcan más a las del cuerpo que en la tendencia de ambos a las recaídas. Esto resulta visible en las violentas enfermedades de la ambición y de la avaricia. He conocido a la ambición, cuando ya estaba curada de los frecuentes desengaños sufridos en los salones —que constituyen la única medicina adecuada para ella—, reaparecer de nuevo en forma de forcejeo y lucha para obtener la presidencia de un jurado en los tribunales. También he oído hablar de un hombre tan dominado por la avaricia, que en su lecho de muerte consiguió ahorrarse algunos chelines contratando su funeral con un empresario de pompas fúnebres que había contraído matrimonio con su única hija.

En los problemas del amor, que aunque no estamos conformes con la filosofía estoica, trataremos aquí como una enfermedad, esa tendencia a la recaída no es menos acusada. Tal sucedió con la pobre Sophia. En cuanto volvió a ver al joven Tom sintió que reaparecían en ella todos los síntomas de la antigua enfermedad, y a partir de entonces, la frialdad y el entusiasmo se adueñaron alternativamente de su corazón.

La situación de la joven fue ahora muy distinta de lo que había sido antes. La pasión, que otras veces le había producido sensaciones deliciosamente exquisitas,

parecía ahora un escorpión que tuviera alojado en su pecho. Resistió a ella con todas sus energías y recurrió a todos los argumentos que su razón, sorprendentemente vigorosa para su edad, le sugería en un intento de someterla y expulsarla de ella. Y adelantó tanto con este procedimiento, que muy pronto empezó a pensar que conseguiría curarse del todo con ayuda del tiempo y de la ausencia. Por lo tanto, tomó el acuerdo de evitar siempre que le fuera posible los encuentros con Tom, para cuyo fin proyectó visitar a su tía, confiando que su padre no le negaría el permiso para ello.

Pero la fortuna, que le tenía reservado otro destino, desbarató todos sus planes, provocando un accidente que nosotros relataremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XIII

DONDE SE HABLA DEL DESGRACIADO ACCIDENTE QUE LE OCURRIÓ A SOPHIA, DEL GALLARDO PROCEDER DE JONES Y DE LAS FUNESTAS CONSECUENCIAS QUE ESTA CONDUCTA TUVO PARA LA JOVEN, CON UNA LIGERA DIGRESIÓN EN FAVOR DEL SEXO FEMENINO.

Mr. Western quería cada vez más a su hija, y como al mismo tiempo sentía gran predilección por sus perros, a los que no se decidía a abandonar para dedicarse de lleno a Sophia, imaginó, con gran astucia, gozar de la compañía de los unos y de la otra al mismo tiempo, por lo que trató de convencer a Sophia para que le acompañase montada a caballo en sus cacerías.

Sophia, para quien la palabra de su padre era ley, se apresuró a cumplir sus deseos, aunque la joven no sentía la menor afición por un deporte demasiado enérgico y varonil y que, por tanto, no se adaptaba a su carácter. Pero aparte del de la obediencia, tenía otro motivo para acompañar a su padre en la caza. Confiaba que su presencia refrenaría en parte los ímpetus de él, evitando las numerosas ocasiones de romperse la crisma a que se exponía en cada una de sus salidas.

El obstáculo más importante lo constituía; sin embargo, lo que con anterioridad hubiera representado un incentivo para ella, es decir, los frecuentes encuentros con Tom Jones, a quien estaba decidida a evitar fuera como fuese. Mas como ya estaba próximo el fin de la temporada de caza la muchacha esperaba que después de una breve estancia al lado de su tía se vería libre de aquella desgraciada pasión, confiando que a la temporada siguiente podría encontrarse de nuevo con Tom Jones sin el menor peligro para ella.

Al regreso del segundo día de caza, y encontrándose ya cerca de casa, el caballo que montaba Sophia, y cuyo temperamento inquieto exigía un jinete más diestro que ella, empezó de pronto a hacer tales cabriolas que la joven se vio en inminente peligro de caer al suelo. Pero Tom Jones, que venía detrás, a escasa distancia de ella, vio lo que sucedía e inmediatamente puso a su caballo al galope para correr en ayuda de la joven. Tan pronto como llegó a donde Sophia luchaba para dominar a su corcel, Tom echó pie a tierra y cogió las riendas del caballo de Sophia. El indomable caballo trepó entonces por la ladera, arrojando de su lomo la adorable carga, que cayó en los brazos de Tom.

Tanto se afectó Sophia con el susto y todo lo que siguió, que al pronto le fue imposible responder a Tom, el cual, solícito, le preguntaba con insistencia si se había hecho algún daño. Al fin la joven consiguió reaccionar, y aseguró a su salvador que estaba ilesa, agradeciéndole el interés que se había tomado por ella. Tom Jones

repuso entonces:

—Si he logrado salvarle, me doy por satisfecho, pues prometí librarla de cualquier peligro, aunque fuera a costa de algún daño mayor para mí del que he sufrido ahora.

—¿Qué daño? —inquirió Sophia llena de ansiedad—. Confío que no se habrá hecho usted nada.

—No se preocupe —contestó Tom—. Tenemos que dar gracias a Dios por lo bien que ha escapado usted del peligro que ha corrido. Si de veras me he roto un brazo, lo considero una bagatela comparado con lo que temí que pudiera sucederle a usted.

Sophia no pudo contener un grito.

—¡Un brazo roto! ¡Dios no lo quiera!

—Pues mucho me temo que sea así —repuso Jones—. Pero le ruego que antes me permita cuidar de usted. Aún me queda la mano derecha para servirla, para ayudarla y llegar al campo siguiente, desde donde queda un corto trecho hasta su casa.

Cuando Sophia vio que el brazo del joven se mecía pegado a su costado, a la vez que empleaba el derecho para ayudarla a ella, no dudó de la verdad, y se tornó ahora mucho más pálida que en el momento del accidente. Todo su cuerpo empezó a temblar, al extremo de que Jones apenas si lograba mantenerla en pie, y como sus pensamientos no estaban menos agitados que su cuerpo, no pudo evitar el posar en Jones una mirada rebotante de ternura, mirada que dejó transparentar un sentimiento mucho más profundo que el que la gratitud y la piedad unidas pueden engendrar en un pecho femenino rebotante de bondad, si no ayuda un tercer sentimiento mucho más fuerte y profundo.

Mr. Western, que marchaba delante, a cierta distancia de su hija cuando se produjo el accidente, había ya vuelto grupas lo mismo que los demás jinetes. Sophia comunicó a su padre lo que le había sucedido a Tom y le rogó que cuidara de él. Western, que se había sentido terriblemente alarmado al ver el caballo de su hija sin jinete, y que experimentó una incontenible alegría al verla sana y salva, no pudo por menos de exclamar:

—Me alegro de que no haya ocurrido algo peor. Si Tom se ha roto un brazo, ya encontraremos al carpintero que se lo ajuste de nuevo.

El caballero echó pie a tierra y siguió andando hasta su casa, acompañado por su hija y Tom Jones. Un espectador que se los hubiera encontrado de frente en aquel instante hubiera deducido sin duda por la expresión de sus rostros que sólo Sophia era digna de lástima, pues Jones se sentía más que satisfecho por haber salvado la vida de la joven sólo a costa de un hueso roto. En cuanto a Mr. Western, aunque no dejaba de preocuparle el accidente ocurrido a Jones, se sentía muy contento con la afortunada salvación de su hija.

El carácter generoso de Sophia tomó la conducta de Tom Jones por una gran

proeza, que produjo una profunda impresión en su corazón, pues sin duda no existe otra cualidad que más eleve a los hombres ante las mujeres como ésta, y cuya explicación se encuentra, si hemos de hacer caso a la opinión general, en esa timidez natural del sexo, de la cual Mr. Osborne dice «que es tan grande, que una mujer es una de las criaturas más cobardes hechas por Dios», sentimiento que reputamos más notable por su grosería que por su veracidad. En su *Política*, Aristóteles hace más justicia a las mujeres cuando afirma: «La modestia y la fortaleza de los hombres difieren de las mismas virtudes en las mujeres, puesto que podría resultar que lo que es fortaleza en una mujer fuera cobardía en un hombre, mientras que la modestia en un hombre fuera petulancia en una mujer». Tampoco existe mayor verdad en la opinión de aquellos que explican la admiración que las mujeres sienten hacia los valientes por el exceso de su miedo.

Se acepte la explicación que se quiera, lo cierto es que este accidente impresionó profundamente a Sophia, y luego de una serie de averiguaciones, me inclino a creer que la encantadora muchacha produjo no menor impresión en el corazón de Tom Jones que, si hemos de ser sinceros, fue alcanzado al fin por el irresistible poder de sus encantos.

CAPÍTULO XIV

APARICIÓN DE UN CIRUJANO, LAS OPERACIONES QUE REALIZÓ Y UN LARGO DIÁLOGO ENTRE SOPHIA Y SU DONCELLA.

Cuando entraron en el zaguán de la casa de Mr. Western, Sophia, que había venido caminando con gran dificultad, se dejó caer en un sillón. Sin embargo, evitó desmayarse con ayuda de sales y de agua, y ya había reaccionado por completo cuando apareció el cirujano, llamado a toda prisa para que recompusiera el brazo de Tom Jones. Mr. Western, que atribuyó los síntomas de su hija a la caída, le aconsejó que, como medida de precaución, se dejara sangrar. De la misma opinión fue el cirujano, que expuso tantas razones para realizar la sangría y citó tal serie de casos de personas muertas por no habérselas hecho la sangría en el momento oportuno, que el caballero se apresuró a insistir en que su hija fuera sangrada sin tardanza.

Sophia cedió a los mandatos de su padre, aunque eran contrarios a sus propios deseos, pues sospechaba que había mucho menos peligro del que su padre o el cirujano imaginaban. Así que la joven extendió su bello brazo y el cirujano comenzó a preparar su trabajo.

Mientras los criados traían los utensilios necesarios para la sangría, el cirujano, que tomó por miedo el decaimiento de la muchacha, trató de reanimarla diciendo que no había el menor peligro, puesto que ningún accidente podía producirse al sangrarla, a no ser que fuera fruto de la monstruosa ignorancia de los aprendices de cirujano, cosa muy de temer en aquellos tiempos.

Sophia declaró que no sentía la menor aprensión, y añadió:

—Si me abre usted una arteria, le prometo perdonarle.

—¿Que le perdonarías? —exclamó Western asombrado—. Pues yo no. Si te hace el más pequeño daño, tendrá que responder de ello.

El cirujano accedió a sangrar a la joven en aquellas condiciones, lo que hizo con la destreza que había prometido, además de con suma rapidez, pues sacó poca sangre, diciendo que era mejor sangrar varias veces que sacar mucha sangre de una sola.

Sophia, una vez vendado el brazo, se retiró a su cuarto, ya que no quería ni tampoco era propio estar presente mientras arreglaban el brazo de Tom. Una de las objeciones que podía haber hecho para evitar que la sangraran, aunque no la expuso, era el retardo que esto iba a provocar en el arreglo del hueso roto del joven.

En cuanto a Western, cuando se trataba de su hija, no sentía interés más que para ella. En lo que respecta a Jones, «permanecía sentado como la Paciencia era un monumento sonriendo al Dolor».

A decir verdad, apenas vio correr la sangre del bello brazo de Sophia, el joven

olvidó por completo lo que a él le había sucedido.

El cirujano ordenó entonces que quitaran al paciente la camisa, y dejando al descubierto su brazo, comenzó a tirar de él con tal fuerza que el dolor que sintió Tom se tradujo en diversos visajes, al ver los cuales el cirujano exclamó sorprendido:

—¿Qué sucede, joven? Estoy seguro de que no le hago el menor daño.

Y mostrando el brazo roto a los presentes, inició una larga y erudita lección de anatomía en la que expuso con todo detalle las fracturas simples y dobles. También habló de los diversos modos en que Tom Jones podía haberse roto el brazo, acompañando sus palabras con las demostraciones adecuadas y demostrando cuántos casos hubieran sido mejores y cuántos peores que el que tenía entre sus manos ahora.

Concluida al fin aquella especie de arenga, con la que el auditorio, aunque muy admirado, no quedó más informado de lo que lo estaba, pues nadie entendió una sola palabra de cuanto dijo, procedió a realizar su tarea, en la que fue mucho más expeditivo que en la preparación.

Jones fue trasladado luego a una cama, que Mr. Western le rogó que aceptase en su propia casa, y se le puso a gachas.

Entre la gente presente mientras se realizaba la operación de colocar el hueso en su sitio, se hallaba Mrs. Honour, que fue llamada por su ama tan pronto terminó el cirujano. Al preguntarle Sophia cómo se encontraba Tom, la mujer se extendió en encendidas alabanzas sobre su magnanimidad, como ella llamaba al proceder del muchacho que, según ella, «era edificante en criatura tan simpática». Y siguió con encendidos elogios sobre la belleza física de Tom Jones, enumerando una serie de detalles, para concluir con la blancura de su piel.

Estas palabras produjeron un raro efecto en el rostro de Sophia, que no hubiera escapado a los observadores ojos de una mujer tan sagaz como su doncella, si ésta hubiera mirado una sola vez el rostro de su ama mientras hablaba. Pero como un espejo, situado enfrente de ella, le proporcionaba la oportunidad de poder contemplar aquellas facciones con las que tan encariñada se sentía, no apartó su mirada de aquel amable objeto durante todo su discurso.

Mrs. Honour estaba tan profundamente entregada al tema que con tanto placer movía su lengua, siempre con la imagen de su ama ante los ojos, que dio tiempo a Sophia a dominar su impresión. Una vez logrado esto, la joven sonrió a su doncella y le dijo que parecía enamorada del muchacho.

—¿Enamorada yo, señorita? —exclamó la doncella—. Le doy mi palabra de que no. Le aseguro por la salvación de mi alma que no lo estoy.

—A fin de cuentas —repuso Sophia—, no veo ningún motivo para que te avergüences de ello. Se trata de un muchacho muy guapo.

—Sí, señorita —contestó Honour—. Lo es de veras. Es el hombre más guapo que he visto en mi vida. Como dice la señorita muy bien, no sé por qué había de

avergonzarme de quererle, aunque sea superior a mí. Estoy segura de que la gente de posición son tan de carne y hueso como nosotros los criados. Aparte de que en el caso de Tom Jones, ha sido el caballero Allworthy quien le ha hecho una persona distinguida. Por su nacimiento es inferior a mí que, aunque valgo muy poca cosa, soy hija de personas honradas, y mi padre y mi madre estaban casados, que es algo que no todas las personas pueden decir, a pesar de que se muestren muy orgullosas. Le aseguro que aunque tiene la piel muy blanca, la piel más blanca que nunca he visto, soy tan cristiana como él, y nadie puede decir que yo sea una mujer mal nacida. Mi abuelo fue clérigo^[3] y creo que le hubiera indignado enormemente que cualquiera de su familia conviviera con los desechos de Mary Seagrim.

Tal vez Sophia soportó que su criada se expresara de este modo por falta de energía para contener su verborrea, cosa que no era fácil, y es posible que algunos pasajes del discurso de la buena mujer resultaran muy poco agradables a Sophia. Sin embargo, puso algunos obstáculos al torrente de palabras que parecía que no iba a terminar jamás.

—Me sorprende —dijo— el atrevimiento con que estás hablando de uno de los amigos de mi padre. En cuanto a esa joven, te prohíbo que nunca más menciones su nombre delante de mí. Y en lo que respecta al nacimiento de ese joven caballero, aquellos que no puedan sacar a relucir contra él nada más que esto, deben mantener la boca cerrada, como me gustaría que tú la mantuvieras de ahora en adelante.

—Siento haberla ofendido, señorita —contestó Mrs. Honour—. Esté segura de que odio a Mary Seagrim tanto como usted puede odiarla, y sobre lo de que he ofendido a Tom Jones, puedo presentar como testigos a todos los criados de la casa, los cuales dirán que siempre que se ha hablado de bastardos me he puesto de su parte, pues, «¿quién de vosotros —dije una vez al lacayo— no sería bastardo si con ello podía llegar a ser caballero?». No dudo de que Tom Jones lo es de punta a cabo y que posee las manos más finas del mundo. Al propio tiempo es uno de los hombres de carácter más natural y agradable que conozco; y afirmo que todos los criados y vecinos de la región le aprecian. A propósito, podría contar a la señorita algo, pero temo ofenderla.

—¿Qué podrías contarme, Prithee? —preguntó Sophia.

—No pretendo decir nada con ello, y por eso no quisiera que la señorita se molestara.

—Cuéntamelo, Prithee —insistió Sophia—. Quiero saberlo inmediatamente.

—Bien, señorita —repuso Mrs. Honour—. Un día de la última semana, mientras yo estaba trabajando, Mr. Jones entró en la habitación. El manguito de la señorita se encontraba sobre una silla, y estoy segura de que metió sus manos dentro de él. Pero yo le dije: «Mr. Jones, va usted a estirar el manguito de mi señorita y lo estropeará». Pero él continuó con sus manos dentro de él y... luego lo besó. Jamás he visto dar un

beso como aquél.

—No debía de saber que era mío —contestó Sophia.

—Escúcheme, señorita. Lo besó una y otra vez y dijo que era uno de los manguitos más bonitos del mundo. «¡Bah, señor —repuse—. Pero si lo ha visto usted un centenar de veces!». «Sí, Honour —contestó Mr. Jones—. Pero ¿quién puede ver algo bonito en presencia de su señorita sino es a ella misma?». Esto no es todo. Confío que la señorita no se ofenderá, pues la cosa no tiene la menor importancia. Un día que estaba usted tocando el clavicordio para el señor, Mr. Jones se encontraba sentado en la habitación contigua, y me pareció que se sentía un poco melancólico. «Mr. Jones, ¿qué le ocurre?», le pregunté, y él, como si despertara de un sueño, me contestó: «¿En qué puedo pensar cuando está tocando ese ángel que se llama Sophia?». Y cogiéndome después la mano, añadió: «¡Oh, Mrs. Honour, qué feliz debe de ser ese hombre! —y lanzó un suspiro—. Su aliento es tan perfumado como un ramo de flores». Espero que la señorita no contará jamás nada de todo esto, pues me dio cinco chelines para que guardara silencio, haciéndome jurar sobre un libro, aunque creo que no era la Biblia.

Un intenso color púrpura se extendió por las mejillas de Sophia.

—Honour —dijo—, si no me vuelves a hablar nunca más de esto ni se lo cuentas a nadie, no te traicionaré. Quiero decir que no me enfadaré. Pero temo a tu lengua. ¿Por qué le concedes tanta libertad?

—Esté segura, señorita —repuso la doncella—, que sería capaz de cortármela antes que ofenderla a usted. No volveré a repetir una palabra de cuanto he dicho, mientras usted no lo desee.

—No quiero que vuelvas a hablar más de ello —repuso Sophia—, pues puede llegar a enterarse mi padre y enfadarse con Mr. Jones, aunque estoy convencida, como tú dices, que eso no tiene la menor importancia.

—Le repito, señorita —contestó Honour—, que él no le concedió ninguna. Me pareció que hablaba sin darse cuenta de lo que decía, y eso mismo fue lo que él me dijo. «¡Ay, señor, eso mismo creo yo!», le repuse. Pero pido perdón a la señorita, y me dejaré arrancar la lengua antes de volverla a ofender.

—Continúa —pidió Sophia ahora—. Quizá digas algo que hasta ahora te has guardado.

—Algún tiempo después de darme los cinco chelines, me dijo un día: «Sí, Honour. No soy tan villano ni tan estúpido para pensar en ella más que como en una diosa. De esta forma, siempre la respetaré y la adoraré mientras me quede aliento». Esto fue todo, señorita, se lo juro. Me fue odioso hasta que me convencí de que no tenía la menor intención de hacer daño.

—Creo, Honour —dijo ahora Sophia—, que sientes por mí un afecto sincero. El otro día estaba enojada cuando te despedí. Pero si deseas continuar conmigo, puedes

hacerlo.

—Desde luego, señorita —contestó Mrs. Honour—. Jamás he tenido intención de separarme de usted. Lloré mucho cuando me despidió. Sería muy ingrata si abandonase a la señorita, pues, además, no encontraría jamás una colocación tan buena como la que tengo a su lado. Estoy segura de que viviré y moriré a su lado, pues, como afirma Mr. Jones, feliz es el hombre que...

Al llegar aquí, la campana llamando a comer interrumpió una conversación que parecía haber producido tal efecto en Sophia, que quizá ahora le hiciera más falta la sangría que cuando se la hicieron. Respecto a su estado de ánimo, seguiré una regla de Horacio, es decir, que no intentaré describirlo por temor al fracaso. La mayor parte de mis lectores se lo imaginarán por sí mismos, y los pocos a quienes les sea imposible hacerlo, tampoco comprenderían la descripción, o cuando menos negarían que fuese natural, si conseguía describirla bien.

LIBRO QUINTO

COMPRENDE UN PERÍODO DE TIEMPO ALGO SUPERIOR A UN AÑO.

CAPÍTULO PRIMERO

DE LO «SERIO». EN LAS OBRAS, Y OBJETO CON QUE ES INTRODUCIDO.

Por suerte, no habrá partes en esta prodigiosa obra que produzcan al lector menor placer al leerlas que aquellas que han costado al autor los mayores esfuerzos para componerlas.

Entre éstas serán clasificadas probablemente aquellos ensayos iniciales que hemos antepuesto a los sucesos históricos que reúne cada libro, y los cuales consideramos imprescindibles en esta clase de obras, en las que nosotros nos hemos clasificado en primer lugar.

Para justificar esta resolución no nos sentimos obligados a dar la menor razón, siendo suficiente que lo hayamos establecido como una norma necesaria que hay que guardar en todo escrito prosaicocómicoépico. ¿Quién preguntó jamás por las razones de esa bella unidad de tiempo o de lugar que ahora se considera esencial en la poesía dramática? ¿A qué crítico se le preguntó alguna vez por qué una comedia puede no abarcar dos días tan bien como uno? ¿O por qué el auditorio —en el supuesto de que viaje, como los electores, sin costarle el dinero— no puede ser transportado a cincuenta millas en vez de a cinco? ¿Ha dado explicaciones algún comentador de la limitación que un antiguo crítico puso al drama, que no puede dividirse en más ni en menos de cinco actos? ¿O ha intentado alguien explicar lo que los jueces modernos de nuestros teatros tratan de dar a entender con la palabra «vulgar», consiguiendo con ello desterrar toda gracia de la escena, y convirtiendo el teatro en un lugar tan soso y aburrido como un salón? En todas estas ocasiones el mundo parece haber practicado una máxima de nuestra ley, la cual dice: *cuicumque in arte sua perito credendum est*, pues resultaría absurdo pensar que nadie tuviera la desfachatez de establecer reglas dogmáticas en cualquier arte o ciencia sin fundamento alguno. En semejantes casos, por lo tanto, estamos autorizados a afirmar que en el fondo existen excelentes y salutíferas razones, aunque, por desgracia, no seamos capaces de verlas.

Ahora bien, la gente ha hecho excesivo caso de los críticos, suponiendo que son hombres de mucha mayor profundidad de la que en realidad poseen. Debido a esta indudable tolerancia, los críticos se han envalentonado al extremo de creerse en posesión de un poder dictatorial. Y lo han conseguido en un grado tal, que ahora son los amos y alimentan nada menos la pretensión de dictar leyes a aquellos autores de cuyos predecesores las recibieron ellos.

En realidad, el crítico se parece a un amanuense cuya tarea no es otra que la de transcribir las reglas y las leyes establecidas por los grandes jueces cuyo talento les elevó a la categoría de legisladores en las distintas ciencias que cultivaron. Los

críticos de épocas pasadas no tenían otra aspiración que desempeñar este oficio, ni jamás osaron proponer ninguna sentencia si no podían defenderla con la autoridad del juez de quien había sido tomada.

Pero en el transcurso del tiempo y en épocas de ignorancia, el amanuense empezó a invadir el poder y asumió la dignidad del maestro. Las leyes de la literatura no volvieron a apoyarse en la práctica de los autores, sino en los dictados de la crítica. El amanuense se convirtió en legislador, y aquellos cuyo papel se había limitado hasta entonces a transcribir leyes, convirtieron éstas en más exigentes y perentorias.

De aquí se produjo un error manifiesto y tal vez inevitable, puesto que al ser los tales críticos gentes de escasa capacidad, confundieron la simple forma con la sustancia. Procedieron como jueces que se adhieren a la letra muerta de la ley, sin tener en cuenta para nada el espíritu. Detalles mínimos, que quizá eran accidentales en un gran autor, fueron considerados por los tales críticos como su mérito principal, siendo alabados y transmitidos en calidad de detalles esenciales que debían ser observados por todos sus sucesores. A estos abusos prestaron autoridad el tiempo y la ignorancia, los grandes sostenedores de la impostura. Y de esta guisa han sido establecidas una serie de reglas para escribir bien que no tienen el menor fundamento o razón de ser, y que por lo común no sirven para otra cosa que para cohibir y frenar al genio, por la misma razón que se hubiera sentido cohibido el maestro de baile en el caso de que los numerosos y excelentes tratados sobre este arte sentaran la premisa, como si se tratase de una regla esencial, de que todos los bailarines tenían que bailar encadenados.

Para eludir, por tanto, toda imputación de querer establecer una norma para la posteridad fundada tan sólo en la autoridad del *ipse dixit*, y por la que, a decir verdad, no sentimos la menor veneración, renunciamos desde ahora al privilegio antes discutido, procediendo a ofrecer al lector las razones que nos han impulsado a incluir estos diversos ensayos en el curso de nuestra obra.

Y aquí debemos exponer una nueva modalidad del saber, modalidad que desde que fue descubierta no ha sido, que nosotros recordemos, elogiada por ningún escritor antiguo o moderno. Esta modalidad no es otra cosa que el contraste a que están sometidas todas las obras de la creación, y que debe contribuir en gran manera a formar en nosotros la idea de la belleza, tanto natural como artificial, pues ¿qué es lo que demuestra la belleza y excelencia de una cosa sino su lado opuesto? Así, la belleza del día y del verano son realzadas por los horrores de la noche y del invierno. Y supongo que si un hombre conociera sólo los dos últimos aspectos, tendría una idea muy imperfecta de su belleza.

Pero pongamos un ejemplo más alegre. ¿Puede ponerse en duda que la mujer más guapa del mundo perdería toda la gracia de sus encantos a los ojos de un hombre que jamás hubiera visto a otra de distinto molde? Las propias mujeres son tan sensibles a

esto, que proceden con el mayor disimulo; he podido observar, especialmente en Bath, que procuran aparecer lo más feas posibles por la mañana para hacer evidente la belleza que intentan mostrar por la tarde.

La mayor parte de los artistas practican este secreto, aunque algunos quizá no han estudiado a fondo la teoría. El joyero experto sabe que el brillante mejor necesita un engarce apropiado, y el pintor recibe a menudo muchas felicitaciones por el contraste de sus figuras.

Un gran genio nos ilustrará perfectamente sobre esta cuestión. Me es imposible clasificarle en ninguna lista de artistas corrientes, pues posee títulos para ser colocado entre aquellos que

Inventas qui vitam excoluere per artes

que con el invento de las artes han mejorado la vida. Me refiero al inventor de ese entretenimiento tan exquisito y delicioso llamado pantomima inglesa.

Esta diversión se componía de dos partes, que el inventor distinguía con los nombres de parte seria y parte cómica. En la primera aparecían un cierto número de dioses y héroes paganos, que sin la menor duda formaban la compañía peor y más fúnebre que jamás auditorio alguno contempló nunca, pero que habían sido ideados de esta forma —lo que constituía un secreto conocido de muy pocos— para formar contraste con la parte cómica del pasatiempo, y así poner de manifiesto, con indudables ventajas, las gracias de Arlequín.

Esto no suponía un uso muy cortés de tales personajes. Sin embargo, la farsa resultaba bastante ingeniosa y de efecto. Esto se podrá apreciar más si en vez de las palabras seria y cómica empleamos los términos de comparación «pesada» y «más pesada», ya que la parte considerada cómica resultaba bastante más pesada que nada de cuanto hasta entonces se había puesto en escena, siendo sólo compensada por la superlativa pesadez de la llamada parte seria. Tan insoportablemente serios resultaban aquellos dioses, que el Arlequín —aunque el caballero inglés de este nombre no está emparentado con la familia francesa, puesto que se trata de un carácter más serio—, era siempre bien recibido cuando hacía su aparición en escena. Su entrada libraba al auditorio de una compañía mucho peor.

Los artistas con sentido común han practicado siempre este arte del contraste con enorme éxito. Y por ello me sorprende que Horacio ponga en duda este arte en Homero, aunque luego se contradice en los siguientes versos:

*Indignor quandoque bonus dormitat Homerus;
verum opere in longo fas est obrepere somnum,*

cuya intención, más o menos, es la siguiente: «Lamento si alguna vez el gran Homero tuvo ocasión de dormirse, aunque en las obras largas tienen derecho a deslizarse los sueños».

Pero por esto no debemos entender, como algunos pretenden, que en la actualidad un autor se duerme mientras está escribiendo. Es cierto que los lectores son demasiado listos para que se dejen invadir por el sueño. Pero aunque la obra fuera tan larga como cualquiera de las de Oldmixon, el propio autor está tan ocupado que no tiene tiempo para dejarse vencer por la modorra. Como observa muy bien Mr. Pope, «no duerme para proporcionar sueño a sus lectores». En realidad, estas partes soporíferas representan escenas de asuntos serios ingeniosamente intercaladas para buscar el contraste y así poner en evidencia el resto, y esto es precisamente lo que quería dar a entender un autor cómico, ya muerto, que decía al público que siempre que resultaba pesado lo era con intención.

Desde tal punto de vista me gustaría que el lector considerase estos ensayos iniciales. Y tras de esta advertencia, si opina que puede encontrar la suficiente seriedad en otras partes de la presente historia, debe prescindir de éstas, en las que reconocemos nuestra laboriosa pesadez, y comenzar los libros siguientes por el segundo capítulo.

CAPÍTULO II

DONDE MR. JONES RECIBE MUCHAS VISITAS AMISTOSAS DURANTE SU ENCIERRO, JUNTO CON ALGUNAS LIGERAS MUESTRAS DE PASIÓN AMOROSA, APENAS VISIBLES A SIMPLE VISTA.

Tom Jones recibió muchas visitas durante su convalecencia, aunque es muy posible que algunas no le resultasen muy agradables. Mr. Allworthy le veía casi todos los días. Mas aunque compadecía a Tom por sus sufrimientos y aprobaba su gallarda conducta, origen de ellos, pensaba, sin embargo, que aquélla era una coyuntura favorable para que el muchacho reflexionase sobre su conducta, y los consejos adecuados para ello nunca mejor que en aquella ocasión podían darse, ahora que el espíritu del joven estaba abatido por el dolor y alarmado por el peligro, y su pensamiento se hallaba libre de las turbulentas pasiones que nos impulsan a buscar el placer.

Así, en todos los momentos en que el digno caballero se encontraba a solas con Tom Jones, sobre todo cuando éste estaba tranquilo, Mr. Allworthy aprovechaba la ocasión para recordarle sus anteriores desmanes, si bien lo hacía de la manera más suave y con el único fin de despertar en él la prudencia necesaria para su conducta futura, «de la que —aseguró— dependía su propia felicidad y la amable acogida que debía esperar encontrar por parte de su padre adoptivo, a no ser que con sus acciones modificase la buena opinión que éste tenía de él. En cuanto a lo pasado, todo había sido perdonado y olvidado. Por eso pedía a Tom que aquel accidente le sirviera de escarmiento, y redundara en su propio bien».

Thwackum también prodigaba sus visitas, pareciéndole asimismo que un enfermo postrado en la cama era terreno abonado para sus sermones. Pero su estilo era, como es de suponer, mucho más severo que el de Mr. Allworthy. El preceptor decía a su discípulo:

—Debes considerar el brazo roto como un juicio del cielo por tus pecados; debes rezar todos los días hincado de rodillas y dar gracias a Dios por haberte roto un brazo en vez de la cabeza, ya que esto está reservado —añadía—, para alguna ocasión futura, quizá no muy lejana. Por mi parte, me sorprende que no te haya alcanzado antes ningún otro castigo, pero debes llegar a la conclusión de que los castigos divinos, aunque tardíos, son seguros.

Asimismo le aconsejó que previera con idéntica seguridad los peligros mayores que le acechaban, y que era indudable que le sorprenderían, como el actual, en estado de condenación. Y éstos sólo podían conjurarse por un arrepentimiento tan profundo y sincero como no era de esperar en una persona tan abandonada en su juventud y

cuya alma, según temía, estaba irremisiblemente corrompida.

—Mi deber, empero, es el de exhortarte a que te arrepientas, aunque bien sé que todas las exhortaciones que te haga serán vanas e inútiles. Pero *liberavi animam meam*. En modo alguno puedo acusarme de negligencia, aunque te veo caminar en busca de sinsabores y penas de este mundo y de tu segura condenación en el otro.

Square habló en tono muy distinto. El hombre dijo:

—Los accidentes como la rotura de un hueso no son dignos de la consideración de un hombre sabio. Basta con preparar el espíritu para cualquiera de esos percances, reflexionando que pueden sucederle al más sabio de los hombres, y que ocurren sin el menor género de dudas para bien de todos —añadiendo—: Constituye un simple abuso de palabras llamar males a estas cosas, en las cuales no existe incompetencia moral. El dolor, que es la peor consecuencia de tales accidentes, es la cosa más despreciable del mundo.

A tales sentencias añadió otras análogas, extraídas del libro segundo de las cuestiones tusculanas de Tully, y del gran lord Shaftesbury. Por cierto que pronunciaba su discurso con tanto entusiasmo que, por desgracia, se mordió la lengua, de tal forma, que no sólo puso fin a su perorata, sino que fue tanta la rabia que sintió, que dejó escapar una o dos maldiciones. Mas lo peor de todo fue que este accidente dio lugar a que Thwackum, que se encontraba presente, y que consideraba hereje y atea la doctrina expuesta, pudiera emitir un juicio en contra de ella. Pero éste fue expresado con tan maliciosa intención que sacó de sus casillas al filósofo, un tanto apaciguado tras de la mordedura de la lengua, y como no podía dar rienda suelta a su cólera por culpa de la herida, es muy posible que hubiese dado con un procedimiento más violento para vengarse de no haber intervenido el cirujano, que por suerte también se encontraba en la habitación, y puso paz entre los hombres.

Blifil visitaba también a su amigo algunas veces, aunque nunca lo hacía solo. Este digno joven guardaba muchas consideraciones a Tom y le compadecía de veras por su desgracia. Pero con el mayor tiento evitaba toda intimidad con él, temiendo, como frecuentemente insinuaba, que pudiera contaminarse su sobrio carácter, a cuyo objeto siempre tenía en los labios el proverbio de Salomón que condena toda comunicación que pueda representar algún peligro. No es que se mostrara tan incrédulo como Thwackum en cuanto a la salvación de Tom, pues siempre andaba diciendo que alimentaba algunas esperanzas de que Tom se enmendase con el tiempo.

—Enmienda —aseguró— que la bondad sin par demostrada por mi tío en la presente ocasión debe sin duda hacer impresión en uno que no esté del todo abandonado.

Y concluyó:

—Si Jones vuelve a cometer otro desaguisado, no me sentiré con fuerzas para interceder en favor suyo.

En lo que toca al caballero Western, muy raras veces abandonaba la habitación del paciente, excepto cuando se hallaba en el campo o bebía la acostumbrada botella de vino. A veces se metía en el cuarto para tomar su cerveza, y tenía que hacer un esfuerzo para no obligar a Tom a que le acompañase, pues ningún curandero creyó más en una panacea universal que el caballero en su cerveza, considerándola poseedora de más virtudes que todos los médicos y boticarios juntos. Pero tras de innumerables ruegos, el hombre desistió de la aplicación de esta medicina. Sin embargo, de lo que no pudieron hacerle desistir es de que cada mañana que salía de caza diera una serenata con el cuerno de caza bajo la ventana del paciente, ni tampoco prescindió, cuando visitaba a Tom, de la prosopopeya con que solía entrar en todas las reuniones, sin reparar si el joven estaba dormido o despierto.

Esta conducta, completamente inofensiva, tuvo una compensación para Tom, tan pronto se levantó de la cama, en la compañía de Sophia, a quien Mr. Western llevaba para que le visitara. Y no transcurrió mucho tiempo sin que Jones se hallara en condiciones de estar presente cuando la joven tocaba el clavicordio, lo que ella hacía de buen grado durante horas, para encantar a Tom con la música más deliciosa, a no ser que el caballero interrumpiera a su hija para pedirle *El viejo señor Simón* o cualquiera otra de sus piezas preferidas.

Pese a la vigilancia que Sophia ejercía sobre sí, no podía evitar que de cuando en cuando se pusiera de manifiesto algún indicio, ya que el amor se parece a una enfermedad que, si se le impide la salida por un lado, se abre paso por el otro. Lo que sus labios callaban, sus miradas, sus rubores y otras pequeñas acciones involuntarias lo delataban.

Un día, mientras Sophia estaba tocando el clavicordio y Jones la escuchaba con la mayor atención, Mr. Western penetró en la estancia diciendo:

—Acabo de librar, Tom, una batalla por ti allá abajo, con el obtuso párroco Thwackum. Le ha dicho a Allworthy, delante de mí, que la rotura del brazo ha sido un castigo del cielo. Pero yo le he contestado: «¿Cómo puede ser así? ¿No se lo rompió por proteger a una muchacha? ¡Bah! Si Tom no hace otra cosa peor, irá directo al cielo antes que todos los párrocos de esta comarca. Creo que hay más motivos de orgullo que de vergüenza en su acción».

—No tengo motivos para creer en lo uno ni en lo otro —repuso Jones—. Pero si logré salvar a miss Western, lo consideraré el accidente más feliz de mi vida.

—¡Y atreverse a indisponer a Allworthy contigo por esa causa! —exclamó Western—. Si ese tipo no hubiera tenido puesta la sotana, creo que le hubiera dado lo suyo, pues has de saber que te aprecio de veras, muchacho, y sabes muy bien que soy capaz de hacer todo lo que sea necesario por ti. Mañana por la mañana puedes elegir cualquiera de mis caballos, salvo *Chevalier* y *Miss Slouch*.

Jones dio las gracias al caballero, pero declinó el ofrecimiento.

—Puedes disponer también —añadió Western— de la yegua alazana que cabalgaba Sophia. Pagué por ella cincuenta guineas y esta primavera tendrá seis años.

—Aunque me hubiera costado mil —exclamó Tom con pasión— la hubiese mandado de paseo.

—¡Cómo! ¿Porque fue causa de que te rompieras el brazo? Olvídalo y perdónala. Creía que eras lo bastante hombre para no guardar rencor a un animal.

En este punto intervino Sophia y puso fin a la charla de los dos hombres pidiendo permiso a su padre para seguir tocando, súplica que jamás era rechazada.

El rostro de Sophia experimentó más de un cambio durante la anterior conversación, y con toda probabilidad atribuyó el apasionado sentimiento que Jones demostró sentir contra la yegua a distintos motivos que su padre. Su espíritu se había alterado de un modo perceptible, y tocaba tan mal, que sin duda Mr. Western lo hubiera notado de no haberse quedado dormido. Tom Jones, por el contrario, que estaba completamente despierto y con el oído y la vista atentos, hizo ciertas observaciones que, junto con todo lo sucedido antes, y que sin duda el lector recordará, le hicieron comprender, cuando empezó a reflexionar sobre ello, que algo flaqueaba en el tierno corazón de Sophia, opinión que, a mi juicio, sorprenderá a muchos jóvenes que no hubiese sido confirmada hacía ya tiempo. Pero se trataba de un muchacho demasiado tímido y no lo suficientemente despierto para percibir las insinuaciones de una muchacha, lamentable desgracia que sólo puede evitarse con esa educación primitiva que hoy día está tan en boga en las ciudades.

Cuando estos pensamientos se adueñaron por completo de Jones, produjeron una perturbación tal en su espíritu que de haber poseído una naturaleza menos firme y pura que la suya, hubiera dado lugar a consecuencias muy desagradables y peligrosas. El joven se daba clara cuenta de lo que Sophia valía; la muchacha le era en extremo simpática, admiraba sus dotes personales y apreciaba su bondad. Pero como jamás había alentado la menor esperanza de que pudiera llegar a ser suya ni había otorgado el menor gusto a sus inclinaciones, sentía por ella una pasión cien veces más profunda de lo que él mismo podía concebir. Su corazón descubrió todo el secreto, a la vez que se convencía de que la adorable joven correspondía a su amor.

CAPÍTULO III

TODO AQUEL QUE CAREZCA DE CORAZÓN PENSARÁ SIN DUDA QUE ES MÁS EL RUIDO QUE LAS NUECES.

Es posible que el lector piense que las sensaciones que se habían despertado ahora en Tom eran tan agradables y apacibles, que tenderían por fuerza a producir una completa serenidad en su ánimo. Pero es el caso que estas sensaciones, aunque deliciosas, son de carácter muy tumultuoso en el primer instante de su aparición, y llevan en sí muy poco opio. Además, en la circunstancia que nos ocupa eran amargadas por ciertas circunstancias que, mezcladas con ingredientes más dulces, formaron una droga que podríamos llamar amargo azucarada, puesto que del mismo modo que no puede haber nada más desagradable al paladar, tampoco existe nada, hablando en un sentido metafórico, tan injurioso para el espíritu.

En primer lugar, y no obstante tener motivos sobrados para sentirse orgulloso por lo que había podido observar en Sophia, no estaba muy seguro de que lo que la joven sentía por él no fuera compasión, o todo lo más, una simple amistad. Por otra parte, aunque pensaba que no encontraría obstáculos en la hija, estaba más que convencido de que los hallaría en el padre, quien si en sus diversiones era un señor campesino, también era un perfecto hombre de mundo en cuanto a su fortuna. Además, sentía un verdadero cariño por su hija, y en más de una ocasión había dado a entender en el curso de las charlas de sobremesa la ilusión que sería para él verla casada con uno de los hombres más ricos del condado. Tom Jones no era tan vano ni estaba tan falto de sentido común para creer que Mr. Western renunciaría a sus aspiraciones por la simple circunstancia del aprecio que su hija sentía por él. Sabía de sobra que el dinero es la consideración más importante, si no la única, que los padres tienen en cuenta cuando se trata de estos asuntos, puesto que si la amistad nos hace sentir un gran interés por las personas, no contribuye en el mismo grado a la satisfacción de sus pasiones. Para gozar de la felicidad que pueda resultar de esto, sería preciso que nosotros sintiéramos la misma pasión. Y Jones, como no tenía la menor esperanza de conseguir el consentimiento del padre, pensó intentar el triunfo sin él. Pero destrozarse la gran ilusión de Mr. Western era hacer un pésimo uso de su hospitalidad y pagar con la mayor de las ingratitudes los muchos favores recibidos de sus manos. Si tales consecuencias horrorizaron a Tom, ¿qué no le impresionaría pensar en Mr. Allworthy, del cual, por la misma razón que le debía tanto, le importaba enormemente el juicio que pudiera formar de él?

Sabía bien que su protector y padre era contrario a toda bajeza y traición, que el menor intento de este género haría que le resultara odiosa para siempre la presencia

de la persona capaz de realizarlas. Dificultades tan invencibles llenaban de desesperación a Tom, pese a lo ardiente de sus deseos. Además, éstos se veían influidos por la compasión hacia otra mujer. La imagen de la adorable Mary surgió ante él. Había jurado a la muchacha constancia eterna, en tanto que ella le había asegurado que moriría si él la llegaba a abandonar algún día. Tom se la imaginaba ahora en todos los trances posibles de muerte; consideraba las miserias de la prostitución en las que podía caer, y de las que él sería la causa, primero por haberla seducido, luego por abandonarla, pues conocía perfectamente el odio que todas sus vecinas sentían hacia ella, incluidas sus propias hermanas, y lo decididas que estaban todas a hacer tiras de su piel. Había expuesto a Mary más a la envidia que a la vergüenza, o más bien a la última a través de la primera. Muchas mujeres arremetían contra ella y la increpaban por ser una perdida, en tanto que otras le envidiaban el amante y su condición social, y se hubieran sentido muy satisfechas de poder conquistar a éste, incluso al precio que ella había pagado. En consecuencia, Tom previó la ruina inevitable de la desgraciada muchacha si él la abandonaba, y este pensamiento era como una espina clavada en su corazón. Le parecía que la miseria y la pena no le concedían el menor derecho a agravar más estas desgracias. La humildad de su condición no aminoraba ni justificaba ante los ojos de Tom su desgracia actual, de la que él era el único responsable. Pero ¿por qué he hablado de justificación? Su corazón no le permitiría la destrucción de un ser humano que le quería y por cuyo amor había sacrificado su inocencia. Su bondadoso corazón defendía la causa de Mary, no como un abogado venal, sino como un ser interesado en la circunstancia, y que debía de participar intensamente en todas las agonías que su propietario causaba en otro.

Cuando este enérgico abogado hubo conseguido despertar del todo la piedad de Tom Jones, imaginando a Mary en todas las circunstancias desdichadas de la vida, convocó arteramente en su ayuda a otra pasión, y se representó a la joven adornada con todos los colores amables de la juventud, la salud y la belleza, como objeto de un ardiente deseo, muy lejos, al propio tiempo, de ser un objeto digno de compasión.

Tom pasó una larga e inquieta noche entregado a estos pensamientos, y el resultado de todas sus cavilaciones fue a la mañana siguiente continuar con Mary y no pensar más en Sophia.

El joven perseveró en esta resolución virtuosa todo el día siguiente hasta la tarde, acariciando la idea de Mary y expulsando a Sophia de sus pensamientos. Pero en el curso de la fatal tarde, un accidente sin importancia desató de nuevo su pasión y produjo un cambio tan radical en su espíritu, que creemos oportuno exponerlo en un nuevo capítulo.

CAPÍTULO IV

UN BREVE CAPÍTULO QUE CONTIENE UN PEQUEÑO INCIDENTE.

Entre los visitantes que presentaron sus respetos al joven caballero durante el tiempo que permaneció encerrado en su cuarto figuraba Mrs. Honour. Si el lector recuerda algunas de las palabras que anteriormente había pronunciado, tal vez imaginen que esta buena mujer sentía un afecto especial por Tom Jones. En realidad no había nada. Tom era un mozo guapo y apuesto, y Mrs. Honour sentía cierta debilidad por esta clase de personas. Pero no hacía distinciones, pues habiendo tenido amores con el lacayo de cierto noble, que la abandonó luego vilmente tras de hacerle promesas de matrimonio, recogió los restos de su corazón destrozado de tal modo, que ningún hombre fue capaz a partir de entonces de poseer un solo fragmento. Contemplaba a todos los hombres guapos con la consideración y benevolencia que las inteligencias rectas y virtuosas reservan para todo lo bueno. Podría decirse de ella que era una amante de los hombres como Sócrates lo fue del género humano, prefiriendo a uno u otro por sus cualidades corporales, así como el filósofo las prefería por sus cualidades morales, aunque sin llevar sus preferencias al extremo de causar perturbaciones en la serenidad filosófica de su manera de ser.

Al día siguiente de aquel en que Tom sostuvo la lucha consigo mismo relatada en el capítulo anterior, Mrs. Honour entró en el cuarto del joven y, al encontrarle solo, comenzó a hablar del siguiente modo:

—¿A que no sabe el señor dónde he estado? Apuesto lo que quiera a que no lo adivinaría ni en cincuenta años. Pero si lo adivina, le suplico que no se lo diga a nadie.

—Si no me lo dice usted —repuso Tom—, tendré la curiosidad de preguntar, y sé que no es usted tan cruel como para negarme la respuesta.

—No sé por qué —replicó Mrs. Honour— le he de negar nada, pues con seguridad no lo repetirá usted. Y en cuanto a este caso, aunque supiera dónde he ido, no tendría la menor importancia, si no sabe a lo que he ido. Pero no comprendo por qué he de mantener el secreto. Sin duda se trata de la mujer más buena del mundo.

Al oír estas palabras, Jones comenzó a suplicar en serio a Mrs. Honour que le comunicara el secreto, prometiéndole solemnemente no propagarlo.

La doncella continuó de esta manera:

—Sabrá usted, señor, que mi ama me ha enviado a visitar a Mary Seagrim para que viera si la desgraciada necesitaba alguna cosa. Yo no me sentía muy dispuesta a ir, pero las criadas debemos hacer lo que nos mandan. Al propio tiempo les he llevado algunas ropas y otras cosas de parte de mi ama. ¡Es tan buena! Si esas malas

pécoras fueran enviadas a la cárcel, sería cien veces mejor para ellas.

—¿Sophia ha sido tan buena? —inquirió Jones.

—¡Si lo supiera usted todo! Lo cierto es que el señor debería tener más aspiraciones que esa falsa de Mary Seagrim.

—¿Qué quiere usted decir con eso de si yo lo supiera todo? —inquirió Jones sorprendido.

—Yo sé lo que quiero decir —repuso Mrs. Honour—. ¿No recuerda usted que una vez puso su mano en el manguito de mi señorita? Se lo contaría a usted si estuviera segura de que mi ama no se habría de enterar. —Jones hizo varias solemnes protestas, y Mrs. Honour prosiguió—: Mi señorita me había dado el manguito, pero al saber lo que usted hizo...

—¿Le contó usted lo que yo había hecho? —preguntó Jones sorprendido.

—Sí, señor —repuso la doncella de Sophia—. Pero no debe usted enfadarse conmigo. Más de uno se dejaría cortar la cabeza por saber lo que mi ama dijo. Pero no es mi intención contárselo, señor. —Tom suplicó a la mujer, y muy pronto consiguió que prosiguiera—. Debe usted saber que mi señorita me regaló ese manguito, pero un día o dos más tarde no le gustó el suyo nuevo, aunque le aseguro que es uno de los más bonitos que existen. «Honour —me dijo—, este manguito no me gusta. Es demasiado grande para mí y no puedo llevarlo. Hasta que me sea posible adquirir otro debes prestarme el viejo que te di y quédate con éste». Es muy buena y le gusta regalar una cosa para luego quitarla sin más ni más. En vista de ello, le devolví el manguito viejo, y creo que desde entonces lo ha usado siempre, y casi me atrevería a asegurar que le ha dado más de un beso cuando nadie la veía.

La conversación fue interrumpida por Mr. Western, que apareció para llevarse a Jones a la sala de música, a donde el pobre muchacho se encaminó pálido y tembloroso. Esto no dejó de ser observado por Mr. Western. Pero al ver que Mrs. Honour estaba presente, atribuyó la causa a un motivo distinto del verdadero, ya que medio en broma, medio en serio, le dijo que no cazase en terreno vedado.

Sophia estaba aquella tarde más bella que nunca, y somos del parecer que contribuyó bastante a ello, ante los ojos de Jones, el detalle de que tuviera en su brazo derecho el manguito de que hemos hablado.

La joven ejecutaba en aquel instante una de las tocatas favoritas de su padre, que estaba retrepado en su sillón, cuando el manguito se le deslizó desde el brazo hasta los dedos, cosa que la desconcertó. Este incidente contrarió tanto a Mr. Western, que arrebató a su hija el manguito y lanzando una maldición lo arrojó al fuego. Sophia se levantó al instante y con la mayor celeridad lo rescató.

Aunque muchos de nuestros lectores juzguen este incidente sin importancia, tan sencillo y trivial como era, produjo un efecto enorme en el pobre Tom, por lo que hemos considerado nuestro deber mencionarlo. En ocasiones surgen circunstancias

insignificantes que son pasadas por alto a menudo por historiadores irreflexivos, pero de las cuales se derivan hechos de la mayor trascendencia. El mundo puede ser considerado como una gran máquina en la que sus grandes ruedas son puestas en movimiento por otras muy pequeñas, casi imperceptibles para los que no posean buena vista.

Del mismo modo, ni todos los encantos de la incomparable Sophia, ni el deslumbrante esplendor y la lánguida dulzura de sus ojos, ni la armonía de su voz ni de su persona, ni su talento ni buen humor, ni su espiritualidad y carácter apacible habían sido capaces de conquistar y esclavizar el corazón del infeliz Jones como lo consiguió el pequeño incidente del manguito. Así el poeta dice de Troya:

*Captique dolis lachrymisque coacti
Quos neque Tydides, nec Larissaeus Achilles,
Non anni domuere decem, non mille Carinae.*

Lo que traducido quiere decir: «Que ni lo que Diómedes ni el nieto de Tetis, ni mil barcos, ni diez años de sitio consiguieron, lo lograron lágrimas falsas y palabras lisonjeras, para la conquista de la ciudad».

La ciudadela de Tom Jones no fue tomada por sorpresa. Todas las consideraciones inspiradas por el honor y la prudencia que nuestro héroe, demostrando una gran ciencia militar, había colocado en guardia en los accesos de su corazón, huyeron de sus puestos, y el dios del amor entró triunfante en la plaza.

CAPÍTULO V

UN CAPÍTULO MUY LARGO QUE CONTIENE UN INCIDENTE EN EXTREMO IMPORTANTE.

Pero aunque la deidad victoriosa expulsó con facilidad a sus conocidos enemigos del corazón de Tom Jones, encontró una mayor dificultad en sustituir a la guarnición que él mismo había emplazado. Ahora, prescindiendo de toda alegoría, diremos que lo que más desconcertaba y mantenía perplejo al animoso joven era lo relacionado con la pobre Mary. Los superiores méritos de Sophia eclipsaban por completo, o más bien extinguían, toda la belleza de la pobre joven. Pero en lugar de experimentar desprecio, el amor era reemplazado por la compasión. Tom estaba convencido de que la muchacha había depositado todo su afecto y todas sus esperanzas de felicidad futura en él. Reconocía que él había dado motivos suficientes con sus grandes demostraciones de cariño y ternura hacia ella para que las cosas fueran así; que por todos los medios había tratado de convencerla de que su amor sería duradero. Mary, por su parte, le había asegurado que creía en sus promesas, afirmando que del cumplimiento de éstas dependía el que fuera la más feliz o desgraciada criatura humana. Y ser el autor de tan gran aflicción y dolor era algo que Tom no era capaz de pensar ni un solo instante. Se decía que aquella infeliz joven le había sacrificado todo cuanto poseía, que la había convertido en objeto de su placer, y que desde aquel instante ella había suspirado y languidecido por él. «¿Será entonces mi restablecimiento tan ardientemente deseado por ella —pensaba Tom—, será mi presencia, con tanta ansiedad anhelada, causa de pena y desesperación para Mary, en vez de la alegría que debe esperar? ¿Podré ser yo tan villano?».

Pero en tales momentos, cuando parecía triunfar la imagen de la pobre Mary, el amor de Sophia, que ya no era dudoso en él, se precipitaba en su interior y barría todos los obstáculos alzados ante él.

Al cabo se le ocurrió que podría recompensar a Mary de otra forma, entregándole una cantidad de dinero. Aunque dudaba mucho de que la joven lo aceptase, pues recordaba sus continuas y vehementes afirmaciones de que aunque le dieran el mundo entero esto no la recompensaría de la pérdida de él. No obstante su gran pobreza y, sobre todo, su enorme vanidad —alguna muestra de la cual ya hemos dado al lector—, proporcionó a Tom Jones alguna esperanza de que, pese al gran amor que sentía por él, pudiera acabar contentándose con una fortuna superior a la que jamás se le hubiese ocurrido soñar, que le permitiría satisfacer su vanidad y la situación por encima de sus iguales. Tom Jones decidió, pues, aprovechar la primera oportunidad que se le presentara para hacerle una proposición de este género.

Un día, cuando ya la curación de su brazo estaba tan adelantada que podía andar con facilidad llevándolo en cabestrillo, Tom salió furtivamente aprovechando que Mr. Western estaba entregado a sus ejercicios deportivos, y visitó a Mary. La madre y la hermana de la joven, a quienes encontró tomando el té, le dijeron que Mary no se encontraba en casa. Pero más tarde la hermana mayor le dijo con sonrisa maliciosa que se encontraba en el piso de arriba, en la cama. A Tom le sorprendió la noticia y en el acto subió la escalera que conducía al piso. Mas cuando llegó arriba vio con gran sorpresa que la puerta estaba cerrada con llave. Durante algún tiempo no obtuvo contestación, pues la muchacha, según ella misma le dijo luego, estaba profundamente dormida.

Las grandes alegrías y tristezas producen efectos similares, y cuando una u otra nos pillan por sorpresa son capaces de engendrar tal perturbación que con frecuencia nos vemos privados de todas nuestras facultades. No debe, pues, extrañar que la inesperada visita de Tom Jones sorprendiera e impresionase tanto a Mary, produciéndole un tal azoramiento, que durante varios minutos fuera incapaz de hacer las grandes demostraciones que sin duda el lector esperaba que realizase al ver a su amante. En cuanto a Tom, se sintió tan encantado y rendido ante la presencia del ser querido, que durante un tiempo se olvidó de Sophia y, en consecuencia, del objeto principal de su visita.

Éste, sin embargo, no tardó en acudir a su memoria, y una vez pasados los primeros transportes de alegría, fue conduciendo gradualmente la conversación hacia las fatales consecuencias que tendría para el amor que se profesaban si Mr. Allworthy, que le había prohibido a rajatabla que volviera a verla jamás, descubría que continuaban sus relaciones. Tal descubrimiento, que sus enemigos consideraban inevitable, debía de conducirle a la ruina y, en consecuencia, supondría la ruina para ella también. Por tanto, si sus hados adversos habían acordado que debían separarse, le aconsejaba que lo soportase con firmeza y resignación. Tom juró a la joven que jamás dejaría pasar la oportunidad de demostrarle su afecto, cuidando de ella de forma que excedería a todas sus esperanzas, asegurándole, para concluir, que no tardaría en encontrar a un hombre dispuesto a casarse con ella, que le haría mucho más feliz que lo sería llevando una vida deshonrosa al lado de él.

Mary se mantuvo en silencio unos momentos, hasta que prorrumpiendo en un mar de lágrimas, empezó a reconvenir a Tom Jones con las siguientes palabras:

—¡Y éste es el amor que sientes por mí! ¡Ahora quieres abandonarme, después que me has cubierto de vergüenza! ¿Cuántas veces, cuando yo te decía que todos los hombres son falsos y perjuros y que se cansan de nosotras tan pronto han satisfecho sus indecentes caprichos, tú me juraste que por nada del mundo me abandonarías? ¿Tú también eres un perjuro? ¿Qué pueden significar para mí todas las riquezas del mundo si no te tengo a ti, ahora que has conquistado mi corazón? ¿Por qué has

hablado de otro hombre? Me será imposible querer a otro hombre mientras viva. Todos los demás no significan nada para mí. Si el caballero más importante de la región viniera a solicitar mi mano mañana, no le haría el menor caso. A partir de ahora, despreciaré y odiaré a todo el sexo masculino por culpa tuya...

La joven se encontraba en este punto de sus lamentaciones cuando un inesperado accidente le paralizó la lengua. El cuarto, o más bien la buhardilla, que Mary ocupaba, tenía las paredes inclinadas, lo que le daba cierto parecido con la delta mayúscula del alfabeto griego, de forma que sólo se podía permanecer de pie en su parte central. Como en la habitación era preciso sustituir con algo la falta de armario, Mary había clavado una alfombrilla vieja en las vigas del techo, alfombrilla que ocultaba un pequeño espacio en donde sus mejores ropas, como por ejemplo, los restos del vestido que le había regalado Sophia, algunas gorras y otras cosas adquiridas últimamente por la muchacha, estaban colgadas y protegidas contra el polvo.

Este espacio cubierto se encontraba justamente al pie de la cama, y la alfombrilla caía tan cerca de ésta que, en cierto modo, reemplazaba la falta de cortinas. Pero no estoy seguro de si Mary, en el paroxismo de su ira, empujó la cortina con los pies o bien Jones la tocó. El caso es que cuando Mary pronunciaba las últimas palabras, la cortina se desprendió y dejó al descubierto todo lo que había detrás de ella. Entonces apareció, entre otros diversos objetos femeninos —lo escribo con verdadera vergüenza y supongo que será leído con pena— el filósofo Square, en una postura, pues el refugio no le permitía permanecer de pie, ridícula a más no poder.

La posición no se diferenciaba mucho de la de un soldado que tuviera atados los pies y el cuello, o más bien recordaba esa actitud en que con frecuencia se sorprende a ciertos individuos en las calles de Londres, los cuales no sufren, sino que merecen un severo castigo por colocarse en semejante postura. Sobre la cabeza tenía un gorro de dormir perteneciente a Mary, y sus dos grandes ojos, en el momento en que cayó la alfombrilla, miraban llenos de asombro a Jones, así que cuando la idea de la filosofía se añadió a la del individuo descubierto, le hubiera resultado harto difícil a cualquier espectador contener una abierta y franca carcajada.

No es mi intención discutir si la sorpresa del lector igualará a la de Tom Jones, puesto que las sospechas que por fuerza tenía que despertar la aparición de aquel sabio y prudente individuo en semejante lugar pudieran no ser compatibles con la opinión que cada cual tenga formada por ahora de su carácter.

Pero, en el fondo, esta incompatibilidad es más bien imaginaria que real. Los filósofos están hechos de carne y hueso como cualquier otro ser humano, y por sublimes y sutiles que sean sus teorías, cierta debilidad en su carácter es un accidente al que están expuestos como cualquier otro mortal. Ya hemos dicho que sólo en la teoría, y no en la práctica, es donde reside la diferencia, pues aunque tales personas

piensan mucho mejor y con mucha mayor sabiduría, obran exactamente como los demás mortales. Saben de sobra cómo someter todos los apetitos y pasiones, y desprecian tanto el placer como la pena, y este conocimiento, que se adquiere con suma facilidad, proporciona una contemplación por demás agradable de la vida. Pero su práctica resulta desconcertante y molesta, y por esta razón, la misma sabiduría que les conduce a aprender esto, les enseña cómo evitar ponerlo en práctica.

Mr. Square se encontraba en la iglesia el domingo en que, como el lector recordará sin duda, la aparición de Mary ataviada con el vestido regalado por Sophia produjo tal alteración de ánimos. Por primera vez reparó en ella, y tan prendado quedó de su hermosura, que convenció a los jóvenes para que cambiaran de itinerario en su paseo a caballo, a fin de pasar por delante de la casa de Mary y conseguir por este medio una segunda oportunidad de verla. Y como él juzgó oportuno no dar ninguna explicación de la razón del cambio de itinerario, nosotros consideramos entonces que no debíamos decir nada al lector.

Entre otros atributos que constituían la impropiedad de las cosas, en opinión de Mr. Square, figuraban el peligro y la dificultad. La dificultad que supondría tratar de pervertir a aquella muchacha y el peligro de ser descubierto en semejante empeño constituían dos poderosos elementos en contra, y es muy probable que al principio Mr. Square intentara darse por satisfecho con las placenteras sensaciones que proporciona la contemplación de la belleza. Éstas suelen tomarlas los hombres más graves, tras una ración de meditaciones graves, como una especie de postre, para cuyo objeto tienen acceso a los escondrijos más ocultos de sus despachos ciertos libros y grabados.

Pero cuando el filósofo supo, un día o dos más tarde, que la fortaleza de la virtud se había ya rendido, decidió dar rienda suelta a sus deseos. No era su apetito de esa especie que no puede comer un manjar delicado porque otro ya lo ha probado. En resumen, deseó mucho más a la muchacha ahora que sabía que había perdido su castidad que si la hubiera conservado, y que, de haber estado en posesión de ella, hubiese representado un obstáculo para su placer. En fin, la persiguió y la obtuvo.

Pero el lector cometerá un grave error si piensa que Mary prefería a Square a su joven amante. Todo lo contrario. Si hubiera tenido que elegir entre los dos, Tom Jones hubiera salido victorioso. Mr. Square debía su triunfo a la simple consideración de que dos valen más que uno, aunque esto suponga su peso correspondiente. La ausencia de Tom durante el período de cura de su brazo fue una circunstancia desfavorable para él, y durante este lapso de tiempo algunos regalos bien elegidos por parte del filósofo ablandaron de tal modo el corazón de Mary que se hizo irresistible para ella. Por tanto, Square triunfó de los mínimos restos de virtud que aún quedaban en la muchacha.

Apenas habían transcurrido dos semanas desde la conquista cuando Jones hizo la

visita a su querida, en ocasión de que ella y Square se encontraban juntos en el lecho. Ésta fue la causa de que la madre dijera que su hija no se encontraba en casa, pues como la mujer participaba de los beneficios que proporcionaba la desvergüenza de su hija, la alentaba y la protegía cuanto le era posible. Mas era tal el odio y la envidia que la hermana mayor sentía contra Mary que, no obstante participar también en el botín, era capaz de renunciar por completo a él con tal de arruinar a su hermana y echar a perder su comercio. Por ello dijo a Jones que se encontraba arriba, en su cuarto, en la confianza de que el joven la sorprendería en brazos de Square. Esto, sin embargo, lo evitó Mary, ya que la puerta se encontraba cerrada, lo que proporcionó tiempo para ocultar a su visitante detrás de la cortina o alfombra, aunque, por desgracia, fue descubierto.

Tan pronto Square quedó a la vista, Mary se refugió en su lecho y comenzó a gritar que estaba perdida. La pobre muchacha, que era aún novicia en el oficio, no había conseguido obtener ese dominio de sí misma que tanto ayuda a una dama de la ciudad en una situación apurada y que la impulsa a dar una excusa o a discutir el asunto con el mayor desparpajo con su marido, marido que, por amor a la paz y a la tranquilidad, o por miedo de su reputación —en ocasiones por miedo al amante, que puede llevar un arma—, cierra los ojos a la realidad, y se deja poner los cuernos en secreto. Mary, por el contrario, permaneció callada al ser sorprendida, y abandonó una causa que hasta aquel instante había defendido con tantas lágrimas y tan solemnes y vehementes protestas de amor puro y constante.

En lo que se refiere al caballero sorprendido, no se mostró menos consternado. El filósofo permaneció callado un tiempo, sin saber qué decir ni dónde poner la vista. Aunque quizá Jones fuera el más sorprendido de los tres, fue el primero en recuperar el uso de la palabra, y al verse libre de las molestas sensaciones que Mary con sus insultos y vituperios había despertado en él, dejó escapar una sonora carcajada y luego de saludar a Mr. Square avanzó hacia él y, tomándolo de la mano, le sacó de su cárcel.

Cuando Square llegó al centro del cuarto, único sitio en que podía permanecer erguido, miró a Jones con expresión en extremo severa y dijo:

—Veo, caballero, que le divierte este sensacional descubrimiento, y aún más, me atrevería a decir que le regocija el haberme descubierto. Pero si examina la cuestión con serenidad, se dará cuenta de que el único que tiene que reprocharse algo es usted. Yo no soy culpable de haber pervertido a la inocencia. No he hecho nada por lo que aquellos que juzgan las cosas según las normas del derecho puedan condenarme. La conveniencia está regida por la naturaleza de las cosas y no por las costumbres, formas o leyes municipales. Nada es inadecuado que no sea el propio tiempo contranatural.

—Muy bien razonado —repuso Jones—. Pero ¿por qué supone que es mi deseo

descubrirle? Le aseguro que jamás me he sentido más satisfecho de usted que en este instante, y a no ser que tenga usted intención de descubrirlo por sí mismo, considero que esto debe permanecer en el secreto más profundo.

—Conforme por completo —replicó Square—. Nadie debe de pensar que rebajo mi reputación. La buena fama es una especie de Kalon, y en modo alguno conviene despreciarla. Aparte que matar uno su propia buena fama es una especie de suicidio y un acto detestable y odioso. Por lo tanto, si usted juzga oportuno ocultar una flaqueza mía, de la que no estoy libre, pues no existe un hombre perfecto, le prometo que no me traicionaré. Hay cosas que pueden hacerse, pero no decirse que se han hecho, pues el perverso parecer del mundo presenta a veces como objeto de censura aquello que, en el fondo, no sólo es inocente, sino laudable.

—¡Tiene usted razón! —contestó Jones—. ¿Qué puede haber más inocente que la satisfacción de un apetito natural o más laudable que la propagación de nuestra especie?

—Si he de serle franco —afirmó Square—, en este punto estoy de acuerdo con usted.

—No obstante —añadió ahora Jones—, usted sostuvo opinión contraria cuando fueron descubiertas mis relaciones con la muchacha.

—Reconozco que el asunto me fue presentado de tal modo por el párroco Thwackum —repuso Square— que por fuerza tenía que condenar la corrupción de la inocente. Esto fue lo que sucedió, Mr. Jones, pues debe usted saber que en la consideración de lo conveniente, toda circunstancia, por pequeña que parezca, produce una gran alteración.

—Bien —exclamó Tom Jones—. Será culpa suya, como le he dicho, si vuelve usted a oír hablar de esta aventura. Condúzcase amablemente con Mary y jamás abriré la boca para contar nada a nadie. Y tú, Mary, sé fiel a tu amigo, y no sólo te perdonaré tu infidelidad, sino que te ayudaré todo cuanto pueda.

Dicho esto, se despidió a toda prisa de los dos sorprendidos y bajó corriendo la escalera.

Square se sintió plenamente satisfecho al ver que la aventura no tenía peores consecuencias, y Mary, una vez rehecha de la primera confusión, comenzó a echar en cara a Square el que por culpa de él hubiese perdido a Tom Jones. Pero el caballero encontró pronto medios para aplacar su cólera, en parte con caricias, en parte con una porción de su bolsa, de maravillosa y comprobada eficacia para desterrar los malos humores de la imaginación y restablecer en ella la tranquilidad.

Entonces la joven inició una serie de demostraciones cariñosas con su nuevo amante, ridiculizando a Jones y todo lo que el muchacho había dicho, y confesó que, aunque Tom la había poseído primero, nadie más que Square era dueño de su corazón.

CAPÍTULO VI

SI LO COMPARA CON EL ANTERIOR, QUIZÁ EL LECTOR PUEDA CORREGIR ALGÚN ABUSO COMETIDO POR ÉL EN LA APLICACIÓN DE LA PALABRA «AMOR».

La infidelidad de Mary, descubierta por Tom Jones, hubiera sin duda justificado una mayor cólera de la que el muchacho dejó entrever, y si hubiera abandonado a la joven a partir de aquel instante, muy pocos, a mi juicio, se lo hubiesen reprochado.

Claro que Tom miraba las cosas desde el punto de vista de la compasión, y aunque su amor por Mary no era del género que pudiera preocuparle mucho su inconstancia, sin embargo, no dejaba de impresionarle la idea de que había sido él el primero en abusar de su inocencia, pues a esta corrupción imputaba el vicio en que ahora parecía sumergida la joven.

Esta preocupación fue causa de no poca inquietud para Jones, hasta que Isabela, la hermana mayor de Mary, fue tan amable con él algún tiempo más tarde que le curó del todo, pues le contó que el primer seductor de Mary no había sido él, sino un tal William Barnes, y que la criatura que hasta ahora él consideraba suya podía atribuirse con la misma probabilidad a Barnes.

Jones quiso comprobar lo que le habían dicho, y al cabo de poco tiempo pudo convencerse de que la muchacha le había dicho la verdad, no sólo por la confesión de Barnes, sino de la propia Mary.

El tal William Barnes era un auténtico donjuán campesino que había obtenido tantos triunfos de esta clase como cualquier alférez del reino. En efecto, había reducido a varias mujeres al estado de verdaderas perdidas; había destrozado el corazón de algunas y gozado el honor de provocar la muerte violenta de una muchacha, que se había ahogado por sí misma, o lo que era más probable, que fue ahogada por él.

Entre sus conquistas figuraba Isabela Seagrim. Le había hecho a ésta el amor mucho antes de que Mary hubiese alcanzado la edad de ser codiciable. Pero luego la abandonó para dedicarse a la hermana, con la que obtuvo un triunfo inmediato. William era el único que, en realidad, era dueño del amor de Mary, pues tanto Jones como Square habían sido sacrificados por igual al interés y orgullo de la joven.

Esto era el origen de aquel odio implacable que Tom había podido descubrir en Elizabeth, aunque no juzgamos necesario hacerlo constar antes, ya que la envidia por sí sola se bastaba para producir todos los efectos que hemos mencionado.

Jones se tranquilizó del todo cuando supo este secreto referente a Mary. Sin embargo, en lo que respecta a Sophia, estaba muy lejos de experimentar los mismos

efectos. Por el contrario, vivía dominado por la más violenta inquietud. Su corazón era ahora completamente libre y Sophia tomó completa posesión de él. La quería con pasión y conocía los tiernos sentimientos que ella albergaba hacia él, aunque este convencimiento no aminoraba su desesperación ante la imposibilidad de lograr el consentimiento del padre de ella ni los horrores que supondría el logro de ella por cualquier procedimiento traicionero.

La ofensa que de este modo infligiría a Mr. Western, junto con el enorme disgusto que ocasionaría a Mr. Allworthy, le atormentaban durante el día y le robaban el sueño por la noche. Su vida era una lucha permanente entre el honor y el deseo, que por turno triunfaban en su alma. A menudo decidía, estando ausente Sophia, abandonar la casa de su padre y no volverla a ver jamás. Y con idéntica facilidad, cuando estaba presente la joven, abandonaba esta resolución y resolvía perseguirla a toda costa, sacrificando, si era preciso, todo lo que le era más querido.

Este íntimo conflicto comenzó a producir en él intensos y visibles efectos, pues perdió toda su viveza natural y su alegría, tornándose melancólico, y esto le sucedía no sólo cuando se encontraba solo, sino también cuando se hallaba en compañía de otras personas. Si en alguna ocasión simulaba alegría, para ponerse a tono con Mr. Western, el esfuerzo resultaba tan evidente que era visible su fingimiento.

Podría discutirse quizá qué era lo que más le traicionaba, si la astucia que empleaba para ocultar su pasión o los medios de que la naturaleza se valía para revelarla, pues mientras la astucia le hacía mostrarse cada vez más reservado con Sophia y le impedía sostener una conversación larga con ella por miedo a que se cruzaran sus miradas, la naturaleza se mostraba por completo decidida a desbaratar sus planes. De aquí que a la aparición de Sophia se tornara pálido y la entrada repentina de la joven le sobresaltase. Si las miradas de ambos se cruzaban, la sangre afluía a las mejillas de Tom y su rostro se cubría de un vivo color escarlata. Si la cortesía le obligaba a dirigirle la palabra, como cuando brindaba con ella en la mesa, su lengua tartamudeaba. Si por casualidad rozaba su mano, todo su cuerpo se echaba a temblar. Si alguna conversación sugería, aunque fuera remotamente, la idea del amor, de su pecho se escapaba un involuntario suspiro. Pero la naturaleza se mostraba tan hábil, que la mayor parte de estos incidentes se presentaban a diario.

Todos estos síntomas escapaban a Mr. Western, pero no así a Sophia. La joven no tardó en descubrir la agitación que reinaba en el espíritu de Tom Jones, y no le costó mucho esfuerzo descubrir la causa, pues la percibía también en su propio corazón. Y este reconocimiento no era sino esa simpatía que con tanta frecuencia se observa en los amantes, y que basta para explicar por qué la joven se apercibió de todo mucho antes que su padre.

Existe también otro modo más sencillo de explicar esta prodigiosa superioridad de penetración que se observa en algunos hombres con respecto a sus congéneres, y

que se aplica no sólo a los enamorados, sino a todos los otros seres. ¿Por qué razón el pillo es capaz de percibir los síntomas y tretas de la bellaquería, que con frecuencia escapan a un hombre de inteligencia mucho más clara? No es seguro que exista una mutua simpatía entre los picaros, ni poseen, como los francmasones, un signo común para comunicarse entre sí. En realidad, la explicación está en que llevan las mismas ideas en la mollera y sus pensamientos convergen hacia el mismo punto. Así, pues, a nadie debe sorprender que Sophia descubriera, y Western no, los síntomas evidentes del amor en Jones. Debe tenerse presente que la idea del amor jamás había pasado por la cabeza de Mr. Western, en tanto que su hija no pensaba en la actualidad en otra cosa.

Cuando Sophia estuvo segura de la violenta pasión que atormentaba al infeliz Jones, y no menos segura de que ella era el objeto de la misma, no encontró la menor dificultad en poner al descubierto la causa de su actual conducta. Esto contribuyó a que se acrecentara enormemente el cariño que sentía por Tom y que diera albergue en su corazón a dos de los afectos que cualquier hombre enamorado más puede desear de su novia, esto es, estimación y piedad. Sin duda, las mujeres más rígidas disculparían a Sophia por sentir piedad de un hombre que sufría por su causa, y ninguna podría injuriarla por estimar a un hombre que, por los motivos más honrosos, trataba de ocultar la llama que ardía en su pecho, la cual, como el famoso hurto espartano, había hecho presa en él y consumía sus partes vitales. Por ello, su timidez, sus esquivances, su frialdad y su silencio eran sus mejores abogados, los más entusiastas y elocuentes, y actuaron de un modo tan violento en el sensible y tierno corazón de Sophia, que muy pronto la joven experimentó por Tom todas esas sensaciones apacibles que son el corolario de un alma femenina virtuosa y elevada. En suma, todo cuanto la estimación, la gratitud y la piedad pueden inspirar en tales ocasiones en favor de un hombre agradable. En resumen, la joven estaba locamente enamorada de Tom Jones.

Cierto día, la joven pareja se encontró por casualidad en el jardín, al final de los dos paseos bordeados por el canal en el que Tom había estado a punto de ahogarse cuando intentó recuperar el pajarillo de Sophia.

Este lugar era muy frecuentado por Sophia en los últimos tiempos. La joven acostumbraba a recordar aquí, con una mezcla de pena y de placer, un incidente que, aunque trivial en sí, había sembrado las primeras semillas de un afecto que ahora estaba alcanzando plena madurez en su corazón.

Allí, pues, se encontraron ambos. Estaban casi juntos antes de que se percatasen el uno y el otro de su proximidad. Un espectador imparcial hubiera descubierto en sus rostros los suficientes signos de azoramiento, pero, en cambio, ellos se sintieron demasiado impresionados por el encuentro para poder hacer la menor observación. Pero tan pronto como Jones se hubo repuesto de la sorpresa, abordó a Sophia con

algunas de las fórmulas usuales de saludo, que ella devolvió de idéntica forma, y su charla se inició, como de costumbre, comentando la deliciosa mañana que hacía. De esto pasaron a la belleza del lugar, del que Tom hizo calurosos elogios. Cuando llegaron ante el árbol desde el cual él se había caído al canal, Sophia no pudo por menos de recordar el accidente, y dijo:

—Creo, Tom, que sentiría usted algún miedo cuando vio el agua.

—Le aseguro, Sophia —repuso Jones—, que la pena que usted sintió ante la huida del pajarito, será siempre para mí la circunstancia principal de esa aventura. Ahí está la rama en que el pajarito se posó. ¿Cómo pudo aquel desgraciado animalillo ser tan loco como para abandonar la felicidad de que disfrutaba? Lo que le sucedió fue un justo castigo a su ingratitud.

—Creo, Mr. Jones —repuso la joven—, que no merecía un sino tan adverso. Estoy segura de que el recuerdo sigue aún impresionándole.

—Si tengo algún motivo para pensar con pena en ello —repuso Tom—, es quizá que el agua no fuera un poco más profunda, con lo que hubiera evitado muchas angustias a mi corazón que la fortuna le tenía reservadas.

—No creo que hable usted en serio, Tom —contestó Sophia—. Ese aparente desprecio de la vida es únicamente un exceso de complacencia hacia mí.

La joven pronunció estas palabras con sonrisa y dulzura indecibles.

Tom contestó con un suspiro y mirando luego a la muchacha con expresión de arrobo, exclamó:

—¡Oh, miss Western! ¿Desea usted que viva? ¿Cómo puede desearme tanto mal?

Sophia, mirando al suelo, contestó con cierto titubeo:

—Yo no le deseo ningún mal, Tom.

—¡Bendita sea su angelical alma! —repuso Tom—. Esa bondad es el mayor de sus encantos.

—No siga usted por ese camino, pues no le comprendo —murmuró la joven—. Por favor, no puedo permanecer aquí más tiempo.

—¡Bien quisiera no ser comprendido! —exclamó Tom—. No puedo ser entendido. No sé lo que me digo. Me ha desconcertado encontrarla aquí tan inesperadamente. Perdóneme si le he dicho algo ofensivo. No era esa mi intención. Hubiera preferido morir. La simple idea de ello me abruma.

—Me asombra usted —contestó Sophia—. ¿Cómo puedo pensar que me ha ofendido?

—El temor, miss Western —repuso Tom Jones—, fácilmente se convierte en locura, y no existe un temor mayor que el que yo siento de ofenderla. No me mire con esos ojos de ofendida. Un solo gesto de desagrado significaría mi perdición. Perdóneme si he dicho demasiado. He luchado con mi amor hasta el final, tratando de vencer una fiebre que me consumía interiormente y que pronto, así lo espero, me

imposibilitará para que pueda ofenderla nunca más.

Tom Jones se vio acometido ahora por un extraño temblor, como si sufriera un acceso de fiebre. Pero Sophia, cuyo estado no era mejor que el suyo, contestó con estas palabras:

—No quiero seguir fingiendo, Tom, que no le comprendo a usted. Le comprendo demasiado bien. Pero, por favor, si de veras siente usted algún cariño hacia mí, déjeme regresar a casa.

Tom Jones, que apenas podía sostenerse en pie, le ofreció el brazo, que la joven aceptó, pero ésta le rogó que no volviera a hablarle de aquello. Tom prometió cumplir su ruego, insistiendo tan sólo en lograr su perdón por lo que el amor, más fuerte que su voluntad, le había obligado a decir.

—Esto —contestó la joven—, ya sabe usted cómo puede obtenerlo, pues depende de su conducta futura.

De esta forma marchó la joven pareja. Ambos temblaban sin que el enamorado se atreviera una sola vez a apretar la mano de su adorada, aunque la llevaba cogida.

En cuanto llegaron a casa, Sophia se retiró inmediatamente a su habitación, llamando en su ayuda a Mrs. Honour y a su frasco de sales. En lo que respecta a Jones, el único alivio que recibió su turbado ánimo fue una noticia desagradable, que puesto que ofrece una escena distinta de aquellas a las que se ha habituado últimamente el lector, le será explicada en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO VII

DONDE MR. ALLWORTHY APARECE ENFERMO EN SU LECHO.

Mr. Western se había aficionado tanto a Jones que se negaba a separarse de él, aunque el joven hacía tiempo que tenía curado el brazo. Y Tom, ya fuera por su afición a la caza o por otra causa, se dejaba convencer con el fin de permanecer en aquella casa, lo que hizo durante otros quince días, sin hacer en todo ese tiempo una sola visita a Mr. Allworthy; es más, sin oír hablar de él tan siquiera.

Mr. Allworthy había estado indispuerto a consecuencia de un fuerte resfriado al que acompañó una ligera fiebre. El caballero no hizo el menor caso, como era corriente en él con todos los males que no le obligaban a guardar cama o no le impedían dedicarse a sus quehaceres habituales, conducta que en modo alguno aprobamos o aconsejamos que sea imitada, pues sin duda los caballeros que practican el arte de Esculapio tienen razón cuando afirman que en el momento en que la enfermedad entra por una puerta, el médico debe hacerlo por la otra. ¿Qué otra cosa significa el viejo adagio, *Venienti occurrere morbo*? «Haga frente a la enfermedad desde que se la divisa». De esta forma, el médico y el mal se encuentran frente a frente, mientras que si se concede tiempo a la última, le damos ocasión de que se fortifique y atrinchere, como un ejército francés, de suerte que para el médico le resulta muy difícil, y a veces incluso imposible, derrotar al enemigo. En ocasiones, con esa ventaja de tiempo que lleva la enfermedad por delante, adopta la táctica militar francesa y corrompe a la naturaleza inmediata a ella, y entonces todo el poder del médico resulta infructuoso. Abundando en estas ideas, recuerdo las lamentaciones del doctor Misaubin, que acostumbraba a decir: «Creo que mis pacientes me toman por un enterrador, pues jamás me mandan a llamar hasta que la enfermedad les ha matado».

El mal de Mr. Allworthy ganó tanto terreno por su descuido, que cuando el aumento de fiebre le obligó a buscar asistencia facultativa, el médico opinó que debería haber sido llamado antes e insinuó que el enfermo se encontraba muy grave. Mr. Allworthy, que tenía arreglados todos sus asuntos en este mundo y se encontraba todo lo preparado para el otro como es posible, recibió la noticia con la mayor tranquilidad. Podía decir siempre como Catón en el poema trágico:

«Deja a la culpa o al temor conturbar el descanso de un hombre; Catón no conoce ni la una ni al otro, y le es indiferente dormir o morir».

En realidad, Mr. Allworthy podía decir esto con mucha más razón y confianza que Catón o cualquiera otro hombre orgulloso entre los héroes antiguos o modernos, pues no sólo no sentía miedo, sino que podía compararse a un trabajador honrado

que, concluida la recolección de la cosecha, es llamado para recibir su recompensa de las manos de un amo bondadoso.

El caballero dio inmediatamente orden de que acudieran junto a su lecho todos los individuos de su familia. Ninguno de ellos se encontraba entonces ausente, salvo su hermana, que pasaba una temporada en Londres, y Tom, a quien acabamos de dejar en casa de Mr. Western, y que recibió el recado tan pronto como se separó de Sophia.

La noticia del estado en que se encontraba Mr. Allworthy, pues el criado le anunció que se estaba muriendo, alejó de la mente de Tom todos los pensamientos sobre el amor. El joven corrió hacia el coche que le habían enviado y ordenó al cochero que fuera todo lo de prisa que pudiese, y no creo que ni una sola vez durante el camino se le apareciera la imagen de Sophia.

Reunida toda la familia, es decir: Mr. Blifil, Mr. Jones, Mr. Thwackum, Mr. Square y algunos de los criados, ya que tales fueron las órdenes de Mr. Allworthy, alrededor del lecho, el buen hombre se enderezó, y se disponía a hablar cuando su sobrino Blifil comenzó a sollozar y a lamentarse en voz alta con palabras por demás conmovedoras. Al ver esto, Mr. Allworthy le cogió la mano y dijo:

—No te aflijas, querido sobrino, ante lo más natural que le puede suceder a un ser humano. Cuando a nuestros amigos les sucede una desgracia, nos sentimos con razón apenados, pues se trata de accidentes que a menudo pueden ser evitados, y esto es lo que hace que el sino de un hombre sea más lamentable que el de otro. Pero la muerte es inevitable para todos y es el lote común que corresponde a la suerte de todos los hombres, y no debe importarnos mucho el instante en que se presente. Hay quienes comparan la duración de la vida a un día. Quizá esté escrito que muera al anochecer. Y, en último extremo, aquellos que mueren antes sólo pierden unas horas, que no vale la pena de tomar en consideración, si se las compara con las horas de trabajo y de fatigas, de dolor y de tristezas que se ahorran. Uno de los poetas romanos llegó a comparar el tránsito de la vida a la muerte a la salida de una fiesta, pensamiento que se me ha ocurrido a mí a menudo cuando he visto a los hombres luchar por prolongar una diversión y gozar de la compañía de sus amigos unas cuantas horas más. Pero ¡qué breve es el más prolongado de tales placeres! ¡Qué imperceptible resulta la diferencia entre aquel que se retira pronto y el que permanece algún tiempo más! Esto es ver la vida desde el mejor punto de vista, y la repugnancia a abandonar a nuestros amigos es el motivo más amable del que yo puedo derivar el miedo a la muerte. Sin embargo, el goce más prolongado que podemos esperar de esta clase es de duración tan insignificante, que debe ser completamente despreciable para un hombre sabio. Muy pocos hombres piensan de este modo, pues son escasos los que reflexionan sobre la muerte hasta que se encuentran entre sus garras. Por terrible que resulte cuando se aproxima, los hombres son incapaces de verla a distancia, y aun cuando se muestren muy alarmados y asustados al sentirse en peligro de muerte,

inmediatamente que desaparece el peligro el temor se borra de su corazón. Pero el que escapa una vez a la muerte no está perdonado. Tan sólo ha sido suspendida temporalmente la ejecución de la sentencia, que en un día no lejano será cumplida.

»No te apenes, pues, en la presente ocasión, mi querido muchacho. Un acontecimiento que puede producirse en cada instante, que todo elemento, casi cada partícula de materia que nos rodea puede ocasionar, y que inevitablemente alcanzaremos a la postre, no debe ser objeto de nuestra sorpresa ni de nuestras lamentaciones.

»Como sea que el médico me ha anunciado que estoy en peligro, lo que le agradezco infinito, que me hallo en peligro de abandonaros a todos en breve, he decidido deciros unas cuantas palabras en esta nuestra despedida, antes de que mi enfermedad, que siento que progresa por momentos, me deje sin fuerzas para hacerlo.

»Quiero hablaros de mi testamento, del cual, aunque fue otorgado por mí hace tiempo, juzgo necesario mencionar todos los detalles del mismo que se refieren a vosotros, a fin de recibir el consuelo de ver que todos os sentís satisfechos con las disposiciones que he tenido a bien tomar.

»Sobrino Blifil, a ti te nombro heredero de todos mis bienes, salvo quinientas libras anuales que irán a parar a ti después de la muerte de tu madre, y otras propiedades que rentan quinientas libras al año, más la suma de cinco mil libras, que he repartido del siguiente modo: los intereses que producen las quinientas libras anuales serán para ti, Tom, y como conozco bien los inconvenientes que acompañan a la falta de dinero en efectivo, he añadido mil libras en dinero contante y sonante. Al hacerlo así no sé si he sobrepasado tus aspiraciones o me he quedado corto. Quizá pienses que te lego muy poco, en tanto que la gente se mostrará sin duda dispuesta a censurarme por haberte dado demasiado. Pero yo desprecio tales críticas. En cuanto a lo primero, no lo espero de ti, a no ser que incurras en ese error común a tantas personas, es decir, que en vez de suscitar gratitud en nosotros los actos naturales de bondad, nos consideramos obligados a hacer peticiones imposibles de satisfacer. Pero, perdóname la simple mención de esto. No espero nada semejante de ti.

Tom Jones se precipitó a los pies de su bienhechor y, cogiéndole fuertemente de la mano, le recordó que su bondad con él ahora y en todas las ocasiones había excedido en mucho no sólo a sus merecimientos, sino a sus esperanzas, y que no encontraba palabras para agradecersele.

—Le aseguro, señor —añadió—, que su generosidad no me hace olvidar la tristeza del presente momento y mi más profundo deseo es que no muera. ¡Oh, mi amigo, mi padre!

Tom Jones no pudo proseguir y se volvió para ocultar las lágrimas que acudieron a sus ojos.

Mr. Allworthy oprimió entonces la mano del joven y prosiguió del siguiente

modo:

—Estoy convencido, hijo mío, de que en ti existe una gran bondad, generosidad y honor. Si a estas cualidades sumaras la prudencia y el espíritu religioso, serías feliz, pues reconozco que las tres primeras cualidades mencionadas te hacen digno de la felicidad, aunque sólo las dos últimas te pondrán en posesión de ella.

»A usted, Mr. Thwackum, le lego la cantidad de dos mil libras, cantidad que estoy convencido que excede a sus esperanzas tanto como a sus necesidades. Las aceptaré como recuerdo de nuestra amistad, y en cuanto a las cosas superfluas que pueda adquirir con ellas, esa piedad que con tanta inflexibilidad mantiene le indicará la mejor manera de disponer de esa cantidad.

»A usted, Square, le lego una cantidad igual. Eso le permitirá seguir su profesión con mayor éxito que hasta ahora. Muchas veces he observado que la desgracia es más susceptible de excitar el desprecio que la conmiseración, sobre todo, entre los hombres de negocios, que consideran la pobreza como una falta de habilidad. Mas lo poco que me ha sido posible dejarle le libraré de esas dificultades con las que en otras ocasiones ha tenido que luchar, y estoy convencido de que conseguirá la suficiente prosperidad para disponer de lo que un hombre de carácter filosófico requiere.

»Observo que me voy debilitando por momentos y por ello me apresuraré a exponer mi voluntad respecto al resto de mi fortuna. Mis criados recibirán algunos legados para que no me olviden, y también hago otras mandas que confío que mis testamentarios cumplirán al pie de la letra. Que Dios os bendiga a todos. Parto para el gran viaje un poco antes que vosotros.

En aquel instante entró precipitadamente en la estancia un criado, el cual anunció que un alguacil de Salisbury había llegado con un mensaje particular, que debía comunicar al propio señor Allworthy, y que el hombre parecía tener mucha prisa.

—Ve a ver de lo que se trata, sobrino —dijo Mr. Allworthy—. No estoy ahora en condiciones de ocuparme de nada, y más les interesará a ustedes el mensaje del alguacil que a mí. Además, soy incapaz de ver a nadie en estos momentos ni de fijar por más tiempo mi atención en nada.

El caballero saludó a todos, diciéndoles que quizá les volvería a ver de nuevo. Pero que en aquel momento deseaba descansar un poco, pues con tanto como había hablado se sentía muy fatigado.

Algunos de los presentes derramaron lágrimas de desconsuelo al separarse de Mr. Allworthy e incluso el filósofo se secó los ojos, pese a que no era un hombre de carácter blando. En cuanto al ama de llaves de Mr. Allworthy, dejó correr sus lágrimas tan de prisa como los árboles de Arabia sus gomas medicinales, pues éste era un rito que la dama jamás dejaba de cumplir en las ocasiones en que se requería.

Luego de esto, Mr. Allworthy se echó de nuevo sobre las almohadas y trató de descansar.

CAPÍTULO VIII

DONDE SE EXPONEN CUESTIONES MÁS NATURALES QUE AGRADABLES.

Aparte de la pena por la grave enfermedad de su amo, existía otra causa que procuraba un cierto malestar al ama de llaves.

Tan pronto como salió de la alcoba de Mr. Allworthy, la mujer comenzó a hablar consigo misma del siguiente modo: «Seguramente que el amo habrá hecho algunas diferencias entre mí y los criados. Supongo que me habrá dejado para lutos, pero si eso es todo, que se lo lleve el diablo. Alguna vez le he dado a entender que no soy una pobretona. En su casa he conseguido ahorrar quinientas libras, y estoy convencida de que si alguna vez me he quedado con algo, otros se han apoderado de cantidades diez veces mayores, y todo para al final acabar en el montón común. Si es así, que tanto el testamento como quien lo dictó se vayan al mismo infierno. No cederé nada, pues alguien se alegraría. Me compraré el vestido más bonito que pueda encontrar, y con él puesto bailaré sobre la tumba de ese viejo roñoso. Esto es el premio que merezco por haberme puesto tantas veces de su parte, cuando todos decían pestes de él por criar y cuidar de un bastardo. Pero ahora iré a parar donde las pagará todas juntas. Le hubiera convenido más arrepentirse de sus pecados en su lecho de muerte que glorificarlos, y hacer que sus bienes pasen a un muchacho ilegítimo en vez de a su familia. ¡Encontrado en el lecho! ¡Bonita historia! ¡Dios le perdone! Creo que si se divulgara la verdad, resultaría el padre de muchos más bastardos. “¡Los criados recibirán algunos legados para que no me olviden!”. Éstas fueron sus palabras. No las olvidaré aunque viviera cien años. ¡Oh, ya me acordaré de él por confundirme con sus criados! Era de esperar que mencionase mi nombre lo mismo que el de Square. Pero es un caballero olvidadizo, aunque no tenía ropa que ponerse cuando vino aquí por primera vez. El diablo cargue con la gente de esa calaña».

Mrs. Wilkins continuó diciéndose cosas por el estilo, pero creemos que con lo dicho bastará al lector para hacerse una idea del estado de ánimo del ama de llaves.

Tampoco Thwackum y Square se sentían muy satisfechos con sus legados. Aunque ninguno daba rienda suelta a su resentimiento de un modo tan franco. Sin embargo, por la contrariedad que se reflejaba en sus rostros, así como por el siguiente diálogo, podemos colegir que no era precisamente contento lo que se albergaba en sus almas.

Poco más o menos una hora después de haber abandonado ambos el cuarto del enfermo, Square encontró a Thwackum en el zaguán de la casa y le abordó de este modo:

—Bien, señor. ¿Tiene usted nuevas noticias de su amigo desde que nos separamos de su lado?

—Si se refiere usted a Mr. Allworthy —replicó Thwackum—, creo que más bien debía de ser yo el que concediera a usted el título de amigo, pues me parece que lo ha merecido usted con más méritos.

—El título también le conviene a usted —replicó Square—, pues la denominación ha sido igual para ambos.

—No he sido yo el que primero ha hablado de eso —contestó Thwackum—. Pero ya que ha tocado usted la cuestión, debo decirle que mi opinión es muy distinta. Existe una gran diferencia entre favores voluntarios y recompensas. El cargo que he desempeñado en el seno de la familia y el cuidado que me he tomado por la educación de los dos muchachos son servicios de los que algunos hombres podrían esperar obtener un mejor pago. No quiero que piense usted que no me siento satisfecho, pues san Pablo me ha enseñado a contentarme con lo poco que poseo. Si la ración hubiera sido aún más pequeña, del mismo modo hubiese cumplido con mi deber. Pero aunque la Biblia me obliga a sentirme satisfecho, no me fuerza a cerrar los ojos a mis propios méritos ni me impide apreciar de qué modo se me puede injuriar con una comparación injusta.

—Puesto que usted me provoca —repuso Square—, le diré que el injuriado he sido yo. Jamás creí que Mr. Allworthy tuviera en tan poco mi amistad, al extremo de haberme comparado con un individuo que recibe un sueldo de él. Conozco la razón de esta conducta. Es hija de esos principios mezquinos que durante tanto tiempo ha tratado usted de inculcarle, despreciando todo lo que es grande y noble; la belleza, el encanto y el placer de la amistad no lo saben apreciar los ojos ciegos, no pueden ser percibidos sino mediante esa regla infalible del derecho que en tantas ocasiones ha tratado usted de ridiculizar, hasta que al cabo consiguió usted pervertir la manera de pensar de su amigo.

—Deseo —exclamó Thwackum, colérico—, deseo por el bien del alma de Mr. Allworthy que sus condenables doctrinas no hayan pervertido su fe. A esto es a lo que atribuyo su conducta actual, tan poca adecuada en un cristiano. ¿Quién sino un ateo podría pensar en abandonar el mundo sin antes hacer sus cuentas, sin confesar sus pecados y recibir esa absolución que sabe que uno de la casa debidamente autorizado podría concederle? Sentirá esa falta cuando ya sea demasiado tarde, cuando haya llegado a esa situación en la cual tienen lugar las lamentaciones y el rechinar de dientes. Entonces se apresurará a buscar al sacerdote, entonces es cuando le será imposible encontrar a ninguno, y se lamentará de la falta de absolución, sin la cual no puede salvarse pecador alguno.

—Si eso es de tanta importancia —preguntó Square—, ¿por qué no se lo hizo usted presente, sin esperar a que él se lo indicara?

—No tiene eficacia —repuso Thwackum— sino con aquellos que poseen la suficiente gracia para pedirla. Pero ¿por qué hablo de este modo a un pagano y a un incrédulo? Es usted quien le ha enseñado esa lección, por lo que ha sido bien recompensado en este mundo, del mismo modo que tengo la certeza de que en el otro lo será mi discípulo.

—No sé lo que pretende usted decir con la palabra recompensado —repuso Square—, pero si se refiere a ese recuerdo piadoso de nuestra amistad, que le ha parecido bien otorgarme, lo desprecio, y le aseguro que tan sólo las circunstancias tan poco favorables que me rodean me obligarán a aceptarlo.

El médico llegó en aquel momento y preguntó a los dos contendientes cómo iban las cosas de escalera para arriba.

—Muy mal —repuso Thwackum.

—Es lo que yo me temía —afirmó el médico—. Pero ¿qué síntomas se han presentado después de mi marcha?

—Ninguno bueno —replicó Thwackum—. Después de lo que sucedió cuando nos separamos, creo que ya quedan muy pocas esperanzas.

El médico de cuerpos no acabó de comprender al médico de almas, y antes de que mediaran otras explicaciones, se acercó a ellos el joven Blifil, que traía un rostro muy melancólico. El joven comunicó que traía muy malas noticias. Su madre había muerto en Salisbury, a consecuencia de la gota, que le había atacado a la cabeza y al estómago durante el viaje de regreso, dando cuenta de ella en pocas horas.

—¡Vaya un día funesto! —exclamó el doctor—. Desde luego, no se pueden prever los acontecimientos, pero me hubiera gustado estar presente para cuidarla. La gota es un mal de difícil tratamiento. No obstante, he conseguido triunfar de ella en diversas ocasiones.

Square y Thwackum dieron el pésame a Blifil por la muerte de su madre, aconsejándole el uno que lo soportase como un hombre y el otro como un cristiano. El muchacho respondió que sabía bien que todos éramos mortales, y que se esforzaría en soportar la dolorosa pérdida con la mayor resignación posible. Pero no podía por menos de experimentar un cierto espíritu de rebelión contra la rigurosa severidad del destino, que le había traído la noticia de una terrible calamidad de manera imprevista, coincidiendo con la amenaza de otro golpe desgraciado que esperaba recibir de un momento a otro. Añadió el joven que en la ocasión actual pondría a prueba los excelentes principios que le habían enseñado tanto Mr. Thwackum como Mr. Square, y sólo a ellos se debería el que pudiera soportar tales infortunios.

En el acto se planteó el problema de si debía comunicarse a Mr. Allworthy la muerte de su hermana o no. El médico se opuso a ello con la mayor energía, cosa con la que se mostrarían conformes todos los médicos. Pero Blifil repuso que había recibido órdenes tan concretas y reiteradas de su tío para que jamás le ocultase nada,

que en modo alguno podía pensar en desobedecerle, cualesquiera que pudieran ser las consecuencias. Además, teniendo en cuenta el espíritu filosófico y religioso de su tío, no compartía los temores del doctor. Por esta razón estaba dispuesto a decírselo, pues si su tío sanaba, como él lo deseaba con todo su corazón, sabía que jamás le perdonaría el no haberle comunicado inmediatamente una noticia de aquella naturaleza.

Al médico no le quedó otro remedio que someterse a aquella resolución, a la que se adherieron los dos caballeros presentes. De modo que juntos el médico y Mr. Blifil se dirigieron a la habitación del enfermo. El galeno se aproximó al lecho para tomar el pulso al paciente, y apenas lo hubo hecho cuando declaró que Mr. Allworthy se encontraba mucho mejor, que sin duda la última medicina había obrado el milagro, haciendo bajar la fiebre de tal modo que el peligro había desaparecido.

En realidad, la situación de Mr. Allworthy no había sido en ningún momento tan desesperada como la gran prudencia del médico había hecho creer a todos. Pero del mismo modo que un general prudente jamás desprecia al enemigo, por ínfimo que éste sea, así tampoco un médico sabio menosprecia ninguna enfermedad, por leve que pueda parecer. Del mismo modo que el primero observa y hace cumplir la más estricta disciplina, sitúa los mismos centinelas, aunque el enemigo sea débil, así el segundo mantiene la misma gravedad en el rostro y mueve la cabeza con idéntico aire significativo aunque la enfermedad sea ligera. Y ambos, entre otras excelentes razones para obrar así, pueden aducir la de que si con estos medios ganan la victoria, se cubren de gloria, y si por desgracia ocurre un accidente, su derrota es menor.

Apenas levantó la vista Mr. Allworthy y dio las gracias al cielo por su mejoría, se aproximó a él su sobrino, que con expresión afligida y aplicándose el pañuelo a los ojos, bien para enjugarse una lágrima o para hacer lo que Ovidio dice en una ocasión:

Si nullus erit, tamen exculte nullum,

es decir: «Si no hay ninguna, enjúgala también», participó a su tío lo que el lector acaba de saber.

Allworthy recibió la noticia con tranquilidad y resignación. Vertió una tierna lágrima, compuso su rostro y exclamó:

—Que la voluntad de Dios se cumpla en todas las cosas.

Luego preguntó por el mensajero. Pero Blifil repuso que había sido imposible detenerle ni un minuto más de lo necesario para dar la triste noticia, pues parecía, por la gran prisa que demostró, tener algún asunto importante que llevar a cabo, repitiendo una y otra vez que, aunque le dividieran en cuatro partes, sabría lo que hacer con cada una de ellas.

Allworthy pidió a su sobrino que cuidara del entierro y de todo lo demás. Dijo

que deseaba que su hermana fuera depositada en su propia capilla, y, en cuanto a los detalles, los dejó a la discreción del joven, mencionándole sólo a la persona que hubiera él utilizado en tal ocasión.

CAPÍTULO IX

QUE, ENTRE DIVERSAS COSAS, PUEDE SERVIR DE COMENTARIO AL DICHO DE ESQUINES: «LA BORRACHERA MUESTRA EL MODO DE PENSAR DE UN HOMBRE, LO MISMO QUE UN ESPEJO MUESTRA SU PERSONA».

Tal vez haya sorprendido al lector observar que no se mencionaba a Tom Jones en el último capítulo. Su conducta fue tan distinta de la de las personas en él mencionadas, que preferimos no confundir su nombre con el de ellas.

Cuando el digno caballero concluyó su discurso, Jones fue el último en abandonar la estancia, desde donde se dirigió a su cuarto, para reflexionar sobre lo que sucedía. Pero su inquietud no le permitió permanecer mucho tiempo allí. El joven se deslizó con sigiloso paso hasta la puerta de la alcoba de Mr. Allworthy, donde permaneció escuchando largo rato sin oír ningún ruido en el interior, salvo un violento ronquido, que su terror confundió con gemidos. Esto le alarmó tanto, que no pudo contenerse y entró en la habitación, donde encontró al caballero entregado a un sueño apacible y a su enfermera roncando de la manera estrepitosa que tanto había alarmado a Jones, a los pies de la cama. El joven recurrió en el acto al único medio de hacer callar a aquel bajo profundo, cuyo canto temía pudiera inquietar a su tío, y sentándose junto a la enfermera permaneció en silencio hasta que entraron Blifil y el doctor y despertaron al enfermo, a fin de que el segundo pudiera tomarle el pulso y el primero comunicarle la triste noticia que había recibido. Es muy posible que si Tom Jones hubiera recibido la noticia, no se la hubiera comunicado a su tío en tan triste momento.

Cuando Jones oyó que Blifil contaba a Mr. Allworthy la desgracia ocurrida, apenas pudo dominar su cólera, sobre todo, al ver que el médico movía la cabeza y declaraba que no era partidario de que se hablase de aquel asunto al enfermo. Pero como su rabia no le privó de la inteligencia necesaria para medir las consecuencias que cualquier manifestación violenta contra Blifil podría tener para el enfermo, logró dominarse, de lo que luego se alegró enormemente, al ver que la noticia no producía el daño que él había temido en un principio. Así que no tardó en apaciguarse del todo y jamás habló de aquel asunto a Blifil.

El médico comió aquel día en casa de Mr. Allworthy, y luego de la comida visitó al enfermo. Al regresar adonde se encontraban los demás dijo que tenía la satisfacción de poder anunciar con toda seguridad que el enfermo se encontraba fuera de peligro y que había logrado cortar la fiebre.

Esta noticia alegró tanto a Jones y le produjo un tan enorme entusiasmo, que con razón se podría decir que se sintió borracho de alegría, borrachera que excede con

creces a la producida por el vino. Como, además, en esta ocasión abusó un poco de la botella, puesto que bebió varias copas a la salud del médico y de las personas presentes, pronto estuvo materialmente borracho.

Tom Jones poseía un genio vivo por naturaleza que, alentado por los efectos del vino, le hizo entregarse a las manifestaciones más extravagantes. Besó al doctor y le abrazó, haciéndole las demostraciones más tiernas de afecto y jurando que, luego de Mr. Allworthy, era el hombre a quien más estimaba en este mundo.

—Doctor —exclamó—, merece usted una estatua hecha por suscripción pública por haber salvado de la muerte al hombre que no sólo es el más apreciado de todos los hombres buenos, sino también una bendición de Dios para la sociedad, una gloria de la región y un honor para la naturaleza humana. Le aseguro a usted que le quiero más que a mi propia alma.

—No digas desatinos —exclamó Thwackum—. Ya sé que tienes razón sobrada para quererle, pues se ha comportado contigo magníficamente. Pero quizá hubiera sido mejor para algunos que no hubiese vivido, para así tener motivos justos de impugnar su testamento.

Jones, mirando a Mr. Thwackum con insuperable desdén, replicó:

—¿Es que su vil alma imagina que concedo a esa consideración el menor valor? No, que la tierra se abra y se trague al mundo entero antes que llevarse a mi bondadoso amigo.

Quis desiderio sit pudor aut modus?

Tam chari capitis?

«¿Qué es lo que puede poner límites a nuestro deseo de amigo tan querido?».

El médico intervino y contuvo los efectos de la ira que comenzaba a apoderarse de Jones y de Thwackum, después de lo cual el primero se entregó a la alegría más desenfrenada, cantando dos o tres canciones amorosas. De su ánimo desapareció todo deseo de disputar, al extremo de sentirse mucho mejor que cuando se encontraba en estado natural.

No existe nada más erróneo que la creencia de que los hombres que se muestran irascibles cuando están borrachos son personas en extremo dignas cuando no lo están. El vino no invierte la naturaleza humana o crea pasiones distintas de las que existían en ella antes de beber. Por el contrario, al privarnos de la razón nos obliga a mostrar aquellos rasgos que muchos, cuando gozan de completa serenidad, aciertan a esconder con insuperable arte. El vino exalta e inflama nuestras pasiones, de modo que el temperamento, ya sea colérico, amoroso, alegre o avaricioso, se manifiesta con toda libertad.

Aunque no existe nación en el mundo donde se produzcan tantas disputas

originadas por el vino como Inglaterra, sobre todo entre la gente de abajo —para sus componentes el beber y el pelear son términos casi sinónimos—, no quiero deducir de ello que los ingleses sean el pueblo de peor índole de la tierra. Quizá en el fondo de esto se encuentre el amor a la gloria, de modo que la conclusión más razonable parece ser la de que nuestros compatriotas sienten más el amor y poseen mayor valentía que los restantes plebeyos del mundo. Confirma este modo de pensar el que muy rara vez se produce nada indigno ni poco generoso. Por el contrario, es corriente entre los que se pelean, interesarse por lo que le pueda suceder al que contiene con él, y así como las alegrías de la borrachera suelen acabar en una batalla, la mayor parte de las batallas de este tipo concluyen en amistad.

Pero volvamos a nuestra historia, que es lo que importa. Aunque Tom Jones no había tenido intención de ofender a nadie, Blifil se sintió muy disgustado con su conducta, que tan mal casaba con su prudente y natural reserva, y soportó aquello con gran impaciencia, ya que, además, le pareció inadecuada en tales momentos.

—Cuando la casa está de duelo por causa de la muerte de mi querida mamá —dijo— y cuando el cielo ha permitido que Mr. Allworthy empezase a mejorar, sería más adecuado expresar la alegría de los corazones con una acción de gracias en vez de con borracheras y tonterías, que tan sólo servirán para aumentar la cólera divina más que para aplacarla.

Thwackum, que había bebido bastante más que Tom, aunque sin llegar a emborracharse, secundó la piadosa arenga de Blifil. Pero Square, por razones que probablemente el lector supondrá, permaneció con los labios cerrados.

El vino no había ejercido tanto efecto sobre Tom como para que no recordase la pérdida sufrida por Blifil en el momento en que éste la mencionó.

Como no había nadie más dispuesto a confesar y a condenar sus propios errores, Tom tendió la mano a Blifil y le suplicó su perdón, diciéndole al mismo tiempo:

—La gran alegría que siento ante la mejoría de Mr. Allworthy ha alejado de mi espíritu todo otro pensamiento de muerte.

Pero Blifil rechazó indignado la mano que Tom le tendía y con acento altanero replicó:

—No debe extrañar que los espectáculos trágicos no produzcan efecto en los ignorantes. Pero yo tengo la suerte de saber quiénes fueron mis padres; por tanto, tiene que dolerme la pérdida de uno de ellos.

Tom Jones, que pese a su buen humor poseía un asomo de irritabilidad en su carácter, saltó rápidamente de su asiento y, cogiendo a Blifil por el cuello, gritó:

—Bellaco, ¿te atreves a insultarme recordándome la desgracia de mi nacimiento?

El joven acompañó sus palabras con movimientos tan bruscos, que muy pronto agotó la paciencia de Blifil, y entre ambos jóvenes se entabló una lucha que hubiera acabado de un modo desastroso para ambos de no haberse interpuesto Thwackum y el

médico, ya que la filosofía hacía que Square se mostrase por encima de todas las emociones. El filósofo siguió fumando su pipa con gran tranquilidad, como era su costumbre en todas las pendencias, a no ser que temiera el que se la rompiesen entre los dientes.

Al impedir a los combatientes que se tomaran la justicia por su mano, ambos se entregaron a los recursos usuales de la cólera frustrada, dando rienda suelta a su rabia mediante una serie de amenazas y bravatas. En tal situación el conflicto, la fortuna, que en el ataque personal pareció querer inclinarse del lado de Jones, ahora quiso favorecer a su enemigo.

Se acordó al fin una tregua gracias a los buenos oficios de los elementos neutrales, y todos los presentes se sentaron de nuevo a la mesa, donde Jones se decidió a pedir perdón a Blifil y éste a concederlo, con lo que la paz quedó restablecida y se estableció un *statu quo*.

Pero aunque la disputa quedó en apariencia liquidada, no logró recuperarse el humor interrumpido por ella. La alegría desapareció y la conversación transcurrió ahora por causas más serias, conversación que, aunque rebosaba de dignidad y se podía aprender mucho con ella, resultó muy poco entretenida. Como sospechamos que el lector pensará como nosotros en este caso, pasaremos por alto todo lo que se dijo en el curso de ella. Al fin los reunidos fueron desfilando uno, tras otro, dejando solos a Mr. Square y al médico, en cuyo momento se animó un tanto la conversación gracias a algunos comentarios sobre lo sucedido entre los jóvenes, a los que el médico trató de canallas, con cuyo calificativo el filósofo, moviendo ladinamente la cabeza, se mostró del todo conforme.

CAPÍTULO X

DONDE SE MUESTRA LA VERDAD DE MUCHAS OBSERVACIONES DE OVIDIO Y DE OTROS ESCRITORES MÁS GRAVES, QUE HAN DEMOSTRADO DE FORMA INCUESTIONABLE QUE A MENUDO EL VINO ES EL PRECURSOR DE LA INCONTINENCIA.

Cuando se separó de los demás, Tom Jones se dirigió al campo, donde confiaba serenarse con un paseo al aire libre antes de volver al lado de Mr. Allworthy. Aquí, mientras reanudaba sus cavilaciones sobre su querida Sophia, que la peligrosa enfermedad de su amigo y protector había interrumpido por algún tiempo, se produjo un accidente que relatamos con verdadera pena y que sin duda será leído con verdadero sentimiento. No obstante, la verdad histórica, a la que profesamos una adhesión inquebrantable, nos obliga a comunicarlo a la posteridad.

Era una deliciosa tarde de fines de junio. Nuestro héroe estaba paseándose bajo la deliciosa alameda, donde la suave brisa que abanicaba las hojas, unida al murmullo de un arroyo próximo y a las notas melódicas de los ruiseñores, formaban un conjunto de armonía deliciosa. En este escenario, tan adecuado a su amor, el joven meditaba en su querida Sophia. Mientras su desbocada imaginación pasaba revista a todos los encantos de la muchacha y su imaginación le representaba a la atrayente joven en diversas y alucinantes formas, su inflamado corazón se derretía de ternura, hasta que, echándose sobre la hierba, junto al murmurador arroyo, prorrumpió en la siguiente exclamación:

—¡Oh, Sophia! ¡Si el cielo me concediese que vinieras a mis brazos, qué feliz me harías! Maldigo las circunstancias que nos separan. Si pudieras ser mía, no envidiaría a hombre alguno sobre la tierra. ¡Qué despreciable sería para mí la más rutilante belleza circasiana, ataviada con todas las joyas de la India! Pero ¿por qué se me ocurre mencionar a otra mujer? Si creyera capaces a mis ojos de mirar a otra mujer con amor, juro que con mis propias manos me los arrancaría. No, Sophia. Si la fortuna cruel nos separa para siempre, mi alma sólo será para ti. Yo guardaré para tu imagen la veneración más profunda y pura. Aunque jamás llegue a poseer tu encantadora persona, tú sola serás la dueña de mis pensamientos, de mi amor y de mi alma. ¡Oh, mi corazón está tan embebido de tu amor, que las bellezas más famosas carecen del menor atractivo para mí! Sophia, Sophia sé sólo para mí. ¡Qué bello suena tu nombre! Lo grabaré en todos los árboles.

Al llegar a este punto de su soliloquio, se puso en pie y vio, no a Sophia ni a una rica y joven circasiana elegantemente vestida para el serrallo de su amo y señor. La que se acercaba, sin vestido alguno, sólo cubierta por una camisa, de las más bastas y

tampoco de las más limpias, y empapada de ciertos aromas producto de la labor del día, con una horquilla de aventar en la mano, era Mary Seagrim. Nuestro héroe tenía una navaja en la mano, que había sacado de uno de sus bolsillos con el propósito de grabar en los árboles el nombre de Sophia. Pero cuando la joven estuvo cerca de él, exclamó:

—¡Supongo que no querrás matarme!

—¿Por qué iba a querer matarte? —preguntó Jones.

—Porque —contestó Mary— después del cruel trato que me diste la última vez que nos vimos, quizá fuera demasiada amabilidad esperar que no me matases.

A estas palabras siguió una charla de la que prescindiré, pues no considero obligado relatarla. Baste decir que duró un cuarto de hora y que, cuando concluyó, los dos jóvenes se retiraron a la parte más tupida del bosquecillo.

Algunos de mis lectores quizá consideren poco natural este incidente. No obstante, el hecho es verídico y, en cierto modo, puede explicarse diciendo que tal vez Tom Jones pensó que una mujer era mejor que ninguna, y que Mary pensara que dos hombres valían más que uno. Aparte de esto, y como explicación de la presente conducta de Tom Jones, el lector debe recordar en su favor que el joven no era dueño en aquella ocasión de la admirable facultad de raciocinio que tan útil es a los hombres graves y sabios para domeñar sus pasiones sin freno y para rechazar cualquiera de los entretenimientos prohibidos. Se encontraba en un estado tal, que aunque hubiese intervenido la razón tan sólo para aconsejarle, podría haber recibido la respuesta que Cleostrato dio hace muchísimos años a un muchacho estúpido que un día le preguntó si no se sentía avergonzado de estar borracho. «¿Y tú no te avergüenzas de amonestar a un hombre borracho?». Ante un tribunal de justicia la borrachera no se considera un atenuante, pero ante el tribunal de la conciencia debe serlo, y grande. Por esta razón, Aristóteles, comentando las leyes de Pittaco, según las cuales los hombres embriagados reciben doble castigo por sus crímenes, afirma que en esta ley hay más política que justicia. Ahora bien; si existe alguna transgresión perdonable en caso de embriaguez, lo es sin duda la cometida por Tom Jones en la presente ocasión. Y sobre este particular podría mostrar abundantemente mi erudición, si imaginara que había de entretener a mi lector o enseñarle algo más de lo que sabe. En honor suyo, me reservaré mi saber para mí, y volveré a mi historia.

Se ha observado que la fortuna jamás hace las cosas a medias. Son innumerables sus caprichos, y siempre está dispuesta a complacer o a defraudar. Apenas se retiró nuestro héroe con su Dido, cuando

*Speluncam Blifil dux et divinus eandem
Deveniunt...*

el párroco y el joven caballero, que también estaban paseando, llegaron ante el portillo que conducía al bosque, y el segundo vio a los amantes en el preciso instante en que desaparecían de la vista.

Blifil reconoció en el acto a Tom Jones, aunque se encontraba a cien pasos de distancia, y asimismo se cercioró del sexo de la persona que le acompañaba, aunque no consiguió descubrir de quién se trataba. El joven se sobresaltó y lanzó una exclamación de sorpresa.

Thwackum expresó cierto asombro ante aquellas repentinas emociones de su acompañante e inquirió la causa de ellas, a lo que Blifil se apresuró a responder:

—Estoy seguro de que he visto a un joven y a una moza meterse entre los arbustos, y no dudo de que lo han hecho con algún fin inconfesable.

Pero Blifil consideró oportuno ocultar el nombre de Tom Jones, y dejamos al juicio del sagaz lector el porqué de ello, pues no nos gusta dar razones para explicar las acciones de los hombres cuando tenemos cierta posibilidad de error.

El párroco, que no sólo guardaba fielmente la castidad, sino que era un decidido enemigo del vicio de los demás, se indignó al oír la noticia. Convenció a Blifil para que le condujera inmediatamente al lugar donde había visto ocultarse a los dos jóvenes, y mientras se aproximaba a él, iba clamando venganza, cosa que alternaba con lamentaciones. Tampoco se mordió la lengua para expresar algunas reflexiones sobre Mr. Allworthy, insinuando que la maldad y los vicios de la comarca tenían como causa principal el estímulo que el caballero había concedido al vicio al proteger a un bastardo y aminorar el justo y saludable rigor de la ley que señala un castigo muy severo para las mujeres desvergonzadas.

El camino que nuestros cazadores tenían que seguir para perseguir su caza estaba tan invadido por la maleza, que no pudieron avanzar más de prisa, y produjeron tal ruido que Tom Jones oyó que se aproximaba gente mucho antes de que pudieran sorprenderle, a lo cual contribuyó también el que Thwackum era incapaz de ocultar la indignación que sentía y a cada paso que daba manifestaba a gritos su intención de tomar cumplida venganza.

CAPÍTULO XI

DONDE SE RELATA LA MÁS SANGRIENTA BATALLA QUE PUEDA TENER LUGAR SIN AYUDA DE LOS ACEROS.

Si durante la época de celo, y mientras el ciervo de alta cornamenta medita en los juegos amorosos, alguno de los cervatillos se aventura tanto por las proximidades del templo de la Venus Ferina que impulsa a la bella cierva a ocultarse, impulsada por el miedo o el capricho, la delicadeza o los antojos con que la naturaleza ha dotado a todas las hembras, o por lo menos les ha enseñado la forma de conducirse ante el temor de que por la indelicadeza de los machos los misterios de Samos puedan ser descubiertos por ojos profanos. Si mientras tienen lugar estos ritos sagrados, cuya índole misteriosa confirma el poeta al decir:

*Procul, o procul este profani;
proclamat vates, totoque absistite luco*^[4],

ritos que son comunes al *genus omne animantium*, y en el que en este caso actúan el ciervo y su pareja, cualquier animal hostil se aventura a aproximarse demasiado, entonces, al primer aviso dado por la asustada cierva, se adelanta el macho fiero hasta la entrada de la espesura, donde se mantiene protegiendo su amor, arañando la tierra, los cuernos enhiestos provocando a combate al enemigo. De este modo, y más terrible aún si cabe, saltó hacia delante nuestro héroe cuando percibió que se aproximaba el enemigo. El joven avanzó varios pasos para tratar de ocultar a la temblorosa cierva, y, si también era posible, asegurar su retirada. Entonces Thwackum, habiendo disparado algunos lívidos y fieros rayos con sus ojos, comenzó a vociferar:

—¡Oh! ¡Qué vergüenza, Tom Jones! ¿Es posible que seas tú la persona que se ocultaba ahí?

—Ya lo ve usted —repuso Jones—. Es posible que sea yo.

—¿Y quién es la mala pécora que te acompaña? —preguntó Thwackum.

—Si tengo conmigo alguna mala pécora —exclamó Jones—, es muy posible que no le deje a usted saber quién es.

—Pues yo te ordeno que me lo digas inmediatamente —replicó Thwackum—. Y no creo que pienses que tu edad, aunque te redime en cierto modo de seguir recibiendo mis enseñanzas, ha acabado por completo con la autoridad del maestro. Las relaciones entre el maestro y el discípulo son indelebles. Por eso quisiera que te percatases de que ahora estás obligado a obedecerme lo mismo que cuando te

enseñaba las primeras letras.

—Puede usted hacerse las ilusiones que guste —replicó Jones—. Pero de nada le valdrán, a menos que disponga usted de la vara de abedul de antaño para convencerme.

—Entonces debo decir con toda claridad —afirmó Thwackum— que estoy decidido a saber quién es esa desventurada.

—Y yo le replico con la misma claridad —repuso Jones— que estoy decidido a que no sea así.

Thwackum hizo intención de avanzar, pero Tom le cogió por un brazo. Al ver esto, Blifil trató de rescatarle, afirmando «que no estaba dispuesto a permitir que insultaran a su antiguo maestro».

Al ver Tom Jones que tenía que hacer frente a dos enemigos, consideró necesario librarse de uno de ellos tan pronto como le fuera posible. Primero, pues, se dedicó al más débil de los dos, y dejando escapar al párroco, dirigió un puñetazo al pecho de Blifil con tan buen tino que le arrojó al suelo a las primeras de cambio.

Thwackum estaba tan interesado en averiguar quién era la mujer, que en cuanto se vio libre avanzó derecho hacia los matorrales sin prestar gran atención a lo que mientras tanto le sucedía a su discípulo predilecto. Pero había dado escasos pasos por el tupido bosque cuando Jones, una vez derrotado Blifil, alcanzó al párroco y le arrastró hacia atrás tirándole del cuello de la casaca.

Thwackum había sido campeón de boxeo en su juventud, habiendo ganado fama con sus puños tanto en la escuela como en la Universidad. Era cierto que hacía bastantes años que había abandonado la práctica de tan noble arte. Sin embargo, su valor era tan grande como su fe y su cuerpo no menos vigoroso que uno y otra. Además, como sin duda el lector habrá adivinado, poseía un carácter bastante irascible. Por lo tanto, cuando miró hacia atrás y descubrió a su amigo y compañero caído en el suelo, a la vez que él era maltratado por uno que hasta aquel momento se había mostrado pasivo en los conflictos entre ellos, circunstancia que contribuyó a agravar mucho los hechos, perdió la poca paciencia que tenía y colocándose en posición de combate y reuniendo todas sus fuerzas, atacó a Jones de frente con tal ímpetu como éste había empleado para atacarle a él por detrás.

Nuestro héroe recibió impávido el ataque del enemigo, y el golpe resonó en su pecho. Jones respondió a él con no menor violencia, apuntando igualmente al pecho del párroco. Pero éste desvió con destreza el puño de Jones, así que tan sólo le alcanzó en el vientre, donde el buen hombre tenía depositadas dos libras de carne de buey y otras tantas de pudín, y de donde, en consecuencia, no podía surgir ningún sonido hueco. Muchos golpes violentos, mucho más fáciles de ver que de leer o describir, se repartieron entre ambas partes. Por último, una violenta caída, que Jones aprovechó para colocar su rodilla sobre el pecho de Thwackum, debilitó tanto a éste,

que la victoria no hubiera sido dudosa para Jones de no haber intervenido de nuevo Blifil, que había ya recuperado sus fuerzas, y lanzándose sobre Tom, dio lugar a que el párroco recobrase sus fuerzas.

Ahora ambos hombres atacaron a nuestro héroe, cuyos puñetazos no tenían al presente tanta potencia como al principio, tan debilitado había salido de su lucha con Thwackum, pues aunque el cura prefería actuar solo sobre el cuerpo humano, no obstante, conservaba aún bastante de sus antiguos conocimientos para mantener la parte que le correspondía en un duelo.

La victoria, de acuerdo con la costumbre moderna, iba a ser probablemente decidida por la presión del número uno, cuando de súbito aparecieron en el campo de batalla un cuarto par de puños, que inmediatamente comenzaron a actuar sobre el párroco, a la vez que el dueño de aquellos puños gritaba:

—¿No les da a ustedes vergüenza luchar dos contra uno?

La batalla, que muy bien podría calificarse de campal, continuó aún durante varios minutos, hasta que colocado Blifil por segunda vez fuera de combate por Jones, Thwackum se vio obligado a pedir cuartel a su nuevo contrincante, que resultó ser Mr. Western, pues en el entusiasmo de la acción ninguno le había reconocido en el primer momento.

Su presencia allí se explica porque en su paseo vespertino acertó a pasar por el campo donde tenía lugar la sangrienta batalla, habiendo deducido, al ver tres hombres luchando, que dos de ellos debían ir en contra del tercero. Entonces se apartó de los que le acompañaban y con más gallardía que política abrazó la causa del más débil. Esta generosa conducta evitó sin duda que Tom fuera víctima de la encendida cólera de Thwackum y de la piadosa amistad que Blifil profesaba a su querido maestro, pues, aparte de la desventaja del número, Jones no había conseguido recuperar aún del todo la fuerza de su brazo roto. El refuerzo llegado tan inesperadamente puso rápido fin al combate, y Jones, apoyado por su aliado, obtuvo la victoria.

CAPÍTULO XII

DONDE SE PRESENCIA UN ESPECTÁCULO MUCHO MÁS CONMOVEDOR QUE EL QUE SERÍA CAPAZ DE PRODUCIR TODA LA SANGRE JUNTA DE THWACKUM Y DE BLIFIL Y DE OTROS VEINTE SEMEJANTES.

Los que acompañaban a Mr. Western en su paseo llegaron en el preciso instante en que la acción bélica tocaba a su fin. Éstos eran el honrado clérigo que en otra ocasión conocimos sentado a la mesa de Mr. Western, Mrs. Western, tía de Sophia, y, por último, la adorable y encantadora Sophia en persona.

En aquel instante el espectáculo que ofrecía el sangriento campo de batalla era el siguiente:

En un lado yacía, tendido en el suelo, pálido y casi sin aliento, el derrotado Blifil.

Cerca de él se encontraba, de pie, el victorioso Tom Jones, completamente cubierto de sangre, parte de la cual procedía, naturalmente, de él, y parte había sido antes propiedad del reverendo Mr. Thwackum.

En un tercer lugar, el propio Mr. Thwackum, de pie, como el rey Porus, aunque aceptando de mala gana tenerse que someter al vencedor.

La última figura del cuadro era Western *el Grande*, que se mostraba indulgente con el enemigo vencido.

Blifil, que daba muy escasas señales de vida, fue de momento el principal objeto de interés de todos los allí congregados, en especial de Mrs. Western, que sacó de su bolso un frasco de sales y trató de aplicárselo a las narices del joven. Pero de súbito la atención de los reunidos se desvió de Blifil, cuya alma, si hubiera tenido semejante intención, podía haber aprovechado la oportunidad para huir al otro mundo sin más ceremonia.

Ahora un objeto más adorable y más melancólico yacía sin movimiento ante los presentes. Éste no era otro que la deliciosa Sophia, quien, al ver la sangre, o bien por temor a su padre, o quizá por alguna otra razón, se desvaneció antes de que nadie pudiera socorrerla.

Mr. Western fue el primero en verla y lanzó un grito, e inmediatamente otros dos o tres gritaron también:

—¡Miss Western está muerta!

Se le aplicaron casi a un mismo tiempo sales, agua y otros remedios adecuados al caso.

El lector recordará sin duda que en la descripción que hicimos del bosquecillo mencionamos un arroyo murmurador cuyo cauce no transcurría por aquel lugar, como sucede en tantas novelas vulgares, con el único fin de murmurar. ¡No! La fortuna

había decidido ennoblecer a aquel pequeño arroyo con un honor mucho más elevado que el que conocieron los arroyos que riegan las llanuras de la Arcadia.

Tom frotaba las sienes de Blifil, pues empezaba a temer que le hubiera dado un golpe demasiado fuerte, cuando las palabras de «¡Miss Western está muerta!» llegaron a sus oídos. Entonces el joven se levantó, abandonó a Blifil a su suerte y voló hacia Sophia, a quien mientras los demás corrían en direcciones opuestas atropellándose, buscando agua en los secos senderos, la cogió en brazos y salió corriendo con ella a campo traviesa en busca del arroyo que antes hemos mencionado, donde metiéndose en el agua, roció con ella a la joven la cara, la cabeza y el cuello.

Fue una circunstancia afortunada para Sophia que la misma confusión que impidió que los otros amigos la auxiliasen, impidiera igualmente que obstruyesen el camino a Jones. Tom estaba ya a mitad de camino antes de que los demás se apercibieran de lo que hacía, y había conseguido hacer volver a Sophia en sí antes de que los demás llegaran al borde del arroyo. La joven estiró los brazos, abrió los ojos y exclamó:

—¡Oh, cielos! —precisamente en el mismo instante en que llegaban su padre, su tía y el párroco.

Jones, que hasta aquel instante había sostenido la adorable carga en sus brazos, la soltó. Pero a la vez le hizo una cariñosa caricia que, de haber estado la joven en posesión completa de sus facultades, no le hubiese pasado inadvertida. Pero como no manifestó el menor desagrado ante esta libertad, suponemos que aún no se había restablecido del todo de los efectos del desmayo.

La trágica escena se convirtió en un santiamén en una escena de alegría. En ella nuestro héroe desempeñó el papel principal, pues aunque experimentó un deleite más embriagador al salvar a Sophia del que ella sintió al verse salvada, no pudieron compararse las felicitaciones dadas a ella con las recibidas por Jones, en especial por parte de Mr. Western, quien luego de abrazar dos o tres veces a su hija, abrazó y besó a Tom Jones. Llamó al joven el salvador de Sophia y declaró que no había nada, excepto ella o sus bienes, que no estuviera dispuesto a darle. Pero luego, pensándolo mejor, excluyó también a sus perros zorreros, a *Chevalier* y a *Miss Slouch*, pues de este modo llamaba a su yegua favorita.

Desaparecidos todos los temores sobre Sophia, Tom Jones fue atendido por el caballero Western.

—Ven, joven —dijo—. Quítate la casaca y lávate la cara. Luego trataremos de buscarte otra casaca en casa.

Jones se apresuró a obedecer. Se quitó la casaca y se inclinó sobre el agua, lavándose la cara y el pecho, pues tan ensangrentado tenía el uno como el otro. Pero aunque el agua podía hacer desaparecer la sangre, no consiguió lo mismo con los

cardenales negros y azules que Thwackum había marcado en su cara y en su pecho, los cuales, vistos por Sophia, dieron lugar a que la joven exhalara un suspiro y dirigiera al joven una mirada rebotante de inexplicable ternura.

Tom recogió toda aquella mirada, que produjo en él un efecto mucho más intenso que todas las contusiones que con anterioridad había recibido. Efecto, sin embargo, de naturaleza muy distinta, pues fue tan suave y balsámico, que si hubieran sido heridas todos los golpes que recibió, habrían evitado durante bastantes minutos que sintiera el dolor de las mismas.

Todos retrocedieron entonces y no tardaron en llegar al lugar donde en el entretanto Thwackum había logrado levantar a Blifil. Aquí no podemos por menos de expresar un piadoso deseo, es decir, que todas las peleas fueran decididas con las armas que la naturaleza, que sabe perfectamente lo que nos conviene, nos ha otorgado, y que el hierro no fuera utilizado más que para horadar las entrañas de la tierra. En este caso las guerras no serían más que pasatiempos propios de reyes, unas guerras poco menos que inofensivas, y las batallas entre los grandes ejércitos podrían librarse cumpliendo los deseos de varias damas de alta alcurnia, las cuales, en unión de los reyes, podrían ser los espectadores del conflicto. En este caso, el campo aparecería sembrado de cuerpos humanos en un momento determinado, y al siguiente los hombres muertos, o una buena parte de ellos, podrían levantarse, al igual que las tropas de Mr. Bayes, y marchar al son de un tambor o de un violín, como mejor conviniera.

Pero, en lo posible, evitaré tratar estos asuntos en tono despectivo por temor a las protestas de los hombres graves y políticos, que me consta que se sienten ofendidos con una simple broma. Pero ¿no podría decidirse lo mismo una batalla por el mayor número de cabezas rotas, narices sangrantes y ojos amoratados, que por las enormes piras de cuerpos humanos asesinados y mutilados? ¿No podría lucharse por las ciudades de igual forma? Quizá esto parezca una idea desventajosa para los intereses de Francia, ya que de este modo ésta perdería la ventaja que tiene sobre las demás naciones, debida a la superioridad de sus ingenieros. Pero cuando pienso en la galantería y en la generosidad de este pueblo, me convengo de que jamás declinaré el honor de ponerse a la altura del adversario.

Semejantes reformas son más para deseadas que para esperadas. Me limito, pues, por tanto, a hacer esta breve indicación y volveré a mi relato.

Western comenzó entonces a preguntar por el origen de la pelea, a lo que ni Blifil ni Jones dieron respuesta. Pero Thwackum repuso con acento irritado:

—Creo que la causa no está lejos de aquí, y si busca entre la maleza la encontrará usted.

—¿Que la encontraré? —preguntó Western—. ¿Es posible que hayan ustedes luchado por semejante pindonga?

—Pregunte usted a ese caballero que está ahí sin casaca —repuso Thwackum—. Él lo sabe bien.

—Entonces —exclamó Western— se trata de una moza, sin duda. ¡Ah, Tom, Tom, eres un granuja! Pero, vengan ustedes, caballeros, a mi casa y hagan las paces ante una botella de vino.

—Le pido perdón, señor —repuso Thwackum—. No es una cuestión sin importancia para un hombre de mi condición el haber sido tratado del modo injurioso que lo he sido, siendo zarandeado por un muchacho porque he tratado de cumplir con mi deber al intentar descubrir y reprender a una mujer deshonesto. Pero, en el fondo, la principal culpa de esto la tiene Mr. Allworthy, y también usted, pues si ambos velasen por que las leyes se cumplieran, como deberían hacer, muy pronto se vería la comarca libre de tales sabandijas.

—Antes se vería la comarca libre de zorras —exclamó Western—. Pero ¿dónde está esa individua? Tom, enséñamela. —El hombre comenzó a dar una batida como si buscara una liebre, y al fin exclamó—: ¡Hola! ¡La liebre no se encuentra lejos! Aquí está señalada su forma. Pero me parece que se ha escapado.

En efecto, había descubierto el lugar donde se encontraba la infeliz muchacha al comienzo de la pelea, y del que había huido con tanta velocidad como las liebres huyen de sus cazadores.

Sophia suplicó a su padre que regresaran a casa, asegurando que se sentía muy débil y que temía una recaída. El caballero accedió inmediatamente al ruego, pues era el más cariñoso de los padres. El hombre trató de convencer a todos los presentes para que le acompañasen a cenar. Pero tanto Blifil como Thwackum rehusaron decididamente, diciendo el primero que se reservaba las razones que tenía para declinar el honor, y afirmando el segundo, quizá con razón, que no era propio de una persona de su clase el que le vieran en ninguna parte en el estado en que se encontraba en aquel momento.

Tom Jones no pudo negarse el placer de estar con Sophia, así que acompañó al caballero Western y a las dos damas, quedándose el párroco a retaguardia con Thwackum, a fin de acompañarle. Pero éste se negó a aceptar el favor y con la mayor cortesía empujó al párroco hacia Mr. Western.

Así terminó aquella sangrienta refriega, y así concluye el quinto libro de esta historia.

LIBRO SEXTO

COMPRENDE UNAS TRES SEMANAS.

CAPÍTULO PRIMERO

DEL AMOR.

En el último libro nos hemos visto precisados a ocuparnos bastante de la pasión del amor, y en el presente nos veremos en el trance de ocuparnos todavía con mayor extensión de ese tema. No es, pues, impropio de este lugar que tratemos de examinar esa doctrina moderna por la que algunos filósofos, entre otros muchos descubrimientos maravillosos, pretenden haber descubierto que no existe semejante pasión en el corazón humano.

Si estos filósofos son los mismos que los pertenecientes a la sorprendente secta, honrosamente mencionados por el difunto doctor Swift, que tan sólo por la fuerza de la intuición, sin la ayuda de ningún estudio, ni tan siquiera de la lectura, descubrieron el secreto de veras inapreciable de la no existencia de Dios; o si son los mismos que hace algunos años alarmaron a la gente demostrando que en la naturaleza humana no existían ni la virtud ni la bondad, y que nuestras acciones mejores son fruto del orgullo, no presumiré aquí de saberlo. Me siento predispuesto a sospechar que todos esos distintos investigadores de la verdad son los mismos que otros llaman buscadores de oro. El método seguido en la búsqueda de la verdad y del oro son, en el fondo, el mismo, a saber: la investigación, el trasiego de líquidos y el estudio en un lugar indecoroso, en el primer caso, el más indecoroso de todos: en una inteligencia pervertida.

Pero aunque quizá en esta particularidad, y posiblemente también en sus éxitos puedan compararse entre sí el buscador de oro y el buscador de la verdad, en la modestia no es posible establecer la menor comparación entre ambos, pues ¿quién ha oído hablar jamás de un buscador de oro que tuviera la osadía o la locura de afirmar, como consecuencia del poco éxito de sus investigaciones, que no existe el oro en el mundo? En tanto, el buscador de la verdad, rastreando en la letrina de su espíritu y al ser incapaz de encontrar en él ningún rayo divino ni nada virtuoso o bueno, agradable o amoroso, deduce lógicamente que no existen tales cualidades en toda la creación.

Para evitar, sin embargo, toda disputa, si esto es posible, con semejantes filósofos, si puede llamárseles así, y para demostrar nuestra buena disposición de solucionar pacíficamente entre nosotros mismos tales cuestiones, haremos algunas concesiones que pueden poner fin a la disputa.

Primero, concederemos que muchos cerebros, quizá entre ellos los de los filósofos, se ven por completo libres de los más nimios asomos de semejante pasión.

Segundo, que lo que por lo común se llama amor, es decir, el deseo de satisfacer un acuciante apetito con cierta cantidad de carne humana blanca y delicada, no es en

modo alguno la pasión que aquí nos ocupa. Esto, en realidad, es hambre, y del mismo modo que no existe glotón que se avergüence de aplicar la palabra amor a su apetito y de decir que «ama» tales o cuales manjares, también el amante de este género puede decir, con idéntica propiedad, que siente «hambre» de tal o cual mujer.

Tercero, concederemos, y creo que esta concesión será bien acogida, que el amor del que me instituyo en defensor, aunque se satisface de una manera mucho más delicada, busca su propia satisfacción de la misma forma que el mayor de nuestros apetitos.

Y, por último, que este amor, cuando se aplica a uno de sexo distinto, es muy propenso, para obtener su completa satisfacción, a llamar en su ayuda a ese apetito que no hace mucho hemos mencionado, y el cual, lejos de disminuir, eleva todos sus placeres a un grado apenas imaginable por aquellos que jamás han sido susceptibles de otras emociones que las que proceden del simple apetito de la carne.

En compensación de estas concesiones, deseo que los filósofos reconozcan que existe en algunos corazones humanos, quizá en muchos, una disposición generosa que se empeña en contribuir a la felicidad de los demás. Que tan sólo en esta satisfacción, lo mismo que en la amistad, en el cariño de los padres, así como en el sentimiento filantrópico, se encuentra un grande y exquisito placer. Que si no podemos llamar a esto amor, entonces es que no disponemos de nombre que aplicarle. Que aunque los placeres que derivan de tal amor puro pueden ser realizados e intensificados con la ayuda de amorosos deseos, sólo los primeros pueden subsistir por sí solos, sin que sean destruidos por la intervención de los segundos. Por último, que la estimación y la gratitud son los fundamentos del amor, así como la juventud y la belleza lo son del deseo, y que, por lo tanto, aunque este deseo puede, naturalmente, desaparecer cuando el objeto de él alcanza cierta edad o es víctima de la enfermedad, sin embargo, estas dos cosas quizá no influyan en el amor ni alejan de una inteligencia sana esa sensación o pasión que tiene por base la estimación y la gratitud.

Negar la existencia de una pasión cuyas manifestaciones observamos a menudo parece cosa extraña y absurda. Puede provenir sólo de aquella prevención contra sí mismo que antes hemos mencionado. ¡Pero qué injusto es! ¿Debe el hombre que descubre que no existe en su propio corazón rastro alguno de avaricia o ambición, deducir que por ello no existen tales pasiones en la naturaleza humana? ¿Por qué, humildemente, no hemos de mantener la misma norma para juzgar tanto lo bueno como lo malo de los demás? ¿O por qué, en último extremo, según la frase de Shakespeare, «pondremos el mundo en nuestra propia persona»?

Mucho me temo que influya en esto la vanidad dominante. Esto es un ejemplo de la adulación que otorgamos a nuestro propio modo de pensar, y que es casi universal, pues no creo que exista un hombre, por mucho que aparente despreciar a los

aduladores, que no acceda de la misma manera a adularse a sí mismo.

Para comprobar la veracidad de las manifestaciones anteriores, me dirijo a aquellos cuyas propias inteligencias pueden testimoniar lo que acabo de anticipar.

Examina tu corazón, apreciado lector, y examina si piensas en estas materias lo mismo que yo. Si ocurre así, puedes encontrar un ejemplo de ellas en las páginas que siguen. Pero si no es así, eso quiere decir que has leído más de lo que has comprendido, y sería más prudente para ti que siguieras con tus negocios o tus placeres que perder más tiempo leyendo lo que no estás capacitado para apreciar en su justo valor y comprender. Exponerte los efectos del amor sería tan absurdo como hablar de los colores a un ciego de nacimiento, puesto que es muy posible que tu idea del amor fuera tan absurda como la que en cierta ocasión me contaron que un ciego tenía del color escarlata. Este color le parecía muy semejante al sonido de una trompeta, el amor para ti quizá se pareciera demasiado a un plato de sopa o a un pedazo de carne asada.

CAPÍTULO II

DONDE SE HABLA DEL CARÁCTER DE MRS. WESTERN, DE SU GRAN EXPERIENCIA Y CONOCIMIENTO DEL MUNDO, Y SE EXPONE UN EJEMPLO DE LA GRAN PERSPICACIA QUE POSEÍA COMO CONSECUENCIA DE TALES VENTAJAS.

El lector ha visto a Mr. Western, a su hermana y a su hija, acompañados por el joven Tom Jones y el párroco, dirigirse juntos a la casa del primero, donde pasaron la tarde en un ambiente de gran alegría y diversión. Tan sólo Sophia se mantuvo seria. En cuanto a Jones, aunque el amor ya se había posesionado por completo de su corazón, los agradables pensamientos que le producía la mejora de Mr. Allworthy y la presencia de su amada, unido a algunas miradas preñadas de amor que Sophia no podía menos de lanzarle de cuando en cuando, animaron tanto a nuestro héroe, que participó en la alegría de las otras tres personas, las cuales sentían la mayor del mundo.

Sophia continuó con la misma expresión al día siguiente después del almuerzo, del que se retiró un poco antes de lo que tenía por costumbre, dejando solos a su padre y a su tía. Mr. Western no había reparado en el cambio producido en su hija. Aunque el hombre tenía algo de político y había sido dos veces candidato en las elecciones de su distrito, distaba mucho de Ser un hombre observador. Su hermana, en cambio, era una mujer de condición muy distinta. Había vivido en la corte y visto bastante mundo, adquiriendo todos los conocimientos que tal mundo suele proporcionar, y era una consumada maestra en maneras, costumbres, ceremonias y modas. Pero no concluía aquí su erudición. Había adelantado mucho en el estudio de la inteligencia humana. Conocía, por haberlas leído, no sólo todas las comedias modernas, óperas, oratorios, poemas y romances, de todos los cuales era un buen crítico, sino que también conocía la *Historia de Inglaterra*, de Rapin, la *Historia de Roma* de Eachard, y muchas *Mémoires pour servir á L'Histoire* redactadas en francés. A esto se añadía la mayor parte de los folletos y diarios políticos publicados en los últimos años, con cuya ayuda había conseguido alcanzar un gran conocimiento de la política y podía hablar con perfecto conocimiento de causa de los asuntos de Europa. Era, por otra parte, muy hábil en cuestiones amorosas, y sabía mejor que nadie quiénes se sentían atraídos y quiénes no. Y este conocimiento lo había adquirido con tanta mayor facilidad cuanto que no era resultado de la experiencia personal, dado que jamás había gustado a nadie ni había sido requerida de amores por nadie. Esto último se explica fácilmente a la vista de su aspecto masculino. Medía cerca de seis pies de altura, lo que unido a su erudición impidió con toda seguridad

que nadie del sexo opuesto la considerase una mujer, pese a sus faldas. No obstante ello, como había estudiado la cuestión desde un punto de vista científico, conocía a la perfección todas las triquiñuelas que las damas distinguidas suelen emplear para animar o para disimular su inclinación, con el largo apéndice de sonrisas, miradas de soslayo, etc., tal como se practica el arte del amor en el mundo elegante. En conclusión, a la buena señora no se le escapaba ninguna clase de disimulo o artificio. Mas en lo que respecta a la manera de actuar de una sencilla naturaleza humana, la ignoraba por completo, ya que jamás había tenido ocasión de verlo con sus propios ojos.

Pero gracias a su maravillosa sagacidad, Mrs. Western creía haber sorprendido algo en el alma de Sophia. La primera señal la percibió en la conducta de Sophia en el campo de batalla, y la sospecha que entonces concibió se vio corroborada plenamente por algunas observaciones que hizo aquella misma tarde y a la mañana siguiente. Procediendo con suma cautela, a fin de evitar cualquier error, guardó su secreto durante dos semanas, limitándose a dar algunas ambiguas indicaciones, tales como reírse sin venir a cuento, guiñar los ojos, mover la cabeza y dejar escapar alguna palabra de significado dudoso, todo lo cual contribuyó a alarmar a Sophia, aunque no produjo el menor efecto en el hermano de la dama.

Pero al cabo, satisfecha de sus observaciones, aprovechó una mañana en que tuvo la oportunidad de encontrarse a solas con su hermano para interrumpir uno de sus silbidos de la siguiente forma:

—Escucha, hermano, ¿no has observado algo extraordinario en mi sobrina?

—No —repuso Western—. ¿Le sucede algo a la muchacha?

—Así lo creo —contestó Mrs. Western—, y creo que es algo de bastante trascendencia.

—¿Cómo? Sophia no se queja de nada —contestó Western—, y ya ha tenido las viruelas.

—Querido hermano —repuso la dama—, las jóvenes pueden tener, además de las viruelas, otros males, que algunas veces reportan peores consecuencias.

Al llegar aquí, Mr. Western interrumpió a su hermana poseído por una gran ansiedad, suplicándole que si algo le dolía a su hija se lo dijera inmediatamente, y añadió:

—Ya sabes que la quiero más que a mi propia alma, y enviaré a buscar al fin del mundo al mejor médico para que la cure, si es necesario.

—No es necesario —contestó la hermana sonriendo—. La enfermedad no es tan terrible como todo eso. Pero creo, hermano, que no ignoras que conozco el mundo, y te aseguro que me llevaría el mayor chasco de mi vida si no fuera cierto que mi sobrina está locamente enamorada.

—¿Qué dices? ¿Enamorada? —exclamó Western con súbito arrebató—.

¡Enamorada sin decirme una palabra! ¡La desheredaré, la arrojaré de mi casa sin darle un cuarto! ¿Es que todas mis amabilidades y atenciones con ella han venido a parar en que esa joven se enamorase sin mi permiso?

—Pero tú no arrojarás de casa a esa hija, a la que quieres más que a tu propia alma, antes de saber si apruebas su elección —contestó Mrs. Western—. Supón que la muchacha se hubiera fijado en la misma persona que tú desearas para ella. ¿La echarías entonces de tu casa?

—De ningún modo —contestó Western—. Eso sería otra cuestión. Si se casara con un hombre que a mí me complaciera, me sentiría muy tranquilo.

—Eso es ponerse en razón —repuso la hermana—. Pero creo que la persona elegida por ella es la misma que tú le hubieras elegido. Renegaría de todos mis conocimientos del mundo si no fuera así, y supongo, hermano, que me concederás que poseo alguno.

—Creo, querida hermana —repuso Western—, que posees el mismo que las demás mujeres. Ya sabes que no me gusta oírte hablar de política. Ésta nos pertenece a los hombres, y las faldas no deben intervenir en ella. Pero vamos a la cuestión. ¿Quién es él?

—¡Adivínalo! —repuso Mrs. Western—. Debes de adivinarlo por ti mismo, si tanto interés sientes. Tú, que eres tan gran político, no debes dudar mucho. La inteligencia capaz de penetrar en los gabinetes de los príncipes y descubrir los resortes ocultos que mueven las ruedas de todas las máquinas políticas de Europa, debe sin duda hallar muy poca dificultad en descubrir lo que acontece en el pensamiento sin formar de una niña.

—Hermana —pidió el caballero—, te he pedido con frecuencia que no me vengas con esas disertaciones mundanas. Te he dicho también que no entiendo tu lenguaje, pero, en cambio, sé leer un periódico, el *London Evening Post*. Quizá alguna vez tropiece con un verso que no entienda del todo, pues están suprimidas la mitad de las letras. No obstante, me hago cargo de lo que quieren decir, y de que nuestros negocios políticos no marchan tan bien como debieran a causa del cohecho y a la corrupción.

—Siento verdadera lástima de tu ignorancia campesina —exclamó Mrs. Western.

—¿Es cierto? —repuso Western—. Y a mí me llena de pena tu instrucción universitaria. Preferiría ser cualquier cosa antes que cortesano, presbiteriano o hannoveriano, como son algunas gentes.

—Si te refieres a mí —contestó Mrs. Western—, sabes que soy una mujer, hermano, y no tiene la menor importancia lo que yo pueda ser. Además...

—Sé que eres una mujer —replicó el caballero—, y eso te salva. Por el contrario, si fueras un hombre, te prometo que haría ya tiempo que te hubiese zurrado la badana.

—¡Oh! —exclamó la dama—. En eso estriba vuestra supuesta superioridad. Vuestros cuerpos, no vuestros cerebros, son más fuertes que los nuestros. Créeme, es una ventaja para vosotros que podáis pagamos, ya que es tal la superioridad de nuestro entendimiento, que haríamos de vosotros lo que los bravos y listos y sabios son ya: nuestros esclavos.

—Me alegro de conocer tu modo de pensar —contestó el caballero—. Pero ya volveremos a hablar más adelante de este asunto. Ahora, ¿quieres hacer el favor de decirme a qué hombre te refieres cuando me hablas de mi hija?

—Espera un momento, impaciente —repuso Mrs. Western—, mientras digiero el soberano desprecio que siento por tu sexo, pues de lo contrario, tendré que enfadarme contigo. Y ahora, político sagaz, ¿qué piensas de Blifil? ¿No se desmayó Sophia al verle sin aliento en el suelo? ¿No palideció, luego de volver en sí, cuando llegamos al lugar en que él se encontraba de pie? ¿Y cuál pudo ser la causa de su melancolía aquella tarde a la hora de la cena, a la mañana siguiente y siempre a partir de entonces?

—¡Caramba! —exclamó el caballero campesino—. Ahora que lo dices, lo recuerdo todo. Sí, todo eso es cierto, y me alegro de todo corazón que así sea. Sé que Sophia era una buena muchacha y que no se enamoraría de un cualquiera, para darme un disgusto. Pocas noticias me hubieran sido tan gratas, pues muy pocas fincas están tan cercanas como las nuestras. Hace tiempo que vengo acariciando esta idea, ya que de este modo las fincas se unirían en cierto modo por el matrimonio. Sería una lástima tenerlas que dividir. Sin duda existen propiedades más grandes en el reino, pero no en este condado, y daría cualquier cosa porque mi hija no se casara con un forastero. Para colmo, muchas de esas grandes heredades pertenecen a los lores, y yo odio oír hablar de ellos. Bien, querida hermana, ¿qué me aconsejas que haga? Las mujeres sabéis de estas cosas mucho más que nosotros.

—¡Oh, soy tu humilde servidora! —contestó la dama con ironía—. Todas las mujeres te quedamos muy reconocidas por concedernos capacidad en alguna cosa. Puesto que el más político de los señores se digna pedir mi consejo, creo que deberías proponer esta boda al propio Mr. Allworthy. No es nada indecoroso que la proposición sea hecha por uno cualquiera de los padres interesados. En la *Odisea*, el rey Alcinoó ofrece su hija a Ulises. No creo necesario recordar a persona tan política como tú que no debes decir que tu hija está enamorada, pues eso iría contra todas las reglas.

—Muy bien —repuso el caballero—. Haré la proposición, pero me molestaría mucho no ser bien acogido.

—No lo temas —replicó Mrs. Western—, la boda es demasiado ventajosa para que la rechacen.

—No lo sé —murmuró el caballero—. Allworthy es un poco raro, y el dinero no

hace efecto en él.

—Hermano, tu política me asombra. ¿Crees que míster Allworthy siente más desprecio por el dinero que otros hombres porque tiene más? Semejante credulidad vendría bien con una de nosotras, mujeres débiles, que a ese sexo sabio que el cielo ha creado para políticos. Hermano, serías un excelente diplomático para negociar con los franceses. Éstos no tardarían en convencerte de que se apoderan de las ciudades con fines simplemente defensivos.

—Hermana —repuso el caballero con gran desprecio—, deja que tus amigos de la corte respondan de las ciudades tomadas. En cuanto a ti, jamás te confiaría un secreto.

Y Mr. Western acompañó estas palabras con risa tan sarcástica que Mrs. Western no pudo aguantar más. Todo aquel tiempo le habían estado hurgando en una parte muy sensible de su ser, pues poseía una gran habilidad para aquellos asuntos, y no es extraño que se dejara arrastrar por la cólera y dijera a su hermano que era un payaso y un necio, y que no permanecería más tiempo en su casa.

El caballero, aunque jamás había leído a Maquiavelo, era, no obstante, en muchas cuestiones un político perfecto. Conocía perfectamente todos los sabios dogmas que se aprenden en la escuela politicoperipatética de la Bolsa. Conocía el justo valor del dinero para que pudiera despreciarlo. Asimismo estaba bien impuesto en el valor exacto de las reversiones, esperanzas, etc., y a menudo había reflexionado sobre la fortuna de su hermana y sobre las probabilidades que él o sus descendientes tenían de heredarla. Era demasiado prudente y sabio para sacrificar esto a un resentimiento sin la menor importancia. Cuando se dio cuenta, pues, de que había llevado las cosas demasiado lejos, comenzó a pensar en la forma de arreglarlo, lo que no resultó difícil, puesto que Mrs. Western sentía un gran afecto por su hermano y todavía mayor por su sobrina, y aunque era demasiado susceptible para aceptar la afrenta que había sido hecha a su habilidad política, de la cual se enorgullecía, era una mujer de natural bondadoso.

Luego de haber castigado a los caballos, para cuya huida de la cuadra no había más hueco abierto que la ventana, se dedicó a su hermana. La ablandó y la apaciguó, volviéndose atrás de todo lo que había dicho y haciendo afirmaciones opuestas a las que habían herido la susceptibilidad a Mrs. Western. Por último, llamó en su ayuda a la elocuencia de Sophia, la que además de su gracia y donaire, tenía la ventaja de ser escuchada con suma atención y parcialidad por su tía.

El resultado de todo ello fue una amable sonrisa por parte de Mrs. Western, que añadió:

—Querido hermano, eres un croata perfecto. Pero así como éstos servían para el ejército de la reina emperatriz, tú también tienes algo bueno en ti. Por esta razón firmaré de nuevo un tratado de paz contigo, y vigilaré para que no lo infrinjas. Como

eres un político excelente, puedo confiar que mantendrás tus alianzas, como los franceses, hasta que te interese romperlas.

CAPÍTULO III

DONDE SE HACE UN RETO A LOS CRÍTICOS.

Una vez el caballero arregló el asunto con su hermana, como hemos podido ver en el capítulo anterior, el hombre se sintió lleno de impaciencia por comunicar su proposición a Mr. Allworthy, al extremo de que Mrs. Western tuvo que hacer un esfuerzo para impedir que su hermano visitara al caballero durante su enfermedad.

Mr. Allworthy tenía que comer con Mr. Western el día que cayó enfermo. Por este motivo, apenas escapó de la tutela del médico pensó, como solía hacer en todas las ocasiones de mayor o menor importancia, que tenía que cumplir su compromiso. En el intervalo que medió entre el diálogo del último capítulo y aquel día de regocijo general, Sophia sospechó, por ciertas indirectas de su tía, que la avispada dama se había dado clara cuenta de la pasión que sentía por Tom Jones. En consecuencia, la joven resolvió aprovechar esta oportunidad para disimular toda posible sospecha y poder ejercer un completo dominio sobre sí misma.

En primer lugar, trató de ocultar la melancolía de que rebosaba su corazón con una mayor viveza en su rostro y una gran alegría en sus manifestaciones y movimientos. En segundo lugar, se puso a hablar con Blifil, y no hizo el menor caso a Tom Jones en todo el día.

El caballero se sintió tan encantado con la conducta de su hija, que apenas si comió, pasándose casi todo el tiempo haciendo signos de aprobación, a la vez que guiños y movimientos a su hermana, la cual, sin embargo, no se sintió tan complacida al principio ante lo que veía como su hermano.

En resumen, Sophia desempeñó tan bien su papel, que su tía se sintió asombrada, empezando a sospechar una cierta afectación en su sobrina. Pero como se trataba de una mujer de gran astucia, no tardó en atribuirle a un refinado artificio de su sobrina. Recordó las distintas insinuaciones que había hecho a Sophia relativas a su amor, y dedujo que la muchacha había adoptado el sistema de contrarrestar su opinión mediante una afabilidad desmedida, idea que se vio corroborada por la excesiva alegría con que la joven acompañaba todos sus gestos y palabras. Sin embargo, no podemos por menos de hacer observar que esta conjetura tendría mucho mayor fundamento si Sophia hubiera vivido diez años en el ambiente de Grosvenor Square, donde los jóvenes aprenden el raro arte de jugar con esta pasión, en vez de en el campo, a cien millas de distancia de Londres.

En el fondo, para poder descubrir el disimulo de los demás importa mucho que el nuestro sepa adaptarse al de ellos. Hombres muy astutos se han engañado a veces considerando a otros más listos, en suma, más picaros de lo que eran en realidad.

Ilustraré esta observación con una breve historieta. Tres campesinos perseguían a un ladrón de Wiltshire en la localidad de Brentford. El más ingenuo de ellos, al ver escrito en una tablilla las palabras *Casino de Wiltshire*, aconsejó a sus compañeros que entraran en el local, ya que allí debería encontrarse con toda probabilidad su paisano. Pero el segundo, más listo que el primero, se rió de aquella ingenuidad, aunque el tercero, que era todavía más ladino que el segundo, contestó: «Entremos, no obstante, pues pudiera ocurrir que él hubiera pensado que nosotros no supondríamos que había venido a buscar refugio entre sus paisanos». Así que penetraron en el establecimiento y buscaron por todas partes, con lo que perdieron una gran ocasión de apoderarse del ladrón, que en aquellos instantes marchaba un poco delante de ellos, y el cual, como muy bien sabían todos, aunque no se habían parado a reflexionar en ello, no sabía leer.

El lector me perdonará una digresión en la que se comunica un secreto de tan gran importancia, ya que todo jugador estará de acuerdo en lo necesario que es conocer el juego del contrario para poderle vencer. Esto explica también por qué el hombre más sabio es a menudo juguete del que lo es menos, y por qué tantos caracteres sencillos e inocentes son, por lo común, tan pésimamente comprendidos e interpretados, lo que puede ser aplicado al disimulo que Sophia supo oponer a la sagacidad de su tía.

Una vez concluyó la comida, y cuando todos los comensales salieron al jardín, Mr. Western, que estaba plenamente convencido de lo que le había comunicado su hermana, se llevó aparte a Mr. Allworthy y con gran decisión le propuso la boda de Sophia con el joven Blifil.

Mr. Allworthy no era de esos hombres cuyo corazón se sobrecoge ante una repentina e inesperada noticia de tipo mundano. Su espíritu era templado por la filosofía que conviene a un hombre cristiano. No le impresionaban ningún placer ni pena, ninguna alegría y dolor, y, por la misma razón, no le alteraba ningún golpe de fortuna, fuera favorable o adverso. Por lo tanto, recibió la proposición de Mr. Western sin emoción visible alguna y sin que se alterasen sus facciones. Dijo que era de su agrado la alianza que le proponía, luego elogió como era debido las cualidades de la muchacha, reconoció que la oferta era ventajosa desde el punto de vista de la fortuna, y tras de dar las gracias a Mr. Western por la excelente opinión que tenía de su sobrino, concluyó diciendo que si los jóvenes gustaban uno de otro, se sentiría por demás satisfecho de que el asunto continuara adelante.

Mr. Western se sintió un tanto decepcionado con la respuesta de Mr. Allworthy, que no fue todo lo entusiasta que él esperaba. Pero haciendo referencia a la duda de si ambos jóvenes se gustaban, contestó:

—Los padres son los mejores jueces del matrimonio de sus hijos. Por mi parte, exigiré la obediencia más absoluta a mi hija en esta cuestión, y si hay algún joven que rehúsa tal compañera de lecho, le pediré perdón y me desdeciré de lo dicho.

Mr. Allworthy, por su parte, trató de hacer desaparecer el mal efecto que había producido, haciendo grandes elogios de Sophia y declarando que no dudaba lo más mínimo de que su sobrino se sentiría encantado con la proposición en cuanto la conociera. Pero todo fue inútil. No pudo conseguir del caballero otra respuesta que:

—No digo más. Espero humildemente que no resultará nadie perjudicado. Eso es todo.

Estas palabras las repitió cuando menos un centenar de veces antes de partir.

Mr. Allworthy conocía demasiado bien a su sobrino para darse por ofendido con aquel extraño proceder, y aunque era por completo opuesto al rigor y severidad que algunos padres ponen en práctica con sus hijos en el problema del matrimonio, al extremo de que había decidido no forzar jamás las inclinaciones de su sobrino, se sintió, no obstante, muy complacido ante la perspectiva de aquella unión, pues todo el mundo alababa a Sophia, y él mismo había podido admirar más de una vez las dotes singulares de su cuerpo y de su alma. A esto creo que debe de añadirse la consideración de su gran fortuna, ante la cual, aunque era un hombre demasiado tranquilo para sentirse deslumbrado por ella, no era tan insensible como para despreciarla.

Y aquí, desafiando las acerbos críticas de la gente, debo y quiero intercalar una digresión sobre la verdadera sabiduría de la cual Mr. Allworthy era un modelo tan perfecto como lo era de bondad.

La verdadera sabiduría, a pesar de todo lo que se haya escrito contra la riqueza y pese a todo lo que cualquier clérigo bien alimentado pueda predicar contra el placer, no consiste en el verdadero desprecio de una y otro. Un hombre puede demostrar tanta sabiduría aunque posea una cuantiosa fortuna como un pobre de la calle, o puede gozar de una bella esposa o de la amistad de un amigo íntimo, y por esto dejar de ser tan sabio como un religioso recluso, que ha renunciado a todas sus ventajas sociales y desfallece de hambre mientras se flagela las espaldas.

El hombre más sabio es el que tiene más posibilidades de poseer todas las dichas del mundo en grado eminente, puesto que la moderación que la sabiduría impone como el camino más seguro para alcanzar un legítimo goce, lo único que hace es impedimos que gocemos de muchos y variados placeres. El hombre sabio satisface todos sus apetitos y todas sus pasiones, en tanto que el tonto sacrifica todos los demás con tal de saciarse y empalagarse con uno solo.

Tal vez se objete que hombres muy sabios han sido notoriamente avaros. Pero yo respondo que no han sido sabios si eran así. También suele afirmarse que los hombres más sabios fueron aficionados con exceso en su juventud a los placeres, y a esto contesto también que en tal caso no puede considerárseles sabios.

En resumen, la sabiduría, cuyas lecciones resultan tan difíciles de aprender para aquellos que jamás han estado en su escuela, sólo nos enseña a prolongar una sencilla

máxima universalmente conocida y practicada en todos los órdenes de la vida, un poco más allá de lo que la vida de por sí la lleva. Y esto es un precio que no resulta, después de todo, demasiado caro.

Pero quienquiera que lleve esta máxima al gran mercado del mundo, y la aplique constantemente a los hombres, riquezas, placeres, y a cualquier otro elemento que facilite ese mercado, yo me apresuraré a decir que se trata de un hombre sabio, y debe de reconocérsele como tal en el sentido mundano de la palabra, puesto que hace el mejor de los negocios, ya que adquiere cada cosa al precio único de una pequeña molestia, llevándose a su casa todas las buenas cosas que he mencionado, en tanto que conserva su salud, su inocencia y su reputación, que son los precios corrientes que se pagan por ellas, intactas y para sí.

De esta moderación aprende igualmente otras dos lecciones que completan su carácter. Primera, a no perder los estribos cuando ha hecho el mejor negocio; y segunda, a no perder los ánimos cuando el mercado está vacío o cuando sus productos son demasiado caros para poderlos adquirir.

Pero es mejor que recuerde por dónde andaba mi historia y no abuse demasiado de la paciencia del lector. Por lo tanto, pongo punto final aquí al presente capítulo.

CAPÍTULO IV

DONDE SE EXPONEN ASUNTOS DE DIVERSA ÍNDOLE UN TANTO CURIOSOS.

Aquel día, tan pronto como Mr. Allworthy llegó a su casa, llamó a su sobrino, y tras de una breve introducción, le anunció la propuesta que había recibido de Mr. Western, informando al joven al propio tiempo de lo mucho que le gustaría que se celebrase aquel matrimonio.

Los encantos de Sophia no habían producido el menor efecto en Blifil, y no porque su corazón estuviera ya ocupado ni porque fuera insensible a la belleza o sintiera aversión hacia las mujeres, sino porque sus apetitos eran tan moderados que era capaz, mediante la filosofía, el estudio o cualquiera otro procedimiento, de someterlos a su voluntad fácilmente. En cuanto a la pasión de que nos hemos ocupado en el primer capítulo de este libro, no había el menor rastro en él.

Mas aunque estaba limpio por completo de la pasión mixta de que también hemos hablado, y para la que constituían un buen aliciente las virtudes y belleza de Sophia, se hallaba, por el contrario, dotado de otras pasiones, que prometían satisfacerse ampliamente con la fortuna de la muchacha. Era tal su avaricia y su ambición, que su alma se repartía por igual entre ambas. Más de una vez había considerado cosa muy apetecible la posesión de aquella fortuna, habiendo acariciado algún proyecto lejano en relación con la misma. Pero tanto su juventud como la de Sophia, así como el pensamiento de que Mr. Western podría casarse de nuevo y tener más hijos, habían evitado que iniciara una persecución demasiado precipitada.

La última objeción desapareció en parte, ya que la propuesta procedía del mismo Mr. Western. Por tanto, tras de unos instantes de titubeo, Blifil contestó a Mr. Allworthy que el matrimonio era asunto en el cual él aún no había pensado, pero que se sentía tan agradecido a los amistosos y paternales cuidados de su tío, que aceptaba de buen grado su decisión.

Mr. Allworthy era un hombre inteligente, y su gravedad actual procedía de la filosofía y sabiduría adquiridas, no de la apatía de su carácter, pues había sido un hombre apasionado en su juventud y se casó por amor con una mujer guapa. Por esta razón no le satisfizo del todo la fría respuesta de su sobrino, ni pudo evitar el hacer una serie de alabanzas a Sophia, y expresar cierto asombro al ver que el corazón de un joven podía mostrarse tan sordo al poder de los encantos de la muchacha, a no ser que estuviera dominado por algún otro sentimiento amoroso.

Blifil aseguró a su tío que no había tal, y acto seguido comenzó a hablar tan sabia y religiosamente sobre el amor y el matrimonio, que hubiera reducido al silencio a

cualquier pariente de inclinación menos devota que su tío. Al cabo, Mr. Allworthy se sintió muy satisfecho de que el joven, lejos de hacer ninguna objeción contra Sophia, sintiera por ella esa estimación que en los espíritus moderados y virtuosos constituye el fundamento más seguro de la amistad y del amor. Y como tenía la casi seguridad de que el novio en muy poco tiempo resultaría agradable a su novia, se dijo que de la unión se derivaría una gran felicidad para todos. A la mañana siguiente, previo el consentimiento de Blifil, escribió a Mr. Western comunicándole que su sobrino había recibido la proposición con gran complacencia y alegría, y que el joven estaba dispuesto a visitar a Sophia, siempre que ella accediera a recibirle.

Western se puso muy contento con aquella carta y respondió inmediatamente a ella. En su respuesta, escrita sin consultar en absoluto con su hija, el caballero señalaba aquel mismo día por la tarde como inicio del cortejo.

Luego, tan pronto como hubo despachado al mensajero, fue en busca de su hermana, a la que encontró leyendo y explicando la *Gazette* al cura Supple. Por este motivo, el hombre tuvo que esperar cerca de un cuarto de hora, violentando su natural temperamento impetuoso, antes de que le fuera posible hablar. Al cabo encontró una oportunidad de decir a su hermana que tenía noticias muy importantes que comunicarle, a lo que ella respondió:

—Hermano, estoy a tu completa disposición. Las cosas marchan tan bien por el norte, que jamás me he sentido de tan buen humor.

Una vez despedido el sacerdote, Western contó a su hermana lo sucedido y le rogó que anunciara a Sophia lo que había, cosa que Mrs. Western se dispuso a cumplimentar rápida y alegremente.

CAPÍTULO V

EN EL QUE SE RELATA LO QUE SUCEDIÓ ENTRE SOPHIA Y SU TÍA.

Sophia se encontraba en su cuarto leyendo cuando penetró en él Mrs. Western. Al ver a su tía, la joven cerró el libro que tenía entre las manos tan de prisa, que la excelente mujer no pudo por menos de preguntar:

—¿Qué libro es ése que tanto miedo parece que te da enseñar?

—Le doy a usted mi palabra, tía —repuso Sophia—, que se trata de un libro que no me avergüenzo de haber leído ni me asusta decir que lo he hecho. Está escrito por una dama de mundo cuya clara inteligencia creo que honra a su sexo, y cuyo excelente corazón honra a la naturaleza humana.

Mrs. Western cogió el libro, que inmediatamente arrojó sobre un mueble, y dijo:

—Sí, la autora es de muy buena familia, pero no figura entre la gente que una conoce. Jamás lo he leído, aunque los críticos dicen que no vale gran cosa.

—No me atrevo, tía, a exponer mi opinión —repuso Sophia— en contra de los mejores críticos. Pero creo que en esa obra se refleja un ambiente muy humano, y en cierta página hay tal ternura y delicadeza, que confieso que su lectura me ha costado más de una lágrima.

—¡Ah! ¿Te gusta entonces llorar? —inquirió la tía.

—Me gusta experimentar sensaciones tiernas —contestó la sobrina—, y las pagaría al precio de unas cuantas lágrimas en cualquier ocasión.

—Bien, enséñame lo que leías cuando entré. Debía de ser algo muy delicado y amoroso. Te ruborizas, mi querida Sophia. ¡Oh, querida muchacha! Tendrías que leer libros que te instruyeran en el arte del disimulo y que te enseñasen la forma de ocultar tus pensamientos un poco mejor.

—Creo, tía —repuso Sophia—, no tener pensamientos de cuyo descubrimiento tenga que avergonzarme.

—¡Avergonzarte no! —exclamó la tía—. Tampoco yo creo que tengas ningún pensamiento del que debas avergonzarte. Sin embargo, querida niña, te ruborizaste en el preciso instante en que mencioné la palabra amoroso. Querida Sophia, puedes tener la seguridad que no alimentas ningún pensamiento que yo no conozca, de igual modo que los franceses conocen nuestros movimientos mucho antes de que los ejecutemos. ¿Crees, muchacha, que porque supiste imponerte a tu padre podrás imponerte a mí? ¿Imaginas que no sé la razón de tu amistoso comportamiento de ayer con Mr. Blifil? He visto demasiado mundo en mi vida para que nadie pueda engañarme. No, no, por favor, no te ruborices de nuevo. Te aseguro que es una pasión de la que no tienes por qué avergonzarte. Es una pasión que yo misma apruebo, y ya he conseguido la

aprobación de tu padre. Sólo tengo en cuenta tu inclinación, que merece ser satisfecha, aunque con ella se sacrifiquen mayores perspectivas. Ven, tengo noticias para ti que te llenarán de alegría. Sé mi confidente, y yo me ocuparé de que seas tan feliz como puedas ambicionar.

—Tía —murmuró Sophia con el mayor aspecto de tonta que jamás mostró en su vida—, no sé qué decir. ¿Qué es lo que sospecha usted?

—No te turbes, querida —repuso Mrs. Western—. Piensa que estás hablando con una de tu mismo sexo, con tu tía, y creo que no dudarás de que estás hablando con una amiga. Piensa que me has de revelar lo que ya sé, y lo que puedo ver claramente a través del más artificioso de todos los disfraces que pudiste adoptar y que hubiera engañado a cualquiera que no conociese a fondo el mundo. Por último, ten en cuenta que se trata de una pasión que merece mi más completa aprobación.

—Tía, dice usted unas cosas tan de repente... Sin duda no estoy ciega. Pero ¿es posible que mi padre y usted puedan ver con mis mismos ojos?

—Te he dicho —repuso Mrs. Western— que te concedemos nuestra aprobación, y esta misma tarde tu padre ha decidido por ti que recibas a tu novio.

—¡Mi padre... esta tarde! —exclamó Sophia con las mejillas tan rojas como una amapola.

—Sí, hija —contestó la tía—. Esta tarde. Ya conoces el carácter impetuoso de tu padre. Le hablé del amor que por vez primera descubrí en ti la tarde en que te desvaneciste en el campo. Lo deduje de tu desmayo. Lo vi cuando volviste en ti. Lo vi también aquella misma tarde a la hora de la cena, y a la mañana siguiente, durante el almuerzo. Ya sabes, querida niña, que he visto mucho mundo. Apenas se lo anuncié a mi hermano, inmediatamente quiso hacer la proposición a Mr. Allworthy, y ayer habló con él. Mr. Allworthy ha accedido, seguramente lleno de satisfacción, y esta tarde, el resto corre de tu cuenta.

—¡Esta tarde! —murmuró Sophia—. Me deja usted petrificada.

—¡Oh, querida mía! —exclamó la tía—. Pronto volverás en ti, pues es un muchacho encantador, hay que reconocerlo.

—Lo confieso —afirmó ahora Sophia—. No conozco a nadie que reúna tantas perfecciones. ¡Tan bravo y cortés, tan ingenioso y, sin embargo, tan inofensivo! ¡Tan humano, tan educado, tan guapo! ¿Qué importa que sea hijo natural si posee todas esas cualidades?

—¿Hijo natural? ¿Qué quieres decir? —preguntó mistress Western sorprendida—. ¡Mr. Blifil bastardo!

Sophia palideció instantáneamente al oír este nombre, que repitió en voz baja:

—¡Mr. Blifil! ¿De quién otro estábamos hablando?

—Creí que era de Mr. Jones —contestó Sophia, a punto de desmayarse—. Estoy segura de que no conozco a otro que merezca...

—¡Protesto! —exclamó la tía—. Me has dejado de una pieza. ¿De modo que es Tom Jones y no Blifil el objeto de tu amor?

—¡Mr. Blifil! —repitió Sophia—. No es posible que hable usted en serio. Pero si es así, entonces soy la más desgraciada de las mujeres.

Mrs. Western permaneció silenciosa unos instantes, en tanto que sus ojos despedían chispas. Al cabo, reuniendo todas sus fuerzas, atronó el espacio con los siguientes ruidos más o menos articulados:

—¿Es posible que hayas podido pensar en hacer desgraciada a tu familia aliándote con un bastardo? ¿Puede la sangre de los Western someterse a semejante contaminación? Si no tienes sentido común suficiente para dominar inclinación tan monstruosa, por lo menos el orgullo de nuestra familia debiera de haberte impedido dar aliento a un afecto tan bajo. Mucho menos esperaba que tuvieras el valor de confesarlo en mis propias narices.

—Tía —repuso Sophia, temblando de pies a cabeza—, lo que he dicho me lo ha sacado usted a la fuerza. No recuerdo haberle dicho jamás el nombre de Jones, ni tampoco lo hubiese dicho de no creer que contaba con su aprobación. Cualesquiera que sean mis pensamientos sobre ese pobre y desgraciado joven, era mi intención que me acompañasen a la tumba, a esa tumba donde sólo creo que ahora podré encontrar el reposo.

Diciendo esto se hundió en la butaca y contuvo sus lágrimas. En el silencio conmovedor, su pena inenarrable ofrecía un espectáculo que no podía por menos de impresionar al corazón más duro.

Pero aquel dolor no suscitó la menor compasión en la tía. Todo lo contrario, ésta se vio acometida por un acceso de rabia aún más violento.

—Y yo preferiría seguirte a la tumba —gritó con expresión vehemente— antes de que fuerais desgraciados tú y tu familia por culpa de esos amores. ¡Oh, santo cielo! ¿Cómo podía yo imaginar que viviría para oír a mi sobrina confesar su amor por tal individuo? Eres la primera, sí, miss Western, la primera de tu apellido que ha concebido un pensamiento tan ruin. Una familia tan notable por la prudencia de sus mujeres...

De este modo continuó la dama durante un cuarto de hora largo, hasta que habiéndose quedado sin aliento antes que sin cólera, concluyó amenazando a Sophia con contárselo a su hermano.

Sophia entonces se arrojó a los pies de su tía, le suplicó con lágrimas en los ojos que se guardara para ella lo que le había hecho confesar, recordó la violencia del temperamento de su padre y afirmó que ninguna inclinación que ella pudiera sentir prevalecería si había de ser en contra de la voluntad de su progenitor.

Mrs. Western permaneció unos instantes mirando a su sobrina y al final dijo:

—Sólo con una condición guardaré el secreto, y ésta es que debes comprometerte

a alternar esta tarde con Mr. Blifil en plan de novios, y considerarle la persona que ha de ser tu marido.

La desgraciada Sophia vivía demasiado dominada por su tía para negarle nada, así que se vio obligada a prometerle que vería a Mr. Blifil y que se mostraría muy cortés con él. Pero suplicó, sin embargo, que no se precipitase el compromiso de matrimonio, añadiendo:

—Mr. Blifil no me gusta en absoluto y confío que mi padre no se empeñará en hacer de mí la más desgraciada de las mujeres.

Mrs. Western aseguró:

—El compromiso matrimonial ya está establecido por completo, y ya nada puede deshacerlo. Debo confesar —continuó— que antes lo miraba con indiferencia, y quizá sintiera algunos escrúpulos, que desaparecieron al creer que ese matrimonio coincidía con tu propia inclinación. Pero ahora, sin embargo, lo considero como la cosa más factible del mundo. En lo que de mí dependa, no se perderá ni un minuto.

Sophia contestó:

—Al menos, espero de usted y de mi padre un aplazamiento. Sin duda me concederá usted tiempo para vencer la escasa inclinación que ahora siento hacia esa persona.

Pero la tía replicó:

—Tengo demasiada experiencia de la vida para ser engañada. Como veo que otro hombre es dueño de tu corazón, trataré de convencer a mi hermano para que precipite la boda todo lo posible. Sería muy mala táctica —añadió— prolongar un sitio cuando el ejército enemigo está a la vista y en peligro de hacerlo levantar. No, no, Sophia. De ningún modo. Como estoy convencida de que eres víctima de una violenta pasión, que jamás podrás satisfacer con honra, haré todo lo que esté en mí para salvarte de tal peligro, pues cuando estés casada ya cuidará tu marido de ajustarte las cuentas. Confío, muchacha, que siempre tendrás la suficiente cordura para obrar como debes. Pero si no fuera así, el matrimonio ha salvado a muchas mujeres de su perdición.

Sophia comprendió perfectamente lo que su tía quería decir, pero no consideró necesario contestarle. Sin embargo, decidió ver a Blifil y comportarse con él con la mayor cortesía, ya que sólo con esta condición obtuvo de su tía la promesa de que mantendría secreto su amor por otro hombre, que su mala suerte, mucho más que ninguna treta de Mrs. Western, le había obligado a confesar.

CAPÍTULO VI

DONDE SE INCLUYE UN DIÁLOGO ENTRE SOPHIA Y MRS. HONOUR QUE PUEDE CONTRIBUIR A MITIGAR UN POCO LOS TIERNOS AFECTOS QUE EL ANTERIOR CAPÍTULO PUDIERA HABER PROVOCADO EN EL BONDADOSO LECTOR.

Una vez obtuvo Mrs. Western la promesa de su sobrina que hemos mencionado en el capítulo precedente, abandonó la estancia donde poco después entró Mrs. Honour. La mujer estaba trabajando en la habitación inmediata y había sido atraída al agujero de la llave de la puerta que comunicaba ambas habitaciones por algunos gritos que oyó, permaneciendo pegada a la cerradura todo el tiempo que duró la conversación entre tía y sobrina.

Cuando entró en el cuarto encontró a Sophia de pie e inmóvil, con las lágrimas brotando de sus ojos, a la vista de las cuales ordenó la aparición de una cantidad adecuada a sus propios ojos y comenzó:

—¡Oh, mi querida señorita! ¿Qué le ocurre?

—Nada —repuso Sophia.

—¡Nada! ¡Oh, querida señorita! —repuso Honour—. No debe responderme así cuando la encuentro en este estado y ha habido tal discusión entre usted y Mrs. Western.

—No me moleste usted —replicó Sophia—. Le aseguro que no me ocurre nada. ¡Dios mío! ¿Por qué habré nacido?

—Señora —insistió la doncella—, jamás me convencerá de que llora sin motivo. Aunque no sea más que su criada, le he sido siempre fiel y le serviré lealmente toda mi vida.

—Mi querida Honour —dijo al fin Sophia—, no depende de ti el que puedas serme útil. Estoy irremisiblemente perdida.

—¡Dios no lo quiera! —repuso la doncella—. Pero si en alguna cosa puedo serle útil, le suplico, señorita, que me servirá de consuelo el saberlo. Le ruego que me diga de lo que se trata.

—Mi padre —murmuró la joven— quiere casarme con un hombre a quien desprecio y odio.

—¡Oh, querida señorita! —contestó Mrs. Honour—. ¿Quién es ese cruel hombre? Porque sin duda debe de ser muy malo, pues de lo contrario, usted no le despreciaría.

—Su nombre es como un veneno en mi lengua —contestó Sophia—. Pronto lo sabrás.

En realidad lo sabía ya, y por esta razón la criada no insistió sobre el particular.

Luego prosiguió de este modo:

—No trato de aconsejar a usted lo que sabe cien veces mejor que yo, pues tan sólo soy una criada. Pero, demontre, ningún padre de Inglaterra me casaría a mí contra mi voluntad. Su padre es tan bueno que si supiera que usted odia y desprecia a ese joven, no querría que se casara con él. Debería usted permitirme que se lo dijera a mi amo. Claro que lo más conveniente sería que se lo dijera usted misma, a no ser que la señorita no quiera mancillar su lengua pronunciando el nombre infamante.

—Estás en un error, Honour —contestó Sophia—. Mi padre lo decidió por sí mismo antes de que yo supiera nada.

—Pues no lo comprendo, señorita —exclamó Mrs. Honour—. Usted es la que tiene que acostarse con él, no su padre, y por muy conveniente que sea un hombre, debe gustar lo suficiente a su esposa. Estoy convencida de que mi amo no obra de ese modo por iniciativa propia. Cierta gente no debería meterse en lo que no le importa, pues aunque soy doncella, comprendo perfectamente que no todos los hombres gustan lo mismo. ¿Y de qué sirve que la señorita posea tan gran fortuna si no puede elegir al hombre que le parezca más guapo? No digo nada. Pero es una verdadera lástima que alguno no haya tenido mejor cuna, y aunque no sea rico, ¿qué importa después de todo? La señorita cuenta con bastante dinero para ambos. ¿Y en qué mejor puede usted emplear su fortuna? Todo el mundo tiene que reconocer que es el más guapo, el más encantador, el más educado y cortés de todos los hombres.

—¿Qué quieres decir con esas palabras? —inquirió Sophia, con expresión de severidad—. ¿Es que alguna vez te he dado alientos para que te tomes esas libertades?

—Jamás, señorita. Le pido perdón. No era mi intención molestarla —repuso Mrs. Honour—. Pero el recuerdo del pobre señorito Jones no me ha abandonado un solo instante desde que le vi esta mañana. Si le hubiera visto usted habría sentido lástima de él. ¡Pobre señorito! Confío que no le habrá sucedido ninguna desgracia, pues ha estado paseando con los brazos cruzados y aspecto melancólico toda la mañana. Confieso que al verle sentí deseos de llorar.

—¿Al ver a quién? —preguntó Sophia.

—Al pobre señorito Jones —contestó Honour.

—¿Verle? ¿Dónde le has visto? —preguntó Sophia.

—Junto al canal, señorita —repuso Honour—. Allí se ha estado paseando toda la mañana, hasta que al final se ha tendido en la hierba. Me parece que aún sigue allí echado. Si no hubiera sido por mi humildad, ya que no paso de ser una simple doncella, hubiera corrido hacia él y le hubiese hablado. Permítame, señorita, que vaya a ver, sólo por gusto, si todavía sigue allí.

—¡Oh! —exclamó Sophia. ¡Allí, no! ¿Qué puede hacer allí? Se habrá ido ya con toda seguridad. Además, ¿por qué has de ir tú? Aparte de que te necesito para algo.

Vamos, dame mi sombrero y mis guantes. Pasearé con mi tía por la alameda antes del almuerzo.

Honour cumplió en el acto lo que se le había ordenado y Sophia se puso el sombrero. Al mirarse en el espejo creyó que la cinta que sujetaba el sombrero no le sentaba bien y envió a su doncella a por una cinta de color distinto, encargando a la mujer que no dejara su bordado por nada del mundo, ya que lo necesitaba con urgencia, por lo que tenía que quedar listo aquel mismo día. Luego balbuceó algo nuevo sobre su ida a la alameda y partió en dirección opuesta, andando todo lo de prisa que se lo permitían sus piernas en dirección al canal.

Tom Jones había estado allí, como Mrs. Honour afirmó. Había pasado dos horas de aquella mañana en la contemplación melancólica de su Sophia, habiendo abandonado el jardín por una puerta en el instante en que la joven entraba por la otra. De modo que los desgraciados minutos que la joven empleó en cambiar unas cintas por otras de su sombrero, impidieron a los enamorados encontrarse en esa ocasión, accidente por demás infortunado, y del que mis bellas lectoras no dejarán de sacar la oportuna lección. Y aquí prohíbo absolutamente a todos los críticos masculinos que se inmiscuyan en una circunstancia que sólo he relatado para enseñanza de las damas y sobre la que tan sólo ellas tienen libertad de comentarlo.

CAPÍTULO VII

DESCRIPCIÓN EN MINIATURA DE UN CORTEJO FORMAL, TAL COMO SIEMPRE DEBIERA SER DESCRITO, Y UNA ESCENA DE GÉNERO MUCHO MÁS CONMOVEDOR TRATADA CON TODA EXTENSIÓN.

Alguien ha hecho la oportuna observación —y tal vez no sea el único— de que las desgracias no suelen venir solas. Esta máxima tan sabia fue comprobada ahora por Sophia, que no sólo sufrió la desilusión de no ver al hombre a quien quería, sino que tuvo que pasar por la molestia de vestirse para recibir la visita del hombre a quien odiaba.

Aquella misma tarde, por primera vez, Mr. Western comunicó a su hija sus intenciones, si bien añadió que ya le constaba que habría sido informada de ello por su tía. Sophia adoptó un aire profundamente serio, siéndole imposible evitar que de sus ojos brotasen algunas lágrimas.

—Vamos, vamos —dijo el caballero Western—, no adoptes ese aire inocente. Lo sé todo. Te aseguro que tu tía me lo ha contado todo.

—¿Es posible que mi tía me haya traicionado? —preguntó Sophia.

—¡Quien se ha traicionado has sido tú! —replicó míster Western—. Ayer te traicionaste durante la comida. Te descubriste por completo. Pero vosotras las jóvenes no sabéis lo que deseáis. De modo que protestas porque consiento que te cases con el hombre a quien quieres, ¿eh? Recuerdo que tu madre se lamentó y lloriqueó de la misma manera. Pero todo pasó a las veinticuatro horas después de casados. Mr. Blifil es un hombre vivo, y pronto acabará con todos tus escrúpulos. Ven y alégrate. Espero a alguien de un momento a otro.

Sophia comprobó que su tía se había comportado dignamente con ella, y resolvió pasar aquella tarde desagradable con la mayor firmeza posible, procurando no infundir la menor sospecha a su padre.

No tardó en aparecer Mr. Blifil, y poco después se marchó Mr. Western, dejando solos a los dos jóvenes.

Entonces se produjo un silencio que duró cerca de un cuarto de hora, ya que el caballero, que era el obligado a iniciar la conversación, rebosaba de timidez. El joven intentó hablar varias veces, pero no lo consiguió, pues no daba con palabras adecuadas. Al fin éstas brotaron de sus labios precipitadamente, en forma de forzados cumplimientos, que fueron contestados por Sophia con miradas fijas en el suelo, inclinaciones de cabeza y monosílabos corteses. Dada la inexperiencia de Blifil en cuestión de mujeres, y el amor propio que era una de sus características, interpretó la conducta de Sophia por un asentimiento a sus pretensiones y, cuando para abreviar

una escena que le era imposible soportar más tiempo, Sophia se puso en pie y abandonó la estancia, el joven atribuyó esto a simple timidez y turbación, consolándose con la idea de que muy pronto tendrían muchas ocasiones de estar juntos.

El joven se sintió por completo satisfecho con la marcha del asunto, pues jamás se le había ocurrido la idea de poseer por completo el corazón de Sophia, que es lo primero que exigen los enamorados románticos. Los únicos objetos de su deseo eran su fortuna y su persona, los cuales esperaba que muy pronto serían de su absoluta propiedad, ya que Mr. Western tenía un gran interés en la boda. Por otra parte, Blifil conocía la ciega obediencia con que Sophia cumplía los deseos de su padre. La autoridad de éste, unido a los encantos que él imaginaba poseer, así como su conversación, debían conducirle al triunfo, máxime teniendo en cuenta que la muchacha debía sentir algún interés por él.

De Tom Jones no sentía ninguna clase de celos, y en más de una ocasión he pensado en lo maravilloso que era que no los sintiera. Quizá pensara que la fama que gozaba Jones de ser uno de los muchachos más selváticos de Inglaterra le haría odioso a los ojos de una joven de ejemplar sencillez y modestia. Tal vez no se hubieran despertado sus sospechas debido a la conducta que Sophia y Jones observaban cuando estaban todos juntos. Por último, y como razón de mayor peso, estaba plenamente convencido de que no existía ningún otro egoísmo en juego. Creía conocer a fondo a Tom, y le despreciaba por no defender con más ahínco sus intereses. No dudaba de que Jones le hacía el amor a Sophia, aunque debía de influir escasamente en su ánimo el interés del dinero. Blifil, por otra parte, pensaba que las relaciones de Tom Jones con Mary Seagrim continuaban y que acabarían en boda, pues Jones, desde su niñez, no había tenido secretos para él, ya que le había querido con verdadero cariño hasta que su conducta durante la enfermedad de Mr. Allworthy le apartó de él. Pero debido a la pelea que sostuvieron entre ellos y de la que aún no se habían reconciliado, Blifil se quedó sin saber la alteración que el afecto de Jones por Mary había sufrido en los últimos tiempos.

Por todos estos motivos, Blifil no descubrió inconveniente alguno que le impidiera tener éxito con Sophia. Dedujo que su comportamiento era similar al de todas las jóvenes en la primera visita de un pretendiente, y que había respondido a todas sus esperanzas.

Mr. Western quiso saber inmediatamente el resultado de la entrevista. El caballero encontró a Blifil tan entusiasmado, tan enamorado de su hija, y tan contento con la acogida que Sophia le había dispensado, que el viejo terrateniente comenzó a dar saltos y a hacer cabriolas, expresando de este modo, y con otras actitudes y gestos grotescos, la alegría que experimentaba, pues era incapaz de ejercer el menor dominio sobre sus pasiones, y lo que le dominaba en un momento determinado, le

conducía a cometer los excesos más ridículos.

Tan pronto se fue Blifil, lo que no sucedió hasta que Mr. Western le hubo dado muchos besos y abrazos, el buen hombre corrió en busca de su hija, a la que apenas encontró empezó a hacer víctima de los extremos más exagerados, pidiéndola que eligiera los vestidos y las joyas que gustase, y afirmando que su fortuna no tenía otro destino que el de hacer la felicidad de ella. Mr. Western acarició a su hija con grandes demostraciones de afecto, le aplicó los epítetos más tiernos y le aseguró que era su única alegría sobre la tierra.

Al observar Sophia este acceso de cariño de su padre, cuyo origen desconocía, pues los accesos de afecto eran raros en él, la muchacha se dijo que jamás se le presentaría mejor ocasión que aquélla para hablar con él claramente sobre Blifil, ya que no se le escapaba que más tarde o más temprano se vería precisada a aclarar las cosas.

Luego de agradecer a su padre todas las manifestaciones de cariño, añadió con acento rebosante de ternura:

—¿Es posible que mi papá sea tan bueno que sólo desee la felicidad de su hija?

Mr. Western contestó a estas palabras con un beso. Sophia entonces le cogió de una mano y poniéndose de rodillas, le suplicó que no le hiciera la criatura más desgraciada del mundo, obligándole a casarse con un hombre a quien odiaba.

—Esto se lo suplico, padre mío, tanto por usted como por mí, ya que es tan bondadoso que confiesa que su felicidad depende por completo de la mía.

—¡Cómo! ¿Qué dices? —preguntó Western, mirando sorprendido a su hija.

—¡Oh, padre! —continuó la joven—. No sólo la felicidad de su pobre Sophia, sino su propia vida, su existencia, depende de que acepte usted mi súplica. Me es imposible vivir con Mr. Blifil. Obligarme a contraer ese matrimonio sería matarme.

—¿Que no podrás vivir con Mr. Blifil, dices? —preguntó Western.

—No, no puedo —contestó Sophia.

—¡Vete lejos de mi presencia! —exclamó el padre, rechazándola de su lado.

—¡Oh, papá! —murmuró la joven, agarrándose a los faldones de su casaca—. Apiádese de mí, se lo suplico. No sea cruel... ¿Es posible que no se conmueva al ver lo desgraciada que soy? ¿Puede el mejor de los padres destrozar mi corazón? ¿Es que quiere matarme con la muerte más dolorosa, terrible y prolongada?

—¡Bah, bah! —replicó el padre—. Todo eso son tonterías y argucias sin importancia. ¡Matarte! ¿Es que te ha de matar el matrimonio?

—Padre, ese matrimonio será peor para mí que la muerte. No sólo Blifil me es indiferente, sino que le detesto, le odio.

—Puesto que tanto le desprecias, será para ti —replicó Mr. Western.

Acompañó esta afirmación con un juramento tal que es imposible repetirlo aquí, y tras de una serie de reconvenciones por demás violentas, concluyó con las siguientes

palabras:

—Estoy decidido a que se celebre esa boda, y a menos que accedas a ella, no verás un cuarto de mi fortuna. Aunque te viese muerta de hambre por las calles no te daría un pedazo de pan. Ésta es mi decisión, y ahí te dejo para que reflexiones sobre ella.

Y apartó a su hija con tal violencia, que el rostro de la joven fue a chocar contra el suelo. Luego, abandonando la habitación, dejó a la pobre Sophia tendida en el suelo.

Cuando Mr. Western llegó al vestíbulo encontró a Tom Jones, quien al ver a su amigo presa de la mayor desesperación, pálido y sin aliento, no pudo por menos de preguntarle por la causa de su desolado aspecto. El caballero informó al joven de todo lo ocurrido, concluyendo con amargas acusaciones contra Sophia, y lamentaciones en extremo patéticas sobre el infortunio de los padres que tienen hijas.

Tom Jones, que ignoraba por completo las resoluciones que se habían tomado en favor de Blifil, quedó de veras asombrado al enterarse de ellas. Pero, reaccionando debidamente, osó hacer a Mr. Western una proposición, para lo que se necesitaba un gran desparpajo y sangre fría. Le propuso nada menos que le permitiera visitar a Sophia para tratar de conseguir que accediera a los deseos de su padre.

Aunque Mr. Western hubiera sido tan listo como tenía fama de ser lo contrario, la pasión le cegó en la presente ocasión, y dijo:

—Sí, ve y trata de convencerla.

A continuación dejó escapar algunos ternos, jurando que echaría a su hija de casa si no consentía en casarse con Blifil.

CAPÍTULO VIII

ENTREVISTA DE TOM Y SOPHIA.

Tom fue inmediatamente en busca de Sophia, a la que encontró recién levantada del suelo, donde su padre la había dejado. La joven tenía los ojos llenos de lágrimas y la sangre corría por sus labios. Tom se precipitó hacia ella, y con voz rebosante de cariño y de ansiedad, exclamó:

—¡Oh, Sophia querida! ¿Qué significa esto?

La joven le lanzó una mirada rebosante de amor y dijo:

—Mr. Jones, ¿cómo ha llegado usted hasta aquí? Déjeme, se lo suplico.

—No lo haré —contestó Jones—. Mi corazón sangra mucho más rápidamente que esos labios. ¡Oh, Sophia! Me abriría en el acto las venas si con ello pudiera ahorrarme una sola gota de esa preciosa sangre.

Sophia miró al joven con ojos encendidos de amor y luego exclamó:

—¡Oh, Jones! ¿Por qué me salvó usted la vida? Hubiera sido mucho mejor para los dos que yo muriese entonces.

—No puedo oír esas palabras. ¿No sabe que sólo vivo para usted?

Cuando pronunció estas palabras, la voz y la mirada de Tom estaban llenas de una ternura inefable. Al mismo tiempo cogió con la mayor suavidad una de las manos de Sophia, que ésta no trató de retirar. En realidad, la joven apenas se daba cuenta de lo que hacía. Transcurrieron unos minutos de silencio durante los cuales los ojos de Tom permanecieron fijos en los de Sophia, y los de la joven clavados en el suelo. Al fin recuperó la joven las suficientes energías para poder expresar de nuevo su deseo de que Tom la dejase, pues las consecuencias para ella, si los encontraban juntos, serían terribles. Luego añadió:

—¡Oh, Jones, no sabe usted lo que ha sucedido esta tarde!

—Lo sé todo, Sophia —contestó el joven—. Su padre me lo ha contado todo, y él mismo me ha enviado aquí junto a usted.

—¿Que mi padre le ha enviado aquí? —exclamó Sophia—. Seguramente usted delira.

—¡Ojalá fuera un sueño! Sophia, su padre me ha enviado para que actúe de abogado de mi odioso rival y convencerla de que usted le haga caso. Me he aprovechado de esto para conseguir llegar hasta usted. ¡Hábleme, Sophia! Consuele mi corazón angustiado. Seguramente nadie la ha querido como yo la quiero. No retire esa querida y suave mano. Nunca como ahora me ha inspirado usted tanto respeto y temor.

Sophia permaneció unos instantes silenciosa, sin saber qué decir. Luego,

levantando su mirada hacia Jones, exclamó:

—¿Qué es lo que quiere que yo diga?

—Que me prometa que jamás será usted de Blifil —contestó Jones.

—No nombre usted a esa persona tan antipática. Puede estar usted seguro de que jamás le haré entrega de mi persona.

—Entonces, ya que es usted tan amable, avance unos pasos más y diga que puedo abrigar alguna esperanza.

—¿Dónde quiere usted llevarme, Tom? ¿Qué esperanza es la que tengo que darle? Ya conoce usted los propósitos de mi padre.

—Pero sé muy bien —replicó Tom— que no puede obligarle a usted a satisfacerle.

—¿Cuál sería la terrible consecuencia de mi desobediencia? Mi propia ruina no es lo que más me preocupa. Pero no puedo soportar la idea de ser la causa de la desgracia de mi padre.

—Se la busca él —contestó Jones—, al empeñarse en ejercer un poder para el que no tiene atribuciones. Piense usted en lo desdichado que me sentiré si la pierdo para siempre, y vea de qué lado se inclina la balanza.

—¡Que piense en ello! —contestó Sophia—. ¿Cree que no me doy cuenta de la desgracia que podría atraer sobre usted si accediera a sus deseos? Es este pensamiento el que me concede la fuerza necesaria para rogarle a usted que huya de mi lado para siempre y evite su propia destrucción.

—No temo mi destrucción —contestó Tom—, sino la pérdida de Sophia. Jamás me podré separar de usted, jamás.

Los enamorados permanecieron un buen rato en silencio, temblorosos, siéndole imposible a Sophia apartar su mano de la de Jones, y éste casi incapaz de mantenerla asida, cuando la escena, que quizá algunos de mis lectores piensen que ha durado demasiado, fue cortada por otra de naturaleza tan distinta, que reservamos el relato de la misma para el siguiente capítulo.

CAPÍTULO IX

DE GÉNERO MUCHO MÁS TEMPESTUOSO QUE EL ANTERIOR.

Antes de que sigamos relatando lo que les sucedió a los dos amantes, es preciso que contemos lo que ocurrió en el vestíbulo mientras ellos celebraban su cariñosa entrevista.

Algo después de que Jones dejara a Mr. Western en el estado de ánimo antes mencionado, apareció su hermana, a la que el caballero comunicó todo lo que había sucedido entre él y Sophia sobre el asunto de Blifil.

El proceder de su sobrina fue considerado por la buena mujer como un total quebrantamiento de la promesa hecha por ella de guardar el secreto de su amor por Jones. En consecuencia, se consideró en libertad completa de revelar a su hermano todo lo que sabía, lo que hizo ampliamente, sin la menor ceremonia ni preámbulo.

La idea de un matrimonio entre su hija y Tom Jones jamás había pasado por la mente de Western, ni siquiera en los momentos de mayor afecto hacia el muchacho. Consideraba que una igualdad de fortuna y circunstancias era físicamente un elemento tan necesario al matrimonio como la diferencia de sexos, y el que su hija se hubiera enamorado de un joven pobre le pareció algo así como si se hubiera enamorado de un animal de especie distinta.

No es de extrañar, pues, que al escuchar el relato de su hermana se sintiera como atontado. Al principio fue incapaz de decir nada, medio privado del uso de la palabra por la violencia de la sorpresa. Pero más tarde reaccionó, como es usual en tales casos, con redoblado vigor y cólera.

Lo primero que hizo, una vez recobrada la facultad de hablar, fue proferir una serie de juramentos e imprecaciones. Después se dirigió a la habitación donde suponía que se encontraban los enamorados, o más bien fue hacia ella profiriendo a voz en grito y a cada paso que daba sus deseos de venganza.

Como dos palomas y pichones, o como Estrefon y Filis, retirados a algún solitario y agradable bosquecillo para disfrutar de la agradable charla del amor, de ese niño vergonzoso que no puede hablar en público y que no resulta compañía agradable más que para dos, y a los que de súbito, mientras todo parece estar sereno, sorprende el ronco retumbar del trueno a través de espesas nubes, siendo causa de que la despavorida doncella huya de la margen del arroyuelo o de la verde pradera, sustituyendo el rojo que el amor había encendido en sus mejillas por la palidez de la muerte, mientras su amante sostiene apenas su vacilante cuerpo.

O como cuando dos caballeros extraños al admirable ingenio de la escena, se encuentran bebiendo una botella de vino en cualquier taberna u hospedería de

Salisbury, y sorprendidos por el gran Dowdy, que representa el papel de loco arrastrando sus cadenas, se ponen en pie asustados y buscan algún refugio contra el peligro que se les viene encima, de tal modo que si las ventanas protegidas con barrotes les permitieran escapar meterían sus cabezas por entre ellos para huir de la furia amenazadora que se precipita sobre ellos.

De igual modo empezó a temblar la desgraciada Sophia, que palideció intensamente al oír a su padre, quien se aproximaba jurando, maldiciendo, prometiendo el completo aniquilamiento de Tom Jones. En realidad, creo que el mismo joven, impulsado por la prudencia, hubiera preferido encontrarse en otro lugar en aquellos instantes, de haberle concedido alguna libertad el terror que sintió por Sophia.

Pero cuando el caballero, habiendo abierto la puerta de golpe, contempló un objeto, al instante se aplacó toda la furia que sentía contra Tom Jones. Fue el cuerpo inanimado de Sophia, que se encontraba desmayada en los brazos de su enamorado. Apenas vio Mr. Western la trágica escena, se disipó toda su cólera y pidió auxilio a voces. Primero corrió hacia donde yacía su hija y luego hacia la puerta pidiendo agua, luego otra vez hacia Sophia, sin pensar en los brazos que sostenían a su hija ni tal vez recordar que existía en el mundo una persona como Jones, pues el estado en que se hallaba su hija era lo único que le preocupaba en aquellos instantes.

Mrs. Western y una serie de criados acudieron inmediatamente para prestar sus auxilios a Sophia con ayuda de agua, cordiales y todo lo que se requiere en tales casos, y fueron aplicados con tan excelente resultado, que a los pocos minutos Sophia comenzó a volver en sí y retomaron a ella los síntomas de la vida. Inmediatamente fue llevada fuera por su tía y su doncella, aunque la dama no salió sin antes haber pronunciado algunas saludables amonestaciones dirigidas a su hermano con respecto a los terribles efectos de su pasión o locura, como ella gustaba llamarla.

El caballero quizá no comprendió del todo el excelente consejo, pues fue pronunciado con palabras indirectas, encogimientos de hombros y signos de admiración. En último extremo, si lo comprendió, le produjo muy escaso efecto, pues tan pronto se esfumó en él el temor que había sentido por su hija, recuperó su cólera anterior, que hubiera dado lugar a una batalla inmediata con Tom Jones, de no haber estado presente el párroco Supple, que era un hombre muy fuerte e impidió los actos de hostilidad de Mr. Western.

Cuando se llevaron a Sophia, Tom se adelantó en actitud suplicante hasta donde se hallaba Mr. Western, a quien el párroco sujetaba por los brazos, y le rogó que se aplacase, pues mientras siguiera tan encolerizado sería imposible darle ninguna explicación. El caballero increpó duramente a Tom, echándole en cara su acción, esmaltando su filípica con toda suerte de improperios.

Tom Jones le repuso con gran calma:

—Por muchas cosas que me diga usted, jamás levantaré mi mano contra el padre de Sophia.

Al oír estas palabras, el caballero se encolerizó todavía más, y el párroco rogó al joven que se retirara.

—Ya ve usted, joven, lo airado que está. Por ello le suplico que no prolongue su permanencia aquí por más tiempo. Su enojo está demasiado encendido para que pueda usted entenderse ahora con él. Lo mejor que puede usted hacer es dar por concluida su visita y guardar para otra ocasión las disculpas que quisiera darle.

Tom aceptó agradecido el consejo del párroco y se apresuró a salir inmediatamente. Mr. Western recobró entonces la libertad de movimientos y cierto dominio sobre sí mismo, lo que le permitió expresar cierta satisfacción porque le hubieran sujetado, pues, de lo contrario, hubiese machacado al joven los sesos. Pero añadió:

—Hubiera sido una vergüenza que me ahorcaran por culpa de ese canalla.

El cura entonces comenzó a alabarse por el éxito que había obtenido en su intento de restablecer la paz, y acto seguido comenzó a leer unos párrafos contra la cólera, que quizá hubieran acrecentado dicha pasión más que amenguado en un temperamento colérico. La lectura se vio enriquecida con importantes citas de los autores antiguos, en especial Séneca, que trató tan admirablemente esta pasión, y que sólo un hombre en extremo irritado puede leer sin experimentar un gran placer y provecho.

El párroco concluyó su disertación moral con la famosa historia de Alejandro y Clito, que yo no intentaré repetir aquí.

Mr. Western no reparó en esta historia, y quizá en nada de lo que dijo el cura, pues interrumpió al hombre antes de que hubiera concluido para pedir un jarro de cerveza.

Tan pronto como el caballero hubo tomado un buen trago de cerveza reanudó sus invectivas contra Tom Jones, y declaró que al día siguiente por la mañana temprano iría a comunicar a Mr. Allworthy lo sucedido. Su amigo intentó disuadirle del empeño. Pero esto no tuvo otro resultado que producir una salva prolongada de maldiciones y juramentos, que escandalizaron los piadosos oídos de Supple, aunque éste no se atrevió a protestar en alta voz, pues era el caso que el cura daba gusto a su paladar en la mesa de Mr. Western a cambio de sufrir de cuando en cuando aquellas inconveniencias. El hombre se contentó pensando que él no estimulaba aquella endemoniada costumbre, y que aunque no hubiese traspuesto el umbral de su casa, no por ello juraría menos el caballero. Sin embargo, aunque jamás había cometido ninguna incorrección en su casa, le pagaba cumplidamente desde el púlpito, lo que, sin embargo, no logró el efecto de reformar a Mr. Western, por lo que al fin decidió dejarlo por imposible.

CAPÍTULO X

DONDE MR. WESTERN VISITA A MR. ALLWORTHY.

Mr. Allworthy acababa de almorzar con su sobrino, muy satisfecho con el relato que éste le había hecho de su visita a Sophia, pues deseaba mucho que se celebrara aquella boda, aunque más por las condiciones del carácter de la muchacha que por su riqueza, cuando Mr. Western apareció bruscamente y sin más ceremonia empezó a hablar de esta suerte:

—¡Buena la ha hecho usted! Ha criado a su bastardo con un magnífico propósito. Y no es que yo crea que ha intervenido usted en ello deliberadamente. Pero lo cierto es que ahora no existe en mi casa ni paz ni tranquilidad.

—Pero ¿qué es lo que ocurre, Mr. Western? —preguntó Allworthy sorprendido.

—Un caso de conciencia. Mi hija se ha enamorado de su bastardo. Pero no le daré ni un céntimo de mi dinero. Siempre temí las consecuencias de educar a un bastardo como si fuera un caballero y permitirle frecuentar las casas de sus amigos. Yo hubiera enseñado al hijo espurio a no mezclarse en lo que no le importaba. No conseguirá de mí un pedazo de pan que llevarse a la boca ni una mala moneda con que comprarlo.

—Lo siento de veras —repuso Allworthy.

—¿De qué me sirve que usted me compadezca? —exclamó Western—. De poco me servirá cuando haya perdido a mi única hija, a mi pobre Sophia, que era la alegría de mi corazón y toda mi esperanza y el consuelo de mi vejez. Pero estoy decidido a echarla de casa. Irá pidiendo limosna por las calles, muerta de hambre. Bien me ha engañado con toda su apariencia de muchacha bondadosa y buena.

—Me sorprende lo que me dice usted —repuso Allworthy—, después de lo que sucedió entre su hija y mi sobrino no más tarde que ayer.

—Sí, señor —replicó Western—. Fue después de la entrevista entre mi hija y su sobrino que sucedió lo que le estoy contando. Apenas salió Blifil cuando ese hijo de mala pécora apareció en mi casa. Jamás pensé que cuando era mi compañero de cacerías se pasaba todo el tiempo acechando a mi hija.

—Es una verdadera lástima —respondió Mr. Allworthy— que le haya usted concedido tantas oportunidades de permanecer con ella, y me hará usted la justicia de reconocer que yo siempre fui contrario a que el muchacho frecuentara tanto su casa, aunque confieso que estaba muy lejos de imaginar que pudiera ocurrir una cosa así.

—¿Y quién podía esperarlo? —contestó Western—. ¿Qué tenía ella que ver con él? No iba a mi casa para cortejarla, iba para cazar conmigo.

—Pero ¿es posible que jamás percibiera usted el menor síntoma de amor entre ellos, cuando tantas veces los vio juntos?

—Jamás. Lo juro por mi salvación —afirmó Mr. Western—. Ni siquiera vi que le diera un beso, y lejos de parecer que la cortejaba, solía permanecer completamente callado en presencia de ella. En cuanto a la muchacha, era mucho menos cortés con él que con cualquier otro joven que nos visitara. En esta ocasión, no es más fácil engañarme que en ninguna otra. Y creo que me dará usted la razón, vecino.

Mr. Allworthy estuvo a punto de dejar escapar una carcajada al oír aquellas palabras. Pero consiguió dominarse, pues conocía bien al género humano y estaba lo suficientemente bien educado para ofender a su vecino en aquellas lamentables circunstancias. Entonces preguntó a Western qué era lo que deseaba de él, a lo que el visitante contestó:

—Que retenga usted a ese bribón en su casa, sin dejarle ir a la mía, pues, por mi parte, yo también encerraré a mi hija. Estoy dispuesto a casarla con Blifil cueste lo que cueste.

Al decir esto cogió a Blifil por la mano y le juró que no tendría otro yerno que él. Luego se despidió, asegurando que después de lo sucedido en su casa tenía que apresurarse a regresar a ella para evitar que su hija se aprovechara de su ausencia. En cuanto a Jones, si le encontraba en su casa lo pasaría muy mal.

Cuando Mr. Allworthy y Blifil volvieron a quedarse solos se hizo entre ellos un profundo silencio, interrumpido de cuando en cuando por los suspiros del joven, originados, en parte, por el desengaño, pero, sobre todo, por la envidia, pues el triunfo de Jones le dolía mucho más que la pérdida de Sophia.

Al cabo, su tío le preguntó qué pensaba hacer, a lo que el joven contestó con las siguientes palabras:

—¿Es que se puede discutir, señor, qué solución debe tomar un novio cuando la razón y la pasión le señalan caminos distintos? Ante el dilema, mucho me temo que siga el último. La razón me dice que no vuelva a pensar más en una mujer que tiene puesto su amor en otro hombre. En cambio, mi pasión me hace concebir esperanzas de que con el tiempo pueda hacer variar su afecto en mi favor. No obstante, existe un inconveniente que pudiera hacerme cesar de cualquier ulterior intento. Me refiero a la injusticia que representa tratar de suplantar a otro en el corazón de una mujer, de quien ya parece ser el dueño. Pero la firme resolución de Mr. Western me alienta a proseguir con mis pretensiones, pues sólo así todos podrán ser felices, no sólo el padre de Sophia, pues se verá libre de convertirse en una persona desgraciada, sino los otros dos, que lo perderían todo si se casaban. Sophia sería desgraciada en toda la extensión de la palabra, pues aparte de la pérdida de la mayor parte de su fortuna, no sólo se casaría con un pobretón, sino que la pequeña parte de dinero que le correspondiera sería derrochada con esa pérdida con quien me consta que aún habla Tom. Lo peor de todo, sin embargo, es que es uno de los hombres más ruines y bajos del mundo. Sí, mi querido tío, si supiera usted lo que hasta ahora he tratado de

ocultar, hace tiempo que hubiese dejado usted de proteger a un libertino de su condición.

—¡Cómo! —exclamó Mr. Allworthy—. ¿Aún ha hecho algo peor de lo que ya conozco? Dímelo, por favor, te lo ruego.

—No —contestó Blifil—. Ya pasó, y quizá esté arrepentido de ello.

—Te advierto que tu deber es contarme lo que sucedió.

—Ya sabe usted, tío, que jamás le desobedezco —repuso Blifil—. Pero ahora lamento haber dicho nada, pues podría aparecer como una venganza, cuando Dios sabe que jamás alimento semejante idea, y si me obliga usted a hablar, sepa que me pondré de parte de Tom hasta conseguir que usted le perdone.

—No admito condiciones —replicó Mr. Allworthy—. Creo que ya le he demostrado tenerle bastante cariño.

—Mucho más, temo, de lo que merece —afirmó Blifil—, ya que el mismo día en que se encontraba usted más grave, cuando yo y toda la familia llorábamos, armó un gran escándalo en toda la casa. Bebió, cantó y alborotó, y cuando le llamé la atención sobre lo incorrecto de su conducta, se encolerizó, me insultó y me pegó.

—¿Cómo? —exclamó Mr. Allworthy—. ¿Se atrevió a pegarte?

—Sí, se atrevió —repuso Blifil—. Yo le he perdonado hace tiempo. Desearía poder olvidar tan fácilmente su ingratitud con el mejor de los bienhechores. Sin embargo, confío que usted le perdonará, pues en aquellos momentos debía de estar poseído por los demonios. Aquella misma tarde, Mr. Thwackum y yo nos paseábamos tranquilamente por el campo, contentos por la crisis que parecía haberse producido en la enfermedad de usted, cuando le descubrimos divirtiéndose con una cualquiera y de una manera que no puede describirse. Mr. Thwackum, demostrando más atrevimiento que prudencia, avanzó hacia él para censurarle su acción. Pero entonces, lamento tener que decirlo, Tom se arrojó sobre ese digno hombre, golpeándole tan bárbaramente, que espero que ya se encuentre restablecido de las contusiones que sufrió. Ni yo mismo me libré de su impulso acometedor, cuando traté de proteger a mi preceptor. Pero eso lo olvidé hace tiempo. También conseguí que Mr. Thwackum le perdonase y que no le dijera nada a usted, pues podría tener fatales consecuencias para Tom. Y ahora, querido tío, ya que inadvertidamente me he insinuado en este asunto y sus órdenes me han obligado a poner al descubierto todo lo sucedido, permítame que interceda por él.

—¡Oh! —exclamó Mr. Allworthy—. No sé si aplaudir o censurar tu bondad al ocultarme esa villanía. Pero ¿dónde está Mr. Thwackum? No es que precise ninguna confirmación de lo que me has contado. Pero quiero examinar todas las pruebas del asunto, para justificar ante el mundo el castigo ejemplar que estoy dispuesto a imponer a semejante monstruo.

Enviaron un recado a Thwackum, y éste apareció a poco. El sacerdote corroboró

todos los detalles expuestos por Blifil y, además, adujo como prueba manifiesta una señal negra y azul que tenía sobre su pecho, trazada por el puño de Mr. Jones, concluyendo por decir a Mr. Allworthy que ya haría tiempo que hubiera informado de todo, de no haberlo impedido Blifil con sus ardientes súplicas.

—Es —añadió— un excelente joven, aunque perdonar de ese modo a sus enemigos es pasarse a mi juicio de bueno.

Pero Blifil tenía diversas razones para rogar a Thwackum que no descubriera los hechos a raíz de su realización. El joven sabía perfectamente que el carácter de los hombres se siente inclinado a ablandarse y abandonar su severidad acostumbrada cuando están enfermos. Por otra parte, pensó que si la historia era referida en el tiempo en que sucedió y el médico frecuentaba aún la casa, que podía decir la realidad de lo sucedido, jamás podría dar al asunto la interpretación maliciosa que pretendía. También decidió reservar aquello hasta que la indiscreción de Tom Jones proporcionara algunos motivos más de queja, ya que pensó que el peso de varios hechos en contra de él era más probable que le aplastase, y esperaba, por tanto, que se presentase alguna oportunidad como la que la fortuna le había brindado ahora tan amablemente. Por último, al conseguir que Thwackum ocultase el asunto durante un cierto tiempo, sabía que esto confirmaría su supuesta amistad con Tom Jones, idea que tanto había intentado inculcar a Mr. Allworthy.

CAPÍTULO XI

UN CAPÍTULO BREVE, PERO QUE POSEE LA SUFICIENTE ENJUNDIA PARA CONMOVER A UN LECTOR BONDADOSO.

Mr. Allworthy tenía por norma no castigar nunca a nadie, ni incluso despedir a un criado, mientras su ánimo no estuviera tranquilo. Así que decidió aplazar la sentencia contra Tom Jones hasta la tarde.

El desgraciado joven acudió a la mesa a la hora de costumbre, pero su corazón estaba demasiado lleno de angustia para que se permitiera comer. Su dolor se vio aumentado por las duras miradas que le dirigió Mr. Allworthy, y de esto dedujo Tom que Western había descubierto todo lo que existía entre Sophia y él, aunque ni por asomo sospechaba la historia de Blifil, puesto que en gran parte era inocente, y como le había perdonado y olvidado todo al parecer, no creía que hubiera ido ahora con el cuento.

Pero cuando acabaron de comer y los criados estuvieron fuera, Mr. Allworthy dio comienzo a su discurso. Expuso, en una larga perorata, las muchas iniquidades de que Tom Jones era culpable, particularmente, las que le habían revelado aquella mañana, y concluyó:

—A no ser que puedas demostrar tu inocencia, estoy resuelto a echarte de mi lado para siempre.

Eran muchas las desventajas que tenía Tom Jones para defenderse. En primer lugar, apenas conocía la acusación, ya que al hablar Mr. Allworthy de la borrachera, etc., mientras estaba enfermo, suprimió por modestia todos los detalles que se referían a él, y que eran precisamente la materia que constituía el delito. Jones no pudo negar la acusación. Además, sentía su corazón tan lleno de dolor y su ánimo tan deprimido, que no acertó a decir nada en su defensa. Se mostró conforme en todo y, como un criminal desesperado, se entregó en brazos de la clemencia.

—Aunque me considero culpable de muchas locuras y distracciones, espero no haber cometido nada que me haga merecedor del mayor castigo para mí en este mundo.

Allworthy repuso:

—Te he perdonado ya muchas veces en atención a tu juventud y en la esperanza de que te enmendarías. Pero veo que eres un réprobo incorregible, y sería criminal que nadie te alentara y te ayudase. Por si esto fuera poco, tu audaz intento de conquistar a miss Sophia justifica plenamente mi deseo de castigarte. La gente, que siempre ha criticado la consideración que te he tenido, podría pensar, con aparente justicia, que estaba de acuerdo contigo para cometer acción tan baja e indigna, una

acción que tú podías pensar que yo rechazaría de plano, una acción que si te hubieras interesado lo más mínimo por mi honor y mi tranquilidad jamás se te hubiera ocurrido llevar a cabo. ¡Qué vergüenza! Apenas si hay castigo para tus crímenes y apenas si encuentro justificación para lo que pienso concederte. Ya sé que te has educado como un hijo mío, y no te dejaré sin recursos en el mundo. Cuando abras esta cartera encontrarás algo que te permitirá, si te aplicas por tu parte, ganarte la vida honradamente. Pero si lo empleas en fines indignos, en adelante no me consideraré obligado a proporcionarte nada más. Y estoy, además, resuelto a no hablar contigo a partir de hoy en ninguna ocasión ni por ningún motivo. No puedo por menos de decirte que la parte de tu conducta que más me ha lastimado es tu malquerencia hacia ese excelente muchacho, me refiero a Blifil, el cual se ha comportado con tanto cariño y tan honradamente contigo.

Las últimas palabras fueron una dosis demasiado amarga para que Tom pudiera tragarla. Un torrente de lágrimas inundó sus ojos y toda facultad de hablar y de movimiento pareció huir de él. Transcurrió bastante tiempo antes de que se sintiera en condiciones de poder obedecer las perentorias órdenes de Mr. Allworthy, lo que al cabo hizo, no sin antes besar las manos del caballero con un afecto tan difícil de fingir como de ser descrito.

El lector será muy débil si, al considerar el aspecto con que Jones apareció ante Mr. Allworthy, se queja del rigor de la sentencia. Sin embargo, todos los vecinos, bien por esta misma debilidad o por algún otro motivo peor, condenaron esta justicia y severidad con la mayor crueldad. Incluso las personas que antes habían censurado a Mr. Allworthy por la amabilidad y cariño que demostraba al bastardo —suyo propio, según la opinión más general—, ahora gritaron a voces, protestando porque hubiera arrojado al joven de su casa. Las mujeres, en especial, se colocaron al lado de Tom Jones, y con este motivo contaron tales cosas que no tendría espacio en este capítulo para mencionarlas todas.

Un detalle, sin embargo, no debe omitirse, y es que en sus censuras y reproches nadie mencionó jamás la cantidad de dinero que contenía la cartera que Mr. Allworthy entregó a Jones, y que no fueron menos de quinientas libras. Pero todos estaban de acuerdo en que había sido arrojado sin dinero alguno, y algunos añadieron que incluso desnudo, de casa de su inhumano padre.

CAPÍTULO XII

CONTIENE CARTAS DE AMOR, ETCÉTERA.

Jones fue conminado a abandonar la casa inmediatamente, diciéndole que sus ropas y todo lo suyo le sería enviado en cuanto se supiera dónde hacerlo.

El joven, pues, salió de la casa donde había vivido hasta entonces, no preocupándose de la dirección que tomaba. Por fin detuvo sus pasos junto a un arroyuelo y se echó sobre la hierba en la orilla, murmurando con cierta indignación: «¡Seguramente mi padre no me negará este sitio para descansar!».

De súbito le acometió un acceso de violenta cólera, arrancándose los cabellos de su cabeza y realizando la mayor parte de las acciones que acompañan, por lo general, a los accesos de locura, rabia y desesperación.

Una vez hubo dado rienda suelta a las primeras explosiones de su cólera, se sintió más tranquilo. Su dolor se suavizó poco a poco hasta que se serenó lo bastante para razonar y pensar en los pasos más convenientes, dada su deplorable condición actual.

Sus mayores dudas eran en relación con Sophia. La simple idea de tenerla que abandonar le llenaba de angustia. Pero la idea de reducirla a la miseria le apenaba aún más, si esto era posible. Si el violento deseo de poseerla podía haberle inducido a prestar atención por un momento a esta alternativa, no estaba seguro de que Sophia estuviera dispuesta a acceder a sus deseos a un coste tan elevado.

El resentimiento de Mr. Allworthy y la ofensa que infligiría se alzaban violentamente contra lo último. Finalmente, la casi cierta imposibilidad del triunfo, aunque sacrificase a él todas estas consideraciones, acudió en su ayuda, y de este modo el honor, respaldado por la desesperación, la gratitud hacia su bienhechor y un verdadero amor a la muchacha, triunfaron del ardiente deseo, y Tom resolvió abandonar a Sophia antes que buscar su perdición.

Es difícil para cualquiera que no lo haya experimentado imaginar el entusiasmo que inundó el pecho del joven al contemplar por vez primera la victoria que acababa de obtener sobre su ardiente pasión. El orgullo le produjo una sensación tan agradable, que su espíritu quiso gozar de una felicidad perfecta. Pero esto duró tan sólo breves instantes. Pronto tomó Sophia a su imaginación, mezclándose la alegría de su triunfo con penas no menos amargas que las que un buen general debe sentir cuando contempla los sangrientos montones de cadáveres, al precio de cuya sangre ha conquistado él laureles, ya que miles de ideas queridas yacían asesinadas ante nuestro conquistador.

Decidido, no obstante, a seguir la senda de este gigantesco honor, como el poeta gigante Lee le llama, resolvió escribir una carta de despedida a Sophia, y para llevar a

cabo su intento se encaminó a una casa no muy distante, donde provisto de los elementos necesarios escribió lo siguiente:

Miss Sophia Western:

Cuando piense en la situación en que me encuentro, estoy seguro de que su gran bondad sabrá perdonar cualquier inconveniente que mi carta pueda contener, pues todo fluye de un corazón tan rebosante que ningún lenguaje es capaz de expresar sus sentimientos.

He decidido, Sophia, obedecer sus órdenes y huir para siempre de su adorable y querida presencia. Muy cruel es la orden, pero es una crueldad que proviene de la mala suerte, no de mi amada Sophia. La suerte quiere que, para su salvación, usted olvide que jamás existió un desgraciado como yo.

Crea que no le insinuaría mis sufrimientos si pensara que no podrían llegar a su conocimiento. Conozco bien la bondad y ternura de su corazón, y con gusto hubiera evitado proporcionarle ninguna de esas penas que usted siempre siente por los miserables. No debe producirle ninguna inquietud lo que oiga sobre mi adversa suerte, pues luego de perderla a usted, ya nada tiene la menor importancia para mí.

¡Oh, Sophia! ¡Qué duro es para mí tener que renunciar a usted! Más duro es todavía tener que pedirle que me olvide y, sin embargo, el amor más sincero y profundo me obliga a ambas cosas. Perdón por pensar que algún recuerdo mío pueda producirle la menor zozobra. Piense que jamás la quise, o bien reflexione en lo poco digno que soy de usted, y aprenda a despreciarme por una presunción que jamás será lo suficientemente castigada. Me es imposible decir nada más. ¡Que el cielo la proteja eternamente!

Una vez escrita la carta, Tom buscó en sus bolsillos el lacre para sellarla, pero no lo encontró, pues en su ataque de furia lo había arrojado todo lejos de sí, incluso la cartera que había recibido de Mr. Allworthy, la cual no se le había ocurrido abrir y de la cual se acordó ahora por vez primera.

En la casa donde se encontraba le proporcionaron una oblea, que le sirvió para el objeto. Y, una vez cerrada la carta, regresó a toda prisa al borde del arroyuelo en busca de los objetos que había tirado. En el camino se encontró con George el guardabosque, que acababa de enterarse de lo ocurrido, así como todas las personas de la vecindad.

Tom Jones comunicó al guardabosque la pérdida que había sufrido, y el hombre le acompañó al arroyo, donde ambos buscaron entre la hierba, lo mismo en aquella sobre la que Jones había estado echado que en la que no había pisado. Pero no encontraron nada, ya que si bien las cosas se encontraban en la pradera, no buscaron

en el único sitio en que estaban depositadas, es decir, en los bolsillos de George, que las había encontrado hacía poco, y, al ver su valor, se las guardó para su uso particular.

El guardabosque, después de fingir una gran diligencia en la búsqueda de los objetos perdidos por Tom como si de veras esperara encontrarlos, preguntó a Tom Jones con gran insistencia si no había estado en algún otro lugar.

—Seguramente —añadió—, si hace tan poco que las ha perdido usted, las cosas deberían estar aún aquí, pues no es un lugar muy frecuentado.

Y hasta cierto punto era una casualidad que él hubiera pasado por allí. Pero necesitaba poner unas trampas para cazar liebres, que tenía que proporcionar a un pollero de Bath a la semana siguiente.

Tom perdió al fin toda esperanza de recuperar los objetos perdidos y, volviéndose a George, le preguntó si estaba dispuesto a hacerle el mayor favor del mundo.

El guardabosque contestó con cierto titubeo:

—Señor, ya sabe usted que puede mandarme en todo lo que pueda servirle, y no deseo más que poder complacerle.

En el fondo, la petición de Jones le molestaba, pues con la venta de la caza había conseguido reunir una bonita cantidad de dinero mientras estaba al servicio de Mr. Western, y ahora temía que el joven le pidiera prestada una pequeña cantidad de dinero. Pero muy pronto se vio libre de esta preocupación. Lo que Jones pretendía era que llevase una carta a miss Sophia, lo que el guardabosque prometió hacer con la mayor diligencia. Creo que había muy pocos favores que no estuviera dispuesto a hacer a Tom Jones, pues sentía hacia él toda la gratitud que le era posible, y era un hombre tan honrado como lo son todos los hombres que aman el dinero por encima de todo.

Ambos estuvieron de acuerdo en que la doncella Honour era la persona más adecuada para hacer llegar aquella carta a manos de Sophia. Luego se separaron. El guardabosque marchó en dirección a casa de Mr. Western, y Jones fue a refugiarse en una cervecería, situada a media milla de distancia, en espera del regreso del mensajero.

Apenas llegó George a casa de su amo se encontró con Mrs. Honour, a la que después de hacer unas preguntas previas entregó la carta que llevaba para miss Sophia, recibiendo otra de la joven para Tom Jones, que, según dijo la doncella, llevaba todo el día guardada en el pecho, desesperando ya de encontrar un medio para hacerla llegar a su destinatario.

El guardabosque regresó rápido y contento al lugar donde le esperaba Tom Jones, quien al recibir la carta de Sophia se fue en el acto a un rincón y, abriéndola lleno de ansiedad, leyó:

Amigo mío:

Me es imposible expresar lo que sentí después de nuestra última entrevista. El que haya tenido usted que soportar por culpa mía insultos tan crueles proferidos por mi padre, me obliga a estarle reconocida para siempre. Pero como conoce usted bien su carácter, le suplico que, por mí, procure evitarle. Quisiera poderle enviar algún consuelo, pero créame lo que le digo: únicamente la mayor violencia me obligará a dar mi mano a quien usted vería con gran dolor que le fuese otorgada.

Tom Jones leyó esta carta infinidad de veces y la besó otras tantas. El amor le trajo de nuevo al pensamiento todos sus tiernos deseos. Ahora se arrepintió de haber escrito a Sophia como lo había hecho. Pero aún se arrepintió más de haber empleado la ausencia de George para escribir y enviar una carta a Mr. Allworthy en la que le prometía sinceramente y se comprometía a olvidarse de su amor. No obstante, cuando reflexionó fríamente sobre el caso, vio con diáfana claridad que las circunstancias no variaban con la carta de Sophia, salvo que dejaba vislumbrar un asomo de esperanza para el futuro. El joven se ratificó, pues, en su actitud y, despidiéndose de George, se encaminó a un pueblo distante cinco millas, adonde indicó a Mr. Allworthy que enviase sus cosas, a no ser que quisiera revocar su sentencia.

CAPÍTULO XIII

CONDUCTA DE SOPHIA EN LA PRESENTE OCASIÓN, QUE NINGUNA MUJER QUE SEA CAPAZ DE CONDUCIRSE DEL MISMO MODO PODRÁ CENSURAR, Y DISCUSIÓN DE UN PUNTO ESCABROSO EN EL TRIBUNAL DE LA CONCIENCIA.

Sophia había vivido las últimas veinticuatro horas en condiciones nada envidiables. Durante buena parte de ellas fue entretenida por su tía con algunas disertaciones sobre la prudencia, recomendándole sin cesar el ejemplo del mundo elegante, donde al amor, según la opinión de la buena señora, no se le concede la menor importancia, considerando las mujeres el matrimonio como los hombres ciertos oficios, es decir, como un medio de hacer fortuna y de progresar en el mundo. En el comentario de este texto Mrs. Western derrochó su elocuencia durante varias horas.

Estas sagaces lecturas, aunque muy poco en consonancia con los gustos de Sophia, fueron, sin embargo, menos irritantes para ella que sus propios pensamientos, que constituían el entretenimiento de sus noches, durante las cuales le era imposible pegar ojo.

Mas a pesar de no lograr dormir ni descansar en el lecho, como no tenía otra ocupación más urgente, su padre la encontró en él a su regreso de casa de Mr. Allworthy, lo que ocurrió pasadas las diez de la mañana. El caballero se dirigió directamente a la habitación de su hija y al abrir la puerta y ver que aún no se había levantado, exclamó:

—Estás a salvo, y he decidido velar por ti.

Y dicho esto cerró la puerta y entregó la llave a Mrs. Honour, dándole instrucciones concretas, con promesas de grandes recompensas por su fidelidad, junto con las más terribles amenazas de castigo en el caso de que traicionase la confianza que en ella depositaba.

Las órdenes que dio a Mrs. Honour fueron que no permitiera a Sophia salir de la estancia sin autorización expresa de él, ni admitiera a nadie en la habitación fuera de él y de la tía, si bien tenía que complacer a Sophia en todo cuanto pudiese pedir, excepto papel, pluma y tinta, cuyo uso tenía prohibido.

Mr. Western ordenó también a su hija que se vistiera y lo acompañase a cenar, lo que la joven cumplió, y luego del rato de sobremesa, fue conducida de nuevo a su prisión.

Por la tarde, la carcelera entregó a la joven la carta que le había dado el guardabosque. Sophia la leyó con profunda atención dos o tres veces. Luego se arrojó sobre el lecho y rompió en sollozos. Mrs. Honour demostró gran asombro ante esta

conducta de su ama y no pudo por menos de inquirir la causa de aquellas lágrimas. Sophia no repuso nada durante algún tiempo, hasta que enderezándose de súbito, la cogió de la mano y exclamó:

—¡Oh, Honour, no puedo más!

—Hubiera dado cualquier cosa porque la carta hubiese sido quemada antes de entregársela —repuso la doncella—. Creí que le serviría de consuelo. De lo contrario, no se la hubiera entregado.

—Honour —murmuró Sophia—, es usted una excelente persona y es inútil que trate de ocultarle por más tiempo mi secreto: he entregado mi corazón a un hombre que me ha abandonado.

—¿Y ese hombre tan pérfido es Mr. Jones? —preguntó la doncella.

—En esta carta se despide de mí para siempre —contestó Sophia— y me suplica que le olvide. ¿Podría desear esto si me quisiera de veras? ¿Se le habría ocurrido tal pensamiento? ¿Podría haber escrito tales palabras?

—Desde luego que no —afirmó Honour—. Y si el mejor hombre de Inglaterra me hubiera pedido a mí que le olvidase, crea que le habría complacido. Estoy convencida de que la señorita le ha hecho demasiado honor pensando alguna vez en él. ¡Una joven que puede elegir entre todos los jóvenes de la comarca! Si yo me atreviera a dar mi opinión, le diría que ahí tiene usted al joven Blifil, quien, aparte de ser hijo de padres honrados y ser un perfecto caballero, es un guapo mozo, muy educado y cortés, y, además, posee un carácter muy tranquilo. No se dedica a perseguir a las mozas ligeras de cascos ni le sorprenderá usted con bastardos en la puerta de su casa. ¡Olvídele, señorita! Doy gracias al cielo por no ser tan tonta como para que un hombre me pida dos veces que le olvide. Si el mejor de los hombres me dirigiera tan afrentosa palabra, jamás volvería a pensar en él mientras hubiera otro mozo en el reino. Y, como antes le he dicho, ahí tiene usted a Mr. Blifil.

—¡No repita usted ese nombre odioso! —musitó Sophia.

—Muy bien, señorita —dijo Honour—. Si no le gusta, hay otros muchos jóvenes guapos que le harían encantados la corte a la menor insinuación suya. No creo que haya en todo el condado, ni en el inmediato, un solo joven que si imaginara que usted podría pensar en él no viniera a ofrecerse directamente.

—¡Qué miserable me supone usted cuando osa hacerme semejante insinuación! —contestó la joven—. Detesto a todo el género humano.

—Estoy de acuerdo, señorita —contestó Honour—, en que ha visto usted ya lo bastante para sentirse desengañada de él. ¡Ser tratada de ese modo por un miserable bastardo!

—¡Contén tu blasfema lengua! —gritó Sophia—. ¿Cómo te atreves a hablar de él delante de mí con esa falta de respeto? ¿Dices que me ha tratado mal? Su afligido corazón debió de sufrir más cuando escribió esas crueles palabras que yo cuando las

he leído. Él es todo virtud heroica y bondad. Me siento avergonzada de la flaqueza de mi pasión, por injuriar precisamente lo que debería admirar. Sólo desea mi bien. A mi único interés se sacrifica él y me sacrifica a mí. El miedo a causar mi ruina le ha sumido en la desesperación.

—Me satisface mucho —repuso Mrs. Honour— oírla hablar de eso modo, pues con toda seguridad no podría conducir más que a la ruina entregar el corazón a una persona que ha sido arrojada de la casa donde estaba acogida y que no dispone de un cuarto.

—¿Arrojado de casa? —preguntó Sophia con súbita ansiedad—. ¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Pues lo siguiente: apenas mi amo contó a Mr. Allworthy que Tom Jones alimentaba pretensiones amorosas en relación con usted, el caballero puso a Jones de patitas en la calle con sólo lo puesto.

—¡Oh! —gimió Sophia—. ¡Yo he sido la causa de su desgracia! ¡Arrojado de su casa sin dinero! Coge todo el dinero que poseo, toma los anillos de mis dedos. Aquí tienes mi reloj. Llévaselo todo. Corre a buscarle en seguida.

—¡Por favor, señorita! —repuso Honour—. Piense que si el amo echara a faltar alguna de esas cosas, tendría que responder de ellas. Le suplico, por tanto, que no se desprenda de su reloj ni de las joyas. Además, lo importante es el dinero, y, respecto a su entrega, no hay cuidado de que jamás se entere mi amo.

—Toma, entonces —repuso Sophia—, todo el dinero que tengo. Búscalo inmediatamente y dáselo. Corre, corre, no pierdas tiempo.

Mrs. Honour partió como se le había indicado, y encontró a George el guardabosque en el piso bajo, entregándole una bolsa que contenía dieciséis libras, todo el capital de Sophia, pues aunque su padre era extremadamente liberal con ella, la joven era demasiado generosa para ser rica.

Una vez con la bolsa en su bolsillo, George se encaminó a la cervecería, pero por el camino le pasó por las mientes la idea de que también podría quedarse con aquella cantidad de dinero. Su conciencia, empero, se sobresaltó en el acto ante semejante idea, haciéndole comprender que sería una ingratitud con su bienhechor. A esto replicó su avaricia que su conciencia debería haberse inquietado antes, cuando encontró las quinientas libras de Jones, y que habiendo accedido tácitamente a lo que sin duda era de mucha mayor importancia, era absurdo, una vil hipocresía, sentir remilgos morales ante la pequeña cantidad de ahora. En respuesta a esto, la conciencia, como un verdadero abogado, trató de distinguir entre un completo quebrantamiento de confianza, como era lo de ahora, en el que el dinero le había sido confiado para que procediera a su entrega, y una simple ocultación de lo que había encontrado abandonado. Pero la avaricia tachó esto de estupidez, afirmó que no había por qué establecer ninguna diferencia e insistió en que cuando se prescindía en un

caso de la honradez y de la virtud, no era motivo para apoyarse en ellas en una segunda ocasión. En conclusión, la infeliz conciencia hubiera sido por completo derrotada al final de no haber acudido el miedo en su ayuda, razonando que la verdadera distinción entre ambas acciones no estaba en los distintos grados de honradez de cada una, sino en la seguridad, pues guardar el secreto de las quinientas libras era asunto sin la menor importancia, en tanto que la retención de las dieciséis libras era posible que fuese descubierta con suma facilidad.

Gracias a esta amistosa ayuda del miedo, la conciencia obtuvo una victoria completa en el interior de George el guardabosque, y después de hacerle varios cumplimientos por su honradez le impulsó a entregar a Tom Jones el dinero.

CAPÍTULO XIV

UN CORTO CAPÍTULO QUE CONTIENE UN BREVE DIÁLOGO ENTRE MR. WESTERN Y SU HERMANA.

Mrs. Western había permanecido ausente de casa durante todo el día, y cuando regresó, su hermano corrió a verla, y como la dama preguntase por Sophia, el caballero respondió que la tenía a buen recaudo.

—Está encerrada en su cuarto —repuso— y Honour tiene la llave.

Como sus ojos parecían rebosar de sabiduría y sagacidad mientras daba a su hermana la anterior información, es probable que esperase recibir de ella alabanzas por lo que había hecho. Pero se sintió profundamente defraudado cuando con el mayor desdén, la dama replicó:

—No dudo, hermano, que eres el más débil de todos los hombres. ¿Por qué no confías en mí para el manejo de tu hija? ¿Por qué te interpones en mi camino? Acabas de deshacer todo lo que yo había conseguido hasta ahora. Mientras yo he tratado de infiltrar en su espíritu máximas de prudencia, tú la has impulsado a la desesperación. Las mujeres inglesas, a Dios gracias, no somos esclavas. No podemos permanecer encerradas como las esposas españolas o italianas. Tenemos el mismo derecho a la libertad que vosotros, los hombres. Sólo podemos ser convencidas por la razón y la persuasión, no gobernadas por la fuerza bruta. Conozco bien el mundo, hermano, y sé qué argumentos utilizar. Y si tu insensatez no me hubiera advertido a tiempo, habrías arrojado por la borda esas normas de prudencia y discreción que desde muy temprano le inculqué.

—Sin duda —repuso el caballero—, siempre estoy equivocado.

—Hermano —contestó la dama—, tú no te equivocas más que cuando intervienes en asuntos que no conoces. Debes admitir que yo he visto mucho mundo, y mucho mejor le hubiera ido a mi sobrina si siempre hubiese permanecido bajo mis cuidados. Pero al vivir contigo ha adquirido una serie de ideas románticas sobre el amor.

—Supongo que no creerás que yo le he enseñado esas cosas —dijo el caballero.

—Tu ignorancia, hermano —contestó Mrs. Western—, casi subyuga mi paciencia, como dijo el gran Milton^[5].

—¡Milton! ¡Anda y que se vaya al diablo! —replicó el caballero—. ¡Paciencia! Ya que hablas de ella, te diré que demuestro tener mucha más que tú cuando me tratas como a un niño grande de la escuela. ¿Es que te figuras que nadie sabe nada si no ha estado en la corte? Bueno andaría el mundo si todos fuéramos unos tontos, excepto unos cuantos puritanos y esquiroles de Hannover. Confío que llegará el tiempo en que les haremos hacer un papel ridículo, y confío verlo, querida hermana, antes de que los

esquiroles de Hannover se hayan comido nuestro trigo y nos hayan dejado a nosotros los nabos como alimento.

—Hermano —replicó la dama—, esa palabrería sobre los nabos y los esquiroles de Hannover resulta ininteligible para mí.

—No me sorprende —contestó Mr. Western— que no te interese escucharla, pero al país, en cambio, sí que le interesa todo eso, y mucho.

—Me gustaría —dijo ahora la dama— que pensaras un poco más en tu hija, pues, puedes creerlo, corre mucho mayor peligro que la nación.

—Ahora mismo —dijo Mr. Western— me regañabas por ocuparme de ella y pretendías que la dejase a tu cuidado.

—Si me prometes no interponerte más en este asunto —contestó Mrs. Western—, me encargaré de Sophia.

—Bien, conforme; hazlo —repuso Western—, pues sabes de sobra que siempre he sido de opinión que las mujeres son las más adecuadas para manejar a las mujeres.

Mrs. Western salió de la estancia murmurando algo con expresión desdeñosa sobre las mujeres y el gobierno de la nación, dirigiéndose a la habitación de Sophia, a la que, tras de un día de confinamiento, puso en libertad.

LIBRO SÉPTIMO

ABARCA TRES DÍAS.

CAPÍTULO PRIMERO

UNA COMPARACIÓN ENTRE EL MUNDO Y EL TEATRO.

El mundo ha sido comparado a menudo con el teatro, y muchos graves escritores, así como poetas, han juzgado la vida humana como una gran dama, que se parece en casi todos sus aspectos y expresiones a esas representaciones escénicas cuya invención se atribuye a Tespis, y que desde su época son recibidas con tanta aprobación y placer por las naciones civilizadas.

Esta idea se ha generalizado de tal modo, que algunas palabras propias del teatro, que en un principio se aplicaban metafóricamente al mundo, en la actualidad se aplican indistintamente a ambos. Por ello, teatro y escena son acepciones familiares para nosotros, tanto cuando hablamos de la vida en general que cuando nos reducimos a las representaciones dramáticas.

Esto se explica fácilmente al reflexionar que una representación teatral no es más, de acuerdo con Aristóteles, que una imitación de lo que existe en realidad, y aquí parece adecuado hacer un gran elogio de aquellos que por sus escritos han imitado tan bien la vida, al punto de que sus obras pueden, en cierto modo, confundirse con el original.

Pero el caso es que no sentimos muchos deseos de hacer cumplidos a esta clase de gente, a la que tratamos como los niños suelen tratar a veces a sus juguetes, y experimentamos mayor placer en silbarla y darle de bofetadas que en admirar su excelencia. Existen otras muchas razones que nos han inducido a buscar esta analogía entre el mundo y el teatro.

Ciertas personas han considerado a la mayor parte del género humano como si fueran actores, como si personificaran caracteres distintos del suyo propio, y a los que no tienen mejor derecho que el cómico lo tiene a tomar en serio el papel de rey o emperador que representa. Por esta razón puede afirmarse que el hipócrita es el cómico, y no es extraño que los griegos designaran a ambos con idéntica palabra.

La brevedad de la vida ha dado asimismo ocasión a esta comparación. Así, el inmortal Shakespeare dijo «La vida es un pobre actor que luce y desgasta su hora en el escenario y del cual no se vuelve a oír hablar jamás».

De esta gastada cita indemnizaré al lector con una muy noble, que creo que muy pocos conocen. Está tomada de un poema llamado *Deidad*, publicado hace unos nueve años, y hace tiempo caído en el olvido, prueba inconclusa de que los buenos libros, lo mismo que los hombres buenos, siempre sobreviven al mal.

¡De ti toman su origen todas las naciones humanas,

*el resurgir de los imperios y la caída de los reinos!
¡Admira despejado el vasto Teatro del Tiempo
en tanto que en su escena se suceden los héroes!
¡Con pompa aparecen las imágenes resplandecientes
donde los jefes triunfan y los monarcas mueren!
Representan los papeles que les asignó la Providencia
sometidos a sus fines, su orgullo y sus pasiones.
Brillan un instante a la luz del día
y luego a tu señal los fantasmas se desvanecen;
ningún vestigio quedó de tu animada escena,
sino el recuerdo que dice: «¡Las cosas fueron!».*

Tanto en estas como en otras comparaciones de la vida con el teatro, se ha examinado siempre la semejanza desde el punto de vista de la escena. En ninguna, por lo que yo sé, se ha tomado en consideración al auditorio dentro del drama.

Pero como la naturaleza muestra con frecuencia algunas de sus mejores funciones ante un salón lleno, la conducta de sus espectadores es susceptible de admitir la comparación antes mencionada con idéntica razón que la de los actores. En el amplio teatro del tiempo aparecen sentados los amigos y los críticos. Se producen aplausos y exclamaciones, silbidos y protestas, en una palabra, todo cuanto se suele presenciar u oír en el teatro real.

Estudiaremos a éstos con un ejemplo: el de la conducta del gran auditorio de aquella escena que la naturaleza se complació en mostrarnos en el capítulo XII del libro anterior, en el cual nos presentó a George el guardabosque apoderándose de las quinientas libras de su amigo y protector.

Los que ocupaban en el teatro del mundo las galerías superiores tratarían el accidente con sus voceríos y gritos de costumbre, y en tal ocasión serían proferidos, con toda seguridad, los reproches más groseros.

Si a continuación descendiéramos al siguiente piso de espectadores, descubriríamos entre ellos el mismo grado de aversión, aunque bastante menos escándalo y grosería. Las mujeres presentes mandarían a George el guardabosque al mismo infierno, y muchas de ellas esperarían que el caballero diabólico apareciera en busca de su presa.

La platea, como es usual, aparecería dividida entre aquellos que se complacen en las virtudes heroicas y los caracteres perfectos, protestarían contra la existencia de tales casos de villanía, sin castigarles severamente para que sirviera de escarmiento. Algunos de los amigos del autor gritarían: «Mirad, caballeros, ese individuo es un villano, pero es también real». Y todos los críticos jóvenes de la época, los amanuenses, los aprendices, etc., le considerarían ruin.

En cuanto a los concurrentes habituales de los palcos, se comportarían con su habitual finura y elegancia. La mayor parte de ellos estarían distraídos con otra cosa. Algunos de los pocos que mirarían al escenario afirmarían que era un mal hombre, en tanto que otros se negarían a exponer su opinión hasta haber escuchado la de los mejores jueces.

Nosotros, a quienes se nos ha permitido permanecer detrás de las bambalinas de ese gran teatro de la naturaleza, podemos censurar la acción, sin sentir el menor odio o desprecio hacia la persona que la ha cometido, y a quien quizá la naturaleza no haya designado para desempeñar un papel despreciable en todos los dramas, pues en este ejemplo la naturaleza se parece más al teatro, ya que con frecuencia es la misma persona la que representa al villano y al héroe, lo que hoy nos produce admiración mañana es muy posible que suscite nuestro desprecio. Del mismo modo que Garrick, a quien en la tragedia considero el mayor genio del mundo, consiente algunas veces en hacer de tonto, lo mismo hicieron Escipión el Grande y Lelio el Sabio, según nos dice Horacio, y Cicerón afirma de ellos que fueron «increíblemente pueriles». Éstos, al igual que mi amigo Garrick, sólo hicieron el tonto en broma. Pero algunos caracteres eminentes hicieron en varias ocasiones de su vida el tonto con toda solemnidad, al extremo de llegar a poner en duda de si lo que predominaba en ellos era la estupidez o la sabiduría, o si tenían más derecho a los aplausos o a las censuras, a la admiración o al desprecio, al amor o al odio del género humano.

Algunas de las personas que han permanecido cierto tiempo detrás del escenario de este gran teatro y conocen bien no tan sólo los distintos disfraces que se emplean, sino el proceder fantástico y caprichoso de las pasiones, que son los empresarios y directores del tal teatro, habrán comprendido con toda seguridad el significado de la famosa frase de Horacio, *nihil admiran*, que equivale a la nuestra, «no asombrarse por nada».

Una única acción mala en la vida no representa mayor villanía en la vida que un solo papel en el teatro. Las pasiones, como los directores de un espectáculo cualquiera, se imponen con frecuencia a los hombres sin consultar su opinión, y muchas veces incluso sin tener presente su verdadero talento.

En resumen, el hombre que cuenta con un juicio sano y equilibrado jamás se precipita a condenar. Quizá pueda censurar una impresión y hasta un juicio, sin sentir la menor inquina contra el culpable. Pero los hombres peores son los que más abusan de las palabras villano y ruin, y en cambio, el infeliz más desgraciado no se atreve a hablar en voz alta en la platea.

CAPÍTULO II

DONDE SE DA CUENTA DE UNA CONVERSACIÓN QUE TOM JONES TUVO CONSIGO MISMO.

Tom recibió sus cosas, remitidas desde casa de Mr. Allworthy, a temprana hora de la mañana, con la siguiente respuesta a su carta:

Tom:

Mi tío me ha encargado que te diga que, como las medidas que tomé contra ti fueron puestas en práctica tras de madura reflexión y de la más completa constatación de tu indignidad, jamás conseguirás alterar lo más mínimo su resolución. He sentido una gran sorpresa ante tu afirmación de que habías renunciado a miss Sophia, a la cual es inconcebible que te hubieras atrevido a aspirar, ya que esa joven, tanto por su nacimiento como su fortuna, es enormemente superior a ti. Por último, mi tío me ha pedido que te dijera que la única prueba que puedes dar de obediencia a sus deseos es salir inmediatamente de esta comarca. No puedo terminar esta carta sin darte un consejo de cristiano, y es que a partir de ahora pienses seriamente en corregir tu vida. Que te sea concedida esa gracia será siempre el mayor deseo de tu humilde servidor.

W. Blifil

Muchas y encontradas emociones despertó esta misiva en el ánimo de nuestro héroe. Pero las más pacíficas se impusieron a las más iracundas, y un chorro de lágrimas acudió presuroso en su ayuda, impidiendo tal vez que su infortunio le volviera loco.

Pero algo después se avergonzó por conformarse con aquella solución y, levantándose, exclamó:

«Bien, proporcionaré a Mr. Allworthy la única prueba que exige de mi obediencia. Partiré de aquí inmediatamente. Pero ¿hacia dónde? Dejemos que el destino decida. Puesto que nadie se preocupa por la suerte que pueda correr este pobre desgraciado, procuraré que sea también para mí un asunto indiferente. Pero ¿no existe, en realidad, nadie que se preocupe? ¿No tengo motivos para pensar que existe alguien que vale más que nada en el mundo? ¿Tengo derecho a pensar que Sophia no es indiferente a nada de cuanto me ocurre? ¿Abandonaré entonces a lo único que tengo? ¿No me reuniré con ella? ¿Tengo esperanzas de volverla a ver, si accede a

ello, sin exponerla a la cólera de su padre? ¿Puedo pensar en pedir a Sophia que consienta en su propia ruina? ¿Puedo satisfacer cualquier pasión mía a semejante precio? ¿Vagaré por esta región como un ladrón, inspirado por tales intenciones? No, desprecio, detesto semejante idea. Adiós, amada».

Aquí el amor cerró sus labios y se desahogó por sus ojos.

Una vez tomada la resolución de abandonar el país, comenzó a pensar adonde se dirigiría. El mundo, según la frase de Milton, se abría ante él, y Jones, al igual que Adán, no tenía hombre alguno a quien recurrir en demanda de consuelo y ayuda. Todos sus conocimientos se limitaban a Mr. Allworthy, y no tenía motivos para esperar nada de él, ya que el caballero le había arrojado de su vera. Los hombres de carácter bondadoso deberían ser más comedidos en la manera de apartar de su lado a los que de ellos dependen, ya que las consecuencias para el infeliz que sufre cae de lleno sobre ellos.

La segunda preocupación de Jones fue el rumbo que daría a su vida o el negocio a que se dedicaría. Pero las perspectivas que se abrían ante él eran un verdadero vacío. Toda profesión y todo negocio requiere tiempo para llevarlo adelante, y, lo que es peor, dinero, ya que las cosas están formadas de tal modo que tratar que salga algo de la nada no es una afirmación más cierta en física que en política, y por esta razón todo individuo que carece de recursos queda excluido de poderlos adquirir.

Al fin, el océano, ese amigo hospitalario de los desventurados, le abrió los brazos, y luego de alquilar unos caballos, partió para Bristol con el fin de poner en práctica su proyecto.

Pero antes de acompañarle en esta expedición, volvamos de nuevo a casa de Mr. Western y veamos lo que le aconteció a la encantadora Sophia.

CAPÍTULO III

DONDE SE REÚNEN VARIOS DIÁLOGOS.

La misma mañana en que partió Tom Jones, Mrs. Western citó a su sobrina en su habitación y luego de anunciarle que había obtenido su libertad, procedió a leer a la joven una larga exposición sobre el tema del matrimonio, al que consideró, no como un sistema romántico de felicidad fruto del amor, tal como lo han descrito los poetas, ni tampoco mencionó ninguno de los fines para los que ha sido instituido por la autoridad sagrada, según nos aseguran los sacerdotes. Lo juzgó más bien como una caja en la que las mujeres prudentes depositan sus fortunas para su mejor provecho, a fin de recibir un mayor interés que si la depositaran en cualquiera otra parte.

Cuando Mrs. Western hubo concluido, Sophia contestó:

—No tengo capacidad para discutir con una dama de la experiencia y conocimientos de mi tía, sobre todo, sobre un asunto que he estudiado tan poco como el del matrimonio.

—¡Discutir conmigo, muchacha! —exclamó la tía—. No lo esperaba. De poco me serviría mi conocimiento del mundo si me pusiera a discutir con alguien de tu edad. Me he tomado este trabajo para instruirte. Los antiguos filósofos como Sócrates, Alcibíades y otros, no tenían por costumbre discutir con sus discípulos. Tú tienes que considerarme, querida sobrina, como a Sócrates, no intentando dar tu opinión, sino conocer la mía.

De las anteriores palabras quizá el lector deduzca que esta dama no conocía ni la filosofía de Sócrates ni la de Alcibíades, si bien no nos sea posible satisfacer su curiosidad sobre este particular.

—Tía —exclamó Sophia—, jamás he intentado discutir ninguna opinión suya, y, como le he dicho antes, jamás he pensado en el asunto del matrimonio, y quizá no piense en él jamás.

—Sophia —repuso la tía—, disimular conmigo no conduce a nada. Antes lograrían convencerme los franceses de que se apoderan de las ciudades extranjeras con el único objeto de defender su propio país, que de que tú no has reflexionado aún en serio en el matrimonio. ¿Cómo puedes, muchacha, pretender negar que has pensado contraer matrimonio, cuando sabes de sobra que conozco a la persona con quien deseas contraerlo? ¡Un matrimonio tan absurdo y contrario a tu interés, como una alianza por separado con los franceses pudiera interesar a los holandeses! Sin embargo, si hasta la fecha no has pensado en ello, te prevengo que el tiempo apremia, pues tu padre está decidido a concertar inmediatamente un tratado con Mr. Blifil, y yo he salido fiadora en el asunto y he prometido tu cooperación.

—Señora —exclamó Shopia con expresión altiva—, éste es el único caso en que debo desobedecer a usted y a mi padre, pues se trata de una alianza que exige poca consideración de mi parte para rehusarla.

—Si no fuera una filósofa tan grande como Sócrates —replicó Mrs. Western— colmarías mi paciencia. ¿Qué objeciones puedes hacer a ese joven?

—Una objeción muy sólida, a mi parecer —contestó Sophia—: la de que le odio.

—¿Es que no vas a aprender jamás el uso adecuado de las palabras? —replicó la tía—. Deberías consultar el diccionario de Bailey. Es imposible que odies a una persona de quien no has recibido la menor injuria. Con la palabra odio tú intentas expresar la antipatía, lo cual no es objeción suficiente para no quererte casar con él. He conocido a muchas parejas que, pese a no gustarse al principio, llevan una vida en común muy agradable. Créeme, muchacha, conozco estas cosas mucho mejor que tú. Me concederás que he visto mundo, y en él no he conocido a ninguna mujer de la que no se piense que no siente la menor afición por su marido. Pensar de otro modo es una tontería romántica, tan pasada de moda que sorprende.

—Lo que yo le digo a usted, tía —repuso Sophia—, es que jamás me casaré con un hombre que no me guste. Cuando prometí a mi padre que no contraería un matrimonio en contra de sus deseos, es porque creí que jamás me obligaría a casarme en contra de mi gusto.

—¡De tu gusto! —exclamó la tía con repentina exaltación—. ¡De tu gusto! —repitió—. Me sorprende tu afirmación. ¡Una joven de tu edad hablando de gustos! Cualesquiera que sean, mi hermano está decidido a casarte. Y ya que hablas de gustos, le rogaré que se dé prisa en concertar el matrimonio. ¡De tu gusto!

Sophia cayó entonces de hinojos y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. Suplicó a su tía que tuviera piedad de ella y no se opusiera a su natural deseo de no querer ser toda su vida una desgraciada, recordándole que sólo ella era la interesada y que su felicidad corría peligro.

Semejante a un alguacil que, provisto del mandamiento judicial correspondiente y una vez detenida la persona contra la que se le ordenó actuar contempla con la mayor indiferencia sus lágrimas, insensible a toda compasión, y se dispone a entregar cuanto antes su miserable presa al carcelero, de la misma forma, ciega a las lágrimas y no menos sorda a los ruegos de su sobrina, se mostró la tía de la muchacha. Mrs. Western estaba dispuesta a entregar la temblorosa doncella en brazos del carcelero Blifil.

Y la dama contestó con gran impetuosidad:

—Sobrina, en vez de ser tú la más interesada en este asunto, eres el más ínfimo, o, por lo menos, el menos importante. Es el honor de tu familia el que está en juego con esta boda, tú eres sólo el instrumento. ¿Es que crees que en un contrato de matrimonio, como cuando una hija de Francia se casa en España, sólo se tiene en

cuenta la voluntad de la princesa? ¡No! Es un matrimonio que se concierta entre dos reinos más bien que entre dos personas. Igual sucede con las grandes familias como la nuestra. Lo importante es la alianza entre las familias. Tú deberías sentir mayor interés por el honor de tu familia que por tu propia persona, y si el ejemplo de una princesa no puede inspirarte esos nobles pensamientos, no por eso puedes lamentarte de ser tratada de idéntico modo que una princesa.

—Confío, tía —repuso Sophia alzando levemente la voz—, que jamás haré nada que deshonre a mi familia. Pero en cuanto a Mr. Blifil, cualesquiera que sean las consecuencias, estoy decidida a no casarme con él, y nada podrá hacerme desistir de mi decisión.

Western, que había permanecido oculto escuchando la mayor parte del diálogo entre tía y sobrina, perdió los estribos y decidió entrar en la habitación, increpando violentamente a su hija.

Mrs. Western había reunido una buena cantidad de cólera para descargarla sobre Sophia, pero ahora la disparó toda contra su hermano.

—Hermano —exclamó—, es asombroso que te empeñes en intervenir en un asunto que has dejado por completo en mis manos. Por amor a la familia me he avenido a actuar como potencia mediadora, a fin de rectificar todos los errores en política que has cometido en la educación de tu hija, ya que ha sido tu conducta la que ha arrasado todas las semillas que en otros tiempos yo sembré en su tierno espíritu. Tú sólo eres el que le has enseñado a desobedecer.

—¡Demontre! —gritó Western encolerizado—. ¡Eres capaz de agotar la paciencia de un santo! ¿Cuándo le he enseñado yo a mi hija a ser desobediente? Aquí está presente. Habla con sinceridad, muchacha. ¿Cuándo te he enseñado yo a que me desobedecieras? Todo lo contrario, bien obediente era de niña, antes de que tú te encargases de ella y le llenaras la cabeza de ideas absurdas. ¿Cómo? ¿Es que no he oído que debe comportarse como una princesa? Tú eres quien le ha inculcado las ideas liberales, y después de eso, ¿cómo puede un padre, o cualquier otra persona, esperar obediencia de ella?

—Hermano —exclamó Mrs. Western con suprema expresión de desdén—, no puedo expresarte todo el desprecio que siento por tu política en todos los terrenos. Pero apelaré al testimonio de tu hija para que nos diga si alguna vez le enseñé algún principio de desobediencia. Todo lo contrario. Sobrina, ¿no he tratado de inspirarte la verdadera idea de las diversas relaciones a que se ve obligada una persona en sociedad? ¿No te he enseñado que la ley de la naturaleza ordena que los jóvenes cumplan sus deberes hacia los padres? ¿No te he explicado lo que Platón dice sobre el particular? Era tal tu ignorancia sobre este deber cuando por primera vez me hice cargo de ti, que llegué a creer que no conocías el parentesco que existe entre una hija y un padre.

—¡Eso es mentira! —replicó Western—. La niña no era tan tonta como para que no conociera el parentesco que tenía con su padre.

—¡Oh, qué ignorancia! —respondió la dama—. En cuanto a tus modales, hermano, debo decirte que merecen un palo.

—¿Por qué no me lo das, entonces, si eres capaz? —inquirió Mr. Western—. Espero que tu sobrina acudirá inmediatamente en tu ayuda.

—Hermano —repuso Mrs. Western—, aunque te desprecio con toda mi alma, no soportaré tu insolencia más tiempo. Así que te pido que me preparen inmediatamente el coche, pues estoy dispuesta a abandonar tu casa esta misma mañana.

—¡Valiente estupidez! —gritó Western—. No puedo soportar tu insolencia más tiempo, y ahora me sales con eso. Cada vez que mi hija oye que me desprecias, lo que haces es rebajarme ante ella.

—Eso es de todo punto imposible —replicó la hermana—. Nadie puede rebajar a un patán.

—¡Patán! —vociferó el caballero—. No soy un patán ni un burro ni nada que se le parezca. Soy un inglés legítimo, y no de tu casta hannoveriana, que se ha comido a la nación.

—Lo que eres es uno de esos hombres sabios —replicó Mrs. Western— cuyos absurdos principios han destrozado la nación, debilitando los recursos del Gobierno, desalentando a nuestros amigos y alentando a nuestros enemigos del exterior.

—¿Vuelves a tu política? —preguntó Mr. Western—. Estoy harto de no oírte decir más que majaderías.

Al oír esto, Mrs. Western montó en cólera, pronunció algunas palabras que no pueden ser repetidas aquí y abandonó en el acto la casa. Ni su hermano ni su sobrina juzgaron conveniente detenerla o seguirla, pues si el uno era dominado por la cólera, la otra se sentía embargada por sus problemas, hasta el punto que casi se quedaron sin movimiento.

El caballero, no obstante, lanzó tras de su hermana el mismo grito que acompaña el salto de la liebre en el instante en que la levantan los podencos. Era un maestro en esta clase de gritos, y contaba con un «hola» propicio para la mayor parte de las ocasiones de la vida.

Las mujeres que como Mrs. Western conocen el mundo y se han dedicado a la filosofía y a la política, se hubieran aprovechado en el acto de la presente disposición de espíritu de Mr. Western para hacerle unas cuantas lisonjas agradables a costa del adversario ausente. Pero la infeliz Sophia era toda sencillez. Con esto no tratamos de insinuar que fuera tonta, que es una palabra que por lo general se utiliza como similar de simple, puesto que era una joven muy sensata y muy lista. Pero carecía en absoluto de ese arte especial que las mujeres utilizan en determinadas ocasiones de la vida y que a menudo es una cualidad de las mujeres más necias, ya que es fruto del corazón,

no del cerebro.

CAPÍTULO IV

RETRATO, TOMADO DEL NATURAL, DE UNA DAMA QUE VIVE EN EL CAMPO.

Cuando Mr. Western concluyó con sus «holas» y tomó un respiro, empezó a lamentarse con palabras patéticas de la desgraciada condición de los hombres, quienes son, dijo, zarandeados por los malos humores de unas o de otras.

—Creí que ya había sido bastante perseguido por tu madre. Pero he aquí que tras de librarme de ella, surge otra que trata de anularme. Pero aún está por ver si me dejaré pisotear por esa estúpida.

Sophia jamás había tenido una disputa con su padre hasta el desgraciado asunto de Blifil, salvo para defender a su madre, a quien quiso con todo su corazón y a la que perdió cuando ella tenía once años. Mr. Western, para quien aquella infeliz mujer había sido una fiel servidora durante su matrimonio, había pagado tal proceder comportándose como un buen esposo en el sentido de la gente. Muy raras veces se había encolerizado con ella —una vez por semana todo lo más— y jamás le había pegado. Por otra parte, ella no tenía el menor motivo para sentirse celosa, y, además, era por completo dueña de su tiempo, pues nunca era interrumpida por su marido, que solía pasarse toda la mañana dedicado a sus ejercicios campestres y todas las tardes con sus compañeros de diversión. Apenas si la veía a las horas de las comidas, donde ella tenía el placer de servir las fuentes de comida que antes se había tomado el trabajo de condimentar. De la mesa se retiraba unos cinco minutos después que los criados, cumpliendo las indicaciones de su esposo, pues el lema de éste era que las mujeres debían entrar en el comedor con la primera fuente de comida y abandonarlo después del postre, prescindiendo de la sobremesa. Obedecer estas órdenes no resultaba tarea difícil, puesto que las conversaciones, si así podían llamarse, no eran de la índole más adecuada para entretener a una dama. Se reducían a canturreos, relatos de aventuras deportivas y amorosas y a críticas sobre la política del Gobierno.

Éstas eran las únicas ocasiones en que Mr. Western veía a su esposa. Cuando se acostaban, se hallaba por lo general tan borracho que no la veía, y en la época de la caza se levantaba antes del amanecer. De este modo, ella era completamente dueña de su tiempo y tenía, además, a su disposición un coche, aunque, por desgracia, el pésimo estado de los caminos y la condición de sus vecinos hacía que la mujer lo utilizara muy poco. En realidad, nadie que sintiera un cierto aprecio por su piel osaría aventurarse por aquellos caminos, o bien si apreciara el valor de su tiempo se lanzara a visitar a los vecinos.

Para ser sinceros con el lector, diremos que no pagaba como era debido tanta

liberalidad, ya que se había casado contra su voluntad, para complacer los deseos de su padre, y el matrimonio había resultado más bien ventajoso para ella, puesto que la fortuna de su esposo rebasaba las tres mil libras de renta anuales, en tanto que la fortuna de ella sólo era de ocho mil libras. Por esto quizá su carácter se había tomado un tanto melancólico y, en el fondo, más bien parecía una buena criada que una esposa. Tampoco correspondía agradecida con una ligera sonrisa a la bulliciosa alegría con que era recibida por su marido. Asimismo, en ocasiones se mezclaba en asuntos que no eran de su incumbencia, tales como la desmedida afición de su marido por el vino, al cual, aunque en los términos más comedidos y suaves, solía demostrarle su desagrado por ello. Una vez en su vida había rogado a su esposo encarecidamente que la llevase a Londres a pasar una temporada de dos meses, pero él se opuso en redondo a ello, y a partir de entonces Mr. Western se mostró enojado con ella, pues estaba convencido de que en Londres todos los maridos eran cornudos.

Por esta última causa, y otras varias, Mr. Western acabó odiando sinceramente a su esposa, y lo mismo que nunca ocultó su odio antes de la muerte de ella, tampoco se le olvidó después. Así, que cuando alguna cosa le contrariaba, como un día en que no había tenido suerte con la caza o cualquiera otra desgracia por el estilo, daba rienda suelta a su mal humor con algunas invectivas contra su esposa.

—Si mi mujer viviera, se alegraría enormemente de esto —solía decir.

Le producía un placer especial lanzar tales exabruptos delante de Sophia, pues por la misma razón que la quería más que a nadie, se sentía celoso cuando pensaba que la muchacha podía haber querido más a su madre que a él. Pero Mr. Western no se contentaba con hacer sufrir a su hija obligándola a escuchar los denuestos contra su madre, sino que pretendía nada menos que Sophia aprobase aquellos insultos, cosa que jamás logró de ella, tanto por el camino de las promesas como por el de las amenazas.

Quizá al saber esto algún lector se sorprenda de que el caballero no odiase a su hija tanto como había odiado a la madre. Pero debo recordarle que el odio no es consecuencia del amor, aunque se interpongan los celos. Es muy posible que las personas celosas maten al objeto de sus celos, pero no que los odien.

CAPÍTULO V

LA CONDUCTA GENEROSA DE SOPHIA CON SU TÍA.

La joven se mantuvo silenciosa durante el anterior discurso de su padre, al que se limitó a responder con alguno que otro suspiro. Pero como el caballero era incapaz de comprender en absoluto el lenguaje de los ojos, no se sentía satisfecho si no recibía una aprobación de sus sentimientos, cosa que ahora pidió a su hija del modo acostumbrado, diciéndole que confiaba que se pondría de su parte, como siempre lo había hecho con su madre.

Mas Sophia continuó callada, y entonces Mr. Western preguntó a su hija:

—¡Cómo! ¿Es que te has vuelto muda? ¿Por qué no dices nada? ¿No se portó tu madre mal conmigo? ¿Es que quieres que crea que desprecias a tu padre y no le juzgas lo suficientemente bueno para dirigirle la palabra?

—Por Dios, papá —se apresuró a contestar Sophia—, no dé usted a mi silencio una interpretación tan fuera de razón. Esté convencido de que antes preferiría morir que hacerme culpable de cualquier falta de respeto hacia usted. Mas ¿cómo puedo atreverme a hablar cuando cada palabra puede, o bien ofender a mi estimado padre o convencerme de la más negra ingratitud, así como de la mayor impiedad, hacia la memoria de la mejor de las madres, pues tal fue la mía en todos los momentos de su vida?

—¡Y sin duda tu tía es también la mejor de las hermanas! —replicó el caballero—. ¿Serás tan amable que reconozcas que es una burra? Creo que puedo insistir en esta opinión, ¿verdad?

—Yo le estoy muy reconocida a mi tía —repuso Sophia—. Ha sido una segunda madre para mí.

—Y una segunda esposa para mí también —manifestó Western—. De modo que te pones de parte de ella, ¿eh? ¿No reconocerás que ha obrado como la más ruin de las hermanas?

—Traicionaría a mi corazón —repuso Sophia— si lo hiciera. Sé bien que mi tía y usted difieren mucho en el modo de pensar. Pero la he oído expresar mil veces el gran afecto que le profesa, y estoy convencida que lejos de ser la peor hermana del mundo, como usted pretende, existen muy pocas que quieran más a un hermano.

—La consecuencia de todo —repuso el caballero— es que yo estoy equivocado, ¿no? Sin duda. La mujer siempre está en lo cierto, y el hombre es el equivocado.

—Perdóneme —murmuró Sophia—. Yo no he dicho eso.

—¿Que no lo has dicho? —repuso el padre—. Has tenido el descaro de afirmar que ella está en lo cierto. ¿No se deduce de esto claramente que el equivocado soy

yo? En lo único que quizá me haya equivocado es en que esa bestia hannoveriana y presbiteriana viniera a vivir a esta casa. Quizá esté tramando algo contra mí o contra mi hacienda.

—En vez de tramar algo contra usted o contra su hacienda, como usted afirma —repuso Sophia—, estoy segura de que si mi tía hubiera muerto ayer, le habría dejado a usted toda su fortuna.

No me atreveré a afirmar si Sophia dijo esto con intención o no. Pero el caso es que estas palabras se grabaron profundamente en el espíritu de su padre, produciendo en él un efecto mucho más sensible que todo cuanto hasta entonces había dicho. Mr. Western recibió la noticia de igual forma que un hombre recibe un balazo en la cabeza. Tuvo un sobresalto y se tomó intensamente pálido. Luego de lo cual permaneció en silencio un minuto, hasta que comenzó a hablar del siguiente modo:

—¿Ayer? ¿Que me hubiera dejado su hacienda ayer? ¿Por qué ayer, entre todos los días del año? Eso quiere decir que si muriera mañana se la dejaría a otro cualquiera, quizá a alguien que no pertenezca a la familia.

—Mi tía, padre —repuso Sophia—, es una mujer de temperamento muy violento, y no puedo responder de lo que sea capaz de hacer bajo la influencia de él.

—¿Que no puedes? Dime, ¿cuál ha sido la causa de que se despertaran esas violentas pasiones? ¿Quién es el culpable? ¿No os estabais peleando tú y ella antes de que yo entrara en el cuarto? Además, ¿la pelea no ha sido toda por culpa tuya? Siempre que he discutido con mi hermana en los últimos años ha sido por ti, y ahora pretendes cargármelo todo a mí, como si yo fuera el culpable de que legue su fortuna a uno que no pertenezca a la familia. Después de todo, no se podía esperar otra cosa. Éste es el pago que das a mi cariño por ti.

—Le suplico, padre —repuso Sophia—, le suplico de rodillas que si yo he sido la causa de su divergencia con mi tía, trate de solventarla con ella y no permita usted que abandone esta casa impulsada por su violento acceso de cólera. Es una mujer de natural bondadoso, y unas cuantas palabras corteses harán que desaparezca toda su irritación. Permítame que se lo suplique.

—Así que quieres que vaya y le pida perdón por tu culpa, ¿no? —preguntó Mr. Western—. ¿Tú eres la que has perdido el rastro de la liebre y yo tengo que recorrer todos los caminos para dar con ella? Si estuviera seguro...

Al llegar aquí se detuvo. Pero Sophia, con nuevos ruegos, consiguió convencerle al fin. Así que, tras de desahogarse con dos o tres expresiones sarcásticas en contra de su hermana, echó a correr todo lo de prisa que le fue posible para detener a Mrs. Western antes de que su equipaje estuviera listo.

Sophia entonces volvió a su habitación, donde se solazó, si se me permite la palabra, con algunas demostraciones de amoroso dolor. Una vez y otra leyó la carta de Tom Jones. Acarició su manguito y bañó a ambos, así como a ella misma, con

abundantes lágrimas. En tal situación, Honour, la doncella, hizo cuanto estuvo en su mano para consolar a su afligida ama. Citó muchos nombres de caballeros, y luego de encarecer sus dotes y sus personas, dijo a Sophia que debía elegir a uno cualquiera de entre ellos. Estos métodos deben de haber sido empleados sin duda con algún éxito en enfermedades por el estilo, pues, en caso contrario, una enfermera como Mrs. Honour sin duda no se hubiera atrevido a aplicarlos. Creo haber oído decir que el colegio de enfermeras los tiene por remedios tan eficaces como cualesquiera otros del dispensario femenino. Pero ignoramos si la dolencia de Sophia difería en el interior con los que concordaba por los síntomas externos. El caso es que la buena y abnegada doncella hizo en el presente caso más daño que bien, acabando por provocar de tal modo a su ama, cosa que no era muy difícil, por cierto, que con voz irritada Sophia la echó de la habitación.

CAPÍTULO VI

ABARCA ASUNTOS MUY DIVERSOS.

Mr. Western alcanzó a su hermana en el instante en que ella subía al coche, y en parte a la fuerza, y en parte con ruegos, consiguió que la dama mandara de nuevo los caballos a la cuadra. No tuvo grandes dificultades para convencerla, pues Mrs. Western era, como ya se ha dicho, de naturaleza fácilmente aplacable y quería mucho a su hermano, aunque el escaso conocimiento del mundo que éste tenía le producía un gran desdén.

La desgraciada Sophia, que fue la primera que procuró la reconciliación de los dos hermanos, resultó la sacrificada. Ambos hermanos se mostraron de acuerdo en censurar su conducta, ambos le declararon la guerra y procedieron a estudiar la forma de llevarla a cabo de la manera más enérgica. A este objeto, Mrs. Western propuso no sólo la inmediata conclusión de una alianza con Mr. Allworthy, sino, además, su puesta en práctica inmediata, añadiendo:

—No existe otro sistema para triunfar de mi sobrina que los métodos violentos, ya que, a lo que parece, Sophia no dispone de suficiente voluntad para resistir. Por violentos quiero sugerir procedimientos rápidos, aunque deben excluirse en absoluto el confinamiento y la fuerza bruta. Nuestro plan debe ser organizado para producir una sorpresa, no para un asalto.

Estas cuestiones estaban ya resueltas cuando apareció Mr. Blifil dispuesto a hacer una visita a su prometida. En cuanto Mr. Western conoció la llegada del joven se dispuso, por consejo de su hermana, a dar órdenes a su hija para que recibiera adecuadamente a su pretendiente, lo que el hombre llevó a efecto profiriendo las más terribles maldiciones, pues temía que su hija se negara.

La firmeza del caballero abatió todos los obstáculos, y Sophia, como su tía astutamente había imaginado, fue incapaz de resistir. Aceptó ver a Blifil, aunque apenas tuvo ánimos ni fuerza para pronunciar su consentimiento. No era tarea fácil dar una negativa a un padre a quien tan tiernamente quería. De no haber mediado esta circunstancia, le hubiera bastado con mucho menos resolución de la que poseía, pues no es raro atribuir al miedo aquellas acciones que en gran parte son efecto del cariño.

En suma, para cumplir la enérgica petición de su padre, Sophia aceptó recibir la visita de Blifil. Escenas como ésta, descritas muy a la ligera, proporcionan, como hemos podido observar, muy poco entretenimiento al lector. Pero seguiremos al pie de la letra una norma de Horacio, según la cual los escritores deben pasar por alto todos aquellos pasajes que desconñen de aclararlos lo suficiente, norma, a nuestro parecer, de uso tan excelente para el historiador como para el poeta, y que cuando es

practicada produce por lo menos un buen efecto, el de que muchos libros malos, pues así pueden ser denominados los libros grandes, podrían reducirse de tamaño.

Es muy posible que la gran cautela y tino demostrados por Blifil en esta entrevista hubiera inducido a Sophia, de haberse tratado de otro joven, a revelar el secreto que guardaba en su corazón. Pero era tan pésima la opinión que tenía formada de aquel caballero, que resolvió no hacerle la menor confidencia, ya que la sencillez, puesta en guardia, se parece a veces mucho a la astucia. La conducta de Sophia, pues, fue forzada, como es de rigor en las vírgenes en la segunda visita formal del hombre designado para ser su marido.

Aunque Blifil declaró al caballero Western que se sentía plenamente satisfecho de la acogida que le; había dispensado Sophia, sin embargo, Mr. Western, que en compañía de su hermana lo había oído todo, no demostró sentirse tan contento. Entonces resolvió, siguiendo el consejo de su prudente hermana, precipitar los acontecimientos todo lo posible, y dirigiéndose a su yerno en cierne dijo, tras de proferir un estentóreo «hola»:

—Síguela, muchacho, síguela. Acorrálala, acorrálala. No te detengas ni te desanimes. Allworthy y yo podemos ultimar todo esta misma tarde, y mañana mismo se podrá celebrar la boda.

Resplandeciente de satisfacción al oír aquellas palabras, Blifil contestó:

—Como no existe nada en este mundo que desee tanto como una alianza con su familia, salvo mi unión con la encantadora Sophia, puede usted imaginar lo impaciente que me sentiré hasta que logre ver cumplidos mis dos deseos más ardientes. Si hasta la fecha no le he importunado sobre el caso, debe atribuirlo tan sólo a mi deseo de no ofender a su hija tratando de precipitar un acontecimiento tan soberbio más de lo que las reglas de la decencia y del decoro permiten. Pero si a usted le interesa convencerla para que prescinda de algunas formalidades...

—¡Formalidades! —exclamó Western—. ¡Tonterías, joven, tonterías! Te he dicho que mañana será tuya, y lo será. Aprenderás a conocer mejor el mundo cuando llegues a mi edad. Las mujeres jamás dan su consentimiento si pueden evitarlo, pues no está de moda. Si yo hubiera tenido que esperar el consentimiento de su madre, aún estaría soltero. ¡A ella, a ella! Te repito que mañana será tuya.

Blifil se sintió subyugado por la enérgica retórica del caballero, y, convencido de que Western se entrevistaría con su tío aquella misma tarde, el joven Blifil marchó a su casa, no sin antes suplicar que no se cometiera violencia alguna con Sophia antes de tiempo, del mismo modo que el inquisidor ruega a la potestad laica que no violente al hereje que se acaba de entregar y contra el cual la Iglesia ha dictado sentencia.

A decir verdad, Blifil había ya dictado sentencia contra Sophia, pues pese al contento que aparentó sentir ante Mr. Western por la acogida que ella le había

dispensado, no se sentía en modo alguno satisfecho. Se había convencido del odio y desprecio que su prometida sentía hacia él, lo que engendró en él un odio y un desprecio recíprocos. Pero quizá cabe preguntarse: ¿por qué, entonces, no puso fin inmediato a su noviazgo? Responderé que por esa misma razón, así como por otras de igual importancia que vamos a exponer ahora al lector.

Aunque Blifil distaba mucho de ser como Tom Jones ni estaba dispuesto a cargar con la primera mujer que vieran sus ojos, tampoco carecía de ese apetito que se considera propiedad común a todos los animales. Junto a éste, contaba con ese gusto escogido que sirve para guiar a los hombres en la elección del objeto de sus apetitos, y éste le hizo pensar en Sophia como en el bocado más delicioso. Ahora bien, las angustias que embargaban a Sophia más bien habían aumentado que disminuido su belleza, ya que las lágrimas habían añadido brillantez a sus ojos y su seno se elevaba más con los suspiros. Podría afirmarse que nadie ha visto la belleza en su máximo esplendor si no la ha visto envuelta por el dolor. Blifil contempló ahora a Sophia con mucho mayor deseo que la última vez que la vio, y este deseo no se vio disminuido por la aversión hacia él que acababa de descubrir en la joven. Por el contrario, sirvió para acrecentar el placer que imaginaba que sentiría al gozar de sus encantos. Acariciaba también algún proyecto para lograr la completa posesión de la joven, que no queremos ni mencionar, aunque la venganza no dejaba de figurar como elemento parcial en el placer que se prometía. Triunfar de Tom Jones y suplantarle en el afecto de la muchacha era otro incentivo para perseguirla, cosa que prometía otro placer más que añadir al que ya esperaba gozar.

Aparte de estos propósitos, que algunas personas escrupulosas pueden considerar impregnados de maldad, tenía otro en perspectiva, que pocos lectores contemplarán con una aversión menor. Éste era la riqueza de Mr. Western, que iría a parar toda a su hija, pues tan excesivo y extravagante era el cariño de aquel padre, que mientras su hija consintiera en ser desgraciada con el marido elegido por él, no se preocuparía a qué precio pagaba tal adquisición.

Por todas estas razones, Blifil anhelaba tanto la boda, que proyectó engañar a Sophia simulando que la amaba, y engañar igualmente al padre de ella y a su tío fingiendo que ella estaba enamorada de él. Al obrar de este modo se escudaba en la piedad de Thwackum, el cual sostenía que si los fines que se perseguían eran religiosos, como sin duda lo era el matrimonio, nada importaba la maldad de los medios que se empleasen para conseguirlos. En otras ocasiones se aprovechaba de la filosofía de Square, quien predicaba que los fines era lo de menos, con tal de que los medios fueran buenos y conformes con la rectitud moral. En realidad, existían pocos hechos en la vida de los que no pudiera sacar ventaja empleando unos u otros preceptos de aquellos grandes maestros.

Poco disimulo fue necesario emplear con Mr. Western, que consideraba las

inclinaciones de su hija de tan poca importancia como Blifil esperaba. Sin embargo, como los sentimientos de Mr. Allworthy eran de índole muy distinta, sería preciso imponerse a él. En esto Blifil encontró tal ayuda en Mr. Western, que logró su propósito sin gran dificultad, pues como Allworthy fue enterado por el padre del gran afecto que Sophia sentía por Blifil y de que todo cuanto se había dicho sobre el amor de Tom Jones era una falsedad, Blifil no tuvo otra cosa que hacer que confirmar estos asertos. De este modo, corroboró una mentira sin cometer el pecado de decirla. Cuando Allworthy le preguntó sobre los sentimientos de Sophia, pues en forma alguna quería hacerse cómplice de un matrimonio forzado, Blifil contestó:

—Los verdaderos sentimientos de las muchachas son difíciles de comprender. Su comportamiento conmigo no deja nada que desear. En lo que respecta a Tom Jones, a quien no me siento dispuesto a llamar villano, aunque su conducta con usted justificaría más que de sobra este calificativo, su vanidad, o posiblemente algunos malvados proyectos, hicieron que se jactara de lo que no es cierto, pues si hubiera habido algo de realidad en el amor de miss Western hacia él, la gran fortuna que ella recibirá algún día le hubiese impedido abandonarla, como usted sabe bien que ha hecho. Por último, señor, le juro que por nada del mundo me casaría con Sophia si no estuviera convencido de que siente por mí todo el amor apetecido.

Este excelente método de transmitir una falsedad con el corazón sólo, sin hacer culpable a la lengua del pecado de una mentira por medio del equívoco y de la impostura, ha tranquilizado la conciencia de muchos impostores notables. No obstante, esta sutil y refinada distinción entre comunicar una mentira y limitarse a corroborarla apenas merece el esfuerzo que cuesta.

Allworthy se dio por satisfecho con lo que Mr. Western y Blifil le contaron, y al cabo de dos días quedó concertado el matrimonio. Tan sólo faltaba para que actuase el cura la tramitación civil, que amenazaba exigir tanto tiempo que Western se ofreció a simplificar todos los trámites antes que aplazar la felicidad de los jóvenes amantes. El caballero mostraba tanto interés porque se celebrase la boda, que cualquier persona que viera las cosas desde un punto de vista ajeno a la cuestión, podría pensar que desempeñaba en el asunto un papel más importante del que le correspondía. Pero esta ansiedad era natural en él en todos los momentos, y se conducía en todos los asuntos en que intervenía como si del éxito o fracaso de los mismos dependiera la felicidad de toda su vida.

Unidas las inquietudes del padre y de su futuro yerno, seguramente se hubieran impuesto a Allworthy, a quien no le gustaba demorar la felicidad de los demás si dependía de él, de no haberlo impedido la propia Sophia, tomando las medidas oportunas para poner un fin a la alianza proyectada y robar a la Iglesia y a la autoridad civil aquellos impuestos que en estos organismos han considerado conveniente imponer para la propagación legal de la especie humana. Pero de esto

nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VII

UNA EXTRAÑA RESOLUCIÓN DE SOPHIA, JUNTO CON UNA ESTRATAGEMA AÚN MÁS EXTRAÑA DE MRS. HONOUR.

Pese a que Mrs. Honour apreciaba por encima de todo su propio interés, no dejaba de sentir cierto apego hacia Sophia. Desde luego, era difícil tratar a esta joven sin sentir cierto apego hacia ella. Por esta razón, apenas olió la doncella algo que juzgó de gran importancia para su ama, olvidando toda la cólera que había experimentado dos días antes cuando fue despedida, se apresuró a darle la noticia.

El comienzo de su discurso fue tan brusco como su precipitada entrada en la habitación.

—¡Oh, querida señorita! —exclamó—. ¿Qué piensa usted? Estoy terriblemente asustada, y creo que mi deber es contárselo, aunque quizá se disguste usted, pues nosotros, los criados, no siempre conocemos lo que pueda ser del agrado de nuestras amas, ya que de todo se echa la culpa a los pobres criados. Cuando nuestras amas están de mal humor nos regañan, y no estoy muy segura de que no esté usted en este momento de veras malhumorada. De todos modos, la noticia que tengo que darle la sorprenderá mucho y le producirá una verdadera conmoción.

—Honour, dime lo que sea sin más preámbulo —pidió Sophia—. Existen pocas cosas que puedan sorprenderme y mucho menos que puedan conmovirme.

—Querida señorita —dijo ahora Mrs. Honour—, he oído por casualidad que mi amo hablaba al cura Supple de obtener una licencia para esta tarde, y estoy segura de que le he oído decir que mañana por la mañana se casará usted.

Sophia palideció al oír estas palabras y repitió con expresión de angustia:

—¡Mañana por la mañana!

—Sí, señorita —contestó la fiel doncella—. Juraría que le he oído decir eso a mi amo.

—Honour, me ha sorprendido y asustado de tal modo —murmuró Sophia—, que apenas puedo sostenerme en pie. ¿Qué puedo hacer en esta situación tan crítica?

—Me gustaría mucho poderle aconsejar a usted —repuso la doncella.

—Aconséjeme, Honour —suplicó Sophia—; te lo ruego, querida Honour, aconséjame. Piensa en lo que tú harías si te encontraras en mi caso.

—Me gustaría —repuso Honour— poderme cambiar con usted. Esto sin molestarla, pues no la quiero tan mal como para verla sirviendo. Por mi parte, no encontraría la menor dificultad, puesto que, en mi opinión, el joven caballero Blifil es un hombre encantador, amable y guapo.

—No nombres a ese majadero en mi presencia —replicó Sophia.

—¡Majadero! —repitió Honour—. ¿Por qué? Sin duda, lo que a unos desagrada a otros gusta.

—Honour —afirmó Sophia con inusitado brío—, antes de consentir en ser la esposa de ese ser repugnante, me clavaría un puñal en el corazón.

—¡Oh, señorita! —contestó la doncella—. Ahora me asusta usted. Permítame que le suplique que no abrigue usted pensamientos tan fúnebres. Piense en lo que significa no poder ser enterrada en una sepultura cristiana y que su cuerpo fuera enterrado en un camino, con una estaca clavada en el suelo como señal, tal como hicieron con el labrador Halpenny en Ox Cross. Desde entonces su espíritu ronda por allí, y algunas personas lo han visto. Nadie más que el demonio puede inspirar en cabeza humana pensamientos tan desdichados, pues no hay duda de que es mucho menos malo hacer daño a todo el mundo que hacérselo a uno mismo. Así se lo he oído decir a más de un sacerdote. Si usted experimenta una aversión tan intensa hacia el joven caballero y le odia tanto que le es imposible soportar la idea de vivir ni de acostarse con él, pues no hay duda de que en la naturaleza se dan tales antipatías, y hay quien preferiría tocar un sapo antes que la carne de ciertas personas...

Sophia estaba tan sumida en sus pensamientos que no prestó gran atención al excelente discurso de la doncella. Por esta razón, la interrumpió sin contestar al mismo, y dijo:

—Honour, he tomado una resolución. He decidido abandonar la casa de mi padre esta misma noche, y si sigues estimándome como hasta ahora, no dudo de que me acompañarás.

—La acompañaré hasta el fin del mundo, señorita, si eso es necesario —contestó Honour—. Pero le suplico que reflexione antes de llevar a cabo una acción tan definitiva. ¿Dónde se dirigirá usted?

—Vive en Londres —repuso Sophia— una dama, parienta mía, que una vez pasó con mi tía varios meses en el campo. Esa dama me trató entonces con gran amabilidad, y le agradó tanto mi compañía que varias veces rogó con gran insistencia a mi tía que me permitiera ir con ella a Londres. Como se trata de una dama muy conocida, la encontraré con facilidad, y estoy segura de que seré muy bien acogida por ella.

—Yo no me fiaría mucho de ella —opinó Honour—. La primera señora a quien serví acostumbraba a invitar a mucha gente a su casa. Pero si alguna vez se enteraba de que alguien venía, se apresuraba a quitarse de en medio. Además, aun cuando esa dama que usted dice se alegrase mucho de verla, como no cabe duda de que todo el mundo se alegraría, cuando sepa que ha huido usted de su casa...

—Se equivoca usted, Honour —repuso Sophia—. Esa dama considera la autoridad del padre mucho más a la ligera que yo, ya que me instó muy seriamente a que me fuera a Londres con ella, y cuando le dije que no podría ir si mi padre no me

daba permiso, me respondió con una risa despreciativa, me llamó niña tonta campesina y afirmó que sería una esposa amante y pura, puesto que era una hija tan cumplidora de mi deber. Así que no dudo de que me recibirá en su casa y me protegerá hasta que mi padre, al ver que estoy fuera de su alcance, varíe de modo de pensar.

—Perfectamente, señorita —contestó la doncella—. Pero ¿cómo piensa usted escapar? ¿Dónde encontrará caballos y un coche? No puede pensar en su caballo, pues como todo el mundo está más o menos enterado de lo que hay entre usted y su padre, Robin preferiría verse ahorcado antes que permitir que el caballo salga de la cuadra sin orden expresa del amo.

—Pienso escaparme andando con mis propios pies —replicó Sophia—. A Dios gracias, mis piernas son capaces de llevarme. Me han sostenido en veladas muy largas tocando el violín con un acompañante no muy agradable, y con seguridad me ayudarán a huir de un acompañante para toda la vida que me resulta detestable.

—¡Dios mío! ¿Sabe la señorita lo que dice? —preguntó Honour sorprendida—. ¿Ha pensado usted andar a través del campo de noche y sola?

—No, sola no —repuso Sophia—. Tú me has prometido acompañarme.

—Sin duda —afirmó Honour— seguiré a la señorita por todo el mundo. Pero será lo mismo que si fuera sola, pues yo no sería capaz de defenderla contra los ladrones y villanos. Estoy segura de que el miedo se apoderaría de usted lo mismo que de mí, y nos atropellarían a las dos. Además, debemos tener en cuenta lo frías que son las noches. Nos helaríamos en el campo.

—Llevando un buen paso no sentiremos frío —contestó Sophia—, y si tú no puedes defenderme de un villano, yo te defenderé a ti, pues iré armada con una pistola. Siempre tenemos dos cargadas en el recibimiento.

—Señorita, cada vez me asusta usted más —exclamó la doncella—. ¡No la creo a usted capaz de disparar contra nadie! Preferiría exponerme a todo antes de que usted hiciera eso.

—¿Por qué no? —contestó Sophia echándose a reír—. ¿No dispararías tu pistola contra cualquiera que intentaste atacar tu virtud?

—Sin el menor titubeo, señorita —contestó Honour—. La honradez es una cosa muy apreciada, sobre todo, para nosotras las criadas, pues es nuestro medio de vida. Sin embargo, siento un odio mortal contra las armas de fuego, pues con ellas ocurren toda suerte de accidentes.

—Muy bien —murmuró Sophia—. Confío proteger tu virtud a muy poca costa, y sin llevar armas de fuego encima, ya que mi idea es alquilar caballos en el primer pueblo a que lleguemos, y no hay cuidado de que seamos atacadas en nuestro camino hasta allí. Escúchame, Honour. Estoy decidida a escaparme de casa e ir a Londres, y si tú me acompañas te prometo recompensarte todo cuanto pueda.

Este último argumento produjo más efecto en Honour que todas las palabras anteriores, y al ver que su ama se mostraba tan decidida, desistió de hacer nuevas insinuaciones. Luego discutieron la forma de llevar a cabo sus propósitos. Aquí surgió una dificultad de gran importancia, que fue la manera de trasladar sus efectos, inconveniente que fue resuelto por Sophia con mucha más facilidad que por la doncella, pues cuando una dama ha tomado la firme resolución de ir al encuentro de un galán, o bien de huir con él, todos los obstáculos desaparecen como por arte de magia. Pero Honour no era impulsada por este motivo; no la esperaban transportes de amor, ni terrores que evitar, y aparte del valor real de sus ropas, en que consistía gran parte de su fortuna, sentía un cariño especial por ciertos trajes y algunas otras cosas, bien porque le habían sido dados por determinada persona, bien porque los había comprado recientemente, o porque hacía tiempo que los tenía, o cualquiera otra razón por el estilo, de modo que le costó aceptar la idea de dejar tras de sí sus pobres cosas expuestas a la ira de Western, quien, en su furibunda cólera, las destrozaría.

Al fin, la ingeniosa doncella, tras de agotar todos los argumentos para disuadir a su ama de que no llevase adelante su plan, se le ocurrió la siguiente estratagema con el fin de poder salvar sus cosas: hacer que la despidieran de la casa aquella misma tarde. Sophia concedió una calurosa aprobación a la idea, pero titubeó sobre la manera de llevarla a cabo.

—Señorita —exclamó al fin Honour—, deje eso de mi cuenta. Nosotras las criadas sabemos perfectamente cómo conseguir ese favor de nuestros amos y amas, aunque en ciertas ocasiones, cuando nos deben más salarios de los que nos pueden pagar de una vez, se resignan a soportar todas nuestras ofensas. Pero el caballero Western no es de éstos, y puesto que la señorita está decidida a partir esta noche, le prometo que seré despedida esta tarde.

Entonces decidieron que Mrs. Honour guardaría entre sus cosas alguna ropa y un vestido de noche de Sophia, y el resto de sus ropas fue abandonado por la joven con un remordimiento no mayor que el que experimenta un marino cuando arroja por la borda las cosas de los demás para tratar de salvar su propia vida.

CAPÍTULO VIII

UN ALTERCADO DE GÉNERO VULGAR.

Apenas se hubo separado Mrs. Honour de su ama cuando algo —pues, como la anciana de Quevedo, no quisiera injuriar al diablo con ninguna acusación falsa, y es posible que éste no tuviera arte ni parte en ello—, cuando algo, repito, le sugirió la idea de que si sacrificaba a Sophia y todos sus secretos a Mr. Western, quizá pudiera hacer fortuna. Una serie de consideraciones le aconsejaban obrar de este modo. La magnífica recompensa que sin duda recibiría por servicio tan grande tentó su avaricia, y de nuevo despertaron sus temores el peligro de la empresa en que se había comprometido, lo inseguro y arriesgado de la aventura, la noche, el frío, los ladrones, los violadores. Con tal intensidad actuaron estos factores sobre su ánimo, que se sintió casi dispuesta a correr hacia Mr. Western y contárselo todo. Poseía, sin embargo, un espíritu de justicia demasiado desarrollado para sentenciar antes de haber oído a todas las partes. Esta ocasión, un viaje, su primero a Londres, le parecía muy indicado. Deseaba con verdadera vehemencia visitar un lugar donde imaginaba encantos comparables a los que un santo en éxtasis imagina en el cielo. En segundo lugar, como suponía a Sophia mucho más generosa que su padre, su fidelidad a ella le parecía ofrecerle la posibilidad de obtener una mayor recompensa que la que podría conseguir cometiendo una traición. Entonces tornó a examinar con mayor atención todas las cosas que le inspiraban miedo, descubriendo, luego de realizar un examen a fondo, que eran de escasa monta. Y, colocados así los dos platillos de la balanza a un nivel sensiblemente igual, y puesto el cariño por su ama en el platillo de la integridad, lo que le hizo casi inclinarse de este lado, una circunstancia acudió a su mente, que sin duda hubiera ejercido un efecto peligroso de haber influido con todo su peso en el otro platillo. Esto fue el espacio de tiempo que sin duda tendría que transcurrir antes de que Sophia pudiera cumplir sus promesas, pues aunque la joven heredaría la fortuna de su madre a la muerte de su padre, más la suma de tres mil libras legadas por un tío cuando alcanzara la mayoría de edad, parecían aún muy lejanos los días en que sucedería esto, mientras que la recompensa que recibiera de Mr. Western sería inmediata. Pero mientras cavilaba sobre esta cuestión, el ángel bueno de Sophia, o bien el que presidía la integridad moral de Mrs. Honour, o bien la simple casualidad, hicieron que se produjera un accidente que sirvió para salvar la fidelidad y aún facilitó la realización de la empresa proyectada.

La doncella de Mrs. Western se consideraba superior a Mrs. Honour por diversas razones. Primera, porque era de origen más elevado, ya que su bisabuela materna era prima no muy distante de un par irlandés. Segunda, su sueldo era mayor, y, por

último, había estado en Londres, lo que suponía que había visto mundo. La mujer se había conducido siempre con Mrs. Honour con suma reserva, exigiendo siempre de ella esos signos de distinción que todas las mujeres procuran mantener y obtener en la conversación con los que son inferiores a ellas. Como sea que Mrs. Honour no siempre se mostraba conforme con esta doctrina, sino que, por el contrario, quebrantaba a menudo el respeto que la otra le exigía, a la doncella de Mrs. Wester distaba mucho de gustarle su compañía, y estaba deseando volver a casa de su ama, donde podía imponer su voluntad a todos los criados. Por eso aquella mañana se llevó un gran desengaño al ver que Mrs. Western variaba de modo de pensar en el instante mismo de emprender el viaje, y desde entonces la mujer estaba que rabiaba.

Poseída por este humor entró en el cuarto donde Honour estaba luchando consigo misma del modo antes mencionado. Apenas la vio, Mrs. Honour se dirigió a ella con estas corteses palabras:

—Creo, señora, que vamos a tener el gusto de gozar de su compañía mucho más tiempo del que la pelea entre mi amo y su ama parecía indicar.

—Ignoro, señora —replicó la otra—, lo que pretende usted dar a entender con esa singular manera de hablar. Le aseguro a usted que no considero a todos los criados de esta casa como una compañía conveniente y adecuada para mí. En cambio, hago compañía a sus superiores todos los días de la semana. No hablo por usted, Mrs. Honour, pues es usted una mujer educada, y si hubiera visto algo más de mundo, no me avergonzaría de pasear con usted por el parque de Saint James.

—Observo que es usted una mujer muy engreída —repuso Honour—. Debería usted llamarme por mi apellido paterno, en vez de por Honour, ya que aunque así me llama mi ama, tengo un apellido paterno como todo el mundo. ¡Avergonzarse de pasear conmigo! ¡Habrás visto desfachatez!

—Puesto que corresponde usted de esa manera a mis finezas —contestó la otra doncella—, le diré, Mrs. Honour, que dista usted mucho de ser tan buena como yo. En el campo se ve una obligada a tratar a todo el mundo, pero sepa que en la ciudad sólo visito a las mujeres de calidad. Desde luego, Mrs. Honour, existe bastante diferencia entre usted y yo.

—Yo también soy del mismo parecer —repuso Honour—. Existe gran diferencia en nuestras edades y también en nuestras personas.

Y mientras pronunciaba estas palabras adoptó un aire de profundo desprecio hacia la doncella de Mrs. Western, mirándola con todo descaro, moviendo la cabeza y rozando su miriñaque con el de su adversaria. Ésta le correspondió del mismo modo y dijo:

—Está usted fuera del alcance de mi cólera y jamás me rebajo a insultar a una persona tan mezquina y audaz. Pero, eso sí, creo necesario decirle que sus modales demuestran lo humilde de su cuna y de su educación, y ambas la califican de ser una

vulgar criada de una muchacha campesina.

—No prosiga usted por ese camino, no insulte usted a mi ama —respondió Honour—. En modo alguno se lo consentiré. Es cien veces mejor que la de usted, pues es mucho más joven y mucho más guapa.

Aquí la mala suerte, o la buena suerte, quiso que Mrs. Western hiciera su aparición en aquel instante y sorprendiera a su doncella con lágrimas en los ojos, que afluyeron rápidamente a medida que la dama se aproximaba a ella. Cuando Mrs. Western preguntó a su doncella la causa de ellas, la mujer repuso que eran debidas a los insultos e injurias que había recibido de la persona allí presente.

—Señora —añadió—, hubiera prescindido de todo lo que me ha dicho, pero ha tenido la desfachatez de llamar a la señora fea e injuriarla. Sí, señora: la ha llamado gata fea y vieja en mi misma cara. No puedo soportar que la llamen a usted fea.

—¿Por qué repite tantas veces su grosería? —inquirió Mrs. Western, y volviéndose hacia Mrs. Honour, preguntó—: ¿Cómo se ha atrevido a mencionar mi nombre con esa falta de respeto?

—¿Falta de respeto, señora? —preguntó Honour—. No he mencionado su nombre en absoluto. Dije que había alguien que no era tan guapa como mi señora, y no hay duda que eso lo sabe usted tan bien como yo.

—¡Silencio! —ordenó Mrs. Western—. Debo recordarle que una persona de condición tan baja como usted no debe ocuparse de mí en sus conversaciones. Y le prometo que si mi hermano no la despide en este mismo momento, no volveré a dormir jamás en esta casa. Voy en su busca para que la despida inmediatamente.

—¡Despedida! —exclamó Honour—. Supongamos que lo esté. Hay otras muchas casas en el mundo donde servir. A Dios gracias, las buenas criadas no necesitan permanecer en puestos malos, y si usted despide a todos los que no la consideran guapa, muy pronto se quedará sin ninguno. Permítame que se lo diga.

Mrs. Western, colérica, intentó responder, pero como casi no le fue posible pronunciar una palabra, no estamos muy seguros de lo que dijo. Por esta razón omitiremos un discurso que no le honraría mucho. Inmediatamente salió en busca de su hermano, con el rostro tan contraído por la ira que más parecía una de las furias que un ser humano.

Una vez solas las dos doncellas comenzaron a disputar de nuevo, degenerando su disputa en una pelea. La victoria se decantó hacia la criada de categoría inferior, aunque no sin cierta pérdida de sangre y de cabello y de algunos desgarrones en su vestido.

CAPÍTULO IX

EL SABIO PROCEDER DE MR. WESTERN EN EL PAPEL DE JUEZ. UNA ALUSIÓN A LOS JUECES DE PAZ RELATIVA A LAS CUALIDADES NECESARIAS EN UN SECRETARIO DE JUZGADO, CON EJEMPLOS EXTRAORDINARIOS DE LOCURA PATERNAL Y AFECTO FILIAL.

En cuanto Mr. Western supo que su hermana había sido maltratada de palabra por la doncella de su hija, juró enviarla a la cárcel.

Mrs. Western era una mujer de buen fondo y dado por lo general a perdonar. No hacía mucho había perdonado a un cochero que volcó su silla de posta en un estanque, y también se había negado a emprender acción judicial contra un salteador de caminos que le robó no sólo el dinero que llevaba, sino sus pendientes, aparte de tomarle el pelo graciosamente, pues le dijo:

—Una dama como usted no precisa joyas para realzar su belleza.

Pero en la presente ocasión no quiso hablar de perdón, pues así es de mudable nuestro modo de pensar, siempre sometido a las ocasiones. Tampoco influyeron en ella ni el arrepentimiento aparente de Mrs. Honour ni los ruegos de Sophia en favor de su doncella, para hacerla desistir de que su hermano hiciera justicia en el presente caso.

Pero, por fortuna, el secretario del juzgado poseía una cualidad de la que no deberían carecer ninguno de sus congéneres, a saber, que conocía su profesión. Por esto apuntó al oído del juez que rebasaba su autoridad al enviarla a la cárcel, pues no existía delito propiamente dicho.

—Temo, señor —dijo el hombre—, que legalmente no pueda usted condenar a nadie a la cárcel sólo por malos modales.

En asuntos de mayor importancia, sobre todo cuando se trataba de casos relativos a la caza, el juez no solía prestar atención a los consejos de su secretario, pues al hacer cumplir la ley en tales casos, muchos jueces de paz suponen que cuentan con un gran poder discrecional, en virtud del cual, al buscar y recoger las máquinas de destrucción de la caza, cometen con frecuencia abusos de sus facultades y en algunos casos actos de felonía.

Pero la ofensa de la criada no era tan grave ni tan peligrosa para la sociedad. Por esta razón, el juez tomó en consideración el consejo del secretario, ya que se habían presentado dos acusaciones contra él en el Tribunal Superior de Justicia y no tenía ganas de que llegara una tercera.

Por lo tanto, el caballero, tras de adoptar una expresión de circunstancias y luego de un preámbulo y de varios «ya» y «¡ah!», dijo a su hermana que, tras de una más

madura reflexión, opinaba «que como no había delito tal como la ley los define, cual es el forzar una puerta o saltar un cercado, romper una cabeza o cualquier otra clase de rotura, el asunto carecía de importancia, pues no constituía delito de felonía ni de quebrantamiento de la ley, y mucho menos de daños y perjuicios, razón por la cual no había castigo señalado para él en la ley».

Mrs. Western replicó que conocía mucho mejor la ley que él, que sabía de criadas que habían sido castigadas con gran severidad por injuriar a sus amos, y citó a cierto juez de paz de Londres que mandaba a la cárcel a cualquier criado siempre que su amo o ama lo deseaba.

—Basta —gritó el hermano—. Eso puede suceder en Londres, pero la ley es distinta en el campo.

Sobre esto se entabló una erudita discusión entre ambos hermanos, que insertaríamos si creyéramos que nuestros lectores podían entenderla. Ésta fue al fin comunicada por ambas partes al secretario, quien resolvió a favor del magistrado, y Mrs. Western se vio obligada al final a contentarse con el despido de Honour, a lo que accedió Sophia con secreta alegría.

De este modo la fortuna, tras de haberse divertido, según su costumbre con dos o tres travesuras, dispuso las cosas a favor de nuestra heroína, que interpretó admirablemente su papel de mujer disimuladora, si se tiene presente que fue la primera vez que lo desempeñó.

Mrs. Honour, por su parte, representó su papel a las mil maravillas. Una vez estuvo segura de que no daría con sus huesos en la cárcel, palabra que despertaba en ella terribles ideas, volvió a adoptar la misma actitud, que su temor había rebajado un tanto, y abandonó la casa de su amo con gran regocijo y desprecio. Si el lector lo prefiere, diremos que ella dimitió, lo que siempre ha sido tenido por expresión sinónima de ser despedido o echado.

Mr. Western le ordenó que se diera prisa en recoger sus cosas, pues su hermana había afirmado que no dormiría otra noche bajo el mismo techo con mujer tan insolente. Mrs. Honour comenzó, pues, a trabajar, haciéndolo con tanto ahínco que todo quedó listo a la caída de la tarde. Luego de percibir lo que se le debía, salieron de la casa el equipaje y su dueña, con gran contento de todos, en especial de Sophia, la cual, habiendo citado a su criada en cierto lugar no muy distante de la casa, empezó a prepararse para su propia partida a la pavorosa y terrible hora de la medianoche.

Pero antes se vio obligada a conceder dos dolorosas audiencias, una a su tía y otra a su padre. Entonces Mrs. Western comenzó a hablarle en un tono más perentorio que antes. Por otro lado, su padre la trató de un modo tan violento y ofensivo, que la muchacha se asustó, al extremo de que fingió que se sometía a su voluntad, lo que fue tan del agrado del caballero que trocó su enfado en sonrisas y sus amenazas en

promesas; le confesó que su alma se compenetraba con la suya, que su consentimiento, pues ella llegó a decirle: «Ya sabe usted, padre, que no puedo ni debo negarme a cumplir ninguna orden suya», le hacía el hombre más feliz del mundo. Luego Mr. Western dio a su hija un billete de banco para que se lo gastara en dijes, y la besó y abrazó con el mayor afecto, en tanto que brotaban lágrimas de alegría de aquellos ojos que instantes antes despedían miradas de cólera y rabia dirigidas al ser que era objeto de todo su afecto.

Los ejemplos de este tipo en los padres son tan corrientes que, a no dudar, el lector no se sorprenderá excesivamente ante el proceder de Mr. Western. Si le sorprendiera, confieso que soy incapaz de dar razón de ello, pues no es posible dudar de que quería a su hija sobre todas las cosas. Tal ha sucedido con muchos otros, que hicieron a sus hijos completamente desgraciados con semejante proceder que, aunque es casi general entre los padres, siempre se me ha representado como la más inexplicable de todas las cosas absurdas que surgieron del cerebro de esa extraña y prodigiosa criatura.

La última acción de su padre ejerció tal efecto en el tierno corazón de Sophia, que le sugirió un pensamiento que jamás se le había ocurrido ante las argucias de su tía ni ante todas las amenazas de él. Le reverenciaba y le quería tan apasionadamente, que podría decirse que jamás había sentido sensaciones más agradables que las que le producía contribuir a su distracción. Por este motivo, la idea de la inmensa felicidad que podría proporcionar a su padre accediendo a aquella boda produjo una fuerte impresión en Sophia. De nuevo la extrema piedad de un acto de obediencia tal influyó sobre su ánimo, pues poseía un verdadero sentimiento religioso. Pero al cabo reflexionó en lo mucho que tendría que sufrir, siendo poco menos que una mártir o una sacrificada al amor y al deber filial, de cierta pasión, que si bien no tiene afinidad directa con la religión o con la virtud, es con frecuencia tan amable que presta gran ayuda en la realización de los propósitos de ambas.

Sophia se sentía encantada con el espectáculo de acción tan heroica, y comenzaba a felicitarse cuando Cupido, que yacía oculto en su manguito, salió de pronto fuera y, como Polichinela en los títeres, derribó a puntapiés todo lo que se le presentaba por delante. En realidad, pues desdeñamos engañar a nuestro lector o justificar el carácter de nuestra heroína atribuyendo a sus acciones un impulso sobrenatural, el pensamiento de su adorado Tom Jones y algunas esperanzas, aunque lejanas, que interesaban a éste, destruyeron en el acto todo lo que el amor filial, la piedad y el orgullo habían tratado de conseguir.

Pero es necesario, antes de que continuemos ocupándonos de Sophia, no mantener abandonado por más tiempo a Mr. Jones en sus andanzas.

CAPÍTULO X

DONDE SE HABLA DE VARIOS ASUNTOS NATURALES, AUNQUE VULGARES.

Creo que el lector recordará que al comienzo de este libro dejamos a Tom Jones camino de Bristol, decidido a buscar su fortuna en el mar o, más bien, a huir de su fortuna en tierra.

Sucedió, cosa nada extraña, que el guía que se comprometió a conducirle no conocía bien el camino, de modo que, habiendo perdido el que debían seguir, y sintiendo vergüenza de preguntar, estuvieron avanzando y retrocediendo hasta que la noche se les vino encima y comenzó a oscurecer. Tom Jones sospechó lo que ocurría y preguntó al hombre. Pero éste insistió en que se encontraban en el camino real, y añadió que sería muy raro que él no conociera el camino de Bristol, aunque, en realidad, hubiera sido mucho más extraño que lo conociese, pues jamás en su vida había pasado por él.

Tom Jones acabó por perder la fe en el guía y a la llegada a un pueblo preguntó al primero que vio si se encontraban en el camino de Bristol.

—¿De dónde vienen ustedes? —inquirió el individuo.

—No le importa —replicó Jones—. Lo que me interesa saber es si éste es el camino de Bristol.

—¡El camino de Bristol! —contestó el hombre rascándose la cabeza—. Me parece, joven, que siguiendo este camino no llegarán a Bristol en toda la noche.

—¿Puede decimos entonces dónde lleva este camino que seguimos?

—No sé dónde perderían su camino —repuso el joven—, pues éste donde lleva es a Gloucester.

—Bien, ¿y cuál es el camino de Bristol? —preguntó Tom.

—Se están ustedes apartando de Bristol —contestó el individuo.

—¿Entonces tenemos que retroceder? —dijo Jones.

—Deben hacerlo —contestó el joven.

—Y cuando lleguemos a lo alto de la cuesta, ¿qué camino debemos tomar?

—Deben seguir el camino derecho.

—Pero yo recuerdo que hay dos caminos, uno a la derecha y otro a la izquierda.

—Deben tomar el de la derecha, y luego seguir siempre recto. Recuerden sólo que tienen que marchar primero a su derecha, luego hacia la izquierda de nuevo, y luego a la derecha, y así llegarán a casa del señor, y entonces deben seguir derechos y volver a la izquierda.

En aquel momento apareció otro individuo y preguntó qué camino seguían los

caballeros, y una vez informado por Tom Jones, se rascó también la cabeza y, apoyándose en una vara que llevaba en la mano, comenzó a decir:

—Deben seguir el camino de la derecha durante una milla o milla y media o cosa así, y entonces echar hacia la izquierda, lo que le conducirá a casa de Mr. Jin Bearnés.

—¿Quién es Mr. Jin Bearnés? —preguntó Jones.

—¡Oh, señor! —exclamó el individuo—. ¡Cómo! ¿No conoce usted a Mr. Jin Bearnés? ¿De dónde viene usted?

Aquellos dos tipos estaban agotando la paciencia de Jones, cuando un hombre de buen aspecto, un cuáquero sin duda, se les acercó y dijo:

—Amigo, veo que has perdido tu camino, y si sigues mi consejo no intentarás buscarlo esta noche. Está ya muy oscuro y el camino es difícil de señalar. Además, se han cometido varios robos entre este pueblo y Bristol. Aquí existe una casa muy acreditada, que se encuentra precisamente muy cerca, donde serás bien atendido, así como tus caballos, hasta mañana.

Tom Jones, tras de un breve titubeo, aceptó permanecer en aquel lugar hasta el día siguiente, siendo guiado por su amigo hasta el mesón.

El mesonero, un hombre muy cortés, dijo a Tom Jones que esperaba que excusaría lo malo del alojamiento, ya que su esposa estaba ausente y había cerrado todas las cosas bajo llave, llevándose éstas consigo. En realidad, lo que sucedía era que una hija predilecta de la mujer se acababa de casar y se había ido a casa de su marido aquella misma mañana, y entre la hija y la madre se habían llevado todas las provisiones del buen hombre, incluso su dinero, pues aunque el matrimonio tenía varios hijos, sólo la hija recién casada, que era la preferida de la madre, merecía sus atenciones, y a los caprichos de esta criatura sacrificaba con gusto a todos los demás, incluso a su marido.

Aunque Tom Jones no gustaba mucho de la compañía y hubiera preferido estar solo, no le fue posible deshacerse de las inoportunidades del honrado cuáquero, en quien se despertó un vivo deseo de hacerle compañía al observar la melancolía que se reflejaba en el rostro del joven, suponiendo que con su charla podría contribuir a disiparla.

Luego que llevaban un rato sumidos en el más completo silencio, de tal modo que nuestro héroe podría haberse imaginado en una de sus reuniones silenciosas, el cuáquero, instigado por un móvil u otro, muy probablemente el de la curiosidad, dijo:

—Amigo, me doy cuenta de que te ha sucedido alguna desgracia. Pero te suplico que te consueles. Tal vez hayas perdido a un amigo. Si es así, debes tener presente que todos somos mortales. ¿Y por qué has de afligirte si sabes que la pena no puede hacer ningún bien a tu amigo? Todos hemos nacido para la aflicción. Seguramente yo también tengo mis penas igual que tú, y probablemente mayores. Disfruto de una renta de cien libras anuales, que es todo cuanto necesito. Poseo una conciencia

tranquila y, libre de culpa, doy gracias al Señor. Mi naturaleza es sana y fuerte, y no existe hombre que pueda exigirme una deuda ni acusarme de una injuria. No obstante, amigo, me inclinaría a pensar que eres tan desgraciado como yo.

A continuación el cuáquero dejó escapar un gran suspiro y Jones le contestó lo siguiente:

—Lamento de veras su desgracia, sea cual sea ésta.

—¡Ah, amigo! —exclamó el cuáquero—. Una hija es la causa de ella, una que fue mi mayor alegría en la tierra, y que esta semana ha huido de mi lado y se ha casado contra mi voluntad. Yo le había buscado un matrimonio adecuado con un hombre honrado y de posición, pero ella ha preferido elegir por sí misma, huyendo con un joven que no vale nada. Si mi hija hubiera muerto, como supongo que ha sucedido con su amigo, yo sería ahora un hombre feliz.

—Eso me parece muy raro —repuso Jones.

—¿Por qué? ¿No sería para ella mucho mejor morir que ser pobre? —contestó el cuáquero—, pues como ya le he dicho a usted, el joven no vale nada y ella no puede esperar que le dé jamás un chelín. No, puesto que se ha casado por amor, que viva sólo de amor, si es que puede. Que lleve su amor al mercado, a ver si alguien se lo cambia por plata o al menos por alguna moneda de cobre.

—Usted conoce mejor que nadie su propio interés —repuso Tom Jones.

—Debe de haber existido —continuó el cuáquero— un proyecto largo tiempo meditado con el fin de engañarme, pues ambos se conocían desde la infancia, y siempre advertí a mi hija contra el amor, y mil veces le dije que era una solemne locura y una tontería. La muy astuta fingió prestarme atención y despreciar todo desenfreno de la carne. Sin embargo, a la postre se escapó por una ventana alta, pues había comenzado a sospechar de ella y la encerré en una habitación, con el propósito de casarla a la mañana siguiente a mi gusto. Pero ella se burló de mí y se escapó con el novio elegido por ella, quien no perdió el tiempo, pues en menos de una hora se casaron y se acostaron juntos. Pero se acordará, pues ya pueden pasar hambre, pedir limosna o robar juntos, que yo no me inmutaré.

En este momento Tom Jones se puso en pie y exclamó:

—Le suplico que me perdone, pero desearía que me dejase usted solo.

—Espere, amigo, espere —contestó el cuáquero—. No se deje usted dominar por la preocupación. Ya ve que hay otros desgraciados también.

—Lo que veo es que hay locos, tontos y villanos en el mundo —exclamó Tom Jones—. Pero permítame que le dé un consejo: envíe a buscar a su hija y a su yerno, y no sea la única causa de disgusto para una joven a la que pretende querer.

—¡Enviar a buscar a mi hija y a su marido para traerlos a casa! —exclamó en alta voz el cuáquero—. ¡Antes enviaría por los dos mayores enemigos que tuviera en el mundo!

—Muy bien. Váyase en seguida a su casa o a donde quiera —replicó Jones—, pues no seguiré por más tiempo en su compañía.

—En modo alguno, amigo —repuso el cuáquero—, intento imponer mi compañía a nadie.

Entonces hizo un ademán como si fuera a sacar dinero del bolsillo, pero Jones le empujó fuera de la habitación con cierta violencia.

Lo dicho por el cuáquero había impresionado tanto a Jones, que el joven quedó absorto mientras el hombre hablaba. Esto fue observado por el hablador, lo que unido al comportamiento de Tom, hizo pensar al buen hombre que el viajero estaba realmente loco. De aquí que, en vez de darse por ofendido por el ultraje que le habían infligido, el cuáquero se sintió movido a compasión ante aquella desgraciada circunstancia y tras de comunicar al mesonero su opinión sobre el joven, le recomendó que cuidara del huésped y le tratase con suma cortesía.

—No sé por qué —replicó el dueño de la hospedería—, le he de guardar tantas consideraciones, pues, a lo que parece, no es más caballero que yo, sino un bastardo criado por un gran señor en su casa, que se encuentra a unas treinta millas de aquí. Ahora ha sido arrojado de la casa, y no habrá sido por nada bueno, seguramente. Procuraré que salga de la mía lo antes posible.

—¿Qué has dicho de un bastardo, Robin? —preguntó el cuáquero—. Seguramente estás en un error.

—De ningún modo —contestó Robin—. El guía, que le conoce muy bien, me lo ha contado todo.

En efecto, en cuanto el guía tomó asiento ante el fuego de la cocina, se apresuró a comunicar a los presentes todo cuanto sabía o había oído decir sobre Tom Jones.

Una vez que el cuáquero comprobó por el guía del nacimiento y escaso caudal de Tom Jones, todo sentimiento de compasión desapareció de él, y el honrado hombre se retiró a su casa poseído por una indignación no menor que la que un duque sentiría al recibir una afrenta de semejante persona.

El mesonero concibió igual desdén por su huésped, así que cuando Jones tocó la campana para retirarse a dormir, se le comunicó que no podía disponer de lecho. Aparte del desdén que Robin sentía ante la humilde condición de su huésped, abrigaba alarmantes sospechas sobre sus intenciones, que a su juicio era aprovechar alguna oportunidad favorable para robar la casa. En realidad, la prudente precaución de su mujer y de su hija le libraba de tales temores, ya que ambas mujeres se habían llevado todo lo que encontraron a mano. Pero se trataba de un hombre inclinado a la sospecha por naturaleza, y lo era mucho más desde que le habían robado una cuchara de plata. En resumen, el miedo a que le robaran se impuso a la consoladora consideración de que no tenía nada que perder.

En cuanto a Jones, una vez que se aseguró de que no podía disponer de cama

donde dormir, se acomodó en un sillón de mimbre, dispuesto a pasar la noche allí.

El dueño de la casa, por su parte, no pensó ni por casualidad en retirarse a su habitación. Volvió junto al fuego de la cocina, desde donde podía vigilar la única puerta que daba al gabinete o, más bien, agujero donde Tom Jones estaba sentado. En cuanto a la ventana de aquella habitación, era de todo punto imposible que una criatura mayor que un gato pudiera escapar a través de ella.

CAPÍTULO XI

LA AVENTURA DE UNA COMPAÑÍA DE SOLDADOS.

Aposentado el dueño del mesón en un lugar desde donde podía observar la puerta del gabinete, resolvió vigilar toda la noche. El guía y otro individuo le hicieron compañía durante un rato, aunque no tenían la menor idea de sus sospechas ni ellos abrigasen ninguna por su parte. La verdadera razón de su vigilancia se puso al cabo de manifiesto. No era otra que la excelente calidad de la cerveza, de la que ingirieron tal cantidad, que primero se mostraron muy charlatanes, para más tarde quedarse profundamente dormidos.

Sin embargo, la cerveza no poseía el suficiente poder para hacer desaparecer los temores de Robin. El hombre continuó vigilando en su sillón con los ojos fijos en la puerta que daba a la habitación ocupada por Tom Jones; hasta que un terrible golpe dado en la puerta de la calle le obligó a abandonar su puesto de vigilancia para correr a abrir. Apenas lo hizo se le llenó la cocina de caballeros con casacas rojas, que avanzaron hacia él de modo tan tumultuoso como si intentaran asaltar un pequeño castillo.

El mesonero se vio precisado a abandonar su puesto para servir a sus clientes la cerveza que pedían con tanta exigencia, y luego de un segundo o tercer viaje a la bodega, descubrió a Mr. Jones de pie, delante del fuego, entre los soldados, pues por fuerza la llegada de tan bulliciosa compañía tenía que interrumpir cualquier sueño, salvo de aquel que hemos de despertar al toque del Juicio Final.

Una vez satisfecha la sed, a los visitantes no les restaba otra cosa que hacer que pagar la cuenta, detalle que a menudo es origen de gran descontento entre las clases inferiores de la sociedad, que encuentran una gran dificultad en establecer la cantidad que debe cada uno. Tal dificultad se presentó en la presente ocasión, y resultó tanto mayor cuanto que algunos caballeros se habían marchado con gran prisa después de sus primeros vasos, olvidando por completo contribuir de algún modo a la cuenta mencionada.

Inmediatamente se suscitó una violenta disputa acompañada por juramentos, pues los ternos proferidos eran tantos, por lo menos, como las palabras. En la discusión hablaron todos a la vez, y cada individuo parecía inclinado a disminuir la suma que le correspondía del gasto total, así que el resultado más probable que se preveía era que gran parte de éste tuviese que suplirlo el patrón de su bolsillo, o lo que equivale a que se quedara sin cobrar.

Durante este tiempo, Tom Jones charlaba con el sargento, pues éste no participaba en la disputa, ya que se hallaba exento por la costumbre desde tiempo inmemorial de

toda contribución.

La disputa se iba haciendo tan violenta que amenazaba con concluir en reyerta, cuando Tom Jones, adelantando un paso hacia ellos, puso fin al griterío declarando que él pagaría todo el gasto, que no excedía de tres chelines y medio.

Esta declaración proporcionó a Tom Jones el agradecimiento y los aplausos de toda la compañía. Las palabras honorable, noble y digno caballero resonaron por toda la sala, e incluso el mesonero empezó a formar mejor juicio de él y a poner en duda la historia sobre Tom que le habían contado.

El sargento había dicho a Tom Jones que marchaban contra los rebeldes, esperando ser mandados por el glorioso duque de Cumberland. De ello el lector deducirá, circunstancia que no nos ha parecido oportuno comunicar antes, que nos encontrábamos en la época en la que la última rebelión se hallaba en su apogeo. En efecto, los bandidos habían penetrado en Inglaterra e intentaban, al parecer, presentar batalla a las tropas reales y avanzar hacia la metrópoli.

Tom Jones tenía algún elemento heroico en su carácter y era un decidido partidario de la gloriosa causa de la libertad y de la religión protestante. Por eso no debe extrañar que, en circunstancias que hubieran justificado una empresa mucho más romántica y arriesgada, se le ocurriera servir como voluntario en aquella expedición.

Por su parte, el sargento había puesto en práctica todo su poder de seducción para alentar aquella buena disposición. Y ahora proclamó en alta voz la noble resolución del joven, que fue acogida con gran satisfacción por todos los soldados, que se pusieron a gritar:

—Dios bendiga al rey Jorge y a su señoría —y tras de una serie de argumentos, añadieron—: Permaneceremos a su lado hasta derramar la última sangre.

Tom Jones, que pasó toda la noche bebiendo en la cervecería, fue convencido, mediante algunos argumentos que un cabo puso en sus manos, para que se sumara a la expedición. Colocada la maleta perteneciente a Jones en el carro de los equipajes, y a punto ya de emprender la marcha, apareció el guía, quien dijo:

—Señor, espero que tenga presente que los caballos fueron alquilados por toda la noche, y que hemos caminado bastante apartándonos del camino que deberíamos seguir.

Jones se sintió sorprendido ante la petición del guía y comunicó a los soldados los méritos de su causa, con lo que todos estuvieron de acuerdo en condenar al guía por su intento de tratar de violentar al caballero. Algunos de los soldados propusieron entonces atar al hombre de pies y manos, otros, darle una paliza, mientras que el sargento le sacudió un bastonazo sobre las espaldas y dijo que si estuviera a sus órdenes le aplicaría un castigo ejemplar.

Jones, sin embargo, se contentó con un castigo pasivo, y emprendió la marcha

con sus nuevos camaradas, dejando al pobre guía con el consuelo de maldecirle e injuriarle, en cuya última acción se le unió el mesonero:

—¡Magnífico caballero para soldado! ¡Llevará muy bien la casaca! Es un antiguo proverbio, y muy cierto, el que dice que no es oro todo lo que reluce. Me alegro de que mi casa se vea libre de él.

Todo aquel día marcharon juntos el sargento y el joven soldado, y el primero, que era muy socarrón, contó a Tom muchas entretenidas anécdotas de sus campañas, aunque en realidad jamás tomó parte en ninguna, pues hacía poco que había ingresado en el ejército, dándose tanta maña en congraciarse con sus oficiales, que había conseguido ascender a sargento, principalmente por sus méritos en la recluta de soldados, para la que tenía una gran habilidad.

Durante la marcha, la alegría y el regocijo de los soldados alegró la jornada. Entre los soldados se recordaron las cosas sucedidas durante el último acuartelamiento. Todos se burlaron con gran liberalidad de sus oficiales. Algunas de las burlas fueron del peor gusto, lindando con el escándalo. Esto hizo que nuestro héroe recordase la costumbre que, según había leído, existía entre los griegos y romanos de conceder en ciertos festivos y ocasiones solemnes autorización a los esclavos para que empleasen toda la libertad de lenguaje contra sus amos.

Nuestro pequeño ejército, que estaba formado por dos compañías de infantería, llegó al fin al lugar donde tenía que pasar la noche. El sargento comunicó al teniente que mandaba las fuerzas que había reclutado a dos hombres durante la marcha de aquel día, uno de los cuales, anunció, era un caballero completo —refiriéndose al bebedor de cerveza—, pues medía casi seis pies de estatura, estaba bien proporcionado y era de constitución fuerte, y el otro, Jones, serviría muy bien en retaguardia.

Los nuevos soldados fueron conducidos ante el oficial, que, luego de examinar al hombre alto, el primero presentado, pasó revista a Tom Jones, y en cuanto le puso la vista encima no pudo contener un grito de sorpresa, pues aparte de ir bien vestido y tener buen porte, poseía una expresión digna en su mirada, que no es usual en las personas vulgares ni tampoco se refleja siempre en los rostros de los pertenecientes a las clases superiores.

—Señor —empezó el teniente—, me informa mi sargento que desea usted alistarse en la compañía que en la actualidad mando. Si es eso cierto, tendremos un gran placer en recibir en ella a un caballero que promete honrar a la compañía como soldado.

Jones repuso que no había hablado nada de alistarse, que se sentía atraído por la gloriosa causa por la que iban a luchar y que deseaba servir como voluntario, y concluyó dirigiendo algunos cumplidos al teniente y expresando su gran satisfacción por servir a sus órdenes.

El teniente le devolvió los cumplidos, elogió su determinación y le invitó a comer con él y el resto de los oficiales.

CAPÍTULO XII

LA AVENTURA DE UNA COMPAÑÍA DE OFICIALES.

El teniente de que hemos hablado en el capítulo anterior y que mandaba aquellas fuerzas tenía cerca de sesenta años. Había ingresado muy joven en el ejército, sirviendo como alférez en la batalla de Tannieres. En ella recibió dos heridas, distinguiéndose tanto que fue ascendido por el duque de Marlborough inmediatamente después de la batalla.

En este grado permanecía desde entonces, es decir, hacía cuarenta años, durante cuyo lapso de tiempo había podido ver cómo muchos le adelantaban, y ahora se sentía mortificado, pues era mandado por jóvenes cuyos padres eran niños cuando él ingresó en el ejército. Este escaso éxito no sólo era debido a carecer de amigos poderosos. Había tenido la desgracia de incurrir en el desagrado del coronel del regimiento, el cual había permanecido muchos años al frente del mismo. La ojeriza de su superior no era debida a ninguna falta o negligencia en el servicio, sino sólo a la indiscreción de su esposa, que aunque era mujer muy guapa, y estaba muy enamorada de su marido, no quiso conquistar jamás su ascenso a cambio de ciertos favores que el coronel exigía de ella.

El desgraciado teniente se sentía de veras desgraciado. Si bien percibía los efectos de la enemistad de su coronel, no sabía ni sospechaba que éste le profesase ninguna, puesto que no podía suponer su mala voluntad, a la que a su juicio, no había dado ocasión. En cuanto a su esposa, temiendo lo que pudiera sufrir el honor de su marido, se había limitado a conservar su virtud sin gozar del triunfo de su conquista.

Aquel infortunado oficial, pues creo que así puede ser llamado, contaba con excelentes cualidades, aparte de sus méritos profesionales. Se trataba de un hombre religioso, honrado y de carácter bondadoso, y se había comportado tan bien en el ejercicio de su profesión, que era muy apreciado y querido no sólo por los soldados a sus órdenes, sino por todo el regimiento.

Los otros oficiales que compartían el mando con él eran un teniente francés, que llevaba el tiempo suficiente fuera de Francia para haber olvidado su lengua, pero no lo bastante en Inglaterra para aprender el nuestro, así que, en realidad, no hablaba idioma alguno y apenas lograba hacerse entender en la mayoría de los casos.

Había también dos alféreces, ambos muy jóvenes, uno de los cuales se había criado con un tutor y el otro era hijo del mayordomo de un noble.

Tan pronto terminó la comida, Jones informó a los presentes de la alegría que había reinado entre los soldados durante la marcha.

—Sin embargo —dijo—, pese a todas sus vociferaciones, me atrevería a apostar

que se comportarían más bien como griegos que como troyanos ante el enemigo.

—¿Griegos y troyanos? —exclamó uno de los alféreces—. ¿Quiénes fueron éstos? He oído hablar de todas las tropas de Europa, pero jamás he oído hablar de éstas.

—No pretenda usted mostrarse más ignorante de lo que es, Mr. Northerton —repuso el teniente—. Supongo que habrá usted oído hablar de griegos y troyanos, aunque jamás haya leído a Homero, quien, ahora que el caballero lo ha mencionado, recuerdo que compara la marcha de los troyanos con el cacareo de los gansos y ensalza el silencio de los griegos, y considero muy justa la observación del nuevo recluta.

—Ahora recuerdo —dijo a su vez el teniente francés— que en la escuela leíamos las luchas entre griegos y troyanos.

—Odio a Homero con todo mi corazón —afirmó Northerton—. Ahí está Thomas, de nuestro regimiento, que siempre lleva en el bolsillo un Homero. Pero como se lo pille, lo quemaré en el acto. Y también me acuerdo de un tal Corderius, un hijo de mala madre, que me propinó muchos azotes cuando yo era niño.

—¿Entonces fue usted a la escuela, Mr. Northerton? —preguntó el teniente.

—¡Caramba, vaya si fui! —repuso el alférez—. ¡El diablo inspiró a mi padre para enviarme a ella! El viejo estaba empeñado en hacer de mí un cura, pero menudo chasco se llevó el tonto del maestro. También James Oliver, de nuestro regimiento, se escapó por milagro de ser un alcahuete, y esto sí que hubiera sido una verdadera lástima, ya que se trata de uno de los muchachos más simpáticos del mundo. Pero se burló bien del viejo maestro, pues James no sabe ni leer ni escribir. ¡Demonio!

—¡Vaya fama que le pone usted a su amigo! —repuso el teniente—. Muy merecida, por cierto. Pero le ruego, Northerton, que abandone usted esa maldita y fea costumbre que tiene de soltar tacos sin ton ni son, pues se equivoca si cree que eso es una prueba de ingenio o elegancia. Me gustaría también que siguiera mi consejo y desistiera de hablar mal de los curas. Las reflexiones y adjetivos injuriantes sobre cualquier entidad de individuos, siempre carecen de justificación, pero, aún más si ocurre eso cuando se aplican a función tan sagrada, pues el abusar de la entidad es abusar de la propia función, y dejo a su consideración lo poco adecuada que es tal conducta en hombres que van a luchar en defensa de la religión protestante.

Mr. Adderly, que tal era el nombre del otro alférez, había permanecido sentado canturreando una melodía, sin que en apariencia pareciera escuchar el discurso, y ahora respondió:

—*O, monsieur, on ne parle pas de la religion dans la guerre.*

—Bien dicho, John —exclamó Northerton—. Si sólo se tratara de la religión, los sacerdotes podrían ganarse las batallas por sí mismos.

—Ignoro, caballeros —dijo Jones—, cuál será su opinión. Pero considero que ningún hombre puede emprender una causa más noble que la de su religión, y he

observado, en lo poco que he leído de historia, que ningún soldado ha peleado tan bravamente como aquel que es inspirado por un ardor religioso. Por lo que a mí respecta, espero, aunque amo a mi rey y a mi país como cualquier patriota, que la causa protestante posee el suficiente interés para que figure uno como voluntario defensor de ella.

Northerton guiñó un ojo a Adderly y le dijo en voz baja:

—Vamos a por el presumido.

Luego, volviéndose hacia Jones, añadió:

—Me siento muy contento, señor, de que haya usted elegido nuestro regimiento para prestar en él servicio como voluntario, pues si nuestro cura toma en alguna ocasión alguna copa de más, creo que usted podrá reemplazarle. Supongo que habrá estado usted en la universidad. ¿Podría saber en qué colegio ha sido?

—Señor —repuso Tom Jones—, muy lejos de haber ido a la universidad, he gozado de las mismas ventajas que usted, pues jamás he pisado un colegio.

—Lo suponía por su gran erudición —contestó el alférez.

—¡Oh, señor! —replicó Tom—. Es posible para un hombre saber algo sin haber estado en la escuela, como también lo es haber estado en la escuela y no saber nada en absoluto.

—Bien dicho, joven voluntario —exclamó el teniente—. Créame usted, Northerton, es mejor que no se meta con él, pues el joven será implacable.

A Northerton no le gustó el sarcasmo de Jones. Pero se dijo que la provocación no era suficiente para justificar un golpe o un insulto. Por ello permaneció silencioso en esta ocasión, aunque decidió aprovechar la primera oportunidad que se presentara para devolver el sarcasmo.

Al fin le llegó a Tom Jones el turno de hacer un brindis, y no pudiéndose contener más, mencionó el nombre de su querida Sophia. Sí, lo hizo, pues le pareció imposible que ninguno de los presentes pudiera adivinar a quién se refería.

Pero el teniente, que era el director de los brindis, no se contentó sólo con el nombre de Sophia. Dijo que tenía que saber su apellido paterno, y luego de alguna vacilación por parte de Jones, éste acabó por nombrar a miss Sophia Western. Pero el alférez Northerton declaró que no brindaría por ella a no ser que alguien saliera fiador de su persona.

—Conocí a una Sophia Western —afirmó— que se acostaba con la mitad de los jóvenes de Bath, y quizá sea esa misma que usted conoce.

Tom Jones le aseguró solemnemente que no, y añadió que la señorita que nombraba era muy distinguida y de gran posición.

—Entonces es la misma —repuso el alférez—. Que me condene si no es la misma, y apuesto media docena de botellas de vino de Borgoña a que Thomas French, de nuestro regimiento, la trajo para que nos hiciera compañía en una taberna

de Dridges Street.

Luego procedió a describir a la joven con gran lujo de detalles, pues la había visto con su tía, concluyendo por decir «que su padre tenía una gran propiedad en Somersetshire».

El amor de los enamorados es incapaz de soportar cualquier broma que se gaste con los nombres de sus novias. Sin embargo, aunque tenía bastante en sí de enamorado y de héroe, Tom Jones no se sintió ofendido por estas calumnias tan pronto como debería haberlo hecho. Como le habían gastado pocas bromas de esta clase, no las comprendía, y durante cierto tiempo creyó que Mr. Northerton había equivocado de buena fe a su novia con otra muchacha.

Pero ahora, volviéndose al alférez con expresión seria, dijo:

—Le suplico, caballero, que elija algún otro tema para sus bromas, pues le aseguro que no consentiré ninguna chanza más a costa de miss Western.

—¡Chanzas! —exclamó el militar—. Jamás he hablado más en serio que en este instante. Thomas French, de nuestro regimiento, se acostó con ella y con su tía.

—Entonces le digo en serio —exclamó Jones— que es usted uno de los bribones más desvergonzados que existen bajo la capa del cielo.

Apenas acababa Tom Jones de pronunciar estas palabras cuando el alférez, junto con una salva de insultos y blasfemias, arrojó una botella llena a la cabeza de Tom Jones, la cual, al darle en la sien derecha, le arrojó instantáneamente al suelo.

El vencedor, al ver a su enemigo sin movimiento delante de él mientras la sangre procedente de la herida corría en abundancia, empezó a pensar cómo desaparecer del campo de batalla, donde ya no podía alcanzar más honor. Pero el teniente le cerró el paso colocándose delante de la puerta.

Northerton ofendió también al teniente por impedirle escapar, hablando de las consecuencias que podía tener para él si se quedaba allí. Asimismo preguntó a su superior qué otra cosa podía haber hecho.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Todo era una broma. Jamás oí nada malo de miss Western.

—¿Que no oyó nada malo? —preguntó el teniente—. En ese caso merece usted que le ahorquen, tanto por gastar esa broma como por emplear semejante arma. Queda usted detenido, alférez, y no se moverá usted de aquí hasta que venga una guardia para hacerse cargo de usted.

Era tal el ascendiente que el teniente tenía sobre el alférez, que todo el valor que había empleado para arrojar a nuestro héroe al suelo no hubiera bastado para hacerle desenvainar su espada contra el teniente, caso de que hubiera tenido una ceñida a su costado. Pero todas las espadas habían sido recogidas por el oficial francés y escondidas cuando se inició la pelea. Así que Mr. Northerton se vio obligado a esperar el resultado final del asunto.

El francés y Mr. Adderly, a una indicación de su teniente, levantaron el cuerpo de Tom Jones. Pero al no observar señales de vida en él volvieron a depositarle en el suelo, protestando Adderly de que le hubiera manchado el chaleco de sangre, mientras el francés declaraba:

—Permítame que no toque a un inglés muerto. He oído decir que la ley inglesa hace matar a todo el que toca a un ciudadano inglés que se encuentra en las condiciones de éste.

El teniente llamó entonces con la campanilla, y en cuanto apareció el mozo, le mandó que fuera a buscar a escape a un cirujano y a unos cuantos mosqueteros. Estas órdenes, unidas al informe que dio el mozo sobre lo que había visto, no sólo atraieron a los soldados, sino que a poco apareció también el dueño de la posada, su esposa, sus criados y todos cuantos se encontraban en la casa.

No me considero con la capacidad necesaria para describir todos los detalles y relatar todas las conversaciones que se produjeron durante la escena que siguió, a no ser que poseyera cuarenta plumas y pudiera escribir con todas ellas a la vez, del mismo modo que hablaron los presentes. En consecuencia, el lector deberá contentarse con los incidentes más notables y dispensarme que no hable de los restantes.

Lo primero que se hizo fue detener a Northerton que, custodiado por seis hombres y un cabo, fue conducido a un lugar que hubiera abandonado de muy buen grado, pero en el que penetró muy en contra de su voluntad. Tan absurdos son los deseos de la ambición, que en el mismo instante en que aquel joven obtenía el honor que acabo de mencionar, se hubiese contentado con poderse retirar al último rincón del mundo, donde nadie se acordara de su nombre.

Nos sorprende, y quizá les ocurra lo mismo a nuestros lectores, que el teniente, un hombre bueno y digno a carta cabal, se preocupara primero de castigar al ofensor que de atender al herido. Hacemos esta observación, no con el propósito de explicar conducta tan extraña, sino por temor a que algún crítico pueda jactarse de haberla descubierto. Haríamos ver a esos caballeros que sabemos lo que es extraño en un carácter tan bien como ellos. Pero es nuestra intención relatar los hechos tal como se produjeron y una vez hecho, corresponde al lector erudito y sagaz consultar ese libro original de la naturaleza, del que transcribimos cada pasaje de nuestra obra, aunque no citaremos siempre la página de donde esté tomado.

Los que penetraron en la habitación pensaron de otro modo. Suspendieron su curiosidad respecto a la persona del alférez hasta que más adelante pudieran verle en una actitud más airosa. De momento todo su interés y atención se concentró en el cuerpo sangriento de la persona que yacía en el suelo, la cual, luego de ser colocada en una silla, no tardó en dar señales de vida y movimiento. En cuanto fueron percibidas éstas —en un principio se había creído muerto a Jones—, todos se

apresuraron a recetar. Como no había ningún médico presente, todos se atribuyeron esta profesión.

Todos se mostraron de acuerdo en que debía de sangrarsele, mas por desgracia, no había a mano ningún operador. Todos se apresuraron a gritar entonces: «Que venga un barbero». Sin embargo, ninguno salió a buscarlo. Asimismo se prescribieron diversos cordiales, que tampoco se encontraban allí, hasta que el mesonero ordenó que trajeran un jarro de cerveza fuerte que, a su juicio, era el mejor cordial de Inglaterra.

La persona que más destacó en la presente ocasión, en realidad la única que fue capaz de realizar algún servicio o parecía estar en condiciones de hacerlo, fue la mesonera. Se cortó un mechón de pelo y lo aplicó a la herida con el fin de contener la sangre; calentó las sienes del joven con su mano y, demostrando un gran desprecio por la receta de la cerveza dada por su marido, envió a una de sus criadas a que trajera de su armario una botella de aguardiente, y tan pronto como se la trajeron instó a Tom Jones, que acababa de volver en sí, para que bebiera un buen trago.

Poco después llegó el cirujano, que luego de examinar la herida, movió la cabeza y censuró todo lo que se había hecho, ordenando a Tom que se metiera inmediatamente en la cama, en cuyo lugar juzgamos oportuno dejarle descansar durante un tiempo, y nosotros pondremos fin al presente capítulo.

CAPÍTULO XIII

DONDE SE EXPONEN LOS RAZONAMIENTOS DE LA MESONERA, EL GRAN SABER DEL CIRUJANO Y LA INNEGABLE HABILIDAD EN MATERIA CASUÍSTICA DEL DIGNO TENIENTE.

Cuando el herido fue conducido a la cama y la casa comenzó a tranquilizarse tras del bullicio que había producido el accidente, la mesonera se dirigió al teniente con las siguientes palabras:

—Temo, señor —dijo—, que ese joven no se haya conducido muy correctamente, y si hubiera sido muerto creo que hubiese encontrado su merecido. No cabe duda de que cuando los caballeros admiten junto a ellos personas de categoría inferior, deberían mantenerlas a distancia, aunque como mi marido acostumbraba a decir, pocos son los que saben cómo hacerlo. Por lo que a mí respecta, estoy segura de que no hubiera consentido que ningún joven se colase en una sociedad de caballeros. Pero creí que era un oficial, hasta que el sargento me ha dicho que se trata de un simple recluta.

—Mesonera —repuso el teniente—, está usted completamente equivocada. Ese joven se ha comportado de un modo admirable y, a mi entender, es cien veces más caballero que el alférez que le ha maltratado. Si el joven muere, el hombre que le ha herido tendrá motivos para sentirlo. En cuanto al regimiento, se verá libre de un sujeto muy molesto, que representa un motivo de escándalo para el ejército, y si escapa a la acción de la justicia, reprócheme usted, señora, mi torpeza.

—¡Quién podía sospecharlo! —exclamó la mesonera—. Me satisface que quiera usted que se haga justicia, y así debería suceder con todo el mundo. Los caballeros no deberían de poder matar a los infelices sin tener que responder luego. Un desgraciado tiene que salvar su alma lo mismo que sus superiores.

—Tiene usted razón, señora —repuso el teniente—. Yo juraría que el herido es aún más caballero que el oficial.

—Mire usted —continuó la mesonera—, mi primer marido fue un hombre sabio y solía decir que no siempre se puede deducir el interior por el exterior. Eso tampoco hubiera sido posible para mí en este caso, pues no le vi hasta que estuvo todo cubierto de sangre. ¿Quién podría pensarlo? Quizá haya mediado entre los caballeros una cuestión de amor. ¡Vaya un día aciago! ¡Si muriera, qué trastorno sería para sus padres! Ese alférez debe de estar endemoniado para haber obrado de ese modo. Sin duda es un motivo de escándalo para el ejército, como ha dicho usted, pues la mayor parte de los oficiales del ejército que conozco son gente de condición muy distinta, y parecen como si no les gustase derramar sangre cristiana como cualquier otro

hombre, quiero decir los paisanos, como solía decir mi marido. Cuando van a la guerra tiene que haber derramamiento de sangre, pero por esto no pueden ser censurados. Cuantos más enemigos maten tanto mejor, y deseo de todo corazón que lleguen a matar a todos los hijos de madre enemigos.

—¡Oh, señora! —exclamó el teniente sonriendo—. Me parece un deseo demasiado sangriento.

—De ningún modo, señor —contestó la mujer—. No soy sanguinaria, sino para nuestros enemigos y en ello no hay daño alguno. Es muy natural que deseemos la muerte de nuestros enemigos, que las guerras concluyan y que bajen los impuestos, pues es terrible lo que pagamos ahora. Se pagan más de cuarenta chelines por hueco de ventana, y por esta razón en nuestra casa hemos tapado todas las que hemos podido. Casi hemos dejado a oscuras la casa. Yo le digo al recaudador que ustedes nos suelen favorecer con su visita y que nos tenemos por buenos amigos del Gobierno, y sin duda lo somos cuando tanto dinero le damos. No obstante, a menudo pienso que el Gobierno no se considera por esto más obligado que con aquellos que no le pagan un céntimo. ¡Ay, así es el mundo!

La mesonera seguía hablando de esta suerte cuando entró el cirujano. El teniente se apresuró a preguntar cómo estaba el herido, pero el cirujano se limitó a responder:

—Mejor, supongo, de lo que hubiera estado en estos momentos si no me hubiesen llamado, y quizá habría sido mejor que me llamaran antes.

—Confío —repuso el teniente— que no tendrá fracturado el cráneo.

—Ahora —repuso el cirujano— las fracturas no son siempre los síntomas más peligrosos. Las contusiones y desgarraduras vienen con frecuencia acompañadas de peores fenómenos y de peores consecuencias que las fracturas. La gente que no sabe nada de nada afirma que todo marcha bien mientras el cráneo no haya sido fracturado. Pero yo prefiero ver el cráneo de un hombre hecho trizas antes que ciertas contusiones.

—Confío —dijo el teniente— que ahora no existan tales síntomas.

—Los síntomas —repuso el cirujano— no son siempre regulares ni constantes. He visto muchos síntomas alarmantes por la mañana cambiar en favorables por la tarde y volver a ser alarmantes por la noche. Con razón se dice de las heridas: *Nemo repente fuit turpissimus*. Una vez fui llamado para asistir a una persona que había recibido una violenta contusión en la tibia. Tenía la piel rasgada y había brotado bastante sangre. Por otro lado, los tejidos interiores habían resultado tan destrozados que el hueso era visible a través de la herida. Como se presentaran algunos síntomas febriles, pues el pulso era agitado y señalaba mucha flebotomía, temí una gangrena inmediata. Entonces, para ver de cortarla, hice un gran orificio en la vena del brazo izquierdo, de la que extraje veinte onzas de sangre, la que esperaba encontrar muy aglutinada y coagulada, como es corriente en los males pleuríticos. Mas, con gran

sorpresa por mi parte, resultó ser de un rojo vivo y su consistencia difería muy poco de la sangre de los que gozan de una salud perfecta. Entonces apliqué unos fomentos en la contusión, que respondieron bien a su cometido, y luego de vendarla dos o tres veces, la herida comenzó a soltar un pus espeso, lo que suponía la curación. Pero quizá no consiga hacerme entender.

—Realmente no —repuso el teniente—. Yo no entiendo ni jota.

—Bien, señor —contestó el cirujano—. Entonces no abusaré de su paciencia. En resumen, a las seis semanas mi paciente fue capaz de andar con sus piernas tan bien como lo hacía antes de recibir la contusión.

—Quisiera, señor —pidió ahora el teniente—, que fuera usted tan amable que me dijera tan sólo si la herida que ha recibido ese caballero es mortal o no.

—Teniente —contestó el cirujano—, decir si una herida es mortal o no después de la primera cura sería una presunción estúpida. Todos somos mortales, y a veces se presentan durante la cura síntomas que los más entendidos de nuestra profesión no pudieron prever.

—Pero ¿le juzga usted en peligro? —inquirió el teniente.

—¡En peligro! ¡Ay! —exclamó el cirujano—. ¿Quién hay entre nosotros que gozando de perfecta salud no puede decirse que está en peligro? ¿Puede decirse de un joven como ése, que padece una herida tan mala, que esté fuera de peligro? Todo lo que por el momento puedo decir es que está bien que me llamasen, y que tal vez hubiese sido mejor que me llamaran antes. Volveré a visitarle a primera hora de la mañana. Mientras tanto, que permanezca quieto y beba cuanto quiera un cocimiento de harina de avena.

—¿Se le podrá dar un poco de vino blanco? —inquirió la mesonera.

—Sí, puede tomarlo —repuso el doctor—, a condición de que se le dé una pequeña cantidad.

—¿Y un poco de caldo de pollo? —añadió la mujer.

—Sí, sí, caldo de pollo —contestó el cirujano—. Es muy bueno para esto.

—¿Le podría hacer también un poco de gelatina? —preguntó a continuación la mesonera.

—Sí, sí —repuso el doctor—. Las gelatinas son muy indicadas para las heridas, pues provocan la cicatrización.

Fue una suerte que la mesonera no nombrara una sopa o una salsa complicada, pues el cirujano hubiera consentido en todo antes que perder la casa.

Apenas se fue el cirujano, cuando la mesonera comenzó a ensalzar su fama al teniente, el cual, por cierto, no había concebido una opinión muy favorable de su habilidad como cirujano, como la pobre mujer y toda la vecindad tenían de él, quizá con razón. Aunque temo que aquel médico fuera un poco ligero, podía, no obstante, ser un excelente cirujano.

Como el teniente dedujo del discurso del cirujano que Tom Jones corría un grave peligro, inmediatamente dio orden de que mantuvieran a Mr. Northerton bajo una guardia muy severa, pensando entregarlo a la mañana siguiente a un juez de paz y disponer que las tropas fueran conducidas hasta Gloucester por el teniente francés, que si bien no sabía leer ni escribir ningún idioma, era, sin embargo, un buen oficial.

Por la tarde, el teniente envió un recado a Tom Jones para decirle que si no le era molestia, pasaría un rato con él. Esta atención fue muy bien recibida por Tom, y el teniente se dirigió al cuarto donde se encontraba acostado el herido, a quien encontró mucho mejor de lo que esperaba, al extremo de que Tom aseguró a su nuevo amigo que si no hubiera recibido órdenes en contra del cirujano, se hubiese levantado haría tiempo de la cama. Se sentía tan bien como de costumbre y no experimentaba otra molestia que un fuerte dolor de cabeza en el lado de la herida.

—Me alegraría mucho —repuso el teniente— que estuviera usted tan bien como aparenta, ya que en este caso podría usted tomarse justicia inmediatamente. Cuando una cuestión puede ser acabada, como en el caso de un golpe, es mejor decidirla cuanto antes. Pero mucho me temo que se crea usted mucho mejor de lo que está, y él le llevará demasiada ventaja.

—Sin embargo —repuso Tom Jones—, probaré, si usted quiere y es tan amable que me preste una espada pues no tengo aquí ninguna de mi propiedad.

—Mi espada está a su disposición, mi querido muchacho —contestó el teniente besando a Tom Jones—. Es usted un bravo mozo y me complace de veras su valor. Pero temo que le fallen las fuerzas ya que tanto el golpe que ha recibido como la mucha pérdida de sangre deben de haberle debilitado mucho, y aunque no note la falta de fuerzas en la cama, estoy seguro de que lo notaría después de dos o tres arremetidas. No puedo permitir que intente usted tomarse el desquite esta noche. Pero confío que se encontrará en condiciones de unirse a nosotros antes de que llevemos muchos días de marcha, y le doy mi palabra de que será usted resarcido como merece, o el individuo que le ha injuriado no permanecerá en nuestro regimiento.

—Me gustaría —repuso Jones— poder decidir esta cuestión esta noche misma. Ahora que me ha hablado usted, ya no me será posible permanecer tranquilo.

—¡Oh, no piense usted en ello! —murmuró el teniente—. Unos cuantos días de espera no importan. Las heridas hechas al honor no son como las del cuerpo, no se agravan porque se aplace su curación. Lo mismo le será recibir una satisfacción ahora que dentro de una semana.

—Pero suponga —repuso Jones— que me pusiera peor y muriese a consecuencia de la herida.

—Entonces —contestó el teniente— su honra no exigiría reparación alguna. Yo personalmente le haría justicia a usted, y testimoniaría ante el mundo su intención de actuar como es debido, en caso de haber curado.

—No obstante —contestó Tom Jones—, me gustaría aplazarlo. Casi no me atrevo a decírselo a usted, que es soldado. Pero aunque he sido un joven muy inquieto y alegre, en mis momentos de seriedad soy un buen cristiano.

—También lo soy yo, se lo aseguro —contestó el teniente—, y tan celoso, que me congracié con usted por completo durante la comida por defender la causa de la religión. Pero ahora estoy un poco disgustado con usted, joven caballero, por haber hablado de sentir miedo de declarar su fe delante de alguien.

—Debe de ser terrible para alguien realmente cristiano albergar en su pecho la menor malicia, contraviniendo el mandamiento de Aquel que lo prohibió expresamente. ¿Cómo puedo pensar en obrar de ese modo estando postrado en el hecho?

—Creo que existe ese mandamiento —exclamó el teniente—. Sin embargo, un hombre de honor no puede guardarlo. Y usted debe proceder como un hombre de honor si quiere pertenecer al ejército. Recuerdo que en cierta ocasión hablé del caso a nuestro capellán mientras bebíamos cerveza, y acabó confesándome que había mucha dificultad para ello. Pero añadió que confiaba que hubiera cierta amplitud en favor de los soldados en tales casos, y sin duda es nuestro deber esperar que sea así. ¿Quién podría vivir sin honor? No, no, querido muchacho. Sea usted un buen cristiano, pero también un hombre de honor, y jamás permita una afrenta. Ningún libro ni ningún religioso del mundo me convencerán de lo contrario. Amo profundamente mi religión, pero aprecio mi honra mucho más. Debe de existir algún error en las palabras del texto o bien en la traducción, o en la interpretación que se da al mismo, en suma, en un lugar u otro. Sea lo que fuere, un hombre debe correr el riesgo, pues tiene que defender su honor. Así, que procure pasar la noche tranquilo, y yo le prometo darle una oportunidad para que pueda usted tomarse la justicia por sí mismo.

Luego dio a Tom Jones un cordial beso y estrechándole la mano, se despidió del joven.

Mas aunque las razones del teniente fueron muy satisfactorias para él, no lo fueron del todo para su amigo. Por ello, Jones, tras de dar al asunto muchas vueltas en su magín, llegó a la conclusión que el lector podrá leer en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XIV

POR DEMÁS TERRORÍFICO, EN EL QUE MUY POCOS LECTORES SE AVENTURARÁN DURANTE UNA NOCHE, SOBRE TODO, SI SE ENCUENTRAN SOLOS.

Tom Jones se bebió un buen tazón de caldo de pollo, o más bien de gallo, con excelente apetito, como si el gallo con que fue hecho tuviera una libra de tocino, y sintiéndose acto seguido en perfecto estado físico y espiritual, decidió levantarse de la cama e ir en busca de su enemigo.

Pero antes envió a buscar al sargento, que fue su primer conocimiento entre todos aquellos caballeros militares. Por desgracia, aquel digno militar había empinado demasiado el codo y hacía algún tiempo que se encontraba en el lecho, donde roncaba tan fuerte que resultó bastante difícil hacer llegar a sus oídos un ruido capaz de ahogar el que brotaba de sus narices.

Pero como Tom Jones insistiera en que quería verle, un mozo con buenos pulmones dio al fin con el sistema de perturbar su sueño y comunicarle el recado del joven. Apenas el sargento se enteró de los deseos del joven, se levantó de la cama y tras de vestirse, se dispuso a visitarle inmediatamente.

Tom no creyó oportuno participar al sargento su propósito, aunque podía haberlo hecho con toda seguridad, pues el sargento era un hombre de honor. El hombre hubiera guardado fielmente el secreto, así como cualquiera otro para cuyo descubrimiento no se anunciara ninguna recompensa. Pero como Jones ignoraba estas virtudes, dado el escaso tiempo que lo conocía, sus preocupaciones fueron quizá prudentes y muy de alabar.

El joven, por tanto, comenzó por decir al sargento que, como acababa de ingresar en el ejército, estaba avergonzado de carecer de lo que sin duda era el instrumento más necesario para un soldado, es decir, de una espada, por lo que le estaría muy reconocido si podía procurarle una.

—La pagaré a cualquier precio que sea razonable —añadió—, sin que me importe si tiene el puño de plata o no, con tal que tenga una buena hoja y sea propia de un soldado.

El sargento, que sabía lo ocurrido y había oído decir que Jones se encontraba muy grave, dedujo de aquella petición, hecha a altas horas de la noche y por un hombre en la situación de Tom Jones, que el joven deliraba. Ahora bien, como era bastante listo, no se le ocurrió más que aprovecharse del estado del joven enfermo.

—Señor —repuso el sargento—, creo que podré complacerle. Dispongo de una excelente espada. No tiene el puño de plata, que no le cuadra bien a un soldado, como

usted ha dicho. Pero su empuñadura es bastante decente y su hoja una de las mejores de Europa. Es una hoja, una hoja... Mejor será que la traiga para que la vea usted. Así podrá manejarla. Y me alegro de corazón de verle a usted en tan buen estado.

El sargento regresó casi al instante con la espada, que entregó a Jones. Éste la sacó de la vaina, y el joven manifestó al sargento que le gustaba, rogándole que le dijera cuánto pedía por ella.

El sargento empezó entonces a alabar su mercancía. Aseguró, más bien juró, «que la hoja había sido cogida a un oficial francés, de elevado rango, en la batalla de Dettingen».

—Yo mismo la arranqué de su costado —afirmó—, después de golpearle la cabeza. El puño era dorado y se lo vendí a uno de nuestros caballeros elegantes, ya que hay algunos de ellos que conceden más valor al puño que a la hoja.

Al llegar a este punto, Tom Jones le interrumpió y le rogó que le dijera al fin el precio. El sargento, que creía a Jones en pleno delirio y próximo a la muerte, se asustó al pensar que podría injuriar a su familia al pedir demasiado poco. No obstante, luego de unos momentos de duda, se limitó a pedir veinte guineas, jurando que no la vendería por menos ni a su propio hermano.

—¡Veinte guineas! —exclamó Jones en el colmo de la sorpresa—. Sin duda me tiene usted por loco o cree que no he visto jamás una espada en mi vida. ¡Veinte guineas! No esperaba que me tratara usted así. Tome su espada. No, ahora no. La guardaré y mañana se la enseñaré al oficial, a quien comunicaré el precio que me ha pedido usted por ella.

El sargento, al percatarse de que Tom Jones no se encontraba en el estado en que había supuesto, empezó a recoger velas. Por esta razón mostró la misma sorpresa que Tom y dijo:

—Estoy seguro, señor, que no le he dado un precio excesivo. Además, tiene usted que tener en cuenta que es la única espada que poseo y que puedo correr el riesgo de incurrir en el desagrado de mi oficial si marchó sin ninguna. Pensando en todo esto, no creo que veinte chelines sea pedir demasiado.

—¡Veinte chelines! —exclamó Jones—. ¡Pero si acaba usted de pedirme veinte guineas!

—¡Cómo! —exclamó el sargento—. Sin duda no me ha entendido usted bien o yo me he equivocado. En realidad estoy aún medio dormido. ¡Veinte guineas! No me sorprende que se haya usted enfadado. Aunque dijera veinte guineas, quería decir veinte chelines, se lo aseguro. Y si lo piensa usted un poco, no creo que considere exagerado el precio. También es posible que pudiera usted comprar un arma parecida por menos precio. Pero...

Tom Jones le interrumpió y dijo:

—En vez de discutir más el precio con usted, le daré un chelín más de lo que

pide.

Tom Jones dio una guinea al sargento y le rogó que volviese a su cama y le deseó una buena jornada, añadiendo que esperaba alcanzarle antes de que la división llegase a Worcester.

El sargento se despidió con la mayor cortesía, muy satisfecho con su venta y no poco contento de haber salido tan bien del paso en falso que acababa de dar al creer a Tom en pleno delirio.

Una vez fuera el sargento, Tom Jones saltó de la cama y se vistió del todo, poniéndose incluso la casaca que como era blanca, mostraba muy visiblemente toda la sangre que había caído sobre ella, y cogiendo la espada que acababa de adquirir se disponía a salir cuando la idea de lo que proyectaba hacer se le impuso de pronto, y entonces reflexionó que dentro de algunos minutos podría quitar la vida a un ser humano o bien perderla él. «Muy bien —se dijo a sí mismo—, ¿y por qué causa aventuro mi vida? ¿Por la de mi honor? ¿Y quién es ese ser humano? Un truhán que me ha insultado y atacado sin que mediara provocación por mi parte. Pero ¿la venganza no está prohibida por el cielo? Sí, pero el mundo la acepta. Mas, ¿debo obedecer al mundo en contraposición con los mandatos del cielo? ¿Incurriré en la cólera divina antes de que permita que me llamen cobarde y canalla? No lo pensaré más. Estoy bien decidido, vengaré mi honor».

El reloj dio las doce. Todo el mundo se encontraba en la cama, salvo el centinela que vigilaba a Northerton, cuando Jones abrió la puerta sigilosamente e inició la persecución de su enemigo. Por el mozo del mesón disponía de una descripción perfecta del lugar donde se encontraba encerrado su ofensor.

Es difícil imaginar una figura más espantosa que la que ahora comenzó a moverse por la casa. Tom Jones llevaba, como ya hemos dicho, una casaca de tonos claros cubierta por grandes manchas de sangre. Su rostro, al que le faltaba toda aquella sangre, más las veinte onzas que le había sacado el cirujano, estaba intensamente pálido. Alrededor de la cabeza lucía, además, un vendaje parecido a un turbante. Con la mano derecha sostenía una espada y en la izquierda una vela. En resumen, no creo que una aparición tan terrorífica surgiera jamás en ningún cementerio ni en la imaginación de las personas reunidas en torno al hogar una noche de Navidad en Somersetshire.

Cuando el soldado que vigilaba a Northerton vio aparecer a nuestro héroe, sus cabellos comenzaron a levantar suavemente su gorro de granadero, y en el mismo instante sus rodillas empezaron a chocar entre sí, a la vez que su cuerpo era poseído por algo mucho peor que un ataque de fiebre. El soldado disparó su fusil y cayó de bruces en el suelo.

Me es imposible decir si fue el miedo o el valor lo que le hizo hacer fuego, o si apuntó al objeto que tal terror le había producido. Si lo hizo, tuvo la suerte de errar el

tiro.

Tom Jones, al ver caer al centinela, comprendió la causa de su terror, y no pudo por menos de sonreír. Pero no se le ocurrió pensar en el peligro que había corrido. Pasó junto al soldado, que continuaba en la postura en que había caído, y penetró en la habitación donde Northerton, tal como le habían dicho, se hallaba encerrado. Pero dentro sólo encontró... un jarro sobre la mesa, en la que había sido derramada un poco de cerveza, prueba de que en el cuarto se había alojado alguien.

Jones pensó entonces que aquella habitación podría conducir a otra. Pero después de buscar a todo su alrededor no pudo descubrir ninguna otra puerta, aparte que aquella por la que había entrado y ante la que se encontraba el centinela. Entonces llamó a Northerton varias veces por su nombre. Pero nadie le repuso, ni esto sirvió para otra cosa que para confirmar el terror del centinela. Los gritos de Tom convencieron al soldado de que el joven había muerto de sus heridas y que ahora su espíritu buscaba a su asesino. El hombre siguió tumbado en el suelo poseído por el mayor terror, y a mí me hubiera gustado que algunos de los actores que tienen que representar a un hombre asustadizo le hubiesen visto, pues de este modo aprenderían a copiar de la naturaleza en vez de ejecutar diversas tonterías, gestos y ademanes ridículos para solaz y aplauso de la galería.

Convencido de que el hombre que buscaba había desaparecido, desalentado y pensando que el disparo habría alarmado a toda la casa, nuestro héroe apagó su vela y con el mayor cuidado regresó a su habitación y a su cama, a donde no hubiera podido llegar de haberse encontrado alguien en la escalera. Antes de que hubiera podido alcanzar la puerta de su cuarto, el recibimiento en que estaba colocado el centinela se había llenado de gente, unos en camisa y otros a medio vestir, preguntándose todos, unos a otros, qué había sucedido.

El soldado fue encontrado en la misma postura en que cayó. Algunos se apresuraron a levantarlo, y alguien aseguró que estaba muerto. Mas pronto se convencieron de su error, pues el soldado no sólo comenzó a luchar contra aquellos que le tenían cogido, sino que al propio tiempo comenzó a mugir como un toro. Creía que varios espíritus o diablos se apoderaban de él, pues su imaginación, influida por la visión que había tenido, convertía todo objeto que veía o que sentía en fantasmas y espectros.

Al fin se impuso el número y consiguieron ponerle en pie. Mientras tanto, trajeron algunas luces, y al ver a dos o tres de sus camaradas, el soldado comenzó a tranquilizarse poco a poco. Pero cuando le preguntaron qué había sucedido, contestó:

—Soy hombre muerto, soy hombre muerto. ¡Le he visto!

—¿Qué es lo que has visto, John? —preguntó uno de sus camaradas.

—He visto al joven voluntario que fue muerto ayer.

Y profirió una serie de maldiciones contra sí mismo, jurando que había visto al

voluntario, cubierto de sangre y vomitando fuego por boca y nariz, pasar junto a él para penetrar en la habitación donde se encontraba el alférez Northerton y, cogiendo a éste por el cuello, huir con él.

El relato fue bien acogido por los presentes. Todas las mujeres lo creyeron, y rogaron al Señor que las defendiera del asesino. También entre los hombres hubo algunos que tuvieron fe en su historia. Pero otros se burlaron de ella y la ridiculizaron, y un sargento contestó con gran calma:

—Joven, ya hablaremos de eso de que te hayas quedado dormido y soñado mientras estabas en el puesto.

El soldado repuso:

—Puede castigarme, si así lo desea, sargento. Pero le aseguro que estaba tan despierto como lo estoy ahora, y que me lleve el diablo si no vi al hombre muerto, con sus ojos tan abiertos y feroces como dos antorchas.

El jefe de las fuerzas y la dueña de la casa acababan de aparecer, ya que el primero había oído el disparo del centinela estando aún despierto y consideró su deber saltar del lecho inmediatamente, en tanto que en la segunda la inquietud era aún mayor, pues temía que las cucharas y jarros estuvieran en plena agitación sin haber recibido la menor orden para ello.

El infeliz y aterrorizado centinela, para quien la presencia de aquel oficial no fue mejor recibida que la aparición que había creído ver poco antes, relató de nuevo la terrible historia, aunque con nuevos aumentos de sangre y fuego. Pero no fue creído por ninguna de las personas que acababan de llegar, puesto que el teniente era un hombre muy religioso, estaba libre de terrores de este tipo y, además, acababa de abandonar a Jones en el estado que hemos visto, por lo que no creía que hubiera muerto. En cuanto a la dueña del mesón, aunque no era mujer en extremo religiosa, no sentía la menor aversión por la doctrina de los espíritus. Pero en el relato del soldado había una circunstancia que le constaba que no era falsa, como diremos en seguida al lector.

Sin embargo, aunque Northerton hubiera sido sacado del cuarto con gran estrépito y fuego, o de cualquier otro modo, lo cierto era que su cuerpo no se hallaba ya bajo custodia. Debido a esto, el teniente sacó una consecuencia muy distinta de la que poco antes había deducido el sargento, y ordenó que el centinela quedase preso en el acto. Así, por un extraño revés de la fortuna, no muy raro en la vida militar, el vigilante acabó vigilado.

CAPÍTULO XV

DONDE TERMINA LA ANTERIOR AVENTURA.

Aparte de la sospecha del sueño, el teniente concibió otra mucho más grave contra el pobre centinela, y ésta fue la de que era un traidor, pues como no creyó una palabra de la aparición, supuso que todo había sido una invención para engañarle, y que el centinela había sido sobornado por Northerton para que le dejara escapar, cosa que le pareció tanto más posible y lógica cuanto que no se explicaba el pánico sentido por uno de los hombres más valientes y decididos del regimiento, que había tomado parte en varias acciones de guerra, recibido diversas heridas y, en una palabra, siempre se había comportado como un soldado valiente.

A fin de que el lector no pueda concebir ninguna opinión contraria al soldado, no dilataremos un instante el rehabilitarle del deshonor que se le achacaba.

Mr. Northerton, como antes pudimos observar, se sentía profundamente satisfecho con la gloria que había alcanzado con su acción. Había tal vez visto, oído o presentido que la envidia suele acompañar a la fama. Con esto no pretendo insinuar que se sintiera inclinado como un pagano a creer o a adorar a la diosa Némesis, ya que estoy convencido de que jamás oyó pronunciar su nombre. Era, además, un hombre de carácter activo y sentía una verdadera antipatía hacia las celdas cerradas del castillo de Gloucester, para las que seguramente el juez de paz le daría un billete. Tampoco pudo evitar concebir ciertos pensamientos sobre una cierta construcción de madera, que no pienso nombrar, de acuerdo con la opinión de la gente, la cual más bien debería sentirse honrada que avergonzada de este edificio, ya que fue construido, o al menos tal fue la intención, en beneficio de la sociedad más que cualquier otro edificio público. En una palabra, para no dar más razones de su conducta, mister Northerton deseaba partir aquella noche misma, y tan sólo le quedaba resolver de qué forma lo haría, lo que sin duda entrañaba cierta dificultad.

Ahora bien, este caballero, aunque su moral era un tanto dudosa, poseía un cuerpo perfecto, de excelentes proporciones y extremadamente fuerte. También su rostro era considerado guapo por la mayoría de las mujeres, pues tenía rasgos correctos, era de color encendido y disponía de una dentadura bastante perfecta. Tales encantos no dejaron de impresionar a la mesonera, que sentía una cierta inclinación por aquel tipo de belleza. Compadecía de veras al joven, y habiendo oído al cirujano que probablemente las cosas irían mal para el voluntario, dedujo que también podrían tomar mal cariz para el alférez. Entonces la mujer, que obtuvo permiso para visitar al detenido, se apresuró a hacerlo, encontrando al joven presa de un humor melancólico, que se acrecentó cuando ella manifestó que apenas quedaban esperanzas de salvar la

vida del voluntario. Pero a renglón seguido, la mesonera empezó a hacer ciertas insinuaciones, que el otro se apresuró a recoger con avidez, hasta que al fin se pusieron de acuerdo. Convinieron que el alférez, a una señal convenida, subiría por la chimenea que comunicaba con la cocina, lo que le permitiría descolgarse por ella. La mesonera le daría la oportunidad de hacerlo ahuyentando a todo el mundo.

Pero ante el temor de que nuestros lectores aprovechen la ocasión para condenar demasiado precipitadamente toda muestra de compasión como perniciosa para la sociedad, juzgamos oportuno mencionar otro detalle que es muy posible que influya en esta ocasión. El alférez guardaba aquellos días la suma de cincuenta libras pertenecientes a la compañía, ya que habiéndose peleado el capitán con su teniente, había confiado el pago de la compañía al alférez. Y éste creyó que lo mejor era depositar el dinero en manos de la mesonera mientras se substanciaría la causa contra él. Sea lo que fuere, lo cierto es que ella obtuvo el dinero y el alférez su libertad.

El lector quizá esperaba de los sentimientos compasivos de esta buena mujer, que, al ver que el centinela era detenido por un hecho del que ella le sabía inocente, intervendría en el acto en favor suyo. Pero me es imposible decir si fue porque ya había agotado toda su compasión en el caso antes mencionado, o bien porque las facciones del joven, aunque no muy distintas de las del alférez, no consiguieron conmoverla, lo cierto es que en vez de salir en defensa del actual preso, trató de subrayar su culpabilidad ante el oficial, afirmando, con los ojos y las manos en alto, que ella no sentía interés por la huida de un asesino.

La casa estaba ahora más tranquila y la mayoría de la gente había vuelto a sus cuartos. Pero la dueña del mesón, bien por la actividad propia de su carácter o por temor a su vajilla, no sintió deseos de seguir durmiendo, y propuso a los oficiales, ya que tenían que partir antes de una hora, que pasaran el tiempo con ella tomando cerveza.

Tom Jones había permanecido despierto todo este tiempo, oyendo el bullicio y alboroto que reinaba en la casa, y ahora sintió una gran curiosidad por saber lo que había sucedido. Para ello tiró de la campanilla, la que tocó unas veinte veces sin que obtuviera el menor resultado, pues la mesonera estaba charlando animadamente con los oficiales, al extremo de que no se oía el menor ruido en la habitación donde se encontraban, aparte del producido por su voz. En cuanto al mozo y a la camarera, que estaban sentados juntos en la cocina, pues ni él se atrevía a sentarse solo ni ella a acostarse sola en la cama, cuanto más oían el sonido de la campanilla, más se sobrecogían de miedo y más clavados quedaban en sus asientos.

Al cabo, en un afortunado intervalo de la charla, el sonido de la campanilla llegó a oídos de nuestra buena mesonera, que dio sus órdenes, las cuales fueron atendidas en el acto por ambos criados.

—Joseph —dijo el ama—, ¿es que no oyes que está llamando el caballero? ¿Por

qué no vas a ver lo que quiere?

—No es mi obligación acudir a las habitaciones. Eso le corresponde a Elizabeth.

—No es mi obligación atender a los caballeros. Algunas veces lo he hecho, sí. Pero que el diablo me lleve si lo vuelvo a hacer de nuevo.

La campanilla seguía sonando sin tregua, hasta que la mesonera se encolerizó y juró que si el criado no acudía inmediatamente a ver qué quería el caballero, le despediría a la mañana siguiente.

—Si quiere, puede hacerlo, señora —repuso el criado—. No puedo evitarlo. Pero no haré el servicio de otro criado.

Entonces la mesonera se dirigió a la criada y trató de convencerla por las buenas, pero fue inútil. Elizabeth se mostró tan inflexible como Joseph. Ambos insistieron en que aquel trabajo no era de su incumbencia y que no lo harían por nada del mundo.

El teniente se echó a reír entonces y dijo:

—Yo pondré fin a ese desacuerdo.

Y dirigiéndose a los criados les felicitó por su resolución en no ceder. Pero añadió que si uno de ellos consentía en ir, también iría el otro. A esta proposición accedieron ambos al instante, y juntos se dirigieron a la habitación en amable armonía. Cuando ambos salieron, el teniente se dedicó a aplacar la cólera de la mesonera, explicándole los motivos por los cuales ambos temían ir solos.

Al poco, ambos criados regresaban a la cocina y dijeron a su ama que el caballero enfermo se encontraba tan lejos de estar muerto, que había hablado con tanta cordura como si se encontrase perfectamente y que tenía deseos de ver al teniente antes de que éste se marchara.

El buen teniente satisfizo en el acto los deseos de Tom y; tomando asiento junto a la cama del joven, le contó la escena que había tenido lugar abajo, añadiendo su intención de imponer al centinela un castigo ejemplar.

Al oír esto, Tom Jones le contó toda la verdad de lo sucedido y le suplicó con el mayor interés que no castigara al pobre soldado.

—Pues presiento que es tan inocente —añadió— de la fuga del alférez, como incapaz de inventar una mentira o de tratar de engañarle a usted.

El teniente titubeó unos instantes y luego contestó:

—Aunque ha librado usted al soldado de parte de su culpa, tengo la intención de castigarle por su cobardía. Aunque bien mirado, ¿quién conoce el efecto que el terror de una aparición puede producir? No debemos olvidar que siempre se comportó magníficamente ante el enemigo. Buena cosa también es observar que estos muchachos dan muestras de tener espíritu religioso. Así que le prometo que será puesto en libertad en cuanto emprendamos la marcha. Pero escuche, se oye el toque de generala. Mi querido muchacho, deme otro abrazo. No se altere ni precipite, sino que recuerde la doctrina cristiana de la paciencia, y le aseguro que pronto estará usted

en condiciones de hacerse justicia y de tomar una cumplida venganza del hombre que le ofendió.

El teniente se despidió al cabo y Tom Jones trató de descansar.

LIBRO OCTAVO

ABARCA UNOS DOS DÍAS.

CAPÍTULO PRIMERO

SORPRENDENTE Y LARGO CAPÍTULO QUE SE OCUPA DE LO MARAVILLOSO, SIENDO CON MUCHO EL CAPÍTULO MÁS LARGO DE TODOS NUESTROS CAPÍTULOS PRELIMINARES.

Como ahora vamos a iniciar un libro en el que el curso de nuestra historia nos obligará a relatar algunos asuntos de un tipo más extraño y sorprendente que ninguno de los que hasta la fecha se han mencionado, creemos que no debe omitirse en el capítulo de introducción algo de esa clase de escritos que se ocupan de lo maravilloso. Por este motivo trataremos de establecer, tanto en obsequio nuestro como de los demás, ciertos límites. En el fondo, nada más necesario que esto, ya que los críticos^[6] son susceptibles de opinar de formas muy variadas, puesto que mientras unos están dispuestos a admitir que la misma cosa que es imposible puede ser, sin embargo, probable, otros poseen tan escasa fe histórica o poética, que no creen que nada sea posible o probable en tanto no haya sido observado por ellos.

Por esto mismo juzgo razonable, como algo esencial, requerir a los escritores para que se mantengan dentro de los límites de lo posible, y que tengan presente que lo que no es posible para un hombre llevar a cabo, resulta para él mismo difícil creer que se realizó. Esta convicción quizá diera origen a muchas historias sobre las antiguas deidades paganas, puesto que la mayor parte de ellas son de origen poético. El poeta, deseando satisfacer a una imaginación extravagante y libre, se refugió en esa facultad, de cuya extensión sus lectores no fueron jueces, o más bien imaginaron que era infinita y, por tanto, no podían sorprenderse de ninguno de los prodigios relatados. Esto se ha aducido en defensa de los milagros de Homero, y quizá sea una defensa, no como Pope la interpreta al decir que Ulises contó una serie de embustes a los feacios, que era una nación de gente torpe, inculta, sino porque el poeta escribió para paganos, para los que las fábulas poéticas eran artículos de fe. Por lo que a mí toca confieso, tan compasivo es mi carácter, que quisiera que Polifemo se hubiera limitado a su dieta de leche y conservado su único ojo. Ni pudo Ulises sentirse más interesado que yo, cuando sus compañeros fueron transformados en cerdos por Circe, quien demostró de este modo su desprecio por la carne del hombre, que se suponía capaz de convertirse en tocino. Me hubiera gustado que Homero hubiese conocido la regla prescrita por Horacio, en la que aconseja introducir lo menos posible los agentes sobrenaturales. Entonces no hubiéramos visto a sus dioses realizando recados triviales y conduciéndose con frecuencia de forma tal que no sólo perdían todo derecho al respeto, sino que eran objeto de mofa. Esta conducta debió ofender la credulidad de algún gentil pío y sagaz, y que jamás pudo ser defendida de no admitir

una suposición a la que algunas veces me he sentido inclinado, y ésta es que ese glorioso poeta, como sin duda lo fue, se sentía impulsado a ridiculizar la fe supersticiosa de su tiempo y de su patria.

Sin embargo, me he detenido demasiado en hablar de una doctrina que no tiene aplicación en un escritor cristiano, pues al no poder introducir en sus obras ninguno de esos fantasmas divinos que forman parte de su credo, es de una puerilidad ridícula escudriñar la teología pagana en busca de ninguna de esas deidades que desde hace tanto tiempo fueron destronadas de su inmortalidad. Lord Shaftesbury observa que no hay nada más frío que la invocación de una musa por un escritor moderno. Nuestro lord podría haber añadido que nada hay más absurdo. Un hombre moderno invoca con mucha mayor elegancia a una balada, como algunos han pensado que hizo Homero, a un jarro de cerveza, como el autor de *Hudibras*, lo que quizá podía haber inspirado mucha más poesía y también prosa que todos los licores de Hipocreme o los soplos del Helicón.

Los únicos agentes que hasta cierto punto nos están permitidos a los modernos son los espectros. Pero yo aconsejaría a los autores que los empleasen lo menos posible. Éstos, como el arsénico y otras drogas peligrosas de la medicina, deben ser utilizados con la máxima precaución. Ni tampoco aconsejaría su introducción en ninguna de esas obras, o por esos autores, a los que una carcajada del lector pudiera resultar perjudicial o mortificante.

En cuanto a los duendes y hadas y otros trasgos por el estilo, omito con toda intención mencionarlos, ya que me siento poco propicio a encerrar dentro de cualesquiera límites a esas imaginaciones sorprendentes, para cuya vasta capacidad resultan demasiado estrechas las fronteras de la naturaleza humana, cuyos trabajos deben considerarse como una nueva creación y quienes, por tanto, tienen perfecto derecho a hacer lo que les parezca a ellos. El hombre es, por tanto, el objeto supremo, a no ser que en ocasiones muy extraordinarias, que se presentan por sí mismas a la pluma de nuestro historiador o de nuestro poeta, y al contar sus acciones debemos tener mucho cuidado de no exceder la capacidad del agente que describimos.

No es suficiente la posibilidad para justificarnos. Debemos asimismo mantenernos dentro de las reglas de la probabilidad. Es opinión de Aristóteles, o de algún hombre sabio, cuya autoridad es de peso cuando es tan vieja «que es excusa para un poeta que relata lo que es increíble, que la cosa relatada no sea realmente un hecho positivo». Quizá pueda admitirse que esto es verdad con respecto a la poesía, pero no debe extenderse al historiador. Éste está obligado a referir las cosas tales como las encuentra, aunque sean de índole tan extraordinaria que requieran una no pequeña proporción de fe histórica para tragárselas. Tal fue el equipo desgraciado de Jerjes, descrito por Herodoto, o la expedición victoriosa de Alejandro, relatada por Arriano. Tal fue en los últimos años la victoria de Agincourt, lograda por Enrique V,

o la de Narva, por Carlos XII de Suecia. Ejemplos todos que cuanto más pensamos en ellos más asombrosos nos parecen.

Tales acontecimientos, sin embargo, como forman la parte esencial de la historia, obligan al historiador a describirlos como realmente sucedieron, ya que resultaría imperdonable que los omitiera o los alterase. Pero existen otros hechos que no son de tanta importancia, ni tan necesarios, los cuales, aunque completamente confirmados, pueden ser sacrificados al olvido para complacer al escepticismo del lector.

En el fondo, si el historiador se redujera a lo sucedido realmente y rechazase por completo cualquier circunstancia que, aunque no confirmada del todo, pueda considerar falsa, caerá algunas veces en lo maravilloso, pero jamás en lo increíble. A menudo se suscitaría la maravilla y la sorpresa en su lector, pero jamás ese odio incrédulo mencionado por Horacio. Es en el género de la ficción donde por lo común se abandona la regla de la probabilidad, la que el historiador nunca o rara vez deja de tener presente, hasta que se despoja de este carácter y comienza a escribir un romance. Debido a esto, los historiadores que refieren hechos públicos tienen ventaja sobre nosotros, que nos limitamos a las escenas de la vida privada. El crédito de los primeros es sostenido largo tiempo por una publicidad general, y los informes públicos, junto con los testimonios aunados de muchos autores, mantienen la prueba de su veracidad en las edades futuras. Así, un Trajano y un Antonino, un Nerón y un Calígula han encontrado la más completa creencia de la posteridad, y nadie duda de que hombres tan buenos y tan malos fueran alguna vez los amos del género humano.

Pero los que nos ocupamos de los caracteres humanos privados, quienes escudriñamos los rincones más ocultos y exponemos ejemplos de virtud y vicio extraídos de los agujeros y rincones del mundo, nos encontramos en una situación de mayor peligro. Como no gozamos de notoriedad pública ni de testimonios concurrentes, ni de informes para defender y corroborar lo que producimos, nos conviene mantenernos no sólo dentro de los límites de la posibilidad, sino al propio tiempo de la probabilidad, y esto, sobre todo, al describir lo que es bueno y amable con exceso. La picardía y la insensatez, aunque no exageradas, serán creídas con mayor facilidad, pues la naturaleza perversa contribuye a fortalecer la fe.

Así, tal vez podamos relatar sin mucho riesgo la historia de Fischer, el cual venía obteniendo de antiguo el pan que comía de la generosidad de Mr. Derby, y habiendo recibido una mañana una buena cantidad de dinero de sus manos, pensó apoderarse de lo que quedaba en la escribanía de su amigo, para lo cual se ocultó en una oficina pública del Temple, a través de la que había un pasaje que conducía a las habitaciones de Mr. Derby. Desde un escondrijo escuchó a Mr. Derby durante varias horas, que se divertía con unos cuantos amigos a los que había invitado, y a cuya reunión también estaba invitado él. Durante todo este tiempo no tuvo pensamientos de afecto o de agradecimiento que le hicieran desistir de sus propósitos. Por el contrario, cuando el

pobre caballero abandonó a sus comensales y pasó por la oficina, Fischer salió rápidamente del lugar donde estaba oculto y, caminando sin hacer ruido detrás de su amigo, le descargó la pistola en la cabeza. Esto entra dentro de las cosas que se pueden creer. A lo que en modo alguno se concederá crédito es a que el villano asistió dos días más tarde con algunas muchachas a una representación de *Hamlet*, donde oyó decir con semblante inalterable a una de las jóvenes que le acompañaban, y que no sospechaba lo cerca que estaba de la persona: «¡Dios mío, si estuviera presente el hombre que asesinó a Mr. Derby!», manifestando con ello poseer una conciencia más encallecida que la del propio Nerón, del que Suetonio nos dice «que el conocimiento de su culpa, después de la muerte de su madre, se hizo intolerable desde el primer momento, y de este modo continuó. No pudieron todas las felicitaciones de los soldados, del Senado y del pueblo borrar los horrores de su conciencia».

Pero si, por otra parte, le dijera a mi lector que he conocido a un hombre cuyo perspicaz talento le había capacitado para hacer una gran fortuna de una manera que no exigió de él ninguna cantidad inicial, que hizo esto conservando completamente su integridad, sin cometer la más mínima injusticia o injuriar a ninguna persona, sino con las mayores ventajas para el comercio y un considerable aumento de la renta pública, que empleó parte de la renta de esta fortuna en demostrar un gusto superior al de muchos con obras en las que la dignidad más sublime se hermanaba con la sencillez más pura, y otra parte en poner en práctica una bondad superior a la de los demás hombres, en actos de caridad a personas cuyas únicas recomendaciones eran sus méritos o sus necesidades, que se afanó en hallar el mérito en desgracia, tratando de mitigarla, a la vez que se esforzaba en ocultar todo cuanto había hecho; que su casa, sus muebles, sus jardines, su mesa, su hospitalidad y beneficencia denotaban el espíritu de donde procedían, y todo ello era intrínsecamente rico y noble, sin el menor oropel ni ostentación externa; que todos sus actos públicos estaban inspirados en la más completa virtud, que se mostraba profundamente piadoso con su Creador, muy celoso de su soberano, que era un marido muy enamorado de su mujer, un pariente agradable, un patrón magnífico, un amigo entusiasta y duradero, hospitalario con sus vecinos, caritativo con los pobres y benévolo con todos y, además, añadiera los epítetos de sabio, bravo, elegante y todos los restantes adjetivos amables de nuestro idioma, podría sin duda decir:

*Quis credet? Nemo Hercüle!, nemo;
Vel dúo, vel nemo.*

Sin embargo, conozco a un hombre idéntico al que acabo de describir. Pero un único ejemplo, y realmente no sé de otro igual, no es suficiente para justificarnos, cuando escribimos a miles que jamás oyeron hablar de la persona descrita ni de nadie

que se le parezca. Tal *rara avis* debería remitirse al escritor de epitafios o a algún poeta que accediera a acoplarle en algún díptico o hacerle entrar en una rima con aire de descuido o indiferencia, sin ofender en absoluto al lector.

En último extremo, las acciones deberían ser tales que no sólo estuvieran incluidas en el ámbito de la influencia humana, sino ser idóneas con los que las realizan, puesto que lo que aparece como maravilloso y sorprendente en un hombre, es improbable y hasta imposible referido a otro.

Este último requisito es lo que los críticos llaman adaptación del carácter, y exige un grado extraordinario de discernimiento y un conocimiento muy completo de la naturaleza humana.

Un escritor muy notable ha hecho observar que el cielo no puede obligar a un hombre a actuar en dirección opuesta a sí mismo más allá de lo que un torrente rápido puede desviar un bote contra su propia corriente. Me aventuraré a decir que, para un hombre, actuar en contradicción directa a los dictados de su naturaleza es no sólo imposible, sino improbable y milagroso. Si se atribuyen ciertos rasgos principales de la historia de Antonino a Nerón, o los más graves incidentes de la vida de Nerón se impusieran a Antonino, ¿puede darse algo más imposible de creer que uno u otro caso? En tanto que adscritos éstos a los agentes que los realizaron, constituyen lo verdaderamente maravilloso.

Nuestros modernos autores de comedias han caído casi todos en el error aquí señalado. Sus héroes son, por lo general, unos bribones notables, y sus heroínas unas mujeres perdidas durante los cuatro primeros actos. Mas en el quinto, los primeros se convierten en unos dignos caballeros y las últimas en damas virtuosas y discretas, y con frecuencia no es el escritor tan amable que se tome la menor molestia de explicar la razón de este monstruoso cambio o incongruencia. No se encuentra otra razón aparente para ello que la comedia tiene de llegar a su fin, como si no fuera tan natural que un bribón se arrepintiera en el último acto de la comedia que en el último de su vida, caso éste que se verifica ordinariamente en Tyburn, que es un lugar que debería figurar en la última escena de muchas comedias con toda propiedad, ya que los héroes de éstas son en su mayor parte eminentes por aquellas facultades que no sólo conducen a los hombres al patíbulo, sino que hacen de ellos una figura heroica cuando están en él.

Dentro de estas limitaciones, creo que le debe ser permitido a todo escritor manejar lo maravilloso cuanto quiera. Si así se mantiene dentro de las reglas de la verosimilitud, cuanto más pueda sorprender al lector tanto más llamará su atención y más le encantará. Como un talento de primer orden hace observar en su capítulo v del *Bathos*, «el gran arte de la poesía es mezclar la verdad con la ficción, a fin de unir lo creíble con lo sorprendente».

Aunque todo buen autor permanece dentro de los confines de la probabilidad, no

es en modo alguno necesario que sus personajes o sus incidentes sean comunes o vulgares, como los que suceden en cualquier calle o casa, o bien los que se leen en los artículos de los periódicos. Ni debe contenerse de mostrar muchas personas y cosas, las que sin duda no habrán caído jamás dentro de la esfera de conocimientos de la gran parte de lectores. Si el escritor observa atentamente las reglas antes mencionadas, ha cumplido con su deber, y tiene entonces derecho a alguna fe por parte de sus lectores, que se hacen culpables de infidelidad crítica si desconfían de él.

Por falta de dicha fe, recuerdo el caso de una joven distinguida que fue criticada por ser poco natural en el escenario por la unánime voz de un gran auditorio formado por dependientes y aprendices, aunque con anterioridad había sido ensalzada por muchas damas aristocráticas, una de las cuales, eminente por su talento, declaró que era el vivo retrato de muchas de las jóvenes conocidas suyas.

CAPÍTULO II

DONDE LA MESONERA HACE UNA VISITA A JONES.

Después que Tom Jones se despidió de su amigo el teniente, en vano trató de cerrar los ojos. Se sentía demasiado inquieto para poder dormir. Entonces se entretuvo, o más bien se atormentó, con el recuerdo de Sophia hasta que empezó a amanecer, y a la hora oportuna llamó para que le sirvieran el té, cosa que la mesonera aprovechó para visitarle.

Ésta fue la primera vez que la mujer vio al joven o cuando menos que se fijó en él. Y como el teniente le había asegurado que Tom Jones era sin la menor duda un joven caballero elegante, la mesonera determinó mostrarse muy respetuosa con él, pues aquélla era una casa donde los caballeros, usando el estilo de los anuncios, encontraban el trato debido a su dinero.

Tan pronto como la mujer comenzó a hacer el té, inició su perorata.

—Creo —empezó— que no está nada bien que un caballero tan distinguido se rebaje yendo con soldados. Ellos se llaman caballeros a sí mismos. Pero, como decía mi primer esposo, deberían recordarlo al tiempo de pagar. Nos cuesta mucho trabajo conseguir que nos paguen. La última noche tuve veinte de ellos, además de los oficiales. De todas formas, yo prefiero tener a los soldados que a sus jefes, pues nada les parece bien a esos pisaverdes, y le aseguro que si viera usted las cuentas... Una porquería, señor. Tuve mucho menos que hacer, se lo aseguro, con la familia de un caballero, que nos dieron a ganar en una noche cuarenta o cincuenta chelines, aparte de los caballos. Sin embargo, apenas se encuentra a uno de esos oficiales que no aparente codearse con un caballero de quinientas libras de renta. Y me hace gracia ver a sus subordinados correr tras ellos dándoles tratamiento. ¡Vamos con los tratamientos! Luego tienen un modo de hablar entre sí que me pone furiosa. Creo que jamás se logrará nada con gente tan mala. ¡Y ahora uno de ellos le ha tratado a usted de un modo indigno y bárbaro! Todos son lo mismo, ya que si usted hubiera estado en peligro de muerte, lo que me alegro que no sea así, hubiera sido igual para gente tan malvada. Lo mismo hubiesen dejado escapar al asesino. Allá ellos con su conciencia. Pero por nada del mundo hubiese cargado yo con semejante pecado. Pero aunque se cure usted, como afortunadamente parece, ya tiene motivos para preocuparse el que le hirió, y si resuelve usted nombrar al abogado Small, le aseguro que su ofensor irá bien servido. Espero, sin embargo, que sea usted más prudente en lo futuro y se decidirá a volver con sus amigos. Le aseguro que todos están preocupados por su desaparición y desean saber lo que le ha sucedido, aunque quizá no todos. Pero si algunos no lo están, hay alguien que sí lo está, y mucho, y a un caballero tan elegante

como usted no le faltará en ningún momento su dama. Le prometo que yo en lugar de usted, haría por ella cualquier cosa antes que meterme a soldado. No se ruborice usted. —Tom lo hizo en grado superlativo—. ¿Es que no creía que estuviera enterada de nada referente a miss Sophia?

—¡Cómo! —exclamó Jones sorprendido—. ¿Conoce usted a miss Sophia?

—¡Caracoles, que si la conozco! —repuso la mesonera—. Muchas veces ha parado en mi casa.

—Con su tía, supongo —dijo Jones.

—Sí, sí —se apresuró a responder la mesonera—. Conozco muy bien a esa anciana señora. Miss Sophia es una muchacha muy dulce, de eso no hay duda.

—¡Una muchacha muy dulce! —murmuró Tom Jones—. ¡Oh, Dios mío!

Se pintan bellos a los ángeles para que se parezcan a ella.

Hay en ella todo lo que creemos del cielo:

Luz sorprendente, pureza y verdad,

Constante alegría y amor eterno.

¿Cómo podía pensar que conociera usted a miss Sophia?

—Me gustaría —repuso la mesonera— que la conociera usted tan bien como yo. ¿Qué hubiera usted dado por estar sentado junto a su lecho? ¡Qué delicioso cuello tiene! Su cuerpo ha estado echado en esa misma cama que ahora ocupa usted.

—¡Aquí! —exclamó Tom—. ¿Sophia ha descansado alguna vez aquí?

—Sí, ahí ha dormido, en esa misma cama —repuso la mesonera—, donde me gustaría que la tuviera usted en este momento, y ella debe de desear lo mismo que usted, pues me mencionó a usted varias veces.

—¡Oh! —murmuró el joven—. ¿Mencionó alguna vez al pobre Jones? Me halaga usted. Mas no puedo creer una cosa tan maravillosa.

—Lo juro por mi salvación, la que espero obtener —contestó la mujer—, y si no es así, que el diablo se me lleve si no digo más que la verdad al decir que miss Sophia le nombró a usted. Pero, eso sí, con las palabras más correctas, aunque se adivinaba que pensaba mucho más de lo que decían sus labios.

—¡Oh, estimada mesonera! —exclamó Tom Jones—. Jamás seré digno de que ella piense en mí. ¡Ella, que es todo gentileza, amabilidad y bondad! ¿Por qué tendría que nacer un truhán como yo para darle motivos de inquietud? ¿Por qué estoy maldito? Yo, que sufriría todas las plagas y miserias que cualquier demonio inventase para el género humano con tal de procurarle cualquier bien. ¡Qué digo! Resistiría las mismas torturas si supiera que con esto ella era feliz.

—Tenga presente —dijo ahora la mesonera— que le dije que era usted un amante constante.

—Le suplico, señora, que me diga cuándo o cómo supo usted algo de mí, pues nunca estuve aquí antes de ahora ni recuerdo haberla visto jamás.

—No es posible —repuso la mesonera—, pues era usted muy pequeñito cuando le tuve en mi regazo en casa del caballero.

—¿Conoce usted entonces al bueno y noble de Mr. Allworthy? —preguntó Jones.

—Desde luego —afirmó la mujer—. ¿Quién no le conoce en la comarca?

—La fama de su bondad —contestó Tom— debe de haberse extendido muy lejos. Pero sólo el cielo puede conocerle..., puede saber de su benevolencia, que es una copia de la que reina en lo alto. El género humano ignora tan divina bondad, ya que es indigno de ella. Pero nadie lo es más que yo. Yo, que fui elevado por él a tal altura, adoptado, como usted sabe bien, siendo un expósito, y tratado como su propio hijo, he osado con mis locuras incurrir en su desagrado y atraer su venganza sobre mí. Sí, es cierto, lo merezco todo, pues jamás seré tan desagradecido como para pensar que cometió alguna injusticia contra mí. No, merecía ser arrojado de casa, como de veras lo fui. Y ahora, señora —continuó—, creo que no me censurará usted por haberme hecho soldado, especialmente con una fortuna como la que guarda esta bolsa.

Y al pronunciar estas palabras sacudió una bolsa que contenía muy poco dentro y que a la mesonera le pareció que contenía mucho menos.

La buena mesonera se quedó de una pieza al escuchar aquel relato, así que contestó con gran frialdad:

—Cada cual sabe dónde le aprieta el zapato. Pero me parece que oigo llamar abajo. ¡Voy, voy! Mi gente está atontada. Todos parecen sordos. Tengo que bajar. Si necesita algo más para el desayuno, la camarera se lo subirá. ¡Voy!

Dichas estas palabras, sin despedirse de Tom, la mujer salió corriendo del cuarto, pues las personas de condición inferior se precian mucho del respeto, y si bien están dispuestas a guardárselo a las personas de calidad, no se lo conceden jamás a aquellas de su propia condición, si no saben que han de ser bien pagadas por su trabajo.

CAPÍTULO III

DONDE HACE SU SEGUNDA APARICIÓN EL CIRUJANO.

Antes de seguir adelante, y al objeto de que el lector no se descarríe imaginando que la mesonera sabía más de lo que en realidad sabía, ni se sorprenda porque supiera tanto, será necesario decir que el teniente le había dicho que el motivo de la pelea había sido el nombre de Sophia, y en cuanto al resto de lo que sabía, supongo que el lector sagaz observará cómo lo fue consiguiendo en la escena anterior. A sus virtudes se mezclaba una gran curiosidad, y jamás dejaba partir a nadie de su casa sin averiguar antes cuáles eran sus apellidos, familia y fortuna.

Apenas la mesonera estuvo fuera, Tom Jones, en vez de censurar su conducta, empezó a pensar que se encontraba en la misma cama que, según le habían dicho, ocupó su querida Sophia en otra ocasión. Esto dio lugar a un torrente de pensamientos tiernos y cariñosos, en los que insistiríamos más de no creer que tal género de amantes no son muy corrientes entre nuestros lectores.

En este estado de ánimo le encontró el cirujano cuando entró en el cuarto para curarle la herida. Al observar el médico que el pulso era irregular, y al saber, además, que no había dormido, declaró que se encontraba en grave peligro, pues temía que se le presentara la fiebre, lo que prevendría haciéndole una sangría. Pero Tom Jones se negó a someterse a ella, alegando que no estaba dispuesto a perder más sangre.

—Doctor —repuso el joven—, si fuera usted tan amable que me curase la cabeza, no dudo que me pondría bueno en dos o tres días.

—Desearía —replicó el médico— poderle asegurar que estará bien en un mes o dos. ¡Bueno! No, no se pone uno tan pronto bien de estas contusiones. Pero, señor, no puedo admitir lecciones de un enfermo e insisto en hacerle una sangría antes de vendarle la cabeza.

Jones, sin embargo, insistió tercamente en su negativa, hasta que el cirujano acabó por ceder, anunciándole que no se hacía responsable de cualquier resultado desagradable que pudiera sobrevenir y que confiaba que le haría la justicia de reconocer que le había dado un consejo en contra, lo que el paciente prometió hacer.

Entonces el cirujano fue a la cocina, donde encontró a la mesonera, a quien se quejó amargamente de la conducta de su paciente, que no quería ser sangrado aunque se encontraba febril.

—Entonces debe de ser una fiebre producida por la comida —repuso la mesonera—, pues se ha comido dos tostadas con mantequilla en el desayuno de esta mañana.

—Es muy posible —repuso el cirujano—. He conocido a personas que comen teniendo fiebre, y esto se explica fácilmente, pues la acidez producida por la materia

febril estimula los nervios del diafragma, produciendo así un ardiente deseo que no se distingue con facilidad del apetito natural. Pero el alimento no es modificado correctamente, ni asimilado, y por esta razón corroe los orificios vasculares, agravando los síntomas febriles. Creo que el caballero está en verdadero peligro, y si no lo sangramos, mucho me temo que muera.

—Todo el mundo tiene que morir un día u otro —repuso la buena mujer—. No es asunto de mi incumbencia. Espero, doctor, que no me obligará usted a sostenerle mientras le sangra. Pero quisiera decirle algo. Le aconsejo que antes de proseguir adelante se informe usted sobre quién es el que va a pagar.

—¿A pagar? —exclamó el doctor sorprendido—. ¡Cómo! ¿No tengo a mi cuidado un caballero?

—Eso me imaginaba yo también —repuso la mesonera—. Pero como mi primer marido acostumbraba a decir, no es oro todo lo que reluce. Es, ni más ni menos, que un tunante sin dinero, se lo prometo. Sin embargo, no deje usted entrever que yo le he dicho nada. Pero creo que la gente que tiene negocios debe decir tales cosas a los que les interesan.

—¿Y yo he tolerado que individuo de esa laya me diera lecciones? —exclamó el cirujano—. ¿Mi experiencia se ha de ver insultada por uno que no me va a pagar? Me alegro de haber hecho a tiempo este descubrimiento. Ahora veré si ha de ser o no sangrado.

Inmediatamente subió la escalera y abriendo violentamente la puerta de la habitación, despertó al pobre Jones de un sueño reparador en que había caído y, lo que es peor, de un delicioso ensueño en el que la figura principal era Sophia.

—¿Se dejará usted sangrar, sí o no? —preguntó el cirujano rabioso.

—Ya le he comunicado antes mi resolución —repuso Tom—. Y siento que no se haya usted enterado de mi respuesta, pues me ha despertado usted en uno de los ensueños más dulces que en mi vida he tenido.

—¡Ay! —exclamó el doctor—. Más de un hombre ha muerto mientras dormía. El sueño no siempre es bueno, como sucede con los alimentos. Pero por última vez le pregunto: ¿se deja usted sangrar?

—Pues yo le contesto por última vez, y le digo que no —repuso Jones.

—Entonces me lavo las manos —replicó el cirujano—, y deseo que me pague mis servicios. Dos visitas, a cinco chelines cada una, dos curas, a cinco chelines, y media corona por una flebotomía.

—Espero —repuso Jones— que no querrá usted dejarme en este estado.

—Pues sí que pienso hacerlo —contestó el médico.

—Entonces, se ha portado usted de un modo indecente conmigo y no le pagaré ni un céntimo.

—Muy bien —gritó el cirujano—. ¡Buen servicio me ha hecho la mesonera

mandándome llamar para atender a estos vagabundos!

Con estas palabras el cirujano abandonó la habitación, mientras que su enfermo, dando media vuelta no tardó en recuperar el sueño, pero su ensueño había desaparecido, por desgracia.

CAPÍTULO IV

DONDE APARECE UNO DE LOS BARBEROS MÁS AGRADABLES QUE LA HISTORIA RECUERDA, SIN HACER EXCEPCIÓN DEL BARBERO DE BAGDAD NI DEL DE DON QUIJOTE.

El reloj acababa de dar las cinco cuando Tom Jones se despertó de un sueño de siete horas, tan por completo descansado y en un estado tan perfecto de salud y de ánimo, que decidió levantarse y vestirse por sí mismo, a cuyo fin abrió su maleta y sacó ropa limpia y un traje. Pero primero se puso una bata y bajó a la cocina para pedir algo que acallase ciertos ruidos procedentes de sus tripas.

Al ver a la mesonera, le preguntó con gran cortesía qué podía comer.

—¿Comer? —exclamó la mujer—. No es hora de comer. No hay nada preparado en la casa y el fuego está casi apagado.

—Bien —repuso Tom—. Pero yo deseo comer algo, y me es igual una cosa que otra, ya que jamás he sentido más hambre en mi vida.

—Creo —repuso la mesonera— que hay un trozo de pierna con zanahorias que le irá muy bien.

—Nada mejor —contestó Jones—. Pero le agradecería mucho que lo mandara calentar.

A lo que accedió la mesonera, que repuso, sonriendo, que se alegraba mucho de verle ya casi restablecido, pues el atractivo de nuestro héroe era casi irresistible. Además, en el fondo no se trataba de una mala mujer, pero amaba tanto el dinero, que odiaba todo lo que tuviera aspecto de pobreza.

Tom Jones volvió a su cuarto para vestirse mientras le preparaba la comida, y recibió al barbero, a quien había mandado a buscar.

Este barbero, que respondía por el nombre de Pequeño Benjamín, era un individuo singular en extremo y de excelente humor, lo que con frecuencia le había acarreado algunos pequeños inconvenientes, tales como bofetadas, puntapiés, etc., pues no todo el mundo es capaz de comprender una broma, y los que la entienden se molestan si son objeto de la misma. Este defecto, sin embargo, era incurable en él, y aunque con frecuencia le había producido desazones, siempre que se le ocurría una broma tenía que llevarla a cabo costara lo que costase, sin el menor respeto a las personas, ocasión y lugar.

Contaba con otras muchas particularidades de carácter que no mencionaré, ya que el lector por sí mismo las irá descubriendo con facilidad en su subsiguiente conocimiento de tan extraordinario personaje.

Tom Jones, que se moría de impaciencia por verse listo del barbero, por la razón

que fácilmente se supondrá, pensó que el hombre tardaba mucho en preparar las cosas y le rogó que se diera prisa, a lo que el otro respondió con suma gravedad, pues jamás se alteraba su rostro por nada ni por nadie:

—*Festina lenté*. Se trata de un proverbio que aprendí mucho antes de coger la navaja.

—Me parece, amigo, que es usted un estudiante —repuso Tom.

—Un pobre —contestó el barbero—, *non omnia possumus omnes*.

—Veo que sirve usted para hacer versos —replicó Jones.

—Perdóneme, señor —dijo ahora el barbero—, *non tanto me dignor honore*. —Y procediendo a realizar su cometido, añadió—: Señor, desde que me metí a barbero no he podido descubrir más que dos razones para afeitarse: la una, que le sale a uno la barba, y la otra, el deseo de verse libre de ella. Me parece que no hace mucho tiempo que se afeita usted, teniendo en cuenta el primero de estos dos motivos. Le aseguro que he tenido suerte, pues se puede decir que su barba es *tendenti gravior*.

—No sé por qué me parece que es usted un hombre muy gracioso —opinó Tom Jones.

—Se equivoca usted de medio a medio —repuso el barbero—. Soy demasiado adicto al estudio de la filosofía: *hinc illae lacrymae*. Señor, ésta es mi desgracia. El mucho saber ha sido mi ruina.

—Reconozco —dijo Tom— que sabe usted más de lo que por lo común saben los de su oficio. Pero no comprendo en qué puede haberle perjudicado ese saber.

—¡Ah, señor! —repuso el barbero—. Mi padre me desheredó por ello. Era maestro de baile, y porque pude leer antes que bailar me tomó tal aversión que dejó todo su dinero a mis otros hermanos. ¿Quiere que le iguale las patillas? Le pido perdón. Pero me parece que hay *hiatus in manuscriptis*. Oí que iba usted a la guerra, pero creo que fue un error.

—¿Por qué supone que fue un error? —preguntó Jones.

—Seguramente, señor —contestó el barbero— es usted lo bastante prudente para desistir de ir allí descalabrado.

—Me parece usted un hombre muy simpático por su modo de pensar —afirmó Tom—, y me gustaría que volviera usted después de comer para bebamos juntos una copa de vino. Deseo gozar de su compañía.

—¡Oh, querido señor! —repuso el barbero—. Acepto agradecido y estoy dispuesto a beberme con usted una botella. Presumo de ser buen fisonomista, y mucho me equivoco o es usted uno de los caballeros más bondadosos que conozco.

Jones descendió a la planta baja afeitado y vestido, y quizá hubiera podido compararsele con el bello Adonis. Sin embargo, no poseía el menor encanto para la mesonera, pues como aquella buena mujer no se parecía en nada a Venus, tampoco se le parecía en el gusto. Mucho más feliz hubiera sido Anne la camarera si le hubiera

visto con los ojos de la mesonera, pues la pobre muchacha se enamoró tan por completo de Tom Jones a los cinco minutos de verle, que su amor le costó después muchos suspiros. Anne era muy linda y, al mismo tiempo, esquivaba, ya que había rechazado a un mozo y a uno o dos labradores jóvenes de la localidad. Pero los ojos brillantes de nuestro héroe hicieron desaparecer en un instante toda su frialdad.

Cuando Jones volvió a entrar en la cocina aún no estaba puesta la mesa, ni había motivo para que lo estuviera, pues su comida permanecía *in statu quo*, lo mismo que el fuego que la había de calentar. Este gran desengaño hubiera enojado a más de un temperamento filosófico; sin embargo, no produjo el menor efecto en Jones. El joven se limitó a dirigir un ligero reproche a la mesonera:

—Ya que es tan difícil calentar la carne, me la comeré fría.

Pero entonces la mesonera, por compasión, por vergüenza o por cualquier otra causa, reprendió, en primer lugar, a sus criados por desobedecer órdenes que no había dado, y rogando al mozo que dispusiera una mesa al sol, emprendió la preparación de la comida de Tom Jones, la cual pronto estuvo lista.

Aquel sol, al que fue conducido Jones, era en realidad un *lucus non lucendo*, pues se trataba de una habitación en la que apenas asomaba las narices el astro rey. Era la peor habitación de la casa, si bien Tom Jones sentía demasiada hambre para reparar en nada. Pero, una vez satisfecho su apetito, ordenó al mozo que llevara una botella de vino a una habitación mejor, expresando cierto disgusto por haber comido en una especie de calabozo.

El mozo cumplió el mandato y poco después apareció el barbero, quien no se hubiera hecho esperar tanto de no haber tenido que prestar oído a la mesonera en la cocina, que estaba contando a varios que la rodeaban la historia del pobre Jones, parte de cuya historia procedía de lo que Tom le había contado y parte era invención de ella, pues aseguró que Tom Jones era un pobre niño abandonado adoptado por el caballero Allworthy, donde se había educado como aprendiz, y que ahora había sido expulsado a la calle por sus hazañas, en especial por haber hecho el amor a la heredera de la casa, y también, probablemente, por robo, pues, de lo contrario, no se explicaría el poco dinero que llevaba encima.

—¡Un criado de Mr. Allworthy! —exclamó el barbero sorprendido—. ¿Cómo se llama?

—Él me ha dicho que su apellido era Jones —repuso la mesonera—. Pero quizá sea falso. También me ha contado que el caballero le había tenido en su casa como si fuera un hijo hasta la pelea de ahora.

—Si su apellido es Jones, le dije la verdad —contestó el barbero—, pues yo tengo parientes que viven en esa parte del país, y algunos creen que es hijo suyo.

—¿Por qué no lleva entonces el apellido del padre?

—No lo sé —contestó el barbero—. Hay muchos hijos que no llevan el apellido

de sus padres.

—Si hubiera sabido —repuso la mesonera— que era hijo de un caballero, aunque también es un hijo descarriado, me hubiera comportado con él de otro modo, pues, como mi primer marido acostumbraba a decir, jamás debe tratarse mal a ningún parroquiano que es un caballero.

CAPÍTULO V

DIÁLOGO ENTRE TOM JONES Y EL BARBERO.

Esta conversación tuvo lugar, parte mientras Tom comía en la especie de calabozo donde le habían metido, parte mientras esperaba al barbero en el gabinete. Y tan pronto como concluyó, Mr. Benjamín, como hemos dicho ya, se reunió con el joven y fue amablemente invitado a sentarse. Tom Jones llenó una copa de vino y brindó por el barbero, dándole el título de *doctissime tonsorum*.

—*Ago tibi gratias, domine* —repuso el barbero, y a continuación, mirando con fijeza a Jones, le dijo con profunda gravedad y visible sorpresa, como si recordase su rostro de otra ocasión—: Señor, ¿podría decirme usted si su apellido es Jones?

A lo que Tom repuso:

—El mismo.

—*Proh deum atque hominum fidem!* —exclamó el barbero—. ¡Qué cosas más raras ocurren en la vida! Mr. Jones, soy su servidor más fiel. Veo que no me conoce usted, lo que no tiene nada de particular, ya que no me vio usted más que en una ocasión y entonces era usted muy joven. Dígame, señor, ¿cómo se encuentra el honorable caballero Allworthy? ¿Cómo le va al *optimus omnium patronus*?

—Veo que me conoce usted en realidad —repuso Tom—. Yo, en cambio, no tengo la dicha de recordarle a usted.

—No me extraña —exclamó Benjamín—. Pero me sorprende no haberle reconocido antes, pues usted no ha cambiado en lo más mínimo. Y le ruego, señor, que me diga, sin que esto sea molestia, si está usted de viaje por aquí.

—Llénese el vaso, señor barbero, y no me haga más preguntas.

—De ningún modo, señor, quisiera ser molesto —repuso Benjamín—, y confío que no me tome usted por un curioso impertinente, ya que éste es un defecto que nadie puede echarme en cara. Pero le suplico que me perdone, pues cuando un caballero como usted viaja sin criados, debemos suponer que lo hace de incógnito, y quizá no debería haber mencionado su apellido.

—Confieso —repuso Jones— que no esperaba ser tan bien recibido en este país. No obstante, por razones particulares, le estaré muy agradecido si no hace usted mención de mi nombre a ninguna otra persona hasta que yo esté fuera de aquí.

—*Pauca verba* —contestó el barbero—, y me gustaría que nadie más que yo le conociera aquí, pues siempre suele haber mucha gente que se va de la lengua. Pero le aseguro a usted que sé guardar un secreto. Mis enemigos me conceden esa virtud.

—Sin embargo, no es ésta la característica de su profesión, señor barbero —contestó Tom Jones.

—¡Oh, señor! —repuso Benjamín—. *Non si male nunc et olim sic erit*. Ni nací ni fui criado para barbero, se lo aseguro. He pasado mucha parte de mi vida entre caballeros y, aunque esté mal el decirlo, entiendo algo de la nobleza. Y si usted me ha juzgado tan digno de su confianza como cualquier otro, podría demostrarle que sé guardar mejor un secreto. No hubiera rebajado su nombre hasta pronunciarlo en una cocina pública. Alguien, señor, no le ha tratado tan bien, ya que aparte de propalar en público que usted le habló de la pelea que había habido entre usted y Mr. Allworthy, añadió algunos embustes por su cuenta, según me consta.

—Me sorprende usted de veras —exclamó Jones.

—Por mi honor, señor —contestó Benjamín—, que le he dicho la verdad, y no creo necesario indicarle que esa persona es la mesonera. Todo lo que ha contado de usted me parece una completa falsedad, pues siempre he sentido un gran respeto por usted y se lo tengo desde que se portó usted tan generosamente con George el guardabosque, de lo que se habló en toda la comarca, y yo recibí más de una carta hablándome de ello. Esto hizo que todo el mundo sintiera un gran afecto por usted. Por esto debe perdonarme, pues ha sido un interés verdadero por usted el que me ha hecho hacer tantas preguntas, ya que no me domina ninguna curiosidad impertinente, sino que aprecio a las personas bondadosas, y de aquí nace *amoris abundantia erga te*.

Toda demostración de amistad es acogida favorablemente por los desgraciados. Por eso no debe sorprender que Jones, que aparte de ser desgraciado poseía un corazón abierto y sincero, creyera en el acto todas las manifestaciones de Benjamín y le abriese su pecho. Las frases latinas, algunas de las cuales Benjamín aplicaba con toda propiedad, si bien no denotaban pertenecer a una literatura profunda, parecían indicar un espíritu superior al de un barbero corriente. Otro tanto sucedía con su conducta. Por eso Tom Jones creyó cierto todo lo que el hombre había dicho respecto a su procedencia y educación, y al cabo, después de muchos ruegos y súplicas, dijo:

—Puesto que se ha enterado usted de tantas cosas referentes a mí y parece sentir tales deseos de conocer la verdad, si tiene usted paciencia para ello, le informaré de todo.

—¡Paciencia! —exclamó Benjamín—. La tendré por largo que sea el relato, y crea que de veras me siento reconocido por el honor que me hace.

Jones inició entonces el relato de su historia, olvidando tan sólo uno o dos episodios, entre ellos el que tuvo lugar el día que se peleó con Thwackum, y concluyó con su resolución de embarcarse, hasta que la rebelión en el Norte le había hecho cambiar de propósito y conducido al lugar donde se encontraba.

El barbero, que había prestado gran atención a la historia, no interrumpió ni una sola vez a Tom. Pero una vez acabó el joven, no pudo por menos de hacer la observación de que debería de haber algo más, inventado por sus enemigos, lo cual

debía de haber sido utilizado para indisponer a Mr. Allworthy contra él. De otro modo, no tendría explicación que un hombre tan bueno hubiera despedido, en la forma que lo había hecho, a uno a quien tanto cariño profesaba.

A esto contestó Jones que no dudaba que artes tan villanas habían sido empleadas para destruirle.

Sin duda era imposible que nadie dejara de hacer la misma observación que el barbero, el cual no había oído decir a Tom Jones ninguna palabra o relatar un hecho por el que mereciese ser condenado, puesto que sus actos no aparecieron ahora bajo el aspecto injurioso con el que habían sido presentados intencionadamente a Mr. Allworthy, ni tampoco podía mencionar tantas falsas acusaciones como de tiempo en tiempo se proferían contra él ante Mr. Allworthy, pues de ninguna de ellas tenía la menor noticia. En conjunto, todo aparecía con colores tan favorables a Tom Jones, que a la propia malicia no le hubiera resultado tarea fácil dar con alguna acción censurable.

Tom Jones no deseaba en modo alguno ocultar o disfrazar la verdad. Lo que sucedió es que cuando uno relata sus acciones, se favorece tanto, aun sin proponérselo, que los vicios aparecen purificados al salir de los labios y, como los licores turbios bien filtrados, dejan tras de sí toda la porquería. Aunque los hechos sean los mismos, son tan distintos los motivos, las circunstancias y las consecuencias cuando un hombre cuenta su historia o cuando es su enemigo quien la relata, que apenas reconoceríamos como iguales los hechos narrados en uno y otro caso.

Pero aunque el barbero había escuchado la historia con todo interés, no se sentía satisfecho del todo. Había algo que su curiosidad, aunque contenida, le impulsaba a preguntar. Jones había mencionado su amor y su rivalidad con Blifil, pero había ocultado prudentemente el nombre de ella. Por esta razón, el barbero, tras de algunas vacilaciones, acabó por pedir el nombre de la dama que era la causa principal de todo este daño. Tom Jones calló por un momento y luego dijo:

—Ya que le he confesado tantas cosas y temiendo que su nombre se haya publicado demasiado en esta ocasión, no se lo ocultaré. Ella se llama Sophia Western.

—*Proh deum atque hominum fidem!* ¡El caballero Western tiene ya una hija que es una mujer!

—¡Y qué mujer! —exclamó Tom Jones—. No hay otra igual en el mundo. Nadie vio jamás nada más bello. Sin embargo, éste es su mérito menor. ¡Qué sensatez! ¡Qué bondad! ¡Me pasaría la vida ensalzándola, y a pesar de ello, omitiría la mitad de sus virtudes!

—¡Mr. Western con una hija ya mayor! —exclamó el barbero—. Recuerdo al padre cuando era niño. Bien, *Tempus edax rerum*.

Terminado el vino, el barbero insistió en convidar a otra botella. Pero Jones se negó en redondo a aceptar, diciendo que había bebido más de lo que debía y que

prefería retirarse a su habitación, donde le gustaría disponer de un libro para leer.

—¡Un libro! —exclamó Benjamín—. ¿Qué libro quiere usted leer? ¿En latín o en inglés? Poseo algunos libros curiosos en ambos idiomas, tales como *Erasmi Colloquia*, *Ovid de Tris tibus*, *Gradus ad Parnassum*, y en inglés tengo varias de las mejores obras, aunque algunas de ellas están un poco destrozadas. Pero tengo gran parte de la *Crónica*, de Stowe; el volumen sexto del *Homero*, de Pope; el tercer tomo de *El espectador*; el segundo de la *Historia romana*, de Echard; *El artífice*, *Robinson Crusoe*; el *Kempis* y dos volúmenes de las obras de Tom Brown.

—Estos últimos no los he visto nunca —repuso Tom—, así que le agradecería que me prestase uno de esos libros.

El barbero aseguró al joven que se entretendría mucho con ellos, pues consideraba a su autor como uno de los mejores ingenios que la nación había producido. El hombre se dirigió entonces a su casa, que estaba próxima, de la que regresó a poco, después de lo cual se separaron, no sin antes haber pedido Jones al barbero que mantuviera el secreto y de haber jurado éste que lo mantendría.

Al fin el barbero se fue a su casa y Jones se retiró a su cuarto.

CAPÍTULO VI

DONDE SE DAN MÁS PRUEBAS DEL INGENIO DEL BARBERO, ASÍ COMO DE QUIÉN ERA ESTE PERSONAJE SINGULAR.

Por la mañana, Tom Jones se sintió un tanto intranquilo al pensar en la deserción del cirujano, temiendo que podría resultar algún peligro si no le curaban la herida. En vista de ello, preguntó al mozo si no habría por aquellos alrededores algún otro cirujano. El mozo repuso que había otro muy lejos, pero que se había negado más de una vez a visitar, al saber que otro había sido llamado antes que él.

—Pero, señor —repuso el hombre—, si quiere usted seguir mi consejo, no existe otro hombre en el reino que pueda servirle mejor para el caso que el barbero que estuvo anoche con usted. Nosotros le consideramos uno de los hombres más hábiles con el bisturí de todo el pueblo. Aunque no lleva aquí más de tres meses, ya ha realizado grandes curas.

El mozo fue enviado a buscar al Pequeño Benjamín, que al saber para qué se le necesitaba, se preparó adecuadamente y corrió junto a Jones, pero con un aire y un aspecto tan distinto del que mostraba cuando tenía la bacía bajo el brazo, que costaba convencerse de que fuera la misma persona.

—De modo, barbero —dijo Tom Jones—, que tiene usted más de un oficio. ¿Cómo no me lo dijo usted la última noche?

—La cirugía —repuso Benjamín con suma gravedad— es una profesión y no un oficio. La razón de que no le informara la pasada noche de que profesaba este arte fue que supe que estaba usted al cuidado de otro caballero, y no me gusta interferirme en los asuntos de mis hermanos. *Ars omnibus communis*. Pero ahora, si le parece, inspeccionaré su cabeza, y cuando vea el interior de su cráneo le diré mi opinión sobre el caso.

Tom Jones no tenía gran fe en el nuevo cirujano. Sin embargo, accedió a que le quitase el vendaje y le examinara la herida, lo que apenas hecho por el barbero, empezó a mover la cabeza y a suspirar. Al notarlo, Jones, tímidamente, le rogó que dejara de hacer demostraciones de disgusto y le dijera cómo estaba la herida.

—¿Quiere usted que le responda como cirujano o como amigo? —inquirió Benjamín.

—Como amigo y en serio —repuso Jones.

—Muy bien —exclamó el barbero—, se necesitaría muy poca habilidad para que no se encontrara bien después de unas cuantas curas, y si consiente que le aplique un emplasto mío, respondo del éxito.

Jones dio su consentimiento y el barbero le aplicó el emplasto.

—Ya está —dijo Benjamín cuando concluyó—. Ahora, con su permiso, retornaré a mi otro yo, pues un hombre se ve obligado a conservar cierta dignidad en su rostro mientras lleva a cabo ciertas operaciones; de lo contrario, la gente no se dejaría tratar por él. Ya puede usted imaginar, señor, la importancia que tiene un grave aspecto para un carácter grave. Un barbero podría hacerle reír, pero un cirujano más bien le hará gritar.

—Señor barbero, señor cirujano o señor barberocirujano —exclamó Tom Jones.

—¡Oh, querido señor! —repuso Benjamín interrumpiéndole—. *Infandum, regina, jubes renovare dolorem*. Me recuerda esa cruel separación de las fraternidades unidas, con perjuicio grande para ambos cuerpos, como en todas las separaciones, según el antiguo adagio *Vis unita fortior*. ¡Qué golpe fue esto para mí, que uno ambas fraternidades en mi persona!

—Cualquiera que sea el nombre que prefiera usted que se le aplique al dirigirse a usted —continuó Tom—, el caso es que me parece usted uno de los hombres más notables y de mejor humor que he conocido, y debe de haber algo sorprendente en su historia, que reconocerá usted que tengo perfecto derecho a conocer.

—Lo reconozco —admitió Benjamín—, y con gusto se la contaré cuando disponga usted de suficiente tiempo libre para escucharme, pues le aseguro que requiere un buen rato.

Tom repuso que jamás dispondría de más tiempo que entonces.

—Así, pues —exclamó Benjamín—, le obedeceré. Pero antes cerraré la puerta a fin de que nadie nos interrumpa.

Así lo hizo. Luego avanzó con aire solemne hacia Jones y exclamó:

—Debo empezar por decir que usted es el mayor enemigo que he tenido jamás.

Jones se sobresaltó un tanto al oír aquella repentina declaración.

—¿Yo su enemigo? —exclamó lleno de asombro.

—No se enfade ni se irrite —repuso Benjamín—, pues le aseguro que yo no lo estoy. Usted es perfectamente inocente de haberme deseado ningún mal, pues entonces era un niño. Pero todo quedará explicado en cuanto le diga mi nombre. ¿No recuerda haber oído hablar alguna vez de un tal Partridge —preguntó el barbero— que tuvo el honor de pasar por padre suyo y que tuvo la desgracia de verse arruinado como resultado de ese honor?

—He oído hablar de un tal Partridge —repuso Jones— y siempre me he tenido por hijo suyo.

—Bien, señor —contestó Benjamín—. Yo soy ese Partridge. Pero desde ahora le absuelvo de todos sus deberes filiales, pues le aseguro que no es usted hijo mío.

—¡Cómo! —exclamó Jones—. ¿Y es posible que una falsa sospecha haya atraído sobre usted las terribles consecuencias de las que estoy enterado?

—Es posible —repuso Benjamín—, porque así es. Pero aunque es muy natural en

los hombres odiar hasta las causas inocentes de sus sufrimientos, yo pienso de otra manera. Le aprecio desde que me enteré de su conducta con George el guardabosque, como le dije anoche. Y nuestro extraordinario encuentro me convence de que ha nacido usted para resarcirme de todo lo que he sufrido por su causa. Además, la noche antes de verle soñé que tropezaba con un taburete, pero que no me hacía el menor daño, lo que me demostró que algo bueno iba a ocurrirme. Y la última noche he soñado que cabalgaba detrás de usted montado en una yegua blanca, lo que es un sueño magnífico y signo de buena fortuna, que estoy decidido a perseguir, a no ser que tenga usted la crueldad de negármela.

—Me alegraría mucho, Mr. Partridge —repuso Jones—, poder resarcirle de los sufrimientos que ha padecido usted por causa mía, aunque por el momento no veo ninguna posibilidad de conseguirlo. Sin embargo, le prometo no negarle nada que dependa de mí el concederle.

—Depende por completo de usted —repuso Benjamín—, pues no deseo otra cosa que poder acompañarle en esta expedición. Me he encariñado tanto con la idea, que si me la niega, matará usted al mismo tiempo a un barbero y a un cirujano.

Tom Jones repuso sonriendo que sentiría enormemente ser causa de tanto perjuicio para el público. Luego expuso varias razones para convencer a Benjamín — a quien de ahora en adelante volveremos a llamar Partridge— de que era imposible que pudiera realizar aquel propósito. Pero todo fue en vano. Partridge tenía una gran confianza en su sueño de la yegua blanca.

—Además, señor —añadió—, le aseguro a usted que siento tanto entusiasmo por la causa como cualquier hombre pueda sentir, e iré, me admita usted en su compañía o no.

Tom Jones, que se sentía tan complacido con Partridge como Partridge con él, y que no había consultado su propio deseo, sino el bien del otro al aconsejarle que se quedara en su casa, al ver tan decidido a su amigo, dio al cabo su consentimiento. Pero luego, tras de haber reflexionado, añadió:

—Quizá, Mr. Partridge, crea usted que estoy en condiciones de poderle sostener. En realidad, me encuentro muy lejos de eso.

Y cogiendo su bolsa, contó nueve guineas, que declaró que era toda su fortuna.

Partridge repuso que estaba convencido de que dentro de poco tendría suficiente dinero en su poder.

—Por el momento, señor —dijo—, me considero el más rico de los dos. Todo cuanto tengo está a su disposición. Insisto en que se quede con todo, y yo sólo le pido poderle acompañar en calidad de criado: *Nil despesandum est Teucro duce et auspice Teucro*.

Pero Tom no quiso en modo alguno aceptar aquella proposición sobre el dinero.

Decidieron partir al día siguiente, pero de pronto surgió una dificultad en cuanto

al equipaje, y ésta fue que la maleta de Tom Jones era demasiado grande para que pudiera ser transportada sin la ayuda de un caballo.

—Si se me permite un consejo —dijo Partridge—, esta maleta, con todo lo que contiene, salvo unas cuantas camisas, la dejaremos aquí. Éstas yo las podré llevar sin dificultad, y el resto de su maleta permanecerá a buen recaudo en mi casa.

Jones aceptó el consejo, y el cirujanobarbero se dirigió a su casa a fin de preparar todo lo necesario para la expedición proyectada.

CAPÍTULO VII

DONDE SE DAN MEJORES RAZONES DE LAS HASTA AHORA EXPUESTAS PARA JUSTIFICAR LA CONDUCTA DE PARTRIDGE; UNA APOLOGÍA DE LA DEBILIDAD DE TOM JONES Y ALGUNAS ANÉCDOTAS REFERENTES A LA MESONERA.

Si bien Partridge era uno de los hombres más supersticiosos del mundo, no se hubiese decidido a acompañar a Jones en su expedición simplemente por los presagios del tropezón con el taburete y el sueño de la yegua blanca, si su propósito no fuera algo mucho más importante que participar en el botín que se recogiera en el campo de batalla. En resumen, cuando Partridge empezó a reflexionar sobre el relato que había oído de labios de Jones, concluyó por no creer que Mr. Allworthy hubiera arrojado a su hijo —pues por tal tenía a Tom— de la casa por la simple razón dada por el muchacho. Por tanto, dedujo que todo era una pura ficción, y que Jones, de quien con frecuencia había oído decir que era de carácter muy alocado, había huido en realidad de su padre. Entonces pensó que si conseguía convencer al joven caballero para que volviera al lado de su padre, prestaría con ello un gran servicio a Allworthy, que quizá le haría olvidar su cólera fingida y que Allworthy le había sacrificado simplemente a su reputación. Fundamentaba su creencia en el cariñoso proceder que el buen hombre había observado con el niño expósito; en su gran severidad con él, Partridge, que, sabiéndose inocente, no podía concebir que los demás le considerasen culpable; por último, en la pensión que durante mucho tiempo después de ser privado públicamente de su anualidad había estado recibiendo y que consideraba como una especie de compensación o reparación de una injusticia, ya que es poco usual en los hombres atribuir los beneficios que reciben a la simple caridad, cuando pueden achacarlos a otros motivos. Si de un modo u otro conseguía convencer al joven caballero para que volviera a su casa, estaba convencido de que él lograría de nuevo congraciarse con Allworthy, siendo recompensado por sus sufrimientos, permitiéndole al propio tiempo regresar a su tierra nativa, regreso que ni el propio Ulises deseó jamás tan ardientemente como lo deseaba el infeliz Partridge.

En lo que respecta a Tom Jones, estaba convencido de la verdad de lo afirmado por Partridge y pensaba que éste no tenía más motivos para obrar que el cariño que sentía hacia él y el celo por su causa, lo cual representaba una grave falta de confianza en la veracidad del prójimo, muy digna de censurar. Sólo existen dos caminos por los que los hombres llegan a adquirir la desconfianza. Uno, el resultado de una larga experiencia, el otro procede de la naturaleza, y con esto último muchas veces se trata de indicar el genio o las dotes naturales, y sin duda es el mejor de los

dos, no sólo porque se posee desde los principios de la vida, sino por ser mucho más infalible y definitivo. Un hombre que ha sido engañado por muchos siempre espera encontrar algunos más honrados, en tanto que el que recibe ciertos consejos necesarios de su fuero interno, es imposible, a no ser que carezca de la menor inteligencia, que pueda ser engañado. Pero Tom Jones carecía de este don de la naturaleza y, además, era demasiado joven para poseerlo por experiencia, pues el conocimiento de la vida que se adquiere por este medio raras veces se alcanza hasta edad muy avanzada de la vida, que posiblemente es la razón de que los viejos desprecien los conocimientos de todos los que son un poco más jóvenes que ellos.

Tom Jones pasó parte del día en compañía de un nuevo conocido. Éste no era otro que el dueño del mesón o, mejor dicho, el marido de la mesonera. El hombre había hecho su aparición después de un largo ataque de gota, enfermedad que le obligaba a permanecer encerrado en su cuarto durante medio año, en tanto que en los períodos de salud se paseaba por la casa, fumaba su pipa y bebía una botella con los amigos, sin preocuparse lo más mínimo de trabajar en algo. Había sido criado, como él afirmaba, para ser caballero, o sea para no hacer nada, y había derrochado una pequeña fortuna, herencia de un tío que fue un campesino trabajador y honrado, en cacerías, carreras de caballos y peleas de gallos. La mesonera se había casado con él inspirada por ciertos propósitos, a los que él hacía tiempo no respondía, razón por la cual ella le odiaba cordialmente. Pero como era un hombre adusto, ella se complacía en quemarle la sangre haciendo comparaciones desventajosas entre él y su primer esposo, cuyos recuerdos no se le caían de los labios. Por otra parte, como era dueña de la mayor parte de las ganancias, se sentía satisfecha de tener a su cargo la dirección del negocio, y tras de una larga lucha, en la que no tuvo el menor éxito, se resignó a que su marido hiciera lo que le viniera en gana.

Por la noche, cuando Tom Jones se retiró a su cuarto para dormir, entre aquella cariñosa pareja surgió una viva disputa motivada por él.

—¡Vamos! —exclamó la mesonera—. Has estado bebiendo con el caballero, según he podido observar.

—Sí, hemos apurado juntos una botella —contestó el marido—, y se trata de un perfecto caballero que entiende mucho de caballos. Es joven y no ha conocido mucho mundo, pues tengo la impresión de que ha frecuentado poco las carreras de caballos.

—¡Oh, es uno de tu clase! —repuso la mesonera con desdén—. Con seguridad es un caballero desde el momento que entiende de caballos. ¡Que el demonio cargue con semejantes tipos! Me gustaría no haberle conocido jamás. ¡Tengo muchos motivos para querer sinceramente a los aficionados a las carreras de caballos!

—Los tienes —replicó el marido—, pues yo fui uno de ellos, como sabes de sobra.

—Sí —repuso ella—, tú eras de los más entusiastas. Como mi primer marido

solía decir, debo colocar delante de mí todo lo bueno que te debo, y procurar no ver la malo.

—¡Al cuerno tu primer marido! —exclamó él.

—No insultes a mi primer marido —repuso la mujer—. Si hubiera vivido no lo hubieses hecho.

—Entonces olvidas que tú también lo has insultado delante de mí —contestó el segundo marido.

—Si lo hice, luego me he arrepentido de ello. Y si él era tan bueno que me perdonaba cualquier palabra dicha sin pensar, no eres tú el que debes echarme ahora nada en cara. Fue un marido de cuerpo entero para mí, y si en alguna ocasión empleó alguna palabra malsonante en un momento de acaloramiento, jamás le llamé bribón.

Aún dijo mucho más la mujer, pero su marido no la oyó, pues encendiendo su pipa salió de la habitación todo lo de prisa que pudo.

Era aún bastante temprano cuando Partridge apareció a la mañana siguiente junto al lecho de Tom Jones. Estaba completamente equipado para el viaje y llevaba una mochila a la espalda. Se la había hecho él mismo, pues aparte de otros oficios que tenía, entendía de sastre. Dentro de la mochila había metido toda su provisión de ropa, que se componía de cuatro camisas, a las que añadió ocho de Tom Jones, y cerrando la maleta, salió con ella para llevarla a su casa. Pero en el camino fue detenido por la mesonera, que se opuso a que se efectuara ningún traslado hasta que la cuenta de Tom estuviera pagada.

La mesonera, como ya hemos dicho, la gobernadora absoluta de aquellos parajes, y no había otra solución que someterse a sus mandatos. La cuenta fue hecha a escape y presentada. Importaba una cantidad mucho mayor de la que podía esperarse dado el trato recibido por Tom Jones. Pero aquí es necesario que revelemos ciertas máximas que los mesoneros consideran los grandes misterios de su oficio. La primera es que si tienen algo bueno en su casa, lo que sucede muy raras veces, deben dárselo sólo a los que viajan con mucho equipaje. Segunda, cargar en la cuenta lo mismo por los peores alimentos que por los mejores. Y, por último, si alguno de los huéspedes pide pocas cosas, hacerle pagar el doble por cada cosa que se le sirva, de forma que la cuenta por individuo sea aproximadamente la misma.

Una vez liquidada la cuenta, Tom y Partridge se pusieron en camino. La mesonera no se rebajó a desearles buen viaje, pues, al parecer, su posada sólo era frecuentada por gente distinguida. Ignoro a qué será debido, pero todos aquellos que se ganan la vida con gentes distinguidas contraen tal desprecio hacia el resto de la Humanidad, como si en realidad pertenecieran al rango de aquéllas.

CAPÍTULO VIII

DONDE TOM JONES LLEGA A GLOUCESTER Y VA A «LA CAMPANA»;
CARÁCTER DE LA CASA Y DE UN PICAPLEITOS QUE ENCONTRÓ EN
ELLA.

Tom Jones y Partridge, o el Pequeño Benjamín —el epíteto de Pequeño se le aplicaba en sentido irónico, pues tenía aproximadamente seis pies de estatura—, tomaron el camino de Gloucester, luego de haber abandonado el mesón de la forma ya narrada, sin que les sucediera ninguna aventura digna de ser narrada.

Al llegar a Gloucester eligieron para hospedarse una fonda llamada «La Campana», una casa por demás excelente y que no dudo en recomendar a todo lector que visite esa antigua ciudad. El dueño de ella es hermano del gran predicador Whitefield, pero no se ha visto contagiado por los perniciosos principios del metodismo o de cualquiera otra secta herética. Es un hombre honrado a carta cabal y, a mi parecer, sin la menor afición a originar conflictos a la Iglesia o al Estado.

Su esposa había tenido pretensiones de guapa y aún se conservaba bastante bien. Con su figura y su porte hubiera hecho buen papel en las reuniones más distinguidas. Pero aunque conoce esta perfección suya y algunas otras, parece haberse amoldado y estar resignada al género de vida que ha elegido. Semejante resignación es debida a su prudente carácter, pues se ve tan libre de las nociones metodistas como su esposo. Digo al presente, pues ella misma confiesa que los documentos de su hermano la impresionaron un poco al principio, y que se había colocado la capucha para esperar las emociones extraordinarias del espíritu. Sin embargo, no habiendo descubierto emociones después de un experimento de tres semanas, abandonó discretamente la capucha y la secta.

Se trata de una mujer en extremo simpática y de natural bondadoso, y tan trabajadora, que los huéspedes tienen que ser desmedidamente exigentes para no sentirse satisfechos en su casa.

Mrs. Whitefield se encontraba en el patio cuando entraron en él Tom Jones y su acompañante. La sagaz mirada de la posadera no tardó en descubrir en el aspecto de nuestro héroe algo que le distinguía de los demás mortales. Ordenó, pues, inmediatamente a sus criados que dieran una habitación al recién llegado, y luego le invitó a comer con ella, invitación que Tom aceptó con verdadera alegría, pues después de su viaje tan largo y de un ayuno tan prolongado, cualquier compañía mucho menos agradable que la de la señora Whitefield y cualquier entretenimiento mucho peor que el que ella proponía hubieran sido recibidos por el joven con idéntico agrado.

Aparte de Tom Jones y de la dueña de la casa, estaba sentado a la mesa un abogado de Salisbury, que por una de esas raras casualidades era el mismo que había llevado a Mr. Allworthy la noticia de la muerte de su hermana, la viuda del capitán Blifil, y cuyo apellido que creo que antes no dije, era el de Dowling. Había también otra persona que se daba igualmente el título de abogado y que vivía cerca de Linlinch, en Somersetshire. Este último individuo no era más que un vulgar picapleitos, sin conocimientos de ninguna clase, uno de esos tipos que pueden ser llamados caudatarios de la ley, una especie de supernumerarios de la ley que son azote de los abogados y son capaces de cabalgar más millas en busca de media corona que una estafeta.

Mientras comía, el abogado de Somersetshire recordó la cara de Tom Jones, al que había visto en casa de Mr. Allworthy, pues había frecuentado la cocina del caballero. El hombre aprovechó la ocasión para preguntar por su familia con la familiaridad que la hubiese hecho un íntimo amigo de Mr. Allworthy, y, en realidad, hizo cuanto le fue posible para insinuarse como tal, aunque jamás había tenido el honor de hablar a persona de más categoría que el despensero. Tom contestó a todas las preguntas con gran cortesía, aunque no recordaba haber visto jamás al abogado, si bien el joven dedujo, por la apariencia externa y la conducta del hombre, que se estaba tomando una confianza con sus superiores a la que no tenía el menor derecho.

Como la charla de individuos de este jaez resulta la más detestable para hombres con un poco de sentido común, apenas quitaron el mantel, Tom Jones se despidió, abandonando a Mrs. Whitefield con una cierta descortesía, condenada a tener que hacer compañía a sus huéspedes, que según he oído decir a Mr. Harris y a otros posaderos de buen gusto, es el sino más cruel de su profesión.

Apenas salió Tom de la habitación, el picapleitos preguntó, en voz baja, a Mrs. Whitefield:

—¿Conoce usted a ese joven?

La mujer respondió:

—Jamás he visto a ese caballero antes de ahora.

—¡Caballero! —exclamó el picapleitos—. ¡Vaya un caballero! Es el hijo natural de un hombre que fue ahorcado por robar caballos. Ese individuo fue dejado en la puerta de Mr. Allworthy, donde uno de los criados de la casa le encontró en una caja tan llena de lluvia, que sin duda se hubiese ahogado de no haberle reservado el destino para otros menesteres.

—Protesto; no tiene usted por qué hablar de ello. Comprendemos muy bien cuál es ese destino —dijo Dowling, haciendo una mueca muy graciosa.

—Bien —continuó el otro—. El caballero ordenó que lo recogieran, pues es un hombre muy conocido y enemigo de meterse en líos. En su casa fue criado, alimentado y vestido lo mismo que si fuera un hijo de caballero, y allí dejó

embarazada a una de las criadas. Después rompió el brazo a un tal Mr. Thwackum, un clérigo, simplemente porque le reprendió por perseguir a mujerzuelas. Después disparó una pistola por la espalda a Mr. Blifil, y en cierta ocasión en que Mr. Allworthy se encontraba enfermo, cogió un tambor y lo estuvo tocando por toda la casa con el fin de que el anciano no pudiera dormir. Y ha llevado a cabo muchas otras picardías, por cuyo motivo, hace cuatro o cinco días, antes de abandonar yo la localidad, el caballero le puso de patitas en la calle completamente desnudo.

—Muy bien hecho —exclamó Dowling—. Yo también hubiera arrojado de mi casa a mi hijo si fuera culpable de semejantes fechorías. ¿Me hace usted el favor de decirme el nombre de ese aprovechado caballero?

—¿Su nombre? —exclamó el picapleitos—. Se llama Tom Jones.

—¡Jones! —repuso Dowling con súbito interés—. ¿Cuál? ¿Es el Tom Jones que vivía con Mr. Allworthy? ¿Es el caballero que comió con nosotros?

—El mismo —repuso el picapleitos.

—He oído hablar de ese caballero con frecuencia —exclamó Dowling—. Pero jamás he oído decir nada malo de él.

—Pues yo afirmo —dijo ahora Mrs. Whitefield— que si la mitad de las cosas que se dicen de él son ciertas, Mr. Jones posee un rostro muy engañoso, ya que sus miradas prometen cosas muy distintas, y debo decir, por lo poco que hasta ahora he visto de él, que se trata de un hombre tan fino y bien educado como el que más.

Recordando entonces el picapleitos que no le habían tomado juramento, como solía suceder antes de que contase algo, trató de apoyar todo lo que había dicho con tantos juramentos y blasfemias, que los oídos de la posadera se sintieron ofendidos y atajó el torrente verbal con la afirmación de que le creía.

El picapleitos continuó:

—Confío, señora, que no me creerá usted capaz de contar tales cosas de un hombre, a menos de que esté seguro de que son ciertas. ¿Qué interés puedo tener yo en mancillar el buen nombre de una persona que jamás me insultó ni se metió conmigo? Le aseguro a usted que cada palabra de lo que he contado es cierta y que toda la comarca lo sabe.

Como Mrs. Whitefield no tenía motivos para sospechar que el picapleitos tuviera algún motivo para injuriar a Tom Jones, el lector no debe criticarla porque creyera lo que él le confiaba con tanta amabilidad y subrayado por tantos juramentos. De acuerdo con esto, renunció para lo sucesivo a su habilidad para descifrar fisonomías, y a partir de aquel instante formó tan mal concepto de su huésped, que deseó con todo su corazón que saliera de su casa cuanto antes.

Su antipatía aumentó debido a un informe que Mr. Whitefield trajo de la cocina, donde Partridge había comunicado a los allí reunidos que, aunque él llevaba la mochila y se contentaba con permanecer entre los criados, en tanto que Tom Jones,

como él llamaba al joven, se regodeaba en el comedor, no era su criado, sino simplemente un amigo y un compañero, y tan excelente caballero como el propio Mr. Jones.

Dowling permaneció todo el tiempo sentado, mordiéndose las uñas, haciendo muecas y en actitud inquieta. Al cabo despegó los labios y afirmó que el caballero parecía otra clase de persona. Luego pidió su cuenta con mucha prisa y declaró que aquella misma tarde tenía que estar en Hereford, lamentándose de lo mucho que le daban que hacer sus negocios y deseando poderse dividir en varios para poder estar en distintos sitios a la vez.

El picapleitos partió a su vez, y entonces Tom Jones rogó a Mrs. Whitefield que hiciera el favor de tomar el té con él, lo cual rehusó la mujer, y con una actitud tan distinta de como le había recibido a la hora de comer, que el joven se sorprendió no poco. No tardó en percatarse de que la mujer había variado por completo de conducta respecto de él, ya que en lugar de la afabilidad de que antes hemos hablado, mostraba un aspecto severo tan desagradable, que el joven resolvió, aunque era ya tarde, abandonar la posada antes de que llegase la noche.

Jones se equivocó sobre las causas de aquel repentino cambio. Además de algunas conjeturas erróneas sobre la volubilidad e inconstancia femeninas, comenzó a sospechar que la causa de todo estribaba en que él carecía de caballos, animales que, como no ensucian sábanas, son considerados en las posadas como mejores pagadores de sus camas que sus jinetes, y por esta razón son tenidos por huéspedes más deseables. Pero Mrs. Whitefield, para ser justos con ella, poseía un modo mucho más liberal de pensar. Estaba perfectamente educada, y podía mostrarse muy correcta con él, aunque marchase por el mundo a pie. Pero era el caso que ahora tenía a nuestro héroe por un bribón de marca mayor y, por tanto, le trataba como a tal, por lo cual ni el mismo Tom Jones, si hubiera sabido tanto como el lector, habría podido censurarla. Por el contrario, hubiera apoyado su conducta y estimado más por esta desatención que mostraba hacia él. Se trataba de un caso desgraciado, en el que se privaba a un hombre de su reputación, pues una persona que sabe que es mala no puede molestarse con aquellos que la desprecian y le tratan a la ligera, y rehuirá el trato con ellos. A no ser que, después de tratarle con mayor intimidad, se convenzan de que el carácter de aquella persona ha sido falseado con toda intención.

Pero éste no era, ni mucho menos, el caso de Tom Jones, puesto que desconocía la verdad de lo sucedido. Así que el joven tenía razones suficientes para sentirse ofendido por el trato de que le hacían objeto. En vista de lo cual, pagó su cuenta y abandonó la posada muy en contra de la voluntad de Partridge, que tras de haber protestado calurosamente contra aquella decisión sin haber logrado nada, accedió al fin a cargar con la mochila y acompañar a su amigo.

CAPÍTULO IX

DONDE SE DA CUENTA DE VARIOS DIÁLOGOS SOSTENIDOS POR JONES Y PARTRIDGE REFERENTES AL AMOR, AL FRÍO, AL HAMBRE Y A OTROS TEMAS, CON LA AFORTUNADA Y DIFÍCIL ESCAPADA DE PARTRIDGE EN EL PRECISO INSTANTE EN QUE IBA A HACER A SU AMIGO UNA REVELACIÓN FATAL.

Las sombras empezaban a descender de las altas montañas; las aves se habían recogido ya en sus nidos. Los mortales de un orden superior empezaban a sentarse para realizar la comida principal del día, y los de orden inferior para tomar su cena. En suma, el reloj acababa de dar las cinco de la tarde cuando Tom Jones se despidió de Gloucester, hora en la cual —estaban a mediados del invierno— la noche hubiera corrido su negro manto sobre el universo de no habérselo impedido la luna, que ahora, con una cara tan redonda y roja como la de algunos mortales que al igual que ella suelen hacer de la noche día, comenzó a levantarse de su lecho, donde había permanecido durmiendo durante el día, para velar por la noche. No llevaban mucho trecho caminando cuando Tom saludó a tan hermoso planeta y, volviéndose a su compañero, le preguntó si había visto alguna vez una noche tan deliciosa como aquella. Pero como Partridge tardara en contestar, el joven comenzó a elogiar la belleza de la luna, repitiendo algunos pasajes de Milton, que supera a todos los restantes poetas en la descripción de las luminarias celestes. A continuación habló a Partridge, tomado del *Spectator*, de dos amantes que convinieron en contemplar la luna a determinada hora, encontrándose muy lejos uno de otro, gozando ambos de la sensación de saber que contemplaban el mismo objeto en el mismo instante.

—Esos amantes —añadió el joven— debían de poseer almas capaces de experimentar toda la delicadeza de la más sublime de las pasiones humanas.

—Es muy probable —repuso Partridge—. Pero yo le envidiaría más si tuvieran cuerpos capaces de no sentir frío, pues yo estoy completamente helado, y temo mucho perder un pedazo de mi nariz antes de que lleguemos a otra casa en que podamos alojarnos. Debemos esperar que nos suceda algo malo, tras de nuestra locura de huir, a través de esta noche, de una de las mejores posadas que yo recuerdo haber visto en mi vida. El lord más rico de la región no vivirá mejor con tantas comodidades en su casa como podría hacerlo en esa posada. Y no pienso juzgar por mi parte lo que supone abandonar tal alojamiento y caminar a la buena de Dios por estos caminos, sin rumbo fijo, *per devia rura viarum*. Pero creo que más de uno no tendría inconveniente en afirmar que estamos locos.

—¡Qué bochorno, Mr. Partridge! —exclamó Tom Jones—. Eleve ese ánimo,

piense que va en busca del enemigo, y ante esa idea, ¿le tiene usted miedo al frío? Me gustaría tener un guía que nos indicase qué camino debemos tomar.

—¿Me permite usted que le dé mi consejo? —preguntó Partridge—. *Interdum stultus opportuna loquitur.*

—¿Cuál de ellos recomendaría usted? —inquirió Tom.

—Ninguno —replicó Partridge—. El único camino que estamos seguros de encontrar es el que hemos traído hasta aquí. Si fuésemos a buen paso, dentro de una hora podríamos estar de nuevo en Gloucester. Mas si seguimos adelante, Dios sabe si llegaremos a alguna parte, pues veo ante mí cincuenta millas por lo menos, y no se otea ninguna casa en el camino.

—Lo que usted ve es una bella perspectiva —repuso Tom—, que recibe una gran belleza adicional del esplendor de la luna. De todos modos, yo seguiré el camino de la izquierda, que parece conducir directamente a esas colinas, que, según nos han informado, no se encuentran muy lejos de Worcester. Así, que si se siente usted inclinado a abandonarme, puede volver sobre sus pasos. Yo, por mi parte, estoy dispuesto a continuar hacia delante.

—Es usted muy poco amable conmigo, señor —replicó Partridge—, al pensar que puedo abrigar semejante intención. Pero puesto que está usted decidido a proseguir, yo estoy dispuesto a seguirle. Y *prae sequar te.*

Ambos recorrieron varias millas sin despegar los labios. Durante este tiempo, Tom Jones lanzó varios suspiros y otro tanto hizo Partridge, aunque por motivos muy distintos que el joven. Al cabo, Tom Jones se detuvo y volviéndose hacia Partridge, le dijo:

—A lo mejor, la criatura más adorable de este mundo tiene sus ojos fijos en la luna en este instante lo mismo que yo.

—Es muy probable —replicó Partridge—. Pero si mis ojos estuvieran fijos en un buen trozo de asado, ya podría irse la luna al infierno con sus cuernos y todo.

—¡Vaya contestación! —exclamó Jones—. Partridge, ¿ha estado usted alguna vez enamorado en su vida, o el tiempo ha borrado todo recuerdo de esas cosas en usted?

—¡Ay! —murmuró Partridge—. Más me hubiera valido no haber conocido jamás el amor. *Infandum regina jubes renovare dolorem.* Estoy convencido que he experimentado toda la ternura, sublimidades y amarguras de la pasión del amor.

—¿Quiere eso decir que fue poco amable con usted la mujer de que estuvo enamorado?

—Fue muy adusta conmigo, señor —contestó Partridge—, pues una vez casada resultó la peor mujer del mundo. Por fortuna, y gracias a una bendición del cielo, murió, y si creyera que en estos momentos se encontraba en la luna, pues según un libro que una vez leí es a ella donde van a parar los espíritus que abandonan este mundo, jamás posaré en ella la mirada por temor a verla. Por contra, desearía que la

luna fuera un espejo para usted, y que miss Sophia Western estuviera ahora ante él.

—Mi querido Partridge, ¡qué pensamiento más bonito acaba de ocurrírsele! —exclamó Tom Jones—. Pensamiento que estoy convencido de que sólo puede ocurrírsele a un enamorado. ¡Oh, Partridge! ¿Tendré que perder toda esperanza de volver a ver su rostro? Creo que todos esos dorados sueños se han desvanecido para siempre, y mi único refugio contra el dolor y la aflicción futura es tratar de olvidar a la mujer que era objeto de mi antigua felicidad.

—¿Es que desespera usted realmente de volver a ver a miss Western? —preguntó Partridge—. Si está usted dispuesto a seguir mi consejo, me comprometo no sólo a que la vea usted, sino a que la tenga entre sus brazos.

—¡Oh! No me haga concebir pensamientos que no podrán cumplirse —exclamó Jones—. He luchado mucho para rechazar de mi imaginación ideas como ésa.

—¿Es posible? —preguntó Partridge—. Si no desea usted tener entre los brazos a su amada, entonces es usted el enamorado más extraordinario que he conocido.

—Bien, bien, dejemos eso —murmuró Tom Jones—. Pero deme, por favor, su consejo.

—Para decírselo con frase militar —contestó Partridge—, ya que somos soldados: «Media vuelta a la derecha». Desandemos el camino que hemos recorrido. Aún podemos llegar esta noche a Gloucester, aunque sea tarde, mientras que si continuamos hacia delante es muy probable, por lo que llevo visto, que andemos vagando toda la noche sin encontrar techo bajo el que cobijamos.

—Ya le he dicho a usted que mi intención es la de continuar —replicó Tom—. Pero me gustaría que usted se volviera atrás. Le estoy agradecido por su compañía, y le mego que acepte una guinea como una prueba de mi gratitud. Sería una crueldad por mi parte permitir que siguiera más adelante, ya que, para decírselo de una vez, mi objeto principal y mi deseo es conseguir una muerte gloriosa sirviendo a mi patria y a mi rey.

—Lo que toca a su dinero —repuso Partridge—, le suplico, señor, que lo conserve. No aceptaré nada de usted, ya que por el momento soy el más rico de los dos. Y puesto que su resolución decidida es la de seguir adelante, la mía es la de seguirle. Además, mi presencia a su lado es ahora más necesaria que nunca, a fin de tener cuidado de usted, ya que sus intenciones son tan desesperadas. Le aseguro que mis propósitos son mucho más prudentes. Usted está decidido a caer en el campo de batalla, si ello le es posible, mientras que yo estoy resuelto, si puedo evitarlo, a no sufrir el menor daño. Mi consuelo es que habrá pocos peligros, puesto que un sacerdote católico me dijo el otro día que la guerra acabaría pronto y, a su juicio, sin que se diera ninguna batalla.

—¡Un sacerdote católico! —exclamó Tom Jones—. Según he oído decir, no siempre debe de creérseles cuando hablan en favor de su religión.

—Sí. Pero en vez de hablar en favor de su religión —respondió Partridge—, afirmó que los católicos no esperaban ganar nada con el cambio, ya que ese príncipe Carlos era tan buen protestante como cualquier habitante de Inglaterra, y sólo una cuestión de derecho había influido en que él y el resto del partido católico se hicieran jacobitas.

—En cambio, yo no dudo de nuestro triunfo, aunque será a costa de una batalla. Lo que ocurre es que no soy tan optimista como su amigo católico —replicó Tom Jones.

—Y hace usted bien, señor —repuso Partridge—. Si han de cumplirse las profecías de que he oído hablar, y en las que se habla de la gran cantidad de sangre que correrá en la contienda, y de que el molinero con los tres pulgares, que vive en la actualidad, sostendrá los caballos de tres reyes, con sangre hasta la rodilla, entonces, Señor, ten piedad de nosotros y envíanos mejores tiempos.

—¡Cuánta tontería y necedades almacena usted en su cabeza! —repuso Jones—. Los monstruos y los prodigios son los argumentos más convenientes para sostener las doctrinas monstruosas y absurdas. La causa del rey Jorge es la causa de la libertad y de la verdadera religión. En resumen, es la causa del sentido común, amigo mío, y le prometo que triunfará, aunque el propio Briarius tuviera que levantarse de nuevo con sus cien pulgares y volverse molinero.

Partridge no respondió a estas palabras. Se sentía sumido en un mar de confusiones debido a la declaración de Tom Jones. Revelando un secreto del que hasta ahora no habíamos tenido ocasión de hablar, diremos que, en el fondo, Partridge era jacobita, y había pensado que Tom Jones era del mismo partido, y ahora trataba de reunirse con los rebeldes, opinión que no dejaba de tener su fundamento, pues la dama alta, mencionada por Hudibras —el monstruo de Virgilio de muchos ojos, muchas lenguas y muchos oídos— había relatado la historia de la disputa entre Tom Jones y el oficial con la característica falta de veracidad. Había trocado el nombre de Sophia por el del pretendiente e informado que la causa por la cual Tom había sido herido era el haber brindado en honor del pretendiente. No tiene nada de extraordinario, pues, que Partridge hubiera concebido la idea que antes hemos expuesto. Pero creemos que el lector no se sorprenderá mucho de esto si recuerda la dudosa frase con la que Jones comunicó por vez primera su resolución a Partridge, y aunque las palabras hubieran sido menos ambiguas, Partridge podría muy bien haberlas interpretado como lo hizo, convencido como estaba de que toda la nación sentía como él. Ni tampoco le hizo titubear el pensar que Tom Jones viajaba en compañía de soldados, ya que tenía del ejército la misma opinión que tenía toda la gente. Pero por grande que fuera el afecto que pudiera sentir por Jacobo o Carlos, era mucho mayor el que profesaba al Pequeño Benjamín, por cuyo motivo, en cuanto descubrió el modo de pensar de Jones, decidió ocultar y abandonar el suyo a cambio

de aceptar el del hombre de quien dependía su fortuna, pues no consideraba que los asuntos de Tom Jones estuvieran tan perdidos en relación con Mr. Allworthy. Como sea que Partridge había mantenido correspondencia constante con algunos de sus antiguos vecinos del país, tenía noticias por demás exageradas sobre el gran cariño que Mr. Allworthy profesaba al joven, quien, según el pensar de Partridge, sería el heredero del caballero, pues, como ya hemos dicho, no tenía la menor duda de que era su hijo.

Por tanto, pensaba que cualquiera que hubiera sido el motivo de la pelea entre los dos hombres, ésta sería olvidada al regreso de Tom Jones, acontecimiento que esperaba le reportaría a él grandes ventajas, si aprovechaba la oportunidad para ganarse la voluntad y las simpatías del caballero. Y si él podía contribuir con cualquier medio a aquel retorno, no dudaba, como hemos dicho antes, que sería recompensado por Mr. Allworthy.

Ya hemos hecho observar que se trataba de un individuo de excelente fondo, y él mismo había confesado el gran cariño que sentía por Tom. Pero era muy posible que los puntos de vista a que antes nos hemos referido hubiesen influido en él para emprender aquella expedición, al menos le estimuló a proseguirla, después de haber descubierto que Tom Jones y él, como ocurre a veces entre padres e hijos prudentes, habían abrazado causas opuestas. Me he decidido a exponer esta conjetura porque he podido observar que si bien el amor, la amistad, el afecto y cosas por el estilo, ejercen una poderosa influencia sobre el espíritu humano, el interés es un elemento que muy rara vez es dado de lado por los hombres prudentes, cuando tratan de empujar a otros a que sigan sus propios fines. Ésta es una medicina excelente y, como las píldoras de Will, se dirige a aquel organismo del cuerpo sobre el que se quiere que actúe, ya sea la lengua, la mano, o cualquier otro miembro, y donde raras veces deja de producir el efecto deseado.

CAPÍTULO X

DONDE LOS VIAJEROS VIVEN UNA AVENTURA EXTRAORDINARIA.

A poco de haber puesto fin al diálogo antes descrito, los dos viajeros llegaron al pie de una colina bastante escarpada. Tom Jones se detuvo y, dirigiendo su mirada a lo alto, permaneció silencioso unos momentos. Al cabo se dirigió a su compañero y le dijo:

—Partridge, me gustaría estar en lo alto de esa colina. Desde la cumbre debe de divisarse un soberbio panorama, en especial de día, pues la escasa luz que la luna arroja sobre todas las cosas no es la más adecuada para sugerir ideas de belleza, sobre todo para una imaginación que se sienta propensa a alimentarse de ideas melancólicas.

—Es probable —repuso Partridge—. Pero si la cima de la colina es la más apropiada para procurar pensamientos melancólicos, entonces supongo que el pie de la misma será el más adecuado para ocasionarlas alegres, y, puesto a elegir, yo me quedo con lo segundo. Simplemente con mencionar usted la cima de la montaña me ha dejado helado, pues la considero una de las más altas del mundo. No, no. De buscar algo, que sea un sitio bajo tierra, para que podamos protegernos contra este helado frío.

—Hágalo así si quiere —repuso Tom—. Pero que no sea muy lejos de aquí. Ya gritaré llamándole cuando regrese.

—Sin duda, señor, usted no está loco —afirmó Partridge.

—Lo estaré —respondió Jones— si trepar a una colina es una locura. Pero, como se queja usted tanto del frío, quédese abajo, que yo regresaré antes de una hora.

—Perdón, señor —repuso Partridge—, pero debo seguirle a todos los sitios donde usted vaya.

Lo que ocurría era que sentía miedo de quedarse solo, pues aunque era cobarde desde el lado que se le mirase, su principal miedo era el que le inspiraban los fantasmas, miedo que casaba perfectamente con la hora de la noche y lo desierto del lugar.

De súbito, Partridge descubrió una luz que brillaba entre unos árboles y que parecía muy próxima a ellos, apresurándose a exclamar:

—¡Oh, señor, el cielo ha oído por fin mis súplicas y nos ha deparado una casa, quizá una posada! Permítame que le suplique, si tiene usted compasión de mí y de usted mismo, que no despreciemos la bondad de la Providencia y vayamos derechos hacia esa luz. Sea o no una hostería, estoy convencido que, de ser cristianos los que en ella habitan, no podrán negar un pequeño cuarto a dos personas que se encuentran

en una situación tan desesperada como la nuestra.

Tom Jones accedió al fin a los vehementes requerimientos de Partridge, y ambos se dirigieron hacia el lugar donde se divisaba la luz.

No tardaron en llegar ante la puerta de aquella casa o granja, ya que tanto podía denominarse de un modo u otro sin gran exageración. Tom Jones golpeó varias veces la puerta, pero no recibió la menor contestación, por lo cual Partridge, cuya cabeza rebosaba de fantasmas, diablos, brujas y cosas por el estilo, empezó a temblar a la vez que susurraba:

—¡Señor, ten piedad de nosotros! Esta gente debe de estar muerta. Ahora no veo ninguna luz. Sin embargo, estoy seguro de que hace un momento vi una. He oído hablar de casos análogos.

—¿De qué ha oído usted hablar? —repuso Jones—. La gente estará dormida, o como se encuentran en un lugar desierto, tendrán miedo de abrir la puerta.

Tom Jones comenzó entonces a gritar, hasta que al cabo una vieja abrió una ventana alta y preguntó quiénes eran y lo que querían. Tom repuso que eran viajeros que se habían extraviado y que al ver una luz en la ventana se habían encaminado allí con la esperanza de encontrar un poco de fuego en el que calentarse.

—Quienesquiera que sean —replicó la mujer—, aquí no se les ha perdido nada, ni abriré la puerta a nadie esta noche.

Partridge, a quien el sonido de una voz humana había ahuyentado un tanto el miedo, hizo las más ardientes súplicas pidiendo que le dejaran acercarse por unos minutos al fuego, afirmando que estaba medio muerto de frío. Aseguró también a la anciana que el caballero que antes le había hablado era uno de los más notables e importantes del país, y empleó todos los argumentos que se le ocurrieron, menos uno, el cual se le ocurrió a Jones. Éste fue la promesa de media corona, ofrecimiento demasiado elevado para que la vieja pudiera resistir el soborno, sobre todo, cuando la apuesta figura de Tom Jones, que podía distinguir a la luz de la luna, unido a su comedido comportamiento, había conseguido desvanecer del todo la sospecha de que se tratase de ladrones, que era lo que al pronto había temido la buena mujer.

Al fin, Partridge, con gran alegría por su parte, pudo arrimarse a un fuego y calentarse.

Pero apenas había acercado las manos al fuego cuando las ideas que le obsesionaban casi sin cesar comenzaron a inquietarle de nuevo. Entre sus creencias no había ninguna en la que sintiera más fe que en la de la brujería, ni creo que el lector pudiera imaginar una figura más a propósito para inspirar tal idea que la de la vieja que se encontraba de pie delante de ellos. Respondía con entera exactitud a la descripción hecha por Otway en su *Huérfano*. Si aquella mujer hubiera vivido en el reinado de Jacobo I, hubiese sido suficiente su aspecto para mandarla ahorcar, sin previa formación de causa.

Muchos detalles se juntaron para confirmar en su opinión a Partridge. El que viviera sola, como él supuso, en un lugar tan apartado y solitario y en una casa que parecía demasiado buena para ella y cuyo interior estaba montado con verdadera elegancia. El mismo Tom se mostró bastante sorprendido y perplejo ante lo que veían sus ojos, pues aparte de la extrema limpieza que podía observarse en la habitación, ésta estaba adornada con un gran número de chucherías y curiosidades, capaz de atraer la atención de cualquier aficionado a ellas.

En tanto Tom Jones admiraba aquellas cosas y Partridge permanecía sentado temblando ante la suposición de que se encontraba en casa de una hechicera, la vieja dijo:

—Espero, caballeros, que se den toda la prisa posible, pues espero a mi amo y no me gustaría que les encontrase aquí.

—Entonces ¿tiene usted un amo? —preguntó Tom Jones—. Perdóneme, buena mujer, pero me ha sorprendido de veras ver todas estas cosas tan buenas en su casa.

—¡Oh, señor! —exclamó la mujer—. Si una mínima parte de estas cosas fueran mías, me consideraría una mujer rica. Pero le suplico, señor, que no permanezcan aquí más tiempo, pues como ya les he dicho antes, estoy esperando la llegada de mi amo de un momento a otro.

—No creo que se enfadara con usted —repuso Tom— por practicar un acto corriente de caridad.

—¡Quién sabe, señor! —repuso la mujer—. Es un hombre raro, que no se parece a nadie. No tiene ningún amigo y tan sólo sale de noche, pues no quiere que le vean. Todos los campesinos de los contornos temen tropezarse con él, pues su vestimenta es lo suficientemente extraña para asustar a quien no esté acostumbrado a verla. Le llaman el Hombre de la Colina, pues pasea por ella todas las noches, y la gente siente más miedo de él que del demonio. Se pondría terriblemente furioso si les encontrara a ustedes aquí.

—Le suplico, señor —dijo Partridge—, que hagamos todo lo posible por no ofender a ese caballero. Yo ya estoy a punto de marchar de nuevo, pues me he calentado lo suficiente. Le ruego que salgamos. Sobre la chimenea veo unas pistolas. ¡Dios sabe si estarán cargadas y a qué fin estarán destinadas!

—No tema usted nada, Partridge —repuso Jones—. Yo le libraré de todo peligro.

—No se preocupe de eso —dijo ahora la mujer—. Pero a mi amo le es necesario tener a mano algunas armas para su propia defensa, pues su casa ha sido sitiada más de una vez, y no hace muchas noches nos pareció que oíamos rondar a ladrones por aquí. No comprendo cómo no ha sido aún asesinado por algún villano cuando sale solo a estas horas de la noche. Quizá se deba a que la gente le tiene miedo. Además, tal vez crean también que no posee nada digno de ser robado.

—Diría, a deducir por esta colección de curiosidades —afirmó Tom Jones—, que

su amo es aficionado a viajar.

—Sí, señor —repuso la mujer—. Ha sido un gran viajero. Hay pocos caballeros que entiendan más que él de estas cosas. Creo que ha sido muy desgraciado en amores, aunque en realidad no sé por lo que ha sido. Pero en los treinta años que llevo a su servicio, apenas si habrá hablado con seis personas.

De nuevo pidió a los visitantes que se marcharan, en lo que fue secundada por Partridge. Pero Tom Jones se hizo el remolón, pues la curiosidad que sentía por conocer a aquel extraño individuo era superior a su discreción y prudencia. La vieja terminaba sus respuestas con el deseo de que se fueran de una vez, y Partridge se atrevió a tirar de la manga al joven de cuando en cuando. Pero Tom Jones seguía inventando nuevas preguntas, hasta que la anciana, con el rostro demudado, afirmó que oía ya el ruido de las pisadas de su amo, a la vez que unas cuantas voces gritaban en el exterior:

—Danos tu dinero en el acto. Tu dinero, villano, o te saltaremos la tapa de los sesos.

—¡Oh, cielos! —exclamó la vieja—. Sin duda, algunos villanos han atacado a mi amo. ¿Qué haré? ¿Qué puedo hacer?

—¿Están esas pistolas cargadas? —inquirió Jones.

—¡Oh, señor! Están descargadas. ¡Por favor, no nos asesinen ustedes, caballero!

La asustada mujer tenía la misma opinión de los de dentro que de los de fuera.

Tom Jones no contestó, pero empuñando una vieja espada de ancha hoja que pendía de una de las paredes, salió en el acto fuera de la casa, encontrando al anciano caballero luchando con dos rufianes y pidiendo clemencia. Tom no se entretuvo en hacer preguntas y comenzó a actuar tan activamente con su espada, que los atacantes abandonaron en el acto su presa y emprendieron la huida. Tom no perdió el tiempo en perseguirlos y se apresuró a socorrer al anciano, que había caído al suelo durante la pelea. Le ayudó a levantarse y le preguntó con gran solicitud si sus atacantes le habían hecho algún daño.

El anciano miró un momento a Tom Jones y al final murmuró.

—No, señor. No he recibido poco daño. Gracias. ¡Dios tenga piedad de mí!

—Veo, señor —repuso Tom Jones—, que sospecha usted aún de aquellos que han tenido la dicha de ser sus libertadores. No censuraré cualquier sospecha que pueda usted abrigar, aunque no tiene el menor motivo para sentir ninguna, pues los que estamos aquí somos amigos suyos. Como esta noche hemos extraviado nuestro camino, nos hemos tomado la libertad de calentarnos un poco en el fuego de su casa, y nos disponíamos ya a partir cuando oímos sus voces pidiendo auxilio. Parece como si la Providencia nos hubiera enviado a su casa.

—La Providencia —exclamó el anciano—. Sí, eso parece.

—Aquí está su espada, señor. La he empleado en su defensa y ahora se la

devuelvo.

El viejo caballero recibió la espada, que estaba manchada con la sangre de sus enemigos, y miró fijamente a Tom Jones durante breves segundos, hasta que lanzando un suspiro, exclamó:

—Perdóneme, joven caballero; nunca fui receloso ni tampoco ingrato.

—Dé usted las gracias —exclamó Jones— a esa Providencia, a la cual debe encontrarse aún sano y salvo. En cuanto a mí, sólo he cumplido con los deberes más elementales de humanidad. Lo mismo hubiera hecho con cualquier otra persona que se encontrase en idéntica situación que usted.

—Déjeme contemplarle un rato más —pidió el anciano—. ¿Entonces es usted un ser humano? Tal vez sí lo sea. Le suplico que entre en mi casa. Ha sido usted mi libertador.

La vieja titubeaba entre el miedo que sentía de su amo y el que le inspiraba el joven. Partridge, por su parte, era presa del mayor pánico. Pero la vieja se tranquilizó del todo cuando vio a su amo charlar amistosamente con Jones. Entonces se dio cuenta de lo que había sucedido. Pero Partridge, en cuanto miró al caballero y observó lo estrafalario de su atuendo, sintió que su terror se acrecía.

En realidad, la aparición era como para impresionar a un cerebro mucho más ponderado que el de Mr. Partridge. El anciano era altísimo y tenía una larga barba tan blanca como la nieve. Llevaba envuelto el cuerpo en una piel de asno, cortada en forma de casaca. Calzaba botas altas y se cubría la cabeza con un gorro, ambos hechos con pieles de otros animales.

Una vez el anciano estuvo dentro de su casa, la mujer se apresuró a felicitarle por haber salido con bien del ataque.

—Sí —exclamó el hombre—. Me he librado gracias a mi defensor.

—¡Bendito sea! —exclamó la vieja—. Es un verdadero caballero en toda la extensión de la palabra. Temía que vuestra merced se enfadara conmigo por haberles dejado entrar en casa, y, por supuesto, no hubiera accedido a ello si no hubiese visto a la luz de la luna que era todo un caballero y que estaba casi muerto de frío. Y sin duda fue un ángel bueno el que le envió aquí y me inspiró para que obrara como lo he hecho.

—Temo, señor —dijo el anciano a Tom Jones—, no tener nada en casa que pueda usted comer o beber, a no ser que acepte un trago de aguardiente, el cual, por cierto es excelente, ya que lo guardo desde hace treinta años.

Tom Jones rehusó el ofrecimiento con corteses palabras. Entonces el anciano le preguntó hacia dónde se dirigía cuando extravió el camino, y añadió:

—Confieso que me sorprende ver a una persona de su condición viajar a pie a estas horas de la noche. Supongo, señor, que vivirá usted por los alrededores, pues no se parece usted en nada a los que viajan lejos y sin caballos.

—Las apariencias —repuso Jones— resultan a veces engañosas. Los hombres aparentan en ocasiones lo que no son. Le aseguro a usted que no soy de este país y, en realidad, no sé adónde me encamino.

—Quienquiera que sea usted o cualquiera que sea el lugar a donde se dirige —repuso el anciano—, he contraído una deuda con usted que jamás podré pagarle.

—Una vez más le digo que no tiene usted ninguna deuda conmigo —repuso Tom—, ya que no hay el menor mérito en arriesgar mi vida cuando la tengo en muy poca estima.

—Mi impresión, joven caballero —contestó el anciano—, es de que tiene usted algún motivo fundamental para sentirse desgraciado siendo tan joven.

—Me considero, señor —repuso Jones—, el más desgraciado de los mortales.

—Quizá haya tenido usted un amigo o una amante —murmuró el anciano.

—¿Cómo menciona usted dos palabras que bastan para perturbarme? —repuso Tom Jones.

—Cualquiera de ellas es suficiente para perturbar a un hombre —repuso el anciano—. Pero no le haré más preguntas, señor. Tal vez mi curiosidad me haya llevado demasiado lejos.

—No me es posible censurar —exclamó Jones— una pasión que en estos momentos siento yo en toda su intensidad. Me perdonará usted si le digo que todo lo que he visto y oído desde que penetré por vez primera en esta casa ha excitado enormemente mi curiosidad. Algo por demás extraordinario debe de haber impulsado a usted a llevar esta clase de vida, y tengo motivos suficientes para suponer que su vida no está falta de infortunios.

Al oír estas palabras el anciano tornó a suspirar de nuevo y permaneció silencioso durante breves minutos. Al cabo, mirando fijamente a Jones, repuso:

—He leído en alguna parte que un semblante resplandeciente de bondad es una carta de recomendación, y si esto es así, nadie puede recomendarse mejor a sí mismo que usted. Si no sintiera alguna inclinación hacia usted tras de lo sucedido, entonces querría decir que soy un monstruo de ingratitud, pero estoy convencido de que no dispongo de otro recurso para demostrarle mi gratitud que mis palabras.

Jones, tras de un momento de duda, contestó que de él dependía satisfacerle con sus palabras.

—Yo he confesado mi curiosidad —agregó—. ¿Es preciso que le diga lo muy agradecido que me sentiría si usted accediera a satisfacerla? ¿Me permite, pues, que le suplique que me diga cuáles fueron los motivos que le obligaron a apartarse de la sociedad y a llevar una clase de vida para la que, salta a la vista, no ha nacido usted?

—Considero que no puedo negarle nada después de lo que ha hecho usted por mí —contestó el anciano—. Si, por lo tanto, desea usted escuchar la historia de un hombre desgraciado, no tengo inconveniente en contársela a usted. Acierta al pensar

que hay algo extraordinario en la suerte de aquellos que huyen de la sociedad, pues aunque al pronto pueda parecer una paradoja o una contradicción, el caso es que la filantropía nos impulsa a evitar y a detestar al género humano, no tanto por lo que toca a sus vicios egoístas y privados, sino de aquellos de un tipo más relativo, tales como la envidia, la maldad, la traición, la crueldad y todas las otras variedades del mal. Éstos son vicios que la verdadera filantropía detesta, y antes que consentirlos y tener que pasar por ellos, evita el trato social. No obstante lo dicho, y sin que lo tome usted como un cumplido, no se me aparece usted como una de esas personas a quienes debo rehuir o aborrecer. Por el contrario, debo decir que, pese a lo poco que le he tratado, me parece que existe una cierta paridad en nuestras suertes. Confío, sin embargo, que la suya concluirá felizmente a no tardar.

Continuaron trocándose cumplidos entre el anciano y nuestro héroe y cuando el primero se disponía a dar comienzo a su historia, Partridge le interrumpió. Sus temores le habían ya abandonado y por esta razón recordó al caballero el excelente aguardiente que había ofrecido. Lo trajeron y Partridge se bebió un buen trago.

Luego el caballero, sin más preámbulo, dio comienzo a su historia de la manera que podrá leerse en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XI

DONDE EL HOMBRE DE LA COLINA DA COMIENZO A SU HISTORIA.

Nací en una villa de Somersetshire, llamada Mark, en el año 1657. Mi padre fue un hombre de esos a quienes llaman caballeros campesinos. Vivía en una finca que le producía una renta de trescientas libras anuales, y tenía arrendada otra heredad que le producía, poco más o menos, la misma cantidad. Era prudente y trabajador, y tan buen esposo, que podía haber gozado de una vida plenamente feliz y apacible de no haberle amargado la paz doméstica su esposa, que era una redomada arpía. Pero aunque esta circunstancia podía hacerle desgraciado, no le convertía en digno de lástima para los demás, pues la mantenía casi siempre confinada en su casa.

»Con esta Xantipa (así se llamaba la esposa de Sócrates), con esta Xantipa tuvo dos hijos, de los cuales yo era el más joven. Mi padre tenía el proyecto de dar a sus dos hijos una buena educación, pero mi hermano mayor, que era el favorito de mi madre, se negó a aprender nada. Así que tras de permanecer en la escuela cinco o seis años sin el menor provecho, mi padre, informado por el maestro de que de nada servía que su hijo continuara asistiendo a las clases más tiempo, accedió a que mi madre se lo llevara a casa, librándole de las manos de aquel tirano, como llamaba ella al maestro, aunque debo decir que corregía mucho menos a mi hermano de lo que se merecía por su indolencia, aunque, eso sí, mucho más de lo que él apetecía, por lo que constantemente se estaba quejando a nuestra madre del severo trato que le daban, quejas a las que ella prestaba siempre oído.

—Sí, sí —exclamó Partridge—. Conozco algunas madres que piensan de ese modo. Yo también he sido víctima de ellas, y sin razón alguna. Tales padres merecerían que se los castigara igual que a sus hijos.

Tom Jones reprendió al pedagogo por su interrupción, y el anciano prosiguió con su relato.

—A los quince años mi hermano se despidió del estudio y de todo lo que no fuera su perro y su escopeta, en cuyo manejo llegó a ser tan hábil que aunque parezca increíble, no sólo conseguía acertar en un blanco fijo, sino que mataba a un cuervo en pleno vuelo. Era también muy experto en la caza de la liebre, y muy pronto alcanzó fama de ser uno de los cazadores mejores de la comarca, reputación con la que tanto él como mi madre gozaban como si hubiera sido el mejor estudiante de la escuela.

»La suerte de mi hermano me hizo pensar al pronto que la mía era mucho más desgraciada, pues continuaba en el colegio. Sin embargo, no tardé en cambiar de opinión, ya que avanzaba tan rápidamente en mis estudios, cada vez con menos esfuerzos y con un tan enorme placer, que las vacaciones se me hacían insoportables,

puesto que mi madre, que jamás me quiso, al observar que el afecto de mi padre era para mí, y al comprobar, o cuando menos pensar, que algunos caballeros entendidos en letras se fijaban en mí, en especial el cura de la parroquia, más que en mi hermano, llegó a odiar mi simple vista y me hizo horrorosa la estancia en casa.

»Una vez concluí mis estudios en Taunton, fui trasladado al colegio de Exeter, de Oxford, donde permanecí cuatro años, al concluir los cuales me sucedió un accidente que me apartó por completo de los estudios y del que derivó todo lo que más tarde me sucedió en la vida.

»En el mismo colegio había un tal George Gresham, un joven heredero poseedor de una gran fortuna, de la que no podía entrar en posesión, sin embargo, por el testamento de su padre, hasta que hubiera cumplido los veinticinco años. Pero la libertad de sus tutores le daba escasos motivos para experimentar la prudente disposición de su padre, ya que le pasaban quinientas libras anuales mientras estaba en la universidad, donde tenía sus caballos y su querida, llevando una vida tan disipada como podría haberla llevado de ser dueño absoluto de toda su fortuna. Aparte de las quinientas libras que le enviaban sus tutores, encontró ocasiones para gastar mil más. Tenía más de veintiún años y no tuvo dificultad en encontrar quien se las prestase. Este joven, entre otras terribles cualidades más o menos tolerables, poseía una verdaderamente diabólica. Experimentaba un verdadero placer destruyendo y arruinando a los jóvenes que disponían de menor fortuna que él, y cuanto mejor, más digno y más económico era un muchacho, mayor placer experimentaba en conducirlo a la ruina. Procedía de este modo como un verdadero demonio y siempre andaba buscando a quien poder devorar.

»Mi desgracia fue que conociera e intimase con aquel joven. Mi fama de joven aplicado en sus estudios me hizo un objeto deseable para sus aviesas intenciones. Mis propias inclinaciones le ayudaron al logro de sus propósitos, pues aunque me había dedicado con verdadero tesón a los libros, en cuya compañía experimentaba un verdadero deleite, había otros placeres que me proporcionaban mayor goce, puesto que poseía un gran amor propio, pero era un tanto ambicioso y en extremo enamorado.

»A poco de convertirme en amigo íntimo de George, comencé a participar en todos sus placeres, y una vez introducido en aquel género de vida, ni mi inclinación natural ni mi carácter me permitían hacer un papel secundario. No me quedaba a la zaga de ninguno de mis amigos en los actos de libertinaje. Por el contrario, pronto comencé a distinguirme en toda suerte de escándalos y algaradas, al extremo de que mi nombre figuraba en primer lugar en la lista de delincuentes, y en vez de ser compadecido como el discípulo descarriado de Gresham, se me acusó de ser la persona que había descarriado y pervertido a aquel joven caballero que tanto prometía. Aunque él era el promotor y el director de todo, no se le tenía por tal. Al

cabo caí bajo la censura del vicescanciller, estando a punto de ser expulsado.

»Supongo que comprenderá usted, señor, sin la menor dificultad que una vida como la que acabo de describir tenía que ser por fuerza incompatible con mis progresos en el estudio, y que a medida que me apartaba más y más de los libros, me aficionaba más y más a los placeres. Esto era la consecuencia lógica, pero no lo era todo. Mis gastos excedían en mucho no sólo a mis ingresos normales, sino de aquellas cantidades suplementarias que obtenía de la generosidad de mi padre con la excusa de que me eran necesarias para la preparación del grado de bachiller en artes. Mis peticiones se hicieron tan frecuentes y tan exageradas, que mi padre acabó por prestar oídos a las noticias que le llegaban por distintos conductos sobre mi conducta a lo que se sumaba mi madre, que con acento apasionado y gritos solía decir: “¡Y éste es el caballero cumplido, el estudiante que tanto honra a su familia! Más de una vez he pensado en lo que vendría a parar todo. Será la causa de nuestra ruina, después de haberse visto privado su hermano mayor de lo más necesario por su culpa, para perfeccionar su educación abandonada. De este modo nos paga el interés que nos hemos tomado por él”.

»Como resultado de todo esto, mi padre comenzó a enviarme amonestaciones, y reprimendas en vez de dinero, que era lo que yo pedía, lo que contribuyó a acelerar la crisis a la que por fuerza estaban abocados mis asuntos, aun en el supuesto de que me hubiera remitido toda su renta. Ya puede usted imaginar que no habría podido resistir mucho tiempo llevar un tren de vida al nivel de George Gresham.

»Es muy posible que ahora que me encontraba sin dinero y la imposibilidad de seguir viviendo de aquel modo, me hubiesen hecho volver al buen camino y a mis estudios, si hubiera abierto los ojos antes de verme envuelto en deudas de las que no veía la forma de salir. Ésta era la gran habilidad de Gresham, y con la que conseguía la ruina de muchos, de los cuales se burlaba luego llamándoles tontos e idiotas por intentar competir con un hombre de su fortuna. Con objeto de mantener la situación, de cuando en cuando adelantaba un poco de dinero, a fin de conservar el crédito ante los demás del joven desgraciado, blanco de sus manejos, hasta que por medio de aquel mismo crédito le arruinaba por completo.

»Con el ánimo cada vez más envenenado ante aquella carencia de medios, apenas había maldad que no meditase para ver si lograba salvarme. Incluso pensé en serio en la salida del suicidio, y con toda seguridad me hubiera decidido por él de no haberme expulsado de mi magín un pensamiento mucho más vergonzoso, aunque quizá menos sacrílego.

Al llegar a este punto, el anciano titubeó unos momentos y luego prosiguió:

—Tengo que lamentar que, pese a los años transcurridos, no se ha borrado de mi memoria lo vergonzoso de esta acción y que todavía me ruborice al relatarla.

Jones le rogó que omitiese en su relato cualquier detalle que pudiera revivir su

pena, pero Partridge, lleno de ansiedad, exclamó:

—¡Oh, señor! Háganoslo oír todo. Prefiero esto a todo lo demás. Por mi salvación le juro que no diré jamás una palabra a nadie de ello.

Tom Jones se disponía a contestarle, cuando el dueño de la casa le atajó y continuó de este modo:

—Yo tenía un compañero, joven, prudente a más no poder y ahorrativo, que aunque no disfrutaba de una gran pensión, había conseguido ahorrar más de cuarenta guineas, que yo sabía guardaba en su escritorio. Un día aproveché la ocasión para quitarle la llave del bolsillo mientras dormía, y de este modo me hice dueño del dinero. Luego volví a meter la llave en el bolsillo de mi compañero y fingí que dormía, en espera de que él se levantara de la cama.

»Los ladrones que tienen miedo, por un exceso de precaución están más expuestos a ser descubiertos que los audaces, que suelen escapar casi siempre con bien. Tal me sucedió a mí, pues si hubiera forzado el escritorio seguramente no hubiera sospechado de mí. Pero como era evidente que quien había robado el dinero dispuso de la llave, el joven no dudó un instante, en cuanto notó la falta del mismo, que el ladrón era su compañero de habitación. Ahora bien, se trataba de un muchacho de carácter tímido y mucho menos fuerte que yo, y por esta razón sin duda no se atrevió a acusarme abiertamente, cara a cara. Pero corrió a ver al vicescanciller, y luego de contarle lo sucedido y las circunstancias del hecho, logró sin la menor dificultad una orden de detención contra alguien como yo, que gozaba de tan mala fama en la universidad.

»Por suerte para mí, la noche siguiente dormí fuera del colegio, ya que aquel día acompañé a una joven en una silla de mano a Witney, donde ambos permanecimos toda la noche. A nuestro regreso a la mañana siguiente a Oxford, me encontré con uno de mis compinches, el cual me dio suficientes noticias sobre mí para decidirme a conducir mi caballo por otro camino.

—Dispense usted, señor. ¿Le dijo algo relativo a la orden de detención? —inquirió Partridge.

Pero Tom rogó al caballero que prosiguiera sin prestar atención a aquellas impertinentes preguntas, lo cual el anciano hizo así:

—Una vez decidido a no regresar a Oxford, lo primero que se me ocurrió fue emprender viaje a Londres. Confié mis propósitos a mi compañera, que primero se opuso, pero al saber lo que yo me jugaba si volvía a Oxford, accedió. Cruzamos el país hasta llegar a la carretera de Cirencester, y tanta prisa nos dimos en el viaje que la segunda noche la pasamos en Londres.

»Si piensa usted en el lugar donde me encontraba y en la compañía que llevaba, comprenderá sin tardanza que en poco tiempo derroché el dinero de que tan vilmente me había apoderado. Ahora me hallaba reducido a un infortunio mucho mayor que

antes. Comenzaba incluso a faltarme lo necesario para vivir, y lo que agravaba aún más mi caso era que mi amante, de la que cada vez me sentía más enamorado, estaba dispuesta a compartir mi desgracia. Ver una mujer a quien se quiera desgraciada, sin que nos sea posible consolarla, mientras se piensa que uno es el culpable de que ella se vea en tal estado, es una maldición cuyos horrores no son para descritos.

—Lo comprendo —exclamó Tom Jones— y le compadezco de todo corazón.

Luego dio dos o tres vueltas en torno a la habitación en actitud agitada, y tras de pedir perdón, volvió a tomar asiento a la vez que exclamaba:

—¡Doy gracias al cielo por haberme librado de eso!

—Esta circunstancia —prosiguió el anciano—, agravó de tal modo mi situación, que llegó a hacerme por completo intolerable. Soportaba con mucha más facilidad los efectos de mis apetitos no satisfechos, incluso del hambre y de la sed, que la idea de no poder complacer los más caprichosos deseos de una mujer de la que estaba enamorado, y con la cual, no obstante saber que había sido la amante de muchos de mis compañeros, tenía el firme propósito de casarme. Pero la buena muchacha no quiso dar su consentimiento para un acto que me colocaría en una situación desairada ante la sociedad, y como se compadeciera de las ansiedades diarias que me veía sufrir por su causa, decidió al fin poner término a mis sufrimientos y preocupaciones. Muy pronto encontró el camino para librarme de mi situación, ya que mientras yo me afanaba por encontrar una salida a fin de poder satisfacer sus gustos, ella amablemente me traicionó con uno de sus antiguos amantes de Oxford, a cuyos buenos oficios debí el ser detenido y encarcelado.

»En la cárcel fue donde por primera vez comencé a reflexionar a fondo sobre los errores de mi vida pasada; en las desgracias que me había procurado a mí mismo, y en la pena que debía de haber producido a uno de los padres mejores del mundo. Cuando a esto añadía la perfidia de mi amante, experimentaba tal angustia, que la vida, en lugar de ser para mí deseable, era motivo de aborrecimiento, y en aquellos momentos hubiera abrazado a la muerte como a mi amiga más querida, de haberse ofrecido a mi elección sin ir acompañada de la deshonra.

»Pronto llegó el momento de verse la causa ante los tribunales. Entonces me trasladaron a Oxford, donde yo temía la presentación de ciertas pruebas y la condena consiguiente. Pero, con gran sorpresa por mi parte nadie declaró contra mí, y al cabo fui puesto en libertad. Posteriormente supe que mi compañero había salido de Oxford y bien por abulia o por alguna otra causa que ignoro, renunció a interesarse más en el asunto.

—Tal vez —exclamó Partridge— no quiso cargar con la responsabilidad de lo que pudiera sucederle á usted, y en esto tenía razón. Si alguien tuviera que ser ahorcado por una declaración mía, creo que perdería para siempre mi tranquilidad, temeroso de que su espíritu se me apareciera más tarde.

—No sé qué admirar más en usted, Partridge —dijo Jones—, si su valor o su prudencia.

—Puede usted burlarse de mí cuanto guste, señor —replicó Partridge—. Pero si gusta escuchar una corta historia que sé, y de cuya veracidad respondo, quizá cambie de opinión. En la parroquia donde nací...

Tom Jones trató de hacerle callar. Pero el caballero rogó a Tom que permitiese a Partridge contar su historia, en tanto que él prometía recordar el resto de la suya.

Partridge empezó entonces a hablar.

—En la parroquia donde yo nací —dijo— vivía un labrador llamado Bridle, que tenía un hijo cuyo nombre era Francis, un buen muchacho que prometía ser algo. Fui compañero suyo en la clase de gramática de la escuela, y recuerdo que se aprendió de memoria las *Epístolas* de Ovidio, y que podía escribir tres líneas seguidas sin necesidad de recurrir al diccionario. Además, era un joven muy religioso que jamás faltaba a misa los domingos, gozando fama de ser uno de los mejores cantores de salmos de toda la parroquia. Sólo de cuando en cuando bebía un poco más de lo debido, y éste era el único defecto que tenía.

—Está bien, pero vayamos al grano —dijo Jones.

—No se preocupe, señor, pronto llegaremos —repuso Partridge—. Deben ustedes saber que Bridle perdió una yegua alazana, y poco tiempo después, estando su hijo en la feria de Hindon, encontró a un hombre montado en la yegua de su padre. Al verle, Francis gritó: «¡Detened al ladrón!», y como había mucha gente, a éste le fue imposible escapar. Detuvieron al hombre y le condujeron a presencia del juez. Recuerdo que era el juez Willoughby, de Noyle, un caballero muy digno, el cual envió al detenido a la cárcel después de que fue reconocido por Francis. Pronto llegó el día en que se vio la causa, que le correspondió al juez lord Page, ante el que llevaron a Francis para que declarase. Jamás olvidaré la cara del juez cuando comenzó a preguntarle lo que tenía que decir contra el preso. El pobre Francis temblaba. «Muchacho —gritó el lord—, ¿qué tienes que decir? No permanezcas ahí callado». Mas pronto empezó a encolerizarse con Francis y comenzó a hablarle a voz en grito, y cuando le preguntó si tenía algo que decir en su favor, el joven repuso que había encontrado el caballo. «¡Ah! —exclamó el juez—. Eres un muchacho de suerte. Yo he recorrido el distrito durante cuarenta años y jamás he tropezado con un caballo. Pero te repetiré que eres más feliz de lo que supones, pues no sólo encontraste un caballo, sino también una cabezada». No olvidaré jamás la palabra por años que viva. Todo el mundo se echó a reír cuando el juez la pronunció. Hizo a costa de Francis otros muchos chistes, que ahora no recuerdo. Era un hombre muy entendido en cuestiones de caballos, y sin duda se trataba de un juez tan bromista como erudito. Es una cosa muy divertida asistir a juicios de esta clase. Únicamente no estuve conforme con que no dejara hablar al detenido, que sólo quería pronunciar una palabra. Pero el

juez no lo permitió, aunque, en cambio, consintió que lo hiciera un abogado en favor suyo durante media hora. No me pareció bien que hubiera tanta gente; el lord, el tribunal, el jurado, los abogados, los testigos, y todo esto para juzgar a un pobre hombre encadenado. El reo fue ahorcado como no podía por menos de suceder, con lo que el pobre Francis jamás estuvo conforme. El muchacho perdió la tranquilidad y jamás quería permanecer solo en la oscuridad, pues creía que veía el alma del muerto.

—¿Y ésa es su historia? —preguntó Tom Jones.

—No, no —contestó Partridge—. ¡Oh, Señor, ten piedad de mí! Ahora llego a la cuestión. Una noche, al regresar de la cervecería, en una callejuela larga y oscura, vio avanzar hacia él el espectro del ahorcado. Vestía de blanco y se arrojó sobre Francis, y éste, que era un muchacho robusto, le rechazó, entablándose una bárbara lucha entre los dos, de la cual salió Francis molido. Al cabo consiguió escapar, pero entre la paliza y el miedo, estuvo en cama enfermo quince días. Es la pura verdad y toda la parroquia puede testimoniarlo.

El caballero sonrió al oír esta historia, y Jones dejó escapar una estridente carcajada, a la que replicó Partridge:

—Puede usted reírse cuanto quiera, señor, y así lo han hecho otros muchos, sobre todo, un caballero con fama de incrédulo, quien al saber que a la mañana siguiente había sido encontrada una ternera muerta que tenía la cabeza blanca, afirmó que la lucha había tenido lugar entre la ternera y Francis, como si animales de esta especie arremetieran contra los hombres. Además, Francis me aseguró que se trataba de un espectro, y que estaba dispuesto a jurarlo ante cualquier tribunal, y que aquella noche no había bebido más que un cuartillo de vino. ¡El Señor tenga misericordia de nosotros y nos libre de teñir nuestras manos de sangre!

—Señor —dijo Jones al caballero—, Mr. Partridge ha concluido ya su historia, y confío que ya no le interrumpiré más, si tiene usted la amabilidad de proseguir.

Éste continuó su relato, pero como se había tomado un descanso, nos parece adecuado concedérselo también al lector, y poner punto final a este capítulo.

CAPÍTULO XII

DONDE EL HOMBRE DE LA COLINA PROSIGUE EL RELATO DE SU HISTORIA.

—Yo había recuperado la libertad —continuó ahora el anciano—, pero había perdido mi reputación, ya que existe un profundo abismo entre el hombre que es absuelto de un crimen por un tribunal de justicia y aquel que es absuelto por su propia conciencia y ante la opinión de los demás. Yo tenía plena conciencia de mi delito y me avergonzaba de mirar a nadie a la cara, así que decidí abandonar Oxford a la mañana siguiente, antes de que la luz del día me descubriera ante cualquiera.

»Ya fuera de la ciudad, lo primero que se me ocurrió fue regresar a casa de mi padre y tratar de conseguir su perdón. Pero como no tenía motivos para dudar de que estuviese enterado de todo lo ocurrido, y como me hallaba plenamente convencido de su gran aversión a los actos deshonorosos, no podía abrigar esperanzas de ser recibido por él, máxime cuando sin duda tendría a mi madre en contra. Aun en el supuesto de que estuviera seguro de lograr el perdón de mi padre, dudaba de si tendría el valor necesario para mirarle a la cara o si, en último extremo, aceptaría vivir y hablar con aquellos que me sabían reo de una acción tan ruin y despreciable.

»Ante este panorama, me apresuré a regresar a Londres, el mejor asilo para toda pena y vergüenza, a no ser que se trate de personas muy conocidas. En la gran ciudad se goza de las ventajas de la soledad sin sus inconvenientes, puesto que se puede estar solo y acompañado a un mismo tiempo. Y mientras uno pasea o permanece sentado, el bullicio, el ajetreo de la gente y el constante desfile de cosas entretiene el ánimo y evita que el espíritu se concentre en sí mismo, o se alimente de pena o de vergüenza, que es el alimento más indigesto del mundo, y del cual hay personas que pueden tomar, desgraciadamente, gran cantidad cuando se encuentran solas.

»Pero del mismo modo que no hay bien sin mal que le siga el rastro, también hay individuos que encuentran un inconveniente en este modo de ser del género humano no inclinado a fijarse en las cosas. Me refiero a las personas que carecen de dinero, pues por la misma razón que no reparan en su cara, tampoco será alimentado y vestido por aquellos que no le conocen, lo cual quiere decir que un hombre se puede morir de hambre con mayor facilidad en el centro de Londres que en el desierto de Arabia.

»Por suerte para mí, en aquella ocasión carecía de esa gran calamidad, como algunos escritores escriben, que se llama dinero, aunque supongo que otros, por el contrario, tendrían sobra del mismo.

—Perdón, señor —exclamó Partridge de pronto—. No recuerdo que ningún

escritor lo haya llamado *malorum*, sino *irritamenta malorum*, *Effodiuntur opes irritament malorum*.

—Bien, señor —prosiguió el caballero—, sea mal o causa de mal, el caso es que yo carecía por completo de él, así como de amigos o de simples conocidos, cuando una tarde, ya anochecido, y al pasar por el Temple, hambriento y miserable, oí de pronto una voz que me llamaba por mi nombre. Cuando me volví, me encontré cara a cara con uno de mis antiguos compañeros de colegio. Se trataba de uno que había abandonado la universidad hacía un año, y mucho antes, por lo tanto, de que me ocurriera la desgracia que ya les he explicado a ustedes. Aquel caballero, que se llamaba Watson, me estrechó la mano cordialmente, demostrando una gran alegría al verme, y me propuso ir a beber juntos una botella. Yo rehusé su ofrecimiento con la excusa de que tenía una cosa que hacer.

»Pero como él insistiera, el hambre fue más fuerte que mi orgullo, y sin el menor rebozo le confesé que no tenía un cuarto, aunque empleé un embuste como justificante, alegando que ello era debido a que me había cambiado de calzones aquella mañana. Mr. Watson me contestó: “Creía, John, que nos conocíamos desde hacía bastante tiempo para no hablar de eso”. Entonces me cogió del brazo y tiró de mí. Pero no tuvo que hacer un gran esfuerzo, ya que mi hambre me impulsaba a seguirle con toda celeridad.

»Entramos en Friars, que sin duda ustedes saben que es un lugar de diversión y regocijo. Una vez sentados, Watson se dirigió al camarero, prescindiendo del cocinero, pues él estaba lejos de sospechar que hacía tiempo que yo no comía. No obstante, como era otro el caso, lancé otra mentira, diciendo a mi antiguo camarada de colegio que había estado en un extremo de la ciudad por asunto de negocios y no había comido más que una chuleta, cosa que hice a toda prisa, y que ahora tenía hambre y deseaba que añadiera un bistec a la botella.

—Alguna gente —exclamó Partridge interrumpiendo al anciano— debería tener más memoria, ¿o es que encontró usted bastante dinero en sus calzones para pagarse la costilla de carnero?

—Su observación no puede ser más justa —repuso el caballero—, y creo que tales meteduras de pata son inseparables de aquellos que se dedican a disfrazar la verdad. Pero continuemos. Pronto comencé a sentirme satisfecho. La carne y el vino no tardaron en reanimar mi decaído espíritu, y me gustaba enormemente la conversación que sostenía con mi antiguo compañero, tanto más cuanto que le creía ignorante de lo sucedido en la universidad desde que la dejé.

»Mas él no me permitió permanecer en esta dulce ilusión durante mucho tiempo, pues tomando una copa llena de vino con una mano y cogiéndome la mía con la otra, exclamó: “Muchacho, brindo por tu salud y por lo feliz que fuiste al salir airoso de la acusación que pesaba sobre ti”. Me quedé de una pieza al oír estas palabras, y al

reparar en ello, Watson continuó: “No te avergüences, hombre. Has sido absuelto y nadie se atreverá a creerte culpable. Pero dime, ahora que soy tu amigo, es cierto que lo robaste, ¿verdad? Me alegraría que fuera así, pues es una acción meritoria robar a un sinvergüenza tan grande, y en vez de doscientas guineas, me hubiera gustado que le hubieses quitado millares. Vamos, muchacho, no tengas reparo en decírmelo. No estás delante del juez. De mí puedo decir que no sentiría escrúpulo en hacer la misma cosa”.

»Esta afirmación disminuyó bastante el bochorno que sentía y como el vino había alegrado mi corazón, confesé con toda sinceridad el robo. Pero aclaré a Watson que le habían informado mal respecto a la suma tomada, que sólo excedía en un poco a la cantidad mencionada por él. “Lo siento con todo mi corazón —repuso mi amigo— y te deseo mejor suerte en la próxima ocasión. Aunque si sigues mi consejo no tendrás por qué arriesgarte más. Aquí está el secreto —dijo sacando los dados del bolsillo—. Éstos son los instrumentos, son los doctorcillos que curan las enfermedades del bolsillo, y te enseñaré la manera de vaciar el bolsillo de los bobos sin peligro de la horca”.

»Cuando nos terminamos la botella, Mr. Watson dijo que ya era la hora del juego y que yo debía de participar en él, instándome bastante para que le acompañara y probase fortuna. Yo le contesté que ya sabía que aquello no dependía de mí en aquellos momentos, pues tenía la bolsa vacía. A pesar de sus aparentes manifestaciones de amistad, yo dudaba mucho que me prestase una pequeña suma de dinero para este fin. Pero contestó: “No te preocupes por eso, muchacho. Con poco dinero puedes levantar un muerto —Partridge hizo intención de preguntar el significado de esta expresión, pero Tom Jones le tapó la boca—, pero sé circunspecto en cuanto al hombre. Yo te indicaré por señas la persona más conveniente, lo cual será necesario, ya que no conoces la capital ni sabes distinguir a un pillo de un bobo”.

»Entonces el camarero trajo la cuenta, y como Watson se dispusiera a pagar sólo su parte, tuve que recordarle, no sin cierto rubor, que yo no tenía un cuarto. Pero él me contestó: “No importa. Tú permanece aquí mientras yo bajo la escalera y salgo a la calle. Entonces recoge mi dinero y haz como si fueras a pagar en el mostrador. Te esperaré mientras tanto en la esquina”. Demostré cierto disgusto ante aquella proposición, expresando mi deseo de que depositara todo el importe. Pero Watson me juró que no le quedaba más dinero en el bolsillo.

»Inmediatamente bajó la escalera abajo, y yo me decidí a coger el dinero y seguirle, lo cual hice tan de prisa que aún pude oír cómo mi amigo le decía al camarero que había dejado el importe sobre la mesa. El camarero pasó junto a mí para subir la escalera y yo salí a la calle tan de prisa que no oí las protestas del camarero ante el chasco que le habíamos dado, ni tampoco me preocupé de decir nada en el mostrador.

»Una vez nos reunimos en la calle, Watson y yo nos dirigimos a la mesa de juego, donde mi amigo, con gran sorpresa por mi parte, sacó una considerable suma de dinero que colocó delante de sí, al igual que hicieron otros muchos, todos ellos considerando sus montones de dinero como otros tantos pájaros de reclamo destinados a atraer los montones de sus contrincantes.

»Resultaría en extremo pesado relatar todas las veleidades de la fortuna, o más bien de los dados, en aquel templo del juego. Montañas de oro fueron reducidas a la nada en breves instantes en un lado de la mesa para elevarse repentinamente en el otro. Los ricos se hicieron en pocos instantes pobres, mientras que los pobres se encontraron de pronto ricos, de suerte que un filósofo podía haber inculcado a sus discípulos el desprecio de las riquezas o, cuando menos, a lo incierto de su duración.

»Por lo que se refiere a mí, después de haber aumentado considerablemente mi pequeño montón, acabé perdiéndolo todo al final. También Watson, luego de varias alternativas de la suerte, se levantó de la mesa un tanto agitado y declaró que había perdido cien monedas y que no jugaría más. Dirigiéndose después a mí, me propuso que volviéramos a la taberna. Pero yo, luego de lo sucedido, me negué en redondo a ir, puesto que al haber perdido todo su caudal se encontraba en mi misma condición. «¡Bah! —exclamó Watson—. Un amigo me acaba de prestar dos guineas, y una de ellas está a tu disposición». Colocó una de ellas en mi mano, y yo no resistía a su deseo.

»Pero al propio tiempo me sentí un tanto inquieto al pensar que volvíamos al mismo establecimiento del que habíamos salido de manera tan poco airosa. Pero cuando el camarero, con la mayor cortesía, me dijo que le parecía que nos habíamos olvidado de pagar la cuenta, me tranquilicé en el acto, apresurándome a darle la guinea y rogarle que se cobrase, y me mostré de acuerdo con él en mi falta de memoria.

»Watson encargó ahora la cena más extravagante que se puede imaginar, y aunque antes se había contentado con un simple clarete, ahora sólo podía beber Borgoña. No tardaron en unirse a nosotros varios caballeros presentes en la mesa de juego, la mayor parte de los cuales, como más tarde supe, no venían a la taberna a beber, sino en busca de negocios. Los verdaderos tahúres se negaban a sentarse con ellos y, en cambio, trabajaron con la mayor afición a dos jóvenes que luego habían de ser saqueados, como lo fueron sin la menor piedad. Yo tuve la buena suerte de participar en este botín, aunque no me dieron a conocer el secreto.

»Durante la partida de juego en la taberna ocurrió un incidente por demás notable. El dinero fue desapareciendo poco a poco, de modo que aunque al principio la mesa estaba cubierta de monedas, antes de que la partida concluyera, lo que no ocurrió hasta el día siguiente, que era domingo, al mediodía, apenas si se veía alguna que otra guinea sobre la mesa. Esto era tanto más de extrañar cuanto que todos los presentes

excepto yo afirmaron que habían perdido. Resultaba difícil saber lo que había sucedido con el dinero, a no ser que el demonio en persona se lo hubiera llevado.

—Es probable que así fuera —afirmó Partridge—, pues los malos espíritus pueden llevarse cualquier cosa sin ser vistos, aunque la habitación se encuentre abarrotada de gente. Y no me sorprendería que se hubieran llevado a toda una reunión de fulleros. Podría contarles a ustedes una historia auténtica, si quisiera, en la cual el demonio sacó a un hombre a través del agujero de la cerradura. He visto la casa en que esto sucedió, y desde entonces nadie ha vuelto a vivir en ella, y eso que el hecho sucedió hace treinta años.

Aunque Tom Jones se sintió un tanto irritado por la impertinencia de Partridge, no pudo por menos de sonreír ante la ingenuidad y simpleza de Partridge. Otro tanto hizo el caballero, que a poco prosiguió con su historia, como se verá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIII

DONDE SE CONTINÚA LA PRESENTE HISTORIA.

—Mi antiguo compañero de colegio me condujo a un nuevo género de vida, no tardando en conocer a toda la hermandad de caballeros de industria. Me impuse en sus secretos, quiero decir, que conocí las trampas que se utilizan con los novatos e inexpertos, pues existen algunas supercherías que no son conocidas más que por algunos de la pandilla, los cuales figuran a la cabeza de los profesionales, un grado de honor que se encontraba más lejos de mis esperanzas, pues tanto la bebida, a la que era muy aficionado, como mi natural impulsivo, me impedían triunfar en un arte que requiere tanta presencia de ánimo y serenidad como la escuela más austera de filosofía.

»Mr. Watson, con quien ahora vivía en la más estrecha amistad, carecía en muchas ocasiones de estas excelentes cualidades, así que en vez de hacer una gran fortuna por medio de su profesión de jugador, como lo conseguían otros, era alternativamente pobre y rico, y con frecuencia ocurría que perdía ante sus amigos más dueños de sí, que tenían una botella de vino a su lado que jamás probaban, el botín que había arrebatado a los incautos en la mesa de juego.

»No obstante, ambos conseguíamos de este modo ir tirando, y por espacio de dos años fui del oficio, en cuyo tiempo gocé de toda clase de avatares, tan pronto nadaba en la abundancia como me veía en grandes apuros. Hoy disponía de una verdadera riqueza y mañana me encontraba reducido a la mayor miseria. Una temporada vestía lujosos trajes y a la siguiente tenía que llevarlos a la tienda de empeños.

»Una noche, cuando regresaba a casa procedente de la mesa de juego sin un cuarto en el bolsillo, percibí un gran alboroto en la calle y mucha gente reunida. Como no tenía por qué temer a los rateros, me aventuré entre la muchedumbre, y entonces supe que un hombre había sido robado y herido por unos rufianes. El herido había derramado mucha sangre y no parecía poderse sostener en pie. Como yo aún conservaba un resto de sentimientos humanitarios, pese a la vida que llevaba desde hacía algún tiempo, y aunque el resto de vergüenza y de honradez que me quedaba era muy escaso, me apresté a socorrer al desgraciado, que aceptó mi ayuda agradecido y confiándose a mí, me rogó que le condujera a alguna taberna, donde mandaría buscar a un cirujano, ya que se encontraba muy débil debido a la pérdida de sangre. El hombre se sintió muy contento por haber encontrado alguien con apariencia de caballero, ya que las trazas de los que le rodeaban en aquel momento no era como para inspirar confianza a nadie.

»Cogí al infeliz por un brazo y le conduje a la taberna donde nos reuníamos los

jugadores, pues era la más próxima al lugar del suceso. Por suerte, en la casa se encontraba un cirujano, que en el acto procedió a curar y vendar las heridas del hombre, las cuales, con gran alegría por mi parte, no eran mortales.

»Una vez concluyó el cirujano su tarea, lo que hizo con mucha rapidez y destreza, trató de averiguar en qué parte de la ciudad vivía el hombre al que había asistido. Pero el herido repuso que había llegado a la ciudad aquella misma mañana, que su caballo se encontraba en un mesón de Picadilly y que no tenía más alojamiento que éste. Además, apenas conocía la ciudad.

»El cirujano, cuyo nombre he olvidado, aunque recuerdo que comenzaba por R., era de los mejores de la ciudad, pues era nada menos que el cirujano del rey. El hombre poseía, además, excelentes cualidades, y se trataba de un caballero noble y generoso, que siempre estaba dispuesto a prestar un servicio a la gente. Ofreció su coche al herido para que le condujera a su posada, a la vez que le decía en voz baja que si necesitaba dinero se lo proporcionaría.

»El herido no se encontraba en aquel momento en condiciones, de agradecer el generoso ofrecimiento, pero luego de mirarme un tiempo con concentrada atención, se echó hacia atrás en el asiento del coche y exclamó: “¡Hijo mío!”, desmayándose a continuación.

»Muchos de los presentes supusieron que el accidente era debido a la pérdida de sangre. Pero yo, que comencé a recordar las facciones del autor de mis días, reconocí que la persona que tenía ante mí era mi padre. Entonces me precipité sobre él, le levanté en mis brazos y besé sus fríos labios poseído por una gran ansiedad. Ahora debo correr una cortina sobre una escena que me es imposible describir, pues aunque yo no perdí el conocimiento como mi padre, mi espíritu se hallaba tan sobrecogido por el terror y la sorpresa, que durante varios minutos no supe lo que me sucedía, hasta que al fin mi padre recobró el conocimiento y yo me encontré entre sus brazos. Ambos nos abrazamos tiernamente mientras las lágrimas corrían por nuestras mejillas.

»La mayoría de los presentes parecieron afectados por la escena. Pero nosotros, mi padre y yo, que éramos los actores de ella, estábamos deseando alejarnos de las curiosas miradas de los espectadores, así que mi padre aceptó el coche del cirujano y yo le acompañé hasta su hospedaje.

»Cuando al fin nos encontramos solos, mi padre me reconvino cariñosamente por no haberle escrito durante tanto tiempo, y yo tuve un gran cuidado en no mencionar el delito causa de mi silencio. Me informó de la muerte de mi madre e insistió en que regresara a su casa con él, afirmando que hacía tiempo estaba sufriendo lo indecible por culpa mía, que no sabía si debía temer mi muerte o desearla, al pensar en la clase de vida que podía llevar, hasta que un caballero que vivía en la vecindad y que acababa de rescatar a su hijo del mismo ambiente, le informó dónde me encontraba

yo. El arrancarme de esta clase de vida era el único motivo de su viaje a Londres. El buen hombre dio las gracias por haber conseguido encontrarme aun a costa de un accidente que podía haberle costado la vida y tuvo el consuelo de pensar que, en parte, debía su salvación a mi ayuda, tanto más desinteresada y de agradecer, puesto que yo ignoraba que fuera él la persona agredida.

»El vicio no había pervertido mi corazón al extremo de hacerme insensible a tanto afecto paternal, aunque concedido a un ser indigno. Prometí a mi padre obedecer sus órdenes y regresar a casa con él en cuanto estuviera en condiciones de viajar, cosa que ocurrió a los pocos días, gracias a la desinteresada ayuda del excelente cirujano que le atendió en los primeros momentos.

»El día anterior a la partida de mi padre —hasta cuyo instante no me separé de él— fui a despedirme de algunos de mis conocidos más íntimos, en especial de Watson, que trató de convencerme para que no me enterrase en vida, como él decía, simplemente para satisfacer los deseos de un viejo egoísta. Pero sus prédicas no produjeron el menor efecto en mí, y una vez más volví a mi casa. Mi padre me aconsejaba a diario que me casara. Pero yo no sentía la menor vocación por el matrimonio. Había conocido ya el amor, y es posible que usted también conozca los excesos extravagantes de la pasión más tierna y más violenta.

El anciano guardó silencio al llegar aquí y miró a Tom, cuyo rostro sufrió una repentina alteración, luego de lo cual, sin hacer la menor observación, prosiguió su relato.

—Satisfechas ahora todas las necesidades de mi vida —dijo el anciano—, me dediqué de nuevo al estudio con más ahínco que antes. Los libros objeto ahora de mi atención eran sólo aquellos que se ocupaban de la verdadera filosofía, tanto si eran antiguos como modernos, ciencia considerada por muchos como falsa y ridícula. Leí las obras de Aristóteles y las de Platón, así como los otros grandes tesoros que la antigua Grecia ha legado al mundo.

»Estos autores, aunque no me instruyeron en ninguna de las ciencias mediante las cuales los hombres pueden adquirir riquezas o fama en el mundo, me enseñaron, en cambio, el arte de despreciar ambas. Elevan el espíritu y lo templan contra las adversidades de la fortuna. No tan sólo proporcionan sabiduría, sino que conducen a los hombres por el buen camino y demuestran plenamente que en ellas está nuestra salvación, si alguna vez nos hacemos el propósito de alcanzar la felicidad en este mundo o bien defendemos con eficacia contra las asechanzas del mal que nos rodea por todas partes tratando de hincar sus garras a nosotros.

»A esto añadí otro estudio, comparado con el cual toda la filosofía enseñada por los gentiles vale muy poco y aparece llena de vanidad. Me refiero a la sabiduría divina, que sólo puede encontrarse en las Sagradas Escrituras, pues ofrece a nuestro conocimiento y consideración cosas mucho más dignas de nuestra atención que todo

cuanto el mundo pueda ofrecernos, cosas que el cielo ha condescendido en revelarnos, y cuyo conocimiento, aun el más superficial, no sería posible sin su ayuda para la inteligencia humana más penetrante. Entonces comencé a pensar que todo el tiempo que había dedicado a los autores gentiles era poco menos que tiempo perdido. Por muy agradables y deliciosas que fueran sus normas para regular nuestra conducta moral en este mundo, si se las comparaba con la gloria revelada por las escrituras se convertían incluso sus documentos de más valor en algo así como las reglas con que los niños regulan sus juegos y pasatiempos infantiles.

»Aunque es indudable que la filosofía nos hace más sabios, no hay duda de que la religión nos hace mejores. La filosofía eleva y endurece el espíritu, mientras que la religión le suaviza y dulcifica. La primera nos convierte en objeto de la admiración humana, la última, del amor divino. Aquélla puede asegurarnos una felicidad temporal, pero ésta nos proporciona la felicidad eterna. Pero creo que les estoy fatigando a ustedes con mi discurso.

—De ningún modo —se apresuró a responder Partridge—. ¿Cómo es posible que nos fatiguemos de oír hablar bien?

—Había pasado —prosiguió ahora el caballero— unos cuantos años muy felices, entregado por completo a la contemplación, lejos de los asuntos humanos, cuando Dios quiso que perdiera al mejor de los padres, a quien quería tanto, que el dolor que sentí excedió a toda ponderación. Dejé mis libros y me entregué durante un mes a los efectos de la melancolía y de la desesperación. El tiempo, sin embargo, que es sin duda el mejor remedio para el espíritu, me aportó el necesario alivio.

—*Tempus edax rerum* —murmuró Partridge.

—Entonces —continuó el anciano—, tomé a mis estudios, que puedo afirmar completaron mi cura, pues tanto la filosofía como la religión son tan saludables para un espíritu alterado como lo es el ejercicio para un cuerpo entumecido. Con la práctica se producen efectos idénticos, ya que fortifican el espíritu, hasta que el hombre se hace, en el noble estilo de Horacio:

*Fortis, et in seipso totus teres atque rotundus,
Extremi ni quid valeat per laeve morari;
In quem mancarum ut semper Fortuna*^[7].

Al oír estos versos, Tom Jones sonrió como si una idea hubiera acabado de cruzar por su mente. Pero el caballero no pareció darse cuenta de ello, pues prosiguió con su historia:

—Mis circunstancias cambiaron por completo con la muerte del mejor de los hombres, ya que mi hermano, que era ahora el dueño de la casa, difería tanto de mí por sus aficiones, y nuestras carreras en la vida habían seguido caminos tan distintos,

que sin duda ambos constituíamos la peor compañía que podíamos tener tanto uno como otro. Pero lo que hacía más desagradable la convivencia bajo el mismo techo era la escasa armonía que existía entre los que me visitaban a mí y el numeroso cortejo de aficionados a los deportes que seguían a mi hermano desde el campo a la mesa. Estos individuos, aparte del mudo, el holgorio y las estupideces con que escandalizaban los oídos de los hombres prudentes, trataban de ofenderles de continuo con indirectas y desprecios. Esto llegó a suceder tan a menudo, que ni yo ni mis amigos podíamos sentarnos a comer con ellos sin que fuéramos tratados irónicamente por desconocer la jerga de los deportistas. Los hombres de verdadero saber y de conocimientos eclécticos siempre se compadecen de la ignorancia de los demás. Pero aquellos que sobresalen en algún arte de menor cuantía, es seguro que despreciarán a aquellos que no están familiarizados con su arte.

»No tardé en separarme de mi hermano, y yo marché, por consejo del médico, a tomar los baños de Bath, ya que mi aflicción, unida a la vida sedentaria que llevaba, me habían producido una especie de parálisis, enfermedad para la cual esas aguas eran muy indicadas. El segundo día después de mi llegada, era tan intenso el sol mientras paseaba por la orilla del río, que me refugié bajo unos sauces y me senté junto al agua. Pero no llevaba mucho tiempo sentado allí cuando oí una voz humana al otro lado de los sauces que suspiraba y se quejaba amargamente. De pronto, la voz dejó escapar una blasfemia y dijo: “No estoy dispuesto a soportarlo más”, y dicho esto se arrojó al agua. Yo me levanté en el acto y corrí hacia el lugar, mientras pedía auxilio a voz en grito. Un pescador de caña se encontraba por suerte un poco más abajo de donde yo me hallaba, aunque unos altos matorrales me impedían su vista. El hombre acudió también, y entre ambos, no sin cierto riesgo para nosotros, sacamos al hombre que se había arrojado al río. Al pronto no percibimos la menor señal de vida en él, pero una vez le suspendimos por los pies, pues no tardaron en acudir otras personas en nuestra ayuda, arrojó tal cantidad de agua por la boca, que a poco comenzó a dar señales de vida, moviendo las piernas y las manos.

»Un boticario que por casualidad se encontraba entre los presentes, aconsejó que, puesto que el cuerpo parecía ya vacío de toda el agua que había tragado y, en cambio, comenzaba a ser agitado por movimientos convulsivos, fuera trasladado a una cama caliente. Así se hizo, figurando el boticario y yo entre el acompañamiento.

»Mientras nos dirigíamos a una posada, ya que nadie conocía el domicilio de aquel hombre, nos encontramos por fortuna con una mujer, que, tras de algunas ruidosas demostraciones de dolor, nos dijo que el caballero que llevábamos estaba alojado en su casa.

»Una vez depositado el hombre en la casa, yo le dejé al cuidado del boticario, quien debió de aplicarle los remedios más oportunos al caso, pues a la mañana siguiente me dijo que ya se encontraba francamente bien.

»Entonces fui a visitar al suicida, deseoso de averiguar de un modo u otro la causa que le había impulsado a arrojarse al agua y a fin también de evitar, en lo posible, que siguiera con intenciones tan siniestras en el porvenir. Pero apenas entré en el cuarto ambos nos reconocimos en el acto. Se trataba nada menos que de mi buen amigo Watson. No les entretendré con los detalles de nuestra primera entrevista, ya que prefiero evitar el ser prolijo siempre que me es posible.

—Por favor, cuéntenoslo todo —pidió Partridge—. Me gustaría saber qué era lo que le había conducido a Bath.

—Serán ustedes complacidos —repuso el anciano.

Y el anciano comenzó a contar lo que nosotros escribiremos, tras de conceder un breve respiro a los lectores y a mí mismo.

CAPÍTULO XIV

DONDE EL HOMBRE DE LA COLINA CONCLUYE SU HISTORIA.

—Mr. Watson —prosiguió el caballero— me confesó sin ambages, que un cúmulo de circunstancias adversas, hijas de una cruel racha de mala suerte, le habían conducido en cierto modo al propósito de suicidarse.

»Pero yo hablé con él muy en serio, exponiéndole argumentos contra el principio pagano, o más bien diabólico, de la legalidad del suicidio, y le dije todo cuanto se me ocurrió sobre el caso. Pero el gran interés que yo demostraba no pareció convencerle. No parecía arrepentido de lo que había hecho, y me dio motivos para sospechar que no tardaría en intentar un segundo ensayo de género tan espeluznante.

»Cuando yo concluí mi discurso, en lugar de intentar responder a mis argumentos, me miró fijamente a los ojos y sonriendo, dijo: “Has cambiado mucho, mi buen amigo, desde la última vez que nos vimos. Dudo que ningún obispo pudiera argumentar mejor que tú contra el suicidio. Pero a no ser que encuentre a alguien que pueda prestarme cien libras, me ahorcaré, me ahogaré o bien me moriré de hambre. En mi opinión, la última muerte es la peor de las tres”.

»Muy serio, con grave rostro, le repuse que, en efecto, había cambiado mucho desde nuestra última entrevista, teniendo ocasión de comprobar mis locuras y arrepentirme de ellas. Le aconsejé que siguiera mis pasos, y concluí diciéndole que le prestaría las cien libras si habían de ser útiles para sus negocios y no se las jugaría a los dados, exponiéndose a perderlas.

»Watson, que parecía haberse dormido con la primera parte de mi discurso, se despertó al escuchar la última. Me apretó la mano con calor, me dio las gracias y afirmó que yo era un amigo de verdad, añadiendo que esperaba que tuviera una mejor opinión de él, ya que era fácil pensar que hubiera aprovechado la lección de la experiencia y que no volvería a depositar su confianza en aquellos malditos dados, que con tanta frecuencia le habían engañado. “¡No, no! —añadió—. Déjame rehacer de nuevo mi vida, y si alguna vez la fortuna permite que me arruine, la perdonaré”.

»Yo le respondí con la misma severidad que le había hablado antes: “Watson, debes procurar encontrar algún negocio o empleo con el que te sea posible conseguir un medio de vida, y te prometo, si veo alguna posibilidad de que sea pagado más adelante, que te adelantaré una cantidad de dinero mucho mayor que la que has mencionado, a fin de que puedas desenvolverte en un oficio bueno y honroso. Pero en cuanto al juego, aparte de su ruindad y de lo que supone convertirle en una profesión, eres, por lo que he podido ver, muy poco apto para él, por lo que acabarías arruinándote de nuevo”. “Es extraño —replicó— que ni tú ni ninguno de mis amigos

hablaseis jamás de eso. No obstante, creo que tengo tan buena mano en el juego, sea cual sea éste, como cualquiera de vosotros. Pero vamos al caso, querido amigo. ¿Llevas las cien libras en el bolsillo?».

»Le repuse que sólo llevaba cincuenta, las cuales le entregué, prometiéndole llevarle el resto a la mañana siguiente, y tras de darle unos cuantos consejos más, me despedí de él.

»Cumplí con exceso mi palabra, pues volví a visitarle aquella misma tarde. Cuando entré en su cuarto le encontré sentado en la cama jugando con un conocido jugador. Esta escena, como ustedes comprenderán, me sorprendió enormemente, a lo que hay que añadir la mortificación que sentí al ver mi billete de cincuenta libras en poder del jugador, y que como vuelta sólo había entregado a mi antiguo compañero treinta guineas.

»El jugador se apresuró a abandonar la estancia en cuanto yo aparecí y Watson me declaró que se avergonzaba de verme. “Pero —dijo—, he encontrado la suerte tan en contra mía, que he decidido dejar el juego para siempre. He reflexionado a fondo en la amable proposición que me hiciste y te prometo que estoy decidido a llevarla adelante”.

»Aunque no sentía gran fe en sus promesas, le entregué el resto de las cien libras, como le había prometido, a cambio de las cuales él me extendió un recibo, que era todo lo que yo esperaba obtener a cambio de mi dinero.

»No pudimos seguir hablando, pues entró el boticario dando pruebas de una gran alegría, y sin preguntar al enfermo cómo se encontraba, anunció que había grandes noticias recibidas por carta dirigida a él, las cuales dentro de poco serían del dominio público, a saber: que el duque de Monmouth había desembarcado en el oeste al mando de un gran ejército de holandeses, y que otra gran flota rondaba por las costas de Norfolk, dispuesta a desembarcar en este lado para apoyar la empresa del duque con una demostración de fuerza.

»Aquel boticario era uno de los mayores políticos de su tiempo. Le producía mayor satisfacción cualquier noticia que llegara por correo o a través de otro medio, por insignificante que fuera, que el mejor cliente, y la mayor alegría que podía sentir era recibir una noticia una hora o dos antes que cualquier otro vecino de la ciudad. Sin embargo, sus noticias rara vez eran ciertas, ya que creía todo cuanto le contaban, circunstancia que muchos aprovechaban para reírse de él y burlarse.

»Tal sucedió con lo que nos acababa de comunicar, pues poco tiempo después se supo que el duque había desembarcado, en efecto, pero su ejército se componía tan sólo de unos cuantos secuaces, resultando por otro lado inexacta la demostración naval por el lado de Norfolk.

»El boticario no permaneció en el cuarto más que el tiempo preciso para darnos la nueva, e inmediatamente, sin dirigir una palabra a su paciente, salió para propalarla

por la ciudad.

»Acontecimientos de esta índole suelen eclipsar todos los asuntos privados. Nuestra conversación tomó ahora un derrotero político. Por mi parte, durante algún tiempo me había sentido preocupado por el gran peligro a que estaba expuesta la religión protestante bajo un príncipe papista, y me decía que esto era suficiente para justificar aquella insurrección. Ustedes saben bien cómo se comportó el rey Jacobo en este asunto, qué escaso valor concedió a su juramento como rey, cuando le coronaron, de respetar las libertades y derechos de su pueblo. Mas no todos tuvieron la perspicacia de ver esto desde el principio, y por esta razón el duque de Monmouth fue tan débilmente apoyado. No obstante, todos reaccionaron ante el peligro, y se unieron al cabo para expulsar del trono a aquel rey contra cuya exclusión una facción de entre los nuestros había luchado con tanto ardor durante el reinado de su hermano.

—Lo que dice usted —exclamó Tom Jones interrumpiendo al anciano— es la pura verdad. Y muchas veces me ha parecido la cosa más sorprendente de la Historia, que después de la experiencia que unió a toda la nación unánimemente para expulsar al rey Jacobo en defensa de nuestra religión y libertades, existiera entre nosotros un bando lo bastante obcecado como para desear su reposición en el trono de su familia.

—¡No habla usted en serio! —replicó el viejo—. No puede existir ese bando. Por desastrosa opinión que tenga de la Humanidad, no puedo considerarla apasionada hasta ese extremo. Puede que existan algunos papistas tenaces, aconsejados por sus curas que abracen esa causa desesperada, que consideran algo así como una guerra santa. Pero que los protestantes, que son miembros de la Iglesia de Inglaterra, sean apóstatas, *fetos de se*, me cuesta creerlo. No, no, joven. Aunque ignoro por completo lo que ha sucedido por el mundo en estos últimos treinta años, no puedo conceder crédito a un cuento tan estúpido, y me parece que trata usted de burlarse de mi ignorancia.

—¿Es posible —contestó Tom Jones— que haya usted vivido tan apartado del mundo como para ignorar que ha habido dos rebeliones en favor del hijo del rey Jacobo, una de las cuales está en pleno desarrollo en el mismo centro del reino?

Al oír estas palabras, el anciano caballero se sobresaltó y en un tono solemne conjuró a Tom Jones para que ante Dios le jurase que lo que decía era verdad, cosa que realizó el joven. Entonces el anciano comenzó a pasear por la habitación guardando un profundo silencio. Luego lanzó un grito y a continuación se echó a reír, hasta que al fin cayó de rodillas y dio las gracias al cielo en alta voz por haberle librado de todo contacto con una sociedad capaz de cometer extravagancias tan monstruosas. Después de esto, Tom le hizo presente que había interrumpido su narración, que el anciano reanudó inmediatamente.

—Como el género humano, en los días a que me refiero, aún no había llegado a ese grado de locura que por lo visto ha alcanzado ahora, y del que sin duda me he

librado por vivir solo y lejos de todo contagio, hubo un levantamiento de cierta importancia a favor de Monmouth, e impulsado por mis convicciones, decidí unirme a él. Mr. Watson, por motivos muy distintos, tomó la misma resolución, pues el espíritu de un jugador puede llevar a veces a un hombre tan lejos como el espíritu de un patriota. Muy pronto estuvimos provistos de todo lo necesario y partimos en busca del duque de Bridgewater.

»El desgraciado fin que tuvo aquella empresa supongo que será de sobra conocido por ustedes. Escapé junto con mi amigo Watson de la batalla de Sedgemore, en la que recibí una herida sin la menor importancia. Ambos cabalgamos cerca de cuarenta millas por el camino de Exeter, y abandonando nuestros caballos caminamos como nos fue posible por sendas y caminos apartados, hasta que llegamos a una choza, donde una pobre vieja que vivía en ella nos cuidó como mejor pudo, curando mi herida con un emplasto que pronto la hizo desaparecer.

—Dígame, ¿dónde recibió usted la herida? —preguntó Partridge.

El caballero satisfizo su curiosidad diciéndole que la herida la había recibido en el brazo, y luego continuó su relato:

—Allí me dejó Mr. Watson a la mañana siguiente, a fin de recoger algunas provisiones en la villa de Collumpton. Pero ¿podré decirlo o me creerán ustedes? Aquel Mr. Watson, aquel hombre que se decía mi amigo, aquel villano bárbaro y traidor, me delató a una patrulla de caballería del rey Jacobo, y a su regreso me entregó a ellos.

»Los soldados, que eran seis, se apoderaron de mí y emprendimos el camino de la cárcel de Taunton. Pero ni mi presente situación ni el temor de lo que pudiera sucederme me encolerizaba tanto como la compañía de mi falso amigo, quien habiéndose entregado a su vez, era también considerado como prisionero, aunque recibía mucho mejor trato que yo. Al principio quiso explicar su traición, pero al no recibir de mí más que desplantes y desprecio, optó por cambiar de conducta, me acusó de ser uno de los rebeldes de mayor importancia, y echó sobre mí toda la culpa, diciendo que yo le había empujado e incluso amenazado si no tomaba las armas contra su legítimo rey.

»Esta falsa declaración me llegó a lo más vivo, produciéndome una indignación que no creo que nadie pueda concebir si no la ha sentido alguna vez. Al fin, la fortuna se compadeció de mí, pues un poco más allá de Wellington, en un camino estrecho, los soldados que me conducían tuvieron una falsa alarma, pues alguien les dijo que una partida de unos cincuenta hombres andaba por los alrededores. Al oírlo se apresuraron a huir y nos dejaron a mí y a mi traidor en libertad de hacer lo mismo. Watson se apartó inmediatamente de mí, y yo me alegré de que lo hiciera, pues aunque carecía de armas, hubiera tratado de vengarme de su traición.

»Una vez más me encontraba libre y, apartándome de la carretera, caminé a través

de los campos sin saber qué rumbo tomar, teniendo, eso sí, buen cuidado de evitar los caminos más concurridos y todos los pueblos, e incluso los caseríos más modestos, pues imaginaba que todas las personas que me salían al paso no pensaban más que en traicionarme.

»Al fin, después de vagar varios días por el país, durante los cuales los campos me proporcionaron la misma cama y el mismo alimento que la naturaleza proporciona a nuestros hermanos salvajes de la creación, llegué a este lugar, cuya soledad y aspereza me invitaban a elegirlo para fijar en él mi residencia. La primera persona con quien viví fue la madre de esta vieja, y aquí permanecí oculto hasta que la noticia de la gloriosa revolución disipó todos mis temores y me proporcionó ocasión de visitar de nuevo mi casa y de ocuparme un poco de mis asuntos, lo que pronto pude conseguir a gusto de mi hermano, pues le entregué todo lo mío a cambio de lo cual me dio la cantidad de mil libras y una renta vitalicia.

»La conducta de mi hermano en esta ocasión, como en todas las anteriores, fue egoísta y poco generosa. En modo alguno podía considerarle como un amigo, ni él lo pretendía, por lo que me despedí de él, lo mismo que de mis amistades, y a partir de aquel día hasta el momento presente no hay en mi vida nada digno de ser contado.

—¿Y es posible que haya podido usted resistir aquí desde entonces, señor? —preguntó Tom Jones.

—De ningún modo —repuso el caballero—. He sido un viajero incansable y apenas existe lugar en Europa que no conozca.

—No es mi deseo, señor, preguntarle nada más —dijo Tom Jones—. Sería una verdadera crueldad después de lo mucho que ha hablado usted ya. Pero le suplico que me permita en alguna otra ocasión escuchar las excelentes observaciones que un hombre de su juicio y conocimientos debe de haber hecho en el curso de tantos viajes.

—Caballero —repuso el anciano—, intentaré satisfacer su curiosidad sobre esta cuestión en la medida de mis posibilidades.

Tom Jones tornó a insistir en la inoportunidad de su petición, pero el anciano no le hizo caso, y mientras él y Partridge esperaban sentados, con el oído atento, el caballero continuó como podrá verse en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XV

UNA SUCINTA HISTORIA DE EUROPA Y UNA CHARLA CURIOSA ENTRE TOM JONES Y EL HOMBRE DE LA COLINA.

En Italia, los propietarios son muy callados. En Francia, por el contrario, son más comunicativos, pero son también correctos. En Alemania y en Holanda suelen ser en extremo impertinentes. En cuanto a su honradez, tengo la impresión que es la misma más o menos en todos los países. Los *laquais a louange* es indudable que no desperdician la menor ocasión que se les presenta para engañarle a uno, y en cuanto a los postillones, les juzgo muy parecidos en todo el mundo. Tales son, señor, las observaciones sobre los hombres que he hecho en mis viajes, ya que éstos fueron los únicos hombres con quienes hablé. Mi idea, cuando salí de Inglaterra, era la de distraerme contemplando la maravillosa variedad de perspectivas, animales, pájaros, peces, insectos y plantas con que Dios ha enriquecido las distintas partes del globo, variedad que, por lo mismo que proporciona un gran placer a un observador contemplativo demuestra admirablemente la bondad, la sabiduría del Creador. A mi modo de pensar, sólo existe una obra en toda la creación que no le honra mucho, y sobre la cual hace mucho tiempo que vengo tratando de no mantener ninguna conversación.

—Usted me perdonará —exclamó Tom Jones—. Pero yo siempre he creído que en esa obra a que usted se refiere ha existido una gran variedad como en las demás, pues aparte de la diferencia de inclinaciones, las costumbres y el clima han producido la máxima diversidad en el género humano.

—En la práctica es muy poca la diferencia —replicó el anciano—. Aquellos que han viajado para conocer las diferentes maneras de ser de los hombres, pueden ahorrarse mucho trabajo asistiendo a un carnaval de Venecia, pues allí verá de una sola vez todo lo que pueda observarse en todas las cortes de Europa. La misma hipocresía, idénticos fraudes. En suma, las mismas palabras y vicios ataviados de distinto modo. En España, éstos aparecen ataviados con gran gravedad; en Italia, con gran esplendor. En Francia un bribón va vestido como un petimetre, mientras que en los países del norte con verdadero desaliño. Pero la naturaleza humana es la misma en todas partes, y en todas partes es objeto de execración y de desprecio. Crucé por todas esas naciones como puede uno cruzar entre la multitud de una feria, abriéndome paso a codazos, tapándome la nariz con la mano y defendiendo mis bolsillos con la otra, sin cambiar una palabra con nadie, en tanto que me apresuraba a ver lo que deseaba ver, lo que por muy entretenido que pudiera resultar para mí, apenas si merecía las molestias que la gente me ocasionaba.

—¿No encontró usted algunas de las naciones por las cuales viajó, menos molestas unas que otras? —preguntó Tom.

—¡Oh, sí! —contestó el viejo—. Los turcos resultaron para mí más tolerables que los cristianos, pues son hombres muy taciturnos y jamás molestan a los extranjeros con preguntas. De cuando en cuando les obsequian con una maldición o les escupen a la cara cuando pasan por las calles. Pero se contentan con esto, y un hombre puede vivir toda su vida en el país sin oír a los turcos proferir una docena de palabras. Pero de todas las gentes que he conocido, la peor a mi juicio son los franceses. ¡El cielo me proteja de ellos! Con su condenada palabrería y cortesía y con eso de hacer el honor a los extranjeros, como ellos dicen, pero demostrando con estas palabras su enorme vanidad, resultan tan fantasiosos, que antes preferiría vivir entre los hotentotes que tomar de nuevo a París. Esos salvajes son sucios, pero su suciedad no pasa del exterior, mientras que en Francia y en otras naciones que no quiero nombrar, la suciedad es interior, haciéndoles para mi espíritu mucho más hediondos que lo que lo serían los hotentotes para mi nariz.

»Y aquí doy por terminada la historia de mi vida, pues los años que he vivido retirado aquí no ofrecen interés alguno para ustedes, y pueden considerarse como un solo día de mi vida. El retiro ha sido tan completo que no podría haber gozado de una soledad mayor, en medio de este populoso reino, en los desiertos de la Tebaida. Como no poseo fincas, no me importunan ni arrendatarios ni administradores. Mi renta me es pagada anualmente con toda regularidad, como no podía por menos de suceder, ya que es bastante menor de lo que podía esperar dado lo que entregué. No recibo visita alguna, y la vieja que cuida de casa sabe bien que la conservación de su empleo depende sólo de que sepa evitarme las molestias de tener que comprar todo aquello que necesito, de apartar de mi vida toda preocupación o negocio y de mantener su boca cerrada siempre que yo pueda oírla. Me paseo por la noche, y así estoy seguro de que en este lugar solitario no me encontraré con nadie. Algunas personas con las que me encontré en el curso de mis salidas nocturnas huyeron asustadas, ya que por lo extraño de mi vestimenta, me tomaron por un fantasma o por un duende. Pero lo ocurrido esta noche me demuestra que ni aún aquí me puedo considerar a salvo de la villanía de los hombres, ya que sin la ayuda de ustedes no sólo hubiera sido robado, sino probablemente asesinado.

Tom Jones dio las gracias al anciano por la molestia que el relato de su historia podría haberle proporcionado y expresó cierta sorpresa ante el hecho de que pudiera soportar aquel género de vida en lugar tan solitario.

—En el cual —añadió el joven— tendría usted perfecto derecho a quejarse de falta de variedad. Me asombra cómo puede usted pasar su tiempo sin aburrirse.

—No me sorprende que quien tiene sus afectos y pensamientos entregados al mundo —repuso el anciano— crea que mis horas en este lugar están necesitadas de

ocupación. Pero hay un solo hecho para el cual toda la vida entera de un hombre resulta muy breve. ¿Qué tiempo puede bastar para la contemplación y la adoración de un ser glorioso, inmortal y eterno, con su estupenda Creación, entre cuyas obras, no sólo este globo, sino las innumerables luminarias que brillan en el cielo pueden considerarse como átomos en comparación con el universo entero? ¿Es que los triviales entretenimientos, los placeres insípidos, las ocupaciones necias de los hombres, harán desfilar demasiado de prisa las horas para nosotros y, en cambio, resultará el ritmo del tiempo demasiado lento para un espíritu entregado a estudios elevados, importantes y gloriosos? Por la misma razón que no basta ningún tiempo, tampoco hay lugar no adecuado para esta contemplación. ¿En qué objeto podemos fijarnos que no nos inspire ideas de su poderío, sabiduría y bondad? No es necesario que el sol naciente ilumine con sus brillantes rayos el horizonte oriental, ni que los rugientes vientos se precipiten fuera de sus cavernas y agiten las altas ramas del bosque, ni que las nubes viertan sus torrentes de agua en las planicies. No es necesario, repito, que ninguno de esos fenómenos de la naturaleza proclamen su majestad. No existe en la tierra insecto ni planta, por ínfimo y minúsculo que sea, que no se honre con muestras visibles de los atributos de su gran Creador; muestras no sólo de su poder, sino de sabiduría y bondad. Sólo el hombre, el rey de este mundo, la última y más perfecta obra del Ser Supremo bajo el sol, sólo el hombre ha deshonrado su propio carácter, y con su truhanería, cruel ingratitud y traición ha puesto en entredicho la bondad del Hacedor, llenándonos de confusión al tratar de explicar cómo un ser todo bondad ha podido crear un animal tan estúpido y vil. Sin embargo, éste es el ser del cual usted supone que me he visto apartado y sin cuya bendita compañía la vida, en opinión de usted, debe de resultar completamente insípida y estar llena de tedio.

—Estoy por completo de acuerdo con la primera parte de lo que usted ha dicho —replicó Tom Jones—. Pero creo y confío que su aversión y desprecio por el género humano sea excesivamente exagerada. Incorre usted en un error que, a pesar de mi escasa experiencia, he podido comprobar que es harto corriente, y éste es el de juzgar la conducta de los hombres por los más innobles y perdidos de ellos, en tanto que, según la opinión de un distinguido escritor, tan sólo debe de ser característico de una especie aquello que se encuentra entre los individuos mejores y más perfectos de la misma. Este error se comete, a mi juicio, por aquellos que careciendo del tacto preciso en la elección de sus amistades, han sufrido decepciones e injurias de hombres malos y perversos, cargándose injustamente a toda la humanidad los pocos o muchos casos en que esto sucede.

—Creo tener bastante experiencia de ello —repuso el anciano—. Mi primera amante y mi primer amigo me traicionaron de la forma más indigna, y en cuestiones que amenazaban con tener las peores consecuencias, incluso la de una muerte

ignominiosa.

—Me perdonará usted —replicó Tom Jones— si le ruego que reflexione quiénes eran su amigo y su querida. ¿Qué más, señor, se podía esperar del amor procedente de un lupanar o de la amistad nacida y cultivada en la mesa de juego? Juzgar a las mujeres por el primer ejemplo, y a los hombres por el segundo, sería tan injusto como afirmar que el aire es un elemento nauseabundo y malsano, porque así huele en las letrinas. No llevo mucho tiempo viviendo en el mundo, sin embargo, he encontrado en lo poco que llevo en él a hombres merecedores de la más desinteresada amistad y a mujeres dignas del más puro amor.

—¡Ay, joven! —repuso el anciano—. Según confiesa usted, ha vivido poco. Yo era más viejo que usted lo es ahora cuando aún alimentaba la misma fe que usted.

—Creo que podría haber llevado una vida tranquila —contestó Tom Jones—, si no hubiera sido tan poco afortunado, me atrevería a decir tan incauto, en la elección de sus afectos. Aunque hubiera habido mucha más maldad en el mundo de la que hay, esto no justificaría unas afirmaciones tan generales contra la naturaleza humana, pues buena parte de esa maldad se produce por mero accidente, y muchos de los hombres que obran mal no tienen corrompido del todo su corazón. Creo que nadie tiene derecho a afirmar que la naturaleza humana es necesaria y uniformemente depravada salvo aquellos cuyo modo de ser es un ejemplo de esa depravación natural, caso que no es el de usted, ni mucho menos.

—No estoy de acuerdo con esa opinión —replicó el viejo—. Un truhán no tratará de persuadirme de la bajeza de sus congéneres, por la misma razón que un salteador de caminos no tratará de informarnos de que hay ladrones en la carretera. Éste sería un sistema de ponerle a uno en guardia y frustrar sus propósitos. Por lo que, aunque los picaros son muy aptos para abusar de las personas en particular, jamás hacen reflexiones sobre la naturaleza humana en general.

El anciano pronunció estas palabras con tanto calor, que Tom Jones, no queriendo ofenderle y desesperando de poderle convencer, no respondió.

El día comenzaba ya a clarear cuando Tom presentó sus excusas al anciano por haberle robado tanto tiempo el descanso. Pero el caballero respondió que no necesitaba tomar ningún descanso, pues prescindía del día y de la noche tales como todo el mundo los entiende. Por lo general, dedicaba el día a dormir y la noche a sus paseos y reflexiones.

—Sin embargo —añadió—, la mañana promete ser hermosa, y si pueden esperar un poco más de tiempo a tomarse el descanso o su alimento, me gustaría enseñarles algunos bellos paisajes que creo que aún no conocen.

Tom Jones acogió la idea con entusiasmo, e inmediatamente ambos hombres salieron al exterior. En cuanto a Partridge, se había quedado profundamente dormido así que el caballero puso punto final a su historia, ya que su curiosidad estaba del

todo satisfecha, y la anunciada excursión no bastó para disipar los encantos del sueño. Jones, por tanto, le dejó gozar de su descanso, y como también es posible que el lector desee que le concedamos el mismo favor, ponemos aquí punto final al libro octavo de nuestra historia.

LIBRO NOVENO

ABARCA DOCE HORAS.

CAPÍTULO PRIMERO

SOBRE AQUELLOS QUE LEGALMENTE PUEDEN Y SOBRE AQUELLOS QUE NO PUEDEN ESCRIBIR HISTORIAS COMO ÉSTA.

Entre otros excelentes fines por los que he juzgado necesario escribir estos capítulos a modo de introducción de cada libro que componen esta historia, está el de poderlos considerar como una especie de señales o hitos que ayuden al lector indiferente a distinguir lo verdadero y genuino de lo falso y contrahecho. Parece muy probable que semejantes indicaciones se convertirán dentro de poco en una necesidad, puesto que la favorable acogida que entre el público han tenido dos o tres autores con obras de esta clase, servirá de incentivo a otros muchos. De este modo se escribirán una serie de novelas insulsas y de romances monstruosos, bien para el empobrecimiento de sus librerías, bien para que el lector pierda el tiempo y se deprave su moral, y con frecuencia para propagación del escándalo y de la calumnia y perjuicio de los caracteres de gente muy digna y honrada.

No me cabe la menor duda de que el ingenioso autor de *El Espectador* se vio impulsado a anteponer sentencias griegas o latinas en cada uno de sus escritos, deseoso de preservarlos de la persecución de esos escritorzuelos que, careciendo del talento de un escritor, sino simplemente lo que es enseñado por el maestro de escritura, no se sienten más cohibidos ni avergonzados de adoptar los mismos títulos de los grandes genios, que su buen hermano de la fábula lo estuvo para meterse dentro de la piel del león.

Con el artificio de estas sentencias se hace imposible para cualquier hombre imitar al *Espectador*, siquiera que no comprenda una sentencia por lo menos en los idiomas clásicos. Del mismo modo, yo me he asegurado ahora contra la imitación de aquellos que son incapaces del menor grado de reflexión y cuyo saber no sirve para escribir un ensayo.

No pretendo insinuar con esto que el mayor mérito de tales obras históricas estribe en estos capítulos preliminares, sino que aquellos que sólo contienen meras narraciones son materia más adecuada para la pluma de un imitador que las confeccionadas a base de observaciones y reflexiones. Me refiero a aquellos imitadores como Rowe lo fue de Shakespeare o como Horacio dice que algunos romanos lo fueron de Catón.

Imaginar buenas historias y describirlas bien es cosa harto difícil. Sin embargo, he observado que muy pocas personas dejan de aspirar a una u otra cosa. Si examinamos las novelas y los romances que existen en el mundo, creo que deduciremos que la mayoría de sus autores no deberían intentar cultivar otro género

que ése, ya que son incapaces de ensartar una docena de sentencias sobre cualquier otro asunto. *Scribimus indocti doctique passim*^[8]. Esta frase puede aplicarse con mucha mayor razón al historiador y al biógrafo que a las demás clases de escritores, pues todas las ciencias y artes, incluso la crítica, exigen un cierto grado de erudición y de conocimientos. Quizá pudiera pensarse que la poesía es una excepción, pues exige números o algo semejante a números, en tanto que para la composición de novelas y romances sólo es necesario papel, pluma y tinta, junto con la capacidad manual para usarlos.

De aquí proviene ese desprecio universal que el mundo que califica al conjunto por la mayoría siente hacia todos los escritores de Historia que no toman su material de los archivos. Y es el temor a este desprecio lo que nos ha hecho evitar con tanta cautela la palabra romance, nombre con el que de otro modo nos hubiéramos sentido muy satisfechos. Mas como todos nuestros personajes están extraídos del natural, nuestras obras poseen título suficiente para merecer el nombre de historia. Sin duda, merecen ser distinguidas de las obras que uno de nuestros hombres más ingeniosos considera como engendro de un *pruritus* o más bien reblandecimiento del cerebro.

Pero aparte del deshonor que resulta para uno de los más útiles y entretenidos géneros de obras, hay motivos justificados para recelar de que al alentar a tales autores contribuimos a propagar un deshonor de otro tipo. Me refiero al que pueda caer sobre miembros de gran valía de la sociedad.

Para prevenir en lo futuro tales abusos de la libertad de escribir, sobre todo ahora que el mundo parece más amenazado que nunca por ello, osaré mencionar ciertas cualidades que son necesarias en alto grado para este orden de historiadores.

La primera de esas cualidades es el genio, sin cuyo requisito, como afirma Horacio, ningún estudio puede aprovecharnos. Por genio yo entiendo ese poder o, más bien, poderes de la inteligencia, que son capaces de penetrar en todas las cosas al alcance de nuestros conocimientos y distinguir sus diferencias esenciales. Éstos son la inventiva y el discernimiento, ambos comprendidos en el nombre colectivo de genio, ya que éstos son dones de la naturaleza que nos son otorgados al nacer. Respecto a estas facultades, muchos han incurrido en graves errores, pues por inventiva se entiende generalmente una facultad creadora, la cual pretenden poseer la mayoría de los escritores de romances, en tanto que inventiva no significa más que descubrimiento o, dicho con otras palabras, una rápida y sagaz penetración en la esencia verdadera de todos los objetos sujetos a nuestro poder de penetración. Ésta no puede existir sin la concomitancia del discernimiento. Sin embargo, algunos hombres de talento han coincidido con todos los lerdos al suponer que estas cualidades no han concurrido nunca, o si acaso muy raras veces, en la misma persona.

Sea lo que fuere, no son suficientes para nuestro objetivo si no van acompañadas de una buena dosis de erudición, para lo cual puedo citar de nuevo la autoridad de

Horacio y de otros muchos, si fuera preciso demostrar que las herramientas no sirven a un trabajador cuando no están afiladas por el arte, o bien cuando necesita reglas que le guíen en su trabajo o no tienen en qué trabajar. Todos estos usos los proporciona la erudición, ya que la naturaleza sólo puede dar la capacidad, o siguiendo con nuestro símil, las herramientas de nuestra profesión; la erudición es la que debe prepararlas para su empleo, es la que debe guiarlas durante el mismo y debe contribuir, por último, con parte cuando menos de los materiales. Es por completo necesario un conocimiento competente de la Historia y de las bellas artes, y sin esta suma de conocimientos sería tan vano atribuirse el carácter de historiador como el de tratar de edificar una casa sin madera, ladrillos, argamasa y piedra. Horacio y Milton, aunque añadieron el ornato de los números a su trabajo, fueron ambos historiadores de nuestra orden, fueron maestros en todos los conocimientos de su tiempo.

Existe, además, otra clase de erudición que no se adquiere con el estudio, y sí sólo con la conversación. Ésta es tan necesaria para comprender el carácter de los hombres, que nadie los desconoce más que esos eruditos pedantes cuyas vidas se han consumido en los colegios y entre libros, pues por exquisita y profundamente que haya sido descrita por los escritores la naturaleza humana, el verdadero sistema práctico sólo se aprende en el mundo con el trato. Lo mismo sucede con otra clase de conocimientos. Ni la física ni las leyes pueden conocerse prácticamente a través de los libros. El labrador, el cultivador, el jardinero, deben perfeccionar con la experiencia todo lo que han adquirido en los rudimentos de la lectura. Por mucha exactitud que el ingenioso Miller ponga en la descripción de una planta, él mismo aconseja a sus discípulos que la examinen en el jardín. Lo mismo que nos damos cuenta de que a pesar de los rasgos de ingenio de un Shakespeare, de un Jonson, de un Wycherly o de un Otway, algunos matices del natural escapan al lector, y que sólo los percibe mediante la representación acertada en la escena por un Garrick, una Cibber o un Clive, del mismo modo, en el escenario de la vida, el carácter aparece más acentuado y real que en la descripción de un libro. Y si tal sucede con las descripciones vibrantes y llenas de calor que los grandes autores han tomado de la vida, con cuánta mayor razón no sucederá cuando el escritor no toma sus apuntes de la naturaleza, sino de los libros. Tales caracteres son entonces una débil copia, y no pueden poseer nunca ni la justeza ni el valor de un original.

La conversación de nuestros historiadores debe ser general, es decir, deberá abarcar todas las categorías de la sociedad, puesto que el conocimiento de lo que se llama *high life*^[9] no le instruirá sobre la vida de los bajos fondos, ni, *e converso*, un conocimiento completo de las últimas categorías del género humano le enseñará el modo de ser de los más encumbrados. Y aunque pueda pensarse que el conocimiento de una u otra le capacitará lo suficiente para describir por lo menos aquello en que se juzga versado, carecerá aún de la perfección necesaria, pues las características de

cada jerarquía sirven de complemento para un conocimiento mutuo. Así, por ejemplo, la afectación de la aristocracia aparece más en relieve y en ridículo al comparársela con la sencillez de las clases bajas. Y, a la inversa, la rudeza y barbarie de estas últimas contrasta fuertemente con la finura de aquéllas. Por esta causa, el saber de nuestro historiador mejorará con ambas conversaciones, pues en la una encontrará con facilidad ejemplos de sencillez, honestidad y sinceridad, y en la otra, refinamiento, elegancia y liberalidad de espíritu, cuya última cualidad apenas he tenido ocasión de ver en hombres de escasa educación y humilde cuna.

Todas estas cualidades enumeradas no le valdrían de nada a nuestro historiador, si no posee lo que por lo común se llama un buen corazón y es capaz de sentir. «El autor que me haga llorar —dice Horacio— debe llorar antes él». En el fondo, ningún hombre puede descubrir una desgracia si no siente lo que está escribiendo; en cuyo caso las escenas más patéticas pueden haber sido escritas con lágrimas. Otro tanto puede decirse del ridículo. Estoy convencido de que jamás haré reír de veras al lector si yo no me he reído antes que él. De lo contrario, me expongo a que en lugar de reírse con lo escrito se ría de mí. Quizá haya sucedido esto en algunos pasajes de este capítulo, y ante este temor, lo doy por concluso en este mismo instante.

CAPÍTULO II

DONDE SE DA A CONOCER UNA AVENTURA POR DEMÁS

SORPRENDENTE OCURRIDA A MR. TOM JONES EN EL CURSO DE SU PASEO CON EL HOMBRE DE LA COLINA.

La aurora abrió primero su ventana, y el día comenzaba a nacer cuando Tom Jones se puso en camino acompañado por el anciano y empezaron a subir a la colina de Mazard.

Tan pronto alcanzaron la cúspide, apareció ante ellos uno de los más bellos panoramas del mundo, panorama que nosotros presentaríamos al lector si no fuera porque dos razones nos lo impiden. Primera, desconfiamos que aquellos que conocen este panorama puedan admirar esta descripción, y segunda, dudamos mucho que aquellos que no lo han visto puedan comprenderlo.

Tom Jones permaneció unos instantes inmóvil en la misma postura y con su mirada dirigida hacia el sur, lo que, advertido por el anciano, le preguntó qué miraba con tanta atención.

—Trataba, señor —repuso Tom lanzando un suspiro—, de ver el camino que he seguido hasta llegar aquí. ¡Cielos! ¡Qué lejos queda Gloucester de nosotros! ¡Qué gran extensión de tierra debe de haber entre este lugar y mi casa!

—Y de su amor, joven —exclamó el anciano—, a juzgar por su suspiro, o mucho me equivoco. Comprendo que el objeto de su contemplación no se encuentra al alcance de su vista. No obstante, sospecho que experimenta usted cierto placer mirando en esa dirección.

Tom Jones sonrió.

—Me parece, viejo amigo, que no ha olvidado usted aún las sensaciones de su juventud. Sí, reconozco que mis pensamientos iban por ese camino.

Luego marcharon en dirección a la colina del noroeste, que dominaba un extenso bosque. Apenas llegaron a aquel lugar, oyeron a lo lejos unos agudos chillidos de mujer, que procedían del bosque. Tom Jones escuchó durante unos instantes, y sin decir una palabra a su compañero, pues la cosa, al parecer, urgía, echó a correr, o más bien se deslizó por la pendiente de la colina, y sin preocuparse poco ni mucho del riesgo que corría, se dirigió en línea recta hacia la parte del bosque de donde partían los gritos.

Apenas se había adentrado un poco en él cuando sus ojos contemplaron un desagradable espectáculo. Una mujer medio desnuda se encontraba en poder de un villano que le había pasado un cinturón en torno al cuello y trataba de colgarla de un árbol. Ante aquella escena, Tom Jones no titubeó ni un instante. Se arrojó sobre el

villano, haciendo tan buen uso de su garrote de roble, que dejó tendido en el suelo al hombre antes de que pudiera defenderse, e incluso antes quizá de que pudiera percatarse de que iba a ser atacado, ni dejó de darle golpes hasta que la misma mujer le suplicó que le perdonase, afirmando que había cumplido ya su misión.

La pobre desgraciada se hincó entonces de rodillas ante Tom Jones y le dio las gracias por haberle salvado la vida. Tom la levantó del suelo galantemente y le contestó que se sentía muy complacido de que una extraordinaria circunstancia le hubiese permitido estar en la colina y pudiera salvarla. No era probable que a aquella hora y en aquel lugar se encontrara a nadie. Tom añadió que el cielo parecía haberle designado como su protector.

—Tiene usted razón —repuso la mujer—. No me costaría mucho imaginarme que es usted un ángel bueno, pues ante mis ojos más parece usted un ángel que un hombre.

Tom poseía una figura apuesta, y si una persona educada, de facciones correctas, llena de juventud, salud, valor y bondad puede parecerse a un ángel, el muchacho gozaba sin duda de este parecido.

La cautiva libertada, en cambio, no se parecía tanto a la especie angélica humana. Aparentaba una edad mediana y distaba bastante de ser bonita. Mas como la ropa que cubría la parte superior de su cuerpo había sido desgarrada, sus senos, bien formados y de una completa blancura, atrajeron las miradas del libertador, y durante unos instantes permanecieron ambos en silencio, mirándose uno a otro, hasta que al empezar a dar señales de movimiento el rufián, Tom Jones cogió el cinturón que el bandido había tratado de utilizar con otro fin, y le ató con él las manos a la espalda. Al contemplar ahora el rostro del hombre, Tom descubrió con gran sorpresa, y tal vez con bastante satisfacción, que el agresor de la mujer no era otro que Northerton. Tampoco el alférez había olvidado a su antagonista, a quien reconoció en cuanto volvió en sí. Su sorpresa no fue inferior a la de Tom Jones, pero tengo motivos para pensar que su placer al verle fue algo menor en la presente ocasión.

Tom Jones ayudó a Northerton a ponerse en pie, y mirándole luego a la cara fijamente, exclamó:

—Supongo, señor, que no esperaba usted encontrarme más en este mundo, y reconozco que yo estaba muy lejos de sospechar que le encontraría a usted aquí. Sin embargo, la fortuna, por lo que veo, nos ha reunido una vez más, y me ha proporcionado una reparación por la injusticia de que me hizo usted víctima.

—No es muy propio de un hombre de honor —replicó Northerton— tomarse la justicia golpeando a un hombre por la espalda. Ahora no estoy en condiciones de darle a usted una satisfacción, puesto que carezco de espada, pero si es usted capaz de comportarse como un caballero, vayamos a un sitio donde pueda adquirir una y me portaré con usted como debe hacerlo todo hombre de honor.

—¿Cómo osa un villano como usted ensuciar la palabra honor presumiendo de que lo tiene? —exclamó Tom Jones sorprendido—. Pero no perderé el tiempo en cumplidos. La justicia requiere una satisfacción por parte de usted, y la tendrá, se lo prometo.

Volviéndose ahora hacia la mujer, le preguntó si estaba cerca de su casa, y si no lo estaba, si conocía alguna casa en las proximidades en la que pudiera procurarse algunas ropas adecuadas para presentarse ante el juez.

La mujer respondió que era forastera en aquella región. Tom recordó entonces que tenía cerca un amigo que les orientaría. En realidad, estaba sorprendido de que no le hubiera seguido. Pero el Hombre de la Colina, cuando nuestro héroe echó a correr, se sentó en la cumbre y, a pesar de llevar una escopeta en la mano, esperó pacientemente y con gran indiferencia el resultado de la aventura.

Tom Jones, saliendo del bosque, vio al anciano tal como hemos dicho, y haciendo gala de una felina agilidad, ascendió hasta lo alto de la colina con suma rapidez.

El caballero aconsejó a Jones que llevara a la mujer a Upton, que era la población más próxima, donde podría proveerla de todo lo necesario. Una vez informado Tom Jones del camino a seguir, y tras de rogar al anciano que dirigiera a Partridge hacia el mismo camino, se despidió del Hombre de la Colina y tornó a toda prisa al bosque.

Cuando nuestro héroe corrió para hablar con su amigo, pensó que, teniendo el rufián las manos atadas a la espalda, quedaba incapacitado para intentar nada nuevo contra la infeliz mujer. Además, sabía que no se alejaría más allá del alcance de la voz de ella, pudiendo volver en todo caso con el tiempo necesario para evitar cualquier nuevo atropello. Por otra parte, había dicho al alférez que si lanzaba el menor insulto contra la mujer, él mismo se tomaría la venganza por su cuenta. Por desgracia, Tom Jones olvidó que aunque Northerton tenía las manos sujetas, sus piernas se hallaban libres, y ni se le ocurrió pensar que podría hacer de ellas el uso que más le conviniera. Por lo tanto, Northerton, que no había dado su palabra en contra, pensó que sin el menor quebranto de su honor podía marcharse de allí, no estando obligado por ninguna palabra a esperar que le despidiesen. Utilizó, pues, sus piernas, que estaban libres, y echó a andar a través del bosque. Ni un solo momento pensó la mujer, cuyos ojos más bien estaban vueltos hacia su salvador, que su agresor pudiera huir, no preocupándose, por tanto, de tomarse la molestia de impedirlo.

Cuando Tom regresó encontró a la mujer sola. Entonces trató de buscar a Northerton, pero ella no se lo permitió, rogándole encarecidamente que la acompañase a la población que le habían dicho.

—No me preocupa demasiado la huida de ese hombre —repuso—. La filosofía y la religión nos enseñan a perdonar las injurias. Pero en lo que toca a usted, lamento profundamente las molestias que le ocasiono. Mi desnudez debería avergonzarme al mirarle a la cara, y si no fuera por la protección que usted me brinda preferiría ir sola.

Jones le ofreció su casaca. Pero, sin saber por qué, ella la rehusó. Entonces rogó al joven que olvidase los dos motivos de su confusión.

—Respecto al primero —repuso Tom Jones— no he cumplido más que con mi deber al protegerla. En cuanto al segundo, desaparecerá si marcho yo delante durante todo el camino, pues no quiero que mis miradas puedan ofenderla. Al mismo tiempo no puedo asegurar si seré capaz de resistir a los atractivos encantos de tanta belleza.

Nuestro héroe y la dama salvada marcharon de la misma manera que Orfeo y Eurídice en tiempos pasados. Pero aunque me cuesta creer que Tom fuera deliberadamente tentado por la joven que le seguía, como ésta necesitaba ayuda frecuente para salvar las cercas y daba muchos traspies, el joven no tenía más remedio que volverse a menudo. No obstante, tuvo mucha mejor suerte que la que alcanzó el pobre Orfeo, pues condujo a su compañera, sana y salva, a la famosa población de Upton.

CAPÍTULO III

DONDE TOM JONES LLEGA CON SU DAMA A LA FONDA, Y DESCRIPCIÓN MUY COMPLETA DE LA BATALLA DE UPTON.

Aunque el lector sin duda debe sentir una gran ansiedad por saber quién era aquella dama y cómo había ido a parar a manos de Mr. Northerton, le suplicamos que domine su curiosidad por breve tiempo, pues por ciertas razones de gran peso, que quizá adivine en el futuro, nos vemos obligados a retrasar el satisfacer su curiosidad algún tiempo más.

Tan pronto como Tom Jones y su rubia compañera entraron en la población, se dirigieron directamente a la fonda que por su aspecto exterior le pareció mejor. Tom Jones, luego de haber ordenado a un criado que le enseñase una habitación en el piso superior, subía por la escalera, con la rubia medio desnuda y desgredada, que le seguía a toda prisa, se vio detenida por el dueño de la casa, quien le dijo:

—¡Eh! ¿Dónde va esta mala pécora? ¡Quédese aquí y no suba!

En respuesta, Tom gritó desde lo alto de la escalera con voz de trueno y tono autoritario:

—Deje subir a esa señora.

Al oír estas palabras, el posadero soltó su presa y la joven subió a la habitación.

Tom Jones la dejó instalada y salió, según dijo, para pedir a la fondista que le subiera alguna ropa. La infeliz mujer le dio las gracias por tantas bondades y expresó su deseo de volverle a ver pronto para reiterarle su agradecimiento. Durante esta breve conversación, la mujer cubrió su blanco seno lo mejor que pudo con sus brazos, aunque Tom Jones no pudo evitar lanzar una mirada o dos a hurtadillas, si bien puso en ellas todo su disimulo para no ofenderla.

La casualidad quiso que nuestros viajeros se alojaran en una casa de excelente reputación, en la que algunas damas irlandesas de virtud acrisolada, y muchas damas del Norte de la misma condición, solían alojarse en su viaje a Bath. Por esta razón, la fondista no hubiera permitido que bajo el techo de su casa tuvieran lugar conversaciones de dudosa intención, ya que se teme que éstas contaminen el lugar donde se celebran y contribuyan a dar mala fama a todos los que concurren al local.

No pretendo insinuar con esto que en una fonda pública pueda mantenerse una castidad tan pura como la que se guardaba en el templo de Vesta. La fondista no esperaba tanta felicidad, ni tampoco ninguna de las parroquianas antes citadas u otras de conceptos aún más rígidos, podían esperar semejante cosa. Pero evitar todo concubinato vulgar o expulsar de la casa a las ramerías desarrapadas es potestativo de cada cual. Éste era el lema de nuestra fondista, y a él se adherían sus virtuosas

clientes, que no viajaban desarrapadas.

Ahora bien, no se precisaba ser muy desconfiado para imaginar que Tom Jones y su desarrapada compañera abrigaban ciertos propósitos que, aunque son tolerados en algunos países cristianos, están prohibidos en otros y son practicados en todos, se hallan tan expresamente prohibidos como el asesinato o cualquier otro vicio horrible por la religión que se practica en los expresados países. Por tal motivo, apenas se enteró la fondista de la entrada en su casa de las personas a que nos hemos referido, comenzó a reflexionar sobre el mejor procedimiento para echarlas. Para ello se había provisto de un largo y mortífero instrumento con el que, en tiempos de paz, las criadas destruían el trabajo de la laboriosa araña. En resumidas cuentas, había cogido un palo de escoba, y se disponía a salir de la cocina cuando Tom Jones se le aproximó con la petición de un vestido y otras prendas de ropa, a fin de poder cubrir a la mujer que se encontraba arriba medio desnuda.

No existe nada más provocativo para el temperamento humano ni más peligroso para esa virtud cardinal que se llama paciencia que las peticiones, que suponen una amabilidad extraordinaria, a favor de las personas contra las cuales nos sentimos en extremo irritados. Por esta razón, Shakespeare nos presenta con toda intención a Desdémona solicitando favores a su marido para Casio, como medio no sólo de inflamar sus celos, sino también su cólera, que alcanza el mayor grado imaginable. Y en esta ocasión se nos aparece el infortunado mozo mucho menos capaz de dominar su pasión que cuando contempla en manos de su rival el preciado regalo que él había hecho a su esposa.

En conclusión, consideramos estos empeños como insultos a nuestra inteligencia, y es harto difícil que ante ellos pueda ceder el orgullo del hombre.

La fondista, aunque mujer de excelente carácter, era bastante orgullosa, pues apenas había concluido Tom Jones de exponer su ruego, arremetió contra él armada con cierta arma que, aunque no es ni larga, ni afilada, ni dura, ni amenaza, vista su apariencia, con herida o muerte, es mirada, no obstante, con gran horror y aborrecimiento por muchos hombres sabios e incluso por muchos que se tienen por sabios, tanto que algunos que se atrevieron a meter la cabeza por la boca de un cañón cargado no se han arriesgado a mirar la boca donde funciona esta arma, y antes de correr el albur de aniquilarla, han preferido hacer una triste figura ante los ojos de sus amistades y conocidos.

Mucho me temo que Tom Jones fuera uno de éstos, pues aunque fue atacado y golpeado con la expresada arma, no hizo resistencia alguna, sino que del modo más cobarde comenzó a suplicar a su enemiga que desistiera del ataque, implorándole a la vez que le oyese. Pero antes de que obtuviera alguna respuesta, el dueño de la fonda apareció en escena y se puso al lado de quien menos ayuda necesitaba en el combate.

Existe un cierto tipo de héroes que se supone actúa para evitar un conflicto, de

acuerdo con el carácter y la conducta de la persona que tienen delante. De ellos se dice que conocen a su adversario, y Tom Jones conocía a su adversaria, pues aunque estaba sometido a ella, apenas se vio atacado por el marido, demostró un verdadero espíritu de odio hacia él, conminándole a que callara so pena de recibir un severo castigo.

El marido, dominado por una gran indignación, pero al mismo tiempo con una mezcla de piedad, replicó:

—Antes debe usted implorar para que pueda hacerlo. Me considero superior a usted en todos los sentidos.

E inmediatamente procedió a lanzar media docena de insultos a la señora que se encontraba en la habitación de arriba. Mas sus labios acababan de pronunciar el último cuando le alcanzó en los hombros un fuerte golpe propinado con el garrote que Jones tenía en la mano.

Quizá pudiera discutirse quién fue más rápido en devolver el golpe, si el fondista o su esposa. El fondista, cuyas manos estaban vacías, atacó con los puños, y la mujer, enarbolando el palo de escoba y apuntando a la cabeza de Tom Jones, hubiera con toda probabilidad puesto un fin inmediato a la refriega, si no hubiera sido evitada la caída de la escoba, aunque no por la milagrosa intervención de ninguna diosa pagana, sino por un accidente natural y oportuno, a saber la llegada de Partridge, que penetró en la casa en aquel instante, y que al ver el peligro que amenazaba a su amo o compañero —como ustedes prefieran llamarle—, impidió una catástrofe tan terrible sujetando el brazo de la fondista mientras estaba suspendido en el aire.

La fondista, al darse cuenta del impedimento que evitaba el que pudiera descargar el golpe, y siendo asimismo impotente para rescatar su brazo de las manos de Partridge, dejó caer la escoba, y abandonando a Jones a su marido, arremetió con toda su furia contra el pobre hombre, quien, con la frase: «¡Cáspita!, ¿es que trata usted de matar a un amigo?», manifestó en parte su intención. Partridge, aunque no era muy aficionado a pelear, no podía mantenerse quieto cuando su amigo era atacado ni se sentía muy contrariado por la clase de combatiente que le había tocado en suerte. Por lo tanto, empezó a devolver los golpes a la fondista con la misma rapidez que los recibía, y en aquellos momentos la lucha se mantenía viva en todas sus partes y parecía dudoso de qué lado se inclinaría la victoria, cuando la mujer desnuda, que había oído desde lo alto de la escalera el diálogo que procedió a la refriega, descendió a toda prisa y sin pararse a pensar en lo injusto que era ir dos contra uno, se lanzó contra la pobre mujer que luchaba con Partridge, aunque no por ello esta gran campeona se amilanó, sino que redobló su furia cuando vio que acudía nuevo socorro en auxilio de su contrincante.

La victoria tenía que haberse decidido en favor de los viajeros, pues incluso las más bravas tropas deben ceder ante el número. Pero la camarera Susana acudió en

defensa de su ama. La tal Susana era una mujer de cuerpo entero, que podría haber derrotado a la famosa Thalestris, o a cualquiera de sus súbditas amazonas, pues poseía una contextura robusta y hombruna, preparada para estos encuentros. Así como sus manos y sus pies estaban formados para disparar golpes terribles contra el enemigo, del mismo modo su rostro estaba perfectamente constituido para recibirlos sin daño alguno, ya que tenía la nariz achatada, los labios tan gruesos que ninguna hinchazón podría notarse en ellos y tan duros que ningún puñetazo dejaba la menor impresión sobre los mismos. Por último, tenía los pómulos salientes, como si la naturaleza hubiera intentado convertirlos en los baluartes con que defender sus ojos en los encuentros para los que parecía perfectamente constituida y por les que sentía una decidida vocación.

En cuanto aquella linda criatura penetró en el campo de batalla se agregó al ala en que su ama mantenía lucha tan desigual con un representante de cada sexo. Desafió a Partridge a singular combate. Partridge aceptó el reto, y una lucha desesperada comenzó entre ellos.

Desencadenada la guerra en toda su amplitud, la victoria de alas doradas se mantenía suspensa en el aire, y la fortuna, con la balanza preparada, comenzaba a pesar los signos de Tom Jones, su compañero y Partridge contra los del fondista, su esposa y su camarera, cuando un accidente afortunado puso fin de súbito a la sangrienta trifulca.

Este accidente fue la llegada de un coche de cuatro caballos, motivo por el que tanto el patrón como la patrona desistieron en el acto de continuar la lucha, y a su ruego obtuvieron idéntico favor de sus antagonistas. Mas Susana no fue tan amable con Partridge, pues aquella émula de las amazonas, habiendo tirado al suelo y montado a horcajadas sobre su enemigo, estaba dándole fuertes puñetazos con sus puños, sin hacer caso de las voces que le anunciaban que habían sido suspendidas las hostilidades o de los ruidosos gritos de asesinato que lanzaba el caído.

Tan pronto como Jones abandonó al fondista, voló para rescatar a su compañero vencido, al que con grandes dificultades pudo arrancar de las manos de la enfurecida doncella. Pero Partridge no se dio cuenta inmediata de su rescate, pues aún se encontraba tendido en el suelo, protegiéndose el rostro con ambas manos, ni cesó de atronar el espacio con sus gritos hasta que Jones le obligó a mirar hacia arriba y se apercibió entonces de que la batalla había concluido.

El fondista, que no exhibía daño visible, y su esposa, ocultando su cara arañada con un pañuelo, corrieron apresurados hacia la puerta para recibir al coche, del que se apearon una joven y su doncella. Ambas fueron conducidas a la habitación en que Tom Jones había depositado al principio a su acompañante, pues se trataba del mejor cuarto de la casa. Para llegar hasta él los nuevos huéspedes tuvieron que pasar por el campo de batalla, lo que hicieron a toda prisa, cubriéndose los rostros con un

pañuelo, como si desearan que nadie las viera. En realidad esto era una precaución innecesaria, pues la pobre y desgraciada Helena, causa fatal de tanto derramamiento de sangre, trataba por su parte de ocultar su rostro, y Jones no estaba menos atareado rescatando a Partridge de la furia de Susana. Una vez logrado esto, el pobre hombre corrió al grifo para lavarse la cara y detener la sangre que manaba de sus narices por culpa de Susana.

CAPÍTULO IV

DONDE LA APARICIÓN DE UNOS SOLDADOS PONE PUNTO FINAL A LAS HOSTILIDADES Y DA LUGAR A QUE SE ESTABLEZCA UNA PAZ FIRME Y DURADERA ENTRE LOS BANDOS CONTENDIENTES.

Muy poco después apareció un sargento seguido por un pelotón de mosqueteros y un desertor que llevaban detenido. El sargento preguntó por el magistrado principal de la ciudad, y el fondista le respondió que era él. Luego el sargento le pidió alojamiento, a la vez que un jarro de cerveza, y, lamentándose del mucho frío que hacía, se tendió delante del fuego de la cocina.

En aquellos instantes Jones se dedicaba a consolar a la desgraciada dama, que sentada a una mesa de la cocina y con la cabeza apoyada en un brazo, se lamentaba de sus muchos infortunios. Pero, temeroso de que mis bellas lectoras puedan sentirse inquietas ante una circunstancia particular, considero oportuno informarles que antes de dejar su habitación del piso superior se había cubierto tan por completo con una funda de almohada, que en modo alguno aparecía indecorosa ante una concurrencia tan nutrida de varones como los que en aquel instante se hallaban en la cocina.

Uno de los soldados se dirigió entonces al sargento y le susurró algo al oído, circunstancia que tuvo como consecuencia que el militar mirara fijamente a la dama, hasta que al cabo de un tiempo se acercó a ella y dijo:

—Le suplico que me perdone, señora. Pero creo no engañarme. Usted no puede ser otra que la esposa del capitán Waters.

La desgraciada mujer, que en su aflicción apenas si había reparado en los rostros de ninguno de los presentes, al mirar al sargento le recordó y, llamándole por su nombre, le respondió que, en efecto, era la persona que suponía. Pero se apresuró a añadir que esperaba que nadie la reconociera con el disfraz que se había puesto. A lo que el sargento contestó que le sorprendía sobremanera verla con semejante atuendo, temiendo que le hubiese sucedido algún accidente.

—En efecto, he tenido un accidente —repuso la dama—, y me siento muy agradecida a este caballero —y señaló a Jones—, pues de no ser por él, ahora no podría contarle.

—Cualquiera que sea el servicio prestado por este caballero —afirmó el sargento—, no tengo la menor duda de que el capitán le recompensará por él. Y si puedo serle a usted útil en algo, señora, puede mandarme lo que guste, que para mí será un placer. Lo mismo le sucedería a cualquier otro, pues me consta que el capitán le recompensaría por ello.

La fondista, que había oído desde lo alto de la escalera la charla entre el sargento

y la señora Waters, se apresuró a bajar y, avanzando hacia la dama, le pidió perdón por todas las ofensas que pudiera haberle inferido, afirmando que todo era debido a la ignorancia en que estaba de su calidad.

—Señora —dijo la mujer—, ¿cómo podía yo suponer que una dama de su importancia pudiera presentarse con semejante atavío? No dude, señora, que si hubiera sospechado quién era usted, antes me hubiese dejado cortar la lengua que decir lo que dije. Y confío que no tendrá reparo en aceptar un vestido hasta que pueda recibir sus ropas.

—¡Vamos, mujer! —exclamó la señora Waters—. Cese en sus impertinencias. ¿Cómo cree usted que yo pueda prestar atención a nada que provenga de los labios de un ser tan ordinario como usted? Me sorprende sobremanera su seguridad de que después de todo lo pasado yo pueda rebajarme al extremo de ponerme cualquiera de sus burdos vestidos. Quiero que sepa usted que soy demasiado orgullosa para aceptar su ofrecimiento.

Pero en este momento intervino Jones, que suplicó a la señora Waters que perdonase a la fondista y aceptase el vestido que de buena gana le ofrecía.

—Pues hay que reconocer —añadió— que el aspecto de usted era un tanto sospechoso cuando entramos en esta casa. Y no tengo la menor duda de que todo cuanto esta excelente mujer hizo fue en su deseo de preservar la excelente reputación de su casa.

—Sí, señora. Le doy a usted mi palabra de que así fue —se apresuró a añadir la fondista—. Este caballero habla como lo que es, y no hay la menor duda de que la casa goza de tan buena reputación como cualquier otra. Y esto no es porque yo lo diga, pero le aseguro que es visitada por la gente más distinguida, tanto inglesa como de Irlanda. Tomo a repetir lo que ya dije antes. Si llego a saber de qué persona se trataba, antes me hubiese dejado cortar la lengua que insultarle ni tanto así. Pero en modo alguno quiero que en el lugar donde acude la nobleza a gastarse sus dineros, ésta pueda sentirse escandalizada con la presencia de gente de reputación dudosa, que allí por donde pasa deja más piojos que dinero. Esta clase de gente no suscita mi compasión, pues creo que sería una estupidez tenerla. Y si nuestros jueces hicieran lo que tendrían que hacer, expulsarían a todas del país, pues no merecen otra cosa. Por respeto a usted siento de veras la desgracia que haya podido sobrevenirle. Y si me hace usted el señalado honor de aceptar mi ropa hasta que logre disponer de la suya, tendrá a su disposición la mejor que poseo.

Ya fuera el bochorno, el frío que se dejaba sentir o los intentos de persuasión de Mr. Jones los que se impusieron a Mrs. Waters, el caso es que la dama se amansó bastante con la perorata de la fondista y pasó con ella a otra habitación para vestirse de una manera más conveniente.

Por su parte, el fondista hizo también un intento de presentar sus excusas a Jones.

Mas éste le interrumpió, le estrechó la mano efusivamente y perdonándole de todo corazón, dijo:

—Si usted se da por satisfecho con todo lo dicho, mi querido amigo, yo puedo asegurarle que por mi parte yo también me lo doy.

En cierto sentido el fondista tenía más motivos para sentirse satisfecho, pues había recibido una regular paliza, en tanto que Tom Jones apenas si había sido rozado por algún que otro golpe.

En cuanto a Partridge, que había permanecido todo este tiempo lavándose su ensangrentada nariz en el grifo, regresó a la cocina cuando su amo y el fondista se estrechaban las manos. Como era un hombre de carácter por demás apacible, se alegró al ver aquellos síntomas de reconciliación, y si bien su rostro acusaba alguno de los golpes de Susana, y todavía más de sus uñas, se dio por contento con la suerte que había tenido en la última batalla, y ni por soñación se le ocurrió mejorarla en otra futura.

La heroica Susana también estaba muy satisfecha con su victoria, aunque ésta le había costado un ojo amoratado, resultado del primer ataque de Partridge. Entre ambos se convino una reconciliación, y las manos que poco antes habían sido instrumentos de guerra, se convirtieron ahora en mediadoras de la paz.

Así fue como se estableció la más completa y perfecta tranquilidad, a lo que el sargento, aunque al pronto parezca contrario a los principios y fines de su carrera, dio su aprobación con las siguientes palabras:

—Confieso que me molesta ver a dos personas que siguen enemistadas después de haber sostenido una pelea entre ellas. La única solución cuando dos amigos se querellan es tratar el asunto por la vía de la amistad, bien con los puños, la espada o la pistola, según sus habilidades o preferencias, y después olvidarlo todo. Por lo que a mí respecta, cuando más quiero a un amigo es cuando estoy luchando con él. Guardar rencor cuadra más a los franceses que a los ingleses.

Y acto seguido propuso un trago como complemento indispensable de todos aquellos tratados de paz.

Tal vez el lector deduzca de esto que el sargento estaba empapado en historia antigua. Yo no osaré afirmarlo, pues aunque es muy probable que así fuera, no citó a ninguna autoridad en apoyo de su propuesta, acompañándola tan sólo de una sarta de juramentos.

Una vez Tom Jones oyó la proposición, apresuróse a dar su más completa conformidad al erudito sargento, ordenando que trajeran una gran jarra llena del líquido corriente en tales casos, e inmediatamente se inició la ceremonia. Tom colocó su mano derecha en la del fondista, y, tras de coger el jarro con la izquierda, pronunció las adecuadas palabras y bebió un trago. Los presentes le imitaron. No hay necesidad de describir toda la ceremonia, pues ésta difirió poco de las libaciones de

las que tanto hablan los escritores antiguos y los modernos comentadores de éstos. La principal diferencia estribó en dos detalles: primero, que los actuantes de esta ocasión hicieron correr el líquido sólo garganta abajo, y segundo, el sargento, que oficiaba de sacerdote, bebió el último, pero se mantuvo fiel a la antigua costumbre, ingiriendo mayor cantidad que nadie, y siendo la única persona que no contribuyó con nada a la libación, excepto en la tarea de ayudar en la ceremonia.

Más tarde, se agruparon todos alrededor del fuego del hogar, reinando el mayor buen humor, y Partridge no sólo olvidó su vergonzosa derrota, sino que transformó su hambre en sed, y pronto empezó a mostrarse ingenioso. Y ahora tenemos que abandonar esta agradable asamblea por un rato para acompañar a Mr. Jones a la habitación de Mrs. Waters, sobre cuya mesa se encontraba la comida encargada. No se necesitó mucho tiempo para prepararla, pues estaba hecha desde hacía tres días, y ahora sólo fue necesario calentarla.

CAPÍTULO V

UNA APOLOGÍA DE LOS HÉROES CON BUEN ESTÓMAGO, Y DESCRIPCIÓN DE UNA BATALLA DEL GÉNERO AMOROSO.

Los héroes, a pesar del elevado concepto que, gracias a los aduladores, pueden concebir de sí mismos o bien puede la gente concebir de ellos, cuentan en su ser más de mortal que de divino. Por mucha excelsitud que haya en sus espíritus, sus cuerpos están expuestos a los peores achaques y sujetos a los menesteres más viles de la naturaleza humana. Entre estos últimos, el acto de comer, que ha sido considerado por los hombres sabios como algo sumamente bajo y derogatorio de la dignidad filosófica, tiene que ser cumplido por el príncipe más encumbrado, por el héroe, por el filósofo y la naturaleza se muestra a veces tan caprichosa, que exige a estos dignos personajes una participación en tal tarea mucho más grande que la impuesta a otras personas de categoría inferior.

Como no hay duda de que ningún habitante racional de este mundo deja de ser hombre, nadie debe avergonzarse de someterse a lo que requieran las necesidades humanas. Pero cuando esos grandes personajes tienden a que oficios tan bajos queden limitados a ellos solos, es decir, cuando acaparan o destruyen deseos, al parecer, de impedir que otros coman, se transforman en seres despreciables.

Después de este corto prefacio, creemos que no será obrar con desprecio hacia nuestro héroe mencionar su ardor inmoderado en esta ocasión. Podría ponerse en duda el que Ulises, que dicho sea de paso parece que dispuso del mejor estómago de todos los héroes de la *Odisea*, disfrutó alguna vez de una comida más copiosa.

Tres libras por lo menos de aquella carne que antes había contribuido a la composición de un buey, se honró ahora en formar parte de la persona de Mr. Jones.

Nos consideramos obligados a mencionar este detalle debido a que esto explica el olvido temporal de nuestro héroe hacia su rubia compañera, la cual comía muy poco y se encontraba absorta en pensamientos de muy distinta naturaleza, los cuales pasaron inadvertidos para Jones hasta que no hubo satisfecho del todo su apetito, exacerbado por un ayuno de veinticuatro horas. Pero en cuanto concluyó la comida, su atención quedó prendida en los varios asuntos de que hablaremos ahora al lector.

Mr. Tom Jones, de cuyas dotes personales hemos hecho poca mención, era uno de los hombres más guapos del mundo. Además de reflejar salud, su rostro denotaba un temperamento afable y bondadoso. Estas cualidades eran tan visibles en su semblante, que nadie podía dejar de observarlas, mientras que la viveza de sus ojos, por ejemplo, sólo podía percibirla un observador muy sagaz.

Debido quizá a esta expresión bondadosa, y también a la finura de su cutis, su

rostro poseía una delicadeza exagerada, que podía haberle dado cierto aspecto afeminado de no formar parte de un cuerpo varonil que tenía más de Hércules que de Adonis. El joven era, además, activo, gallardo, alegre y estaba dotado de tanta simpatía que animaba cualquier conversación en que participaba.

Si el lector reflexiona ahora en todos estos encantos acumulados en nuestro héroe y al mismo tiempo considera las obligaciones que recientemente Mrs. Waters había contraído con él, no formará mala opinión de ella por haber formado buena opinión de él.

Pero sean cuales fueren las censuras que le alcancen, mi oficio es relatar los hechos tal como éstos son. Mrs. Waters tenía no sólo una buena opinión sobre nuestro héroe, sino que sentía un gran afecto por él. Para decirlo de una vez, se había enamorado de él, según el significado que todo el mundo da a esta frase, con la que se aplica el amor indistintamente a todos los objetos de nuestras pasiones, apetitos, sentidos y aun a la preferencia que damos a ciertos alimentos sobre otros.

Mas aunque el amor hacia todos estos objetos diversos sea siempre el mismo y único en todos los casos, hay que reconocer que nuestra manera de actuar es diversa, pues por mucho que amemos un excelente trozo de asado, una botella de borgoña, un damasco color de rosa o un violín de Cremona, no les sonreímos, ni nos los comemos con los ojos, ni los halagamos ni tratamos con cualquier otro procedimiento de conquistar el afecto del mencionado asado, botella, etc. A veces suspiramos, pero esto lo hacemos en ausencia y no en la presencia del objeto amado, ya que si no lo hiciéramos es posible que nos quejásemos de su ingratitud y sordera, como Sucedió a Pasifae^[10] con su toro, a quien trató de comprometer con toda la coquetería que se practica con gran éxito en los salones para conquistar los corazones más sensibles y amorosos de los caballeros reunidos en ellos.

Con el amor que tiene lugar entre personas de la misma especie, pero de sexo contrario, sucede precisamente lo opuesto. En cuanto nos enamoramos, nuestro principal cuidado es lograr el cariño del objeto amado. ¿Para qué si no se ha instruido a la juventud en las artes de hacerse agradable a los demás? Si no fuera con vistas al amor, dudo mucho de que constituyeran un negocio todos esos comercios que tienen por objeto adornar y embellecer a las personas. Los pulidores de nuestro aspecto, que según creen algunos nos enseñan lo que nos distingue de los animales, e incluso los propios maestros de baile, no encontrarían quizá puesto en la sociedad. En fin, todas las gracias que las damiselas y los jóvenes caballeros aprenden de otros, y los muchos perfeccionamientos que, con ayuda del espejo, añaden por su cuenta, son en el fondo los *spicula et faces amoris* tan mencionados por Ovidio, y también, como a veces suele decirse, la artillería del amor.

En cuanto nuestro héroe y Mrs. Waters tomaron asiento uno frente a otro, ella empezó a disparar sus baterías contra el primero. Pero como ahora vamos a intentar

una descripción, no intentada aún ni en prosa ni en verso, juzgamos adecuado invocar la ayuda de ciertos seres aéreos, los cuales, a no dudar, acudirán amablemente en nuestro auxilio. ¡Eh, vosotras, las Gracias, que habitáis en las moradas celestiales y conocéis bien las artes del encantamiento, contad cuáles fueron las armas usadas ahora para cautivar el corazón de Jones!

«En primer lugar, de dos adorables ojos azules, cuyas pupilas descargaban relámpagos, surgieron dos miradas penetrantes. Pero, por suerte para nuestro héroe, sólo se clavaron en el gran trozo de buey que había en el plato, disipándose sin hacer el menor daño. La rubia luchadora se apercibió de su fracaso e inmediatamente extrajo del fondo de su pecho un suspiro mortífero. Se trataba de un suspiro que nadie podía escuchar sin conmoverse y que habría podido arrebatarse a una docena de galanes. Fue blando, dulce, tierno, insinuante, y se hubiese hecho con el corazón de nuestro héroe si el burbujeo de una botella de cerveza que en aquel instante estaba escanciando no se lo hubiera hurtado a sus oídos. La mujer probó otras muchas armas, pero el dios de la comida, si existe semejante deidad, cosa de lo que no tenemos la menor prueba, defendió a su adorador. Aunque quizá no sea *dignus vindice nodus*, y la seguridad de Jones pudiera explicarse por medios naturales, pues así como el amor preserva frecuentemente de los ataques del hambre, cabe en lo posible que el hambre pueda, en algunas ocasiones, defendernos del amor.

»Defraudada por sus continuos fracasos, la rubia determinó un cese en las hostilidades, abandonando todos sus artificios amorosos, pero pensando en renovar el ataque una vez concluida la comida.

»En cuanto levantaron los manteles, inició de nuevo sus operaciones. En primer lugar, lanzó a Mr. Jones una mirada de través muy penetrante, y si bien parte de su intensidad se perdió por el camino, no por ello dejó de producir cierto efecto en nuestro héroe. La seductora se apercibió de esto, y apartando rápida la mirada, la dirigió hacia abajo, como avergonzada de su anterior mirada, aunque, en realidad, con este medio proyectaba conseguir que él abandonase su actitud reservada y abriese sus ojos, a través de los cuales ella intentaba sorprender el corazón del joven. Luego, alzando de nuevo su mirada, que ya había empezado a cautivar al pobre Tom, Mrs. Waters esparció por todo su rostro una andanada de pequeños encantos, es decir, que sonrió. No fue una sonrisa de alegría o de gozo, sino de simpatía, esa sonrisa de simpatía que la mayor parte de las damas tienen siempre a su disposición y que les sirve para mostrar al mismo tiempo su buen humor, sus lindos hoyuelos y sus blancos dientes.

»Nuestro héroe recibió de lleno en los ojos esta sonrisa, y su poder le conmovió. Entonces empezó a percatarse de los designios del enemigo, sintiendo al mismo tiempo sus éxitos. Acto seguido se inició una conferencia entre las dos partes, durante la cual la ladina rubia continuó su ataque de un modo tan disimulado e imperceptible

que el corazón de nuestro héroe estaba ya sometido antes de que ella tuviera que lanzarse a nuevos actos de hostilidad. Hablando con sinceridad, se ha de decir que Mr. Jones mantuvo una especie de defensa a la holandesa, entregando traidoramente la guarnición, sin pensar poco ni mucho en la lealtad que debía a la rubia Sophia. En resumen, en cuanto concluyó la conferencia amorosa y la dama dejó al descubierto la batería principal, dejando caer como por casualidad un pañuelo que llevaba al cuello, el corazón de Jones se rindió por completo, y la conquistadora gozó de los frutos naturales de su victoria».

Al llegar a este punto las Gracias consideran conveniente poner punto final a su descripción, en tanto que nosotros juzgamos oportuno poner fin al presente capítulo.

CAPÍTULO VI

CHARLA AMISTOSA EN LA COCINA, QUE TUVO UN FINAL MUY CORRIENTE AUNQUE NO MUY AMISTOSO.

En tanto que los amantes se distraían de la manera en parte descrita en el capítulo anterior, proporcionaban a su vez entretenimiento a sus buenos amigos que se encontraban en la cocina. Y esto en doble sentido, pues daban tema para alimentar su conversación a la vez que bebida para animar sus espíritus.

Se hallaban reunidos en torno al fuego, además del fondista y su esposa, que iban y venían sin cesar, Partridge, el sargento y el cochero que había conducido a la dama y a su doncella.

Una vez concluyó Partridge de narrar a los presentes lo que le había dicho el Hombre de la Colina sobre la situación en que Tom Jones encontró a Mrs. Waters, el sargento se apresuró a contar aquella parte de la historia que él conocía. Afirmó que se trataba de la esposa de Mr. Waters, un capitán de su regimiento, a cuyas órdenes él había servido.

—Algunos —prosiguió— han puesto en duda en más de una ocasión si estaban legalmente casados o no por la Iglesia. Pero eso no es cosa que me ataña, y sólo puedo decir que si me lo hicieran jurar, sostendría que ella es bastante mejor que muchos de nosotros. En cuanto al capitán, sospecho que irá al cielo cuando las ranas críen pelo. Mrs. Waters es de muy buena índole. Le gusta vestirse bien y es amante de la justicia, y ha suplicado por más de un pobre soldado, y si de ella hubiera dependido, jamás se le hubiese castigado. Por supuesto, el alférez Northerton y Mrs. Waters se trataban bastante donde estábamos de guarnición, ésta es la verdad. Pero el capitán lo ignoraba, y puesto que había de sobra para él, ¿qué más le daba? No por eso la estima menos, y estoy seguro de que daría buena cuenta de cualquiera que abusase de ella. Por esta razón, en lo que a mí concierne me guardaré mucho de abusar de ella. Me limito a repetir lo que otros dicen, y sin duda debe de haber algo de verdad en lo que todo el mundo repite.

—¡Hay una gran dosis de verdad, se lo prometo, se lo prometo! —afirmó Partridge—. *Veritas odium parit.*

—Todo eso me parece muy escandaloso —repuso la dueña de la casa—. Ahora que está vestida como es debido, parece una gran señora y se conduce como tal, ya que me dio una guinea por haberse vestido con mi ropa.

—¡Una gran señora, es cierto! —exclamó el fondista—. Y si no te hubieras precipitado, no habrías tenido que reñir con ella.

—No sé por qué dices eso —replicó la esposa—, pues de no haber sido por tus

tonterías, nada hubiese sucedido. Te mezclas en lo que no te va ni te viene y hablas cuando debes mantener el pico cerrado.

—Bien —contestó el fondista—. Lo pasado ya no tiene remedio, así que lo mejor será que no hablemos más del asunto.

—Bien por esta vez —replicó su esposa—. Pero ¿te corregirás en lo sucesivo? No es la primera vez que tengo que soportar tus impertinencias. Me gustaría mucho que contuvieras tu lengua en casa y te mezclases sólo en los asuntos de puertas para fuera, que son los que te incumben. ¿Te has olvidado por casualidad de lo que sucedió hace siete años?

—Vamos, querida mía —exclamó el esposo—. No saques ahora a relucir historias viejas. Vamos, lamento lo que he hecho y olvidemos lo pasado.

La dueña de la fonda se disponía a replicar, pero se lo impidió el sargento, siempre pacificador, con gran disgusto de Partridge, que era muy aficionado a las bromas y un gran alentador de esas disputas inofensivas que, por lo general, fomentan más bien los incidentes cómicos que los trágicos.

El sargento preguntó a Partridge si él y su amo iban de viaje.

—¿Qué es eso? —exclamó Partridge—. No soy criado de nadie, puedo asegurarlo, pues aunque en esta vida he recibido varios reveses de la fortuna, me tengo por un caballero, y por pobre y sencillo que ahora pueda parecer, en otros tiempos enseñé gramática en la escuela. *Sed hei mihi non sum quod fui.*

—No era mi intención ofenderle —repuso el sargento—. ¿Puedo osar preguntarle si usted y su amigo están de viaje?

—Ahora se me ha dirigido usted como es debido —contestó Partridge—. *Amici sumus.* Puedo asegurarle que mi amigo es uno de los más grandes hombres del reino. —Al oír estas palabras, tanto el fondista como su esposa aguzaron los oídos—. Es el heredero del caballero Allworthy.

—¿Cómo? ¿Del caballero que tanto bien está haciendo en toda la comarca? —inquirió el fondista.

—Eso mismo —contestó Partridge.

—Entonces con el tiempo será dueño de grandes propiedades —aseguró la fondista.

—Indudablemente —contestó Partridge.

—Desde el primer momento que le vi ya me pareció que tenía aires de gran señor —dijo la fondista—. Pero mi marido, aquí presente, es más listo que nadie.

—Querida, reconozco que me equivoqué —confesó el marido.

—¿Que te equivocaste? —contestó su esposa—. Pero ¿cuándo has visto tú que yo sufriera semejantes errores?

—Pero ¿cómo explica usted, señor —continuó el fondista—, que semejante caballero recorra a pie el país?

—Lo ignoro —repuso Partridge—. Sólo sé que los grandes caballeros son a veces muy caprichosos. En Gloucester dispone en la actualidad de una docena de criados y caballos, pero no los utiliza. La última noche, como hacía bastante calor, quiso tomar un poco el fresco hasta la colina de más allá, donde yo le acompañé para hacerle compañía. Jamás volveré por allá, pues nunca he sentido tanto susto. Les aseguro que encontramos al hombre más extraño que pueda imaginarse.

—Juraría —se apresuró a decir el fondista— que debió de tratarse del Hombre de la Colina, como le llama la gente, si es que se trata de un hombre en realidad, pues hay quienes afirman que es el mismo diablo en persona que habita allí.

—Es muy posible —repuso Partridge—. Y ahora que usted lo insinúa, creo sincera y firmemente que era el diablo en persona. Aunque no pude verle el pie de cabra. Pero acaso se deba a que tiene poder para ocultarlo, ya que, como todos sabemos, los espíritus malignos poseen poder para mostrarse en la forma que mejor les plazca.

—Le suplico, señor, si en ello no hay ofensa —pidió el sargento—, que me diga usted qué clase de persona es el diablo. A algunos de mis oficiales les he oído decir que no existe tal diablo, que se trata de una invención de los curas hecha para poder ejercer influencia sobre la gente, ya que si se corriera la voz de que no hay diablo, los curas no serían más útiles que nosotros en tiempos de paz.

—Esos oficiales —afirmó Partridge— son muy cultos.

—¡Qué van a ser cultos! —exclamó el sargento—. No saben la mitad que usted. Por mi parte, debo decir que creo en la existencia del demonio, pese a todo lo que ellos dicen, y aunque uno de ellos es capitán. Puesto que a mí mismo me suelo decir a veces: si no existiera el demonio, ¿cómo podrían ser enviados los malos al infierno? Y esto lo sé porque lo he leído en un libro.

—Algunos de sus oficiales —afirmó el fondista interviniendo— se las verán con el demonio para vergüenza suya. Y confío que a todos les ajustará antiguas cuentas que se me adeudan. Aquí tuve alojado a uno de ellos durante medio año, que, no contento con ello, tuvo el cinismo de llevarse una de mis mejores camas, aunque apenas si gastaba un chelín diario, y permitió que sus hombres le guisaran unas coles en la cocina porque no quise servirle de comer en domingo. Todo buen cristiano debería desear que existiera un diablo para castigo de tales vergüenzas.

—Tenga cuidado, fondista —exclamó ahora el sargento—, y mida bien sus palabras, pues no estoy dispuesto a soportarlo.

—¿Que tenga cuidado? —replicó el fondista en tono airado—. Bastante me han hecho sufrir.

—Pongo a ustedes por testigos, caballeros —afirmó el sargento alzando la voz—, de que maldice del rey, y esto constituye un crimen de alta traición.

—¿Que maldigo del rey, villano? —vociferó el fondista.

—Sí, lo ha hecho usted —insistió el sargento—. Maldice de la oficialidad, y esto es indudable maldecir del rey. Es una sola y única cosa, ya que todo hombre que reniega de la oficialidad, reniega del rey.

—Excúseme, señor sargento —dijo Partridge—. Pero eso es *non sequitur*.

—No le entiendo —contestó el sargento al tiempo que se ponía en pie—. Pero no seguiré aquí sentado oyendo hablar mal de mis superiores.

—Está usted equivocado, amigo —afirmó Partridge—. No he querido hablar mal de sus superiores. Sólo he dicho que su consecuencia era *non sequitur*^[11].

—Basta —contestó el sargento—. Aquí no hay más *sequitur* que usted. Todos ustedes son unos canallas y yo estoy dispuesto a demostrarlo, pues no tengo inconveniente en pelear con el mejor hombre de ustedes por veinte libras.

Partridge se desentendió del desafío lanzado por el sargento. No tenía ganas de luchar después de la paliza que había recibido. Pero el cochero, cuyos huesos no estaban tan molidos, y cuyo apetito por la pelea se había agudizado, no estaba dispuesto a soportar la afrenta con tanta facilidad, pues consideraba que a él también le correspondía una cierta parte de ella. Así que el cochero se levantó de su asiento y, avanzando hacia el sargento, le dijo que era tan hombre como el mejor del ejército y que estaba dispuesto a liarse a puñetazos por una guinea. El militar aceptó el combate, pero rechazó la apuesta, e inmediatamente ambos se acometieron con verdadera furia, hasta que el conductor de caballos resultó tan molido por el conductor de hombres que se vio obligado a pedir cuartel con el poco aliento que le quedaba.

La dama joven deseaba partir y pidió que le preparasen el coche. Pero esto no fue posible, pues el cochero se encontraba incapacitado por aquella noche. Un gentil de la Antigüedad habría atribuido esta incapacidad al dios de la bebida más bien que al dios de la guerra, ya que ambos combatientes habían sacrificado tanto a una como a otra deidad. En fin, que los dos estaban borrachos, y Partridge no era precisamente el más sereno. En cuanto al fondista, su oficio era el de beber, y el licor no hacía en él más efecto que en cualquier otra vasija de su casa.

La propietaria de la fonda, que había sido llamada para acompañar en la hora del té a Mr. Jones y a su compañera, proporcionó amplios detalles sobre la escena que había tenido lugar hacía poco, y al mismo tiempo, mostró un gran interés por la señora joven, la cual, según dijo, «se mostraba muy intranquila por no poder continuar su viaje».

—Es una linda criatura —añadió—, y estoy segura de que he visto su cara antes de ahora. Mi impresión es de que está enamorada y de que huye de sus amigos. ¡Quizá algún joven caballero la está esperando con un corazón tan anhelante como el suyo!

Al oír estas palabras, Jones lanzó un profundo suspiro. Y aunque Mrs. Waters se

apercibió de ello, no quiso darse por enterada mientras la fondista estaba en la habitación. Pero una vez fuera la mujer, no pudo contenerse y manifestó a nuestro héroe que tenía sospechas de que existía una rival que le robaba su afecto. Y lo que acabó de convencerla fue la conducta de Mr. Jones, pues el joven no respondió a sus preguntas. Pero ella no estaba tan enamorada como para dar una gran importancia al descubrimiento. La belleza de Jones le entraba por los ojos, pero como no podía ver su corazón, no se preocupaba gran cosa de él. Ella podía recrearse alegremente en la mesa del amor sin pensar en que alguna otra persona había ya disfrutado o podría disfrutar en lo futuro del mismo manjar. Este sentimiento no peca de refinado, pero, es, sin embargo, muy positivo, ya que resulta menos caprichoso y quizá menos egoísta que los deseos de esas hembras que se dan por satisfechas cuando se abstienen de la posesión de sus galanes con tal de que estén seguras de que ninguna otra los posee.

CAPÍTULO VII

CONTIENE UNA INFORMACIÓN COMPLETA RELATIVA A MRS. WATERS,
Y EXPLICA POR QUÉ CAUSA FUE ELLA A PARAR A AQUELLA
SITUACIÓN DESGRACIADA DE LA QUE LA SALVÓ MR. JONES.

Aunque la naturaleza no ha puesto la misma proporción de vanidad o de curiosidad en todos los seres humanos, no existe quizá ningún individuo que no posea cierta proporción de ambas cosas, lo cual exige a todos algún esfuerzo en no manifestarlas. Este esfuerzo es algo absolutamente necesario a los que se tengan por prudentes y bien educados.

Como Jones podía ser llamado con justicia un hombre bien educado, había sofocado la curiosidad que le produjo la extraordinaria manera en que encontró a Mrs. Waters. Al principio, dirigió algunas indirectas a la interesada, pero cuando vio que ella rehusaba con suma habilidad dar la menor explicación, se resignó a permanecer en la ignorancia. Le ayudó a ello la sospecha de que algunas circunstancias podrían provocar el sonrojo en aquella mujer, en el supuesto de que se pusiera en claro toda la verdad.

Ahora bien, como es posible que algunos de nuestros lectores no se resignen tan fácilmente a esta ignorancia, y como deseamos darles gusto, nos hemos informado de los hechos reales y vamos a concluir este libro con su relato.

La señora en cuestión había vivido durante algunos años con un capitán Waters que pertenecía al mismo regimiento que el alférez Northerton. Ella pasaba por esposa del mencionado capitán, aunque, como el sargento había dicho, existían ciertas dudas respecto a este matrimonio, dudas que ahora no trataremos de resolver.

Lamento tener que decir que Mrs. Waters había intimado hacía algún tiempo con el alférez de que hemos hecho mención, y esto no sirvió, ni mucho menos, para acrecentar la reputación de la señora. Desde luego, no cabe duda de que sentía una inclinación especial hacia el tal individuo. Pero no se sabe seguro si accedió a todos sus deseos, aun los más atrevidos.

La división a que pertenecía el regimiento del capitán Waters se había adelantado dos días a la marcha de la compañía en la que era alférez Mr. Northerton, así que el primero llegó a Worcester al día siguiente del primer encuentro de Jones y Northerton.

El capitán había convenido con su supuesta esposa que ella le acompañaría hasta Worcester, donde se despedirían, regresando ella a Bath, en espera de que concluyera la campaña de invierno contra los rebeldes.

Mr. Northerton fue enterado de este plan. La dama le había dado cita en aquel

mismo lugar, prometiendo que permanecería en Worcester hasta que llegase su compañía. Ahora dejamos que el lector imagine el fin y el propósito de esta cita, pues aunque nosotros estamos obligados a relatar los hechos, no lo estamos a aventurar ningún comentario en disfavor de la parte más bella de la Creación.

En cuanto Northerton pudo escapar de su cautiverio, como dejamos reseñado a su tiempo, se lanzó en busca de Mrs. Waters, consiguiendo encontrarla, gracias a su ligereza, pocas horas después de que el capitán Waters la hubiera dejado en Worcester. Northerton contó a la dama todo lo que le había sucedido, si bien tuvo buen cuidado de presentar el caso como un accidente desgraciado, omitiendo todo lo que pudiera parecer fatal ante un tribunal de honor, aunque dio, eso sí, algunos detalles que habrían podido ser discutidos en un tribunal judicial.

Y ahora digamos en honor de las mujeres que éstas son capaces de entregarse a una pasión amorosa violenta y desinteresada, por lo menos en apariencia, mucho más que los hombres. En cuanto se enteró del peligro que su amante corría, Mrs. Waters sólo se preocupó de su salvación, y como al caballero le interesaba lo mismo, la cuestión fue puesta a debate entre ambos.

Después de muchas reflexiones, acabaron conviniendo en que el alférez atravesaría el país hasta llegar a Hereford, donde buscaría algún medio de transporte que le llevara a un puerto de mar de Gales, desde donde podría marchar al extranjero. Mrs. Waters declaró que estaba dispuesta a acompañarle en su viaje, y que podía auxiliarle con su dinero, artículo muy necesario para Mr. Northerton. La dama disponía de tres billetes de banco por valor de noventa libras, amén de algún dinero suelto y del solitario de bastante valor que lucía en uno de sus dedos, todo lo cual, dando pruebas de un exceso de confianza, comunicó a aquel hombre malvado, sin sospechar que podría sugerirle la idea de robarla.

Como si hubieran alquilado caballos en Worcester habrían proporcionado a sus perseguidores los medios de descubrir su camino, el alférez propuso, y esto fue aceptado por la dama, hacer a pie la primera etapa del viaje, a lo cual se prestaba el tiempo, que era frío y despejado.

La mayor parte del equipaje de Mrs. Waters se encontraba ya en Bath, y ella no llevaba consigo más que una pequeña cantidad de ropa, que el galán se brindó a guardar en sus bolsillos. Dispusieron todo antes de acostarse, madrugaron, y a las cinco de la mañana, dos horas antes de amanecer, salieron de Worcester; había luna llena y ésta les iluminó el camino con su tenue resplandor.

Mrs. Waters no pertenecía a esa delicada raza de mujeres que necesitan imprescindiblemente un vehículo cuando han de trasladarse de un lugar a otro, y para las que, por consiguiente, un coche figura entre las cosas necesarias de la vida. Era muy animosa, y sus piernas fuertes y ágiles, se hallaban en disposición de llevar el mismo paso que las de su amante.

Tras de recorrer unas millas siguieron una carretera que, según Northerton, conducía a Hereford, llegaron al amanecer a la linde de un gran bosque, donde el alférez se detuvo de pronto, y aparentando meditar durante un momento, manifestó sus temores de seguir viajando por más tiempo a través de camino tan frecuentado. Con esto persuadió fácilmente a su rubia compañera de que debían penetrar en el bosque, siguiendo una senda que parecía atravesar el mismo. Esta senda les llevó al pie de la colina Mazard.

Me es imposible decir si el odioso proyecto que intentó llevar a cabo entonces era efecto de anteriores deliberaciones o bien si se le ocurrió en aquel momento por primera vez. Pero el caso es que, una vez llegados a aquel lugar solitario, donde no era probable que nadie le interrumpiera, se quitó de repente el cinturón y, acometiendo a la pobre mujer, trató de perpetrar el odioso y detestable delito de que antes hemos hecho mención y que no fue realizado gracias a la providencial aparición de Jones.

El no ser una mujer débil constituyó para Mrs. Waters una feliz circunstancia. En cuanto se dio cuenta de las intenciones de su acompañante, se dispuso a realizar una defensa vigorosa; comenzó a pedir auxilio y luchó tan denodadamente contra su enemigo que logró retardar durante unos minutos los planes del villano, y gracias a esto Mr. Jones pudo llegar a tiempo en su socorro, cuando ya a ella le empezaban a flaquear las fuerzas, logrando librarla de las garras del rufián con sólo la pérdida de sus vestiduras, que quedaron desgarradas, y del anillo solitario, el cual cayó al suelo durante la lucha o bien le fue sustraído por Northerton.

Aquí tienes, pues, lector, el fruto de una investigación muy laboriosa llevada a cabo para tu satisfacción, mostrándote una escena de locura y de villanía de la que con dificultad hubiéramos creído capaz a ningún ser humano, de no recordar que aquel individuo creía en aquellos momentos haber cometido un asesinato y ser perseguido por la justicia. Cuando se persuadió que su única salvación estaba en la huida, Northerton pensó que el apoderarse del dinero y del anillo de aquella pobre mujer sólo contribuiría a aumentar la carga que ya llevaba sobre su conciencia.

Y ahora, lector, hemos de prevenirte para que no tomes pie de la infame conducta de este desgraciado para pensar mal de un cuerpo tan digno y honorable como el que constituyen los oficiales de nuestro ejército en general. Debes recordar que Northerton carece, como ya hemos dicho, de la cuna y de la educación de un caballero, y que de ningún modo puede ser clasificado entre éstos. Por lo tanto, si su vileza ha de reflejarse en alguien que no sea él, debe serlo tan sólo en los capaces de obrar como él.

LIBRO DÉCIMO

EN EL QUE LA HISTORIA AVANZA UNAS DOCE HORAS.

CAPÍTULO PRIMERO

CONTIENE INSTRUCCIONES QUE DEBEN SER LEÍDAS Y MEDITADAS POR
LOS CRÍTICOS MODERNOS.

Lector, es imposible saber qué clase de persona eres. Acaso entiendas tanto de la naturaleza humana como el mismo Shakespeare, o quizá no seas más erudito que alguno de sus editores. Ahora bien, para el caso de que ocurra esto último creemos conveniente, antes de proseguir, hacerte algunas saludables advertencias con objeto de que no tergiverses nuestras palabras ni las tomes en sentido erróneo, en un sentido tan erróneo como tomaron a su autor algunos de esos editores.

En primer lugar, te aconsejamos que no te apresures a condenar ningún incidente de esta historia tildándolo de impertinente y extraño a nuestro propósito principal, siempre que no comprendas inmediatamente de qué modo puede ese incidente conducir a tal fin. Esta obra debe ser considerada como una gran creación nuestra, y resulta absurdo que cualquier crítico de tres al cuarto pretenda encontrar defectos en cualquiera de sus partes sin conocer de qué modo está ligado a todo y antes de llegar a la catástrofe final. Tal vez esto sea demasiado exagerado, pero no hay otra manera de expresar la diferencia entre un autor de primera categoría y un crítico de ínfimo orden.

Y ahora te haremos otra advertencia, apreciado amigo. Si no encuentras un gran parecido entre determinados personajes, como, por ejemplo, entre la hostalera que aparece en el libro séptimo y la que aparece en el libro noveno, se debe a que un buen escritor, si bien tiene que conservar las características en las que coinciden la mayoría de los individuos que ejercen la misma profesión, debe al propio tiempo variar sus efectos. Debe, asimismo, marcar una distinción entre dos personas aquejadas por el mismo vicio o locura. Y conste que esto último se encuentra en muy pocos escritores, pero también existen muy pocos lectores que sepan apreciar esta distinción, aunque es cierto que la observación de ésta constituye un placer muy vivo para aquellos que son capaces de hacerlo. Por ejemplo, todos saben distinguir entre sir Mammon y sir Plutter, pero notar la diferencia que existe entre sir Plutter y sir Nice exige un juicio más exquisito, por falta del cual los espectadores vulgares cometen grandes injusticias en el teatro, donde un poeta puede correr peligro de ser declarado convicto como ladrón, por culpa de pruebas mucho peores que las que ante la ley constituyen las huellas de las manos. Sospecho que en el teatro toda viuda enamorada corre peligro de ser tildada de imitadora de Dido, aunque por fortuna muy pocos de nuestros críticos teatrales conocen bastante el latín para leer a Virgilio.

En tercer lugar, te advertimos, digno amigo, teniendo presente que quizá tu

corazón sea mejor que tu cabeza, que no condenes a ningún personaje por malo debido a que no es perfecto. Si gustas de modelos de perfección, existen ya bastantes libros escritos para satisfacer tus gustos. Pero como en el curso de nuestra vida nosotros no hemos tropezado jamás con tales personas, no presentamos aquí a ninguna de ellas. Dudo mucho que ningún hombre haya tenido alguna vez la suerte de dar con una persona perfecta, lo mismo que dudo que haya existido jamás un monstruo lo bastante malo para justificar lo que dice Juvenal:

*... nulla virtute redemptum
a vitis...*^[12]

Tampoco concibo a qué buenos fines responde la presentación de personajes de perfección angélica o bien de depravación diabólica, ya que lo más probable es que el espíritu del lector se sienta sobrecogido de tristeza o de vergüenza y que no aprenda ninguna buena enseñanza de tales modelos. En el primer caso se sentirá interesado y avergonzado al contemplar tan excelente modelo, el cual él no podrá alcanzar jamás. Y en el segundo, no dejará de experimentar una sensación desagradable al ver la naturaleza, de la que él forma parte, degradada de tal forma en un ser odioso y detestable.

En suma, si se crea un personaje con la suficiente bondad para provocar la admiración y el afecto de un espíritu bien dispuesto, aunque aparezcan en él algunas de esas pequeñas imperfecciones *quas humana parum cavit natura*, lo natural y propio es que más suscite nuestra compasión que nuestra aversión. Nada puede ser más provechoso moralmente que las imperfecciones contempladas en ejemplos de este género, ya que impresionan más que las faltas de personas viciosas y malvadas. Las flaquezas y vicios mezclados con la bondad se hacen perfectamente visibles al cotejarlos con las virtudes, que muestran con toda claridad la deformidad de aquéllos. Y cuando encontramos tales vicios, con todas las funestas consecuencias que acarrearán a nuestros personajes favoritos, aprendemos no sólo a despreciarlos, sino también a odiarlos por los males que acarrearán a los que estimamos. Ahora, amigo mío, después de haberte dirigido estos consejos, proseguimos, si gustas, con nuestra historia.

CAPÍTULO II

DONDE SE HABLA DE LA APARICIÓN DE UN CABALLERO IRLANDÉS Y DE LAS EXTRAORDINARIAS AVENTURAS QUE TUVIERON LUGAR EN LA FONDA.

Lo mismo que la tímida liebre, que por temor a sus muchos enemigos, sobre todo a ese animal astuto, cruel y carnívoro llamado hombre, ha permanecido todo el día escondida en su madriguera, se pasea ahora con todo descaro por los prados; lo mismo que el mochuelo, encaramado en algún árbol cualquiera, corista chillón de la noche, lanza al aire notas que quizá podrían gustar a algún aficionado moderno a la música; lo mismo que en la imaginación del clown medio embriagado, al atravesar el cementerio de su parroquia, camino de su casa, el terror que siente le hace ver al sanguinario monstruo; los ladrones y los truhanes están despiertos, y entregados al sueño los hombres honrados. En suma, era medianoche y los reunidos en la fonda, todos los que ya han sido mencionados en la presente historia, así como otros que se presentaron más tarde, se encontraban ya en sus lechos. Tan sólo Susana, la camarera, andaba trajinando aún, pues tenía que fregar la cocina antes de correr en busca de los brazos del palafrenero, que la estaba esperando.

Tal era la situación de la fonda cuando llegó un caballero montado a caballo. El hombre se apeó inmediatamente de su cabalgadura y aproximándose a la criada le preguntó en tono brusco y excitado, casi sin aliento, lleno de ansiedad, si en la fonda se hospedaba alguna dama. La hora de la noche y el comportamiento del caballero que la miraba con todo descaro, sorprendieron un tanto a Susana, que titubeó antes de responder, ante lo cual el caballero, con redoblada ansiedad, le suplicó que le dijera la verdad, asegurando que había perdido a su esposa y andaba buscándola.

—Por mi salud que casi la he alcanzado en dos o tres lugares —afirmó el caballero—. Si se encuentra en esta casa, lléveme inmediatamente ante ella y muéstremela. Y si se ha ido, dígame qué camino debo seguir para dar con ella. Si lo hace, le prometo que haré a usted la mujer más rica del reino.

Y diciendo esto sacó su mano del bolsillo llena de guineas, cuya sola vista hubiera sido capaz de sobornar a personas de mucha más fuerza moral que la que poseía aquella infeliz mujer y para fines mucho peores.

Por lo que Susana sabía de Mrs. Waters, no dudó ni un segundo de que era ella la dama que andaba buscando el caballero. Y como pensó, sin duda con mucha razón, que jamás le sería dable ganar dinero de un modo más noble y honrado que devolviendo una esposa a su marido, no sintió el menor escrúpulo en decir al caballero que la dama que andaba buscando se alojaba en la posada, y se dejó

convencer —luego de una serie de promesas gratuitas y de algún dinero contante y sonante depositado en su mano— para conducir al caballero hasta la habitación de Mrs. Waters.

Es costumbre establecida de antiguo en el mundo de la gente elegante, por motivos tan sólidos como substanciales, que un marido jamás penetre en la alcoba de su esposa sin antes llamar a la puerta. Las muchas y excelentes ventajas de este proceder no es necesario que se las indiquemos al lector que tenga algún conocimiento del mundo, pues gracias a este hábito la dama tiene tiempo de componerse o bien de ocultar de la vista del que va a entrar algún objeto desagradable, pues en la vida se dan algunas situaciones en las que no les gustaría ser sorprendidas por sus maridos a las mujeres guapas y delicadas.

Es evidente que existen diversas ceremonias practicadas por la gente más educada del género humano que, aunque a simple vista pueda parecer sin importancia, poseen mucho más valor si se reflexiona sobre ellas. Y es una verdadera lástima que en la presente ocasión el caballero no pusiera en práctica la costumbre antes indicada. No es que dejara de golpear la puerta, pero no lo hizo de la manera discreta que es usual en estos casos. Todo lo contrario. Al encontrar la puerta cerrada, la empujó con tal violencia, que la cerradura cedió, la puerta se desprendió de sus goznes y cayó dentro de la habitación.

Apenas el hombre se puso en pie, cuando saltó de la cama —con verdadera pena y vergüenza nos vemos obligados a confesarlo— nuestro héroe, quien con voz alterada y amenazadora preguntó al intruso quién era y qué intención le impulsaba a irrumpir en una habitación de aquella forma tan poco conveniente.

Al pronto, el caballero pensó que debía de haber sufrido un error, y ya se disponía a pedir excusas y retirarse cuando de súbito, a la luz de la luna, su mirada reparó en las sayas, corsé, cintas, vestido, ligas y zapatos que yacían revueltos por el suelo. Esto hizo que se despertaran sus celos, y fue tal su sofoco que se quedó sin habla, por lo que sin responder a Tom, intentó acercarse al lecho.

El joven le cortó el paso instantáneamente, y entre ambos hombres se inició una lucha en la que se intercambiaron golpes por ambas partes. Entonces Mrs. Waters, pues debemos reconocer que se encontraba en el lecho que había abandonado Tom, es de suponer que se despertó y al ver a los dos hombres luchando en su alcoba comenzó a dar gritos:

—¡Asesinos, asesinos! —Y con mayor frecuencia—: ¡Rapto!

Esta última expresión tiene por fuerza que sorprender a más de uno que fuera pronunciada por la dama, si no se piensa que estas exclamaciones suelen ser utilizadas por las damas en sus sustos, lo mismo que el fa, la, do, re, do, etc., en la música, y tan sólo como vehículo del sonido, pero sin que supongan una idea concreta.

Junto a la habitación de Mrs. Waters se encontraba el cuerpo de un caballero irlandés que había llegado demasiado tarde a la fonda para que nosotros pudiéramos mencionarlo. Se trataba del hermano menor de una excelente familia, y no disponiendo por su casa de fortuna, se había visto precisado a buscársela por sí mismo, con cuyo objeto se dirigía a Bath para probar suerte con los naipes y las mujeres.

El joven se encontraba en aquellos momentos en la cama leyendo una de las novelas de Mrs. Benh, ya que un amigo le había informado que no existía método mejor en el mundo para hacerse grato a las damas que el perfeccionamiento de la inteligencia mediante la buena literatura. Pero en cuanto oyó el alboroto que se había armado en la habitación contigua, saltó de la cama y, ni corto ni perezoso, cogió con una mano su espada y con la otra la luz que le alumbraba, y marchó en línea recta hacia el cuarto de Mrs. Waters.

Si la vista de otro hombre en camisa sorprendió en los primeros instantes a la dama, no tardó en recuperarse de la impresión, puesto que el recién llegado no tardó en exclamar:

—¿Qué significa esto, Mr. Fitzpatrick?

A lo que el otro respondió inmediatamente:

—¡Oh, Mr. Maclachlan! Me alegro de verle. Este villano ha abusado de mi esposa acostándose con ella.

—¿Su esposa? —exclamó Mr. Maclachlan—. Conozco lo bastante bien a Mrs. Fitzpatrick para ver que la dama que se encuentra aquí acompañada por ese caballero no es ella.

Fitzpatrick miró a la mujer y entonces se dio cuenta, tanto por su aspecto como por su voz, que podía oírse a mucha mayor distancia de la que él se encontraba de ella, que había sufrido una lamentable equivocación. Empezó pidiendo mil perdones a la señora. Luego, dirigiéndose a Jones, exclamó:

—Como usted me ha pegado, no le pido perdón. Pero mañana me batiré con usted.

Jones recibió despreciativamente esta amenaza. En cuanto a Mr. Maclachlan, intervino diciendo:

—Debía usted avergonzarse de sí mismo, Mr. Fitzpatrick, por importunar a la gente a estas horas de la noche. De no estar durmiendo, se habrían levantado todos los demás huéspedes, lo mismo que he hecho yo. Este caballero no ha hecho más que darle su merecido. Le digo de buena fe que, de tener mujer, le hubiera cortado a usted el cuello al ver que la trataba usted de ese modo.

Jones, perplejo, temía por la reputación de la dama y no sabía qué hacer ni qué decir. Pero repetidas veces se ha comprobado que la inventiva de las mujeres es mucho más ágil que la de los hombres. Mrs. Waters recordó que había una puerta de

comunicación entre su habitación y la de Tom Jones, y, confiando en el honor de éste, exclamó:

—¡No sé qué pretenden ustedes, villanos! No soy esposa de ninguno de ustedes. ¡Socorro! ¡Asesinos! ¡Me raptan!

Al poco rato se presentó la fondista, y Mrs. Waters se dirigió a ella diciéndole que creía encontrarse en una casa decente, pero que aquel grupo de villanos había penetrado violentamente en su habitación para asaltar su honor, ya que no su vida, pero que a ella ambas cosas le eran igualmente queridas.

La fondista se echó entonces a llorar, lanzando berridos tan fuertes como los que poco antes lanzaba desde el lecho la pobre Mrs. Waters. La fondista afirmó que estaba consternada y que la reputación de su casa, que nunca había sido puesta en entredicho, se hallaba ahora destruida. Luego se volvió hacia los hombres, preguntándoles qué tenían que hacer en el cuarto de la señora y por qué armaban tanto ruido. Con la cabeza baja, Fitzpatrick contestó que había sido víctima de un error, por lo que, sinceramente arrepentido, pedía perdón. Luego se retiró en compañía de su paisano. Por su parte, Tom Jones, que era demasiado listo para no aprovecharse de las palabras de Mrs. Waters, aseguró con el mayor aplomo:

—He volado en auxilio de esta dama al oír que violentaban su puerta. He supuesto que la finalidad de ello era el robo. Y mi intervención ha impedido que se realizase ese robo.

—Jamás se ha cometido un robo en mi fonda desde que yo estoy al frente de ella —manifestó la fondista—. Quisiera que se diera usted cuenta de que aquí no albergo a salteadores de caminos. Sólo admito en mi casa a gente honrada, y mi buena suerte hace que nunca me falten clientes de esa especie. Aquí han estado...

Y enumeró una serie de nombres y de títulos, muchos de los cuales no estoy autorizado a repetir aquí.

Aunque se había armado de paciencia, Jones la interrumpió al fin, ofreciendo excusas a Mrs. Waters por haber aparecido en camisa ante ella, y asegurándole que «sólo el deseo de salvarla le había hecho que se presentara de aquella guisa». El lector puede imaginar cuál fue la respuesta de ella y su conducta en esta ocasión, ya que le convenía adoptar la actitud de una dama recatada sorprendida en su sueño por tres desconocidos que se habían presentado inopinadamente en su habitación. Éste fue el papel que le tocó representar, y tan bien lo hizo que ninguna de nuestras más famosas actrices la hubiera superado, tanto en las tablas como fuera de ellas.

Y me parece que de esto bien podemos extraer un argumento demostrativo de lo natural que resulta la virtud para el bello sexo, pues aunque acaso no se encuentre ni una entre diez mil mujeres que sea capaz de convertirse en una buena actriz, y aun entre las que lo son rara vez se encuentran dos que sean capaces de personificar con la misma habilidad idéntico papel, el de la virtud, sin embargo, todas pueden fingirlo

admirablemente, y lo mismo las hembras que la poseen como las que no la poseen, pueden representarla con la máxima perfección.

Cuando los hombres salieron de la habitación, Mrs. Waters, repuesta de su miedo, así como de su cólera, trató con más amabilidad a la fondista, la cual no cejaba en su empeño de demostrar la excelente reputación que gozaba su casa, comenzando de nuevo a enumerar la lista de personajes que habían dormido bajo su techo. Pero Mrs. Waters la paró en seco, y tras de insistir en que no tenía arte ni parte en los pasados disturbios, rogó a la dueña de la fonda que la dejase descansar, cosa que esperaba conseguir durante el resto de la noche sin sufrir nuevas molestias, con lo que la fondista no tuvo más remedio que despedirse, no sin dedicarle una serie de finezas y cortesías.

CAPÍTULO III

UN DIÁLOGO ENTRE LA FONDISTA Y LA CAMARERA SUSANA DIGNO DE SER LEÍDO POR TODAS LAS DUEÑAS DE FONDAS Y SUS SIRVIENTAS, JUNTO CON LA LLEGADA Y EL PROCEDER AFABLE DE UNA HERMOSA JOVEN, CAPAZ DE ENSEÑAR A PERSONAS DE CALIDAD LOS MEDIOS DE CONQUISTAR LA ESTIMACIÓN DE TODOS.

La fondista recordó que Susana era la única persona que estaba levantada cuando la puerta fue forzada, y quiso interrogarla para averiguar cómo empezó el altercado, así como quién era el caballero desconocido y de dónde y cómo había llegado.

Susana contó la historia que el lector ya conoce, alterando la verdad sólo en algún detalle en que le pareció conveniente hacerlo y no confesó lo del dinero recibido. Pero como su ama había demostrado, al principio de su interrogatorio, compadecer a la dama por el susto que le había ocasionado el supuesto ataque a su virtud, Susana no pudo contenerse y juró que había visto a Mr. Jones saltar de la cama de Mrs. Waters.

Al oír estas palabras, la fondista montó en cólera.

—¡Vaya cuento que te has inventado! —exclamó—. ¡Como si una mujer se pusiese a lanzar chillidos en tales ocasiones! Muchas personas pueden atestiguar que han oído esos chillidos, que es la mejor prueba de su virtud. No debes propagar tales calumnias de ninguno de mis huéspedes, pues el baldón no sólo les alcanza a ellos, sino también a la casa. Y estoy segura de que aquí no vienen ni vagabundos ni gente pervertida.

—Entonces no debo dar crédito a mis ojos —replicó Susana.

—No siempre se debe dar crédito a los ojos —contestó su ama—. Yo no creería a mis propios ojos si lo visto iba contra la gente buena. En lo que va de año no he servido una cena mejor que la encargada la última noche, y todos estaban de tan buen talante y de tan buen humor que no pusieron el menor reparo a mi sidra de Worcestershire, que les vendí como champaña, aunque estoy convencida de que sabe tan bien y es tan saludable como el mejor champaña, pues de otro modo no me hubiera atrevido a dársela. Se bebieron dos botellas. No, no. Nunca creeré ninguna mala acción de gente tan buena.

Susana guardó silencio y su ama cambió de conversación.

—De modo que dices —continuó la dueña— que el caballero desconocido llegó por la posta, y que fuera hay un lacayo con los caballos... Seguramente es persona distinguida. ¿Por qué no le preguntaste si deseaba cenar? Me parece que se hallaba en el cuarto del otro caballero. Sube y pregunta si ha llamado. Quizá encargue algo

cuando vea que hay alguien en pie que puede prepararlo. Y ahora no vayas a cometer alguna de tus pifias acostumbradas, diciéndole que el fuego está apagado y las aves vivas. Y si pide carnero, no digas que no tenemos. El carnicero mató uno antes de que yo me acostara, y si se lo pido, nunca se niega a cortarlo en caliente. Ve, ve, y recuerda que hay carnero y aves. Abre la puerta y di: «Caballeros, ¿han llamado?». Y si no contestan, pregunta: «¿Qué desea para cenar su señoría?». No olvides lo de su señoría. Si no te fijas más en estas cosas, nunca medrarás.

Susana se marchó, y a poco volvió con la noticia de que los dos caballeros se habían acostado en la misma cama.

—¡Dos caballeros en la misma cama! —exclamó la fondista—. Pues no, no son dos caballeros, sino dos mequetrefes. Y creo que el joven caballero Allworthy estaba en lo cierto al pensar que ese hombre intentaba robar a la dama, ya que si hubiera abierto la puerta de ella acariciando algún proyecto galante, no se hubiera introducido ahora en otro cuarto para ahorrarse el gasto de una cena y de una cama para él solo. Lo más seguro es que sean ladrones, y eso de que van haciendo averiguaciones sobre una mujer no es más que una excusa.

Al decir esto, la fondista cometía una grave equivocación con Mr. Fitzpatrick, que era caballero de nacimiento, aunque sin un penique, y al que si bien podían señalársele algunos defectos, no era ningún ratero ni ningún miserable. Por el contrario, era tan generoso, que había ya dilapidado toda la fortuna que llevó su mujer al casarse, excepto una pequeña cantidad que estaba a nombre de ella, y era el caso que con el fin de apoderarse de esta pequeña parte la había tratado con tal crueldad y dado muestras de unos celos tales, que la pobre mujer se había visto obligada a huir de él.

Este caballero se encontraba en extremo cansado tras de su largo viaje desde Chester, hecho en una sola jomada, y esto, unido a los golpes recibidos en la pelea y al disgusto que ya llevaba encima, le habían privado de apetito. Y ahora, tras del gran desengaño sufrido con la mujer que por indicación de la camarera confundió con su esposa, no se le ocurrió que ésta podía verdaderamente encontrarse en la casa a pesar de no haberla encontrado a las primeras de cambio. Por consiguiente, aceptó los consejos de su amigo, que le instaba a que no siguiera sus pesquisas por aquella noche, y la generosa oferta de su cama que éste le hacía.

El lacayo y el postillón se encontraban, sin embargo, en distinta disposición de ánimo, más dispuestos a pedir que la fondista a dar. Pero la fondista, tras de convencerse por su mediación de la verdad del caso, así como de que Mr. Fitzpatrick no era ningún ladrón, se decidió por fin a servirles un trozo de carne fiambre, que estaba siendo devorada con gran apetito cuando Partridge penetró en la cocina. Partridge se había despertado con la trifulca, y más tarde, cuando trató de conciliar el sueño, un mochuelo colocado cerca de su ventana comenzó a darle una molesta

serenata. Lleno de susto, se tiró de la cama y, tras de vestirse apresuradamente, bajó a distraerse en compañía de los que se encontraban en la cocina, a los que oía hablar.

Su llegada impidió que la fondista se retirara a descansar, cosa que estaba a punto de hacer. Pero el amigo del joven caballero Allworthy no resultaba materia despreciable, ya que pidió una pinta de vino con especias. La fondista se apresuró a obedecer la orden, poniendo al fuego una pinta de sidra, que siempre reemplaza con ventaja cualquier clase de vino.

Cuando el lacayo irlandés se marchó a la cama, el postillón se dispuso a imitarle, pero Partridge le invitó a que se quedara y le ayudase a terminar su vino, lo que el muchacho aceptó de buena gana. El maestro temía volverse a meter en la cama, y como no sabía cuánto tiempo le acompañaría la fondista, resolvió asegurarse la compañía del muchacho, en cuya presencia no tendría miedo ni del diablo ni de ninguno de sus satélites.

Poco después llegó otro postillón a la puerta de la fonda, y, tras de haber enviado a Susana afuera, entró un hombre acompañando a dos mujeres jóvenes que vestían trajes de montar, uno de los cuales se hallaba tan adornado con encajes, que Partridge y el postillón se levantaron a una de sus asientos y la fondista comenzó a hacer reverencias.

La dama que lucía el rico vestido insinuó una amable sonrisa y dijo:

—Si me lo permite, señora, me calentaré unos minutos ante el fuego de su cocina, ya que hace mucho frío. Pero desearía que nadie abandonase sus asientos.

Estas palabras fueron dirigidas a Partridge, que se había retirado a un rincón de la cocina lleno de admiración ante el esplendor del vestido de la joven. Pero ésta llevaba en sí otro título mejor que el esplendor de su vestido, ya que se trataba de una de las criaturas más bellas del mundo.

La dama rogó a Partridge que volviera a tomar asiento, pero no consiguió que lo hiciera. Entonces se despojó de los guantes y alargó hacia el fuego sus dos manos, que eran tan blancas como la nieve. La otra dama, que era doncella de la primera, se quitó también los guantes, descubriendo lo que por el color y por la frialdad parecía ser un pedazo de carne congelada de buey.

—Me parece, señora, que no podrá usted continuar el viaje por esta noche —dijo la doncella—. Temo que la fatiga sea demasiado grande.

—Es cierto —exclamó la fondista—. No puede usted pensar en continuar el viaje. Permítame que le suplique que se quede. ¿Qué quiere usted cenar? Tengo camero y pollo guisado de varias maneras.

—Para mí sería más desayuno que cena —contestó la viajera—. Pero no voy a comer nada, y si me quedo, será tan sólo para descansar durante una hora o dos. Sin embargo, si hace usted el favor, puede servirme un poco de vino blanco.

—En seguida —contestó la fondista—. Tengo un excelente vino blanco. Pero

permítame que insista en que coma algo.

—Le aseguro que no podría probar bocado —repuso la dama—, y le quedaré muy agradecida si prepara una habitación lo antes posible, ya que estoy resuelta a volver a montar a caballo dentro de tres horas.

—Susana —dijo la fondista, dirigiéndose a la criada—, ¿hay alguna chimenea encendida en *El Ganso Salvaje*? Lo siento mucho, señora —continuó dirigiéndose a la recién llegada—, pero mis mejores habitaciones están ocupadas. En estos momentos están durmiendo en ellas personas muy distinguidas. Albergamos a un noble caballero y a otras personas de calidad.

Susana contestó que los caballeros irlandeses se hallaban en *El Ganso Salvaje*.

—¿Se ha visto nada igual? —dijo la fondista—. ¿Por qué no reservas algunos de los cuartos mejores para gente de calidad que se presente de improviso? Aunque si esos que lo ocupan son caballeros de verdad, no cabe duda de que se levantarán y cederán la habitación cuando sepan que se trata de una señora como usted.

—De ningún modo —contestó la viajera—. No quiero que nadie se moleste por mí. Si usted dispone de alguna habitación medio decente, aunque no sea lujosa, con eso me basta. Le suplico, señora, que no se tome molestias por causa mía.

—¡Oh! —exclamó la fondista—. Tengo varias habitaciones bastante buenas, pero temo que ninguna sea digna de usted. Pero ya que es tan condescendiente... Escucha, Susana, enciende el fuego en la habitación rosa. ¿Quiere usted, señora, ir a ella ahora mismo, o bien prefiere esperar a que la chimenea esté encendida?

—Creo que ya me he calentado bastante —contestó la viajera—. Así que me iré a mi habitación ahora mismo. Temo haber tenido a todos, y en particular a este caballero —y se dirigió a Partridge—, alejados del fuego mucho tiempo. No puedo permitir que por mi culpa nadie permanezca alejado del fuego con este tiempo tan frío.

Tras esto, la viajera salió acompañada por su doncella y la fondista, que iba delante alumbrándoles el camino.

Cuando la mujer estuvo de regreso, la charla en la cocina tuvo como tema los muchos encantos de la joven dama. En la belleza perfecta hay un poder al que apenas le es posible resistir a nadie, pues si bien la dueña de la fonda no se sintió muy satisfecha con la negativa dada a su cena, afirmó que jamás en su vida había contemplado una mujer más adorable. En cuanto a Partridge, prodigó a su rostro los mayores elogios, a la vez que dedicaba algunos otros al dorado encaje de su vestido. El postillón alabó su bondad, en lo que se mostró de acuerdo el otro postillón, que acababa de penetrar en la cocina.

—Es una señora buena de verdad —afirmó—, pues se preocupa por los animales. Durante el viaje me ha preguntado más de una vez si no me creía que los caballos podían cansarse al marchar tan de prisa. Y cuando hemos llegado aquí me ha pedido

que le diéramos un buen pienso.

Éstos son los encantos de la amabilidad y del buen corazón, los cuales suelen provocar las alabanzas de toda clase de gentes. Pueden compararse a la tan celebrada Mrs. Hussey^[13]. Con ellos se realzan todas las perfecciones de las mujeres y disminuyen y esconden todos los defectos. Breve reflexión que no podemos por menos de hacernos en este lugar, en donde el lector ha podido admirar la belleza de un carácter afable por demás. Y la verdad nos obliga ahora a contrastarla, mostrando el reverso de la medalla.

CAPÍTULO IV

DONDE SE DAN RECETAS INFALIBLES PARA GANARSE LA ANTIPATÍA Y EL ODIOS UNIVERSALES.

En cuanto su señora se hubo metido en el lecho, la doncella corrió a la cocina para regalarse el paladar con algunos de los manjares que su ama había rehusado.

Al verla entrar en la cocina, todos los presentes mostraron hacia ella idéntico respeto que antes habían tenido para con su ama, y todos se pusieron en pie. Pero la criada se olvidó de imitar a su ama rogándoles que volvieran a ocupar sus asientos. En realidad, casi hubiera sido imposible que lo hicieran, pues colocó su silla de tal modo que ocupaba todo el fuego, o poco menos. A continuación ordenó que asaran inmediatamente un pollo, afirmando que si en un cuarto de hora no estaba listo no esperaría por él. Aunque el pollo se encontraba sobre una pértiga del gallinero y exigía que se cumplieran una serie de ceremonias previas tales como cogerlo, matarlo y pelarlo antes de que pudiera ser colocado en la parrilla, la dueña de la fonda se hubiese comprometido a tenerlo a punto en el plazo de tiempo que le habían concedido. Pero como la fondista había sido admitida por desgracia entre bastidores, tenía que ser testigo de la *fourberie*^[14], y por esta razón la pobre mujer se vio obligada a decir que no tenía ningún pollo en casa en aquellos momentos.

—Pero, señora —se apresuró a decir—, puedo traer al instante carne de carnero de la carnicería.

—¿Es que cree usted que poseo un estómago de caballo para comer carne de carnero a estas horas de la noche? —contestó la doncella—. Sin duda, los fondistas se imaginan que todos son como ellos. Confieso que no esperaba encontrar nada en este desgraciado lugar. Y crean que me sorprende mucho que mi señora se haya detenido en él. Supongo que sólo trajinantes y comerciantes deben de alojarse en esta fonducha.

Al oír esto, la fondista montó en cólera, pero consiguió dominarse, limitándose a responder que gracias a Dios sólo la frecuentaban gentes de alcurnia.

—No me hable usted de alcurnia —replicó la doncella—. Conozco a mucha más gente distinguida de la que puede usted conocer. Pero sin molestarme con más impertinencias, le suplico que me diga qué puedo cenar en su casa, pues si bien no puedo comer carne de carnero, siento una verdadera hambre.

—No me volverá usted a coger desprevenida, se lo aseguro, pues tengo que confesar que no tengo nada en casa, salvo un trozo de asado de carne de vaca, que el lacayo, y el postillón de un caballero casi han dejado en el hueso.

—Por favor, fondista —exclamó Mrs. Abigail, pues a este nombre respondía la

doncella—, le suplico a usted que no me revuelva el estómago. Aunque tuviera que ayunar durante un mes, me sería imposible comer lo que ha sido tocado por los dedos de esos individuos. ¿Es que en este terrible lugar no hay nada decente que pueda una mujer llevarse a los labios?

—¿Qué le parecerían a usted unos huevos con tocino? —inquirió ahora la fondista.

—¿Son frescos? ¿Está usted segura de que son del día? Y corte el tocino muy fino, pues no puedo soportar nada grueso. Le ruego que procure ser tolerable por una vez, y no piense usted que tiene en su casa a la esposa de un campesino o una persona por el estilo.

La fondista se disponía ya a empuñar el cuchillo, pero la doncella la detuvo diciendo:

—Buena mujer, mucho le agradecería que antes se lavara las manos, pues soy una mujer muy pulcra y desde la cuna estoy acostumbrada a tenerlo todo dispuesto de la forma más elegante y aseada.

La fondista, que por sí sola se manejaba con evidente dificultad, dio comienzo a los preparativos necesarios, ya que Susana había sido rechazada tan despiadadamente y con tan soberano desdén, que la infeliz tuvo que hacer un verdadero esfuerzo sobre sí misma para no utilizar las manos, del mismo modo que su ama tuvo que hacer un esfuerzo para contener la lengua. Mas este órgano no pudo refrenarlo por completo, pues entre dientes se la oyó murmurar alguna que otra palabra agresiva.

Mientras le preparaban la cena, Mrs. Abigail comenzó a lamentarse de no haber ordenado que le encendieran fuego en el gabinete, aunque al cabo terminó reconociendo que era demasiado tarde para ello.

—Sin embargo —aseguró—, es para mí una novedad comer en una cocina. No recuerdo haberlo hecho jamás antes de ahora.

Y volviéndose luego a los postillones, les preguntó por qué no estaban en la cuadra con sus caballos.

—Si he de comerme aquí mi tocino —dijo, dirigiéndose a la fondista—, deseo que la cocina quede libre de todos los pelagatos de la población. En cuanto a usted, señor —añadió dirigiéndose a Partridge—, veo que tiene usted aspecto de caballero, y puede permanecer aquí, si gusta. Sólo deseo molestar a la plebe.

—Sí, sí, señora —exclamó Partridge—, soy de veras un caballero, se lo aseguro, y no se me importuna tan fácilmente. *Non semper vox casualis est verbo nominativus.*

Mrs. Abigail tomó estas palabras latinas por un insulto, y contestó:

—Será usted un caballero, señor, no lo pongo en duda, pero no lo demuestra al dirigirse en latín a una mujer.

Partridge dio la réplica oportuna y concluyó con otras frases en latín, para las que ella tuvo un claro gesto de desprecio.

Dispuesta ya la cena, Mrs. Abigail comió con excesivo apetito para tratarse de persona tan delicada como ella había anunciado; y mientras ordenaba que le preparasen una segunda ración de lo que ya había probado, dijo:

—¿De modo, señora, que su casa es muy frecuentada por gente de alcurnia?

La fondista respondió en tono afirmativo, asegurando que:

—Ahora precisamente se encuentran en mi casa personas muy finas. Sin ir más lejos, se aloja aquí esta noche el joven caballero Allworthy, como bien sabe este caballero.

—Y, dígame, ¿quién es ese joven caballero tan distinguido, ese joven caballero Allworthy? —preguntó Mrs. Abigail.

—¡Quién ha de ser, sino el hijo del gran caballero Allworthy de Somersetshire! —replicó Partridge.

—Crea que me sorprende usted con lo que acaba de decir —repuso la doncella—. Yo conozco a Mr. Allworthy de Somersetshire muy bien, y me consta que no tiene ningún hijo vivo.

La fondista, al oír esto, aguzó los oídos, en tanto que Partridge pareció un tanto turbado. No obstante, tras de un breve titubeo, contestó:

—Es cierto, señora, que no todo el mundo le tiene por hijo del caballero Allworthy, pues jamás se casó con su madre. Pero hijo suyo sí lo es, y será heredero tan cierto como que se llama Jones.

Al oír este apellido, Abigail dejó caer en el plato el trozo de tocino que en aquel momento se llevaba a la boca y exclamó:

—¡Cómo, señor! ¿Es posible que Mr. Jones sea conocido en esta casa?

—*Quare non?* —repuso Partridge—. No sólo es posible, sino cierto.

Abigail se dio prisa en dar cuenta de su cena, y en cuanto acabó se fue apresuradamente en busca de su ama, entablándose entre ambas mujeres la conversación que podrá leerse en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO V

DONDE SE EXPLICA QUIÉNES ERAN LA DAMA AMABLE Y LA DESABRIDA DONCELLA.

Como rosa encarnada florecida en el mes de junio, plantada por casualidad entre lilas, que mezcla su encantador color bermejo con el tono suave de aquéllas; o bien como juguetona ternera durante el bello mes de mayo mezcla su fragante aliento con el de las praderas floridas; o bien como palomo apacible que durante el hermoso mes de abril, posado en la rama de un árbol, piensa en su compañera, de todas estas formas, aunque con mayor encanto, con un aliento más perfumado, con el pensamiento fijo en su Tom, con el corazón tan rebotante de bondad y tan inocente como belleza había en su rostro, Sophia, pues era ella en persona, yacía en el lecho apoyada su bella cabeza en una mano, cuando en la habitación penetró su doncella, que, dirigiéndose apresuradamente hacia la cama, exclamó:

—Señorita, ¿a que no adivina usted quién se encuentra en esta casa?

Sobresaltada, Sophia murmuró:

—Espero que no nos habrá alcanzado mi padre.

—No, no, señorita. Pero es uno que vale por cien padres. Se trata del propio Mr. Jones.

—¡Mr. Jones! —exclamó Sophia—. ¡Imposible! No puede ser que yo tenga tanta suerte.

La doncella contó lo que sabía, y su ama la envió inmediatamente a llamar a Mr. Jones, ya que estaba decidida a verle en seguida.

Tan pronto como Mrs. Honour salió de la cocina, la fondista empezó a criticarla nuevamente. La mujer había estado conteniendo su lengua, y ahora salieron los improperios de su boca como la basura se derrama del carro que la transporta tan pronto quitan el tablero que la impedía caer. Partridge hizo coro a las censuras y, cosa que tal vez sorprenda al lector, no sólo atacó a la doncella, sino que intentó mancillar también a Sophia.

—Dime con quién andas y te diré quién eres —dijo—. *Noscitur a socio* es un dicho muy verdadero. Desde luego, hay que reconocer que la señora elegante es la más educada de las dos. Pero yo juraría que ambas son personas dudosas. A mi juicio, se trata de una pareja de aventureras. Ninguna persona de rango viaja de noche sin criados.

—Sí, sí, tiene usted razón. Son unas sinvergüenzas —dijo la fondista—. Nadie que se precie entra en una casa sin encargarse una cena, la coma o no la coma.

Cuando estaban hablando de este modo se presentó en la cocina Mrs. Honour, que

venía a cumplir el recado. La doncella rogó a la fondista que despertase inmediatamente a Mr. Jones y que le dijera que una señora quería hablar con él. La fondista endosó el recado a Partridge diciendo que él era amigo de Jones y que ella, por su parte, no molestaba nunca a los huéspedes, especialmente a los caballeros. Y después de decir esto, salió rápidamente de la cocina.

Mrs. Honour se dirigió entonces a Partridge, pero éste trató de zafarse del compromiso.

—Mi amigo se acostó muy tarde —dijo—, y seguramente se enfadaría si le despertasen tan pronto.

Pero Mrs. Honour insistió en que le llamasen, diciendo que estaba segura de que, en lugar de enfadarse, se pondría muy contento al conocer el motivo por el que le despertaban.

—En otra ocasión quizá se hubiera puesto contento —contestó Partridge—. Pero *non omnia possunt omnes*. Para un hombre razonable es suficiente una mujer en un momento dado.

—¿Qué quiere usted decir, señor? —preguntó Honour.

—No me refiero a ninguna de ustedes dos —respondió Partridge.

Acto seguido, Partridge contó sin rodeos que Tom Jones estaba acostado con una mujer, y, al hacerlo, empleó una frase demasiado cruda para que pueda ser repetida aquí. Esto encolerizó tanto a Mrs. Honour que, tras de llamarle estúpido, regresó rápidamente junto a su ama, a la que informó del resultado de su encargo. Y estaba tan enfadada contra Jones que habló como si éste hubiera pronunciado todas las palabras dichas por Partridge. La doncella arremetió con verdadera saña contra el noble caballero, aconsejando a su ama que dejase de pensar en un hombre que nunca se había mostrado digno de ella. Después contó la historia de Mary Seagrim, haciendo un malicioso hincapié en la última huida de Jones, cuando estaba al lado de Sophia. Esto quedaba corroborado por el incidente actual.

Sophia estaba ahora tan preocupada por lo que había dicho su doncella, que no pensó en detener su verborrea. Pero al fin la interrumpió:

—No creo nada de todo eso. Algún villano le ha calumniado. Dice usted que lo sabe por un amigo de él. Pero los amigos no revelan tales secretos.

—Ese amigo le debe servir de alcahuete —repuso Honour—. Nunca vi a un hombre más malcarado. Aparte de que esos individuos tan libertinos como Mr. Jones nunca se avergüenzan de estas cosas.

La conducta de Partridge no tenía, en efecto, excusa. Pero el caso era que no había podido dormir bien el vino ingerido la noche anterior, dosis que en la madrugada se vio aumentada por la pinta de vino o, por mejor decir, con el espíritu de malta, ya que la sidra no era pura. Debido al líquido ingerido se sentía muy comunicativo y no había secreto que no comunicase, ya que lo mismo que era el más

curioso de los mortales y andaba siempre averiguando los secretos de los otros, soltaba todo lo que sabía.

Sophia, atormentada por la ansiedad, no sabía qué creer ni qué partido tomar. En estas entró en el cuarto Susana llevándole el vino blanco. En voz baja, Mrs. Honour aconsejó a su ama que sonsacase a la camarera, la cual diría probablemente la verdad. Sophia se mostró conforme y dijo:

—Acérquese, joven, y dígame la verdad sobre lo que le voy a preguntar. Le prometo recompensarle. ¿Se encuentra aquí un joven caballero, un joven caballero de buen porte, que...?

Al llegar aquí, Sophia se ruborizó y no acertó a seguir. Honour continuó:

—¿Un joven caballero que llegó aquí acompañado de ese bribón que ahora está en la cocina?

—Sí, señora, está —contestó Susana.

—¿Y no sabe usted también algo sobre una señora? —prosiguió Sophia—. No le pregunto si es guapa o no. Quizá no lo sea. Pero eso no viene al caso. Insisto: ¿no sabe usted nada de la tal señora?

—Señorita —dijo Mrs. Honour, interrumpiendo—, haría usted muy mal examinador. Diga, muchacha: ¿no está ese caballero en la cama, en estos momentos, con una perdida?

Susana sonrió y permaneció silenciosa.

—Conteste a la pregunta, muchacha —pidió Sophia—. Conteste, y aquí hay una guinea para usted.

—¿Una guinea, señora? —exclamó Susana—. ¿Y qué es una guinea? Si mi ama se enterara que yo me voy de la lengua, perdería mi puesto.

—Bien, pues aquí hay otra más —repuso Sophia—. Y le prometo formalmente que su ama no sabrá nunca una palabra.

Tras de un breve titubeo, Susana tomó el dinero y contó todo lo que sabía, concluyendo de este modo:

—Si siente usted mucha curiosidad, señora, puedo entrar de puntillas en el cuarto y cerciorarme de si él está o no está en su cama.

Sophia accedió a ello, y la muchacha regresó con una respuesta negativa.

Sophia se puso pálida y se echó a temblar. Entonces su criada le suplicó que no se alterase y que dejara de pensar en un hombre tan indigno.

—Señora, espero que no se ofenda —dijo Susana—. Pero... ¿no es usted Mrs. Western?

—¿Cómo diablos me conoce usted? —demandó Sophia.

—Ese hombre que está en la cocina habló anoche de usted. Pero espero que no se enfade usted conmigo.

—Desde luego que no estoy enfadada con usted —repuso Sophia—. Pero le

suplico que me lo cuente todo. La recompensaré.

Susana comenzó su relato:

—El hombre nos contó en la cocina que miss Sophia Western... En realidad, no sé cómo decirlo...

Guardó silencio hasta que Sophia y la doncella la animaron a proseguir.

—Señora, nos dijo que usted estaba muy enamorada del joven caballero y que éste se marchaba a la guerra para librarse de usted. Creí que se trataba de una pobre infeliz, pero ahora que veo que es usted tan distinguida, tan rica y tan guapa, y al pensar que ha sido abandonada por una mujer ordinaria, pues con seguridad lo es y, por añadidura está casada, me siento de veras indignada.

Sophia le entregó una tercera guinea, y, tras de decirle que sería amiga suya si no contaba a nadie lo ocurrido ni decía a persona alguna quién era ella, la despidió, no sin encargarle que dijera al postillón que preparase los caballos para marchar en seguida.

Al quedarse sola con su mujer de confianza, Sophia aseguró que jamás se había sentido más tranquila que en aquellos momentos.

—Estoy convencida de que no sólo es un villano, sino también un hombre ruin y de baja estofa —dijo—. Podría perdonarle todo, menos que mi nombre sea pronunciado en las cocinas de las posadas. Le desprecio. Sí, Honour, ahora estoy tranquila, muy tranquila —acabó, al tiempo que prorrumplía en violento llanto.

Después de un cierto tiempo, empleado por Sophia en sollozar y en asegurar a su doncella que se encontraba perfectamente serena, Susana regresó con la noticia de que los caballos estaban dispuestos. De súbito, a nuestra heroína se le ocurrió un pensamiento extraordinario, una idea que le serviría para enterar a Jones que ella había estado en la fonda, y de tal modo le enteraría, que si en él quedaba aún un poco de rescoldo de afecto hacia ella, recibiría un cierto castigo por sus faltas.

El lector recordará el pequeño manguito que en esta historia ha sido citado más de una vez. Desde la partida de Tom Jones, este manguito había sido el constante compañero de Sophia durante el día y su compañero de cama durante la noche. En aquel momento, lo tenía en el brazo. Pues bien, rebosante de indignación, se desprendió de él y, tras de escribir su nombre con lápiz en un pedazo de papel y de sujetar el papel al manguito con un alfiler, sobornó a la doncella para que lo llevase a la cama de Mr. Jones, encargándole que si él no lo encontraba, buscara la manera, a la mañana siguiente, de colocárselo delante de los ojos.

Después de haber abonado la cena de su doncella, en cuya cuenta la posadera había incluido el gasto de lo que ella pudo haber comido y no comió, montó a caballo, y tras de asegurar a su compañera que se encontraba perfectamente tranquila, prosiguieron el viaje.

CAPÍTULO VI

DONDE SE HABLA, ENTRE OTRAS COSAS, DE LA INGENUIDAD DE PARTRIDGE, DE LA LOCURA DE TOM JONES Y DE LA TONTERÍA DE FITZPATRICK.

Eran ya las cinco de la madrugada, y la gente comenzó a ponerse en pie y encaminarse hacia la cocina. Entre los que se levantaron figuraban el sargento y el cochero, los cuales, del todo reconciliados, bebieron juntos una copa.

Durante esta libación no sucedió nada raro, si prescindimos de la conducta de Partridge, el cual, cuando el sargento brindó por el rey Jorge, repitió sólo la palabra rey, sin que se consiguiera que pronunciase ninguna más. Aunque iba a luchar en favor del rey Jorge, no se decidía a brindar pronunciando su nombre.

Una vez en su lecho, Mr. Jones —aunque tiene que perdonársenos el que no digamos de dónde regresaba— llamó a Partridge, quien, tras de un prólogo harto ceremonioso y luego de haber logrado autorización para dar su consejo, dijo lo que sigue:

—Señor, es un viejo refrán, pero muy cierto, que un hombre sabio puede tomar en ocasiones consejo de un tonto. Por esta razón oso darle a usted uno, y éste es que regrese a casa y deje estas *horrida bella*, estas guerras sangrientas, para los hombres que gustan de tragar pólvora de fusil, pues no cuentan con otra cosa para comer. Todo el mundo está al cabo de la calle de que no carece usted de nada en su casa, y, siendo así, ¿por qué tiene que irse un hombre fuera de su país?

—Partridge —exclamó Tom—, no hay duda de que eres un cobarde. Deseo, pues, que te vuelvas a tu casa y que no me molestes más.

—Pido a usted perdón, señor —repuso Partridge—. He hablado más bien por su bien que por el mío, pues en lo que hace a mí, el cielo sabe de sobra que mis circunstancias personales son bastante desastrosas, y estoy tan lejos de sentir miedo, que tanto me da una pistola, un trabuco o una cerbatana. Todos tenemos que morir. ¿Qué importa del modo que lo hagamos? Además, tal vez pierda sólo un brazo o una pierna. Le aseguro, señor, que jamás sentí el menor miedo. De modo y manera que si usted está decidido a continuar, yo estoy dispuesto a seguirle adonde sea. Pero en tal caso tengo mi derecho a opinar. No hay la menor duda de que resulta ofensivo y escandaloso viajar a pie para un caballero tan principal como usted. Aquí hay dos o tres buenos caballos en la cuadra, que el fondista no tendrá inconveniente en confiarle. Pero para el caso de que pusiera reparos, yo puedo ingeniármelas para apoderarme de ellos, y juguémonos el todo por el todo. El rey le perdonaría a usted, sin duda alguna, pues vamos a luchar por su causa.

Por nada del mundo hubiera intentado Partridge una granujada de este estilo de no haberse creído a salvo, pues era uno de esos individuos que tienen más en cuenta el patíbulo que la rectitud de los propósitos. En realidad pensaba que podía cometerse aquella felonía sin el menor riesgo, puesto que el solo nombre de Mr. Allworthy bastaría para tranquilizar al fondista. Y en el caso de que las cosas salieran mal, opinaba que podrían salir del aprieto con ayuda de los amigos de Jones y los suyos propios.

Pero cuando Tom Jones se convenció de que Partridge hablaba en serio, le increpó airado por su proposición, empleando tales palabras, que el criado intentó cambiar de tema, y afirmó que le parecía que se encontraba en una casa de mala fama, pues gracias a él no le habían molestado en el curso de la noche dos mujeres de aspecto dudoso.

—¡Cáspita! —exclamó—. Pero por lo que veo ha entrado aquí una de ellas pese a mi oposición, pues en el suelo veo el manguito de una de ellas.

Como Jones se había metido en la cama a oscuras, no vio el manguito colocado sobre la colcha, manguito que cuando él se metió en la cama cayó al suelo. Partridge lo recogió e hizo ademán de guardárselo en el bolsillo, pero Tom mostró deseos de examinarlo. El manguito era tan característico, que Jones lo hubiera reconocido sin necesidad del papel escrito prendido en él. Pero la memoria no le respondió hasta que vio escrito el nombre de Sophia Western. Entonces se apoderó de él una especie de frenesí y exclamó con la mayor ansiedad:

—¡Cielo santo! ¿Cómo ha llegado este manguito hasta aquí?

—Yo no sé más que usted —repuso Partridge—. Eso sí, vi que lo llevaba una de las mujeres que querían molestarle, de no haberme opuesto yo a ello.

—¿Dónde están? —preguntó Tom Jones, saltando de la cama y comenzando a vestirse a toda prisa.

—En este instante a muchas millas de aquí —contestó Partridge.

El comportamiento de Tom Jones en la presente ocasión, sus pensamientos, sus miradas, sus palabras, sus acciones, escapan a toda descripción posible. Tras de maldecir a Partridge y a sí mismo, ordenó al pobre hombre que le servía de criado, que estaba ahora en extremo asustado, que corriera y alquilase caballos a cualquier precio. Luego, acabando de vestirse en pocos minutos, Tom Jones corrió escalera abajo para llevar a efecto las órdenes que acababa de dar a su criado.

Mas antes de seguir con lo que sucedió en la cocina cuando Tom se presentó en ella, será necesario relatar lo que había acontecido desde que Partridge se separó de Tom Jones para cumplir sus órdenes.

El sargento acababa de marchar con sus soldados cuando los dos caballeros irlandeses bajaron al piso inferior, quejándose de que los muchos ruidos de la casa les habían impedido conciliar el sueño en toda la noche.

El coche que había llevado hasta allí a la damita y a su doncella, y que seguramente el lector creerá que era propiedad de la joven, había sido alquilado en realidad a Mr. King, de Bath, uno de los hombres más dignos y honrados del ramo del transporte, y cuyos vehículos recomendamos con el mayor calor a nuestros lectores, si tienen la suerte de viajar en el mismo coche y con el mismo cochero que figuran en la presente historia.

El cochero, que sólo tenía dos pasajeros y que supo que míster Maclachlan se dirigía a Bath, se ofreció a llevarle hasta esta ciudad por un precio bastante moderado. Se resolvió a esto cuando supo por el fondista que el caballo que Mr. Maclachlan había alquilado en Worcester se alegraría mucho más de volver con sus amigos que de proseguir un largo viaje.

Mr. Maclachlan no titubeó ni un segundo en aceptar la proposición del cochero, a la vez que convencía a su amigo Mr. Fitzpatrick para que aceptase el cuarto asiento libre. Este medio de viajar le resultaba mucho más agradable, ya que todavía sentía su cuerpo dolorido por la caminata a caballo. Y como estaba seguro de encontrar a su esposa en Bath, se dijo que un poco de retraso no tendría la menor importancia.

Maclachlan, que era el más listo de los dos amigos, tan pronto supo que aquella señora procedía de Chester, añadido a los demás detalles que le facilitó el fondista, le hizo pensar que muy bien pudiera ser la esposa de su amigo, por lo que le comunicó sus sospechas, que hasta ahora no se le habían ocurrido a Fitzpatrick. A éste se le podía considerar un producto de la naturaleza confeccionado demasiado de prisa y al que se hubieran olvidado de meter el cerebro dentro de la cabeza.

Ahora bien, con estos individuos suele suceder como con los malos podencos, es decir, que jamás aciertan con el rastro. Mas tan pronto como un perro avisado comienza a ladrar, ellos le imitan, y sin guía de rastro alguno, echan a correr hacia delante. Del mismo modo, en el preciso instante en que Mr. Maclachlan hizo mención de sus sospechas, Mr. Fitzpatrick estuvo de acuerdo con ellas, lanzándose escalera arriba para sorprender a su esposa, sin enterarse bien de dónde se encontraba. Y, por desgracia, ya que la suerte gusta de burlarse de los que se ponen incondicionalmente a sus órdenes, dio con su cabeza en varias puertas sin lograr fruto alguno. Más amable se mostró la suerte conmigo cuando me sugirió el símil de los podencos ya mencionado, ya que la pobre esposa podía ser comparada con una liebre perseguida. Lo mismo que este desgraciado animal, ella enderezaba las orejas para escuchar la voz de su perseguidor; como él, huía temblando cuando lo oía; como él, sería al final alcanzada y destruida.

Sin embargo, éste no fue el caso presente. Tras de largas pesquisas infructuosas, Mr. Fitzpatrick regresó a la cocina. Y allí, cual si se tratara de una cacería real, apareció un caballero lanzando las exclamaciones que lanzan los cazadores cuando los podencos encuentran un rastro. Acababa de apearse de su caballo y llevaba

muchos criados alrededor.

Y ahora, lector, es necesario comunicarte algo que, si ya lo conoces, eres más listo de lo que yo creía. Pero esta información será objeto del siguiente capítulo.

CAPÍTULO VII

DONDE TERMINAN LAS AVENTURAS QUE TUVIERON LUGAR EN LA FONDA DE UPTON.

En primer lugar, el caballero que acababa de llegar no era otro que el mismísimo Mr. Western, llegado hasta allí en persecución de su hija. Y de haber llegado dos horas antes, no sólo la hubiera encontrado, sino también hubiese encontrado a su sobrina, ahora esposa de Mr. Fitzpatrick, el cual huyó con ella hacía cinco años, tras de burlar la vigilancia de Mrs. Western, una prudente dama.

La esposa de Mr. Fitzpatrick había dejado la fonda al mismo tiempo que Sophia, ya que habiéndose despertado al oír la voz de su marido, mandó a buscar a la fondista, y enterada por ella de lo que sucedía, entregó a la buena mujer una crecida cantidad para que le proporcionase caballos con que poder huir. Estos medios de persuasión eran muy corrientes entonces, y aunque la fondista habría echado de su casa a la criada por haberse dejado sobornar, caso de que se hubiese enterado de ello, ella no tenía inconveniente en caer en el mismo pecado.

Mr. Western y su sobrino político no se conocían personalmente, aunque el segundo no se hubiera dado por enterado de la presencia del primero en el supuesto de que le hubiese conocido, ya que el casamiento de los jóvenes fue un casamiento forzoso y, por tanto, poco digno de tomarse en consideración, de acuerdo con las ideas de Mr. Western. Desde el momento en que tal casamiento se efectuó, el tío se olvidó de su pobre sobrina y nunca más permitió que se pronunciase su nombre delante de él.

En la cocina reinaba un gran estrépito. Mr. Western preguntaba por su hija, y Fitzpatrick, con no menos ansiedad, por su esposa. En éstas penetró en ella Tom Jones llevando en la mano el manguito de Sophia.

En cuanto Western vio a Tom, lanzó la exclamación que profieren los buenos cazadores cuando vislumbran una pieza. Corrió hacia el joven y, sujetándole, exclamó:

—¡Ya tenemos al macho! Me figuro que la hembra no andará lejos.

Ahora no describiremos el guirigay que se armó durante unos momentos. Todos hablaban a un mismo tiempo y de asuntos diferentes, por lo que sería muy difícil su transcripción y su lectura resultaría no menos desagradable.

Con ayuda de algunos de los presentes, que se interpusieron entre ambos, Tom Jones logró al fin desprenderse de Mr. Western. Nuestro héroe se declaró entonces inocente, afirmando que no sabía nada de Sophia. Pero el cura Supple terció en la conversación y dijo:

—Es tonto negarlo. Tienes las pruebas del delito en tus manos. Yo afirmaré, bajo juramento, que el manguito que tienes en tus manos pertenece a Sophia. En estos últimos días lo he visto en sus manos con frecuencia.

—¡El manguito de mi hija! —exclamó el caballero Western con acento colérico—. ¿Tiene en su poder el manguito de mi hija? ¡Las pruebas cantan! Voy a llevarte ante el juez. ¿En dónde está mi hija, desalmado?

—Señor —contestó Jones—, le ruego que se tranquilice. Desde luego, el manguito es de su hija. Pero le doy mi palabra de honor de que no la he visto.

Mr. Western había perdido toda su paciencia, pero debido a su cólera no pudo pronunciar una palabra.

Algunos de los criados habían informado a Mr. Fitzpatrick de quién era Mr. Western, y el buen irlandés pensó que se le presentaba una buena oportunidad de prestar un servicio a su tío político, obteniendo de ese modo su favor, así que se adelantó hacia Tom Jones y dijo:

—Debía avergonzarse, señor, de negar en mi misma cara que ha visto a la hija de este caballero. Me consta que les encontré juntos en la cama.

Dicho esto, se volvió hacia Western y se ofreció a conducirlo a la habitación donde se encontraba su hija, oferta que fue aceptada en el acto. Y el caballero Western, el párroco y otros señores subieron en seguida a la habitación de Mrs. Waters, que invadieron con la misma violencia con que horas antes lo había hecho Mr. Fitzpatrick.

La pobre señora que la ocupaba volvió a despertarse con la misma sorpresa y el mismo terror de la primera vez. Ante su lecho había una figura humana que muy bien podía haberse escapado de una casa de locos: tal era el extravío que reflejaban las miradas de Mr. Western, que en cuanto vio a la señora se apresuró a retroceder, demostrando así, antes de hablar, que no se trataba de la persona a quien buscaba.

Las mujeres aprecian más su reputación que su persona, así que aunque parecía que esta última estaba ahora más en peligro que antes, como la primera estaba segura, la dama no chilló con tantas energías como lo hizo en la otra ocasión. Sin embargo, en cuanto se vio sola, no quiso descansar más tiempo, y como tenía razón para no sentirse satisfecha del todo con su actual alojamiento, se vistió lo más rápidamente que le fue posible.

Mr. Western se había dedicado entretanto a registrar toda la casa, obteniendo el mismo resultado que el conseguido al despertar a Mrs. Waters. Desconsolado, volvió a la cocina, donde encontró a Mr. Jones custodiado por los criados.

Debido al escándalo, se habían levantado todos los de la casa, aunque apenas apuntaba la luz del día. Entre los huéspedes se encontraba un grave caballero que desempeñaba el cargo de juez de paz en el condado de Worcester, y en cuanto Western se enteró de ello, se apresuró a presentar ante él su querrela. El juez se negó

a actuar como tal, alegando que no se encontraba presente el oficial del juzgado ni tenía a mano el Código Penal; y como sea que él no podía conservar en su cabeza palabra por palabra todo lo legislado sobre raptos y cosas por el estilo...

Al escuchar esto, Mr. Fitzpatrick se ofreció a ayudarlo diciendo que entendía algo de leyes. En esto no mentía, pues durante tres años había trabajado como escribano de un procurador en el norte de Irlanda, hasta que decidió cambiar de vida y volver a Inglaterra, donde adoptó un oficio que no requería aprendizaje alguno: el de caballero. Y en él prosperó, como en parte se ha dicho ya.

Pues bien, Mr. Fitzpatrick declaró que al caso presente no se podía aplicar la ley referente al rapto de hijas de familia; que el hurto de un manguito era indudablemente un delito, y que los géneros encontrados encima de una persona eran prueba evidente del hecho.

El magistrado se sintió estimulado ante aquel ayudante tan competente, y ante los ruegos de Mr. Western, accedió por fin a tomar asiento en el sillón de la justicia. Una vez colocado, miró el manguito que Tom Jones conservaba aún en la mano, oyó una vez más jurar al párroco que aquel manguito era propiedad de miss Western, y se mostró casi decidido a firmar la orden de arresto contra Mr. Tom Jones.

Éste deseaba que le oyeran, cosa que consiguió después de muchos ruegos. Afirmó que el manguito había sido encontrado por Mr. Partridge, que así lo declaró. Pero aún valió más la declaración de Susana, la cual aseguró que le habían entregado el manguito y le ordenaron que lo llevase a la habitación de Tom Jones.

No se sabe si Susana hizo su declaración impulsada por un amor natural a la justicia o bien por la magnífica apostura de Jones. El caso es que su testimonio produjo tan grato efecto que el magistrado, tras de retrepase en su asiento, declaró que el asunto estaba ahora claro para el presunto reo. El párroco, por su parte, se mostró del todo conforme, añadiendo que el Señor había impedido que él fuera instrumento en la condena de un inocente. Entonces se levantó el juez, hizo libertar al preso y dio por terminado el juicio.

Mr. Western ordenó que preparasen los caballos y, una vez todo a punto, partió en persecución de su hija sin hacer el menor caso a su sobrino político ni dar respuesta alguna a su título de pariente, a pesar de los favores que acababa de recibir de él. Y era tanta su cólera y su prisa que se olvidó de pedir que le entregaran el manguito de su hija.

Tom Jones, en compañía de su amigo Partridge, también se marchó, luego de pagar su cuenta. Iba en busca de su adorable Sophia, resuelto a no abandonar nunca más su persecución. No se despidió de Mrs. Waters, cuyo recuerdo le era odioso, ya que ella, de un modo involuntario, era la causa de que él hubiera perdido la entrevista con Sophia a la que ahora prometió mentalmente constancia eterna.

En cuanto a Mrs. Waters, aprovechó la oportunidad del coche que partía hacia

Bath, para cuyo lugar salió en compañía de los dos irlandeses vestida con ropa prestada por la fondista, la cual se contentó con recibir, como recompensa por el préstamo, una cantidad que venía a ser el doble del valor de las ropas. Durante el viaje, Mrs. Waters intimó bastante con Mr. Fitzpatrick, que era un guapo mozo, haciendo todo lo posible para consolarle de la ausencia de su esposa.

Así concluyeron las diversas y extrañas aventuras que Tom Jones vivió en la fonda de Upton, donde aún se sigue hablando de la belleza y amabilidad de la linda Sophia, a la que llamaron el ángel de Somersetshire.

CAPÍTULO VIII

DONDE ESTA HISTORIA RETROCEDE.

Antes de proseguir, es conveniente volver atrás un poco con objeto de explicar el extraordinario hecho de la aparición de Sophia y de su padre en la fonda de Upton.

Como el lector recordará, en el capítulo noveno del libro séptimo, Sophia, después de un largo debate entre el amor y el deber, se decidió, como ocurre muy a menudo, en favor del último.

Como ya dijimos entonces, el debate se suscitó como consecuencia de la visita que le hizo su padre para obligarla a que se casara con Blifil. El padre pensaba que tal matrimonio se llevaría a cabo, ya que la hija le dijo: «Ya sabe usted, padre, que no puedo ni debo negarme a cumplir ninguna orden suya».

Después de esta entrevista, el caballero se retiró para tomar su trago vespertino, muy satisfecho de su hija, y como poseía un temperamento sociable y deseaba copartícipes de su felicidad, dio órdenes en la cocina para que la cerveza corriese con liberalidad. Por tal motivo, a las once de la noche no había en la casa una persona serena, excepto Mrs. Western y la encantadora Sophia.

A primera hora de la mañana fue enviado un mensaje a míster Blifil, pues aunque este caballero no estaba enterado de la primitiva negativa de la novia, no había aún recibido el consentimiento, por lo que Mr. Western deseaba comunicárselo cuanto antes, no dudando de que la propia novia en persona se lo ratificaría. En cuanto a la boda, los jefes de ambas familias la habían fijado la noche anterior para dos mañanas después.

El desayuno se sirvió en el gabinete, donde esperaba Mr. Blifil, y en donde también se hallaban Mr. Western y su hermana. En aquel momento se mandó a buscar a Sophia.

¡Oh, Shakespeare, préstame tu pluma! ¡Y tú, oh, Hogarth, préstame tus lápices! Sólo así podría yo dibujar el cuadro de la pobre doncella, que, con rostro pálido, los ojos muy abiertos, los dientes rechinantes, lengua estropajosa y las piernas temblorosas penetró en la habitación para decir que no se encontraba a miss Sophia.

—¿Qué es eso de que no se la encuentra? —gritó el caballero, levantándose de su asiento—. ¡Rayos y truenos! ¿Dónde, cuándo, cómo...? Que... ¿no se la encuentra?

—Hermano —dijo Mrs. Western con cortés frialdad—, siempre te dejas llevar por la pasión. Mi sobrina estará paseando por el jardín. Te has vuelto tan poco razonable que es imposible vivir contigo.

—Te sobra la razón —contestó el caballero, tranquilizándose con tanta rapidez como antes se había encolerizado—. He perdido el dominio de mí mismo al oír a la

criada que no se encontraba a Sophia.

A continuación dio órdenes para que en el jardín tocasen la campana y luego volvió a tomar asiento ante la mesa completamente tranquilizado.

Los hermanos Western resultaban, en la mayoría de los casos, extremadamente distintos uno de otro. El hermano no preveía los hechos lejanos, pero sí era el más sagaz de los dos para verlos en el momento en que ocurrían. La hermana, en cambio, los veía perfectamente cuando se hallaban lejos, pero no veía claro los hechos que tenía ante los ojos. El lector ha tenido ocasión de observar en ellos varios ejemplos, ya que ambos eran algo exagerados en sus apreciaciones. La hermana preveía a menudo lo que nunca ocurría; el hermano veía con no menos frecuencia más de lo que ocurría.

Sin embargo, esto no ocurrió en el caso presente. Del jardín trajeron el mismo informe que antes, o sea que no se encontraba a miss Sophia.

El propio Western se puso entonces en acción y comenzó a pronunciar a voces el nombre de su hija, haciéndolo con voz tan potente como la que utilizó Hércules para llamar a Hylas; y así como el poeta nos relata que toda la costa repitió, formando eco, el nombre de aquel bello doncel, así en este caso la casa, el jardín y los campos vecinos repitieron el nombre de Sophia, imitando unas veces las voces broncas de los hombres, y otras las agudas de las mujeres.

Durante largo rato reinó la mayor confusión, hasta que el caballero, después de fatigar sus pulmones, volvió al gabinete, en donde encontró a su hermana y a Blifil, dejándose caer con expresión abatida en un sillón.

Su hermana le consoló del siguiente modo:

—Querido hermano, lamento de veras lo sucedido, así como que mi sobrina se haya comportado de una manera tan impropia de su familia. Pero todo esto es consecuencia de tu modo de obrar, y sólo a ti debes echar la culpa. Sabes de sobra que ha sido educada en contra de mis consejos, y ése es el resultado obtenido. ¿No te he repetido hasta la saciedad que no permitieras a Sophia que hiciera lo que le viniese en gana? Pero ya sabes que jamás pude convencerte, y tras de haberme tomado un gran trabajo en extirpar de ella sus tercas opiniones y de rectificar tus errores de táctica, sabes bien que se la apartó de mi lado, de modo que no me considero responsable de nada de lo ocurrido. Si yo me hubiera encargado por completo de su educación, estoy segura de que no se hubiese producido el incidente de ahora. Por lo tanto, querido hermano, puedes consolarte pensando que todo es obra tuya. A fin de cuentas, ¿qué otra cosa podía esperarse después de tanta indulgencia?

—¡Caramba, hermana! —exclamó Mr. Western—. Eres capaz de volver a un hombre tarumba. ¿Qué he consentido yo a mi hija? ¿Dices que no le he dejado hacer más que su voluntad?... Tan sólo hace una noche que la amenacé con encerrarla en su habitación a pan y agua por el resto de sus días. Eres capaz de hacer perder la

paciencia al mismo Job, querida.

—¿Quién ha oído cosa semejante? —replicó la hermana—. Hermano, te aseguro que si yo tuviera la paciencia de cincuenta Jobs, lograrías que me olvidase de toda paciencia y decoro. ¿Por qué te entrometes en estos asuntos? ¿No te supliqué, no te pedí que dejaras en mis manos la dirección de todo? Pero tú has hecho fracasar toda mi campaña con el paso en falso que has dado. ¿Quién que estuviera en su sano juicio hubiera provocado a una hija como tú lo has hecho? ¿Cuántas veces te he dicho que las mujeres inglesas no pueden ser tratadas como esclavas circasianas? Contamos con la protección del mundo entero. Nosotras hemos de ser conquistadas por medios suaves, y en modo alguno ser amenazadas, intimidadas ni maltratadas. Doy gracias a Dios porque no rija aquí la ley sálica. Hermano, tus maneras son tan bruscas, que ninguna mujer es capaz de soportarlas, salvo yo. No me sorprende que mi sobrina se asustara, que fuera presa del pánico ante las medidas que tomaste con ella, y con la mayor franqueza te digo que Sophia podrá justificarse ante la opinión pública por lo que ha hecho. Vuelvo a repetirte, hermano, que debes consolarte pensando que todo es culpa tuya y nada más que tuya. ¿Cuántas veces no te he aconsejado...? —Al llegar aquí, Mr. Western se levantó de súbito de su asiento y tras de lanzar dos o tres terribles maldiciones, salió a toda prisa de la estancia.

Cuando estuvo fuera, Mrs. Western continuó culpando a su hermano con mucho más ardor que cuando se encontraba presente, y buscando alguien que corroborase su opinión, se le ocurrió acudir a Mr. Blifil, que, con suma complacencia, aprobó todos sus puntos de vista, aunque eso sí, disculpó todos los yerros de Mr. Western.

—Puesto que deben considerarse —aseguró— consecuencia del apasionado cariño de un padre, que casi linda en una apasionada debilidad.

—Tanto más inexcusable —contestó la dama—, cuanto que está dispuesto a labrar la desgracia de su hija con su extremado cariño.

En esto también se mostró conforme Blifil.

Mrs. Western empezó a preocuparse por lo que pensaría aquel joven de todo lo sucedido. Desde este punto de vista, no pudo por menos de censurar cruelmente la locura de su sobrina, aunque, siempre en sus trece, acabó echando la culpa de todo a su hermano, el cual no tenía perdón de Dios por haber ido tan lejos sin saber por anticipado si su hija daría su consentimiento.

—Pero siempre ha sido —continuó— de temperamento terco y violento, y no me perdono las ocasiones en que no intenté guiarle con mis consejos.

Luego de otro rato de charla, que tal vez no serviría al lector de distracción, en el caso de que la reprodujéramos aquí, Mr. Blifil se despidió de la dama y regresó a su casa, no muy satisfecho de su fracaso, si bien la filosofía que había aprendido con Square y el espíritu religioso que le había inculcado Thwackum, junto con algo más, le ayudaron a soportar aquel doloroso golpe con mucha mayor resignación que la

mayoría de los enamorados.

CAPÍTULO IX

DONDE SOPHIA HUYE DE SU CASA.

Consideramos que ya es tiempo de ocuparse de Sophia, a quien el lector, si la aprecia tanto como yo, se alegrará de ver lejos de las garras de su iracundo padre y de las de su frío amante.

Por doce veces el mazo del tiempo batió la sonora campana convocando a los fantasmas para su ronda nocturna. En otras palabras, era ya la medianoche, y toda la familia se hallaba entregada al sueño, excepto Mrs. Western, que leía con suma atención un folleto político, y nuestra heroína, que descendió la escalera con todo cuidado para no hacer ruido, y quitando la barra y abriendo una de las puertas de la casa, se dirigió a buen paso hacia el lugar de la cita.

Pese a la excelente maña que en la mayor parte de las ocasiones se dan las damas para manifestar sus temores con el más fútil pretexto —casi tantas como emplea el sexo contrario para ocultar los suyos—, existe una clase de valor que no sólo le cuadra a la mujer, sino que con frecuencia le es necesario para cumplir con su deber. Es la idea de fiereza y no la del valor la que destruye el carácter femenino, puesto que ¿quién puede leer la historia de la celebrada Arria sin concebir tan elevada opinión de su delicadeza y ternura como de su energía? Quizá más de una mujer que chilla a la vista de un ratoncillo o de una rata, es capaz de envenenar a su marido, o lo que es peor aún, de convencerle para que se envenene por sí mismo.

Sophia, que contaba con toda la delicadeza que puede poseer una mujer, disponía al propio tiempo de una gran presencia de espíritu. Por esta razón, cuando compareció en el lugar convenido y en lugar de encontrar allí a su doncella, tal como habían convenido, vio a un hombre montado a caballo que se dirigía hacia ella, no se puso a chillar ni se desmayó, lo cual no quiere decir que el pulso no le latiera con ritmo acelerado, ya que, por lo pronto, se sintió sorprendida y experimentó un cierto miedo. Pero éste desapareció tan rápidamente como había surgido en cuanto el hombre, tras de quitarse el sombrero, le preguntó con todo respeto si esperaba encontrar a otra dama, añadiendo a continuación que había sido enviado allí para conducirla al lado de la tal dama.

Sophia no tenía motivos para encontrar sospechosa esta declaración, y montó a caballo decidida a seguir al hombre, el cual la condujo hasta una población situada a cinco millas, donde encontró a la buena de su doncella Honour, que en la aventura había querido salvaguardar su persona enviando a un mensajero con instrucciones.

Ambas mujeres discutieron luego el camino que debían seguir al objeto de escapar a la persecución de míster Western que, a no dudar, no tardaría en empezar a

buscarlas. El camino de Londres ofrecía grandes encantos para Honour, que deseaba recorrerlo. Pensaba que como Sophia no sería echada de menos hasta las ocho o las nueve de la mañana siguiente, sus perseguidores no podrían alcanzarlas aunque supieran el camino seguido por ellas. Pero Sophia aventuraba demasiado en la empresa para dejar sin atar algún cabo. Tampoco confiaba mucho en sus propias piernas en una lucha en la que habría de decidir la rapidez. Por lo tanto, resolvió viajar por la comarca, pero no en dirección a Londres, sino en la opuesta. Más tarde, ya tomaría el camino directo a Londres. Alquiló caballos y se valió del mismo guía que la había acompañado desde la casa de su padre, con la diferencia de que ahora llevaba en la grupa una carga mucho más pesada y menos agradable que antes, pues consistía en un gigantesco portamantas que contenía los adornos con los que la bella Honour esperaba hacer grandes conquistas, y, al final, su fortuna en la ciudad de Londres.

Cuando llevaban recorridos unos doscientos metros por el camino de Londres, Sophia se acercó al guía, que iba detrás, y con voz mucho más dulce que la de Platón, aunque se supone que la boca de éste estuvo siempre llena de miel, le rogó que echara por el primer camino que condujera a Bristol.

Lector, créeme si te digo que no soy supersticioso ni tengo fe en los milagros modernos. Por eso no me atrevo a afirmar la verdad de lo que voy a escribir, ya que ni yo mismo lo creo. Pero la fidelidad de historiador me obliga a referir lo que se me ha dicho confidencialmente. El caballo del guía se sintió tan complacido al oír la voz de Sophia, que se paró en seco y se negó a proseguir.

Quizá sea esto verdad y menos milagroso que lo que a primera vista parece, ya que se puede explicar por una causa natural.

Resulta que, en aquel momento, el guía desistió de aplicar su armado talón derecho —igual que Hudibras^[15], sólo llevaba una espuela—, y es muy posible que esta omisión fuera la razón del alto que hizo el animal.

Pero si la voz de Sophia era capaz de ejercer tal efecto en el caballo, no ejercía ninguno en el jinete. Éste contestó, algo amoscado, que su amo le había ordenado marchar por determinado camino y que seguramente perdería su empleo si seguía otro distinto.

Como Sophia viera que no podía persuadir al hombre, añadió a su voz encantos irresistibles, esos encantos que, según un proverbio, hacen trotar a una yegua vieja, y a los que las edades modernas han atribuido todo el irresistible poder que los antiguos achacaban a una oratoria perfecta. En una palabra, la joven prometió al hombre que le recompensaría con esplendidez.

El mozo no se hizo del todo el sordo ante tal promesa, pero dijo que no le gustaba eso de que no puntualizasen debidamente y en el acto, y añadió:

—La gente distinguida no sabe ponerse en el caso de la gente del pueblo. El otro

día estuve a punto de ser despedido por servir de guía a un caballero de la casa Allworthy, que, por cierto, no me pagó lo que debía.

—¿A quién? —preguntó con ansiedad Sophia.

—A un caballero de la casa Allworthy —repitió el mozo—. El hijo del señor; creo que le llaman así.

—¿Y hacia dónde se dirigió? ¿Qué camino tomó? —siguió preguntando Sophia.

—A una pequeña población que hay cerca de Bristol. Está a unas veinte millas de aquí.

—Pues condúzcame a ese mismo lugar —repuso Sophia—, y le prometo una guinea, o quizá dos, si una no es bastante.

—Me parece que la cosa bien merece dos —afirmó el mozo—. Considere la señora el riesgo a que me expongo. Pero si usted promete darme dos guineas, me arriesgaré. Desde luego, creo que es una mala acción abusar de los caballos de mi amo, aunque me sirve de consuelo pensar que lo más que me puede suceder es que me despidan. Las dos guineas me servirán de compensación.

Una vez cerrado el trato, el mozo indicó el camino de Bristol, y de esta forma, Sophia marchó en persecución de Jones con gran desesperación de Mrs. Honour, que tenía muchos más deseos de ver Londres que a Mr. Jones. Esto último se debía en parte a que le consideraba culpable de la negligencia en determinadas atenciones pecuniarias que es costumbre tener con las doncellas que intervienen en negocios amorosos, especialmente si son clandestinos. Esto lo atribuimos nosotros más bien a descuido involuntario que a falta de generosidad, aunque ella se inclinaba a pensar en esta última causa. Lo cierto es que Mrs. Honour le odiaba por este motivo, y estaba resuelta a injuriarle siempre que hablase de él con su ama.

Nuestras viajeras llegaron a Hambrook —la aldea en donde Jones encontró al cuáquero— al romper el día, y allí Mrs. Honour se vio obligada, muy a su pesar, a preguntar al mesonero el camino que Mr. Jones había tomado. Esta información podía haberla recogido el propio guía, pero Sophia, no sabemos por qué, no quiso que lo hiciera.

Cuando Mrs. Honour hubo adquirido los datos que buscaba, Sophia, con bastante dificultad, consiguió unos caballos que las llevaron a la posada donde Jones había permanecido postrado en cama más por la desgracia de haber dado con un médico, que por haber sido descalabrado.

De nuevo fue encargada Honour de preguntar, pero en esta ocasión, apenas se dirigió a la mesonera, ésta, que era muy sagaz, vislumbró la posibilidad de ganar dinero. En lugar de contestar a la doncella, la mesonera se dirigió a Sophia, que entraba en aquel momento.

—¿Quién lo hubiera dicho? Son ustedes la pareja más completa que conozco. No me sorprende lo más mínimo que el caballero me dijera que usted era la dama más

linda del mundo. ¡Hay que tener lástima de él! ¡Qué pena me daba verle abrazar la almohada y llamarla «mi querida Sophia»! Hice todo lo que pude para persuadirle de que no se fuera a la guerra, diciéndole que sobran los hombres como él que no sirven más que para hacerse matar y que no disfrutan del amor de una dama tan distinguida y guapa.

—Esta buena mujer está perturbada, sin duda —murmuró Sophia.

—No, no lo estoy —repuso la mesonera—. ¿Es que no cree usted que les conozco? Él me lo contó todo, se lo aseguro.

—¡Vaya joven descarado! —exclamó Mrs. Honour—. ¿De modo que le habló a usted de mi señora?

—Nada de joven descarado —respondió la mesonera—. Se trata de un perfecto caballero, que quiere apasionadamente a miss Sophia Western.

—¡Querer a mi ama! Debe usted saber, buena mujer, que mi ama no es bocado para la boca de ese joven.

—Honour —dijo Sophia—, no hay por qué enfadarse con la mesonera; su intención no es molestar.

—Claro que no —se apresuró a decir la mesonera, envalentonada por el tono suave de Sophia.

Y a continuación se enzarzó en un largo discurso, demasiado pesado para ser reproducido aquí, y algunos de cuyos párrafos no fueron muy del agrado de Sophia, y aún mucho menos de la doncella, que los tomó como pretexto para hablar mal de Mr. Jones en cuanto las dos quedaron solas, diciendo que el muchacho que prostituía el nombre de su dama en un establecimiento público era un ser despreciable.

Pero Sophia no juzgaba tan desatinada la conducta de Jones y se sentía más complacida con los arrebatos de amor del joven, que la mesonera exageraba a posta, que ofendida con el resto de su proceder. En el fondo, atribuía todo a la franqueza y apasionamiento del carácter de Jones.

Pero, más tarde, la joven recordó este incidente, pintado por Mrs. Honour con los más negros colores, y esto sirvió para prestar crédito a los desgraciados sucesos de Upton y para que Mrs. Honour convenciera a su señora de que abandonara la fonda sin entrevistarse con Jones.

Cuando la mesonera se dio cuenta de que Sophia no iba a permanecer en su casa más tiempo que el preciso para que los caballos estuvieran preparados, sin hacer gasto de comida ni de bebida, dejó solas a las viajeras. Entonces Mrs. Honour dirigió a su ama una larga arenga en la que le recordó su primitiva intención de dirigirse a Londres. Luego soltó varias indirectas sobre lo impropio que era de una dama perseguir a un hombre, concluyendo con esta frase:

—Por Dios, señora, precise bien lo que está haciendo y resuelva de una vez a qué sitio quiere dirigirse.

Este consejo, ofrecido a una mujer que ya había cabalgado cuarenta millas y en una época del año no muy agradable, parecía algo sin sentido. Debía suponerse que Sophia tenía ya resuelta la cuestión de antemano. Sin embargo, Mrs. Honour no estaba segura de ello, ya que se atrevía a aconsejarla.

Lo que en realidad sucedía era que Sophia se había sentido últimamente tan embargada por el temor y la esperanza, por el deber y cariño filial, por su odio hacia Blifil y —¿por qué no decirlo?— por su amor por Jones, todo ello agravado por la conducta de su padre, de su tía y, sobre todo, por la del propio Tom, que en el espíritu de la joven reinaba tal confusión, que a veces no sabía lo que hacía ni mucho menos podía pensar adonde se dirigía.

El prudente consejo de su criada hizo reflexionar a la joven, la cual se determinó al cabo a marchar a Gloucester para desde esta ciudad dirigirse directamente a Londres.

Mas, por desgracia, escasas millas antes de llegar a la primera población se tropezó con el picapleitos, que, como antes hemos dicho, había comido allí con Mr. Jones. Este individuo, que conocía bien a Mrs. Honour, se detuvo para charlar con ella. Sophia le prestó escasa atención, salvo lo de preguntar quién era.

Pero como más tarde obtuvo un informe más completo de este hombre en Gloucester, enterándose de la rapidez con que viajaba, motivo por el que era famoso, como antes hemos dicho, y recordando al propio tiempo que había oído a Mrs. Honour decirle que se dirigían a Gloucester, comenzó a temer que su padre pudiera, gracias a tal individuo, averiguar el camino que ellas llevaban, seguir y alcanzarlas al fin. Ante tal posibilidad, cambió de resolución y, tras de alquilar caballos para una semana de viaje por un camino que no pensaba recorrer, siguió adelante, sin hacer caso de las exhortaciones de su criada, ni tampoco de los vehementes requerimientos de Mrs. Whitefield, quien, impulsada por su mucha bondad, pues le pareció que la joven estaba muy fatigada, le instó repetidas veces para que se quedara con ella aquella noche en Gloucester.

Sophia se limitó a tomar una comida ligera y a descansar un par de horas en la cama, mientras le preparaban los caballos. Hecho esto, abandonó resueltamente el hogar de Mrs. Whitefield a las once de la noche y echando por el camino de Worcester, en menos de cuatro horas se presentó en la fonda en la que la hemos visto por última vez.

Con esto hemos relatado punto por punto las andanzas de nuestra heroína desde su huida de la casa paterna hasta su llegada a Upton. Muy pocas palabras nos serían suficientes para conducir a su padre al mismo lugar. Éste tuvo noticia del primer rastro de la fugitiva por el mozo que condujo a su hija hasta Hambrook. Luego le fue fácil seguirla hasta Gloucester, desde cuyo punto la persiguió hasta Upton, al saber que Mr. Jones había tomado este camino, ya que Partridge, para emplear las palabras

del caballero Western, dejaba por todas partes rastro de su paso, y estaba convencido de que Sophia había seguido tras de Tom Jones.

LIBRO UNDÉCIMO

SE DESARROLLA EN UNOS TRES DÍAS.

CAPÍTULO PRIMERO

ESTÁ DEDICADO A LOS CRÍTICOS.

Por nuestro último capítulo preliminar tal vez piensen algunos que hemos tratado a esa formidable clase de hombres que se llaman a sí mismo críticos con mucha mayor libertad de la que nos convenía, ya que los tales señores exigen y, por lo general reciben, grandes consideraciones por parte de los autores. Por tanto, en el presente capítulo expondremos las razones de nuestro comportamiento con esta augusta corporación, e incluso es probable que los examinemos desde un punto de vista que hasta la fecha no ha sido tenido en cuenta.

Empecemos diciendo que la palabra crítico es de origen griego, y significa juicio. Sospecho que algunos no han comprendido la palabra original y han visto la traducción de ella a nuestro idioma, por lo que suponen que significa juicio en sentido legal, donde a menudo se emplea como sinónimo de condena.

Por lo que a mí respecta, me inclino a compartir esta opinión, ya que la mayoría de los críticos de estos últimos tiempos figuran entre los jurisconsultos. Muchos de estos caballeros, desesperando quizá de alcanzar los altos puestos de la magistratura, se han contentado con sentar cátedra y enjuiciarlo todo, esto es, condenar sin la menor piedad.

Pero existe otro aspecto desde el que puede contemplarse a estos críticos modernos, y éste es el de que son unos vulgares detractores. Si un individuo que examina el carácter de las personas con el único objeto de descubrir sus faltas y lanzarlas a la publicidad, merece el título de detractor de la reputación de los hombres, ¿por qué no puede un crítico, que lee los libros con igual intención aviesa, ser llamado con el mismo derecho detractor de la reputación de los libros?

El vicio no tiene un esclavo más abyecto, la sociedad no engendra un ser más odioso ni despreciable, ni puede el diablo recibir un huésped más digno de él ni que sea mejor acogido, que un difamador. Tengo la impresión de que el mundo no contempla a semejante monstruo con la repugnancia que merece, y todavía temo más indicar la razón de esta criminalidad con él. No obstante, lo cierto es que un ladrón es un ser inocente en comparación con él, puesto que la difamación es un arma mucho más terrible que la espada, desde el momento en que las heridas que causa son incurables. Existe un procedimiento para matar, que es el más ruin y abominable de todos, y el cual tiene muchos puntos de contacto con el vicio que aquí estamos fustigando; el veneno, un medio de venganza tan ruin y terrible, que en otros tiempos las leyes inglesas lo distinguían de las demás clases de asesinatos, dada la especial clase de castigo que se le aplicaba.

Aparte de los funestos resultados que siempre acompañan a la calumnia y a la bajeza de medios con que se consiguen, se dan otras varias circunstancias que agravan en grado sumo su indigna condición, puesto que rara vez proceden de la provocación, y pocas veces tienen una recompensa, a no ser que un espíritu en extremo diabólico vea una recompensa en la satisfacción de haber provocado la ruina de otra persona.

Shakespeare ha mencionado en tono noble este vicio:

*Quien me roba mi bolsa, roba algo despreciable;
fue mía, ahora es de él y ha pertenecido a muchos.
Pero aquel que me quita mi buena fama
me roba algo que a él no enriquece,
y, en cambio, a mí me empobrece.*

No dudo de que el buen lector estará conforme con todo esto. Pero quizá mucho de ello parezca excesivo si se aplica al detractor de libros. Mas me apresuro a afirmar que ambos tipos de difamadores proceden con la misma perversa disposición de espíritu, y ambas carecen por completo de la excusa de la tentación. Ni mucho menos debemos considerar a la ligera la injuria causada por este procedimiento, si reflexionamos que un libro es en cierto modo el hijo del cerebro de su autor.

El lector que haya mantenido hasta la fecha a su musa en un completo estado de virginidad, no puede formarse una idea exacta de esta especie de cariño paternal del que hablamos. A él puede aplicársele la siguiente y cariñosa exclamación de Macduff: «¡Qué lástima que no hayas escrito un libro!». Pero el autor cuya musa haya dado a la luz algunos frutos de su vientre, tal vez me acompañe con algunas lágrimas —en especial si su ser querido dejó de existir— cuando hable de la inquietud y desasosiego con que la musa en estado suele llevar su peso, el doloroso esfuerzo que le cuesta echarla al mundo y, por último, el cariño con el que el padre alimenta a su obra predilecta, hasta que alcanza el debido grado de madurez para ser lanzada al mundo.

No existe cariño paternal que posea menos saber e instinto absoluto que éste ni que se reconcilie tan perfectamente con la sabiduría mundana. Tales hijos pueden ser llamados con toda propiedad la riqueza de sus padres. Y muchos de ellos, dando pruebas de una verdadera piedad filial, han alimentado a sus padres en la vejez. Así que no sólo el afecto, sino también el interés del autor, puede resultar perjudicado por esos difamadores, cuyo aliento venenoso representa la muerte eterna para su libro.

Por último, el difamador de un libro es, en realidad, el difamador de su autor, pues del mismo modo que nadie puede llamar bastardo a un hombre sin llamar al propio tiempo prostituta a su madre, nadie puede tampoco motejar un libro de

aburrido, de disparate sin pies ni cabeza, etc., sin, al propio tiempo, calificar de estúpido a su autor, lo que si por el lado moral es un adjetivo menos injurioso que el de villano, resulta quizá más injurioso para el interés mundano.

Ahora bien, estoy seguro de que por muy ridículo que todo esto pueda parecerle a algunos, otros percibirán y reconocerán la verdad que en ello se encierra. Los primeros pueden pensar que no he tratado el tema con la solemnidad requerida; pero es bien cierto que los hombres pueden decir la verdad con rostro sonriente. No hay la menor duda de que despreciar un libro sin más ni más es, cuando menos, una acción harto fea, y si un crítico se muestra siempre enfurruñado y regañón, puede ser tildado con justicia de persona mala.

Trataré, en consecuencia, en el espacio que me resta en este capítulo, de mostrar qué clase de crítica es la que yo censuro, pues no quiero que se diga de mí que niego la existencia de jueces preparados para juzgar lo que se escribe, o bien que quiero excluir de la república de las letras a alguno de esos nobles críticos a los que tanto debe el mundo erudito. Entre los antiguos, se contaron entre ellos Aristóteles, Horacio y Longinus. Entre los franceses, han sido Dacier y Bossu; entre los ingleses, ha habido asimismo algunos. Todos éstos estaban debidamente autorizados para juzgar *in foro literario*.

Pero creo que debo salir valientemente al encuentro de todo aquel que, sin poseer, ni mucho menos, las cualidades necesarias a un crítico, se atreve a hablar de obras que ni siquiera ha leído. De tales censores, que hablan después de haber sido informados por otros, puede decirse que difaman la reputación del libro que condenan.

En esta clase de malos críticos se incluyen también aquellos que, aunque no señalan en una obra ninguna falta importante, la motejan en conjunto con términos despreciativos, tales como vil, anodina y, sobre todo, con el adjetivo «vulgar».

Aunque en la obra existan algunas faltas, si éstas no aparecen en los pasajes esenciales o bien son compensadas por grandes bellezas, el verdadero crítico no debe dictar una severa sentencia sobre el conjunto. Esto es completamente opuesto al sentir de Horacio:

*Verum ubi plura nitent in carmine, non ego paucis
Offendor maculis, quas aut incuria fudit,
Aut humana parum cavit natura...*^[16]

Y, como Marcial, dice: *Aliter non fit, Avite, liber*. Ningún libro puede escribirse de otro modo. Toda belleza, tanto de carácter como de semblante y, en general, todo lo humano, debe de entenderse de esta suerte. Sería una desgracia que un trabajo como esta historia, que ha precisado para su composición algunos millares de horas, tuviera

que ser condenada porque algún capítulo merezca ciertas objeciones. Sin embargo, nada tan frecuente como que se promulguen sentencias rigurosas contra libros que merecen algunas objeciones, las cuales, en realidad, no aminoran el mérito del conjunto. En el teatro, sobre todo un solo parlamento que no coincida con el gusto del auditorio será silbado, y una escena desaprobada pondrá en peligro toda la obra. Escribir bajo reglas tan severas resulta tan imposible como vivir para algunos caracteres atrabiliarios, y, según los sentimientos de algunos críticos y de algunos cristianos, ningún autor se salvará en este mundo, y ningún hombre en el otro.

CAPÍTULO II

RELATA LAS AVENTURAS QUE LE OCURRIERON A SOPHIA CUANDO SALIÓ DE UPTON.

En el momento en que Sophia y su doncella salían de la fonda de Upton, nos vimos precisados a volver atrás con el fin de exponer algunos hechos hasta entonces no mencionados. Ahora seguiremos los pasos de tan adorable criatura y abandonaremos por algún tiempo a su indigno amante, a fin de que deplora su mala suerte o, por mejor decir, su mala conducta.

Sophia recomendó a su guía que eligiera los caminos menos concurridos. Después de atravesar el Severn, y cuando apenas habían recorrido una milla, la joven miró hacia atrás por casualidad, observando que varios caballos venían hacia ellos a toda velocidad. Esto alarmó a la joven, que instó al guía para que marchasen lo más de prisa posible.

El hombre obedeció en el acto y emprendieron un buen galope. Pero cuanto más rápidos avanzaban, más rápidos les seguían, y como los caballeros del grupo de atrás eran más ligeros que los del grupo delantero, éstos fueron al fin alcanzados. Esto tranquilizó a la pobre Sophia, pues no tardó en oír una voz femenina que la saludaba con gran amabilidad y cortesía. La joven, muy satisfecha, correspondió al saludo en cuanto recobró el aliento.

El grupo que se había unido al de Sophia, y que antes la había asustado tanto, se componía, como el de ellos, de dos mujeres y un guía. Ambos grupos avanzaron juntos unas tres millas antes de que nadie volviera a hablar, hasta que Sophia, que ya no sentía miedo, aunque se mostró un tanto sorprendida al ver que la otra insistía en acompañarla, sin seguir, lo mismo que ella, los caminos principales, se dirigió a la señora con suma amabilidad y le dijo que se alegraba de que ambas siguieran el mismo camino.

La otra, que por lo visto estaba deseando que le dirigiesen la palabra, contestó en el acto que la alegría era la suya, pues desconocía por completo la comarca y se sentía tan satisfecha de haber encontrado una viajera de su propio sexo que tal vez hubiera pecado de impertinente al poner su caballo al compás del de ella. Entre las dos damas siguieron cambiándose finezas. Pero aunque Sophia sentía una gran curiosidad por saber por qué se empeñaba la otra en seguir el mismo rumbo que ella, no le preguntó nada sobre ello, tal vez por cortedad, o tal vez por algún otro motivo.

La dama desconocida había sufrido algunas molestias durante la última milla recorrida debido a que su sombrero se le cayó de la cabeza unas cinco veces, sin que le fuera posible encontrar una cinta o un pañuelo para atárselo bajo la barbilla. Sophia

se dio cuenta de ello y ofreció a la desconocida un pañuelo suyo. Por cierto que al sacarlo del bolsillo descuidó un tanto las riendas de su caballo, el cual, dando un paso en falso, se levantó sobre sus patas delanteras y arrojó al suelo a su linda amazona.

Sophia cayó de cabeza, pero no recibió, por fortuna, el menor daño, y las mismas circunstancias que acaso habían contribuido a su caída, evitaron ahora que se alarmase. El camino que atravesaban en aquel momento era estrecho y estaba muy cubierto de árboles, así que la luz de la luna apenas penetraba en él. Por si esto fuera poco, la luna estaba en aquel momento cubierta por una nube. Por todo ello, su pudor no sufrió lo más mínimo, y la joven pudo volver a montar a caballo sin más que el susto consiguiente.

Por fin amaneció, y las dos damas, que cabalgaban juntas, se miraron de pronto y quedaron atónitas: ambas detuvieron a una sus caballos y, hablando a un tiempo, ambas pronunciaron con la misma alegría, una, el nombre de Sophia, y la otra, el de Henriette.

El encuentro sorprendió a las damas mucho más de lo que creo habrá sorprendido al lector, que ya habrá imaginado que la desconocida no podía ser otra que Mrs. Fitzpatrick, la prima de Sophia, que dejó la fonda pocos minutos después de ella.

Tan grande fue la alegría que experimentaban las dos primas —antes se habían tratado con gran intimidad, por haber vivido mucho tiempo juntas en compañía de su tía Mrs. Western— que es imposible reproducir la viva charla que sostuvieron antes de que ninguna de ellas preguntase a la otra la cuestión principal, es decir, adonde se dirigía.

Esto se le ocurrió al fin a Mrs. Fitzpatrick, pero a pesar de que la pregunta era por completo natural, Sophia encontró cierta dificultad en dar una respuesta categórica. En primer lugar, suplicó a su prima que guardara su curiosidad hasta que llegasen a alguna posada.

—Que supongo —añadió— no puede encontrarse lejos, y, créeme, Henriette, yo también contendré mi curiosidad, por el momento, puesto que me parece que nuestro asombro es más o menos el mismo.

La charla que las dos primas mantuvieron durante el camino no merece ser mencionada, y mucho menos la que sostuvieron las dos criadas, pues ambas no tardaron en empezar a cambiar sus impresiones. En cuanto a los guías, se vieron privados del placer de la conversación, puesto que uno marchaba en vanguardia y el otro en retaguardia.

De este modo viajaron durante largas horas, hasta que alcanzaron un camino más ancho y con señales de mucho tráfico, que muy pronto les condujo ante la puerta de un mesón de buen aspecto, donde todos saltaron a tierra. Pero tan cansada se sentía Sophia, que no fue capaz de bajar sin ayuda. El mesonero, que sujetaba el caballo y se dio cuenta del cansancio de la joven, se ofreció a tomarla entre sus brazos para

ayudarla a desmontar. La joven aceptó agradecida el ofrecimiento, pero el hado parecía haber decidido avergonzar aquel día a Sophia, y el segundo intento obtuvo mejor éxito que el primero, pues apenas había recibido el mesonero a la joven en los brazos, sus piernas, muy castigadas por la gota, cedieron, y todo él se vino abajo, aunque con no menos destreza que galantería logró caer debajo de su encantadora carga, de suerte que Sophia sólo sufrió alguna que otra magulladura. Por el contrario, la modestia y el pudor de Sophia recibieron en la presente ocasión un duro golpe al contemplar las caras de los presentes una vez se puso en pie. Esto le hizo sospechar lo que había sucedido en realidad, que nosotros no mencionaremos para evitar que algún lector pueda ofender con su risa el pudor de una joven dama.

El susto y la emoción experimentados, unidos al exceso de fatiga tanto física como espiritual, agotaron prácticamente las fuerzas de Sophia, que se vio precisada a entrar en el mesón apoyada en el brazo de su doncella, y apenas tomó asiento pidió un vaso de agua. Pero Mrs. Honour, con gran oportunidad, a mi modo de entender, lo cambió por un vaso de vino.

Al saber Mrs. Fitzpatrick por Mrs. Honour que Sophia no se había acostado en las dos últimas noches y observar lo pálida y demacrada que estaba, le aconsejó que se fuera inmediatamente a la cama para recuperar fuerzas. Aún no conocía su historia ni sus intenciones. De todas formas, aunque las hubiera conocido, le habría aconsejado lo mismo, pues el descanso era una necesidad evidente para la joven, y el largo viaje por apartados caminos había alejado tan por completo de su ánimo la idea de que era perseguida, que se sentía por completo tranquila en lo que a esto respecta.

Sophia se dejó convencer con harta facilidad y siguió el consejo de su prima, ayudada por su doncella. Mrs. Fitzpatrick se ofreció también a hacerle compañía, lo que fue aceptado por Sophia con verdadero agrado.

Tan pronto como su ama estuvo en la cama, la doncella se dispuso a imitarla. Pero comenzó echándole en cara a su compañera que la dejase sola en un lugar tan terrible como un mesón. Mas la otra la paró en seco, ya que sentía tantos deseos como ella de dormir, pidiéndole que le concediese el honor de ser su compañera de lecho. La doncella de Sophia accedió a compartir con ella la cama, aunque reclamó todo el honor para ella. Así, tras de una larga serie de cortesías y cumplidos, las dos doncellas se metieron juntas en la cama, al igual que poco antes habían hecho sus amas.

Era costumbre del mesonero, como lo es de toda la fraternidad, averiguar por medio de los cocheros, lacayos o postillones, los nombres de los huéspedes alojados en su casa, sus medios de fortuna y dónde vivían. Por este motivo no puede sorprender que el conjunto de circunstancias que rodeaban a nuestras viajeras, muy en especial el detalle de haberse retirado a descansar a hora tan desusada y extraordinaria como eran las diez de la mañana, excitara su curiosidad. En cuanto los

guías entraron en la cocina, el mesonero empezó a preguntarles quiénes eran aquellas damas, de dónde venían, etc. Pero los guías, que contaron fielmente todo cuanto sabían, satisficieron muy poco su curiosidad. Todo lo contrario, la excitaron aún más.

El mesonero gozaba fama entre sus convecinos de ser un hombre en extremo sagaz. Se le suponía más y mejor enterado de las cosas que ningún otro de la parroquia, sin hacer excepción del párroco. Tal vez su aspecto influyera no poco en esta reputación, pues en su persona había algo extraordinario, sobre todo cuando tenía la pipa entre los dientes, lo cual sucedía la mayor parte de las veces. Su proceder y su conducta le ayudaban también a alimentar la fama de su sabiduría. Su porte era solemne, sin llegar a ser sombrío, y cuando hablaba, cosa que hacía raras veces, siempre lo hacía en voz baja, y si bien sus sentencias eran breves, siempre eran interrumpidas por gran abundancia de ¡ah!, ¡ya!, ¡ay! y otras exclamaciones por el estilo, de modo y manera que aunque siempre acompañaba sus palabras con ademanes explicativos, tales como movimientos de cabeza y manos, por lo común daba a entender a sus oyentes mucho más de lo que manifestaba, es decir, que les hacía creer que sabía mucho más de lo que consideraba oportuno descubrir. Esta sola circunstancia por sí sola podría quizá explicar su fama de sabihondo, pues los hombres sienten una decidida inclinación a adorar aquello que no comprenden. Profundo secreto en el que han confiado varios dominadores del género humano para el triunfo de sus fraudes y tropelías.

Esta sabia persona, llevándose aparte a su mujer, le preguntó:

—¿Qué piensas de esas señoras que acaban de llegar?

—¿Que qué pienso de ellas? —preguntó la esposa del mesonero—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Yo sé bien lo que pienso —replicó el marido—. Los guías cuentan historias raras. Uno afirma que viene de Gloucester y el otro de Upton, y ninguno de los dos, por lo que he podido sacarles, saben adonde se dirigen. Pero ¿quién ha visto que nadie atravesara el país desde Upton hasta aquí cuando uno se va a Londres? Y de esto no hay duda, pues una de las doncellas, al apearse del caballo, preguntó si éste no era el camino de Londres. He reunido todos estos datos y, ¿a que no sabes a qué consecuencia he llegado?

—¡Dios sabe! —contestó la mesonera—. Ya sabes que nunca he intentado adivinar lo que piensas.

—Eres una buena chica —concedió el mesonero acariciando la barbilla de su esposa—. Sé que siempre has reconocido mi superioridad en estas cuestiones. Bien, acuérdate de lo que te digo, acuérdate bien. Se trata seguramente de algunas de esas damas rebeldes que, según dicen, viajan con el joven Chevalier, y que van por este camino para huir del ejército del duque.

—Marido —repuso la mesonera—, me parece que has dado en el clavo. Una de

ellas viste como una princesa y aparenta serlo. Pero cuando pienso...

—Cuando piensas... Pero ¿tú piensas? —exclamó despreciativamente el marido—. Vamos, oigamos lo que piensas...

—Pues pienso que es demasiado sencilla para ser una gran señora —continuó la mesonera—. Cuando nuestra Elizabeth le estaba calentando la cama, ella la llamó niña y querida, y cuando más tarde, la misma Elizabeth se ofreció a quitarle los zapatos y las medias, no lo consintió, diciendo que no quería que se tomara por ella esa molestia.

—¡Bah! —contestó el hombre—. Todo eso no significa nada. ¿Es que crees que todas las damas de alcurnia son bruscas y descorteses con sus inferiores? De una simple ojeada sé yo conocer a las personas distinguidas. ¿No pidió un vaso de agua en cuanto entró? Una mujer vulgar habría pedido un trago de vino. Si no es una mujer como digo, puedes venderme por tonto, y me parece que los que me compren harán un buen negocio. Ninguna mujer de su clase viaja sin lacayos, pero se conoce que se trata de un caso extraordinario.

—Tú conoces estas cosas mejor que yo y que mucha gente —contestó la mesonera.

—Me precio de ello —afirmó el marido.

—Sí, sí, no hay duda —replicó la mesonera—. La pobre, señora daba lástima cuando tomó asiento en la silla, y lamento no haber sentido la compasión que habría sentido si se hubiera tratado de una pobre. Pero... ¿qué es lo que tenemos que hacer, marido? Si es una rebelde, supongo que intentarás delatarla en la corte. De todas formas, es una dama de natural bondadoso y de buen humor, y cuando me entere de que la han ahorcado o decapitado, no podré por menos de llorar.

—No es fácil decidir lo que se ha de hacer —contestó el marido—. Espero que antes de su marcha tengamos noticias del resultado de alguna batalla, y si Chevalier sale victorioso, ella podría recomendarnos a la corte y hacer nuestra fortuna. En tal caso, como comprenderás, no hay necesidad de delatarla.

—Tienes razón —replicó la mujer—, y de veras deseo que suceda lo último que has dicho. Es una señora en extremo amable y me horroriza pensar que pueda pasarle algo.

—Muy bien —exclamó el mesonero—. Pero tú no protegerías a los rebeldes, ¿verdad?

—Claro que no —contestó la mujer—. En cuanto a lo de delatarla, nadie podría censurarnos si lo hiciéramos. Es lo que haría cualquiera que se encontrase en nuestro lugar.

Mientras nuestro mesonero, tan entendido en política, y que no había conquistado inmerecidamente su reputación de hombre sabio entre sus convecinos, se ocupaba de reflexionar discutiendo consigo mismo, ya que prestaba muy escasa atención a la

opinión de su esposa, llegaron noticias de que los rebeldes habían esquivado al duque y se hallaban a un día de Londres. Poco después apareció un famoso caballero partidario de Jacobo, y el tal caballero, con la alegría reflejada en su rostro, dio la mano al mesonero al tiempo que decía:

—¡Estamos de enhorabuena! En Suffolk han desembarcado diez mil franceses. ¡Viva la vieja Inglaterra!

Estas noticias pesaron en la balanza del hombre sabio, el cual resolvió en el acto adular y mostrarse servicial con la joven dama en cuanto ésta se levantase, ya que, según dijo, había descubierto que no era otra que la mismísima Jeannette Cameron.

CAPÍTULO III

CAPÍTULO MUY CORTO EN EL QUE, SIN EMBARGO, CABEN EL SOL, LA LUNA, UNA ESTRELLA Y UN ÁNGEL.

El sol se había ya retirado a descansar cuando Sophia se levantó de la cama, completamente descansada, pues aunque el sueño fue corto, resultó reparador debido a su extrema fatiga. Cuando abandonaron Upton, había dicho a su doncella, y quizá también a sí misma, que se encontraba perfectamente tranquila, pero lo cierto era que se sentía entonces muy inquieta, padeciendo tal vez ese mal que los médicos conocen con el nombre de fiebre del espíritu.

Mrs. Fitzpatrick se había levantado al mismo tiempo, y, tras de llamar a su doncella, no tardó en vestirse. Era muy linda, y de no estar en compañía de Sophia, podría habérsela considerado bella. Pero cuando Mrs. Honour se presentó espontáneamente a su señora, que no permitía nunca que despertasen por ella a su criada, y la ayudó a vestirse, los encantos de Mrs. Fitzpatrick desempeñaron el papel de estrella matutina, es decir, de estrella que precede a mayores glorias, y participaron de la suerte de tal estrella, siendo totalmente eclipsada cuando las glorias posteriores brillaron en todo su esplendor.

Quizá no apareció nunca Sophia tan hermosa como en aquel momento. Por tal motivo, no debemos condenar a la doncella del mesón, la cual, cuando descendió a la planta baja después de haber encendido el fuego del cuarto de Sophia, declaró bajo juramento que si alguna vez visitó la tierra un ángel, éste se encontraba ahora en el piso de arriba.

Sophia había participado a su prima que tenía el propósito de ir a Londres, y Mrs. Fitzpatrick decidió acompañarla, ya que la llegada de su esposo a Upton le hizo desistir de ir a Bath y también de visitar a su tía Western. Por tal motivo, en cuanto terminaron de tomar el té, Sophia propuso emprender la marcha aprovechando la hermosa luna, sin sentir miedo de la helada ni hacer caso ninguno de los temores que asaltan a las señoras cuando se ven precisadas a viajar de noche. Como ya hemos visto, Sophia estaba dotada de cierta cantidad de valor natural, valor que el disgusto que sentía, que casi rayaba en desesperación, había acrecido considerablemente. Además, había ya viajado en dos ocasiones a la luz de la luna, y esto le daba ánimos para intentarlo por tercera vez.

Mrs. Fitzpatrick poseía un carácter más tímido, y si bien cuando era dominada por un gran temor había tenido la presencia de ánimo suficiente para salir de Upton de noche, ahora, a salvo de la persecución, sintió tal miedo de viajar de noche que suplicó a su prima que esperase hasta la mañana siguiente.

Sophia no pensó en burlarse ni en buscar razones contra los temores de su prima, así que accedió al ruego. Si la joven hubiera estado enterada de la llegada de su padre a Upton, quizá no se hubiese dejado persuadir tan fácilmente. En cuanto a Tom Jones, no sentía el menor temor de ser alcanzada por él, y, a decir verdad, casi lo deseaba, aunque yo debería ocultar ese deseo al lector, ya que se trata de una emoción secreta y espontánea, extraña a la razón.

Al decidir las dos jóvenes damas pasar la noche en el mesón, fueron atendidas por la mesonera, que quiso saber lo que deseaban que les sirviera de cena. Era tal el encanto que emanaba de la voz, de las maneras y de toda la persona de Sophia, que la buena mujer se sintió en extremo complacida y, creyendo que tenía ante sí a la misma Jeannette en persona, se convirtió en el acto en ferviente jacobina, deseando con todo su corazón el triunfo de la causa del joven pretendiente al trono, como resultado de la extrema amabilidad y la dulzura con que había sido tratada por su supuesta amiga.

Las dos primas no tardaron en expresar su mutua curiosidad, y las dos quisieron conocer los extraordinarios accidentes que habían sido motivo de aquel encuentro tan extraño como inesperado. Al cabo, Mrs. Fitzpatrick, tras de lograr de Sophia la promesa de que ella hablaría a su vez, inició el relato que el lector, si siente curiosidad por conocer su historia, podrá leer en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV

LA HISTORIA DE MRS. FITZPATRICK.

Mrs. Fitzpatrick, tras de un silencio que duró unos segundos, y luego de lanzar un profundo suspiro, comenzó del siguiente modo:

—Es del todo natural que los seres más desgraciados experimenten un interés secreto por recordar aquellos períodos de su vida que fueron para ellos los más deliciosos de sus vidas. El recuerdo de los placeres antiguos nos hace sentir una especie de pena, semejante a la que experimentamos ante la marcha de un amigo, y el pensamiento de ambos puede decirse que ronda nuestra imaginación. Por este motivo, jamás dejo de recordar sin pena los días —los más felices de mi vida— que nosotras pasamos juntas, cuando estábamos al cuidado de la tía Western. ¡Ay! ¿Por qué no seremos todavía miss Graveairs^[17] y miss Giddy^[18]? Recordarás, supongo, que nos llamábamos por estos nombres, aunque tú me aplicabas el último calificativo con mucha mayor propiedad que yo a ti el tuyo. Más tarde he podido comprobar lo mucho que lo merezco. Tú, mi querida Sophia, fuiste siempre superior a mí en todo, y confío que en lo más profundo también lo serás en la suerte. Jamás olvidaré el sabio y maternal consejo que una vez me diste, cuando me lamentaba del desengaño que me había llevado en un baile, y esto a pesar de que tú no tenías más que catorce años. ¡Oh, Sophia, qué dichosa debía de ser cuando consideraba semejante desengaño una desgracia, siendo así que era la mayor que hasta entonces había sufrido!

—Y eso, mi querida Henriette —contestó Sophia—, que se trataba de un asunto muy serio para ti. Consuélate pensando que, por mucho que ahora te lamente, lo actual puede resultar tan deleznable y mezquino como al cabo resultó lo del baile de entonces.

—¡Ay, querida Sophia! —exclamó su prima—. Tú misma juzgarás distinta mi situación, ya que mucho tiene que haber cambiado tu sensible corazón para que mis desgracias no te arranquen suspiros e incluso lágrimas. La seguridad de que sería así me impide contarte lo que estoy segura que habría de afectarte profundamente.

Al llegar a este punto, Mrs. Fitzpatrick guardó silencio, hasta que, atendiendo los repetidos ruegos de Sophia, se decidió a proseguir.

—Seguramente habrás oído hablar mucho de mi matrimonio. No obstante, como es muy posible que el asunto haya sido tergiversado, comenzaré desde el instante en que conocí a mi actual marido, cosa que sucedió en Bath, poco después que dejaste a nuestra tía y volviste al lado de tu padre.

»Entre los jóvenes que en aquel tiempo se encontraban en Bath figuraba Mr. Fitzpatrick. Se trataba de un joven guapo, *dégadé*, galante como ninguno, que se

destacaba de los demás por su elegancia en el vestir. En una palabra, querida prima, si tuvieras la desgracia de verlo ahora, no podría describírtelo mejor que diciendo que era el reverso de todo lo que es ahora, pues tanto se ha vulgarizado que ha acabado por convertirse en un irlandés salvaje. Pero continuaré con mi historia. Las cualidades que le adornaban en aquel tiempo le recomendaban de tal modo, que aunque la gente distinguida vivía entonces apartada de la que no lo era, excluyéndola de todas sus reuniones, Mr. Fitzpatrick consiguió ser admitido en los círculos de la primera. No resultaba tarea fácil evitar su presencia, pues él no precisaba de ninguna invitación. Y del mismo modo que su buena presencia y su amabilidad le atraían la simpatía de las damas, del mismo modo su fama de buen espadachín impedía que los hombres le dirigieran pullas en público. A no ser por estas razones, habría sido expulsado por los de su propio sexo, ya que no poseía ningún título para que fuera bien recibido por la nobleza inglesa, ni parecía que ésta se sintiera dispuesta a demostrarle la menor atención. Todos hablaban mal de él en su ausencia, cosa que podría muy bien achacarse a envidia, ya que era recibido con agrado por las mujeres, que tenían con él toda clase de atenciones.

»Nuestra tía no era en realidad persona de alcurnia, pero como había vivido siempre en la corte, pertenecía al círculo escogido. Cuando se ha pertenecido alguna vez a este círculo, sean cuales fueren los medios de que uno se valió para ingresar en él, ya no se deja de figurar en él. Aunque tú eras muy joven entonces, te fijaste, y así me lo dijiste, en que nuestra tía se mostraba unas veces expansiva y otras reservada con la gente, de acuerdo con las relaciones que tuviera con los círculos escogidos.

»Fue este mérito, sin duda, lo que le hizo favorecer a Mr. Fitzpatrick, ser tan bien recibido en todas partes. Él se aprovechó de ello, al extremo de que se convirtió en uno de sus favoritos. No se mostró Mr. Fitzpatrick remiso en corresponder a tal distinción, y muy pronto fueron tantas sus atenciones con ella, que los comentaristas de escándalos empezaron a ocuparse del asunto. Los guiados por la mejor intención dijeron que iban a casarse. Por mi parte, no dudo de que los proyectos del joven fueron honrados, estrictamente hablando, es decir, que proyectaba robar la fortuna de la señora por la vía del matrimonio. Nuestra tía no era ni lo bastante hermosa ni lo bastante joven para provocar un amor ardiente, pero poseía unos encantos que podríamos llamar matrimoniales.

»Mi opinión se afianzó al notar el gran respeto con que me trataba desde el primer momento de conocernos. Interpreté esto como un intento de aminorar la antipatía que yo pudiera sentir hacia el proyectado matrimonio; y, en cierto modo, logró su objeto, pues como yo poseía mi fortuna personal, no podía ver las cosas desde un punto de vista interesado ni podía sentirme enemiga de un hombre que me trataba con tanta consideración, tanto más cuanto que yo era la única persona que él trataba con sumo respeto, pues sabía que se comportaba irrespetuosamente con gran cantidad de damas.

»Esta manera de proceder dio lugar a otra aún más agradable. El joven empezó a mostrarse conmigo más solícito y tierno, languideciendo y suspirando con frecuencia. De cuando en cuando, no puedo decir si natural o artificialmente, daba rienda suelta a su jovialidad. Pero esto sucedía siempre cuando se encontraba en compañía de otras mujeres, pues hasta en el salón de baile, siempre que se acercaba a mí para invitarme a bailar, se ponía muy serio. Me distinguía tanto que yo tenía que estar ciega para no verlo. Y...

—Y tú te sentías encantada con todo eso, querida Henriette —exclamó Sophia—. No te avergüences —añadió, suspirando—. Se encuentran encantos irresistibles en la ternura que algunos hombres provocan en nosotras.

—Es cierto —contestó su prima—. Son hombres que no despuntan en nada, pero que son verdaderos Maquiavelos en el arte de enamorar. Me gustaría no haber conocido ningún caso. El escándalo empezó entonces a hacer presa en mi nombre, como antes lo había hecho en el de mi tía, y algunas buenas damas no se mordieron la lengua y afirmaron que Mr. Fitzpatrick sostenía relaciones amorosas con ambas.

»Pero lo más sorprendente es que la tía no sospechaba lo más mínimo lo que sucedía. La venda del amor cubre los ojos de la mujer madura, la cual se traga con tanta ansiedad los galanteos que, comportándose como un glotón desenfrenado, no tiene tiempo de observar lo que sucede entre los demás comensales del banquete. Esto le sucedió ahora a mi tía, de tal forma que bastaba que Fitzpatrick le dirigiera una palabra solícita para que ella se sintiera limpia de toda sospecha. Claro que el joven se valía de una artimaña. Ésta consistía en tratarme como a una niña delante de mi tía, para luego, en su ausencia, comportarse de modo muy distinto.

»Por fin juzgó oportuno mi pretendiente descubrir el secreto que yo conocía desde hacía tanto tiempo, declarándoseme con todo el amoroso ardor que antes aparentaba sentir por mi tía. En términos patéticos, se lamentó del interés que ella le había demostrado, considerando un mérito las aburridas horas en que había estado de palique con la dama. ¿A qué decirte más, querida Sophia? Te confesaré todo: me sentía muy satisfecha de mi conquista. Me encantaba ser la rival de mi tía y ser asimismo la rival de tantas otras mujeres. En resumen, temo haberme conducido mal, incluso después del día en que se me declaró.

»Por entonces hablaba todo Bath de mí, es decir, rugía contra mí. Algunas muchachas intentaron incluso retirarme su amistad, no porque sospecharan nada malo, sino por el deseo de expulsarme de un círculo social en el que yo había acaparado a su joven favorito. Y ahora no puedo por menos de expresar mi gratitud por lo amable que se mostró conmigo en tal ocasión Mr. Nash, quien, en privado, me dio un consejo que si yo lo hubiera seguido me habría ahorrado muchas penas. «Henriette —me dijo—, siento pena al ver la familiaridad que existe entre usted y un individuo indigno de usted y que puede ser la causa de su desgracia. En cuanto a su

tía, me alegraría de veras, a pesar de que sería en perjuicio de usted y de su prima Sophia Western, que ese individuo se quedase con todo lo suyo. Yo nunca doy consejos a mujeres de cierta edad, empeñadas en cometer una tontería. Pero la inocencia, la juventud y la belleza merecen una suerte mejor, y me gustaría arrancar a usted de las garras de ese tipo. Déjeme, pues, aconsejarla, mi querida muchacha, y no permita que él la corteje más”. Añadió más cosas que ya he olvidado, pues, como es de suponer, entonces le presté muy poca atención. Mis inclinaciones eran contrarias a todo lo que decía, aparte de que no podía convencerme de que personas distinguidas pudieran tener familiaridad con una persona como la que él me pintaba.

»Ahora temo, querida, cansarte con un relato tan minucioso. Abreviaré. Me casé, me presenté con mi marido ante la tía, y ella... Imagina a una loca que sufre un acceso de locura en un manicomio, y te harás una idea de lo que sucedió en la realidad.

»Al día siguiente, nuestra tía abandonó la ciudad, acaso para no ver a Fitzpatrick ni a mí, acaso para no ver a nadie. Después le he escrito muchas cartas, que ella no ha contestado. Aunque sin intención, mi tía fue el motivo de todos mis sufrimientos, ya que de no haber cortejado a mi tía, Fitzpatrick no habría tenido tantas ocasiones de interesar mi corazón, que en otras circunstancias no habría sido tan fácil de conquistar. Estoy convencida de que no me hubiera equivocado de haber seguido mi propio juicio. Pero confié demasiado en la opinión de los demás y admití como verdadero el mérito de un hombre a quien veía que era bien acogido por todas las mujeres. ¿Por qué razón, querida mía, nosotras, que poseemos inteligencia igual a la de los hombres más sabios, elegimos tan a menudo como compañeros a hombres verdaderamente tontos? Me saca de quicio el pensar en la gran cantidad de mujeres sensatas hechas desgraciadas por hombres imbéciles.

Henriette dejó de hablar durante unos instantes, pero como Sophia no dijo nada, prosiguió como veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO V

DONDE SE PROSIGUE LA HISTORIA DE MRS. FITZPATRICK.

—Después de nuestro matrimonio permanecemos en Bath un par de semanas. No había que pensar en una reconciliación con mi tía. En cuanto a mi fortuna, no podía tocarse hasta que yo fuera mayor de edad, para lo cual me faltaban aún dos años. Mi marido entonces decidió que debíamos irnos a Irlanda, a lo que yo me opuse resueltamente, recordándole una promesa que me había hecho antes de casarnos. Me prometió que jamás haríamos ese viaje en contra de mi voluntad, y en mi interior jamás accedí a él, ni creo que nadie pueda echarme en cara mi resolución a este respecto. Aunque no se lo confesé a mi marido, limitándome a suplicarle que lo retrasara un mes. Pero él ya había fijado la fecha de partida y no quería desistir de su propósito.

»La víspera de la marcha ambos nos pusimos a discutir el asunto del viaje con gran acaloramiento. Entonces él se levantó del asiento que ocupaba y dijo que se iba al club. Poco después que él saliera descubrí un papel en el suelo del gabinete donde habíamos discutido, que yo supuse que se le habría caído involuntariamente del bolsillo al sacar el pañuelo. Lo recogí y al ver que se trataba de una carta no tuve el menor inconveniente en abrirla y leerla. La leí tantas veces, que ahora puedo repetírtela casi palabra por palabra. La carta decía lo siguiente:

Mr. Brian Fitzpatrick.

Muy señor mío: Acabo de recibir su carta y me sorprende sobremanera que me trate usted de ese modo, cuando lo cierto es que no he recibido ningún dinero suyo, salvo el importe de una casaca, y su cuenta en la actualidad sobrepasa las cincuenta libras. Recapacite, señor, en las veces que me ha engañado usted diciéndome que iba a casarse con esta o aquella dama. Pero yo no puedo vivir de esperanzas ni de promesas, ni el que me suministra las telas las aceptará en pago de lo que le adeude. Ahora me dice usted que está seguro de lograr a la tía o a la sobrina, y que se hubiera casado con la tía, cuyos bienes parafernales son cuantiosos, según le consta, pero que ha preferido a la sobrina a causa del dinero contante y sonante de que dispone. Le suplico, señor, que acepte mi consejo y se case con la primera que pueda. Creo que me perdonará usted el que le dé un consejo, ya que le consta que tan sólo deseo su bien. Giraré a su cargo, por el próximo correo, por mediación de la casa John Drugget y Compañía, a catorce días vista.

Queda de usted atento y seguro servidor,

»Tal era la carta, palabra por palabra. Ya puedes imaginar la impresión que me produciría. ¡Que prefería a la sobrina a causa de su dinero contante y sonante! Si cada una de estas palabras hubiera sido un puñal, con qué placer las hubiese hundido en su corazón. Pero prefiero no mencionar la desesperada cólera que sentí en aquella ocasión. Cuando él volvió a casa yo ya había conseguido dominar mis lágrimas, si bien en mis ojos hinchados quedaban aún bastantes pruebas de ellas. Mi marido tomó asiento malhumorado en una silla y permaneció callado largo rato. Al fin, en tono altanero, dijo:

»—Confío, Henriette, que tus criados habrán hecho ya tu equipaje, pues el coche vendrá a buscarnos a las seis de la mañana.

»Mi rabia desapareció por completo ante esta provocación y repliqué: “No, señor. Todavía queda una carta por guardar en la maleta”. Y tras de arrojar la carta sobre la mesa, le increpé en los términos más violentos que me fue posible. No puedo decirte si se contuvo porque se sentía culpable, por prudencia o por vergüenza. Pero aunque es de temperamento irascible, en la presente ocasión se mantuvo tranquilo. Por el contrario, se esforzó en amansarme por todos los medios. Juró que jamás había escrito la frase mortificante mencionada en la carta. Reconoció, eso sí, que había hablado del matrimonio y de la decidida preferencia que sentía hacia mí. Pero negó en redondo, negativa que acompañó con una serie de juramentos, que hubiera dado como justificación de ello la razón que constaba en la carta. Y se disculpó de haber mencionado el asunto por la falta en que se hallaba de dinero, lo que provenía, según afirmó, del largo descuido en que mantenía su finca de Irlanda. Y era ésta, como no podía por menos de revelármelo, la única causa de su insistencia en que emprendiéramos el viaje. Me dirigió también varias frases cariñosas y acabó prodigándome sus caricias, que acompañó con sinceras protestas de amor.

»Existía una circunstancia que me dispuso en su favor, aunque confieso que mi marido no recurrió a ella, y ésta era la palabra “parafernales” que figuraba en la carta del sastre, causa por la que nuestra tía jamás quiso contraer matrimonio, y esto le constaba a mi marido. Dado que imaginé que esto era pura invención del sastre, supuse también que quizá hubiera aventurado la otra línea sin el menor fundamento por su parte. Pero ¿qué manera de razonar era ésta? ¿No estaba procediendo más bien como abogado que como juez? ¿Por qué menciono esta circunstancia o apelo a ella como justificación de mi perdón? En suma, aunque hubiera sido mucho más culpable de lo que era, hubiesen bastado para perdonarle la ternura y el cariño que me demostraba. No opuse más resistencia a la marcha, cosa que realizamos a la mañana siguiente, y en algo más de una semana llegamos al lugar donde mi marido había nacido.

»Perdóname el que no mencione ninguno de los incidentes que nos sobrevinieron durante el viaje, pues me resultaría en extremo desagradable recorrer de nuevo ese camino.

»La propiedad de mi esposo era una antigua casa señorial. Si ahora contara con el buen humor que gozaba antaño, podría describírtela en tono humorístico. Parecía que en tiempos pasados había sido habitada por un caballero. Las habitaciones eran espaciosas, echándose de menos en ellas la falta de mobiliario. Una anciana, que parecía contemporánea del edificio, nos recibió en la puerta y con voz apenas humana e inteligible para mí, dio la enhorabuena a su amo por su retorno a la casa solariega. Toda la escena resultó tan triste y llena de melancolía, que mi ánimo se abatió. Pero al observarlo mi marido, en vez de consolarme como correspondía, aumentó su malhumor zahiriéndome con dos o tres frases. “Como puedes ver, querida —dijo—, existen buenas mansiones en otras partes además de en Inglaterra, y es muy probable que hayas vivido en casas de menos categoría cuando estabas en Bath”.

»Feliz la mujer que tiene un compañero bueno y cariñoso que la anima cuando ella se siente triste. Pero... ¿por qué pensar en momentos felices cuando con ello no hago otra cosa que aumentar mi desgracia? Mi compañero, en lugar de disipar la melancolía de la soledad, no hizo sino convencerme de que sería siempre desgraciada en su compañía. En una palabra, era un individuo arisco, con un carácter que es probable que no hayas conocido nunca, pues las mujeres sólo conocemos a fondo a nuestro padre, a nuestros hermanos o a nuestro marido, y aunque tú tienes un padre, éste no posee, ni mucho menos, semejante carácter. Aquel individuo áspero me había parecido al principio todo lo contrario, y lo mismo lo seguía pareciendo a todo el que le trataba. ¡Cielos! ¿Cómo es posible conservar una apariencia engañosa para los de fuera de casa y mostrarse tal como se es en realidad sólo en casa? Estos individuos se resarcen en su casa del esfuerzo continuado que tienen que hacer para disimular su carácter en sociedad. Observé que cuanto más alegre y contento se mostraba mi marido entre la gente, más hosco y malhumorado aparecía cuando nos encontrábamos a solas. ¿Cómo describirte su manera de ser? Era insensible a mi ternura. Recibía con desprecio mis réplicas jocosas, que tú y nuestras amigas celebrabais tanto. Cuando yo me ponía seria, él rompía a cantar o a silbar, y siempre que yo me sentía desgraciada, él se enfadaba y me reñía, pues aunque jamás se alegraba de mi buen humor, mi tristeza y mi melancolía le ofendían, atribuyéndolas a que estaba arrepentida de haberme casado con un irlandés.

»Comprenderás fácilmente, mi querida Graveairs —perdóname el mote—, que cuando una mujer se casa contra la opinión del mundo, es decir, cuando no hace un matrimonio de interés, es que debe sentir inclinación y afecto por su marido. Pero también creerás fácilmente que este afecto pudo morir, y por mi parte puedo asegurarte que el desprecio lo borra por completo. Yo empezaba a experimentar

semejante desprecio hacia mi marido, que acababa de revelármese como un necio. Acaso te sorprenda que no hiciera mucho antes este descubrimiento. Pero es que las mujeres saben darse mil excusas a sí mismas para justificar la estupidez de los que aman. Además, creo que se necesita un ojo sumamente agudo y experto para descubrir a un tonto a través de los disfraces del buen humor y la cortesía.

»No cuesta imaginar que, una vez empecé a despreciar a mi marido, como te confieso que no tardé en hacer, debía por tanto desagradarme su sola presencia, aunque en realidad tenía la gran suerte de ser muy poco importunada por él. Nuestra casa estaba montada con la mayor elegancia, nuestras bodegas se encontraban bien surtidas y los caballos y perros sobraban. Como mi esposo recibía a nuestros vecinos liberalmente, éstos correspondían con idéntica moneda, y los deportes y las francachelas ocupaban de tal modo su tiempo, que tan sólo una pequeña parte de su charla, es decir, de su mal humor, me tocaba soportarlo a mí.

»Hubiera sido una gran suerte para mí que con idéntica facilidad hubiera podido eludir otras compañías no menos desagradables. Pero, ¡ay!, mi sino quería que tuviera que soportar algunas que eran para mí un tormento constante, tanto más cuanto que no veía posibilidad de librarme de ellas. Estos compañeros eran mi obsesión, la cual no dejaba de atormentarme y me perseguía día y noche. En semejantes circunstancias pasé por una situación cuyo horror no puede ser descrito, ni tan siquiera imaginado. Imagina, pues, querida, si ello te es posible, lo que debo de haber sufrido. Fui madre gracias al hombre que odiaba y despreciaba. Tuve que pasar por todas las agonías y molestias del parto —cien veces más doloroso en este caso que cuando se soportan por el hombre a quien se ama—, sin una amiga, sin una compañera que viniera a consolarme, en suma, sin ninguna de esas circunstancias agradables que con frecuencia alivian, y en otras compensan, los sufrimientos a que estamos sometidas por nuestro sexo.

CAPÍTULO VI

DONDE UN ERROR DEL MESONERO PRODUCE UNA GRAN CONSTERNACIÓN A SOPHIA.

Mrs. Fitzpatrick proseguía con su relato cuando se vio interrumpida por la entrada de la comida, cosa que contrarió a Sophia, puesto que las muchas desgracias de su prima y amiga habían conseguido despertar su interés, y tan sólo sentía apetito por saber lo que le había sucedido a su prima después de todo lo narrado.

El mesonero hizo su aparición con una fuente en la mano, y el mismo respeto en su semblante y en sus maneras que si aquellas dos damas hubieran llegado a su mesón en un coche tirado por seis caballos.

La casada parecía mucho menos afectada por sus infortunios que su prima y amiga, ya que la primera comenzó a dar cuenta del yantar con excelente apetito, en tanto que a la segunda le resultaba difícil tragar un bocado. Sophia también reflejaba en su rostro mayor pena e interés que Mrs. Fitzpatrick, y al descubrir ambos síntomas, su amiga le suplicó que se tranquilizara, diciéndole:

—Tal vez todo concluya mucho mejor de lo que tú o yo esperamos.

El mesonero pensó entonces que ahora se le presentaba ocasión de despegar los labios, lo que decidió no desperdiciar.

—Lamento de veras, señora —empezó—, que no le sea a usted posible probar bocado, ya que debe de estar hambrienta después de un ayuno tan prolongado. Confío que no se sentirá usted inquieta por algo, pues, como ha dicho muy bien su amiga, todo puede concluir del mejor modo posible. Un caballero que estuvo aquí no hace mucho trajo excelentes noticias, y es muy posible que algunas personas que huyen de otras lleguen a Londres antes de que sean alcanzadas. Y si lo logran, estoy seguro de que encontrarán amigos dispuestos a recibirles en sus hogares.

Todos los seres humanos que temen un peligro cualquiera convierten todo cuanto oyen y ven en materia que alimenta su temor. Por esta razón, Sophia dedujo de las palabras del mesonero que era conocida y que su padre corría tras de ella. La aflicción que sintió le privó del uso del habla durante unos minutos, y tan pronto como se hubo recobrado, suplicó al dueño del mesón que hiciera salir de la estancia a los criados. Luego, dirigiéndose a él, murmuró:

—Veo que sabe usted quién soy. Pero le suplico encarecidamente, mejor dicho, estoy convencida de que si posee usted un corazón compasivo y bondadoso, no nos traicionará.

—¡Traicionarlas yo! —exclamó el mesonero—. En modo alguno. Antes me dejaría cortar en pedazos. ¡Odio todo lo que huele a traición! Aún no he traicionado a

nadie en mi vida, y estoy seguro de que no comenzaré a hacerlo con una dama tan amable como usted. Si hiciera semejante cosa todo el mundo me lo echaría en cara. Mi esposa es testigo de que la reconocí a usted en el instante mismo en que puso el pie en mi casa. Dije quién era usted antes de que la ayudase a echar pie a tierra, y llevaré las señales de las contusiones que recibí mientras la servía hasta la misma tumba. ¿Qué importan si logro salvarla? Sin duda, otro distinto que yo hubiera pensado esta mañana en la forma de conseguir una recompensa. Pero puedo asegurarle que jamás ha pasado por mi frente semejante idea. Antes me dejaría morir de hambre que aceptar una recompensa a cambio de descubrirla a usted.

—Le prometo —repuso Sophia— que si alguna vez me es dado poder recompensarle, no lamentará usted su generosidad presente.

—¡Ay de mí, señora! —murmuró el mesonero—. ¡Si está en su poder recompensarme! ¡Dios complazca su buena voluntad! Lo único que temo es que olvide usted a un pobre mesonero. Mas si ocurriera así, confío que recordará usted la recompensa que rehúso ahora, palabra que sin duda me creo con derecho a emplear, pues no dudo que en la presente ocasión la hubiese obtenido. Aunque usted se hubiera portado mal conmigo, jamás se me hubiese ocurrido la idea de descubrirla, y esto incluso antes de haber oído las excelentes noticias.

—¿Qué noticias? —inquirió Sophia, dominada por cierta ansiedad.

—¿No las conoce usted? —preguntó el mesonero—. Las he sabido hace poco, y aunque jamás las hubiese sabido, ¡que se me lleve el diablo si hubiese sido capaz de traicionarla! No, si lo hubiera hecho...

Al llegar a este punto, el mesonero dejó escapar algunas palabras malsonantes, que Sophia cortó rogando al hombre que le dijera cuanto antes de qué noticias se trataba. El mesonero se disponía a contestar cuando Mrs. Honour penetró en la estancia como un ciclón, pálida y sin aliento, y exclamó:

—¡Señora, estamos perdidas! ¡Vienen, vienen!

Estas palabras helaron la sangre de Sophia. Pero Mrs. Fitzpatrick preguntó a Mrs. Honour quiénes eran los que venían.

—¿Quiénes? —exclamó la doncella—. Los franceses. Varios centenares de miles han desembarcado ya. Y todas las mujeres seremos asesinadas y violadas.

Del mismo modo que el avaro que posee en una ciudad una mísera casucha y, alarmado ante la noticia del fuego, palidece y tiembla al pensar en la posibilidad de perderla, pero que al saber que sólo arden los ricos palacios sonrío y se siente consolado ante su buena suerte; o al igual que la madre cariñosa que, horrorizada ante la idea de que su hijo se ha ahogado pierde el sentido, pero cuando le dicen que su pequeñuelo se encuentra a salvo y que sólo un barco de guerra con más de mil tripulantes se ha ido a pique recobra de nuevo el sentido, experimenta un repentino alivio y la angustia que en otra ocasión le hubiera hecho sentir la terrible catástrofe no

se despierta en su alma, del mismo modo Sophia, que sentía como cualquier otra persona las calamidades que pudieran agobiar a su país, experimentó tal satisfacción al verse libre de ser alcanzada por su padre, que la anunciada llegada de los franceses apenas si produjo efecto en ella. Amonestó a su doncella por haberla asustado de aquel modo y dijo:

—Me alegro de que no sea nada. Temía que fuera otro el que venía.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó el mesonero, sonriendo abiertamente—. La señora sabe bien lo que se pesca. Sabe que los franceses son nuestros amigos y vienen sólo por nuestro propio bien. Se trata de la gente que tiene que hacer florecer de nuevo a la vieja Inglaterra. Apuesto a que usted creyó que el que venía era el duque, y por eso se ha llevado el susto que se ha llevado. Ahora le diré cuáles son las noticias que antes le anuncié. Su Majestad, Dios le bendiga, ha dado esquinazo al duque, y esto es lo que le ha asustado. Además, han desembarcado diez mil franceses para unírseles por el camino.

Sophia no quedó muy complacida ni con la noticia ni con el caballero que se la daba. Pero como creía que el mesonero la conocía, pues no tenía la menor idea de lo que éste imaginaba, no demostró desagrado. Luego, el mesonero quitó el mantel de la mesa y se marchó. Mas, antes de hacerlo, repitió varias veces que abrigaba la esperanza de no ser olvidado en el futuro.

Sophia se sentía bastante inquieta al pensar que era conocida en aquella casa, ya que se aplicaba a sí misma muchas de la cosas que el mesonero había dicho a propósito de Jeannette Cameron. Por consiguiente, la joven ordenó a su doncella que averiguase por qué medios la había reconocido el mesonero y qué persona le había ofrecido una recompensa para que la traicionara. Ordenó asimismo que sus caballos estuvieran a punto para las cuatro de la madrugada, a cuya hora había prometido acompañarlas Mrs. Fitzpatrick. Luego, sosegándose todo lo que le fue posible, rogó a su prima que continuase su historia.

CAPÍTULO VII

DONDE MRS. FITZPATRICK TERMINA SU HISTORIA.

Mientras Honour, para cumplimentar los deseos de su ama, pedía un ponche e invitaba al mesonero y a su esposa a participar en él, Mrs. Fitzpatrick prosiguió su relato:

—Mi marido era amigo de la mayoría de los oficiales destinados a la guarnición de una ciudad cercana. Entre ellos había un teniente, muy apuesto por cierto, que estaba casado con una joven tan simpática que desde que me la presentaron, que fue a poco de que yo diera a luz, éramos compañeras inseparables, pues tuve la suerte de serle asimismo simpática.

»El teniente, que no era bebedor ni deportista, frecuentaba nuestras reuniones. En cambio, se le veía poco en compañía de mi marido; sólo lo indispensable para cumplir con la buena educación. Mi marido manifestaba a menudo su desagrado porque el teniente prefería mi compañía a la suya, enfadándose mucho conmigo por este motivo y reprochándome que le quitaba sus amigos.

»No imagines, querida Sophia, que la cólera de mi marido fuera debido a que yo le privaba de un amigo, pues el teniente no era persona para satisfacer a un tonto. Pero aunque admitiese esta posibilidad, mi marido no tenía razón para achacarme a mí la pérdida de su amigo, ya que estoy convencida de que lo que atraía al teniente era sólo mi conversación. Pero, no. Era la envidia, la peor y más rencorosa clase de envidia, la envidia ante la superioridad de la inteligencia. Mi marido no podía soportar que prefirieran mi charla a la suya, y esto por un hombre del que no se podía sentir celos. ¡Oh, mi querida Sophia! Tú que eres tan sensata... Si te casas con un hombre de una capacidad intelectual inferior a la tuya, prueba antes de casarte su carácter y convéncete de si es capaz de aceptar y someterse a tu superioridad. Prométeme que seguirás este consejo.

—Lo probable es que jamás me case —repuso Sophia—. Pero, si me caso, no lo haré con un hombre en quien encuentre algún defecto en su inteligencia. Antes renunciaría a mi inteligencia que exponerme a descubrir después de la boda que me había equivocado.

—¡Renunciar a tu inteligencia! —exclamó Mrs. Fitzpatrick—. Eso no es propio de ti. Yo podría renunciar a todo lo demás, menos a eso. La naturaleza ha concedido esta superioridad a muchas mujeres, y nadie puede pretender que la someta a un marido. No pueden esperar esto de nosotras los hombres de sentido común, como, por ejemplo, el teniente a que me refiero, el cual, aunque poseía cierta inteligencia, reconocía que su esposa le superaba en esto. He aquí quizá la razón del odio que mi

marido profesaba a mi amiga.

»—Antes de verme gobernado de esta forma por una mujer —decía—, sobre todo por una mujer tan fea —es cierto que mi amiga no era ninguna belleza y sí sólo muy agradable y simpática—, vería con gusto que todas las mujeres se fueran al infierno.

»Ésta era una frase bastante corriente en él. Añadía que no se explicaba lo que el teniente encontraba en su mujer para sentirse encantado con su compañía.

»—Desde que esa mujer se ha interpuesto entre nosotros —concluía— ya no te queda tiempo para leer, tanto como antes te gustaba, pues bien me acuerdo que por la lectura dejabas de devolver visitas a muchas señoras de esta población, aunque yo no insistí en que intimaras con ellas, pues, de verdad, no valen mucho más que las campesinas.

»Durante todo un año, mientras el teniente continuó de guarnición en aquella ciudad, yo seguí manteniendo amistad con él y con su esposa, y todo este tiempo pagué con agrado esa amistad soportando las reconvenciones que me dirigía mi marido. Me refiero, claro está, a las temporadas en que estaba en casa, pues con frecuencia pasaba varios días en Dublín, y en una ocasión hizo un viaje a Londres, donde permaneció dos meses. Era para mí una suerte que nunca deseara que le acompañase en sus viajes. Mi marido censuraba a menudo a los hombres que no pueden hacer un viaje sin llevar a su esposa cosida a su chaleco, y con esto daba a entender que, caso de haber yo deseado acompañarle, no habrían sido atendidos mis deseos. Pero Dios sabe que nunca sentí tales deseos.

»Por fin marchó mi amiga con su esposo a otro lugar y de nuevo quedé sola, hablando conmigo misma o dedicada a los libros, mi único consuelo. Por entonces me pasaba leyendo casi todo el día. ¿Cuántos libros te imaginas que leí en tres meses?

—No sé —contestó Sophia—. Quizá media docena.

—No, no, más. ¡Una docena entera! —contestó la otra—. Leí mucha cantidad de la *Historia de Francia*, de Daniel; otro tanto, de las *Vidas*, de Plutarco; la *Atalantis*, el *Homero*, de Pope; las comedias de Dry den Chillingworth y de la condesa d'Aulnois, y *La inteligencia humana*, de Locke.

»Durante este tiempo escribí a nuestra tía tres cartas conmovedoras y suplicantes, pero como no recibí contestación a ellas, dejé de insistir, pues mi orgullo me lo impidió. —Al llegar aquí se detuvo unos momentos y, mirando fijamente a Sophia, añadió—: Me parece, querida, que tu mirada me reprocha negligencia hacia otra persona que seguramente me hubiera correspondido con todo cariño.

—Así es, mi querida Henriette —contestó Sophia—. Pero tu historia justifica plenamente esa negligencia. Yo, en cambio, me he portado muy mal y no dispongo de una excusa tan excelente. Prosigue, te lo ruego. Deseo escuchar el final, aunque no puedo por menos de temerlo.

Mrs. Fitzpatrick continuó:

—Mi marido emprendió entonces un segundo viaje a Inglaterra, donde permaneció durante tres meses. La mayor parte de este tiempo llevé una vida que si me resultaba tolerable era porque pensaba que aún podría llevarla peor, ya que la completa soledad no casa bien con un espíritu sociable cual el mío, sino cuando piensa que le libra de la compañía de los que odia. La pérdida de mi hijo aumentó mi desgracia, y no es que vaya a pretender que sentía por él ese cariño extraordinario de que hubiera sido capaz en otras circunstancias. De todos modos, pensé que debía cumplir con los deberes de madre cariñosa, y los cuidados que dediqué al niño impidieron que me diera completa cuenta del peso de mi desgracia.

»Había vivido casi diez semanas a solas conmigo misma, no viendo a nadie durante esta temporada, salvo a mis criados y alguna que otra visita, cuando una joven, parienta de mi esposo y que vivía en una parte lejana de Irlanda, vino a visitarme. En otra ocasión había estado ya en mi casa, habiéndole invitado con insistencia a que volviera, pues se trataba de una mujer en extremo simpática, que había mejorado sus dotes naturales con ayuda de una buena educación. Era para mí un huésped bien recibido.

»Algunos días más tarde de su llegada, al observar que yo me mostraba muy decaída, sin preguntarme la causa de ello, que sin duda conocía perfectamente, la joven se compadeció de mí y dijo:

»—Aunque la educación ha impedido quejarme a los parientes de mi esposo por su conducta, todos están enterados de ella y sienten un gran interés sobre el particular, aunque nadie más que yo.

»Y tras de un rato de charla sobre el tema, en la que yo no podía por menos de apoyarla, me comunicó con grandes precauciones que mi marido tenía una querida.

»Sin duda pensarás que yo oí la noticia con la mayor indiferencia. No obstante, te doy mi palabra, si tal has imaginado, que incurres en un error. El desprecio no había amenguado tanto la indignación que sentía hacia mi marido como para que el odio no hiciera de nuevo su aparición ante la noticia que acababa de oír. ¿Cuál era la causa de ello? ¿Somos las mujeres unos seres tan egoístas que puede preocuparnos el que otras posean lo que nosotras desdeñamos? ¿O es que somos completamente vanas y ésta es la mayor injuria que se puede hacer a nuestra vanidad? ¿Qué piensas de ello, Sophia?

—¿Qué quieres que te diga? —repuso Sophia—. Jamás me he absorbido en cuestiones tan profundas. Pero creo que la parienta de tu marido hizo muy mal en comunicarte ese secreto.

—Sin embargo, querida prima, tal proceder es del todo natural —contestó Mrs. Fitzpatrick—, y estoy convencida de que cuando hayas visto y leído tanto como yo lo reconocerás así.

—Siento oír decir que es natural —replicó Sophia—, puesto que no necesito

lecturas ni experiencias para estar convencida de que es deshonesto. A mi juicio, es de tan mala educación decir a un marido o a una esposa las faltas del otro como echarle en cara sus propias faltas.

—Mi marido —prosiguió Mrs. Fitzpatrick— regresó al fin a casa, y si mis recuerdos no me engañan en este momento, no sentía más odio hacia él que en otras ocasiones. Incluso le desprecié menos, puesto que nada debilita tanto el desprecio que sentimos hacia una persona como la injuria que ha sido inferida a nuestro orgullo o vanidad.

»Mi marido adoptó entonces conmigo una conducta tan distinta de la que en los últimos tiempos había seguido, y se parecía tanto a la que había observado en la primera semana de nuestro matrimonio, que si hubiera quedado en mí algún rastro, hubiera reavivado en mi corazón el cariño que había sentido por él. Mas aunque el odio puede seguir al desprecio, no sucede lo mismo con el amor. La verdad es que la pasión amorosa es demasiado inquieta para sentirse satisfecha, sin la complacencia que recibe de su objeto. Por esta razón, cuando un marido deja de ser el objeto de esa pasión, lo más probable es que algún otro hombre..., quiero decir, querida, que si tu marido llega a serte indiferente... si acabas despreciándole..., quiero decir, si sientes en ti la pasión amorosa... Me he hecho un lío..., aunque una es capaz, ante todas estas consideraciones abstractas, de perder el hilo de su discurso... En resumen, la verdad es... Ignoro cuál es, querida. Pero como te iba diciendo, mi marido se presentó en casa de nuevo. Su conducta me sorprendió mucho al pronto, aunque no tardé en averiguar la causa de ella. Se había gastado ya todo mi dinero, y como no podía establecer nuevas hipotecas sobre sus fincas, quería conseguir más dinero para sus caprichos y diversiones mediante la venta de una pequeña propiedad mía, y el conseguir esto era la causa única de todo el cariño que parecía demostrarme.

»En modo alguno me mostré dispuesta a acceder a su pretensión. Le dije, y esto era cierto, que si yo hubiera poseído un Potosí cuando contrajimos matrimonio, podría haber dispuesto de él por completo, pues siempre había sido mi máxima que el hombre a quien una mujer entrega su corazón, debe entregarle a la vez su fortuna. Pero, puesto que él había sido tan amable que me había devuelto el primero, yo, por mi parte, había decidido conservar lo poco que me quedaba de la segunda.

»No podría describirte la rabia que mis palabras, y el aire resuelto con que las pronuncié, produjeron en él. Tampoco quiero molestarte narrándote la escena que se produjo entre nosotros. Sólo te diré que salió a relucir la historia de su querida con todos los aditamentos que la indignación y el desprecio pueden proporcionar. Mi marido pareció anonadado y más turbado que nunca. No intentó, sin embargo, disculparse, sino que, por el contrario, adoptó un sistema que estuvo a punto de confundirme. Fingió sentir celos. Tal vez sea propenso a ellos por temperamento, o el diablo le sugirió la idea, pues desafió a que nadie pudiera decir nada contra mí, ni

jamás las lenguas más viperinas osaron censurar mi reputación. Mi nombre ha estado siempre tan limpio como mi vida. No, querida Graveairs, aunque ofendida, maltratada e injuriada en mi amor, tomé la firme resolución de no proporcionar el menor motivo de censura por esta parte... No obstante, existe una clase de gente tan maliciosa, algunas lenguas tan rebosantes de veneno, que ninguna inocencia y honor se ve libre de ellas. La palabra más inocente, la mirada más casual, la más simple familiaridad, la más inocente libertad, siempre son mal interpretadas y aumentadas por ciertas personas. Pero yo desprecio, querida, esa ruin maledicencia. Nada en ese sentido me hará perder jamás mi tranquilidad. No, no, estoy muy por encima de todo esto... ¡Oh! Pero ¿por dónde iba? Por favor, déjame que recuerde. Te he dicho que mi marido empezó a mostrarse celoso. Pero ¿de quién? ¡Sencillamente, del teniente de que antes te he hablado! Tuvo que retroceder más de un año en el tiempo para encontrar una base a aquellos celos inexplicables, si es que en el fondo experimentaba algunos y no se trataba de una vil añagaza para mejor abusar de mí.

»Pero debo de haberte cansado con este exceso de detalles. Concluiré rápidamente mi historia. En resumen, tras de una serie de escenas que no puedo describir, en las que su parienta se puso tan de mi parte que mi marido acabó echándola de casa al ver que no podía conseguir nada de mí, recurrió a la violencia. Tal vez pienses que llegó a pegarme. Aunque le faltó muy poco para hacerlo, no lo hizo jamás. Me encerró en un cuarto, no permitiéndome que me proporcionasen papel, pluma y tinta, y una criada me hacía a diario la cama y me traía la comida.

»Cuando ya llevaba una semana en tal prisión, mi marido se dignó hacerme una visita, y con voz de maestro o, lo que a menudo resulta lo mismo, de tirano, me preguntó si me sentía más dispuesta a acceder a sus pretensiones. Yo le contesté con resolución “que antes moriría que consentir”.

»—Así será entonces —me contestó él—, ya que jamás saldrás viva de este cuarto.

»En él permanecí otras dos semanas, y mi firmeza comenzaba a resquebrajarse cuando cierto día, estando ausente mi marido, pues había marchado para un breve tiempo, se produjo oportunamente un incidente que me llevaría más de una hora referirte. Así que, para abreviar, te diré que el oro, la llave que abre todos los calabozos, abrió la puerta de mi cuarto y me puso en libertad.

»Inmediatamente me dirigí a Dublín, donde me hice con un pasaje para Londres, y ahora me encaminaba a Bath en busca de la protección de nuestra tía, de tu padre o de cualquier otro pariente que esté en condiciones de proporcionármela. Mi marido me alcanzó la última noche en la fonda donde me había refugiado para descansar y que tú abandonaste pocos minutos antes que yo. Pero Dios quiso que tuviera suerte de escapar de él y seguirte.

»Así concluye mi historia, querida prima, trágica de veras para mí, aunque quizá

deba excusarme por lo pesada que debe haberte resultado al escucharla.

Sophia dejó escapar un profundo suspiro y contestó:

—¡Te compadezco, Henriette, con todo mi corazón!... Pero ¿qué podías esperar? ¿Por qué razón te casaste con un irlandés?

—Eres injusta, querida prima —repuso Mrs. Fitzpatrick—. Entre los irlandeses, lo mismo que entre los ingleses, existen hombres dignos. He conocido en Irlanda a excelentes maridos, y tengo la impresión de que no hay tanta abundancia de ellos en Inglaterra. Pregúntame más bien qué podía esperar de mi boda con un estúpido, y te contestaré con una verdad como un templo: ignoraba por completo que lo fuera.

—Entonces ¿crees —preguntó Sophia, en tono bajo y alterado— que un hombre que no sea estúpido no será un mal marido?

—Por lo general, suele ser así —repuso la prima—. Entre mis amistades puedo decirte que los hombres más necios son siempre los peores maridos, e incluso osaré afirmar que un hombre sensato rara vez se comporta mal con una esposa digna de que se la trate bien.

CAPÍTULO VIII

DONDE SE PRODUCE UNA TERRIBLE ALARMA EN EL MESÓN, JUNTO
CON LA LLEGADA DE UN INESPERADO AMIGO DE MRS.
FITZPATRICK.

Por su parte, Sophia, para complacer a su prima, relató lo que nosotros ya conocemos por las páginas anteriores, cosa que el lector me evitará que yo repita aquí de nuevo.

Sin embargo, considero necesario hacer una observación, y ésta es que ni al principio ni al final de su relato mencionó para nada a Tom Jones, como si el joven no existiera o fuese desconocido. No intentaré explicar la razón de ello ni excusarla. Podría ser tomada como falta de sinceridad, cosa que resultaría por demás imperdonable dada la aparente franqueza y sinceridad que había demostrado su prima... Pero el caso es que así sucedió.

Cuando Sophia concluyó su historia, en la habitación donde ambas amigas se encontraban se percibió un estruendo semejante por su sonido al que armaría una jauría de podencos puestos en libertad, o más parecido, pues ¿qué animal puede imitar a la voz humana?, a esos sonidos que en las tranquilas mansiones del barrio de pescadoras brotan de las bocas, y en ocasiones de las narices, de las bellas ninfas del río que las habitan y que son conocidas desde los antiguos tiempos con el nombre de náyades, en términos vulgares y corrientes, ostreras, cuando en lugar de las libaciones a base de leche, miel y aceite, se sirve en abundancia la rica destilación de la nebrina, o bien de la malta, y una lengua osada, con impía licencia, desprecia la delicada ostra de Milton, el lenguado tan vivo y fresco como si estuviera aún en el agua, el camarón tan grande como los langostinos, el rico y sabroso bacalao, vivo aún hacía pocas horas, o bien cualquiera otro de los infinitos tesoros que esas diosas de las aguas que pescan en el mar y en los ríos han entregado al cuidado de las ninfas. En tales momentos las enfurecidas náyades levantan sus inmortales voces, y el desgraciado profano adquiere una terrible sordera por su impiedad.

Poco más o menos, tal era el ruido que ascendía de una de las estancias del piso bajo, y muy pronto el trueno, que durante un cierto tiempo se mantuvo alejado, se fue aproximando más y más, hasta que al cabo, tras de remontar la escalera, penetró en la estancia donde se encontraban las dos primas. En resumen, dando de lado toda metáfora, Mrs. Honour, que había discutido y reñido violentamente en la planta baja, y seguía refunfuñando mientras trepaba por los escalones, se acercó a su ama tan furiosa como un basilisco y exclamó:

—¿Qué cree la señorita que ese maldito villano, el dueño de esta pocilga, ha tenido la desfachatez de decirme en mi misma cara? Que usted es, ni más ni menos,

que esa alocada mujerzuela que llaman Jeannette Cameron y que va con el Pretendiente por todo el país. Ese innoble villano ha osado incluso afirmar que usted misma lo ha confesado. Pero yo he arañado a ese canalla, sí, he dejado en su rostro las señales de mis uñas. «Mi señora —le he dicho— no es bocado para pretendientes. Pertenece a una familia distinguida y rica de Somersetshire. ¿No ha oído usted hablar nunca del gran caballero Western? Pues bien, mi señora es su única hija y heredera de los muchos bienes que posee». ¡Mi señora confundida con una pécora escocesa por semejante lacayo! ¡Con qué gusto le hubiera machacado los sesos con la ponchera!

El principal motivo de preocupación para Sophia acababa de procurárselo ahora Mrs. Honour, al descubrir, en su arrebatado de indignación, quién era ella. No obstante, como el error del mesonero quedaba compensado por aquellos episodios que Sophia había evocado poco antes, la joven se tranquilizó un tanto sobre el particular e incluso no pudo evitar el sonreír.

Pero esto irritó a Mrs. Honour, que no pudo por menos de exclamar:

—No me parece bien, señora, que eche usted a burla el que la tomen por una cualquiera. Me es imposible soportar semejante idea. Estoy convencida de que es usted la dama más virtuosa que jamás pisó suelo inglés, y estoy dispuesta a sacar los ojos a cualquier villano que ose pronunciar la menor insinuación contra usted. Nadie ha podido hablar jamás mal de ninguna ama mía.

Hinc illae lachrymae. Mrs. Honour sentía tanto apego hacia su ama como la mayor parte de los criados suelen tener. Pero, aparte de esto, su orgullo le impulsaba a defender a la persona a quien servía, puesto que pensaba que su vida estaba estrechamente ligada con la de su ama. Siempre que elogiaban el carácter de Sophia, imaginaba que también el suyo era encomiado, y, en consecuencia, pensaba que el suyo sería menospreciado si lo era el de su ama.

Al llegar aquí, lector, y en relación con el extremo apuntado, debo hacer un breve alto para contarte una historia.

La famosa Helen Gwynn, al salir cierto día de una casa donde había realizado una breve visita, y disponerse a subir a su coche, vio congregado en torno al vehículo un grupo de gente, y a su lacayo todo ensangrentado y sucio. Al preguntarle Helen a qué se debía el estado en que se encontraba, el criado repuso:

—He estado luchando, señora, con un villano deslenguado que ha dicho que la señora era una ramera.

—¡Qué estúpido eres! —respondió Mrs. Gwynn—. Por ese motivo tendrás que pelearte todos los días de tu vida, pues todo el mundo sabe que lo soy.

—¿Que lo saben? —murmuró el hombre entre dientes, luego de haber cerrado la puerta del coche—. Muy bien, pero a pesar de ello yo no permitiré que nadie me llame el criado de una ramera.

De esta forma se explica la irritación de Mrs. Honour. Pero en el fondo era otra

causa la de su contrariedad. Hay ciertos licores en el mundo que si se aplican a nuestras pasiones producen un efecto opuesto al agua, ya que sirven más para avivar e inflamar que para apagar. Entre ellos figura ese generoso licor denominado ponche. No carecía de razón el erudito doctor Cheney cuando consideraba la bebida de un ponche como fuego líquido ingerido a través de la garganta.

Aquella noche Mrs. Honour había ingerido tal cantidad de aquel infernal líquido, que el humor del mismo comenzó a ascender hacia su cerebro, cegando los ojos de la razón, que todos suponemos que reside en tal lugar, en tanto que el fuego se propagaba con gran facilidad desde el estómago al corazón, inflamando en él la noble pasión del orgullo. Ante semejantes antecedentes, no nos maravillaremos del acceso de violenta cólera sentido por la criada, aunque así, a simple vista, la causa no parece guardar la menor proporción con el efecto.

Sophia, ayudada por su prima, hizo cuanto pudo para apagar aquella llama. Al fin, tras de ímprobos esfuerzos, lo consiguieron, o bien, para apurar la metáfora, habiendo devorado el fuego todo el combustible que proporciona la lengua, es decir, todo reproche posible, el fuego se apagó al fin por sí mismo.

Mas aunque la tranquilidad renació en el piso superior, no sucedió lo mismo en el de abajo, donde la mesonera, ante las ofensas hechas a la belleza de su esposo por las uñas de Mrs. Honour, clamó en voz alta venganza y justicia. En cuanto al infeliz marido, que era el que principalmente había sufrido en la pelea, se mantenía completamente tranquilo. Acaso la sangre perdida hubiera suavizado su cólera, ya que el enemigo había aplicado no sólo sus uñas a las mejillas, sino también sus puños a las narices, que se lamentaron de súbito con copiosas lágrimas de sangre. A esto es justo añadir las reflexiones que se le ocurrieron sobre su error. Pero nada contribuyó tanto a desvanecer su resentimiento como la forma en que ahora descubrió su equivocación. Aparte de que el proceder de Mrs. Honour sirvió para corroborarlo, lo rubricó la aparición de un gran personaje, que llegó rodeado por un gran tren.

En cumplimiento de las órdenes de esta persona, el mesonero se apresuró a subir la escalera para comunicar a las dos bellas viajeras que un caballero recién llegado al mesón deseaba subir para ofrecerles sus respetos. Al oír el mensaje, Sophia palideció y se echó a temblar, aunque sin duda el lector habrá pensado que era demasiado cortés, pese a los disparates del posadero, para venir de su padre. Pero el miedo siempre está dispuesto a extraer conclusiones atemorizadoras de todas las circunstancias, por nimias que sean.

Con el fin de satisfacer la curiosidad del lector más que los temores de Sophia, diremos que un par irlandés había llegado a aquel mesón a última hora de la tarde en su viaje hacia Londres. El noble caballero, que había suspendido su cena al oír el tumulto armado en la casa, vio a la doncella de Mrs. Fitzpatrick, y luego de unas cuantas preguntas averiguó que su señora, con la que le unía una buena amistad, se

encontraba en el piso superior. Apenas lo supo, el par irlandés se dirigió al mesonero, le tranquilizó y le envió arriba con un mensaje, posiblemente mucho más cortés que el que acababa de transmitir nuestro hombre.

Quizá a alguien le sorprenda que no fuera la doncella de Mrs. Fitzpatrick la encargada de llevar el mensaje. Lamentamos tener que anunciar que en aquellos instantes la mujer no estaba en condiciones de hacer esto ni nada que se le pareciera. El ron, pues tal llamaba el mesonero a la destilación de la malta, se había aprovechado arteramente del cansancio que sentía la pobre mujer, produciendo pavorosos estragos en sus más nobles facultades en unos momentos en que distaba mucho de encontrarse en condiciones de resistir el ataque.

Nos ahorraremos describir esta trágica escena en todos sus detalles. Pero nos creemos obligados, debido a la integridad histórica que profesamos, a dar cuenta de una cuestión que de otra forma hubiera representado una alegría para nosotros prescindir de ella. Muchos historiadores, por carencia de esta integridad o diligencia, suelen escamotear al buen lector hechos como el que nos ocupa, sumiéndole a veces en la mayor perplejidad.

En lo que respecta a Sophia, su infundado miedo desapareció al ver aparecer al noble par, que se contaba entre los mejores amigos de su prima. Se trataba precisamente del que la había ayudado a escapar del marido, ya que este noble caballero poseía las mismas gallardas cualidades que aquellos renombrados caballeros que son citados en las historias heroicas por haber librado a muchas ninfas de su cautiverio. El par era un enemigo tan encarnizado de todo despotismo, tan a menudo puesto en práctica por maridos y padres sobre esposas e hijas, como ningún caballero andante lo fue jamás del bárbaro poder de los encantadores. Con frecuencia he llegado a sospechar que esos encantadores que tan abundantemente nos son presentados en las novelas antiguas, no eran en el fondo más que los maridos de entonces, en tanto que el matrimonio no era otra cosa que el castillo encantado en el que las ninfas se consideraban encerradas.

El noble que nos ocupa poseía una propiedad lindante con la de Fitzpatrick y conocía desde hacía algún tiempo a su esposa. Por esta razón, tan pronto como llegaron a él noticias del encierro en que vivía la esposa, se dedicó con todo entusiasmo a lograr su libertad, lo que consiguió, no asaltando el castillo, según era norma de los héroes de antaño, sino sobornando al gobernador, de acuerdo con las más modernas leyes de la guerra, en las cuales la astucia es preferible al valor y el oro es mucho menos irresistible que el plomo o el acero.

Pero como Mrs. Fitzpatrick no había considerado oportuno referir esta circunstancia a su prima y amiga, nosotros no se la relatamos a su tiempo al lector. Hemos preferido mantenerle un tiempo con la idea de que ella había encontrado o acuñado, o bien se había valido de algún medio extraordinario, quién sabe si

sobrenatural, para procurarse el dinero con el que había sobornado a su carcelera, más bien que interrumpir su historia para hacer referencia a lo que Mrs. Fitzpatrick consideraba de poca monta para ser mencionado.

El par, tras de una breve salutación, expresó su sorpresa por encontrar a Mrs. Fitzpatrick en aquel lugar, puesto que él la suponía en Bath. Mrs. Fitzpatrick respondió:

—Mi propósito se ha visto frustrado por la llegada de una persona que no es necesario nombrar. En una palabra —añadió—, fui alcanzada por mi marido, puesto que considero que no tengo por qué ocultar lo que todo el mundo sabe de sobra. He tenido la suerte de escapar de él de un modo poco menos que milagroso, y ahora voy camino de Londres en compañía de esta dama, que es prima mía, y que también huye de un tirano tan terrible como el mío.

El par dedujo de estas palabras que aquel nuevo tirano era también un marido, y con este motivo el hombre se deshizo en cumplidos con ambas señoras y en invectivas contra su propio sexo, añadiendo algunas diatribas contra la institución matrimonial y contra los injustos poderes concedidos por ella al hombre sobre el más sensible y meritorio ejemplar de la especie humana. El par puso fin a su discurso ofreciendo su protección y su coche, tirado por seis caballos, cosa que fue aceptada en el acto por Mrs. Fitzpatrick y, tras de muchos ruegos, por Sophia.

Resueltas así las cosas, el caballero se despidió de las dos jóvenes damas y éstas se retiraron a descansar, no sin que antes Mrs. Fitzpatrick hiciera a su prima grandes y encendidos elogios sobre el carácter del noble par, poniendo de relieve el gran afecto que sentía por su esposa, añadiendo que creía que era la única persona de clase social elevada que jamás desertaba del lecho conyugal.

—Has de saber, mi querida Sophia —añadió—, que esto es en extremo raro entre los hombres de su clase. Jamás lo esperes cuando te cases, pues si lo haces, te verás defraudada muchas veces.

Sophia lanzó un suave suspiro al oír esta advertencia, que tal vez contribuyó a producir en ella un ensueño no muy agradable. Pero jamás contó este ensueño a nadie, por lo que el lector no debe esperar que nosotros lo repitamos aquí.

CAPÍTULO IX

DONDE LA MAÑANA ES PRESENTADA DE UN MODO ORIGINAL. UNA DILIGENCIA. LA EDUCACIÓN DE LAS CAMARERAS. EL CARÁCTER HEROICO DE SOPHIA. SU ESPÍRITU GENEROSO. LA PARTIDA DE LOS VIAJEROS Y SU LLEGADA A LONDRES, CON ALGUNAS OBSERVACIONES PARA USO DE ÉSTOS.

Los componentes de la sociedad nacidos para hacer más agradable la vida de los restantes, empezaron a encender las luces con el fin de reanudar sus tareas en la casa. El artífice lleno de habilidad, el mecánico diligente saltaron de su duro jergón; la linda camarera comenzó a poner orden en el salón, en tanto que los autores de semejante desorden, cuyo sueño había sido interrumpido, se agitaban y daban vueltas, como si la dureza del suelo perturbase su sueño.

En resumen, apenas sonaron las siete en el reloj, cuando las damas se encontraban ya listas para emprender su viaje. Y de acuerdo con sus deseos, el coche del noble irlandés las estaba esperando.

Pero ahora surgió una cuestión que entrañaba una cierta dificultad. Ésta consistía en saber cómo sería transportado el caballero irlandés, pues si bien en las diligencias, en las que los viajeros son considerados poco menos que como bultos o maletas, el hábil cochero sabe cómo acomodar seis personas en el lugar de cuatro, puesto que se considera que la gruesa campesina o el bien alimentado gañán no deben ocupar más espacio que la esbelta damisela o el escuchimizado sacristán, en los vehículos que son designados con el nombre de coches de caballos, aunque a veces son más grandes que los otros, nunca se intenta emplear este sistema de empaquetar a la gente.

El caballero irlandés resolvió el problema ofreciéndose a montar a caballo. Pero Mrs. Fitzpatrick no quiso de ningún modo aceptarlo. Se acordó, pues, que las doncellas se turnarían sobre el caballo del noble, que a tal fin fue equipado con una silla de montar de mujer.

Todo ya resuelto, las damas despidieron a sus guías, y Sophia hizo un regalo al mesonero, parte para resarcirle del golpe que había recibido por culpa de ella, parte para compensar los daños que le habían producido en el rostro las manos de la encolerizada Mrs. Honour. En este preciso instante Sophia descubrió una pérdida, cosa que le produjo gran consternación. Se trataba de un billete de cien libras que su padre le había dado en su última entrevista y que, aparte un poco de dinero más, era todo el capital que poseía. En vano buscó la joven por todas partes y lo revolvió todo. El billete no apareció, hasta que al cabo llegó a la consecuencia de que se le habría caído del bolsillo cuando tuvo la desgracia de caer de su caballo en la oscuridad de la

noche, cosa muy probable, pues recordó que llevaba revueltos sus bolsillos y la dificultad que tuvo para sacar su pañuelo en el momento en que caía, a fin de socorrer a su prima en el apuro en que se encontraba.

Desgracias de esta clase, por muchos inconvenientes que supongan, son incapaces de domeñar un espíritu en el que anide la más mínima fortaleza y energía. Aunque a Sophia no podía presentársele peor circunstancia, la joven supo dominar su emoción y se unió a sus amigos con rostro alegre. El irlandés acompañó a las damas hasta el coche, y también lo hizo la doncella Honour, la cual, después de muchos dengues, cedió a los ruegos de su compañera Abigail y aceptó hacer en coche la primera parte del viaje. Y, por su gusto, habría continuado todo el tiempo en el coche, de no haberla obligado su amo, más tarde, a montar a caballo.

Una vez todos instalados, el coche se puso en marcha seguido por varios servidores y los dos capitanes que antes habían acompañado en el vehículo al señor irlandés, y que gustosos hubieran dejado aquel cómodo modo de viajar por motivos mucho menos justificados que el de acomodar a dos damas. En esto actuaron sólo como caballeros, pero se sentían dispuestos a hacer de lacayos e incluso otro oficio más inferior, con tal de seguir acompañando al noble y gozar de su excelente mesa.

El mesonero se mostró tan contento con el regalo que le entregó Sophia, que se olvidó del golpe y los arañazos recibidos.

Quizá el lector sienta curiosidad por saber el *quantum* del obsequio, mas no nos es posible satisfacer esta curiosidad. Baste saber que cualquiera que fuese la cantidad, satisfizo al mesonero, que se sintió compensado por su daño corporal. Pero no pudo por menos de lamentar el no haberse percatado antes lo poco que la dama estimaba su dinero.

—Es seguro —dijo— que podría haber duplicado el precio de todo lo que he servido, sin que la dama hubiera repasado la cuenta.

Su esposa no sacó la misma consecuencia. Quizá sentía la injuria hecha a su marido más que él mismo. Lo cierto es que no se dio por satisfecha con la generosidad de Sophia.

—Querido —exclamó—, esa señora ha dispuesto de su dinero mucho mejor que lo que te imaginas. Quizá se le ha ocurrido que no íbamos a dejar este asunto sin lograr alguna satisfacción. Un procedimiento judicial le hubiera costado mucho más que esta pequeña cantidad, que me sorprende hayas tomado.

—Te las das de marisabidilla —replicó el marido—. Ya sé que le hubiera costado más, pero ese más... ¿habría entrado acaso en nuestros bolsillos? Si nuestro hijo Tom, el abogado, viviera, habría puesto este asunto en sus manos y él hubiese sacado una buena tajada. Pero ahora no tengo ningún pariente que sea abogado y... ¿a santo de qué voy a recurrir a la ley en beneficio de otros?

—Tienes razón —contestó la esposa—. Tú sabes mejor lo que se ha de hacer.

—Claro que lo sé —dijo el mesonero convencido—. Huelo los negocios tan bien como el que más. Un cualquiera no habría conseguido de ella lo que yo.

La esposa se congratuló de tener un marido tan listo, y de este modo concluyó el corto diálogo entre el matrimonio.

Con esto nos despediremos de tan buena gente y seguiremos tras del noble y sus bellas acompañantes, que tuvieron tan buen viaje que en dos días recorrieron las noventa millas de él, y en la segunda noche llegaron a Londres, sin tropezarse por el camino con ninguna aventura que merezca ser narrada. En consecuencia, nuestra pluma imitará a la expedición que está describiendo y nuestra historia se mantendrá al ritmo de los viajeros.

Los buenos escritores hacen bien en imitar al viajero inteligente en el presente caso, que siempre subordina su estancia en cualquier parte a las bellezas, elegancias y curiosidades que proporciona. Tanto en Eshur, Stowe, Wilton, Eastbury y en el Parque del Prior los días son demasiado breves para la imaginación, en tanto admiramos el maravilloso poder del arte de mejorar la naturaleza. En algunos de éstos, es el arte el que suscita en especial nuestra admiración. En otros, la naturaleza y el arte se disputan por igual nuestro aplauso; pero en el último, la primera parece triunfar.

Aquí la naturaleza aparece con su más rico atavío, y el arte, adornado con la mayor sencillez, acompaña a su dueña. Aquí la naturaleza muestra los tesoros más escogidos que ha prodigado en este mundo y regala al ser humano con un objeto que tan sólo puede ser aventajado por el otro.

El mismo gusto, la misma imaginación que tan abundantemente se prodiga en estos escenarios elegantes, puede disfrutarse ante paisajes de categoría inferior. Los bosques, los ríos, los prados de Devon y de Dorset atraen las miradas del viajero y hacen que retrase su marcha, que más adelante compensará al pasar a escape por los eriales de Bagshot o la plácida llanura que se extiende al oeste de Stockbridge, en donde en dieciséis millas de camino no se ve más que un único árbol, a no ser que las nubes, compadecidas de nuestros fatigados espíritus, extiendan sus densas y abigarradas formas en nuestro camino.

Pero no viaja así el negociante que va pensando en su negocio, el juez inteligente, el médico lleno de dignidad, el ganadero y todo el numeroso linaje de la riqueza y de la vida vulgar y prosaica. Marchan hacia delante, siempre al mismo paso, a través de las verdes praderas o sobre las áridas estepas, mientras sus caballos recorren cuatro millas y media por hora con exactitud matemática, los ojos del animal y de su amo mirando siempre hacia delante, dedicados a contemplar los mismos objetos y de idéntica manera. Con idéntica indiferencia contempla las obras más suntuosas de la arquitectura al cruzar las ciudades y los pueblos, y los bellos edificios con que algunas personas desconocidas han adornado la rica ciudad de los paños, y en la que

montones de ladrillos han sido sobrepuestos unos a otros a la manera de un monumento, sin duda para demostrar que antes han sido apilados de aquel modo montones de dinero.

Ahora, lector, como sentimos prisa por seguir los pasos de nuestra heroína, dejaremos a tu inteligencia la aplicación de todo esto a los escritores beocios, así como a otros autores que son sus adversarios. Tú eres más que capaz de hacer todo esto sin necesidad de ayuda. Haz un esfuerzo, por tanto, en la presente ocasión, aunque estamos dispuestos a prestarte la ayuda necesaria en los pasajes difíciles, pues del mismo modo que no nos gusta, como sucede con otros, que utilices el arte del adivinador para descubrir nuestras intenciones, no permitiremos en modo alguno que hagas el haragán allí donde sólo se precisa tu atención. Estás por completo en un error, si imaginas que tratamos, al dar comienzo a esta gran hora, de dejar nada para que trabaje tu sagacidad, o que sin poner a prueba en ciertas ocasiones la habilidad que te suponemos, pensáramos que serías capaz de avanzar a través de nuestras páginas con algún placer o provecho para ti.

CAPÍTULO X

DONDE SE HACEN UNA O DOS SUGESTIONES RELATIVAS A LA VIRTUD Y
ALGUNAS CUANTAS MÁS A LA SOSPECHA.

Una vez en Londres, nuestros viajeros se dirigieron a la casa del caballero irlandés, desde donde enviaron criados, en tanto las damas descansaban un poco de las fatigas del viaje, para que les buscaran alojamiento, puesto que como la esposa del par no se encontraba en la ciudad, Mrs. Fitzpatrick se negó a aceptar una cama en casa del caballero.

Tal vez algunos lectores censuren esta delicadeza, considerándola excesiva. Pero creo que no debemos olvidar su situación presente, que era, en realidad, en extremo difícil. Tampoco debemos olvidar la malicia de que rebosan las lenguas mordaces. Tenemos que reconocer que si hubo falta, estaba plenamente justificada, y que toda mujer que se encuentre en idéntica situación hará muy bien en imitarla. La apariencia de virtud, cuando se trata simplemente de una apariencia, puede resultar mucho menos recomendable que la misma virtud si no cumple esta formalidad, pero siempre será más ensalzada.

Ya dispuesto el alojamiento, Sophia acompañó a su prima aquella noche, pero decidió buscar a la mañana siguiente a la dama bajo cuya protección había decidido acogerse al abandonar la casa de su padre. Y su deseo de hacerlo se había avivado como consecuencia de ciertas observaciones que había hecho durante el curso del viaje.

Pero como sea que no es nuestra intención atribuir a Sophia la odiosa cualidad del recelo, tenemos por fuerza que poner al descubierto los pensamientos que ocupaban su ánimo en relación con Mrs. Fitzpatrick. Al presente, alimentaba sobre ella ciertas dudas, pues como es más que posible que penetren en los corazones de personas de la peor condición, no nos parece adecuado hacer mención más clara de ellas hasta tanto no hayamos dicho algunas palabras sobre la sospecha en general.

Yo siempre he tenido la impresión de que en ésta existen dos grados. El primero tiene su origen en el corazón, puesto que la enorme velocidad de su discernimiento parece denotar algún impulso interior previo; ve lo que no es, y siempre mucho más de lo que existe en realidad. Posee esa rauda penetración a cuyos ojos de lince no escapa el menor síntoma del mal. Observa, no sólo las acciones, sino también las palabras y miradas de las personas, y como procede del corazón del observador, penetra en el corazón del observado, y allí espía la maldad, como si se tratase del embrión primitivo, e incluso a veces antes de que haya sido concebida. Sin duda se trata de una facultad admirable, si al propio tiempo fuera infalible. Pero como no es

posible esperar semejante grado de perfección, ha tenido muy tristes consecuencias para la inocencia y la virtud.

No puedo por menos de tomar esta enorme penetración del mal como un exceso y un mal pernicioso por sí mismo. Y me siento tanto más inclinado a alimentar esta opinión cuanto que mucho me temo que proceda de un corazón avieso, a consecuencia de las razones antes mencionadas y una más: que jamás lo conocí como propiedad de uno bueno. Mas eximo de esta clase de sospechas a Sophia.

El segundo grado de este defecto creo que proviene de la cabeza. Éste consiste, a mi modo de entender, en la facultad de ver lo que tiene ante los ojos y sacar conclusiones de lo que está viendo. Lo primero es inevitable para aquellos que cuentan con ojos, y lo segundo es consecuencia no menos cierta y necesaria de contar con un cerebro. Este grado es un enemigo tan violento de la culpa como el primero lo es de la inocencia, y no puede en modo alguno resultar antipático, aunque en ocasiones, debido a lo expuestos que los seres humanos están al error, puede resultar equivocado. Por ejemplo, si un marido sorprendiera a su esposa en los brazos de uno de esos caballeros jóvenes y elegantes que practican el arte de hacer cornudos, no tendría que censurársele demasiado si sospechara más de lo que realmente había visto, y a lo que se suele aplicar el nombre de libertades inocentes. El lector recordará muchos casos. Por mi parte, yo añadiré uno más que, aunque alguien lo considere poco cristiano, no puede por menos de parecerme justificable en todas sus partes, y ésta es la sospecha de que un hombre es capaz de repetir por segunda vez lo que ya ha hecho una primera, y que es muy posible que el que ha desempeñado el papel de villano, torne a serlo de nuevo. De este grado de sospecha es al que creo culpable a Sophia. Este grado de sospecha le hacía concebir la idea de que su prima le ocultaba algo de su relato.

Al parecer, la situación era la siguiente: Mrs. Fitzpatrick pensaba, demostrando con ello una gran prudencia, que la virtud de una dama joven en el mundo podía compararse en cierto modo a la situación de una infeliz liebre, que no duda, cuando se lanza a recorrer los campos, que encontrará enemigos por todas partes. Por este motivo, tan pronto como aprovechó la primera oportunidad que se le presentó de abandonar el amparo de su esposo, decidió ponerse bajo la protección de algún otro hombre, teniendo en cuenta su categoría social, fortuna y honradez. ¿Y quién, aparte de esa disposición galante que impulsa a los hombres a mostrarse caballeros andantes, es decir, campeones de las damas en desgracia, había mostrado con más frecuencia su apego hacia ella?

Pero como en la ley no existe el oficio de vicemarido o guardián de una dama fugada de su hogar, y como la malicia humana puede aplicar a ese guardián un calificativo por demás desagradable, convinieron que el noble irlandés desempeñaría semejante oficio cerca de la dama en secreto, sin asumir en modo alguno el carácter

de protector. Y para evitar que nadie pudiera considerarle bajo este aspecto, se habían puesto de acuerdo en que la dama se dirigiría directamente a Bath, mientras el caballero marchaba primeramente a Londres y luego se encaminaba a Bath por consejo del médico.

Todo esto lo adivinó Sophia, no por los labios de su prima ni por su conducta, sino por el mismo par, que contaba con mucha menos experiencia en lo de guardar un secreto que Mrs. Fitzpatrick, e incluso es muy posible que el secreto que ésta había guardado en relación con ello en su relato, contribuyera no poco a acrecentar las sospechas recién nacidas en Sophia.

La joven encontró con facilidad a la señora que deseaba, pues era hartamente conocida en Londres, y como en respuesta a su mensaje recibió una invitación muy apremiante, Sophia se apresuró a aceptarla inmediatamente. Mrs. Fitzpatrick no anhelaba que su prima permaneciera a su lado más de lo que la cortesía exigía. Me es imposible decir si presentía, y por ello sentíase molesta, la sospecha antes mencionada, o se debía a algún otro motivo. El caso es que la dama sentía tantos deseos de alejarse de Sophia como ésta de ella.

Cuando Sophia se despidió de su prima le dio algunos consejos. Le suplicó, sobre todo, que tuviera mucho cuidado de sí misma y que en ningún momento olvidara la situación peligrosa en que se encontraba, añadiendo que confiaba que encontraría algún medio de reconciliarse con su esposo.

—Debes recordar —dijo Sophia a su prima— la máxima que con tanta frecuencia nos ha repetido tía Western: es decir, que siempre que se rompa la alianza matrimonial y sea declarada la guerra entre marido y mujer, ésta, en modo alguno, deberá firmar una paz que sea desventajosa para ella en ningún sentido. Éstas son las palabras de nuestra tía, y te aseguro que posee una gran experiencia sobre el mundo.

Pero Mrs. Fitzpatrick sonrió con gran desdén y replicó:

—No te preocupes por mí, querida niña. Al contrario, debes tener mucho cuidado de ti, pues eres mucho más joven que yo. Iré a visitarte dentro de pocos días. Pero te ruego, querida Sophia, que me permitas a mi vez darte un consejo. Despréndete de tu carácter tan serio, sólo propio del campo, pues, créeme, te irá muy mal con él en esta gran ciudad.

Con estas palabras se separaron las dos primas. Sophia se dirigió inmediatamente a casa de lady Bellaston, donde fue recibida cordialmente. Esta dama había tomado gran afecto a Sophia durante su anterior estancia al lado de Mrs. Western. Se alegró mucho de ver otra vez a la joven, y al conocer los motivos que la habían impulsado a abandonar su hogar y huir a Londres, aplaudió la resolución de Sophia, y tras de agradecerle la gran estima en que la tenía al haber elegido su casa como refugio, le prometió protegerla hasta allí donde alcanzase su poder.

Ya colocada Sophia en manos seguras, creemos que el lector no verá mal que la

dejemos por un tiempo breve y tornemos a interesarnos por otros personajes, en especial por el pobre Tom Jones, a quien abandonamos hace algún tiempo para que hiciera penitencia por sus pasadas culpas, las que de por sí, como es inherente al vicio, trajeron suficiente castigo para él.

LIBRO DUODÉCIMO

TIENE LUGAR EN UN PERÍODO DE TIEMPO IGUAL AL ANTERIOR.

CAPÍTULO PRIMERO

DONDE SE ENSEÑA LO QUE DEBE CONSIDERARSE COMO PLAGIO EN UN AUTOR MODERNO Y AQUELLO QUE DEBE CONSIDERARSE COMO PRESA LEGAL.

El lector culto habrá reparado sin duda que a lo largo de esta grandiosa obra he traducido a menudo pasajes de los mejores autores antiguos sin citar el original o dar alguna noticia sobre el libro de donde los he tomado.

Este proceder es muy bien juzgado por el ingenioso abate Bannier en el prefacio de su *Mitología*, obra de profunda erudición y de ecuánime juicio: «Al lector le será fácil constatar —dice el abate— que en muchas ocasiones he tenido mayor consideración con él que con mi propia reputación, pues un autor le guarda ciertamente un profundo respeto cuando, en consideración a él, suprime las citas eruditas que acuden a su memoria y que tan sólo le hubieran costado el trabajo de transcribirlas».

Llenar una obra con tales fragmentos puede ser tomado como un fraude hecho a las personas cultas que, debido a tal procedimiento, se ven obligadas a adquirir de segunda mano, en partes sueltas, lo que ya poseen en su totalidad, si no en sus cerebros, cuando menos en sus librerías, y todavía supone mayor crueldad para el ignorante, que tiene que pagar por lo que no le puede servir de nada. Un escritor que mezcla buenas porciones de griego y latín en sus obras se comporta con las damas y caballeros de la misma desconsiderada forma como son tratados por los subastadores, quienes con frecuencia confunden y mezclan de tal modo sus lotes, que para poder adquirir lo que a uno le interesa, se ve precisado a quedarse con lo que no le sirve de nada.

No obstante, como no se da conducta, por bella y desinteresada que sea, que no esté expuesta a ser interpretada por la ignorancia y pésimamente interpretada por la malicia humana, muchas veces he sentido tentaciones de conservar mi reputación a expensas de la del lector y transcribir el original o cuando menos citar el capítulo y el versículo, siempre que he utilizado el pensamiento o las expresiones de otro autor. Dudo de si no me habré perjudicado al seguir el método opuesto, ya que al suprimir el nombre del autor original tal vez se me haya acusado más bien de cometer un plagio, que de haber obedecido al amable impulso indicado por ese francés de tan justa fama.

Con el fin de salir al encuentro de acusaciones semejantes en el porvenir, confieso y justifico aquí lo que he hecho. Los autores de la antigüedad deben ser considerados como un bien común, en el que toda persona que tenga más o menos relación con el

Parnaso tiene perfecto derecho a alimentar su musa. O, mejor dicho, para decirlo con palabras más claras, nosotros los modernos somos respecto a los antiguos lo que los pobres en relación con los ricos. Por pobres entiendo esa congregación enorme y venerable que llamamos populacho. Ahora bien, cualquiera que tenga el honor de ser admitido en el seno de ese populacho con cierto grado de intimidad, debe saber que una de sus reconocidas máximas es la de saquear a sus ricos vecinos sin por ello sentir el menor cargo de conciencia, y que tal acto no es considerado entre ellos ni inmoral ni vergonzoso. Y con tanta asiduidad practican esta máxima, que en casi todas las parroquias del reino existe una especie de confederación que actúa siempre en contra de algún personaje que nada en la opulencia y cuyas propiedades son consideradas un botín puesto a la disposición de todos sus vecinos pobres, los que, como piensan que no constituye el menor delito llevar a cabo tales depredaciones, se imponen a sí mismos la obligación moral de ocultarlas y de defenderse mutuamente del castigo.

De modo semejante deben ser considerados por nosotros, los escritores, los autores antiguos tales como Homero, Virgilio, Horacio, Cicerón, es decir, como caballeros ricos con los que nosotros, los pobres del Parnaso, ejercitamos la costumbre inmemorial de tomar lo que mejor nos cuadre. Esta libertad es la que yo reclamo, y ésta es la que estoy dispuesto a ceder a mis vecinos pobres cuando les corresponda. Todo lo que practico y todo lo que reclamo de mis hermanos es que conservemos entre nosotros la misma honradez que la plebe guarda entre sí. Robarse uno a otro es criminal e indecoroso, pues esto representa sencillamente robar al pobre, y en ocasiones a algunos que son todavía más pobres que nosotros.

En resumen, como después de un riguroso examen, mi conciencia no me acusa de robo tan vergonzoso, no puedo confesarme delincuente de tal delito, del mismo modo que no sentiré escrúpulos en hacerme con cualquier pasaje que para mis necesidades y propósitos encuentre en cualquier autor antiguo, sin que me considere obligado a escribir el nombre del autor de donde lo he tomado. Reclamo por completo la propiedad de todos los sentimientos en el instante en que son trasladados a mis escritos, y confío que todos mis lectores, a partir de este momento, los tendrán por míos en todo. Quiero, sin embargo, que este deseo me sea reconocido tan sólo a condición de que se admita que mantengo una completa honradez con mis hermanos pobres, de los que si alguna que otra vez tomo algo de lo poco que poseen, jamás dejaré de poner una señal indicadora de ello, con el objeto de que en todo momento pueda ser devuelto a sus verdaderos dueños.

La omisión de este requisito fue muy censurada a un tal míster Moore, que tras de haber tomado algunas líneas del escritor Mr. Pope, se tomó la libertad de copiar seis de ellas en su obra teatral *Modas rivales*. Mr. Pope, como es de suponer, descubrió el hurto y, apoderándose por la violencia de lo que era suyo y bien suyo, lo devolvió a

sus obras, y como castigo metió al mencionado Moore en un lóbrego calabozo, donde todavía se conserva el recuerdo de su desdicha, y es seguro que se conservará por toda la eternidad, como castigo ejemplar de sus indignos manejos en el comercio poético.

CAPÍTULO II

DONDE SI BIEN EL CABALLERO WESTERN NO ENCUENTRA A SU HIJA, DA CON ALGO QUE PONE FIN A LA PERSECUCIÓN QUE HABÍA EMPRENDIDO.

Nuestra historia se ve precisada ahora a retroceder a la fonda de Upton, en donde, en primer lugar, nos dedicaremos a seguir las huellas del caballero Western, puesto que como estamos próximos al fin de la jornada, más tarde dispondremos de tiempo para ocuparnos de nuestro héroe.

Supongo que el lector recordará que el mencionado caballero salió de la fonda furioso e indignado, y con esta furia e indignación auestas se lanzó en persecución de su hija. Como el fondista le informó que Sophia había cruzado el Severa, él hizo lo mismo con su equipaje, cabalgando a rienda suelta a la vez que clamaba venganza contra la infeliz Sophia, caso de que diera con ella.

Poco después llegaron a un cruce de caminos. Aquí convocó un pequeño consejo de guerra, tras el cual, luego de haber escuchado una serie de opiniones contradictorias, dejó a la suerte el camino que deberían seguir, lanzándose entonces por el de Worcester.

Llevaría unas dos millas andadas cuando comenzó a lamentarse amargamente, diciendo con frecuencia:

—¡Qué lástima! ¡Jamás existió hombre más desgraciado que yo!

Y acto seguido soltaba un rosario de maldiciones.

El párroco intentó consolarle.

—No debe usted perder las esperanzas. Aunque aún no hemos podido alcanzar a la joven, debemos considerarnos afortunados por no haber perdido su pista. Quizá Sophia se canse pronto del viaje y haga alto en alguna posada para descansar. Entonces será el momento en que usted dé con ella.

—¡Pero si de lo que me lamento es de tener que desperdiciar una mañana tan soberbia para cazar! —replicó el caballero Western—. Es una verdadera lástima no poder aprovechar uno de los días más soberbios de la temporada, sobre todo después de las heladas continuas que hemos tenido.

Ignoro y, por tanto, me es imposible aclarar, si la fortuna, que de cuando en cuando demuestra sentir compasión en medio de sus excesivas burlas, tuvo lástima del caballero y, para compensarle de que no diera con su hija, le proporcionó otra diversión. El caso es que acababa de pronunciar las anteriores palabras cuando una jauría de podencos lanzó sus alegres ladridos a corta distancia de donde ellos se encontraban, lo que advertido tanto por el caballero Western como por su montura,

hizo que ambos aguzaran las orejas, exclamando el primero:

—¡Se ha escapado, se ha escapado!

Instantáneamente clavó las espuelas en los ijares del animal, que no necesitaba sentirlos en su carne, pues sentía las mismas aficiones de su amo. A poco, todos los presentes penetraban en un sembrado de trigo, cabalgando en pos de los podencos con gran algazara y entusiasmo, en tanto que el párroco se quedaba atrás para cubrir la retaguardia.

Asegura la fábula que la bella Grimalkin, a quien Venus, para complacer a un apasionado amante, metamorfoseó de gata en una bella mujer, tan pronto echaba la vista a un ratón recordaba su antiguo deporte y, vuelta a su natural primitivo, saltaba del lecho de su esposo para perseguir al animalito.

¿De qué modo debemos interpretar esto? No es que a la esposa no le gustasen los brazos de su enamorado consorte, pues si bien alguien ha hecho la observación de que las gatas pueden pecar de ingratitud, las mujeres, y las gatas con ellas, se sienten contentas y satisfechas en determinadas ocasiones. Pero no hay duda, como el sagaz Roger L'Estrange afirma en sus profundas reflexiones, que «si cerramos las puertas a la naturaleza, ésta penetra por la ventana, y que la gata, aunque convertida en una bella dama, seguía siendo cazadora de ratones». Por igual causa no debemos inculpar al caballero Western de falta de cariño por su hija, ya que como hemos podido comprobar, la quería más que a las niñas de sus ojos. Por tanto, sólo debemos pensar que era un caballero y un deportista, y que se le puede aplicar la fábula que acabamos de relatar.

Los perros corrían desalentados y el caballo seguía tras ellos saltando setos y zanjas, escoltado por todo el griterío, entusiasmo y locuras propias de tales ocasiones. Ni una sola vez se le ocurrió a Mr. Western pensar en su hija al objeto de acrecer la satisfacción que la caza le estaba proporcionando, la cual, según afirmó varias veces, era la más emocionante que recordaba, por lo que debía prolongarse cincuenta millas más.

Del mismo modo que el caballero olvidó a su hija, los criados olvidaron a su ama, y el sacerdote, tras de expresar su asombro para sí en latín, abandonó todo pensamiento sobre la joven dama y, rezagándose un poco, comenzó a reflexionar sobre la doctrina que pensaba predicar el domingo siguiente.

El caballero propietario de la jauría se alegró sobremanera ante la aparición de un hermano de deporte, puesto que todos los hombres solemos apreciar el mérito de las cosas de acuerdo con nuestras aficiones, y nadie era más experto en la caza que Mr. Western, ni tampoco nadie le igualaba en lo de alentar a los perros con su voz ni en animar la cacería con sus gritos.

Los deportistas, en el calor de la cacería, se entusiasman demasiado para guardar ceremonia alguna, e incluso cumplir con los deberes de humanidad. Si alguno de

ellos sufre un accidente, se cae en una zanja o en un canal, los demás pasan indiferentes por su vera y, por lo general, le dejan abandonado a su suerte. Esto explica que ambos caballeros cabalgasen cerca uno del otro sin trocar la menor palabra. No obstante, el amo de los perros observó varias veces y aprobó la gran habilidad del desconocido para dirigir a los perros cuando éstos cometían algún error, lo que le hizo concebir una opinión muy favorable de su inteligencia, del mismo modo que el número de sus seguidores le inspiró no menos respeto en relación con su elevada categoría social. En cuanto el deporte concluyó con la muerte del pequeño animal que lo había provocado, los dos caballeros fueron uno al encuentro del otro y se saludaron con toda cortesía.

La charla que sostuvieron resultó en extremo interesante y tal vez la insertemos en un apéndice o de algún otro modo. Mas como no interesa a nuestra historia, no nos resolvemos a concederle un lugar aquí. Eso sí, concluyó con una segunda cacería y una invitación a comer. Aceptada por el caballero Western, fue seguida de un largo rato dedicado a la bebida, luego del cual el caballero Western descabezó un sueñecito.

Aquella tarde, nuestro caballero distó mucho de mostrarse a la altura de su compañero ni tampoco del párroco Supple en, lo que respecta a las libaciones, lo que quizá pueda explicarse, sin desdoro de su honor, por la extrema fatiga de su cuerpo y de su alma. De acuerdo con la frase más vulgar, se emborrachó como una cuba, pues antes de dar cuenta de la tercera botella estaba fuera de combate, y si bien no fue conducido al lecho hasta más tarde, el párroco le tuvo como ausente, y luego de haber comunicado al otro caballero todo lo que se relacionaba con Sophia, obtuvo promesa de él, de que a la mañana siguiente apoyaría sus argumentos con el fin de que Mr. Western abandonase su persecución y regresara a su hogar.

De este modo, en cuanto a la mañana siguiente el caballero Western comenzó a pedir su bebida matutina y dispuso que le prepararan los caballos para proseguir la persecución de su hija, Mr. Supple inició sus argumentos en contra, en los que fue secundado con tanto éxito por el dueño de la casa, que Mr. Western accedió al fin a regresar a la suya, impulsado principalmente por un argumento principal, es decir, el de que ignoraba el camino que debía seguir, por lo que se exponía a alejarse cada vez más de su hija en vez de ir a su encuentro. Luego se despidió de su hermano de deporte, y mostrando su alegría por el deshielo —que quizá constituyó un motivo no despreciable para decidirle a regresar a su hogar—, cabalgó en dirección a Somersetshire, no sin que antes enviara parte de su séquito en persecución de su hija, tras de la cual envió también un rosario de sus maldiciones más escogidas.

CAPÍTULO III

DONDE SE NARRA LA SALIDA DE TOM JONES DE LA FONDA DE UPTON, ASÍ COMO LO QUE SUCEDIÓ ENTRE ÉL Y PARTRIDGE POR EL CAMINO.

Al fin nos es posible volver de nuevo a nuestro héroe. En realidad nos hemos visto precisados a separarnos de él durante tanto tiempo, que mucho tememos que a la vista del instante en que le dejamos, nuestros lectores hayan creído que tratábamos de abandonarle para siempre, acabando en esa situación en la que las personas prudentes se abstienen a menudo de preguntar por un amigo temerosas de que les digan que ha muerto.

Pero pienso que si bien distamos mucho de poseer todas las virtudes, osaré afirmar con toda valentía que tampoco gravitan sobre nosotros todos los defectos de un carácter prudente. Y aunque cuesta imaginar circunstancias más desgraciadas que las que rodeaban a Tom Jones ahora, volveremos a él y le acompañaremos con la misma diligencia que si le sonriera la fortuna.

Tom Jones y su compañero Partridge abandonaron la fonda minutos más tarde que el caballero Western, siguiendo el camino a pie, ya que el fondista les aseguró que no había modo de encontrar caballos aquel día en Upton.

Marcharon, pues, adelante verdaderamente descorazonados, puesto que si bien sus preocupaciones procedían de causas diferentes, ambos se sentían descontentos, y si Tom suspiraba con la mayor amargura, Partridge no lo hacía con menos tristeza a cada paso que daba.

Cuando los dos hombres llegaron al cruce de caminos donde el caballero Western se había detenido para pedir consejo a sus acompañantes, Jones se detuvo también y, volviéndose a Partridge, le preguntó qué ruta debían seguir.

—¡Ah, señor! —exclamó Partridge—. Me gustaría que siguiera usted mi consejo.

—¿Por qué no? —contestó Tom—. Ahora me es por completo indiferente dónde vaya o lo que me suceda.

—Mi consejo entonces —repuso Partridge—, es que en el acto tomemos el camino de casa, pues quien posee un hogar como usted al que puede volver, ¿por qué tiene que empeñarse en viajar por el país como un vagabundo? Pido perdón, *sed vox ea sola reperta est*.

—¡Bah! —exclamó Tom Jones—. No tengo ningún hogar al que volver. Pero si mi amigo, mi padre, me recibiera, ¿me sería posible vivir en un lugar de donde ha huido Sophia? ¡Cruel Sophia! ¡Cruel! ¡No! Los reproches deben de recaer sobre mí. ¡No, que la culpa caiga sobre ti! ¡Necio! Me has arruinado y tengo que arrancarte el

corazón del pecho.

Y mientras pronunciaba estas palabras, asió al pobre Partridge por el cuello y le sacudió con todas sus fuerzas.

Partridge cayó de rodillas temblando y clamó misericordia, jurando que jamás había tenido intención de perjudicarlo en nada. Tom Jones, después de contemplarlo con profunda fijeza durante unos instantes, soltó su presa, descargando entonces toda la rabia que poseía sobre sí, con tal ardor, que de haber sido el otro, sin duda hubiera dado cuenta de su vida.

Con gusto nos tomaríamos el trabajo de relatar con todo detalle los locos arrebatos de ira a que Jones se entregó, si tuviéramos la seguridad de que el lector se iba a tomar el mismo trabajo en leerlos. Pero como mucho nos parece que luego del esfuerzo que hiciéramos para describir la escena, el lector tal vez se sintiera impulsado a prescindir de ella, nosotros nos hemos ahorrado la molestia que eso hubiera supuesto. Tan sólo por esta causa hemos violentado en ocasiones nuestra fantasía, y hemos prescindido de muchas y excelentes descripciones. Y esta sospecha deriva de nuestro perverso corazón, no queda más remedio que decirlo, pues en más de una ocasión, al leer historias voluminosas, hemos tenido a bien saltarnos muchos pasajes de las mismas.

Baste, pues, con decir que Tom Jones, luego de haberse sentido como loco durante unos cuantos minutos, se fue apaciguando poco a poco, y una vez tranquilo, se volvió hacia Partridge, le pidió perdón por haber arremetido contra él en el momento de su paroxismo, y le rogó que nunca más tornase a hablarle de regresar a casa, ya que estaba decidido a no poner nunca más los pies en la tierra que le había visto nacer.

Partridge no tuvo inconveniente en perdonar, prometiendo no volver sobre el tema del regreso. Entonces Jones, con la mayor viveza, añadió:

—Puesto que me es absolutamente imposible seguir por más tiempo las huellas de mi adorado ángel, seguiré las de la gloria. Vamos, bravo muchacho, corramos a alistarnos en el ejército. Lucharé por una causa gloriosa, y no dudaré en sacrificar mi vida, aunque fuera digna de ser conservada.

Al decir esto echó por camino distinto al seguido por míster Western, y así, por pura casualidad, se halló caminando por el mismo que Sophia seguía.

Nuestros dos viajeros recorrieron en silencio una milla o poco más, si bien Jones no dejaba de murmurar para sí muchas cosas. En cambio Partridge mantenía un profundo silencio. Tal vez no se había repuesto aún del susto que acababa de proporcionarle Tom. Además, temía provocar en su amigo un segundo acceso de cólera, pues acababa de ocurrírsele una idea que quizá no sorprenda demasiado al lector. En suma, el hombre empezaba a sospechar que Jones estaba un tanto chiflado.

Al fin Tom Jones, cansado de su soliloquio interior, se dirigió a su compañero y le

echó en cara el silencio que guardaba. Ni que decir tiene que el pobre hombre trató de excusarse del mejor modo, siempre temiendo ofenderle de nuevo. Pero desaparecido de él todo miedo ante la más completa promesa de que no volvería a ser atacado, Partridge se apresuró a dar rienda suelta a su lengua, la cual gozó no menos con su libertad que un joven potro cuando es soltado en la pradera.

Pero como le estaba prohibido mencionar el tópico al que con más insistencia acudía, se dedicó al que venía en segundo lugar en su imaginación, es decir, al del Hombre de la Colina.

—Es indudable —empezó— que jamás ha existido un hombre que vista y viva de modo tan extraño y de tan distinto modo que los demás. Además, su comida, según me contó la vieja criada, es a base de hierbas solas, que sin duda son más adecuadas para un caballo que para un cristiano. Por si esto fuera poco, el fondista de Upton asegura que los vecinos de los alrededores poseen una idea tremebunda de él. No sé por qué tengo la impresión que se trata de un espíritu que tal vez haya sido enviado para prevenirnos, y quién sabe si todo aquello que nos contó de su ida a la guerra, de que le hicieron prisionero y del gran peligro que corrió de ser ahorcado, no serán advertencias saludables ante lo que nosotros nos proponemos llevar a cabo. Por si esto fuera poco, la última noche la he pasado soñando con combates, creyendo que la sangre brotaba de mi nariz como el vino por una espita abierta de un barril. *Infantum, regina, jubes renovare dolorem.*

—Tu historia, Partridge —repuso Tom Jones—, está tan mal aplicada como tu latín. Lo más cierto que les puede suceder a los hombres que van a la guerra es que mueran. Entra en lo posible que tú y yo caigamos en el campo de batalla. ¿Y qué?

—¿Cómo y qué? —exclamó Partridge—. Que habremos concluido, ¿no? Cuando yo desaparezca, todo lo demás me importará bien poco. ¿Qué me importa la causa, o quién logre la victoria, si yo he de morir? Jamás obtendré la menor ventaja por ello. ¿De qué sirven todos los repiques de campanas y todas las fogatas a uno que se encuentra bajo seis pies de tierra? Entonces todo habrá concluido para el pobre Partridge.

—Pero algún día tiene que llegar tu fin —exclamó Jones—. Si te gusta el latín, te repetiré algunos versos de Horacio, que son capaces de inspirar valor incluso al más cobarde:

*Dulce et decorum est pro patria mori:
mors et fugacem persequitur virum,
nec parcat imbellis juventae
poplitibus, timidoque tergo.*

—Le agradecería que me los tradujese —manifestó Partridge—. Horacio es un

autor difícil y no he entendido bien esos versos cuando usted los ha recitado.

—Te daré a conocer una traducción mía —repuso Jones—. Es mala, desde luego, pues no soy poeta:

*¿Quién no moriría por la patria?
Aunque el vil temor desvíe sus pasos
nadie puede de la muerte huir. Una tumba común
recibe, al fin, tanto al cobarde como al valiente.*

—Eso es una gran verdad —exclamó Partridge—. Desde luego, *Mors omnibus communis*. Pero existe una gran diferencia entre morir en la propia cama de uno, como un buen cristiano y tras muchos años de vida, que ser tumbado de un tiro, como un perro rabioso, o bien atacado con un machete, sin darnos tiempo para arrepentimos de nuestras culpas. ¡Oh, señor, ten piedad de nosotros! Los soldados me parecen mala gente. No los considero cristianos. Maldicen y juran. Me gustaría que usted se arrepintiese antes de que fuera demasiado tarde, y que no pensara en marchar con ellos. Las malas compañías corrompen a los mejores. Ésta es mi razón principal. Y respecto a lo otro, me siento más asustado que cualquier otro hombre. Ya sé que todo ser viviente tiene que morir, pero un hombre puede alcanzar una edad longeva. Sé de varios que han vivido cerca de cien años, y de algunos otros que han rebasado los cien. No es que me haga ilusiones de llegar a edad tan avanzada, pero quizá alcance los ochenta o los noventa. Si llego a esa edad, Dios sea loado, no me importará ya morir. Pero tengo por vana presunción correr a desafiar a la muerte antes de tiempo. Si esto resultara bueno para alguien, menos mal. Mas... ¿a quién aprovechará la muerte nuestra? Además, conozco muy poco el arte de guerrear. Jamás he disparado una escopeta más tiempo de diez minutos, y esto sin estar cargada con bala. Y en cuanto a la espada, jamás aprendí esgrima y, por tanto, ignoro su manejo. Por último, existen esos cañones... tan presuntuosos, y nadie, si no es un loco... Perdone, no quise ofenderle. Le suplico que no se vuelva a enfadar.

—No temas, Partridge —contestó Jones—. Estoy tan convencido de que eres un cobarde, que no podrás jamás provocarme.

—Puede usted llamarme cobarde o todo lo que quiera —replicó Partridge—. Jamás he leído en ningún libro que un hombre que no es aficionado a pelear pueda ser un buen hombre. *Vir bonus est quis? Qui consulta patrum, qui leges juraque servat*. No se dice una palabra de combatir. Y estoy tan seguro de que la Biblia está en contra de ello que nadie me convencerá que es buen cristiano si le veo derramar sangre cristiana.

CAPÍTULO IV

UNA AVENTURA CON UN MENDIGO.

Cuando Partridge terminó de exponer su piadosa doctrina, llegaron a otro cruce de caminos, donde encontraron a un mendigo cojo que les pidió limosna. Partridge se excusó diciendo que cada parroquia debía mantener a sus pobres. Jones sonrió y preguntó a Partridge si no se avergonzaba de alardear de espíritu caritativo, cuando no lo sentía en realidad en su corazón.

—Tu religión te sirve solamente de excusa para cubrir tus faltas —prosiguió Jones—. Pero no es un incentivo para tu virtud. ¿Puede un verdadero cristiano abstenerse de socorrer a uno de sus hermanos en desgracia?

Y mientras así decía, Jones sacó un chelín de su bolsillo y se lo entregó al mendigo.

—Señor —dijo éste, después de darle las gracias—, tengo aquí, en el bolsillo un curioso objeto que he encontrado a unas dos millas de aquí y que acaso le convenga a usted comprar. No se lo enseñaría a cualquiera, pero usted es muy bueno y caritativo y no creerá ni por un momento que por el mero hecho de ser pobre se pueda ser al mismo tiempo ladrón.

Acto seguido, el pordiosero sacó de su bolsillo un cuaderno de cantos dorados, que puso en manos de Jones.

Éste abrió el cuaderno y... ¡adivina, lector, lo que sentiría el joven!, encontró escritas en la primera página las palabras «Sophia Western» hechas de puño y letra de su amada. En cuanto leyó el nombre, Tom Jones besó el cuaderno, entregándose a las mayores demostraciones de alegría y entusiasmo, olvidándose de que no estaba solo.

Mientras Jones besaba y acariciaba el cuaderno, mirándolo como si tuviera en sus manos un magnífico trozo de pastel, o bien como si él fuera un bibliófilo o un autor que sólo tuviera para comer sus propias obras, cayó al suelo una hojita de papel, sin duda escondida hasta entonces entre las hojas del libro. Partridge recogió el papel y se lo entregó a Jones. Éste no tardó en descubrir que se trataba de un billete de banco. Era el mismo billete que Western había entregado a su hija la noche antes de su marcha.

Los ojos de Partridge se alegraron al oír la noticia, que Jones dio en alta voz, y también se alegraron los del pobre, aunque por motivo distinto. No había abierto el libro cuando se lo encontró, siendo esto debido tal vez a un sentimiento de honradez. Pero no procederíamos con lealtad si omitiéramos el pequeño detalle de que el mendigo no sabía leer.

Jones, que hasta entonces sólo había sentido la mayor alegría por el encuentro del

libro, empezó a sentirse preocupado por el hallazgo, pues pensó que acaso la dueña del billete lo necesitara antes de que él pudiera devolvérselo. Contó entonces al mendigo que conocía a la dama a quien pertenecía el hallazgo, y que trataría de encontrarla lo antes posible.

El cuaderno era un regalo hecho por Mrs. Western a su sobrina; había costado veinticinco chelines y fue adquirido en una tienda lujosa. Mas el valor de la plata del cierre era sólo de dos chelines, y el tendero habría dado con gusto esta cantidad si le hubieran llevado el hallazgo. Sin embargo, cualquier persona se habría aprovechado de la ignorancia del mendigo y le hubiese ofrecido un chelín o medio chelín, e incluso algunos quizá no le habrían ofrecido nada.

Jones, por el contrario, era muy generoso, casi pecaba de extravagante en esta materia, y dio al hombre, a cambio del libro, una guinea. El infeliz, que había carecido durante mucho tiempo de tamaño tesoro, expresó su agradecimiento a Mr. Jones, entregándose a unos transportes de alegría bastante parecidos a los que Tom Jones había manifestado cuando leyó el nombre de Sophia Western.

El mendigo accedió de buena gana a acompañar a los viajeros hasta el lugar donde había encontrado el libro. Juntos emprendieron el camino, aunque no tan rápidamente como hubiera deseado Mr. Jones, ya que el guía era cojo y no le era posible recorrer más de una milla por hora. Como el lugar se encontraba a tres millas de distancia, pese a lo que el hombre había dicho, no creemos necesario decir el tiempo que estuvieron andando.

Jones abrió el cuaderno infinidad de veces durante la caminata, lo besó una y otra vez, habló consigo mismo y apenas dirigió la palabra a sus acompañantes, a consecuencia de lo cual el guía demostró su admiración a Partridge, el cual movió la cabeza más de una vez y exclamó:

—¡Pobre caballero! *Orandum est ut sit mens sana in corpore sano.*

Al cabo llegaron al lugar en que Sophia había perdido su cuaderno y donde el mendigo lo había encontrado. Al llegar, Jones trató de despedirse de su guía, para acelerar su marcha. Pero el hombre, en quien ya se había extinguido el efecto de la sorpresa y de la alegría experimentadas al recibir la guinea, y que además, había tenido tiempo de reflexionar, puso cara de descontento y, rascándose la cabeza, exclamó:

—Espero de su generosidad que me dé usted más, dado que si yo no hubiera sido un hombre honrado, me habría quedado con todo.

En lo que creemos que el lector estará conforme.

—Si el billete que había dentro vale cien libras, estoy seguro de que el hallazgo merece más de una guinea. Además, suponga usted que no consigue ver jamás a la dama ni puede, por tanto, entregárselo... Y si bien tiene usted aspecto y habla como un caballero, no cuento para creerle más que con su palabra. Si no se encuentra a su

legítimo propietario, el billete pertenece a quien primero lo encontró. Confío que el señor tendrá en cuenta todas estas circunstancias. Soy un pobre hombre y por ello no deseo quedarme con todo. Pero es razonable que desee mi parte. El señor parece un hombre comprensivo, y confío que tenga presente mi honradez, ya que podía haberme quedado hasta el último chavo, y nadie hubiera sabido jamás nada.

—Te aseguro por mi honor que conozco bien a su legítima dueña —afirmó Tom Jones— y que se lo devolveré personalmente a ella.

—El señor puede hacer lo que más tarde le cuadre —replicó el mendigo—. Si me entrega mi parte, es decir, la mitad del dinero, el señor podrá quedarse con el resto, si así le place.

Y concluyó jurando apasionadamente que jamás diría nada de ello a nadie.

—Escucha, amigo —dijo Jones entonces—. La propietaria legítima de esto ha de recuperar todo lo que perdió. En cuanto a una mayor gratificación, me es imposible concederte más por ahora. Pero dime tu nombre y dónde vives, y es muy posible que más adelante recibas noticias que te alegren de la aventura que has tenido esta mañana.

—No sé lo que el señor quiere decir con eso de aventura —replicó el mendigo—. En cambio, creo que debo poner en duda la devolución del dinero a la dama que lo perdió. Pero confío que el señor tendrá presente...

—¡Vamos, vamos! —exclamó Partridge impaciente—. Da al señor tu nombre y dile dónde vives, y te prometo que jamás te arrepentirás de haber depositado el dinero en sus manos.

Viendo al fin el mendigo que era imposible lograr el medio billete como él pretendía, accedió a dar su nombre y el lugar donde vivía, datos que Tom Jones apuntó en un papel con el lápiz de Sophia, y colocándolo en la página donde estaba escrito su nombre, añadió:

—Ahora, amigo, debes sentirte el hombre más feliz de la tierra: he unido tu nombre con el de un ángel.

—Yo no sé nada de ángeles —replicó el pordiosero—. Pero agradecería que me diera un poco más de dinero o que, de lo contrario, me devolviese el cuaderno.

Partridge montó en cólera e insultó al desgraciado inválido, haciendo incluso intención de pegarle. Pero Tom Jones no podía permitirlo, y diciendo al mendigo que ya encontraría alguna ocasión de servirle, nuestro héroe echó a andar todo lo rápido que le permitían sus piernas. Y Partridge, a quien la idea de las cien libras había dado nuevos ánimos, siguió en pos de su caudillo, en tanto que el pobre, que se vio obligado a rezagarse, empezó a maldecirlos a más y mejor, al igual que a sus progenitores, pues dijo:

—Si me hubieran enviado a la escuela para que aprendiese a leer y escribir, habría conocido el valor de esas cosas lo mismo que los demás.

CAPÍTULO V

DONDE SE HACE MENCIÓN DE OTRAS AVENTURAS QUE LE
SUCEDIERON A TOM JONES Y A SU ACOMPAÑANTE DURANTE EL
CAMINO.

Nuestros caminantes marcharon ahora tan de prisa que apenas si tuvieron tiempo para conversar. Tom Jones pensando todo el camino en Sophia, y Partridge en el billete de banco, el cual, si bien le proporcionaba cierto placer, le hacía sentirse un tanto disgustado con la fortuna, pues en todas sus andanzas por el mundo jamás le había proporcionado la oportunidad de demostrar su honradez. Llevarían recorridas unas tres millas cuando Partridge, sintiéndose incapaz de mantener su paso al ritmo del de Jones, le llamó y le rogó que aminorara la marcha, a lo que el joven accedió en el acto. Hacía mucho tiempo que había perdido el rastro de las pisadas de los caballos, que el deshielo le había permitido seguir durante varias millas, y ahora se encontraba en una plazoleta en la que desembocaban varios caminos.

Tom Jones se detuvo, pues, para reflexionar sobre cuál de aquellos caminos debían seguir, cuando de repente oyeron el ruido de un tambor, que no parecía muy distante de allí. El resonar del instrumento musical despertó el miedo de Partridge, que exclamó:

—¡Dios mío, ten misericordia de nosotros! ¡Ya se acercan!

—¿Quién se acerca? —demandó Jones.

Su pesimismo había sido reemplazado por ideas más halagadoras, y desde el encuentro con el cojo había decidido seguir en persecución de Sophia, sin preocuparse de nada más.

—¿Quiénes van a ser? —exclamó Partridge—. Pues los rebeldes. Pero ¿por qué les llamo rebeldes? Puede que sean caballeros de acrisolada honradez, ya que no sé nada que lo contradiga. El diablo cargue con quien ose ofenderles. Estoy convencido de que si ellos no tienen nada que contarme, tampoco a mí se me ocurre nada que decirles. Por lo que más quiera, señor, no se meta con ellos si vienen, y así quizá no nos hagan el menor daño. Pero ¿no sería más prudente ocultarnos detrás de aquellos arbustos hasta que pasen de largo? ¿Qué pueden hacer dos hombres completamente desarmados contra cien mil? Solamente un loco osaría hacerles frente, y espero que el señor no se ofenda con estas palabras. Pero sin duda ningún hombre que posea una *mens sana in corpore sano*...

Al llegar a este punto, Jones interrumpió aquel torrente de elocuencia inspirado por el miedo, asegurando «que el tambor anunciaba que se encontraban en las proximidades de una ciudad». Inmediatamente se encaminó al lugar de donde

procedía el ruido, diciendo a Partridge que no tuviera miedo alguno, pues no era su intención meterse en la boca del lobo. Los rebeldes no podían encontrarse tan cerca.

Partridge se sintió un tanto consolado con esta última afirmación, y aunque él hubiera preferido avanzar en dirección opuesta, siguió tras de Tom Jones, su corazón latiendo con gran violencia, pero no a la manera de los héroes, en dirección adonde resonaban los redobles de tambor, que no cesaron hasta que atravesaron la plazoleta y se adentraron por un camino estrecho.

De pronto, Partridge, que marchaba al compás de los pasos de Tom Jones, vio algo pintado suspendido en el aire, a pocos metros de ellos, e imaginando que pudiera ser la bandera del enemigo, exclamó horrorizado:

—¡Oh, Señor! ¡Ahí están! ¡Ahí están la corona y el ataúd! ¡Oh, Señor! ¡Jamás me he encontrado con nada tan terrible y nos hallamos a tiro de pájaro de ellos!

Tom Jones miró hacia lo alto y vio lo que había provocado el terror de Partridge.

—Creo, Partridge —exclamó—, que tú solo podrías librar batalla contra todo ese ejército, pues por la bandera que ondea ahí creo que el tambor que hemos oído antes llamaba a la gente para que acuda a una función de títeres que a combate.

—¡Una función de títeres! —repitió Partridge, que ahora no cabía en sí de gozo—. ¿No se trata más que de eso? Me gustan extraordinariamente las funciones de títeres. Hagamos alto para verla. Además, estoy hambriento, pues ya casi es de noche y no pruebo bocado desde las tres de la mañana.

Se acercaron a una posada, o más bien cervecería, donde Tom Jones decidió hacer alto, cuanto más que no sabían qué camino tenían que seguir. En primer lugar se dirigieron a la cocina, donde Jones comenzó a preguntar si no habían pasado por allí dos señoras aquella misma mañana, en tanto que Partridge hacía indagaciones sobre las provisiones que había en la casa. Su investigación resultó más fructuosa que la de su amo, pues en tanto que Jones no lograba obtener noticias de Sophia, Partridge, del todo satisfecho, concebía excelentes razones para confiar que dentro de poco tendría lugar la agradable aparición de una excelente y humeante fuente de huevos y jamón.

En las naturalezas fuertes y saludables, el amor produce un efecto muy distinto que en las encanijadas. En éstas, anula todo apetito que procura la conservación del individuo. En las primeras, aunque en ciertas ocasiones hace olvidar y despreciar los alimentos, así como todo lo demás, sin embargo, si se coloca delante de un enamorado hambriento una buena fuente de asado, rara vez la rechaza. Tal sucedió ahora, pues si bien Tom Jones podía haber hecho mucho más camino con el estómago vacío de haberse encontrado solo, tan pronto como tomó asiento ante la mesa comenzó a devorar los huevos y el jamón, haciéndolo con tanta voracidad como el mismo Partridge.

Antes de que nuestros viajeros dieran cuenta de la comida había anochecido, y como la luna hacía días que había dejado de ser llena, la oscuridad era completa.

Apoyándose en esto, Partridge convenció a Jones para que se quedaran a pasar allí la noche y vieran la función de títeres, que estaba a punto de comenzar, y a la cual fueron invitados con insistencia por el dueño de los muñecos, que afirmó que los suyos eran los mejores que se conocían, habiendo dejado satisfechas a todas las personas entendidas de Inglaterra que los habían visto trabajar.

La función de títeres se efectuó con gran orden y decoro. Se titulaba *El marido provocado*, y resultó un entretenimiento muy grave y solemne, sin que se oyera ningún chiste de tono dudoso. Todo el público se mostró muy complacido con la representación. Una matrona muy seria dijo al dueño que a la noche siguiente llevaría a sus dos hijas, ya que en la obra no había ninguna chalanería de mal gusto. Y un empleado de procurador y un oficial del resguardo afirmaron que los tipos de lord y lady Townley estaban perfectamente copiados y resultaban muy naturales.

El dueño de los títeres se sintió tan halagado con estos elogios, que no pudo por menos de añadir otros por su cuenta. Afirmó que la edad presente no había adelantado tanto en otras cosas como en las funciones de títeres, puesto que al suprimir de ellas a Punch y a su mujer Joan, así como otras estupideces del mismo jaez, se habían transformado en funciones mucho más decentes.

—Recuerdo que cuando me lancé a este negocio encontré en él muchas majaderías apropiadas para hacer reír a la gente, pero que no intentaban mejorar las costumbres de los jóvenes, que es el objetivo principal de toda obra de títeres, pues ¿por qué no se ha de aprovechar este medio, igual que los demás, para dar lecciones buenas e instructivas? Mis figuras son de tamaño natural y representan la vida en todos sus detalles, y puedo asegurar que después de ver mi pequeño drama la gente sale tan aleccionada como si viera uno grande.

—En modo alguno deseo disminuir la ingenuidad de su profesión —repuso Jones—. Pero me hubiera alegrado ver a mi antiguo amigo Punch, a pesar de lo que dice usted. Y lejos de mejorarle, me parece que al suprimirle a él y a su alegre esposa Joan, ha echado usted a perder su espectáculo.

El animador de los títeres concibió en el acto un completo desprecio hacia Jones, y con una expresión de absoluto desdén en su rostro, replicó:

—Por lo que veo, tal es su opinión. Pero tengo la satisfacción de poderle decir que los mejores jueces difieren de usted por completo, y es de todo punto imposible dar gusto a todos. Le aseguro que personas muy distinguidas de Bath, hace de esto dos o tres años, quisieron volver de nuevo a la escena a Punch. Creo que perdí algún dinero por no acceder a ello. Pero dejemos que otros hagan lo que mejor gusten. Un poco de dinero más o menos jamás hará que degrade mi profesión, ni permitiré voluntariamente que se eche a perder la decencia de mi trabajo introduciendo en el mismo temas de baja calidad.

—Tiene usted razón, amigo —aseguró el empleado de procurador—, tiene usted

mucha razón. Evite siempre que pueda lo chabacano. Algunos de mis amigos de Londres han decidido expulsar de la escena todo lo que sea ruin y grosero.

—Nada puede ser más conveniente y adecuado —dijo a su vez el del resguardo, quitándose la pipa de la boca—. Recuerdo —añadió—, pues entonces vivía con un lord, que me encontraba en la galería la noche en que se estrenó *El marido provocado*. En esta obra había muchas escenas de mal gusto a propósito de un hacendado que iba a la ciudad para actuar de parlamentario, y en escena aparecía un montón de criados, entre ellos un cochero. Los caballeros de nuestra galería no podían tolerar una cosa tan indigna y protestaron. Ahora he visto que usted ha prescindido de todo eso, y no puedo por menos de felicitarle.

—Caballeros —exclamó entonces Jones—, no me atreveré a mantener mi opinión delante de tantos. Pero si a la mayoría no le gusta, el sabio caballero que dirige la obra ha hecho perfectamente al prescindir de Punch.

El dueño de los títeres dio entonces comienzo a una segunda arenga. Ensalzó la gran influencia de los ejemplos, y aseguró que las clases inferiores del género humano serían apartadas del vicio cuando observaran lo odioso que les resultaba a las clases superiores. En este instante fue interrumpido por un incidente que, aunque tal vez en otra circunstancia podría ser omitido, no nos queda más remedio que relatar en el caso presente.

CAPÍTULO VI

DONDE SE PUEDE INFERIR QUE LAS COSAS MEJORES SON
SUSCEPTIBLES DE SER MAL COMPRENDIDAS Y PEOR
INTERPRETADAS.

En la entrada de la posada se había formado un escándalo regular. La posadera arremetía contra su criada utilizando tanto la lengua como los puños. La había echado de su casa, y luego de ciertas pesquisas la encontró en el escenario de los títeres en compañía del alegre Andrew, y en una actitud no muy adecuada para ser descrita aquí.

Grace, pues tal era el nombre de la muchacha, había sido sorprendida *in fraganti*, así que no podía negar los hechos, y sólo intentó mitigar su falta.

—¿Por qué me pega usted de este modo, ama? —exclamó la criada—. Si no le gustan mis actos, puede usted despedirme. Si soy una mujerzuela —tal era el calificativo que le había dedicado la posadera—, mis superiores también lo son. ¿Por qué estaba la señora en la función de títeres? Supongo que no pasará la noche separada de su marido porque sí.

La posadera se lanzó entonces hacia la cocina, encarándose a la vez con su marido y con el hombre que movía los muñecos.

—Marido —empezó—, aquí tienes la consecuencia de admitir a esta gente en tu casa. Aunque obtengamos alguna ganancia más con las bebidas, esto no compensa del desorden que traen consigo, y menos si convierten nuestra casa en un lupanar. Tienen que marcharse mañana a primera hora, pues nada se aprende con exhibiciones como ésa. Recuerda la época en que en las funciones de títeres se presentaban obras bien escritas, en las que el demonio se llevaba a la gente mala. En sus asuntos había lógica. Pero como el párroco nos dijo el último domingo, ahora ya nadie cree en el demonio. Y aquí nos trae usted un conjunto de muñecos y de muñecas vestidas como caballeros y damas, sólo para que trastornen las cabezas de las infelices mozas del campo, y ya sabemos que cuando tienen la cabeza trastornada sucede todo lo demás.

Es precisamente Virgilio quien nos dice que cuando la multitud se agita de una manera tumultuosa y toda suerte de objetos vuelan por el aire, si aparece un hombre autoritario y grave entre ellos, el tumulto se apacigua como por ensalmo, y la multitud, que cuando es muy compacta puede muy bien compararse con un asno, endereza sus largas orejas para escuchar el discurso del hombre grave.

Por el contrario, cuando un grupo de hombres graves y filósofos disputan, cuando la sabiduría puede en cierto modo considerarse presente y administra argumentos a los contendientes, si se produce una algazara entre la multitud o bien una mujer

regañona y malhumorada se introduce entre los tales filósofos, sus disputas cesan en el acto, la sabiduría deja al instante de representar su papel y la atención de todos se concentra inmediatamente en la mujer.

Por tal causa, el tumulto de que antes hemos hecho mención y la llegada de la posadera impusieron silencio al dueño de los títeres, así como un rápido final a la solemne arenga de que antes hemos hecho mención. Nada más inoportuno que aquel incidente. La más aviesa intención no podía inventar otra estratagema para llenar de azoramiento al pobre hombre, en tanto peroraba sobre las excelentes costumbres que difundían las exhibiciones de su teatro. Pero su boca permaneció ahora cerrada cual la de un matasanos a quien, en medio de una de sus afirmaciones sobre las muchas y excelentes cualidades de sus píldoras y polvos, le trajeran el cuerpo de uno de sus mártires y lo colocaran ante el público como testimonio de su habilidad.

Por lo tanto, en vez de replicar a la posadera, el hombre de los muñecos corrió a castigar al alegre Andrew, y como ahora la luna comenzaba ya a emitir su plateada luz, tal como los poetas suelen llamar a su reflejo, aunque en aquellos instantes más se parecía a una pieza de cobre, Jones pidió la cuenta y encargó a Partridge, a quien la posadera acababa de despertar de su profundo sueño, que se dispusiera para reanudar el viaje. Mas Partridge, habiendo logrado antes dos cosas, como el lector habrá comprobado sin duda, osó intentar una tercera, o sea convencer a Tom Jones para que se quedara a pasar la noche allí. Lo insinuó, fingiendo sorpresa ante la manifiesta intención de Tom de proseguir el camino, y tras de presentar argumentos excelentes contra tal propósito, insistió en que no conducía a nada, puesto que si Jones no conocía el camino que había seguido Sophia, cada paso que diera podía alejarse mucho más de ella.

—Como ha podido comprobar usted —añadió—, ella no ha pasado por aquí. ¿No será mejor, pues, esperar hasta mañana, en que es posible que demos con alguien a quien poder preguntar?

El último argumento hizo cierta mella en Tom Jones, y mientras cavilaba sobre él, el posadero metió baza en la conversación lo mejor que le fue posible.

—Sin duda, señor —empezó—, su criado le está dando un buen consejo. ¿Quién es el que se atreve a viajar de noche durante esta época del año?

A continuación, el posadero comenzó a ensalzar el excelente acomodo que proporcionaba su casa. La posadera intervino también. Pero no cansaremos al lector con las frases habituales en todo posadero. Baste saber que Jones cedió al fin, decidiendo quedarse allí para descansar unas horas, cosa que le hacía buena falta, ya que apenas había pegado los ojos desde que dejó el mesón donde le descalbraron.

Una vez tomada la resolución de quedarse, Jones se retiró a descansar en compañía de sus dos compañeros de cama, el cuaderno de bolsillo y el manguito. Pero Partridge, que había echado varios sueñecitos siempre que había podido, se

inclinaba más a comer que a dormir, y más a beber que a ambas cosas.

Y habiendo concluido la tormenta provocada por Grace, y reconciliada la posadera con el dueño de los títeres, el cual, a su vez, perdonó las frases agresivas que la buena mujer le dedicó en su acaloramiento, en la cocina volvió a reinar la más completa calma. Alrededor del fuego se hallaban sentados el posadero, la posadera, el dueño de los muñecos, el pasante del procurador, el oficial del resguardo y el ingenioso Mr. Partridge, y en esta reunión tuvo lugar la agradable charla que se relata en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VII

QUE CONTIENE ALGUNAS OBSERVACIONES DE NUESTRA COSECHA Y MUCHAS OTRAS DEBIDAS A LAS EXCELENTES PERSONAS REUNIDAS EN LA COCINA.

Aunque el orgullo vedaba a Partridge reconocerse como criado, el hombre imitaba en muchos detalles a los individuos de esta clase social. Un ejemplo de esto era su manía de exagerar la fortuna de su compañero, como llamaba a Mr. Jones. Esto es costumbre entre los criados, que nunca quieren que se piense que están sirviendo a un pobretón, ya que cuanto más elevada es la posición del amo, tanto mayor parece la del hombre que está a sus órdenes. Esto puede comprobarse observando la conducta de todos los lacayos de la nobleza.

Pero aunque los títulos y la fortuna iluminan todo a su alrededor, y los lacayos de los hombres de fortuna y de rango piensan que tienen derecho a una parte del respeto que se concede a la calidad y a las riquezas de sus amos, no sucede lo mismo cuando se trata de la virtud o de la inteligencia. Estas cualidades son personales y se reservan para sí todo el respeto que se les guarda. Y como no reflejan ningún honor para el criado, tampoco éste resulta deshonrado cuando el amo acusa la falta de ambas. Pero cuando se trata de la falta de virtud de una señora, cuyas consecuencias hemos podido ver antes, este deshonor produce una especie de contagio que, como el de la pobreza, se comunica a los que se acercan.

Por todo esto, no hemos de sorprendernos si los criados —me refiero sólo a los hombres— no opondan reparos cuando sus amos gozan fama de poseer grandes riquezas, y que aunque se avergonzarían de ser lacayos de un pobre, no se avergüencen de serlo de un necio o de un bribón, no sintiendo escrúpulos en extender la fama de las iniquidades y de las tonterías de sus amos, haciéndolo a menudo con acompañamiento de algazara y chacota.

Después de que Partridge exageró todo cuanto pudo la gran fortuna que Mr. Jones heredaría con el tiempo, comunicó una idea que se le había ocurrido el día antes, después de observar, según dijo, la conducta de Mr. Jones: su amo estaba chiflado, se hallaba convencido de ello, y esta opinión fue comunicada a todos los que, como él, gozaban del calor del fuego.

El hombre de los títeres se mostró en el acto de acuerdo.

—Confieso que ese joven me sorprendió sobremanera cuando habló de manera tan absurda de las funciones de títeres. No se concibe que un hombre en su juicio se equivoque de esa forma. Lo que ahora dice usted lo explica todo. ¡Pobre caballero! Siento interés por él. Tiene en su mirada algo raro que noté en seguida, aunque no

dije nada.

El fondista opinó lo mismo, atribuyéndose a su vez la sagacidad de haberlo descubierto. El oficial del resguardo apartó la pipa de su boca y dijo:

—Ya me pareció que el caballero miraba y hablaba un poco a lo salvaje. —Y volviéndose hacia Partridge, añadió—: Si está loco, no debería permitírsele que viajara de ese modo por el mundo, pues puede causar mucho daño. Es una lástima que no se le detenga y envíe a su casa con sus padres, si es que los tiene.

Parecidos pensamientos rondaban por la imaginación de Partridge, que, como estaba convencido de que Jones había huido de casa de Mr. Allworthy, creía que obtendría una buena recompensa si conseguía devolverle a su hogar. Pero el miedo a Tom, cuya fiereza y fuerza había podido contemplar, e incluso recibir algunas muestras de ella, le hacían considerar tal idea como irrealizable. Pero en cuanto oyó las palabras del oficial del resguardo, aprovechó la oportunidad para declararse de acuerdo con ellas y expresó su opinión de que tal proyecto era factible.

—¡Factible! —exclamó el oficial del resguardo—. No hay nada más sencillo.

—¡Oh, señor! No sabe usted bien qué clase de individuo es. Es capaz de cogermec con una mano y arrojarme por la ventana, y también podría, si se lo propusiera...

—¡Bah! —replicó el del resguardo en tono desdeñoso—. Me considero tan hombre como él. Además, somos cinco.

—No sé por qué habla usted de cinco —contestó la posadera—. Mi marido no tiene nada que ver con todo eso. Ni tampoco atropellará nadie a persona alguna en mi casa. Ese joven caballero es un muchacho muy apuesto, y no le considero más loco de lo que podamos serlo nosotros. ¿Cómo se atreve usted a hablar de algo raro en su mirada? Posee los ojos más bonitos que recuerdo haber visto en mi vida y, además, es un muchacho sencillo y modesto. He sentido verdadera lástima de él cuando el caballero que está sentado en el rincón me ha dicho que estaba loco de amor. Esto es suficiente para que cualquier hombre, sobre todo si es tan apacible como él, parezca muy distinto de como es en realidad. En cuanto a la dama de sus pensamientos, ¿qué más puede desear que ser amada por un hombre tan apuesto y rico? Supongo que debe de ser una dama distinguida, una de esas damas londinenses que vimos la última noche en la función de títeres.

Ahora el pasante del procurador declaró que él no se mezclaría en nada sin exponer su consejo.

—Piensen, señores —dijo—, que se presenta contra nosotros una acusación de detención indebida. ¿Quién sabe cuál es la prueba suficiente de locura para un jurado? Hablo, señores, por mi propia cuenta, pues considero que un hombre de leyes no debe intervenir en tales cuestiones a no ser que lo haga con tal carácter. Los jurados no son siempre menos favorables que a los demás. No es que trate de convencerle, Mr. Thomson —tal era el nombre del oficial del resguardo—, ni

tampoco al caballero ni a nadie.

El oficial del resguardo movió la cabeza al oír estas palabras y el hombre de los muñecos se apresuró a decir:

—Siempre les ha resultado difícil a los jurados decidir sobre los casos de locura. Recuerdo que una vez estuve presente en una prueba de demostración de locura, durante el curso de la cual veinte testigos declararon que el acusado estaba rematadamente loco, en tanto que otros veinte aseguraban que gozaba por completo de su sano juicio. Pero la opinión de la mayoría de las personas era que se trataba de una añagaza de sus parientes para despojar de sus derechos al infeliz.

—¡Lo más probable! —exclamó la posadera—. Yo también conocí a un desgraciado que fue encerrado por su familia en un manicomio para poder disfrutar de sus bienes. Pero no les sirvió de nada, pues aunque la ley se los concedió, el derecho de ellos pertenecía a otro.

—¡Bah! —replicó el pasante con gran desprecio—. ¿Quién puede tener derecho a una fortuna sino aquel a quien la ley se lo ha concedido? Si la ley me concediera a mí el disfrute de la mejor finca del país, no me preocuparía en absoluto de quién tiene derecho a ella.

—Si ocurriera así —repuso Partridge—, *Felix quem faciunt aliena pericula cautum*.

El posadero, que había salido fuera para recibir a un caballero montado a caballo, regresó a la cocina y, con expresión de susto, exclamó:

—¿Qué imaginan ustedes que ha sucedido? Los rebeldes le han buscado las vueltas al duque y se han plantado casi en las puertas de Londres. Es cierto, pues un hombre montado a caballo acaba de comunicármelo.

—Me alegro de que sea así —afirmó Partridge—. De este modo ya no habrá más combates por estos contornos.

—Pues yo me alegro por otra razón mucho más importante —añadió el pasante—. Porque siempre he deseado que triunfase el derecho.

—¡Oh! —dijo el posadero—. Pues yo he oído decir a algunas personas que ese hombre no tiene el menor derecho.

—Le demostraré lo contrario en un momento —contestó el pasante—. Si mi padre muriera en posesión de un derecho, ¿no pasaría éste a su hijo, lo mismo que cualquier otro derecho?

—Pero ¿qué derecho tiene a hacernos papistas? —inquirió el posadero.

—No tema usted que jamás ocurra eso —afirmó Partridge—. En lo que respecta al derecho, este caballero lo ha demostrado con toda claridad, aunque en el terreno de la religión ya es otra cosa. Un cura papista, al cual conozco a fondo y que es un hombre honrado a carta cabal, me aseguró bajo palabra de honor que no tenía tal pretensión.

—Y otro cura conocido mío —añadió la posadera—, me aseguró lo mismo. Pero mi marido anda siempre temiendo no sé qué de los papistas. Conozco a muchos papistas que son muy buenas gentes y que gastan siempre su dinero con liberalidad, y mi máxima es que tan bueno es el dinero de un hombre como el de otro.

—Muy cierto, señora —aseguró el hombre de los muñecos—. Nada me importa quiénes sean los que vengan a ver mis funciones, con tal de que no sean presbiterianos, pues éstos son enemigos de los titeres.

—Eso quiere decir, pues, que sacrifica usted su religión a su interés, ¿no es así? —dijo el oficial del resguardo—, y desea que el papismo medre en nuestro país.

—No —replicó el de los titeres—. Odio al papismo tanto como pueda odiarle otro cualquiera. Pero no deja de representar un consuelo para uno el saber que con él se pueda vivir, cosa que no se puede conseguir allí donde hay presbiterianos. Es indudable que lo primero que aprecia el hombre son los medios de vida que tiene, y si es usted sincero reconocerá que lo que más teme en el mundo es perder su empleo. Pero nada tema, amigo mío, siempre existirán los impuestos de consumos, sea como este o con otro gobierno.

El consumero se apresuró a replicar:

—Sin duda sería un hombre indigno si no honrase al rey, que me da de comer. Esto es lo natural. Pero ¿qué me importa a mí que exista otra oficina de resguardos con otro gobierno, si mis amigos, y yo con ellos, seríamos expulsados de ella? No, amigo mío. Jamás renegaré de mi religión con la esperanza de poder conservar mi puesto bajo otro gobierno. Nada saldría ganando con ello y, probablemente, estaría peor.

—Lo que yo digo, caballeros —dijo el posadero, interviniendo en la discusión—, es que nadie sabe lo que puede suceder. ¿No sería yo un estúpido si prestase mi dinero a un cualquiera con la esperanza de que iba a devolvérmelo? Mucho más seguro está en mi *bureau*, donde procuraré conservarlo siempre.

Al pasante de procurador le había satisfecho la sagacidad de Partridge, y ya fuera por la mutua simpatía, pues ambos eran verdaderos jacobitas, o bien por otra causa, el caso es que se estrecharon las manos cordialmente y bebieron unos bocks de cerveza, brindando por unos personajes que consideramos mucho mejor olvidar.

Los brindis fueron secundados por todos los presentes, e incluso por el mesonero, aunque a regañadientes. Pero no pudo resistir a las amenazas del pasante del procurador, que juró no volver a poner los pies en la posada si no bebía con ellos. Los bocks de cerveza pusieron fin a la discusión, y nosotros juzgamos oportuno poner fin a este capítulo.

CAPÍTULO VIII

DONDE LA FORTUNA PARECE MOSTRARSE MÁS HALAGADORA CON TOM JONES QUE LO HA SIDO HASTA EL PRESENTE.

Estamos convencidos de que no existe remedio más saludable e indicado para dormir que la fatiga. Podemos asegurar que Jones poseía una buena dosis de ésta, y que actuó sobre él de un modo palpable. Llevaba ya durmiendo nueve horas, y es muy posible que hubiera continuado durmiendo otras tantas de no haber sido por un fuerte estrépito que se oyó en la puerta de su habitación, acompañado por exclamaciones de «¡Asesino!». Tom Jones se apresuró a saltar de la cama, encontrándose al asomar la cabeza por la puerta con que el dueño de los títeres estaba moliendo a golpes al pobre Andrew.

Tom se puso en el acto de parte de la víctima y acorraló al agresor contra la pared, pues, por lo que pareció, el hombre no sentía el menor deseo de habérselas con él.

Pero aunque el alegre Andrew era pequeño y más bien débil, tenía almacenada en su corazón una cierta cantidad de cólera. Por esta razón, en cuanto se vio libre de su enemigo comenzó a insultarle con la única arma en que le igualaba. En primer lugar disparó contra él una retahíla de palabras de grueso calibre, y a continuación pasó a concretar alguna de las acusaciones.

—¡Bellaco! —gritó—. No sólo le ayudo, pues a mí me debe todo el dinero que gana, sino que incluso le salvé una vez de la horca. ¿No trató ayer mismo de robar a la señora su traje de montar en la callejuela de detrás? ¿Es que va a negar que quiso verse a solas con ella en el bosque para robarla... para robar a una de las damas más bellas del mundo? Y ahora se lanza contra mí, y por poco me asesina, aunque no le he hecho nada a la muchacha, tan sólo porque me prefiere a él.

Apenas oyó Tom Jones estas palabras se arrojó sobre el hombre de los muñecos, a quien amenazó con ajustarle las cuentas en el caso de que tornara a insultar y pegar al alegre Andrew. Luego, llevándose a éste a su cuarto, no tardó en obtener noticias de Sophia, a quien el muchacho había visto pasar mientras estaba tocando el tambor. Al mismo tiempo consiguió que le concretase el sitio en que la había visto. Conseguido esto, llamó a Partridge y se dispuso a emprender la marcha.

Eran casi las ocho de la mañana cuando todo estuvo a punto, puesto que Partridge no tenía prisa alguna en echar a andar y la cuenta no pudo ajustarse en un momento. Resueltos al fin estos problemas, Tom no quiso abandonar la posada sin dejar antes zanjadas todas sus diferencias con el dueño de los muñecos y su empleado.

También esto resuelto, iniciaron el viaje, siendo conducido por Andrew al lugar por donde Sophia había pasado. Tom recompensó al muchacho debidamente y

prosiguió su camino, muy satisfecho en el servicio que Andrew le había prestado. Sabido esto por Partridge, comenzó a profetizar a Jones que al cabo sus esfuerzos se verían coronados por el mayor de los éxitos.

—Tal circunstancia —aseguró— no se hubiera presentado si la Providencia no hubiese dispuesto que se reuniera de nuevo con su amada.

Ésta fue la primera vez que Tom Jones prestó atención a las doctrinas supersticiosas de su compañero de viaje.

Llevarían recorridas unas dos millas cuando fueron sorprendidos por un fuerte aguacero, y como se encontraban próximos a una taberna, Partridge insistió para que entrasen en ella mientras escampaba. El hambre anda siempre alerta y dispuesta a hacer su irrupción cuando menos se la espera. Tal sucedió con Partridge. En cuanto entró en la cocina se apresuró a repetir las preguntas de la noche anterior. Las consecuencias del interrogatorio fueron un excelente solomillo frío colocado sobre la mesa, del que no sólo Partridge, sino el mismo Tom Jones, dieron buena cuenta, aunque el segundo comenzó a sentirse inquieto al ver que la gente del mesón no le proporcionaban nuevas noticias sobre Sophia.

Terminado el excelente almuerzo, Jones intentó continuar la marcha, pese a que la lluvia continuaba cayendo a torrentes. Pero Partridge solicitó permiso para beber otro vaso de cerveza, y mientras se lo estaba bebiendo ocurrió que un muchacho que acababa de penetrar en la cocina se le quedó mirando fijamente. Partridge se volvió hacia Jones y dijo:

—Deme su mano, señor. Un solo vaso de cerveza nos ha traído la suerte. Aquí tenemos nuevas noticias de Sophia. Este joven que está junto al fuego es el que la vio. Le reconozco por el parche que lleva en la cara.

—¡El cielo le proteja eternamente, señor! —dijo el muchacho—. Es el mismo emplasto que usted me dio. Recordaré su bondad todos los días de mi vida, pues casi le debo mi curación.

Al oír estas palabras, Tom se puso en pie y rogó al muchacho que le acompañase a otra estancia. Era tan considerado con todo lo que se refería a Sophia que no le gustaba mencionar su nombre en presencia de desconocidos, y si bien en un exceso de entusiasmo había brindado por ella en una reunión de oficiales, pensando que no la conocían, el lector recordará sin duda el esfuerzo que le costó pronunciar su nombre.

Por tanto, resultaba cruel, y en opinión de muchos lectores tal vez absurdo y monstruoso, que debiera su desgracia presente a la supuesta falta de tales miramientos, tan corrientes en él, puesto que Sophia se sentía mucho más ofendida — y no le faltaba razón para ello— por las libertades que ella creía que Tom se había tomado con su nombre y condición, que por cualquiera otra libertad que, en las circunstancias presentes, él se hubiera podido tomar con cualquiera otra mujer. A mi juicio, Mrs. Honour no hubiera convencido a Sophia para que abandonase Upton sin

ver a Tom, de no ser por aquellos dos ejemplos de la veleidad de su proceder, tan falta de respeto y tan opuesto a toda expresión de amor y de ternura en los espíritus magnánimos y delicados.

Pero de este modo sucedieron las cosas, y de este modo me veo obligado a relatarlas, y si algún lector las considera poco naturales, a fe que no es mía la culpa. A las tales personas tengo que recordarles que no estoy escribiendo un tratado, sino una historia humana, y no tengo la menor obligación de reconciliar todos los problemas con las nociones recibidas sobre la naturaleza. Pero aunque esto fuera fácil de conseguir, sería prudencia en mí evitarlo. Por ejemplo, el caso que nos ocupa, relatado sin el menor comentario por mi parte, aunque a simple vista pueda ofender a algunos lectores, luego de una mayor reflexión ha de complacer a todos, ya que los hombres sabios y prudentes deben recordar lo que le sucedió a Tom Jones en Upton como justo castigo por su inconstancia con las mujeres, en tanto que los tontos y perversos podrán halagarse a sí mismos pensando que los caracteres de los seres humanos son más bien resultado de las circunstancias que de la virtud.

El caso es que si Sophia se equivocó en su juicio sobre Tom Jones, tenía motivos sobrados para ello, ya que, a mi parecer, cualquiera otra joven en su puesto habría pensado lo mismo. Si ahora hubiera seguido tras los pasos de su enamorado y hubiese penetrado en la casa de comidas en el instante en que Tom salió de ella, habría descubierto que el dueño de la misma estaba tan familiarizado con su nombre y persona, como demostró estarlo la moza de Upton, ya que mientras Tom hacía preguntas al muchacho en voz baja, Partridge, que distaba mucho de ser tan delicado como Tom Jones, se hallaba en la cocina catequizando al otro guía que había llevado a Mrs. Fitzpatrick. Gracias a esto, el dueño de la casa, a quien nada de lo que sucedía en su casa se le escapaba, supo la caída del caballo de Sophia, etc.; el error sobre Jeannette Cameron, las consecuencias que tuvo el ponche de Mrs. Honour, en una palabra, casi todo lo que aconteció en el mesón de donde partieron las dos damas en el coche tirado por seis caballos.

CAPÍTULO IX

TOM JONES CONTINÚA SU VIAJE.

Tom permaneció ausente de la cocina media hora, y cuando regresó a ella pidió al dueño la cuenta de lo gastado, puesto que deseaba reanudar su viaje al instante. Las pocas ganas que sentía Partridge de abandonar su asiento junto a la chimenea y una copa de excelente licor fueron compensadas en parte por la noticia de que ya no tendría que continuar el viaje a pie, pues Tom Jones, con excelentes argumentos metálicos, había convencido al guía para que les acompañase hasta el mesón donde había conducido a Sophia. El muchacho sólo accedió a esto a condición de que el otro guía le esperase allí, pues como el fondista de Upton era amigo íntimo del mesonero de Gloucester, alguna vez podía llegar a oídos del último que los caballos habían sido alquilados a más de una persona, y el guía, por tanto, requerido para que entregase el dinero que se había embolsado por el nuevo servicio.

Tenemos que mencionar este detalle, por insignificante que pueda parecer al lector, porque contribuyó a retrasar enormemente la partida de Tom Jones, ya que la honradez del segundo guía era mucha, mejor dicho, un tanto cara, y le hubiese costado a Tom Jones bastante dinero. Pero Partridge, que, como ya hemos dicho antes, era un hombre muy avisado, arrojó media corona sobre la mesa para pagar los gastos que el guía pudiera hacer mientras esperaba a su compañero. Tan pronto como el dueño de la casa se vio con la moneda en la mano, comenzó a hablar de un modo tan persuasivo, que el muchacho se dio por convencido y decidió aceptar la media corona en pago de su espera allí.

Dispuestos ya los caballos, Jones saltó a la silla de mujer que había utilizado Sophia. El guía le ofreció amablemente su montura, pero Tom prefirió la otra por resultarle más blanda. En cuanto a Partridge, no consintió en rebajar su condición masculina, y se apresuró a aceptar el ofrecimiento del muchacho, así que montados ya todos, Jones en la silla de Sophia, el guía en la de Mrs. Honour y Partridge a horcajadas en el tercer caballo, iniciaron la marcha, hasta que al cabo de unas cuatro horas llegaron ante la puerta del mesón en el que tanto tiempo ha pasado el lector. Partridge se mostró muy animado durante todo el camino y a menudo mencionó a Tom los buenos presagios de su futuro éxito, que ya él le había pronosticado, y que el lector, aunque no sea supersticioso, reconocerá que eran acertados. Partridge se mostraba mucho más conforme con aquella persecución que ahora había emprendido su compañero, que cuando marchaba en pos de la gloria, y de estos mismos presagios extrajo la convicción del gran amor que se tenían Tom Jones y Sophia, el cual, justo es reconocerlo, hasta la fecha no había tomado en serio por haber cometido un error

al considerar los motivos que habían impulsado a Tom a abandonar su casa. En lo que toca a lo sucedido en Upton, se había sentido demasiado asustado antes y después de abandonar el lugar para poder sacar otra consecuencia más agradable que la de que el pobre Tom Jones estaba loco de remate. Idea que vino a reforzar su opinión de que la rudeza del joven procedía de lejos. Pero ahora se sintió más que satisfecho con aquella expedición, y a partir de aquel instante comenzó a formar mejor opinión de la inteligencia de su amigo.

Acababan de dar las tres cuando llegaron al mesón, y Tom Jones encargó inmediatamente caballos de posta. Por desgracia, no se encontró un caballo libre en todo el lugar, lo que no debe sorprender en modo alguno al lector, si tiene en cuenta el gran ajetreo que reinaba en toda la nación, en especial en aquella comarca.

Se hallaban en una época en que los correos rápidos pasaban y repasaban a todas las horas del día y de la noche.

Tom trató de convencer al guía para que les acompañase hasta Coventry. Pero el muchacho se mostró inexorable. Mientras discutía con el guía en el patio del mesón, se le acercó un hombre, el cual, saludándole por su nombre, le preguntó cómo se encontraba su familia en Somersetshire. Tom Jones, al mirarle con atención, reconoció en él a Mr. Dowling, el abogado con quien había comido en Gloucester, y le devolvió el saludo con la mayor cortesía.

Dowling rogó con la mayor insistencia a Tom que no continuara su viaje aquella noche, acompañando sus súplicas con una sarta de argumentos incontrovertibles tales como que la noche era oscura como boca de lobo, los caminos estaban embarrados y que se viajaría cien veces mejor a la luz del día, así como otros no menos sensatos, algunos de los cuales ya se le habían ocurrido antes a Tom. Pero todos dieron el mismo resultado negativo, pues el joven continuó en sus trece, aunque para ello tuviera que continuar el viaje a pie.

Cuando el bueno del abogado se convenció de que no había modo de disuadir a Jones, se dedicó con el mismo interés a persuadir al guía para que le acompañase. Expuso una serie de razones con el fin de lograr que emprendiera aquel corto viaje, concluyendo por decir:

—¿No le parece que el caballero le recompensará bien por esa pequeña molestia?

Siempre llevan las de ganar dos contra uno. Pero la ventaja que esta fuerza unida representa en la persuasión es visible para el observador curioso. Se nota a menudo que cuando un padre, un maestro, una esposa o cualquiera otra persona con autoridad se mantiene firme en su oposición a todas las razones que otra pueda presentar, cede más adelante a las mismas razones cuando una segunda o tercera persona defiende la causa, sin intentar presentar nada nuevo para oponerse. De aquí viene la frase secundar un argumento, y por esto probablemente oímos en nuestros tribunales a un caballero sabio repetir durante una hora seguida lo que otro caballero no menos sabio

ha dicho hace poco.

Pero en lugar de dar razón de esto, procederemos, de acuerdo con nuestra costumbre, a presentar como ejemplo la conducta del muchacho, el cual cedió a las persuasiones de Mr. Dowling y prometió una vez más facilitar a Tom Jones la silla de montar de mujer. Pero aseguró que antes tenía que dar a los caballos un buen pienso, pues habían caminado largo trecho y a paso muy vivo. Tal preocupación del muchacho no era necesaria, ya que Jones, no obstante su prisa e impaciencia, hubiera ordenado lo mismo, ya que no compartía la opinión de aquellos que consideraban a los animales como simples máquinas y cuando clavan la espuela en los ijares de su caballo piensan que el caballo y la espuela poseen idéntica capacidad para sentir el dolor.

En tanto los animales daban cuenta de su pienso de grano, o cuando menos se suponía que lo estaban comiendo —como el muchacho sólo se preocupaba de estar en la cocina, el posadero tuvo buen cuidado de que su grano no se consumiera en la cuadra—, Mr. Jones, a los ruegos de Mr. Dowling, acompañó al caballero a su cuarto, en donde ambos tomaron asiento ante una botella de vino.

CAPÍTULO X

DONDE MR. TOM JONES Y MR. DOWLING BEBEN JUNTOS UNA BOTELLA DE VINO.

Mr. Dowling, llenando los vasos de vino, brindó a la salud del caballero Allworthy, y añadió:

—Si lo desea usted, recordaremos también a su sobrino y heredero, el joven caballero. Blifil es un joven muy simpático y me atrevería a decir que está llamado a desempeñar un importante papel en su comarca, e incluso obtener una representación parlamentaria.

—Señor —repuso Tom—, estoy convencido de que su intención no es molestarme ni ofenderme, y por ello no tomo en consideración sus palabras. Pero puedo asegurar a usted que ha unido el nombre de dos personas erróneamente, pues si uno es la gloria de la especie humana, la otra es el más ruin bellaco que existe bajo la capa del cielo.

Dowling se mostró sorprendido al oír estas palabras, y contestó:

—Creo que ambos caballeros poseen un carácter excepcional. Al caballero Allworthy no he tenido ocasión de verle personalmente. Pero sé que todo el mundo habla de su extrema bondad. En cuanto a su sobrino, tan sólo le he visto una vez, cuando le llevé la noticia del fallecimiento de su madre. Pero entonces iba yo con tanta prisa y andaba tan ocupado, que apenas si tuve tiempo de hablar con él. Pero su aspecto era tan agradable y honrado y se portó tan bien, que me resultó muy agradable.

—No me sorprende que le produjera a usted tan buena impresión en el escaso tiempo que le tuvo delante —contestó Jones—. Es astuto como el mismo diablo y viviría usted junto a él durante años y años sin que llegara a conocerle. Me he criado junto a él desde la infancia, y apenas nos separábamos. Pero hasta hace poco no descubrí toda la maldad que se encierra en él. Confieso que jamás sentí por él muchas simpatías. Pensaba que carece de ese espíritu generoso que constituye la firme base de todo lo que existe de grande y noble en la naturaleza humana. Desde hacía tiempo venía notando en él un egoísmo que me irritaba. Pero hasta mucho más tarde no me convencí de que es capaz de las acciones más viles. He podido comprobar que se ha aprovechado de la franqueza de mi carácter con objeto de llevar a la práctica su siniestro proyecto para arruinarme, lo que al fin ha conseguido.

—¡Oh! —murmuró Dowling—. En tal caso protesto de que sea esa persona la que herede la gran fortuna de su tío, el caballero Allworthy.

—Creo, señor —repuso Tom Jones—, que me honra usted sin motivo. Es cierto

que la bondad del caballero Allworthy hizo que me llamara por un nombre más querido en otro tiempo. Pero como esto fue tan sólo un acto voluntario de su bondad, no puedo quejarme de injusticia si él considera ahora conveniente privarme de tal honor, puesto que la pérdida no puede ser menos merecida que la recompensa lo era en su origen. Le aseguro, señor, que no tengo el menor parentesco con Mr. Allworthy. Y si el mundo, que es incapaz de apreciar debidamente cualquier virtud, piensa que se ha comportado mal conmigo dado nuestro supuesto parentesco, es injusto con el mejor de los hombres, pues yo... Pero le suplico que me perdone. No le molestaré con detalles particulares de mi vida. Tan sólo al ver que me creía usted pariente de Mr. Allworthy, quise aclararle una cuestión que a él podría acarrearle censuras, ya que estoy dispuesto a dar mi vida antes de dar lugar a ellas.

—Señor, habla usted como un hombre de honor —repuso Dowling—. No me molesta lo más mínimo, y aseguro que me gustaría saber por qué se ha dicho que es usted pariente de Mr. Allworthy si de veras no lo es. Tardarán una media hora en estar listos sus caballos, y como le queda a usted tiempo suficiente, le agradecería mucho me contara todo lo acaecido. Me extraña que pase usted por pariente de ese caballero si no lo es.

Jones, que poseía un carácter tan condescendiente como el de Sophia, accedió a satisfacer la curiosidad de Mr. Dowling, y relató la historia de su nacimiento y de su educación. En suma, que, como Otelo, explicó su vida.

*Desde sus años infantiles
hasta el momento difícil de contar.*

Lo cual, al ser oído por Dowling hizo que éste, al igual que Desdémona, pensara:

*... Era extraño, eminentemente extraño,
era lastimoso, sorprendentemente lastimoso.*

Mr. Dowling se sintió emocionado al escuchar el relato, pues su actuación como fiscal no le impedía tener sentimientos humanitarios. Nada más injusto que juzgar la vida privada de un hombre de acuerdo con los prejuicios que se tienen sobre su carrera. Ciertamente el hábito aminora el efecto de las acciones que la profesión hace necesarias y habituales, pero, exceptuadas éstas, la naturaleza actúa de modo análogo en hombres de diversas profesiones. Un carnicero puede sentir compasión al ver matar a un caballo de raza, y aunque el cirujano no siente pena, al parecer, al cortar una pierna, yo he conocido a uno que sentía lástima de un hombre que sufría un ataque de gota. El verdugo, que ha colgado en la horca a centenares de personas, ha temblado a veces al sufrir una operación en la cabeza, y los mismos maestros en el

arte de derramar sangre humana, es decir, los que tienen ocupaciones guerreras y matan a millares, no sólo a otros soldados, sino a menudo a mujeres y niños, pueden, en tiempo de paz, cuando trompetas y tambores se hallan silenciosos, despojarse de su ferocidad y convertirse en hombres civiles en extremo sociales. Del mismo modo, el fiscal puede sentir compasión de los dolores y las desgracias de sus semejantes.

Como el lector bien sabe, Mr. Jones desconocía aún los negros colores con que había sido presentado a Mr. Allworthy. Por consiguiente, Dowling hizo la observación de que alguien que debía quererle mal había acumulado cargos injustos contra él.

—El caballero no le habría desheredado a usted sólo por cometer pequeñas faltas sin importancia, aunque la palabra desheredar no es la apropiada. Según la ley, no puede usted reclamar como heredero. Esto es cierto, y nadie le puede aconsejar en contra. Sin embargo, habiéndole adoptado un caballero, es muy razonable que espere usted una parte considerable de la herencia, ya que no toda. Y aunque la esperase usted toda, yo no le censuraría.

—Me ofende usted —contestó Jones—. Yo me hubiera contentado con muy poco. Jamás hice planes sobre la fortuna de Mr. Allworthy. Le aseguro sinceramente que nunca pensé lo que pudiera darme. Declaro solemnemente que si él hubiera perjudicado a su sobrino para favorecerme a mí, yo me hubiera opuesto. Prefiero gozar de tranquilidad de conciencia antes que de la fortuna de otro hombre. ¿De qué sirve enorgullecerse de poseer una casa magnífica, un montón de criados, una mesa magnífica y todas las demás ventajas de la fortuna? Para nada, sobre todo, si se compara con el contento que una persona buena experimenta al contemplar una acción generosa y noble. No envidio a Blifil por su futura fortuna, ni tampoco le envidiaré cuando esté en posesión de ella. Sé que Blifil ha hablado en contra mía, haciéndome unos cargos hijos de la ruindad de su corazón. Pero yo, gracias a Dios, soy inocente. No recuerdo haber injuriado nunca a nadie, ni siquiera con el pensamiento:

*Pone me Pigris ubi nulla campis
arbor aestiva recreatur aura,
quod latus mundi nebuloe, malusque
Jupiter urget.
Pone sub curru nimium propinqui
solis in terra dominibus negata;
dulce ridentem Lalangen amabo,
dulce loquentem*^[19].

Acto seguido, se sirvió un vaso de vino, bebiéndoselo a la salud de su querida

Lalage. Luego llenó también hasta el borde el vaso de Dowling y le pidió que brindara con él.

—Brindo con alegría a la salud de miss Lalage —exclamó Dowling—. He oído en muchas ocasiones que brindaban por ella, pero yo nunca la vi. Dicen que es muy hermosa.

Dowling no había comprendido bien ni las frases en latín ni otras muchas cosas. Pero una parte del discurso del otro le había producido una fuerte impresión. Y aunque a fuerza de guiños y risas forzadas trató de ocultar a Jones esta impresión, lo cierto es que aprobó en secreto cuanto pudo comprender, experimentando una profunda compasión por el joven. Más tarde, si nos volvemos a encontrar con Mr. Dowling en el curso de esta historia, tendremos oportunidad de comentar esta cuestión.

Y ahora nos vemos obligados a despedirnos de este caballero, cosa que hacemos imitando a Mr. Jones, el cual, en cuanto supo por mediación de Partridge de que los caballos se encontraban a punto, pagó su cuenta, se despidió de su amigo y, a pesar de que la noche era oscura y de que comenzaba a llover, partió para Coventry.

CAPÍTULO XI

DONDE SE HABLA DE LAS DESGRACIAS QUE LE SUCEDIERON A TOM JONES AL PARTIR PARA COVENTRY Y DE LAS SABIAS ADVERTENCIAS DE PARTRIDGE.

Pocos caminos existen tan llanos como el que transcurre desde el lugar donde ahora se encontraba nuestro héroe hasta Coventry, y pese a que tanto Tom como Partridge ni el mismo guía no lo habían recorrido jamás, era de todo punto imposible que se extraviaran de no existir los dos motivos mencionados al final del anterior capítulo.

Pero como por desgracia concurrieron ambas circunstancias, nuestros viajeros tomaron un camino mucho menos frecuentado, y tras de cabalgar durante seis millas largas, en vez de ver a lo lejos las nobles y bellas agujas de las torres de Coventry, se hallaron en un camino completamente abandonado, sin rastro alguno que indicase que se encontraban en las proximidades de los suburbios de una gran ciudad.

Tom Jones afirmó entonces que se habían extraviado. Mas el guía insistió que esto era de todo punto imposible, palabra que con harta frecuencia se utilizaba en la conversación corriente para indicar, no sólo lo improbable, sino lo que a menudo resulta muy probable y en ciertas ocasiones cierto. Una violencia hiperbólica semejante a la que ofrecen las palabras infinita y eterna. Con la primera se suele indicar una distancia a partir de medio metro y con la segunda, una duración de cinco minutos.

Del mismo modo se acostumbra a afirmar que es imposible perder lo que ya está irremisiblemente perdido. Esto fue, poco más o menos, lo que aconteció ahora. Pese a todas las protestas del muchacho, el caso era que se encontraban tan lejos del camino verdadero de Coventry como el avaro y el hipócrita del camino del cielo.

Dudo que el lector que no se haya visto en el trance pueda imaginar el horror que la oscuridad, la lluvia y el viento causan a las personas extraviadas en plena noche y que, por tanto, no tienen ante sí la agradable perspectiva del fuego de su chimenea, ropas secas y otros no menos agradables consuelos, para resarcirse de su lucha contra las inclemencias del tiempo. Una idea, aunque imperfecta de este horror bastaría para explicar las ideas que en la actualidad bullían en el cerebro de Partridge, y que nosotros nos vemos precisados a exponer aquí.

Tom estaba cada vez más convencido de que se habían apartado del verdadero camino, hasta que el guía acabó por reconocer que no debían encontrarse en el camino que llevaba en línea recta a Coventry, aunque al propio tiempo no dejaba de repetir que era imposible que se hubieran extraviado.

Pero Partridge tenía otra opinión, y dijo:

—Cuando nos lanzamos al camino ya pensé que nos sucedería alguna desgracia. ¿No reparó usted, señor —añadió dirigiéndose a Tom—, en aquella anciana que se encontraba de pie junto a la puerta en el momento en que usted cogió el caballo? Me hubiera gustado que le hubiese dado usted limosna. Ella dijo que se arrepentiría usted de no haberlo hecho. En aquel preciso instante comenzó a llover, y desde entonces también sopla el viento. Diga lo que diga la gente, estoy convencido de que es un poder que poseen las brujas el que se levante el viento cuando ellas lo desean. Más de una vez he podido comprobar que es así, y estoy seguro de que esa vieja era una bruja. Tal pensé entonces, y si hubiera tenido un penique en el bolsillo se lo hubiera dado, pues hay que ser caritativo con esa clase de gente ante el temor de lo que pueda suceder, y muchas personas han perdido su castillo por querer ahorrar un penique.

Aunque Jones se sentía muy contrariado por el retraso que suponía la equivocación de camino, por fuerza tuvo que echarse a reír al oír las sandeces de su amigo y compañero de viaje, cuya opinión, por cierto, se vio confirmada por un accidente. Éste consistió en que cayó del caballo, aunque no recibió daño alguno, salvo el traje manchado de barro.

Partridge, una vez en pie, presentó su caída como prueba inconcusa de lo que acababa de afirmar. Pero Jones, al ver que no había recibido ningún daño, contestó con una sonrisa:

—Tu bruja, Partridge, es una mujerzuela muy desgraciada, y no sabe distinguir a sus amigos cuando está enfadada. Si la vieja esa se disgustó conmigo porque yo no la socorrí, no consigo explicarme por qué ha hecho que tú te cayeras del caballo, luego del gran respeto que tú demuestras sentir por ella.

—Eso son bromas —replicó Partridge— de gente que tiene poder para gastarlas, pues a menudo gustan de divertirse y poseen mucha malicia. Recuerdo a un herrero que una vez provocó a una de ellas preguntándole qué contrato tenía con el diablo. Pues bien, a los tres días a contar de la fecha en que se lo preguntó, una de sus mejores vacas se ahogaba. Pero la bruja no se dio por satisfecha con esto. Algún tiempo después el hombre perdió el contenido de un barril del mejor vino, pues la bruja abrió la espita y dejó que se derramase todo el vino por la bodega la misma noche en que el herrero lo horadó para celebrar una velada con sus vecinos. A partir de entonces nada le salió bien. La bruja importunó tanto al pobre hombre, que éste al fin acabó dándose a la bebida, y en un año o dos todo su ganado desapareció; y él y su familia están ahora a dos velas.

El guía, y quizá también su caballo, estaban tan atentos a la perorata de Partridge, que ya fuera por falta de cuidado o bien por malicia de la bruja, ambos acabaron en tierra.

Partridge atribuyó esta caída, al igual que la suya, a la misma causa, y anunció a Mr. Jones que la próxima vez le tocaría a él.

Y muy seriamente rogó al joven ir en busca de la vieja con el fin de tranquilizarla.

—No tardaremos en llegar a la casa de bebidas —dijo—, pues aunque parezca que hemos avanzado bastante, estoy convencido de que nos encontramos en el mismo lugar en que estábamos hace una hora, e incluso no tengo inconveniente en jurar que, si ahora fuera de día, podríamos ver a nuestro alcance la casa desde la que hemos partido.

Pero en lugar de responder a este prudente consejo, Tom Jones estaba pendiente de lo que le había sucedido al muchacho, el cual, por suerte, no recibió otro daño que el que había sufrido poco antes Partridge. Pronto estuvo encima de su caballo, y por los golpes que propinó al animal, Tom Jones quedó convencido de que el guía no había recibido ningún daño.

CAPÍTULO XII

DONDE PROSIGUE EL RELATO DEL VIAJE DE TOM JONES EN CONTRA DE LA OPINIÓN DE PARTRIDGE, CON LO QUE LES SUCEDIÓ EN TAL OCASIÓN.

A poco descubrieron una luz a cierta distancia, con gran alegría de Jones y gran terror de Partridge, que creía que estaba embrujado y que aquella luz era un fuego fatuo o algo todavía peor.

Los temores fueron en aumento a medida que se aproximaban a la luz —o luces, como ahora pudieron comprobar—, oyendo un confuso rumor de voces humanas, cantos, risas y un gran bullicio, unido a un extraño sonido que parecía provenir de algunos instrumentos musicales, pero que apenas si merecía el nombre de música. En apoyo de la opinión de Partridge, muy bien podía decirse que se trataba de música embrujada.

Es imposible describir el terror que se apoderó de Partridge ahora. Su miedo se contagió al guía, que había prestado profunda atención a las palabras del otro. Por tanto, el muchacho expresó a Tom Jones su deseo de volver grupas, diciendo que creía a pie juntillas lo que había dicho Partridge, es decir, que aunque los caballos parecían haber estado marchando hacia delante, no habían avanzado un solo paso en la última media hora.

Tom no pudo por menos de sonreír, a pesar de su enojo, ante la simplicidad de aquellos dos hombres poseídos por el miedo.

—O avanzamos hacia las luces —dijo— o éstas avanzarán hacia nosotros, pues nos encontramos a escasa distancia de ellas. Pero ¿cómo podéis tener miedo de unas personas que parecen estar divirtiéndose?

—¡Divirtiéndose! —exclamó Partridge—. ¿Quién es la persona que se atreve a organizar una fiesta a tal hora de la noche en semejante lugar y con el tiempo que hace? Sólo pueden hacerlo los espíritus y las brujas, o bien los demonios.

—Sean quienes fueren —replicó Jones con acento irritado—, estoy dispuesto a acercarme a ellos y preguntarles por el camino de Coventry. No todas las brujas, querido Partridge, alimentan tan malas intenciones como las que hemos tenido la desgracia de tropezamos últimamente.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Partridge—. Nadie puede saber de qué humor estarán, aunque siempre será mejor mostrarse corteses con ellas. Pero ¿qué sucedería, señor, si nos encontrásemos con algo peor que brujas, con los propios espíritus malignos? Le suplico, señor, que esté prevenido, se lo suplico de veras. Si hubiera leído tantos relatos como yo sobre esta cuestión, no se mostraría tan osado. Tan sólo

Dios sabe si hemos llegado ya o si estamos marchando, puesto que la oscuridad es tal como no la hubo jamás, y tengo mis dudas de que el otro mundo sea tan oscuro.

Jones avanzó todo lo de prisa que le fue posible, pese a todos aquellos avisos y advertencias, por lo que el desgraciado Partridge se vio obligado a seguirle, ya que si tenía miedo de avanzar, más lo tenía de quedarse atrás.

Al cabo llegaron al lugar de donde procedían las luces y los distintos sonidos. Tom Jones pudo ver que se trataba de un granero, en cuyo interior estaban reunidos una serie de hombres y mujeres que armaban un gran escándalo.

En cuanto Tom apareció ante las grandes puertas del granero, abiertas de par en par, una ronca voz masculina preguntó desde el interior quién había, a cuya pregunta Tom respondió con acento amable que un amigo, y, a renglón seguido, preguntó por el camino de Coventry.

—Si es usted amigo —contestó otro hombre que se encontraba en el interior del granero—, sería mejor que se apeara del caballo y entrase aquí hasta que pase el temporal —que en aquellos instantes estaba en su apogeo—. También puede meter dentro el caballo, pues hay espacio suficiente en el fondo del granero.

—Es usted muy amable —repuso Tom— y aceptaré su ofrecimiento por unos minutos, mientras amaina la lluvia. Me acompañan otras dos personas que también se alegrarían de recibir el mismo favor.

Éste fue otorgado de mejor buena gana que aceptado, pues Partridge hubiera preferido soportar las mayores inclemencias del tiempo antes que confiarse a la clemencia de aquellos a los que él tomaba por duendes. En cuanto al guía, era víctima de las mismas aprensiones. Pero los dos estaban obligados a seguir el ejemplo de Tom Jones, uno porque no podía abandonar su caballo; otro, por lo que más temía, que era quedarse solo.

Si la presente historia hubiera sido escrita en los tiempos en que los seres humanos eran dominados por la superstición, sentiría una profunda compasión hacia el lector por mantenerle tanto tiempo en suspenso en relación con la posible aparición en escena de Satanás o Belcebú, seguidos por su séquito infernal. Mas como estas doctrinas no tienen el menor éxito en la edad presente y apenas si encuentran devotos de ellas, no he creído necesario describir semejantes terrores.

Ahora bien, aunque confesamos que éste es nuestro modo de pensar, tenemos sobrada razón para temer que se produzca en nuestros lectores otra clase de aprensión, en la cual tampoco deseamos que incurra. Me refiero a que crea que ahora vamos a emprender un viaje por tierras encantadas y a hacer aparecer en nuestro relato a una serie de seres en que apenas si creíamos de niños, pese a que hubo muchos que malgastaron su tiempo en escribir y leer sus aventuras.

Para esquivar semejantes sospechas, tan perjudiciales para el crédito de un historiador que se jacta de extraer sus materiales únicamente de la cantera de la

naturaleza, nos apresuraremos a comunicar al lector quién era aquella gente cuya repentina aparición había provocado tan enorme terror en Partridge, asustado bastante al postillón y sorprendido no poco a Tom.

La gente reunida en el granero era, ni más ni menos una tribu de gitanos que estaban celebrando la boda de uno de ellos.

Es imposible imaginar gente más alegre que la allí reunida. Un gran júbilo se reflejaba en todos los rostros, y el baile que estaban celebrando no carecía de cierto orden y decoro. Tal vez reinara más orden que en muchas reuniones campestres, pues los gitanos están sujetos a ciertas leyes de gobierno, propias de su raza, y todos a una obedecen a la persona a quien ellos llaman rey.

No es posible concebir mayor abundancia de manjares. Ciertamente que no había la menor limpieza y elegancia, aunque tampoco el agudo apetito de los comensales las requerían. Abundaba el jamón, las aves de corral y el cordero, a los que cada cual procuraba por sí mismo una salsa mucho más apetitosa que la más rica y apreciada que un cocinero francés pueda preparar.

Puedo asegurar que el propio Eneas no experimentó mayor asombro en el templo de Juno,

Dum stupet obtutuque haeret defixus in uno,

que nuestro héroe ante lo que vio en el granero. Mientras Tom miraba en torno suyo, un anciano venerable se le acercó haciéndole una serie de saludos amistosos, aunque eran demasiado expresivos para poder ser llamados corteses. Se trataba, ni más ni menos, que del mismo rey de los gitanos. Apenas se distinguía de sus súbditos por la vestimenta, ni ostentaba atributos reales que pregonaran su elevada alcurnia. Sin embargo, como dijo Tom Jones, en su porte había algo que denotaba su autoridad real e inspiraba ideas de temor y respeto a los que le miraban, aunque es muy posible que todo esto fuera fruto de la fantasía de Tom y la realidad fuese que semejantes ideas son inherentes y casi inseparables del poder.

En el franco rostro de Tom Jones y en su proceder cortés había algo que, junto a lo apuesto de su porte, le recomendaban desde el primer instante en que se le miraba. Tal impresión fue mejorada en el presente caso por el gran respeto que demostró al rey de los gitanos desde el punto y hora en que conoció su autoridad, cosa que resultó en extremo agradable para su majestad gitana, habituado sólo al homenaje de sus súbditos.

El rey ordenó luego que dispusieran una mesa con los manjares más escogidos, e inmediatamente comenzó a hablar a nuestro héroe en los términos siguientes:

—No dudo, señor, de que habrá visto usted a alguno de mi raza en alguna ocasión, pues andamos siempre por todas partes. Pero sospecho que jamás habrá visto

a tantos reunidos como ahora, y posiblemente se sorprenderá usted al ver y observar que los gitanos somos gente de orden y bien gobernada, al igual que cualquiera otra clase de personas.

»Tengo el honor de ser su rey, y ningún monarca de la tierra se puede vanagloriar de contar con súbditos más leales ni más afectuosos. Ignoro si merezco la buena voluntad que sienten hacia mí, aunque puedo asegurar que jamás he pensado en otra cosa que en su bien. Ellos me corresponden con idéntica moneda, pues siempre piensan en darme lo mejor que obtienen. Me honran y quieren, porque yo les amo y cuido de ellos en todo instante. Esto es todo, y no conozco otra razón.

»Hará mil o dos mil años, no puedo concretar el tiempo exacto, ya que no sé leer ni escribir, se produjo lo que ustedes llaman una revolución entre los gitanos, pues en aquel tiempo había lores gitanos que se peleaban entre sí. Pero el rey de los gitanos los aniquiló, convirtiendo a todos en sus súbditos, y a partir de entonces reina la armonía entre nosotros, pues ninguno piensa en ser rey y se encuentran mucho mejor como están ahora. Le prometo a usted que resulta una cosa por demás enojosa ser rey y tener que practicar de continuo la justicia. Siempre echo de menos no ser un simple gitano cada vez que me veo precisado a castigar a un amigo querido o pariente, pues si bien nosotros no aplicamos nunca la pena de muerte, nuestros castigos son muy severos. Éstos hacen que los gitanos se avergüencen de sí mismos, y éste resulta el peor castigo de todos y el que les produce mayor efecto.

El rey de los gitanos expresó su sorpresa porque el castigo de la vergüenza no existiera en otros gobiernos. Jones le repuso que se engañaba, pues existían muchos crímenes a los que las leyes inglesas aplicaban el castigo de la vergüenza, y que ésta, al fin y a la postre, era la consecuencia de todo castigo.

—Es muy extraño —contestó el rey de los gitanos—, pues he conocido y hablado con muchos de los suyos, aunque no he vivido entre ellos, y con frecuencia he oído decir que la vergüenza es la consecuencia y la causa también de muchas de vuestras recompensas. ¿Es que vuestras recompensas y castigos son una misma cosa?

En tanto que Tom Jones hablaba de esta guisa con el rey de los gitanos, en el granero se produjo un tumulto cuyo origen fue el siguiente: la amabilidad de aquella buena gente había ido disipando poco a poco todos los temores de Partridge y el pobre accedió al cabo, tras de muchos ruegos, no sólo a probar los alimentos que le ofrecían, sino también a saborear algunos licores, los cuales le produjeron sensaciones en extremo agradables.

Una joven gitana, más notable por su ingenio que por su belleza, había conseguido llevarse aparte al honrado hombre, con la pretensión, sin duda, de decirle la buenaventura. Pero cuando se encontraba en lo más apartado del granero, bien fuera debido a los efectos de algún licor de los ingeridos, que nunca resultan más aptos para inflamar los deseos que luego de una fatiga moderada, o bien porque la

gitana diera de lado a la delicadeza y decencia propias de su sexo y tentara al pobre Partridge de una forma descarada, lo cierto es que fueron descubiertos por el marido de la gitana en una situación por demás inadmisibile. Al parecer, el marido de la gitana, impulsado por los celos, había estado vigilando atentamente a su mujer, siguiéndola hasta el lugar donde la encontró en brazos de Partridge.

Éste fue conducido inmediatamente ante el rey, quien oyó la acusación y también la defensa del culpable, que no podía ser muy convincente, pues el infeliz se sentía abrumado por el peso de su culpa y tenía muy poco que decir en favor suyo. Su majestad el rey de los gitanos, volviéndose entonces hacia Jones, dijo:

—Señor, ya ha oído usted lo que dicen. ¿Qué castigo cree que merece su compañero?

Tom Jones contestó:

—Lamento lo que ha sucedido, y estoy seguro de que Partridge dará al marido todas las satisfacciones que sean necesarias.

Añadió que en aquel momento tenía muy poco dinero en el bolsillo, y metiéndose la mano en uno de ellos, sacó una guinea, la cual ofreció al gitano. Éste se apresuró a contestar:

—Creía que el señor me daría por lo menos cinco.

Esta suma, tras de algunas discusiones, quedó reducida a dos, y conseguido ya por Tom el perdón completo de Partridge y de la gitana casada, se disponía a pagar, cuando su majestad, apartando la mano del joven, se volvió al testigo y le preguntó cómo había descubierto a los culpables, a lo que el interrogado repuso:

—Fui requerido por el marido para vigilar los movimientos de su esposa desde que empezó a hablar con el forastero, y desde entonces no la he perdido de vista hasta que se cometió la falta.

El rey preguntó entonces si el marido permaneció todo el tiempo con él en el escondrijo desde donde había vigilado a la pareja. A lo que el hombre contestó en sentido afirmativo. Su majestad se dirigió luego al marido en los siguientes términos:

—Me da pena ver que existe un gitano que se da por satisfecho vendiendo la honra de su mujer por dinero. Si de veras quisieras a tu mujer, hubieras evitado lo sucedido y no tratarías de convertir a tu mujer en una perdida. Dispongo que no se le dé el dinero, puesto que más mereces un castigo que una recompensa, y ordeno, por tanto, que seas deshonorado y te pongan en la frente un par de cuernos que llevarás durante un mes, y que tu mujer sea llamada ramera y señalada todo el tiempo como tal, pues si tú eres un gitano sin honor, ella no puede ser menos que una infamante ramera.

Los gitanos procedieron a cumplir la sentencia en el acto y dejaron solos a Tom y a Partridge con el rey.

Tom Jones aplaudió con entusiasmo la justicia de aquella sentencia, a lo que el

rey de los gitanos hizo la siguiente observación:

—Tengo la impresión de que se siente usted sorprendido, ya que me figuro que tiene mala opinión de mi gente, pues los cree a todos ladrones.

—Debo confesar, señor —repuso Jones—, que jamás he oído hablar de ellos todo lo bien que merecen.

—Le diré a usted en qué estriba la diferencia entre ustedes y nosotros. Mi gente roba a la suya, mientras que la de usted se roban unos a otros.

Jones se apresuró a ensalzar la felicidad de unos súbditos que vivían bajo tal gobierno. Ésta parece, en efecto, ser tan completa, que mucho nos tememos que algún defensor del poder arbitrario pueda citar el caso de esta gente como un ejemplo de las grandes ventajas que ese sistema de gobierno tiene sobre los demás.

Aquí nos permitiremos una concesión que quizá no se espere de nosotros, a saber: que ninguna forma limitada de gobierno es capaz de producir el mismo grado de perfección, o de producir idénticos beneficios a la sociedad como ésta. Los seres humanos jamás fueron tan felices como cuando la mayor parte del mundo entonces conocido se encontraba bajo el dominio de un solo gobernante, y este estado de felicidad se prolongó durante los reinados de cinco príncipes sucesivos^[20]. Aquélla fue la verdadera Edad de Oro y la única que ha existido, salvo en las imaginaciones calenturientas de los poetas, desde la expulsión de Adán y Eva del Edén hasta nuestros días.

Tan sólo conozco una objeción de peso contra la monarquía absoluta. El único inconveniente es la dificultad de dar con un hombre idóneo para el empleo de monarca absoluto, pues el tal oficio exige tres cualidades muy difíciles de reunir en un hombre, a saber: bastante moderación en la persona para contentarse con el poder que es posible concederle; bastante sabiduría para reconocer su propia felicidad, y suficiente bondad para poder soportar la felicidad de los demás, no tan sólo cuando sea compatible con la suya, sino cuando sea útil a la misma.

Ahora bien, un monarca absoluto en posesión de estas excelsas y raras cualidades, será capaz de hacer el mayor bien a la sociedad. Por el contrario, debe admitirse que el poder absoluto, colocado en manos de uno que cuenta con esas cualidades en grado ínfimo, es muy probable que suponga un gobierno funesto para la nación.

Nuestra misma religión nos proporciona ideas muy acertadas sobre las bendiciones y las maldiciones que escoltan al poder absoluto. Las descripciones del cielo y del infierno nos colocan ante la vista una imagen muy viva de ambas, pues aunque el príncipe del infierno puede no gozar de mayor poder que el obtenido originariamente del Omnipotente Soberano del cielo, de las Sagradas Escrituras se deduce claramente que en sus infernales dominios se le concede un poder absoluto a su diabólico gobernante. Éste es el único poder absoluto que, de acuerdo con las Escrituras, dimana del cielo. En consecuencia, si las diversas tiranías de la tierra

pueden demostrar algún título a la autoridad divina, aquél derivará, sin la menor duda, de esta original otorgada al príncipe de las tinieblas.

Como conclusión añadiremos que, como los ejemplos de todas las edades nos demuestran que la humanidad sólo ambiciona el poder para hacer daño, y que cuando lo consigue ya no lo utiliza para otro fin, está reñido con la prudencia más elemental intentar una alteración en lo que nuestras esperanzas son sólo alimentadas por dos o tres excepciones contra millares de ejemplos que despiertan nuestros temores. En este caso es mucho más adecuado someterse a los escasos inconvenientes de la sordera desapasionada de las leyes, que remediarlas acudiendo a los oídos bien abiertos, pero apasionados, de un tirano.

Tampoco puede el ejemplo de los gitanos, aunque es muy posible que sean felices con su forma de gobierno, ser presentado aquí como adecuado o conveniente, pues ante todo debemos recordar en qué se distinguen de todas las demás colectividades, y a lo que quizá deban su felicidad, a saber: que no se conocen entre ellos los falsos honores, que tienen por algo tan bochornoso como el mayor de los castigos imaginables.

CAPÍTULO XIII

UN DIÁLOGO ENTRE MR. JONES Y PARTRIDGE.

Los amantes de la libertad sabrán perdonar sin duda la larga digresión final del anterior capítulo, que sirvió para impedir que nuestra historia pareciese una propaganda de las más perniciosas doctrinas que algunos han tenido el descaro de predicar.

Ahora seguiremos ocupándonos de Jones, el cual, en cuanto dejó de llover, se despidió de su majestad gitana luego de agradecerle su cordial acogida y su conducta cortés, tomando inmediatamente el camino de Coventry. Como aún era de noche, rogó a uno de los gitanos que les guiase.

A causa del error sufrido, Jones había recorrido once millas en lugar de seis, la mayor parte de ellas por caminos infernales, así que no llegaron a Coventry hasta cerca de las doce. Tampoco pudo volver a montar en seguida, no haciéndolo hasta pasadas las dos, ya que no era fácil lograr caballos de posta y ni el hostelero ni los postillones tenían tanta prisa como él. Por el contrario, tendían a imitar el carácter tranquilo de Partridge, el cual, viéndose privado del alimento del sueño, aprovechaba todas las ocasiones que le salían al paso para reemplazarlo por otra clase de alimento, poniéndose contentísimo en cuanto arribaba a un mesón y disgustándose sobremanera cuando tenía que abandonarlo.

Mr. Jones viajaba ahora en posta, y nosotros, según nuestra vieja costumbre y según las reglas de Longinus, le seguiremos empleando el mismo sistema de locomoción. De Coventry pasó a Daventry, de Daventry a Stratford, y de Stratford a Dunstable, donde llegó al día siguiente un poco después del mediodía, algunas horas después de que Sophia abandonara el lugar. Y aunque aquí el joven se vio obligado a permanecer más tiempo del que deseaba debido a que un herrero tuvo que herrar con todo cuidado el caballo de posta que había de montar, Jones no dudaba de que alcanzaría a Sophia antes de que ésta saliese de St. Albans, ya que era muy probable que en St. Albans el lord irlandés se detuviera para comer.

Si su conjetura hubiera resultado cierta, habría alcanzado a su ángel en el sitio mencionado. Pero, por desgracia, el lord había dispuesto con anterioridad que la comida le fuera preparada en su propia casa de Londres, y con el fin de poder llegar a la capital con tiempo, había ordenado que un repuesto de caballos estuviera esperándole en St. Albans. Así que cuando Jones llegó a este lugar, supo que el coche de seis caballos había partido hacía ya dos horas.

Aunque hubiera habido caballos de refresco, que no los había, hubiera sido imposible alcanzar el coche antes de llegar a Londres. Así que Partridge juzgó la

ocasión oportuna para recordar algo que su amigo parecía haber olvidado por completo, es decir, que Tom no había comido más que un huevo cocido desde que dejaron la casa de bebidas donde por primera vez encontró al guía que regresaba de acompañar a Sophia.

El mesonero se mostró de acuerdo con la opinión de Mr. Partridge, y en cuanto oyó que el último rogaba al otro que se quedase para comer, se volvió atrás de su promesa de proporcionar caballos inmediatamente, asegurando a Mr. Jones que no perdería el menor tiempo comiendo, ya que la comida estaría a punto mucho antes de que los caballos lo estuvieran a su vez.

Jones cedió al fin, sobre todo, ante el último argumento del mesonero, el cual ordenó que se cocinase en el acto una pierna de cordero. Mientras se hacía la comida, Partridge, que fue admitido en la habitación de Mr. Jones, dirigió a éste las siguientes palabras:

—Señor, si hay en el mundo un hombre que merezca a una joven dama, ése es usted, que sin disputa es digno de miss Western. ¡Qué gran dosis de amor necesita poseer un hombre para vivir sólo de él, sin otro alimento! Yo he comido treinta veces más que usted en estas últimas veinticuatro horas, y a pesar de ello me siento hambriento, ya que nada despierta tanto el apetito como el viajar, en especial, con este tiempo tan frío y desagradable. Sin embargo, no sé por qué causa, parece usted gozar de perfecta salud y nunca ha tenido mejor aspecto. Con seguridad se alimenta usted de amor.

—¿No me envió ayer la fortuna un excelente alimento? —contestó Jones—. ¿Crees que no me es posible vivir mucho más de veinticuatro horas sólo con este querido cuaderno en el bolsillo?

—Tiene usted razón —contestó Partridge—. Ese cuaderno contiene lo bastante para adquirir una excelente comida. El destino se lo envió a usted muy oportunamente, ya que debe usted haber gastado ya casi todo su dinero.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Tom—. Espero que no me considerarás tan desvergonzado, aunque el dinero perteneciera a otra persona que no fuera miss Western...

—¿Desvergonzado? —exclamó Partridge, sorprendido—. Ni por asomo. Pero ¿dónde ve usted la mala acción porque tomemos un pequeño dinero prestado de esa cantidad, ya que en el futuro estará usted en magníficas condiciones para reembolsárselo a miss Western? Comprendo que quiera usted entregar todo el dinero llegado el momento. Mas ¿qué perjuicio puede haber en emplearlo ahora que le hace falta? Si ese dinero fuera de una persona pobre, ya sería otra cuestión. Una joven tan rica como miss Western no precisará de él, sobre todo ahora que viaja con un lord que sin duda le prestará todo cuanto le haga falta. Además, si le hace falta un poco, no necesita el resto, y yo le entregaría una parte, aunque me dejaría ahorcar antes de

decir que lo he encontrado y antes de que contase con algún dinero mío, ya que Londres, según me han contado, es un sitio muy malo para andar por él sin dinero. Si no supiera de quién es, pensaría que era del diablo y tendría miedo en gastarlo. Pero como sabemos que ha llegado a usted por caminos honrados, sería ofender a la fortuna desprenderse de él cuando más falta le hace. No debe usted confiar en que otra ocasión le favorezca tanto, pues *fortuna nunquam perpetuo est bona*. Sé que usted obrará como mejor le parezca, no obstante lo que le estoy diciendo. Por mi parte, me dejaría ahorcar antes de decir una palabra sobre la cuestión.

—Por lo que estoy viendo, Partridge —afirmó Jones—, ser ahorcado es un asunto *non longe alienum a Scoevoloe studiis*.

Debe usted decir *alienus* —repuso Partridge—. Recuerdo perfectamente el pasaje; se trata de un ejemplo sobre *communis, alienus, immunis, variis casibus serviunt*.

—Sí, te acuerdas de ello, pero creo que no lo comprendes —replicó Tom—. Pero yo te digo con toda franqueza que aquel que encuentra algo perteneciente a otro y a sabiendas lo retiene y no se lo entrega a su dueño conocido, merece, *inforo conscientiae*, que le ahorquen, lo mismo que si lo hubiera robado. Y respecto a ese billete, que pertenece a mi amado ángel y estuvo antes en poder suyo, no lo depositaré más que en sus propias manos, aunque esté tan hambriento como tú y no disponga de otros medios para satisfacer mi apetito. Confío en poder hacer esto antes de dormir. Mas si sucediera de modo distinto, te ruego, si no quieres granjearte mi enojo para siempre, que no me importunes de nuevo con la simple mención de semejante ruindad.

—Yo no hubiera hecho mención de eso —arguyó Partridge— si la tuviera por tal, pues crea que aborrezco cualquier clase de maldad. Pero posiblemente esté usted más cerca de la verdad. No obstante, podía usted haber pensado que no había vivido tantos años y dado tanto tiempo clase en la escuela sin que llegara a distinguir entre *fas et nefas*. Creo que es cierto el refrán que dice que hay que vivir para ver. Recuerdo muy bien que mi viejo maestro, que fue un estudiante prodigioso, repetía a menudo *Polly matete cry town is my daskalon*, lo que traducido quiere decir: «Un niño puede a veces enseñar a su abuela a chupar huevos». Tendría gracia que hubiera vivido tantos años para que ahora me enseñasen gramática. Tal vez, joven caballero, cambie usted de opinión si vive todos mis años, pues recuerdo perfectamente que ya me consideraba tan sabio como ahora cuando era un jovencuelo de veintiuno o de veintidós años. Estoy seguro de que siempre enseñé *alienus*, y mi maestro lo leía así delante de mí.

No se daban muchas ocasiones en que Partridge pudiera provocar a Tom Jones ni tampoco se presentaban muchas en que Partridge le faltase al respeto. Pero ahora se presentó para ambos una de ellas. Acababa de verse que Partridge no podía soportar

que atacasen su ciencia y que Tom Jones era incapaz de aguantar algún que otro pasaje del anterior discurso. Por este motivo, mirando a su compañero con gesto desdeñoso y despreciativo, cosa no frecuente en él, exclamó:

—Partridge, me estoy dando cuenta de que eres un necio rematado, y quiero que no seas al mismo tiempo un bribón. Si estuviera tan convencido de lo último como lo estoy de lo primero, te aseguro que no viajarías más tiempo en mi compañía.

El prudente pedagogo se sentía satisfecho del desahogo que acababa de proporcionar a su indignación y en el acto se apresuró a recoger velas. Afirmó que lamentaba de veras haber dicho algo que pudiera considerarse ofensivo, ya que no había sido ésta su intención. Pero *Nemo omnibus horis sapit*.

Tom Jones tenía el defecto de los temperamentos apasionados y carecía de los que son hijos de un temperamento frío, y si bien sus amigos reconocían que acostumbraba montar en cólera con harta facilidad, sus enemigos, por el contrario, se veían obligados a confesar que pronto se le pasaban los enfados, distando mucho de parecerse al mar, cuyas olas son más violentas y peligrosas después de pasada la tormenta que mientras ésta se encuentra en su apogeo. Aceptó en el acto las excusas de Partridge y le tendió la mano, y con semblante amable se excusó a su vez, amonestándose a sí mismo, aunque no con la severidad con que probablemente lo sería por muchos de nuestros lectores.

Partridge se sintió consolado en cuanto desapareció en él el miedo de haber ofendido a Tom. Al propio tiempo su orgullo se sintió satisfecho al ver que Tom Jones reconocía su error de apreciación, situación que aprovechó al instante para insistir en lo que había irritado a Tom, repitiendo entre dientes:

—No hay duda, señor, de que sus conocimientos son superiores a los míos en muchas cosas. Pero en lo que respecta a la gramática, creo que puedo desafiar a todos los seres vivientes. Me parece que la domino por completo.

Si existía algo que pudiera sumarse a la satisfacción que el pobre hombre experimentaba ahora, esto fue la aparición de una excelente pierna de carnero, que en aquel instante fue colocada sobre la mesa. Tras de hacer honor a ella, ambos montaron a caballo de nuevo y prosiguieron su camino hacia Londres.

CAPÍTULO XIV

DONDE SE REFIERE LO QUE LE SUCEDIÓ A TOM JONES EN SU VIAJE
DESDE ST. ALBANS.

Habían dejado atrás Barnet cosa de dos millas y el crepúsculo vespertino se cernía sobre ellos, cuando un hombre de aspecto atrayente, pero montado en un rucio muy flaco, se dirigió a Tom y le preguntó si cabalgaba hacia Londres, a lo que el joven contestó que sí. Entonces el caballero añadió:

—Le quedaría muy agradecido si me permitiera ir con usted, pues ya es tarde y desconozco el camino.

Jones accedió gustoso al deseo del desconocido y juntos prosiguieron la marcha, entablando la conversación usual en tales casos.

En lo que nos ocupa, el asunto principal fue la de los robos, a los que tenía gran miedo el desconocido. Pero Tom Jones declaró que él tenía muy poco que perder y, en consecuencia, muy poco que temer. Partridge no pudo por menos de meter baza en la conversación.

—Debería usted pensarlo un poco —dijo—, pues creo que si yo llevara en el bolsillo, como usted lleva, un billete de cien libras, sentiría mucho perderlo. Pero en lo que a mí respecta, nunca sentí menos miedo en mi vida. Somos cuatro, y si nos ayudamos mutuamente, nadie osará robarnos. Suponga usted que el ladrón se presenta armado con una pistola. Tan sólo podría matar a uno de nosotros, y un hombre sólo puede morir una vez.

Prescindiendo de la confianza que daba la superioridad numérica, una clase de valor que ha colocado a ciertas naciones en la cumbre de la fama, existía otro motivo que justificaba el extraordinario valor que en la actualidad demostraba Partridge. Poseía tal cantidad del mismo como es capaz de otorgar el vino.

Nuestros viajeros se encontraban a una milla de Highgate cuando el desconocido se volvió hacia Tom Jones y, sacando una pistola, exigió el billete de banco mencionado poco antes por Partridge.

Al pronto, Jones se sintió un tanto sorprendido ante petición tan inesperada. Sin embargo, se dominó, respondiendo al salteador de caminos que todo el dinero que llevaba en sus bolsillos estaba a su disposición, y diciendo esto sacó tres guineas, que ofreció al ladrón. Pero éste respondió con un juramento que aquello no le convencía. Tom entonces respondió con la mayor frialdad que lo sentía, y se volvió a guardar el dinero en el bolsillo.

El ladrón amenazó entonces con que, si no le entregaban el billete de banco en el acto, dispararía su pistola, apuntando al pecho. Jones cogió rápidamente la mano del

hombre, que temblaba de un modo que apenas podía sostener el arma, y desvió a un lado el cañón que le apuntaba. Siguió una breve lucha, en el curso de la cual Jones arrancó la pistola de la mano de su contrincante, y los dos cayeron al suelo desde sus caballos, el salteador de espaldas y Tom Jones encima de él.

El desgraciado comenzó a implorar misericordia de su vencedor.

—Señor —musitó el infeliz—, no tenía la menor intención de disparar contra usted, pues puede comprobar que la pistola está descargada. Es el primer robo que intento cometer, habiéndome visto arrastrado a ello por la miseria en que vivo.

En aquel instante, a cosa de unos cien metros de distancia, yacía otra persona en tierra pidiendo clemencia con gritos más estentóreos que los del ladrón fracasado. Esta persona no era otra que Partridge, que al tratar de huir en vista del cariz que tomaban los acontecimientos, se había caído del caballo al suelo de bruces y no se atrevía a alzar la cabeza ni a mirar, pues esperaba recibir un tiro de un momento a otro.

En aquella postura permaneció hasta que el guía, a quien no le preocupaban más que los caballos, tras de recoger al animal caído, se acercó a él y le dijo que su amo había vencido al salteador de caminos.

Cuando Partridge oyó la nueva se puso en pie de un salto y corrió al lugar donde Jones, con la espada desenvainada en la mano, vigilaba al ladrón. Al ver esto, Partridge exclamó:

—¡Mate a ese villano, señor! ¡Atraviésele el cuerpo con su espada! ¡Mátele en el acto!

Por suerte para el infeliz, había caído en manos más misericordiosas, pues luego de examinar la pistola y comprobar que, en efecto, estaba descargada, Tom empezó a creer todo lo que el hombre le había contado antes de la llegada de Partridge. Era un novato en el oficio de ladrón, que se había visto precisado a seguir obligado por la necesidad, muy grande en su casa, pues tenía cinco hijos pequeños que pasaban mucha hambre, y a su esposa, de sobreparto del sexto. Para que Tom Jones pudiera convencerse de la verdad de lo que decía, invitó al joven a que fuera a su casa, que tan sólo distaba dos millas de allí, asegurando que no deseaba que le perdonase hasta que hubiera comprobado por sí mismo la veracidad de lo que decía.

Al pronto Tom pensó en acompañar al hombre a su casa, diciéndole que su suerte dependía de que fuera verdad o no lo que le había contado. Al oír estas palabras el hombre demostró tanta prisa, que Tom quedó convencido de su sinceridad, y sintió compasión de él. Devolvió al ladrón frustrado la pistola, le aconsejó que buscara otros medios para socorrer su desgracia y le entregó dos guineas para su mujer y sus hijos, añadiendo que le hubiera gustado poderle socorrer con algo más, pero que el billete de cien libras no le pertenecía.

Sin duda nuestros lectores juzgarán esta acción de modo muy distinto. Algunos le

concederán sus aplausos, considerándolo un acto de verdadera humanidad en tanto que otros, de temperamento más melancólico, lo tomarán como una ofensa a la justicia que todo hombre de bien debe anhelar que resplandezca en su país. Partridge, por supuesto, lo vio desde este último punto de vista, pues dejó entrever muy escasa satisfacción ante el comportamiento de su compañero de viaje. Citó un antiguo proverbio y aseguró que no le sorprendería lo más mínimo si aquel villano volvía a atacarles de nuevo antes de llegar a Londres.

El salteador fracasado no cejaba en sus demostraciones de agradecimiento. Derramó algunas lágrimas, o cuando menos lo simuló. Prometió que regresaría a su casa y que nunca jamás volvería a emprender actos como aquél. Ahora, si mantuvo su palabra o no, eso lo veremos más adelante.

Una vez más caballeros en sus monturas, nuestros viajeros llegaron sin novedad a Londres. Durante el resto del camino, Tom y Partridge se enzarzaron en una charla sobre la última aventura, en el curso de la cual el joven demostró sentir una gran lástima de los salteadores de caminos, que, por desgracias de la vida, se veían obligados a lanzarse al campo y ejercer un oficio que, por lo común, les conducía a una muerte infamante.

—Me refiero, claro —añadió—, a aquellos cuya culpabilidad no se extiende más allá del robo y que no son reos de crueldad ni de asesinato, circunstancias éstas —continuó—, debo decirlo para honra de nuestro país, que distingue los robos cometidos en Inglaterra de los de otros lugares. El asesinato es en éstos un incidente inseparable del robo.

—Indudablemente —repuso Partridge— es cien veces mejor que le quiten a uno el dinero que la vida. No obstante, resulta muy duro que los hombres honrados no puedan viajar por sus negocios sin que se vean expuestos a ser asaltados por esos villanos. Lo mejor sería que todos los bribones fueran ahorcados antes de que un hombre de bien tuviera que sufrir por culpa de ellos. Por lo que a mí respecta, no me importaría lo más mínimo manchar mi mano con la sangre de cualquiera de ellos, aunque a la justicia es a la que corresponde ahorcarlos. ¿Qué derecho tiene ningún hombre a quitarme medio chelín si yo no quiero dárselo? ¿Posee alguna honradez un hombre que obra de ese modo?

—Con seguridad que no —exclamó Jones—. No más que el que saca los caballos de la cuadra ajena, o el que utiliza para su uso particular el dinero que ha encontrado, pese a conocer a su legítimo dueño.

Estas indirectas sellaron los labios de Partridge, que no los volvió a despegar hasta que Tom se permitió algunas sarcásticas bromas a propósito de su cobardía, lo que le ofreció un pretexto para comentar la desigualdad en que se encuentra el que no posee armas de fuego.

—Un millar de hombres desarmados no representan nada ante una pistola, pues

aunque es cierto que tan sólo puede matar a uno de un disparo, ¿quién puede garantizar que ese disparo no le toque a uno precisamente?

LIBRO DECIMOTERCERO

COMPRENDE UN PERÍODO DE DOCE DÍAS.

CAPÍTULO PRIMERO

UNA INVOCACIÓN.

Acércate, ¡oh, Fama!, e inspira mi ardiente pecho. No te invoco a ti, la que sobre mares de sangre y lágrimas conduces a los hombres a la gloria en tanto que millares de seres lanzan desgarradores suspiros, sino a ti, hermosa y gentil doncella, a quien la ninfa Mnesis mostró por vez primera en las orillas del Hebrus. A ti, a quien Meonia educó, a quien Mantua encantó y que sobre la bella colina que domina la orgullosa metrópoli de Bretaña te sentaste junto a Milton, pulsando suavemente la lira heroica. Fructifica mi fantasía, extasiada ante la esperanza de las soberbias edades por venir. Predíceme que alguna tierna joven, cuya abuela aún no ha nacido, más adelante, cuando bajo el nombre ficticio de Sophia reconozca el mérito real que poseyó mi Carlota, desahogará su pecho lanzando un suspiro. Enséñame no tan sólo a prever sino a gozar de las alabanzas futuras. Consuélame con la promesa de que cuando el pequeño gabinete en que ahora me encuentro sentado haya desaparecido, será leído con placer por aquellos que nunca me conocieron ni me vieron y a quienes yo nunca veré ni conoceré.

Y ahora que esta ansia de fama me ha impulsado a escribir, ¿qué otra ayuda invocaré para que guíe mi pluma?

En primer lugar, la del Genio. Tú, don del cielo, sin cuya ayuda en vano luchamos contra las embestidas de la naturaleza. Tú, que siembras las fructíferas semillas que alimentan el arte y conducen a la perfección, tómame amablemente de la mano y condúceme a través de los tortuosos caminos de la naturaleza. Iníciame en todos los misterios que jamás contemplaron ojos profanos. Enséñame, lo que para ti no resulta tarea difícil, a conocer a los seres humanos mejor que se conocen a sí mismos. Retira esa densa niebla que ofusca a los intelectos de los mortales y les impulsa a adorar a los hombres por su arte o a detestarles por su astucia para engañar a otros, siendo así que, en realidad, sólo ellos son objeto de burla, pues se engañan a sí mismos. Aparta el sutil disfraz que obliga a confundir la presunción con la sabiduría, la avaricia con la abundancia, la ambición con la gloria. Ven, tú que inspiraste a Aristófanes, a Luciano, a Cervantes, Rabelais, a Molière, a Shakespeare, a Swift, a Marivaux, haz que mis páginas rebosen de gracia a fin de que los humanos aprendan sólo a reír de las tonterías de los demás y a entristecerse con las suyas.

Y tú, compañera casi inseparable del verdadero genio, tú, Humanidad, apórtame tus tiernas sensaciones. De ti proceden la amistad noble y desinteresada, el amor entrañable, el sentimiento generoso, de la ardiente gratitud, la dulce compasión, la ingenua opinión y todas las energías de un verdadero espíritu, que cubren de lágrimas

los ojos humedecidos, de sangre las rojas mejillas y ensanchan los corazones con la pena, la alegría y la benevolencia.

Y tú, ¡oh, Ciencia!, pues sin tu ayuda el genio es incapaz de producir nada puro y correcto, conduce mi pluma. En tus campos preferidos, allí donde el límpido Támesis, de suaves ondas, acaricia las riberas de Eton, yo te adoré en mi tierna juventud. A ti, en tu altar de abedul, hice entonces el sacrificio de mi sangre con verdadera devoción espartana. Acude, pues, y derrama el espléndido contenido, desde remotas edades almacenado, de tus soberbios y vastos archivos. Abre tus cofres meonianos y mantuanos donde guardas tus tesoros filosóficos, poéticos e históricos, tanto si están escritos en caracteres griegos o romanos; entrégame la durante un tiempo llave de todos tus tesoros, que has confiado a tu Warburton.

Por último, ven, Experiencia, acostumbrada de antiguo al prudente, al bueno, al erudito y al cortés, y no sólo a éstos, sino a toda suerte, desde el ministro sentado en su despacho al alguacil que se encuentra en su *spunginghouse*^[21] desde la duquesa en su salón a la mesonera detrás de su mostrador. Sólo mediante tu ayuda puede conocerse la conducta del género humano, a la que siempre ha resultado un extraño el pedante solitario, por grande y profunda que sea su erudición.

Acudid todos vosotros, y más, si es posible, pues es enormemente ardua la tarea que he emprendido, y sin vuestra ayuda me resultará muy penosa para soportarla yo solo. Mas si todos vosotros sonreís a mis esfuerzos, entonces confío en poderlos llevar a feliz término.

CAPÍTULO II

DONDE SE NARRA LO QUE LE ACONTECIÓ A TOM JONES A SU LLEGADA A LONDRES.

El sabio doctor Misaubin solía decir que sus señas más corrientes eran: «Al doctor Misaubin, en el Mundo», dando por supuesto que existían pocas personas en él que ignorasen su gran reputación. Y acaso, tras de un examen minucioso del tema, descubramos que esta circunstancia no es de las que menos contribuyen a la grandeza del individuo.

La suprema felicidad de ser conocido por la posteridad, con cuya esperanza tanto nos complacimos en el capítulo anterior, le está reservada a muy pocos seres humanos. El que nuestros nombre y apellidos sean repetidos de aquí a mil años es un don que no tiene su origen en la riqueza ni en la nobleza, y que raras veces se consigue, a no ser con la espada o con la pluma. A fin de eludir la escandalosa imputación, mientras permanecemos entre los vivos, de ser «uno a quien nadie conoce» —escándalo, dicho sea de paso, conocido desde los tiempos de Homero—, será siempre un atributo envidiado de aquellos que tienen un título legal para honores y riquezas.

A la vista de la personalidad del par irlandés que había acompañado a Sophia hasta Londres, el lector supondrá sin duda que resultaría tarea cómoda y fácil descubrir su hogar en Londres sin conocer la calle o plaza en que vivía, puesto que debía de tratarse de uno de esos «a quien todo el mundo conoce».

En realidad, así hubiera sucedido con cualquiera de esos comerciantes que acostumbran a frecuentar los barrios de la gran ciudad, ya que las puertas de los nobles son tan fáciles de encontrar como difíciles de franquear. Pero Tom Jones y Partridge eran forasteros en Londres, y como en el primer barrio en que se adentraron sus vecinos tenían muy poco trato con los dueños de las casas de Hannover o de Grosvenor Square, puesto que ellos entraron por Gray'sinnlane, perdieron bastante tiempo buscando el camino de esas mansiones felices en las que la fortuna eleva sobre la gente vulgar a ese magnánimo héroe, descendiente de los antiguos bretones, sajones o daneses, cuyos antepasados, nacidos en mejores tiempos, acumularon, por obra y gracia de distintos méritos, riquezas y honores.

Una vez llegado al fin a esos Campos Elíseos terrenales, Tom Jones hubiera encontrado con facilidad la mansión del lord. Pero se daba el caso que éste había abandonado su hogar anterior cuando se marchó a Irlanda, y como hacía escaso tiempo que se había instalado en una nueva casa, la fama de su tren de vida aún no se había propagado lo suficiente entre el vecindario, así que después de una serie de

averiguaciones infructuosas que duraron hasta las once, Tom Jones, siguiendo el consejo de Partridge, se dirigió a la fonda *Bull and Gate*, situada en Holborn, apeándose ante ella para gozar de un descanso bien merecido.

A primeras horas de la mañana siguiente el joven se lanzó de nuevo en busca de Sophia, dando muchos pasos en balde, sin obtener el menor resultado. Al cabo, bien fuera porque la fortuna se apiadase de él o que no estaba en su poder contrariarle por más tiempo, penetró en la misma calle que se honraba con la vecindad del lord irlandés, y una vez ante la casa, llamó a la puerta con gran suavidad.

El portero, quien por la suavidad de la llamada no concibió una idea muy elevada de la persona que acababa de llamar, no la concibió mejor a la vista de Tom Jones, que lucía un traje de pana y colgada de su costado llevaba la espada comprada al sargento, cuya hoja quizá fuera del mejor acero, pero cuya empuñadura era simplemente de bronce. Cuando Tom Jones preguntó, pues, por la joven que había llegado a la ciudad en compañía del lord, el portero replicó en tono seco que «allí no había ninguna dama». Tom expresó entonces su deseo de ver al dueño de la casa. Pero como respuesta le dijeron que el señor había dado órdenes de que no quería ver a nadie aquella mañana, y, al insistir, el portero afirmó:

—Tengo órdenes terminantes de no permitir la entrada a nadie. Pero si cree usted conveniente dar su nombre, se lo diré al señor, y si vuelve usted otra vez por aquí, sabrá cuándo el señor desea recibirle.

Jones declaró entonces:

—Tengo asuntos muy importantes que tratar con esa señorita y no me iré de aquí sin verla.

A lo que el portero, con voz y cara de muy pocos amigos, replicó:

—Aquí no hay ninguna señorita y, por tanto, no puede usted verla. —Y añadió—: Es usted un hombre muy extraño. No cree lo que se le dice.

Con frecuencia he pensado que con su descripción de Cerbero, el portero del infierno en la *Eneida*, Virgilio puede haber intentado satirizar a los porteros de los grandes hombres de su tiempo. La descripción que el poeta latino hace se parece mucho a los individuos que tienen el honor de cumplir su misión ante las puertas de los grandes hombres. El portero en su casilla corresponde exactamente a Cerbero en su guarida y, al igual que él, tiene que ser apaciguado con alguna sopa antes de permitir el acceso a su amo. Tal vez Jones lo vio bajo este aspecto y recordó el pasaje en que la Sibila, para poder ver a Eneas, obsequió al guardián de la avenida Estigia con tal sopa. Del mismo modo, Tom Jones inició el intento de soborno del Cerbero humano, lo que oído por un lacayo, le hizo adelantarse y afirmar que si el caballero le daba a él la suma ofrecida, inmediatamente le conduciría hasta la señora. Jones, ni que decir tiene, aceptó en el acto la proposición, siendo conducido a las habitaciones de Mrs. Fitzpatrick por el mismo individuo que había acompañado hasta allí a las

señoras el día anterior.

Nada contribuye a empeorar más la suerte como la proximidad de la meta perseguida. El jugador que pierde al *piquet*^[22] por un solo punto se lamenta de su mala suerte mucho más que aquel que no tenía la menor posibilidad de ganar. Del mismo modo, en la lotería, los poseedores de los números siguientes a premio mayor se consideran menos afortunados que sus compañeros de infortunio. En resumen, tales pérdidas de la felicidad, cuando se creía tenerla al alcance de la mano, son consideradas como insultos de la fortuna que se divierte a nuestra costa.

Tom Jones, que más de una vez había experimentado el carácter de la diosa pagana, parecía destinado de nuevo a sufrir las consecuencias de sus veleidades, ya que llegó ante la puerta de Mrs. Fitzpatrick diez minutos más tarde que Sophia hubiera salido por ella. Tom se dirigió esta vez a la doncella de Mrs. Fitzpatrick, quien le dio la desagradable noticia de la marcha de Sophia, aunque no pudo añadir dónde se había dirigido. La misma respuesta obtuvo poco después de Mrs. Fitzpatrick, ya que como esta dama no dudó ni un instante que Mr. Jones iba enviado por Mr. Western en persecución de su hija, se sintió demasiado generosa para traicionarla.

Cierto que Jones no había visto nunca a Mrs. Fitzpatrick, pero había oído decir que una prima de Sophia estaba casada con un caballero de tal apellido. El joven se sentía demasiado trastornado para que recordara esto en el primer momento, mas cuando el criado que le acompañó desde casa del lord le participó la gran intimidad que existía entre ambas señoras y que ambas se trataban como parientas, recordó la historia del matrimonio. Y como estaba convencido de que se trataba de la prima de Sophia, se sintió más que sorprendido ante la respuesta recibida. Entonces pidió permiso para visitarla, cosa a que ella se negó terminantemente.

A pesar de que Jones no había frecuentado nunca la corte, estaba mejor educado que la mayoría de los que la frecuentan, así que era incapaz de comportarse de una manera soez con ninguna dama. Cuando recibió la negativa, se retiró por el momento, contestando a la doncella lo siguiente:

—Si no es hora oportuna, volveré por la tarde. Espero que entonces tendré el honor de verla.

Dijo estas palabras con finura, y esto, unido a lo agradable de su aspecto, hizo que la doncella se sintiera impresionada y que contestase:

—Quizá lo consiga usted, señor.

La doncella dijo luego a su ama todo lo que juzgó conveniente, a fin de convencerla de que debía recibir a aquel guapo y joven caballero.

En cuanto a Jones, sospechó que la propia Sophia se encontraba ahora en compañía de su prima y que no quería recibirle, resentida por lo ocurrido en Upton. El joven encargó a Partridge que le buscara alojamiento, mientras él permaneció todo

el día en la calle vigilando la puerta tras de la que él creía que se ocultaba su ángel. Pero nadie salió por aquella puerta, excepto una criada de la casa. Por la tarde, Jones intentó de nuevo visitar a Mrs. Fitzpatrick, y esta buena señora condescendió al fin en recibirle.

En las personas existe a veces una elegancia natural a la que no añade nada el traje que se lleve puesto. Como a veces hemos señalado, Mr. Jones poseía esta elegancia natural. Pero se encontró con una acogida, por parte de la dama, un poco distinta de la que su aspecto podía exigir. Después del respetuoso saludo que hizo a Mrs. Fitzpatrick, ésta le invitó a tomar asiento.

Me parece que el lector no sentirá muchos deseos de conocer con todo detalle esta conversación, la cual concluyó de manera poco satisfactoria para el pobre Jones, ya que aunque Mrs. Fitzpatrick descubrió pronto al enamorado —todas las mujeres tienen ojos de lince para descubrir a los enamorados—, le pareció, sin embargo, que se trataba de un enamorado frente al cual no debía traicionar a Sophia ninguna amiga suya. En realidad, creyó que Jones era el propio Mr. Blifil, de quien Sophia había huido, y las respuestas que Tom dio relativas a la familia de Mr. Allworthy confirmaron su opinión. Por tal motivo, negó reconocer el lugar en que se encontraba Sophia, y el visitante no consiguió otra cosa que permiso para visitarla a la tarde del día siguiente.

Cuando Jones estuvo fuera, Mrs. Fitzpatrick comunicó a su doncella que sospechaba que se trataba de Mr. Blifil. La doncella contestó:

—Me parece, señora, que ése es un hombre demasiado guapo para que ninguna mujer huya de él. Yo creo que se trata de Mr. Jones.

—¡Mr. Jones! —exclamó la señora—. ¿Quién es Mr. Jones?

Sophia no le había hablado nunca de tal persona. En cambio, la doncella Mrs. Honour se había mostrado mucho más comunicativa, informando a su compañera Abigail de toda la historia de Mr. Jones, historia que Abigail repitió ahora a su señora.

Cuando Mrs. Fitzpatrick oyó toda la historia, coincidió en el acto con la opinión de su doncella, y, lo que es menos explicable, encontró cualidades en el visitante que antes, cuando creyó que era Mr. Blifil, no había encontrado.

—Tienes razón, Elizabeth —dijo—. Se trata de un joven muy apuesto, y no me extraña que la doncella de mi prima dijera que había tantas mujeres enamoradas de él. Ahora siento no haberle dicho en dónde se encuentra mi prima. Aunque... es lástima que ella le vuelva a ver. ¿Qué le espera a mi prima si se casa con un libertino, que además es pobre, si lo hace en contra de la voluntad de su padre? Yo creo que si en realidad es tal como lo ha descrito tu compañera, lo mejor es mantener a mi prima apartada de él. Sé muy bien lo desgraciados que resultan esos matrimonios.

Al llegar a este punto, la dama fue interrumpida por la llegada de un visitante que

no era otro que el lord. Y como en esta visita no aconteció nada nuevo ni extraordinario, ni mucho menos que interese a nuestra historia, damos por terminado este capítulo.

CAPÍTULO III

UN PROYECTO DE MRS. FITZPATRICK Y SU VISITA A LADY BELLASTON.

Cuando Mrs. Fitzpatrick se retiró a descansar, sus pensamientos estuvieron dedicados tan sólo a su prima Sophia y a Mr. Jones. Se sentía un tanto ofendida con la primera por la falta de confianza que había descubierto en ella. Y estaba reflexionando en esto cuando se le ocurrió que, si daba con la forma de proteger a Sophia de aquel individuo y devolverla a su padre, con toda seguridad prestaría un gran servicio a la familia, lo que sin duda serviría para que ella pudiera reconciliarse con su tío y su tía.

Como éste era uno de sus deseos mayores, y la esperanza de conseguirlo parecía muy razonable, no le quedaba más que buscar la forma conveniente de hacerlo. Intentar examinar la cuestión con Sophia no parecía acertado, puesto que si como Mrs. Honour había contado a Abigail, Sophia sentía una fuerte atracción hacia Tom Jones, tratar de convencerla para que no se casara con el joven sería una empresa muy semejante a la de convencer a una polilla para que no se precipitase en la llama de una bujía.

Como sin duda el lector recordará, Sophia había conocido a lady Bellaston en casa de Mrs. Western en un tiempo en que también le acompañaba Mrs. Fitzpatrick, y debido a esta circunstancia también se conocían ésta y lady Bellaston. Ambas, además, eran parientas lejanas de Mrs. Western. Así que Mrs. Fitzpatrick, después de mucho pensarlo, decidió visitar a lady Bellaston y participarle el proyecto que había concebido a escondidas de Sophia. No tenía la menor duda de que aquella dama, a la que en muchas ocasiones había oído ridiculizar el amor romántico y los matrimonios desproporcionados, se mostraría conforme con ella en el asunto de aquel proyectado matrimonio y le prestaría toda su ayuda para impedir que se llevara a efecto.

A la mañana siguiente, antes de la salida del sol, se apresuró a vestirse, y a hora tan inoportuna como imprevista se presentó en casa de lady Bellaston, a cuya habitación pudo llegar sin que Sophia se diera cuenta de nada, pues aunque la joven estaba despierta, se hallaba aún en el lecho, con Mrs. Honour roncando a su lado.

Mrs. Fitzpatrick dio mil excusas a lady Bellaston por visitarla a una hora tan intempestiva y añadió:

—No me hubiera atrevido a molestarla de no mediar un asunto de gran trascendencia.

Acto seguido informó a la dama de todo, contándole lo que su doncella le había dicho, sin olvidar la visita que la tarde anterior le había hecho Tom Jones.

Lady Bellaston contestó con una sonrisa:

—Entonces ha visto usted a ese terrible hombre, ¿eh? Le suplico que me diga si, en efecto, posee una figura tan atrayente como dicen, pues Etoff me ha estado hablando de él la pasada noche durante dos horas seguidas. La muchacha está enamorada de él sólo por su reputación.

Tal vez sorprenda un poco al lector, pero el caso es que Mrs. Etoff, que tenía el honor de vestir y desvestir a lady Bellaston, se había enterado de todo lo concerniente a Mr. Jones, y, ni corta ni perezosa, se lo contó todo a su señora mientras la desnudaba, por lo que la tarea duró nada menos que hora y media. A la dama le gustaba siempre lo que le contaba su doncella en parecidas circunstancias, pero aquella vez prestó una atención más despierta que la habitual a lo que decía sobre Jones, ya que mistress Honour le había descrito como un muchacho encantador, y Mrs. Etoff, por su parte, aumentó en su informe tanto la belleza del joven, que lady Bellaston empezó a imaginárselo como un prodigio de la naturaleza.

La curiosidad que las palabras de su doncella habían inspirado a la dama creció de punto al oír las palabras de Mrs. Fitzpatrick, la cual ensalzó ahora tanto a Jones como antes se había manifestado contraria por su nacimiento, su carácter y su carencia de fortuna.

Cuando lady Bellaston estuvo enterada de todo, dijo con la mayor gravedad:

—Señora, ciertamente éste es un asunto trascendental. Nada es más digno de alabanza que el papel que usted se ha impuesto, y me alegraré mucho si me es dable contribuir a salvar a una joven de tanto mérito y a quien tanto estimo.

—¿No cree usted, señora, que lo mejor sería escribir inmediatamente a mi tío diciéndole en dónde se encuentra mi prima? —preguntó Mrs. Fitzpatrick con ansiedad.

La otra dama reflexionó un instante, hasta que contestó:

—Lo que usted dice no me parece lo más acertado. Mrs. Western piensa que su hermano es un bruto y no puede permitir que Sophia vuelva a estar bajo su dominio. Recuerdo que oí decir que se había comportado como un monstruo con su propia mujer, ya que se trata de uno de esos hombres que se creen con derecho a tiranizarnos, y a mí me parece que nuestro deber es rescatar a cualquier mujer que tenga la desgracia de caer bajo su dominio. Lo que hay que procurar es que miss Western no vea al muchacho hasta que las nuevas amistades que aquí contraiga la hagan cambiar de modo de pensar.

—Señora, si él supiera en donde se encuentra Sophia —contestó la otra—, es seguro que haría los imposibles para llegar a su presencia.

—Es imposible que él venga —replicó su amiga—. Aunque... quizá es posible que se entere de algo y se ponga a rondar la casa. A mí me gustaría conocerle. ¿No habría medio de que yo pudiera verle? Sophia puede intentar verle sin yo enterarme.

—Ese joven me ha amenazado con otra visita esta tarde —contestó Mrs.

Fitzpatrick—. Si usted quiere hacerme el honor de visitarme entre seis y siete, es seguro que se encontrará usted con él. Y en el caso de que Mr. Jones llegue antes que usted, ya inventaré yo un pretexto para retenerle.

Lady Bellaston se apresuró a contestar:

—Iré en cuanto acabe de cenar. Será alrededor de las siete, lo más tarde. Juzgo imprescindible conocerle. Por lo demás, creo que realizamos una buena acción al cuidar de este modo de miss Western. Sería un casamiento desastroso.

Mrs. Fitzpatrick agradeció el trabajo que la otra dama se tomaba para salvar a su prima, y, después de un rato de trivial charla, se despidió, apresurándose a montar rápidamente en su silla de mano sin ser vista ni por Sophia ni por Mrs. Honour, regresando inmediatamente a su casa.

CAPÍTULO IV

UNA REUNIÓN.

Mr. Jones no había perdido de vista cierta puerta durante todo el día, uno de los más cortos por cierto, pero que a él resultó uno de los más largos del año. Por fin, cuando el reloj dio las cinco, regresó a casa de Mrs. Fitzpatrick, la cual le recibió con la mayor complacencia, a pesar de que faltaba una hora para la convencional de las visitas. Mas pese a esta amabilidad, la dama continuó demostrando la mayor ignorancia en todo lo relativo a Sophia.

Al preguntar por su amada, Jones había dejado escapar la palabra prima, a lo que Mrs. Fitzpatrick contestó:

—Veo que no ignora usted que somos parientas. Por esta misma razón me concederá usted el derecho de averiguar qué clase de cuestión es la que tiene usted con mi prima.

Tras un largo titubeo, Tom Jones contestó:

—Tengo en mi poder una considerable suma de dinero que le pertenece a ella y que deseo entregarle.

Y así diciendo, sacó el cuaderno, enseñando a Mrs. Fitzpatrick su contenido y explicando cómo había llegado a su poder. En cuanto acabó su historia, se oyó en toda la casa un violento ruido. Sería vano intentar describir aquel estruendo. Pretender dar una idea de ello a los que nunca han oído nada semejante resultaría infructuoso, ya que con propiedad se podía decir:

Non acuta

Sic geminant Corybantes aera^[23].

Lo que sucedía era que un criado golpeaba fuertemente la puerta. Tom Jones se mostró sorprendido, pero Mrs. Fitzpatrick declaró con suma calma que como alguien iba a entrar, no podía contestarle en aquel momento, pero que si no le importaba quedarse hasta que la visita se fuera, le diría algo que probablemente le interesaría.

La puerta de la habitación se abrió de súbito y por ella penetró lady Bellaston, la cual, después de hacer una reverencia a Mrs. Fitzpatrick y otra a Jones, se apresuró a tomar asiento.

Mencionamos estos detalles para que aprendan algunas señoras que viven en el campo y que son amigas nuestras. Las tales damas creen que es contrario a las reglas de la buena sociedad inclinar las rodillas ante un caballero.

Acababan los tres de instalarse cuando apareció el par irlandés, lo cual produjo

nuevas molestias y la repetición del ceremonial.

Concluidas todas las cortesías, la conversación se animó brillantemente. Sin embargo, nada se dijo en ella que resulte de interés para esta historia, por lo que omitiré su contenido. Algunas charlas, por elegantes que sean, resultan insípidas cuando se las traslada a los libros o a la escena.

El pobre Jones era más bien espectador que actor en aquella elegante escena, pues aunque antes de llegar el caballero irlandés las dos damas habían dirigido varias preguntas al joven, en cuanto el otro hizo su entrada atrajo toda la atención de las dos señoras, y como el último llegado no parecía hacer caso de Jones, ellas siguieron su ejemplo.

La reunión se prolongó tanto que Mrs. Fitzpatrick acabó por darse cuenta de que todos deseaban que concluyera. Por consiguiente, resolvió librarse de Jones, que era el visitante con el que había que guardar menos ceremonias. Aprovechando una pausa en la conversación, se dirigió a él diciendo:

—Señor, esta noche no puedo darle a usted contestación al asunto que le interesa. Si quiere usted indicarme dónde podré dirigirle mañana la contestación...

Jones poseía una excelente educación, una educación natural y no artificial. Por lo tanto, en lugar de comunicar en secreto a un criado las señas de su alojamiento, se las dejó a la propia dueña de la casa. Luego, con la mayor ceremonia, se despidió de todos.

En cuanto desapareció, los grandes personajes que no se habían ocupado del joven mientras estuvo presente, comenzaron a hablar de él en su ausencia. Pero como el lector nos ha dispensado ya de relatar la parte más brillante de la conversación, nos excusará también ahora. Aunque quizá tenga importancia para nuestra historia mencionar una observación de lady Bellaston, que se retiró poco después del joven. Esta dama, al despedirse, dijo a Mrs. Fitzpatrick:

—Estoy muy satisfecha de Sophia. Creo que no corre el menor peligro con ese individuo.

Nuestra historia seguirá el ejemplo de lady Bellaston y abandonará a los presentes, que quedaron reducidos a dos personas. Y como sea que entre ellos no sucedió nada que pueda interesar ni tanto así a nuestros lectores, les dejaremos solos para complacer a todos aquellos que se interesan por las andanzas de nuestro héroe.

CAPÍTULO V

LO QUE LE SUCEDIÓ A MR. TOM JONES EN SU ALOJAMIENTO Y DIVERSAS NOTICIAS DE UN JOVEN CABALLERO QUE SE ALOJABA TAMBIÉN ALLÍ, DE LA DUEÑA DE LA CASA Y DE SUS DOS HIJAS.

A la mañana siguiente, tan temprano como consideró oportuno, Tom se presentó en la puerta del hogar de Mrs. Fitzpatrick, en donde le comunicaron que la señora no estaba en casa, respuesta que sorprendió al joven no poco, pues estaba paseando ante la puerta de la casa desde que despuntaba el día, y si la dama hubiera salido a la calle él habría tenido que verla por fuerza. La misma respuesta recibió las cinco veces más que intentó verla durante aquel día.

A decir verdad, y para ser francos con el lector, le diremos que el par, por un motivo u otro, quizá porque no se manchara el honor de Mrs. Fitzpatrick, insistió en que ella no debía ver a Jones, a quien él consideraba poco menos que un mequetrefe, y la dama accedió a complacerle, lo cual hizo al pie de la letra.

Pero como quizá nuestros amables lectores tengan mejor opinión de nuestro héroe que Mrs. Fitzpatrick, y pueden llegar a creer que durante aquella lamentable separación de Sophia había fijado su residencia en una posada o en la misma calle, diremos dónde se alojaba, que era una casa por demás respetable y en un excelente lugar de la ciudad.

Tom Jones había oído hablar a menudo a Mr. Allworthy de la dueña de una casa en la que acostumbraba a alojarse cuando iba a Londres. Esta persona, que como Tom sabía, habitaba en Bond Street, era viuda de un clérigo, que al morir dejó esposa, dos hijas y una serie completa de sermones escritos de su puño y letra.

De las dos hijas, la mayor, Anne, tenía diecisiete años, y Elizabeth, la menor, diez.

A esta casa envió Tom a Partridge, allí alojaron a éste en una habitación del cuarto piso, reservando al joven Tom otra en el segundo.

El primer piso estaba ocupado por uno de esos jóvenes caballeros a quienes en épocas pasadas se llamaba hombres de ingenio y buscadores de placeres. Pues del mismo modo que se designa a los hombres por sus negocios o profesión, puede decirse que el placer era el único negocio de estos caballeros, a los que la fortuna ahorró todas las ocupaciones útiles. Las casas de juego, los cafés y las tabernas eran los escenarios de sus actuaciones. Sus horas de ocio eran amenizadas por el ingenio y el buen humor, y las horas más serias estaban destinadas al amor. El alcohol y las musas conspiraban a una para encender en sus corazones las llamas más ardientes, y algunos no sólo sabían admirar, sino también celebrar la belleza que admiraban, y

todos juzgaban el mérito de tales composiciones.

Por esta razón sin duda fueron llamados hombres de ingenio y buscadores de placeres. Pero tengo mis temores de que este calificativo pueda ser aplicado, con idéntica propiedad, a los jóvenes caballeros de nuestro tiempo. Desde luego, ninguno posee el menor ingenio. Sin embargo, hay que reconocer, para ser justos con ellos, que se hallan un poco por encima de sus antepasados, pudiendo ser llamados hombres sabios y positivos. A diferencia de los caballeros de antaño, que malgastaban su tiempo en celebrar los encantos de una mujer o en hacer sonetos en su elogio, en dar su opinión sobre una obra de teatro o de un poema en los círculos en que se movían, los caballeros del presente estudian los métodos para sobornar a una corporación o meditan discursos destinados a la Cámara de los Comunes, o mejor dicho, para las revistas. Pero lo que sobre todo absorbe sus pensamientos es la ciencia del juego. A éste dedican sus horas de seriedad, en tanto que para sus diversiones cuentan con el amplio círculo de sus conocimientos en pintura, música, escultura y filosofía natural, o más bien «nada natural», la cual se ocupa de lo maravilloso y no conoce nada en absoluto de la naturaleza, salvo sus monstruos e imperfecciones.

Tras de haberse pasado el día en sus infructuosas tentativas para ver a Mrs. Fitzpatrick, Tom regresó desconsolado a su alojamiento, y mientras desahogaba su pena en su cuarto, oyó un gran escándalo abajo en la escalera, a la vez que una voz de mujer le suplicaba que bajase inmediatamente para impedir un crimen. Jones, que jamás retrocedía cuando se trataba de ayudar a los desgraciados, corrió escalera abajo, y al penetrar en el comedor, de donde procedía el escándalo, vio al joven caballero que antes hemos incluido entre los caballeros sabios y positivos, arrinconado contra la pared por su criado, a la vez que una mujer joven, junto a él, se retorció las manos y exclamaba:

—¡Van a asesinarle, van a asesinarle!

En efecto, el joven caballero parecía a punto de ser estrangulado, cosa que hizo que Tom Jones volara en su auxilio, salvándole, cuando ya estaba casi sin respiración, de las garras de su enemigo.

Aunque el criado había ya recibido diversos puntapiés y puñetazos del joven caballero, que poseía más valor que fuerza, sentía ciertos escrúpulos de conciencia en pegar a su amo y, al parecer, se contentaba con estrangularle. Pero no guardó la misma consideración con Tom. De modo que en cuanto se sintió zarandeado por su nuevo contrincante, le largó uno de esos puñetazos en el vientre que tan del agrado son de los espectadores en el anfiteatro de Broughton, aunque resultan terriblemente molestos para quienes los reciben.

Tom, al sentir el golpe, pensó en devolverlo con creces, e inmediatamente se entabló un combate entre Tom Jones y el criado, que fue tan duro como breve, pues el criado no estaba más capacitado para luchar con Jones que su amo para luchar con él.

Y ahora la fortuna, según su inveterada costumbre, cambió el curso de los acontecimientos. El primer vencedor yacía sin aliento en el suelo, en tanto que el caballero vencido había ya recobrado el aliento lo bastante para poder agradecer a Tom Jones su valiosa y decidida ayuda. Igualmente recibió las más cordiales gracias de la joven presente, es decir de miss Anne, la hija mayor de la dueña de la casa.

Una vez en pie el criado, miró a Jones y exclamó:

—Desde luego, no puedo luchar con usted. O mucho me equivoco, o ha actuado usted en algún tablado.

Debemos perdonarle semejante sospecha. Fue tal la agilidad y la potencia de nuestro héroe, que muy bien hubiera podido contender con cualquier boxeador de primera categoría, y hubiese vencido con suma facilidad a todos los alumnos embozados de la escuela de míster Broughton^[24].

El caballero, que se llamaba Nightingale, despidió en el acto a su criado, tras de haberle pagado su salario. Luego, dirigiéndose a su salvador, le propuso beber juntos una botella de vino, a lo que accedió Tom Jones, aunque lo hizo más por complacer al joven Nightingale que por gusto, pues la inquietud que reinaba en su espíritu no era la más apropiada para alternar con nadie en aquellos momentos. Miss Anne, que era la única mujer que se encontraba en la casa, puesto que su madre y su hermana menor habían ido al teatro, se mantuvo de acuerdo en favorecerles con su compañía.

Colocada la botella y los vasos sobre la mesa, el caballero comenzó a explicar el motivo de la pelea.

—Confío, señor —empezó Mr. Nightingale—, que no deducirá usted de este incidente que tengo por hábito pegar a mis criados. Le prometo que es la primera vez que se me puede culpar de ello, y también le prometo que le he pasado muchas faltas antes de recurrir a ese extremo. Pero creo que cuando sepa lo que ha sucedido esta tarde disculpará mi proceder. He vuelto a casa unas horas antes de lo acostumbrado, y al llegar me he encontrado a cuatro caballeros de industria jugando al *whist* junto a mi chimenea, así como mi libro preferido, que me costó una guinea, abierto sobre la mesa y con cierta cantidad de cerveza derramada sobre él. Admitirá usted que esto ya era de por sí una provocación. Pero no dije nada hasta que los reunidos se marcharon. Entonces comencé a regañar a mi criado con cierta moderación, pero éste, en vez de demostrar su arrepentimiento, me repuso con el mayor descaro que los criados tenían derecho a gozar de sus diversiones como los demás, que lamentaba lo sucedido con el libro, pero que varios conocidos suyos habían adquirido uno igual por un chelín, y que si quería, podía descontárselo de su soldada. Ahora le reprendí con mayor violencia. Entonces el muy bellaco tuvo la insolencia de... Osó echarme en cara mi regreso a casa antes de la hora habitual... como... Y mencionó el nombre de una joven en tal tono que mi paciencia se acabó y, ciego, le golpeé.

Tom repuso a esto que nadie podía censurarle su proceder.

—Por mi parte —añadió—, confieso que ante una provocación como ésta estoy seguro de que hubiese procedido del mismo modo que usted.

Hacía poco que los tres jóvenes se encontraban reunidos cuando se les unieron la madre y la hermana menor, ya de regreso del teatro. Todos disfrutaron de una velada por demás agradable, pues todos, menos Tom, se sentían en extremo contentos, si bien Jones procuró demostrar la mayor alegría que le fue posible. Pese a las contrariedades amorosas que sufría, supo hacerse tan simpático que al separarse, el joven Nightingale deseó intimar más con él. Miss Anne también se sintió muy complacida con su trato y maneras, y la viuda, encantada con su nuevo huésped, le invitó a que almorzara con ellas al día siguiente.

Por su parte, Tom Jones no se sintió menos satisfecho. Miss Anne, aunque pequeña de cuerpo, era por demás bonita, y la viuda contaba con todos los encantos que pueden adornar a una mujer de cerca de cincuenta años. Nunca hablaba, ni pensaba ni deseaba mal a nadie, y sentía un deseo constante de agradar, que podemos tomar como el más feliz de los deseos, puesto que muy rara vez fracasaba en el logro de sus propósitos, salvo cuando le acompañaba la afectación. Había sido una esposa afectuosa para su marido y ahora era una madre cariñosa y solícita. Como nuestra historia no concede mucha atención, como hacen los periódicos, a personajes de los cuales jamás se va a hablar, el lector seguramente deducirá de esto que esta mujer excelente por tantos conceptos va a desempeñar de ahora en adelante un papel de gran importancia en nuestro relato.

No le gustó menos a Tom Jones el caballero Nightingale. El joven creyó descubrir en él sentido común, aunque quizá mezclado con un poco de afectación. Pero lo que más satisfizo a Jones fueron sus generosos y humanitarios sentimientos, puestos en evidencia durante la conversación, y, en especial, algunas expresiones que denotaban el mayor desinterés en asuntos de amor. Sobre este tema el joven caballero se expresó en un lenguaje que hubiera parecido más propio de un pastor de la antigua Arcadia, pero que resultaba por demás extraordinario cuando se oía en labios de un caballero moderno.

CAPÍTULO VI

LO QUE OCURRIÓ EN EL CURSO DEL ALMUERZO DE LA VIUDA Y SUS INVITADOS, A MÁS DE ALGUNAS SUGESTIONES RELATIVAS AL GOBIERNO DE LAS HIJAS.

Nuestros amigos se reunieron a la mañana siguiente para almorzar. Todos conservaban un grato recuerdo de la velada de la noche anterior, mas el desgraciado Tom Jones se sentía muy desconsolado, pues Partridge acababa de comunicarle que la señora Fitzpatrick había abandonado la casa, sin que le hubiera sido posible averiguar adonde se había dirigido. La noticia afligió de veras al joven, y tanto su rostro como su conducta, pese a sus intentos de demostrar lo contrario, dejaban traslucir que su espíritu rebosaba de inquietud.

La conversación, al igual que la noche precedente, recayó sobre el tema del amor, y Mr. Nightingale expuso por segunda vez esos sentimientos ardientes, generosos y desinteresados, que los hombres prudentes toman como romanticismo, pero que las mujeres contemplan bajo un prisma más favorable. Mrs. Miller, que así se llamaba la dueña de la casa, se mostró de acuerdo con tales sentimientos, pero cuando el joven caballero se dirigió a miss Anne, ésta se limitó a afirmar:

—Creo que el caballero que menos expresivo se muestra es capaz de sentir como el que más.

Saltaba tan a la vista que el cumplido estaba dedicado a Tom, que hubiéramos sentido que al joven le pasara por alto. Tom le dio cumplida respuesta, diciendo que el silencio que ella guardaba le hacía sospechosa de albergar idénticos sentimientos, ya que ni ahora ni la noche anterior apenas había despegado los labios.

—Me alegra, Anne —dijo Mrs. Miller—, que el caballero haya hecho esa observación, y estoy por decir que comparto su modo de pensar. ¿Qué te ocurre, hija mía? Jamás te he visto tan cambiada. ¿Dónde ha ido a parar tu alegría de otro tiempo? ¿Creerá usted que antes la llamaba «mi pequeña cotorra»? Pero esta semana apenas si ha pronunciado veinte palabras.

La charla fue interrumpida por la entrada de una criada que traía un paquete en la mano, el cual, según anunció, le acababa de ser entregado por un mensajero para que a su vez se lo diera a Mr. Jones, y añadió:

—El hombre se ha ido a escape, diciendo que no tenía contestación.

Tom se mostró sorprendido, y afirmó que debía de tratarse de algún error. Pero como la criada insistiera en que estaba segura de haber oído bien el nombre, las tres mujeres expresaron su deseo de que el paquete fuera abierto inmediatamente. Esta operación la llevó a cabo la pequeña Elizabeth, con el consentimiento de Tom, y el

contenido del paquete resultó ser un dominó, un antifaz y una entrada para un baile de máscaras.

Jones quedó más convencido que nunca de que aquellas cosas debían de haberle sido enviadas por error. La misma Mrs. Miller titubeó un tanto y acabó por decir «que no sabía qué pensar de ello». Pero cuando pidieron el parecer de Mr. Nightingale, éste fue de opinión contraria.

—De ese envío deduzco, Mr. Jones, que es usted un hombre de mucha suerte —afirmó el caballero—. El paquete debe de proceder de alguna dama, a quien sin duda tendrá usted el placer de encontrar en el baile.

Jones no era tan vanidoso como para creer semejante suposición, ni tampoco Mrs. Miller concedió demasiado crédito a las palabras de Nightingale, hasta que al coger Anne el dominó, cayó al suelo una tarjeta, en la que habían escrito lo siguiente:

PARA MR. JONES

*La reina de las hadas te envía esto;
te suplico que no tomes a mal mi
obsequio.*

Ahora Mrs. Miller y Anne coincidieron con Mr. Nightingale, e incluso el propio Tom pareció mostrarse de acuerdo con ellos. Pero como ninguna otra mujer, salvo Mrs. Fitzpatrick, conocía sus señas, Tom pensó que quizá procedía de ella y así podría ver a Sophia. Esta esperanza carecía de toda base. Mas como la conducta de Mrs. Fitzpatrick, al negarse a verle, después de que le había prometido recibirle, unido al abandono de su domicilio, resultaba tan inexplicable como extraño, concibió ciertas esperanzas de que la dama, de cuyo carácter caprichoso había oído hablar, tratara tal vez de prestarle ayuda de un modo especial, en lugar de hacerlo por los procedimientos normales. Y como nada seguro podía deducirse de un incidente tan fuera de lo acostumbrado, quedaba ancho campo para las más osadas hipótesis. De temperamento imaginativo, Tom se lanzó a concebir mil ideas distintas con las que alimentar sus esperanzas de ver a Sophia aquella noche.

Lector, si me aprecias algo, te agradezco esta buena disposición hacia mí, y te deseo un temperamento pletórico, ya que creo que la felicidad se encuentra cuando se posee un temperamento de esta clase, temperamento que nos coloca en cierto modo fuera del alcance de la fortuna, dispuestos a ser felices sin su ayuda. La sensación de placer que él nos produce resulta mucho más constante que la que otorga esa ciega señora. En realidad, la naturaleza ha permitido con gran sabiduría que nuestros goces reales vayan siempre acompañados de cierta languidez y sensación de saciedad. Y no dudo de que miradas las cosas desde este punto de vista, el futuro canciller que debuta como abogado, y el futuro presidente del Consejo de Ministros que milita en

la oposición son mucho más felices que los que se hallan investidos de todo el poder y de todas las ventajas de esos altos oficios.

Mr. Jones se decidió a asistir a la mascarada de aquella noche, y Mr. Nightingale se apresuró a ofrecerle su compañía. Este joven caballero ofreció asimismo billetes a miss Anne y a su madre, pero esta última no quiso aceptarlos.

—Algunas personas opinan que los bailes de disfraces causan mucho daño —dijo—. Yo no lo creo así. Pero me parece que estas diversiones son propias sólo de personas distinguidas y de fortuna, y no de señoritas que aspiran a ganarse la vida y sólo pueden pensar en casarse con un comerciante.

—¡Con un comerciante! —exclamó Mr. Nightingale—. No rebaje usted de ese modo a mi Anne. No existe un noble que pueda competir en mérito con ella.

—¡Por favor, Mr. Nightingale! —contestó Mrs. Miller—. No meta usted tales fantasías en la cabeza de la muchacha. Aunque, eso sí, si mi hija tuviera la suerte de encontrar a un caballero que pensase como usted, creo que sabría pagar como es debido la generosidad de su marido. Cuando las mujeres aportan grandes fortunas al matrimonio, tienen derecho a gastar lo que es suyo. Pero una vez oí decir a un caballero que los hombres hacen mejor negocio casándose con una pobre que con una rica. Pero yo sólo deseo que mis hijas sean felices. Le ruego que no me vuelva a hablar del baile de máscaras. Anne es demasiado buena para desear ir. Sin duda recordará que cuando usted la llevó a ese sitio el año pasado, se trastornó de tal manera que no pudo reanudar sus quehaceres domésticos hasta un mes después.

Anne dejó escapar un leve suspiro que pareció denotar una cierta desaprobación de aquellas palabras, pero no se atrevió a argüir en contra de ellas. Mrs. Miller, a pesar de haberse mostrado siempre cariñosa con su hija, había sabido conservar toda su autoridad de madre. El joven caballero, que llevaba viviendo en la casa dos años, sabía esto muy bien y no insistió.

Mr. Nightingale, que cada vez sentía mayor simpatía por Jones, quería que éste le acompañase aquel día a cenar en una taberna, donde deseaba presentarle a algunos de sus amigos. Pero Jones se excusó diciendo que sus trajes no habían llegado aún a Londres.

En realidad, lo que le ocurría a Mr. Jones era algo que a veces ocurre a jóvenes caballeros de posición superior a la suya: no tenía en el bolsillo ni un chelín. Y esta situación gozaba de mucho más crédito entre los antiguos filósofos que entre los hombres modernos que habitan en Lombard Street o que frecuentan la chocolatería de White. Y quizá los grandes honores que aquellos filósofos otorgaron a un bolsillo vacío sea una de las razones del gran desprecio que se siente hacia ellos en la calle y chocolatería mencionadas.

Si la antigua opinión de que los hombres pueden vivir contentos con sólo la virtud es un notorio error, como pretenden haber descubierto los hombres modernos, no es

menos falso que un hombre pueda vivir sólo de amor, por delicioso manjar que resulte éste. Durante tiempo se ha, confiado demasiado en los escritores que tal preconizaban, y ahora se ha sabido que el amor no es más capaz de apaciguar el hambre que una rosa de deleitar al oído o un violín de agradar al olfato.

Por lo tanto, no obstante la esperanza que el joven alimentaba de ver a Sophia en el baile de máscaras, el joven comenzó a languidecer por falta de alimento de género más positivo. Partridge descubrió esto por intuición y aprovechó la ocasión para lanzar algunas indirectas a propósito del billete de banco. Y como estas indirectas fueron rechazadas con desdén, hizo acopio de valor y mencionó a su amo, una vez más, la posibilidad de regreso a casa de Mr. Allworthy.

—Partridge —contestó Jones—, por desesperada que te parezca mi suerte, yo la veo aún peor, y me arrepiento sinceramente de haber consentido que abandonases, para seguirme, el lugar donde te habías establecido. Por lo tanto, insisto en que regreses a tu casa, y como pago a las molestias que has sufrido por mí, quiero que pase a tu poder toda la ropa que dejé atrás a cargo tuyo. Lamento de veras no poderte pagar más que de esta forma.

Dijo estas palabras tan patéticamente, que Partridge estalló en lágrimas. A continuación, Partridge, tras de jurar que no le abandonaría en la desgracia, le instó ardientemente a que regresara a su casa.

—Por Dios, señor —dijo—. Considere bien su situación. ¿Cómo vivirá sin dinero en esta ciudad? Haga lo que haga, estoy resuelto a no abandonarle. Pero piense bien en lo que le digo. Tome en consideración que se lo pido por favor. Estoy seguro de que al fin prevalecerá su buen sentido.

—¿Cuántas veces he de decirte que carezco de casa a la que volver? —respondió Jones—. Si tuviera esperanzas de que las puertas de casa de Mr. Allworthy se abrieran para recibirme, no haría falta ningún infortunio para que me decidiera. Pero..., ¡ay!, estoy desterrado para siempre. Las últimas palabras de Mr. Allworthy, cuando me entregó una importante cantidad de dinero, fueron las siguientes: «De hoy en adelante, estoy decidido a no hablar más contigo».

La emoción interrumpió a Jones, y, sorprendido, Partridge también calló. Pero el segundo recuperó apronto el uso de la palabra y, declarando que era de temperamento curioso, preguntó a Jones qué era lo que él entendía por una importante cantidad de dinero y qué había sido del tal dinero.

Recibió respuesta a ambas preguntas y ya se disponía a comentarlas cuando fue interrumpido por un recado de Mr. Nightingale, que deseaba que Jones fuera a su habitación.

Cuando ambos caballeros estuvieron vestidos para el baile de máscaras y Mr. Nightingale dio órdenes de que tuvieran preparadas las sillas de mano, a Tom Jones se le presentó una causa de preocupación que quizá muchos lectores consideren

ridícula. Ésta no fue otra que la forma en que podría procurarse un chelín. Pero si nuestros lectores han reflexionado alguna vez sobre lo que ellos han experimentado ante la carencia de mil libras, o quizá de diez o veinte para poder llevar a efecto algún plan, tendrán una idea completa de lo que Mr. Jones sintió en aquellos instantes. Para conseguir aquella suma recurrió a Partridge, que fue el primero a quien permitió que le prestase dinero y el último a quien pensaba pedirle prestado. En los últimos tiempos Partridge no había hecho ofertas en tal sentido, sin que nos sea posible decir si ello era debido a su deseo de ver en circulación el famoso billete de banco, o bien a que los continuos fracasos decidieran a Tom Jones a regresar a su casa, o bien por una causa de otra índole.

CAPÍTULO VII

BROMAS DE CARNAVAL.

Nuestros caballeros llegaron al fin al templo que preside Heydegger, el gran Arbiter Deliciarum, el sumo sacerdote del placer, y como otros sacerdotes paganos, se imponía a sus fieles con la pretendida presencia de la deidad, cuando era el caso de que allí no existía tal deidad.

Luego que dieron una vuelta o dos, Mr. Nightingale, que había elegido ya una mujer, dijo a Tom:

—Una vez aquí, creo que debe usted buscar el desenlace de su aventura.

Tom abrigaba esperanzas de que Sophia se encontrara allí, y estas esperanzas le animaron mucho más que las luces, la música y la enorme concurrencia, aunque sin duda todos estos elementos representan un fuerte antídoto contra el aburrimiento. Se dedicó a acosar a toda mujer cuya estatura, porte o aspecto le recordaba a su ángel. A todas trataba de decirles algo ingenioso, a fin de conseguir de ellas una respuesta que le permitiera descubrir aquella voz que él creía que era imposible de confundir con ninguna otra. Algunas de ellas contestaban con voz fingida:

—¿Me conoces?

Pero la mayoría respondían:

—No te conozco.

Unas le llamaban joven impertinente, otras ni siquiera respondían. Había algunas que osaban decir:

—No conozco tu voz y no tengo nada que decirte. Pero otras le respondían con gran amabilidad, aunque no con la voz que él deseaba oír.

Estando hablando con una de estas últimas, disfrazada de pastora, se aproximó a Tom una máscara femenina vestida con un dominó y, tocándole en el hombro, le dijo al oído:

—Si sigues charlando más tiempo con esa gorrana, se lo diré a miss Western.

Apenas oyó Tom el apellido de Sophia, abandonó a la pastora y empezó a rogar y suplicar al dominó que le indicase dónde se encontraba la dama a quien había mencionado, si es que se encontraba presente en la sala.

La máscara se dirigió con rápido paso hasta el fondo de una habitación apartada, si bien no despegó los labios. Y luego, en vez de responder al requerimiento de Tom Jones, tomó asiento y afirmó que estaba muy cansada. Jones se sentó junto a ella y persistió en sus ruegos. Al cabo, la máscara respondió en tono frío:

—Creía que Mr. Jones era un enamorado lo bastante perspicaz para conocer a su novia bajo cualquier disfraz.

—¿Se encuentra aquí, señora? —preguntó Tom con súbita vehemencia.

Pero la enmascarada repuso:

—Silencio. Puede usted llamar la atención. Le prometo por mi honor que miss Western no se encuentra aquí.

Tom Jones cogió entonces una mano de la máscara e intentó, con el acento más persuasivo que le fue posible, conseguir que la dama le dijera dónde podía encontrar a Sophia. Pero al ver que nada podía lograr, reprochó a la máscara que el día anterior se había burlado de él, acabando por decir:

—Mi buena reina de las hadas, conozco perfectamente a su majestad, pese al tono fingido de voz que emplea. Creo que es usted, Mrs. Fitzpatrick, un poco cruel conmigo al divertirse con mis sufrimientos.

La máscara repuso entonces:

—Aunque ha sido usted lo bastante listo para descubrirme, debo seguir hablando en el mismo tono, pues temo que otros me reconozcan también. ¿Y no le parece a usted, señor, que no me preocupo lo bastante de mi prima para no ayudar a que se realice el plan que tienen ustedes tramado, el cual ha de concluir por fuerza con la ruina de ella y también en la de usted? Le aseguro, por otra parte, que mi prima no está lo bastante chiflada para permitir que usted la convierta en una desgraciada, si usted se empeña en llevar adelante su idea.

—¡Oh, señora! —exclamó Tom—. ¡Qué poco me conoce usted al juzgarme de ese modo y suponerme enemigo de la felicidad de Sophia!

—Sin embargo, perjudicar a otro —exclamó la dama— es siempre un acto de enemistad. Asimismo, cuando le consta a usted que se busca su ruina, ¿no le parece que es un acto de locura o de maldad? Mi prima dispone de un poco más de lo que su padre quiera darle, muy poco para una mujer de su rango, el cual conoce usted de sobra, así como tampoco desconoce usted su propia situación.

Tom Jones declaró que no abrigaba tales propósitos en relación con Sophia, que antes prefería sufrir la más cruel de las muertes que sacrificar el interés de ella a los deseos de él. Sabía que era indigno de Sophia en todos los sentidos, y por esta razón había renunciado a toda aspiración sobre ella. Pero unos accidentes imprevistos le impulsaban a verla una vez más, siendo su intención despedirse de ella para siempre.

—No, Mrs. Fitzpatrick, mi amor hacia ella no es de índole que busca su propia satisfacción a costa de lo que es más estimado por el ser amado. Lo sacrificaría todo porque Sophia fuera mía, menos a ella misma.

Es muy posible que el lector no haya concebido una idea muy elevada de la virtud de la dama enmascarada, y aunque es probable que en adelante no honre demasiado a su sexo, los generosos sentimientos de Tom produjeron, no obstante, una gran impresión en ella, y contribuyeron en gran manera a aumentar el afecto que ya había concebido por nuestro joven héroe.

Luego de unos instantes de silencio, la dama dijo:

—No juzgo sus pretensiones sobre Sophia como muestra de presunción, sino de imprudencia. Los jóvenes nunca pecan por alimentar aspiraciones demasiado elevadas. Sé apreciar la ambición en un joven y celebraré que usted cultive la suya cuanto le sea posible. Quizá consiga triunfar con otras de mucha mayor fortuna. No obstante, estoy convencida de que hay mujeres... No me considere usted, Mr. Jones, una mujer rara por dar este consejo a un hombre a quien apenas conozco y de cuya conducta hacia mí tan pocos motivos tengo para sentirme halagada.

Al oír estas palabras, Jones se apresuró a excusarse, pues no creía haberla ofendido en nada con todo lo que había dicho sobre su prima.

Pero la dama repuso:

—¿Tan poco conoce usted a nuestro sexo que no comprende que la mayor ofensa que puede infligirse a una dama es hablarle de la pasión que siente por otra? Si la reina de las hadas no hubiera formado mejor opinión de su galantería no le hubiese invitado a reunirse con ella en la mascarada.

Jamás se sintió Tom Jones menos inclinado al amor que en aquellos instantes. Pero entre sus principios de honor figuraba la galantería hacia las damas, sintiéndose tan obligado a aceptar un reto de amor como si fuera el reto de un hombre. Por otra parte, el amor que sentía por Sophia le obligaba a mantenerse en las mejores relaciones con la dama enmascarada, pues estaba convencido de que ésta acabaría por ponerle en contacto con su amada.

Comenzaba, pues, a responder con el mayor calor a las palabras de la dama, cuando se les aproximó una máscara vestida de vieja. Se trataba de una de esas máscaras que acuden a los bailes de carnaval con el fin de desahogar su temperamento agridulce, diciendo a las gentes una serie de verdades de las que levantan ronchas en el alma e intentando aguar la fiesta a los demás. Al reparar la máscara en Tom y en su acompañante, a quien conocía bien, resolvió interrumpirles. Empezó a importunarles, no tardando en echarles del rincón donde se habían refugiado. No satisfecha con esto, les persiguió por todos los lugares donde ellos trataban de esconderse, hasta que al notarlo el caballero Nightingale, libró a su amigo de la perseguidora, llevándose a la vieja hacia otra parte.

Mientras Tom Jones y su máscara se paseaban por el salón intentando librarse de la impertinente máscara, el joven observó que su acompañante se dirigía a diversas máscaras con idéntica libertad de expresión que si no hubieran llevado antifaz, circunstancia que no pudo por menos de sorprender a Tom, que dijo:

—Creo, señora, que posee usted una gran habilidad para conocer a tanta gente disfrazada.

A lo que la dama contestó:

—Cuesta concebir nada más insípido e infantil que un baile de máscaras para la

gente distinguida, que por lo común se reconocen aquí tan perfectamente como en un salón. Ninguna mujer que se aprecie en algo charlará con una persona a quien no conoce. En suma, la mayor parte de las personas que ve usted aquí se puede decir que vienen a matar el tiempo, y, por lo general, se retiran de este lugar mucho más cansadas que después de escuchar un largo sermón. Yo misma comienzo a sentirme en tal situación, y puesto que poseo la virtud de la adivinación, le diré que tampoco se siente usted muy divertido. Creo que sería un acto caritativo con usted por mi parte regresar a mi casa cuanto antes.

—Sólo conozco un acto de caridad —se apresuró a responder Tom— que pueda igualar al de usted, y éste es que acceda a soportarme en su casa.

—Tengo la impresión de que ha concebido usted una extraña idea de mí al pensar que, con lo poco que le conozco, iba a permitirle entrar en mi casa a estas horas de la noche. Creo que atribuye usted a otra causa la amistad que demuestro a mi prima. Dígalo con toda sinceridad. ¿No piensa que esta entrevista ha sido preparada con la intención de que resultara una cita franca? ¿Está usted acostumbrado, Mr. Jones, a llevar a cabo conquistas tan rápidas?

—No estoy acostumbrado, señora, a rendirme a conquistas tan súbitas —replicó Tom Jones—. Pero como ha ganado usted mi corazón por sorpresa, el resto de mi cuerpo está obligado a seguirle a usted, de modo que tiene que perdonarme si resuelvo acompañarla adondequiera que vaya usted.

Tom Jones acompañó estas palabras con algunas actitudes adecuadas, a las que la enmascarada opuso algunas leves protestas, diciendo que podía ser notada su familiaridad.

Luego añadió:

—Voy a cenar con una amiga y confío que no me acompañará usted hasta allí, pues de otro modo podría considerarme una criatura rara, aunque mi amiga no tiene por costumbre criticar. Confío, pues, que no insistirá usted en acompañarme, ya que no sabría cómo justificarme ante ella.

A poco, la dama abandonó el baile, y Tom Jones, pese a la severa prohibición de ella, trató de acompañarla. Pero volvió a encontrarse ante el mismo dilema de antes, es decir, la falta de dinero, y ahora no podría salir del apuro como lo hizo la vez anterior, o sea con un préstamo. Así que siguió en pos de la silla de mano en que iba la dama, escoltado por los vítores de todos los portasillas que se hallaban presentes, los cuales no dejaban escapar la ocasión de arremeter contra todos los caballeros que marchaban a pie. Por suerte, lo avanzado de la hora le salvó de encontrar en la calle a mucha gente, y Tom pudo caminar por las calles vestido con un traje que en cualquiera otra circunstancia hubiese arrastrado tras él a toda una multitud.

La silla en que iba la dama se detuvo en una calle no distante de Hannover Square y, una vez abierta la puerta de la casa, entró la silla, y Tom Jones, sin la menor

ceremonia, siguió en pos de ella.

Tom y su compañera de aquella noche se encontraron en una estancia perfectamente amueblada y caldeada, y la dama, todavía hablando con voz de falsete, dijo que se sentía muy sorprendida ante el proceder de su amiga, pues parecía haberse olvidado de la cita que tenían convenida, hasta que de súbito preguntó a Jones qué pensaría la gente si supieran que se habían quedado solos en una casa a aquellas horas de la noche. En lugar de dar una respuesta directa, Tom suplicó a la dama que se quitase el antifaz. Ésta accedió a ello, pero en vez de Mrs. Fitzpatrick, el joven se encontró ante lady Bellaston.

Resultaría aburrido repetir la charla que ambos sostuvieron, la cual se compuso principalmente de temas vulgares y corrientes y duró desde las dos hasta las seis de la mañana. Bastará, pues, con decir lo que tenga alguna relación con nuestra historia. Y esto fue la promesa que la dama hizo a Tom de intentar buscar a Sophia y proporcionarle, en cuanto le fuera posible, una entrevista con ella, a condición de que sirviera para despedirse de ella para siempre. Una vez acordado este particular y una segunda cita para la próxima noche en el mismo lugar, ambos se separaron. La dama regresó a su casa y Jones a su alojamiento.

CAPÍTULO VIII

DÓNDE SE DA CUENTA DE UNA ESCENA DOLOROSA QUE PARECERÁ EXTRAORDINARIA A MUCHOS LECTORES.

Tom Jones recobró sus fuerzas tras de algunas horas de profundo sueño, y en cuanto abrió los ojos llamó a Partridge, entregándole un billete de cincuenta libras para que fuera a cambiarlo. Partridge se apoderó del billete con los ojos brillantes, aunque, al reflexionar sobre el caso, concibió algunas ideas no muy halagadoras para el honor de su señor, a lo que contribuyó en especial la idea pavorosa que tenía de los bailes de máscaras, el disfraz con que su amo había salido de casa y el que hubiera permanecido ausente de ella toda la noche. Con sinceridad, la única explicación que encontró para justificar la posesión de aquel billete fue el robo. Y creo que, en realidad, el lector tampoco podrá imaginar otro, a no ser que sospeche que se debía a la generosidad de lady Bellaston.

Al objeto de dejar en su lugar la honorabilidad de Tom Jones y hacer plena justicia a la liberalidad de la dama, diremos que había recibido el regalo de manos de ella, la cual, si bien no practicaba la caridad vulgar de la época, tal como la erección de hospitales, etc., no carecía del todo de esta virtud cristiana y reconocía, a mi parecer muy razonablemente, que un joven de singulares méritos, pero sin un chelín, podía ser objeto de tal virtud.

Mr. Jones y Mr. Nightingale habían sido aquel día invitados a comer con Mrs. Miller. A la hora convenida, ambos jóvenes, acompañados por las dos muchachas, se encontraban en el gabinete, donde tuvieron que esperar desde las tres hasta las cinco, hora en que apareció la buena señora. Había estado fuera de la ciudad con objeto de visitar a un pariente, y al entrar les hizo el relato siguiente:

—Caballeros, les pido mil perdones por haberles hecho esperar. Creo que lo harán cuando sepan el motivo. He ido a ver a una prima mía que vive en las afueras, a unas seis millas de aquí, y que ha dado a luz. Se trata de un buen ejemplo para las personas que se casan sin mirar lo que hacen. —Y al decir esto miró a sus hijas—. ¡Oh, Anne!, ¿cómo podré describirte el estado miserable en que encontré a tu pobre prima? Apenas hace una semana que dio a luz, y la he encontrado en una habitación helada con este frío, sin un mal puñado de carbón en la casa con que encender fuego. Su cama ni siquiera tiene cortinas. Su segundo hijo, tan encantador, pero ahora enfermo de anginas, está acostado en la misma cama de su madre, ya que no hay en la casa otro lecho. ¡Pobre Tommy! Me parece, Anne, que no volverás a ver a tu favorito, pues el niño está muy enfermo. Los otros muchachos gozan de perfecta salud, pero Mary, la mayorcita, está a punto de caer rendida de fatiga. Es una niña de trece años,

Mr. Nightingale, y en mi vida he visto enfermera mejor. Cuida a un tiempo de la madre y del hermano, y lo más sorprendente del caso es que finge sentirse del mejor buen humor delante de su madre, aunque cuando sale de la habitación se enjuga las lágrimas.

Al llegar aquí, Mrs. Miller se vio obligada a contener las suyas, y no hubo persona presente que no sintiera también deseos de llorar. Por fin se consoló un poco y la dama prosiguió de este modo:

—Tampoco la madre se deja abatir, pues trata de ocultar a su propio marido el dolor que siente al ver en peligro a su hijo. Sin embargo, su pena puede a veces más que ella, ya que el enfermito fue siempre su hijo predilecto. Jamás he sentido más emoción que cuando oí al niño, que apenas cuenta siete años, consolar a su madre, cuyas lágrimas caían sobre él. «Mamá, no moriré —exclamó el niño—. Dios no se llevará a Tommy. El cielo debe de ser un lugar muy agradable, pero yo prefiero quedarme aquí y pasar hambre contigo y con papá». Perdónenme, caballeros —añadió la dama, volviéndose a enjugar los ojos—, pero no puedo por menos de conmoverme de nuevo al recordar la sensibilidad de que da pruebas ese niño. Sin embargo, quizá sea él el menos digno de compasión, pues dentro de poco pasará a mejor vida, viéndose libre de todos los dolores de este mundo. Pero el padre es aún más digno de lástima. ¡Pobre hombre! Parecía más muerto que vivo, y su rostro reflejaba un verdadero terror. ¡Cielos, qué escena presencié! Estaba echado detrás de la almohada, sosteniendo a la vez a su esposa y a su hijo. No tenía puesto más que un chaleco ligero, ya que su casaca se hallaba encima de la cama, supliendo la falta de mantas. Cuando me vio, se puso en pie, pero apenas le conocí. Mr. Jones, hace unas dos semanas era un hombre de buen ver. Lo puede decir Mr. Nightingale, que le vio. Ahora tenía los ojos hundidos, la cara pálida, la barba crecida. Temblaba de hambre y de frío. Mi prima me confesó que no podía convencer a su marido para que comiera. Y él, en voz baja, me dijo, aunque ahora me cuesta un esfuerzo repetirlo, que no podía comerse el pan que hacía falta a sus hijos. En medio de tanta miseria..., ¿querrán ustedes creerlo, caballeros?, la esposa disponía de una bebida muy reconfortante, bebida que probé y me supo a gloria. El marido me dijo que aquella bebida les había sido enviada por un ángel desde el cielo. No comprendí una palabra, pero no tuve ánimos para hacerle ninguna pregunta.

»Pues bien, ese matrimonio fue un matrimonio de amor por parte de ambos, es decir, que ninguno de los dos poseían un chelín. Puedo asegurar que jamás vi una pareja tan enamorada, pero... ¿de qué les sirve ahora su cariño? Para atormentarse mutuamente...

—Yo siempre había tenido a mi prima Anderson por la más feliz de las mujeres —dijo Anne.

—Estoy convencida —afirmó Mrs. Miller— que lo más intolerable para marido y

mujer es observar los sufrimientos del otro cónyuge, así que sufren más precisamente porque se quieren. El hambre y el frío no es nada comparado con esto. Los mismos niños, exceptuando al que sólo cuenta dos años, sienten del mismo modo, pues todos son muy cariñosos.

—Nunca percibí la menor señal de miseria en esa casa —dijo Anne—. Lo que ahora te oigo decir me ha producido mucha pena, mamá.

—¡Oh, hija mía! —contestó la madre—. La mujer ha sacado siempre el mejor partido de todo. Han vivido siempre con escasez. Pero su completa ruina se la deben a una persona. El pobre marido salió fiador del villano de su hermano, y hace una semana, precisamente el mismo día del parto, se les llevaron todos sus bienes y fueron vendidos en pública subasta. El pobre hombre me envió una carta por medio de uno de los alguaciles, pero éste, que era un bellaco, no me la entregó. ¿Qué debió pensar al ver que transcurría una semana y yo no me presentaba a socorrerle?

Jones se afectó bastante al oír todo esto, y al término de la conversación llevó a Mrs. Miller a otra habitación y le hizo entrega de su portamonedas, en el que había cincuenta libras, diciéndole que enviara a aquella pobre gente lo que le pareciera oportuno. Mrs. Miller lanzó al joven una mirada nada fácil de describir, y, dejándose arrebatar por el entusiasmo, exclamó:

—¡Dios mío! ¿Habrá algún hombre en el mundo que sea mejor que usted?

—Me parece, señora, que hay muchas personas que poseen sentimientos humanitarios —contestó Jones—. Nada más natural que aliviar la desgracia de nuestro prójimo.

Mrs. Miller contó diez guineas parsimoniosamente y manifestó lo siguiente:

—Ya buscaré el medio de llevárselas a mis primos a primeras horas de mañana. También yo les he auxiliado con algo, así que no les dejé en tan mal estado como cuando les encontré.

Regresaron al gabinete, donde Mr. Nightingale demostró interesarse por la situación de aquellos infelices, a quienes conocía, pues les había encontrado en varias ocasiones en casa de Mrs. Miller. Protestó contra la locura que suponía hacerse responsable de las deudas de los demás, y lanzó invectivas contra el hermano, concluyendo por decir que deseaba poder ayudar a la desdichada familia.

—¿Podría usted recomendarles a Mr. Allworthy, señora? ¿Qué les parece si hiciéramos una colecta? Yo contribuiría gustoso con una guinea.

Mrs. Miller no contestó palabra, y Anne, a quien su madre había puesto en antecedentes, en voz baja, de la generosidad de Jones, palideció, aunque en verdad no había motivos para enfadarse por el proceder de Mr. Nightingale, ya que no tenía obligación de imitar la liberalidad de Jones, aun en el supuesto de que la hubiera conocido, y existen muchas personas que no hubieran contribuido ni con un penique, como hizo él, en efecto, ya que no sentía lástima de nada. Y como los otros no

pidieron, se guardó el dinero en el bolsillo.

He podido observar, y ningún lugar mejor que éste para mi observación, que la gente sostiene dos opiniones dispares sobre la caridad. Una es el reverso de la otra. Uno de los grupos afirma que todos los actos de esta índole deben ser estimados como dones voluntarios, y por poco que se dé, aunque no sean más que buenos deseos, es ya de por sí un gran mérito. Otro, por el contrario, parece convencido de que la beneficencia es un deber obligatorio, y cuando los ricos no pongan de su parte todo cuanto esté en su mano para remediar las desgracias de los pobres, sus larguezas no sólo carecen de mérito, sino que al socorrer a los necesitados cumplen su deber a medias, y que en cierto sentido son más despreciables que aquellos que han olvidado la caridad por completo.

La reconciliación de estas opiniones contradictorias no depende de mí. Únicamente añadiré que los donantes pertenecen, por lo común, a la primera clase, en tanto que los que reciben los donativos se inclinan universalmente hacia la segunda manera de pensar.

CAPÍTULO IX

DONDE SE HABÍA DE TEMAS MUY DISTINTOS A LOS QUE HAN SIDO EXPUESTOS EN EL CAPÍTULO ANTERIOR.

Aquella noche, Tom Jones volvió a visitar a su amiga, sosteniendo con ella una larga conversación. Pero como fue a base de los mismos temas sacados a colación la noche precedente, no mencionaremos los detalles de la misma, que mucho nos tememos no acaben de interesar al lector, a no ser que pertenezca a ese tipo de hombres cuya devoción hacia el bello sexo requiera que sea alimentada mediante pinturas. Pero soy tan poco partidario de que se muestren tales pinturas en público, que con sumo placer ocultaría tras de un telón aquellas que se han exhibido últimamente en ciertas novelas francesas y de algunas de las cuales se nos han presentado algunas deleznable copias bajo el nombre de traducciones.

Jones sentía cada vez más impaciencia por ver a Sophia, y convencido, tras de muchas entrevistas con lady Bellaston, de que no existía la menor posibilidad de verla por su mediación, muy al contrario, pues la dama comenzaba a mostrarse ofendida a la simple mención del nombre de Sophia, decidió emplear otro método. No dudaba de que lady Bellaston sabía perfectamente dónde se encontraba su ángel, y por esta razón pensaba que alguno de sus criados deberían conocerla también. Así que encargó a Partridge que hiciera amistad con los criados, para ver si conseguía arrancarles su secreto.

Pocas situaciones podían imaginarse más molestas que aquella en que se encontraba su pobre señor. Aparte de las dificultades con que tropezaba para dar con el paradero de Sophia, aparte de los temores que sentía de no haberla complacido y, para colmo, las seguridades que le había dado lady Bellaston de que Sophia había tomado resoluciones en contra suya, y que tenía sobrados motivos para tomar por ciertos, existía otra dificultad a la que hacer frente y que no dependía de su adorada el suprimirla, por cariño que sintiera hacia él. Ésta era el peligro que la joven estaba corriendo de ser desheredada por su padre, consecuencia inevitable de un matrimonio contraído sin el consentimiento paterno.

Añadamos a todo esto las muchas obligaciones que Tom tenía con lady Bellaston, cuya violenta pasión por el joven no podemos ocultar por más tiempo. Gracias a ella era ahora uno de los hombres mejor vestidos de la ciudad, y en la actualidad se veía por completo libre de los ridículos apuros que antes hemos mencionado, gozando de una abundancia con la que jamás había soñado.

Ahora bien, existen muchos caballeros que saben conciliar perfectamente su conciencia con el disfrute de la fortuna de una mujer, sin que por ello se consideren

obligados a corresponder de ningún modo, aunque para algunos no existe nada más molesto que tener que corresponder al amor simplemente por gratitud, sobre todo, si el corazón tiende a irse por otro camino. Tal era el caso del desgraciado Tom Jones, ya que aunque el casto amor que sentía por Sophia, y que le dejaba muy poco espacio para albergar afecto hacia otra mujer, no hubiera existido, jamás se hubiera sentido en condiciones de corresponder como era necesario a la generosa pasión de la dama, que sin duda en otro tiempo había sido deseable, pero ahora se encontraba en el otoño de la vida, pese a que se esforzara en mostrar toda la alegría de la vida tanto en su carácter como en su forma de vestir. Lady Bellaston hacía esfuerzos para conservar los colores en las mejillas. Pero, al igual que esas flores obligadas a florecer fuera de su estación, carecía de la frescura con que la naturaleza adorna sus productos.

Aunque Tom sentía al lado de lady Bellaston tales desalientos, comprendía por otro lado cuáles eran sus obligaciones, y no dejaba de notar la ardiente pasión de donde derivaban tales obligaciones, pensando que si no conseguía cuando menos igualar la extremada violencia de la dama, ésta podría tomarle por un ingrato y, lo que era aún peor, él mismo se consideraría tal. No ignoraba la tácita consideración en que ella se apoyaba para concederle de tal modo sus favores, y de la misma forma que la necesidad le obligaba a aceptarlos, su honor le forzaba a pagarlos, Tom decidió, que por mucho que se violentara, se dedicaría a ella todo cuanto le fuera posible, siguiendo ese gran principio de justicia que rige en otros países y según el cual el que no puede pagar su deuda se convierte en esclavo de su acreedor.

Mientras Tom Jones cavilaba sobre estos problemas, recibió la siguiente nota de su dama:

Desde la última vez que nos hemos visto se ha producido un incidente tonto, pero que aconseja que no nos sigamos viendo en el sitio de costumbre. Buscaré algún otro lugar para mañana. Mientras tanto, adiós.

Este contratiempo tal vez parezca al lector sin importancia. Pero aunque la tuviera, muy pronto se sintió consolado Tom. No había transcurrido una hora cuando llegó otra esquela traída por la misma persona, la cual decía lo siguiente:

He cambiado de opinión desde que te escribí, y si experimentas la más tierna de las pasiones no debe sorprenderte el cambio. He resuelto, sea cuales fueren las consecuencias, encontrarme contigo esta noche en mi propia casa. Ven a las siete en punto. Tengo que comer fuera, pero regresaré a esa hora. Para los que aman sinceramente, un día es más largo de lo que parece.

Si llegas a casa unos minutos antes que yo, puedes decir que te pasen al

salón.

Esta carta complació menos a Jones que la anterior, ya que le impedía acceder a los ruegos de Mr. Nightingale, con quien le unía una estrecha amistad. Mr. Nightingale deseaba que Jones fuera con él y sus amigos a ver una comedia que se representaba aquella noche y que habían decidido patear, pues sentían antipatía hacia el autor, amigo de un conocido de Mr. Nightingale. Nuestro héroe se hubiera avergonzado de confesar que hubiese preferido asistir al teatro que acudir a la amable cita. Pero el honor del joven prevaleció sobre su inclinación.

Y ahora, antes de acompañarle en esta nueva entrevista con la dama, creemos conveniente explicar las razones de las cartitas precedentes, ya que al lector puede sorprenderle la imprudencia que cometía lady Bellaston al llevar a su amado a la misma casa donde se alojaba su rival.

En primer lugar, la propietaria de la casa donde hasta ahora se habían encontrado los amantes, propietaria que fue durante varios años una pensionista de lady Bellaston, se había hecho metodista, y aquella misma mañana visitó a lady Bellaston y, tras de echarle en cara sus errores, declaró que por nada del mundo se ocuparía en lo sucesivo de sus asuntos.

Lady Bellaston experimentó una gran contrariedad al pensar que aquella noche no podría ver a Jones. Pero a poco se tranquilizó un tanto y, reflexionando con calma, planeó que Sophia, a la que buscó una señora de compañía, se fuera al teatro, deseo al que accedió en el acto la joven. Pensó asimismo que Mrs. Honour y Mrs. Etoff fueran también al teatro. De este modo quedaba ella sola para recibir a Mr. Jones, con el que se prometía dos o tres horas de sustanciosa conversación cuando regresara de la casa donde cenaría, que era la de una amiga y estaba situada no lejos de su anterior punto de citas, elegido por ella antes de que se produjera la revolución espiritual y de costumbres de su antigua confidente.

CAPÍTULO X

CAPÍTULO CORTO, PERO QUE PUEDE INUNDAR DE LÁGRIMAS ALGUNOS OJOS.

Mr. Jones estaba ya vestido de etiqueta para ir a visitar a lady Bellaston cuando Mrs. Miller llamó a su puerta, y una vez dentro, invitó al joven a que la acompañase a tomar el té en el gabinete.

Cuando ambos entraron en la estancia, la dama le presentó a una persona que se encontraba en ella.

—Éste es mi primo, señor, el cual le está muy agradecido por su bondad y desea darle las gracias.

Apenas inició el visitante su discurso, al que había puesto prólogo Mrs. Miller, cuando ambos hombres, mirándose mutuamente, dieron señales de sorpresa. La voz del que hablaba se debilitó hasta silenciarse del todo, y dejándose caer en un sofá, exclamó:

—¡No hay duda! ¡No hay duda!

—¡Dios santo! ¿Qué te pasa? —inquirió Mrs. Miller—. ¿Te has puesto malo? ¿Quieres un poco de agua, una copita de licor?

—No se asuste, señora —respondió Jones—. Yo también necesito una copita de licor. Ambos nos sentimos igualmente sorprendidos ante este inesperado encuentro. Mrs. Miller, su primo es conocido mío.

—¡Conocido! —exclamó el hombre—. ¡Oh, Dios mío!

—Sí, es conocido mío —repitió Jones—, y yo le aprecio mucho. ¡Cómo no voy a apreciar al hombre que lo arriesga todo para impedir la muerte de su esposa y de sus hijos!

—Es usted muy bueno —dijo Mrs. Miller—. Sí, el pobre hombre lo ha arriesgado todo. De no poseer una salud de hierro, habría ya sucumbido.

—Prima —continuó el hombre, ya repuesto de la impresión recibida—, este caballero es el ángel del cielo a que me refería. Antes que a ti, le debo a él la vida de mi Margaret. Le adeudo todo el consuelo y toda la ayuda que he podido proporcionarle a ella. Éste es el ser humano más digno, más bravo y más noble que es posible encontrar en el mundo. ¡Cuánto le debo!

—No hable usted de débitos —repuso Jones—. Ni una palabra, se lo ruego —prosiguió el joven haciendo comprender al otro que no quería que contase a nadie el episodio del robo—. Si con lo poco que ha recibido de mí ha podido usted sostener a toda su familia, crea que me parece que jamás se compró tan barato un placer.

—¡Oh, señor! —exclamó el hombre—. Me gustaría que viera usted ahora mi

casa. Si existe alguna persona con derecho a contemplar el placer de que habla, esa persona es usted. Mis hijos tienen ahora una cama donde acostarse, y, además, tienen..., ¡bendito sea usted!, tienen pan que comer. El enfermito está mejor, mi mujer se halla fuera de peligro, y yo me siento feliz. Y todo es debido a usted, señor, y a mi prima, aquí presente, que es una mujer excelente. Me gustaría, señor, que viniera usted por mi casa. Mi mujer desea conocerle para darle las gracias. Y mis hijos también le expresarán su agradecimiento. Ya tienen noción de lo que les corresponde hacer. ¡Oh, señor, sin su ayuda ahora estarían helados sus tiernos corazones!

Tom Jones quiso impedir que el hombre siguiera hablando, pero se sentía a su vez demasiado emocionado para pronunciar una palabra. A continuación, Mrs. Miller quiso también expresarle su gratitud, tanto en su nombre como en el de su primo, terminando con estas palabras:

—No dudo que su bondad le será recompensada.

A lo que Jones contestó que ya estaba bastante recompensado.

—El relato de su primo —continuó— me ha proporcionado la sensación más agradable de mi vida. Quien no se conmueva al escuchar tal historia tiene que ser forzosamente un malvado. ¡Qué consuelo me produce saber que he actuado con éxito en este asunto! ¡Siento verdadera lástima de los hombres que no son capaces de gozar la felicidad que proporcionan a otros!

Estaba próxima la hora de la cita, y Jones se vio obligado a despedirse, pero no lo hizo sin dar la mano efusivamente a su nuevo amigo, prometiéndole que en cuanto le fuera posible iría a visitarle a su propia casa. El joven subió a su silla de manos, dirigiéndose a casa de lady Bellaston mientras experimentaba el mayor gozo por la felicidad que había proporcionado a aquella pobre familia, sintiéndose al propio tiempo horrorizado al pensar en las terribles consecuencias que habría tenido para ellos si él hubiera prestado, cuando fue asaltado en la carretera, más atención a la voz de la justicia que a la de la piedad.

En cuanto a Mrs. Miller, no cesó de alabar a Jones durante toda la velada, mientras Mr. Anderson le hacía coro con tal apasionamiento que estuvo a punto de mencionar lo del robo. Pudo, sin embargo, contenerse, e hizo bien, pues Mrs. Miller era muy escrupulosa y rígida en cuestión de principios. Pero era tal su gratitud, que el hombre estuvo a punto de echar a rodar su propia fama en su afán de no omitir ninguna circunstancia favorable a su bienhechor.

CAPÍTULO XI

DONDE EL LECTOR SE SENTIRÁ SORPRENDIDO.

Tom Jones llegó antes de la hora y más temprano que la dama. Ésta se retrasó no sólo por lo lejos que quedaba la casa donde comió, sino también por otros incidentes no menos molestos para quien se encontrara en la situación de ánimo de ella. Hicieron pasar a Tom al salón, donde apenas llevaría unos minutos cuando se abrió la puerta y apareció... la misma Sophia en persona, la cual había abandonado el teatro antes de la terminación del primer acto. Como hemos dicho antes, se trataba de un estreno y en el teatro se hallaban presentes dos bandos, el uno con el propósito de aplaudir la obra y el otro de patearla. Pero fue tal el escándalo que se armó, que nuestra heroína se asustó, poniéndose bajo la protección de un joven caballero, que la acompañó cortésmente hasta su silla de mano.

Como lady Bellaston le había dicho al salir que regresaría a casa tarde, Sophia, que se creía sola en la casa, penetró en la habitación donde se encontraba Tom de un modo precipitado, dirigiéndose en línea recta a un espejo que había enfrente de ella, sin lanzar una mirada al otro extremo del salón, donde se hallaba Tom Jones de pie, inmóvil, semejante a una estatua. Fue a través del espejo que, luego de contemplar su bello rostro, la joven vio por primera vez a la estatua de carne y hueso, y volviéndose rápidamente, se convenció de que su visión era real. De súbito lanzó un agudo grito y sintió un asomo de desmayo, pero Jones impidió que se cayera al suelo corriendo hacia ella y sosteniéndola entre sus brazos.

Me siento incapaz de describir las miradas y los pensamientos de ambos enamorados. Sus emociones y sensaciones eran demasiado profundas para poderse expresar verbalmente, por lo que no cabe suponer que yo fuera capaz de describirlas, y, lo que es mucho peor aún, muy pocos de mis lectores deben de haber estado lo bastante enamorados para tener la menor experiencia de lo que sucedía en aquellos momentos en los corazones de los dos jóvenes.

Tras de un breve silencio, Jones dijo con acento balbuceante:

—Veo, miss Western, que se ha sorprendido usted al verme.

—¿Sorprenderme? —exclamó la joven—. Sí, tiene razón, y dudo que sea usted la persona que parece.

—Pues sí, soy yo, Sophia —repuso Tom—. Y perdóneme usted que la trate con tanta familiaridad. Soy el mismo desgraciado Tom Jones al que la fortuna, tras de una serie de golpes adversos, ha conducido al cabo hasta usted. ¡Oh, Sophia! ¡Si conociera usted mis sufrimientos y penas durante esta larga e infructuosa persecución!

—¿Persecución de quién? —inquirió Sophia, concentrándose en sí misma y adoptando un aire de reserva.

—¿Por qué es usted tan cruel que me hace esta pregunta? —exclamó Tom—. ¿Es que tendré que decirle que de usted?

—¿Que me perseguía usted a mí? —preguntó Sophia—. ¿Qué asunto tan importante tiene que tratar Mr. Jones conmigo?

—El asunto puede ser de gran trascendencia para alguien, miss Western. —Y diciendo esto entregó a la joven el cuaderno de bolsillo—. Confío que encontrará usted dentro el mismo billete que había cuando lo perdió usted.

Sophia cogió el libro de notas, y se disponía a hablar, cuando Tom la interrumpió.

—Le suplico que no perdamos estos momentos que la fortuna nos ha deparado tan amablemente. ¡Oh, Sophia! Tengo asuntos más importantes que tratar con usted. En primer lugar, permítame que le pida perdón de rodillas.

—¡Pedirme perdón! —exclamó la joven—. No puede usted esperarlo después de lo que ha sucedido, después de lo que he sabido.

—No sé lo que me digo —murmuró Tom—. No merezco, es cierto, que me perdone usted. ¡Oh, Sophia! Le suplico que de ahora en adelante no me dedique el más mínimo pensamiento. Si algún recuerdo mío surge en su mente e inquieta a su tierno corazón, piense en mi indignidad, y haga que el recuerdo de lo ocurrido en Upton se borre para siempre de su memoria.

Sophia permaneció de pie todo este tiempo, temblando de la cabeza a los pies. Tenía el rostro más blanco que la nieve y su corazón latía con alterado ritmo. Pero al oír la palabra Upton se ruborizó, y sus ojos, que había mantenido bajos casi todo el tiempo, lanzaron ahora a Jones una mirada de desdén. El joven comprendió aquel silencioso reproche y contestó:

—¡Oh, Sophia mía, mi único amor! No puedes despreciarme ni odiarme más por lo que ocurrió allí que lo que yo me odio y desprecio. Pero tienes que hacer justicia y creer que mi corazón jamás te ha sido infiel, que no ha participado en la locura de que soy culpable, que siempre te ha sido fiel. Aunque he desesperado de poderte hacer mía, de volverte a ver, jamás me ha abandonado tu adorada imagen, y me ha sido imposible querer en serio a ninguna otra mujer. La que traté de pasada en aquel lugar, jamás me interesó de veras. Créeme, ángel mío, no la he vuelto a ver desde aquel día, y nunca he intentado ni deseado volverla a ver.

Sophia se sintió muy satisfecha al oír estas palabras, pero aumentando la expresión de frialdad de su rostro, repuso:

—¿Por qué se toma usted la molestia, Mr. Jones, de defenderse, cuando es el caso de que nadie le acusa? Si me creyera en la obligación de acusarle, haría contra usted una acusación imperdonable.

—¿Cuál? —inquirió Tom, echándose a temblar y palideciendo, pues esperaba oír

mencionar sus amores con lady Bellaston.

—¡Oh! —exclamó la joven—. ¿Cómo es posible que pueda albergarse en el mismo corazón lo noble y lo indigno?

Lady Bellaston, y la suposición de que había sido espiado, impidieron a Tom dar una respuesta oportuna.

—¿Cómo podía yo esperar de usted semejante trato? —continuó Sophia—. ¿De un caballero, de un hombre de honor? ¡Arrastrar mi nombre entre el público, por fondas y mesones, ante la gente más ruin y vulgar! ¡Oír que eran comentados los pequeños favores que mi incauto corazón me hizo concederle a usted! ¡Escuchar que se ha visto obligado a huir de mi amor!

La sorpresa de Tom Jones no tuvo límites al escuchar estas palabras. Pero como no se sentía culpable, no se sintió tan cohibido para defenderse como si la joven se hubiera referido al asunto que de tal modo inquietaba a su conciencia. Luego de reflexionar, cayó en la cuenta de que si Sophia le consideraba culpable de un ultraje tan manifiesto contra el amor y la reputación de ella, se debía únicamente a la charlatanería de Partridge en mesones y fondas, que siempre andaba hablando con los amos y criados, puesto que Sophia acabó por confesar que aquellas noticias le habían llegado a través de estos últimos. No le resultó difícil a Tom convencer a su amada, que era por completo inocente de una ofensa tan opuesta a su carácter y modo de ser. Pero a Sophia le costó un esfuerzo impedir que Tom corriera a su casa para ajustar las cuentas a Partridge, pues tal juró varias veces que haría. Una vez aclarada la cuestión, tan dichosos se sintieron juntos, que Tom Jones olvidó por completo que poco antes había pedido a la joven que dejase de pensar en él, en tanto que ella se mostró dispuesta a escuchar una petición de índole muy diferente. Antes de que ninguno de los dos se diera cuenta de lo mucho que habían avanzado en pocos minutos por el camino de su amor, Tom Jones pronunció ciertas palabras que sonaron a propuesta de matrimonio. Sophia repuso entonces que si el deber paterno no la prohibiera seguir sus propias inclinaciones, la ruina y la miseria junto a él serían cien veces mejor acogidas por ella que la fortuna más grande al lado de otro hombre. Al oír la palabra ruina, Tom se sobresaltó, soltó la mano de la joven, que hacía tiempo tenía cogida, y golpeándose el pecho con la suya, afirmó:

—¿Es que puedo ser causa de tu ruina, Sophia? No. Jamás procederé de manera tan vil y baja. Querida Sophia, por doloroso que me resulte, debo renunciar a ti. Te abandonaré. Arrancaré de mi corazón todas las esperanzas que son incompatibles con tu verdadero bien. Mi amor por ti se conservará siempre encendido en mi corazón. Pero lo haré en silencio, lejos de ti, en una tierra extraña, desde la cual ni mi voz ni mi desesperación pueda llegar a ti, y cuando muera...

Tom hubiera proseguido, pero le detuvo un torrente de lágrimas que comenzaron a brotar de los ojos de Sophia y que dejó caer sobre el pecho del joven, sobre el que

ella estaba inclinada. Sophia no se opuso a que Tom besara aquellas lágrimas. Pero recuperando sus energías, se apartó de él, y con objeto de desviar la conversación de un tema demasiado tierno y que, además, le resultaba imposible de soportar, decidió aclarar una cuestión que aún no había tenido tiempo de plantear a Tom.

—¿Cómo has entrado en esta habitación? —comenzó a tartamudear la joven.

Con toda seguridad Tom hubiera despertado las sospechas de Sophia con su respuesta, pero la puerta se abrió de súbito y lady Bellaston entró en la estancia.

La dama avanzó unos pasos y al ver juntos a Tom Jones y a Sophia se detuvo de pronto. Transcurrieron unos minutos de silencio, hasta que lady Bellaston, recobrando su admirable sangre fría, mientras tanto su voz como su rostro dejaban transparentar un asomo de celos, preguntó:

—Creía, Sophia, que te encontrarías aún en el teatro.

Como Sophia no había tenido ocasión de saber por Jones de qué medios se había valido para dar con ella, no sospechaba ni remotamente la verdad, así como tampoco que Tom y lady Bellaston se conocieran, apenas si se turbó, tanto más que la dama, en todas sus conversaciones con ella, se ponía siempre de su parte y en contra de su padre. De modo que Sophia no tuvo el menor inconveniente en contar todo lo que había acontecido en el teatro con la obra estrenada y la causa de su pronto regreso.

Mientras Sophia relataba lo sucedido, lady Bellaston acabó de serenarse y discurrió el mejor modo de resolver aquella embarazosa situación. Y como la conducta de Sophia parecía indicar que Tom Jones no la había traicionado, asumió un aire divertido y exclamó:

—No hubiera entrado tan bruscamente en la habitación, Sophia, de haber sabido que estabas acompañada.

Lady Bellaston mantuvo los ojos fijos en Sophia al pronunciar las anteriores palabras, a las que la pobre muchacha, confusa y ruborizada, contestó con voz titubeante:

—Esté convencida, señora, de que siempre me honra usted con su presencia...

—Por lo menos, confío no haber interrumpido ninguna conversación —añadió lady Bellaston.

—No, señora. Nuestra conversación había ya concluido. Quizá recuerde usted lo de la pérdida de mi libreta de bolsillo, de la cual le he hablado varias veces, y este caballero, que tuvo la suerte de encontrarla, ha tenido la amabilidad de devolvérmela.

Desde que había aparecido lady Bellaston, Jones se sentía más muerto que vivo. Estaba sentado, pero no dejaba de mover los pies, jugaba sin cesar con sus dedos y tenía aspecto de tonto, como un joven que por primera vez asiste a una reunión elegante. Sin embargo, poco a poco comenzó a recobrar la serenidad y, alentado por el proceder de lady Bellaston, que fingía no conocerle, decidió imitarla. Afirmó que desde que tuvo en su poder la libreta se había dedicado con la mayor asiduidad a

buscar a la dama cuyo nombre estaba escrito en ella. Pero hasta hoy no había tenido la suerte de encontrarla.

En efecto, Sophia había hablado a lady Bellaston de la pérdida de su libreta. Pero como Jones, por uno u otro motivo, jamás le había comunicado que la tenía en su poder, la dama no creyó una sola palabra del cuento de Sophia, admirando, sin embargo, la rapidez de la muchacha para inventar semejante excusa. La razón aducida por la joven como motivo de su salida del teatro tampoco mereció mejor crédito, y aunque no acertaba a explicarse el encuentro de los dos enamorados, estaba convencida de que no se debía a un accidente casual. Con sonrisa afectada, lady Bellaston dijo:

—Has tenido una gran suerte al recuperar el dinero, Sophia. Y no sólo porque cayera en manos de un caballero de honor, sino porque éste haya conseguido descubrir a quién pertenecía. Creo que tú no hubieras consentido que anunciara su pérdida. Fue una gran suerte, señor, que descubriera usted a quién pertenecía el billete.

—¡Oh, señora! —exclamó Tom—. Se encontraba dentro del cuaderno, en el que figura escrito el nombre de miss Western.

—Es un detalle por demás afortunado —afirmó la dama—, y no lo fue menos que lograra usted enterarse de la estancia en mi casa de miss Western, pues es muy poco conocida.

Tom se había tranquilizado por completo, y como creyó que ahora se le presentaba la ocasión de satisfacer por entero a Sophia en relación con la pregunta que la joven acababa de hacerle en el instante en que se presentó lady Bellaston, dijo:

—Ha de saber usted, señora, que se debe a una verdadera casualidad el que descubriera esta casa. La otra noche en el baile de máscaras hablé del cuaderno encontrado por mí y del nombre de la dueña a una dama, la cual me dijo que quizá podría ver a miss Western, y que si pasaba por su casa al día siguiente podría informarme de ello. Yo acudí a la cita, pero no la encontré en su casa ni la he vuelto a ver hasta esta mañana, en que me ha dado las señas de esta casa. Luego me he presentado aquí y he preguntado por usted, lady Bellaston, y al decir que me traía un asunto particular, un criado me ha pasado a esta habitación, en la que llevaba escaso tiempo cuando ha entrado miss Western de regreso del teatro.

Al mencionar el baile de máscaras, Tom miró con intención a lady Bellaston, sin temor a que le sorprendiera Sophia, pues la joven se sentía demasiado azorada para que se preocupase de mirar a nadie. La insinuación de Tom alarmó no poco a la dama, que permaneció callada, y Tom Jones, que se dio cuenta de la agitación de Sophia, decidió adoptar la única solución posible en aquellos momentos, es decir, retirarse. Pero antes dijo:

—Creo, señora, que es costumbre en estos casos conceder alguna gratificación.

Desearía que a mí se me otorgase una por demás satisfactoria y que no sé si merezco. Esto es, señora, que me conceda usted el honor de volverla a visitar aquí.

—Señor —repuso lady Bellaston—, no dudo de que es usted un perfecto caballero, y sepa que mis puertas jamás están cerradas para las personas distinguidas.

Tom Jones, una vez se despidió con la mayor cortesía y ceremonia, salió muy satisfecho. No menos que Sophia, muy asustada de que lady Bellaston descubriera lo que ya conocía con pelos y señales.

En la escalera Tom se encontró a una antigua conocida, a Mrs. Honour, que, pese a las quejas que tenía contra él, estaba lo bastante bien educada para conducirse como mandan las reglas de la buena educación. El encuentro fue afortunado, pues permitió a Tom comunicarle dónde se alojaba, lo que hasta entonces ignoraba Sophia.

CAPÍTULO XII

DONDE SE DA POR TERMINADO EL LIBRO DECIMOTERCERO.

El elegante lord Shaftesbury es opuesto a que se diga toda la verdad, de lo que puede deducirse que en determinados casos el mentir no sólo es disculpable, sino recomendable.

Sin duda no existe persona que pueda gozar con mayor derecho este disimulo recomendable de la verdad en materia de amor que las jóvenes, y para lo cual pueden alegar su educación y, sobre todo, la costumbre, en virtud de la cual se ven impedidas, no de someterse a los honestos impulsos de la naturaleza, ya que sería estúpida semejante prohibición, sino de confesarlos.

No nos avergonzamos, pues, que nuestra heroína siguiera los dictados del honorable filósofo antes mencionado. Como Sophia estaba plenamente convencida de que lady Bellaston no conocía a Jones, resolvió no sacarla de su ignorancia mediante el empleo de un pequeño embuste.

Apenas acababa de salir Tom, cuando lady Bellaston exclamó:

—Es un joven guapo de veras. Pero no caigo en quién pueda ser. No recuerdo haber visto antes su cara.

—Ni yo tampoco —repuso Sophia—. Pero debo decir que se ha comportado admirablemente en lo que se refiere al billete de banco.

—Sí. Y, además, es un muchacho muy apuesto —añadió la dama—. ¿No te lo parece así, Sophia?

—No me he fijado mucho en él —contestó Sophia—. Pero creo que parece un poco desgarbado y no muy cortés.

—Tienes razón —afirmó lady Bellaston—. De sus maneras se deduce que no ha frecuentado el trato de gente fina. A pesar de que ha devuelto el billete y de su negativa a aceptar una recompensa, hay algo en él que le hace a una dudar de si es realmente un caballero... He podido observar que en las personas bien educadas hay algo que a las otras les es imposible adquirir... Pienso dar órdenes para que digan que no estoy en casa para él.

—Señora, no creo que sea sospechoso después de lo que ha hecho. Además, por poco que se fije usted en él, notará que hay una cierta elegancia en su modo de hablar, una delicadeza, una justeza en la expresión que... que...

—Sí, lo reconozco —murmuró lady Bellaston—. El muchacho sabe hablar... Sophia, tienes que perdonarme.

—¿Perdonarla yo? ¿Por qué? —preguntó Sophia.

—Sí —repuso la dama sonriendo—. Cuando he entrado en la habitación y os he

visto juntos, pensé que se trataba de Mr. Jones.

—¿Lo ha creído usted de veras? —exclamó Sophia, ruborizándose y fingiendo sonreír.

—Sí, confieso que sí —repuso—. No acabo de explicarme por qué se me ocurrió esa idea, pues para ser justos con ese muchacho, debo reconocer que va muy bien vestido y, según he oído decir, querida Sophia, eso no le ocurre con frecuencia a tu amigo.

—Esa broma es un poco cruel, lady Bellaston, luego de la promesa que le hice.

—De ningún modo, querida —replicó lady Bellaston—. Antes hubiera sido cruel. Pero luego que me prometiste que jamás te casarías sin el consentimiento de tu padre, lo que supone, como no ignoras, a renunciar a Mr. Jones, creo que puedes soportar perfectamente una pequeña broma a costa de un amor hasta cierto punto excusable en una joven que vivía en el campo. ¿Qué debo pensar, querida Sophia, si no puedes soportar una ligera broma a costa de su modo de vestir? Ahora empiezo a sospechar si no habrás ido demasiado lejos y que has procedido conmigo ingenuamente.

—Permítame que le diga, señora —se apresuró a responder Sophia—, que está usted en un completo error si imagina que siento el menor interés por él.

—¡Interés por él! —contestó la dama—. No me has comprendido bien. Tan sólo me refería a su traje..., pues no hubiera ofendido tus preferencias particulares con ninguna otra comparación. No creo, mi querida Sophia, que si tu Mr. Jones hubiera sido un joven como ése...

—Creía que había reconocido usted que era guapo...

—¿Quién? —se apresuró a preguntar lady Bellaston.

—Mr. Jones —contestó Sophia, que inmediatamente recogió velas—. ¡Mr. Jones! No, no, le pido perdón... Me refería al caballero que hace unos momentos se encontraba aquí.

—¡Oh, Sophia, Sophia! —exclamó la dueña de la casa—. Mucho me temo que ese tal Mr. Jones no se aparta de tu imaginación.

—Le doy a usted mi palabra de honor —replicó Sophia— que Mr. Jones me es indiferente por completo, tan indiferente como el caballero que acaba de salir por esa puerta.

—Te creo, querida —repuso lady Bellaston—. Perdóname por mi inocente broma, y prometo no volver a mencionar su nombre.

Y sin más palabras las dos amigas se separaron, más alegre Sophia que lady Bellaston, que de buena gana hubiera continuado atormentando un poco más a su rival. Pero la llamaban asuntos de mayor urgencia. En cuanto a Sophia, no se sentía muy satisfecha con aquel primer ensayo de disimulo, sobre el cual reflexionó avergonzada cuando estuvo en su cuarto. Tanto las condiciones especiales de su situación como la necesidad en que se había visto de hacerlo, lograban reconciliar su

proceder con su conciencia, pues el temple de su espíritu era demasiado tenue para poder soportar la idea de que era culpable de falsedad, aunque ésta pudiera justificarse por las circunstancias. Pero aquel atormentador pensamiento no le permitió cerrar los ojos en toda la noche.

LIBRO DECIMOCUARTO

TRANSCURRE EN DOS DÍAS.

CAPÍTULO PRIMERO

UN ENSAYO PARA DEMOSTRAR QUE UN AUTOR ESCRIBIRÁ MUCHO MEJOR SI DISPONE DE ALGÚN CONOCIMIENTO DEL TEMA SOBRE EL QUE ESTÁ ESCRIBIENDO.

Como sea que, en los actuales tiempos, ciertos caballeros con sólo la fuerza de su genio, sin ayuda alguna del saber, incluso quizá sin saber leer, han desempeñado un papel muy importante en la república de las letras, los críticos de nuestros días han dado en afirmar que de nada le sirve al escritor su sabiduría, que actúa como una especie de grillete sobre su natural actividad y la frescura de su imaginación, que de este modo se rebaja y no puede remontarse a aquellas excelsas regiones que, de lo contrario, hubiera podido alcanzar.

Pero yo tengo la sensación de que en la actualidad se exagera bastante esta doctrina, pues ¿por qué razón ha de diferir tanto el arte de escribir de las demás artes? La agilidad de un maestro de baile no resulta perjudicada en modo alguno porque aprenda a moverse, ni un herrero maneja peor sus mazos si aprende a manejarlos. En cuanto a mi respuesta, me cuesta creer que Homero o Virgilio hubieran escrito con mayor ardor si en vez de poseer toda la sabiduría de su época, la hubiesen ignorado, como sucede con la mayor parte de los autores de nuestro tiempo. Y también me resulta difícil creer que toda la imaginación, entusiasmo y talento de Pitt pudiera haber producido esos discursos que han convertido el Senado inglés en elocuente rival de Grecia y Roma, si no hubiera sabido interpretar los escritos de Demóstenes y Cicerón, al extremo de transferir el espíritu de éstos a sus oraciones, y, junto con su espíritu, su sabiduría.

No deseo que se me atribuya la idea de que se precisa idéntico caudal de saber para todos mis hermanos que el que Cicerón afirmaba que era necesario para la formación de un orador. Todo lo contrario. Es muy escasa la lectura que necesita el poeta, menor para el crítico y la menor cantidad posible para el político. Al primero quizá le baste el *Arte de la Poesía* de Byshe y algunos de nuestros poetas modernos; al segundo, un número prudencial de obras teatrales, y al último cualquier colección de diarios políticos.

No exijo más que un hombre posea ciertos conocimientos del asunto que va a tratar, de acuerdo con la vieja máxima: *Quam quisque nôrit artem in câ se exerceat*. Con sólo esto puede ofrecerse un escrito pasable, y sin esto, toda la restante sabiduría del mundo le servirá de bien poco.

Un ejemplo. Supongamos que Homero y Virgilio, Aristóteles y Cicerón, Tucídides y Livy pudieran haberse reunido alguna vez y sumado sus mutuos talentos

para componer un tratado sobre la danza. Creo que se me concederá que no hubieran podido igualar al excelente tratado que Mr. Essex nos ha dado sobre dicho tema, titulado *Rudimentos de la buena educación*. Y si el bueno de Mr. Broughton se hubiera decidido a coger la pluma al mismo tiempo que los guantes de boxeo para completar los rudimentos antes mencionados, aleccionando a la gente sobre los verdaderos principios del atletismo, dudo mucho que el mundo tuviera que lamentar que los grandes escritores antiguos o modernos no se hubiesen ocupado nunca de ese noble y útil arte.

Con objeto de evitar la repetición de ejemplos en un caso tan evidente, y deseando concretar, diremos que si tantos escritores ingleses han fracasado al querer describir las costumbres de la alta sociedad, esto se debe a que, en el fondo, no la conocen.

Se trata de un conocimiento que no todos los autores están en condiciones de adquirir. Los libros nos dan una idea bastante imperfecta sobre la materia. Y el escenario no la proporciona mejor. El caballero distinguido que el autor del libro imagina, degenera casi siempre en un pedante, en tanto que en las representaciones teatrales resulta un mequetrefe.

No son mejores los personajes extraídos del natural. Vanbrugh y Congreve trabajaron copiando del natural, pero los que ahora intenten copiar esos personajes resultarán tan poco en consonancia con la edad actual como lo sería un cuadro de Hogarth que intentase reflejar el tiempo actual con personajes vestidos a lo Tiziano o a lo Van Dyck. En suma, que en este caso no es indicada la imitación. La pintura debe limitarse a la propia naturaleza. Un verdadero conocimiento del mundo se logra sólo con la conversación, y para poder juzgar los modales de cada categoría social debe vivirse en esa categoría social.

Pero ocurre que existe un elevado orden de mortales que no deja verse, al contrario de las demás especies de la raza humana, por las calles, tiendas y cafés, ni tampoco se exhiben, como los animales de gran rango, uno a uno. En resumen, se trata de un espectáculo al que no se admite ninguna persona sin un gran nacimiento o sin una gran fortuna, con la excepción de la honorable profesión de jugador, el cual viene a ser considerado en posesión de ambas cualidades. Y quizá, para desgracia de la sociedad, esas personas tan encumbradas rara vez se toman la molestia de elegir el ruin oficio de escritor. Los que se dedican a escribir proceden, por lo general, de la clase más baja y pobre, ya que se trata de un oficio que no requiere dinero para empezar.

De ahí esos extraños monstruos rebosantes de encajes y bordados, de sedas y brocados, que se pavonean, provistos de grandes pelucas y miriñaques, sobre las tablas de los escenarios, haciendo las delicias de los procuradores y sus pasantes, acomodados en la cazuela, y de honrados ciudadanos y sus aprendices, acomodados

en la galería, y que son tan difíciles de encontrar en la vida real como un centauro, una quimera o cualquier otro ser fabuloso. Y ahora diré en secreto al lector que el auténtico conocimiento de la vida aristocrática, aunque sea necesario para evitar equivocaciones, no resulta un gran recurso para un escritor de comedias o de novelas que, como ésta que yo estoy escribiendo, pertenecen al género cómico.

Lo que Mr. Pope dice acerca de las mujeres se puede aplicar a la mayoría de los escritores afectados, que, al conceder gran importancia a la forma, carecen de carácter, por lo menos en forma visible. Me atrevo a afirmar que la vida aristocrática es fundamentalmente incolora y proporciona poca alegría y poco entretenimiento. Los distintos oficios de las esferas inferiores producen gran variedad de caracteres pintorescos y jocosos, mientras que en la buena sociedad, exceptuando algunos movidos por la ambición y otros, menos aún, que saben saborear el placer, no queda sino vanidad e imitación servil. Todo el afán de sus vidas se reduce a entender de trajes y de naipes, a saber comer y beber, a hacer saludos y cortesías.

Cierto que hay algunos pertenecientes a esta clase sobre los que la pasión ejerce toda su tiranía, precipitándoles mucho más allá de los límites prescritos por el decoro. Entre éstos se distinguen ciertas damas que dejan muy atrás, en cuanto a mala reputación, a las mujeres más frágiles de las clases inferiores. Lady Bellaston era una de tales damas. Pero no vayan a deducir de ello los lectores rurales que así es la conducta normal de las mujeres elegantes o bien que tratamos de representarlas desde este aspecto. Con idéntico fundamento se podría pretender que todos los clérigos se parecen a Thwackum, o que todos los soldados eran como el alférez Northerton.

En efecto, no existe mayor error que uno muy frecuente entre la gente vulgar, fomentado por algún satírico ignorante, que tiende a atribuir a nuestro tiempo un carácter de liviandad. Por el contrario, estoy convencido de que, entre personas de viso, nunca hubo menos intrigas amorosas que en la actualidad. Nuestras mujeres han aprendido de sus madres a poner sus miras sólo en la ambición y en la vanidad, despreciando los placeres del amor como indignos de que se les tome en consideración. Y al encontrarse más tarde, gracias a los buenos oficios de esas madres, convertidas en mujeres casadas sin marido, han de contentarse, durante todo el resto de sus vidas, con perseguir los placeres más inocentes, más infantiles, cuya mención no estaría en consonancia con la dignidad de esta historia. Según mi modesta opinión, la verdadera característica del mundo elegante actual no es el vicio, sino la estupidez, y el epíteto que merece verdaderamente es el de frívolo.

CAPÍTULO II

CONTIENE ALGUNAS CARTAS Y SE HABLA DE OTROS ASUNTOS
TAMBIÉN RELACIONADOS CON EL AMOR.

Tom Jones no llevaba mucho tiempo en su casa cuando recibió la carta siguiente:

Jamás he sentido tanta sorpresa como cuando comprobé que te habías marchado. Tú saliste de la habitación, pero no esperaba que te marcharas de casa sin verme de nuevo. Tu conducta me ha convencido de lo mucho que debo despreciar un corazón capaz de amar a una mujer idiota, aunque no sé si admirar más su astucia que su candor, ambos por demás sorprendentes, pues si bien no comprendió una palabra de lo que sucedía entre nosotros, tuvo la habilidad, la desfachatez, el..., ¿cómo lo llamaría yo?, de negar en mi misma cara que te conociera o te hubiese visto jamás. ¿Se trata de un complot organizado por ambos y habéis sido tan viles como para traicionarme? ¡Cómo os desprecio a ella, a ti y a todo el mundo, pero, sobre todo, a mí misma por...! No me atrevo a escribir lo que luego no me gustaría leer. Pero recuerda que puedo odiar tan intensamente como he amado.

Mas poco tiempo tuvo Tom para reflexionar sobre el contenido de aquella carta. El mismo mandadero le trajo una segunda, la cual transcribimos al pie de la letra:

Si piensas en la agitación de mi alma cuando te escribí la anterior misiva, no deben sorprenderte algunas expresiones que figuran en ella. Luego que he meditado sobre la cuestión, me parecen demasiado expresivas. Creo ahora como muy posible que todo sea obra del odioso teatro y de la impertinencia de un estúpido que me retuvo por el camino y me obligó a llegar tarde a la cita... ¡Qué poco cuesta pensar bien de los que se quieren! Quizá te guste que yo piense así. He decidido verte esta noche, así que ven inmediatamente.

Posdata.— Estaré sola en casa para ti. Ven cuanto antes.

Dejo al juicio de los aficionados a las intrigas el averiguar qué carta produjo a Tom Jones mayor inquietud, si la despreciativa o la cariñosa. El caso es que el joven no sentía grandes deseos de visitar a nadie aquella noche, salvo a una persona. No obstante, consideraba que su honor estaba comprometido y, de no haber bastado este motivo, tampoco hubiese corrido el riesgo de excitar a la apasionada lady Bellaston hasta el paroxismo, pues temía que las consecuencias de ello pudiera ser la revelación

de todo a Sophia, a lo que Tom temía más que a ninguna otra cosa. Luego de dar algunas vueltas por su habitación disgustado y colérico, se disponía ya a salir cuando la dama lo evitó, no con una nueva misiva, sino con su misma presencia. La dama penetró en el cuarto con su vestido en desorden y la mirada extraviada, arrojándose sobre una silla, hasta que cuando al fin recobró el aliento, exclamó:

—Como podrás ver, cuando las mujeres nos decidimos a ir adelante no nos detenemos ante nada. Si alguien me hubiera jurado hace una semana que yo acabaría haciendo esto, le hubiese tomado por loco.

—Confío —repuso Tom— que mi encantadora lady Bellaston no creerá nada contra mí, pues siempre tengo muy presente las obligaciones que he contraído.

—¡Muy presente las obligaciones contraídas! —murmuró la dama—. ¿Cómo podía yo esperar un lenguaje tan frío en labios de Mr. Jones?

—Perdóname, ángel mío —contestó el joven—, si después de las cartas que he recibido no consigo explicarme cómo he podido incurrir en tu cólera.

—¿Es que tengo expresión colérica? —inquirió lady Bellaston sonriendo—. ¿Es que tengo cara de estar dispuesta a regañarte?

—Te doy mi palabra de honor que no he hecho nada para tu cólera. Recordarás la cita que te he dado. Ahora me disponía a salir para acudir a ella.

—Te suplico que no me repitas mi odiosa carta —repuso la dama—. Respóndeme sólo a una cosa y me tranquilizaré. ¿Está ella enterada de nuestras relaciones?

Tom Jones se hincó de rodillas y se disponía a protestar contra semejante suposición, cuando en la habitación penetró Partridge y, dando saltos como si estuviera ebrio de alegría, gritó:

—¡Ha aparecido! ¡Ya ha aparecido! ¡Está aquí, señor, está aquí! ¡Mrs. Honour se encuentra en estos momentos en la escalera!

—¡Retenía un momento! —exclamó Tom—. Aquí, señora. Escóndase detrás de la cama. No dispongo de otro cuarto, gabinete ni lugar donde esconderla. ¡Qué fatalidad más imprevista!

—¡Qué fatalidad! —repitió la dama, al tiempo que se dirigía al lugar que le había indicado Tom.

Instantes después apareció Mrs. Honour.

—¿Qué sucede, Mr. Jones? —preguntó la doncella de Sophia—. El estúpido de su criado no me quería dejar subir. Espero que no tenga ahora una razón parecida a la que alegó en Upton para apartarme de usted. Supongo que no esperaría usted verme. Pero, al parecer, ha hechizado usted a mi ama. ¡Pobre señorita! La quiero tanto como si fuera mi propia hermana. Dios le ilumine para que haga de usted un buen esposo, y si no lo es, que Él le castigue.

Tom rogó a la mujer que bajara la voz, pues en la habitación inmediata había una señora que se estaba muriendo.

—¡Una señora! —exclamó Mrs. Honour—. Supongo que será una de las de usted. ¡Oh, Mr. Jones, hay muchas de éstas en el mundo! Creo que nosotras hemos caído en una de ellas pues lady Bellaston es una mujer de conducta harto dudosa.

—¡Silencio, silencio, por favor! —suplicó Tom—. Todas las palabras que se pronuncian aquí se oyen en la habitación de al lado.

—¡Me importa un comino que se oigan o no! —replicó Mrs. Honour—. No estoy hablando mal de nadie. Pero los criados no se recatan en decir que su ama se cita con hombres en otro lugar, en una casa que figura a nombre de una pobre mujer, pero lady Bellaston paga el alquiler, y dicen también que la da muchas cosas buenas.

Tom Jones, cuya inquietud iba en aumento, intentó hacer callar a Mrs. Honour; de todos modos, la mujer continuó:

—Déjeme hablar, Mr. Jones. No levanto falsos testimonios, pues me limito a repetir lo que he oído a otros, y yo creo que vale más ser pobre y honrada que hacerse rica por un procedimiento tan vil.

—Los criados son unos villanos —contestó Tom— y censuran injustamente a su señora.

—Conforme con que son unos villanos. Del mismo modo piensa mi ama, pues se niega a creer todo eso.

—Estoy convencido de que Sophia no presta la menor atención a semejantes infundios.

—Pero puede que no lo sean —opinó Mrs. Honour—. ¿Por qué se cita con hombres en otra casa? No puede ser con intenciones buenas, pues si quisiera ser cortejada honradamente, se dejaría acompañar por los caballeros a la vista de todo el mundo.

—¡Protesto! —exclamó Tom Jones—. No me es posible escuchar todo eso de una dama honrada que es, además, parienta lejana de Sophia. Pero ahora, como podemos molestar a la señora de la habitación de al lado, le ruego que me acompañe al piso de abajo.

—Está bien, si no desea que hable, he concluido. Aquí tiene usted una carta de parte de mi señora. ¿Qué no darían muchos hombres por recibir esto? Le tengo a usted, Mr. Jones, por un hombre generoso y espléndido. Sin embargo, he oído decir a algunos criados... Pero me hará usted la justicia de reconocer que jamás he visto el color de su moneda.

Jones cogió precipitadamente la carta y depositó cinco monedas en la mano de la mujer. Mrs. Honour salió al instante, no sin antes haber mostrado su agradecimiento por la generosidad de Tom.

Lady Bellaston salió al instante de detrás de la cortina que la había ocultado. ¿Cómo describir su ira? Al pronto le fue imposible proferir una palabra. Sus ojos despedían chispas, cosa muy explicable, pues su corazón era una verdadera llama.

Tan pronto como le fue posible hablar, en lugar de mostrar indignación contra Mrs. Honour o sus propios criados, arremetió contra el desgraciado Tom Jones.

—Ya ves lo que te he sacrificado. ¡Mi reputación, mi honra perdida para siempre! ¿Y qué pago he recibido por ello? He sido desbancada por una niña campesina, por una idiota.

—De nada de todo esto soy culpable, señora —replicó Tom.

—Es inútil que disimules. Si de veras quieres tranquilizarme, debes abandonarla por completo. Además, como prueba de tu intención, enséñame esa carta.

—¿Qué carta, señora? —preguntó Tom.

—Supongo que no te atreverás a negar que esa chismosa te ha entregado una carta hace unos instantes —repuso lady Bellaston.

—¿Es posible que me pidas una cosa que va abiertamente contra mi honor? Si traicionara contigo a esa pobre niña inocente, ¿qué confianza podrías tener tú de que llegado el caso no obrara contigo del mismo modo? Si reflexionas un simple instante reconocerás que un hombre que no sabe guardar los secretos de una mujer es el más despreciable de los seres.

—Conforme —contestó lady Bellaston—. No debo convertirme en ese ser despreciable que serías según tu opinión, ya que el contenido de esa carta no puede decirme más de lo que ya sé. Comprendo perfectamente cuál es tu plan.

A esto siguió una larga charla que el lector que no sienta curiosidad por ella nos agradecerá que no reproduzcamos *in extenso*. Creo que bastará que digamos que lady Bellaston se fue tranquilizando poco a poco, hasta que al fin creyó, o afectó creer, las afirmaciones de Toril. El encuentro del día anterior con Sophia había sido obra de la casualidad. Además el joven explicó todos los detalles que el lector ya conoce y que, expuestos por Jones con toda claridad, consiguieron que se volatilizaran todos los motivos de enfado de lady Bellaston.

En su interior, sin embargo, no estaba del todo conforme con la negativa de Tom a enseñar la carta de Sophia, tan ciegos nos volvemos a veces para percibir las razones más claras, si éstas van contra nuestras pasiones dominantes. No le cabía la menor duda de que Sophia ocupaba un lugar preferente en el corazón de Tom Jones, y aunque altiva y enamorada del joven, aceptaba el segundo lugar en su corazón.

Al fin convinieron que, en lo sucesivo, Tom la visitaría en su casa. Así, Mrs. Honour y todos los criados atribuirían aquellas visitas a su deseo de ver a Sophia, y de este modo lady Bellaston aparecería como la persona embaucada.

El plan fue urdido por lady Bellaston y aceptado con verdadero placer por Tom, muy contento de poder ver a Sophia siempre que quisiera. La propia lady Bellaston se mostró satisfecha con el engaño a Sophia, que Jones no podría revelar, so pena de delatarse a sí mismo.

Acordaron luego que la primera visita Tom la efectuaría al día siguiente, y a poco

lady Bellaston emprendió el regreso a su casa.

CAPÍTULO III

DONDE SE TRATAN ASUNTOS DIVERSOS.

Tan pronto se quedó solo, Tom Jones se apresuró a abrir la carta de Sophia. Ésta decía:

Es imposible que te exprese todo lo que he sufrido desde que dejaste esta casa, y como tengo motivos para creer que puedes intentar tomar de nuevo aquí, te envío a mi doncella, aunque sea un poco tarde, ya que me dice que sabe tus señas, para prevenirte. Te suplico, en nombre del interés que te merezco, que desistas de visitarme en esta casa, ya que puedes ser descubierto. Tengo la impresión, por ciertas palabras que se le han escapado a mi amiga, que sospecha algo. Tal vez varíen las circunstancias en sentido favorable. Debemos esperar con paciencia, y una vez más te suplico, si te interesa mi sosiego, que no vuelvas por aquí.

Esta carta proporcionó escaso consuelo a Tom. Aparte de malograr las esperanzas que había concebido de poder ver a Sophia, se encontraba ante un dilema muy desagradable en relación con lady Bellaston, pues existen ciertos compromisos, como él sabía muy bien, que no admiten la menor excusa en su cumplimiento, y acudir a casa de lady Bellaston, después de la concluyente prohibición de Sophia, era superior a sus fuerzas. Luego de mucho cavilar aquella noche, que pasó en vela, decidió fingirse enfermo, pues le pareció que éste sería el mejor procedimiento para faltar a la cita sin incurrir en el enojo de lady Bellaston, cosa que tampoco entraba en sus planes.

Lo primero que hizo Tom a la mañana siguiente fue redactar su respuesta a la carta de Sophia, respuesta que incluyó en una carta a Mrs. Honour. También envió otra a lady Bellaston con la excusa antes mencionada, recibiendo al poco rato la siguiente contestación:

Siento no poderte ver aquí esta tarde. Espero que lo tuyo no sea nada de cuidado. Cuídate mucho. Esta mañana me han importunado tanto unos cuantos necios, que apenas tengo tiempo de escribirte.

Adiós.

Posdata.— Intentaré pasar a verte esta tarde a las nueve. Procura estar solo.

Minutos después, Tom recibió la visita de Mrs. Miller, que empezó a hablar en el siguiente tono:

—Lamento de veras tenerle que visitar en esta ocasión. Pero confío que comprenderá usted las terribles consecuencias que puede tener para la reputación de mis pobres hijas el que se hable de mi hogar como si se tratase de una casa de mala nota. Espero, pues, que no me considerará usted una mujer impertinente si le suplico que no traiga usted a casa a tales horas a más mujeres. El reloj acababa de dar las dos cuando se marchó.

—Le prometo, Mrs. Miller —se apresuró a responder Tom—, que la dama que estuvo aquí la última noche, y que fue la última en marcharse, pues la otra vino a traerme una carta y se marchó inmediatamente, es una mujer distinguida y pariente cercana mía.

—No pongo en duda lo de su distinción —repuso Mrs. Miller—. Pero, en cambio, sí estoy convencida de que ninguna mujer decente, a no ser parienta muy próxima, visita a un joven a las diez de la noche y permanece a solas con él en su habitación durante cuatro horas. Además, la conducta de los portadores de su silla de mano indica claramente lo que es. Permanecieron bromeando todo el tiempo en la puerta y preguntaron a Mr. Partridge, según pudo oír mi criada, si esa mujer pensaba permanecer con su amo toda la noche, aparte de que le gastaron otras bromas que no son para repetidas. Siento por usted un gran respeto, Mr. Jones, pues lo merece y, además, le estoy muy agradecida por su comportamiento con mi primo. Hasta hace poco no he sabido lo bien que se portó usted con él. Jamás hubiera imaginado hacia qué derroteros tan censurables podía arrastrar a un hombre la desgracia. No se me ocurrió pensar, cuando me entregó usted las diez guineas, que me las daba para un salteador de caminos. ¡Oh, Dios mío! ¡Cuánta bondad ha demostrado usted! ¡Ha salvado usted a esa familia! No se equivocó Mr. Allworthy en las referencias que me dio sobre usted. Y aunque no me sintiera obligada a usted, le debo tanto a él, que sólo por esto sentía el mayor de los respetos por usted. Créame, Mr. Jones, si no estuvieran en juego tanto mi reputación como la de mis hijas, lamentaría tan sólo por usted que un caballero tan noble hablara con esas mujeres. Pero si está decidido a mantener relación con ellas, entonces tengo que suplicarle que se busque otro alojamiento, pues en modo alguno puedo permitir que tales cosas ocurran en mi casa, sobre todo, si pienso en mis pobres hijas que, aparte de su virtud intachable, poco más poseen.

Tom se sobresaltó y cambió de color al escuchar el nombre de Allworthy.

—Mrs. Miller, eso no me parece muy razonable —repuso Tom—. Le prometo que no seré causa de perjuicio para la reputación de su hogar. Pero, sin embargo, creo tener perfecto derecho a ver a quien me plazca en la habitación que le tengo alquilada. Si esto no es de su agrado, entonces buscaré otro alojamiento tan pronto como me sea posible.

—Entonces sentiré, Mr. Jones, que nos veamos precisados a separarnos —repuso Mrs. Miller—. Pero estoy convencida de que Mr. Allworthy no pondría los pies en mi casa de nuevo si concibiera la menor sospecha de la mala reputación que había caído sobre ella.

—Conforme, señora —repuso Tom Jones.

—Confío, señor, que no se haya molestado usted. Por nada del mundo osaría ofender a nadie perteneciente a la familia de Mr. Allworthy. Preocupada por la cuestión, no he podido pegar un ojo en toda la noche.

—Lamento mucho haber perturbado su descanso, señora —repuso Jones—. Pero le ruego que me envíe inmediatamente a Partridge.

Mrs. Miller prometió hacerlo al instante y se retiró tras de un leve saludo.

Cuando Partridge apareció, Tom, furioso, se encaró con él.

—¿Cuántas veces tendré que soportar tus estupideces? ¿Es que has resuelto destruirme con tus charlatanerías?

—Pero ¿qué es lo que he hecho yo ahora, señor? —inquirió Partridge, asustado de veras.

—¿Quién te ha autorizado a contar la historia del robo o a decir que quien viste en esta casa es la misma persona?

—¿Yo, señor? —exclamó Partridge.

—Por favor, no se te ocurra negarlo.

—Si alguna vez he hablado del particular —contestó Partridge—, estoy seguro de que no ha sido con intención de hacer daño, pues sólo se lo he contado a sus amigos y parientes, que esperaba no lo propagarían.

—Pero espera. Tengo un mayor cargo contra ti —afirmó Jones—. ¿Cómo te has atrevido, después de mis recomendaciones, a mencionar el nombre de Mr. Allworthy en esta casa?

Partridge negó firmemente que jamás hubiera dicho nada de esto.

—¿Cómo entonces sabe Mrs. Miller que existe un lazo familiar entre Mr. Allworthy y yo? Apenas hace un instante que me ha hablado de ello.

—¡Oh, señor! —murmuró Partridge—. Sólo pido ser oído. Trate de escucharme y se convencerá de la injusticia de su acusación contra mí. Cuando Mrs. Honour bajó de esta habitación me encontró en la entrada de la casa. Entonces me preguntó si tenía usted alguna noticia de Mr. Allworthy. No hay duda de que Mrs. Miller debió de oír la pregunta, pues unos minutos después de marcharse Mrs. Honour me llamó a su gabinete. «Mr. Partridge —me preguntó—, ¿a qué Mr. Allworthy se refería esa mujer que acaba de salir? ¿Se trata por casualidad del Mr. Allworthy de Somersetshire?». «Le doy mi palabra de honor que no sé una palabra del asunto», repuse yo. «¿Su amo no será tal vez el Mr. Jones de que he oído hablar varias veces a Mr. Allworthy?». «Le vuelvo a repetir, señora, que nada sé de eso». «Entonces —dijo Mrs. Miller,

volviéndose hacia su hija Anne— es la misma persona, pues todo concuerda con la descripción que me hizo el caballero Allworthy». Sólo Dios podría decir quién se lo contó a ella, pues yo me consideraría el más vil de los hombres si esa información hubiera salido alguna vez de mis labios. Le garantizo, señor, que sé guardar un secreto cuando me lo propongo. En vez de contar yo nada a Mrs. Miller sobre Mr. Allworthy, ocurrió todo lo contrario, pues si bien no la contradije de momento, luego de reflexionar y suponiendo que alguien debía de haberla informado, me decidí a poner fin a la historia, y transcurrido cierto tiempo, tomé al gabinete y dije a Mrs. Miller: «¿Quién le ha dicho a usted que mi amo es Mr. Jones? El que sea le ha mentado descaradamente, y le ruego que nunca lo repita por ahí, pues mi amo va a creer que soy yo quien se lo ha dicho». Desafío a cualquiera de la casa a que demuestre que he hablado yo con nadie sobre esa cuestión. Por supuesto, es algo maravilloso, y desde entonces no dejo de pensar en cómo puede haberse enterado. Pero el otro día vi a una vieja que pedía limosna en la puerta, una vieja que se parecía mucho a la que vimos en Warwickshire y que nos hizo mal de ojo. Indudablemente no es provechoso pasar ante una vieja que pide limosna sin darle algo, en especial, si le mira a uno. Nadie me convencerá de que no poseen un gran poder para hacer todo el daño que deseen, y jamás en mi vida volveré a mirar a una vieja, y pensaré para mis adentros: *Infandum, regina, jubes renovare dolorem*.

La ingenuidad de Partridge provocó la risa de Tom Jones y disipó su cólera, que rara vez le duraba mucho, y en lugar de responderle, le anunció que había decidido cambiar de alojamiento, ordenando a Partridge que buscara otra casa.

CAPÍTULO IV

UN CAPÍTULO QUE, A MI PARECER, SERÁ CAUSA DE REFLEXIÓN PARA
LOS JÓVENES DE UNO Y OTRO SEXO.

Poco después de haber salido Partridge apareció Mr. Nightingale, con quien Tom había contraído gran amistad y luego de saludarse, el joven recién llegado dijo:

—De modo, Tom, que la pasada noche estuvo usted acompañado, según he sabido. Sin duda es usted un muchacho de suerte. Apenas lleva dos semanas en la ciudad y ya sabe hacer esperar sillas de mano a la puerta de la casa hasta las dos de la madrugada.

Nightingale continuó bromeando sobre el mismo tema, hasta que al fin Tom le interrumpió.

—Supongo que habrá recibido usted la información de labios de Mrs. Miller, que hace poco rato ha estado aquí para amonestarme. Al parecer, esa buena mujer teme por la reputación de sus hijas.

—¡Oh, Mrs. Miller es muy exagerada a este respecto! —repuso Nightingale—. Como recordará sin duda, no quiso que Anne nos acompañara al baile de máscaras.

—Pero creo que, después de todo, está en lo cierto —contestó Tom Jones—. Le he hecho caso y he enviado a Partridge a que busque otro alojamiento para mí.

—Si le parece bien —dijo Nightingale—, podemos vivir de nuevo juntos, pues le diré en secreto que yo también pienso abandonar hoy la casa.

—¿Es que también le ha reprendido Mrs. Miller? —preguntó Tom.

—No —contestó el otro joven—. Pero no estoy satisfecho con las habitaciones. Aparte de que ya estoy harto de esta parte de la ciudad. Me gusta vivir más cerca de los lugares de diversión, así que ahora me voy a PallMall.

—Pero ¿por qué quiere mantener en secreto su marcha? —inquirió Tom.

—Le aseguro que no pienso huir —repuso Nightingale—. Pero por una razón particular no quiero hacer una despedida formal.

—No tan particular, amigo mío —replicó Jones—. Le confieso que me di cuenta de ella al segundo día de estar aquí. En esta casa habrá algunas lágrimas cuando usted se vaya. ¡Pobre Anne! Siento lástima de ella. Ha despertado usted en ella ilusiones de las que es difícil que se cure.

Nightingale contestó:

—¿Qué demonios quiere que haga? ¿Es que tengo que casarme con ella para curarla?

—No —contestó Tom—. Lo que tenía usted que haber hecho es no hacerle el amor, cosa que, en cambio, ha hecho muy a menudo en mi presencia. No sé como la

madre ha podido ser tan ciega para no darse cuenta de nada.

—¡Bah! ¿Darse cuenta? —exclamó Nightingale—. ¿Y de qué tenía que darse cuenta?

—De que ha enamorado usted locamente a su hija. La desgraciada muchacha no sabe ocultarlo. Sus ojos no se apartan de usted ni un solo instante, y se ruboriza cada vez que usted penetra en la habitación donde ella se halla. Siento verdadera lástima de ella, pues me parece una muchacha excelente en todos los sentidos.

—Según su teoría, pues, uno no puede divertirse con las galanterías que se emplean corrientemente con las mujeres, por temor a que éstas se enamoren de nosotros.

—Veo que no quiere comprender, John —afirmó Tom ahora—. No creo en modo alguno que las mujeres se enamoren con tanta facilidad. Pero es que usted ha sobrepasado las galanterías corrientes.

—¿Qué es lo que cree entonces? —preguntó John—. ¿Que nos hemos acostado juntos?

—No, no —repuso Tom, muy serio—. No le creo a usted tan malo. Le concedo incluso que no ha premeditado jamás ningún plan para acabar con la tranquilidad de una pobre muchacha, ni habrá previsto las consecuencias, pues estoy convencido de que es usted un buen muchacho que jamás llevará a efecto un acto de esa clase. Pero mientras satisfacía usted cumplidamente su vanidad, no pensaba que estaba sacrificando a la pobre muchacha, y aunque no le animaba a usted otro fin que el de divertirse un poco, le ha dado alientos a ella para que la infeliz creyera que abrigaba propósitos serios. Respóndame con franqueza, John. ¿A qué fin tendían todas sus descripciones almibaradas de la felicidad, fruto de un amor mutuo y apasionado? ¿Todas las cálidas palabras de ternura y amor desinteresado? ¿Es que creía que ella no se las aplicaba a sí misma? Sea sincero, amigo. ¿No era su intención que se las aplicara?

—No creía, Tom —murmuró Nightingale—, que fuera así. Me parece que sería usted un pastor admirable. Supongo, pues, que no se acostaría con Anne aunque ella se lo propusiera.

—Desde luego —replicó Tom.

—Tom, Tom Jones —exclamó Nightingale en tono humorístico—, acuérdate de anoche, de anoche...

*Quando todo dormía, y la pálida luna
y las silenciosas estrellas brillaban conscientes del robo...*

—Escuche, Nightingale —replicó Tom—, no soy un hipócrita ni pretendo haber hecho voto de castidad. Le confieso que he tenido que ver con mujeres. Pero no me

remueve la conciencia el miedo de que haya podido perjudicar a ninguna. Ni tampoco para procurarme un poco de placer seré la causa de la desgracia de ningún ser humano.

—Bien, bien —repuso Nightingale—. Le creo y por ello estoy convencido de que me absolverá.

—Lo hago de todo corazón —contestó Tom—, en lo que respecta a haber soliviantado a la muchacha, pero no en lo que se refiere a la conquista de su afecto.

—Si ha ocurrido así, crea que lo lamento de veras. Pero el tiempo y la ausencia se encargarán de borrar más tarde o temprano esas impresiones. Ésta es una receta que debo aplicarme a mí mismo, pues si he de serle sincero... jamás quise a una muchacha como quiero a Anne. Pero creo que debo contárselo todo, Tom. Mi padre ha dispuesto que me case con una mujer que jamás he visto y que está a punto de llegar a Londres para que yo le haga la corte.

Al oír estas palabras, Tom Jones no pudo contener su hilaridad, y Nightingale exclamó:

—Por favor, no se burle usted de mí. Este asunto me trae medio loco. ¡Pobre Anne! ¡Oh, Tom! Quisiera ser dueño de una fortuna.

—Se la deseo de todo corazón —afirmó Tom Jones—, pues ahora, ante lo que me dice, siento lástima de ambos. Pero supongo que no se irá de esta casa sin despedirse de Anne.

—No podría soportar la pena de la despedida ni aunque me regalara diez mil libras. Además, estoy seguro de que eso sólo serviría para inflamar más el corazón de la infeliz muchacha. Por esta razón le ruego que no diga una palabra durante el día de hoy. Esta noche o mañana me marcharé.

Tom Jones prometió a su amigo que guardaría silencio, y tras de reflexionar sobre ello, se dijo que la decisión tomada por John era la más adecuada y prudente, puesto que estaba decidido y se veía obligado a alejarse de la muchacha. Luego anunció a Nightingale que le gustaría mucho alojarse en la misma casa que él, conviniendo que Tom ocuparía el piso bajo o el segundo, ya que él pensaba quedarse con el primero.

El tal John Nightingale, de quien ahora nos veremos precisados a decir algo más, era en las cuestiones de la vida un hombre de honor estricto, y lo que era aún más extraño entre los jóvenes caballeros que poblaban la ciudad, de acrisolada honradez. No obstante, en los asuntos amorosos se mostraba un tanto despreocupado y sin duda era culpable de algunas traiciones a mujeres que no tenían defensa posible. En el arte del amor había llevado a cabo muchas supercherías que, de haberlas realizado en el mundo del comercio, hubieran hecho que se le clasificara entre los mayores villanos de la Tierra.

Pero como la sociedad, ignoro por qué motivos, está de acuerdo en pasar por alto este tipo de traiciones, Nightingale se hallaba muy lejos de arrepentirse de sus

iniquidades, vanagloriándose incluso de ellas, y con frecuencia se alababa de la suma facilidad con que conquistaba a las mujeres y de los triunfos que obtenía sobre los corazones femeninos. Por esta razón precisamente había recibido algunas censuras por parte de Tom Jones, que nunca estaba de acuerdo con las ofensas infligidas al sexo bello, el cual, según afirmaba, debía ser considerado, tratado y cuidado con el mayor cariño, ternura y respeto. Pero si se le consideraba como un enemigo, entonces su conquista más bien debía avergonzar al hombre que llenarle de orgullo.

CAPÍTULO V

BREVE RELATO DE LA HISTORIA DE MR. MILLER.

La tarde de aquel mismo día, Tom Jones recibió una invitación de Mrs. Miller para tomar el té con ella, pues habiendo sabido la dama, bien por Partridge, bien por cualquier otro medio natural o sobrenatural, que el joven era pariente de Mr. Allworthy, no se avenía a la idea de que Tom Jones se marchara de su casa disgustado.

Tom aceptó la invitación, y una vez tomado el té y las muchachas fuera de la habitación, Mrs. Miller, sin preámbulo alguno, comenzó del siguiente modo:

—En el mundo ocurren cosas por demás sorprendentes, pero creo que muy pocas igualan a la circunstancia de albergar en mi casa, sin saberlo yo, a un pariente de Mr. Allworthy. No puede usted imaginar la clase de amistad que ese excelente caballero en todos conceptos nos dispensa a mí y a los míos. Sí, señor, no me avergüenzo de confesarlo. Sólo gracias a su bondad no he perecido hace tiempo por falta absoluta de recursos económicos, abandonando a mis dos pobres hijas huérfanas, sin amigos e indefensas, dejadas al cuidado, o más bien, a la crueldad de las gentes. Debe usted saber, Tom, que si bien ahora me veo precisada a ganarme la vida alquilando habitaciones, nací y fui criada como una señorita. Mi padre era militar y murió después de alcanzar una alta graduación. Pero era un hombre que vivía al día, de su paga, y como ésta desapareció con él, a su muerte nos encontramos más pobres que las ratas. Éramos tres hermanas. Una de nosotras tuvo la suerte de morir de la viruela poco después, y una señora se mostró tan caritativa que tomó a la segunda a su servicio para que le hiciera compañía. La madre de esta señora había sido criada de mi abuela, y como había heredado una gran fortuna de su padre, lograda en el negocio de préstamos, contrajo matrimonio con un caballero distinguido y de posición. Pero trató a mi hermana de una forma tan desconsiderada, echándole a menudo en cara su nacimiento y su pobreza, que creo que fue causa de que mi hermana enfermase del corazón. Lo cierto es que la pobre murió un año más tarde que mi padre. La suerte quiso portarse mejor conmigo, y al mes de la muerte de mi hermana me casaba con un clérigo, que era mi novio desde hacía mucho tiempo, pero a quien mi padre guardaba muy pocas consideraciones por esta razón, pues aunque nuestro padre no estaba en condiciones de legarnos ni un mísero chelín, nos había educado con gran esmero y delicadeza y estaba empeñado en que nos diéramos tanta importancia como si fuéramos las más ricas del mundo. Pero mi apreciado marido se olvidó de todo esto, y en cuanto nos quedamos sin padre, él y yo reanudamos nuestras relaciones. Mi novio sentía ahora tal entusiasmo que yo, que siempre había

sentido simpatía hacia él, y ahora le estimaba más que nunca, no tardé en acceder a sus deseos de casarse. Viví cinco años de felicidad perfecta con el mejor de los hombres, hasta que al cabo, un día... ¡oh, fortuna cruel!, nos separó para siempre, privándome a mí del más amable de los maridos y a mis pobres hijas del más querido de los padres. ¡Oh, pobres hijas mías, nunca apreciaréis como es debido todo el bien que perdisteis! Me avergüenza, Mr. Jones, esta debilidad femenina mía. Pero nunca puedo recordar a mi difunto esposo sin que las lágrimas acudan a mis ojos.

—Todo lo contrario. El que debería avergonzarse soy yo, por no acompañarla con las mías —respondió Tom Jones.

—Continúo —dijo la mujer—. Ahora, por segunda vez en mi vida, me encontré en situación todavía peor que la primera. Además de mi aflicción, contaba con dos criaturas a quienes sostener y con mucho menos dinero que antes, si esto era posible. Pero ese magnífico y bueno de Mr. Allworthy, que había conocido un poco a mi esposo, supo por casualidad la desgracia en que me veía, y en el acto me escribió una carta. Ésta es, Mr. Tom, y debo y quiero leérsela.

Señora:

La acompaño en el sentimiento por la muerte de su esposo, pero estoy convencido de que las excelentes lecciones aprendidas del más digno de los hombres la ayudarán a sobreponerse a la situación en que ahora se encuentra mejor que cualquier consejo que yo pudiera darle. Tampoco tengo la menor duda de que usted, la más cariñosa de las madres, según mis noticias, no se dejará arrastrar por la pena, al extremo de que le impida cumplir su deber con esas infelices niñas, que más que nunca necesitarán ahora las atenciones y cuidados de usted.

Me perdonará que en las presentes circunstancias le envíe a una persona que, a la vez que la visita de mi parte, le entregará veinte guineas, cantidad que le suplico acepte hasta que tenga el placer de verla.

»Esta carta llegó a mi poder unos quince días después del fallecimiento de mi querido esposo, y un par de semanas más tarde, Mr. Allworthy, el bendito Mr. Allworthy, me hizo una visita, me proporcionó la casa en que ahora vivo, me entregó cierta respetable cantidad de dinero con el fin de que pudiera amueblarla y me concedió una renta anual de cincuenta libras, que desde entonces he recibido siempre con puntualidad. Piense, pues, Mr. Jones, qué consideraciones no deberé guardar a un bienhechor a quien debo el poder conservar mi vida y la de mis queridas hijas, que justifican la finalidad de la mía. No me considere, pues, una mujer impertinente, Mr. Jones, pues estimo de veras a una persona que merece una profunda estimación de Mr. Allworthy, si le he suplicado que no trate con esas perversas mujeres. Usted es

todavía joven y no conoce sus malas artes. No se enfade usted conmigo, por lo que le he dicho a propósito de mi casa. Tiene usted que reconocer que sería la ruina de mis pobres hijas. Además, me es imposible olvidar que Mr. Allworthy jamás me perdonaría si yo permitiera en mi casa ciertas cosas y, sobre todo, a usted.

—Señora, no necesita usted justificarse más ni tomo a mal nada de cuanto me ha dicho. Pero permítame usted que le diga, ya que pocos pueden apreciar tanto a Mr. Allworthy como yo, que deshaga un equívoco que no debe mantenerse más tiempo. Le aseguro a usted que no soy pariente de Mr. Allworthy.

—¡Oh, Mr. Jones! —contestó Mrs. Miller—. Sé de sobra que no lo es usted. Estoy perfectamente enterada de quién es usted, ya que Mr. Allworthy me lo contó todo. Pero le aseguro que aunque hubiera sido hijo legítimo, no le hubiera demostrado sentir mayor afecto hacia usted del que no se recató en expresar delante de mí. No debe usted sentirse avergonzado de su origen. Le aseguro que nadie como es debido le apreciará menos por esa razón. No, Mr. Jones, las palabras nacimiento deshonoroso no tienen el menor sentido, como solía decir mi estimado esposo, a no ser que la palabra se aplique a los padres, puesto que los hijos no pueden sentirse deshonrados por un hecho del que son del todo inocentes.

Tom Jones lanzó un profundo suspiro y contestó:

—Puesto que veo, señora, que de veras me conoce usted y que Mr. Allworthy creyó necesario hablarle de mí, y como ha sido usted tan franca contándome su vida, le referiré algunos detalles de la mía.

Mrs. Miller expresó un gran deseo y curiosidad por conocerla y Tom le refirió su historia, aunque no mencionó para nada el nombre de Sophia.

Existe una especie de simpatía entre las personas de noble corazón gracias a la cual se prestan mutuo crédito, sin que experimenten recelo alguno. Mrs. Miller tomó por cierto todo cuanto le contó Tom, y sintió una gran pena e interés por él. La dama comenzó a comentar lo que había oído, pero Jones la interrumpió. Se acercaba la hora de su cita y propuso a Mrs. Miller una segunda entrevista para aquella noche, que sería la última que celebrarían.

Al propio tiempo quitó importancia a todo lo sucedido entre ellos.

Mrs. Miller accedió a la petición de Tom y éste se dirigió a su cuarto, donde permaneció hasta las doce de la noche. Pero lady Bellaston no apareció por allí.

Como ya antes hemos hablado de que esta dama sentía un gran afecto por Tom Jones, sin duda el lector se sentirá sorprendido ante esta su primera falta a una cita, después de haber dado él la excusa de encontrarse enfermo, cosa que parecía justificar aún más la visita.

Sin duda algunos condenarán la conducta de la dama como poco natural. Pero esto no es culpa nuestra, ya que nuestro papel se reduce ahora, como siempre, a relatar la verdad de los hechos.

CAPÍTULO VI

DONDE SE RELATA UNA ESCENA QUE SEGURAMENTE IMPRESIONARÁ A NUESTROS LECTORES.

Jones no pudo dormir la primera parte de la noche, aunque esto no fue debido al desencanto experimentado por la ausencia de lady Bellaston ni por la de la misma Sophia, aunque eso sí, la mayor parte de sus horas de insomnio fueron dedicadas a la última. El caso es que el pobre Tom Jones era un joven muy cabal y sentía esa debilidad llamada compasión, que marca una notable diferencia con la firmeza de espíritu que desdeña la compasión y hace que el que la posee marche por el mundo sin sentirse afectado lo más mínimo ante las calamidades que sufren los demás, así que no pudo por menos de sentir honda lástima de Anne, cuyo amor por Mr. Nightingale le parecía tan evidente que le maravillaba la ceguera de la madre. Ésta, durante la noche anterior, había observado más de una vez el notable cambio operado en el carácter de su hija.

—Antes era una niña muy animada y alegre —dijo—. Y ahora, de repente, se ha vuelto triste y melancólica.

El sueño logró al fin vencer al joven, que durmió a pierna suelta hasta las once de la mañana siguiente, y tal vez hubiera continuado haciéndolo de no haberle despertado un gran tumulto.

Tom llamó a Partridge y le preguntó qué sucedía.

—Hay una gran tormenta escalera abajo —contestó Partridge—. A miss Anne le ha dado un ataque, y su madre y su hermana lloran y se lamentan.

A Jones le interesó mucho aquella noticia, pero Partridge trató de quitarle importancia y añadió sonriendo:

—Creo que esa señorita no está en peligro de muerte ni mucho menos... Susanna —tal era el nombre de la criada de Mrs. Miller— me ha dado a entender que se trata de un asunto vulgar. En una palabra, que miss Anne ha tenido intención de imitar a su madre, pero sintió un poco de hambre prematura y se sentó a comer antes de rezar la obligada acción de gracias. Resultado, un niño que viene camino de la inclusa.

—Te suplico que no digas bromas estúpidas —exclamó Jones—. ¿Es que te vas a burlar de la desgracia de esas infelices? Ve a ver a Mrs. Miller y dile que me marchó... No, no vayas. Cometerías alguna torpeza. Iré yo mismo, ya que me invitó a almorzar.

Se levantó y comenzó a vestirse rápidamente. Mientras lo hacía, Partridge, a pesar de los reproches de su amo, no pudo por menos de gastar algunas bromas de mal gusto. En cuanto estuvo vestido, Jones bajó la escalera y, tras de llamar a la puerta del

gabinete de Mrs. Miller, que se encontraba vacío, fue admitido en él por la doncella. En la habitación no había el menor preparativo con vistas al almuerzo. Mrs. Miller se encontraba en un cuarto interior junto con su hija, y la doncella regresó a poco con el recado de que la señora le rogaba que le perdonase por no poderle acompañar aquel día a almorzar. También le pedía perdón por no haberle avisado antes.

—Dígale que no se preocupe —contestó Jones—. Lamento mucho el motivo, y estoy a sus órdenes para todo lo que pueda serle útil.

En cuanto hubo pronunciado estas palabras, Mrs. Miller, que las oyó, abrió la puerta repentinamente y se acercó a él deshecha en lágrimas, a la vez que decía:

—¡Oh, Mr. Jones, qué bueno es usted! Le agradezco de veras su amable ofrecimiento. ¡Pero no depende de usted amparar a mi pobre hija! ¡Oh, hija mía, hija mía! ¡Está arruinada para siempre!

—Confío, señora —empezó Tom—, que ningún villano...

—¡Oh, Mr. Jones! —exclamó la atribulada madre—. El villano que ayer dejó mi casa ha traicionado a mi pobre hija, la ha destruido para siempre. Sé bien que es usted un hombre de honor. Posee usted un corazón noble y honrado, Mr. Jones. Las acciones que conozco de usted así lo demuestran. Se lo contaré todo. Es imposible, después de lo que ha sucedido, mantener más tiempo el secreto. Ese Nightingale, ese cruel villano, ha perdido a mi hija. Está... está embarazada de él, y ahora la ha abandonado dejándola en tal estado. ¡Aquí, aquí, Mr. Jones, está su carta! Léala usted, por favor, y dígame si existe un monstruo igual.

Tom cogió la carta y leyó lo siguiente:

Querida Anne:

Como me es imposible dejar de decirte lo que creo que te resultará a ti tan repulsivo como a mí, he adoptado esta solución para anunciarte que mi padre insiste en que haga la corte inmediatamente a una señorita rica que él me ha buscado para... No creo necesario escribirte la palabra odiosa. Tu clara inteligencia te hará comprender sin duda lo obligado que estoy a obedecerle, cosa que me aleja para siempre de tus adorados brazos. El cariño de tu madre te proporcionará el valor necesario para confiarle las desgraciadas consecuencias de nuestro amor, que creo podrán ser mantenidas fácilmente en secreto ante el mundo, aunque yo tomaré mis medidas para proveer de lo necesario tanto a ti como a lo que pueda venir. Deseo que sufras menos que yo por este motivo, y que invoques en tu ayuda a toda tu fortaleza. Olvida y perdona a un hombre a quien sólo la perspectiva de una ruina cierta podía obligar a escribir esta carta. Te suplico, querida Anne, que me olvides como novio, aunque siempre encontrarás al mejor de tus amigos en tu fiel aunque desgraciado,

Cuando Tom terminó de leer la carta, tanto él como la madre permanecieron silenciosos unos segundos, mirándose mutuamente, hasta que al fin el joven rompió a hablar.

—No puedo expresarle toda la indignación que me ha producido esta carta. Sin embargo, permítame que le suplique que en esta cuestión siga usted el consejo del que la ha escrito. Piense, en primer lugar, en la reputación de su hija...

—¡Está perdida, no existe ya, Mr. Jones —exclamó la madre—, lo mismo que su inocencia! Mi hija recibió la carta en una habitación llena de gente, y como se quedó sin sentido cuando concluyó de leerla, todos los presentes pudieron enterarse de su contenido. Pero, Mr. Tom, la pérdida de su reputación, con ser cosa terrible, no es lo peor de todo. Estoy segura de que perderé a mi hija. Por dos veces ha intentado suicidarse, y aunque hasta ahora hemos podido evitarlo, grita que no podrá sobrevivir a su desgracia, ni yo tampoco podría sobrevivir a la muerte de ella. ¿Qué será de mi pequeña Elizabeth, cuando se vea huérfana y desamparada? Por de pronto, la infeliz se sentirá abrumada cuando se aperciba de lo desgraciadas que son su hermana y su madre, aunque ignore la causa. ¡Oh, qué criatura tan sensible y tan buena! Ese hombre inhumano nos ha destruido a todos. ¡Oh, mis pobres hijas! ¿Es ésta la recompensa que merezco por mis desvelos? ¿Es éste el fruto que obtengo de todos mis proyectos para el futuro? ¿No he soportado y sufrido con la mejor buena voluntad todos los deberes y tareas que incumben a una madre? ¿No las mimé en su infancia y me esmeré en su educación? ¿No he luchado durante muchos años, aun negándome lo más necesario para la vida, a fin de poder proporcionarles alimento, para que ahora tenga que perder a ambas de esta manera?

—Tiene usted razón —murmuró Tom con lágrimas en los ojos—. La compadezco de veras...

—¡Oh, Mr. Jones! —contestó la madre—. Ni siquiera usted, cuyo bondadoso corazón conozco, puede formarse cabal idea de lo que experimento en estos instantes. ¡Las hijas mejores, más amables y más dulces, siempre perfectas cumplidoras de sus deberes! ¡Oh, mi pobre Anne, la preferida de mi corazón! ¡Placer de mis ojos, orgullo de mi corazón de madre! Precisamente debe su ruina a esas esperanzas locas y ambiciosas concebidas sobre su belleza. ¡Ay! Yo veía con agrado la inclinación que ese malvado caballero denotaba sentir hacia ella. Creía que se trataba de un afecto digno y noble, y halagaba mi absurda vanidad pensando que un día la vería casada con un hombre muy superior a ella. Y millares de veces, a menudo delante de usted, he intentado alentar y complacer tan quiméricas esperanzas con las palabras más generosas de amor desinteresado dirigidas a mi hija, que tanto ella y yo creíamos sinceras. ¿Cómo podía yo imaginar que éstas no eran más que trampas tendidas para

burlar la inocencia de mi hija y arruinarnos a todos?

Al concluir de pronunciar estas palabras, Elizabeth se precipitó en la habitación gritando:

—¡Por favor, mamá, corre en ayuda de mi hermana! Anne se ha vuelto a desmayar y mi prima no puede sostenerla.

Mrs. Miller obedeció a su hija. Pero antes ordenó a Elizabeth que permaneciera con Mr. Jones, mientras rogaba a éste que la entretuviera algunos minutos, diciendo en tono patético:

—¡Dios mío, consérvame por lo menos a una de mis hijas!

Tom, obedeciendo a la súplica de la madre, hizo cuanto pudo para consolar a la muchacha, pese a que también se sentía profundamente impresionado por lo que le había contado Mrs. Miller. Aseguró a la niña que su hermana se pondría pronto bien, que si se empeñaba en obrar de aquel modo no sólo actuaba en contra suya, sino también en contra de su madre.

—Tiene usted razón, señor —repuso la muchacha—. Yo la quiero mucho, y daría cualquier cosa por no verla llorar más. No puedo apartarme de ella, no puedo, me es imposible. ¿Y qué será de mi pobre mamá? Asegura que también morirá y me dejará sola en el mundo. Pero yo estoy decidida a no quedarme atrás.

—¿No tienes miedo de morir, Elizabeth? —preguntó Jones a la niña.

—Sí —contestó la niña—. Siempre he tenido miedo a morir, pues entonces tendría que dejar a mamá y a mi hermana. Pero no me causa ningún miedo si he de ir con quien amo.

A Tom le gustó tanto esta respuesta que abrazó y besó a la niña efusivamente. A poco regresó Mrs. Miller, que dijo al entrar:

—A Dios gracias, Anne ya ha vuelto en sí. Ahora, Elizabeth, debes volver a su lado, pues tu hermana se encuentra mejor y desea verte.

Luego se dirigió a Tom Jones y le tomó a dar excusas por no poder almorzar con él.

—Confío, señora —repuso Tom—, poder gozar de una comida más exquisita que cualquiera de lo que me hubiera podido proporcionar. Tal sucedería, se lo digo solemnemente, si me es posible prestarle algún servicio en este conflicto amoroso. Pero cualquiera que pueda ser el resultado de mis gestiones, estoy resuelto a llevarlas a cabo. Mucho me engañaría si Mr. Nightingale, no obstante lo ocurrido, no conserva un gran fondo de bondad en su corazón y no siente un intenso afecto por Anne.

Si de veras es así, entonces creo que el cuadro que le describiré no dejará de impresionarle. Procure, señora, consolarse usted y trate también de consolar a miss Anne en la medida de sus fuerzas. Voy inmediatamente en busca de Mr. Nightingale, confiando poderle traer muy pronto buenas noticias.

Mrs. Miller se hincó de rodillas e imploró del cielo toda suerte de bendiciones

para Tom Jones, añadiendo las más calurosas expresiones de gratitud. Jones salió en busca de Nightingale, en tanto que la afligida madre corría al lado de su hija para consolarla. Anne se tranquilizó un tanto con lo que su madre le dijo, y ambas coincidieron en sus alabanzas a Mr. Jones.

CAPÍTULO VII

ENTREVISTA ENTRE MR. JONES Y MR. NIGHTINGALE.

Tanto el bien como el mal que hacemos a nuestros semejantes se refleja muchas veces en nosotros mismos, pues del mismo modo que los hombres de natural bondadoso disfrutan con sus actos de bondad tanto como los que se benefician de ellos, también los de fondo maligno son, por lo general, incapaces de hacer daño sin sentir algún remordimiento ante el perjuicio que han causado a sus semejantes.

Mr. Nightingale se hallaba precisamente en este caso. Jones le encontró en su nuevo hogar, sentado en actitud melancólica ante el fuego, lamentándose para sí por la desgraciada situación a que había arrastrado a la pobre Anne. Al ver entrar a su amigo, se puso en pie y salió a su encuentro.

—Nada puede ser más oportuno que su presencia en mi casa, Tom. Me sentía muy triste y necesitaba alguna compañía.

—Entonces siento traer noticias tan poco adecuadas para consolarle, y que, a mi juicio, más bien han de abrumarle. Pero es necesario que las conozca. Pero vengo a hablarle en nombre de una familia dignísima a la que usted ha conducido a la miseria y al deshonor.

Mr. Nightingale cambió de color al oír estas palabras. Pero Tom Jones, sin hacer caso de ello, continuó trazando una viva pintura de la trágica historia que el lector ya conoce por el capítulo anterior.

Nightingale no interrumpió a Tom ni una sola vez, aunque su rostro dejó transparentar una serie de violentas emociones, y cuando Tom Jones concluyó, tras de lanzar un profundo suspiro, dijo:

—Lo que acaba usted de decirme, querido amigo, me ha impresionado vivamente. No podía suceder nada más terrible que la infeliz muchacha revelase sin querer el contenido de la carta. De otro modo, hubiera quedado a salvo su honor y todo hubiera permanecido en el secreto más profundo. La muchacha se habría salvado así de lo peor, pues en la ciudad están sucediendo de continuo casos por el estilo. Y si el marido más tarde sospecha algo, cuando ya la cosa no tiene remedio, lo más lógico y prudente es que oculte sus sospechas ante su esposa y el mundo entero.

—Querido amigo —repuso Tom—, éste no es el caso de la desgraciada Anne. Ha conseguido usted que le quiera tanto, que es el perderle a usted, y no su honor, lo que la vuelve loca, cosa que terminará con la destrucción de ella y de toda su familia.

—En lo que a eso se refiere —contestó Nightingale—, Anne dispone de mi amor de un modo tan completo, que mi esposa, sea quien sea ésta, no tendrá la menor participación en él.

—¿Es que piensa todavía en abandonarla? —inquirió Tom.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —contestó John.

—Pregunte a miss Anne —contestó Tom con calor—. Dado el estado en que la ha dejado, creo que es ella la que debe indicar la reparación que le debe usted. Su interés, no el de usted, es el que debe entrar en juego en este asunto. Pero si me pregunta qué tiene que hacer, entonces le contestaré: ¿qué menos que satisfacer las esperanzas de ella y de su familia? Con sinceridad le diré que yo también las compartí en cuanto les vi juntos por vez primera. Confío que me perdonará usted mi franqueza, dada la amistad que nos une y la gran compasión que me inspiran esas desdichadas. Pero sin duda su propio corazón le sugerirá, si es que en alguna ocasión no intentó usted convencer con su conducta tanto a la madre como a la hija, de que le guiaban intenciones honradas. De ser así, como creo, y aunque no hayan mediado promesas claras de matrimonio, dejo a su conciencia lo que debe hacer en el presente caso.

—No sólo debo reconocer lo que acaba usted de insinuar, sino que mucho me temo haber dado esa promesa que acaba de mencionar.

—¿Y después de haberlo confesado duda aún de lo que debe hacer? —exclamó Tom Jones.

—Usted, que es un hombre de honor —contestó—, no puede darme consejos que van contra las leyes que rigen a éste. Por esta razón yo le pregunto: ¿si no hubiera otra objeción en contra, puedo, una vez hecha pública la deshonra de Anne, pensar en semejante alianza con ella?

—Sin la menor duda —replicó Tom Jones vivamente—, puesto que el honor más escrupuloso, que es el de la bondad, lo exige así. Como según creo ver siente usted algún escrúpulo en este sentido, permítame que lo analice. ¿Puede ser culpable, y conservar su honor, de haber engañado a una muchacha y a su familia con falsas promesas y mediante este ardid robar arteramente la inocencia de la joven? ¿Puede usted ser el motivo, comprobado y meditado, el astuto causante de la ruina moral y física de un ser humano y conservar el honor? ¿Puede soportar la idea de que esa joven es un ser cariñoso, sin ayuda de nadie e indefensa y conservar su honor? ¡Una mujer que le quiere, que confía plenamente en usted, que se muere por usted, que ha confiado ciegamente en sus promesas y que le ha confiado lo que para ella era más estimable! ¿Puede el honor de un hombre soportar tales cosas sin estremecerse?

—Todo lo que acaba usted de decir es muy lógico —repuso Nightingale—. Pero veo que ignora que la opinión general de la sociedad es contraria en absoluto a tal modo de pensar, y que si yo contrajera matrimonio con una perdida, me avergonzaría de mostrarme en público.

—¡No sé cómo se atreve usted a aplicar ese adjetivo, a todas luces inmerecido, a miss Anne! —exclamó Tom—. En cuanto le prometió usted que se casaría con ella,

ya fue como si fuera su esposa. Y ella pecó más por falta de prudencia que de virtud. ¿Y qué mundo es ese que se avergonzaría usted de mirar cara a cara? El de los libertinos, el de los envilecidos y el de los idiotas. Perdóneme si le digo que esa vergüenza debe de proceder de la falsa modestia, que siempre y en todas partes acompaña al falso honor como su sombra. Pero estoy más que convencido de que no habrá hombre bueno dotado de un poco de sentido común que no aplauda su acción. Mas aunque así no fuera, ¿no lo aplaudiría su propio corazón? ¿No producen mayor placer a nuestra alma esas sensaciones cálidas, extáticas, que sentimos ante una acción honrada, noble, desinteresada y buena que los inmerecidos elogios de millares de seres? Contemple la alternativa que tiene ante usted. Por un lado, esa pobre muchacha, desgraciada, crédula, en brazos de su infeliz madre; escuche los latidos de su corazón en la agonía, suspirando el nombre de usted, y se lamenta más que acusa ante la terrible crueldad que conduce al aniquilamiento. Piense en su desesperada madre, camino de la locura y quién sabe si de la muerte, ante la pérdida de su adorada hija. Mire a la niña huérfana e indefensa, y cuando la imaginación de usted se haya posado durante unos instantes en tales ideas, piense que es el causante de la ruina moral de esa pobre y digna familia. Por otra parte, considérese también como el libertador de todos sus sufrimientos temporales. Piense en la alegría, en el entusiasmo con que esa adorable criatura correría hacia los brazos de usted. Observe cómo la sangre afluye de nuevo a sus pálidas mejillas y el brillo retoma a sus lánguidas miradas. Observe la alegría de la madre, la felicidad de todos. Piense en esa familia, profundamente feliz por un solo acto de usted. Reflexione en semejante alternativa, y sin duda me equivocaré con usted si le exige una larga deliberación hundir a esos desgraciados para siempre o bien elevarlos, mediante una noble y generosa resolución suya, desde el fondo de la desesperación y del deshonor a las más altas cumbres de la felicidad humana. Añado una consideración más, la de que es deber de usted llevarlo a cabo, que la tristeza y angustia de que libraré a esa pobre gente es la tristeza y el dolor que usted mismo les ha proporcionado.

—¡Oh, mi querido amigo! —exclamó Nightingale—. No preciso su elocuencia para animarme. Compadézco a la infeliz Anne con toda mi alma, y daría lo que fuera porque no hubiera habido nada entre nosotros. Tuve que sostener conmigo mismo una cruel lucha antes de decidirme a escribir esa terrible carta, que ha sido causa de tanta aflicción para esa desgraciada familia. Si yo no tuviera más que consultar mi deseo, mañana mismo me casaría con Anne. Pero creo que no le resultará a usted difícil comprender lo imposible que sería para mí obtener el consentimiento de mi padre para ese matrimonio, cuando él piensa en otro, y mañana mismo, por orden suya, tengo que visitar a mi futura novia.

—No tengo el honor de conocer a su padre, John —dijo Tom—. Pero supongo que puede ser convencido. ¿Aceptaría usted el único medio que existe de salvar a esa

pobre gente?

—Tan por completo como si se tratara de mi propia felicidad —repuso Nightingale—, pues sé bien que no la encontraría con ninguna otra mujer. ¡Oh, mi querido amigo! Si pudiera usted imaginarse lo que he sufrido durante estas últimas doce horas pensando en esa pobre muchacha, estoy seguro de que no sería ella sola la que monopolizaría la compasión de usted. Tan sólo el amor me condujo a ella, y si es cierto que he sentido algunos estúpidos escrúpulos de honor, usted los ha hecho desaparecer. Si mi padre fuera convencido y accediera a mi único deseo, nada faltaría para completar la felicidad de Anne y la mía propia.

—Entonces yo me encargo de eso —contestó Tom Jones—. No debe enfadarse conmigo, sea cual sea el medio que emplee para llevar a buen término este asunto que, como usted comprenderá, no será posible mantenerse oculto mucho tiempo, pues estas cuestiones se divulgan rápidamente una vez conocidas, como por desgracia sucede en el presente caso. Además, si se produjera cualquier acción fatal, como temo que suceda si no se actúa inmediatamente, la gente hablaría de usted de un modo que podría molestar a su padre. Por tanto, si me dice dónde puedo encontrarle, no perderé un segundo, y mientras yo actúo para resolver la cuestión, creo que usted no podría hacer nada mejor que visitar a esa infeliz muchacha. Así podrá comprobar que no he exagerado las noticias que le he dado sobre el infortunio de esa pobre familia.

Nightingale se mostró de acuerdo con esta proposición, y después de indicar a Tom la dirección de su padre, y el café donde probablemente le podría encontrar, titubeó un momento y añadió:

—Mi querido Tom, creo que va usted a luchar con un imposible. Si conociera a mi padre, jamás esperaría obtener su consentimiento... Espere, existe un medio... Suponga que le dijera que ya estaba casado. Creo que entonces sería más fácil reconciliarle con los hechos, y le aseguro que me siento tan afectado con lo que me ha contado y quiero a Anne tan apasionadamente, que estoy por decirle que casi desearía que fuera cierto, cualesquiera que fueran las consecuencias de mi acto.

Tom aprobó calurosamente la idea de John Nightingale y prometió apoyarla. Después ambos amigos se separaron: John para visitar a Anne, y Tom para correr en busca del anciano caballero padre de Nightingale.

CAPÍTULO VIII

DONDE SE CUENTA LO QUE SUCEDIÓ ENTRE TOM JONES Y EL ANCIANO CABALLERO MR. NIGHTINGALE, CON LA APARICIÓN DE UN PERSONAJE TODAVÍA NO MENCIONADO EN LA PRESENTE HISTORIA.

Pese a la afirmación del satírico romano, que niega en redondo la divinidad de la diosa Fortuna, y la opinión de Séneca, que abunda en el mismo sentido, Cicerón, que, a mi juicio, fue un hombre mucho más sabio que los dos primeros, es de opinión contraria. Lo cierto es que en la vida ocurren incidentes tan extraños e inexplicables que parece como si para que se produjeran requiriesen algo más que la previsión y la habilidad humanas.

De esta clase fue el incidente que le ocurrió a Jones, el cual encontró a Mr. Nightingale padre en un momento tan crítico que la Fortuna, si mereció toda la adoración que se le rendía en Roma, no podía haber inventado otro igual. Lo sucedido fue lo siguiente: el anciano caballero y el padre de la joven con quien el primero deseaba casar a su hijo se habían ocupado del asunto durante varias horas. Al cabo se marchó el segundo, dejando al otro encantado con la idea de haber triunfado en una larga disputa. Los respectivos padres de los futuros novios habían tratado de engañarse mutuamente y, cosa frecuente en estos casos, ambos creían haber logrado la victoria.

El anciano caballero Nightingale, a quien ahora visitaba Jones, era lo que se llama un hombre de mundo, es decir, un hombre que actúa para sacar el mayor partido del mundo, pues está persuadido de que no existe otro. Antaño se había dedicado al comercio. Pero una vez adquirió una regular fortuna, abandonó sus negocios, o, mejor dicho, abandonó el tráfico de mercancías por el tráfico de dinero, del que disponía en abundancia, y que sabía manejar muy bien aprovechándose de las necesidades de la gente. El hombre se había dedicado tan de lleno al manejo del dinero, que llegaba a dudar de que existiera otra cosa en el mundo. Cuando menos, estaba firmemente convencido de que ninguna otra cosa tenía valor positivo.

El lector pensará sin duda que la Fortuna no podía haber elegido una persona menos propicia a que Tom Jones pudiera triunfar en sus propósitos.

El dinero era siempre el pensamiento dominante del caballero, el cual, en cuando veía a un desconocido en su casa, pensaba en el acto que aquella persona iba a llevarle dinero o bien a quitárselo. Y de acuerdo con la conjetura que predominase en él, concebía una idea favorable o desfavorable de la persona.

Desgraciadamente para Tom Jones, esta vez fue la última de estas ideas la que se impuso. El día anterior se había presentado en su casa un caballero con un papel

firmado por su hijo en el que éste reconocía una deuda de juego. Y ahora, al ver a Jones, el viejo caballero imaginó que el joven llevaba una misión semejante. Por tal motivo, en cuanto Jones dijo que iba en nombre de su hijo, el anciano vio confirmadas sus sospechas y exclamó:

—Pierde usted el tiempo.

—¿Es posible, señor, que haya usted adivinado lo que me trae aquí? —respondió Jones.

—Sí, y le repito que pierde usted el tiempo —insistió el anciano—. Supongo que es usted uno de esos petimetres que arrastran a mi hijo al libertinaje y al desenfreno que acabarán con él. Pero le aseguro a usted que no pagaré más deudas de mi hijo, aunque confío que no tardará en abandonar esas malas compañías. Si no lo esperase así, no le habría buscado una esposa, pues no me gusta contribuir a la ruina de nadie.

—¿Y cómo encontró usted esa novia, señor? —preguntó Jones.

—¿Por qué le interesa a usted saberlo? —replicó el anciano.

—Me intereso por todo lo relativo a la felicidad de su hijo —contestó Jones—, a quien aprecio mucho. Precisamente por esto he venido a visitarle a usted. No puedo expresarle toda la satisfacción que me proporciona usted al decirme lo que me dice. Es usted muy bueno, muy generoso y muy indulgente al arreglar tal boda de su hijo. Se trata de una mujer que hará que sea uno de los hombres más felices de la tierra.

No hay nada que despierte más nuestra simpatía que, tras de haber concebido una cierta prevención contra una persona la primera vez que la vemos, comprobar luego que tal alarma era falsa. Esto mismo le sucedió a Nightingale, que en cuanto comprobó que Tom Jones no iba a pedirle nada, empezó a sentir simpatía hacia él.

—Haga el favor de sentarse —dijo—. No recuerdo haber tenido el placer de verle antes de ahora, pero basta que sea usted amigo de mi hijo... Sí, si su novia no consigue hacerle feliz, será culpa de él. La muchacha aportará al matrimonio una fortuna capaz de hacer feliz a cualquier hombre razonable.

—Naturalmente —exclamó Jones—. La joven vale una fortuna. Es bonita, gentil, de carácter dulce y bien educada... Y, además, muy distinguida. Canta admirablemente y posee una mano muy hábil para el clavicordio.

—Ignoraba todo eso, pues nunca he visto a la joven —contestó el anciano—. Pero no dejan de gustarme esas cualidades. Y, sobre todo, me satisface la conducta de su padre, que no ha sacado a relucir esas cualidades en nuestro contrato. Un hombre vanidoso las habría sacado a relucir.

—Le aseguro que posee esas cualidades en el más alto grado, señor —continuó Jones—. Yo temía que no estuviera usted decidido del todo a que se efectuara tal matrimonio. Precisamente venía a rogarle, a suplicarle que no se opusiera a esta boda.

—Si ha venido usted a eso, puede irse perfectamente tranquilo —contestó el anciano—. Le doy mi palabra de que me siento muy satisfecho con su fortuna.

—Señor —contestó Jones—, que se muestre usted tan satisfecho, tan moderado en sus pretensiones, es una prueba de su clara inteligencia y de la nobleza de su alma.

—No, no tan moderado —contestó el padre—. No tan moderado.

—Eso que usted dice indica aún mayor nobleza —contestó el joven—. Es una locura considerar el dinero como el único fundamento de la felicidad, y más tratándose de una mujer como ésta, con muy escasa o ninguna fortuna.

—Tiene usted una opinión muy justa del dinero, amigo mío. Y quizá esté usted enterado de las circunstancias de la dama, lo mismo que lo está de sus cualidades. ¿Qué fortuna le calcula usted?

—¿Fortuna? Bastante mezquina para su hijo —contestó Jones.

—Entonces... ¿podría él escoger algo mejor? —preguntó el viejo.

—Eso no —contestó Jones—. Se trata de una de las mujeres más buenas del mundo.

—Bien, pero yo me refiero a bienes de fortuna... ¿Cuánto calcula usted que pueda poseer su amiga?

—Pues... todo lo más doscientas libras —contestó Jones.

—¿Se burla usted, caballero? —exclamó el padre un tanto amoscado.

—Nada de eso —contestó Jones—. Hablo en serio. No creo injuriar a la muchacha, pero, si es así, le pido perdón.

—Sí, la ofende usted —afirmó el anciano—. Estoy seguro de que posee cincuenta veces esa suma, y para que yo acceda a que se case con mi hijo, tendrá que aumentarla en otro tanto.

—Es demasiado tarde para hablar de consentimiento —dijo Jones—. Su hijo está ya casado.

—¿Casado mi hijo? —exclamó el anciano caballero en el colmo de su asombro.

—Claro que sí. Y yo creía que usted lo sabía —contestó Jones.

—¡Casado con miss Harris! —exclamó de nuevo el padre.

—¿Con miss Harris? —dijo Jones—. No, señor, nada de eso. Con miss Anne Miller, hija de Mrs. Miller, en cuya casa se alojaba. Y aunque su madre se vea obligada a alquilar habitaciones, se trata de una verdadera señorita en toda la acepción de la palabra.

—¿Está usted bromeando o habla en serio? —preguntó el padre con voz solemne.

—¿Bromeando? —contestó Jones—. Detesto las bromas. He venido a hablar con usted con toda seriedad. Ya suponía, y ahora veo que es cierto, que su hijo no se había atrevido a participarle a usted un matrimonio tan inferior a él en cuanto a fortuna. Pero la reputación de la muchacha no consentía que se mantuviera más tiempo el secreto.

Mientras el padre se quedaba atónito al oír la noticia, en la estancia penetró un caballero que saludó al anciano con el nombre de hermano.

Pero aunque tuvieran un parentesco tan próximo, se diferenciaban enormemente en la manera de ser. El hermano recién llegado también había comenzado en el comercio; sin embargo, tan pronto como se vio en posesión de seis mil libras adquirió con la mayor parte de este dinero una pequeña finca y se retiró al campo, donde contrajo matrimonio con la hija de un clérigo, una joven que si bien carecía de belleza y de fortuna, le había seducido por su gracia, de la que estaba perfectamente dotada.

Había vivido al lado de esta mujer durante veinte años, gozando de un estado más semejante al que los poetas atribuyen a la Edad de Oro que a cualquiera de los modelos que nos proporciona la edad moderna. De ella tuvo cuatro hijos. Pero ninguno de ellos había llegado a la edad adulta, salvo una hija, a quien sus padres acabaron por echar a perder, es decir, educaron con tanta ternura y mimo, que ella les devolvía corregidos y aumentados, que acababa de rechazar un matrimonio muy conveniente con un caballero que había sobrepasado la cuarentena, sencillamente porque no se decidía a separarse de sus padres.

La joven que Mr. Nightingale había buscado para su hijo era parienta cercana de su hermano y amiga de su sobrina, y se debía a esta circunstancia, a la proyectada boda, el que el hermano hubiera venido ahora a Londres. Pero no con intención de alentarla, sino todo lo contrario, para disuadir a su hermano de unos propósitos que, a su parecer, serían causa de la ruina moral de su sobrino. El hombre no columbraba otro fin a aquella proyectada unión con miss Harris, pese a su gran fortuna, puesto que tanto su persona como su inteligencia no parecían prometer felicidad matrimonial de ningún género, ya que era muy alta, tan delgada como un huso y enormemente fea, afectada, tonta y de pésimo carácter.

Por este motivo, en cuanto su hermano mencionó lo del matrimonio de su hijo con miss Miller, el recién llegado expresó la mayor satisfacción, y cuando el padre comenzó a insultar y denigrar a su hijo, amenazándole con no entregarle ni un chavo, el tío habló del siguiente modo:

—Si no estuvieras tan acalorado, querido hermano, te preguntaría si quieres a tu hijo por él mismo o por ti. Seguramente tú me responderías que por él, y pienso que es su felicidad lo único que intentas conseguir con el matrimonio que le has buscado. Ahora bien, hermano, dictar las reglas de la felicidad a otras personas me ha parecido siempre absurdo y estúpido, aparte de que insistir en ello lo considero una tiranía. Es un error vulgar, ya lo sé. Pero no por ello deja de ser un error. Y si resulta absurdo en otros terrenos, mucho más lo es en el del matrimonio, cuya felicidad depende por completo del cariño que se tengan los dos que lo forman. Por esta razón me ha parecido siempre muy poco razonable en los padres su deseo de elegir marido o mujer para sus hijos, pues es un vano intento de crear un afecto. También reconozco, sin embargo, que si bien un padre no debe imponer jamás su criterio en esta materia,

tiene derecho a ser consultado, y si es preciso debe negar su autorización a la boda que se intenta. Admito, pues, que mi sobrino al casarse sin pedirte consejo ha incurrido en una falta grave. Pero, hablando con sinceridad, ¿no has contribuido tú en algo a que el muchacho cometiese esa falta? Con tus frecuentes declaraciones sobre el tema, ¿no le habrás proporcionado el convencimiento moral de tu oposición decidida, en el caso de que su novia no aportase dinero al matrimonio? ¿Tu cólera de ahora no tiene su origen en ello? Y si tu hijo ha rebasado sus deberes hasta ese punto, ¿no abusaste tú de tu autoridad cuando, prescindiendo por completo de él, le preparaste un matrimonio con una mujer a quien jamás has visto y a quien si conocieras y trataras como yo lo he hecho te hubiera parecido una verdadera locura la simple idea de unirla en matrimonio con tu hijo? Aunque reconozco que mi sobrino ha cometido una falta, ésta no es en modo alguno imperdonable. Ha actuado sin tu consentimiento en un problema en que su deber de hijo era el consultarte. Pero se trata de una cuestión en la que el principal interesado es él. Sin duda reconocerás que sólo tuviste en cuenta su interés y que si, por desgracia, éste difería del tuyo y era equivocado en la idea de la felicidad, ¿querrías, hermano, si es que de veras estimas a tu hijo, llevar adelante el asunto? ¿Acrecentarás los malos resultados de su elección? ¿Intentarás conducirlo a una miseria que puede ser problemática? En resumen, hermano, si las circunstancias impiden que disponga de tanto dinero como tú hubieras querido para él, ¿vas por eso a procurar su desgracia?

Con la fuerza de su fe católica, san Antonio se atrajo a los peces. Orfeo y Amphion fueron algo más allá, y con la armonía y dulzura de su música encantaron a objetos inanimados. Ambos son casos maravillosos. Pero tanto la Historia como la fábula no dan cuenta de un solo caso en que por la sola fuerza de los argumentos y de la razón triunfaran jamás de la avaricia.

En lugar de contestar a su hermano, Mr. Nightingale padre se limitó a decir que ambos habían diferido siempre en su modo de pensar sobre la educación de sus hijos.

—Hubiera preferido, hermano —repuso—, que te hubieras limitado al cuidado de tu hija y no te preocupases de las cosas de mi hijo, que tan poco ha ganado con tus preceptos y tu ejemplo.

John Nightingale era ahijado de su tío y había vivido más con él que con su padre, lo que hacía que el tío dijera a veces que quería a su sobrino casi tanto como a su hija.

Tom Jones se sintió encantado con el nuevo caballero, y cuando, tras de varios intentos, observó que el padre de John se mostraba cada vez más irritado, en vez de apaciguarse, Tom condujo al tío a casa de Mrs. Miller a fin de que se entrevistara con su sobrino.

CAPÍTULO IX

DONDE MR. NIGHTINGALE HIJO SE CONFIESA A SU TÍO.

Al llegar a su casa, Tom Jones encontró las cosas muy distintas de como las había dejado al salir. Mrs. Miller, sus dos hijas y John Nightingale estaban cenando juntos cuando el tío, sin previo aviso, apareció ante ellos, pues conocía a todos por haber visitado a su sobrino en diversas ocasiones en aquella casa.

El caballero se dirigió en primer lugar a miss Anne, la saludó con la mayor ceremonia, haciendo lo mismo luego con la madre y la otra hermana. Por último cumplimentó a su sobrino, haciéndolo con el mismo buen talante y cortesía que si éste se hubiera casado con una igual o superior a él en fortuna y posición social.

Tanto miss Anne como su supuesto marido se tornaron pálidos, y más bien parecieron sorprendidos y perplejos ante la inesperada visita. Pero Mrs. Miller aprovechó la primera ocasión para salir de la estancia y, habiendo llamado a Tom al comedor, se arrojó a sus pies. Acompañando sus palabras con abundantes lágrimas, llamó al joven su ángel bueno, el salvador de su familia y otras cosas no menos expresivas y cariñosas.

Luego de dar rienda suelta a estas manifestaciones de agradecimiento que, según afirmó, tenía que expresar, pues de lo contrario hubiera reventado, comunicó a Tom que todo estaba resuelto entre Mr. Nightingale y su hija, pues se iban a casar a la mañana siguiente. Pero como Tom demostró su alegría al oír la noticia, la infeliz mujer tornó a manifestarle su agradecimiento con una nueva serie de palabras de fervoroso agradecimiento, hasta que al cabo la mujer guardó silencio, y ambos regresaron a la habitación donde se encontraban los demás.

Pasaron dos o tres horas muy agradables, durante las cuales el tío, que era harto aficionado a beber, alentó de tal modo al sobrino, que éste, si no estaba borracho, comenzaba a sentirse demasiado alegre. Entonces Mr. Nightingale rogó a su tío que le acompañara a la habitación que antes había ocupado en aquella casa, donde declaró lo siguiente:

—Como siempre has sido para mí el mejor y más cariñoso de los tíos, y como has demostrado una bondad y una comprensión sin límites al disculpar este matrimonio, que debe de parecerle un poco imprevisto, no me lo perdonaría jamás si ahora te engañara.

A continuación confesó lo que ocurría.

—¿Cómo, John? —exclamó el tío sorprendido—. ¿Entonces no estás realmente casado con esa joven?

—No, no lo estoy —contestó Nightingale—. Te he dicho la pura verdad.

—Mi querido sobrino —exclamó el tío, besando al joven—. No sabes lo que me alegra oírte decir eso. Jamás me he sentido más satisfecho. Si ya hubieras estado casado te habría ayudado para sacar el mejor partido posible de un mal negocio. Pero existe una gran diferencia entre una cosa irrevocable y otra que todavía se ha de llevar a cabo. Permite que actúe tu razón, querido John, y entonces verás este matrimonio desde un punto de vista tan absurdo y descabellado que no será necesario emplear ningún argumento persuasivo para convencerte.

—¿Cómo, tío? —preguntó John—. ¿Es que existe alguna diferencia entre haber realizado un acto o haberse comprometido a realizarlo?

—¡Bah! —exclamó el tío en tono desdeñoso—. El honor es algo creado por la sociedad y ésta, que es su creadora, puede gobernarlo y dirigirlo como le plazca. No ignoras la escasa importancia que se concede a estos incumplimientos de contrato. Incluso los más importantes son todo lo más motivo de conversación de un día. ¿Crees que habrá ningún caballero que después de lo ocurrido sienta el menor escrúpulo de entregarte su hija o su hermana? ¿Habrá hermano o hija que sienta escrúpulos de conciencia y no quiera aceptarte como marido? El honor no tiene nada que ver con semejantes compromisos.

—Perdóname, querido tío —repuso John—. Jamás me será posible pensar de ese modo. No sólo está interesado en ello mi honor, sino también mi conciencia y un sentimiento de humanidad. Estoy convencido de que si ahora abandonase a esa muchacha, las consecuencias serían la muerte para ella, considerándome yo entonces un asesino, un asesino que habría utilizado el más cruel sistema para matar, el de destrozarse un pobre corazón.

—¡Destrozar un pobre corazón! No, no, John —repuso el tío—. Los corazones de las mujeres no se destrozaron con tanta facilidad. Son muy sufridos, muchacho, enormemente sufridos.

—Además, tío —añadió John—, mi cariño está también en juego. Nunca podré ser feliz con otra mujer. ¿Cuántas veces no te he oído decir que los jóvenes debían de elegir por sí mismos, y que permitirías que mi prima Henriette lo hiciera así?

—Tienes razón, lo he dicho —contestó el tío—. Pero esto es en el caso de que elijan con prudencia. John, debes y tienes que dejar a esa joven.

—Pues yo te digo —replicó el sobrino— que debo tenerla y la tendré por encima de todo y pase lo que pase.

—¡Que la tendrás! —murmuró el tío—. No esperaba oír en tus labios semejante frase. Nada me sorprendería que hubieras empleado ese lenguaje con tu padre, que te ha tratado siempre como un perro y se ha mantenido de ti a la distancia que separa a un tirano de sus súbditos. Pero yo, que he convivido contigo como un amigo, podía y debía esperar de ti otro trato, aunque me explico perfectamente tu conducta: es el resultado de la absurda educación que has recibido y en la que tan escasa

participación he tenido yo. Ahí tienes a mi hija, a quien he educado como a una amiga, que jamás hace nada sin antes oír mi consejo, y nunca lo rehúsa cuando se lo doy.

—Todavía no has tenido que darle ningún consejo en asuntos como el mío —contestó John—. Mucho me equivocaría respecto a mi prima si se mostraba dispuesta a obedecer tus órdenes a fin de que diera de lado a sus más profundas inclinaciones.

—No critiques a mi hija —murmuró el caballero, con súbita emoción—. No hables de ella. La he educado para que no sienta inclinaciones distintas de las mías. Al permitirle que haga lo que le plazca, le he inculcado el hábito de que le guste lo que a mí me place.

—Perdóname, tío —dijo Nightingale—. No es mi intención hacer reflexiones sobre mi prima, por la que siento una gran estima, y estoy convencido de que jamás la someterás a una prueba tan terrible o le darás órdenes tan severas como a mí. Pero, querido tío, creo que debemos volver con los demás, pues temo que empiecen a inquietarse ante nuestra larga ausencia. Sólo te pido un favor, que no digas nada que pueda lastimar a la infeliz muchacha o a su madre.

—No temas, John —contestó el tío—. No entra en mi modo de ser ofender a ninguna mujer, así que te concedo el favor que me pides. Pero a cambio de él yo espero otro de ti.

—Son pocas las órdenes tuyas que yo no esté dispuesto a obedecer de buen grado.

—No te pido más que vengas conmigo a mi alojamiento a fin de que podamos hablar con mayor amplitud y libertad, pues tengo, si puedo, el deber de proteger a mi familia, pese a la loca obstinación de mi hermano, que se considera el hombre más sabio del mundo o poco menos.

John, que sabía bien que su tío era tan terco como su padre, se resignó a acompañarle. Ambos regresaron a la habitación donde estaban las mujeres, no sin que antes el caballero prometiera que se comportaría con idéntico decoro y cortesía que al principio.

CAPÍTULO X

UN BREVE CAPÍTULO QUE PONE FIN AL LIBRO.

La prolongada ausencia del tío y del sobrino produjo alguna inquietud en los demás, sobre todo, porque durante el diálogo anterior el tío elevó la voz más de una vez, lo suficiente para ser oído desde el piso de abajo, y aunque no se alcanzaba a comprender lo que decía, aquel detalle bastó para originar algún temor en Anne y en su madre, e incluso en el mismo Jones.

Cuando de nuevo se reunieron todos, los rostros de los recién llegados demostraban alguna alteración, habiendo desaparecido de ellos todo rastro de buen humor. Fue un cambio muy parecido a los cambios de tiempo frecuentes en estas latitudes.

Pero esta alteración no fue notada por los otros, ya que como cada uno trataba de disimular sus propios pensamientos, se hallaban demasiado ocupados para ser espectadores de la escena. Debido a esto, ni el tío ni el sobrino percibieron ningún síntoma de sospecha ni en la madre ni en la hija.

Al cabo de media hora se deshizo la reunión y tío y sobrino se marcharon. Pero el último, antes de marcharse, aseguró en voz baja a miss Anne que al día siguiente iría a verla con objeto de cumplir su promesa.

Jones, el menos interesado en el asunto, fue el que vio más claro en él. En efecto, sospechó la verdad de lo ocurrido, pues aparte de observar el cambio de conducta del tío y en la sospechosa finura con que ahora trataba a miss Anne, lo de separar a los dos novios en tal momento resultaba un procedimiento que sólo podía explicarse imaginando que Nightingale había revelado toda la verdad, dada la franqueza de su carácter y el mucho vino que había ingerido.

Mientras Tom se preguntaba si debía comunicar sus sospechas a aquella pobre gente, se le acercó la doncella de la casa para decirle que una mujer deseaba hablarle. Jones salió en el acto de la habitación, y tomando la vela que llevaba la doncella, acompañó al piso superior a la visitante, que no era otra que Mrs. Honour, la cual comunicó al joven noticias tan alarmantes a propósito de Sophia, que el joven no pudo por menor que dejar de preocuparse de ninguna otra persona, guardando toda su compasión y todas sus reflexiones para sus propias desgracias y las de su infortunada amada.

LIBRO DECIMOQUINTO

EN EL QUE LA HISTORIA AVANZA DOS DÍAS.

CAPÍTULO PRIMERO

ES DEMASIADO CORTO PARA NECESITAR PREFACIO.

Los escritores religiosos, o, por mejor decir, morales, enseñan que la virtud es el camino seguro de la felicidad, lo mismo que el vicio lo es de la miseria. Esta doctrina resulta muy saludable y sólo debemos hacerle una objeción: la de que no es cierta.

Si esos escritores entienden por virtud el ejercicio de esas virtudes cardinales que, al igual que las buenas esposas hogareñas y recatadas, permanecen siempre en casa ocupándose de los asuntos de su propia familia, estoy por completo de acuerdo con esa opinión, ya que tales virtudes conducen invariablemente a la felicidad, e incluso me atrevo, contradiciendo a sabios antiguos y modernos, a llamarlas sabiduría, ya que jamás ha existido un sistema más sabio que el de los antiguos epicúreos, los cuales apreciaban en alto grado tal sabiduría, al revés de los modernos epicúreos, que colocan la felicidad en la satisfacción de todo apetito sensual.

Pero si se entiende por virtud esa cualidad que se ocupa en cosas exteriores y persigue el bien de los demás, no estoy de acuerdo en que sea éste el camino más seguro para lograr la felicidad, ya que en muchas ocasiones camina en compañía de la pobreza, el desprecio, la murmuración, la envidia y la ingratitud, e incluso a veces nos vemos obligados a visitar dicha felicidad en la misma cárcel, cuyas puertas se han abierto para el infeliz que ha llevado a la práctica esa virtud.

Pero no dispongo de tiempo para extenderme sobre semejante tema. Mi deseo era aclarar una doctrina que se me presenta al paso, ya que mientras Mr. Jones intentaba preservar a su prójimo de la destrucción, el diablo o quizá algún otro espíritu maligno disfrazado de ser humano trabajaba de firme para impedirle que pudiera evitar la ruina de Sophia.

Esto podría tomarse como una excepción de la regla de que hablábamos antes, pero como en nuestra vida hemos presenciado otras muchas excepciones, preferimos poner en tela de juicio la doctrina, en que se fundamenta que aceptamos como cristiana, que no consideramos verdadera y que destruye uno de los más nobles argumentos para la creencia en la inmortalidad.

Y ahora, como la curiosidad del lector, si por acaso la siente, debe de estar al rojo vivo y deseando verse satisfecha cuanto antes, me apresuro a complacerla en lo posible.

CAPÍTULO II

DONDE SE DESCUBRE UN SINIESTRO PLAN CONCEBIDO EN CONTRA DE SOPHIA.

Recuerdo ahora a un anciano y prudente caballero que solía decir: «Cuando no se oye a los niños, es que están haciendo alguna travesura». Jamás me permitiré hacer extensivo este aserto del anciano a la parte más bella de la creación en general. Mas por lo menos diré que cuando los efectos de los celos femeninos no se muestran abiertamente en su propia salsa, hecha de rabia y furia, es como para sospechar que esa perniciosa pasión trabaja en secreto intentando minar el terreno, que no es igual que atacar a pecho descubierto.

Una muestra de esta manera de obrar es la conducta de lady Bellaston, que tras de todas las sonrisas con que adornaba su rostro, ocultaba un terrible odio hacia Sophia, y como había podido comprobar que esta muchacha se había interpuesto entre ella y la plena realización de sus deseos, decidió librarse de ella por uno u otro medio, no tardando en presentarse una ocasión favorable para el logro de sus propósitos.

El lector recordará sin duda que cuando Sophia se asustó en el teatro ante la algarada armada por un grupo de caballeretes que protestaban de la obra, se puso bajo la protección de un joven noble que la condujo sana y salva hasta su silla de mano.

El tal noble, que frecuentaba el hogar de lady Bellaston, había encontrado más de una vez en él a Sophia, y sentía por la joven una gran simpatía, simpatía que, como la belleza jamás resulta más favorecida que cuando la acosa la desgracia, se intensificó de tal modo durante el tumulto, que sin incurrir en el menor exceso podría afirmarse que el noble estaba enamorado de la joven.

No cuesta imaginar, pues, que el joven no dejaría pasar ocasión tan propicia para aumentar el conocimiento del objeto amado como la que al presente se le ofrecía, siendo así que la buena educación ya le inducía a realizar una visita a la casa.

Así que a la mañana siguiente al incidente visitó a Sophia, rindiéndole los cumplidos de rigor y expresándole su esperanza de que ya se hubiera repuesto del susto de la noche anterior.

Como sea que el amor, como una hoguera bien encendida, pronto se convierte en llamas, Sophia completó su conquista en muy escaso período. El tiempo se deslizó sin sentir, y el lord llevaría sus buenas dos horas junto a Sophia antes de que se le ocurriera pensar que había realizado una visita excesivamente prolongada. Aunque esto por sí solo hubiera sido suficiente para alarmar a Sophia, que era de por sí una muchacha reflexiva, adquirió una prueba mucho mayor de lo que se escondía en el corazón de su enamorado simplemente con leer en sus ojos. Aunque éste no osaba

hacer una declaración concluyente, sus palabras eran, por lo general, demasiado entusiastas y demasiado expresivas para poderlas atribuir únicamente al simple deseo de ser agradable, incluso en aquella época en que estaba de moda, lo contrario de ahora, en que lo importante es todo lo contrario.

En cuanto a lady Bellaston, descubrió el motivo de la visita del lord en el primer instante en que le vio, y la duración de la visita le confirmó en su impresión primera, es decir, que las cosas marchaban a su gusto. Se dijo que no debía favorecer aquel asunto haciéndose presente mientras los dos jóvenes estuvieran reunidos. Por esta razón ordenó a los criados que cuando el lord se dispusiera a salir le dijeran que ella deseaba hablar con él. Mientras tanto, reflexionó sobre cierto plan que se le había ocurrido y que estaba segura que el lord se mostraría dispuesto a seguir.

Lord Fellamar, pues tal era el título del noble, una vez en presencia de la dama, se vio interpelado del siguiente modo:

—¿Es que aún se encuentra usted aquí? Temía que mis criados se hubieran olvidado y le hubiesen dejado marchar a usted sin avisarle de que yo deseaba verle para un asunto de cierta importancia.

—Lady Bellaston —repuso el joven lord—, no me sorprende que se asombre usted de lo largo de mi visita, pues he permanecido arriba más de dos horas, siendo así que a mí me ha parecido que sólo ha transcurrido media hora.

—¿Qué debo deducir de esto, amigo mío? —inquirió la dama—. La compañía debe de haberle resultado a usted muy agradable, cuando el tiempo le ha pasado sin sentir.

—Le doy a usted mi palabra de honor que esta visita me ha resultado la más agradable que recuerdo haber efectuado en mi vida —repuso el joven lord—. Le suplico, lady Bellaston, que me diga usted quién es esa estrella rutilante que ha hecho usted surgir de pronto entre nosotros.

—¿Qué estrella rutilante? —exclamó la dama, haciéndose la sorprendida.

—Quiero decir, la joven que vi aquí el otro día y a quien tuve entre mis brazos anoche en el teatro, y a la que acabo de hacer una visita tan poco razonable.

—¡Oh, es mi prima Sophia! —repuso lady Bellaston—. Esa resplandeciente estrella es la hija de un propietario rural llamado Western, un caballero un tanto estúpido. La muchacha lleva viviendo conmigo unos días, y ésta es la primera vez que visita Londres.

—Pues yo me atrevería a jurar que ha sido educada en la corte misma —repuso lord Fellamar—, pues, prescindiendo de su belleza, jamás he visto un ser tan gentil, tan amable y tan educado como esa joven.

—¡Bravo! —exclamó lady Bellaston—. Veo que mi prima le ha conquistado a usted.

—No lo niego, ya que estoy locamente enamorado de ella.

—No ha elegido usted mal, se lo aseguro —afirmó la dueña de la casa—. Cuenta, además, con una gran fortuna. Es hija única y las propiedades de su padre rentan tres mil libras al año.

—Entonces, lady Bellaston —contestó el lord—, la considero el mejor partido de Inglaterra.

—Si de veras le gusta, lord Fellamar, me gustaría que fuera para usted.

—Puesto que se muestra usted tan amable conmigo, señora —murmuró el joven—, y dado que esa joven es pariente de usted, ¿quiere hacerme el honor de presentar mi propuesta de matrimonio al padre?

—¿Habla usted en serio? —exclamó lady Bellaston con seriedad fingida.

—Confío, lady Bellaston, que tenga usted mejor opinión de mí que la que supone creer que sea capaz de bromear sobre un asunto de esta índole.

—Será para mí un placer hacer la proposición al padre de Sophia, y me atrevo a asegurarle —contestó la dama— que la acogerá con verdadera alegría. Pero existe un obstáculo, que casi me avergüenzo de mencionar, aunque éste es tal, que no creo que pueda usted vencerlo jamás.

—Lady Bellaston, he sentido tal desmayo en mi corazón, que por un instante he creído que había llegado mi última hora.

—¡Y yo que creía haberle inflamado! —murmuró lady Bellaston—. ¡Un enamorado que habla de desfallecimiento de su corazón! Esperaba más que me pidiese usted el nombre de su rival, a fin de habérselas con él.

—Le aseguro, señora —repuso el lord—, que hay muy pocas cosas que yo no me sienta capaz de emprender por lograr a su encantadora prima. Pero, por favor, dígame, ¿quién es el afortunado mortal que posee el amor de esa joven?

—Por desgracia se trata de uno de los tipos más degradados que pueda usted imaginarse. Es pobre, bastardo y expósito. En suma, un individuo de peores condiciones que cualquiera de sus lacayos.

—¿Y es posible que una joven que reúne tantas perfecciones haya decidido entregarse a un hombre tan indigno?

—¡Oh, amigo mío! —repuso la dama—. No debe usted olvidar lo que es el campo. La perdición de todas las jóvenes viene de él. En el campo se conciben ideas románticas y no sé cuántos otros desatinos sobre el amor, que la ciudad y las buenas compañías no bastan para hacerlos olvidar en el curso de un invierno.

—Realmente, lady Bellaston —contestó el lord—, su prima vale demasiado para que ella pueda despreciarse a sí misma de tal modo. Hay que evitar a toda costa que siga adelante.

—¿Y cómo podría evitarse? La familia de mi prima ha hecho ya lo imposible. Pero ella está enamorada, y le tiene sin cuidado si se labra a sí misma su perdición. Y si he de serle franca, no me sorprendería oír el mejor día que se había escapado con

ese individuo.

—Lo que me dice usted, lady Bellaston —repuso el lord—, me ha impresionado profundamente y suscitado mi compasión, en lugar de disminuir la adoración que siento por su prima. Tendremos que buscar la forma de poder conservar esa joya inestimable. ¿Ha intentado usted convencerla?

Lady Bellaston fingió sonreír y repuso:

—Mi querido amigo, creía que conocía usted mejor a las mujeres. ¡Suponer que un razonamiento pueda hacer que una mujer joven desista de sus deseos! Estas joyas inestimables son tan sordas como las joyas que usan. Crea que el tiempo es la única medicina que existe para curar la locura. Pero ésta es una medicina que estoy segura que usted no tomará. Sí, mi prima me preocupa enormemente. Estoy convencida de que sólo darán resultado con ella los procedimientos violentos.

—Entonces ¿qué es lo que debe hacerse? —inquirió el joven lord—. ¿Qué procedimiento hay que adoptar? ¿Existe un medio de evitar que cometa una locura? ¡Oh, lady Bellaston! ¡No hay nada que yo no esté dispuesto a realizar con tal de conseguir esa recompensa!

—En realidad, no lo sé —contestó la dama, tras de una breve pausa, que luego continuó—: Estoy a punto de volverme loca por culpa de esa muchacha. Si queremos salvarla, tenemos que hacer algo inmediatamente. Pero, como le he dicho, sólo son viables los procedimientos violentos. Si de veras siente usted tanto cariño por ella, para ser justos es merecedora de todo, si se prescinde de esa idiota inclinación que siente, aunque convencida de que muy pronto se dará cuenta de su locura, creo que existe un medio, aunque muy desagradable, la sola idea del cual me llena de horror. Se precisa mucha presencia de espíritu.

—No acierto a comprender por qué duda usted de mi fortaleza de ánimo —replicó el lord.

—No dudo de usted, querido amigo —contestó lady Bellaston—. Pero, en cambio, tengo mis dudas en cuanto a mi propio valor, pues me expongo a un grave riesgo. En suma, tengo que depositar tanta confianza en su honor como ninguna mujer debería depositar en un hombre por ningún concepto.

En este punto la dama se sentía plenamente satisfecha de su amigo, ya que gozaba fama de intachable y siempre se hablaba bien de él.

—Sin embargo, tengo miedo —murmuró la dama—. No, no puede ser. Buscaremos otro procedimiento. ¿Puede librarse usted hoy de sus compromisos y comer conmigo? Así dispondrá de la oportunidad de ver de nuevo a miss Western. Le aseguro que no tengo tiempo que perder. No estarán presentes más que lady Betty, miss Tagle, el coronel Hampsted y Tom Edwards. Pero éstos se marcharán pronto y luego no estaré en casa para nadie. Entonces podré ser más explícita con usted. Ya idearé algún medio para que se convenza usted del afecto que mi prima siente por ese

individuo.

Lord Fellamar aceptó la invitación, y ambos se separaron para irse a vestir pasadas las tres de la tarde.

CAPÍTULO III

DONDE SE PROSIGUE LA EXPOSICIÓN DEL PLAN CITADO ANTES.

Aunque sin duda el lector habrá deducido de nuestra historia que lady Bellaston era un miembro, y no de escasa importancia, del gran mundo, era en realidad un miembro bastante importante del pequeño mundo, como se llamaba a una sociedad muy distinguida y honorable que desde no hacía mucho tiempo florecía en nuestro país.

Entre otros excelentes principios, fundamento de tal sociedad, existía uno muy notable, de igual modo que fue norma de un honorable club de héroes, que se reunían al final de la última guerra, que cada uno de sus miembros debía luchar por lo menos una vez al día. En esta sociedad a que nos referimos lo era que cada uno de sus miembros contase, por lo menos en el curso de las veinticuatro horas del día, una mentira divertida, que tenía que ser propagada por todos los hermanos y hermanas de la secta.

Se contaban muchas historias de esta sociedad, tales como que el diablo era su presidente y se sentaba en persona en un sillón a la cabecera de la mesa. Mas después de una serie de averiguaciones, pudo comprobarse que no había nada de cierto en estos cuentos, que la reunión estaba formada por excelentes personas y que las mentiras que propagaban eran de tipo inofensivo, con las que sólo trataban de alegrar a la gente.

Edwards pertenecía a esta humorística sociedad, y a él se dirigió lady Bellaston como el individuo más adecuado para su propósito, proporcionándole una mentira, que él se encargaría de lanzar a los cuatro vientos a la primera indicación de la dama. Ésta no se presentó hasta la noche, cuando todos, menos él y lord Fellamar, ya se habían marchado.

En aquel preciso instante, entre las seis y siete de la noche, lady Bellaston, lord Fellamar, miss Western y Mr. Edwards se encontraban en la última jugada de su partida *de whist*. En aquel momento, Mr. Edwards recibió la insinuación de la dama, la cual dijo:

—Protesto, Mr. Edwards, por lo reservado que se ha tornado usted en los últimos tiempos. Antes acostumbraba usted a contarnos todas las novedades de la ciudad. En cambio, ahora parece usted ignorar el mundo en que vive.

Mr. Edwards respondió:

—La culpa no es mía, señora. Lo es de la insulsa época en que vivimos. Nada ocurre digno de ser contado. Por más que ahora recuerdo que al pobre coronel Wilcox le ha sucedido algo por más desagradable. ¡Pobre Edward! Ustedes le conocen. Yo siento mucho interés por él.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó lady Bellaston con interés.

—Esta mañana ha matado a un hombre en duelo.

Lord Fellamar, que no estaba en el secreto, inquirió con súbito interés quién era el muerto, a lo que Edwards respondió:

—Un joven que ninguno de nosotros conoce, un muchacho de Somersetshire recién llegado a Londres y que se apellidaba Jones, pariente muy cercano de un tal míster Allworthy, de quien sin duda usted habrá oído hablar. Vi al joven tendido sin vida en un café, y puedo afirmar que se trataba de un mozo apuesto y guapo.

Sophia, que había comenzado a repartir las cartas en el momento que Edwards comenzaba a hablar del hombre muerto en desafío, se detuvo un instante y escuchó con la mayor atención, ya que todas las historias de esta índole le interesaban. Pero en cuanto el caballero concluyó su relato, siguió repartiendo las cartas. Mas después de dar tres cartas a uno, siete a otro y diez al tercero, el resto de la baraja se desprendió de sus manos y ella se inclinó, desmayada, en su asiento.

Los presentes se condujeron como es usual en tales casos. Se produjo el alboroto consiguiente, se requirió la ayuda necesaria, hasta que al fin Sophia volvió en sí y, en cumplimiento de sus ruegos, la condujeron a su cuarto, donde lady Bellaston le confesó la verdad, atribuyendo las palabras de Edwards a una broma ideada por ella, consolándola con reiteradas afirmaciones de que tanto lord Fellamar como Mr. Edwards no estaban en el secreto, pese a que era ella quien había sugerido al último la broma.

No fueron necesarias más pruebas para convencer a lord Fellamar de la verdad de lo dicho por lady Bellaston, y cuando ésta regresó a la habitación, entre ambos maquinaron un plan que, aunque no resultaba del todo indigno de un lord —éste prometió y decidió cumplir con la mayor lealtad, ofreciéndole a Sophia toda la reparación necesaria casándose con ella—, muchos de nuestros lectores al enterarse de él no podrán por menos de detestarlo.

La hora señalada para llevar a cabo el alevoso plan fue la noche siguiente, a las siete. Lady Bellaston cuidaría de que Sophia se encontrara sola y de que el lord fuera conducido a su presencia. La mayor parte de los criados serían enviados, con distintos pretextos, fuera de la casa. En cuanto a Mrs. Honour, que para evitar posibles sospechas tenía que permanecer junto a su ama hasta la llegada del lord, la propia lady Bellaston cuidaría de entretenerla en una habitación lo más alejada posible de la escena y también fuera del alcance de la voz de Sophia.

Convenido todo, lord Fellamar se despidió de lady Bellaston y ésta se retiró a descansar, muy satisfecha con un plan cuyo éxito no ponía en duda. Gracias a él, alejaría para siempre a Sophia de Jones, mediante un proyecto del que jamás podría echarse la culpa a ella, aunque la cosa se hiciera pública. Pero ya cuidaría ella que esto no ocurriera apresurando una boda a la que Sophia, una vez violada, no tendría

más remedio que acceder. Además, contaría con el beneplácito de su familia.

Pero la cosa no se presentaba del mismo modo para el otro conspirador. Su espíritu vivía sumido en ese estado de angustiosa ansiedad que tan bellamente fue descrito por Shakespeare:

*Entre la ejecución de una mala acción
Y la primera idea tenida de la misma,
El tiempo aparece como un sueño odioso;
La imaginación y los medios materiales se hallan en pugna.
Y el hombre puede compararse a un pequeño reino,
Que sufre los embates de una revolución...*

Aunque la súbita violencia de su pasión le había hecho aceptar con el mayor entusiasmo la primera sugerencia del infame proyecto de lady Bellaston, en especial por venir de una parienta de Sophia, no obstante, cuando consultó el problema con la almohada y ésta no tuvo inconveniente en mostrarle toda la felonía encerrada en semejante proyecto y las consecuencias que podrían tener para él, su primera resolución comenzó a debilitarse, y tras de una larga lucha consigo mismo, que se prolongó durante toda la noche, entre su honor y su deseo, venció al fin el primero, decidiendo visitar a lady Bellaston y renunciar al plan convenido con la dama.

Lady Bellaston se encontraba aún en la cama, pese a que ya era tarde, y Sophia se hallaba sentada junto a ella cuando una criada le anunció que lord Fellamar estaba abajo en el gabinete. Lady Bellaston dijo que le recibiría inmediatamente. Pero tan pronto como salió la criada, Sophia suplicó a su prima que no alentase las visitas de aquel odioso lord —asimismo le llamó, aunque creemos que un poco injustamente—, por el deseo de satisfacerla.

—He adivinado sus intenciones —añadió la joven—, pues ayer mañana se presentó decidido a hacerme el amor. Pero como estoy resuelta a no hacerle el menor caso, le ruego a usted que no nos deje solos nunca más y que diga a los criados que cuando vuelva a preguntar por mí le digan que no recibo.

—¡Vamos, niña! —exclamó lady Bellaston—. Vosotras, las que vivís en el campo, tenéis la cabeza llena de imaginaciones y de novios, y creéis que todo el que se muestra un poco atento con vosotras os está haciendo el amor. Lord Fellamar es uno de los jóvenes más apuestos de Londres y estoy segura de que únicamente desea ser galante contigo. ¡Hacerte el amor! ¡Ojalá fuera cierto! ¡Bien tonta serías si no le hicieras caso!

—Muy bien, pero como no me importa aparecer como tonta —replicó Sophia—, confío que no me importará más con sus visitas.

—No tienes por qué mostrarte tan pusilánime —replicó lady Bellaston—. Si estás

decidida a escaparte con Tom Jones, no sé de nadie que pueda impedirte.

—Me ofende usted, prima —repuso Sophia—. Jamás huiré con ningún hombre, ni tampoco me casaré jamás contra los deseos de mi padre.

—Muy bien, Sophia —exclamó la dama—. Si no te sientes de humor para ver a nadie esta mañana, puedes meterte en tu cuarto, pues a mí no me asusta lord Fellamar, y ahora mismo voy a decirle que suba a mi gabinete.

Sophia agradeció a su prima la indicación y salió de la estancia. Instantes después era admitido en la misma lord Fellamar.

CAPÍTULO IV

DONDE PODRÁ COMPROBARSE QUE CUANDO UNA DAMA APLICA SU ELOCUENCIA A PROPÓSITOS DAÑINOS, PUEDE RESULTAR UN ABOGADO MUY PELIGROSO.

Cuando lady Bellaston conoció los escrúpulos que corroían el ánimo del joven lord, le trató con idéntico desdén que uno de esos conocedores de la ley, llamados procuradores de Newgate, tratan los escrúpulos de conciencia de un joven testigo.

—Mi querido lord —empezó—, creo que necesita usted tomar un cordial. Enviaré a casa de lady Edgely por uno de sus mejores aguardientes. ¡Qué vergüenza! ¡Sea usted más animoso! ¿Es que le asusta a usted la palabra estupro? ¿O teme...? Si la historia de Elena de Troya fuera moderna, me parecería poco lógica. Me refiero al proceder de París, no al amor de ella, pues todas las mujeres sienten amor por un hombre valiente. Está también la historia de las Sabinas, pero ésta también es muy antigua. Tal vez sienta usted admiración por mi cultura, pero debe saber que Mr. Hooks nos decía que gracias a ella salían después excelentes esposas. Creo que muy pocas de mis amigas casadas fueron admiradas por sus maridos.

—Por favor, se lo suplico, lady Bellaston, no me ridiculice usted de ese modo —suplicó lord Fellamar.

—Mi apreciado lord —contestó la dama—, ¿no le parece a usted que cualquier mujer inglesa se reiría de usted en lo más profundo de su alma, por mucho que intentara disimularlo en su rostro? Me está usted obligando a emplear este extraño lenguaje y a traicionar a las de mi propio sexo. Pero tengo suficiente con saber que mis intenciones son buenas y que trato de servir a mi prima, pues tengo la seguridad de que sería usted un buen esposo para ella. De no ser así jamás se me hubiera ocurrido el procedimiento que pensábamos llevar a la práctica. A fin de cuentas, si renuncia usted a él, jamás podrá echarme ella en cara que ha perdido a un hombre valiente, condición que incluso sus mayores están dispuestos a conceder al pobre muchacho.

Dejamos a aquellos que gozan del placer de oír reflexiones de esta índole procedentes de sus esposas o queridas, que digan si son endulzadas por los labios femeninos. El caso es que en la presente ocasión hicieron más mella en lord Fellamar que si hubieran sido proferidas por Demóstenes o Cicerón.

Al observar lady Bellaston que había logrado despertar el orgullo del joven lord, se lanzó, como un verdadero orador, a provocar otras pasiones en su ayuda.

—Lord Fellamar —dijo con acento solemne—, creo que fue usted el que primero me habló de este asunto, pues de ningún modo quiero aparecer como una persona que

intenta entregarle a usted a mi prima. Ochenta mil libras no necesitan abogado que las recomiende.

—Ni miss Western —replicó el lord— necesita recomendarse por su fortuna, puesto que, a mi juicio, muy pocas mujeres la igualan en encantos.

—Sí, lord —repuso la dama, mirándose al espejo—. Le aseguro a usted que ha habido mujeres que la igualaron en encantos, y esto no quiere decir que yo trate de restar méritos a mi prima. Sin duda es una muchacha deliciosa y encantadora, que dentro de algunas horas se encontrará entre los brazos de alguien que no creo que la merezca, aunque tenga que reconocer que es un hombre de valor.

—Así lo espero, señora —repuso el lord—, aunque admito que él no la merece, pues a no ser que el cielo o usted lo impidan, dentro de unas horas estará entre mis brazos.

—Muy bien hablado, amigo —exclamó la dama ahora—. Le prometí a usted que por mi parte no fracasaría el plan, y ahora estoy plenamente convencida de que dentro de esta misma semana podré llamarle a usted en público mi primo.

El resto de la escena quedó reducido a una serie de cumplidos y excusas, muy agradables sin duda para ser escuchadas por los que las decían, pero sin la menor importancia para repetir las aquí. De modo que pondremos fin a este diálogo, y nos prepararemos para la hora fatal en que todo estaría dispuesto para la destrucción de la desgraciada Sophia.

CAPÍTULO V

DONDE SE RELATAN ALGUNAS COSAS QUE PUEDEN IMPRESIONAR, Y OTRAS QUE TAL VEZ SORPRENDAN AL LECTOR.

Ya habían dado las siete en el reloj, y la pobre Sophia, solitaria y melancólica, se encontraba sentada leyendo una tragedia. Se trataba de El matrimonio fatal, y había llegado ya a esa parte de la obra en que la infeliz Elizabeth dispone de su anillo de boda.

El libro se le cayó entonces de las manos y un torrente de lágrimas se deslizó por sus mejillas. En esta situación permaneció durante un tiempo, hasta que la puerta de la estancia se abrió y por ella penetró lord Fellamar. Sophia se puso en pie al verle, mientras el lord, avanzando y saludándola con una profunda reverencia, dijo:

—Temo, miss Western, haberle interrumpido bruscamente.

—Cierto, milord —repuso la joven—. Debo confesar que me ha sorprendido su inesperada visita.

—Sí, tiene usted razón. Mi visita es inesperada —contestó lord Fellamar—. Mis ojos fueron fieles intérpretes de mi corazón cuando tuve el honor de verla la última vez. Por este motivo, no podía usted esperar el retener mi corazón en su poder, sin que recibiera una visita de su dueño.

Pese a su azoramiento y perplejidad, Sophia contestó a estas palabras altisonantes con una mirada de inconcebible desdén. El lord pronunció a renglón seguido otro discurso más largo, aunque en el mismo tono del anterior. Al oír esto, Sophia, toda temblorosa, replicó:

—¿Es que se ha vuelto usted loco? No encuentro otra excusa para su conducta.

—Sí, miss Western, me encuentro en el estado que usted ha dicho —afirmó el lord—, y confío que disculpará usted los efectos de un frenesí cuya única causa es usted. El amor que siento por usted me ha privado de la razón de forma tal, que apenas me doy cuenta de mis acciones.

—Le doy mi palabra de honor que no comprendo en absoluto ni sus palabras ni su conducta —contestó Sophia en tono altivo.

—Permítame entonces, miss Western —dijo el lord—, que me ponga a sus pies para explicarle ambas, poniendo al descubierto por completo mi corazón. ¡Oh, mujer adorable y divina! ¿Qué palabras podrán expresar los sentimientos que embargan mi corazón?

—Milord, si continúa usted así, no podré seguir escuchándole.

—No me deje de modo tan cruel. Si me fuera posible convencerla de la pena que siento, estoy seguro de que su tierno corazón tendría piedad de mí y de lo que sus

ojos han causado. —Luego lanzó un profundo suspiro y, cogiendo a Sophia por una mano, prosiguió durante unos minutos en un tono que sería más del agrado del lector que lo fue de la pobre Sophia, hasta que concluyó con las siguientes palabras—: Si yo fuera el amo del mundo, lo pondría a sus pies.

A Sophia le costó liberar su mano y contestó con gran decisión:

—Le prometo a usted, señor, que en ese caso daría de lado con idéntico desprecio al mundo y a su dueño.

Acto seguido hizo un movimiento como para marcharse, pero lord Fellamar, volviéndole a coger la mano, masculló:

—Perdóneme usted, ángel mío, estas libertades, producto tan sólo de mi desesperación. Créame, si yo hubiera tenido la menor esperanza de que tanto mi título como mi fortuna, no despreciables ninguno de ambos, a no ser que se comparen con usted, habrían de ser aceptados, se los hubiera ofrecido del modo más humilde y sincero. Pero me es imposible perderla. Antes me condenaría. Tiene que ser usted mía sea como sea.

—Milord —exclamó Sophia—, le suplico desista de sus vanas intenciones. Jamás le haré el menor caso. Suélteme la mano, por favor. Estoy decidida a separarme de usted ahora mismo, y jamás volveré a verle.

—Entonces, miss Western, tengo que aprovechar este momento, pues no puedo vivir ni viviré sin usted.

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió Sophia—. Ahora mismo llamaré a mi familia.

—El único miedo que siento es el de perderla —replicó el lord—, y estoy resuelto a evitarlo por el único camino que la desesperación me aconseja.

Acto seguido la cogió entre sus brazos, a cuyo acto Sophia respondió con chillidos tan fuertes, que sin duda habría acudido alguien en su auxilio, de no haberse preocupado lady Bellaston de alejar a todo el mundo de la casa.

Pero entonces se produjo una circunstancia por demás oportuna para Sophia. Un nuevo ruido dentro de la casa casi ahogó sus gritos, pues en toda la casa resonaban frases como éstas:

—¿Dónde está? ¡Enseñadme su cuarto! ¿Dónde se encuentra mi hija? ¡Sé que se encuentra en esta casa, y la veré sea como sea! ¡Decidme dónde se encuentra!

Tras de estas últimas palabras se abrió la puerta y en la habitación apareció el caballero Western, con su párroco y una serie de esbirros tras él.

¡Qué apurada debía de ser la situación de Sophia cuando la colérica voz de su padre resonó en sus oídos como una voz celestial! La joven la oyó con verdadera alegría, ya que era el único accidente que podía evitar que perdiese para siempre la tranquilidad de su espíritu.

Sophia, pese a su terrible susto, reconoció la voz de su padre, y lord Fellamar, no

obstante la pasión que le dominaba, reconoció la voz de la razón. Notando que la voz se aproximaba y comprendiendo a quién pertenecía pues el caballero había pronunciado más de una vez a gritos la palabra hija, y Sophia, en medio de la lucha, había llamado a su padre, soltó a su presa, que sólo sufrió el contacto de sus ardientes labios en el cuello.

Si la imaginación del lector no me ayuda un poco, jamás me será posible describir la situación de estas dos personas cuando el caballero Western penetró en la estancia. Sophia, vacilante en una silla, con toda su ropa en desorden, pálida, sin aliento, rebosante de indignación contra lord Fellamar, estaba aterrorizada, aunque, no obstante, contenta por la súbita aparición de su padre.

El joven lord se encontraba sentado junto a ella, la bolsa de la coleta de la peluca colgando sobre uno de los hombros, el resto de su traje en pleno desorden y una mayor cantidad de tela de hilo de la acostumbrada asomando sobre su pecho. En lo moral, se sentía a la vez perplejo, atemorizado, humillado y lleno de vergüenza.

En lo que toca al caballero Western, se hallaba dominado por un enemigo que muchas veces persigue y rara vez deja de alcanzar a la mayor parte de los caballeros de este reino que habitan en el campo. Se encontraba, hablando pronto y claro, completamente borracho, circunstancia que, unida a su habitual impetuosidad, no produjo otro efecto que el de precipitarle hacia su hija, a la que maltrató de palabra sin la menor piedad, y sin duda hubiera levantado la mano contra ella de no haberse interpuesto el párroco, que dijo:

—¡Por Dios santo, señor! No olvide usted que se encuentra en la casa de una gran señora. Le suplico que modere su indignación. Debe bastarle con la satisfacción de haber hallado a su hija. La venganza no nos compete. Yo estoy seguro de que usted la perdona, ella se arrepentirá de todo lo hecho y tomará a cumplir con su deber.

Al principio, la fuerza de los brazos del cura sirvió más que la fuerza de sus palabras. Sin embargo, lo último dicho produjo algún efecto, pues el caballero contestó de esta manera:

—Sí, la perdonaré si se arrepiente. Sophia, te perdono si te arrepientes. ¿Por qué callas? ¿Por qué no respondes? ¡Qué testarudez!

—Sea usted un poco más moderado, señor —dijo el párroco—. Asusta usted demasiado a la muchacha y la priva del uso de la palabra.

—¿Se pone usted de su parte? —preguntó el caballero—. ¡Un párroco dando la razón a una muchacha desobediente! Tengo la impresión de que le voy a enviar a usted al cuerno.

—Le pido perdón con toda humildad —musitó el párroco—. Le aseguro que no tuve intención de ponerme de su parte.

En aquel momento penetró en la estancia lady Bellaston y se acercó a Western, el cual recordó al punto las instrucciones de su hermana y saludó a la dama con una

reverencia, a estilo rural, dedicándola de paso algunos galantes cumplidos. A continuación, el caballero expuso sus quejas y dijo:

—Dan ustedes albergue a la muchacha más desobediente del mundo, señora. Está enamorada de un bribón que no posee un penique y rehúsa casarse con uno de los mejores partidos de toda Inglaterra.

—Me parece, pariente, que es usted injusto con mi prima —contestó la dama—. Estoy segura de que posee una excelente inteligencia y que no rehusará aquello que le pueda resultar ventajoso.

Fue una equivocación voluntaria que lady Bellaston dejó caer con toda intención. De sobra sabía a quién se refería Mr. Western, aunque al mismo tiempo pensó que tal vez el padre acogería favorablemente la candidatura de lord Fellamar.

—¿Has oído lo que ha dicho esta señora? —dijo Western, dirigiéndose a su hija—. Toda su familia es partidaria del matrimonio que yo te he arreglado. Vamos, Sophia, sé buena y haz feliz a tu padre.

—Si es mi muerte lo que le hará a usted feliz, padre, pronto lo será —dijo Sophia.

—Eso es mentira, Sophia, y tú lo sabes.

—Calumnias a tu padre, prima —terció lady Bellaston—. Él sólo desea que sientas interés por esa boda, y todos sus amigos hemos de reconocer el gran honor que se hace a tu familia con ese proyecto.

—Cierto que a todos nos honra —dijo Western—, pero el proyecto no fue idea mía. A ella le consta que fue a su tía a la que se le ocurrió primero. Vamos, Sophia, te ruego una vez más que te muestres dócil y des tu consentimiento delante de tu prima.

—Permíteme que conceda al caballero tu mano, prima —pidió la dama—. Hoy en día no se pierde el tiempo con largos noviazgos.

—Claro que sí —afirmó el padre—. Ya tendrán tiempo más tarde para cortejarse mutuamente. Las parejas se cortejan muy bien después de haber dormido juntos en la misma cama.

Lord Fellamar se hallaba completamente convencido de que se referían a él tanto lady Bellaston como el padre de la muchacha, puesto que nunca había oído hablar de Blifil. El joven caballero se acercó e interviniendo en la conversación, dijo:

—Señor, no tenía el gusto de conocerle a usted personalmente, pero ya que soy tan afortunado que acepta mi propuesta, permítame que interceda en favor de la señorita. No la importunen más.

—¿Interceder usted? —preguntó el padre—. ¿Quién diablos es usted?

—Soy lord Fellamar, señor —contestó el joven—. Y, al mismo tiempo, el feliz mortal a quien usted ha hecho el honor de aceptar como yerno.

—Me importa usted un comino, a pesar de su casaca bordada y de sus encajes —contestó Western.

—Sufriré con humildad sus palabras, señor —contestó el lord—. Pero debo

advertirle que no estoy acostumbrado a oír semejante lenguaje.

—¡Vaya unos humos! —exclamó Western—. No crea que siento miedo de usted porque lleva una espada al costado. Suelte usted esa espada y ya le enseñaré yo a no inmiscuirse en lo que no le importa.

—Está bien, señor —repuso el lord—. No pienso armar escándalo delante de las damas. Me marchó bastante satisfecho. Señor, soy su humilde servidor. Lady Bellaston, a sus pies.

En cuanto el lord estuvo fuera, lady Bellaston se acercó a Mr. Western para decirle:

—¡Dios mío! ¿Qué ha hecho usted? No sabe a quién ha tratado tan desconsideradamente. Es un noble de primera clase y posee una gran fortuna. Ayer me propuso casarse con su hija, y yo estaba segura de que usted le aceptaría encantado.

—No tengo nada que ver con ninguno de sus lores —dijo el caballero—. Mi hija se casará con un honrado caballero que viva en el campo. Ya he atrapado a uno, y ella se casará con él. Y lamento de todo corazón si le he causado alguna molestia.

Lady Bellaston contestó que, en efecto, no había sufrido ninguna.

—Es usted muy amable —contestó el caballero—. Aunque yo haría lo mismo si se tratara de usted. Los parientes debemos ayudarnos unos a otros. Le deseo una buena noche. Vamos, Sophia, sal de la casa de buen grado, o bien te llevarán hasta el coche a la fuerza.

Sophia respondió que estaba dispuesta a acompañarle de buen grado, sin hacer la menor resistencia. Pero suplicó que la transportasen en una silla de manos, ya que afirmó no encontrarse en condiciones para ser llevada de otro modo.

—¿Qué dices? —exclamó el padre—. ¿Que no puedes ir en coche? No, no. Jamás te perderé de vista hasta que te cases.

Sophia contestó a su padre que le estaba destrozando el corazón.

—¡Destrozarle el corazón! —masculló el padre—. ¡Como si un buen marido pudiera destrozarlo!

Entonces cogió la mano de su hija con movimiento brusco, lo que obligó al sacerdote a intervenir de nuevo, suplicándole que emplease métodos más suaves.

El caballero dejó escapar un taco y pidió al cura que contuviera su lengua.

Después preguntó:

—¿Es que se figura usted que se halla en el púlpito? Cuando usted habla de Dios jamás me meto en lo que dice usted. Pero ahora no permitiré que se empeñe usted en darme una lección. Vamos, Sophia, sé una buena muchacha y todo saldrá perfectamente.

Entonces Mrs. Honour apareció en el arranque de la escalera y, haciendo una reverencia al caballero, la mujer se ofreció a acompañar a su ama.

Sin embargo, Mr. Western la apartó de un empujón a la vez que decía:

—¡Apártese, mujer, apártese! ¡No volverá usted a poner los pies en mi casa!

—¿Es que va usted a despedir a mi doncella? —preguntó Sophia.

—Sí, eso es lo que he decidido —replicó el padre—. Pero no temas, no estarás sin doncella, y será mejor que ésta, que apostaría cualquier cosa a que tiene muy poco de doncella. No, no, Sophia. Tu nueva doncella no planeará más escapatorias, te lo aseguro.

Dicho esto hizo subir a Sophia y al párroco al coche alquilado, al cual también subió él, ordenando al cochero que les condujera a su alojamiento. Durante el camino obligó a Sophia a estar callada, y él se entretuvo leyendo al párroco un manual sobre buenas maneras y el respeto que se debe a los superiores.

Es muy posible que Mr. Western no se hubiera llevado con tanta facilidad a su hija de casa de lady Bellaston si ésta se hubiera empeñado en retenerla. Pero, en realidad, se sintió muy satisfecha con el confinamiento que preveía para Sophia. Como había fracasado su plan con lord Fellamar, ahora se alegraba de que por otro método la separaran de Jones.

CAPÍTULO VI

DONDE SE EXPLICAN LOS MEDIOS DE QUE SE VALIÓ MR. WESTERN PARA DAR CON SU HIJA.

Aunque con frecuencia el lector se ve obligado a tragarse en muchas historias apariciones tan inexplicables como la de Mr. Western sin dársele explicación alguna, a nosotros nos gusta complacerle siempre que esté en nuestras manos. Así que ahora vamos a contar por qué medios llegó el caballero a descubrir el lugar donde se encontraba su hija.

En el capítulo tercero del libro anterior insinuamos, puesto que nuestra costumbre es la de no descubrir de una vez más de lo preciso en cada caso, que Mrs. Fitzpatrick, que deseaba de veras reconciliarse con su tío Western, creía que ahora se le presentaba una ocasión favorable para ello, impidiendo que Sophia cometiera la misma falta que había atraído sobre ella el enojo de toda la familia. De modo que después de mucho cavilar, decidió comunicar a su tía Mrs. Western dónde se encontraba su prima, y con este fin escribió la siguiente carta, que damos completa, por más de una razón:

Mi querida tía:

Esta carta es posible que sea bien recibida por usted, pues se refiere a una de sus sobrinas, aunque no tengo las mismas esperanzas en lo que toca a la otra.

Sin más preámbulos, tía. Cuando yo me disponía a arrojarme a sus pies me encontré, por una extraña casualidad, con mi prima Sophia, cuya historia conoce usted mucho mejor que yo, aunque, no obstante, la conozco lo suficiente para poder decir que corre peligro de seguir el mismo destino fatal que, por negarme a aceptar un sabio y prudente consejo, atraje sobre mí.

Abreviando, ayer vi al galán de mi prima, pues pasé un largo rato con él. Sin la menor duda, es un mozo guapo y apuesto. Sería muy largo de contar decir cómo he llegado a conocerle. Pero esta mañana he cambiado de casa para despistarle, pues temía que pudiera descubrir el paradero de mi prima a través de mí. Aún no sabe dónde se aloja ésta, y lo más prudente es que lo ignore hasta que mi tío se haya hecho cargo de ella. No hay que perder tiempo. Se encuentra en casa de lady Bellaston, a quien he visto, y que tiene intención de ocultarla a su familia. Ya sabe usted que se trata de una mujer extraña, aunque no creo que sea necesario decir nada sobre la cuestión a persona como usted, que también conoce a esta sociedad.

Confío que el celo que en la presente ocasión he mostrado por el bien de nuestra familia me recomendará de nuevo ante usted, que en todo momento se ha desvelado por el honor y el verdadero interés de todos nosotros, y que por este medio lograré recuperar su amistad, que tanto contribuyó y tan necesaria ha de serme para mi dicha futura.

Queda de usted su humilde servidora y obediente sobrina,

Henrietta Fitzpatrick

Mrs. Western se encontraba ahora en casa de su hermano, donde había vuelto a instalarse con el fin de proporcionarle algún consuelo en medio de su desgracia. De este consuelo, del que le suministraba una dosis diaria, ya hemos presentado con anterioridad una muestra.

Cuando la dama recibió la carta se encontraba de pie, de espaldas al fuego, administrando su ración diaria de consuelo al caballero, en tanto que éste fumaba su pipa. Acabada la lectura, se la pasó a su hermano, diciendo:

—Aquí tienes noticias de la oveja descarriada. La suerte te la devuelve de nuevo, y si sigues mi consejo, es posible que aún puedas conservarla.

Cuando el caballero Western terminó de leer la carta se levantó de un brinco de su asiento, lanzó al fuego su pipa y profirió un grito de alegría. Luego llamó a todos los criados, pidió a voces sus botas de montar y ordenó que *Chevalier* y otros caballos fueran ensillados y que inmediatamente fueran en busca del párroco Supple. Después se volvió hacia su hermana, la tomó entre sus brazos y, estrechándola con fuerza, exclamó:

—¡Maldita sea! No pareces muy contenta. Se diría que lamentas el que la haya encontrado.

—Querido hermano —repuso la dama—, los políticos más sagaces, que ven el fondo de los asuntos, descubren a menudo en estos aspectos otros muy distintos de los que a primera vista parecen. Es cierto que las cosas semejan ahora mucho menos desesperadas que lo que estaban antes en Holanda, cuando Luis XIV llegó ante las mismas puertas de Ámsterdam. Pero el asunto presente exige un tacto y delicadeza, al objeto de llevarlo a buen fin, de los que tú careces por completo, hermano, y perdona que te lo diga. A una persona distinguida como lady Bellaston hay que guardarle unas consideraciones que sólo se guardan en el gran mundo, y que tú desconoces por completo.

—Hermana, ya sé que no tienes buena opinión de mí en cuestión de educación y delicadeza. Pero te demostraré de una vez para siempre que estás equivocada. Aunque lleve tanto tiempo en el campo, no he olvidado las costumbres de la ciudad. Sé que sabré conducirme como es debido en donde sea. Si no sé hacerme cargo de mi hija en forma correcta, te autorizo a que me llames tonto durante todo el resto de mi

vida. También en Londres existirán jueces de paz como en todas partes.

—Me haces temblar —repuso Mrs. Western— ante la resolución de este asunto, que si quisieras seguir mis consejos podrías llevar a buen fin con gran facilidad. ¿Es que te figuras que la mansión de una dama de la aristocracia puede ser invadida por brutales jueces de paz? Te diré cómo tienes que proceder. Tan pronto como llegues a Londres y te hayas puesto un traje decente, puesto que el que ahora llevas no es adecuado para presentarse en parte alguna, debes pedir permiso a lady Bellaston para visitarla. Cuando seas admitido ante ella, como sin duda lo serás, le hayas contado tu historia y me hayas citado a mí, ya que me parece que vosotros sólo os conocéis de vista, aunque seáis parientes, estoy convencida de que dejará de seguir protegiendo a mi sobrina, que sin duda debe de habersele impuesto. Éste es el único procedimiento viable, no tus jueces de paz. ¿Es que te figuras que puede seguirse ese procedimiento con mujeres distinguidas y en una nación civilizada?

—¡Vaya unas naciones civilizadas donde las mujeres están por encima de las leyes! ¡Y que creas que tengo que mantener tantos cumplidos y miramientos con una sinvergüenza que mantiene separada a su hija de su padre! Te aseguro, hermana, que no soy tan ignorante como supones. Sé que a ti te gustaría que las mujeres se encontraran fuera del alcance de la ley. Pero no es así. He oído decir al juez que nadie está libre del cumplimiento de la ley. Pero ésta debe de ser la ley de Hannover.

—Mr. Western —exclamó la hermana—, me parece que cada día ganas en ignorancia y que te has vuelto tonto de remate.

—No más tonto que tú, querida hermana —replicó el caballero—. Pretendes hablarme de finuras y estoy convencido de que jamás me has enseñado nada. No soy tonto, como tú crees, y te demostraré que tengo mejores modales que algunas otras personas.

—Mr. Western —contestó la dama, ofendida—, puedes decirme todo lo que te plazca. *Je vous méprise de tout mon cœur*. No tengo intención de enfadarme. Además, como mi sobrina, pese a su odioso apellido irlandés, afirma, haciéndome al fin justicia, que siempre me he desvelado por el honor y el interés verdadero de mi familia, y esto alcanza a mi sobrina, que forma parte de ella, he decidido ir yo misma a Londres en esta ocasión, pues no eres, hermano, un embajador muy a propósito para ser enviado a ninguna corte de importancia.

—Pues yo quiero demostrarte que no me quedo atrás en cuestión de buena educación, y como no te has enfadado con lo que te he dicho, yo tampoco me siento molesto por tus palabras. Siempre me ha parecido una solemne tontería eso de que los parientes riñan, pero si a pesar de ello se insultan, deben saber perdonarse. Por lo que a mí respecta, jamás guardo rencor a nadie, y me parece magnífico que vayas a Londres, pues sólo he estado dos veces, y nunca más de dos semanas cada vez, y en tan poco tiempo no se pueden aprender bien el nombre de las calles y conocer a la

gente. Jamás he negado que tú supieras más de estas cosas que yo. Si yo te discutiera eso sería igual que si tú pretendieras saber tanto como yo de jaurías y perros.

—Cosa que te aseguro desde ahora que jamás pretenderé —contestó la hermana.

—Bien, y yo te prometo —replicó Mr. Western— que jamás intentaré disputarte lo otro.

Se estableció una alianza —para emplear una frase de la dama— entre ambas partes contendientes, y habiendo llegado el párroco en el entretanto y ya listos los caballos, partió el caballero, no sin prometer a su hermana seguir al pie de la letra su consejo, y Mrs. Western se empezó a preparar para seguir en pos de él al día siguiente.

Pero, tras de informar al párroco por el camino de todo lo planeado, los dos hombres convinieron prescindir de aquellas formalidades, y ésta es la razón de que el caballero Western procediera de la forma que hemos podido ver.

CAPÍTULO VII

DONDE AL POBRE TOM JONES LE SUCEDEN VARIAS DESGRACIAS.

Las cosas se encontraban de la forma ya expuesta cuando Mrs. Honour se presentó en casa de Mrs. Miller y llamó a Tom aparte, como antes dijimos, y al encontrarse a solas con él, comenzó a hablar del siguiente modo:

—¡Oh, mi estimado señor! ¿Cómo conseguiré el valor necesario para decírselo? Está usted perdido, mi pobre ama también y yo estoy deshecha.

—¿Ha sucedido algo? —demandó Tom con súbita vehemencia.

—Ha sucedido lo peor, señor —afirmó Mrs. Honour—. Jamás tendré una ama como miss Sophia. ¡Y que yo haya vivido hasta este día!

Al oír estas palabras, Tom Jones se tomó blanco, tembló y empezó a balbucir. Mrs. Honour prosiguió entonces:

—¡Oh, Mr. Jones, he perdido a mi ama para siempre! —¿Cómo? ¿Qué dice usted? ¿Qué ha ocurrido? ¡Por Dios santo, cuéntemelo todo! ¡Oh, mi querida Sophia!

—Usted puede llamarla como quiera —murmuró Mrs. Honour—. Pero para mí ha sido el ama más querida. Nunca encontraré una colocación como la que tenía a su lado.

—¡Al diablo con su colocación! —exclamó Tom—. ¿Dónde está? ¿Qué... qué ha sido de mi adorada Sophia?

—No hay duda de que las criadas podemos ser enviadas al cuerno —exclamó Mrs. Honour—. Nada importa lo que pueda ocurrirles, aunque las despidan y se queden en la calle. Sin duda no deben de ser de carne y hueso como los demás seres humanos. Nada importa lo que pueda ser de ellas.

—Si alberga usted en su corazón sentimientos de piedad y compasión —suplicó Tom—, le ruego que me diga inmediatamente lo que le ha sucedido a Sophia.

—No hay duda de que siento más piedad de usted que de mí —replicó Mrs. Honour—, y por esta razón no le envío a usted a paseo porque haya perdido el ama más simpática del mundo. Salta a la vista que es usted digno de toda lástima, y yo también soy objeto de compasión, pues creo haber perdido a mi mejor ama.

—Pero, ¿qué ha sucedido? —pidió Tom, ya a punto de montar en cólera.

—¿Que... qué ha sucedido? —murmuró Mrs. Honour—. Lo peor para usted y para mí. El padre de miss Sophia se ha presentado en Londres y nos la ha arrebatado a los dos.

Al oír estas palabras Tom cayó de rodillas y dio gracias al cielo porque no hubiera sucedido otra cosa mucho más grave.

—¡Nada más grave! —repitió la criada—. ¿Qué puede haber más grave para

ambos? Se la ha llevado de Londres jurando que la casará con Mr. Blifil. Esto para consuelo de usted; en cuanto a mí, me ha despedido de su casa.

—Me ha dado usted un gran susto, Mrs. Honour —afirmó Tom Jones—. Imaginé que a Sophia le había sucedido algún accidente repentino y desgraciado, ante lo cual la boda con Blifil no hubiera tenido la menor importancia. Pero mientras se viva no hay que perder las esperanzas. En esta tierra de libertad, las mujeres no pueden ser obligadas a casarse a la fuerza.

—Le sobra a usted la razón, señor —afirmó Honour—. Usted puede tener esperanzas. Pero... ¿qué esperanzas puedo albergar yo? Y no debe usted olvidar que sufro todo esto por culpa de usted. Mr. Western me ha tomado odio por haberme puesto de parte de usted y en contra de Mr. Blifil.

—Yo no olvido las obligaciones que tengo contraídas con usted, Mrs. Honour, y procuraré resarcirla con creces —contestó el joven.

—¡Por Dios, señor! —dijo la doncella—. ¿Qué compensación puede obtener una criada por la pérdida de un buen puesto, si no es otro mejor?

—No se desespere, Mrs. Honour —dijo Mr. Jones—. Espero poderla colocar de nuevo en el mismo sitio.

—¡Pobre de mí! —exclamó la doncella—. ¿Cómo puedo alimentar tal esperanza si veo que es de todo punto imposible? Mr. Western está en contra mía, y lo que usted dice sólo podría hacerlo en el caso de que se casara con mi señorita. Usted es un caballero generoso, y estoy convencida de que usted la quiere y de que ella le quiere a usted. Es tonto el negarlo: mi señorita no sabe disimularlo. Y si dos personas que se quieren no son felices, ¿quiénes lo serán? La felicidad no depende del dinero que se posee. Además, mi señorita tiene bastante para los dos. Es un crimen mantener separados a unos enamorados como ustedes. Pero estoy convencida de que al final se encontrarán ustedes. Esto nadie puede impedirlo. Un matrimonio es obra del cielo, y ningún juez de la tierra puede impedirlo. Me gustaría que el párroco Supple tuviera un poco más de valor y le dijese a Mr. Western lo mal que obra al intentar contrariar a su hija en sus inclinaciones. Pero el pobre párroco sólo cuenta para vivir con Mr. Western, y aunque es muy religioso y a espaldas de su amo comenta muy desfavorablemente la actuación de éste, no se atreve a decírselo a la cara. Es verdad que nunca le vi más atrevido que ahora, y he llegado a temer que en cualquier momento Mr. Western le cruzara la cara. Así que no quiero verle melancólico, señor, ni que se entregue a la desesperación. Las cosas se le pondrán favorables, ya lo verá. No pierda la confianza en la señorita Sophia, que nunca consentirá en casarse con ningún otro hombre. Lo único que temo es que Mr. Western cometa algún acto irreparable, pues es un hombre muy arrebatado. Y la señorita, que posee un corazón muy sensible, puede salir con él destrozado. Es lástima que no tenga un poco más de valor. Si yo sostuviera relaciones amorosas con un joven y mi padre quisiera

encerrarme, le arrancaría los ojos antes de consentirlo. Pero en este caso existe una gran fortuna, que el padre puede dar o quitar, y eso hace variar mucho las cosas.

Me es imposible decir si Tom oyó toda la arenga anterior o bien no intervino por no encontrar ocasión oportuna de hacerlo mientras era pronunciada. Pero no intentó dar ninguna respuesta ni Mrs. Honour guardó silencio hasta que Partridge apareció corriendo y anunció que lady Bellaston estaba subiendo la escalera.

Ahora se le presentó a Tom Jones un terrible dilema. Mrs. Honour ignoraba que el joven conociera a lady Bellaston, aparte de que ella era la última persona a quien le hubiese comunicado semejante noticia. En tal situación, tomó el peor camino, como suele suceder a menudo, y para evitar que la viera la dama, ocultó a la doncella de Sophia detrás de las cortinas del lecho.

La agitación de todo aquel día, primero ocupado con el problema de la pobre Mrs. Miller y su familia; el terror que le había proporcionado Mrs. Honour y el nerviosismo y azoramiento que le produjo la imprevista llegada de lady Bellaston, hicieron que Tom Jones se olvidara de pensamientos anteriores, de modo que no se acordó ni por asomo que tenía que fingirse enfermo, cosa que ni lo atildado de su aspecto ni la frescura de su rostro dejaban transparentar.

Recibió, pues, a lady Bellaston con el mejor buen humor que pudo reflejar su semblante y sin la menor apariencia de enfermedad real o fingida.

Tan pronto como apareció la dama, ésta se arrojó sobre el lecho y exclamó:

—Ya ves, querido Tom, que nada impide que viva separada mucho tiempo de ti. Quizá debería sentirme enfadada contigo por no haber recibido la menor noticia de ti en todo el día. Pero creo que tu enfermedad te hubiera permitido salir, e incluso supongo que no debes de haber permanecido en tu cuarto todo el día, tan compuesto como una dama elegante, a fin de que te acompañasen como a un enfermo. Pero no es mi intención amonestarte, pues jamás te daré pretexto para que te comportes como un marido indiferente que soporta el mal humor de su esposa.

—Estoy seguro —repuso Tom Jones— que no tendrás motivos para acusarme del cumplimiento de mis deberes, siendo así que sólo espero órdenes tuyas para cumplimentarlas. ¿Quién es, mi amor querido, el que tiene motivos de quejas? ¿Quién fue el que faltó a la cita la última noche y mantuvo esperando a un hombre desgraciado, que suspiraba y languidecía al ver que no aparecías?

—No hables así, Tom —repuso la dama—. Si supieras el motivo de que no acudiera, me compadecerías a mí de veras. No puedes imaginarte lo que las mujeres de mi clase tenemos que sufrir con las impertinencias de los necios para seguir la farsa del mundo. Me alegro, sin embargo, de que tu languidez y deseo no te hayan sentado mal. Hoy tienes un magnífico aspecto. Te aseguro, Tom, que hoy podrías pasar por un Adonis.

Existen en el vocabulario ciertas palabras provocativas que un hombre de honor

sólo puede contestar con una solemne bofetada. Entre amantes, existen ciertas expresiones que sólo pueden responderse con un beso. El piropo dirigido a Tom por lady Bellaston parecía ser de esta clase, sobre todo, porque fue acompañado por una mirada con la que la dama trataba de expresar cosas más dulces de las que su lengua podía decir.

Pero Tom Jones se encontraba ahora en una de las situaciones más desagradables que cabe imaginar, pues, siguiendo con la comparación anterior, si bien la provocación había partido de lady Bellaston, Tom no podía recibir cumplida satisfacción ni tampoco lanzarse a exigirla estando como estaba presente una tercera persona, ya que lo impiden las leyes de armas por las que se rigen esta clase de combates. Pero como tal objeción no se le ocurrió a lady Bellaston, que ignoraba, como es de suponer, que se encontraba allí otra mujer aparte de ella, esperó durante un cierto tiempo, llena de asombro, la respuesta de Jones, que, consciente del papel ridículo que estaba interpretando en la comedia, se mantuvo de pie a cierta distancia, y como al fin no osó dar la respuesta adecuada, concluyó por no dar ninguna. Nada más cómico a la vez que trágico, si la escena se hubiera prolongado mucho tiempo. La dama cambió de color dos o tres veces, se levantó de la cama y volvió a sentarse en ella, en tanto que Tom Jones pedía que la tierra le tragara o le cayese encima la casa, cuando un extraño accidente le sacó del tremendo apuro en que se encontraba y del que ni la elocuencia de Cicerón ni la política de Maquiavelo podrían haberle libertado sin contratiempo alguno.

El accidente fue producido por la súbita aparición de John Nightingale completamente borracho, o mejor dicho, en ese estado de absoluta borrachera que priva al hombre del uso de la razón, pero le permite el uso de sus piernas.

Mrs. Miller y sus hijas se encontraban ya en la cama, en tanto que Partridge fumaba su pipa junto al fuego de la cocina, así que el joven había podido llegar hasta la puerta de la habitación de Tom Jones sin el menor impedimento. John abrió la puerta de golpe y se disponía a entrar en el cuarto sin la menor ceremonia, cuando Jones saltó de la silla que ocupaba y corrió hacia él con tanta rapidez que el visitante no consiguió ver a la persona que en aquel momento estaba sentada en la cama.

El joven borracho había confundido en realidad su habitación con la de Mr. Tom Jones, y por esta razón insistió en entrar, jurando y perjurando que nadie en el mundo sería capaz de impedirle que se acostara en su cama. Tom, sin embargo, logró convencerle y al final le puso en manos de Partridge, que al oír ruido en la escalera acudió raudo en socorro de su amo.

Tom, contra su deseo, se vio obligado a regresar a su cuarto. En el momento en que penetraba en él oyó que lady Bellaston lanzaba una exclamación, aunque no en voz muy alta. Al propio tiempo vio que se dejaba caer en una silla presa de una gran agitación, que en una mujer de constitución menos robusta hubiera representado un

ataque de histerismo.

Lo ocurrido, en realidad, fue que asustada lady Bellaston por la lucha entablada entre los dos hombres, cuyo resultado final estaba aún incierto, pues oía perfectamente los juramentos de John Nightingale, empeñado en llegar a la fuerza a lo que él llamaba su lecho, trató de retirarse hacia su acostumbrado escondite, que, con gran asombro, encontró ocupado ya por otra persona.

—¿Es posible esto, Mr. Jones? —gritó la dama—. ¡Qué hombres más infames! ¿Quién es esa desgraciada que se encuentra ahí oculta?

—¡Desgraciada! —replicó Mrs. Honour, dejándose llevar por la cólera, desde su escondite—. Seré como dice usted desgraciada, pero, en cambio, soy honrada, y eso es más de lo que mucha gente rica puede decir.

Pero Tom, en vez de apresurarse a aplacar la indignación de Mrs. Honour, como otro enamorado más experimentado hubiese hecho, se limitó a lamentarse de su mala estrella y a llamarse el hombre más desgraciado de la tierra. Luego, dirigiéndose a lady Bellaston, le hizo las más absurdas protestas de inocencia. En el entretanto, la dama recuperó la razón, que era tan diligente y presta como la de cualquiera otra mujer del mundo, sobre todo en semejantes trances, y dijo con la mayor calma:

—No necesitas excusarte, Tom, pues veo de quién se trata. Al pronto no reconocí a Mrs. Honour. Pero ahora que la veo, es imposible que sospeche nada malo entre ella y tú. Además, espero de su buen juicio que no hará cábalas erróneas sobre el motivo de mi visita. Siempre he sido amiga de ella, y depende de mí el serlo mucho más en lo sucesivo.

Mrs. Honour solía aplacarse con la misma facilidad que se enardecía. Al notar, pues, que lady Bellaston dulcificaba el tono de su voz, se apresuró a suavizar el suyo.

—Puede tener usted la certeza, señora —repuso—, de que siempre he reconocido su amistad hacia mí. Jamás he tenido mejor amiga que usted, y ahora que veo que era usted quien hablaba, con gusto me arrancaríla la lengua por importuna. No corresponde a una simple criada como yo el hacer comentarios sobre una dama de tan elevada alcurnia como la señora. Mejor dicho, quiero decir que era criada, ya que en la actualidad no lo soy de nadie. Por el contrario, ahora no soy más que una desgraciada. He perdido a la mejor ama que nunca tuve.

Al llegar a este punto, Honour juzgó adecuado dejar escapar un torrente de lágrimas.

—No llore usted, buena mujer —suplicó lady Bellaston—. Tal vez me sea posible encontrar un procedimiento para resarcirla. Vaya mañana por la mañana a verme a mi casa.

Recogió luego su abanico, caído en el suelo, y sin lanzar una mirada a Tom, salió majestuosamente del cuarto. Hay una clase de dignidad en la insolencia de las mujeres distinguidas, que sus inferiores aspiran en vano a imitar en circunstancias

tales como la presente.

Tom siguió a lady Bellaston escalera abajo, intentando ofrecerle la mano, lo que ella rehusó decididamente, metiéndose en la silla de mano que la esperaba sin prestar la menor atención al pobre Tom.

Cuando de nuevo subió la escalera, tuvo lugar una larga charla entre el joven y Mrs. Honour. El tema de ella fue su infidelidad con Sophia, en la que Tom insistió lleno de amargura. Pero al final Tom encontró medios de reconciliarse con Mrs. Honour, y no sólo esto, sino que consiguió obtener de ella la promesa de que guardaría el secreto y de que a la mañana siguiente trataría de encontrar a Sophia y le llevaría noticias recientes sobre las andanzas del caballero Western.

De esta forma terminó la desgraciada aventura, para satisfacción única de Mrs. Honour, puesto que un secreto, como sin duda algunos de mis lectores sabrán por experiencia, resulta en ocasiones algo en extremo valioso, no sólo para aquellos que lo guardan con toda fidelidad, sino para los que lo propagan con un susurro de voz hasta que llega a oídos de todos, excepto de la persona ignorante que paga la supuesta ocultación de lo que se sabe públicamente.

CAPÍTULO VIII

CORTO Y SABROSO.

No obstante las muchas atenciones que había recibido por parte de Tom Jones, Mrs. Miller no pudo por menos, a la mañana siguiente, de hacer al joven algunas leves observaciones sobre el escándalo que se había producido en su cuarto la noche anterior.

Pero fueron tan suaves y amistosas, sin otro objeto que procurar el bien de Tom, que éste, lejos de molestarse, recibió agradecido las reconvenciones de la buena mujer, se excusó lo mejor que pudo por lo sucedido y prometió no ser causa de nuevos alborotos en la casa.

Mas aunque Mrs. Miller no se abstuvo de amonestar a Tom, el motivo de que el joven fuera llamado al piso de abajo fue de un tipo más agradable. Se trataba nada menos que de pedirle que actuara como padrino de miss Anne en su matrimonio con Mr. Nightingale, que se encontraba ya vestido y tan despierto como muchos de mis lectores supondrán sin duda que un hombre debe de recibir a su esposa.

Ahora consideramos necesario explicar la forma en que el joven se escapó del lado de su tío, y el porqué apareció de la forma en que pudimos verle en el capítulo anterior.

Cuando tío y sobrino llegaron al alojamiento del primero, parte por dar gusto a sus aficiones —era muy aficionado al vino—, parte para inhabilitar a su sobrino e impedir que llevara a la práctica sus intenciones de casarse inmediatamente, ordenó que le llevaran unas botellas de vino y las colocasen sobre la mesa. Luego instó de tal modo al sobrino para que bebiera, que John, aunque no era un gran aficionado a la bebida ni tampoco la detestaba tanto como para desairar a su tío, no tardó en dar cuenta de ellas.

Mas en el preciso instante en que el tío acababa de obtener su victoria y estaba preparando una cama para su sobrino, se presentó un mensajero con una noticia que le desconcertó sobremanera, al extremo de que se olvidó por completo de su sobrino y se sumió en profundas reflexiones.

La inesperada y terrible noticia era, nada menos, que su hija, aprovechándose de la ausencia de su padre, había huido de casa con un individuo de la vecindad, contra el cual el padre sólo podía hacer una objeción: que el hombre no poseía nada en absoluto. No obstante, la hija había creído más prudente ocultar sus amores incluso a su padre, conduciéndose con tanta habilidad, que nadie había sospechado jamás nada hasta que realizó el acto de la fuga.

En cuanto el viejo Mr. Nightingale recibió la noticia, ordenó que preparasen una

silla de mano aprisa y corriendo, y tras de dejar a su sobrino al cuidado de un criado, abandonó la casa, sin clara cuenta de lo que hacía ni adonde se dirigía.

Una vez fuera el tío, apareció el criado dispuesto a llevar al sobrino a la cama. Pero como éste se despertó, al saber más o menos claramente que su tío se había marchado insistió en que también pidieran una silla de mano para él, lo que el criado, que no había recibido órdenes concretas en contrario, se apresuró a hacer. Conducido, pues, de nuevo a casa de Mrs. Miller, subió dando traspiés hasta el cuarto de Tom Jones, tal como hemos referido en el capítulo anterior.

Alejado el obstáculo que suponía su tío —si bien el joven no acababa de comprender por qué medios—, y dispuesto todo el mundo, la madre, Mr. Tom Jones, Mr. John Nightingale y Anne subieron a un coche de alquiler que les condujo al juzgado correspondiente, donde miss Anne se vio pronto casada y su pobre madre convertida en uno de los seres más felices de la creación.

Y ahora que al fin Tom Jones había logrado, gracias a sus buenos oficios, conducir a feliz término los asuntos de aquella desgraciada mujer y de su familia, comenzó a preocuparse de los suyos propios. Pero, temeroso de que muchos de mis lectores puedan tacharle de loco por preocuparse de tal modo de los asuntos de los demás, y de que algunos pocos piensen que obraba por puro desinterés, creemos oportuno manifestar a nuestros lectores que Tom se hallaba tan lejos de sentirse indiferente a esta materia que, por el contrario, experimentaba un verdadero interés en conducirlo a su consumación final.

Para explicar esta aparente paradoja debemos hacer constar que Tom Jones era uno de esos individuos de los que podía decir Terencio: *Homo sum; humani nihil a me alienum puto*. Jamás era un espectador indiferente de la miseria o felicidad de los seres humanos, y experimentaba tanto la una como la otra en mayor o menor proporción, de acuerdo con lo que había contribuido a ellas. Por esta razón, no podía convertirse en el instrumento que eleva a toda una familia del mayor grado de miseria al mayor grado de felicidad sin sentirse él también feliz, mucho más feliz sin duda que los hombres mundanos que se procuran para sí trabajos ímprobos, frecuentemente orillando las mayores iniquidades.

Aquellos de nuestros lectores que piensen y sientan del mismo modo que nuestro héroe, dirán que este capítulo, aunque muy breve, posee enjundia, en tanto que otros pensarán que, corto y todo como es, debiera de haber sido suprimido como inadecuado para el fin principal, que supongo creerán que es el de conducir a Mr. Jones al patíbulo o, si ello es posible, a una catástrofe aún más terrible.

CAPÍTULO IX

DIVERSAS CARTAS AMOROSAS DE DIFERENTE CLASE.

Cuando Tom regresó a su alojamiento encontró sobre su mesa las cartas siguientes, que por fortuna abrió por el orden que habían llegado.

CARTA PRIMERA

Sin duda actúo bajo la influencia de un extraño apasionamiento. Me es imposible mantener mis resoluciones ni un solo instante, por muy justificadas que puedan ser. La última noche decidí no volverte a ver jamás. Esta mañana estoy deseando que me expliques, si te es posible, lo sucedido. Pero, sin embargo, sé bien que esto es imposible. Me he dicho ya a mí misma todo cuanto tú puedes inventar para justificarte. Tal vez no. Tal vez tu inventiva sea mayor que la mía. Corre hacia mí, por tanto, en el instante mismo en que recibas esta carta. Si eres capaz de forjar una excusa, te prometo que la creeré. Y si me has traicionado, también. No quiero devanarme más los sesos. Ven de un modo u otro. Ésta es la tercera carta que te escribo. Las dos primeras las he quemado. Siento tentaciones de quemar también esta tercera. No me gustaría volverme loca. Acude inmediatamente a mi lado.

CARTA SEGUNDA

Si esperas ser perdonado o recibido en mi casa, ven a verme en este mismo instante.

CARTA TERCERA

Ahora me entero que no te encontrabas en casa cuando llegaron mis cartas. En el instante en que recibas ésta, ven a verme. No me moveré de casa ni dejaré entrar a nadie más que a ti. Confío que nada retrasará tu llegada.

Tom Jones acababa de leer las tres cartas cuando John Nightingale penetró en la habitación.

—Bien, Tom —exclamó el recién llegado—. ¿Nuevas noticias de lady Bellaston después de la aventura de la última noche?

En la casa no era un secreto quién era la dama que visitaba a Tom.

—¿De lady Bellaston? —repitió Tom con expresión seria.

—Sí, mi querido Tom —exclamó Nightingale—. Por favor, no se muestre usted

tan reservado con sus amigos. Aunque la última noche estaba demasiado borracho para poder verla, la vi, sin embargo, en el baile de máscaras. ¿Cree usted que no sé quién era la reina de las hadas?

—¿Reconoció realmente a la dama del baile? —inquirió Tom.

—Le aseguro que sí —repuso John—, y desde entonces le he lanzado a usted muchas indirectas, aunque parecía eludir la cuestión, y por esta razón no me atreví a hablarle con franqueza. Creo, amigo mío, que su extrema delicadeza en este asunto le ha privado de conocer el carácter de la dama tan bien como su persona. No se enfade, Tom, si le digo que no es usted el primer joven al que ha seducido. Su reputación no peligra en absoluto, se lo aseguro.

Si bien Tom Jones no tenía motivos para suponer que su dama figuraba entre las vestales cuando se iniciaron sus amores, como desconocía, sin embargo, la sociedad londinense, en la que apenas si conocía a alguien, no tenía en absoluto noticias de ese tipo de mujer que pasa por sospechosa, es decir, una mujer que intriga con todos los hombres que son de su gusto bajo la apariencia de virtud, y la cual, aunque no suelen relacionarse con ella algunas damas refinadas, es visitada por todo el mundo. En resumen, una mujer de quien todo el mundo sabe que es precisamente aquello que nadie le llama.

Al ver que su amigo conocía perfectamente la intriga amorosa y pensar que tanta delicadeza como hasta aquel momento había empleado era innecesaria, dejó que John hablara libremente y le contase todo lo que sabía o había oído contar de la dama.

John Nightingale, que en otros muchos casos había demostrado poseer un carácter un tanto afeminado, era muy aficionado al chismorreó. Por este motivo, ahora, al disponer de plena libertad para hablar con Tom, le entretuvo con un largo relato sobre lady Bellaston. En él aparecieron una serie de detalles que la honraban muy poco o nada, y que nosotros nos guardaremos mucho de repetir, dado el gran respeto que sentimos por las mujeres distinguidas. Procuraremos evitar con el mayor cuidado la posibilidad de que los futuros comentaristas de nuestras obras nos acusen de ser autores de escándalo, cosa que jamás ha pasado por nuestra imaginación ser.

Luego de haber escuchado Tom Jones con profunda atención todo lo dicho por Nightingale, lanzó un profundo suspiro, que al ser oído por su amigo, le forzó a decir:

—¡Caramba! Espero que no esté enamorado. De haber creído que esa historia iba a afectarle de ese modo, jamás se la hubiera contado.

—¡Oh, mi querido amigo! —exclamó Tom Jones—. Estoy tan comprometido con esa mujer que no sé cómo librarme de ella. No estoy enamorado de ella, pero, en cambio, le debo grandes favores. Puesto que está usted tan enterado de todo, seré más explícito. Posiblemente le debo a ella el que hasta la fecha no me haya faltado un pedazo de pan. ¿Cómo puedo abandonarla ahora? No obstante, tengo que hacerlo. En caso contrario, sería culpable de la más negra traición con otra mujer que merece que

yo me comporte con ella infinitamente mejor que con lady Bellaston. Se trata de una mujer, mi querido Nightingale, de la que estoy enamorado como muy pocos pueden imaginarse. Y en la actualidad vivo sumido en un mar de dudas y confusiones, tratando de resolver la situación en que me encuentro.

—¿La otra es una novia decente y honrada? —inquirió Nightingale.

—¿Honrada? —exclamó Tom—. Nada puede enturbiar su reputación. No hay aire más puro ni arroyo más límpido que su honor. Es perfecta de cuerpo y de alma. Es la joven más bella de la creación. Mas a pesar de ello, está dotada de tan nobles cualidades que, aunque jamás se aparta de mis pensamientos, apenas reparo en su belleza más que cuando la tengo delante de mí.

—¿Y le es a usted posible, querido amigo, teniendo pendiente un compromiso como ése, dudar un solo instante en abandonar a semejante...?

—¡Calle! —pidió Tom a su amigo—. No se ensañe con ella. La simple idea de ser ingrato con lady Bellaston me repugna.

—¡Bah! —respondió John—. No es usted el primero a quien ella ha hecho favores de esa índole. Se muestra muy generosa cuando le interesa serlo, aunque permítame que le diga que otorga sus favores con tanta parsimonia, que más bien acostumbra a provocar la vanidad del hombre que su gratitud.

En resumen, John Nightingale siguió diciendo tales cosas de la dama y contó a su amigo tales anécdotas sobre ella, jurando que todas ellas era ciertas, que acabó por arrancar del pecho de Tom todo asomo de afecto, en tanto que su gratitud disminuía en la misma proporción. Tom comenzó ahora a considerar los favores recibidos más como sueldo que como amable obsequio, lo que no sólo rebajaba a ella, sino a él también, de acuerdo con su modo de pensar. Tras de esto, su espíritu, obedeciendo a una transición del todo natural, se volvió una vez más hacia Sophia. Su virtud, su pureza, su amor hacia él, los sufrimientos que soportaba por esta causa, impregnaron todos sus pensamientos, haciendo que aún le pareciera más odioso su comercial trato con lady Bellaston. Consecuencia de ello fue que, aunque el prescindir de ésta significaría la pérdida del pan de cada día, decidió abandonarla en cuanto encontrara una excusa aceptable. Una vez comunicó sus propósitos de Nightingale, éste reflexionó unos instantes, y al cabo dijo:

—Ya tengo la solución, amigo. He encontrado un procedimiento infalible. Dígale que quiere casarse con ella y ya verá como logra usted su propósito.

—¿Casarme? —exclamó Tom.

—Sí, dígale que quiere casarse con ella —repuso John—, y ya verá como inmediatamente se alejará de usted. Conocí a un joven a quien lady Bellaston protegía y que le hizo el ofrecimiento en serio. En el acto fue despedido por ella.

Jones afirmó que no deseaba correr el riesgo de poner en práctica aquel experimento.

—Tal vez —dijo— no le produzca a ella la misma impresión una proposición hecha por un hombre que por otro. Y si me toma la palabra, ¿qué hago yo entonces? Caeré en mi propia ratonera y seré eternamente desdichado.

—No —contestó Nightingale—. No, pues puedo indicarle una fórmula mediante la cual podrá escapar usted de la trampa en cuanto lo desee.

—¿Qué fórmula es ésa? —inquirió Tom Jones.

—Ésta —contestó John—. El joven a que me refiero, y que es uno de mis íntimos amigos, está tan furioso con ella por algunas malas partidas que le ha jugado, que estoy seguro de que sin la menor dificultad le mostraría las cartas de ella. Esas epístolas serían un magnífico pretexto para romper las relaciones y salir huyendo antes de que el nudo quedara hecho, en el supuesto de que ella tuviera deseos de hacerlo, cosa que dudo.

Tras de algunos titubeos, Tom accedió. Pero como juró que le faltaba valor para proponerle el asunto de palabra, teniéndola a ella delante, escribió la siguiente carta dictada por John Nightingale:

Mi querida amiga:

Lamento de veras que por un inoportuno quehacer que me ha tenido fuera de casa no haya podido cumplimentar tus órdenes en el instante en que llegaron a casa, y la dilación que ahora se me impone para justificarme personalmente aumenta mi sentimiento. ¡Oh, lady Bellaston! ¡Qué ansiedad he sentido al pensar que tu reputación podía ser puesta en tela de juicio como consecuencia de estos desgraciados incidentes! Pues bien, yo creo que sólo existe un camino para consolidarla. No necesito decirte cuál es. Permíteme sólo que te diga que, puesto que tu honor es tan apreciado por mí como el mío propio, mi única ambición es conseguir la gloria de poner a tus pies mi libertad. Y créeme cuando te aseguro que jamás me sentiré feliz por completo hasta que me otorgues generosamente el derecho a llamarte mía para siempre.

Con el más profundo respeto, tu fiel servidor,

Tom Jones

A esta carta, lady Bellaston dio la siguiente respuesta:

Al leer la carta tan seria que me has escrito, hubiera jurado, ante su formalidad y frialdad, que contabas ya con el derecho legal a la que en la misma te refieres, es decir, que llevábamos ya muchos años componiendo ese monstruoso animal llamado marido y mujer. ¿Es que de veras me consideras

estúpida? ¿O es que me crees capaz de perder de tal modo la cabeza que te entregue toda mi fortuna para que puedas costearte todos tus placeres? ¿Son éstas las pruebas de amor que yo esperaba? ¿Es éste el pago que merezco por...? Pero creo que será mejor que no te reproche nada. Renuncio a ello desde ahora.

P. S.— Tal vez he dicho más de lo que deseaba. Ven a verme esta noche a las ocho.

Pero Tom Jones, por consejo de su consejero privado, contestó del siguiente modo:

Mi querida amiga:

Veo que es imposible que te haga comprender lo mucho que deploro las sospechas que abrigas sobre mí. ¿Podías haber concedido tus favores a un hombre a quien suponías capaz de alimentar intenciones tan poco dignas? ¿O es que puedes tratar con tanto desprecio el más solemne lazo de amor? ¿Imaginas que si la violencia de mi pasión, en un momento determinado, dominase al interés que siento por tu honor, habría de permitir que se prolongasen unas relaciones que más pronto o más tarde todo el mundo conocería, y que una vez divulgadas tan terribles habrían de resultar para tu honor? Si tal es la opinión que tienes de mí, te suplico que me concedas la oportunidad de devolverte esos favores pecuniarios que he cometido la indelicadeza de recibir de tus manos. En lo que respecta a los de orden amoroso, soy siempre, etc.

Y concluía la carta de una forma parecida a la anterior.

En cuanto a la dama, respondió como sigue:

¡Veo ahora que eres un solemne villano y te desprecio con mi alma! Si vienes a verme, no estaré en casa.

Aunque Tom estaba contento por haberse librado del peso de una esclavitud que los que la han experimentado saben bien que no es de las más ligeras, no se sentía, sin embargo, con el ánimo completamente tranquilo. En el plan había demasiadas artimañas para que pudiera satisfacer a quien como él aborrecía toda suerte de falsedades y acciones deshonorosas. Ni tampoco se hubiera avenido a ponerlo en práctica de no encontrarse en una situación por demás angustiosa, en la que por fuerza tenía que quedar mal con una u otra dama. Supongo que el lector estará de

acuerdo en que los sanos principios, al igual que el amor, estaban del lado de Sophia.

John Nightingale celebró como se merecía el éxito de su estratagema, por la que recibió una larga serie de expresiones de agradecimiento por parte de su amigo.

Y el joven contestó:

—Querido Tom, nosotros nos debemos mutuos favores. A mí me debe usted el haber recuperado su libertad. Yo le debo a usted el haber perdido la mía. Pero si usted se siente tan feliz en su caso como yo me siento en el mío, le aseguro que entonces somos los dos jóvenes más felices de Inglaterra.

Los dos caballeros fueron llamados a poco para comer. En esta ocasión, Mrs. Miller, que actuaba como cocinera, echó el resto, como vulgarmente se dice, para celebrar la boda de su hija. Este suceso feliz lo atribuyó principalmente a la conducta de Tom Jones. Su alma rebosaba de gratitud hacia el joven, y todas sus miradas, palabras y acciones estaban dedicadas a expresarlas, así que tanto su hija como su reciente yerno apenas merecían su atención.

Acababan de concluir cuando Mrs. Miller recibió una carta. Pero como sea que ya tenemos bastantes cartas en el presente capítulo, será mejor que dejemos la nueva para el siguiente.

CAPÍTULO X

DONDE SE NARRAN ALGUNOS HECHOS Y SE HACEN DIVERSAS OBSERVACIONES SOBRE LOS MISMOS.

La carta que llegó al final del anterior capítulo procedía de Mr. Allworthy, y su finalidad era anunciar su inmediata llegada a Londres en compañía de su sobrino Blifil. El anciano solicitaba que le alojasen en sus habitaciones de costumbre, que se encontraban en el primer piso, en tanto que las de su sobrino lo estaban en el segundo.

La alegría y el placer reflejados en el rostro de la pobre mujer se nublaron un tanto con la noticia, que le había desconcertado bastante. Corresponder a la boda con su hija, despidiendo a su yerno de casa, no tenía justificación. Por otra parte, no se le ocurría ninguna excusa que dar a Mr. Allworthy, después de todos los favores recibidos de él, para privarle de unas habitaciones que poseía gracias a él, puesto que el anciano caballero seguía una norma de conducta diametralmente opuesta a la practicada por la mayor parte de las personas generosas. Se esforzaba en todas las ocasiones en ocultar sus obras de caridad, y no sólo a la gente, sino incluso a los propios beneficiarios. Sin cesar empleaba las palabras «prestar» y «pagar», en lugar de «dar», y valiéndose de cualquier otro artificio que se le ocurriera inventar, disminuía con sus palabras los favores que hacía, siendo así que los sembraba a manos llenas. Cuando concedió a Mrs. Miller la pensión de cincuenta libras, le dijo «que esto era a condición de que pudiera disponer siempre del piso primero de la casa cuando fuera a Londres, cosa que sucedería muy raras veces. Pero que podría alquilarlo cuando él no estuviera, y que le avisaría siempre su llegada con un mes de anticipación». Mas ahora el anciano tenía urgente necesidad de ir a Londres y no le había sido posible avisar a Mrs. Miller con la antelación necesaria, y en las prisas se había olvidado sin duda de advertirla, cuando escribió anunciando su llegada, que era a condición de que estuvieran vacías, pues hubiera renunciado a ellas por muchos menos motivos de lo que a Mrs. Miller podía exponerle.

Pero existen cierta clase de personas, como Prior hace notar con singular acierto, que guían su conducta por algo.

*Distinto de las reglas fijadas y establecidas
tanto para el vicio y la virtud en las escuelas,
distinto por completo de la letra de la ley.*

Para estas personas resulta insuficiente que su defensor consiga su absolución

ante los tribunales, ni tampoco se dan por satisfechos con que su conciencia, el más severo de los jueces, les perdone. Nada satisface la delicadeza de su modo de pensar, y si alguna de sus acciones se sale del marco de éste, protestan y se sienten inquietas como un asesino que teme al verdugo.

Mrs. Miller pertenecía a esta clase de personas. No pudo en modo alguno ocultar la inquietud que le había producido la carta. Pero en cuanto anunció a los reunidos el contenido de ella y dio muestras del apuro en que se encontraba, Tom Jones, su ángel protector, se apresuró a librarla de su ansiedad.

—En lo que a mí respecta —declaró—, mi habitación está a su disposición en cuanto sea necesario. Y en cuanto a Mr. Nightingale, estoy seguro de que ya que no le es posible preparar una casa adecuada para recibir a su esposa, accederá a volver a su nuevo piso, y Mrs. Nightingale no tendrá inconveniente en acompañarle.

Marido y mujer se mostraron conformes con esta proposición.

El lector adivinará fácilmente que las mejillas de Mrs. Miller se sonrojaron de gratitud, pero lo que seguramente costará más que crea es que cuando Mr. Jones llamó a la muchacha Mrs. Nightingale —era la primera vez que sus oídos oían estas agradables palabras—, la madre sintió mayor satisfacción aún.

En la situación en que ahora se encontraban el joven y Sophia, el primero no tenía motivos para esperar recibir de ella ninguna noticia agradable. Sin embargo, se sentía impaciente por encontrarse con Mrs. Honour, como si ésta pudiera llevarle alguna carta de Sophia que contuviera una cita.

No nos es posible decir si aquella impaciencia provenía de esa flaqueza humana que nos hace desear conocer cuanto antes lo peor, pensando que la incertidumbre es la más intolerable de las penas, o bien si es que el joven vivía animado por algunas secretas esperanzas. Que pudiera ser lo último es cosa que comprenderán los que hayan amado, ya que una de las maravillas del amor es conservar la esperanza en medio de la desesperación. Las dificultades, las improbabilidades, son fácilmente suprimidas, de suerte que a un hombre muy enamorado se le puede aplicar lo que Addison dice de César:

¡Los Alpes y los Pirineos se hunden ante él!

Al mismo tiempo, también es cierto que la pasión ve a veces montañas en un obstáculo insignificante. Pero estos accesos de desaliento no duran mucho en los temperamentos sanos. Dejaremos que el lector adivine cuál era el estado de ánimo en el que ahora se encontraba Jones al carecer de noticias concretas de Sophia. Lo cierto es que pasó dos horas esperando, y que transcurridas éstas, al no sentirse capaz de ocultar por más tiempo su inquietud, se retiró a su cuarto, donde su ansiedad degeneró casi en frenesí. Fue entonces cuando le llevaron una carta de Mrs. Honour,

que transcribimos a continuación *verbatim et literatim*:

Señor:

Yo hubiera querido visitarle, según le prometí, pero mi señora me lo impide. Usted sabe muy bien, señor, que cada cual debe atender primero de todo a su obligación, y nunca se me presentó una ocasión como la que ahora se me ha presentado. Yo no solicité nada, y mi señora fue tan amable que me ha nombrado su persona de confianza. Se trata de una de las mejores señoras del mundo, y si hay alguien que opine lo contrario, es un malvado.

Y si yo alguna vez hubiera sustentado la opinión de que no era buena, habría demostrado ser una ignorante. Sé que usted es un caballero tan noble que si yo alguna vez hubiera dicho algo en contra de esa dama, usted no lo repetiría jamás para no hacer daño a una pobre criada que siempre sintió por usted el mayor respeto. Lo mejor es siempre callar, pues nadie sabe lo que puede ocurrir.

Y si ayer me hubiera dicho alguien que hoy disfrutaría de tan excelente empleo, no lo habría creído, ya que nunca soñé con semejante cosa ni con ocupar el puesto de otra. Pero mi señora se mostró muy amable y voluntariamente me lo dio sin yo pedirlo, y nadie, ni Mrs. Etoff me puede culpar por haberlo aceptado. Le ruego que no diga nada a nadie sobre lo que le he dicho. Por mi parte, le deseo a usted la mayor de las suertes. No dudo de que, al final, conseguirá usted a miss Sophia. En cuanto a mí, ya se hará usted cargo de que no puedo seguir prestándole ayuda en este asunto. Vuelvo a rogarle que ni siquiera a mi ama explique nada de lo que le digo. Soy su humilde servidora hasta la muerte.

Honour Blackmore

Jones hizo algunas conjeturas a propósito de aquel paso dado por lady Bellaston, a la que en el fondo no le guiaba otra intención que asegurarse un secreto, evitando que éste se propagase, si bien su principal interés era que no llegase a oídos de Sophia, pues aunque la muchacha era tal vez la única persona que jamás lo repetiría, lady Bellaston no estaba segura de ello. Pensaba así porque sentía hacia Sophia un odio mayor que nunca y creía que la joven, a su vez, sentía el mismo odio hacia ella. En esto se equivocaba, pues en el pecho de nuestra heroína no se había alojado jamás semejante pasión.

Mientras Jones se torturaba la imaginación con motivo del nuevo cargo concedido a Honour, la Fortuna, que parecía no ver con buenos ojos su matrimonio con Sophia, ensayó un nuevo método para estropearlo definitivamente, colocando una tentación

en el camino del joven, el cual se encontraba tan desesperado que no parecía probable que fuera capaz de resistir.

CAPÍTULO XI

DONDE SE EXPONEN ALGUNAS COSAS CURIOSAS QUE NO DEJAN DE TENER PRECEDENTE.

Cierta dama, una tal Mrs. Hunt, sostenía amistad con la familia Miller y había visto con frecuencia a Jones en casa de la familia. Debía frisar en los treinta, ya que confesaba veintiséis, y aunque propendía a la obesidad, poseía un rostro y un cuerpo bastante bonitos. Se había casado muy joven, a instancias de su familia, con un viejo mercader turco, el cual, tras de amasar una gran fortuna, dejó el comercio. La dama vivió en compañía de su marido, sin pena ni gloria, durante doce años, y su virtud fue recompensada con la muerte del segundo, heredando ella todas sus riquezas. Ahora estaba a punto de cumplirse el primer año de viudez, y la dama lo había pasado muy retirada, visitando tan sólo a muy contados amigos, alternando su tiempo entre sus devociones y sus novelas, a las que era muy aficionada desde siempre. Gozaba de una salud excelente y de un ardiente temperamento, y su sentimiento religioso la impulsaba a casarse de nuevo. Esta vez resolvió escoger a gusto de ella a su segundo marido, ya que el primero le fue elegido por su familia. El caso es que Jones recibió de ella la siguiente carta:

Señor:

Estoy convencida de que mis ojos le dirían, desde el primer día que nos vimos, que no me era usted indiferente. Pero también le digo que ni mi mano ni mi boca se lo hubieran confesado, de no haberme dado tales noticias de usted las mujeres de la casa en que se aloja en la actualidad, exponiéndome tales pruebas de su virtud y de su bondad, que me convencieron de que es usted no sólo el más simpático, sino al propio tiempo el más digno de los hombres. También he tenido la satisfacción de oírlas decir que ni mi persona ni mi modo de ser le son a usted indiferentes del todo. Poseo una fortuna capaz de hacer feliz a los dos, pero que no me hace feliz a mí si no le tengo a usted. Sé que por este ofrecimiento que le hago puedo incurrir en la censura de la gente. Pero si no le estimase a usted lo bastante para sobreponerme al miedo del qué dirán, no sería digna de usted. Sólo una dificultad me retiene, pues me han contado que está usted en relaciones con una mujer elegante. Si cree usted que le es posible sacrificar ese entretenimiento a mi posesión, soy suya. En caso contrario, ruego a usted olvide mi debilidad, y que esto constituya un eterno secreto entre nosotros dos.

Suya,

Tom quedó profundamente confundido cuando acabó de leer esta carta. Le empezaba a escasear el dinero, una vez desaparecida la mina que hasta ahora se lo había proporcionado. De todo el dinero recibido de lady Bellaston sólo le restaban cinco guineas, y aquella misma mañana había sido apremiado por un comerciante a quien debía el doble de aquella cantidad. Su idolatrada Sophia estaba en poder de su padre, y tenía muy escasas esperanzas de que la joven pudiera ser alguna vez suya. El vivir a sus expensas con la pequeña fortuna que poseía la joven, aparte de lo que pudiera recibir de su padre, iba contra el orgullo y el amor propio de Tom. Por tanto, la fortuna de aquella dama que tan generosamente se le ofrecía le convenía mucho, y no podía oponer a su persona el menor reparo. Todo lo contrario, le gustaba más que todas las demás mujeres, excepción hecha de Sophia. Pero le era imposible abandonar a ésta y casarse con la otra; le resultaba imposible incluso pensar en ello. No obstante, ¿por qué no podía acariciar esta idea, cuando era evidente que Sophia jamás podría ser suya? ¿No le haría de este modo un mayor favor que si seguía alentándola para que mantuviera aquel amor sin esperanza? ¿No debía obrar de este modo en aras de la amistad que les unía? Tal idea se impuso por unos instantes en su pensamiento, decidido a ser perjuro so pretexto de sentimientos del honor. Pero tal sutileza no perduró mucho en su lucha contra la voz de la naturaleza, que le decía en lo más profundo de su ser que aquella amistad representaba traicionar al amor. Al cabo pidió tinta, pluma y papel, y repuso a Mrs. Hunt del siguiente modo:

Señora:

Muy triste recompensa sería en comparación con el favor que me hace, el sacrificio de cualquier galante aventura en trueque a la posesión de usted, y sin duda lo aceptaría, aunque no estuviera libre, como en realidad me encuentro ahora. Pero no sería el hombre tan digno que usted imagina si no le dijera que mi afecto está comprometido con otra mujer de extrema virtud a la que jamás abandonaré, aunque lo más probable es que jamás sea mía. Dios me libre de que, a cambio de la amabilidad que ha tenido usted conmigo, yo le infiera la injuria de darle mi mano cuando me es imposible entregarle mi corazón. No, antes preferiría morir que obrar de ese modo. Aunque mi amada contrajese matrimonio con otro hombre, no podría casarme con usted hasta que se hubiera borrado de mi corazón todo recuerdo de ella. No dude de que su secreto no será guardado mejor por usted de lo que lo será por su ferviente y agradecido servidor,

T. Jones

Cuando Tom concluyó la carta y la hubo enviado, se dirigió a su mesa, y sacando el manguito de Sophia, lo besó varias veces. A continuación empezó a dar vueltas por el cuarto, más contento y satisfecho que cualquier irlandés que derrocha una fortuna de cincuenta mil libras.

CAPÍTULO XII

UN DESCUBRIMIENTO HECHO POR PARTRIDGE.

Mientras Tom Jones gozaba con el triunfo de su integridad, Partridge penetró en la estancia, empezando a hacer cabriolas, como era su costumbre cuando traía, o se imaginaba que traía, alguna buena noticia. Aquella mañana había sido enviado por Tom con órdenes de intentar descubrir, sonsacando a los criados de lady Bellaston, o por cualquier otro medio que se le ocurriera, el paradero de Sophia, y ahora regresaba, para decir a Tom que al fin había dado con el paradero del pájaro perdido.

—He visto a George *el Moreno*, el guardabosque, que es uno de los servidores de la casa que Mr. Western se ha traído a Londres. Le reconocí en el acto, aunque hacía mucho tiempo que no le veía. Pero usted sabe que se trata de un hombre inconfundible, gracias a su notable barba, la más larga y negra que conozco. En cambio, transcurrió bastante tiempo antes de que él me reconociera a mí.

—Muy bien. Pero ¿cuál es esa buena noticia? —exclamó Tom Jones—. ¿Qué has logrado averiguar sobre Sophia?

—Ahora se lo diré, señor —contestó Partridge—. Avanzo hacia ello todo lo de prisa que puedo. Como decía, George tardó algún tiempo en reconocer mi fisonomía.

—¡Maldita sea tu fisonomía! —exclamó Jones—. ¿Qué sabes de mi Sophia?

—Nada, señor —contestó Partridge—. No sé más de miss Western que lo que voy a decirle, y se lo hubiera dicho ya si el señor no me hubiera interrumpido. Pero si sigue enfadándose de ese modo conmigo, acabará ahuyentándolo todo de mi cabeza, o dicho de otra forma, de mi memoria. Jamás le he visto a usted tan enfadado desde el día que dejamos Upton, que recordaré aunque viva mil años.

—Bien, de acuerdo. Habla cuando te plazca —exclamó Tom Jones—. Veo que estás decidido a que me vuelva loco.

—En modo alguno —replicó Partridge—. He sufrido mucho desde entonces por tal motivo, que, como antes he dicho, recordaré toda mi vida.

—Bien. Pero ¿y George *el Moreno*?

—Como le decía, señor, tardó en reconocirme, pues debo de haber cambiado bastante desde la última vez que me vio. *Non sum qualis eram*. He pasado muchas penas y sinsabores, y nada hace cambiar más a un hombre que el sufrimiento. He oído decir por ahí que los pesares pueden cambiar el color del cabello de un hombre en una noche. Sin embargo, al fin acabó por reconocirme, lo que era natural, pues somos del mismo tiempo y fuimos a la misma escuela. George era ya un zopenco, pero esto no tiene la menor importancia. Dentro de mil años todos seremos iguales. Bueno, señor, ¿por dónde iba? ¡Ah, sí, ya recuerdo! Apenas nos reconocimos

mutuamente me estrechó la mano y nos fuimos a una cervecería a tomar un bock, que por una casualidad resultó ser una de las mejores cervezas que se venden en Londres. Ya me estoy acercando a lo que interesa. Tan pronto como le nombré a usted y le dije que nos encontrábamos en Londres, pues habíamos venido juntos y juntos vivíamos, pidió otro bock y brindó a la salud de usted. Lo hizo con tanta sinceridad, que me alegró comprobar que aún existen personas agradecidas en el mundo. Una vez nos bebimos el segundo bock, pedimos un tercero, que yo pagué, e inmediatamente me he apresurado a correr a casa para contárselo a usted.

—¿Y las noticias que me traías? —pidió Tom—. No he oído que dijeras una sola palabra de Sophia.

—¡Dios santo! ¡Lo olvidaba! Hablamos mucho de miss Western, y George me lo contó todo. En primer lugar, que Mr. Blifil viene a Londres para casarse con ella. «Tiene que darse mucha prisa —repuse yo— o, de lo contrario, será de otro antes de que él llegue. Es una lástima, Mr. Seagrim —dije—, que no la consiga alguien que yo sé, pues éste la quiere más que a ninguna mujer en el mundo, y le puedo decir a usted que no la quiere por su dinero, pues por lo que a esto respecta, anda de por medio otra dama, de mucha categoría y dinero, que está tan prendada de ese de que le hablo, que no le deja en paz ni de día ni de noche».

Tom Jones se enfureció con Partridge por haberle traicionado. Pero el pobre hombre afirmó que no había pronunciado el menor nombre.

—Además, señor —añadió—, puedo garantizarle que George es un amigo sincero de usted, y en el curso de la conversación envió más de una vez al infierno a Blifil. Dijo también que haría lo imposible por serle útil a usted y estoy convencido de que así lo hará. ¡Traicionarle! Habría que discutir si tiene usted mejor amigo en el mundo que George, excepto yo, o si existe alguien que se preste a servirle con la mejor voluntad.

—Bien —exclamó Tom Jones un poco tranquilizado—. ¿Dices que ese individuo, a quien tú consideras dispuesto a ser amigo mío, habita en la misma casa que Sophia?

—¡En la misma casa! —exclamó Partridge—. Es uno de los servidores de la familia, y anda muy bien vestido. Si no fuera por la barba que lleva, no le reconocería usted.

—Un favor por lo menos podrá hacerme —repuso Tom Jones—. Entregar una carta mía a Sophia.

—Tiene usted razón —exclamó Partridge—. ¿Cómo no se me ha ocurrido a mí esa idea? Apuesto cualquier cosa a que lo hará en cuanto yo se lo pida.

—Conforme —dijo Tom—. Déjame ahora, pues, y escribiré una carta, que tú entregarás mañana por la mañana a George, pues supongo que sabes dónde encontrarle.

—¡Oh, sí, señor! —contestó Partridge—. Daré con él. No tenga usted miedo. La

cerveza le gusta demasiado para que no repita. Estoy seguro de que irá por la cervecería todos los días que esté en Londres.

—¿Entonces no sabes en qué calle vive Sophia? —inquirió Tom.

—Claro que lo sé —repuso Partridge.

—¿Cuál es?

—¿Cuál? Está aquí cerca —repuso Partridge—. Tan sólo nos separan de ella dos o tres calles. Ignoro cómo se llama, pues como George no me lo dijo, si yo se lo hubiera preguntado podría haberle infundido sospechas. No, no, déjeme solo que ya lo averiguaré. Soy lo bastante listo para ello, se lo aseguro.

—No pongo en duda tu enorme listeza —replicó Tom Jones—. Sin embargo, escribiré a Sophia, pues estoy convencido de que sabrás encontrar a nuestro amigo en la cervecería.

Luego de despedir al sagaz Partridge, Tom Jones se sentó para escribir la carta anunciada, en cuya tarea le dejaremos durante un cierto tiempo, y aquí mismo ponemos punto final al libro decimoquinto.

LIBRO DECIMOSEXTO

COMPRENDE UN ESPACIO DE CINCO DÍAS.

CAPÍTULO PRIMERO

SOBRE LOS PRÓLOGOS.

He oído decir de un autor dramático que prefería escribir un drama que un prólogo. Por la misma razón, yo creo que me cuesta menos esfuerzo escribir cualquiera de los libros que componen esta historia que un capítulo preliminar dedicado a cada uno de ellos.

Estoy seguro de que deben de haberse proferido muchas maldiciones contra el primer autor a quien se le ocurrió la idea de anteponer a su obra esa cosa que se llama prólogo, y que al principio formaba parte de la misma obra, pero que con los años se ha desligado tanto del asunto del drama al que precede, que un prólogo tanto puede servir para una obra como para otra. Los de fecha más reciente parecen estar escritos sobre los mismos tres temas, es decir: el abuso del gusto de la ciudad, la condenación de todos los autores contemporáneos, y el elogio de la obra que va a presentarse. Los sentimientos en todos ellos varían muy poco o nada, ni es posible que varíen, y en muchas ocasiones me he sentido maravillado ante la gran inventiva de los autores que han podido descubrir tal variedad de frases para expresar idénticas ideas.

Del mismo modo, es posible que algún futuro historiador, si alguien en el futuro me concede el alto honor de imitar mi manera de escribir, me dedique, tras de rascarse a conciencia la cabeza, algunos recuerdos por haber establecido por vez primera estos capítulos iniciales, la mayor parte de los cuales, como los prólogos modernos, pueden colocarse delante de cualquier otro libro distinto de esta historia, o bien de una historia diferente de la presente.

Pero aunque los autores puedan sufrir con ambas invenciones, el lector encontrará bastante provecho en la una, de igual forma que el espectador la encontrará en la otra.

Es de sobra sabido, en primer lugar, que el prólogo sirve al crítico para ensayar su facultad de silbar, y de afinar su silbido como mejor le parezca, por cuyo medio he conocido instrumentos musicales de esa índole tan bien preparados que estaban en condiciones de dar un concierto en cuanto se subía el telón por vez primera.

Las mismas ventajas pueden obtenerse de estos capítulos, en los que siempre podrá encontrar el crítico algo que pueda servirle para aguzar su espíritu y caer con el apetito aún más despierto sobre la historia en sí. Su sagacidad hará innecesaria la observación de lo diestramente que están calculados estos capítulos para ese fin tan excelente, pues en ellos hemos tenido cuidado de interponer algo ácido o amargo, con el fin de estimular y agudizar el expresado espíritu de crítica.

Igualmente, el indulgente lector o espectador puede extraer ventajas de estos capítulos o prólogos, puesto que como no tienen obligación de verlos o de leerlos,

resultará de ello que los primeros dispondrán de un cuarto de hora más para permanecer de sobremesa, y los segundos tendrán la ventaja de poder empezar la lectura del libro por la cuarta o quinta página, detalles que tienen su importancia para las personas que leen los libros con el simple objeto de poder decir que los han leído, excusa más corriente de lo que uno imagina, y con la cual no solamente los códigos y libros buenos han sido leídos, sino incluso las páginas de Homero, Virgilio, Swift y Cervantes han sido hojeadas.

Muchas otras son las ventajas que ofrecen estos capítulos y prólogos. Pero son tan perceptibles, que no nos detendremos a enumerarlas, en especial, si tenemos presente que el principal mérito de los prólogos es que sean breves.

CAPÍTULO II

LA EXTRAÑA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ A MR. WESTERN Y LA SITUACIÓN ANGUSTIOSA DE SOPHIA.

Creo que ya es hora de que conduzcamos al lector al alojamiento de Mr. Western, alojamiento situado en Picadilly, en donde se instaló por recomendación del dueño de Las columnas de Hércules, establecimiento situado en Hyde Park Córner, pues en esta fonda, que fue la primera que encontró a su llegada a Londres, dejó sus caballos, mientras él se acomodaba en la otra casa.

Cuando Sophia bajó del coche de alquiler que la había conducido desde casa de lady Bellaston, expuso su deseo de retirarse a la habitación que le hubiera sido reservada, cosa a la que el padre accedió de buen grado, acompañándola él mismo. Entonces entre ambos se produjo un breve diálogo, nada importante ni interesante para que merezca ser reproducido aquí pero durante el cual el padre instó a la hija para que accediera a casarse con Blifil, el cual se encontraba ya en Londres, según anunció el padre, desde hacía unos cuantos días. Pero Sophia, en lugar de consentir, dio a su padre una rotunda y completa negativa. Esto enojó de tal modo a Mr. Western, que después de afirmar que la obligaría a casarse con él, quisiera ella o no, se alejó de su hija profiriendo amenazas y maldiciones, cerró la puerta del cuarto con llave y se guardó ésta en el bolsillo.

En tanto Sophia quedaba con la única compañía que se permite a un preso de Estado, es decir, una vela encendida, su padre tomó asiento para saborear una botella de vino, acompañado por el párroco y el dueño de *Las columnas de Hércules*, quien, en opinión de Mr. Western, era un magnífico camarada en lo de beber y podía informarle de las novedades de la ciudad y de la marcha de los negocios, pues saltaba a la vista que aquel hombre debía de saber muchas cosas desde el momento que los caballos de numerosas personas de alta alcurnia se albergaban en su casa.

En esta agradable compañía pasó Mr. Western aquella noche y buena parte del día siguiente, en cuyo lapso de tiempo no sucedió nada que merezca ser consignado. En cuanto a Sophia, pasó todo el tiempo a solas consigo misma, puesto que su padre había jurado que no saldría viva del cuarto si no accedía antes a casarse con Blifil, y no permitió que abriesen la puerta, excepto cuando le servían las comidas, y entonces él estaba presente.

La segunda mañana después de la llegada, mientras Mr. Western y el cura se desayunaban juntos, un criado anunció que un caballero esperaba abajo.

—¿Un caballero? —exclamó Western—. ¿Quién demonios puede ser? Vaya, Supple. Baje y vea de quién se trata. Mr. Blifil no tiene aún tiempo de haber llegado a

Londres. Baje y averigüe qué es lo que trae por aquí a ese individuo.

El párroco regresó con la noticia de que se trataba de un hombre perfectamente vestido que, a juzgar por la cinta de su sombrero, debía de ser un oficial del Ejército, y que estaba allí para hablar de asuntos particulares y reservados que sólo podía tratar con Mr. Western en persona.

—¿Un oficial? —exclamó el caballero—. ¿Qué querrá de mí ese individuo? Si lo que quiere es una orden para disponer de vagones con objeto de transportar material, se olvida de que aquí no soy juez de paz ni me es posible conceder la menor autorización. Pero si desea hablarme, déjele subir.

Poco después penetraba en la habitación un caballero muy elegante que, tras de saludar a Mr. Western, expresó su deseo de quedarse a solas con él.

Luego le habló del siguiente modo:

—Señor, vengo a visitarle de parte de mi señor lord Fellamar, pero le traigo un mensaje muy diferente del que podría usted esperar después de lo que sucedió la otra noche.

—¿Lord Fellamar? —exclamó el caballero—. No le conozco. No conozco a ningún lord.

—Señor, lord Fellamar —continuó el visitante— atribuye lo que sucedió al efecto del vino, y una vez aceptado este hecho, todo puede arreglarse, ya que como siente un profundo afecto hacia su hija, no se permitiría nunca afrentarle a usted. Lo que desea es que usted le haga alguna indicación. La más leve bastará. Tiene intención de presentarle esta misma tarde sus respetos, a fin de obtener autorización de usted para visitar a su hija en plan de novio.

—No comprendo del todo lo que me está usted diciendo, señor —contestó Western—, aunque supongo que se trata del lord del que me habló mi prima lady Bellaston, diciéndome que cortejaba a mi hija. Si es así, preséntele mis respetos y dígame que mi hija está ya comprometida.

—Me parece, señor —dijo el visitante—, que no se ha dado usted cuenta de la magnitud del ofrecimiento que le hacen. Creo que una persona con el título y la fortuna de mi señor el lord no debe nunca rechazarse.

—Escuche, señor —contestó Western—. Hablaré claro. Mi hija está ya comprometida, pero aunque no lo estuviese, yo no consentiría que se casara con un lord. Odio a los lores. Son todos cortesanos y hannoverianos y no quiero tratos con ellos.

—El caso es —continuó el visitante— que traigo el encargo de decir a usted que mi señor el lord desea que le acompañe usted hoy por la mañana en paseo por Hyde Park.

—Puede usted decirle a su señor el lord —contestó Western— que estoy muy ocupado y no me es posible ir. Tengo mucho quehacer en casa, y no puedo salir por

un motivo fútil.

—Estoy seguro de que usted es lo suficientemente caballero para no enviar ese recado, señor. No le gustaría a usted que se dijera que, después de haber insultado a un par, rehúsa ahora darle satisfacciones. Mi señor el lord preferiría, por consideración a su hija, que las cosas se resolvieran de otro modo. Pero ahora, si mi señor el lord no puede darle a usted el título de suegro, no consentirá en modo alguno tragarse las palabras indignas que usted le dirigió.

—¡Que yo le dije! —exclamó Western—. Eso es mentira. Jamás he dicho nada.

Al oír estas palabras, el visitante lanzó una exclamación acompañada de algunas demostraciones manuales, que indujeron a Mr. Western a dar saltos alrededor de la habitación y a gritar con todas sus fuerzas como si deseara reunir un gran número de espectadores que admirasen su agilidad.

El párroco no se encontraba muy lejos. Al oír las voces de Mr. Western se presentó en la habitación y exclamó:

—¡Dios santo! ¿Qué es lo que ocurre?

—Éste es un ladrón —contestó Mr. Western—. Un ladrón que quiere robarme y asesinarme. Sin que yo le haya provocado en nada, me ha pegado con ese bastón que tiene en la mano.

—¿Que no me ha provocado? —exclamó el capitán—. ¿No me ha dicho usted que mentía?

—Nada de eso —contestó Western—. Lo que dije es que era mentira que yo hubiera ofendido al lord. Pero nunca dije la frase «miente usted». Debía usted haber recapacitado antes de emprenderla con un hombre indefenso. Si yo hubiera tenido un bastón a mano, no se habría usted atrevido a pegarme. ¡Sí, le hubiese roto los dientes! Baje al corral conmigo y le daré unas cuantas patadas en el vientre.

Indignado, el capitán contestó:

—Veo que no merece usted que le tome en consideración. Daré cuenta a mi señor el lord de que se halla usted muy por debajo de él. Lamento haber ensuciado mis dedos en su persona.

Dichas estas palabras se dispuso a salir mientras el párroco sujetaba a Western, lo que consiguió con facilidad, ya que los esfuerzos que éste hizo para soltarse no fueron muy violentos. Sin embargo, en cuanto el capitán hubo desaparecido, Mr. Western dedicó al ausente muchas amenazas y maldiciones, pero como el que se iba estaba ya en la parte baja de la escalera, no llegaron a sus oídos.

La pobre Sophia lo oyó todo, desde el principio al fin, desde su prisión. Al principio hizo ruido con los pies, pero luego comenzó a chillar tan alto como antes lo había hecho su padre, aunque con un timbre de voz mucho más dulce. Aquellos chillidos aplacaron pronto las iras del autor de sus días, el cual quería tanto a su hija que se quedaba frío en cuanto pensaba que podía sucederle algún daño. El caso es

que la joven fue siempre dueña de sus actos, excepto en esta ocasión en que precisamente estaba en juego su futura felicidad.

Sintiendo que se le aplacaba la cólera contra el capitán al pensar que a éste le sería aplicada la ley, Mr. Western subió la escalera con objeto de ver a Sophia, a quien, una vez abierta la puerta, encontró pálida y sin aliento. En cuanto vio a su padre, la joven, reuniendo todas sus fuerzas, le cogió de la mano mientras decía apasionadamente:

—¡Oh, querido padre! ¡Tengo mucho miedo! ¿Le ha ocurrido algo?

—No —contestó el caballero—, me ha hecho muy poco daño. Pero le llevaré a los tribunales.

—Y dígame, padre, ¿qué ha pasado? ¿Quién era ese que le ha insultado?

—No sé cómo se llama —contestó Western—. Es un militar que pagamos entre todos para que luego nos pegue. Pero, si tiene con qué pagar, haré que esto le cueste caro. Pero me figuro que no tendrá nada, pues aunque iba bien vestido, presumo que no dispone de un pie de tierra.

—Pero, querido padre —exclamó la joven—, ¿cuál ha sido el motivo de la pelea?

—¿Cuál ha de ser sino tú, Sophia? —contestó el padre—. Todas mis desgracias me ocurren por ti, que vas a ser la causa de la muerte de tu padre. Se trata de un fingido lord a quien le gustas, y porque no quiero dar mi consentimiento a que te haga la corte, me desafía. Vamos, sé buena muchacha, Sophia, y pon punto final a los disgustos de tu padre. Accede a casarte. Si lo haces, me harás el hombre más feliz del mundo, y yo te haré a ti la mujer más dichosa de la tierra. Dispondrás de los vestidos más elegantes de Londres y de las joyas más preciosas, y también de un coche tirado por seis caballos. Prometí a Allworthy ceder la mitad de mis bienes, y si me apuran un poco estoy dispuesto a darlos todos.

—¿Será usted tan amable que se muestre dispuesto a oírme? —dijo Sophia.

—¿Por qué haces esa pregunta, Sophia, cuando sabes bien que prefiero oír tu voz a la algarabía de la mejor trailla de perros de Inglaterra? ¡Que te escuche, mi querida niña! Te estaré escuchando mientras viva, pues si algún día no tuviera este placer, poco me importaría morir. No puedes imaginarte cuánto te quiero. Si lo hubieras sabido, jamás te hubieses escapado, abandonando a tu desgraciado padre, que no tiene otra alegría ni otro consuelo en esta vida que su pequeña Sophia.

Mientras pronunciaba estas últimas palabras se le saltaron las lágrimas, y Sophia, que tenía también los ojos empañados por ellas, repuso:

—Mi querido papá, sé bien que me quiere usted con pasión, y pongo al cielo por testigo de lo sinceramente que yo he correspondido a su afecto, y tan sólo el temor a ser entregada a la fuerza a ese hombre me impulsó a huir de un padre a quien quiero tan profundamente que con el mayor placer sacrificaría mi vida por hacerle feliz. He intentado convencerme a mí misma de que debo acceder a sus deseos e incluso he

pensado aceptar lo que sería para mí la más desgraciada de las vidas. Sin embargo, me es imposible someter a mi espíritu, ni tampoco creo que pueda lograrlo jamás.

Al oír estas palabras, Mr. Western comenzó a fruncir el entrecejo y la espuma apareció en sus labios, lo que observado por Sophia, hizo que la joven suplicase a su padre que la siguiera escuchando.

—Si la vida de mi padre, su salud o su felicidad estuvieran en peligro, aquí está su hija, que daría o haría todo lo que fuera necesario para salvarle. ¡Que el cielo me castigue si no estoy dispuesta a hacer el sacrificio que sea para salvarle! Aceptaría sin la menor protesta el sino más odioso. Por usted, sólo por salvarle a usted, concedería mi mano a Blifil.

—Te prometo que eso me rejuvenecería —repuso el padre—. Me daría la salud, la felicidad, la vida, todo, en suma. Pero si te niegas, moriré. Se me partirá el corazón, te lo aseguro.

—¿Es posible, padre, que pueda sentir ese deseo, que tan desgraciada me haría?

—Acabo de decirte que daría cualquier cosa por verte feliz —contestó el padre.

—¿Puede, pues, decirme qué es lo que se necesita para alcanzar la felicidad? Si es cierto que la felicidad se experimenta en el interior de uno mismo, ¿cuál sería mi condición cuando me viera usted convertida en la más desgraciada de todas las mujeres?

—Pues yo creo preferible que pienses eso de ti —replicó míster Western—, que no conocerlo por propia experiencia por haberte casado con un bastardo vagabundo.

—Si esto puede servirle de regocijo —contestó Sophia—, le hago ahora mi más solemne promesa de que jamás me casaré con él, ni tampoco con ningún otro, mientras usted viva. Permítame que dedique toda mi vida a servirle. Déjeme ser de nuevo su pobre Sophia, y que todo mi afán y placer sea, como antaño, el de agradecerle y servirle.

—Escucha, Sophia. No quiero ser tratado de esa manera. Tu tía tendría entonces razón para pensar de mí que soy un estúpido rematado. No, no, Sophia. Debes de saber que conozco lo bastante el mundo para creer en la palabra de una mujer cuando está de por medio un hombre.

—¿Desde cuándo merezco esa desconfianza, papá? —preguntó la joven—. ¿He quebrantado alguna vez cualquier promesa que le haya hecho? ¿O se me ha podido acusar alguna vez de falsaria desde el día en que nací?

—Escucha, Sophia —exclamó Mr. Western—. No se trata de eso. Estoy resuelto a que se celebre ese matrimonio, y te juro que serás de él. ¡Y ay de ti si no te avienes a ello! ¡Serás suya, aunque te ahorques a la mañana siguiente!

Mientras repetía estas palabras apretó los puños, se mordió los labios y habló en tono tan alto que la infeliz Sophia, aterrorizada, se dejó caer temblorosa en la silla, y de no haber surgido de sus ojos, para su alivio, un torrente de lágrimas, posiblemente

le hubiera sucedido algo mucho peor.

Mr. Western contempló el estado deplorable en que se encontraba su hija con no mayor contrición y remordimiento que el vigilante de la cárcel de New Gate contempla la agonía de una esposa cuando por última vez se despidió de su marido condenado a muerte, o más bien la contempló con idéntica emoción que un comerciante ve a su deudor llevado a la cárcel por diez libras, las cuales no tiene posibilidad de pagar. O bien, empleando otra comparación más aproximada, experimentó la misma compunción que una alcahueta cuando la desgraciada a quien ha embaucado se echa a llorar a lágrima viva la primera vez que le propone que se vaya con alguien. Esta comparación sin duda sería más exacta si no fuese que la celestina cobra dinero por lo que hace y el padre no cobra nada por empujar a su hija a una prostitución semejante.

En tal estado dejó Mr. Western a su hija, y luego de echar de nuevo la llave del cuarto, volvió al lado del párroco. Éste abogó entonces en favor de Sophia, lo que hizo que Mr. Western se encolerizara de nuevo y profiriese una serie de injurias sobre los clérigos en general, lo que nosotros nos guardaremos muy mucho de repetir en consideración al sagrado menester que cumplen en la vida.

CAPÍTULO III

LO QUE LE SUCEDIÓ A SOPHIA EN SU ENCIERRO.

El ama de la casa donde Mr. Western se hospedaba había empezado a formarse una extraña opinión de sus huéspedes. Pero al saber que el caballero era un hombre de gran fortuna, y como le había exigido un precio harto elevado por las habitaciones que ocupaba, consideró conveniente no mezclarse en sus asuntos, pues aunque a la mujer no dejaba de preocuparle el encierro de Sophia, de cuyo bondadoso carácter y amabilidad tenía noticias por la doncella, cualidades que le habían sido confirmadas por los otros criados de la casa, velaba lo bastante por sus intereses para sentir tentaciones de provocar a un hombre que, como ella afirmaba, parecía muy propenso a encolerizarse.

Aunque Sophia apenas comía, lo que le servían era de la mejor calidad, y estoy seguro de que si hubiera deseado algún plato raro su padre no hubiera escatimado molestias ni dinero para procurárselo, pues por extraño que pueda parecer a los lectores, sentía un verdadero cariño por su hija y la mayor satisfacción que experimentaba en su vida era la de complacerla en sus menores gustos.

Cuando llegó la hora de la comida, George el guardabosque le subió un pollo. Iba acompañado por Mr. Western, que había jurado no separarse jamás de la llave de la puerta. Mientras George colocaba la fuente sobre la mesa se cruzaron algunas palabras de cumplido entre él y Sophia, pues el hombre no la había vuelto a ver desde que ella abandonó la casa, y Sophia trataba a todos los criados de su padre con mucho más respeto del que algunas personas demuestran con los de condición inferior. Sophia insistió en que se volviera a llevar el pollo, afirmando que no tenía ganas de comer. Pero George le suplicó que intentase hacerlo y, sobre todo, le recomendó que probara los huevos de que estaba llena el ave.

Durante todo este tiempo el padre de Sophia se mantuvo esperando en la puerta, pero George era uno de sus favoritos, puesto que su misión era de altos vuelos, es decir, preocuparse de la casa, y estaba habituado a tomarse muchas libertades. Se había prestado a subir la comida porque deseaba ver a su ama, y no tuvo inconveniente en hacer esperar a su amo durante diez minutos mientras charlaba con Sophia, por cuyo motivo recibió una reprimenda amistosa cuando al fin abandonó la habitación.

Los huevos de gallina, perdiz, faisán, etc., eran, como George sabía bien, uno de los platos favoritos de Sophia. No era de extrañarse, pues, que George, que en el fondo era buena persona, se preocupara de proporcionar a la muchacha su plato favorito, cuando todos los criados de la casa temían que su joven ama muriera de

inanición, ya que apenas había probado bocado en las últimas cuarenta horas.

Aunque como es sabido los disgustos no ejercen el mismo efecto en todas las personas, el dolor más sublime, diga lo que diga la gente en contrario, acaba por ceder ante el hambre. E incluso la propia Sophia, tras de pensarlo un poco, comenzó a partir el pollo, que encontró relleno, como George le había anunciado, de huevos.

Pero aunque la joven se sintió muy complacida con este detalle, el pollo contenía otra cosa en su interior que hubiera entusiasmado a la Royal Society, pues si un ave provista de tres patas es considerada una gran rareza, ¿cómo sería apreciado un pollo que contradecía a todas las leyes de la naturaleza, pues en su interior tenía una carta? Ovidio nos dice que Jacinto fue metamorfoseado en una flor que tenía escritas letras en sus hojas, lo que Virgilio recomendó como un milagro a la Royal Society de su tiempo. Pero que yo sepa, ninguna edad ni nación registra un pájaro con una carta en la pechuga.

Un milagro de esta naturaleza hubiera dado mucho que hablar a todas las Academias de Ciencias de Europa, tal vez sin el menor éxito. El lector, sin embargo, debe de recordar el último diálogo habido entre Mr. Jones y Partridge, lo que le explicará la procedencia de la carta y cómo había pasado al interior del pollo.

Sophia, pese a su prolongado ayuno y de que tenía ante ella su plato de comida preferido, apenas vio la carta se apresuró a abrirla, leyendo en ella lo siguiente:

Sophia:

Si no supiera quién es la persona a quien tengo el alto honor de dirigirme intentaré describir, aunque sin duda con gran dificultad, las grandes preocupaciones que siento ante las noticias que me ha traído Mrs. Honour. Pero como únicamente el amor puede formarse una idea exacta de los tormentos que el cariño es capaz de sentir, quizá esta amable cualidad, que mi Sophia posee en alto grado, pueda ser suficiente para informarte de lo que tu Tom ha sufrido en tan triste circunstancia. ¿Existe nada en el mundo que pueda preocuparme más que las noticias de cualquier desgracia que pueda sucederte? Tan sólo hay otra cosa, y ésta es la pavorosa consideración de que soy yo mismo la causa de ella. Tal vez me haga con esto demasiado honor. Pero estoy seguro de que nadie envidiará un honor que me resulta tan caro. Perdóname esta presunción y perdóname aún más si oso preguntarte: ¿es posible que mi consejo, mi ayuda, mi presencia, mi ausencia, mi muerte o mis sufrimientos puedan proporcionarte algún alivio? ¿Pueden la más completa admiración, el más perfecto acatamiento, el amor más ardiente, la ternura más dulce, la más resignada sumisión a tu voluntad compensarte de lo que te ves obligada a sacrificar a mi felicidad? Si pueden lograrlo, vuela, mi ángel querido, a los brazos que permanecen abiertos para recibirte y protegerte, y a

los cuales no les importa en absoluto que vengas sola o acompañada por todas las riquezas del mundo. Pero si, en contra de esto, predominase la reflexión y ésta te presentara como demasiado grande el sacrificio, y no existiera más medio, para convencer a tu padre y devolver la tranquilidad a tu espíritu que mi abandono, te pido que me arranques por completo y para siempre de tus pensamientos y que la compasión por mis sufrimientos no inquiete lo más mínimo tu tierno corazón. Créeme, Sophia, te quiero tan profundamente, que mi único objeto en esta vida es verte feliz. Mi primer deseo fue —¿por qué la fortuna no me lo concedió?— y todavía lo es, verte a mi lado convertida en la mujer más feliz de la tierra. Pero mi segundo deseo es saber que lo eres. Sin embargo, no existe dolor que pueda compararse con el mío cuando pienso que muchos momentos de inquietud que sufres son debidos a que en todo instante y para todo soy tu devoto admirador.

Tom

Dejamos a la imaginación del lector que decida lo que Sophia dijo, hizo o pensó de aquella carta, si la leyó una sola vez o muchas. La contestación de la misiva será dada más tarde y no ahora, por la siguiente razón: que no escribió ninguna, y esto debido a diversas causas, la principal, la de que carecía de tinta, papel y pluma.

Por la noche, mientras Sophia pensaba en la carta recibida o en cualquier otra cosa, un violento estruendo procedente del piso bajo le arrancó de sus reflexiones. El ruido provenía de un altercado entre dos personas. Sophia no tardó en distinguir la voz de uno de los combatientes. Éste no era otro que su padre. Pero, en cambio, le costó descubrir que los chillidos agudos provenían de su tía, que acababa de llegar a Londres y enterada por una de sus criadas que paraba en *Las columnas de Hércules*, del lugar donde se alojaba su hermano, se fue derecha en su busca.

Nos despediremos ahora de Sophia y, con nuestra acostumbrada buena educación, nos dispondremos a atender a la recién llegada.

CAPÍTULO IV

SOPHIA QUEDA LIBRE DE SU ENCIERRO.

Mr. Western y el párroco estaban fumando sus pipas —el dueño de la casa se hallaba ocupado en sus cosas en otra parte de la casa—, cuando fue anunciada la llegada de Mrs. Western. En cuanto el caballero oyó el nombre de su hermana se apresuró a bajar corriendo la escalera para acompañarla a las habitaciones superiores, pues era un gran guardador de estos ritos, sobre todo con su hermana, a la cual tenía más miedo que a nadie del mundo, aunque jamás lo había confesado ni a él mismo siquiera.

Cuando Mrs. Western entró en el comedor tomó asiento y seguidamente comenzó a decir:

—¡Qué viaje más molesto he tenido! Creo que desde que hay tantas barreras de portazgos en los caminos, éstos se encuentran en peor estado que nunca. Hermano, ¿cómo te has podido hospedar en este sitio tan horrendo? Jamás una persona de calidad lo ha pisado antes que tú.

—Pues no lo sé —repuso el hermano—. Creía que era bueno, ya que me lo recomendó el dueño del mesón. Me pareció que como el hombre conoce a gente distinguida, podía dejarme guiar por él.

—Bien, ¿y dónde se encuentra mi sobrina? —inquirió la dama—. ¿Has visto ya a lady Bellas ton?

—Tu sobrina está a salvo. Ahora se encuentra arriba, en su cuarto.

—¿Cómo? —exclamó la dama—. ¿Mi sobrina se encuentra en casa y aún no sabe que yo estoy aquí?

—No, nadie puede verla —replicó el caballero—, pues la tengo encerrada bajo llave. Está a buen recaudo. La rescaté de casa de mi prima la primera noche de mi llegada a Londres, y desde entonces la tengo a mi cargo. Está tan segura como liebre en zurrón, te lo aseguro.

—¡Dios mío! —gritó Mrs. Western—. ¿Qué es lo que oigo? Ya suponía que sucedería esto viniendo a Londres sin mí. Te empeñaste en ello, y no me remuerde la conciencia por haberlo consentido. ¿No me prometiste, hermano, antes de partir que no adoptarías ninguno de tus procedimientos violentos? ¿No fue por tu testarudez que obligaste a la muchacha a que huyera de casa? ¿Es que te has propuesto que tome a repetir la hazaña?

—¡Demonios! —replicó Western, arrojando la pipa contra el suelo—. ¿Cuándo se ha oído algo semejante? ¿Cuando esperaba que te pareciera magnífico todo cuanto he hecho, me sales con ésas!

—¿Cómo, hermano? ¿Cuándo te he dado motivos para que pensaras que iba a colmarte de alabanzas por haber encerrado a tu hija a piedra y lodo? ¿No te he dicho infinidad de veces que en las naciones libres las mujeres no pueden ser tratadas de ese modo arbitrario? Nosotras las mujeres somos tan libres como los hombres, y me gustaría no tener que decir que nosotras merecemos la libertad mucho más que ellos. Si quieres que permanezca un momento más en esta malhadada casa, o que te siga tratando como hermano en lo sucesivo, o que no me vuelva a preocupar nunca más de los asuntos de la familia, exijo que mi sobrina sea puesta en libertad en el acto.

Pronunció estas palabras con tal entonación de mando, de pie y espaldas al fuego, con una mano detrás y en la otra un polvo de rapé, que tengo mis dudas de si la misma Thalestris, al frente de sus amazonas, ofrecerá jamás tan fiero aspecto. No es de sorprender, por tanto, que el pobre hombre cediera al temor que ella le inspiraba.

—¡Ahí la tienes! —repuso, arrojando la llave a su hermana—. ¡Ahí está! Haz lo que mejor te plazca. Sólo traté de retenerla hasta que Blifil llegase a Londres, lo que no creo que tarde en suceder. Pero si en el intervalo sucede algo, ya puedes imaginarte sobre quién recaerá la culpa.

—Estoy dispuesta a responder de ello con mi vida —afirmó Mrs. Western—. Pero no intervendré en nada si no es con una condición, la de que todo quede a mi cargo, sin que tú tomes medida alguna salvo cuando yo te lo pida. Si aceptas estas condiciones, hermano, trataré de conservar a salvo el honor de la familia, de lo contrario, me mantendré neutral.

—Le suplico, señor —dijo el párroco, interviniendo en la discusión entre los dos hermanos—, que acepte usted el consejo de su hermana, ya que es muy posible que si habla con miss Sophia obtenga más de lo que usted ha logrado con medidas más rigurosas.

—¿Quién le ha dado a usted autorización para hablar? —exclamó el caballero—. Si dice usted algo más, le daré un latigazo ahora mismo.

—¡Qué bochorno, hermano! —exclamó Mrs. Western—. ¿Es ése un lenguaje apropiado para dirigirse a un clérigo? Mr. Supple es un hombre razonable y te ha dado un buen consejo, y no dudes de que todo el mundo opinará como él. Pero debo decirte que estoy esperando una respuesta inmediata a mis categóricas proposiciones. Pones a tu hija a mi disposición o la dejas por entero a tu cuidado. Pero en este caso, y delante de Mr. Supple te lo digo, evacuó la guarnición y renunció a ti y a tu familia para siempre.

—Le suplico que me deje usted actuar de mediador —insistió el párroco—. Deje que se lo suplique.

—Ahí, sobre la mesa, está la llave —contestó el caballero—. Si quiere, la puede recoger. ¿Se lo impido acaso?

—Nada de eso, hermano —contestó la dama—. Insisto en que me sea entregada,

junto con una completa ratificación de todas las condiciones estipuladas.

—Siendo así te la entregaré yo mismo —exclamó el caballero—. Creo, hermana, que no me puedes acusar de haberme negado a confiarte a mi hija. Ha vivido contigo un año entero sin que yo la viera.

—Y si mi sobrina hubiera vivido siempre conmigo, más feliz sería ahora —contestó la dama—. Bajo mi vigilancia, nada de esto habría sucedido.

—Me parece que sólo merezco censuras —dijo él.

—Claro que sí. Sólo mereces censuras —contestó la hermana—. Me he visto obligada a decírtelo y te lo repetiré siempre que salga la conversación. De todos modos, espero que te enmiendes. Ahora ya has adquirido experiencia y no cometerás disparates que echen a rodar mis prudentes maquinaciones. Tú no sirves para estos asuntos, hermano. Cuando haces planes, siempre resultan equivocados. Insisto una vez más en que no debes mezclarte en nada. Sólo debes recordar el pasado.

—¡Córcholis! —exclamó Western—. ¿Y qué más tienes que decirme? Harías perder la paciencia a un santo.

—Veo que sigues como siempre —contestó la hermana—. No se puede hablar contigo. Apelo a Mr. Supple, que es hombre de buen sentido, para que diga si yo he dicho algo molesto.

—Permítame que le suplique que no irrite al señor —pidió el párroco.

—¿Irritarle? —exclamó la dama—. Es usted tan bobo como él. Bien, hermano. Ahora ya has prometido no mezclarte en nada. Yo cuidaré de nuevo a mi sobrina. ¡Que Dios tenga misericordia de los asuntos que se hallan bajo la dirección de los hombres! Mil cabezas de hombre no valen lo que una sola cabeza de mujer.

Y tras de decir esto, llamó a una criada, a la que preguntó dónde estaba la habitación de Sophia, camino de la cual partió con la llave en la mano.

En cuanto Mrs. Western salió de la estancia, el caballero cerró la puerta, y empezó a lanzar maldiciones contra su hermana, no perdonándose a sí mismo el haber hecho siempre cálculos sobre el dinero de ella. Luego añadió:

—Pero ya que he sido siempre su esclavo durante tanto tiempo, sería ahora una lástima que perdiera todo el dinero por falta de paciencia. Esa vieja zorra no puede vivir eternamente, y sé que al fin su piel será para mí.

El párroco se mostró del todo conforme con esta resolución. Después, el caballero pidió otra botella, según su costumbre cuando algo le molestaba o le agradaba, y el contenido de la botella templó de tal manera su cólera, que cuando Mrs. Western volvió a la habitación acompañada por Sophia, el padre se hallaba tranquilo y sereno. La joven llevaba puesto su sombrero y su abrigo, y la tía, dirigiéndose a Mr. Western, dijo:

—He decidido llevarme a mi sobrina a la casa en donde me alojo. Te aseguro, hermano, que estas habitaciones no están acondicionadas para que viva en ellas

ningún cristiano.

—Muy bien, mi señora —contestó Western—. Puedes hacer lo que te plazca. Nunca estará la niña en mejores manos que en las tuyas. El párroco, aquí presente, puede atestiguar que siempre he dicho, en ausencia tuya, que eras una de las mujeres más cuerdas y prudentes del mundo.

—No tengo inconveniente en afirmarlo —se apresuró a decir el párroco.

—Estoy convencida que nunca te he dado motivos para que me juzgues de otro modo —exclamó Mrs. Western—. Tienes un carácter muy impulsivo, pero reconozco que cuando reflexionas eres un hombre razonable.

—Bien, pues ya que piensas así, bebo esta copa a tu salud —contestó el caballero—. A veces me acaloro, pero carezco de malicia. Supongo que te portarás como una buena muchacha, Sophia, y que harás todo lo que tu tía te ordene.

—No tengo la menor duda de que lo hará —contestó mistress Western—. Tiene ante los ojos el ejemplo de esa desgraciada prima Henriette, que arruinó su vida por no seguir mis consejos. Apenas acababas tú de emprender el viaje cuando se presentó ese desvergonzado que lleva un odioso apellido irlandés... Sí, ese Fitzpatrick. Se presentó ante mí sin hacerse anunciar, ya que de otro modo yo no le hubiera recibido. Me contó una historia muy poco comprensible sobre su esposa, historia que yo me vi precisada a escuchar. Pero apenas si contesté. Luego le entregué la carta de su mujer, rogándole que la contestara. Supongo que esa desgraciada tratará de vernos, pero yo te ruego, hermano, que no la recibas. Estoy decidida a evitarla.

—¿Verla yo? —repuso el caballero—. No me asustes. No pienso alentar a mujeres que se permiten conducta tan dudosa. Me alegro mucho de no haber estado en casa cuando se presentó su marido. Le hubiera hecho salir de estampía. Ya ves, Sophia, a lo que conduce la desobediencia. He aquí un ejemplo y en tu propia familia.

—Hermano —dijo la tía—, no debes continuar impresionando a mi sobrina con la repetición de esa historia. ¡Déjalo todo a mi cuidado!

—Bien, bien. Estoy de acuerdo —contestó Mr. Western.

Afortunadamente para Sophia, Mrs. Western puso punto final a la conversación encargando unas sillas de mano. Y digo afortunadamente porque, caso de haberse prolongado, sin duda hubieran surgido nuevos temas de discusión entre ambos hermanos, que sólo se diferenciaban en la educación y en el sexo, ya que coincidían en el carácter, en el gran cariño que sentían por Sophia y en el soberano desprecio que se profesaban mutuamente.

CAPÍTULO V

DONDE TOM JONES RECIBE UNA CARTA DE SOPHIA Y ASISTE A UNA REPRESENTACIÓN TEATRAL EN COMPAÑÍA DE MR. MILLER Y DE PARTRIDGE.

La llegada de George el guardabosque a Londres sirvió de bastante consuelo a Jones, ya que este agradecido individuo se prestaba siempre a desempeñar sus buenos oficios en ayuda de su antiguo protector. El joven era presa de una gran ansiedad por saber noticias de Sophia, noticias que llegaron a él por mediación de George. En suma, recibió una carta, contestación a la suya, que Sophia, a quien le fue concedido el uso de papel, de pluma y de tinta, escribió la misma noche del día en que abandonó su encierro. La carta decía así:

Tom:

Como no dudo de tu sinceridad al escribirme, creo que te agradará saber que han desaparecido algunas de mis aflicciones con la llegada de mi tía Western. Vivo ahora con ella y gozo de bastante libertad. Pero mi tía se ha empeñado en que le haga una promesa, que consiste en que no hable a nadie sin su conocimiento y consentimiento. Hice esta promesa solemnemente y la mantendré.

Y aunque mi tía no me ha prohibido de un modo expreso el escribir, debe incluir esto en la palabra conversar. Así que si ahora te escribo es faltando a la generosa confianza que ella ha depositado en mi palabra. Por lo tanto, tú no debes esperar que continúe escribiendo cartas o recibéndolas sin que ella lo sepa. Una promesa es cosa sagrada para mí, y creo que debe hacerse extensiva a todo lo que abarque, esté o no esté expresado de modo concreto. Esta consideración puede, en mi opinión, proporcionarte algún consuelo. Pero no sé por qué te menciono un consuelo de este género, cuando existe una cosa en la que nunca podré dar gusto al mejor de los padres, aunque, eso sí, estoy firmemente resuelta a no obrar en contra suya y a no tomar jamás ninguna decisión importante sin su consentimiento. Esta firmeza mía debe hacer que tus pensamientos se alejen de lo que el destino ha hecho imposible. Espero que esto sirva para que te reconcilies con Mr. Allworthy. Las circunstancias me han impuesto algunas obligaciones, y tus buenas intenciones también me han impuesto otras. Creo que la suerte nos será más propicia en el porvenir que en la hora presente. Puedes creer que siempre pensaré en ti como mereces. Queda tu humilde servidora,

Te suplico que no me escribas más, al menos por ahora. Y ahora acepta lo que te envió, pues no me sirve de nada y sé que a ti puede hacerte falta. Piensa que debes esto a la misma suerte que tuviste para encontrarla^[25].

Jones tardó en leer esta carta más tiempo del que hubiera empleado un niño que acaba de aprender el abecedario, experimentando mientras lo hacía una mezcla de pena y alegría, algo parecido a lo que siente un hombre cuando se lee el testamento de un amigo difunto en el que se le deja un gran legado. En conjunto, se hallaba más complacido que disgustado, y acaso al lector le sorprenda el que se disgustase. Pero el lector no quiere tanto como el pobre Jones, y el amor es un mal que aunque a veces se asemeja mucho a la tisis —en ocasiones la engendra—, en otros casos toma una dirección contraria a ésta, es decir, que no se adula nunca a sí mismo ni ve tampoco ningún síntoma favorable.

Una cosa, sin embargo, llenó al joven de satisfacción: la noticia de que Sophia había recobrado su libertad y vivía ahora como una dama, en compañía de su tía, de la que por lo menos podía esperar recibir un trato más adecuado. Otra circunstancia consoladora era la promesa implícita que la joven le hacía en su carta de no casarse nunca, pues aunque Jones creía que su pasión era desinteresada, dudo mucho que pudiera recibir noticia más desconsoladora que la de que Sophia se había casado con otro. Un grado refinado de afecto platónico, desprendido en absoluto del peso de lo carnal, puro y enteramente espiritual, es un don confinado en la parte femenina de la creación. He oído declarar a muchas mujeres, y sin duda lo decían con toda sinceridad, que cederían un novio a una rival si esa cesión era necesaria a la dicha temporal del tal novio.

En fin, Jones se entretuvo durante tres horas en leer y en besar la mencionada carta, y luego, con el ánimo ya apaciguado, se dispuso a cumplir algo prometido con anterioridad. Se trataba de acompañar a Mrs. Miller y a su hija a la galería del teatro, llevando con ellos a Partridge, ya que Jones gustaba de las personas de buen humor y esperaba pasar un buen rato escuchando las críticas de Partridge, unas críticas derivadas de un sentimiento natural y no mejoradas ni adulteradas por el arte.

En la primera fila de la primera galería tomaron asiento Tom Jones, Mrs. Miller, su hija menor y Partridge. Éste comenzó diciendo que era el sitio mejor en el que había estado jamás en el teatro. Y cuando sonó la primera pieza de música, afirmó:

—Es sorprendente que puedan tocarse al mismo tiempo tantos violines sin que ninguno desentone. —Y cuando terminaron de encender las luces, exclamó—: Se consumen aquí velas suficientes para satisfacer las necesidades de una familia pobre durante toda una temporada.

Tan pronto comenzó la representación del drama, que era *Hamlet, príncipe de Dinamarca*, Partridge fue todo oídos, permaneciendo con la boca cerrada hasta que apareció el fantasma. Entonces preguntó a Tom:

—¿Quién es ese hombre con un traje tan raro? Algo parecido a eso he visto en un grabado. ¿Es tal vez una armadura?

Tom repuso:

—Es un espectro.

A lo que Partridge repuso sonriendo:

—Convénczame usted de ello si puede. Aunque no puedo afirmar que haya visto jamás un espectro, estoy seguro de que lo reconocería en cuanto se presentara. No, no, señor. Los espectros no aparecen vestidos con trajes como ése.

En esta duda, que produjo grandes risas entre los espectadores que se encontraban cerca de él, continuó Partridge hasta la escena entre el espectro y Hamlet. Entonces Partridge, concediendo al espectro el crédito que había negado a Tom Jones, se echó a temblar de tal forma que sus rodillas comenzaron a chocar entre sí.

Jones le preguntó qué le sucedía y si tenía miedo del guerrero que se encontraba en escena.

—Ahora me convenzo, señor, de que ese personaje es lo que usted dijo. No tengo miedo de nadie, pues sé que se trata de una función de teatro. Si de veras fuera un espectro, no podría hacer daño a tal distancia y con tanta gente delante. Y si me hubiera asustado, no sería la única persona a quien le ocurriera esto.

—¿Cómo? —exclamó Tom—. ¿Es que crees que hay algún otro cobarde además de ti?

—Puede usted llamarme cobarde si así le place. Pero si ese hombre pequeño que se encuentra en el escenario no está asustado, entonces nunca he visto a ningún hombre dominado por el miedo.

Tom se disponía a contestar, pero Partridge exclamó de pronto:

—¡Silencio, silencio, señor! ¿No le oye?

Durante el discurso del espectro permaneció con los ojos fijos, unas veces en el espectro, otras en Hamlet, la boca abierta, experimentando las mismas emociones que se reflejaban sucesivamente en Hamlet.

Cuando la escena concluyó, Tom Jones dijo:

—Excedes a todas mis esperanzas, Partridge. Estás gozando lo indecible con esta obra.

—Señor, si usted no tiene miedo del diablo, esto no es culpa mía —repuso Partridge—. Pero lo natural es sorprenderse ante estas cosas, aunque se sepa que no son ciertas. Mas no fue el espectro el que me atemorizó, pues hubiera comprendido que se trataba de un hombre con una indumentaria rara. Pero cuando vi que el hombre pequeño estaba tan asustado, el miedo se apoderó entonces de mí.

—¿Es que crees, Partridge, que ese individuo estaba realmente asustado?

—¿Quién puede dudarlo? —repuso Partridge—. ¿No observó usted que después, cuando descubrió que era el espíritu de su padre y supo que había sido asesinado en el jardín, el miedo le fue abandonando poco a poco y se quedó mudo de pena, como a mí me hubiera sucedido en un caso semejante? Silencio. ¿Qué ruido es ése? Ahí está de nuevo. Aunque sé que todo es fingido, me alegro de no encontrarme allá abajo, donde están esos hombres.

Y volviendo sus ojos hacia Hamlet, añadió:

—¡Ya puedes sacar tu espada! ¿Qué vale una espada contra el poder del diablo?

Durante el segundo acto Partridge hizo escasas observaciones; admiró como se merecían la elegancia de los trajes e hizo un comentario sobre la cara del rey.

—¡De qué forma un rostro puede engañar al público! ¡Qué cierto es el dicho de *Nulla fides frontil!* ¿Quién podía imaginarse, al contemplar el rostro del rey, que éste ha cometido un asesinato?

A continuación preguntó por el espectro. Pero Tom Jones, que deseaba que se sorprendiera de veras, no le dio otra explicación que la de que era muy posible que tornara a verlo pronto, en medio de las llamas.

Partridge se mantuvo entonces en una temerosa expectación, y cuando el espectro volvió a aparecer, exclamó:

—¿Qué me dice usted ahora, señor? ¿Está asustado o no? Tan asustado como me creía usted a mí, y es que nadie puede evitar ciertos temores. ¡Dios santo! ¿Qué ha sido del espíritu? Juraría que se ha hundido en la tierra.

—Has visto bien —repuso Tom Jones.

—Sí, sé bien que se trata de una simple función de teatro. Además, si hubiera algo de cierto en todo eso, Mrs. Miller no se reiría tanto, pues en cuanto a usted, sé, señor, que no se asustaría lo más mínimo, aunque se tratara del mismo diablo en persona.

Nuestro crítico permaneció silencioso hasta la representación teatral que Hamlet hace delante del rey. Partridge no la comprendió y Tom tuvo que explicársela. Pero una vez conoció su finalidad, empezó a dar gracias a Dios por no haber cometido jamás en su vida un asesinato. Volviéndose luego hacia Mrs. Miller, preguntó a la buena mujer si no le parecía que el rey tenía aspecto de estar conmovido, aunque era un buen actor y hacía lo imposible por ocultarlo.

—Apostaría cualquier cosa —añadió— a que ese hombre cruel y perverso acabará situándose en un lugar más elevado que en el que ahora se encuentra. No me sorprendería que huyera. Cualquiera se vuelve a fiar de una cara con aspecto de inocencia.

La escena siguiente, en que se cava la fosa, no pudo por menos de llamar la atención de Partridge, al que sorprendió enormemente el número de calaveras

arrojadas sobre el escenario. Pero Tom le dijo:

—Se trata de uno de los cementerios más famosos de la ciudad.

—No me sorprende —exclamó Partridge— que ese lugar esté encantado. Pero jamás en mi vida he visto un cavador tan malo. Cuando yo era dependiente conocí a un enterrador que hubiera cavado tres tumbas en el tiempo que éste cava una. Ese hombre maneja el azadón como si fuera la primera vez que lo coge. Sí, sí, ya puedes cantar. Cantas más que trabajas.

Y cuando Hamlet cogió el cráneo, dijo:

—¡Vaya! Es maravilloso lo valiente e intrépida que puede ser alguna gente. Por lo que a mí hace, jamás me atrevería a tocar nada perteneciente a un muerto. Pero creo que está algo asustado con el espectro. *Nemo omnibus horis sapit.*

Ninguna otra cosa digna de mención sucedió durante el resto de la representación, al final de la cual Tom preguntó a Partridge:

—¿Cuál de los actores te ha gustado más?

A lo que el hombre respondió un tanto indignado, al parecer, por la pregunta que su amo le había hecho:

—El rey, sin la menor duda.

—Pues no tiene usted, Mr. Partridge, la misma opinión que los londinenses —dijo Mrs. Miller—. Todos están de acuerdo en que Hamlet es representado por uno de los mejores actores que se recuerdan.

—¡El mejor actor! —exclamó Partridge con acento de desdén—. Yo hubiera podido representar su papel tan bien como él. Estoy convencido de que si hubiera visto un espectro hubiese obrado del mismo modo que él y habría hecho lo mismo. Y en la escena, como usted la ha llamado, entre él y su madre, y en la que usted dice que ha interpretado tan bien, cualquier hombre bueno hubiera procedido exactamente lo mismo ante tal madre. Tengo la impresión de que está usted burlándose de mí. Ahora bien, señora, aunque jamás he estado en Londres, he podido ver algunas funciones de teatro en el campo. Así que me quedo con el rey. Todas sus palabras se entienden perfectamente. Cualquiera puede ver que es un buen actor.

Mientras Mrs. Miller charlaba de esta guisa con Partridge, una dama se acercó a Tom. Ésta no era otra que Mrs. Fitzpatrick. Le dijo que le había visto desde el otro lado de la galería, por lo que había aprovechado la circunstancia, pues tenía algo que decirle que podía serle de gran utilidad. La dama dio a Tom sus señas y una cita para el día siguiente por la mañana, que tras de breve reflexión cambió por la tarde, y Tom Jones prometió visitarla a tal hora.

De esta forma concluyó la aventura del teatro, durante el curso de la cual Partridge fue motivo de enorme diversión, no tan sólo para Tom y Mrs. Miller, sino para todos los que se sentaban a su alrededor y pudieron oírle, pues prestaron más atención a lo que él decía que a lo que sucedía en la escena.

Partridge no quiso meterse en la cama en toda la noche por miedo al espectro, e incluso durante una larga serie de noches se acostó temblando de miedo, tardando dos o tres horas en conciliar el sueño, despertándose varias veces lleno de terror y gritando:

—¡Dios mío, ten misericordia de nosotros!

CAPÍTULO VI

DONDE LA HISTORIA RETROCEDE.

Es poco menos que imposible para el mejor de los padres mostrarse imparcial con todos sus hijos, aunque ninguno ofrezca un mérito especial para variar su cariño. Pero creo que nadie será capaz de censurar a un padre cuando la causa de su preferencia es la superioridad de las cualidades de alguno de ellos.

Por tanto, como considero a todos los personajes de esta historia como hijos míos, me veo obligado a confesar que experimento cierta inclinación especial por Sophia, y confío que los lectores me perdonarán por ello, teniendo en cuenta la superioridad moral de su carácter.

El cariño extraordinario que siento por mi heroína no me permite abandonarla por mucho tiempo sin experimentar un gran pesar. Por tal motivo, ahora siento una gran impaciencia por averiguar lo que puede haberle sucedido a esta adorable criatura desde que se separó de su padre la última vez.

Sin embargo, antes me veo obligado a hacer una breve visita a Mr. Blifil.

Mr. Western, al recibir la noticia de la inesperada estancia de su hija en Londres, y en la precipitación de la marcha, no se acordó de comunicar el descubrimiento a Blifil. Pero no había avanzado mucho en su camino hacia Londres cuando le vino a las mientes el joven, y, deteniéndose en la primera posada que le salió al paso, envió un mensajero a Blifil con la noticia de que al fin había sido encontrada Sophia, y como estaba resuelto a casarla con él, ordenaba también al joven que emprendiera el viaje a Londres inmediatamente.

Como el amor que Blifil sentía por Sophia era de esos que sólo la pérdida de su fortuna o un accidente de la misma índole podía aminorar, su deseo de contraer matrimonio con ella no había disminuido en absoluto, aunque él era precisamente la causa de la huida de la joven.

Aceptó, pues, inmediatamente la sugerencia de míster Western. Al casarse con la muchacha se proponía satisfacer otra fuerte pasión, aparte de la avaricia. Ésta era la del odio, ya que era de opinión que el matrimonio proporciona idéntica oportunidad para satisfacer el odio que el amor, y esta opinión parece ser corroborada por la práctica. Si hemos de juzgar por el comportamiento corriente entre las personas casadas, quizá podamos deducir que la mayor parte de las personas buscan la satisfacción de sus anteriores pasiones en la unión de todo, menos de sus corazones.

En este caso, sin embargo, existía una enorme dificultad, y ésta tenía su origen en Mr. Allworthy. Este hombre bueno, cuando se convenció por la marcha de Sophia, pues tanto ésta como la causa de la misma no se le escapó, empezó a pensar que se

había equivocado al llevar las cosas tan adelante. En modo alguno compartía la opinión de esos padres que piensan que la opinión de los hijos en materia de matrimonios es como desear buen viaje a sus servidores cuando emprenden uno, y que sólo ante la ley o las apariencias dejan de emplear la fuerza. Todo lo contrario, como estimaba la institución del matrimonio en todo lo que tiene de sagrado, consideraba que eran necesarias toda suerte de preocupaciones para asegurar su inviolabilidad, y pensaba, con indudable acierto, que la mejor forma de conseguirlo era fundamentando el matrimonio en el cariño mutuo.

Blifil no tardó en disipar la cólera de su tío provocada por la supuesta superchería de él, haciendo grandes protestas de que el primer engañado había sido él, cosa en que coincidían las numerosas declaraciones de Mr. Western. Pero conseguir ahora de Mr. Allworthy que permitiera que él renovase sus pretensiones sobre Sophia era algo en extremo tan difícil, que el solo pensamiento hubiera hecho desistir a persona menos emprendedora que Blifil.

Pero el joven caballero estaba tan convencido de su habilidad y talento, que no había nada que se le resistiera en el terreno de las bellaquerías.

Se esforzó, pues, en poner de manifiesto la violencia de su pasión y la esperanza de hacer desaparecer la aversión que la muchacha sentía hacia él por medio de la más asidua perseverancia. Afirmó que en un asunto del que dependía toda su felicidad futura, debía cuando menos tener libertad para poder emplear todos sus recursos.

—No es mi idea —añadió— utilizar otros procedimientos que los persuasivos. Si éstos fracasan, entonces podrá usted, y siempre habrá tiempo para ello, negar su consentimiento.

Hizo notar también el vehemente deseo que sentía Mr. Western de que se celebrara aquel matrimonio. Por último, repitió mucho el nombre de Tom Jones, a quien culpó de todo lo sucedido, añadiendo que era un deber de caridad impedir que una muchacha que valía tanto en todos los conceptos fuera a parar a manos de él.

Todos estos argumentos fueron secundados por Thwackum, que se mostraba aún más partidario de la autoridad de los padres que el propio Blifil. Atribuyó las medidas que éste deseaba tomar a motivos completamente cristianos, y añadió:

—Aunque este excelente muchacho ha mencionado en último lugar la caridad, estoy casi convencido de que es la primera y principal causa que le impulsa.

Si Square hubiera estado presente, es muy posible que hubiese dicho lo mismo en tono diferente, descubriendo una gran conveniencia moral en el procedimiento. Pero en aquellos momentos se encontraba en Bath para restablecer su salud.

Allworthy, no sin cierta repugnancia accedió, al cabo, a los deseos de su sobrino, y dijo que le acompañaría a Londres, donde podría disponer de todos los medios honrados para conquistar a Sophia.

—Pero te declaro —prosiguió— que jamás daré mi consentimiento si se trata de

violentar la inclinación de esa joven, ni jamás será tuya si no cuentas con su consentimiento.

De forma que la estimación de Mr. Allworthy por su sobrino triunfó sobre su recto modo de pensar. Del mismo modo la prudencia es derrotada a menudo por la ternura del mejor de los corazones.

Una vez logrado el beneplácito de su tío, Blifil no cejó hasta ver realizado su propósito. Y como sea que ningún asunto requería por aquellas fechas la presencia de Mr. Allworthy en la región, y es muy poco lo que un hombre necesita para emprender un viaje, al día siguiente se pusieron en camino, llegando a Londres la misma noche en que Tom Jones se divertía como hemos visto en el teatro en compañía de Partridge.

CAPÍTULO VII

DONDE VEREMOS CÓMO MR. WESTERN HACE A SU HERMANA UNA NUEVA VISITA, ESTA VEZ EN COMPAÑÍA DE MR. BLIFIL.

En el momento en que Mrs. Western leía a su sobrina un libro que trataba de la prudencia y la cautela que hay que tener en todo lo referente al matrimonio, irrumpieron en la habitación, sin ninguna ceremonia previa, su hermano y Blifil. En cuanto Sophia vio a Blifil se puso pálida y perdió el uso de la palabra. Por el contrario, su tía se puso muy encarnada, comenzando a ejercitar su lengua en contra de su hermano.

—Hermano mío —dijo—, tu conducta me deja atónita. ¿Es que nunca aprenderás las reglas de urbanidad? ¿Crearás siempre que todas las casas son tuyas o bien que pertenecen a cualquier criado tuyo? ¿Es que piensas que tienes libertad para invadir las habitaciones particulares de las damas distinguidas sin tomarte la molestia de avisar?

—¿Qué pasa para tanta palabrería? —exclamó el hermano—. Cualquiera diría que te he encontrado...

—¡Groserías, no! —contestó la dama—. Ve, has sorprendido de tal modo a mi sobrina que apenas si puede tenerse en pie. Vamos, querida mía, retírate y trata de serenarte.

Al oír estas palabras, Sophia se apresuró a marcharse, pareciéndole que jamás en su vida había recibido indicación más oportuna.

—Obras mal al hacer que se vaya —dijo Mr. Western—. Precisamente he traído aquí a Mr. Blifil para que la corteje.

—El que ha procedido mal eres tú, hermano —contestó ella—. Sabiendo cómo están las cosas, te atreves a esto... Perdóneme, Mr. Blifil, pero mi hermano sabe muy bien que por fuerza tengo que hacerle esta recepción tan poco agradable. A mí me alegra siempre verle, Mr. Blifil, pero usted, que posee un recto sentido común, no hubiera procedido de esta forma si mi hermano no le hubiese arrastrado a ello.

Blifil inclinó la cabeza y comenzó a tartamudear. Pero Western, sin apenas darle tiempo para contestar, dijo:

—Bien, bien, puedes censurarme cuanto gustes. Ya estoy acostumbrado. Pero has de permitir que Sophia vuelva, o bien que Blifil vaya a conversar con ella. Ha venido a Londres tan sólo con este fin, y te aseguro que no hay tiempo que perder.

—Hermano mío —contestó Mrs. Western—. Mi parecer es que, después de lo ocurrido, Mr. Blifil no siente el menor deseo de hablar esta mañana con mi sobrina. Los sentimientos de las mujeres son muy delicados, y cuando nuestro espíritu se

altera, no recobra su tranquilidad hasta pasado mucho tiempo. Si Mr. Blifil quiere presentar sus respetos a mi sobrina esta misma tarde, tal vez lo consiga. Pero en este momento desconfío de poder convencerla.

—Señora —exclamó Blifil—, lamento mucho que la amabilidad que Mr. Western ha tenido conmigo siempre y que nunca le agradeceré bastante, haya sido motivo...

—Mr. Blifil —interrumpió la dama—, no necesita usted excusas. Todos conocemos de sobra a mi hermano...

—Poco importa que se me conozca o no —interrumpió Western a su vez—. Lo importante es lo siguiente: ¿Cuándo verá Blifil a mi hija? Ha venido sólo con este fin, y lo mismo ha hecho Mr. Allworthy.

—Hermano mío —dijo la dama—, transmitiré a mi sobrina de buena gana cualquier recado que Mr. Blifil desee enviarle. Y creo que ella sabrá dar la debida contestación. También yo estoy convencida de que no se negará a ver a Blifil cuando llegue la hora.

—¡El diablo puede interponerse! —exclamó el caballero—. A mí me parece que hay alguien que, con muy poco fundamento, se cree más sabio que nadie en el mundo. Si mi voluntad se hubiera cumplido, nunca habría huido mi hija. Y ahora me parece que de un momento a otro voy a enterarme de que se ha vuelto a escapar. Yo podré parecer tonto, pero me consta que ella aborrece...

—Basta, hermano —exclamó Mrs. Western—. No te consiento que hables mal de mi sobrina. Es la honra de la familia, y me parece que lo seguirá siendo. Yo no dudaría en arrastrar mi reputación ante el mundo, para salir fiadora de la muchacha. Me alegrará volverte a ver esta tarde, hermano, pues tengo que decirte algo en extremo importante. Y ahora tanto tú, como usted, Mr. Blifil, van a tener que excusarme, ya que me he de vestir.

—Muy bien —contestó el hermano—. Di a qué hora nos veremos.

—No puedo darte ninguna hora —dijo la dama—. Sólo te aseguro que nos volveremos a ver esta tarde.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó el caballero, volviéndose hacia Blifil—. No puedo hacer nada con ella, no más que un sabueso que logra cansar a una liebre vieja; Pero puede que esta tarde esté de mejor humor.

—Veo que estoy destinado a ser desgraciado —dijo Blifil ahora—. No obstante, siempre le estaré a usted agradecido.

El joven se despidió con la mayor ceremonia de Mrs. Western, que le correspondió del mismo modo. Luego se marcharon ambos, el caballero Western murmurando entre dientes que Blifil vería más tarde a su hija.

Si Mr. Western se sintió poco complacido con esta entrevista, menos se lo sintió Blifil. El primero atribuyó la conducta de su hermana a su mal humor por haber prescindido del ceremonial de la visita. Mas Blifil profundizó algo más la cuestión.

Por dos o tres palabras que se le escaparon a la dama dedujo algo de mayores consecuencias, y sus sospechas no carecían de fundamento, como podrá comprobarse en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO VIII

PROYECTOS DE LADY BELLASTON PARA ARRUINAR A TOM.

El amor había echado raíces muy profundas en el corazón de lord Fellamar para que pudieran ser arrancadas por las rudas manos de Mr. Western. Impulsado por su resentimiento, había encargado al capitán Egglane de una misión, que éste se apresuró a cumplir. Pero el capitán no la hubiera llevado a cabo de haber podido hablar con él después de entrevistarse con lady Bellaston, lo que sucedió al día siguiente en que recibió la afrenta. Sin embargo, tan diligente se mostró el capitán en el desempeño de su deber, que luego de haber averiguado, tras de muchas indagaciones, el domicilio de Mr. Western ya entrada la noche, el resto de la misma se la pasó en una taberna para no perder la oportunidad de ver a Western a primera hora de la mañana. Ésta fue la razón de que no recibiera a tiempo la contraorden que el lord le envió a su casa. A la tarde siguiente al del intento de violación de Sophia, el lord, como ya hemos narrado, visitó a lady Bellaston, que le hizo una completa descripción del modo de ser de Mr. Western, convenciéndose de lo absurdo que era ver ofensas en las palabras del caballero, en especial si se acariciaban proyectos tan honrosos respecto a su hija. Luego, el lord descubrió a lady Bellaston la violencia de su pasión por Sophia, y la dama le prometió ayudar su causa, dándole ánimos y asegurándole que sería bien acogido por los familiares de la muchacha, incluso hasta por el propio padre, cuando éste recuperara la razón y pudiera enterarse claramente de la oferta hecha a su hija. El único peligro, según afirmó lady Bellaston, estaba en Tom Jones, pues, aunque se trataba de un individuo sin oficio ni beneficio, se había hecho de un modo u otro con ropa presentable y ahora se hacía pasar por un caballero.

—Para proteger a mi prima he tenido necesidad de averiguar el domicilio de ese joven —afirmó a continuación, dando la dirección al lord—. Estoy pensando —añadió—, puesto que ese individuo es demasiado poco para hacerle el honor de sentir el menor odio contra él, si no le sería a usted posible dar con un medio para obligarle a que se alistara y se enrolara en un barco. Ni la ley ni la propia conciencia impiden que se lleve a cabo esta idea, pues aunque anda bien vestido, es un simple vagabundo, y es tan apropiado como cualquiera otro de los que tanto abundan por las calles para ser alistado en la Marina. Mirando la cosa desde el punto de vista moral, evitar que una joven dama sea víctima de un tipo así constituye un acto de los más meritorios, y con respecto al joven, a no ser que consiga triunfar en sus intentos, Dios no lo permita, sería el único modo de evitar que acabe en la horca y también es posible que sea para él el modo de que emprenda una vida decente.

Lord Fellamar agradeció profundamente a lady Bellaston el partido que tomaba a su favor y de cuyo éxito dependía su felicidad futura. Suplicó al propio tiempo a la dama que hiciera el favor de comunicar seguidamente a la familia su propuesta de matrimonio, dándole carta blanca en todo y poniendo su fortuna entera a su disposición. Y tras de una serie de elogios y alabanzas de Sophia, se despidió de la dama y se marchó, no sin que antes recibiera el encargo de que desconfiara de Tom Jones y no perdiera el tiempo en poner al joven a buen recaudo, para evitar que hiciera más intentos de arruinar a Sophia.

En el mismo instante en que Mrs. Western quedó aposentada en su alojamiento envió una tarjeta de salutación a lady Bellaston, y en cuanto ésta la recibió voló a casa de su prima, poseída por la impaciencia de un novio, gratamente impresionada por la oportunidad que se le ofrecía de un modo tan inesperado. Prefería cien veces más la perspectiva de hacer la propuesta de matrimonio a una mujer con sentido común, concedora, además, del mundo, que a un caballero a quien se le honraba llamándole hotentote, aunque no temía por parte de él una negativa.

Reunidas al cabo las dos damas, y tras de unos breves y ceremoniosos saludos, entraron en materia, la que concluyeron en el acto, pues Mrs. Western, tan pronto como oyó el nombre de lord Fellamar, enrojeció de placer. Y cuando conoció lo profundo de la pasión del caballero, la seriedad de su propuesta y la generosidad de su oferta, se mostró de acuerdo en absoluto, empleando para ello las palabras más encendidas.

La conversación derivó más tarde hacia Tom Jones, y las dos primas se lamentaron patéticamente del desdichado afecto que, según ellas, Sophia sentía por el mentado individuo, y que mistress Western atribuía a la absurda norma de conducta seguida por su hermano. No obstante, expresó su confianza en que la clara inteligencia de su sobrina, que si bien era probable que no abandonase su amor por complacer a Blifil, era muy posible que no tardara en decidir sacrificar una simple inclinación a los galanteos de un caballero fino y educado, que le proporcionaría al mismo tiempo un título y una gran fortuna.

—Pues tengo que conceder a Sophia —prosiguió— que el joven Blifil es del tipo de hombre que se hace odioso, como sabes bien que sucede con todos los hombres que viven en el campo y sólo cuentan con su fortuna como recomendación.

—No me sorprende demasiado —repuso lady Bellaston— lo que le sucede a Sophia. Puedo asegurarte que ese Tom Jones es un muchacho muy agradable y posee una virtud que los hombres aseguran que es una gran recomendación para nosotras. ¿Qué dirías (te vas a reír, pues yo misma no puedo contarle sin hacerlo), qué dirías si te contase que ese individuo ha tenido la desfachatez de hacerme el amor? Por si no me crees, aquí tengo una prueba bien palpable de ello, una carta escrita de su puño y letra.

Acto seguido entregó a su prima la carta con la proposición de matrimonio que, si el lector siente el deseo de recordar, podrá encontrar en el capítulo xv de esta historia.

—¡Me llena de asombro! —exclamó Mrs. Western—. ¡Es el colmo de la osadía! Si me das tu permiso, quizá pueda sacarle provecho a esa carta.

—Tienes completa libertad para hacer con ella lo que gustes —repuso lady Bellaston—. Me gustaría, no obstante, que no la viera nadie más que Sophia, y esto sólo cuando se presente la ocasión.

—Bien, ¿y qué respondiste al atrevido mozo? —inquirió Mrs. Western.

—Simplemente, le mandé a paseo —contestó lady Bellaston—. No siento el menor deseo de volverme a casar. Basta con una sola vez, si se es una mujer razonable.

Lady Bellaston pensaba que aquella carta haría inclinarse la balanza en contra de Tom Jones en el corazón de Sophia, y al fin decidió entregársela a su prima, parte con la esperanza de conseguir que la joven despachara de una vez a Tom Jones, parte por contar con el testimonio de Mrs. Honour, la cual, luego de convenientemente sondeada, parecía dispuesta a testimoniar lo que ella quisiera.

Pero acaso al lector le extrañe el motivo por el cual lady Bellaston, que tanto odiaba a Sophia, deseaba proporcionarle un marido que tanto podía convenir a la muchacha. A estos lectores yo les aconsejaría que estudiaran con la mayor atención la naturaleza humana, y ese estudio descubrirá que las mujeres consideran tan terrible desgracia verse contrariadas en sus inclinaciones amorosas, que suponen que el colmo del odio es contrariar éstas en la mujer odiada. También podrán descubrir que una mujer que haya gozado alguna vez de la posesión de un hombre, está dispuesta a entregar su alma al diablo con tal de impedir que otra mujer goce también de él.

Mas si no satisfacen las precedentes razones, confieso que no encuentro otras para justificar las acciones de lady Bellaston, a no ser que pensemos que había sido sobornada por lord Fellamar, lo que no tengo motivos para pensar.

Éste era el asunto que Mrs. Western estaba preparando para proponérselo a Sophia, con una especie de discurso a modo de prólogo sobre las locuras del amor y lo prudente y sabio que era prostituirse legalmente entregándose sin amor, cuando de súbito aparecieron su hermano y Blifil. De nuevo se produjo la frialdad en el trato de la dama con el joven, que si bien el caballero Western, como era costumbre en él, atribuyó a una causa errónea, dio lugar a que Blifil, que era mucho más astuto que el padre de Sophia, sospechara la verdadera causa.

CAPÍTULO IX

DONDE TOM JONES HACE UNA VISITA A MRS. FITZPATRICK.

Al lector le gustará sin duda regresar con nosotros al lado de Tom Jones, que a la hora convenida visitó a Mrs. Fitzpatrick.

Pero antes de relatar la conversación que tuvo lugar será oportuno, de acuerdo con nuestra costumbre, retroceder un poco, a fin de explicar cambio tan extraño en la dama, que tras de haber buscado otro alojamiento, principalmente para eludir a Tom Jones, ahora se las había arreglado para concertar una entrevista con él.

Tan sólo necesitamos recurrir para ello a lo que sucedió el día anterior, cuando al oír decir a lady Bellaston que Mr. Western se encontraba en Londres, acudió a la casa donde éste se alojaba en Picadilly. Pero la joven fue recibida con frases demasiado groseras para que puedan ser repetidas, e incluso tuvo que oír la amenaza de que sería arrojada de allí a puntapiés. Desde allí, una antigua criada de su tía Mrs. Western, con la que le unía amistad muy antigua, la condujo a la casa donde paraba su tía, que no la trató con más amabilidad, pero sí con más cortesía, o sea con rudeza de otro estilo. En resumen, Mrs. Fitzpatrick regresó de ambos lugares plenamente convencida no sólo de que su proyecto de reconciliación había fracasado, sino de que tendría que renunciar para siempre a la idea de volverlo a intentar por cualquier otro procedimiento. Pero entonces se le ocurrió la idea de venganza, y al encontrar a Tom Jones en el teatro le pareció ver en el joven una oportunidad para llevar a cabo su propósito.

El lector recordará sin duda que Mrs. Fitzpatrick informó, en el relato que hizo de su historia, del cariño que Mrs. Western había sentido en otro tiempo por Mr. Fitzpatrick, y que del desengaño que se había llevado con él dimanaba todo el desprecio que su tía sentía hacia ella. En vista de esto, Mrs. Fitzpatrick no puso en duda que la buena mujer prestaría fácil oído a los devaneos de Mr. Jones, del mismo modo que antes lo había prestado a los del otro, ya que la superioridad de encantos estaba sin el menor género de dudas de parte de Tom, y el avance en años de su tía era un argumento más bien en favor del proyecto que en contra del mismo.

Al ver a Tom Jones, y tras de una declaración previa de sus deseos de servirle, que provenía de su profundo convencimiento de que al obrar así complacía a su prima Sophia, y luego de algunas excusas por haberle esquivado antes y de decirle quién custodiaba ahora a la joven, cosa que suponía que él ignoraba, Mrs. Fitzpatrick informó con toda claridad a Tom de su proyecto, aconsejándole que cortejara a la dama más vieja, como medio de procurarse un acceso fácil a la dama joven, comunicándole el éxito que en otros tiempos había tenido Mr. Fitzpatrick con la

misma estratagema.

Tom expresó su gratitud a la dama por las amables intenciones que demostraba con su proposición. Mas aparte de no confiar en que aquello diera resultado, al conocer la tía su amor por la sobrina, cosa que no sucedía en el caso de Mr. Fitzpatrick, afirmó que temía mucho que miss Western jamás aceptara una treta de aquel género, tanto por el odio que sentía a todo fingimiento, cuanto por su conocida sumisión a su tía.

Mrs. Fitzpatrick se sintió un tanto molesta ante esta salida de Tom, que si bien no podía considerarse un error, representaba una pequeña falta de cortesía, y en la cual en modo alguno hubiera incurrido, de no haberle hurtado todo poder de reflexión el placer que experimentaba alabando a su Sophia.

Entonces la dama replicó con cierto acaloramiento:

—Creo que no hay nada más fácil que engañar a una mujer de cierta edad haciéndole el amor, siempre que sea de temperamento amoroso, y aunque se trata de mi tía, puedo asegurarle a usted que jamás existió una mujer de corazón más asequible. ¿No podría usted fingir que la desesperación que le había producido la pérdida de Sophia, por estar prometida a Blifil, le ha llevado a pensar en ella? En cuanto a Sophia, me cuesta imaginar que sea tan simple que sienta el menor escrúpulo ante este plan o que espere algún daño porque se castigue a una de esas brujas que tantas desgracias atraen sobre las familias con sus pasiones tragicómicas, siendo así que yo considero que deberían ser castigadas por la ley. En lo que a mí respecta, no sentiría tales escrúpulos, y confío que mi prima Sophia no se sentirá agraviada si digo que ella no puede detestar más que yo toda suerte de falsedades. No pretendo guardar sumisión ninguna a mi tía, pues no merece ninguna. Bien, ya le he dado mi consejo, Mr. Jones, y si desiste de llevarlo a buen fin, perderá mucho en la opinión que tengo formada de usted.

Tom Jones vio ahora con toda claridad el error que había cometido e intentó subsanarlo lo mejor que le fue posible. Pero sólo sirvió para que incurriera en una serie de contradicciones. Con frecuencia es mejor mantener el primer error que tratar de corregirlo, pues en tales intentos complicamos las cosas en vez de mejorarlas. Además, muy pocas personas demuestran en tales ocasiones la bondad que Mrs. Fitzpatrick demostró con Tom Jones al decirle con una sonrisa en sus labios:

—No tiene usted por qué darme excusas, pues perdono con suma facilidad a un enamorado de verdad lo que no es más que efecto de su cariño hacia su novia.

A continuación insistió en su plan, que recomendó con todo fervor, no dejando ningún argumento en favor del mismo, pues la joven estaba tan indignada con su tía, que nada podía proporcionarle un placer mayor que el de que se burlara de ella, y, como mujer de corazón, no creía ver dificultades en la realización de su idea.

Sin embargo, Tom no aceptó la empresa, que no tenía la menor probabilidad de

éxito. No le costó darse cuenta de los motivos que inducían a Mrs. Fitzpatrick a mostrarse tan apremiante en aquella cuestión. Afirmó que le era imposible negar el afecto que sentía por Sophia. Pero estaba, sin embargo, tan convencido de la desigualdad de sus situaciones, que le era imposible albergar la menor esperanza de que una mujer tan divina como Sophia accediera a pensar en un hombre tan indigno de ello, y mucho menos a atreverse siquiera a desear que ella lo hiciera.

Existen algunas mujeres selectas —no deseo hablar aquí en términos demasiado abstractos— en las que domina de tal forma su yo, que jamás lo dejan aparte en ninguna cuestión, y como la vanidad es la única norma que las rige, siempre están dispuestas a atrapar cualquier elogio que escuchan, el cual se apropian sin más ni más, aunque vaya dirigido a otra mujer. No es posible decir nada delante de ellas en favor de otra mujer que no se apliquen en el acto a sí mismas, e incluso en ocasiones mejoran la alabanza de que se han adueñado razonando del siguiente modo: si su belleza, su talento, su amabilidad y su alegría merecen ser alabados de ese modo, ¿qué no mereceré yo, que poseo tales cualidades en grado superlativo?

Un hombre se recomienda a menudo a tales damas cuando hace el elogio de otra mujer, y al tiempo que recita lleno de entusiasmo sus generosos sentimientos por la persona amada, la mujer piensa en qué amante más encantador y delicioso sería aquel hombre para ella si es capaz de sentir tal pasión por una mujer de muchos menos méritos que ella.

Aunque parezca extraño, he conocido muchos casos de éstos, aparte del de Mrs. Fitzpatrick, a quien sucedió precisamente esto. Ahora comenzó a sentir algo por Tom, cuyos síntomas adivinó mucho antes que la pobre Sophia en la ocasión anterior.

En realidad, la belleza perfecta tanto en uno como en otro sexo resulta mucho más irresistible de lo que por lo común se cree, pues si bien la mayor parte nos contentamos con mucho menos y aprendemos de memoria, como niños que repiten mecánicamente las cosas, a despreciar lo mejor y a apreciar en lo que valen encantos mucho más sólidos, he podido observar, no obstante, que ante la aproximación de una belleza completa, esos encantos tenidos por más sólidos brillan tan sólo con ese atenuado esplendor que las estrellas ofrecen a la salida del sol.

Cuando Tom Jones dio por terminadas sus exclamaciones de entusiasmo, muchas de las cuales hubieran parecido sin duda bien en labios del propio Oroonates, Mrs. Fitzpatrick lanzó un profundo suspiro y apartando la vista de Tom, al que no había dejado de mirar durante todo este tiempo, y clavándola en el suelo, murmuró:

—Siento compasión de usted, Mr. Jones, pues el sino de tales amores es que se apliquen a personas que son insensibles a ellos. Conozco a mi prima mucho mejor que usted, Mr. Jones, y debo decir que una mujer que no corresponde a la pasión que siente usted por ella y a un caballero como usted, no es digna de ninguna de las dos.

—Sin duda, señora, no quiere decir... —murmuró Tom.

—¡Decir! —exclamó Mrs. Fitzpatrick—. Sé bien lo que quiero decir. Existe sin duda algo encantador en el verdadero amor. Pero muy pocas mujeres encuentran éste en los hombres, y mucho menos saben apreciarlo en su justo valor cuando dan con él. Jamás había oído expresar sentimientos tan profundos y sinceros, y no puedo decirle de qué forma, pero usted obliga a que una le crea. Sin duda, mi prima tiene que ser la más despreciable de las mujeres cuando desprecia tanto mérito.

La forma y la mirada que acompañaron a tales palabras infundieron sospechas a Tom, que nosotros no intentaremos traducir al lector. Y en vez de responder a las palabras de la dama, el joven dijo:

—Temo, señora, que mi visita se haya prolongado demasiado —e hizo un movimiento como para marcharse.

—De ningún modo, Mr. Jones —se apresuró a responder Mrs. Fitzpatrick—. Le repito que le compadezco a usted, Mr. Jones. Pero si se va, no olvide el plan que le he expuesto. Estoy segura de que acabará aprobándolo, y déjese ver por aquí tan pronto como le sea posible. Mañana por la mañana, si usted desea, o por lo menos, a alguna hora de mañana. Estaré en casa todo el día.

Tras de dar las gracias más expresivas, Tom Jones se retiró, no sin que antes Mrs. Fitzpatrick le lanzara una mirada que, de no haberla comprendido Tom, hubiese indicado que desconocía el lenguaje de los ojos. Esto confirmó al joven en su resolución de no volver a poner los pies en aquella casa, pues si bien hasta ahora ha aparecido en nuestra historia como culpable, todos sus pensamientos se hallaban de tal modo concentrados en Sophia, que estamos por decir que ninguna mujer de la tierra podría haberle inducido a cometer un acto de inconstancia.

Pero la Fortuna, sin embargo, que no hacía buenas migas con él, decidió, precisamente, proporcionar una segunda oportunidad a Mrs. Fitzpatrick y sacar el mayor provecho de esta visita, dando ocasión al trágico incidente que nos vemos obligados a relatar en tono plañidero.

CAPÍTULO X

CONSECUENCIAS DE LA ANTERIOR VISITA.

Luego de haber recibido de Mrs. Western la carta antes mencionada, y enterado por este medio del lugar donde se encontraba su esposa, Mr. Fitzpatrick se dirigió directamente a Bath y de aquí, al día siguiente, emprendió viaje a Londres.

El lector ya tiene pleno conocimiento del carácter celoso de este caballero. También estamos seguros de que recordará las sospechas que concibió de Tom Jones en Upton cuando le encontró en una habitación de la fonda en compañía de Mrs. Waters, y aunque luego descubrió motivos suficientes para desechar toda clase de sospechas, la lectura de los elogios que su esposa hacía de Tom Jones le llevaron a pensar que ésta se encontraba en el mesón al mismo tiempo que él, armándose entonces tal lío de cosas en su cerebro, que distaba mucho de ser de los más claros, que la consecuencia de ello fue ese monstruo de ojos verdes que Shakespeare menciona en su tragedia *Otelo*.

Por una circunstancia desgraciada, Mr. Fitzpatrick se encontraba en la misma calle en que habitaba su esposa, en cuya busca iba precisamente, cuando vio que Tom Jones salía por el portal de la casa cuya dirección acababan de darle.

Mr. Fitzpatrick no recordaba bien la cara de Tom. Sin embargo, cuando vio que de la casa salía un joven bien vestido se dirigió en línea recta a él y le preguntó sin más ni más qué hacía en aquella casa.

—Pues no me cabe duda —añadió— que ha estado usted en ella, ya que acabo de verle salir de la misma.

Tom contestó sencillamente que había estado visitando a una dama, a lo que Mr. Fitzpatrick replicó:

—¿Qué asuntos tiene usted con esa dama?

Tom Jones, que de súbito recordó la voz, las acciones e incluso la casaca del caballero, exclamó:

—¡Hola, amigo mío! Deme usted su mano. Espero que no nos guardemos rencor por un pequeño error que se produjo entre nosotros hace algún tiempo.

—Le aseguro, señor, que no recuerdo ni su nombre ni su cara —contestó el caballero.

—Tampoco yo tengo el placer de conocer su nombre —replicó Tom—. En cambio, recuerdo perfectamente haber visto antes su cara, en Upton, donde se produjo un tonto altercado entre nosotros, que si entonces decidimos darlo por terminado, ahora podremos liquidarlo definitivamente ante una botella.

—¿En Upton? —preguntó el caballero—. ¡Ya! ¿Entonces se llama usted Tom

Jones?

—Eso es —repuso éste.

—Entonces es usted el hombre que más deseaba encontrar en el mundo. Ahora beberé con usted una botella. Pero antes le daré un buen golpe en la cabeza. Tome, bribón. Si no me da satisfacción por este golpe, estoy dispuesto a darle otro.

Y sacando su espada se colocó en posición de defensa, que era la única ciencia que conocía.

Tom se tambaleó por efecto del golpe, que recibió inesperadamente. Pero, reaccionando, tiró también de la espada, y si bien no sabía nada de esgrima, atacó con tal rapidez y rabia a Mr. Fitzpatrick, que sorprendió su guardia e introdujo la mitad de su espada en el cuerpo del caballero, que tan pronto se sintió atravesado por el acero retrocedió, dejó caer la espada y exclamó:

—Me doy por satisfecho. Soy hombre muerto.

—Espero que no —exclamó Tom Jones—. Pero cualesquiera que sean las consecuencias, debe reconocer que ha sido usted el primero en sacar la espada.

La gente se había aglomerado alrededor de ellos y entre varios hombres se apoderaron de Tom, que les aseguró que no pensaba hacer resistencia, mientras rogaba a otros que cuidaran del caballero herido.

—Poco se puede hacer ya por el caballero herido —opinó uno de los individuos—. Creo que le quedan pocas horas de vida. En cuanto a usted, le resta, por lo menos, un mes.

—¿Qué te parece, John? —dijo otro—. Se ha evitado el viaje; ahora va destinado a otro puerto.

Algunos otros chistes más hicieron aquellos hombres a costa de Tom Jones, los cuales formaban parte de la banda contratada por lord Fellamar. Habían seguido los pasos del joven hasta la casa de Mrs. Fitzpatrick y le estaban esperando en la esquina de la calle cuando se produjo el incidente que acabamos de relatar.

El jefe de la pandilla pensó, sin duda acertadamente, que su misión era entregar al detenido a la justicia. Ordenó, pues, que lo llevaran al juzgado, donde Tom fue entregado a un alguacil para que le pusiera a buen recaudo.

Pero al ver el alguacil que Tom estaba tan bien vestido y enterarse de que el accidente se había producido en duelo, trató al detenido con la mayor consideración, y a ruegos del joven envió un propio para que inquiren noticias del caballero herido, que ahora se encontraba en una taberna, en manos de un cirujano. La noticia que llevaron a Tom era que la herida era mortal de necesidad y que no había esperanzas de vida. Ante esto, el alguacil anunció a Tom que tendría que comparecer ante el juez, a lo que el joven contestó:

—Lo que usted guste. Me es lo mismo lo que pueda sucederme, pues si bien estoy convencido de no ser culpable de asesinato ante la ley, me siento culpable en mi

conciencia de derramamiento de sangre.

Tom Jones fue conducido, pues, a presencia del juez. Asimismo compareció el cirujano que había atendido a Mr. Fitzpatrick, el cual declaró que consideraba mortal de necesidad la herida causada a su paciente, por lo que Tom fue encerrado en la cárcel de Gatehouse. La noche estaba ya muy avanzada, así que Tom no pudo enviar en busca de Partridge hasta la mañana siguiente. Pero como este último no había podido pegar ojo hasta las siete, eran cerca de las doce del mediodía cuando el pobre hombre, asustado al no tener noticias de su amo desde hacía tantas horas, recibió un mensaje que le produjo el efecto de un golpe en la cabeza.

Inmediatamente se dirigió a Gatehouse. Las piernas le temblaban y el corazón le daba saltos, y en cuanto se encontró en presencia de Tom comenzó a lamentarse de la desgracia ocurrida, derramando abundantes lágrimas y mirando a su alrededor con ojos aterrorizados, pues como acababa de llegar la noticia de la muerte de Mr. Fitzpatrick, el infeliz temía que su espíritu apareciera de un momento a otro en la habitación donde él se encontraba ahora. Al fin entregó a Tom una carta, que hasta ahora había olvidado en un bolsillo, y que había llegado a sus manos por mediación de George el guardabosque.

Tom esperó que saliera todo el mundo de la estancia, y cuando se encontró solo desgarró el sobre y leyó:

Debes el saber de mí ahora a un accidente, que reconozco me ha sorprendido de veras. Mi tía acaba de mostrarme una carta tuya escrita a lady Bellaston, la cual, por lo que veo, contiene una proposición de matrimonio hecha por ti a esa dama. No tengo la menor duda de que ha sido escrita por tu mano, y lo que más me sorprende de todo eso es que lo escribieras en los mismos días en que yo me creía la única mujer objeto de tu interés. Dejo a tu consideración los comentarios que merecen estos hechos. Lo único que deseo es que nunca sea tu nombre mencionado a

S. W.

Del estado presente de ánimo de Tom Jones y de los tormentos que sufría no podemos dar mejor idea que diciendo sin duda que hubieran logrado que Thwackum le tuviera lástima. Pero aún encontrándose sumido en la mayor desgracia, le dejaremos por el momento, como su buen hado, si es que tenía alguno, parecía haber hecho.

Y aquí ponemos punto final al libro decimosexto de nuestra historia.

LIBRO DECIMOSÉPTIMO

TRANSCURRE EN TRES DÍAS.

CAPÍTULO PRIMERO

A MODO DE INTRODUCCIÓN.

Cuando un escritor festivo ha hecho felices todo lo que es posible a sus personajes principales, o cuando un autor dramático los ha conducido con su pluma al más profundo grado de miseria humana, ambos suponen que han cumplido su cometido y que su tarea está ya concluida.

Si nosotros poseyéramos un temperamento trágico, el lector sin duda podría concedernos que casi estamos a punto de alcanzar ese final, puesto que hubiera sido difícil para el diablo o cualquiera de sus representantes en la tierra idear mayores tormentos para el desgraciado Tom Jones que los expuestos al final del anterior capítulo. En cuanto a Sophia, una mujer llena de bondad, apenas hubiera podido desear mayor inquietud a una rival que la que cabía suponer que en aquellos momentos devoraba a la joven. ¿Qué falta, pues, para la tragedia total, sino un asesinato o dos y una serie de sentencias morales?

Pero sacar a nuestros personajes preferidos de su presente estado de angustia y desgracia y hacerles desembarcar en la costa de la felicidad resulta tarea harto más difícil, labor tan llena de dificultades que nosotros no nos atrevemos a llevarla a cabo. En lo que respecta a Sophia, es más que probable que en uno u otro lado podamos procurarle un marido al final, bien sea el antipático Blifil, el lord o cualquiera otro. Pero en lo que se refiera al pobre Tom Jones, son tales las calamidades que le abruma al presente, debidas en buena parte a su imprudencia, tan falto está de amigos y es perseguido tan ferozmente por sus enemigos, que desesperamos mucho de poderle conducir al puerto de salvación, y si nuestros lectores son aficionados a presenciar ejecuciones capitales, tengo la impresión de que no deben perder el tiempo en ocupar la primera fila en Tyburn.

Lo que les prometemos fielmente es que, cualquier afecto que pueda atribuírse nos hacia semejante pícaro que, para desgracia nuestra, hemos convertido en nuestro héroe, jamás le prestaremos nada de esa ayuda sobrenatural de que nos es posible disponer, a condición, claro está, de que la utilicemos tan sólo en las ocasiones más importantes. Por tanto, si ese joven no encuentra por sí mismo algún medio de desembarazarse de los apuros en que se encuentra, no violentaremos la verdad y dignidad de esta historia en favor de él, pues preferimos verle ahorcado en Tyburn, cosa muy posible e incluso probable, que perder nuestra integridad y sorprender la buena fe de nuestros lectores.

En esto los antiguos poseían una gran ventaja sobre los modernos. Su mitología, que en aquellas épocas era mucho más creída por el vulgo que cualquier religión en

los actuales tiempos, les proporcionaba en todo momento una oportunidad de libertad a su héroe favorito. Sus divinidades estaban siempre prestas a ayudar al lector en la realización de cualquiera de sus propósitos, y cuanto más extraordinaria era la invención, tanto mayor resultaba la sorpresa y el placer del crédulo lector. Aquellos escritores podían con mucha mayor facilidad conducir a un héroe de un país a otro e incluso de un mundo a otro y traerle de nuevo al nuestro que cualquier infeliz escritor de ahora sacarle de la cárcel.

Los árabes y los persas gozan de una ventaja similar al escribir cuentos sobre genios y hadas, en los que creen como artículos de fe, apoyados por la autoridad del Corán. Pero nosotros no disponemos de ninguna de esas ayudas. Debemos limitarnos a los medios naturales. Por tanto, veremos qué podemos hacer con estos medios por el pobre Tom Jones, aunque, a decir verdad, alguien me está diciendo al oído que el joven ese aún no conoce lo peor de su destino, y que éste aún le tiene reservados acontecimientos más dolorosos de los que ya ha sufrido.

CAPÍTULO II

LA GENEROSA Y AGRADECIDA CONDUCTA DE MR. MILLER.

Acababan de sentarse para almorzar Mr. Allworthy y Mrs. Miller cuando Blifil, que había salido muy temprano aquella mañana, volvió y se reunió con ellos. Inmediatamente el joven empezó a decir:

—¡Dios mío, querido tío! ¿Qué cree usted que ha sucedido? Temo decírselo por temor a provocar en usted remordimientos de conciencia, ya que mostró tanta amabilidad con un villano.

—¿Qué ha sucedido, muchacho? —inquirió el tío—. En más de una ocasión temo haber demostrado excesiva amabilidad con la gente indigna de ella. Pero, por fortuna, la caridad no adopta los vicios de aquellos a los que socorre.

—¡Oh, tío! —exclamó Blifil—. La Providencia le ha inspirado la palabra adopción. Su hijo adoptivo, ese tal Tom Jones, ese desgraciado que se crió en su casa, ha resultado ser uno de los mayores villanos que se conocen.

—Todo eso es falso —se apresuró a responder Mrs. Miller—. Mr. Jones no es un villano como Usted dice. Por el contrario, se trata de una de las criaturas más dignas que existen, y si alguna otra persona le hubiera llamado villano como usted ha hecho, puede estar seguro de que le habría arrojado a la cara esta agua hirviendo que tengo aquí.

Mr. Allworthy pareció en extremo sorprendido al oír las anteriores palabras. Pero la mujer no le dio lugar a que hablase, pues volviéndose hacia él, exclamó:

—Confío que no se enfadará usted conmigo, Mr. Allworthy. Por nada del mundo quisiera ofenderle. Pero no puedo permitir que traten de ese modo a Mr. Jones.

—Tengo que confesar, señora —dijo ahora Mr. Allworthy con acento grave—, que me sorprende de veras que defienda usted con tanto calor y entusiasmo a un individuo que no conoce.

—Le conozco, Mr. Allworthy —repuso la dama—, y demostraría ser la más ingrata de las mujeres si lo negara. Ha sido protector mío y de mi familia, y todas nosotras tenemos motivos sobrados para bendecirle mientras viva. Pero ruego que Dios le bendiga y cambie los corazones de sus maliciosos enemigos, pues veo que los tiene.

—Aún me sorprende usted más —murmuró Mr. Allworthy—. Sin duda debe usted referirse a otra persona. Es imposible que deba usted los favores de que habla a la persona que ha mencionado mi sobrino.

—Sin duda le debo favores muy grandes —contestó Mrs. Miller—. Ha sido el defensor y amparador de mi familia. Créame, señor. Le han dado a usted falsos

informes de él, de lo contrario, usted, que es todo bondad y un perfecto caballero de honor, no le hubiera llamado «sujeto» con tal desdén, tras de haberle oído yo decir tantos elogios y palabras amables de ese pobre muchacho indefenso. Sí, señor. El mejor de mis amigos merece un tratamiento más amable por parte de usted si hubiera oído las cosas buenas, amables y las palabras de agradecimiento que yo le he oído decir de usted. Jamás menciona el nombre de usted sin un respeto rayano en la adoración. En esta misma habitación he podido verle hincado de rodillas implorando del cielo ayuda para usted.

—Veo, tío, que Mrs. Miller le conoce muy bien —dijo ahora Blifil, acompañando sus palabras con una de esas risas burlonas que el diablo otorga a sus elegidos—. Supongo que se dará usted cuenta de que no es la primera de sus amistades con quien ese Jones le ha comprometido. Respecto a mí, he podido comprender, por algunas de las insinuaciones que ha hecho la señora, que me trata muy a la ligera. Pero le perdono.

—¡Y Dios le perdone a usted, señor! —exclamó Mrs. Miller—. Todos pecamos lo bastante para necesitar ser perdonados.

—Por mi fe, Mrs. Miller, que no comparto poco ni mucho ese entusiasmo de usted por mi sobrino —dijo ahora Mr. Allworthy—. Todo lo contrario, le aseguro que todas esas reflexiones que usted le concede provienen del más perverso de los hombres, por lo que sólo servirían, si esto es posible, para acrecentar el resentimiento que siento hacia él, ya que debo decirle, Mrs. Miller, que el joven que tiene usted delante ha sido en todo momento el mejor abogado del desgraciado infeliz cuya causa usted defiende con tanto ardor. Supongo que al oír decir esto, usted no podrá por menos de sentirse maravillada ante su gran vileza e ingratitud.

—Pues está usted en un error —replicó Mrs. Miller—. Sí, aunque éstas fueran las últimas palabras que tuvieran que pronunciar mis labios, diría una y otra vez que está usted engañado, y lo repito de nuevo. ¡Pero que Dios perdone a aquellos que le han engañado a usted! No es que pretenda decir que el muchacho no tenga sus defectos, aunque todos son defectos propios de la juventud y de la irreflexión; defectos que puede, estoy más que convencida de ello, abandonar. Pero incluso si así no ocurriera, están más que compensados por uno de los corazones más humanos, más delicados y más honrados que nadie pueda imaginar.

—Cierto, Mrs. Miller, que si alguna vez me hubieran anunciado esto de usted jamás lo hubiese creído —repuso el caballero Allworthy.

—Señor —anunció la mujer—, usted acabará creyendo todo lo que he contado, se lo prometo. Y cuando haya oído la historia que voy a contarle, pues estoy dispuesta a contarle todo, estará tan lejos de sentirse ofendido que reconocerá, puesto que conozco bien su espíritu justiciero, que yo hubiera sido la más despreciable y desgraciada de las mujeres si hubiese obrado de modo distinto.

—Muy bien, señora —repuso Allworthy—, me alegrará mucho oír unas excusas razonables de una conducta que, así debo confesarlo, me parece que necesita muchos justificantes. Y ahora, señora, le agradeceré que permita usted a mi sobrino que prosiga su historia sin interrupción. Estoy seguro de que Blifil no hubiera puesto un prefacio semejante a un asunto sin importancia. Tal vez el relato de lo que mi sobrino tiene que contar le curará a usted de su error.

Mrs. Miller se sometió momentáneamente. Entonces Blifil tomó la palabra.

—Si considera usted, tío, que no debe sentirse ofendido por el mal trato de Mrs. Miller, yo perdonaré fácilmente en lo que a mí respecta. Creo que la bondad de usted no merece esa indignidad por parte de ella.

—Conforme, muchacho. Pero ¿cuál es ese suceso que has anunciado? ¿Qué ha hecho últimamente Tom?

—¿Que qué ha hecho? —exclamó Blifil—. Pese a todo lo dicho por Mrs. Miller, lamento decir que no lo hubiera contado jamás de no tratarse de algo imposible de ocultar a nadie. En pocas palabras: Tom ha matado a un hombre, y no digo asesinado porque es posible que no resulte así ante la ley, y espero que en beneficio de él así sea.

Allworthy se impresionó de veras y volviéndose hacia Mrs. Miller, exclamó:

—Señora, ¿qué dice usted ahora?

—Digo, señor —repuso la mujer—, que me ha afectado mucho la noticia y que si eso es cierto estoy segura de que el muerto, quienquiera que sea, es el culpable de todo. Dios sabe cuántos villanos andan por Londres que sólo se ocupan de provocar a los caballeros. Únicamente una provocación de esas que no pueden esquivarse debe de haberle obligado a sacar la espada, ya que de todos los caballeros que yo he tenido en mi casa jamás conocí uno de temperamento más apacible. Es estimado por todos los de la casa y por todos los que le tratan.

Mientras Mr. Miller hablaba de esta suerte, una violenta llamada a la puerta interrumpió su discurso y le impidió seguir adelante o recibir alguna respuesta, pues como supuso que se trataría de alguna visita para míster Allworthy, se retiró a toda prisa seguida por su hija menor, cuyos ojos se habían entristecido ante las desagradables noticias recibidas sobre Mr. Jones, que solía llamarla pequeña esposa y le regalaba sin cesar juguetes, aparte de pasarse muchas horas jugando con ella.

A algunos lectores les complacerán sin duda estos minuciosos detalles, y al relatarlos seguimos el ejemplo de Plutarco, uno de los mejores de nuestros historiadores; en cuanto a los otros, a los que pueden parecer triviales, esperamos de ellos cuando menos un poco de indulgencia, ya que, por lo general, no somos nunca prolijos en tales ocasiones.

CAPÍTULO III

APARICIÓN DE MR. WESTERN, CON ALGUNAS CUESTIONES REFERENTES A LA AUTORIDAD PATERNA.

Apenas había abandonado Mrs. Miller la habitación cuando penetró en ella Mr. Western, no sin que antes se produjera un pequeño altercado entre él y los conductores de la silla de mano en que había venido, pues estos individuos, que habían tomado su carga en *Las Columnas de Hércules*, suponían que no contarían con él como parroquiano futuro, de lo que les convenció, además, su generosidad, pues el caballero les dio por su propia voluntad medio chelín más sobre el precio convenido. Por esta razón osaron con el mayor desparpajo pedir a Mr. Western otro chelín más, lo que irritó tanto al caballero, que no sólo lanzó contra ellos una sarta de maldiciones desde la puerta de la casa, sino que siguió encolerizado ya dentro de la habitación donde se hallaba Mr. Allworthy, jurando que todos los londinenses eran como la corte y sólo pensaban en explotar a los que vivían en el campo.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Prefiero andar de aquí en adelante a pie, aunque esté lloviendo a cántaros, antes que volver a coger una silla de mano. En el espacio de una milla me han traqueteado mucho más que si hubiera participado en una larga cacería de zorros.

Cuando al cabo se aplacó su cólera, inició otro tema en el mismo tono apasionado.

—Ahora —empezó— se nos ha presentado un bonito asunto. Los sabuesos han levantado la caza, y cuando todos creíamos que se trataba de un zorro, al final nos ha resultado un tejón.

—Mi buen amigo —pidió Mr. Allworthy—, deje de una vez sus metáforas y hable con más claridad.

—Muy bien —repuso Western—. Entonces, hablando con claridad, le diré que durante todo este tiempo, mientras nosotros temíamos al hijo de una cualquiera, un bastardo de cualquiera, de no sé quién, resulta que al que tenemos que temer es al hijo de la concubina de un lord que para el caso es como si fuera un bastardo, pues jamás obtendrá con mi consentimiento a una hija mía. Ellos han empobrecido a la nación, pero no me empobrecerán a mí, se lo aseguro.

—¡Me sorprende usted enormemente, mi querido amigo! —exclamó Mr. Allworthy.

—¡Cuernos! —replicó Mr. Western—. No puede usted sentirse más sorprendido que yo. Ayer noche fui a ver a mi hermana, según lo convenido, y fui introducido en una estancia atestada de mujeres. Allí se encontraban presentes mi prima lady

Bellaston, Mrs. Elizabeth, Mrs. Caroline y Mrs. no sé quién. ¡Cualquier día me vuelven a pillar entre una jauría de miriñaques semejante! Preferiría ser perseguido por mis propios perros, como le sucedió a un tal Acton, que según la historia fue transformado en liebre y sus mismos perros le mataron y se lo comieron. Ningún mortal se sintió jamás tan corrido que yo anoche. Si echaba por un camino, me atrapaba una; si trataba de dar la vuelta, entonces me tropezaba con otra. «¡Oh, seguramente se trataría de uno de los mejores casamientos de Inglaterra!», dijo una prima. —Y aquí intentó imitarla—. «Una oferta muy ventajosa», añadió otra de mis primas, pues debe usted saber que todas aquellas mujeres son primas mías, aunque no conocía ni la mitad de ellas. «Con seguridad, primo —dijo la gorda de lady Bellaston—, debe sentirse encantado, y no creo que piense en rechazar la oferta».

—Ahora comienzo a comprender —repuso Allworthy—. Alguien ha hecho una oferta de matrimonio a miss Western, oferta que según parece cuenta con la aprobación de las damas de la familia, pero que no es del gusto de usted.

—¿De mi gusto? —exclamó Mr. Western—. ¿Cómo quiere usted que lo sea? Le repito que se trata de un lord, y ésta es una gente con la que tengo decidido, como usted sabe muy bien, no tener en mi vida el menor trato. ¿No rehusé en una ocasión alquilar por cuarenta años un pedazo de tierra que querían transformar en un parque, simplemente porque no deseaba tener tratos con lores, y ahora cree usted que voy a dar en matrimonio a uno de estos tipos una hija mía? Además, ¿no tengo compromiso con usted? ¿Y he faltado yo jamás a ninguno de mis compromisos?

—Pues sobre este particular, vecino —repuso Allworthy—, yo le relevo a usted por completo de su compromiso conmigo. Ningún contrato entre partes puede obligar cuando éstas no disponen de plenos poderes para llevarlo a efecto en un momento dado.

—Pues yo le digo que poseo poderes y lo cumpliré —contestó Western—. Acuda conmigo a los tribunales y ya verá cómo obtengo una licencia, buscaré a mi hermana y le quitaré por la fuerza a mi hija, y ésta se casará con quien yo quiera, o bien la encerraré y la tendré a pan y agua mientras viva.

—Mr. Western, me permito rogarle que escuche mi leal opinión sobre este asunto.

—No tengo inconveniente —repuso Western.

—Entonces le diré a usted con toda sinceridad, mi querido amigo —empezó Mr. Allworthy—, sin que con ello pretenda halagar a usted ni a la muchacha, que cuando se me propuso este matrimonio lo acogí con alegría por consideración a ambos. La alianza entre dos familias vecinas entre las que siempre ha existido una relación constante y una gran armonía, me pareció un acontecimiento feliz.

»En cuanto a la muchacha, no sólo la opinión de todos los que la conocían, sino mi observación personal, me dijeron que sería un tesoro inestimable para un buen marido. No diré nada de sus cualidades personales, que son, desde luego, admirables.

Su bondad, sus sentimientos caritativos, su modestia, son de sobra conocidos para que necesiten de mí panegírico alguno. Sin embargo, cuenta con una cualidad que poseyó en alto grado la mejor de las mujeres, que ahora está entre los ángeles, y la cual, como no brilla, suele escapársele a la observación vulgar de la gente. Es tan poco notada, que carezco de las palabras necesarias para expresarla. Así que en la presente ocasión tendré que emplear la forma negativa. Jamás escuché de sus labios una expresión descarada ni una respuesta intencionada. No presume de talento, y mucho menos de esa sabiduría que es sólo el resultado de largas horas de estudio y de mucha experiencia y cuya simulación en una mujer joven es de lo más absurdo que se conoce. Carece de sentimientos imperiosos y dictatoriales, ni tampoco es dada a criticar agriamente las acciones de los demás. Siempre que la he visto entre hombres, ha sido toda atención, mostrando la sencillez y modestia del que anhela aprender, no la audacia de un maestro. Una vez, simplemente para probarla, quise conocer su opinión sobre un punto discutido entre Mr. Thwackum y Mr. Square. Y ella me respondió con gran dulzura: “Creo que me perdonará usted, Mr. Allworthy. Pero estoy segura de que no piensa usted en serio que yo sea capaz de resolver una cuestión en la que esos caballeros disienten”. Thwackum y Square, que creían tener ambos razón, me secundaron en mi deseo. Pero la muchacha respondió con idéntico buen humor: “Deben ustedes perdonarme, pero nunca ofenderé a nadie dando la razón a su contrario”. Siempre ha demostrado sentir la máxima deferencia y admiración por la inteligencia de los hombres, cualidad que considero esencial para llegar a ser una buena esposa. Tan sólo añadiré que, como Sophia carece de toda afectación, esta deferencia debe de ser sin duda verdadera.

Al oír esto Blifil lanzó un profundo suspiro, y mister Western, cuyos ojos se habían inundado de lágrimas ante tantas alabanzas dirigidas a su hija, exclamó:

—No seas gallina. Será tuya aunque fuera veinte veces mejor.

—Por favor, Mr. Western —dijo Mr. Allworthy—. Prometió usted no interrumpirme.

—No volveré a pronunciar una palabra más —prometió Western.

—Pues bien, mi buen amigo —prosiguió Allworthy—. He insistido tanto en los méritos de esa joven, en primer lugar, porque me entusiasma su manera de ser, y, en segundo, porque nadie piense que el dinero, puesto que la boda es ventajosa para mi sobrino desde este punto de vista, es la razón principal que me movió a dar mi consentimiento más entusiasta a la idea del matrimonio. No hay duda de que deseo con todo mi corazón que joya tan valiosa ingrese en mi familia. Pero aunque deseo muchas excelentes cosas, no por eso es mi intención robarlas ni hacerme culpable de ninguna violencia ni injusticia para conseguirlas. Forzar a una mujer para que contraiga matrimonio contra su voluntad es un acto de injusticia tal y tan opresivo, que me gustaría que las leyes de nuestro país lo prohibiesen. Pero una buena

conciencia no está desamparada en el país más necesitado de éstas, y proporcionará por sí misma aquellas leyes que la negligencia de los legisladores olvidó promulgar. Éste es un caso de éstos, pues ¿no resulta cruel e incluso impío obligar a una mujer a que contraiga matrimonio contra su voluntad? Crea, Mr. Western, que no es tarea fácil cumplir los deberes del matrimonio de la forma debida, y si esto es así, ¿arrojaremos esa carga sobre una mujer a la vez que la privamos de toda la ayuda que necesitará para poder cumplirlos? ¿Desgarraremos su corazón al mismo tiempo que le prescribiremos deberes para el cumplimiento de los cuales apenas bastaría el corazón entero? Ahora debo hablar con toda claridad. Pienso que los padres que proceden de ese modo se hacen responsables de las faltas posteriores de sus hijos, y deberían ser condenados por un juez justo. Pero incluso aunque les fuera posible eludir esto, ¿es que existe un ser humano que pueda soportar la idea de haber contribuido a la desgracia de su hijo? Por todas estas razones, mi querido vecino, y como me doy perfecta cuenta de que las inclinaciones de su hija hacia mi sobrino no existen por desgracia, declino el honor que pensaba usted concederle. Aunque, eso sí, le aseguro que siempre le estaré reconocido.

—Muy bien, Mr. Allworthy —exclamó el caballero Western, mientras empezaba a brotarle la espuma por la comisura de los labios—. No podrá usted decir que no le he escuchado con atención. Pero ahora deberá usted escucharme a mí. Primero deseo que me responda usted a una pregunta: ¿No la engendré yo? ¿No la engendré yo? Respóndame a esto. Se afirma que es un buen padre quien conoce a su hijo. Pero aún me parece tener más derecho a ella, pues yo la he criado. Supongo que no dudará usted de que soy su padre, y si es así, ¿por qué no puedo gobernar a mi propia hija? Y si la puedo gobernar en otros asuntos, sin duda podré gobernarla en éste, que es el que más le importa. ¿Y qué es lo que deseo con todo esto? ¿Deseo que ella haga algo por mí? ¿Que me dé nada? Todo lo contrario, mi deseo es que se lleve ahora la mitad de mi caudal y la otra mitad a mi muerte. ¿Y con qué fin hago todo esto? ¿No es para hacerla feliz? Se vuelve uno loco con lo que dice la gente. Si yo pensara en casarme, entonces ella tendría derecho a chillar y protestar. Pero, por el contrario, ¿no tengo comprometidas mis tierras de modo que no puedo casarme, aunque quisiera y encontrase una mujer que me gustara? ¿Qué más puedo hacer? ¡Que estoy contribuyendo a su desgracia! Me dejaría arrastrar por los suelos antes de perjudicarla en la más mínima cosa. Debe usted disculparme, Mr. Allworthy, pero me sorprende oírle hablar de ese modo, y tengo que decirle ahora, lo tome usted como lo tome, que creía que poseía usted un poco más de sentido común.

Mr. Allworthy se limitó a responder a esta reflexión con una simple sonrisa, pero no puso en ella, aunque lo hubiera intentado, el menor asomo de malicia o de desprecio. Sus sonrisas ante los locos eran de la misma índole que las que podemos imaginarnos que los ángeles conceden a los disparates del género humano.

Blifil suplicó que le permitieran decir unas palabras.

—Jamás permitiré que se emplee el menor género de violencia con Sophia. Mi conciencia no me permite emplear la violencia con nadie, y mucho menos con una joven que, por cruel que haya sido conmigo, siento el afecto más puro y sincero. Pero he leído que las mujeres no suelen resistir a la perseverancia. ¿Por qué no he de confiar, pues, que con mi constancia conquiste, al fin, el corazón de Sophia? En cuanto al lord, Mr. Western es tan amable que me prefiere a él, y no me negará usted, tío, que un padre no debe dejar de intervenir en tales asuntos. Además, a la misma miss Western le he oído decir más de una vez que juzgaba imperdonable la conducta de los hijos que contraían matrimonio en contra de la voluntad de sus padres. Por otro lado, si bien las damas de la familia parecen ser partidarias del lord, no me parece que la joven esté de acuerdo con ellas. Más bien creo todo lo contrario y que el lugar preferente de su corazón lo ocupa el más cruel y perverso de los hombres.

—Así es —afirmó Mr. Western.

—Pero sin duda ahora, cuando se entere del asesinato que ese hombre ha cometido, en el caso de que salve la vida... —añadió Blifil.

—¿Cómo es eso? —exclamó Western—. ¡Un asesinato! ¿Ha cometido un asesinato y hay esperanzas de que lo ahorquen?

Y dichas estas palabras comenzó a cantar y a dar saltos.

—Muchacho —dijo ahora Mr. Allworthy—, tu desgraciada pasión me preocupa mucho. Te compadezco de todo corazón, y haría todo cuanto estuviera en mi mano para que la vieras satisfecha.

—Me basta con su intención, tío —contestó Blifil.

—Cuentas con mi permiso para escribirle, para visitarla, si ella lo consiente. No se debe recurrir a nada de encierros ni cosas por el estilo.

—Muy bien, muy bien, no haremos nada de eso —replicó Mr. Western—. Continuaremos probando lo que dan de sí los procedimientos suaves, y si mientras tanto ahorcan a ese individuo... Es la mejor noticia que he oído en mi vida. Le suplico, querido Mr. Allworthy, que se venga a comer conmigo a *Las Columnas de Hércules*. Tengo encargada una pierna de cordero asada, unas costillas de cerdo y un pollo en salsa. Estaremos solos nosotros, a no ser que se nos ocurra invitar al dueño de la hospedería, pues he enviado al cura Supple a Basingstoke por mi tabaquera, que me dejó olvidada en la posada y no quiero perder por nada del mundo. Hace más de veinte años que la tengo. Le advierto que el hostelero es un hombre muy divertido. Le gustará su compañía.

Al fin Mr. Allworthy aceptó la invitación, y poco después se marchaba Mr. Western, cantando y saltando ante la esperanza de que el infeliz Tom Jones tuviera un rápido y trágico fin.

Cuando estuvo fuera, Mr. Allworthy resumió con la mayor gravedad el asunto de

que habían tratado, pidiendo a su sobrino que intentase con todas sus fuerzas dominar una pasión en la que no podía alimentar ninguna esperanza de éxito. Constituye un error de los más vulgares suponer que la aversión de una mujer hacia uno pueda vencerse con la constancia. La indiferencia quizá lo consiga algunas veces. Pero los triunfos de la perseverancia en relación con una mujer querida se refieren al capricho, a la prudencia, a la afectación y, en ocasiones, a un grado extraordinario de veleidad, que excita a ciertas mujeres a satisfacer su vanidad, prolongando la duración del galanteo, aunque no se sientan del todo satisfechas del mismo y resuelvan, si alguna vez se deciden a ello, dar calabazas al final. Pero una antipatía manifiesta, como mucho me temo que ocurra en el presente caso, más bien tiende a aumentar que a disminuir con el tiempo.

—Además, querido sobrino, siento otra aprensión por la cual debes perdonarme. Temo mucho que la pasión que sientes por esa bella muchacha tenga por origen únicamente la belleza indudable de su persona, y no sea digna de llevar el nombre de ese amor que es la única base de la felicidad conyugal. Admirar, gustar y desear poseer a una mujer guapa, prescindiendo de sus sentimientos hacia nosotros, es demasiado natural. Pero querer en el verdadero sentido de la palabra a una joven que nos odia, es una cosa por demás extraña. Estudia tu corazón con la mayor atención, mi buen muchacho, y si después de ese examen percibes la menor sospecha de este género, estoy convencido de que tu virtud y tu religión te impulsarán a expulsar de tu corazón una pasión tan nociva, y tu buen sentido encontrará la forma de que lo consigas sin grandes sufrimientos.

Supongo que el lector adivinará sin esfuerzo la contestación que Blifil dio a su tío. Pero si no consigue acertarla, nosotros no disponemos de tiempo para satisfacerle, puesto que nuestra historia avanza ahora hacia cuestiones de mayor importancia y nos es imposible permanecer más tiempo alejados de Sophia.

CAPÍTULO IV

DONDE SE RELATA UNA EXTRAORDINARIA ESCENA QUE TUVO LUGAR ENTRE SOPHIA Y SU TÍA.

Las tiernas ternerrillas, así como las ovejillas que balan suavemente por las praderas, seguras y sin vigilancia, están destinadas a ser presa del hombre, y sin embargo, se les permite gozar de tranquila libertad durante largos años. Pero si se descubre que una rolliza corderita se ha escapado, para rebosar en algún campo o bosque, todos los vecinos se muestran dispuestos a enviar sus perros tras ella, y si un propietario rico la protege contra los demás, es con el único objeto de asegurársela para que le sea servida en su mesa.

En muchas ocasiones he pensado que cuando una muchacha fina, elegante y con dinero hace su presentación en sociedad, se encuentra en una situación parecida a la de la corderita. Todo el mundo está dispuesto a acosarla. Se la persigue en el paseo, en el teatro, en la corte, en las reuniones y hasta en su propio gabinete. Y resulta raro si escapa a las intrigas de algún pretendiente, pues si sus amigos la protegen, es sólo para entregarla a otro del gusto de ellos y que es para ella más desagradable que todos los demás. Al mismo tiempo, rebaños de mujeres que apenas llaman la atención atraviesan el parque, el teatro, la ópera y las reuniones elegantes, y aunque la mayoría de ellas acaban por ser devoradas, gozan por lo menos de libertad durante algún tiempo, sin que se las moleste en absoluto.

Ninguna mujer sufrió más estos procedimientos que la infeliz Sophia. Su mala estrella no se redujo a todo lo sufrido por causa de Blifil. Ahora sufrió otro perseguidor que, por lo visto, estaba dispuesto a atormentarla no menos que el otro. Aunque su tía era de carácter menos violento, no se mostraba menos constante que su padre en lo de atormentarla.

Tan pronto como tía y sobrina se quedaron solas en el comedor después de la comida, Mrs. Western informó a Sophia que esperaba la visita del lord aquella misma tarde, y que sería la primera vez que la dejaría a solas con él.

—Si lo hace usted así, tía —repuso Sophia, con cierta animación—, aprovecharé la primera oportunidad para dejarle plantado.

—¿Qué dices, muchacha? —exclamó la tía, sorprendida—. ¿Ése es el pago que me das por mi buen corazón al librarte del encierro a que te tenía sometida tu padre?

—Ya sabe usted, tía —replicó Sophia—, que el motivo del encierro fue mi negativa a acceder a los deseos de mi padre, empeñado en que me case con un hombre a quien detesto. ¿Y ahora quiere usted, que es la que me ha librado de semejante desgracia, conducirme a otra por el estilo?

—¿Es que crees que no existe diferencia entre un lord Fellamar y Mr. Blifil?

—En mi opinión, muy poca —repuso Sophia—. Y si por fuerza tuviera que cargar con alguno de los dos, optaría por sacrificarme a gusto de mi padre.

—Entonces es que te tiene sin cuidado mi gusto —repuso la tía—. Pero no es esa consideración lo que influye en mí. A mí me guían motivos más nobles. Quiero mejorar mi familia y ennoblecerte a ti. ¿Cómo no sientes ambición? ¿No encuentras ningún placer en la idea de ostentar un escudo en tu coche?

—No encuentro absolutamente ningún placer ni encanto en esa idea —contestó Sophia—. Un acerico en mi coche me complacería lo mismo. Le doy mi palabra de honor, tía.

No menciones el honor —exclamó la tía—. Es una palabra inadecuada en los labios de una desgraciada como tú. Siento, sobrina, que me obligues a decir esto, pero la verdad es que no puedo soportar tu carácter plebeyo. Parece como si por tus venas no corriera ni una gota de sangre de los Western. Pero por vulgares que sean tus gustos, no lograrás que nadie censure nunca los míos. Jamás toleraré que diga el mundo que te animé a rehusar una de las mejores bodas que se pueden hacer en Inglaterra. Además de la ventaja de la fortuna, esta boda honraría a toda nuestra familia, pues los títulos del caballero son superiores a los nuestros.

—Seguramente he nacido defectuosa —murmuró Sophia—, sin el entendimiento con que otras personas han sido favorecidas. No hay duda de que existe un sentido que puede gozar de la ostentación, pues de no ser así, el género humano no se sacrificaría tanto por obtener honores. Pero yo, por lo visto, carezco de tal sentido.

—Nada de eso, sobrina —exclamó la tía—. Has nacido con tanto entendimiento como los demás, aunque, eso sí, no has nacido con el suficiente talento para hacerme pasar por tonta y arriesgar mi conducta ante el mundo. Así es que te participo con toda firmeza, y ya sabes lo bien que cumplo mis resoluciones, que si no accedes a entrevistarte esta tarde con lord Fellamar, yo, con mis propias manos, te entregaré mañana mismo a tu padre y nunca más me interesaré por ti ni volveré a verte.

Tras este discurso, que fue pronunciado en tono perentorio e iracundo, Sophia, rompiendo a llorar, exclamó:

—Haga de mí lo que quiera, querida tía, ya que soy la criatura más desgraciada de la tierra. Si mi tía me abandona, ¿en dónde voy a encontrar protección?

—Mi querida sobrina —respondió la tía—, encontrarás una protección en lord Fellamar, una protección que sólo el capricho por ese tipo envilecido llamado Jones puede hacerte rechazar.

—Me injuria, tía —dijo Sophia—. ¿Cómo puede pensar, después de lo que sé, que no he desterrado de mí para siempre esos pensamientos, si es que los tuve alguna vez? Si le parece, incluso juraré no volver a mirarle a la cara.

—Pero..., mi querida niña, muéstrate razonable. ¿Tienes alguna objeción que

hacer a lord Fellamar?

—Creo que ya le expuse una objeción de peso —contestó Sophia.

—¿Cuál? —preguntó la tía—. No recuerdo ahora.

—Sí, tía. Ya le conté que me trató de la manera más desconsiderada y brutal.

—¿Desconsiderada y brutal? —repitió la tía—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Me da vergüenza decirlo —musitó Sophia—. Me cogió entre sus brazos, me lanzó contra el asiento e introduciendo la mano en mi pecho lo besó con tal furia, que me ha quedado una señal en el seno izquierdo.

—¿Es posible? —exclamó Mrs. Western, asombrada.

—Sí, es posible —murmuró Sophia—. Por suerte, mi padre apareció en aquel mismo instante, de lo contrario Dios sabe lo que hubiera intentado.

—Me dejas atónita —afirmó la tía—. Ninguna mujer con el apellido Western ha sido jamás tratada de ese modo desde que se fundó nuestra familia. Yo hubiera sacado los ojos a un príncipe si se hubiese tomado tales libertades conmigo. ¡Eso que dices es imposible, Sophia! Has inventado todo eso para despertar mi indignación en contra suya.

—Creía, tía —murmuró Sophia—, que tenía formada de mí mejor opinión para creerme capaz de inventar una patraña semejante. Juro a usted que es cierto.

—Le hubiera clavado un puñal en el corazón, si hubiese estado presente —contestó la tía—. No obstante, no creo que le guiara ninguna intención deshonrosa. ¡Es imposible! Además, su ofrecimiento demuestra que no le guiaba esa intención, pues no sólo es honrosa, sino generosa en alto grado. No sé, no comprendo. La edad permite demasiadas libertades. Yo todo lo que hubiera permitido, y esto desde lejos, es un saludo antes de la ceremonia nupcial. Yo tuve novios en otra época, no hace mucho; varios novios, aunque jamás consentí en casarme y nunca les permití la menor libertad. Es una costumbre estúpida con la que nunca he estado conforme. Ningún hombre me besó más allá de la mejilla. Ya es bastante que al fin se decida una a besar al marido. Aunque, si alguna vez me hubiera decidida a casarme, creo que me hubiese costado hacerlo.

—Me perdonará, querida tía, si hago una observación. Ha confesado usted que tuvo varios novios, y la gente lo sabe, aunque quizá usted quisiera negarlo. Usted rechazó a todos, incluso a un título.

—Tienes razón, querida Sophia —contestó Mrs. Western—. Una vez me pretendió un título.

—Entonces, ¿por qué no admite que yo rechace a éste?

—Es cierto —repuso la tía—. Rehusé el ofrecimiento de un título. Pero no era tan excelente oferta como la que tú has recibido. En realidad no era una oferta muy buena.

—Así será, tía, cuando usted lo dice —repuso Sophia—. Pero usted tuvo muy

buenos partidos y pretendientes con grandes fortunas. No era el primero, ni el segundo ni el tercer matrimonio ventajoso que se le presentaba.

—Reconozco que no lo era —replicó la tía.

—Entonces, tía, ¿por qué no puedo esperar a tener un segundo pretendiente mejor que el de ahora? Usted es todavía una mujer joven y estoy convencida de que no se entregaría al primer pretendiente acaudalado que se presentara, ni a un título tampoco. Por tanto, yo que aún soy muy joven, no creo que deba desesperar.

—En resumen, querida Sophia, ¿qué es lo que pretendes decirme?

—Tan sólo le pido que no me deje sola, al menos esta tarde. Concédame eso, y me someteré, si cree usted, que luego de lo sucedido, debo verle en presencia de usted.

—Muy bien, concedido —contestó la tía—. Sophia, sabes bien cuánto te quiero, y me es imposible negarte nada. Conoces de sobra la bondad de mi carácter, si bien no siempre ha sido igual. Otras veces se me ha juzgado una mujer cruel, quiero decir por los hombres. Me llamaban la cruel Parthenisa. Sophia, jamás fui tan guapa como tú. Sin embargo, tenía un gran parecido contigo. Pero he variado algo con el tiempo. Los reinos y los Estados, como Tulio Cicerón dice en sus epístolas, sufren toda suerte de alteraciones. Lo mismo les sucede a las personas.

En el mismo estilo continuó hablando durante media hora, de sí misma y de su crueldad, hasta que se presentó el lord que, tras de una aburrida visita, durante la cual Mrs. Western no abandonó la estancia ni un instante, el lord se retiró no más satisfecho de la tía que de la sobrina, pues Sophia había puesto a su tía de tan buen humor, que accedía a todo lo que la joven le pedía, y se mostró de acuerdo con ella en que un poco de desdén era lo indicado con un pretendiente tan osado.

De esta forma Sophia, mediante unos halagos bien encauzados, que espero nadie le censure, consiguió un poco de tranquilidad y se libró de pasar un mal rato.

Y ahora, cuando vemos a nuestra heroína disfrutando de mejor situación de la que gozaba desde hacía tiempo, prestaremos un poco de atención a Tom Jones, a quien dejamos hace poco en la situación más deplorable que cabe imaginar.

CAPÍTULO V

DONDE SE CUENTA LA VISITA QUE MR. MILLER Y MR. NIGHTINGALE HICIERON A JONES EN LA CÁRCEL.

Cuando Mr. Allworthy y su sobrino se marcharon en busca de Mr. Western, Mrs. Miller se dispuso a salir para contar a su yerno lo ocurrido a su amigo Jones. Pero el yerno lo sabía ya por conducto de Partridge, puesto que Jones, al dejar la casa de Mrs. Miller, había tomado habitaciones en la misma casa de Mr. Nightingale. La dama encontró a su hija en extremo afligida por lo que había ocurrido a Mr. Jones, y después de consolarla lo mejor que supo, marchó a Gatehouse, adonde había ido su yerno, según noticias. En efecto, allí le encontró, pues había llegado antes que ella.

La amistad de un verdadero amigo resulta en extremo consoladora, y la desgracia resulta compensada con este consuelo. Estos casos de amistad no son tan raros como pretenden observadores superficiales y poco fieles. Entre nuestras faltas más frecuentes no figura la falta de compasión. Lo que más echa a perder nuestro modo de ser es la envidia. Debido a ella, cuando reparamos en alguien mejor, más sabio o más feliz que nosotros, nuestra mirada se carga de cierta dosis de malignidad. En cambio, contemplamos a los miserables y a los humildes con benevolencia. En suma, he observado que siempre que descubrimos defectos en nuestras amistades, es la envidia la que nos los hace notar. Se trata de un vicio maldito de que pocos se ven libres. Pero vamos a poner punto final a estas consideraciones, que podrían llevarnos muy lejos.

Si la Fortuna sintió remordimientos al ver que Jones podía hundirse bajo el peso de la adversidad, perdiendo con ello una oportunidad de poder atormentarle en el futuro, o bien si es que buenamente por disminuir su severidad con él, es cosa que no se sabe. Lo cierto es que pareció mitigar su persecución, enviándole la compañía de amigos fieles y, lo que aún es más raro, de un servidor fiel, ya que Partridge, a pesar de tener muchos defectos, no carecía del sentimiento de fidelidad, y aunque el miedo no le hubiera consentido dejarse ahorcar por su amo, nada le podía sobornar para que abandonase su causa.

En el momento en que Jones se sentía muy satisfecho con la compañía de sus amigos, Partridge trajo la noticia de que aún vivía Mr. Fitzpatrick, aunque el médico había declarado que le quedaban pocas esperanzas de vida. Al oír esto, Jones lanzó un profundo suspiro y Nightingale dijo:

—Querido Tom: esto es un accidente que, sean cuales sean sus consecuencias, no representa un peligro para usted. Su conciencia no puede acusarle de nada. Si el sujeto muere... ¿qué otra cosa mejor podía haber hecho usted que quitar de en medio

a un rufián en defensa propia? El médico forense lo juzgará así, y entonces se le concederá a usted la libertad bajo fianza. Y aunque tenga que comparecer ante un tribunal, se trata de un caso en que muchos no tendrían inconveniente en ponerse en su lugar.

—Vamos, Mr. Jones —dijo Mrs. Miller—. Debe de alegrarse un poco. Estoy convencida de que usted no pudo ser el agresor, y así se lo manifesté a Mr. Allworthy. Y éste se mostró de acuerdo conmigo.

Jones contestó con suma gravedad que cualquiera que fuese su suerte, él siempre lamentaría haber derramado la sangre del prójimo y que consideraba lo sucedido como una de las mayores desgracias que podían haberle ocurrido.

—Pero, además, sufro por una pena de otra índole —continuó el joven—. ¡Oh, Mrs. Miller! He perdido lo que tenía para mí más valor en la tierra.

—Debe tratarse de una novia —contestó Mrs. Miller—. Escuche: sé más de lo que usted se imagina. —En efecto, Partridge se lo había contado todo—. Y, además, he oído cosas que usted desconoce. Las cosas le van mucho mejor de lo que usted se figura. Yo no me atrevería a apostar nada en favor de Blifil.

—Querida amiga —contestó Jones—, desconoce usted completamente la causa de mi pena. Si conociera usted a fondo mi caso, sabría que no tiene remedio. Blifil no me da miedo. Yo mismo me he perdido.

—No desespere usted —contestó Mrs. Miller—. No tiene usted idea de lo que es capaz de hacer una mujer. En cuanto a mí, le prometo que haré todo lo posible por ayudarle. Es mi deber. Mi hijo político, mi querido Nightingale, le ha explicado las obligaciones que tiene con usted. ¿Quiere que vaya a visitar a miss Western? Estoy dispuesta a llevarle cualquier recado que usted me dé para ella.

—Es usted la mejor de las mujeres —exclamó Jones, apoderándose de su mano—. No me hable de obligaciones. Pero ya que ha sido tan amable en brindarse, quizá pueda hacerme un favor. Veo que se ha enterado usted, no sé cómo, de quién es la dueña de mi corazón. Si usted pudiera entregarle esto... —añadió Tom, entregándole un papel que sacó del bolsillo—, le quedaré eternamente agradecido.

—¡Si este papel no está en su poder antes de que llegue la noche, que sea la última de mi vida! —exclamó la dama—. Consuélese, buen amigo; sea lo suficientemente juicioso como para sacar consecuencias de pasadas locuras, y le garantizo que todo le saldrá bien. Y acabará siendo feliz en compañía de la muchacha más encantadora del mundo, según opinión de todos los que me hablan de ella.

—Crea, señora, no voy a hablarle como es usual en los que se encuentran en mi desgraciada situación —dijo Jones—. Antes de que sobreviniera este accidente, estaba decidido a abandonar una vida que me parecía insensata. A pesar de los escándalos que he dado en casa de usted, crea que no soy un calavera. Soy vicioso, pero no apruebo el vicio, y de aquí en adelante nadie podrá tildarme de vicioso.

Mrs. Miller demostró gran satisfacción al oír todo esto. Creía en la sinceridad del joven. A continuación, tanto la dama como Mr. Nightingale se ocuparon en levantar el decaído espíritu de Mr. Jones. Esto fue conseguido hasta cierto punto, dejándole medio consolado y medio satisfecho. Y a esto nada contribuyó tanto como el amable ofrecimiento hecho por Mrs. Miller de entregar la carta a Sophia. El joven desesperaba de encontrar ningún medio de comunicarse con su amada, ya que cuando George el guardabosque le llevó la última carta de Sophia, había informado a Partridge que la joven no estaba dispuesta a admitir respuesta alguna. También le complacía a Tom tener en aquella excelente mujer un abogado tan decidido cerca de Mr. Allworthy.

Después de su visita, que duró cerca de una hora, la dama, en unión de Nightingale —éste había permanecido allí mucho más tiempo—, se despidió, y ambos prometieron volver pronto. Mrs. Miller dijo que cuando volviera lo haría portando buenas noticias de miss Western. Por su parte, Mr. Nightingale prometió averiguar el estado de Mr. Fitzpatrick y, de paso, hablar con algunas de las personas que presenciaron la reyerta.

A continuación, Mrs. Miller marchó directamente en busca de Sophia, y nosotros la acompañaremos a la casa donde la joven se encontraba.

CAPÍTULO VI

DONDE MR. MILLER VISITA A SOPHIA.

No era difícil llegar hasta Sophia, pues la joven vivía en plan completamente amistoso con su tía, gozando de completa libertad para recibir visitas.

Cuando le anunciaron que una dama deseaba verla, Sophia se estaba vistiendo, y como se trataba de una persona de su sexo, la visitante fue admitida en el acto en la habitación.

Tras las cortesías usuales entre personas que no se conocen, Sophia dijo:

—No tengo el gusto de saber quién es usted, señora.

—Es cierto, señorita —respondió Mrs. Miller—. Y ante todo debo pedirle perdón por presentarme de esta forma. Pero cuando usted sepa lo que me trae, espero...

—Por favor, ¿cuál es el asunto que le trae, señora? —preguntó la joven, un tanto emocionada.

—No estamos solas —contestó en voz baja Mrs. Miller.

—Déjanos solas, Elizabeth —ordenó Sophia.

Elizabeth salió de la habitación, y Mrs. Miller declaró:

—Un joven muy desgraciado me ha encargado que le entregue a usted esta carta.

—A juzgar por su apariencia, no parecía que trajese usted un asunto de esta índole. No abriré esta carta. Lamento pensar injustamente de nadie, pero usted es para mí una desconocida.

—Tenga usted paciencia, señorita —contestó Mrs. Miller—. Voy a decirle quién soy y por qué le traigo esta carta.

—Señora, no siento la menor curiosidad por enterarme de nada. Insisto en que devuelva esa carta a la persona que se la entregó.

Al llegar a este punto, Mrs. Miller cayó de rodillas, implorando la compasión de la joven. Ésta contestó:

—Me extraña mucho, señora, que sienta usted tanto interés por esa persona. Jamás lo hubiera creído.

—Voy a contarle todo, miss Western —dijo Mrs. Miller—, y entonces no se sorprenderá que esa persona me interese tanto. Se trata del ser de mejores sentimientos que puede haber en el mundo.

La visitante comenzó a hablar y contó la historia de Mr. Anderson. Luego añadió:

—Esto no es más que una muestra de su bondad. Pero, además, yo le debo grandes favores. Puede decirse que ha hecho la felicidad de mi hija.

Tras de derramar algunas lágrimas, Mrs. Miller contó todos los detalles del asunto y concluyó diciendo:

—Ahora comprenderá usted por qué me parece que nunca haré bastante por un hombre tan bueno, tan generoso y tan servicial. Indudablemente es el más digno de todos los seres humanos.

Hasta entonces, la emoción que reflejaba el rostro de Sophia no la favorecía, ya que su palidez resultaba extremada. Pero ahora se puso encarnada como la grana y exclamó:

—No sé qué contestar. Lo que proviene de la gratitud no debe ser censurado. Pero... ¿qué favor puedo prestar a mi amigo leyendo esta carta, si estoy resuelta a que nunca...?

Mrs. Miller insistió en sus súplicas y, tras de pedir perdón a la otra, dijo que no le era posible devolverle la carta al joven.

—Está bien, señora —contestó Sophia—. Ya que se empeña usted... De todas formas, aunque yo no quiera, la va usted a dejar...

No es de nuestra incumbencia lo que Sophia quiso dar a entender con esta frase, pero lo cierto es que Mrs. Miller lo tomó como una insinuación, y tras de dejar la carta sobre la mesa, se despidió, no sin antes pedir permiso a Sophia para visitarla de nuevo, permiso que la joven no negó, pero tampoco concedió.

La carta permaneció sobre la mesa justo el tiempo que necesitó Mrs. Miller para desaparecer. Sophia la cogió inmediatamente y la leyó.

Esta carta no prestó gran ayuda a la causa de Jones, que no había depositado en ella más que confesiones de su indignidad y amargas lamentaciones, junto con solemnes protestas de fidelidad a Sophia. También decía que podía explicar la carta de lady Bellaston de modo que aunque no alcanzase el perdón de ella, de Sophia, podía cuando menos obtener su clemencia. Y al final de su misiva, el joven afirmaba que jamás había tenido la idea de casarse con lady Bellaston.

Pese a que Sophia leyó la carta dos veces y con suma atención, no acabó de comprender su significado, ni su imaginación le sugirió ninguna fórmula para disculpar a Tom Jones. Continuó enfadada con él, si bien lady Bellaston acaparaba de tal modo su resentimiento, que poco espacio quedaba en ella para mostrarse dolida con cualquiera otra persona.

Por desgracia, aquella dama comía aquel día con su tía Western, y por la tarde las tres pensaban ir juntas a la ópera, y de aquí a la fiesta de la señora Hatchet. Sophia hubiera preferido no ir a ninguna parte, pero, sobre todo, no quería desagradar a su tía, y en cuanto a recurrir a la treta de fingir una indisposición, esto es algo que ni por asomo pasó por su pensamiento. Por este motivo, una vez vestida, bajó a la planta baja, dispuesta a sufrir todos los tormentos del día, el cual fue para ella terriblemente molesto, ya que lady Bellaston aprovechó todas las ocasiones que se ofrecieron para zaherirla cruelmente, a lo que la joven le fue imposible responder, dado el gran abatimiento de su espíritu, y también porque no estaba habituada a hablar con

segunda intención.

Otro infortunio que tuvo que sufrir aquel día fue el de la presencia de lord Fellamar, a quien encontraron en la ópera y les esperó en el sarao. Y aunque ambos lugares eran demasiado públicos para admitir galanteos que, por otra parte, impedían la música en uno, y el juego en el otro, la joven no consiguió divertirse teniendo a aquel hombre junto a ella, pues las mujeres tienen cierta delicadeza que les impide permanecer tranquilas en la presencia de un hombre que las pretende, aunque no tengan la menor intención de hacerle caso.

Como hemos hecho mención en este capítulo de la palabra sarao, palabra que es posible que el futuro no comprenda en el sentido que nosotros le damos aquí, nos detendremos unos instantes, pese a la prisa que tenemos, para describir semejante diversión, tanto más cuanto que puede describirse en un santiamén.

Un sarao es una reunión de personas bien vestidas de ambos sexos, la mayor parte de las cuales se dedican a jugar a las cartas, mientras el resto no hacen absolutamente nada y la dueña de la casa desempeña el papel de hostelera y, al igual que ésta, se enorgullece del número de huéspedes que tiene, aunque no siempre, como le ocurre a la otra, gane algo con ello. Fácilmente se comprenderá, pues, lo insoportable que le resultaría a Sophia aquella ronda de jugadores y la dificultad que encontraría para fingir ante ellos una alegría que estaba muy lejos de sentir, siendo así que su alma se hallaba invadida por una profunda tristeza y que cada pensamiento era una tortura para ella.

La noche, sin embargo, la devolvió al lecho, donde la dejaremos mientras se esfuerza en librarse de su melancolía, aunque no le sea posible descansar, y mientras tanto nosotros continuaremos con nuestra historia, que alguien nos anuncia que está en vísperas de un gran acontecimiento.

CAPÍTULO VII

DONDE SE NARRA UNA PATÉTICA ESCENA QUE TUVO LUGAR ENTRE
MR. ALLWORTHY Y MR. MILLER.

Mrs. Miller sostuvo una larga conversación con Mr. Allworthy cuando éste regresó de la comida celebrada con Mr. Western, informándole de cómo Jones había perdido todo el dinero que él quiso entregarle cuando se separaron y también de los azares sufridos por el joven con motivo de tal pérdida. De todo esto estaba la dama perfectamente enterada gracias al charlatán de Partridge.

Mrs. Miller explicó luego cuáles eran los favores que debía a Jones, aunque no se extendió en detalles en lo referente a su hija, pues aunque tenía plena confianza en Mr. Allworthy y sabía que no podría mantener del todo secreto un asunto que desgraciadamente era sabido por más de una persona, no se decidía a mencionar la falta de la pobre Anne.

En cuanto a Allworthy, afirmó que ningún individuo, por vicioso que fuera, dejaba de tener una parte de bondad.

—Sin embargo —continuó—, no se puede negar que usted le debe gratitud, a pesar de ser malo, y por eso disculparé todo lo ocurrido. Pero insisto en que no vuelva usted a mencionar su nombre delante de mí, pues le aseguro que si resolví tomar medidas contra él fue porque tuve en mi poder pruebas evidentes y completas.

—Bien, señor —repuso la dama—. No dudo de que el tiempo mostrará todas las cosas con sus colores naturales, y que usted acabará convenciéndose de que ese joven merece mejor trato que otras personas que debían permanecer ignoradas.

—Señora mía —exclamó Allworthy, un poco molesto—, no quiero que me siga usted hablando sobre mi sobrino, pues si continúa haciéndolo, me marcharé en el acto de su casa. Es el más digno de los hombres, y le repito que llevó su amistad con ese sujeto hasta límites censurables, ocultando hechos que no debía haber ocultado. Crea que lo que más deploro es la ingratitude de ese desdichado con este excelente joven. Me parece, señora, que es cierto lo que imagino, es decir, que ha tramado un complot para suplantar a mi sobrino en su favor, haciendo que yo desheredara al primero.

Mrs. Miller quedó un poco sobrecogida, pues aunque la sonrisa de Mr. Allworthy era bastante amable, su fruncido entrecejo demostraba, por el contrario, una gran indignación.

—Esté usted seguro, señor —contestó—, que jamás volveré a hablar mal de ningún caballero de quien usted piense bien, sobre todo, si el tal caballero es un pariente cercano suyo. Pero, por otro lado, no debe usted disgustarse conmigo si yo siento simpatía por ese pobre desgraciado. No puedo por menos de llamarle

desgraciado, aunque en otra época tal vez se hubiera usted disgustado conmigo si yo hubiese hablado de él con poco respeto. ¡Usted le llamó hijo en muchas ocasiones y hablaba de él con el cariño de un padre! Jamás podré olvidar las expresiones cariñosas que empleaba usted cuando le mencionaba y lo mucho que encomiaba su apostura y sus virtudes, su generosidad y su buen fondo. Y no podré olvidarlo porque he podido comprobar que todo ello era cierto. Lo he sabido por experiencia, ya que ha protegido a mi familia. Disculpe mis lágrimas, señor, pero cuando considero los crueles reveses de fortuna sufridos por ese pobre joven, a quien estoy tan agradecida... Cuando pienso que ha perdido la protección de usted, que él apreciaba más que su vida... Aunque usted me amenazara con una daga, yo seguiría lamentando la desgracia de quien quiero.

Allworthy pareció impresionado con este discurso. Tras un corto silencio, tomó la mano de Mrs. Miller y dijo afectuosamente:

—Señora, vamos a ocuparnos un poco de su hija. Comprendo que esté satisfecha con un matrimonio que promete ser ventajoso para ella, pero ya sabe usted que esta ventaja depende en gran parte de la reconciliación del joven con su padre. Estoy en muy buenas relaciones con Mr. Nightingale y he tenido negocios con él. Pues bien, le haré una visita y trataré de solucionar las cosas. Creo que es un hombre de mundo, y como el joven es su único hijo y la cosa ya no tiene remedio, quizá entre en razón con el tiempo. Prometo a usted que haré todo lo que esté en mi mano.

Mrs. Miller se deshizo en manifestaciones de gratitud al oír este ofrecimiento y, en sus exclamaciones, dedicó asimismo palabras de gratitud a Jones.

—A él debo esta oportunidad —dijo—. A él debo el que usted prometa molestarse por nosotras.

Allworthy la interrumpió con suavidad, aunque era lo suficientemente bondadoso para comprender el noble principio que actuaba en Mrs. Miller, y de no haberse inflamado últimamente su antigua cólera contra Jones, quizá se hubiera ablandado un poco al escuchar el relato de una acción que en modo alguno podía atribuirse a un móvil egoísta.

Mr. Allworthy y Mrs. Miller llevaban una hora de charla cuando la segunda quedó turbada ante la llegada de Blifil acompañado por un caballero, que no era otro que Mr. Dowling el abogado, que se había hecho muy amigo de Mr. Blifil y a quien Mr. Allworthy, según deseos de su sobrino, había nombrado su administrador. Blifil había asimismo recomendado el abogado a Mr. Western, el cual prometió al segundo que también le nombraría administrador suyo en cuanto tuviese ocasión. Mientras llegaba tal momento, el abogado era empleado por Western en el trámite de algunos asuntos que tenía en Londres y que se relacionaban con una hipoteca.

Éste fue el principal motivo que llevó a Londres a Mr. Dowling, que aprovechó esta oportunidad para entregar algún dinero a Mr. Allworthy, dándole cuenta de paso

de la marcha de otros negocios. Visto todo lo cual y puesto que se trata de cosas demasiado aburridas para ser detalladas en esta historia, dejaremos ocupados al tío, al sobrino y al abogado y pasaremos a otra materia.

CAPÍTULO VIII

TRATA DE VARIOS ASUNTOS, COMO PODRÁ VERSE.

Antes de volver a reunimos con Tom Jones, nos ocuparemos un poco de Sophia.

Aunque la joven había conseguido poner a su tía de buen humor a fuerza de halagos, como ya dijimos, no por esto dejaba la segunda de imaginar todo lo imaginable con objeto de conseguir su propósito, es decir, casar a su sobrina con lord Fellamar. Este deseo era ahora compartido por lady Bellaston, que la noche anterior había dicho que se sentía muy complacida por la conducta de Sophia, y su manera de comportarse con el lord, por lo que consideraba peligrosas las dilaciones. En suma, ambas damas estuvieron de acuerdo en que lo mejor, para triunfar, era precipitar tanto la boda que la joven no tuviera tiempo de reflexionar, viéndose obligada a dar su consentimiento casi sin saber lo que hacía. Éste es un procedimiento muy frecuente entre la gente encumbrada. Supongo que a esto es debido el mutuo cariño que luego se da entre tantas parejas felices.

Lady Bellaston insinuó lo de la prisa a lord Fellamar, y ambos tomaron el asunto tan a lo vivo que, a ruegos del lord, Mrs. Western señaló para el día siguiente una entrevista privada entre los jóvenes. Se le comunicó a Sophia lo de la entrevista, y la joven, tras de oponer, sin lograr su objeto, todos los argumentos en contra que pudo inventar, accedió al fin, consintiendo en ver al lord.

Las conversaciones de esta índole no resultan muy entretenidas, así que estamos excusados de repetir todo lo que sucedió durante aquella entrevista. Diremos tan sólo que después que el lord hubo expresado repetidamente su ardiente y pura pasión, la ruborosa Sophia, hasta entonces silenciosa, hizo acopio de valor y, con voz temblorosa, replicó:

—Milord, debe usted juzgar si su conducta anterior se halla en consonancia con las declaraciones que hace ahora.

—¿Y no hay medio de reparar mi locura? —contestó el lord—. En aquella ocasión, la violencia de mi amor me privó de todo discernimiento.

—En ese caso, me podrá usted ofrecer una prueba de afecto —dijo Sophia.

—Dígame qué prueba es ésa —pidió el lord con presteza.

—Milord —continuó Sophia, con la vista fija en su abanico—, supongo que se habrá dado cuenta de que esa pretendida pasión de usted me produce mucho desasosiego y nerviosismo.

—¿Por qué es usted tan cruel que la llama pretendida? —preguntó lord Fellamar.

—Las declaraciones de amor hechas a quienes se persigue, poseen marcado carácter de ofensa —continuó Sophia—. El acoso de usted resulta para mí la más

cruel de las persecuciones, realizada aprovechándose de mi desgraciada situación.

—Que no me acuse la más bella y adorada de las jóvenes —exclamó el joven—. No me aprovecho de nada. Tan sólo deseo honrarla, y toda mi ambición se reduce a poner a sus pies mi título y mi fortuna.

—Milord —respondió la joven—, precisamente ese título y esa fortuna le dan la ventaja de que me quejo. Son encantos que han seducido a mis parientes, pero que a mí me son indiferentes. Si desea merecer mi gratitud, no le queda más que un camino.

—Perdóneme, criatura divina —exclamó el lord—, pero si puedo hacer algo por usted, la cosa me proporcionará tanto placer que no me quedará espacio para recibir su gratitud.

—Pues tendrá usted mi gratitud y mi afecto, y lo puede alcanzar con facilidad. No es difícil acceder a mi ruego. En fin, deseo suplicarle que cese en una persecución en la que jamás obtendrá el menor éxito. Le pido este favor, ya que es usted demasiado noble para atormentar a una criatura desgraciada. Si persevera, sólo conseguirá disgustos, pues le doy mi palabra de que jamás variaré de manera de pensar.

Tras de lanzar un profundo suspiro, el lord respondió:

—¿De modo que soy tan desgraciado que sólo merezco su desprecio y su desdén? Aunque creo que me perdonará usted si sospecho que posee alguna buena razón para obrar de esa forma.

—Milord —contestó Sophia con viveza, tras de un instante de duda—, no tengo por qué darle cuenta de las razones que me impulsan. Le estoy muy agradecida por su generoso ofrecimiento. Confieso que es más de lo que esperaba. Pero, sin embargo, abrigo la esperanza que no insistirá en pedirme cuentas, cuando le confieso abiertamente que me es imposible aceptarle.

A esto respondió lord Fellamar con un largo discurso que no entendimos del todo y que quizá no se halle en consonancia con el buen sentido. El discurso concluyó con las siguientes palabras:

—Si se ha comprometido usted anteriormente con otro caballero, me veré obligado, por muy desgraciado que me sienta, a cesar en mis pretensiones.

Es posible que el lord pronunciase con demasiado énfasis la palabra «caballero», pues, de no ser así, no encontramos explicación para la indignación de Sophia, que contestó muy enfadada, cual si le hubieran infligido alguna afrenta.

Mientras la joven hablaba, cosa que hizo en un tono más subido que el normal, penetró en la habitación Mrs. Western. La recién llegada echaba chispas por los ojos y fuego por sus mejillas.

—Me avergüenzo, milord, de la acogida que se le ha hecho —exclamó—. Toda la familia comprende el honor que se nos hace. Pero tú, Sophia, te comportas como no esperaba tu familia que te comportases.

Lord Fellamar, sin embargo, intervino en favor de Sophia, aunque sin el menor éxito. Y la tía siguió hablando hasta que la joven sacó un pañuelo y, arrojándose en una butaca, rompió en amargo llanto.

Mrs. Western y el lord continuaron conversando hasta que el segundo se marchó. La conversación, por parte de él, se compuso de amargas lamentaciones y, por parte de ella, de las más firmes seguridades de que su sobrina acabaría accediendo a todo lo que él deseaba.

—Milord —dijo la dama—, la muchacha está mal educada y no se adapta ni a su fortuna ni a su familia. Su padre, siento tener que decirlo, es quien tiene la culpa de ello. Se trata de una muchacha corta de genio, pues ha vivido siempre en el campo. No es más que eso. Pero yo estoy convencida de que posee una inteligencia despierta y que pronto entrará en razón.

Esta última frase fue dicha en ausencia de Sophia, que había abandonado la habitación presa del mayor desconsuelo. A poco se despidió el lord no sin hacer a Mrs. Western grandes demostraciones de agradecimiento y de declarar ardientemente que su pasión era inquebrantable.

Y ahora, antes de referir lo que sucedió a continuación entre Mrs. Western y Sophia, será mejor hablar de un desgraciado accidente que fue causa del trastorno que se reflejaba en el rostro de Mrs. Western cuando ésta apareció en la habitación.

El lector recordará que la doncella que ahora estaba al servicio de Sophia había sido recomendada por lady Bellaston, en cuya casa había vivido algún tiempo en concepto de peinadora. Se trataba de una muchacha en extremo despierta que tenía el encargo de vigilar concretamente a la joven. Estas instrucciones, sentimos mucho tener que decirlo, le habían sido dadas por Mrs. Honour, tan devota ahora de su nueva ama, lady Bellaston, que el intenso afecto que un día sintió por Sophia había desaparecido por completo.

Después de la visita de Mrs. Miller, y una vez desaparecida ésta, Elizabeth, que así se llamaba la doncella, entró en la habitación donde se encontraba su ama, a la que encontró muy entretenida leyendo una carta. La emoción que denotaban las facciones de la lectora concluyeron de alentar las sospechas de la doncella, que había escuchado tras de la puerta toda la conversación sostenida entre Sophia y Mrs. Miller.

Elizabeth dio cuenta de todo esto a Mrs. Western, y ésta la elogió y le entregó una recompensa por su fidelidad. A continuación dijo a la doncella que si la mujer que trajo la carta volvía, la pasara a presencia de ella, es decir, de Mrs. Western.

Quiso la mala suerte que Mrs. Miller volviera cuando Sophia se hallaba en conferencia con el lord. Elizabeth, de acuerdo con la orden recibida, la envió a la tía, la cual se apresuró a decir a Mrs. Miller que Sophia le había contado todo lo sucedido entre ambas. Ella lo sabía, naturalmente, por Elizabeth, pero Mrs. Miller creyó la mentira y la pobre mujer contó con toda naturalidad lo que sabía sobre la carta y Tom

Jones.

Esta crédula señora era la imagen de la candidez. Pertenece al orden de mortales que se creen todo lo que se les dice y a quienes la naturaleza no ha concedido las armas del disimulo para sacar el mejor partido en determinados momentos de la vida. Después de sonsacar a Mrs. Miller todo lo que sabía, Mrs. Western despidió a la visitante asegurándole que no volvería a ver a Sophia, que tampoco enviaría ninguna respuesta a la carta. Luego, y antes de que la otra se marchara, elogió irónicamente un oficio al que no se podía dar otro nombre que el de alcahuetería. Lo que acababa de descubrir trastornó mucho a Mrs. Western, aún se alteró más cuando al aproximarse a la puerta de la habitación en que se encontraban el lord y su sobrina, oyó las protestas de ésta y los galanteos de aquél. Esto hizo subir de punto su cólera, como ya hemos visto.

En cuanto el lord se hubo marchado, Mrs. Western volvió junto a Sophia, a quien reprendió sin la menor piedad por el mal uso que había hecho de la confianza depositada en ella y por su hipocresía al comunicarse con un hombre con quien no debía tener el menor trato, según había jurado solemnemente. Pero Sophia replicó que no se había comunicado con él.

—¡Cómo! —exclamó la tía—. ¿Te atreves a negar que has recibido una carta de él?

—¡Una carta! —exclamó sorprendida Sophia.

—No es de buena educación repetir mis palabras —contestó la tía—. Y ahora quiero que me enseñes esa carta.

—No me gusta mentir —dijo Sophia—. En efecto, recibí una carta. Pero sin mi consentimiento.

—Deberías avergonzarte —afirmó la tía—. Bien, ¿dónde está esa carta? Quiero verla.

Sophia permaneció unos minutos callada antes de contestar. Luego se excusó declarando que no tenía la carta en el bolsillo, lo que era cierto. Su tía, perdiendo súbitamente la paciencia, le dirigió una pregunta directa.

—¿Estás dispuesta o no a casarte con lord Fellamar?

La joven respondió con la más rotunda negativa. Mrs. Western replicó entonces con un juramento y luego dijo que a la mañana siguiente, a primera hora, la entregaría de nuevo a su padre.

Sophia, dispuesta a razonar serenamente, contestó:

—Tía, ¿por qué se me fuerza a casarme? Piense en lo cruel que le hubiese parecido este proceder en el caso de usted. Sus padres fueron muy amables dejándole en libertad de hacer su gusto. ¿Por qué a mí no se me concede esa libertad? Jamás me casaré contra el gusto de mi padre ni sin pedirle a él y a usted su consentimiento. Y si algún día pido indebidamente este consentimiento, entonces habrá llegado el

momento de obligarme a hacer otro casamiento.

—¿Cómo puedo oír con calma las frases de una muchacha que guarda la carta de un asesino? —exclamó la tía.

—No guardo esa carta, se lo aseguro —contestó Sophia—. Y si, en efecto, se trata de un asesino, pronto se encontrará en una situación en que no la molestará a usted más.

—¡Cómo! —exclamó la tía—. ¿Tienes el atrevimiento de hablar de él confesando en mi misma cara que le tienes afecto?

—Usted interpreta mal mis palabras —dijo la joven.

—No puedo sufrirte, Sophia —exclamó la dama—. Has aprendido de tu padre a tratarme de ese modo. Él te ha enseñado a engañarme. Y con ese sistema de educación te ha hecho desgraciada, pero él mismo va a tocar las consecuencias, pues mañana por la mañana volverás a su lado. Retiro todas mis fuerzas del campo de batalla y, de ahora en adelante, permaneceré en perfecta neutralidad, como el sabio rey de Prusia. Los dos sois demasiado soberbios para ser regidos por mis disposiciones, así que mañana por la mañana saldrás de esta casa.

Sophia protestó, pero su tía se hizo la sorda. Así que la dejaremos con esta resolución, ya que no hay esperanzas de que la modifique.

CAPÍTULO IX

DONDE SE TRATA DE LO QUE LE SUCEDIÓ A TOM JONES EN LA CÁRCEL.

Mr. Jones pasó veinticuatro horas dominado por la mayor tristeza, a solas consigo mismo, excepto en los momentos en que le acompañaba Partridge, hasta que regresó Mr. Nightingale. Y no es que este último hubiera olvidado a su amigo, pues pasó la mayoría de este tiempo ocupándose de sus asuntos.

Mr. Nightingale pudo averiguar que las únicas personas que presenciaron el comienzo del desgraciado encuentro eran los marineros de cierto barco de guerra anclado en Depford y, ni corto ni perezoso, se fue a Depford en busca de estos marineros, enterándose allí de que todos se hallaban en tierra. Fue siguiendo la pista de todos de lugar en lugar, hasta que por fin dio con dos de ellos que estaban bebiendo en compañía de una tercera persona en una taberna situada cerca de Aldersgate.

Nightingale deseaba hablar a solas con su amigo, así que Partridge, que se encontraba en aquel momento con Tom Jones, tuvo que salir. En cuanto estuvieron solos, Mr. Nightingale cogió de la mano a Jones y dijo:

—No se desanime, mi querido amigo. Siento ser portador de malas noticias. Pero me parece que mi deber es decírselas.

—Adivino cuáles son esas malas noticias —repuso Jones—. El pobre caballero ha muerto.

—No, no —contestó Nightingale—. Esta mañana estaba vivo aún, aunque no quisiera darle demasiadas esperanzas. Temo que su herida sea mortal. Pero si el lance ocurrió como usted ha contado, lo único que tiene que temer, suceda lo que suceda, es su propio remordimiento. Y ahora perdóneme, querido Tom, si le ruego que me cuente con todo detalle lo que ocurrió. Si altera algo, la cosa redundará en perjuicio de usted.

—¿Le he dado motivos alguna vez, querido Johnny, para mortificarme con esa sospecha? —demandó Jones.

—Si tiene paciencia, se lo contaré todo —contestó Nightingale—. Después de una serie de pesquisas encontré a dos marineros que según parece presenciaron el desgraciado suceso. Pero no han relatado el hecho tan en favor de usted como usted lo hizo.

—¿Y qué es lo que dijeron? —preguntó Jones.

—Voy a repetírselo, aunque siento hacerlo. Dijeron que se encontraban a bastante distancia y que no oyeron ninguna de las palabras que mediaron entre ustedes. Pero ambos están de acuerdo en que el primer golpe lo dio usted.

—Eso no es cierto —contestó Jones—. Él me pegó primero, haciéndolo sin que hubiera mediado la menor provocación por mi parte. ¿Por qué esos villanos me acusan falsamente?

—No es posible adivinarlo —manifestó Nightingale—. Y si nosotros no podemos concebir una razón de por qué le acusan a usted, ¿cómo encontrará esa razón un tribunal de justicia? Les hice varias veces la misma pregunta, y lo mismo hizo un caballero presente que me parece que es hombre de mar y que se puso de parte de usted, insistiendo en preguntarles si estaban seguros, y ellos contestaron que sí lo estaban y que no tenían inconveniente en prestar juramento. Haga un esfuerzo, amigo mío, y recuerde bien lo que sucedió, ya que si se comprobara lo que ellos dicen, tendría usted perdido el pleito. No quiero asustarle, pero usted conoce ya la severidad de la ley, aunque recibiera provocaciones verbales.

—¡Querido amigo! —exclamó Jones—. ¿Por qué iba a ocultar la verdad un infeliz como yo? ¿Es que cree usted que me gustaría vivir con fama de asesino? Aunque tuviera amigos, que no los tengo, ¿podría pedirles que hablaran en favor de un hombre condenado por un crimen tan horrendo? Pero yo tengo confianza en un tribunal más alto que el que me juzgue aquí y ese tribunal me proporcionará su protección.

Y el joven repitió una vez más, haciendo solemnes protestas, que había dicho la verdad desde el principio.

La fe de Nightingale se robusteció una vez más, comenzando de nuevo a dar crédito a su amigo. En estas apareció Mrs. Miller, que dio parte del poco éxito de su misión. Entonces Tom Jones, con expresión heroica, exclamó:

—Bien, amiga mía. Me es igual ya lo que ocurra, por lo menos en lo que respecta a mi vida. Y si la voluntad de Dios es que expíe la sangre que he derramado, espero en que la divina bondad accederá a que mi honor quede a salvo. Creo que las palabras de un hombre condenado a muerte serán creídas.

Luego tuvo lugar una triste escena entre el preso y sus amigos, escena que a los lectores no les hubiera gustado haber presenciado y que, por lo tanto, nosotros desistimos de describir. Pasaremos, pues, a la siguiente escena, que inició el carcelero penetrando en el calabozo. El recién llegado comunicó a Jones que fuera había una señora que deseaba hablarle a solas.

Sorprendido, Jones replicó:

—No conozco a ninguna señora que pueda venir a verme.

Sin embargo, como no tenía motivos para negarse a ver a nadie, cuando Mrs. Miller y Mr. Nightingale se despidieron, el joven pidió que entrase la dama.

Jones se sintió sorprendido cuando le anunciaron la visita de una dama, pero su sorpresa no tuvo límites cuando vio que se trataba de Mrs. Waters. Y en este asombro le dejaremos por un rato para poder satisfacer la curiosidad del lector, que también se

habrá sorprendido lo suyo.

El lector sabe muy bien quién es Mrs. Waters, y ahora tenemos que aclararle lo que buscaba. Hemos de recordarle que esta señora partió de Upton en el mismo coche que Mr. Fitzpatrick y el otro caballero irlandés, y que en compañía de ambos viajó hasta Bath.

Ahora bien, como Mr. Fitzpatrick se encontraba sin esposa, ya que la dama que últimamente llenaba este cometido había dimitido o desertado, reparó durante el camino en Mrs. Waters, encontrándola muy adecuada para ocupar tal puesto, cosa que le propuso cuando llegaron a Bath. Y ella aceptó sin escrúpulos de ninguna clase. Todo el tiempo que permanecieron en Bath se comportaron como marido y mujer, y como marido y mujer llegaron a Londres.

No me es posible decir si Mr. Fitzpatrick era tan prudente como para no desprenderse de una cosa buena hasta no tener asegurada otra igualmente buena, que ahora sólo veía en perspectiva, o bien si Mrs. Waters había desempeñado tan bien su oficio como para que el hombre intentase conservarla como distracción, transformando a su mujer en plato de segunda mesa. Lo cierto es que nunca le habló de su esposa, de la carta que le entregó Mrs. Western, ni de su intención de aproximarse de nuevo a aquélla. Y mucho menos le nombró para nada a Tom Jones, pues aunque su intención era luchar contra él en donde le encontrase, él no era de esos que piensan que una madre, una hermana, una esposa, toda la familia, en suma, tienen que estar en el secreto de todo. Por consiguiente, la primera noticia que tuvo de todo esto Mrs. Waters la oyó de labios de Mr. Fitzpatrick, después de que éste fue conducido a su casa desde la taberna donde le curaron su herida.

Pero como resultaba que Mr. Fitzpatrick careció siempre de facilidad de palabra para contar las cosas, y ahora hablaba aún más embrolladamente que de ordinario, Mrs. Waters tardó algún tiempo en enterarse de que el caballero que le hirió era en realidad la misma persona que había herido amorosamente su corazón, y aunque en este último caso la herida no resultó mortal, dejó una profunda cicatriz en ella. Así que en cuanto supo que Jones era el hombre encarcelado en Gatehouse por el supuesto asesinato, en la primera oportunidad que tuvo dejó a Fitzpatrick.

La dama penetró en la estancia con aire en extremo alegre, que contrastaba con el aspecto melancólico del pobre Tom Jones. El joven, sin embargo, se alegró de verla.

—No me extraña su sorpresa —dijo la dama—. Me parece que no esperaba usted verme, ya que pocos caballeros reciben aquí visitas de damas, no siendo las de sus esposas. Ya ve usted, Mr. Jones, cuánto poder ejerce usted sobre mí. Jamás pensé, cuando nos separamos en Upton, que nuestro próximo encuentro tendría que ser en este lugar.

—Le agradezco mucho su visita, señora —contestó Jones—. Pocos siguen a los desgraciados, especialmente a sitios como éste.

—No me parece usted la persona que vi en Upton —dijo la dama—. Parece usted muy triste. ¿Qué le sucede?

—Creía, señora, que si usted sabía que yo estaba aquí, conocería también el motivo por lo que estaba —contestó Jones.

—¡Bah! —exclamó ella—. Ha herido usted a un hombre en duelo. No ha sucedido nada más.

Jones denotó cierta indignación ante la ligereza del tono de la dama, mostrándose muy condolido por lo que había sucedido. Ella contestó:

—Muy bien, señor. Ya que lo toma usted tan a pecho, voy a consolarle. El caballero no ha muerto y creo que no se halla en peligro de muerte. El cirujano que le asistió al principio es muy joven y parecía querer presentar el caso lo peor que pudiera al objeto de que resaltase mejor su habilidad al curarle. Pero el cirujano del rey le ha visto también y es de opinión de que si no sube la fiebre, de la cual no hay hasta ahora el menor rastro, no existe peligro de muerte.

Al oír estas noticias, Jones se alegró sobremanera. Mrs. Waters confirmó sus palabras y añadió:

—Da la casualidad de que me alojo en la misma casa que el caballero herido, con quien he hablado, y puedo asegurarle a usted que desea hacerle estricta justicia. Dice que él dirá siempre que él fue el agresor y que no existe el menor motivo para atacar la honorabilidad de usted.

Tom Jones se llenó de satisfacción al oír los informes aportados por Mrs. Waters. A continuación, él informó a la dama de muchas cosas conocidas ya por ella, como, por ejemplo, quién era Mr. Fitzpatrick, el motivo de su resentimiento, etc. El joven contó también otras cosas que ella ignoraba, tales como la aventura del manguito y otros detalles, ocultando, empero, el nombre de Sophia. El joven se lamentó de las locuras que había cometido, cada una de las cuales tuvo tan fatales consecuencias que no tenía perdón si no escarmentaba. Pero él pensaba abandonar aquellas costumbres en el porvenir. Al fin manifestó su firme resolución de no volver a pecar por miedo a que le ocurriese algo mucho peor aún.

Mrs. Waters contestó a todo esto con cierta ironía, diciendo que aquellas frases eran consecuencia del encierro y de tener el espíritu abatido, y añadió:

—No dudo en que muy pronto le veré en libertad. Entonces se mostrará usted tan animado como siempre y con la conciencia libre de todos esos escrúpulos que ahora le atosigan.

La dama siguió hablando de esta suerte, y no le haríamos un gran honor repitiendo algunas de las cosas que dijo, y también estamos seguros de que las contestaciones de Tom Jones serían ridiculizadas por algunos lectores. Así que vamos a suprimir el resto de la conversación y sólo diremos que ésta concluyó de un modo totalmente inocente y mucho más a gusto de Jones que de la dama, ya que el primero

se sentía en extremo contento con las noticias llevadas por ella. Mas Mrs. Waters no se mostró del todo conforme con el arrepentimiento de un hombre de quien había concebido una muy distinta opinión la primera vez que le vio.

De este modo, el joven se vio libre de la melancolía producida por el informe de Mr. Nightingale. Pero, ¡ay!, el abatimiento producido por las noticias de Mrs. Miller continuaba aún. El informe de ésta concordaba perfectamente con las palabras de la carta de Sophia, así que el joven no dudó ni un momento de que la muchacha había enseñado su carta a su tía tras de tomar la firme resolución de abandonarle para siempre. Los tormentos que esta idea le producía sólo podían ser comparados con una noticia que el destino le tenía aún reservada y que haremos saber en el segundo capítulo del siguiente libro.

LIBRO DECIMOCTAVO

COMPRENDE UNOS SEIS DÍAS.

CAPÍTULO PRIMERO

ADIÓS AL LECTOR.

Lector, hemos llegado a la última etapa de nuestro viaje. Y ya que hemos viajado juntos a través de tantas páginas, conduzcámonos ahora mutuamente como compañeros de viaje que han pasado juntos varios días en una diligencia y que, a pesar de las disputas o pequeñas antipatías que hayan podido surgir durante el camino, se olvidan de todo al final y suben por última vez al vehículo rebosantes de alegría y de buen humor, pues saben que después de aquella última jomada tal vez no se vuelvan a encontrar nunca más, cosa que también puede sucedernos a nosotros.

Y ya que he adoptado este símil, permítaseme que continúe con él. En este último libro, quiero imitar la armonía que por lo común reina entre los viajeros durante la última etapa juntos. Ahora bien, en estas ocasiones se suelen dar de lado todas las bromas y chanzas. El pasajero que se ha mostrado chistoso durante las jomadas anteriores, se toma de pronto en extremo formal y la conversación general se hace seria y sencilla.

Siguiendo esta norma, aunque de vez en cuando me he permitido alguna broma, en este libro las suprimiré. La variedad de temas que me veo obligado a reunir en este libro no dejará espacio para ninguna observación jocosa. En este libro no encontrarás, pues, lector, nada de ese tipo. Será todo mera narración, cuando más tarde reflexiones sobre los grandes acontecimientos que se presentan en este libro, verás que el número de sus páginas resulta casi insuficiente para contar toda la historia.

Y ahora, amigo mío, voy a aprovechar esta oportunidad, ya que no dispondré de otra, para desearte con la mayor sinceridad toda suerte de prosperidades. Si he sido para ti un compañero agradable, te aseguro que tal fue mi deseo. Y si te he ofendido en algo, no tuve intención de hacerlo. Algo de lo que aquí escribí puede haberte alcanzado a ti o a alguno de tus amigos, pero yo declaro solemnemente que no fue dirigido ni contra, ti ni contra ese amigo. Me figuro lo que te habrán contado de mí, entre otras cosas, que ibas a viajar con un individuo de veras procaz. Pero quien te dijera eso, me injurió. Nadie desprecia y detesta tanto la procacidad como yo, ni ningún hombre tiene más razón para ello, ya que siempre he sido tratado de una manera procaz. Lo que más me molesta es que me hayan atribuido algunos de los ofensivos escritos debidos a ciertos individuos que en sus obras me han ultrajado gravemente.

Sin embargo, estoy plenamente convencido de que todas esas obras estarán bien muertas mucho antes de que se ofrezca a tu lectura esta página, pues por muy corto que resulte el período de duración de mis propias obras, éstas sobrevivirán

probablemente a su desdichado autor y también a las malas producciones de sus contemporáneos.

CAPÍTULO II

DONDE SE RELATA UN TRÁGICO ACONTECIMIENTO.

Mientras Tom Jones se entregaba a las desagradables meditaciones con las que se atormentaba a sí mismo, Partridge, tambaleándose, penetró en la habitación. Le temblaban las piernas, tenía los cabellos de punta, la mirada extraviada y el rostro más pálido que si fuera de ceniza. En suma, parecía haber visto un espectro o ser él mismo un espectro.

Jones no era propenso a sentir miedo, pero no pudo por menos de sobrecogerse, cambiando a su vez de color mientras preguntaba a Partridge con voz temblorosa lo que sucedía.

—Espero que no se enfadará usted conmigo —repuso Partridge—. No estaba escuchando, pero me vi obligado a permanecer en el cuarto de ahí al lado. ¡Hubiera preferido encontrarme a mil leguas de distancia que no haber oído lo que he oído!

—¿Qué pasa? —inquirió Jones.

—¿Es esa mujer, ¡oh, cielos!, la misma que estuvo con usted en Upton? —preguntó Partridge.

—La misma —contestó Jones.

—¿Y se acostó usted con ella? —siguió preguntando Partridge, que temblaba de pies a cabeza.

—Temo que lo que ocurrió entonces no sea ningún secreto para nadie —dijo Jones.

—Le ruego, señor, que me conteste concretamente —insistió Partridge.

—Ya sabes que la respuesta es afirmativa —repuso Jones.

—Entonces, que Dios tenga piedad de usted —exclamó Partridge—. ¡Se ha acostado usted con su propia madre!

Al oír estas palabras, el rostro de Jones denotó aún más horror que el de Partridge. El joven permaneció mudo de asombro durante bastante rato, con la mirada clavada en la de Partridge. Al fin pudo coordinar sus ideas y murmuró con voz entrecortada:

—¿Qué dices?

—Ahora no puedo contarle cómo me he enterado —contestó Partridge—, pero lo que le he dicho es la pura verdad. La mujer que acaba de salir de aquí es su madre. ¡Si yo la hubiera visto en aquella ocasión habría podido prevenirle a usted! ¡Vaya mala suerte! ¡Sólo el propio diablo podría haber ideado una cosa semejante!

—Claro que es cosa del diablo —exclamó Jones—. Mi hado no me dejará en paz hasta que yo haya perdido la razón. Pero... ¿por qué echo la culpa a mi hado? Yo mismo soy la causa de todas mis desgracias. Lo que me ocurre es siempre

consecuencia de mi locura y de mis vicios. Lo que me has dicho me ha dejado casi sin aliento, Partridge. ¿Mrs. Waters...? Pero... ¿a qué preguntarte? Tú tienes motivos para conocerla. Si sientes hacia mí algún afecto, tráeme de nuevo a esa mujer, te lo suplico. ¡Cielos! ¡Incesto... y con una madre! ¡Qué golpe me tenía reservado el destino!

El joven era presa de un violento ataque de desesperación, en el que no quiso abandonarle Partridge. Al cabo, tras de haber dado suelta a un torrente de lágrimas, Tom Jones se rehízo un tanto, y tras de haber comunicado a Partridge que encontraría a aquella desgraciada mujer en la misma casa en que el caballero herido se alojaba, le encargó que fuera a buscarla.

Si el lector posee buena memoria y recuerda lo ocurrido en Upton, relatado en el libro noveno, no podrá por menos de admirarse ante los extraños accidentes que impidieron que Mrs. Waters y Partridge se vieran cuando la dama pasó un día entero en compañía de Jones. En la vida podemos observar con frecuencia ejemplos de esta clase. Conjuntos de pequeñas circunstancias producen a veces hechos importantes.

Tras dos o tres horas de infructuosas pesquisas, Partridge volvió junto a Jones sin haber visto a Mrs. Waters. Tom Jones, desesperado por el retraso, creyó volverse loco. Poco tiempo después recibió la siguiente carta:

Señor:

Después de haberme separado de usted, encontré a un caballero que me ha explicado algo referente a usted que me ha sorprendido e impresionado sobremanera. Pero ahora no tengo tiempo para comunicarle este asunto, que es de suma importancia, así que tendrá usted que esperar hasta nuestra próxima entrevista, que se celebrará en cuanto me sea posible. ¡Oh, Mr. Jones! Poco me imaginaba yo, cuando pasé en Upton aquel día tan feliz, cuyo recuerdo conservaré mientras viva, quién era la persona a quien debía esa felicidad. Siempre su buena y desgraciada amiga,

J. Waters

P. S.— Alégrese, pues Mr. Fitzpatrick está fuera de peligro. Sean cuales fueren los pecados de que tenga usted que arrepentirse, no se encuentra entre ellos la muerte violenta de una persona.

Tras de leer la carta, Jones la dejó caer al suelo ya que había perdido el uso de sus facultades y su mano se negaba a sostenerla. Partridge se apresuró a recogerla y con el consentimiento tácito de su amo, la leyó a su vez, produciéndole el mismo efecto que había producido a Tom Jones. Mi pluma se resiste a describir la consternación que reflejaban ambos rostros. Aún permanecían mudos cuando entró el carcelero y

sin reparar, al parecer, en el talante de ambos, comunicó a Tom Jones que un hombre deseaba hablarle. Jones repuso que podía pasar, y el visitante resultó ser George el guardabosque.

George notó en el acto el trastorno que reflejaban los rostros de ambos, trastorno al cual él no estaba tan acostumbrado como el carcelero, y pensó que a Jones debía de haberle sucedido algo muy grave. Como en el seno de la familia Western había sido comentado en su peor aspecto el accidente ocurrido, George pensó que el caballero había muerto y que a Jones, por lo tanto, le esperaba un desastroso final.

Esto le produjo cierta inquietud, pues a pesar de que una tentación le indujo a faltar a la amistad, era compasivo y recordaba los favores recibidos de Mr. Jones.

Por tal motivo, el pobre hombre no pudo contener las lágrimas, diciendo a Jones que sentía de todo corazón sus desgracias y le preguntó si podía serle útil en algo.

—Quizá precise usted un poco de dinero —añadió—. Si es así, pongo a su disposición lo poco que poseo.

Jones le estrechó la mano y le dio las gracias por su ofrecimiento, añadiendo que no le hacía falta dinero. Al oír esto, el otro volvió a ofrecérselo con mayor calor. Y Jones volvió a darle las gracias, afirmando que lo que necesitaba no podía ser concedido por los hombres.

—No tome las cosas tan a pecho, señor —contestó George—. Las cosas se pueden arreglar. Hay muchos caballeros que han matado a un hombre y han escapado con vida.

—No estás al tanto del asunto —intervino Partridge—. El herido no ha muerto ni es probable que muera. Y ahora no molestes a mi amo, que está muy preocupado por un asunto cuya resolución no depende de ti.

—Ignoras lo que yo soy capaz de hacer, Partridge —replicó George—. Si el asunto que le preocupa tiene que ver con mi señorita, tengo noticias que darle.

—¡George! —exclamó Jones—. ¿Es que últimamente le ha ocurrido algo a mi Sophia? ¡Mi buena y dulce Sophia! ¡Parece mentira que con lo desgraciado que soy tenga el atrevimiento de profanar su nombre!

—Me parece que, con ayuda del tiempo, acabarán siendo ustedes felices —contestó George—. Y ahora tengo que decirle algo sobre ella. Mrs. Western ha llevado de nuevo a su padre a miss Sophia, y entre ellos ha habido una gran discusión. No conozco el verdadero motivo de ella, pero mi amo se ha puesto furioso, y también su hermana, a quien he oído decir, cuando salía de casa para subir a la silla de manos, que jamás volvería a pisar el umbral de su casa. No sé qué ha sucedido, pero ahora, cuando yo salí todo estaba tranquilo, y Robin, que es el que sirve la mesa, me ha dicho que el amo estaba de muy buen humor con su hija, a quien ha besado varias veces y a quien ha dicho que sería dueña de sus actos y nunca más sería encerrada. Yo creía que estas noticias iban a agradarle a usted y, a pesar de que era

tarde, me escabullí para venir a contárselas.

Mr. Jones aseguró a George que habían sido muy de su agrado, pues aunque él no podría volver a ver jamás a aquella adorable criatura, su infortunio se veía aliviado al saber aquello.

El resto de lo que hablaron no tiene ya importancia, así que el lector nos perdonará que interrumpamos esta conversación, y nos agradecerá, en cambio, que le pongamos en antecedentes sobre la razón que explicaba el cambio de conducta de míster Western en relación con su hija.

En cuanto llegó al alojamiento de su hermano, mistress Western comenzó a ponderar los grandes honores que la familia habría recibido de emparentar con lord Fellamar. Pero éste había sido rechazado de plano por la muchacha. Western se puso inmediatamente de parte de su hija, y esto produjo en la tía un nuevo acceso de cólera, acceso que irritó tanto al caballero que dio al traste con su paciencia. En suma, que entre ambos hermanos se produjo un altercado tan tremendo como el barrio de Billingsgate no había conocido otro igual. Mrs. Western se fue en el momento en que el calor de la disputa llegaba a su cénit, olvidándose de poner en conocimiento de su hermano lo de la carta recibida por Sophia.

Cuando su tía estuvo fuera, Sophia, silenciosa hasta entonces, correspondió a la defensa que su padre le había prestado arremetiendo a su vez contra su tía. Era la primera vez que hacía tal cosa y a su padre le complació aquella actitud. Recordó que Mr. Allworthy le había dicho que era conveniente no usar procedimientos violentos, y como, por otra parte estaba convencido de que Jones sería ahorcado, pensó que lo mejor era mostrarse amable con su hija. Por lo tanto, dio rienda suelta a su natural cariño hacia ella, y esto produjo tal efecto en la agradecida Sophia, que la joven pensó que no tendría inconveniente en sacrificarse, por dar gusto a su padre, casándose con un hombre a quien no quisiera. En suma, prometió a su padre que jamás se casaría sin su consentimiento y que siempre procuraría complacerle, lo que produjo en el padre tal alegría que decidió celebrarlo, por lo que más tarde se fue a la cama completamente borracho.

CAPÍTULO III

MR. ALLWORTHY VISITA AL VIEJO NIGHTINGALE Y HACE CON ESTE MOTIVO UN EXTRAÑO DESCUBRIMIENTO.

A la mañana siguiente al día en que ocurrió lo que queda relatado, Mr. Allworthy, cumpliendo su promesa, hizo una visita a Nightingale padre, y como tenía bastante ascendiente sobre él, consiguió, tras de una discusión de tres horas, que concediera el consentimiento a su hijo.

Es de notar que durante esta entrevista ocurrió un incidente extraordinario, uno de esos casos extraños donde los hombres sesudos ven la mano de la Providencia, que interviene a menudo para descubrir secretas villanías y avisar a los hombres con objeto de que no abandonen la senda de la honradez.

Al entrar en casa de Mr. Nightingale, Mr. Allworthy vio a George el guardabosque, aunque fingió no haber reparado en él. En cuanto a George, no creyó que el caballero le hubiera visto.

Sin embargo, cuando el asunto que allí le había llevado agotó la conversación, Mr. Allworthy preguntó a mister Nightingale si conocía a fondo a un tal George Seagrim y qué asunto llevaba a éste por su casa.

—Le conozco a fondo —contestó Nightingale—. Se trata de un sujeto muy notable, ya que en los tiempos que corremos es capaz de ahorrar quinientas libras con sólo una pequeña renta de treinta libras al año.

—Y eso... ¿se lo ha contado él? —preguntó Allworthy.

—Así es —contestó Nightingale—. Precisamente tengo ahora en mis manos el dinero: cinco billetes que he de emplear en una hipoteca.

Cuando Allworthy vio los billetes descubrió con gran sorpresa que antes habían sido suyos. A continuación contó a Nightingale todo lo ocurrido. De la misma manera que los hombres que más se quejan de los fraudes en los negocios son los jugadores de oficio y los salteadores de caminos, de la misma manera nadie protesta más contra las trampas de los jugadores que los usureros y prestamistas. Y esto es debido a que estas fullerías redundan en perjuicio de la clase o porque el dinero les hace mirarse mutuamente como rivales. Por alguna de estas razones, en cuanto Nightingale supo la historia, comenzó a protestar en términos violentísimos contra la conducta de Seagrim.

Pero Allworthy le rogó que conservase el dinero y que guardase el secreto hasta que él se lo indicase. Y también que si veía al sujeto en cuestión no se diera por enterado del descubrimiento. Después regresó a la casa de huéspedes, en donde halló a Mrs. Miller muy afligida por lo que le sucedía a su hijo político. Muy contento, Mr.

Allworthy dijo a la dama que tenía muy buenas noticias que comunicarle, pues había convencido a Mr. Nightingale para que perdonase y recibiese a su hijo, no dudando de que entre padre e hijo habría una perfecta reconciliación. Aunque, eso sí, el padre estaba muy contrariado a causa de otro accidente ocurrido en la familia. A continuación, Mr. Allworthy refirió la huida de la sobrina de Mr. Nightingale, que éste había puesto en su conocimiento. Esta última noticia no era aún conocida ni de Mrs. Miller ni de su hijo político.

El lector supondrá seguramente que Mrs. Miller recibió la noticia de la reconciliación de padre e hijo con gran alegría. Pero en realidad sentía tanta amistad hacia Jones, que seguramente el desasosiego que sufría por su causa pudo más que la satisfacción experimentada. Además, la noticia le recordaba los favores que su familia debía a Tom Jones.

—Mientras mi familia es feliz —exclamó—, ¡qué desgraciado es ese pobre joven a cuya generosidad debemos el comienzo de nuestra felicidad!

Transcurrido un tiempo, que Mr. Allworthy dejó pasar con toda intención al objeto de que su patrona digiriera las noticias que acababa de darle, dijo a ésta que tenía otra cosa que comunicarle.

—Me parece —añadió— que he descubierto un tesoro que pertenece a su amigo el joven caballero. Aunque quizá no se encuentre ahora en situación de que le sirva de algo.

Mrs. Miller comprendió en el acto lo que Mr. Allworthy quería dar a entender con la última parte de su frase y suspiró.

—Tengo esperanzas de que no ocurra como usted dice, señor —contestó la dama.

—También yo —replicó Mr. Allworthy—. Pero mi sobrino me ha comunicado esta mañana que había malas noticias.

—¡Que Dios nos valga! —exclamó ella—. No me es posible hablar, y me resulta muy duro tener que cerrar la boca a cuanto una oye.

—Señora —contestó Allworthy—, delante de mí puede usted decir todo lo que quiera. No abrigo prejuicios contra nadie, y respecto a ese joven, le aseguro que me alegraría sobremanera que pudiera verse libre de los cargos que se le imputan. Usted sabe que en otro tiempo le profesé un gran afecto. El mundo me censuró por ello. Y yo no le retiré ese afecto sin antes estar plenamente convencido de que me asistía toda la razón. Y créame, Mrs. Miller, me alegraría enterarme de que entonces me equivoqué.

Mrs. Miller iba a contestar, pero en aquel instante entró un criado para anunciar que un caballero deseaba hablar con Mr. Allworthy. Éste preguntó por su sobrino, enterándose de que éste y el caballero que ahora deseaba hablar con él habían permanecido algún tiempo en la habitación del primero. Por todo lo cual, Mr. Allworthy calculó que debía de tratarse de Mr. Dowling, como así era efectivamente.

Cuando Dowling estuvo ante él, Mr. Allworthy, sin pronunciar ningún nombre, le expuso el caso de los billetes de banco, preguntando luego cómo debía ser castigada tal persona, a lo que Dowling contestó que el delincuente podía ser juzgado con arreglo a la ley negra, pero que como se trataba de un asunto un tanto delicado, lo mejor era consultarlo. Añadió que también tenía pendiente de consulta un asunto de Mr. Western, y que si Mr. Allworthy no tenía inconveniente, sometería ambos casos al tribunal. Convinieron en ello, y en aquel momento, Mrs. Miller, abriendo la puerta, exclamó:

—¡Ay, perdón! Ignoraba que estuviera usted acompañado.

Pero Allworthy quiso que la dama se quedara, diciendo que ya había despachado su asunto. Mr. Dowling se marchó y entonces Mrs. Miller hizo pasar a Nightingale el joven, que venía a dar las gracias a Mr. Allworthy por el gran favor que le había hecho. Pero la suegra no tuvo paciencia para dejar acabar su discurso al joven e, interrumpiéndole, añadió:

—¡Oh, Mr. Allworthy! Nightingale trae buenas noticias sobre el pobre Mr. Jones. Ha visto al caballero herido, que está fuera de peligro y, además, se halla dispuesto a declarar que arremetió contra Jones y le pegó. Estoy segura, señor, de que se mostrará usted de acuerdo en que Mr. Jones no es un cobarde. Si yo fuera hombre, estoy segura de que al ver que otro hombre me pegaba, sacarí­a mi espada. Te ruego, querido hijo, que cuentes a Mr. Allworthy todo lo que sabes.

Nightingale confirmó todo lo que Mrs. Miller había dicho, terminando su relato con varios elogios dirigidos a Tom Jones, quien era, según afirmó, una persona de excelente carácter, nada aficionada a pendencias. El joven Nightingale iba ya a dar por concluido su alegato cuando su suegra le rogó encarecidamente que repitiese ante Mr. Allworthy todas las manifestaciones de cariño y respeto que en diversas ocasiones había oído a Mr. Jones refiriéndose a su protector Mr. Allworthy.

—Hablar bien de Mr. Allworthy —añadió Nightingale—, no es más que hacer estricta justicia y, por consiguiente, no hay ningún mérito en ello. Pero puedo asegurarle que no existe persona que cumpla mejor sus obligaciones que el pobre Tom Jones. Estoy convencido que lo que le produce mayor dolor es la enemistad de usted. En muchas ocasiones se me ha lamentado de ello, y siempre ha asegurado de la manera más solemne que jamás quiso ofenderle en nada y hasta ha jurado que preferiría morir antes que albergar en su conciencia el menor sentimiento de ingratitud hacia usted. Y ahora le pido perdón, señor. No debía mezclarme en un asunto tan delicado.

—No has hecho más que lo que debías —declaró Mrs. Miller.

—Por mi parte, no puedo por menos de aplaudir esa amistad tan generosa, y deseo de todo corazón que él se la merezca —dijo Mr. Allworthy—. Confieso que me ha alegrado oír lo que piensa de mí ese desgraciado caballero, y si resulta cierto todo

lo que me ha dicho usted, quizá acabe pensando mejor de él. Tanto esta buena señora como todos los que me conocen saben que le quise como si hubiera sido hijo mío. Siempre le consideré como un ser que la fortuna me entregó para que cuidase de él. Recuerdo que le encontré completamente desamparado, y que sus manecitas me presionaban tiernamente. Era mi preferido.

No dijo más, y a sus ojos asomaron las lágrimas.

Como lo que respondió Mrs. Miller nos llevaría por nuevos derroteros, nos detendremos aquí a fin de dar una explicación a propósito del notable cambio operado en Mr. Allworthy, cuya cólera contra Tom Jones había desaparecido. Cambios de este género se producen con frecuencia en novelas o en obras teatrales sólo por la razón de que se acerca el final y son justificados por la autoridad de los autores. No obstante, y aunque reclamamos para nosotros tanta autoridad como la que pueda gozar cualquier autor, usaremos de este poder con infinita cautela y sólo cuando nos veamos obligados por la necesidad.

Y ahora diremos que el cambio de pensar de Mr. Allworthy era obra de una carta que acababa de recibir de Mr. Square y que ofreceremos al lector al principio del siguiente capítulo.

CAPÍTULO IV

CONTIENE DOS CARTAS QUE SE DIFERENCIAN FUNDAMENTALMENTE.

Respetado amigo:

En mi última le decía que me habían prohibido el uso de las aguas, ya que, al parecer, me producían más daño que provecho. Pues bien, ahora le voy a participar una noticia que me parece afligirá a mis amigos más que me ha afligido a mí. Los doctores Harrington y Brewster están de acuerdo en que no hay esperanzas de que me cure.

En alguna parte he leído que la filosofía sirve para aprender a morir. Por eso no demuestro la menor sorpresa al recibir esta lección, que resulta que tengo estudiada desde hace mucho tiempo. Ahora bien, una de las páginas del Evangelio enseña esta lección mejor que todos los volúmenes de los filósofos, ya sean antiguos o modernos. La confianza que es para nosotros la certidumbre de poder gozar de otra vida resulta un sostén mucho más fuerte para el espíritu que todos los consuelos que se derivan de la necesidad de la naturaleza, de la vacuidad de nuestros goces o de cualquier otra declaración por el estilo. Con esto no imputo de ateísmo ni de que niegan la inmortalidad a los que se llaman filósofos. Muchos de éstos, tanto antiguos como modernos, han descubierto, guiados por la sola luz de la razón, esperanzas de un estado futuro. Pero en realidad se trata de una luz débil y mortecina. El propio Platón termina su diálogo Fedón declarando que sus argumentos llegan tan sólo a suscitar una probabilidad, y el mismo Cicerón muestra únicamente una inclinación hacia las doctrinas de la inmortalidad. En cuanto a mí, si he de hablar con sinceridad, no pensé en serio en esto hasta que me sentí verdaderamente cristiano.

Quizá se sorprenda de mi última frase. Pero le aseguro que sólo recientemente puedo en justicia llamarme así. El orgullo de la filosofía había llenado de veneno mi razón, y la más sublime de las sabidurías se me aparecía, lo mismo que les sucedió a los griegos de la antigüedad, como una solemne estupidez. Dios, sin embargo, me ha dispensado toda su bondad al demostrarme a tiempo mi error y conducirme al camino de la verdad, antes de hundirme en la oscuridad más profunda para siempre.

Siento que empiezo a debilitarme, y por esto me apresuro a explicar a usted el motivo principal de mi carta.

Cuando medito en los actos de mi vida pasada, no encuentro nada que atormente más mi conciencia que la injusticia que cometí con ese

desgraciado, su hijo adoptivo. No tan sólo permití la villanía de los demás, sino que tomé parte activa en la injusticia cometida contra él. Crea, amigo mío, la palabra de un moribundo: Tom Jones ha sido vilmente calumniado. En cuanto al hecho principal, debido a cuya falsa interpretación le apartó usted de su lado, le juro solemnemente que es por completo inocente de él. Cuando usted se encontraba en su supuesto lecho de la muerte, la sola persona de la casa que demostró un interés real por usted fue él, y todo lo que sucedió después fue consecuencia de la exteriorización de la alegría que sintió al ver que usted recobraba la salud y, lamento tener que decirlo, de la ruindad de otra persona. Pero es mi intención justificar al inocente y no acusar al culpable. Créame, amigo mío, ese joven posee el más noble y generoso corazón del mundo, la más perfecta capacidad para la amistad, la más pura integridad y todas las virtudes que pueden ennoblecer a un hombre. Tiene algunos defectos, sin duda, pero entre ellos no figura la falta de consideración o gratitud hacia usted. Todo lo contrario, estoy convencido de que cuando le despidió usted de su casa, su corazón lo sintió más por usted que por él.

Algunas consideraciones mundanas de diversa índole fueron las viles y malvadas razones que me impulsaron a ocultarle a usted todo esto durante tanto tiempo. Y lo revelo ahora inducido por el deseo de servir la causa de la verdad, de hacer justicia al inocente y de reparar todo lo posible mi pasada ofensa. Confío, pues, que esta declaración produzca todo el efecto que deseo y sirva para que ese desdichado joven, poseedor de tantos méritos, sea acogido de nuevo por usted. La noticia de que ha sido así proporcionará el mayor consuelo, mientras viva, a su más humilde y obediente servidor,

Thomas Square

Una vez leído esto, el lector se explicará fácilmente el cambio tan visible que se produjo en Mr. Allworthy, no obstante haber recibido de Thwackum, por el mismo correo, otra carta de estilo muy diferente, que incluiremos aquí, pues es muy posible que ésta sea la última vez que tengamos ocasión de mencionar a tal caballero.

Señor:

No me sorprende en modo alguno enterarme por su digno sobrino de la más reciente villanía del joven discípulo de míster Square el ateo. No me sorprende ningún asesinato que pudiera cometer, y ruego a Dios con todo fervor que no sea la sangre de usted la que selle su definitivo confinamiento en el lugar de los quejidos y del rechinar de dientes.

Aunque no le han de faltar a usted motivos de arrepentimiento por las graves e inexcusables debilidades que tuvo usted con ese desgraciado, debilidades que redundaron en perjuicio de su respetable familia y de la seriedad de su carácter, yo faltaría a mi deber si no le amonestara a usted al objeto de hacerle ver sus errores. Por eso le suplico con la mayor seriedad que tenga presente la sentencia que va a dictarse contra ese malvado villano, que le servirá a usted cuando menos de advertencia para que en el futuro no desprecie el consejo de uno que es tan constante en sus oraciones en favor de su bienestar.

Si no hubiera usted impedido que mi mano aplicase a ese perdido el correctivo debido, hubiese corregido bastante el espíritu diabólico del joven, pues desde su infancia estuve seguro de que el diablo había tomado completa posesión de él. Pero estas reflexiones llegan con retraso.

Lamento que haya usted suprimido la pensión de Westerton tan precipitadamente. Hubiera intercedido en su favor a tiempo, de haber pensado que iba usted a tomar semejante medida sin consultarme.

Si muriera el vicario de Aldergrove, pues he oído decir que se encuentra muy delicado, confío en que se acordará usted de mí, pues no dudo de que estará usted convencido de que mis más fervientes votos son para que alcance usted la más alta recompensa, recompensa ante la que todas las consideraciones humanas tienen tan escasa importancia como los pequeños diezmos mencionados en la Escritura, si los comparamos con los asuntos importantes de la ley.

Quedo, señor, su humilde y fiel servidor,

Roger Thwackum

Ésta fue la primera vez que Thwackum escribió a Mr. Allworthy en tono autoritario. Pero tuvo ocasión de arrepentirse de ello, pues incurrió en el caso de los que confunden el máximo grado de bondad con el peor grado de bajeza. Mr. Allworthy jamás había apreciado a aquel hombre. Sabía que era orgulloso y de pésimo carácter; sabía también que su teología reflejaba su temperamento, cosa que en modo alguno aprobaba. Pero al propio tiempo era un excelente maestro y se mostraba infatigable en la educación de los dos muchachos. Añadir a esto una severidad absoluta en la vida y en las costumbres, una honradez capaz de resistir todas las pruebas y una entrega completa a la religión. De modo que, en conjunto, aunque Mr. Allworthy no apreciaba ni estimaba al hombre, no se había resuelto a prescindir de él como tutor de los muchachos, puesto que era, tanto por su saber como por su laboriosidad, muy calificado para su profesión, y confiaba que como los muchachos se educaban en su misma casa y a la vista de él, estaría en condiciones de

corregir todo lo que no le gustase de las enseñanzas de Thwackum.

CAPÍTULO V

DONDE PROSIGUE LA HISTORIA.

En su último discurso, Mr. Allworthy recordó algunos cariñosos sentimientos en relación con Tom Jones, que hicieron que las lágrimas asomaran a sus ojos. Visto esto por Mrs. Miller, la buena mujer se apresuró a decir:

—Sí, sí, señor. Su bondad con ese infeliz joven es de sobra conocida, pese a todo su empeño en ocultarla, y en todo lo que esos villanos dijeron crea que no hay una sola palabra de verdad. Mr. Nightingale lo ha descubierto ahora todo. Parece que esos individuos estaban al servicio de un lord, que es rival del pobre Tom Jones, con el fin de obligarle a que se alistase en un buque de guerra. Mr. Nightingale ha visto al oficial, que por cierto es un caballero muy simpático, y se lo ha referido todo, mostrándose muy apesadumbrado por lo que iba a hacer, y que jamás hubiese llevado a cabo de haber sabido que Tom Jones era un caballero cabal, no un vagabundo como le habían contado.

Mr. Allworthy escuchó sorprendido el relato, y aseguró que era una novedad para él todo aquello.

—Sí, señor —replicó la dama—. Me figuro que lo es. Es una historia muy distinta de la que esos individuos contaron al abogado.

—¿A qué abogado, señora? ¿Qué quiere usted decir? —inquirió Mr. Allworthy.

—Trata usted de disimular. Pero Mr. Nightingale le vio —afirmó Mrs. Miller.

—¿A quién vio, señora? —preguntó Allworthy.

—¿A quién va a ser? A su abogado, a quien envió usted para que se enterara de todo lo que había sucedido.

—Sigo tan a oscuras como antes, le doy mi palabra de honor, Mrs. Miller —exclamó Mr. Allworthy.

—¿Por qué entonces le pidió que lo hiciera, apreciado señor? —preguntó la viuda.

—Vi con mis propios ojos —dijo Nightingale interviniendo— al abogado que salía de verle cuando yo entraba en la habitación. Fue en una cervecería de Aldersgate, y estaba en compañía de los dos individuos empleados por lord Fellamar para que reclutaran a Tom Jones, y debido a esta circunstancia se encontraban presentes cuando se produjo el lamentable incidente entre él y Mr. Fitzpatrick.

—Confieso, señor —dijo ahora Mrs. Miller—, que cuando vi a ese caballero entrar en su habitación dije a mister Nightingale que suponía que usted le había enviado para que se enterase de lo ocurrido.

Mr. Allworthy dio muestras de verdadero asombro al escuchar estas noticias,

permaneciendo mudo durante dos o tres minutos, hasta que al fin, dirigiéndose a Mr. Nightingale, exclamó:

—Debo reconocer, caballero, que jamás en mi vida me he sentido tan sorprendido como ahora con lo que acabo de escuchar. ¿Está seguro de que se trataba de mi propio abogado?

—Completamente seguro, señor —contestó Nightingale.

—¿En Aldersgate? —insistió Allworthy—. ¿Y estuvo usted reunido con ese abogado y los dos individuos?

—Permanecí con ellos cerca de media hora, señor —repuso Nightingale.

—¿Y cómo se comportó el abogado? —preguntó mister Allworthy—. ¿Oyó usted todo lo que dijeron el abogado y los dos sujetos?

—No, señor —repuso Nightingale—. Ya estaban reunidos cuando yo llegué. Estando yo presente el abogado habló muy poco. Pero después de que hice varias preguntas a los individuos, que insistían en repetir una historia completamente distinta a la que yo había oído a Tom Jones, y que por la declaración de Mr. Fitzpatrick yo sabía que era totalmente falsa, el abogado instó a aquellos individuos a que sólo dijeran la verdad, y parecía estar tan por completo de parte de Mr. Jones, que cuando vi al abogado con usted, deduje que su bondad le había impulsado a enviarle allí.

—¿Y no le envió usted allí? —preguntó Mrs. Miller a Allworthy.

—No, en absoluto —contestó el caballero—. No sabía ni que hubiera estado en tal lugar. Es decir, lo he sabido en este momento.

—¡Ahora lo comprendo todo! —exclamó Mrs. Miller—. ¡Ahora lo comprendo todo! No me sorprende que haya conferenciado a puerta cerrada en los últimos tiempos. Hijo mío, te suplico que vayas inmediatamente en busca de esos sujetos. Da con ellos si se encuentran aún en tierra. Yo misma iré si es necesario.

—Apreciable señora, tenga usted un poco de paciencia y hágame el favor de enviar arriba a una criada para que avise a Mr. Dowling, si se encuentra en casa, y si no, a Mr. Blifil.

Mrs. Miller salió murmurando algunas palabras entre dientes, pero a poco volvió con esta respuesta:

—Mr. Dowling ha salido. Pero el otro —como ella llamaba a Blifil— bajará ahora mismo.

Allworthy poseía un temperamento más frío que el de la buena mujer, acalorada y furiosa por causa de su amigo. Pero el caballero alimentaba ahora unas sospechas que tenían muchos puntos de contacto con las de ella. Cuando Mr. Blifil entró en la estancia, Mr. Allworthy le preguntó, con cara mucho menos amistosa que hasta ahora le había mostrado, si tenía noticias de que Mr. Dowling hubiera visto a algunas de las personas que estaban presentes cuando el duelo entre Tom Jones y el otro caballero.

No hay nada más peligroso que una pregunta hecha a bocajarro a un hombre cuya mayor preocupación es ocultar la verdad o defender sus mentiras. Por este motivo, esos nobles caballeros cuyo oficio es salvar la vida del prójimo en el Oíd Bailey, prestan suma atención, con frecuentes exámenes previos, a lo de adivinar todas las preguntas que pueden ser hechas a sus clientes el día de la vista, al objeto de suministrarles respuestas rápidas y oportunas, que ni siquiera la inventiva más fértil sería incapaz de improvisar en el instante requerido. Además, el impulso rápido y violento que semejantes sorpresas ejercen en la sangre, alteran con frecuencia el rostro de los preguntados, por lo que el acusado, sin querer, acaba por delatarse. Tales fueron las alteraciones que el rostro de Blifil acusó con aquella inesperada pregunta, que no podemos censurar la vehemencia de Mrs. Miller, que se apresuró a exclamar:

—¡Culpable! ¡Culpable, a fe mía!

Mr. Allworthy la reprendió, sin embargo, por su impetuosidad, y volviéndose hacia Blifil, que parecía clavado en tierra, dijo:

—¿Por qué dudas en darme una respuesta? Debes ser tú el que le has dado el encargo, pues él, por su propia iniciativa, no hubiera desempeñado esa comisión, sobre todo, sin participármelo previamente.

Blifil contestó:

—Reconozco, tío, que soy culpable de cierta falta. ¿Puedo confiar en su perdón?

—¿Mi perdón? —exclamó Mr. Allworthy, montando en cólera.

—Sabía, tío, que se ofendería usted —contestó Blifil—. Pero confío en que sabrá perdonar los efectos de la más amable de las debilidades humanas. Sentir compasión hacia aquellos que no la merecen es un crimen. Sin embargo, se trata de un crimen del que usted mismo no está del todo libre. Reconozco que soy culpable de ello en más de una ocasión y con la misma persona, y confieso que envié a Mr. Dowling, no para que hiciera una investigación inútil e infructuosa, sino para descubrir los testigos y tratar de suavizar sus declaraciones. Tal es, señor, la verdad. Lo que si bien quise ocultarle a usted, ahora no negaré.

—Reconozco —afirmó ahora Nightingale— que así fue como yo interpreté la conducta de este caballero.

—Supongo, señora, que ahora reconocerá usted —dijo Mr. Allworthy— que ha sospechado usted sin el menor fundamento de mi sobrino, y que no tenía el menor motivo para mostrarse tan indignada con él.

Mrs. Miller permaneció callada, pues aunque le era difícil reconciliarse tan rápidamente con Blifil, a quien consideraba promotor de la ruina de Tom Jones, en aquel caso particular, sin embargo, había logrado imponerse a ella, así como a los restantes, y de tal modo, que el diablo se hubiera hecho amigo suyo. En realidad, no rezaba con aquel caballero el dicho vulgar de que «el diablo a menudo deserta de sus amigos y les deja en la estacada». Tal vez abandone a los que sólo son sus amigos a

medias. Pero por lo común se mantiene al lado de aquellos que son sus fieles servidores, y les ayuda en todos sus apuros, hasta que concluye el pacto establecido entre ambos.

Del mismo modo que una rebelión sofocada fortalece a un Gobierno o la salud se recobra con mayores bríos luego de pasadas ciertas enfermedades, la cólera, una vez apaciguada, da nueva vida, a veces, al afecto. Tal fue el caso de Mr. Allworthy, pues una vez consiguió Blifil que se desvanecieran las sospechas más graves, las más leves, provocadas por la carta de Square, no fueron tenidas en cuenta y se olvidaron, y Thwackum, con quien estaba muy ofendido, fue el único sobre el que recayeron las reflexiones que Square había lanzado sobre los enemigos de Tom Jones.

En lo que respecta a este joven, el sentimiento de míster Allworthy comenzó a ceder cada vez más. Dijo a Blifil que no sólo le perdonaba los pasos que su natural bondad le había impulsado a dar, sino que con gusto seguiría su ejemplo. Y volviéndose hacia Mrs. Miller, con una sonrisa más propia de un ángel que de un ser humano, dijo:

—¿Qué me dice usted, señora? ¿Tomamos un coche de alquiler y vamos todos juntos a ver a su amigo? No es la primera vez que yo visito a alguien en la cárcel.

Creo que cualquier lector hubiera podido responder por la digna mujer. Pero sin duda habrá de poseer una gran dosis de bondad y conocer a fondo la amistad, para experimentar lo que ella sintió en semejante momento. Por el contrario, les será fácil adivinar lo que pasó por la mente de Blifil. Pero aquellos que lo hagan, reconocerán que era de todo punto imposible para él poner el menor reparo a la visita. La Fortuna, sin embargo, o bien el caballero citado, ayudó a su amigo e impidió que se llevara una impresión demasiado fuerte, puesto que en el preciso instante en que enviaban en busca del coche apareció Partridge, el cual, tras de llamar aparte a Mrs. Miller, le comunicó la funesta nueva recién descubierta, y al conocer las intenciones que abrigaba Mr. Allworthy en aquel momento, le suplicó que buscara alguna excusa para no visitar a Tom, puesto que el asunto, según dijo, debía de mantenerse en secreto, y si ahora iba encontraría a Tom con su madre, que había llegado cuando él le dejó, lamentándose ambos del horrendo delito que por ignorancia de su parentesco habían cometido.

La pobre Mrs. Miller, que casi estuvo a punto de perder el sentido ante aquella espantosa noticia, acertaba menos que nunca a inventar una excusa viable. No obstante, como las mujeres son mucho más expeditas que los hombres, ideó una, y volviendo hacia Mr. Allworthy, dijo:

—Quizá le sorprenda a usted, Mr. Allworthy, que oponga algún reparo a la amable proposición que acaba de hacerme, pero es el caso que temo mucho a sus consecuencias, si la ponemos inmediatamente en práctica. Sin duda se hará usted cargo, señor, de que la serie de calamidades que han sobrevenido en los últimos

tiempos a ese joven deben de haber alterado y abatido profundamente su espíritu. Y ahora, si provocáramos en él un violento acceso de alegría, como estoy convencida de que la presencia de usted en la cárcel hará, podríamos ser la causa involuntaria de algún grave quebranto de su salud, si tenemos en cuenta, además, lo que su criado, que se encuentra ahí fuera, acaba de decirme, es decir, que su amo dista mucho de encontrarse bien.

—¿De veras está ahí su criado? —preguntó Mr. Allworthy—. Dígale que haga el favor de entrar. Quiero preguntarle algunas cosas sobre su amo.

Partridge se asustó al pronto cuando Mrs. Miller le dijo que tenía que comparecer ante Mr. Allworthy. Pero al cabo se animó a hacerlo, sobre todo, cuando la buena mujer, que con frecuencia había oído de sus labios su historia completa, le prometió entrar con él y presentarle al caballero.

Allworthy recordó a Partridge en el mismo instante en que éste puso el pie en el umbral de la habitación, aunque llevaba muchos años sin poner la vista en él. Por esta razón, Mrs. Miller podía haberse ahorrado la presentación de Partridge, en la que fue hartamente prolija, pues creo que el lector ya habrá reparado en que la excelente mujer, entre otras cosas, contaba con una lengua siempre dispuesta al servicio de sus amigos.

—¿Y usted es el criado de Mr. Jones? —preguntó Allworthy a Partridge.

—No puedo decir, señor, que sea criado suyo en el estricto sentido de la palabra —repuso Partridge—. Pero ahora vivo con él. *Non sur qualis eram*, como usted sabe bien.

Mr. Allworthy hizo una serie de preguntas a Partridge sobre Tom Jones a propósito de su estado de salud y otras cuestiones, a todas las cuales Partridge contestó sin tener en cuenta cómo eran las cosas, sino como deseaba él que aparecieran, pues la adhesión a la verdad no figuraba entre los artículos morales o religiosos de aquel honrado sujeto.

Durante la charla entre Mr. Allworthy y Partridge se despidió Mr. Nightingale, y pocos instantes después también abandonó la estancia Mrs. Miller, cuando Allworthy despidió a Blifil, pues pensó que, solo, Partridge se mostraría más explícito que delante de la gente. En efecto, tan pronto como estuvieron solos, Partridge comenzó a hablar, tal como podrá verse en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VI

DONDE LA HISTORIA SIGUE AVANZANDO.

—No hay duda, amigo —dijo Mr. Allworthy—, que es usted el ser más noble que conozco. No sólo ha padecido sufrimientos, como en la ocasión presente, por insistir con toda obstinación en una mentira, sino que persiste en ella hasta el final y consiente en aparecer ante el mundo como criado de su propio hijo. ¿Qué interés puede usted tener en ello? ¿Qué motivos le impulsan?

—Veo, señor —murmuró Partridge, poniéndose de rodillas—, que sigue usted mal dispuesto hacia mí y decidido a no creer nada de cuanto yo le digo. Ante eso, ¿de qué servirán mis protestas? Pero arriba hay una persona que sabe bien que no soy el padre de ese muchacho.

—¡Cómo! —exclamó Allworthy—. ¿Sería capaz de negar que fue usted declarado convicto de tal hecho? El que ahora le haya vuelto a encontrar de nuevo con ese joven confirma todo cuanto se dijo contra usted hace veinte años. Yo creía que había abandonado usted el país. Hasta le creía muerto hace tiempo. ¿Cómo supo usted todo lo de ese joven? ¿Cómo le hubiera usted encontrado, de no haber sostenido correspondencia con él? No lo niegue, pues le aseguro que servirá para mejorar la opinión que tengo de su hijo saber que siente de tal modo su deber filial, que ha sostenido en privado a su padre durante tantos años.

—Si tiene usted paciencia para oírme —repuso Partridge—, se lo contaré todo. —Conseguido el asentimiento del caballero, Partridge habló del siguiente modo—: Cuando perdí la amistad de usted, las desgracias comenzaron a llover sobre mí, ya que primero perdí mi escuela, y el párroco, creyendo hacerme un favor, me dejó cesante como escribiente, de modo que sólo me quedó para vivir la barbería, en una región donde la gente del campo proporciona muy escasos beneficios. Y cuando mi mujer murió, pues hasta entonces estuve recibiendo una pensión anual de doce libras enviadas por una mano desconocida, que yo creía que era la de usted, pues no oí que nadie hiciera tales cosas salvo usted. Bien, como iba diciendo, cuando mi esposa murió, dejé de recibir la pensión, y entonces, como tenía dos o tres deudas que comenzaban a molestarme, en especial una, que un procurador hizo ascender con las costas de quince chelines a cerca de treinta libras, hice la maleta y me marché del pueblo.

»El primer lugar adonde llegué fue Salisbury, donde entré al servicio de un caballero que entendía de leyes y que, además, era uno de los mejores caballeros que en mi vida he conocido, pues no tan sólo se portó admirablemente conmigo, sino que supe de muchas acciones buenas y caritativas que realizó mientras estuve con él,

aparte de que me consta que rehusó asuntos porque le parecieron poco decentes.

—No necesita usted precisar tanto, Partridge —manifestó Mr. Allworthy—. Conozco perfectamente a ese caballero, que es un hombre muy digno y honra de su profesión.

—Muy bien, señor —continuó Partridge—. De Salisbury marché a Lymington, donde permanecí unos tres años al servicio de otro abogado, que también era un buen individuo y, además, de un humor soberbio. Al cabo de tres años instalé una pequeña escuela, y todo hubiera marchado viento en popa de no surgir un accidente desgraciado. Yo criaba un cerdo, y un día, para desgracia mía, el cerdo se me escapó e hizo una serie de destrozos en un jardín perteneciente a un vecino, que era un hombre lleno de orgullo y vengativo, el cual corrió a ver a un abogado, cuyo nombre no recuerdo, y que presentó una denuncia contra mí, y me hizo comparecer ante el juez. Cuando me presenté oí cosas tan peregrinas que me llenaron de asombro. Un consejero afirmó de mí una serie de embustes; me acusó de tener la costumbre de meter mis cerdos en los jardines de los demás, y al final de su discurso expresó el deseo de que llevara mis cerdos a la feria de ganado. Cualquiera hubiera dicho al oír tales palabras que en vez de ser propietario de un único cerdito era el mayor tratante de ganado de cerda de toda Inglaterra. Bien...

—Le suplico —dijo Mr. Allworthy— que vaya usted directamente al grano. Aún no me ha dicho nada de su hijo.

—Habían de transcurrir aún muchos años —contestó Partridge— antes de que viera a mi hijo, como le gusta a usted llamar a Tom. Después dejó que he contado marché a Irlanda, donde enseñé en una escuela de Cork, ya que el proceso me arruinó de nuevo y tuve que pasar siete años recluido en la cárcel de Winchester.

—Muy bien —insistió Allworthy—. Pero prescinda de eso y vuelva a Inglaterra.

—Hará, señor, cosa de medio año que desembarqué en Bristol, donde permanecí algún tiempo, y como no encontraba ninguna ocupación y supe de un lugar, situado entre la mencionada población y Gloucester, donde acababa de morir el barbero, allí me encaminé, y en ese pueblo llevaba unos dos meses cuando apareció Mr. Jones.

Partridge hizo a Allworthy un relato completo y detallado de su primera entrevista con el joven y todo lo demás tan exacto como su memoria se lo permitió, desde aquel día hasta el presente, intercalando con frecuencia en su relato panegíricos de Jones, sin olvidarse de hacer mención del gran cariño y respeto que el joven Tom sentía por su protector, y al fin concluyó:

—Ahora, señor, le he dicho toda la verdad.

Y en tono solemne añadió que tanto distaba de ser el padre de Tom Jones como del papa de Roma, e invocó los mayores males para él si lo que acababa de afirmar no era cierto.

—¿Qué debo pensar entonces de esto? —demandó mister Allworthy—. ¿Por qué

razón se empeña usted en negar un hecho que más bien creo que habría de interesarle confesar?

—Muy bien, señor —exclamó Partridge, que ya no pudo contenerse—. Si se niega usted a creerme, pronto le será posible convencerse de ello. Me gustaría que hubiera usted confundido a la madre de ese joven igual que ha confundido al padre.

Al preguntarle Mr. Allworthy qué significaban aquellas palabras, Partridge, cuyo rostro y voz denotaron ahora el mayor horror, contó al caballero toda la historia que poco antes había rogado a Mrs. Miller que guardara para ella.

Allworthy se sintió tan sorprendido ante el descubrimiento como el mismo Partridge cuando lo supo por primera vez.

—¡Cielos! —exclamó atónito—. ¡A qué desgraciadas situaciones son conducidos los hombres por sus vicios y sus imprudencias! ¡A veces, nuestros designios sobrepasan los efectos de la maldad!

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando en la estancia se precipitó Mrs. Waters.

En cuanto Partridge la vio, exclamó:

—¡Aquí está, señor, la mujer a que me refería! Ésta es la desventurada madre de Mr. Jones. No dudo de que me dará la razón delante de usted. Le suplico, señora...

Sin prestar la menor atención a lo que Partridge decía, y casi sin reparar en él, Mrs. Waters avanzó hacia Mr. Allworthy.

—Mucho me temo, señor, que dado el tiempo transcurrido desde que nos vimos por última vez, ya no me recordará usted.

—Es cierto —repuso Allworthy—. Está usted tan cambiada en muchos aspectos, que si este hombre no me hubiera dicho quién es usted, no la hubiese reconocido tan fácilmente. ¿Le trae a usted aquí algún asunto particular?

Mr. Allworthy habló en tono reservado, pues el lector comprenderá sin gran dificultad que no se sentía muy satisfecho con la conducta de aquella señora, ni tampoco con lo que antes había oído y mucho menos con lo que Partridge le había contado.

Pero Mrs. Waters contestó:

—Sí, señor. Tengo que hablar con usted de un asunto muy reservado, el cual es de tal índole que sólo comunicaré a usted. Le suplico, pues, que me permita hablar a solas con usted, pues cuanto tengo que decirle es de la mayor importancia.

Mr. Allworthy rogó a Partridge que se retirara. Pero antes de salir, Partridge rogó a la dama que dijese a Mr. Allworthy que él era completamente inocente.

—No se preocupe usted —contestó ella—. No hay duda de que convenceré a Mr. Allworthy sobre ese particular.

Al fin se retiró Partridge. Y lo que hablaron Mr. Allworthy y Mrs. Waters será relatado en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VII

CONTINUACIÓN DE LA HISTORIA.

Comoquiera que Mrs. Waters permaneció silenciosa durante unos momentos, Mr. Allworthy no pudo por menos de decir:

—Me he disgustado profundamente, señora, cuando he sabido que ha hecho usted tan mal uso...

—Mr. Allworthy —interrumpió Mrs. Waters—, no dudo que he cometido muchas faltas, pero entre ellas no figura la ingratitud hacia usted. Jamás podré olvidar su bondad, que confieso no merecer. Pero ahora le ruego que suspenda todo reproche, ya que he de comunicarle un asunto en extremo importante relativo a ese joven, a quien usted dio mi apellido de soltera, o sea Tom Jones.

—Entonces... ¿he castigado por error a un hombre inocente en la persona que nos acaba de dejar? —exclamó Allworthy—. ¿No es el padre del niño?

—Desde luego que no —contestó Mrs. Waters—. Ya recordará usted que le dije en otra ocasión que algún día lo sabría, y ahora pienso que debería habérselo dicho antes. Pero no podía imaginarme lo urgente y necesario que era.

—Está bien, señora —repuso Allworthy, condescendiente—. Prosiga.

—Quizá recuerde usted, señor, a un joven que se llamaba Summer —continuó la dama.

—Le recuerdo perfectamente —afirmó Mr. Allworthy—. Era hijo de un clérigo de gran sabiduría y virtud con quien me unía estrecha amistad.

—Eso era evidente, señor —contestó la dama—. Creo que le educó usted y le pagó la universidad, de donde, una vez concluyó sus estudios, pasó a vivir a su casa. Era uno de los hombres más guapos que recuerdo. Por otra parte, reunía en sí todas las mejores cualidades, bondad, inteligencia y una excelente educación.

—¡Pobre muchacho! —exclamó Mr. Allworthy—. Murió antes de tiempo, y jamás se me ocurrió pensar que tuviera que responder de ningún pecado de este género, pues está claro que va usted a decirme que él fue el padre de su hijo.

—No lo fue, señor —contestó Mrs. Waters.

—¡Cómo! ¿A qué tiende, pues, todo ese prefacio que ha pronunciado usted?

—A contarle una historia —repuso la dama— que, al parecer, es mi sino revelar. ¡Oh, señor! Dispóngase a escuchar algo que le sorprenderá enormemente, que le llenará de pesadumbre...

—Hable —pidió Mr. Allworthy—. Mi conciencia no tiene sobre sí ningún crimen y no siento miedo de escuchar lo que sea.

—Señor —continuó Mrs. Waters—, ese Mr. Summer, el hijo de su amigo, que fue

educado a costa de usted, que después de haber vivido un año en su casa como si fuera su propio hijo murió en ella de la viruela y cuya muerte sintió usted tanto que fue enterrado como si hubiese sido su propio hijo, ese Summer, señor, fue el padre de Tom Jones.

—¿Cómo? —exclamó Mr. Allworthy—. Se contradice usted.

—De ningún modo —contestó la dama—. Fue el padre de la criatura, pero yo no fui su madre.

—Tenga cuidado con lo que dice, señora —advirtió Allworthy—, no vaya a incurrir, para eludir la acusación de un crimen, en una falsedad. Recuerde que hay Uno al que no puede ocultársele nada y delante del cual la falsedad agravará su falta.

—No soy su madre, señor, y por nada del mundo me haría pasar ahora como tal.

—No olvide, sin embargo, que usted misma me lo confesó entonces —afirmó Mr. Allworthy.

—Lo que yo entonces le confesé no era la verdad —aseguró Mrs. Waters—. El niño que yo deposité en el lecho de usted fue conducido allí por expresa voluntad de su madre. Obedeciendo a sus deseos yo le reconocí más tarde como hijo mío y me consideré bien recompensada con la generosidad con que ella premió mi secreto y vergüenza.

—¿Quién era esa mujer? —murmuró Mr. Allworthy.

—Tiemblo al decir su nombre —repuso Mrs. Waters.

—Por todas esas preparaciones que emplea usted presiento que era una parienta mía.

—Sí, señor, y muy próxima.

Al oír estas palabras, Mr. Allworthy no pudo evitar un estremecimiento. Mientras tanto, Mrs. Waters continuó:

—Usted tenía una hermana, señor.

—¡Una hermana! —repitió el caballero, horrorizado.

—Como todos tenemos que morir, afirmo solemnemente que ella era la madre del niño que encontró usted en su lecho.

—¿Es posible? ¡Dios santo!

—Tenga paciencia, señor —pidió ahora Mrs. Waters—, y le revelaré toda la historia. Algún tiempo después de emprender usted su viaje a Londres, miss Bridget vino un día a casa de mi madre. Afirmó que había oído ponderar mi carácter extraordinario, puesto que mi cultura e inteligencia eran superiores a las de todas las muchachas de la localidad. Luego me rogó que fuera a su casa, y cuando me presenté me empleó para que la leyera. Se mostró muy satisfecha con mi modo de ser, fue muy amable conmigo y me hizo muchos regalos. Al fin comenzó a catequizarme para que le guardase un secreto, y como mis respuestas fueron de su completa satisfacción, me condujo a un gabinete, donde, después de cerrar la puerta con llave, comenzó a

decirme que iba a convencerme de la gran confianza que tenía en mi integridad moral comunicándome un secreto en el que su honor, y por tanto su vida, estaba comprometido. Luego guardó silencio, que duró varios minutos, y durante los cuales se secó algunas lágrimas. A continuación me preguntó si creía que podría confiarse en mi madre. Yo le contesté que podía tenerse plena confianza en ella. Entonces me comunicó el gran secreto, y que fue relatado con mucho mayor dolor del que pasó más adelante para dar a luz su hijo. Convinimos que mi madre y yo la cuidaríamos cuando llegara el momento y que Mrs. Wilkins sería quitada de en medio, como lo fue, en efecto, enviándola a la parte más apartada de Dorsetshire con el pretexto de que comprobase unos informes sobre una criada, ya que miss Bridget había despedido a su doncella hacía tres meses, durante cuyo tiempo yo actué como doncella interina, como ella me llamaba, aunque, como también decía, no era muy indicada para tal puesto. Ésta y otras muchas cosas que decía tenían por objeto evitar cualquier sospecha por parte de Mrs. Wilkins, cuando más tarde yo tuviera que reconocer al niño como mío. En realidad, de quien más miedo sentía la señora era de Mrs. Wilkins, el ama de llaves, a quien consideraba incapaz de guardar un secreto, especialmente con usted, señor, ya que a menudo la oí decir a miss Bridget que si Mrs. Wilkins cometiera un asesinato estaba segura de que se lo comunicaría a usted a las primeras de cambio. Al cabo llegó el esperado día, y el niño vino al mundo estando sólo presentes mi madre y yo, pues Mrs. Wilkins había sido enviada fuera. Mi madre se lo llevó luego a su casa, donde permaneció oculto hasta la noche en que usted regresó de Londres, y en la que yo, cumpliendo las órdenes de miss Bridget, le coloqué en el lecho de usted. Más adelante, todas las sospechas posibles se desvanecieron ante la artificiosa conducta de su hermana, pues fingía que sentía ojeriza hacia el niño y que todas las consideraciones que tenía con él eran simplemente para complacerle a usted.

Mrs. Waters insistió sobre la veracidad de lo que había dicho, y concluyó:

—Al cabo, señor, ha descubierto usted a su sobrino, pues como a tal le considerará a no dudar de aquí en adelante, y estoy convencida de que con este título será una verdadera honra para la familia.

—Creo, señora, que no es necesario que exteriorice mi asombro ante todo lo que me ha contado usted, y me parece que es imposible que haya enjaretado usted tantos detalles para decir una mentira. Confieso ahora haber sentido ciertas sospechas de ese tal Summer, e incluso llegué a sospechar que gustaba a mi hermana. Incluso le hablé a ella del asunto, pues tenía en tan buen concepto a aquel joven que con gusto hubiera dado mi consentimiento a un matrimonio entre ellos. Pero mi hermana repuso con gran desdén a mis preguntas, que consideraba sin el menor fundamento, según ella afirmó, así que no me ocupé del asunto. ¡Quién iba a decirlo! ¡El cielo es el que dispone todas las cosas! Lo inexplicable de la conducta de mi hermana es que se

fuera al otro mundo llevándose su secreto.

—Puedo asegurarle a usted —repuso Mrs. Waters— que jamás fue ésa su intención. Muchas veces me comunicó su intención de decírselo a usted alguna vez. Se sentía muy satisfecha de lo bien que le había salido la estratagema y de que usted hubiera tomado tanto cariño al niño que ya no era necesario hacer ninguna declaración expresa. ¡Oh, señor! ¡Si miss Bridget hubiera vivido para ver cómo ese joven era arrojado de su casa como quien despide a un vagabundo! ¡Si hubiera vivido para ver que usted mismo ha empleado a un abogado para perseguirle por un supuesto asesinato, del que no es culpable! Perdóneme, Mr. Allworthy, que le diga que eso no estuvo nada bien. Han abusado de su credulidad. Tom Jones nunca mereció que le trataran con semejante rigor.

—Reconozco, señora —repuso Allworthy—, que ha abusado de mí la persona, quienquiera que sea, que le haya contado eso.

—No interprete usted mal mis palabras. No pretendo decir que sea usted responsable de ninguna injusticia. El caballero que se acercó a mí no me propuso nada de eso. Tan sólo me dijo, tomándome por la esposa de Mr. Fitzpatrick, que si Mr. Jones había asesinado a mi esposo, podría disponer de todo el dinero que me hiciera falta para mostrarme parte en el proceso, utilizando el ofrecimiento de un caballero digno, que conocía bien con qué villano tendría que entendérmelas. Por ese individuo, apellidado Dowling, supe quién era Mr. Tom Jones, y éste me dijo después que ese tal Dowling era apoderado de usted. Supe su nombre por casualidad, pues Partridge, que le vio en mi casa la segunda vez que fue a verme, le conocía de Salisbury.

—¿Y Mr. Dowling le dijo a usted que yo la ayudaría en el proceso? —preguntó Mr. Allworthy, con el mayor asombro reflejado en su rostro.

—No, señor —contestó Mrs. Waters—. No quiero acusarle injustamente. Dijo que alguien me ayudaría, aunque no pronunció ningún nombre. Usted deberá perdonarme si, debido a las circunstancias que concurren en el caso, no pensé que pudiera ser otra persona.

—Pues yo, señora, precisamente por esas circunstancias estoy convencido de que fue otro. ¡Dios mío! ¡Por qué medios más sorprendentes se consigue a veces descubrir las villanías más repugnantes! Me permito suplicarle que permanezca usted aquí hasta que la persona que usted ha mencionado aparezca, pues la espero de un momento a otro. Quizá ya esté en la casa.

Allworthy se dirigió entonces hacia la puerta para llamar a un criado. Pero el que entró no era Mr. Dowling, sino el caballero que veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VIII

DONDE LA HISTORIA SIGUE ADELANTE.

El caballero recién llegado no era otro que Mr. Western. En cuanto se encontró con Allworthy, y sin preocuparse en absoluto de Mrs. Waters, empezó a decir a grandes voces:

—¡Vaya cosas que ocurren en mi casa! ¡Quién podía pensar semejante cosa de una hija!

—¿Qué le pasa, vecino? —preguntó Allworthy.

—He recibido un gran desengaño —contestó Western—. Después de que la muchacha me prometió que haría todo cuanto yo quisiera, y cuando yo ya creía que no tenía otra cosa que hacer que mandar a buscar al abogado y ultimar todo, ¿qué cree usted que he descubierto? Pues que la desvergonzada se burlaba de mí y sostenía correspondencia con el bastardo de usted. Mi hermana, con la que regañé por culpa de mi hija, me indicó que le registrase los bolsillos cuando estuviese dormida. Así lo he hecho, encontrando una carta firmada por el hijo de una mala madre. No he tenido paciencia para leer más que la mitad de la misma, ya que es más larga que un sermón del párroco Supple. Pero me he enterado de que la carta es de índole amorosa. ¿De qué otra cosa podía tratar? Así que he vuelto a encerrar a mi hija en su habitación y mañana por la mañana marcha al campo. Allí, en una buhardilla, vivirá el resto de sus días si no consiente en casarse como yo quiero. Y pienso que cuanto antes se muera, mejor, aunque tengo la impresión de que vivirá lo bastante para atormentarme durante muchos años.

—Escuche, Mr. Western —contestó Allworthy—. Ya sabe usted que siempre he protestado contra todo lo que sea violencia, y usted me aseguró que no volvería a emplearla.

—¡Ah! —exclamó Mr. Western—. Me mostré dispuesto a ello a condición de que ella fuera razonable.

—Escúcheme, vecino —dijo Allworthy—. Si usted me da su permiso, yo trataré de convencer a su hija.

—¿Que lo intentará? —exclamó Western sorprendido—. Es usted en extremo amable. Quizá consiga usted más que yo, pues mi hija tiene muy buen concepto de usted.

—Bien —contestó Allworthy—, pues si ahora se va usted a su casa y libra de su encierro a su hija, dígale que iré a visitarla dentro de media hora.

—Pero... ¡suponga que en ese tiempo se me escapa! Precisamente me ha dicho el abogado Dowling que ya no hay esperanzas de que ese sujeto sea ahorcado, pues el

herido está vivito y coleando y en franca convalecencia. En suma, que Jones será puesto en libertad dentro de poco.

—¡Cómo! —exclamó Allworthy—. ¿Utilizó usted a Dowling para que interviniese en este asunto?

—No, no —contestó Western—. Él me habló del asunto por casualidad.

—¿En dónde le encontró usted? —inquirió Allworthy—. Precisamente da la casualidad de que necesito ver a Mr. Dowling.

—Le puede usted encontrar ahora mismo en la casa donde me alojo —contestó Western—, ya que en ella se va a celebrar hoy por la mañana una reunión de abogados a propósito de cierta hipoteca. Ese honrado Mr. Nightingale quiere hacerme perder dos mil o tres mil libras.

—Entonces queda decidido que estaré con usted dentro de media hora —dijo Allworthy.

—Y ahora le voy a dar un buen consejo —exclamó Western—. No emplee con mi hija los métodos suaves: no servirán de nada. Yo los he usado durante mucho tiempo. Hay que asustarla; no existe otro sistema. Dígale que soy su padre y que la desobediencia es un feo pecado, castigado horrorosamente en la otra vida, y luego añada que si no cede vivirá toda su vida encerrada en una buhardilla y a pan y agua.

—Haré lo que pueda —prometió Allworthy—. Le aseguro que no hay nada que desee tanto como una alianza con esa amable criatura.

—La muchacha lo merece —afirmó Western—. Y sería mejor que fuera obediente conmigo, ya que en cien leguas a la redonda no se encuentra un padre que quiera a su hija más que yo. Pero ahora caigo que está usted ocupado con esta señora. Bien, me marcho a casa y allí le espero.

—Veo que Mr. Western no recuerda mi cara —dijo Mrs. Waters cuando Western salió—. Y me parece que tampoco usted me habría reconocido. He cambiado mucho desde el día en que usted me aconsejó tan amablemente. ¡Oh! Habría sido muy feliz si hubiese seguido su consejo.

—La verdad es, señora, que me sentí muy preocupado cuando supe la conducta que usted observaba —dijo Allworthy.

—Tenga usted en cuenta, señor —repuso Mrs. Waters—, que la causa de mi ruina fue una tenebrosa celada que me tendieron. Si usted la conociese, aunque yo no quedase del todo justificada, por lo menos me compadecería. Pero ahora no dispone usted de tiempo para escuchar toda mi historia, aunque le puedo asegurar que recibí la más solemne promesa de matrimonio y luego fui traicionada. Ante el cielo estuve casada. He reflexionado mucho sobre el tema y me he convencido de que las ceremonias oficiales son sólo un requisito para dar legalidad al matrimonio. Pero la mujer que vive constantemente con un hombre después de recibir de éste una solemne promesa de matrimonio, poco le puede remorder la conciencia, sea cual sea

el concepto que merezca a la gente.

—Siento mucho, señora, que haya usted empleado tan mal su inteligencia —dijo Allworthy—. Hubiera sido mejor que hubiese usted poseído mucha más inteligencia o bien haber permanecido en un estado de completa ignorancia. Porque, diga usted lo que diga, temo que tenga que responder de algún otro pecado.

—Mientras viví con él, espacio de tiempo que duró doce años, juro solemnemente que no —contestó Mrs. Waters—. Pero le ruego, señor, que reflexione usted en lo que puede hacer una mujer con la reputación perdida cuando se ve abandonada, ya que el mundo no acepta que una oveja descarriada vuelva al redil de la virtud por mucho que lo desee. Afirmo que hubiera seguido la senda de la virtud si de mí hubiese dependido. Pero la necesidad, y no otra cosa, me arrojó en brazos del capitán Waters, con el que viví como esposa llevando su nombre. Acompañé al capitán Waters a Worcester en su marcha contra los rebeldes, y entonces me encontré por casualidad con Mr. Jones, que acertó a librarme de las manos de un villano. Mr. Jones es el mejor de los hombres. Ningún joven de su edad tiene menos vicios y más virtudes que él, y me parece que ahora está decidido a abandonar esos pocos vicios.

—Esas esperanzas tengo, así como de que sabrá mantener su resolución —repuso Allworthy—. Añadiré que también alimento las mismas esperanzas respecto a usted. Reconozco que el mundo se muestra en ocasiones en extremo inhumano. Sin embargo, la perseverancia y el tiempo pueden lograr que el mundo llegue a sentir piedad, pues aunque, al revés del cielo, no se muestra dispuesto a recibir a un pecador arrepentido, cuando este arrepentimiento se prolonga, acaba por sentir misericordia hacia él. Esté segura, Mrs. Waters, que no le faltará mi apoyo para conseguir sus buenas intenciones, si éstas son sinceras.

Mrs. Waters se arrodilló ante el caballero y, anegada en lágrimas, le dio las gracias por su bondad, de la que la gente decía, y con razón, que más parecía divina que humana.

Allworthy la ayudó a levantarse a la vez que le hablaba con palabras cariñosas al objeto de consolarla. En éstas fue interrumpido por la llegada de Mr. Dowling, que se mostró un tanto azorado al encontrarse con Mrs. Waters, aunque pronto se repuso, manifestando que tenía mucha prisa, pues debía asistir a una junta en casa de Mr. Western, aunque, sin embargo, juzgaba que era su deber visitar a Mr. Allworthy para comunicarle su opinión sobre el caso presente, la cual no era otra que la apropiación de los bienes tenía que discutirse como una causa criminal fuera de lo común.

Sin contestar, Allworthy cerró la puerta y tras de avanzar hacia Dowling con semblante muy serio, dijo:

—Por mucha prisa que tenga usted, señor, deberá contestarme, antes de salir de aquí, a algunas preguntas. ¿Conoce usted a esta dama?

—¿A esta dama, señor? —repitió Dowling, titubeando.

Con voz solemne, Allworthy continuó:

—Si aprecia usted mi amistad y el seguir cuidando de mis asuntos, no dude ni un momento y conteste con lealtad a todo lo que yo le pregunte. ¿Conoce usted a esta dama?

—Sí, señor —contestó Dowling—. La conozco.

—¿En dónde la vio?

—En la casa donde se aloja.

—¿Qué negocio le llevó allí y quién le envió?

—Fui a preguntar por Mr. Jones.

—¿Por encargo de quién?

—De Mr. Blifil.

—¿Y qué contestó la señora sobre ese asunto?

—No recuerdo bien todas sus palabras.

—¿Quiere usted hacer el favor, Mrs. Waters, de refrescar la memoria de este señor?

—Me dijo que si Mr. Jones había asesinado a mi marido, yo podría disponer de todo el dinero que me hiciera falta para mostrarme parte en el proceso —manifestó Mrs. Waters—. Dijo que el ofrecimiento lo hacía un digno caballero que sabía bien con qué villano me las tenía que haber. Puedo jurar que éstas fueron las palabras que pronunció.

—¿Fueron éstas sus palabras, señor? —preguntó Allworthy.

—No las recuerdo con exactitud —insistió Dowling—. Pero me parece que hablé en ese sentido.

—¿Y fue Mr. Blifil quien le ordenó decir tal cosa?

—Tenga la seguridad, señor, que yo no hubiese ido de *motu proprio*, ni hubiese sobrepasado mi autoridad en un asunto de esta índole.

—Escuche, Mr. Dowling —dijo Allworthy—. Le prometo ante esta dama que cualquiera que haya sido su intervención en este asunto obedeciendo las órdenes de Mr. Blifil, le perdonaré si me dice toda la verdad. ¿Le envió también Mr. Blifil a que se entrevistara con los dos sujetos de Aldersgate?

—Ciertamente, señor.

—¿Y qué instrucciones recibió de él? Recuérdelas lo mejor que le sea posible y repita las mismas palabras que él empleó.

—Mr. Blifil en persona me envió a buscar a los dos individuos testigos de la pelea. Dijo que temía que fueran comprados por Mr. Jones o por alguno de los amigos de éste. Añadió que la sangre requería sangre, y que son culpables no sólo los que ocultan a un asesino, sino también los que no hacen todo lo que pueden por entregarle a la justicia. Añadió, además, que él sabía muy bien que usted deseaba llevar a los tribunales al villano, pero que no era conveniente que usted apareciera

mezclado en el asunto.

—¿De veras dijo eso? —preguntó Allworthy con interés.

—Sí, señor —contestó Dowling—. Yo no me habría atrevido a intervenir en este asunto de no tratarse de un deseo de usted.

—¿Y en qué consistió esa intervención? —demandó Mr. Allworthy.

—No me gustaría que me creyera usted culpable de soborno, señor. Pero hay distintos modos de declarar... Les dije que si alguien de la parte contraria les hacía ofrecimientos, deberían rehusarlos. Les aseguré asimismo que no perderían nada si se comportaban como hombres honrados y decían la verdad. Les indiqué que según nuestras noticias Mr. Jones agredió primero al caballero, y que si era así, debían declararlo, insinuándoles que con ello saldrían ganando.

—¿Y no les propuso nada más? —insistió Allworthy.

—Nada más —contestó Dowling—. No les incité a que mintiesen, y lo que dije fue para complacer a usted.

—Y de haber sabido que Mr. Jones es mi sobrino, ¿habría seguido usted creyendo que me hacía un favor? —preguntó Allworthy.

—Creo que no me competía darme por enterado de una cosa que usted deseaba mantener oculta —contestó el abogado.

—¿Qué dice usted? —exclamó Allworthy—. ¿Estaba usted enterado?

—Si me pide usted que sea sincero, le contestaré que sí. El relato de este secreto fueron casi las últimas palabras que Mrs. Blifil pronunció, estando yo solo junto a su lecho, cuando me entregó la carta que le llevé a usted de parte de ella.

—¿La carta? —exclamó Allworthy—. ¿Qué carta?

—La carta que llevé de Salisbury y que deposité en manos de Mr. Blifil, señor —contestó Dowling.

—¡Dios mío! —murmuró Allworthy—. ¿Y cuáles fueron sus palabras? ¿Qué dijo mi hermana?

—Cuando me entregó la carta —contestó Dowling—, me cogió la mano y me dijo: «No sé ni lo que he escrito. Dígale a mi hermano que Tom Jones es su sobrino, mi hijo. Que Dios le bendiga». Y al decir esto se dejó caer hacia atrás como agotada. Entonces llamé a los demás y ya no volvió a hablar más, muriendo a los pocos minutos.

Con la cabeza levantada, como si quisiera mirar al cielo, Allworthy permaneció unos momentos silencioso. Luego, volviéndose hacia Dowling, añadió:

—¿Y cómo no me entregó usted ese mensaje de mi hermana?

—Ya recordará que por entonces se encontraba usted en el lecho —contestó Dowling—, y como yo tenía prisa, según costumbre, entregué la carta y el recado a Mr. Blifil, el cual me contestó que se los transmitiría a usted. Más tarde me dijo que lo había hecho y que usted, en parte por consideración a Mr. Jones y en parte por

consideración a su hermana, había decidido no decírselo jamás a nadie, manteniéndolo secreto para todos. Es por esto, señor, que si usted no hubiese hablado de ello, yo nunca me habría atrevido a mencionarlo.

En alguna otra ocasión ya hemos hecho notar que es posible decir mentiras sin faltar a la verdad. Esto correspondía al caso actual, y que Blifil, en efecto, había dicho lo que Dowling acababa de contar. Pero, en realidad, lo que indujo a Dowling a mantener el secreto fueron las promesas que Blifil le hizo, y como ahora se daba perfecta cuenta de que Blifil no podría cumplirlas, unido esto a las miradas amenazadoras de Allworthy y a los descubrimientos hechos por éste, le decidieron a soltarlo todo de carretilla. Sin hablar de que había sido pillado por sorpresa, sin tener tiempo para pensar en subterfugios.

Allworthy pareció satisfecho con este relato, y tras de recomendar a Dowling el más absoluto silencio sobre lo ocurrido, le acompañó él mismo hasta la puerta por temor de que pudiera encontrarse con Blifil, que había vuelto a su habitación y, completamente ajeno a lo que ocurría en el piso inferior, se regodeaba con la idea de la última jugarreta hecha a su tío.

Cuando Allworthy volvía a su habitación, se encontró con Mrs. Miller, la cual, con el rostro pálido y aterrorizado, exclamó:

—¡Oh, señor! Veo que esa malvada mujer ha estado aquí y le ha enterado de todo. Pero no debe usted abandonar al pobre joven por este motivo. Tenga usted en cuenta, señor, que el muchacho no sabía que se trataba de su propia madre. Precisamente le ha impresionado muchísimo el descubrimiento.

—Señora —repuso Allworthy—, me siento profundamente atónito. Pero venga conmigo a mi cuarto. Acabo de realizar sorprendentes descubrimientos, Mrs. Miller, y pronto los sabrá usted.

La pobre señora le siguió temblando, y Allworthy, que marchaba delante, se dirigió a Mrs. Waters, la cogió de la mano y, volviéndose a Mrs. Miller, exclamó:

—¿Qué recompensa puedo dar a esta señora por los servicios que me ha prestado? ¡Oh, Mrs. Miller! Usted, que es tan fiel amiga de ese joven, mil veces me ha oído llamarle hijo. Poco pensaba yo que en realidad era pariente mío. Su joven amigo, señora, es mi sobrino, hermano de esa víbora que durante tanto tiempo he alimentado. Esta señora le contará toda la historia y le dirá que el joven llegó a pasar por hijo suyo. Ahora estoy convencido, Mrs. Miller, de que he procedido injustamente con Tom y de que he sido engañado por alguien de quien usted ya sospechaba, y con motivo, que se trataba de un villano. Sí, sí, es el peor de los villanos.

La alegría que sintió Mrs. Miller le privó al pronto del uso de la palabra y estuvo a punto de privarle asimismo de sus sentidos, de no haber sido aliviada por un oportuno torrente de lágrimas. Cuando al fin pudo hablar, exclamó:

—¿Es cierto, señor, que mi querido Jones es su sobrino y no el hijo de esta dama? ¿Es cierto también que por fin comprende usted las cosas con toda claridad? ¿Y yo seré tan dichosa que viviré lo suficiente para poder ver a Tom Jones tan feliz como se merece?

—Le aseguro que es cierto que es mi sobrino. Y también que espero verle feliz.

—¿Y ese descubrimiento lo debe usted a esta buena señora? —continuó preguntando la dama.

—Así es —contestó Allworthy.

Mrs. Miller se arrodilló ante Mrs. Waters y exclamó:

—¡Que el cielo la colme de bendiciones y la perdone sus pecados, por muchos que éstos sean!

Mrs. Waters dijo entonces que creía que Jones sería libertado muy pronto, ya que el médico, en compañía de un noble, había visitado al juez encargado del proceso con objeto de certificar que Mr. Fitzpatrick se hallaba fuera de peligro, para conseguir así que el joven fuera puesto en libertad.

Mr. Allworthy declaró que experimentaría una gran alegría si cuando regresara encontraba allí a su sobrino, pero que ahora se veía precisado a salir para despachar un asunto de suma importancia. Luego llamó a un criado para que le proporcionase una silla de mano, e inmediatamente salió, dejando juntas a ambas señoras.

Cuando Mr. Blifil oyó que su tío encargaba la silla, corrió escalera abajo con objeto de acompañar a su tío, ya que siempre procuraba demostrarle el mayor respeto. Con toda cortesía, preguntó a Mr. Allworthy si salía, lo cual es una manera disimulada de preguntar a un hombre adonde va. Como quiera que el tío no contestase, hizo otra pregunta referente a cuándo pensaba volver. Tampoco contestó a esto Mr. Allworthy, pero en el momento en que entraba en la silla de manos, se volvió y dijo:

—Antes de que yo regrese busca la carta que tu madre me escribió en su lecho de muerte.

Allworthy partió al fin, y Blifil quedó en una situación que sólo podía ser envidiada por el que está a punto de ser ahorcado.

CAPÍTULO IX

DONDE LA HISTORIA AVANZA UN POCO MÁS.

Ya en la silla de manos, Allworthy aprovechó la oportunidad para leer la carta enviada por Jones a Sophia, la cual le había sido entregada por Western. En dicha carta, había ciertas frases relativas a él, y Allworthy no pudo por menos de derramar algunas lágrimas. Por fin llegó a casa de Mr. Western, siendo pasado inmediatamente a la habitación de Sophia.

Tras los primeros saludos, y sentados ya el caballero y la joven, siguió un silencio. Sophia, que esperaba ya la visita por habérsela anunciado su padre, jugaba con su abanico, mientras en su rostro había una expresión de azoramiento. Un poco cohibido también, Allworthy comenzó por fin a hablar:

—Me parece, miss Western, que mi familia le ha producido a usted alguna inquietud, a la que yo también he contribuido involuntariamente. Tenga la seguridad de que si yo hubiese sabido desde el principio que ese matrimonio le desagradaba, no habría consentido que la atormentasen durante tanto tiempo. Le digo todo esto para que no crea que el objeto de esta visita es molestarla con nuevas peticiones de la misma índole. Al contrario, quiero librarla de ellas.

—Señor —contestó Sophia tras alguna vacilación—, es usted muy amable, y ya que me ha hablado de ese asunto, le diré que es cierto que me ha producido muchas inquietudes y que ha dado lugar a que mi padre, que siempre fue conmigo muy bueno y cariñoso, me tratara cruelmente. Y yo estoy convencida, señor, de que usted es demasiado bueno para disgustarse por mi negativa a casarme con su sobrino. Nuestras inclinaciones son algo que no nos es posible vencer.

—Le aseguro, querida señorita, que me es imposible sentir hacia usted tal disgusto. Y eso aun cuando el pretendiente hubiera sido mi propio hijo y hubiese tenido de él un gran concepto. Como usted ha dicho con gran acierto, no dominamos nuestras inclinaciones.

—¡Oh, señor! —exclamó Sophia—. Cada palabra que pronuncia usted es un testimonio de que merece usted la fama de bondadoso que todo el mundo le reconoce. Le aseguro que sólo el miedo a una futura infelicidad es lo que me ha hecho resistir a los mandatos de mi padre.

—Lo creo —contestó Allworthy—. Y no puedo por menos de felicitarla por su prudencia, pues al resistirse ha evitado usted el ser desgraciada para siempre.

—Se expresa usted con una delicadeza que muy pocos hombres son capaces de sentir —exclamó Sophia—. Desde luego, debe ser el colmo de la desgracia estar unida a un ser que nos es indiferente. Y quizá esta desgracia aumente aún más el

reconocer los méritos de otra persona a la que no hemos podido unirnos. Si me hubiera casado con Mr. Blifil...

—Perdóneme que la interrumpa —contestó Allworthy—, pero me es imposible imaginar tal cosa. Créame, miss Western, que me alegro de todo corazón que se haya usted resistido. Precisamente acabo de saber que el joven causante de que su padre le hiciera tanta presión es un completo villano.

—¡Cómo! —exclamó Sophia—. Me sorprende usted.

—A mí también me ha sorprendido —contestó Allworthy—. Pero le he dicho la pura verdad.

—Sólo la verdad puede salir de su boca —afirmó Sophia—. Sin embargo, una noticia tan sorprendente... ¿De modo que ha descubierto usted...?

—Pronto estará usted enterada de toda la historia —repuso Allworthy—. Pero por ahora no mencionaremos un nombre tan odioso. Me ha traído aquí otro asunto de mucha más importancia, que tengo que comunicarle. ¡Oh, miss Western! Conozco todo lo que usted vale y no me es posible abandonar fácilmente la idea de emparentar con usted. Tengo otro pariente, señorita, un joven completamente distinto de ese desgraciado, y cuya fortuna ascenderá a la cantidad que éste hubiera poseído, pues yo cuidaré de ello. Señorita, ¿le permitirá usted que venga a visitarla?

Sophia quedó silenciosa unos momentos y luego respondió:

—Voy a hablarle con toda sinceridad. Estoy resuelta a no escuchar de labios de nadie más proposiciones de esa índole. Lo único que deseo es recuperar el afecto de mi padre y alegrarle la vida. Y espero que usted me ayude a conseguir esto. Déjeme suplicarle, apelando a toda su bondad, que ya que me ha librado de una persecución, no desencadene otra sobre mí.

—Miss Western —contestó Allworthy—, soy incapaz de una cosa así. Y si usted ha tomado esa resolución, mi pariente deberá sufrir, por mucho que le cueste, un desengaño.

—Me hace usted reír, Mr. Allworthy. ¿Cómo va a sufrir ningún desengaño un hombre a quien no conozco y que, por lo tanto, debe de saber tan poco de mí?

—Perdóneme que la contradiga, mi querida joven —contestó Allworthy—. Pero me parece que lo conoce usted demasiado. Y entre los hombres enamorados que sienten una pasión noble y sincera, ninguno como mi infeliz sobrino y ninguna pasión como la que él siente por usted.

—¿Un sobrino suyo, Mr. Allworthy? —exclamó Sophia—. Es raro que nunca, antes de ahora, haya oído hablar de él.

—Es cierto, señorita —afirmó Allworthy—. Pero sí ha oído usted hablar de él, sólo que no como sobrino mío. Incluso para mí ha sido un secreto hasta hoy. ¡Se trata de Tom Jones, que hace tiempo que la quiere a usted y que es mi sobrino!

—¡Su sobrino Tom Jones! —exclamó Sophia—. Pero... ¿es posible?

—Y tan posible —respondió Allworthy—. Es hijo de mi hermana y siempre le reconoceré como tal, sin que por ello me avergüence. De lo que sí me avergüenzo es de mi proceder anterior con él. Pero he de decir en mi descargo que ignoraba tanto sus buenas cualidades como nuestro mutuo parentesco. Aunque no hay duda de que le traté con excesiva crueldad.

Al llegar a este punto, el caballero se enjugó algunas lágrimas. Y después de una breve pausa, continuó:

—Sin la ayuda de usted, nunca seré yo capaz de resarcirle de sus sufrimientos. Créame, señorita, si le digo que he puesto mucha ilusión en esta proposición que le acabo de hacer. Ya sé que cometió algunas faltas, pero en su corazón anida una gran bondad. Puede creerme.

Guardó silencio en espera de una contestación, la cual no se hizo esperar, pues Sophia, tras haberse repuesto de la sorpresa producida por la repentina noticia, contestó:

—Me alegro mucho que haya hecho usted tal descubrimiento, señor, pues veo que le produce un gran contentó. Desde luego, ese joven posee mil excelentes cualidades que aseguran que siempre se portará bondadosamente con su tío.

—Me parece que esas buenas cualidades harán también de él un buen marido —dijo Allworthy—. Y si usted no accede a sus pretensiones, se sentirá el más desgraciado de los hombres.

—Perdóneme, Mr. Allworthy —repuso Sophia—, pero una proposición de ese género yo no puedo escucharla. Mr. Jones es un joven de grandes méritos, pero yo no puedo aceptarlo como marido. Y le aseguro que nunca podré.

—Después de lo que he oído a Mr. Western, me sorprende usted —exclamó Allworthy—. Espero que ese joven no haya hecho nada para desmerecer en su opinión, pues creo que alguna vez le tuvo usted en buen concepto. Quizá le han hablado mal de él, como ya lo hicieron conmigo. Pero yo le aseguro que no es un asesino.

—Ya le he enterado de mi resolución, Mr. Allworthy —contestó Sophia—. No me sorprende que mi padre haya hablado del asunto, pero sean cuales sean sus temores, yo no he dado jamás ocasión para ello, ya que jamás he pensado en casarme sin su consentimiento. Creo que éste es el deber de cualquier hija para con su padre. Pero tampoco puedo concebir que un padre obligue a su hija a casarse contra su voluntad. Para evitar que ocurriera esto abandoné la casa de mi padre buscando protección en otro lugar. Ésta es la pura verdad, y aunque la gente o mi padre me atribuyan otras intenciones, yo tengo la conciencia tranquila.

—Señorita, la escucho con verdadera admiración —exclamó Allworthy—. Admiro su modo de pensar, pero no la comprendo del todo. No quisiera ofenderla, pero... ¿es que todo esto es un sueño? ¿Tanto ha sufrido usted debido a la crueldad de

su padre?

—Mr. Allworthy, le ruego que no trate de indagar el motivo de mis razones —contestó la joven—. Desde luego, he sufrido, no puedo ocultarlo. Tenía un gran concepto de Mr. Jones y he sido tratada cruelmente por mi tía y por mi padre. Pero esto ya pasó. Y ahora desearía que no me acuciaran más, pues mi resolución es muy firme. Su sobrino posee muchas virtudes, Mr. Allworthy, y no hay duda de que le honrará a usted y le hará feliz.

—Yo también quisiera contribuir a la felicidad de mi sobrino —murmuró Allworthy—. Pero estoy seguro de que eso depende sólo de usted. Esta seguridad es lo que me impulsa a abogar tanto en favor de él.

—Está usted engañado, señor, y abrigo la esperanza de que no sea por él —declaró Sophia—. Ya es suficiente que me haya engañado a mí. Le ruego que no insista en ese sentido. Sentiría, por consideración a usted, tener que injuriar a Mr. Jones, a quien, eso sí, deseo con todo mi corazón que sea feliz. Por mucho que haya desmerecido ante mis ojos, estoy segura de que posee excelentes cualidades. No estoy arrepentida de mis anteriores pensamientos, pero nada los hará volver. A nadie, ni siquiera a Mr. Blifil, rechazaría con más resolución que a Mr. Jones.

Western no cabía en sí de impaciencia, deseoso de conocer el resultado de aquella entrevista, y se acercó a la puerta para escuchar. Acababa de llegar a la puerta cuando oyó las últimas manifestaciones de su hija. Entonces perdió los estribos y, dando suelta a su contenida cólera, exclamó al tiempo que empujaba la puerta:

—¡Todo lo que dice es mentira! ¡Obra impulsada por ese bribón de Jones!

Allworthy se interpuso entre padre e hija, y con la indignación reflejada en su rostro, exclamó:

—¡Qué mal cumple usted la palabra que me dio, míster Western! Me prometió que se abstendría de toda violencia.

—Lo hice mientras me fue posible —contestó Mr. Western—. Pero no puedo oír tantas mentiras. ¡Caramba! ¿Es que se figura que lo mismo que toma el pelo a otras personas me lo va a tomar también a mí? No, no. Yo la conozco mejor que usted, Mr. Allworthy.

—Pues dada la conducta que ha observado usted con ella, no parece que la conozca lo más mínimo —respondió Allworthy—. Le pido perdón por lo que le digo, pero me parece que nuestra amistad y la ocasión justifica mis palabras. Es hija de usted, Mr. Western, y me parece que honra su apellido. Si yo fuera capaz de sentir envidia, le envidiaría por tener tal hija.

—¡Córcholis! —exclamó el otro—. Pues yo me alegraría sobremanera que fuese hija de usted. Siento deseos de verme pronto libre de tantos disgustos como me produce.

—Si recapacita usted un poco, señor mío, verá que es usted mismo el culpable de

los disgustos de que se queja. Deposite en esa muchacha toda su confianza y estoy seguro de que se sentirá feliz.

—¡Depositar mi confianza en Sophia! —exclamó Western—. ¿Qué confianza me puedo permitir con ella cuando no accede a lo que yo quiero? En cuanto consienta en casarse a mi gusto, depositaré en ella toda mi confianza.

—Está usted equivocado al insistir en lograr ese consentimiento —declaró Allworthy—. Su hija se le rebela, y Dios, por lo visto, no quiere tampoco darle gusto a usted.

—Conque se me rebela, ¿eh? —exclamó Western—. ¡Vete a tu cuarto, vete, terca!

—Mr. Western, me parece que la trata usted con excesiva crueldad —dijo Allworthy—. No puedo soportarlo. Creo que debería usted proceder con ella más amablemente. Su hija merece un trato mejor.

—Sí, sí —repuso Western—. De sobra sé lo que merece. Ahora que se ha ido, le enseñaré lo que se merece. Vea, señor, esta carta de mi prima lady Bellaston, en la que me comunica que el sujeto ha salido ya de la cárcel y me aconseja que tome mis precauciones con esa rebelde. ¡Vamos, vecino, no sabe usted lo que es gobernar a una hija!

Western concluyó su discurso con algunos cumplimientos a su propia sagacidad, y a continuación Mr. Allworthy, luego de un adecuado prefacio, le comunicó todo lo que había descubierto relativo a Tom Jones, la indignación que sentía contra Blifil y todos los restantes detalles que el lector ha sabido en los anteriores capítulos.

Los hombres de carácter impulsivo son en su mayor parte tan mudables como Mr. Western lo era. Tan pronto conoció Mr. Western la intención de Mr. Allworthy de nombrar a Tom Jones su heredero, hizo coro al tío, deshaciéndose en alabanzas de su sobrino, y se mostró tan dispuesto a consentir el matrimonio de Sophia con Tom Jones como hasta entonces lo era del matrimonio con Blifil.

Pero de nuevo se vio obligado Mr. Allworthy a intervenir y contar lo que había sucedido entre él y Sophia, ante lo cual Mr. Western demostró gran sorpresa. El hombre permaneció callado unos instantes, incapaz de salir de su asombro, hasta que al cabo exclamó:

—¿Cómo? ¿Cuál puede ser el significado de eso? Juraría que estaba enamorada de uno. Ya caigo. La muchacha siente inclinación por ese lord. Pero no lo conseguirá. Yo no deseo tener lores ni cortesanos en mi familia.

Mr. Allworthy soltó un nuevo discurso, en el cual repitió su decisión de evitar todas las medidas violentas, recomendando encarecidamente a Mr. Western métodos suaves, como los más indicados para lograr llevarse bien con su hija. Hecho esto se despidió y regresó a casa de Mrs. Miller, aunque antes se vio precisado a acceder a los ruegos insistentes de Mr. Western, al que prometió llevar a Tom Jones aquella misma tarde, para así poder, como dijo el violento caballero, resolver todas las

cuestiones con el joven. Antes de salir Mr. Allworthy, Western prometió seguir su consejo con Sophia, añadiendo:

—No me explico la razón, Mr. Allworthy, pero siempre acaba usted por hacer de mí lo que quiere. Sin embargo, soy dueño de tan buenas tierras como usted y ejerzo la misión de juez de paz lo mismo que usted.

CAPÍTULO X

DONDE LA HISTORIA COMIENZA A ACERCARSE A SU FIN.

Cuando Allworthy llegó a su alojamiento, supo que Tom Jones había llegado antes que él. El caballero entonces corrió a una habitación vacía, donde ordenó que le llevaran a Tom Jones para estar a solas con él.

Es imposible concebir una escena más tierna o conmovedora que el encuentro entre el tío y el sobrino, pues Mrs. Waters, como el lector sin duda supondrá, había acabado por descubrir el secreto de su nacimiento. Los primeros transportes de alegría que ambos sintieron escapa a toda posible descripción, por lo que me excuso de escribirla. Luego que Allworthy hizo levantar a Tom de sus pies, ante los que el joven había caído de rodillas, le estrechó entre sus brazos.

—¡Oh, hijo mío, cuántos reproches tengo que hacerme! —exclamó el anciano—. ¡Cuánto te he ofendido e injuriado! ¿Cómo podré resarcirte de esas desagradables e injustas sospechas y de todo cuanto te he hecho sufrir?

—¿Habla usted de resarcirme? —exclamó Tom Jones—. ¿No están ahora más que recompensados mis sufrimientos, aunque éstos hubieran sido mucho mayores? ¡Oh, querido tío, su bondad y su ternura me abruman! ¡Encontrarme de nuevo a su lado, ser recibido de nuevo en su casa por mi grande, noble y generoso protector!

—Pero yo sé, hijo mío —insistió Mr. Allworthy—, que te he tratado con la mayor crueldad.

A continuación explicó a Tom Jones toda la traición de Blifil, y de nuevo tomó a condolerse por haberle tratado tan mal.

—¡Oh, no hable usted así! —repuso Tom Jones—. Usted se ha comportado siempre conmigo de una manera noble. El hombre más sabio y prudente hubiera sido engañado como usted lo fue, y ante la decepción que usted tuvo, el mejor hombre hubiese actuado del modo que usted lo hizo. Pero su bondad se destacaba entre su indignación. Debo todo a esa bondad, que no merezco. No he recibido más que el castigo que merecía, y durante toda mi vida futura anhelaré merecer esa felicidad que ahora me concede usted. Créame, querido tío, el castigo me ha servido de lección. Pero aunque soy un gran pecador, no soy un pecador empedernido. Doy gracias al cielo por haberme concedido tiempo para reflexionar sobre mi pasada vida, en el curso de la cual, *aunque* me es imposible acusarme de ninguna villanía, sin embargo, puedo descubrir locuras y vicios más que suficientes para arrepentirme y avergonzarme de ellos, locuras todas que me han reportado terribles consecuencias y me han conducido al borde de mi ruina definitiva.

—Me satisface, mi querido muchacho —repuso Mr. Allworthy—, oírte hablar de

un modo tan cuerdo, pues como sea que estoy convencido de que la hipocresía, ¡oh cielos!, de qué forma me he visto obligado a creer en ella por imposición de los demás, jamás figuró entre tus faltas, puedo creer inmediatamente todo cuanto me dices. Ya ves, Tom, a qué peligros es conducida la virtud por la imprudencia, pues estoy convencido de que amas mucho más a la virtud. La prudencia es un deber que está en nosotros cumplirlo, y si somos tan enemigos suyos que la descuidamos, no debe sorprendernos que el mundo se aproveche de semejante descuido, pues desde el punto y hora que un hombre se labra su propia ruina, me temo que otros sean lo bastante hábiles para extraer ventaja de ello. Aseguras, sin embargo, que reconoces tus errores, y que en lo sucesivo tratarás de no incurrir en ellos. Te creo, hijo mío. Y por esta razón, no te lo volveré a recordar. Recuérдалo tú solo, como medio de sacar partido de ello en el futuro para mejorarte. Pero asimismo ten presente, para consuelo tuyo, que existe una enorme diferencia entre las faltas que el candor y la ingenuidad transforman en imprudencia y aquellas otras que sólo pueden ser fruto de la villanía. Las primeras tal vez son más aptas para conducir a un hombre a su completa ruina. Pero si se enmienda, a la larga puede recobrar su reputación. El mundo, aunque no inmediatamente, se reconciliará andando el tiempo con él, y le será posible reflexionar, no sin mezcla de placer, en los peligros de que ha escapado. Pero la villanía, hijo mío, una vez puesta al descubierto, es irreparable. Las manchas que deja tras de sí no es posible borrarlas con el tiempo. Las censuras de la gente perseguirán implacablemente al desgraciado, le avergonzarán en público, y si la vergüenza que sienta le induce a esconderse, será con todos esos terrores con que un niño aburrido, que siente miedo de los duendes, se aparta de la gente para irse solo a la cama. Su acusadora conciencia no le dejará en paz ni un solo instante. El reposo, cual un falso amigo, huirá de su lado. Adonde quiera que vuelva la vista, sólo verá calamidades. Si mira hacia atrás, un arrepentimiento ineficaz seguirá sus pasos; si lo hace hacia delante, una desesperación invencible le mirará a la cara, hasta que al cabo, como un preso condenado a muerte encerrado en su calabozo, acabará aborreciendo su condición actual, y, no obstante, temerá las consecuencias de esa hora que habrá de libertarle de ellas. Pero consuélate, hijo mío, pues éste no es tu caso, y alégrate de que hayas podido ver tus errores antes de que su constancia hubiera llegado a acabar contigo. Los has rechazado, y es tal la perspectiva que en la actualidad se abre ante ti, que la mayor felicidad parece sonreírte.

Al oír estas palabras, Tom Jones dejó escapar un profundo suspiro, y al preguntarle su tío la causa de él, repuso:

—Tío, no le ocultaré nada. Temo mucho que mis vicios tengan consecuencias que jamás podré evitar. ¡Oh, querido tío! He perdido un tesoro.

—No necesitas decirme nada más —contestó Mr. Allworthy—. Seré claro contigo, sé bien a lo que te refieres. He visto a esa muchacha y he hablado con ella

referente a ti. Como prueba de la sinceridad de todo lo que has dicho y de la firmeza de tu resolución, quiero que me obedezcas en una cosa: que aceptes la decisión de la joven, tanto si es favorable como contraria. Sophia ha tenido que sufrir mucho debido a pretensiones que no me gusta recordar. Por tanto, no será mi familia la que le coarte su libertad por más tiempo. Sé bien que su padre está ahora tan dispuesto a atormentarla por causa tuya como antes lo hizo por causa de otro. Pero estoy dispuesto a evitar que sufra más encierros, más violencias ni más horas de inquietud.

—¡Oh, querido tío! —exclamó Tom—. Le suplico que me ordene algo en que pueda haber algún mérito en obedecerle. Créame, tío, en lo único en que le desobedecería sería en lo de evitarle un instante de inquietud a Sophia. No, tío. Si soy tan desdichado que he incurrido en su desagrado, sin que existan para mí esperanzas de que sea perdonado, eso sólo, además del angustioso pensamiento de que la he hecho desgraciada, es lo bastante para anonadarme. El que pueda llamar mía a Sophia es la mayor y la única nueva bendición que el cielo puede otorgarme, pero sé bien que esta bendición sólo depende de ella.

—No quiero disimular contigo —exclamó Mr. Allworthy—, pero mucho me temo que tu caso sea desesperado. Jamás he encontrado una resolución tan firme en persona alguna como la que dejaban traslucir sus vehementes palabras, todas contrarias a recibir el menor galanteo tuyo, de cuya causa quizá tú puedas darme más noticias de las que yo poseo.

—¡Oh, señor! Puedo darlas muy bien —repuso Jones—. Sí, he pecado contra ella lo suficiente para perder toda esperanza de ser perdonado, y culpable como soy, mi culpa, desgraciadamente, se le aparece a ella mucho más grave de lo que es en realidad. ¡Oh, querido tío! Mis locuras son irreparables, y toda la bondad de usted no es capaz de salvarme de mi fracaso.

Un criado anunció entonces que Mr. Western esperaba abajo, puesto que la ansiedad que sentía el caballero por ver a Tom Jones no le permitía esperar hasta la tarde. Al oír esto, Tom Jones, cuyos ojos estaban arrasados en lágrimas, suplicó a su tío que entretuviera al caballero algunos minutos, hasta que él consiguiera reponerse un poco, a lo que accedió el buen hombre, y tras de disponer que Mr. Western fuera pasado al salón, bajó a verle.

Cuando Mrs. Miller supo que Tom Jones se encontraba solo, pues no le había visto desde que salió de la cárcel, acudió apresurada a su habitación y, avanzando a su encuentro, lo felicitó cordialmente por el nuevo tío que había encontrado y su reconciliación con él, y añadió:

—Me gustaría poder darle otra alegría. Pero jamás he encontrado nada tan inexorable.

Tom Jones, un tanto sorprendido, preguntó a la buena mujer qué era lo que quería decir.

—He estado con miss Western —repuso Mrs. Miller— y le he explicado todo, de acuerdo con lo que me contó mi yerno, Nightingale. No puede abrigar más dudas sobre la carta, de eso estoy perfectamente segura, pues le dije que mi yerno estaba dispuesto a jurar, si ella lo deseaba, que todo había sido invención suya, y que la carta estaba redactada por él. Le dije también que el haber enviado esa carta le recomendaba a usted más, puesto que lo había hecho por ella, ya que estaba decidido a abandonar en el futuro todo libertinaje, y que no había cometido ningún acto de infidelidad hacia ella desde que usted supo que ella se encontraba en la ciudad. Creo que dije demasiado. Pero, Dios me perdone, espero que la conducta futura de usted sea mi justificación. Estoy segura de haber dicho todo cuanto pude, pero no sirvió de nada. Miss Western permaneció impasible. Afirmó que le había perdonado a usted muchas faltas debidas a sus pocos años. Pero fue tal el aborrecimiento que demostró hacia las personas libertinas, que me dejó muda. Varias veces intenté excusarle a usted, pero lo exacto de sus acusaciones se me conocía a mí en la cara. He podido constatar que se trata de una de las criaturas más amables y sensatas que existen. Sentí ganas de besarla cuando la oí pronunciar una frase digna de Séneca o de un obispo: «Creía, señora, haber descubierto una gran bondad de corazón en Mr. Jones, y de eso me sentía orgullosa. Pero las costumbres disolutas corrompen el mejor corazón del mundo, y lo más que un libertino puede esperar es que mezclemos algunas gotas de piedad en nuestro desprecio y aborrecimiento». Créame, es una criatura angelical.

—¡Oh, Mrs. Miller! —exclamó Tom—. ¿Cómo entonces podré hacerme a la idea de que debo perder para siempre a semejante ángel?

—¡Perder, no! —contestó Mrs. Miller—. Confío en que aún no la haya perdido. Decida usted abandonar esas costumbres licenciosas, y creo que aún podrá alimentar esperanzas, y en el caso de que miss Western continúe mostrándose inexorable, existe otra dama, una linda y amable dama, dueña de una excelente fortuna, que está perdidamente enamorada de usted. Lo supe esta mañana y se lo he dicho a miss Western, y todavía exageré un poco la cosa, pues añadí que usted la había rechazado, pues no tenía la menor duda de que usted la rechazaría. Y ahora me toca consolarle a usted un poco. Cuando mencioné el nombre de la dama, que no es otra que la bella viuda de Hunt, tuve la sensación de que palidecía, y cuando le dije que usted la había desairado, juraría que sus mejillas enrojecieron por un instante. Y éstas fueron sus palabras: «No negaré que llegué a creer que me profesaba algún cariño».

En este punto la conversación entre Tom Jones y Mrs. Miller fue interrumpida por la aparición de Mr. Western, a quien le había sido imposible soportar por más tiempo permanecer fuera de la habitación donde se encontraba Tom, incluso a pesar de los requerimientos de Mr. Allworthy, aunque éste, como hemos podido comprobar, ejercía un gran ascendiente sobre él.

Western se dirigió en el acto a Tom Jones.

—Mi viejo amigo Tom, me alegro con toda el alma de volverte a ver. Hay que olvidar todo lo pasado. No puedes ver ninguna ofensa en mi conducta hacia ti, muchacho, pues como Allworthy sabe de sobra, te tomé por otra persona. Y cuando una persona no tiene la más mínima intención de ofender, ¿qué pueden significar una o dos palabras de más? Un cristiano como es debido debe saber perdonar y olvidar.

—Confío, señor, que jamás olvidaré las grandes y numerosas obligaciones que he contraído con usted —repuso Tom—, y en cuanto al temor de que me sienta ofendido, no hay ni que pensar en ello.

—Entonces —dijo Mr. Western—, dame la mano y tan amigos como antes. Ven conmigo. Te llevaré junto a tu novia.

Entonces intervino Mr. Allworthy, y Western, incapaz de convencer ni al tío ni al sobrino, se vio obligado, tras de un breve forcejeo, a aplazar la presentación de Tom Jones a Sophia hasta la tarde, para cuyo momento Mr. Allworthy, tanto por compasión hacia Tom como para complacer los vivos deseos del caballero Western, prometió estar presente a la hora del té.

La conversación que siguió a todo esto resultó bastante agradable, y de haber tenido lugar antes en nuestra historia la hubiéramos transcrito para solaz del lector. Pero como en la actualidad no tenemos tiempo más que para ocuparnos de lo que sea realmente sustancial, bastará decir que, una vez convenido todo para la visita de la tarde, Mr. Western se marchó a su alojamiento.

CAPÍTULO XI

EN DONDE LA HISTORIA SE APROXIMA AÚN MÁS A SU CONCLUSIÓN.

Cuando Mr. Western estuvo fuera, Tom Jones explicó a Mr. Allworthy y a Mrs. Miller que debía su libertad a dos nobles lores, que, junto con dos médicos y un amigo de Mr. Nightingale, habían visitado al magistrado encargado de su causa. Y éste le puso en libertad después de oír la declaración jurada de los médicos por la que certificaban que el herido estaba fuera de peligro.

El joven había visto sólo una vez a uno de aquellos lores, pero el otro le sorprendió sobremanera al pedirle perdón por una ofensa de la que se declaró culpable, ofensa que, según dijo, había llevado a cabo porque desconocía por completo quién era.

Lo sucedido —Jones no se enteró de ello hasta después— fue lo siguiente: El individuo de que se había valido lord Fellamar, siguiendo el consejo de lady Bellaston, para obligar a Jones a alistarse en la Marina dada su condición de presunto vagabundo, habló muy favorablemente de la conducta observada por el joven cuando informó al lord sobre el suceso, convencido de que debían haber equivocado la persona, ya que el joven se había comportado como un verdadero caballero. El lord, que era un hombre de honor, comenzó a preocuparse, arrepentido de haber seguido el consejo que le dieron.

Un día o dos después, lord Fellamar estaba invitado a comer en casa de un par irlandés, y éste, refiriéndose al duelo, habló de Fitzpatrick sin hacerle mucho favor, sobre todo en lo concerniente al estado de las relaciones con su esposa. Añadió que ésta era una joven inocente e injuriada y que él, tocado de compasión, se había puesto al lado de ella. Dijo también que tenía intención, a la mañana siguiente, de ir a la casa donde se alojaba Fitzpatrick para tratar de convencerle de que se separara de su esposa, pues temía por la vida de la joven si permanecía bajo la férula de su marido. Lord Fellamar mostró deseos de acompañarle al objeto de adquirir más datos sobre Jones y las circunstancias del duelo, ya que no conocía bien el papel que él había desempeñado en el asunto. El deseo de lord Fellamar fue secundado por otro noble que estaba presente, el cual quiso ir también, asegurando que la autoridad de lord Fellamar atemorizaría a Fitzpatrick, decidiéndole a acceder a lo que le proponían. Debía sobrarle la razón, ya que en cuanto el infeliz irlandés se dio cuenta de que aquellos nobles señores daban la razón a su esposa, se sometió, conviniéndose las cláusulas de la separación, que fueron escritas y firmadas por todos.

Debido a las declaraciones de Mrs. Waters, que aseguró que entre Mrs. Fitzpatrick y Mr. Jones no había ocurrido nada en Upton, o quizá por alguna otra

razón, Fitzpatrick se había tornado tan indiferente que habló de Jones en términos elogiosos, echándose él toda la culpa de lo ocurrido y declarando que el otro se había conducido como un caballero y como un hombre de honor. Y como quiera que el lord quiso saber algo más de Jones, Fitzpatrick le contó que se trataba del sobrino de un caballero distinguido y de posición, ya que Mrs. Waters, después de su entrevista con Dowling, le había dado tales noticias.

Lord Fellamar se sintió entonces obligado a dar una satisfacción al caballero a quien había injuriado, y sin la menor sensación de rivalidad, ya que había abandonado toda pretensión sobre Sophia, se propuso conseguir la libertad de Jones, ya que la herida no era grave. Consiguió, además, que el par irlandés le acompañase también a la cárcel, conduciéndose con Jones como ya hemos explicado.

Allworthy volvió a su habitación y llamó a Jones, y a solas con el joven, le explicó todo lo llegado a su conocimiento, tanto lo averiguado por mediación de Mrs. Waters como lo confesado por Mr. Dowling.

Al escuchar todo esto, Jones mostró gran interés y enorme sorpresa, pero no hizo el menor comentario. Y así estaban cuando llegó un recado de Mr. Blifil, que deseaba saber si su tío podía recibirle.

Allworthy experimentó un sobresalto, se puso intensamente pálido y con expresión de disgusto ordenó al criado que le dijera que no le conocía.

—Pero, tío... —interrumpió Jones con voz temblorosa.

—Lo tengo todo reflexionado —contestó Allworthy—. Y tú mismo vas a llevarle el recado a ese villano. Nadie mejor que el hombre a quien deseaba arruinar para llevarle la sentencia de su propia ruina.

—Perdóneme que insista, querido tío —repuso Jones—. Creo que debe usted reflexionar durante un instante. Lo que dicho por otro podría ser justo, dicho por mí resultaría casi un insulto. Y... ¿a quién? A mi propio hermano... Obrar de ese modo sería la cosa más inexcusable que usted podría hacer... El azar hace que hombres no demasiado pervertidos obren injustamente, pero los insultos son consecuencia de un espíritu avieso y rencoroso y no pueden alegar como disculpa la tentación. Le suplico, tío, que permanezca sin hacer nada durante estos momentos de cólera. Acuérdesse de que también yo fui condenado sin que se me escuchara.

Allworthy permaneció silencioso durante unos momentos. Luego abrazó a Jones y, con los ojos húmedos, exclamó:

—¡Oh, sobrino! ¡Y pensar que he permanecido durante mucho tiempo ciego a tanta bondad...!

En aquel momento penetró Mrs. Miller en la habitación, tras de una ligera llamada en la puerta que ninguno de los dos oyeron, y al ver que tío y sobrino estaban abrazados, se arrodilló llena de gozo, elevando al Señor sus oraciones en acción de gracias. Luego, precipitándose sobre Jones, le abrazó fuertemente a la vez que

exclamaba:

—¡Mi querido amigo! Mi mejor enhorabuena por este día de felicidad.

También Mr. Allworthy recibió parabienes y, contestando a ellos, dijo:

—Crea, Mrs. Miller, que me siento profundamente dichoso.

Después de una breve charla, Mrs. Miller invitó a ambos a bajar al gabinete para comer, donde, según manifestó, había ya algunas personas reunidas. Estas personas eran Mr. Nightingale con su esposa y Henriette con su marido.

Allworthy se excusó diciendo que había encargado algo de comer para él y su sobrino en su propia habitación, ya que tenían mucho de qué hablar. Pero no pudo por menos de prometer a la buena señora que tanto él como Jones se les reunirían a la hora de la cena.

Mrs. Miller preguntó entonces qué se hacía con Blifil.

—No me siento tranquila teniendo en mi casa a semejante tipo —terminó.

Allworthy respondió que se sentía tan intranquilo como ella.

—En tal caso —replicó Mrs. Miller—, déjeme que me encargue de ese asunto y le prometo que muy pronto saldrá de mi casa. Tengo abajo a dos o tres mozos muy vigorosos.

—No, no hay necesidad de emplear la violencia —replicó Allworthy—. Si quiere usted llevarle un mensaje mío, estoy seguro de que se marchará por propia voluntad.

—¿Que si quiero? —exclamó Mrs. Miller—. Nunca en mi vida haré nada de mejor talante que eso.

Jones intervino para decir que había pensado mejor el asunto y que si Mr. Allworthy estaba conforme, él mismo haría de mensajero.

—Ya sé cuál es el deseo de usted —añadió el joven—, y yo lo transmitiré con las palabras que me parezcan más adecuadas. Dese cuenta, señor, que una violenta desesperación puede tener terribles consecuencias. ¡Y se encuentra en muy malas condiciones para morir ahora!

Esta frase no produjo la menor mella en Mrs. Miller, la cual, al salir de la habitación, se limitó a decir:

—Es usted demasiado bueno para vivir en este mundo, míster Jones.

Pero en Allworthy produjeron mayor impresión.

—Mi querido sobrino —exclamó—, me asombra la bondad de tu corazón y tu rápida comprensión de las cosas. Dios prohíbe que no demos tiempo a ese desgraciado para que se arrepienta. Ve hasta él, pues, y háblale como mejor te parezca. Ten cuidado, sin embargo, en no hacerle concebir ninguna esperanza de que yo pueda llegar a perdonarle, ya que jamás perdonaré a un malvado, a excepción de aquello a lo que me obliga mi religión.

Jones se dirigió a la habitación de Blifil, a quien encontró en un estado que excitaba a la piedad. Se había arrojado sobre el lecho y estaba sumido en la mayor

desesperación. Lloraba abundantemente, aunque no con las lágrimas de la contrición, que borran a veces las culpas de los que han sido arrastrados por sorpresa contra su verdadera inclinación, como a veces sucede, sino con las lágrimas que el ladrón, asustado, derrama en su prisión, y que no son más que consecuencia del instinto de conservación.

Resultaría largo y desagradable describir esta escena con todo detalle. Baste decir que Jones se condujo con excesiva amabilidad, sin omitir nada de lo que le sugirió su inventiva para animar el espíritu abatido de Blifil, antes de comunicarle que su tío había decidido que aquella noche abandonase la casa. Le ofreció dinero, le aseguró que le había perdonado todo, que le consideraría siempre como su hermano y que haría todo lo posible para lograr una reconciliación con su tío.

Blifil mantuvo al principio el más obstinado silencio, decidido a negarlo todo. Pero comprendiendo al fin que las pruebas contra él eran irrefutables, se decidió a decir la verdad. Luego, postrado en el suelo, pidió perdón a su hermano y le besó los pies, mostrando una actitud tan humilde como hasta entonces había sido perversa.

Jones no pudo por menos de mostrar cierto desdén ante aquella actitud servil. Levantó a su hermano y le aconsejó que sufriese como un hombre sus adversidades, a la vez que le repetía que haría todo lo posible por aliviarlas. Tras de confesar una y otra vez toda su indignidad, Blifil le dio fervientemente las gracias, declarando que marcharía en seguida a buscar otro alojamiento. Jones no tardó en regresar junto a su tío.

Después de hablar de varios asuntos, Allworthy comunicó a Jones todo lo que había descubierto referente al billete de quinientas libras.

—He consultado el caso con un abogado —dijo—, el cual me ha dicho, con gran asombro por mi parte, que para un fraude de este género no hay castigo. Pero cuando pienso en el mal comportamiento que ese sujeto ha tenido contigo, creo que, comparado con él, un salteador de caminos resulta un inocente.

—¡Cielos! —exclamó Jones—. Eso me sorprende y me trastorna. Yo pensaba que había pocos hombres más honrados que él. La tentación de una suma tan crecida fue para él demasiado grande y no la pudo soportar, ya que cantidades más pequeñas me llegaron perfectamente a través de él. Permítame, mi querido tío, que califique eso más bien de debilidad que de ingratitud, ya que estoy convencido de que el pobre me es adicto y que en muchas ocasiones me ha prestado grandes favores. Además, me parece que está arrepentido, pues hace poco, cuando mi situación parecía desesperada, me ofreció dinero. Piense, tío, en la tentación que para un hombre que ha conocido muchas miserias debe de ser el tener en su poder una suma que puede librarle tanto a él como a su familia de encontrarse de nuevo en la misma situación precaria.

—Me parece, muchacho, que llevas el perdón demasiado lejos —repuso Mr.

Allworthy—. Esa exagerada clemencia no sólo es debilidad, sino injusticia, una injusticia pernicioso para la sociedad. Yo podría perdonar la falta de honradez de ese hombre, pero nunca perdonaré su ingratitud. Cuando disculpamos una falta de honradez, nos dejamos llevar de la misericordia. A mí me ha sucedido eso varias veces, pues en ocasiones, cuando he formado parte de un jurado, me he compadecido de algún salteador de caminos, encontrándole siempre circunstancias atenuantes. Pero cuando a la falta de honradez se añade otro crimen como el asesinato, la crueldad o la ingratitud, sentir compasión es casi un delito. Y ahora estoy convencido de que ese individuo es un malhechor y ha de ser castigado.

Todo esto fue dicho con entonación tan firme que Jones no se atrevió a responder. Además, la hora señalada por Mr. Western estaba ya muy próxima y al joven le quedaba poco tiempo para vestirse. Así que aquí concluyó el diálogo, y Jones pasó a otra habitación donde ya le esperaba Partridge con la ropa preparada.

Partridge apenas si había visto a su amo después de los últimos felices acontecimientos. El pobre no podía contener sus arrebatos de alegría, parecía trastornado y cometió tantos errores mientras ayudaba a vestir a Tom, que la escena parecía Arlequín vistiéndose en el escenario.

Pero a Partridge no le fallaba lo más mínimo la memoria, recordando ahora muchos presagios y agüeros que habían hablado en su tiempo de los felices acontecimientos actuales. Él ya lo dijo entonces, pero ahora los recordaba mucho más. También habló de los sueños que le asaltaron la noche anterior al día en que conoció a Jones, concluyendo de este modo:

—Siempre tuve la firme convicción de que tarde o temprano labraría usted mi fortuna.

Jones le contestó que, por su parte, procuraría que este presentimiento se cumpliera con toda exactitud, lo que contribuyó a elevar al máximo el entusiasmo del buen hombre.

CAPÍTULO XII

UN POCO MÁS CERCA DEL FINAL.

Jones, una vez vestido, acompañó a su tío a casa de Mr. Western. El joven era muy apuesto y es comprensible que su presencia encantase a todas las mujeres. Pero creemos que en el curso de toda esta historia se habrá visto ya que cuando la naturaleza le formó no cargó tan sólo en esta excelencia todo su poder, como a veces suele hacer.

En cuanto a Sophia, a pesar de todo su enfado, aparecía tan bella que en cuanto Allworthy la vio no pudo por menos de decir a Western al oído que le parecía la muchacha más guapa del mundo, a lo que Western, en voz no tan baja como el otro, contestó:

—Tanto mejor para Tom cuando sea suya.

Al oír estas palabras, Sophia no pudo por menos de enrojecer intensamente, mientras que Jones se ponía pálido.

En cuanto tomaron el té, Western, alegando que ambos tenían pendientes asuntos de gran importancia, salió de la habitación en compañía de Allworthy.

Los enamorados quedaron solos, y a muchos lectores les parecerá extraño que dos seres que tanto tenían que decirse, cuando la dificultad y el peligro rondaban todas sus conversaciones, que parecían siempre ansiosos de precipitarse uno en brazos del otro, permaneciesen ahora silenciosos e inmóviles durante un buen rato. Una persona poco sagaz hubiera deducido sin duda que se eran mutuamente indiferentes. El caso es que así sucedió. Durante unos minutos permanecieron sentados, con los ojos clavados en el suelo y en completo silencio.

Tom intentó al fin hablar en una o dos ocasiones, pero fue incapaz de ello, logrando tan sólo murmurar palabras sueltas acompañadas por suspiros.

Al fin Sophia sintió piedad de él y, para desviar el curso del tema que presentía, dijo:

—Con ese descubrimiento debes de sentirte el hombre más afortunado de la tierra.

—¿Puedes creerme tan afortunado, Sophia, cuando he incurrido en tu desagrado? —replicó Jones.

—Tú mejor que nadie sabes lo que mereces —contestóle.

—Conoces todas mis faltas —replicó Tom—. Mrs. Miller te habrá explicado toda la verdad. ¡Oh, Sophia! ¿Nunca podré obtener tu perdón?

—Me parece que puedo confiar en tu propia justicia —declaró Sophia—. Tú solo debes ser el juez de tu conducta.

—¡Oh, Sophia! Lo que imploro de ti es misericordia, no justicia, que ésta me condenaría. Pero no por la carta que mandé a lady Bellaston, de la que te han dado una fiel transcripción.

A continuación, el joven subrayó firmemente que contaba con las seguridades que le había dado Nightingale de disponer de un pretexto positivo si, en contra de sus esperanzas, lady Bellaston hubiera aceptado su proposición de matrimonio, aunque reconoció que había cometido un grave error al enviarle una carta como aquélla.

—Con el efecto que ha producido en ti, Sophia, lo he pagado con creces —concluyó.

—No, mi conducta te demuestra claramente que no doy demasiada importancia al asunto de la carta —contestó la joven—. Pero... ¿no tengo motivos suficientes para mostrarme resentida? Después de lo ocurrido en Upton, te mezclaste en un nuevo asunto de amor con otra mujer... ¡Y yo que me figuraba que tu corazón era mío tan sólo!... Has obrado de una manera extraña. ¿Cómo puedo considerar sincera la pasión que decías profesarme? ¿Qué felicidad puedo esperar con un hombre tan inconstante?

—¡Oh, Sophia mía! —exclamó el joven—. No dudes de la sinceridad de mi pasión. Piensa en mi desgraciada situación, en mi desesperación... Si hubiera alimentado la menor esperanza de poderte lograr, de poder estar a tus pies, ninguna otra mujer hubiera podido inspirarme el menor interés. ¡Inconstante yo! ¡Oh, Sophia! Perdóname todo lo pasado. No existe arrepentimiento más sincero que el mío.

—El arrepentimiento sincero consigue el perdón para un pecador —contestó Sophia—. Pero sólo un juez perfecto puede juzgar esa sinceridad. Un espíritu humano puede siempre resultar engañado. Debes esperar, pues, que si me decido a perdonarte, desearé una prueba de tu sinceridad.

—Puedes pedirme cualquier prueba que dependa de mí —contestó Jones con ímpetu.

—Sólo el tiempo podrá convencerme, Tom, de que estás verdaderamente arrepentido y de que has resuelto abandonar todo vicio —repuso Sophia—. Pero si te viera dispuesto a perseverar en él, te detestaría.

—No será así —exclamó Jones—. Te pido de rodillas que tengas confianza en mí, de la cual me haré merecedor, pues éste será el único objeto de mi vida.

—Bien, pues, que sea objeto de tu vida el demostrarme que la mereces —contestó Sophia—. Creo que me he explicado lo suficiente para que comprendas que cuando yo vea que mereces mi confianza, la tendrás. Después de todo lo pasado, ¿esperabas que te creyese sólo por tu palabra?

—No has de creerme sólo por mi palabra —replicó el joven—. Tengo una garantía, una prenda de mi constancia. Cuando se mira esa prenda, no hay posibilidad de dudar.

—¿Y qué prenda es ésta? —preguntó Sophia un poco sorprendida.

—Voy a enseñártela, mi ángel —dijo Jones, cogiéndole la mano y conduciéndola ante el espejo—. Ahí está. Contempla bien esa adorable figura y esa bella cara. Mira bien esos ojos, el espíritu que brilla a través de ellos. ¿Puede ser inconstante el hombre que posea esta prenda? ¡Imposible, Sophia! Si miras bien, no quedará en ti ninguna duda.

Sophia, tras de ruborizarse intensamente, casi se sonrió. Pero de nuevo frunció las cejas y dijo:

—Si he de juzgar por lo pasado, mi imagen durará en tu corazón lo que en este espejo cuando yo salga de esta habitación.

—¡Por Dios, por todos los santos! —exclamó Jones—. Jamás se borró de mi corazón. La delicadeza del sexo femenino no puede concebir la tosquedad del sexo masculino ni lo poco que tienen que ver con el corazón ciertas clases de amor.

—Jamás me casaré con un hombre que no sea capaz de hacer, lo mismo que yo, semejante distinción —repuso Sophia con gravedad.

—Yo poseo ese refinamiento —exclamó Jones—. Lo adquirí en el momento en que alimenté esperanzas de que mi Sophia pudiera llegar a ser mi esposa. Desde entonces, todas las mujeres dejaron de ser juguetes apetecidos por mis sentidos.

—Bien, esto se verá con el tiempo —dijo Sophia—. Tu situación ha variado, Tom, y te aseguro que me alegro mucho de ello. Y en adelante no te faltarán oportunidades para estar cerca de mí y convencerme de que también ha variado tu alma.

—¡Oh, mi ángel! ¿Cómo agradecerte tu bondad? —exclamó Jones—. ¿Y dices que te satisface mi prosperidad? Te aseguro, Sophia, que a mí me satisface esa prosperidad sólo porque así puedo aspirar a ti. ¡Oh, qué maravillosa esperanza! No permitas, Sophia, que ésta se aleje. Seré obediente a tus deseos y no te apremiaré. Pero déjame suplicarte que la prueba sea corta. Dime en qué fecha podrás sentirte convencida de mi amor.

—No permito ninguna clase de plazos, Jones —dijo Sophia.

—No te enfades, Sophia —suplicó Tom—. No es que te apremie. Pero permíteme que te ruegue que fijes un plazo. Hazte cargo de la impaciencia del amor.

—Quizá un año —dijo Sophia.

—¡Oh, Sophia mía! —exclamó el joven, abatido del todo—. Eso es una eternidad.

—Quizá pueda ser un poco antes —concedió Sophia—. No quiero que me hostigues. Si tu pasión hacia mí es verdadera, deberás sentirte tranquilo.

—¡Tranquilo! Sophia, no apliques una palabra tan fría a una felicidad tan grande como la mía. ¿Cuándo llegará el bendito instante en que pueda llamarte mía, en que todos mis temores desaparecerán? ¿Cuándo experimentaré esa dicha exquisita de

hacer feliz a mi Sophia?

—Ese momento depende de ti —dijo Sophia.

—¡Oh, mi ángel divino! —exclamó el joven—. Esas palabras me llenan de dicha. Y ahora quiero dar las gracias a esos labios que han pronunciado con tanta dulzura las palabras que me dan la felicidad.

Al llegar aquí la cogió entre sus brazos y la besó con el mayor entusiasmo.

En aquel instante irrumpió Western en la habitación. Llevaba algunos momentos escuchando tras de la puerta, y, empleando una frase de cazador, exclamó:

—¡A ella, muchacho, a ella! ¿Está ya todo solucionado? ¿Habéis señalado ya el día, muchacho? ¿Mañana o pasado mañana? Estoy resuelto a que no pase de pasado mañana.

—Permítame que le suplique que no precipite los acontecimientos —repuso Jones.

—¡Suplicarme tú eso! —exclamó Western—. Pensé que eras hombre de más temple, que no te dejarías engatusar por los ardides de una doncella. Todo lo que ella te haya dicho es pura palabrería. Te lo digo yo. Si se dejara llevar de su gusto, se casaría esta misma noche. ¿No es así, Sophia? Vamos, sé por una vez una muchacha decente y confiésalo. ¿Por qué no dices nada?

—¿Por qué voy a hablar, papá, si usted presume de adivinar mis pensamientos? —contestó Sophia.

—Eso es ser una muchacha como es debido —exclamó el padre—. Así que al fin has dado tu consentimiento.

—No, papá, no he dado el consentimiento —replicó la muchacha.

—Así que... ¿ni mañana... ni pasado mañana...? —preguntó Western.

—Desde luego que no —contestó Sophia—. No tengo la menor intención.

—Pues voy a decirte la razón de ello —afirmó el padre—. Haces eso sólo porque no eres obediente y te gusta molestar y atormentar a tu padre.

—Por favor, señor —exclamó Jones interviniendo.

—¡Qué trasto de hija! —vociferó el padre—. Cuando te lo prohibía, todo era llorar, suspirar y escribir. Y ahora que me pongo al lado del muchacho, tú estás contra él. Eres el espíritu de la contradicción, eso es todo. No consientes en ser guiada y conducida por tu padre. Ésa es la pura verdad. Y todo por darme en la cabeza.

—¿Qué es lo que usted quiere que haga, papá? —preguntó la joven.

—¿Que qué quiero? —exclamó Western—. Pues que le concedas tu mano inmediatamente.

—Muy bien, papá —dijo Sophia—. Le obedeceré. Aquí está mi mano, Tom.

—Perfectamente —contestó Western—. ¿Y consentirás en casarte mañana por la mañana?

—Le obedeceré, papá. Sí, mañana por la mañana, ya que así lo deseas —continuó

la joven.

En un transporte de alegría, Jones cayó de rodillas y besó la mano de la joven mientras Western comenzaba a hacer cabriolas y a bailar alrededor de la habitación al tiempo que gritaba:

—¿En dónde diablos está Allworthy? Ya se habrá ido a hablar con ese endemoniado de Dowling, cuando debería estar ocupándose de otros asuntos.

Salió en busca del otro, dejando muy oportunamente a solas a los novios, que pudieron así gozar de su felicidad.

Mr. Western no tardó en volver en compañía de Allworthy, al que dijo:

—Si no me quiere creer a mí, pregúnteselo a ella. ¿No es verdad, muchacha, que estás dispuesta a casarte mañana?

—Usted me lo ordena, papá —contestó Sophia—. Y yo no me atrevo a desobedecerle.

—No abrigo la menor duda de que mi sobrino sabrá hacerse acreedor a tal felicidad, y que agradecerá siempre, igual que yo, ese gran honor —dijo Allworthy—. Una alianza con una joven tan encantadora y tan buena constituiría un honor hasta para la familia más encumbrada y distinguida de Inglaterra.

—Sí, sí —exclamó Western—. Pero me lo debe usted a mí. Si yo no hubiera intervenido, habría tardado usted mucho tiempo en disfrutar de ese honor. Para que mi hija se decidiera, he tenido que hacer uso de toda mi autoridad paterna.

—Espero que no haya habido la menor coacción —dijo Allworthy.

—No, no la ha habido —repuso Western—. Puede usted comprobarlo ahora mismo. ¿No te arrepientes de tu promesa, Sophia?

—No me arrepiento, papá —contestó la joven—. Ni creo que jamás me arrepentiré de ninguna promesa hecha a Tom.

—Pues te felicito de todo corazón, sobrino —dijo ahora Allworthy—. Me parece que eres el hombre más feliz del mundo. Y tú, Sophia, permíteme que también te felicite. Concedes tu mano a un hombre que sabe apreciar tus grandes cualidades y que hará todo lo posible para hacerse digno de ellas.

—¡Sí, sí, todo lo posible! —exclamó Western—. De eso doy fe. Apuesto algo a que dentro de nueve meses tenemos ya un niño. Y ahora permítame que le pregunte qué es lo que quiere tomar, Mr. Allworthy. ¿Borgoña, champaña? ¡Voto al chápиро! ¡Hay que celebrarlo!

—Excúseme usted, Western —dijo Allworthy—. Pero tanto mi sobrino como yo teníamos ya compromiso antes de sospechar que iba a lograrse esta feliz solución.

—¡Compromiso! —exclamó Western—. No diga tonterías. Esta noche no pienso separarme de usted. Quédense a cenar.

—Repito que debe disculparme, mi querido vecino —repitió Allworthy—. He dado mi palabra, y ya sabe usted que nunca la quebranto.

—Pero... ¿quién es el que le ha comprometido así? —inquirió Western.

Allworthy le informó con todo detalle.

—¡Caramba! —exclamó Western—. Pues bien, iré con usted, y también nos acompañará Sophia. Yo no pienso separarme de ustedes en toda la noche, y sería cruel separar a los dos novios.

Allworthy aceptó al fin esta solución, y también Sophia consintió, tras de obtener de su padre la promesa formal de que éste no hablaría de su matrimonio.

ÚLTIMO CAPÍTULO

AQUÍ CONCLUYE LA HISTORIA.

Aquella tarde, el joven Nightingale fue a visitar a su padre, el cual le había citado con anterioridad, siendo recibido con mucha mayor amabilidad de la que el hijo esperaba. Allí se encontró con su tío, que había regresado a Londres en busca de su recién casada hija.

Este matrimonio era el incidente más feliz que podía ocurrirle al joven, ya que su padre y su tío habían vivido siempre en constante discusión sobre la educación de sus respectivos hijos, y cada uno de ellos despreciaba el procedimiento seguido por el otro. En la actualidad, ambos ancianos se esforzaban en mitigar todo lo posible la culpa de su propio hijo criticando el matrimonio hecho por el hijo del otro. El resultado de esto fue que el deseo de triunfar sobre su hermano, unido a los muchos argumentos empleados por Allworthy, hicieron que el anciano caballero recibiera sonriendo a su hijo, conviniendo en cenar en su compañía aquella noche en casa de Mrs. Miller.

En lo que hace al tío, que en realidad amaba de veras a su hija, se avino pronto a una reconciliación. En cuanto supo por boca de su sobrino dónde se encontraban su hija y su hijo político, declaró sin ambages que iría a verla. Y en cuanto se vio en su presencia, no consintió en que la joven se arrodillase a sus plantas, levantándola con tal expresión de afecto en sus ojos que todos los presentes se sintieron realmente emocionados, y no transcurrió un cuarto de hora sin que hubiera hecho las paces con ella y su marido, de tal suerte, que parecía que él mismo les había casado.

Así estaban las cosas cuando se presentaron Mr. Allworthy y todos los demás para completar la dicha de Mrs. Miller, la cual, en cuanto vio a Sophia, adivinó lo ocurrido y sintió que un nuevo motivo de regocijo aumentaba lo que ya había experimentado al ver la felicidad de su propia hija. Y es que su afecto hacia Tom Jones era casi maternal.

En pocas ocasiones se reúnen cierto número de personas que se sienten tan felices como se sentían aquéllas. Aunque, a decir verdad, el padre del joven Nightingale era tal vez el menos contento, a pesar de todos los argumentos de Mr. Allworthy. El caso es que no acababa de sentirse del todo satisfecho de la elección de su hijo. Quizá la presencia de Sophia ayudaba a aumentar en algo esta opinión, pues pensaba que su hijo podía haber aspirado a una muchacha como aquélla. No es que se fijara en los encantos físicos y espirituales de Sophia, sino que pensaba en los repletos cofres del padre de la muchacha.

Las dos jóvenes esposas eran bonitas, pero no podían por menos de ser eclipsadas

por la belleza de Sophia, y si ambas hubieran sido algo envidiosas, no habrían dejado de sentirse molestas al ver que ninguno de los jóvenes esposos podía dejar de contemplar a Sophia, que parecía una reina recibiendo homenajes. Pero se trataba de una adoración que ellos rendían libremente, no exigida por Sophia, que ya sabemos que era una muchacha modesta y afable.

La velada transcurrió en medio de la mayor alegría. Todos se sentían felices, pero los más dichosos eran los que hasta entonces habían sido enormemente desgraciados. Sus pasados sufrimientos daban extraordinario sabor a la presente felicidad. Sin embargo, como las grandes felicidades tienden a ser silenciosas y a alojarse más en el corazón que en la lengua, Tom y Sophia parecían los menos alegres de la reunión. Western les observaba impaciente y, de cuando en cuando, les decía:

—¿Por qué no hablas, muchacha? ¿Has perdido la lengua, muchacho? ¿Por qué estáis tan serios? Bebed otro vaso de vino.

Y para intentar animarles comenzaba a cantar una alegre canción en la que se hablaba de un matrimonio y de una pérdida de virginidad. Insistió tanto en esto que la joven se hubiera visto obligada a salir de la habitación si Mr. Allworthy, dándose cuenta de lo que sucedía, no hubiese contenido a su amigo por medio de miradas o de una simple advertencia:

—¡Eh, Mr. Western! —dijo.

El otro intentó discutir, diciendo que tenía derecho a hablar a su propia hija como le pareciese, pero como nadie quiso conversar con él, acabó por callarse.

A pesar de sentirse un tanto desairado, Western continuó mostrándose tan contento como los demás, invitando a todos a reunirse en su casa el día siguiente. Todos aceptaron, y, en efecto, así se hizo. La hermosa Sophia actuó de maestra de ceremonias, es decir, hizo los honores de la mesa. Aquella mañana se había casado con Jones en la capilla de *Doctor Commons*^[26], hallándose presentes únicamente Mr. Allworthy, Mr. Western y Mrs. Miller.

Sophia había suplicado encarecidamente a su padre que sólo se enterasen de su boda las personas que le acompañasen aquel día a cenar. El mismo secreto había sido recomendado a Mrs. Miller, y Jones se encargó de recomendárselo también a Mr. Allworthy. Esto hizo que la joven consintiera en asistir al salón público a que quería llevarla su padre. Confiada en el secreto, pasó muy tranquila las horas, hasta que su padre, que ya estaba en la segunda botella, no pudiendo dominar más tiempo su alegría, alzó de pronto el vaso lleno de nuevo y brindó a la salud de la recién casada. Con gran azoramiento de la pobre Sophia y enorme inquietud de Jones, el brindis fue secundado en el acto por todos los presentes. En realidad, aquello no era nada nuevo para ninguno de los allí reunidos, pues Mrs. Miller había susurrado la noticia al oído de su hija, ésta a la de su marido, el marido a su cuñada, y esta última a todos los demás.

Sophia aprovechó la primera oportunidad que se presentó para marcharse con las damas, mientras su padre continuaba bebiendo, en cuya tarea fue quedándose solo, con la sola excepción del tío del joven Nightingale, que era tan buen bebedor como Mr. Western. Ambos permanecieron junto a las botellas hasta bien entrada la noche, mucho después de la hora feliz en que la bella Sophia cayó al fin en los anhelantes brazos de su enamorado Tom.

Lector, por fin hemos llegado al final de nuestra historia. Aunque a ratos pensaras que las cosas iban a suceder de otro modo, Tom Jones ha resultado siendo el más feliz de los mortales, pues yo no conozco felicidad igual a la posesión de una mujer como Sophia.

Y ahora, en previsión de que alguien desee saber algo más de algunas de las personas que han desempeñado papel importante en esta historia, vamos a satisfacer esa curiosidad con tan pocas palabras como nos sea posible.

Mr. Allworthy no accedió jamás en volver a ver a Blifil, pero cedió a los ruegos de Tom, secundados por Sophia, y le pasa doscientas libras anuales, a las que Jones añade particularmente un tercio. Con esta renta, Blifil habita en uno de los condados del Norte, a unas doscientas millas de Londres, y ahorra todo lo que puede con el fin de lograr un puesto en el Parlamento representando a un distrito vecino. Últimamente se ha transformado en metodista, pues abriga esperanzas de casarse con una rica viuda que pertenece a esta secta y que posee bienes en el condado donde él vive.

Square dejó de existir poco después de escribir la carta de que se habló a su tiempo. En cuanto a Thwackum, continúa en su vicaría. Ha llevado a cabo infructuosos intentos para volver a ganar la confianza de Mr. Allworthy o bien para congraciarse con Tom Jones. Halaga a ambos en su cara, pero habla mal de ellos a su espalda. Para que ocupe su puesto, Mr. Allworthy ha tomado a Mr. Abraham Adams, que resulta muy simpático a Sophia, tanto que le destina a profesor de sus hijos.

Mrs. Fitzpatrick se separó de su esposo y conserva restos de su fortuna. Habita en el mejor barrio de Londres y es tan buena administradora que vive con la renta de su fortuna sin incurrir en deudas.

Mrs. Western acabó reconciliándose con su sobrina Sophia y pasa a veces meses enteros con ella.

Lady Bellaston hizo en una ocasión una visita a Sophia, y se condujo con Jones como si nunca en la vida le hubiera visto, felicitándole cordialmente por su matrimonio.

Mr. Nightingale compró una finca con destino a su hijo, vecina a la de Tom Jones, y en ella residen el joven Nightingale, su esposa, Mrs. Miller y la hija menor de ésta. Ambas familias mantienen un trato asiduo y amistoso.

Respecto a los personajes de menos cuantía, diremos que Mrs. Waters se retiró al campo, disfrutando de una pensión de sesenta libras al año que le pasa Mr. Allworthy.

La dama se ha casado con el párroco Supple, al que Western, a ruegos de Sophia, ha señalado una pensión de importancia.

George el guardabosque, al enterarse de que su robo había sido descubierto, huyó, y jamás volvió a saberse de él. Jones se apresuró a entregar cierta cantidad a su familia, aunque no a todos en proporciones iguales, pues Mary alcanzó mayor participación.

En cuanto a Partridge, Jones le ha concedido cincuenta libras al año. El antiguo criado de Tom se ayuda trabajando de maestro de escuela, como antes, y alimenta esperanzas de casarse con miss Mary Seagrim, matrimonio que lleva camino de convertirse en realidad, gracias a la intervención de Sophia.

Y ahora vamos a despedirnos de Jones y de Sophia. Los esposos, a los dos días de su boda, acompañaron al campo a Mr. Western y a Mr. Allworthy. Western cedió a su hijo político su casa solariega y la mayor parte de sus fincas, retirándose a otra casa más pequeña situada en otro lugar de sus propiedades y que es muy apropiada para la caza. Visita muy a menudo a Jones, y los jóvenes esposos hacen todo lo que pueden para serle agradables. Y lo deben hacer muy cumplidamente, pues el anciano declara que jamás se sintió tan feliz como ahora. En casa de Jones, Western dispone de un gabinete y de una antecámara para él solo, donde puede beber a sus anchas. Su hija está siempre dispuesta, lo mismo que de soltera, para tocar en el clavecín todo lo que él desea oír, ya que Tom Jones ha asegurado a su esposa que siente una gran satisfacción cuando ve que contribuye a hacer la felicidad del anciano, de modo que las atenciones que la joven guarda a su padre son siempre aprobadas por el marido.

Sophia ha dado ya a su esposo dos hijos preciosos, un varón y una hembra. Y el abuelo siente tanto cariño hacia ellos que se pasa mucho tiempo en el cuarto de los niños, y afirma que el balbuceo de su nieta, que tiene año y medio, resulta para él mucho más agradable que los ladridos de los mejores perros de Inglaterra.

También Mr. Allworthy se portó con Tom Jones liberalmente, mostrando en todas las ocasiones un profundo afecto hacia él y hacia Sophia, a la que quiere como a una hija. Y la tendencia de Tom hacia el vicio se ha corregido por completo debido a las constantes conversaciones con su tío y a su unión con la virtuosa Sophia. Además, el joven, a fuerza de reflexionar sobre sus pasadas locuras, ha adquirido una prudencia y una discreción muy poco comunes.

Para terminar, diremos que lo mismo que es muy difícil encontrar un hombre y una mujer más dignos que esa pareja, tampoco es posible imaginarlos más felices. Se profesan el cariño más puro, un cariño que aumenta de día en día y se ve confirmado con mutuas consideraciones. También se comportan con la mayor amabilidad con sus parientes y amigos, y muestran tanta condescendencia, indulgencia y caridad con sus inferiores, que no hay en el lugar arrendatario o criado que no bendiga el día en que Tom Jones tomó por esposa a Sophia.



HENRY FIELDING (Gran Bretaña, 1707-1754), novelista, autor teatral y jurista inglés, que junto con su contemporáneo Samuel Richardson, estableció la novela como género dentro de la literatura británica.

Nacido en Sharpham Park, (Somerset), estudió en Eton y, posteriormente, Derecho en Londres y en Leyden (Países Bajos). Entre 1729 y 1737 fue empresario y autor teatral en Londres. De las 25 obras de teatro de distintos géneros que escribió, la más conocida es *Pulgarcito* (1730). A partir de 1740 inició su carrera legal, primero como abogado del Estado y más tarde, como juez de paz en Westminster, y en Middlesex. Al tiempo que ejercía como funcionario de la justicia, comenzó a escribir novelas, la más conocida de las cuales, *La historia de las aventuras de Joseph Andrews* (1742), constituyó una parodia del moralismo sentimental de la popular novela *Pamela* (1740), escrita por Samuel Richardson, que ya había parodiado anteriormente, bajo seudónimo, con el título *Shamela*.

Su gran talento para la caracterización y la descripción de la clase baja, sin embargo, hizo que *Joseph Andrews* fuera más allá de una mera parodia, y que se convirtiese en una comedia clásica. Por otro lado, *Misceláneas* (3 volúmenes, 1743) contiene una extensa ridiculización del heroísmo en términos de épica burlesca, titulada *La historia de la vida del difunto señor Jonathan Wild, el grande*, así como gran cantidad de poemas, ensayos y obras teatrales, como *Viaje de este mundo al otro*, que narra el tránsito de un disparatado grupo de espíritus hacia el Elisiso. Dos volúmenes de periodismo político, *El patriota* (1745) y *Diario jacobita* (1747), precedieron a la

publicación de *La historia de Tom Jones, expósito* (1749).

Tom Jones, considerada por la crítica como una de las mejores novelas inglesas, entra dentro de la tradición de la novela picaresca, y narra, con un estilo de escritura rico y realista, las aventuras y desventuras de un joven pilluelo libertino, empeñado en recuperar su legítima herencia.

Amelia (1751), un estudio de la justicia y el sistema penal en Inglaterra, es el más serio de los trabajos narrativos, y la última novela del autor. En 1752, volvió al periodismo político como editor de *The Covent Garden Journal*. La enfermedad le obligó a abandonar su puesto de magistrado en 1753, y dejó tras de sí una sólida reputación de funcionario honesto y valiente a la hora de luchar contra el delito en la ciudad de Londres.

Su viaje a Portugal de 1754, realizado por motivos de salud, constituye el argumento de *Diario de un viaje a Lisboa* (1755), una cálida y conmovedora crónica familiar, publicada póstumamente. A pesar de no ser el primer novelista inglés, contribuyó enormemente a renovar el género, al ser el primero en abandonar la forma epistolar, y postular una nueva estructura en la cual se basaron escritores posteriores, como Charles Dickens, William Makepeace Thackeray y otros novelistas de la época victoriana. Murió en Lisboa el 8 de octubre de 1754, y fue enterrado en el cementerio inglés de aquella ciudad.

Notas

[1] Siempre que esta palabra haga acto de presencia en nuestra historia, se entenderá que es aplicada a personas sin la menor virtud ni juicio de todas las clases sociales, aludiéndose frecuentemente con ella á muchas del más alto rango. <<

[2] Mujer de Sócrates. Su nombre se emplea como sinónimo de mujer pendenciera. <<

[3] Ésta es la segunda persona de baja extracción que aparece en esta historia procedente del clero. Es de confiar que en el futuro se presentarán cada vez menos estos casos, cuando sean atendidas como es debido las familias del clero inferior. <<

[4] Lejos de aquí, almas profanas, / gritó la sibila, y absteneos de penetrar en el bosque. <<

[5] Es muy posible que la paciencia del lector fuera la que resultase subyugada, si tratara de encontrar estas palabras en Milton. <<

[6] Con esta palabra, aquí como en la mayor parte de nuestra obra, queremos indicar a cualquier lector. <<

[7] Firme en sí mismo, quien en sí confía; / cortés y sincero, quien sigue su propio camino / y antepone a la desgracia su fuerza superior. <<

[8] Todo necio desesperado se atreve a escribir. <<

[9] Buena sociedad. <<

[10] Pasifae, reina de Creta, estaba casada con Minos. Éste quiso celebrar un sacrificio en honor de Poseidón y el dios le envió un toro. Pero Minos, al ver la hermosura del animal, no quiso sacrificarlo y mató a otro en su lugar. Molesto ante aquel desaire, Poseidón inspiró a Pasifae un monstruoso amor por aquel toro. De esta unión nació el Minotauro. <<

[11] Esta frase es un término de lógica y significa que la conclusión no se deduce de las premisas. <<

[12] Cuyos vicios no se mezclen con alguna virtud, aunque sea única. <<

[13] Modista renombrada del Strand, famosa por la hechura de sus vestidos. <<

[14] Bribonada, picardía, etcétera. <<

[15] Personaje principal de *Hudibras*, poema satírico de Butler, publicado en Inglaterra en 1663. Como Don Quijote, Hudibras anda por el mundo en compañía de su escudero dispuesto a reparar entuertos e injusticias. <<

[16] Pero donde las bellezas brillan en mayor número, no me disgusto si por casualidad una línea que resulta desigual a causa de una falta trivial muestra una mano descuidada o una humana flaqueza. <<

[17] Cara seria. <<

[18] Voluble. <<

[19] Colócame en sitio donde la brisa de verano no agite el césped ni caliente los árboles, donde no haya nubes bajas y amenazadoras en las que se esconde el colérico Júpiter. Colócame bajo los ardientes rayos del astrorey, que siempre recorre su camino azul. El amor de la ninfa Lalage calmará mis sufrimientos: es la ninfa que habla y sonrío con dulzura. <<

[20] Nerva, Trajano, Adriano y los dos Antoninos. <<

[21] Casa de sablistas. En Inglaterra se daba antaño este nombre a la casa de los alguaciles donde permanecían encerrados provisionalmente los detenidos por deudas.

<<

[22] Juego de los cientos. <<

[23] Los sacerdotes de Cibeles no producían tanto estruendo al batir los resonantes bronce. <<

[24] Mr. Broughton, debidamente secundado, estableció una academia en su casa de Haymarket para la instrucción de aquellos que voluntariamente querían iniciarse en los misterios del boxeo, en donde la teoría y práctica de este arte, genuinamente británico, con todos sus golpes, paradas, etc., se enseñasen y explicasen; y con el fin de que las personas de calidad y distinguidas no temiesen las consecuencias de esas lecciones, se daban con la mayor delicadeza y consideración, para cuyo fin se les facilitaban bufandas que les protegían de ojos acardenalados, mandíbulas rotas y narices sangrantes. <<

[25] Se refiere, quizá, al billete de banco de cien libras. <<

[26] Nombre de uno de los colegios de abogados. <<